

Departamento de Historia Contemporánea

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

TESIS

PARA LA OBTENCIÓN DEL  
TÍTULO DE DOCTOR EN HISTORIA:

*ÉLITES ECLESIASTICAS EN LA SEVILLA DEL ANTIGUO AL NUEVO RÉGIMEN:  
LAS FAMILIAS DELGADO Y VERA*

Ponente: Francisco Manuel Gil Pineda,

Licenciado en Historia por la Universidad de Sevilla.

Director de tesis: Dr. D. José-Leonardo Ruiz Sánchez, Director del Dpto. de Historia Contemporánea.

## ÍNDICE

I.	INTRODUCCIÓN .....	4
II.	METODOLOGÍA Y FUENTES CONSULTADAS .....	20
III.	ÉLITES EN LA IGLESIA HISPALENSE: EL CASO DE LAS FAMILIAS DELGADO, VERA, Y CURIEL .....	28
	Las élites eclesiásticas, elemento de poder social (S. XVIII-XIX) ..	28
	El entorno geográfico: la Sevilla dieciochesca.....	55
	Prosopografía de una “verdadera” dinastía clerical .....	85
IV.	LA FIGURA DEL CARDENAL DELGADO Y VENEGAS .....	94
	Primeros años y servicio a la Iglesia .....	94
	Canarias primer destino como obispo .....	111
	El obispo “que no sabía dar poco”. Sigüenza, consolidación de una labor pastoral .....	153
	De Sevilla a la corte. Caridad y beneficencia en el pontificado del cardenal Delgado.....	187
	Mecenazgo arzobispal en la Archidiócesis hispalense.....	307
V.	DON JUAN ACISCLO DE VERA Y DELGADO, ARZOBISPO DE LAODICEA.....	367
	Primeros años y trayectoria eclesiástica hasta 1808. La diócesis hispalense a comienzos del siglo XIX .....	367
	La Iglesia ante la tesitura de la Revolución: clero tradicional, reformista, y afrancesado .....	400
	La invasión napoleónica (1808-1812): de la Junta de Sevilla a la Junta Central y la Regencia .....	415
	De la Constitución a la vuelta del absolutismo (1812-1814): problemática del clero... ..	472
	Pontificado en Cádiz (1815-1818) .....	497
VI.	LA NOBLEZA DE MÉRITO ILUSTRADA: LOS INFLUYENTES CURIEL .....	530
	Don Luis Francisco Curiel, enemigo de Macanaz. Regalismo y Tradicionalismo en España .....	530
	Don Juan Curiel, bestia negra de enciclopedistas: censura y reformismo .....	563

VII.	UNA FAMILIA DE CLÉRIGOS E INQUISIDORES .....	596
	Don Pedro Curiel, canónigo e inquisidor .....	596
	Don Juan Delgado y Venegas, tesorero de la catedral .....	615
	Don Francisco Vicente Venegas, arcediano de Niebla .....	630
	Don Pedro de Vera y Delgado, penitenciario del cabildo .....	646
	Otros miembros notables de la familia.....	673
VIII.	CONCLUSIONES .....	689
IX.	ÁRBOLES GENEALÓGICOS.....	698
X.	ILUSTRACIONES .....	702
XI.	APÉNDICE DOCUMENTAL .....	757
XII.	FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA .....	830

## AGRADECIMIENTOS

Antes que nada desearía expresar mi más sincero agradecimiento a las diferentes personas e instituciones que han prestado su desinteresada colaboración con el autor de esta tesis, ya facilitando información, documentos, fotografías, o permitiéndome acceder a piezas artísticas de gran valor de manera excepcional.

En primer lugar querría agradecer a mi director de tesis don José Leonardo Ruiz Sánchez la confianza puesta en mí aceptando dirigirla, esperando no defraudarla; por supuesto a mi familia, por la gran paciencia que ha tenido conmigo a lo largo de estos años de doctorado; y muy especialmente al padre don Luis Palomino, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz, director de los archivos diocesano y capitular; a los también padres don Pedro Simón Carrascoso y don Julián García, director y subdirector del diocesano de Sigüenza, por su gran ayuda y disposición para conmigo; y a don Francisco La O Ruiz, sacristán de la iglesia parroquial de Villanueva del Ariscal por su infinita paciencia en las horas de investigación realizados en aquel templo; a todos ellos mis más rendidas gracias. También desearía hacer mención a mis buenos amigos el padre Martín Riego, a don José Gámez Martín, a don Manuel Morales de Jódar, y a don Fernando de Artacho, por haber puesto a mi disposición todo el tiempo que fuera necesario diferentes libros de sus magníficas bibliotecas. No querría tampoco olvidar a doña Teresa Laguna, ex conservadora de la catedral hispalense; a su sucesora doña María Fernanda Morón, y a doña Margarita López, por las molestias causadas en mis inspecciones directas sobre valiosísimas piezas del tesoro catedralicio hispalense, permitiéndome fotografiarlas; y en igual sentido al padre Jesús Daniel Alonso, actual delegado del patrimonio diocesano de Córdoba. Agradezco igualmente su colaboración a don Antonio Herrera García, experto en historia del Aljarafe, a don Enrique Becerril Bustamante, a don Luis de Martos, conde de San Rafael, y a don Ignacio Grassa, estos tres últimos junto con algunos más con los que contacté descendientes de Juan Curiel. Por último no quisiera olvidar al personal de los archivos del Arzobispado, Municipal, Protocolos Notariales de Madrid, Sevilla y Sanlúcar la Mayor, Archivo Histórico Nacional y de Simancas, Santa Caridad de Sevilla, Museo Palacio de Lebrija, y al padre Fernando del convento de Capuchinos de Sevilla, y finalmente a todos los que en alguna u otra manera hayan facilitado la labor investigatoria desplegada para hacer posible este estudio.



## I. INTRODUCCIÓN

La Iglesia es una institución fundamental en la historia de Occidente, y como tal, también de la de España – aún más podría decirse –, pues no cabe entenderla sin el especial arraigo que esta ha tenido en la Península a lo largo de dos mil años de cristianismo. Sin este espíritu religioso que guiaba a la sociedad hubieran sido casi imposibles gestas tan prolongadas como la epopeya de la Reconquista, que a lo largo de casi setecientos años tomó como su principal impulso y estímulo la restauración de la fe cristiana en las tierras hispanas, o incluso la Guerra de la Independencia, santificada por la Iglesia como una verdadera “guerra de religión” que no fue entablada únicamente para recuperar la perdida soberanía, si no para restaurar la verdadera fe del pueblo contra los “impíos” que pretendían eliminarla. Depositaria durante siglos del saber y la cultura, que impregnó de un sentido más humano al que existía durante la Antigüedad, fue principal soporte de los incipientes estados que conformaron nuestro continente frente a cruciales desafíos como las invasiones bárbaras, el pujante Islam – que acabaría finalmente por ceder –, o luego el protestantismo y el racionalismo puramente materialista, constituyéndose en auténtica vertebradora de la conciencia europea. Este acervo religioso, filosófico y cultural del que somos herederos, adquiere en el caso particular de nuestro país una especial relevancia, pues desde Recaredo al Imperio Universal de los Habsburgo, España, la “Monarquía Católica” por excelencia tuvo siempre por único y mayor empeño cumplir los designios de Dios en la tierra, revelándose como su principal paladín frente a los adversarios enunciados, quienes en forma de hidra, podría decirse – permítaseme el exabrupto –, ponían en peligro su existencia. Es por ello, que en esta especial unión entre trono y altar, que articuló nuestro sistema político-social desde el Medievo hasta su desaparición formal en las primeras décadas del siglo XIX, es de vital importancia un adecuado estudio de las élites de poder que colaboraron en su mantenimiento, como es el caso de las eclesiásticas, un estudio que nos ofrece inmensas posibilidades para entender y conocer mejor esa larga etapa que conocemos como “Antiguo Régimen”.

Este periodo, tan fundamental en nuestra historia y en la del resto del continente, fue cubierto luego, principalmente desde la Ilustración con un manto de oscurantismo y opresión, manifestado sobre todo en lo que a nuestro país toca con la célebre “Leyenda Negra”, nacida allende nuestras fronteras en la Europa nórdica durante la controversia

de la Reforma como un rechazo a la hegemonía habsbúrgica imperante, pero que luego fue retomada por ilustrados, liberales y románticos en la primera mitad del siglo XIX, y por el marxismo en la segunda mitad de dicha centuria y en buena parte de la siguiente. Esta dialéctica colocó a la Iglesia y a sus ministros como eternos aliados y mantenedores de la opresión, significada en esos años decimonónicos por el nuevo y pujante Capitalismo, que ahogaba y alienaba al pueblo y había subrogado la asfixia secular que fue el feudalismo. Esta visión grotesca de nuestra historia llegó a ser asimilada por parte de la sociedad, y aún de nuestra propia historiografía, donde aún se mantiene, resurgiendo con fuerza en las últimas décadas en forma de anticlericalismo furioso coadyuvado por determinados elementos mediáticos posicionados políticamente. Esta persistencia en difundir una visión “terrorífica” de nuestro pasado y de la Iglesia, paradójicamente retrocede, casi podríamos decir de manera exponencial, allí donde nació, fuera de nuestras fronteras, siendo refutada hoy por un nuevo revisionismo histórico ajeno a connotaciones políticas interesadas en su mantenimiento. Dicha corriente, muy consolidada en las últimas décadas del siglo XX y formada principalmente por hispanistas extranjeros, aunque también por historiadores nacionales, trata de ofrecer una explicación de la historia basada en la evolución de las mentalidades, poniendo en su justa medida sesgadas y anquilosadas visiones de los hechos del pasado fuera de toda interpretación de tipo *presentista*, aún bastante vigente como decimos en el panorama historiográfico y mediático de nuestro país, más puesto al servicio de proyectos de ingeniería social que de un verdadero conocimiento histórico. Y aunque no vamos a brindar por el Santo Oficio como hiciera Menéndez Pelayo ante unos sorprendidos colegas extranjeros, sí es necesario reconocer que con sus miserias, pero también con sus esplendores – esas “grandezas” de las que el polígrafo santanderino decían formaban lo sustancial del “ser” de España –, intentaremos analizar en lo posible el comportamiento y las actitudes de un elemento de poder tan significativo como fueron las élites eclesiásticas, manifestadas principalmente en el episcopado y el alto clero capitular.

Así por ejemplo, y frente a esos mitos mantenidos artificiosamente, se imponen nuevas líneas de investigación basadas en análisis más rigurosos del pasado, situando en su correcto contexto, examinando, comprendiendo, y explicando la Historia atendiendo a una evolución continua, metiéndose en su tiempo y analizando los hábitos de comportamiento universalmente reconocidos para cada momento histórico, y no en

función de las que hoy tenemos por establecidas. Los valores éticos y morales que rigen nuestra actual sociedad no nacen de una chispa espontánea, son fruto de una progresiva transformación de siglos, y no únicamente de una dialéctica basada en la confrontación o el agotamiento del genio humano. Ejemplo de todo esto que venimos diciendo, serían las rigurosas investigaciones que se han venido elaborando desde hace décadas sobre el mito oscurantista por excelencia: la Inquisición española, convertida en exponente de todas las perversiones morales y jurídicas contrarias a la libertad de conciencia y de religión. Investigadores como Jaime Contreras, Henry Kamen, José Álvarez Junco, Joseph Pérez, Antonio Domínguez Ortiz, Luis Suárez y otros muchos imposibles de citar aquí, han centrado bastante la realidad de lo que fue el temido tribunal frente al mito generado, contextualizando su actuación y comparándolo con instituciones similares del resto de Europa. Así, algunas de sus principales conclusiones, nos llevan a determinar que buena parte de las terribles y crueles prácticas que se les atribuían existieron únicamente en la mente de sus detractores o de cierta literatura romántica, resultando paradójicamente el Santo Oficio uno de los tribunales más garantistas de su tiempo para con los reos, en un mundo en el que recordemos el tormento – más o menos sistematizado – o el ajusticiamiento, eran prácticas comunes legitimadas por todos los sistemas legales y jurídicos. Dentro de estos marcos, elementos como el castigo y el público escarmiento, a los que en el caso del Santo Tribunal habría que añadir los de la penitencia y la expiación de las culpas, no pueden descontextualizarse de manera interesada<sup>1</sup>. Por supuesto todo ello no quiere decir que se justifiquen aquellas prácticas o comportamientos, y menos aún que deban ser imitados en la nuestra época, pues aunque en aquella se movieran dentro de los parámetros sociales establecidos como universales para “su” momento, hoy día constituirían episodios incomprensibles y extemporáneos por arcaicos.

---

<sup>1</sup> Sobre este controvertido asunto es tal la producción bibliográfica que únicamente podemos citar algunos títulos, relacionados con las corrientes desmitificadoras de la Leyenda Negra. Pueden consultarse por ejemplo: Jaime Contreras: *Historia de la Inquisición española (1478-1834): herejías, delitos, y representación*, Arco Libros, 1997; “Fuentes y técnicas del conocimiento histórico del Santo Oficio: metodología y técnicas de la investigación inquisitorial”, en *Historia de la Inquisición en España y América*, vol. I, año 1984, págs. 169-175; y “Estructura de la actividad procesal del Santo Oficio”, misma publicación, año 1993, vol. 2, págs. 588-632; del británico Henry Kamen son fundamentales los siguientes títulos: *La Inquisición española: una revisión histórica*, Barcelona, Crítica, 1999; *Del Imperio a la Decadencia. Los mitos que forjaron la España Moderna*, Ediciones Temas de Hoy, 2006; o “¿Cómo fue la Inquisición?”, en *Revista de la Inquisición: intolerancia y derechos humanos*, núm. 2, año 1992, págs. 11-22; José Álvarez Junco: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Taurus Ediciones, 2001; “España el peso del estereotipo”, en *Claves de razón práctica*, núm. 48, 1994, págs. 2-11; Joseph Pérez: *La leyenda negra*, [traducción de Carlos Manzano], Madrid, Gadir, 2012; y *Mitos y tópicos de la historia de España y América*, Algaba Ediciones, 2006; José Antonio Escudero, fundador del Instituto de Historia de la Inquisición, autor de múltiples monografías sobre las instituciones del Antiguo Régimen; o Benzion Netanyahu autor de *Los orígenes de la Inquisición en el siglo XV*, Barcelona, Crítica, 2000, quien insiste en la visión oscurantista. Por último me gustaría citar el clarificador documental divulgativo: *The Myth of the Spanish Inquisition* (El mito de la Inquisición española), coproducción de la BBC y A&E, 1994, que cuenta con las opiniones de algunos de los autores citados.

La Iglesia Católica sigue manteniendo hoy día en el Mundo y en España una importante influencia, lógicas por ser esta la confesión religiosa mayoritaria en nuestro país, sin embargo esta no es sino la sombra de la que llegó a poseer durante siglos. Rectora de la moral pública y privada puestas al servicio del ideal religioso, la Iglesia, a través de sus ministros y en íntima colaboración con las autoridades seculares ejercía la guía espiritual de “toda” la población, ya desde el más pobre de los aldeanos al más encumbrado de los nobles: el propio rey. Y aunque durante el siglo XVIII esta supeditación trata de ajustarse a unos nuevos límites, que provocaron no pocas fricciones entre ambos poderes (como la aplicación de las políticas regalistas, o la introducción de novedades procedentes del pensamiento ilustrado), pues se pretendía mermar esa casi absoluta influencia en las conciencias populares, lo cierto es que hasta el final del Antiguo Régimen seguirá disfrutando de un casi incontestado ascendiente social, principalmente como veremos en las capas menos favorecidas. Sin embargo, una vez desarticulado este, y tras las nuevas medidas desamortizadoras que tanto desampararon a las clases populares, acogidas hasta ese momento bajo el paraguas asistencial la Iglesia, empieza a incubarse un progresivo anticlericalismo, provocado primero por el liberalismo como contestación a la resistencia de la Iglesia a las ingerencias que aquel pretendía ejercer sobre ella, y luego sustentado por el movimiento obrero, fenómeno ya muy estudiado y sobre el que no abundaremos más.

¿Pero cómo era la Iglesia del Antiguo Régimen? Sin duda rica y poderosa, con el máximo ascendiente sobre buena parte de la población, pero también fundamental en la asistencia de los más necesitados en una época más que de miseria generalizada – como se la ha pretendido calificar –, de indefensión ante las calamidades que azotaban a la población de forma periódica. Estas “catástrofes” mermaban el nivel de vida de las clases menos pudientes, y ni la incipiente tecnología o medicina podían paliarlas de manera eficaz: malas cosechas, epidemias fulminantes, escasa higiene, dificultad e inseguridad en los transportes, sequías o inundaciones devastadoras, guerras, etc... Dichos fenómenos en muchas ocasiones eran achacados a la maldad y la impiedad del hombre, propiciadas por la dureza de su corazón o por el incumplimiento de los mandatos y leyes de Dios, una ira divina que como la Iglesia proclamaba una y otra vez desde los púlpitos solo podían atenuarse con la oración, las buenas obras, o el rechazo a la corrupción de las costumbres que las novedades extranjeras (la filosófica de deístas,

ateos, y racionalistas, el teatro, la moda femenina, y otras más consideradas irreverentes) producían, y que conducían irremisiblemente a la tentación y al pecado.

Aunque las políticas regalistas intentaban rebajar esta importante influencia, ya recortando la obediencia de los prelados para con Roma, o aminorando por ejemplo el abultado número de eclesiásticos existentes, lo cierto es que en nuestro país el clero regular – ahora considerado poco menos que inútil – seguía mostrando un gran desfase respecto al secular. Así, entre 1750 y 1800, periodo de mayor énfasis ilustrado, el primero de estos superaba todavía los 80.000 religiosos, no llegando el segundo a los 70.000, coexistiendo riquísimos monasterios y conventos con paupérrimas parroquias. Mientras unos contaban con amplio número de frailes, beneficiados, o capellanes, y riquísimas rentas, las parroquias más pobres apenas si podían mantener un solo sacerdote con “cura de almas”, problema que constityó uno de los principales caballos de batalla de la Iglesia ilustrada, y al que se puso coto en cierta medida rebajando el número de los primeros sobre los segundos, o mejorando sustancialmente la dotación económica de estos, política de la que es exponente en esa segunda mitad del siglo XVIII que estudiaremos el célebre Plan de Erección y Dotación de Curatos, desarrollado durante todo ese perioro y finalmente aprobado en 1791.

Frente a los clásicos estereotipos achacados a los eclesiásticos: altivez, riqueza desmesurada, fanatismo, o incluso concupiscencia y desdén por los necesitados, surge sin embargo la realidad de los documentos y los testimonios históricos, que salvo posibles excepciones lógicas a todo colectivo humano, ponen al clero setecentista en su verdadera posición. Respecto de la mentalidad suntuaria de la que adoleció la Iglesia, y que ha caracterizado siempre a toda élite social o política, y desde luego afectó a los prelados del Antiguo Régimen, sí podemos decir que no se debió a una frívola e insensible obsesión por acumular riquezas, si no a la alta función social que estos representaban en aquella sociedad, que exigía de ellos un cierto “decoro” en su forma de vida o aspecto externo, indispensables para causar la debida impresión y admiración en los fieles. Este ornato, que afectó a la Iglesia desde su acceso tangible del poder, allá en los últimos tiempos del Imperio Romano, debía no solo manifestarse en sus más altos dignatarios, sino principalmente en la riqueza de sus templos, que debían ser dignos a su alto cometido, magníficos incluso, llamando la tradición bíblica a no escatimar recursos en ello por ser estos “Casa de Dios”, requiriendo obispos y catedrales de los

más reputados artistas y artesanos la ejecución de esculturas, pinturas, o ricos ornamentos sagrados en forma de cálices, copones, casullas, o custodias.

También las leyes obligaban este rico exorno externo e interno de los templos, señalando por ejemplo el ceremonial de obispos respecto de los ornamentos pontificales que estos debían ser “lustrosos y ricos”, pues a través de ellos se mostraba “la grandeza de la dignidad episcopal, lo sagrado de sus funciones, y la sacrosanta majestad de Jesucristo, en cuya virtud y nombre celebra el obispo los sagrados misterios”, pues “todo era poco para agradecer a Dios habernos dado el ser y la vida”, debiendo resplandecer en ellos “el sagrado decoro” de su dignidad. En cuanto al estatus palaciego de sus pontífices y altos dignatarios: vestido, adornos de su casa, o contenido de su mesa, y una vez dejados atrás los excesos del Renacimiento, las diferentes disposiciones salidas de Trento marcaban un modo de vida austero, debiendo los clérigos, y especialmente los obispos, observar “moderación y frugalidad”, perteneciendo a los pobres todo lo que excediese de una decorosa manutención.

Era asimismo obligación principal de todos los ministros de la Iglesia el impetrar de los ricos y poderosos la obligada práctica de la caridad en beneficio del necesitado, indispensable requisito para obtener la propia salvación, pues la teología católica no se sustentaba solamente con tener fe, a diferencia del credo protestante, esta debía acompañarse indefectiblemente de buenas obras, manifestadas como veremos a lo largo de la tesis en el caso de los obispos en abundantes limosnas y otros actos de piedad y beneficencia pública<sup>2</sup>. John Lynch, nos dice por ejemplo sobre esto, siguiendo a Callahan y a Domínguez Ortiz, que: *“La Iglesia afrontaba sus deberes sociales con gran seriedad. Daba abundantes limosnas a los pobres como cuestión obligada y si es imposible calcular el porcentaje de ingresos que iba a parar a obras de caridad, parece que se incrementó a lo largo del siglo XVIII. Las instituciones de caridad, en las ciudades y en las zonas rurales demostraron su compromiso respecto a las obras de misericordia corporal, y en los conventos siempre había un plato de sopa para alimentar a los hambrientos”*. Añadiendo que, esta, se volcaba igualmente ante las

---

<sup>2</sup> Sobre el ceremonial y costumbres de los obispos realizó una documentada síntesis en la propia época setecentista Juan Manuel de Argüelles: *Disertación histórico-theológica sobre los obispos titulares y auxiliares*, Madrid, Imprenta de La Gaceta, 1765. Ver asimismo el “Ceremonial de Obispos”, y los concilios Carthaginense, Libro IV, canon XV; y Tridentino, sesión 24. Juan de Tejada y Ramiro, y Francisco Antonio González: *Colección de cánones y de todos los concilios de la Iglesia española*, 6 vols., Madrid, Imprenta de Santa Coloma y Cía. y Pedro Montero, 1849-1859.

sucesivas crisis epidémicas o hambrunas, convirtiéndose de hecho la Iglesia en una “*red de seguridad frente a la indigencia*”, si bien hace notar la existencia de iglesias riquísimas, como pudieran ser Toledo, Sevilla, Valencia, Santiago o Granada, frente a otras muy pobres con rentas muy menguadas, a pesar de lo cual, y siguiendo en ello a Callahan y Domínguez, afirma que cada obispado entregaba “más de la mitad de sus bienes” para caridad u obras de beneficencia públicas. Estas obras, como se detallará, podían manifestarse desde el reparto diario de pan, a la entrega de grano o de dinero, o a través de ayudas a instituciones asistenciales, pensiones, ayudas, dotaciones, o fomento de las obras públicas y la industria, aspectos que la convertían “*en la única institución social capaz de socorrer la miseria del pueblo*”<sup>3</sup>.

Dentro del entramado jurídico-social del Antiguo Régimen la Iglesia era el estamento más abierto a la promoción social, y aunque la nobleza no era estrictamente un sistema cerrado, como se ha insistido desde el imaginario tradicional, principalmente desde la revolución liberal, existió la transversalidad entre los diferentes estamentos que lo componían: nobleza, clero, y estado llano. No vamos a entrar en el absurdo debate sobre lo justo o injusto de aquella sociedad de privilegios, al fin y al cabo como ya se ha dicho fruto de una evolución secular y un contexto mental, político y espiritual diferente al hoy vigente, pero sí se puede afirmar por ejemplo que un “pechero”, o contribuyente no privilegiado – que podía ser desde un rico comerciante a un simple aldeano –, podía acceder a la nobleza. Este acceso a la élite de poder podía ser por diferentes vías, todas en servicio a la Corona: hechos de armas, actos beneméritos para con la sociedad, compra incluso, detentar algunos cargos de regimiento durante varias generaciones, parentesco con algún alto dignatario, caso de los sobrinos de un príncipe de la Iglesia por ejemplo, o por méritos desempeñados dentro de la Administración Real, lo que se ha venido en denominar “meritocracia”, que fue durante toda la etapa ilustrada el criterio más seguido para la selección de dichas élites, ya fuesen estas de carácter laico o eclesiástico.

El clero, como los otros estamentos citados, contaba también con diferentes gradaciones, medidas principalmente en función del nivel de rentas poseído: alto,

---

<sup>3</sup> John Lynch: *El siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, 1991, pág. 243. El hispanista británico sigue principalmente los estudios ya iniciados por el norteamericano William James Callahan: *Iglesia, poder y sociedad en España, 1750-1874*, Madrid, Nerea, 1989 págs. 49-57 (Edición original en inglés: *Church, Politics, and Society in Spain, 1750-1874*, Harvard University Press, 1984); y del español Antonio Domínguez Ortiz: *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Barcelona, Ariel, 1990.

mediano, y bajo, ocupando su cúspide los obispos y abades de las órdenes monásticas, a los que seguía el clero capitular, formado por cabildos catedralicios y colegiales, miembros de las curias diocesanas, o poseedores de ricos beneficios, finalmente en el estrato más bajo se encontraban los párrocos, frailes, monjas, y otros eclesiásticos poseedores de capellanías o beneficios de poca entidad. De entre todos estos sobresalía la figura principal del obispo, pastor espiritual de la diócesis, cuya figura y facultades intentó supeditar el poder laico durante el periodo ilustrado, asimilándolo más que nunca al propio significado etimológico de su cargo: *episcopos*, “el que supervisa”, o “el que vigila”, limitando en buena manera su capacidad legisladora. Este prelado debía ser “virtuoso”, y rehuir de los comportamientos mundanos de antaño, ciñéndose a las tres pautas principales que tenía asignadas, reforzadas desde la Contrareforma: enseñar, a través de la predicación u otros instrumentos que garantizasen el cuidado espiritual de su rebaño; santificar, a través de la administración de los sacramentos, principalmente los del orden y la confirmación, aunque también podía administrar el resto si quería; gobernar, dirigiendo a su grey, ejerciendo y fomentando la caridad, administrando justicia, proveiendo beneficios, o supervisando las buenas prácticas religiosas de todos a través de la visita pastoral, que podía hacer por sí mismo o través de visitantes.

En este sentido el obispo dieciochesco fue más reformista y pragmático que propiamente ilustrado en su generalidad, pues este último término quedó muy impregnado de la controversia filosófico-racionalista del siglo, y debe serles aplicado en mi opinión tan solo por coincidencia temporal con el fenómeno, pues apostaron más por atender las necesidades más perentorias de sus fieles que a utópicos idealismos, irrealizables en aquellos tiempos. También estuvo más sujeto a la residencialidad que en siglos anteriores, suprimiendo las disposiciones de Trento perniciosas costumbres anteriores como la de acumular varios obispados en una sola persona, si bien como se verá existirían algunas excepciones, tomando cada vez más protagonismo en sus diócesis y procurando evitar en lo posible todo conflicto frente a los todopoderosos cabildos catedralicios, muy celosos de sus privilegios. Los obispos ahora les colmarían con todo tipo de parabienes, consiguiéndose desde entonces poner fin al antagonismo secular que durante la época barroca protagonizó, por ejemplo aquí en Sevilla, sonados choques.



Así, frente a esa visión tenebrosa del mito literario que nos pinta una figura fanática, cuando no sanguinaria, o incluso libertina y vanal, surge otra bien distinta, procedente de los documentos y fuentes históricas, que nos retrata al obispo – salvo contadísimas excepciones – como una figura paternal considerada por los más humildes como verdadero “Padre del Pueblo”, austero en lo personal y quizás es cierto también adusto en el trato, si bien los habría también, aunque en menor medida, más o menos identificados con los nuevos aires. Sobre la moralidad de los obispos y del clero en general en la España del XVIII nos dice Domínguez Ortiz que: “La Iglesia española estuvo dignamente regida. Los prelados cortesanos, frívolos, disipadores que por entonces ofrecía Francia fueron aquí rarísimos. Aun los que debían sus cargos al favor llevaron una vida ejemplar”. Este juicio favorable es compartido por el hispanista francés Jean Sarrailh que queda reconfortado de la actitud del episcopado español frente al connacional, o a la manifestado por la nobleza, definiéndolos como: “obispos bienhechores que trabajaron enérgicamente por aliviar la miseria y acrecentar la prosperidad de las regiones por ellos gobernadas”<sup>4</sup>. En cuanto a las relaciones con el poder civil, aunque no pudieron evitarse algunos desacuerdos, principalmente ocasionados por las injerencias de este en el gobierno temporal de la Iglesia, que intentó controlar sus rentas y limitar en lo posible su supeditación a Roma, se puede decir que el episcopado mantuvo una actitud bastante prudente y disciplinada, tomista de hecho, quedando bastante sujeta al poder real pero sin romper con Roma. Sí será en cambio más beligerante en lo concerniente a la moralidad pública, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo, periodo en que se observa por parte de la Corona un cierto retraimiento de las posiciones más radicales defendidas años antes por los ministros regalistas, y aunque se mantuvo al Santo Oficio, este quedó muy mediatizado en su autonomía para evitar ver repetidos episodios como el que llevó a Macanaz por ejemplo, a verse enjuiciado, perdiendo buena parte de sus facultades judiciales. Estas facultades fueron absorbidas o por las autoridades civiles o por las episcopales, quedando bajo control inquisitorial los casos de herejía o ateísmo contumaz, la circulación de libros prohibidos, o difusión de ideas tales como el deísmo, el laicismo, o el materialismo, doctrinas cuyos efectos fueron denunciados a lo largo de todo el siglo por diferentes clérigos apologistas, frailes sobre todo, destacando entre ellos padre Ceballos, el célebre

---

<sup>4</sup> Antonio Domínguez Ortiz: *La sociedad española en el siglo XVIII*, Madrid, Instituto Balmes de Sociología, 1955, págs. 136-139; y Jean Sarrailh: *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1992, págs. 86-89.

fray Diego José de Cádiz, el gran orador sagrado del siglo, del cual hablaremos en la tesis, o el no menos famoso “Filósofo Rancio”, ya durante las Cortes de Cádiz.

Esta buena opinión sobre la actuación benéfica de los prelados dieciochescos fue incluso confirmada por buena parte de los viajeros extranjeros que pululaban por nuestros caminos y ciudades aun desde la mayor disidencia religiosa, ya que buena parte de ellos, de confesión protestante, venían cargados de todo tipo de prejuicios “papistas” hacia el clero católico, resaltando las calidades personales y morales de estos. Entre ellos, y para cerrar esta pequeña introducción a la vida de los obispos en la centuria dieciochesca, citaremos un nuevo testimonio recogido por Callahan, el de un clérigo anglicano llamado Townsend, quien en su estancia en nuestro país define a los obispos españoles como: *“venerables hombres, según lo que puedo ver y oír desde los círculos próximos a los que graciosamente me permitieron acceder, nunca podrán ser suficientemente admirados por su piedad y celo”*. Sobre la esplendidez de sus limosnas relataba asombrado el clérigo que: *“su generosidad para con los pobres es tal que apenas podemos concebir que sus ingresos igualen a sus dispendios”*<sup>5</sup>. Unos años más tarde, y siguiendo nuevamente el esclarecedor trabajo del hispanista británico citado, otro clérigo, esta vez francés, Alexandre Laborde, añadía sobre los supuestos abusos achacados a los obispos lo siguiente: *“los rangos superiores del clero español están en su mayor parte exentos de las irregularidades de las que ha sido acusado el clero de otros países”*<sup>6</sup>.

Sobre las calidades intelectuales y personales que debían poseer tenemos que decir que aunque el criterio principal estará basado en principios meritocráticos como su preparación académica, o los informes favorables sobre el desempeño de puestos diocesanos o capitulares – sobre todo las canonjías de oficio –, siguió todavía presente un cierto toque nobiliario, si bien la mayoría de las mitras fueron adjudicadas a eclesiásticos procedentes de la baja nobleza letrada, preferiblemente con algún tipo de hidalguía. A estas élites medianas, salidas de familias de labradores acomodados, patriciado local, o de la alta burocracia pertenecerán los personajes que que trataremos en esta tesis, y que daremos a conocer a continuación brevemente. Estos mismos

---

<sup>5</sup> Callahan: *Iglesia, poder y sociedad en España (1750-1874)*, opus cit., págs. 19-20, y 22, quien toma la cita de Joseph Townsend: *A Journey through Spain in the Years 1786 and 1787*, 3 vols., Londres, 1791.

<sup>6</sup> Ibid, pág. 20. Cita la obra de Alexandre Laborde: *A view of Spain*, 5 vols., Londres, 1809.

principios se seguirían para la selección de los principales puestos del clero capitular, sobre todo para los deanatos y las canonjías de oficio, pues el resto de prebendas eran piezas graciabiles, aspectos todos que trataremos en el capítulo titulado: *Las élites eclesiásticas, elemento de poder social (S. XVIII-XIX)*, en el que se ofrecerá un panorama general del cabildo hispalense en cuanto a características, familias que lo dominaron, o las rentas de que disfrutaban.

En esta tesis doctoral estudiaremos el comportamiento del alto clero moderno durante el periodo ilustrado a través de sus élites, que ejemplificaremos principalmente en tres familias que pueden ser puestas como prototípicas de ellas: los Delgado, los Vera, y los Curiel. Los dos primeros linajes demostraron una absoluta dedicación al servicio de la Iglesia desde sus más variadas escalas, constituyendo una “verdadera” dinastía clerical; en cambio la de los Curiel, más convencional, repartió algo más a sus vástagos, que destacaron como letrados, en el campo de las armas, y también de manera importante en el de la religión. De entre todos ellos dos alcanzaron el episcopado, y uno la púrpura cardenalicia, ocupando el resto importantes prebendas en los principales cabildos catedralicios de España y las curias diocesanas, dentro de las órdenes regulares y del Santo Oficio, en el clero no parroquial, sirviendo capellanías familiares, o incluso desde el celibato seglar, dedicación que llevo a la familia a la extinción en sus ramas principales. Los que permanecieron seglares destacaron en la alta burocracia de los Consejos, las Chancillerías y la Milicia, probando su nobleza en las principales órdenes militares y maestranzas, culminando el *cursus* familiar con la obtención de un título de Castilla. Dedicaremos principal atención a las figuras del cardenal Francisco Delgado y Venegas, último prelado hispalense nacido en tierras sevillanas, y quizás uno de los obispos más enaltecidos por Carlos III durante todo su reinado, notable mecenas y ejemplo de prelado limosnero y virtuoso; y a su sobrino Juan Acisclo de Vera y Delgado, coadministrador del arzobispado en los difíciles años de la invasión napoleónica, y luego primer obispo de Cádiz durante la restauración absolutista, quien se vio involucrado en la vorágine ideológica que supuso la Guerra de la Independencia y el proceso reformador surgido de Cádiz.

Del estudio de sus pontificados extraeremos conclusiones que nos ayuden a ahondar en el comportamiento del episcopado a lo largo de la centuria dieciochesca, mayoritariamente tradicional en cuanto a costumbres y moralidad pública, y reformista

en cuanto a racionalización de la práctica religiosa – eliminando supercherías o costumbres desfasadas – o favoreciendo como ya se dijo políticas benefactoras hacia el pueblo. Junto a sus vidas y acción pastoral como obispos estudiaremos también las de sus parientes, que ocuparon destacados puestos en la cúspide de curias y cabildos en varias diócesis, principalmente en Sevilla, aclarando a través de diversos testimonios y fuentes documentales, sobre todo directas (documentación institucional, testamentos, iconografía, papeles familiares, prensa incluso), el comportamiento, los hábitos de vida, y la economía de este importante sector de la sociedad del Antiguo Régimen. Así por ejemplo esta familia aportaría el mayor número de prebendados al cabildo catedralicio hispalense en todo el siglo, siendo minoría los que debieron dicha posición al favor de su pariente, si bien esto era aún práctica común en los prelados, que siempre reservaban alguna prebenda para algún pariente eclesiástico. En cuanto a su exclusiva dedicación al estado eclesiástico podemos decir que de los cinco hermanos del cardenal Delgado todos los varones serían clérigos o morirían célibes, caso que se repetiría con sus sobrinos que lo serían todos. A ellos habría que añadir toda una pléyade de parientes cercanos y lejanos también dedicados a la Iglesia, ejemplos que veremos en el estudio prosopográfico que se desarrollará dentro del capítulo titulado: *Élites en la Iglesia hispalense: el caso de las familias Delgado, Vera, y Curiel*. A esta última familia, por su interés para el estudio de las élites políticas del reformismo borbónico dedicaremos el capítulo: *La nobleza de mérito ilustrada: los influyentes Curiel*, en el que se analizarán las estrategias seguidas por la llamada *nobleza de toga*, que partiendo desde la alta burocracia de los Consejos proporcionaría dos relevantes figuras a la política española de la primera mitad del siglo XVIII: Luis Francisco Curiel y Tejada, y su hijo Juan Antonio Curiel y Luna. Ambos serían fundadores de la Real Academia de la Lengua, y partiendo de la judicatura desempeñarían importantes cargos en los Consejos de Castilla e Inquisición, cumpliendo importantes misiones al servicio de la Monarquía. Así por ejemplo el primero fue encargado por Felipe V para llevar a cabo la primera gran reforma universitaria española, simbolizada en la pugna entre colegiales y manteístas y en la creación de la Universidad de Cervera, que serviría de modelo para la ansiada transformación que se pedía desde diferentes ámbitos. El segundo ha pasado a la Historia sobre todo por haber elaborado un controvertido reglamento de imprentas que desató las iras de buena parte de la intelectualidad ilustrada, principalmente por su afán proteccionista del mercado nacional y las trabas puestas a la entrada de libros extranjeros, así como otras medidas restrictorias. Ambos ejemplifican perfectamente el

perfil del burócrata más tradicional del reformismo borbónico, definido por su moderación ante las radicales políticas regalistas desplegadas por Macanaz, Roda, o Campomanes, procurando no romper lazos con Roma; o por su postura hostil frente al fenómeno ilustrado en cuanto a manifestaciones anticlericales o en materia de costumbres. De estos Curiel, a los que ponemos como ejemplo de la nobleza de toga reforzada por los primeros Borbones frente a la tradicional de los *grandes*, sí quedó abundante prole, pero como otras tantas familias de este tipo una vez conseguido el tan ansiado reconocimiento social, manifestado principalmente en la fundación de mayorazgos o en la concesión de un título de nobleza, sus descendientes irían desapareciendo progresivamente de la vida pública oficial, languideciendo como prósperos rentistas y enlazando con otras casas procedentes como ella de la alta burocracia o incluso de la primera nobleza del reino.

Estos son tan solo algunos ejemplos de los personajes que abordaremos en nuestra investigación, procurando aportar en su contenido y conclusiones alguna luz más al escaso género biográfico episcopal, sobre todo del hispalense y gaditano, de los que no abundan demasiados estudios monográficos. Así por ejemplo aunque para el caso hispalense existen destacadas obras clásicas, como el episcopologio realizado por José Alonso de Morgado a principios del siglo XX, o la de Carlos Ros en los años ochenta de aquella centuria, ambas fuentes inagotables de anécdotas, sin embargo escasean los estudios monográficos sobre cada pontificado o biografías dedicadas a cada prelado. En los últimos hay que destacar el que Carlos Rodríguez López-Brea sobre el segundo cardenal Borbón, que recordemos fue también arzobispo de Sevilla, si bien dicho estudio está más centrado en su pontificado de la sede primada. Son clásicas las biografías sobre Marcelo Spínola realizadas por José María Javierre y José Leonardo Ruiz Sánchez, sobre el cardenal Segura de la que destacamos la del capitular sevillano Francisco Gil Delgado, y últimamente por Julio Jiménez Blasco a la figura del José María Bueno Monreal, pero que aún nos resultan insuficientes<sup>7</sup>. El estudio general más

---

<sup>7</sup> José Alonso de Morgado: *Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla: con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia*. Sevilla, Tipografía de Agapito López, 1906; Carlos Ros: *Los Arzobispos de Sevilla: luces y sombras en la sede hispalense*, Sevilla, edición del autor, 1986; Carlos Rodríguez López-Brea: *Don Luis de Borbón, el cardenal de los liberales (1777-1823)*, Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2002; José María Javierre: *El arzobispo mendigo. Biografía de Marcelo Spínola*, Madrid, BAC, 1974; José Leonardo Ruiz Sánchez: *Beato Marcelo Spínola y Maestre, cardenal arzobispo de Sevilla*, Sevilla, Ayuntamiento, 2002; Francisco Gil Delgado: *Pedro Segura. Un cardenal de fronteras*, Madrid, BAC, 2001; Jiménez Blasco, Julio: *José María Bueno Monreal, cardenal-arzobispo de Sevilla*, tesis doctoral, Universidad de Sevilla, 2012.

importante lo constituyó para la historia de nuestra diócesis la obra colectiva dirigida por Ros: *Historia de la Iglesia de Sevilla* (1992), siéndolo para el caso gaditano las amplias monografías de Arturo Morgado García (*La diócesis de Cádiz: de Trento a la Desamortización*, 2008), o de Rafael Antón Solé (*La Iglesia gaditana en el siglo XVIII*, 1994). Para el estudio de la iglesia canaria son indispensables las obras del ilustrado Viera y Clavijo, y ya en nuestra época el episcopologio de Santiago Cazorla León y Julio Sánchez Rodríguez, o Francisco Aranda Doncel; para la iglesia seguntina sigue teniendo bastante vigencia el realizado en el siglo XIX por el obispo fray Toribio de Mingüella, y ya en este siglo por Aurelio de Federico<sup>8</sup>. Debemos además destacar las diferentes aportaciones que sobre la sociología del clero moderno viene desarrollando en los últimos decenios Maximiliano Barrio Gozalo<sup>9</sup>, ampliados para el caso sevillano con las investigaciones que sobre la caridad y beneficencia desplegada por los arzobispos hispalenses del periodo ilustrado ha aportado el padre Manuel Martín Riego, estudioso de los pontificados de los arzobispos Solís, Delgado y Venegas, Llanes y Argüelles, o Despuig<sup>10</sup>. A todos estos estudios habría que añadir las numerosas

---

<sup>8</sup> VV.AA.: *Historia de la Iglesia de Sevilla*, obra colectiva dirigida por Carlos Ros, Sevilla, Editorial Castillejo, 1992; Rafael Antón Solé: *La Iglesia gaditana en el siglo XVIII*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad, 1994; Arturo Morgado García: *La diócesis de Cádiz: de Trento a la Desamortización*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2008; y “El obispado de Cádiz en la época contemporánea”, en *Historia de las diócesis españolas: Iglesias de Sevilla, Huelva, Jaén, Cádiz y Ceuta*, José Sánchez Herrero, coord., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2002, págs. 693-723; José de Viera y Clavijo: *Noticia de la historia general de las islas de Canaria*, 4 vols., Madrid, Imprenta de Blas Román, 1772-1773; Santiago Cazorla León y Julio Sánchez Rodríguez: *Obispos de Canarias y Rubicón*, Madrid, Eypasa, 1997; Francisco Aranda Doncel: “Francisco J. Delgado y Venegas, prelado de la diócesis canaria (1714-1781)”, en *V Coloquio de Historia Canario-Americana* (1982), vol. II, 1985, págs. 771-791; Fray Toribio de Mingüella y Arnedo, obispo de Sigüenza: *Historia de la Diócesis de Sigüenza y de sus Obispos*, 3 vols., Madrid, Tipografía de la “Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos”, 1913; Aurelio de Federico: “Inventario de expedientes sobre legitimidad y pureza de sangre para obtener beneficios en la Santa Iglesia Catedral Basílica de Sigüenza”, en *Hispania Sacra*, núms. 8, Madrid, 1955, págs. 209-223; 20 (1967), págs. 439-483; y 23 (1970), 403-470; e *Historia de la diócesis de Sigüenza, hoy Sigüenza-Guadalajara y sus obispos*, Sigüenza, 1967.

<sup>9</sup> Maximiliano Barrio Gozalo: *El clero en la España Moderna*, Córdoba, Cajasur, Obra social y cultural-CSIC, 2010; *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004; *El sistema benéfico de la Iglesia española en el Antiguo Régimen (1475-1834)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad, 2010; “Los eclesiásticos afrancesados durante la Guerra de la Independencia”, en *Las élites y la “revolución” de España (1808-1814). Estudios en homenaje al profesor Gérard Dufour*, Alicante, Publicaciones de la Universidad, 2010; y “Aspectos socioeconómicos de un grupo privilegiado del Antiguo Régimen. Los obispos de Cádiz (1556-1833)”, en *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*, núms. 12-13, 2000-2001, págs. 99-121.

<sup>10</sup> Padre Manuel Martín Riego: *Diezmos eclesiásticos: rentas y gastos de la mesa arzobispal hispalense (1750-1800)*, Sevilla, Caja Rural, 1990; “Ofertas de estudios en la Archidiócesis hispalense en el siglo XVIII”, en *Communio*, Sevilla, 1990, págs. 77-96; “Las capellanías de la Archidiócesis de Sevilla”, *Isidorianum*, 1, año 1992, págs. 171-204; “El Plan de Erección y Dotación de Curatos de 1791. Una reforma de la Archidiócesis hispalense”, Separata de *Isidorianum*, nº 4, Sevilla, Centro de Estudios Teológicos (CET), 1993, págs. 199-248; “La formación intelectual del clero parroquial de la diócesis de Sevilla: 1750-1931”, Separata del Anuario de investigaciones *Hespérides*, 3, 1995, págs. 393-415 PRIMERA 26; *Las conferencias morales y la formación permanente del clero en la archidiócesis de Sevilla: siglos XVIII-XX*, Sevilla, Fundación Infanta María Luisa, 1997; “La Visita Pastoral de las parroquias”, en *Memoria Ecclesiae*, 14, año 1999, págs. 157-203; *Los concursos a parroquias en la Archidiócesis de Sevilla (1611-1926)*, Obra Social y Cultural Cajasur, 1999; “Nivel moral del clero parroquial en la Archidiócesis hispalense en la

monografías y aportaciones que a la Historia de la Iglesia española han venido realizando durante todo el siglo XX y principios del XXI numerosos historiadores como Antonio Domínguez Ortiz, Ricardo García Villoslada, José Manuel Cuenca Toribio, William James Callahan, Jean Sarrailh, Francisco Martí Gilabert, Vicente Cárcel Ortí, Pedro Antonio Perlado, José Sánchez Herrero y muchos otros más imposibles de reseñar en esta apretada introducción por su abultado número, quedando algunas de ellas reseñadas en el apartado correspondiente a bibliografía consultada y recomendada.

Sobre el coadministrador para la diócesis hispalense del segundo cardenal Borbón elaboramos nuestra tesina de doctorado: *Don Juan Acisclo de Vera y Delgado, arzobispo de Laodicea, presidente de la Junta Central. Iglesia y poder en la España Contemporánea* (2010), y aunque en ella tratamos sobre todo de desentrañar su papel en los trascendentales acontecimientos conmemorados aquellos años, se ofrecían numerosos datos sobre su gobernación en la diócesis hispalense (1801-1815), los cuales ampliados ahora y añadimos los de su pontificado gaditano (1815-1818). Pensamos que aquel estudio aportó interesantes noticias sobre el papel de la Iglesia en todo el proceso que llevó a la promulgación de nuestro primer texto constitucional y el final del Antiguo Régimen, plasmando en ella la controversia política, ideológica, e incluso religiosa surgida del reformismo gaditano y su desencuentro con las facciones más tradicionales, entre las que se contaba buena parte del episcopado, una dialéctica que marcaría buena parte del debate político del siglo y que quedó definida por la postura que en lo sucesivo mostró el liberalismo respecto a sus relaciones con la Iglesia.

Por último citaremos algunos ejemplos de estudios prosopográficos para el ámbito sevillano, destacando los que realizaron desde la perspectiva genealógica Adolfo Salazar Mir, quien extractó en tres tomos los expedientes de limpieza de sangre de la catedral de Sevilla, el estudio publicado por Fernando de Artacho y Pérez-Blázquez sobre el privilegio de oratorio como prueba nobiliaria, o la tesis doctoral que presentó

---

segunda mitad del siglo XVIII”, Comunicación en el *Coloquio Internacional de Estudios Sobre África y Asia*, 1999, págs. 479-490; “Limosna y Caridad en los Arzobispos de Sevilla (1755-1795)”, en *Revista Isidorianum*, núm. 21-22, año 2002, vol. 11, págs. 415-476; “Organización interna de la archidiócesis hispalense: arcedianos, vicarías foráneas y arciprestazgos”, *Archivos de la Iglesia de Sevilla: Homenaje al archivero D. Pedro Rubio Merino*, Córdoba, Obra Social y Cultural de Cajasur, 2006, págs. 429-462; “La Iglesia y el clero de Sevilla durante la ocupación francesa (1810-1812)”, en *Anuario de Historia de la Iglesia andaluza*, vol. 3, 2010; “Sevilla entre el Liberalismo y la Restauración (1800-1900)”, en *Historia de las diócesis españolas*, volumen 10, coord. José Sánchez Herrero, año 2002; “Regalismo y liberalismo: relación Iglesia-Estado en la Iglesia española (Siglos XVIII y XIX)”, en *Iglesia y poder público*, Actas del VII Simposio de Historia de la Iglesia en España y América, Sevilla, 13 de mayo de 1996; y “Sevilla de las luces”, capítulo de *Historia de la Iglesia de Sevilla*, obra colectiva dirigida por Carlos Ros, Sevilla, Editorial Castillejo, 1992, págs. 517-607. Abundando en estos últimos estudios existe una tesis inédita que no he podido consultar presentada en 2013 por Carlos Luciano Fernández: *Política eclesiástica y acción pastoral en el Arzobispado de Sevilla a fines del Antiguo Régimen (1755-1799)*, Universidad de Sevilla, 2013.

este último sobre la historia y genealogía de los miembros de la Hermandad de la Anunciación, vulgarmente conocida por “Las Doncellas”, corporación de carácter elitista pero sustentada en el mérito intelectual y académico, dedicada a la importante labor – en la época – de dotar doncellas para contraer matrimonio o profesar en religión. En el campo de las élites cívicas, nobiliarias, o incluso étnicas, merecen citarse los amplios trabajos del profesor Juan Gil sobre los conversos sevillanos en los siglos XV al XVII, de Fernando Campese sobre los comuneros sevillanos, o de Juan Cartaya sobre los fundadores de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> Fernando de Artacho y Pérez-Blázquez: *La hermandad de la Anunciación de Sevilla, vulgo de las Doncellas (Siglos XVI-XIX)*, tesis doctoral inédita, Universidad de Sevilla, 2012; y *La nobleza sevillana a través del privilegio de oratorio: algunas consideraciones históricas sobre la nobleza sevillana*, Sevilla, Fabiola de Publicaciones Hispalenses, 2002; Fernando Javier Campese Gallego: *Los comuneros sevillanos del siglo XVIII: estudio social, prosopográfico y genealógico*, Sevilla, Fabiola, 2004; Juan Cartaya Baños: *Para ejercitar la maestría de los caballos: la nobleza sevillana y la fundación de la Real Maestranza de Caballería en 1670*, Sevilla, Diputación, 2012; o Juan Gil: *Los conversos y la Inquisición sevillana*, ocho tomos, Sevilla, Universidad, 2000-2003.



## II. METODOLOGÍA Y FUENTES CONSULTADAS

El hecho de configurar un trabajo de investigación plasmado en una tesis doctoral, en este caso de carácter biográfico, plantea diversas interrogantes y dificultades, centradas principalmente en una adecuada elección del personaje o personajes a detallar, como es el caso; en la búsqueda y selección de fuentes suficientes, de primera mano a ser posibles – si estas existen aún –, y que este aporte un conocimiento suficientemente inédito sobre el sujeto o tema planteado.

La presente tesis se vertebra en torno a dos estudios biográficos principales, centrados como ya se ha dicho en la vida y acción pastoral de los arzobispos sevillanos Francisco Javier Delgado y Venegas, prototipo del prelado dieciochesco, y de su sobrino Juan Acisclo de Vera y Delgado, coadministrador de la diócesis hispalense en los albores de la centuria decimonónica. Ambos estudios deben ir enmarcados en otro amplio de prosopografía familiar que en nuestra opinión ejemplifica el comportamiento político y los hábitos sociales de las élites eclesiásticas sevillanas en la segunda mitad del siglo XVIII y las primeras de la centuria siguiente. Todo esto va precedido por un estudio más general sobre el alto clero sevillano en el periodo determinado, coincidente con la crisis del Antiguo Régimen y la supresión de los privilegios a la Nobleza y a la Iglesia.

Este estudio, que puede ser definido como multidisciplinar, a tenor de los campos en él comprendidos, si bien deben ir insertos en otro más general de sociología del clero, nos permitirá conocer de manera detallada la vida de algunos de los más importantes representantes del alto y mediano clero en la diócesis hispalense durante la España Moderna, unidos todos por vía de parentesco. En él se detallarán desde la propia labor pastoral, en el caso de los prelados que aportó dicha familia, a su participación en la política del momento, que como veremos se ceñirá bastante a las luchas de poder entabladas entre el clero más tradicional y el más comprometido con el llamado “enciclopedismo” –, sus formas de piedad, dedicación a negocios seculares, mecenazgo y participación en instancias de poder social, político, o económico, o el legado que nos ha quedado de ellos.

Para todo ello nos valdremos principalmente de la documentación primaria existente, establecida en las fuentes documentales originales (documentación institucional, familiar, notarial...) y la bibliografía coetánea conservada, valiéndonos

para esto no solo de la documentación custodiada en archivos y bibliotecas, también de las nuevas tecnologías que nos permiten tener acceso a importantes repositorios archivísticos y bibliográficos, y de elementos de tipo gráfico tales como puedan ser retratos, grabados, miniaturas, esculturas y otro tipo de testimonios materiales. De la bibliografía más actual nos apoyaremos únicamente en la que nos sirva para complementar o completar algunos puntos oscuros a los que sea imposible acceder – ya por restricción de la propia fuente o por la propia imposibilidad económica del investigador – , también para comparar teorías expuestas, aseveraciones, o líneas de investigación relativos a alguno de los puntos recogidos en ella.

Para la investigación sobre la figura del cardenal Delgado y Venegas (1714-1781) se han consultado principalmente fuentes documentales archivísticas, si bien en algún caso como por ejemplo en los casos de Canarias y Sigüenza por la lejanía de estas se ha recurrido en algún momento a reseñas históricas o biográficas impresas o compilaciones documentales sobre dichas diócesis. Así para la primera etapa de su vida se han consultado los archivos parroquiales y notariales de su lugar de nacimiento, Villanueva del Ariscal, debiendo hacerse constar que no se ha conservado archivo familiar alguno, pues como ya se ha dicho la dedicación casi absoluta de dicha familia al estado clerical provocó su extinción, desperdigándose en su día los fondos que hubieran, que permanecen desconocidos. De su etapa formativa se han consultado los fondos conservados en la Universidad hispalense y en el Archivo Histórico Nacional, donde se custodia la documentación relativa al Colegio de Portaceli de Sigüenza, y del Mayor de San Ildefonso de Alcalá, en los cuales se graduó de doctor en teología y maestro en artes. Igualmente toda la información relativa a la familia del cardenal se ha consultado tanto en los fondos de la antigua vicaría santiaguista de Villanueva, en los notariales de dicho pueblo, en los de la Real Chancillería de Granada, y en los de la Sección de *Estado* del citado Archivo Histórico Nacional: expedientes de la Orden de Carlos III.

De su etapa como magistral en Badajoz y Córdoba se examinaron los fondos atesorados en sus respectivas catedrales: expedientes de limpieza de sangre, autos capitulares, información sobre las oposiciones a las referidas canonjías de oficio, y documentación económica capitular, informaciones todas que fueron complementadas con diversos anales y obras históricas coetáneas al arzobispo que nos aportaron diferentes anécdotas sobre la vida del futuro prelado en esas ciudades (Ver en

bibliografía los anales pacenses de Solano de Figueroa y su continuación; o para Córdoba los del también capitular Gómez Bravo).

Las consultas y provisiones episcopales se han revisado todas en el Archivo Histórico Nacional, Sección *Consejos*, principalmente la documentación del Real Patronato: “Provisiones de Mitras”, y “Libros de Iglesia. De este mismo archivo y del de Simancas, Sección *Gracia y Justicia* se examinaron o solicitaron diferentes dictámenes y correspondencia mantenida con dicha secretaría por el prelado. Desgraciadamente la falta de una adecuada financiación nos han impedido desplazarnos hasta Canarias y Sigüenza, siendo estudiada la parte correspondiente a dichos pontificados a través de documentación solicitada a sus archivos diocesanos y capitulares, o a través de compilaciones documentales, bibliografía especializada historia de dichas Iglesias, y crónicas o episcopologios como los de Viera y Clavijo, Cazorla y Sánchez Rodríguez para el caso canario, o del obispo Mingüella para el seguntino.

La acción pastoral del pontificado sevillano de Delgado y Venegas se ha estudiado a través de varias fuentes, principalmente las del Archivo General del Arzobispado de Sevilla, fondos Arzobispal y Capitular. En el primero se han examinado sobre todo las importantes secciones de *Gobierno*: series de Asuntos Despachados (en la cual se conservan todas las peticiones realizadas a la mitra, quejas, o decretos expedidos de *motu proprio*), Visitas, y Órdenes Sagradas; y *Administración General*, cuya serie de “Mesa Arzobispal” resulta indispensable para conocer las rentas de que disponía el arzobispo y los gastos que durante su gobernación se dispensaron en ayudas a pobres necesitados, instituciones benéficas y asistenciales, salarios, reparación de templos, y proyectos suntuarios como la reconstrucción y embellecimiento de varios templos y del propio Palacio Arzobispal, o el mecenazgo ejercido durante su pontificado, del que se benefició en gran manera la catedral hispalense. En esta misma sección se han consultado también los *espolios* y *vacantes* del arzobispo, detallándose el contenido y el paradero de algunos de sus bienes pontificales y patrimoniales así como los caudales que fueron aún durante algunos años utilizados para diferentes proyectos, como por ejemplo la culminación de las obras de la parroquia de su pueblo natal, comprometidas en sus últimas voluntades. En el archivo capitular, resultaron imprescindibles las series de Autos Capitulares y Correspondencia, por la amplia documentación epistolar y legislatora que conservan insertados entre sus páginas,

ofreciendo numerosas noticias y anécdotas sobre diferentes asuntos de gobierno pastoral o sobre las muchas donaciones con que el prelado obsequió al templo catedralicio. Así por ejemplo resultó fundamental la serie de Inventarios (Sección Fábrica) para señalar el origen, atribución, o destino de final de algunas de las importantes piezas que el prelado donó a esta, permitiendo en otras ocasiones la elaboración de hipótesis sobre otras más oscuras. Otras secciones consultadas en el rico archivo capitular fueron las de *Liturgia*: Libros de la Diputación de Ceremonias, *Fondo Histórico General*, y *Varios*, quedando el detalle completo de dichas fuentes en el apartado titulado: *Fuentes*.

En Madrid, donde falleció Delgado siendo patriarca de las Indias y limosnero mayor de Carlos III entre otros cargos palatinos, se consultó la importante documentación custodiada en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, donde se examinó el testamento original y completo del prelado, pues en la documentación sevillana tan solo se conservaba la parte relativa a los pontificales que tocaron a la Iglesia hispalense; y el Archivo General de Palacio (AGP), sobre todo las secciones *Real Capilla*, y *Carlos III*. En estas últimas secciones se conserva toda la documentación relativa a la provisión del patriarcado y a la petición a Roma de la púrpura para el prelado sevillano, así como todos los detalles sobre la planta, dotación económica, y funciones de la Real Capilla y sus integrantes. Asimismo se conservan los libros sacramentales en los que se asentaban los distintos eventos familiares de la Familia Real, su Casa, y servidumbre, localizándose en ellos la partida original de defunción que permanecía inédita, ofreciendo interesantes detalles desconocidos sobre su sepelio y honras. Por último del Archivo Municipal de Sevilla se ha consultado los interesantes fondos de la Sección XI, o del “Conde del Águila”, que contienen todo tipo de bandos, órdenes, y edictos tanto episcopales como municipales de la época; del Archivo Secreto Vaticano se solicitaron algunos de los documentos relativos al cardenal procedentes de sus distintos fondos: *Acti Camerii*, y *Consistoriali*; y en el de la Orden Capuchina en Sevilla la documentación relativa a las misiones de fray Diego José de Cádiz en la época del cardenal Delgado y luego de su sobrino Juan Acisclo.

De la parte dedicada al arzobispo de Laodicea, Juan Acisclo de Vera y Delgado, podemos decir que se han consultado diversos tipos de fuentes: religiosas y laicas, presentando los mayores problemas las escasas referencias bibliográficas del personaje y la ausencia de un completo archivo personal, pues tan solo se conservan algunos documentos particulares suyos en el Archivo Diocesano de Cádiz. Así, para sus

primeros años se consultaron los fondos universitarios hispalenses, donde se graduó de doctor *in utroque iure*, los de la Orden de Carlos III en el Archivo Histórico Nacional, o los de la catedral hispalense en lo referente a su ingreso y promociones dentro del cabildo, principalmente su expediente de limpieza de sangre, libros de entrada de prebendados y autos capitulares. Para la etapa de su coadministración de la diócesis se examinaron los ya citados sobre provisión de mitras y prebendas en el Archivo Histórico Nacional, los autos capitulares de la catedral hispalense entre 1800 y 1815, y en la sección de *Asuntos Despachados* para el mismo periodo. De gran interés nos fue la correspondencia mantenida con el arzobispo Luis de Borbón y Vallabriga a través de su secretario Nicasio Tomás, que nos permitió conocer muchas de sus reacciones ante diferentes hechos y la problemática suscitada en el seno de la Iglesia sevillana a raíz de las ingerencias del poder civil en materia religiosa. Esta valiosa fuente nos fue proporcionada en parte gentilmente por don Carlos Rodríguez López-Brea, biógrafo de Borbón, otra la encontramos entre los pocos papeles personales de Vera conservados en el Archivo Diocesano de Cádiz, ahora en una nueva sección denominada *Episcopologio*, y otras que ya se encontraban publicadas.

Para el estudio de su labor como vocal en la Junta de Sevilla y luego en la Junta Central, que presidió, nos centramos principalmente en la documentación conservada en la sección de *Estado* del Archivo Histórico Nacional: Papeles de la Junta Central, auxiliándonos de la amplia bibliografía existente, de medios impresos de la época como la *Gazeta Ministerial* y la *Gazeta del Gobierno*, órganos de expresión de dichas Juntas, así como del *Diario de Sesiones de las Cortes*, y de crónicas coetáneas como la célebre de González de León, conservada en el Archivo Municipal de Sevilla (Sección XIV). De su estancia en Ceuta tras la disolución de la Central (1810-1812) nos hemos valido de los fondos de su Archivos Capítular y Diocesano.

El no menos complejo pontificado gaditano a pesar de su brevedad (1815-1818) tiene como fuentes principales al Archivo Diocesano y al Catedralicio, de los que hemos obtenido importante información sobre la relación del nuevo obispo con su cabildo, y el estado calamitoso en que se encontraba. Las principales secciones consultadas en el primero han sido las de *Episcopologio*, donde se encuentran los pocos papeles particulares conservados (Relación de Méritos, concesión de la Orden de Carlos III, algún edicto de su tío el cardenal Delgado, nombramiento y bulas de arzobispo y coadministrador, y correspondencia con el arzobispo Borbón a través de su secretario);

una nueva creada con motivo del bicentenario gaditano, denominada *Fondo Doceañista*; y *Secretaría de Cámara*, con las importantes series de *Despachos Episcopales*, que nos permite conocer el estado de la diócesis y las medidas tomadas por el obispo en distintas materias; y *Reales Órdenes*, con las diferentes disposiciones llegadas desde Madrid para su cumplimiento en el territorio; o Visitas Pastorales. En el Archivo Catedralicio se examinaron sobre todo las series de Autos Capitulares y *Documentos Varios*, en los que se reconstruye las difíciles relaciones mantenidas por las diferentes facciones creadas dentro del propio cabildo catedralicio a santo de las controvertidas decisiones tomadas por el Legislativo gaditano, principalmente en materia religiosa; las luchas por el poder durante la sede vacante en que se hallaba dicha mitra; y la intervención del nuevo obispo a su llegada. Al igual que en caso de Delgado también se solicitó del Archivo Secreto Vaticano, fondos consistoriales, la documentación relativa al proceso previo a su toma de posesión.

Sobre la familia Curiel hemos consultado principalmente parte de su archivo privado, conservado aunque de manera muy parcial en el Archivo General de Andalucía: Archivo y Fondos Depositados; los parroquiales de Villanueva, La Magdalena en Sevilla, o Cádiz; los fondos notariales de Villanueva y varias escribanías de Sevilla; y la documentación relativa a los diferentes puestos que estos detentaron, ya como letrados y jueces y como consejeros de Castilla e Inquisición conservadas en el Archivo Histórico Nacional, Sección *Consejos e Inquisición*. En esta misma institución se consultaron además las secciones de *Universidades*, y *Órdenes Militares*; en el de Simancas la de *Gracia y Justicia*; en el Ministerio de Justicia la de *Títulos Nobiliarios*; en las Reales Chancillerías de Valladolid y Granada la *Sala de los Hijosdalgo*; Universidad de Salamanca: los libros de matrícula y de cursos de varias facultades; y en la Real Academia de la Lengua en su sección de *Secretaría* los libros de actas.

Por último reseñaremos que la documentación consultada para la elaboración del capítulo titulado: *Una familia de clérigos e inquisidores*, y el apartado dedicado a prosopografía familiar dentro del cabildo catedralicio hispalense (capítulo sobre las Élite eclesiásticas), se ha basado principalmente en la documentación custodiada en el Archivo de la Catedral de Sevilla (integrado en el Archivo General del Arzobispado), sobre todo los expedientes de limpieza de sangre de los personajes relacionados con la familia Delgado, y el extracto genealógico realizado de todos los capitulares por Adolfo Salazar para el resto; los libros de Entrada de Prebendados, los Autos Capitulares, y los

inventarios de los “Oratorios” dejados por estos a la catedral. Para el estudio de sus rentas capitulares hemos estudiado los libros de Mayordomía del Cabildo, Sección Mesa Capitular; y para evaluar sus bienes patrimoniales, negocios seculares, y legados y mandas pías la documentación notarial, principalmente de Sevilla, Villanueva del Ariscal, o Cádiz. Las provisiones a canonjías de oficio se han consultado tanto en Sevilla, como Santiago de Compostela, o Cádiz en la serie de Autos Capitulares, tanto “In Sacris”, como “Pleno” donde vienen detalladas; examinando además en la de Cádiz para el caso de Pedro de Vera y Baena la serie denominada “Oposiciones”, también en la Sección de *Secretaría*. La documentación referente a bautismos, matrimonios, o defunciones de todos ellos está principalmente comprendida en las parroquias de Villanueva, Sagrario y La Magdalena de Sevilla, Cádiz, “Catedral Vieja”, o Madrid, caso de los Curiel.

También se han utilizado como fuentes primarias todo tipo de publicaciones impresas o manuscritas coetáneas a los personajes que tratamos, como por ejemplo los célebres *Anales* de Justino Matute, Velázquez y Sánchez, o González de León, para Sevilla; los ya mencionados de Solano de Figueroa y Gómez Bravo para Badajoz y Córdoba; y determinadas compilaciones legales como la *Novísima Recopilación* y otras inclusivas de leyes, bandos, y órdenes de todo tipo publicadas durante los siglos XVIII y XIX. Se han aprovechado también numerosos documentos manuscritos o impresos alusivos a los personajes que tratamos encontrados en los archivos y bibliotecas de importantes instituciones como la Biblioteca Nacional de Madrid, Real Academia de la Historia, Real de la Lengua, Palacio Real de Madrid, Archivo Histórico Nacional, o bibliotecas como las de las universidades de Salamanca y Sevilla, y las arzobispales y capitulares de esta última capital.

En cuanto a la bibliografía más actual consultada se han utilizado las obras más significativas en relación a los temas tratados en la tesis, ya tomando fragmentos de ellos que irán convenientemente citados, o como elemento de comparación a las aseveraciones vertidas o tesis enunciadas en cada capítulo. Dichas obras abordan temas tan diferentes como la historia general de España, historia de las instituciones políticas y religiosas, sociografía y sociología del clero y del episcopado español durante el Antiguo Régimen, historia de las diócesis tratadas en la tesis, sobre la Guerra de la Independencia y las Cortes de Cádiz, o también diferentes biografías y breves reseñas sobre alguno de los personajes abordados. Junto a la bibliografía consultada se ofrecerá

además en su apéndice correspondiente otro apartado para títulos recomendados sobre las diversas materias tratadas en la investigación.

Finalmente y tras el capítulo de conclusiones se han incorporado dos secciones descriptivas como apoyatura al contenido textual de la tesis, una de ilustraciones y otra documental. En la primera se insertará diverso material gráfico en forma de retratos, grabados, miniaturas, fotografías de piezas artísticas vinculadas al mecenazgo de los personajes que aborda la tesis, o de personajes y aspectos curiosos relacionados con ellos, constituyendo un resumen visual a todo lo expuesto. En el apéndice documental constarán reflejados algunos documentos importantes y significativos en la vida personal, pastoral, política, literaria, o incluso anecdótica de todos ellos.

Todas las fotografías aportadas han sido tomadas por el autor de tesis, tomándose únicamente de otras fuentes las que por su especial dificultad o lejanía nos ha sido imposible hacerlas personalmente, en cuyo caso va convenientemente reseñada su procedencia.



### III. ÉLITES EN LA IGLESIA HISPALENSE: EL CASO DE LAS FAMILIAS DELGADO, VERA, Y CURIEL.

#### *Las élites eclesiásticas, elemento de poder social (S. XVIII-XIX)*

Decía el historiador capuchino Tarsicio de Azcona<sup>12</sup>, que los Reyes Católicos elegían a los obispos de sus reinos en función de cuatro criterios: ser naturales de ellos, personas de reconocida honestidad, letrados, y procedentes de lo que hoy llamaríamos las clases medias, desligándolos así de ambiciones dinástico-nobiliarias o políticas para que estos estuviesen volcados únicamente en su función pastoral. Y es verdad, al menos en lo que respecta a todo el periodo que abarcamos – siglo XVIII y principios del XIX –, en él, la Iglesia se surtirá principalmente de familias de lo que hoy llamaríamos clase media acomodada, o incluso baja en muchas ocasiones, impulsando de esta manera como ninguna otra institución la consideración del mérito frente al criterio aristocrático como principal elemento de ascenso en la vida pública.

Así, mientras que para la provisión de los prelados en la archidiócesis hispalense se mantiene un cierto criterio nobiliario – debido probablemente a la importancia de esta mitra, la segunda en importancia y en rentas después de la Primada de Toledo –, o al menos contar con una adecuada prosapia familiar, este, sin embargo, irá combinado siempre con una necesaria formación intelectual y académica, cómo es el caso. En cambio, para prebendas eclesiásticas de menor entidad esta exigencia será menor, pues tanto en los cabildos catedralicios como colegiales, los cargos de la curia, o beneficios parroquiales y otros puestos relacionados con el clero secular y regular, el criterio nobiliario será mínimo. Frente a los vástagos de la nobleza titulada, abundarán los de los letrados, los miembros del patriciado urbano y otros cargos de regimiento – de los que hay amplia representación –, hijos de familias hidalgas y de ricos labradores o comerciantes principalmente de todo lo que era el reino de Sevilla, si bien también de otros puntos del reino.

---

<sup>12</sup> Tarsicio de Azcona, José Luis González Novalín (coord.), y Melquiades Andrés: *Historia de la Iglesia en España. La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, tomo III, Colección Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, Editorial Católica, 1980, págs. 123-124.

En la Sevilla del Antiguo Régimen estas élites tendrán diferentes ámbitos de aspiración, siendo para muchos ellos el final de su *cursus honorum* la consecución de una prebenda en el cabildo catedralicio, en la Capilla Real, dependiente directamente del rey (compuesta de un capellán mayor y once capellanes), o al menos en alguna de las tres colegiales repartidas por la archidiócesis: Divino Salvador en Sevilla, Jerez de la Frontera y Osuna (la de Olivares constituía jurisdicción exenta, ajena a la hispalense). Junto a estas prebendas referidas (deanato, alguna de las 11 dignidades capitulares, 4 canonjías de oficio (magistral, lectoral, doctoral, y penitenciaria), 40 simples, 20 raciones, otras 20 medias raciones, los veinteneros, formados por ese mismo número, y 21 capellanes de coro, eran de gran importancia en la vida social y religiosa de la ciudad los diversos cargos de la curia diocesana, elección de cada nuevo prelado, o los jugosos beneficios parroquiales, cuya única condición era prácticamente la asistencia diaria a la lectura del oficio, y alguna de las capellanías repartidas por los diferentes templos y oratorios privados de todo el arzobispado. A todo esto hay que añadir los relevantes cargos del tribunal del Santo Oficio, con apetecibles cargos como los de inquisidor, comisario, notario, o calificador. Los de familiar o alguacil estaban reservados para los laicos, muchos de los cuales eran cercanos parientes de los primeros. También existieron hermandades exclusivas para clérigos, como la hermandad de San Pedro Advíncula, o la universidad de curas párrocos, presididos por un abad, o algunas tan selectas como la hermandad de la Anunciación, vulgarmente conocida por Las Doncellas, como demuestra el reciente estudio de don Fernando de Artacho. Esta última corporación aunaba en su seno a lo más selecto de la vida pública hispalense, en sus vertientes civil y religiosa, destacando la preparación intelectual y académica de sus miembros, como posteriormente también veremos, si bien de manera breve. Fundada en el siglo XVI por micer García de Gibrleón para la dotación de doncellas pobres, tanto para contraer matrimonio como para profesar en religión, era esta una de las demostraciones de caridad más prestigiosas en la sociedad Moderna, contando asiento en el propio templo mayor hispalense, sita en la capilla homónima. A ella pertenecieron varios de los personajes que estudiamos en esta tesis: Pedro Curiel y Luna, que ingresó en 1750; Fernando José Criado y Venegas, ese mismo año; Juan Acisclo de Vera y Delgado, que le aprueba nuevas reglas en 1802, siendo ya coadministrador de la diócesis y se incorpora en 1806; su hermano el penitenciario, que lo hace el mismo año

y llegaría a presidir la hermandad en 1836; y el arcediano de Niebla Francisco Vicente Venegas, que fue consiliario<sup>13</sup>.

Fijándonos sin embargo en las dos instituciones clericales más importantes de la diócesis, como son la figura del propio obispo y los capitulares que integraron su cabildo entre 1700 y 1820, podemos sacar diferentes conclusiones, obtenidas del estudio de su extracción social, cursus honorum, y formación académica. De los doce titulares de la mitra en este tiempo (es decir desde los arzobispos Arias, que inaugura el siglo XVIII, hasta Cienfuegos, ya en los años veinte de la siguiente centuria), observamos que solo cuatro pertenecen a lo que podemos llamar “alta nobleza”: en primer lugar el arzobispo Palafox, hijo del marqués de Ariza; desde luego el cardenal infante don Luis de Borbón, hijo del propio Felipe V, que acabaría por abandonar el estado clerical por falta de vocación; el propio hijo de este, de igual nombre y que sería también como su padre cardenal de Scalas y arzobispo de Sevilla y de Toledo; o el cardenal Solís, hijo del duque de Montellano, grande de España. En la mediana nobleza o en la nueva, llamada “de toga” podríamos incluir a los arzobispos Arias, caballero de Malta y nieto de abogado; a Gil de Taboada, de familia hidalga gallega; a Salcedo y Azcona, hijo de un asistente de Sevilla; a Llanes, hijo de un señor solariego asturiano, a Despuig, hijo de conde; a Cienfuegos, también de la nobleza asturiana y sobrino de Jovellanos, secretario de Gracia y Justicia, cuyo apellidos constaban probados en varias órdenes. Entre la clase hidalga o la élite burocrática estarían: el propio Delgado, hijo de ricos labradores con algún acto positivo de nobleza y parentesco cercano con dos consejeros de Castilla y de la Inquisición, caballeros asimismo de Santiago y Calatrava; y a Mon, de la nobleza asturiana. Todos ellos contaban con estudios universitarios, cursados ya en colegios mayores o menores, poseyendo, salvo el caso excepcional del infante-cardenal de Borbón, educado con selectos preceptores, los títulos de doctor o licenciado en ambos derechos, leyes, cánones o teología, principalmente.

En cuanto al caso de los coadministradores y obispos auxiliares, prácticamente todos pertenecieron a la nobleza media y al patriciado urbano, o a familias hidalgas letradas, hijos de comerciantes o labradores acomodados, que se ha venido en llamar “clases medias ilustradas”, pues es prácticamente imposible delimitar muchos de estos

---

<sup>13</sup> Archivo General del Arzobispado de Sevilla (AGAS), Fondo Hermandad de las Doncellas, *Recepción de hermanos y Libros de Actas*, legs. 17, 62, y 104.

ejemplos entre unas y otras. Así, exponente de las primeras – más que de la alta nobleza –, sería don Gabriel Torres de Navarra, hijo del marqués de Campoverde, con abundante parentesco entre el patriciado hispalense: caballeros de algunas de las órdenes militares, *veinticuatro*s, y otros cargos de regimiento y gobierno municipal. Canónigo y coadministrador “in spiritualibus” con el título arzobispal de Mitilene con el infante-cardenal don Luis de Borbón, tras su renuncia fue asimismo deán del cabildo. El futuro cardenal Solís sí era en cambio hijo de un grande, el duque de Montellano, ocuparía la coadministración con el título de arzobispo de Trajanópolis, y posteriormente la sede sevillana ya como titular. El resto son vástagos de familias acomodadas, con parientes más o menos cercanos a la nobleza o a la alta burocracia civil y eclesiástica, casi todos nacidos en Sevilla, o pueblos repartidos por todo el Reino de Sevilla, como Carmona, Jerez, o El Puerto. Isidro Alfonso de Cabanillas, sexto abad de Olivares, es uno de los pocos nacidos fuera de Andalucía, en Toledo, fue coadministrador del citado infante-cardenal con el título de arzobispo de Anazarbo, llegando a obispo de Zamora; Juan Acisclo de Vera y Delgado, nació en la actual provincia de Sevilla, y detentó el mismo puesto de gobierno con el título de arzobispo de Laodicea con el hijo de aquel, el segundo cardenal Borbón. Los obispos auxiliares del periodo que estudiamos fueron: Pedro Francisco de Levanto y Vivaldo, canónigo y obispo de Lacedemonia, hijo de genoveses; José de Esquivel, dominico natural de Carmona, obispo de Licópolis; el portuense Manuel Tercero de Rozas, agustino, obispo de Icosio; Domingo Pérez de Rivera, nacido en Sevilla, obispo de Gádara; el guipuzcoano de Villafranca de Oria, hoy Ordicia, Agustín de Ayestarán, canónigo y obispo de Botra, futuro obispo de Córdoba; Manuel Cayetano Muñoz y Benavente, canónigo y también obispo de Licopolis, natural de Santa Cruz, en Ciudad Real; o el franciscano de Bujalance Miguel Fernández, obispo de Marcópolis, auxiliar del arzobispo Mon. Prácticamente todos fueron doctores o licenciados en teología o ambos derechos, ejercieron la cátedra en Sevilla, ya en Santa María de Jesús o en Santo Tomás, permaneciendo algunos en la ciudad a pesar de haber sido promocionados como titulares de otras diócesis, casos de los obispos Levanto, Esquivel, Torres, o Fernández.

Sin embargo, el órgano representativo de las élites eclesiásticas hispalenses sería el todopoderoso y riquísimo cabildo catedralicio, celocísimo de sus prerrogativas y ante cualquier intento de control o injerencia por parte del prelado, con el que había tenido tiempo atrás sonados litigios. Choques que los prelados del siglo XVIII intentarían

evitar, lisonjeándolos a base de generosas donaciones y favores, como sería el caso de nuestro propio protagonista el cardenal Delgado. Los cabildos eran el caladero idóneo en la selección de los futuros obispos, junto a estos, los monarcas se surtían de clérigos regulares sobresalientes por su formación, destacados en el gobierno interior de su orden, ya como generales o provinciales, por su oratoria, o por su fama de santidad incluso, en menor medida.

Sobre la extracción social de los capitulares hispalenses podemos sacar diversas conclusiones. De los 343 prebendados provistos que presentaron sus expedientes de limpieza de sangre<sup>14</sup> a la aceptación del cabildo, al menos 122 eran naturales de la ciudad de Sevilla, y 29 de lo que hoy es su actual provincia. El resto procedían de los más dispares puntos de la monarquía hispana, siendo al menos 68 oriundos de Sevilla y de otras provincias en iguales partes. La procedencia de los capitulares nacidos o con la mayor parte de sus ascendientes en otras regiones es la siguiente: Madrid y Castilla La Vieja (51 representantes), Provincias Vascas y Reino de Navarra (36), provincia actual de Cádiz incluyendo las importantes poblaciones de Jerez, El Puerto o Sanlúcar de Barrameda, pertenecientes entonces al Reino de Sevilla y a su arzobispado (35), Huelva (22), Principado de Asturias (17), Córdoba (15), actual región de Castilla-La Mancha y Málaga (13), Cantabria y Extremadura (11), América española (8), Aragón, Galicia, y Granada (7), Jaén (4), Canarias, La Rioja, y Valencia (3), Cataluña y Murcia (2), Ceuta y Mallorca (1). De países extranjeros o regiones vinculadas tradicionalmente con la Monarquía hispánica: Flandes (12), estados italianos (9), Francia (3), Irlanda (2), otros orígenes (2), sin datos (2).

Esto en lo relativo a procedencia geográfica, de su extracción social podemos decir que del referido número de capitulares estudiado, al menos 66 poseían grados académicos de doctor, licenciado, bachiller o habían sido colegiales mayores; 5 ostentaban ellos mismos un título nobiliario por derecho propio; 18 fueron caballeros de alguna orden, principalmente Santiago, Calatrava, San Juan, o Carlos III; 24 eran hijos de título del reino, 31 de caballeros; 87 estaban emparentados de manera más o menos cercana con alguna de estas dos últimas categorías; 24 manifestaban su condición

---

<sup>14</sup> AGAS, Fondo Catedral, Sección I, *Secretaría*, Expedientes y Pruebas de Limpieza de Sangre. Dichos expedientes, unos 915, contienen únicamente las pruebas que tuvieron que presentar los clérigos provistos de las prebendas principales del cabildo: dignidades, canónigos, racioneros, medios racioneros y coadjutores de aquellos. Fueron extractados por Adolfo de Salazar Mir: *Los expedientes de limpieza de sangre de la catedral de Sevilla*, 3 vols., Madrid, Hidalguía, 1995-1998.

hidalga (debiendo exceptuarse de este número los ya expresados como parientes de caballeros o títulos a los que se les da por supuesta); 22 estaban emparentados con algún obispo, arzobispo o cardenal; 13 con alguna otra dignidad eclesiástica; 20 eran hijos de oficial o militar de alta graduación; 52 estaban emparentados con dignatarios de la Corona o de los Reales Ejércitos; 3 eran hijos o parientes de gobernadores o alcaides de fortalezas; 25 eran vástagos de cargos burocráticos más o menos relevantes; 8 lo eran de profesionales liberales (abogados, médicos, otros licenciados y bachilleres); 16 parientes cercanos de esta última categoría; 42 eran hijos de cargos de regimiento (veinticuatro y regidores, alcaldes por el estado noble, alguaciles etc.); 39 tenían un cercano parentesco con estos últimos; 29 contaban con parientes o ascendientes en el Santo Oficio (familiares, comisarios, alguaciles...) o en la Santa Hermandad; 5 eran hijos o parientes de comerciantes, artesanos o artistas; y al menos 80 no dejan claro del escrutinio de sus expedientes una categoría social específica. Asimismo, 27 ostentaban antes de su ingreso en el cabildo hispalense algún tipo de prebenda anterior; 23 ocuparon cargos de curia (vicario general, provisor, secretario de cámara, tesorero, familiar del prelado...); y 10 ocuparon diversos cargos en el Tribunal del Santo Oficio (inquisidores, juez, comisario...).

Más interesante aún es en mi opinión el posterior *cursus honorum* de los capitulares, que ingresarían en el cabildo en alguna de sus principales prebendas, ya como medios racioneros, racioneros, canónigos, canónigos de oficio o dignidades. De estos, 21 llegaron a alcanzar el episcopado, 5 fueron coadministradores u obispos auxiliares de la propia diócesis, 5 vistieron la púrpura cardenalicia (Cienfuegos y Jovellanos; dos nuncios en Madrid: Felipe Casoni, arzobispo de Perges, y Pietro Gravina, arzobispo de Nicea, hermano del célebre marino muerto gloriosamente en Trafalgar; Francisco Javier de Zelada, cardenal de San Silvestre; y el príncipe inglés Enrique Benedicto Estuardo, cardenal duque de York, último vástago de aquella dinastía depuesta en Inglaterra en 1688, agraciado por el soberano español en 1748 con una canonjía y el arcedianato de Carmona).

Los capitulares hispalenses que alcanzaron el episcopado en el periodo explicitado fueron los siguientes:

- Pedro Francisco de Levanto y Vivaldo, canónigo en 1692, era dignidad de arcediano de Reina, obispo auxiliar en 1703, utilizó el título de Lacedemonia. Electo arzobispo de Lima en 1708, no llegó a tomar posesión de aquella diócesis, renunciándola en 1711 y continuando como auxiliar en Sevilla. En 1715 fue designado obispo de Badajoz, sede en la que permaneció hasta su muerte.
- Tomás Crespo y Agüero, canónigo hispalense en 1705, obispo de Ceuta en 1721, y posteriormente arzobispo de Zaragoza en 1727.
- Juan Antonio Vizarrón, arcediano de Sevilla en 1714, fue preconizado arzobispo de México en 1730.
- Andrés Mayoral, magistral del cabildo hispalense, había entrado en él en 1728. En 1731 es designado para la silla septense, siendo promovido en 1738 para arzobispo de Valencia.
- Felipe Aguado y Raquejo, canónigo doctoral en 1719, fue obispo de Barcelona en 1734.
- Cayetano Gil de Taboada, sobrino del arzobispo del mismo apellido, entró en el cabildo en 1721, durante el pontificado de su tío. Fue obispo de Lugo en 1735, y arzobispo de Santiago en 1745.
- Gabriel Torres de Navarra y Monsalve, entró en el cabildo el año 1700, nombrado primer coadministrador del cardenal-infante don Luis, se le concedió el título arzobispal de Mitilene en 1741, pero renunció a su tarea de gobierno en 1749, siendo elegido deán del cabildo poco antes de su fallecimiento en 1757. Le sucedería en dicho puesto su propio sobrino Luis Chacón.
- Andrés de Licht y de la Barrera, había entrado al cabildo en 1733, siendo penitenciario del mismo, en 1745 fue promovido obispo de Guadix.
- Diego del Corro, medio racionero en 1728, es promovido para obispo de Popayán, en la actual Colombia, en 1752, ocupando posteriormente el arzobispado de Lima en 1758.
- Bernardo Velarde, doctoral del cabildo, entró en 1755, siendo designado en 1765 para obispo de Tortosa, en 1779 fue preconizado para la importante sede de Zaragoza.
- Francisco Javier de Zelada, arzobispo de Petra en Palestina en 1766, fue elevado a la púrpura cardenalicia en 1773, año en que el rey le concede una prebenda en el cabildo hispalense como premio por su labor en la redacción de la bula

*Dominus ac Redemptor*, que suprimía ese mismo año la Compañía de Jesús. Arcipreste de San Juan de Letrán, estuvo al frente del Archivo Vaticano, siendo últimamente cardenal de la basílica de Santa Práxedes.

- Agustín de Ayestarán y Landa, obtuvo media ración en el cabildo hispalense en 1769, siendo obispo auxiliar con el título de Botra en 1772, ocupó posteriormente la sede cordobesa desde 1796 hasta su muerte.
- Alonso Marcos de Llanes y Argüelles, doctoral en Palencia, lo fue también en Sevilla en 1766, en 1774 es promovido obispo de Segovia, ocupando la mitra hispalense desde 1783 a 1794.
- Francisco Ramón de Larumbe, canónigo en 1771, provisto obispo de Tudela en 1784.
- Felipe Casoni, arzobispo de Perges desde 1794, y nunció en España desde ese mismo año, fue agraciado con una canonjía en el cabildo hispalense en 1801, era cardenal de Santa María de los Ángeles.
- Pietro Gravina, hermano del célebre marino muerto en Trafalgar, era arzobispo de Nicea desde 1794. Nuncio en España en 1803, se le concedió una canonjía con el arcedianato de Carmona, vacante por muerte del cardenal-duque de York en 1807. Fue asimismo cardenal y arzobispo de Palermo, en el Reino de las Dos Sicilias.
- Manuel Cayetano Muñoz y Benavente, traído por el arzobispo Despuig, había sido provisor y vicario general con este en Mallorca y Orihuela, ocupando los mismos puestos en Sevilla. El nuevo arzobispo le procuró una canonjía en 1797, nombrándole su obispo auxiliar, con el título de Licopolis. Durante la ocupación francesa de la ciudad fue “obispo-gobernador”, asignándosele tras la retirada del invasor un discreto retiro como abad de Alcalá la Real.
- Juan Acisclo de Vera y Delgado, sobrino del arzobispo Delgado y Venegas, obtuvo una ración entera en 1782, siendo designado coadministrador del segundo cardenal Borbón en 1801. Utilizaría el título arzobispal de Laodicea, permaneciendo al frente de la Iglesia hispalense hasta 1815, salvo el periodo de ocupación de la ciudad (1810-1812). En 1809 sería promovido por la Junta Central para el obispado de Cádiz, siendo confirmado en él a la vuelta de Fernando VII en 1815.
- Cristóbal Bencomo y Rodríguez, arzobispo titular de Heraclea en 1817, fue agraciado al año siguiente con la dignidad de arcediano de Carmona.



- Francisco Javier Cienfuegos y Jovellanos, pariente de este último, este le procuró una prebenda en 1787. Llegó a obispo de Cádiz en 1819, y a arzobispo de Sevilla en 1824.
- Nicolás Luis de Lezo y Garro, nieto del ilustre marino Blas de Lezo, obtuvo una prebenda de racionero en 1809. En 1850 fue designado para abad de San Ildefonso en 1850, asignándosele el título *in partibus* de arzobispo de Seleucia.

En todas estas instituciones referidas, ya en el caso del cabildo catedralicio, como en los otros, tuvo singular importancia un elemento clave en la dinámica de las relaciones sociales del Antiguo Régimen, nos referimos al parentesco. Diferentes familias contarían con varios individuos dentro de su seno, los cuales a su vez debieron influir necesariamente para conseguir otras prebendas para sus deudos: hermanos, sobrinos, o primos. En el periodo expresado al 35 familias, buena parte de ellas vinculadas con la ciudad, aportaron más de un capitular de manera más o menos simultánea al cabildo; conviviendo al menos: 55 hermanos, 19 primos, 15 tíos y 21 sobrinos en grado cercano. Precisamente la familia que nos ocupa, la del cardenal Delgado y Venegas sería la que más miembros colocaría, con siete; igualada en número por la del arzobispo de Mitilene, don Gabriel Torres de Navarra, primer coadministrador del cardenal-infante don Luis de Borbón; cinco los del arzobispo Llanes y Arguelles, contándole a él mismo entre ellos pues fue capitular; otros cinco la de los hermanos Delgado y Ayala; cuatro los miembros de las familia Rodríguez de Valcárcel; tres los Bucarelli y los Abadía; y otras veintiocho familias con dos capitulares, los cuales detallaremos a continuación, siempre por orden cronológico de entrada en el cabildo catedralicio.

#### Estructuras de parentesco en el cabildo catedralicio hispalense

El cardenal Delgado y Venegas, arzobispo de Sevilla entre 1776-1781, no fue nunca capitular en esta ciudad, si no en Badajoz primero y posteriormente en Córdoba, sus parientes en el cabildo catedralicio hispalense fueron:

- Don Pedro Curiel y Luna, su primo por doble vínculo, sería el primero de la familia que ingresaría en el cabildo durante la centuria dieciochesca, entrando de racionero 1726, y ascendiendo posteriormente a canónigo y dignidad de

arcediano titular de Sevilla. Fue asimismo inquisidor decano de la ciudad, y su hermano don Juan Antonio, al igual que el padre de ambos, alcanzaría importantes puestos en los Consejos de Castilla e Inquisición, siendo designado por el rey para el controvertido cargo de juez de Imprentas, quien a su vez nombró a Pedro, su hombre de confianza en Sevilla, como subdelegado de las mismas para el Reino de Sevilla, falleciendo en el Castillo de San Jorge en 1764. La madre de don Pedro Curiel, doña Catalina Tejada era sobrina del canónigo sevillano don Juan de Tejada y Alderete, inquisidor apostólico del tribunal hispalense, siendo este personaje el primero de la familia del que tenemos constancia ocupó algún tipo de prebenda en el cabildo catedralicio sevillano<sup>15</sup>.

- Don Fernando Criado y Venegas, también su primo hermano, quien obtuvo una prebenda como coadjutor de media ración en 1740.
- Don Juan Delgado y Venegas, quien entra como racionero en 1770 siendo aún su hermano, el futuro cardenal, obispo de Sigüenza, llegaría a ser canónigo y dignidad de tesorero del cabildo.
- Don Francisco Vicente Venegas, igualmente primo hermano de los anteriores. Medio racionero en 1776, acompañaría al prelado en su estancia en la corte madrileña como *familiar*, llegando a ser tras la muerte de aquel, dignidad de arcediano de Niebla.
- Don Jacinto Reinoso y Curiel, sobrino del arcediano Curiel y sobrino segundo del cardenal Delgado, acompañó a este como paje, y luego como *familiar* en Canarias, Sigüenza, y Madrid. A la llegada de Delgado a Sevilla fue provisto del arcedianato titular del cabildo en 1777, renunciando a la canonjía que este le había concedido en la catedral seguntina. Reinoso debió contar con importantes

---

<sup>15</sup> Encargado por el cabildo de separar los cuerpos reales de Beatriz de Suabia, esposa del Santo Rey, canonizado por esas fechas, y de su hijo el Rey Sabio en 1677, cuyo epitafio compuso de orden suya el jesuita P. Esquivel. Su lauda sepulcral, adornada de sus armas se encuentra recogida en el manuscrito del canónigo Juan de Loaysa, quien da cuenta que no fue puesta en su lugar, en la nave de San Roque, hasta el año de 1696: “D.O.M. Doct. D. Ioannes de Texada et Aldrete Hispalensis, a puero huius almae Ecclesiae canonicus, regalis xenodochii aeconomus, sydonalis iudex, inquisitor apostolicus, Ordinis S. Antonii Abbatissae visitator ad reges Hispaniarum suae Ecclesiae commissarius, pro canonicatione et debita collocatione corporis S. Ferdinandii III quorum iussu mox separata Alphonsi Sapientis et Beatricis eius matris regia corpora in Regali Capella magnifice collocavit, regi caenobii Incarnationis Maior sacellanus quae munera ea dexteritate ac integritate exercuit ut superiorum sibi voluntatem conciliabit suavi morum illicio omnium animos raperet innata benefaciendi indole et suos et externos devinciret sui capituli rebus sedulus divino cultui et choro addictus, egregiis dotibus clarus, acerba morte communi dolore raptus 12 Nov. 1679, aetat 44. Sepultus hic cum PP. suis hinc graviter inclamat. Memorare novissima tua”. Ver en AGAS, Biblioteca Capitular y Colombina (BCC), signatura 57-1-19: *Memorias sepulcrales de esta Santa Iglesia Patriarcal de Sevilla en epitafios, capillas, entierros y toda la noticia de este género de antigüedades en dicha Santa Iglesia*, Sevilla (manuscrito). Para una mayor comodidad puede consultarse también la transcripción que hizo en los años ochenta Juan José Antequera Luengo, junto con la continuación que hiciera González de León: *Memorias sepulcrales de la catedral de Sevilla. Los manuscritos de Loaysa y González de León*, Sevilla, Facediciones, sin fecha, págs. 53, y 355-360.

rentas personales, pues como veremos el propio cardenal le reconoce en su lecho de muerte una deuda por la importante cifra de 400.000 reales.

- Don Juan Acisclo de Vera y Delgado, sobrino carnal del cardenal, fue agraciado por el monarca con una ración entera en 1782, y dos años antes con una cruz supernumeraria de la orden fundada por aquel. Todo probablemente por agradecimiento del soberano con el prelado, fallecido el año anterior, e impulsando así una prometedora carrera dentro de la Iglesia. Como veremos llegaría a gobernar la diócesis como coadministrador del segundo cardenal Borbón entre 1801 y 1815.
- Don Pedro de Vera y Delgado, hermano de este último, canónigo penitenciario en Burgos, desde 1798 desempeñó ese mismo oficio capitular en el cabildo hispalense, obteniendo la canonjía en propiedad antes que su propio hermano.

Familiares de don Gabriel Torres de Navarra y Monsalve (1681-1757), de ilustrísima estirpe sevillana, marqués de Campo Verde por derecho propio, y caballero de Santiago, capitular desde 1700, y coadministrador como se ha dicho ya del infante-cardenal de Borbón con el título arzobispal de Mitilene (1741), deán del cabildo, fueron:

- Don Pedro González Torres de Navarra, sobrino carnal del anterior, canónigo en 1750.
- Don Miguel González Torres de Navarra, hermano de este último, canónigo en 1756.
- Don Gabriel González Torres de Navarra, hermano de ambos, medio racionero en 1764. Otro hermano, Pascual, no obtuvo ninguna prebenda pero dedicó su vida igualmente al estado clerical.
- Don Luis Ignacio Chacón y Torres de Navarra, marqués de La Peñuela por derecho propio, sobrino del coadministrador citado, y primo de los anteriores. Accedió al cabildo como coadjutor del arcediano de Niebla, dignidad de la que al poco fue titular. Fue designado deán a la muerte de su tío en 1757.
- Don José Ortiz de Sandoval, sobrino carnal de este último, medio racionero en 1775.
- Don Francisco María Chacón y Carrillo de Albornoz, medio racionero en 1784 y posteriormente canónigo, sobrino tercero del deán Chacón. Heredó de su

pariente lejano el V marqués de Nevares – quien fue uno de los albaceas, como veremos, del arcediano Reinoso – dicho título, falleciendo en Sevilla en 1825.

Con cinco capitulares aparecen:

Parientes del arzobispo don Alonso Marcos de Llanes y Argüelles, quien ocupó la mitra entre 1783 y 1795, y había ingresado en el cabildo como doctoral del mismo en 1766:

- Su hermano don Francisco de Llanes y Argüelles, provisto de arcediano de Écija en 1784 durante el pontificado de su hermano.
- Su sobrino don Rodrigo de Sierra y Llanes, canónigo en el cabildo hispalense en 1790, también durante la gobernación del primero.
- Su sobrino lejano don Francisco Javier Cienfuegos y Jovellanos. Aunque del examen de la genealogía aportada por este al cabildo hispalense no se aprecia un parentesco cercano, si parece que el arzobispo Llanes le trató como a tal, tomándolo como paje y viniendo con él a su entrada en Sevilla como arzobispo. Recibió de este una ración en 1787, ocupando luego una canonjía y diferentes puestos en la curia. Sobrino carnal asimismo de Jovellanos, fue vocal de la Junta de Sevilla durante los días de la invasión napoleónica, llegando a ocupar como veremos la mitra gaditana en 1819, y la hispalense en 1824.
- Don José de Argüelles y Cienfuegos, sobrino carnal de este último, recibió media ración del arzobispo Mon en 1818.

Los hermanos Delgado y Ayala:

- Don Luis Tomás Delgado y Ayala, racionero en 1695.
- Don Luis Esteban Delgado y Ayala, racionero en 1696.
- Don Francisco José Delgado y Ayala, racionero en 1697, luego prior de ermitas.
- Don José Ignacio Delgado y Ayala, al igual que Francisco fue racionero y dignidad de prior de ermitas.
- Don Dionisio Delgado y Ayala, coadjutor de canónigo en 1738.

Con cuatro representantes aparecen:

Don Fernando Rodríguez de Valcárcel y Monsalve, de ilustre familia sevillana, medio racionero en 1758, y sus tres sobrinos:

- Don Alonso Rodríguez de Valcárcel y Vargas, canónigo doctoral en 1775.
- Don Ignacio Rodríguez de Valcárcel y Vargas, hermano de este último, medio racionero en 1776.
- Álvaro Rodríguez de Valcárcel y Vargas, hermano igualmente de los dos precedentes, canónigo en 1780.

Con tres capitulares:

Don Miguel de Bucarelli y Ursúa, de los marqueses de Vallehermoso y condes de Gerena, una de las principales familias de toda la ciudad, señores jurisdiccionales de varios estados, canónigo en 1734 y posteriormente deán del cabildo, tío de los siguientes prebendados:

- Don Luis Manuel de Madariaga y Bucarelli, canónigo en 1754.
- Don Francisco de Paula Bucarelli y Bucarelli, racionero en 1794, caballero de Malta, hijo del marqués del enunciado título, primo hermano del precedente.

Don Jerónimo Abadía y Arenzana, canónigo magistral del cabildo hispalense, quien había accedido al mismo en 1686, sus sobrinos eran:

- Don Jerónimo Abadía y Beteta, quien obtuvo plaza como racionero en 1712.
- Don Gregorio Abadía y Neila, primo de este último e igualmente sobrino del primero, racionero en 1717, falleció en 1720.

Con dos capitulares aparecen las siguientes familias:

- Don Bartolomé Nicolás de Aguilar y Cueto, medio racionero en 1729.
- Don José de Aguilar y Cueto, racionero en 1762.

Debieron ser parientes lejanos por la similitud de ambos apellidos y su origen cordobés, sin embargo esta familiaridad no aparece esclarecida del examen de sus pruebas de limpieza de sangre, por lo que no contabilizan.

- Don Ignacio de Arjona, medio racionero en 1799, capellán real de San Fernando.
- Don Francisco Joaquín de Arjona, dignidad de maestrescuela en 1816, hermano del anterior. Pariente de ambos fue el célebre poeta neoclásico Manuel María de Arjona, doctoral de la Capilla Real, que no contabilizamos pues no llegó a ser capitular del cabildo catedralicio.
- Don José de Baeza y Mendoza, canónigo y coadjutor de chantre en 1695.
- Don Alonso de Baeza, coadjutor del arcediano de Écija en 1702, hermano del anterior.
- Don Juan Nicolás Cavaleri, de familia oriunda de Génova, canónigo en 1713.
- Don Manuel María Cavaleri y Ponce de León, sobrino nieto del anterior, racionero en 1790, descendiente de maestranes y priores del Consulado, veinticuatro y otros regidores del cabildo secular hispalense.
- Don José Domonte y Ortiz de Zúñiga, de ilustre familia patricia sevillana, medio racionero en 1722.
- Don Ignacio Domonte y Ortiz de Zúñiga, medio racionero en 1739.
- Don Miguel Espinosa y Tello, racionero en 1801.
- Don Francisco de Paula Espinosa y Tello, medio racionero en 1808. Ambos eran hermanos del malogrado conde del Águila, célebre bibliófilo ilustrado, víctima de la ira popular durante los días de la “Revolución Santa” en 1808.
- Don José Fernández de Soler, canónigo en 1802.
- Don Juan Fernández de Soler, medio racionero en ese mismo año.
- Don Valentín Lampérez Blázquez, canónigo en 1695.
- Don Pablo Lampérez Blázquez, canónigo en 1709.
- Don Diego López Díaz, medio racionero en 1817.

- Don Ignacio López Díaz, al igual que su hermano también medio racionero en 1820.
  
- Don José Maestre y Fuentes, medio racionero en 1784, descendiente de comerciantes flamencos de Brujas establecidos en la ciudad, los Maester, con representantes en las Órdenes Militares o la Maestranza.
- Don Nicolás Maestre y Thous de Monsalve, sobrino del anterior, medio racionero en 1796, igualmente de ilustre prosapia hispalense por su segundo apellido, descendiente de los míticos doscientos caballeros conquistadores de la ciudad, así como veinticuatro y títulos de Castilla vinculados con la misma.
  
- Don Alonso Melgarejo y Ponce de León, racionero en 1761.
- Don Lorenzo Melgarejo y Ponce de León, medio racionero en 1764. Ambos de ilustres familias sevillanas vinculadas con su Real Maestranza.
  
- Don Antonio de Mier y Toyo, racionero en 1694.
- Don José de Mier y Toyo, medio racionero en 1702.
  
- Don Alejandro de Mora y Negro, coadjutor de racionero en 1738.
- Don José Agustín de Mora y Negro, medio racionero en 1769.
  
- Don Francisco de Neve y Chaves, medio racionero en 1684, familiar de los marqueses de Moscoso y del célebre canónigo Justino de Neve.
- Don Juan de Neve, sobrino del anterior, coadjutor de media ración en 1733.
  
- Don Juan de Orozco Francés, medio racionero en 1691.
- Don Salvador de Orozco Francés, medio racionero en 1702.
  
- Don Miguel Pérez de Baños y Barrera, coadjutor de racionero en 1742.
- Don Joaquín Pérez de Baños y Barrera, racionero en 1776.
  
- Don Joaquín de Reina y Ampudia, medio racionero en 1798.
- Don Francisco de Reina y Ampudia, medio racionero en 1815.

- Don Diego Sánchez de Monrroy, medio racionero en 1707.
- Don Juan Antonio Sánchez de Monrroy, provisto de arcediano de Jerez en 1710.
  
- Don Juan de Soto Langarica, racionero en 1710.
- Don Agustín de Soto Langarica, racionero en 1715.
  
- Don Miguel Soto Sánchez, coadjutor de medio racionero en 1735.
- Don Francisco de Paula Pereira y Soto-Sánchez, sobrino del anterior, racionero en 1801.
  
- Don Juan Romero de Mendoza, canónigo en 1755.
- Don Francisco Romero y Liñán, sobrino del precedente, medio racionero en 1815.
  
- Don Diego de Torres Ponce de León y Navarro, racionero en 1766, hijo y descendiente de caballeros veinticuatro y de varias órdenes.
- Don Fernando de Medina y Torres, primo hermano del anterior, medio racionero en 1775, de la conocida familia patricia sevillana de los Medina Cabañas, desde el siglo XIX marqueses de Esquivel.
  
- Don Jerónimo José de Valle, canónigo y tesorero del cabildo, racionero en 1698.
- Don Juan Francisco de Valle, racionero en 1704.
  
- Don Juan de Vera Maraver, racionero en 1689.
- Don Diego Silvestre de Vera y Maraver, coadjutor de media ración en 1715.
  
- Don Andrés de Villarreal, racionero de la Santa Iglesia Catedral en 1757.
- Don Francisco Manuel de Villarreal, su sobrino, racionero en 1771.

Junto a las familias que ya hemos relacionado hasta aquí, citamos igualmente los nombres de algunos capitulares pertenecientes a algunas de las primeras familias de la ciudad: nobleza local, veinticuatro, jurados, pero que solo aportaron un capitular en el periodo establecido:



Cristóbal Aldape Casaus, coadjutor de canónigo en 1714; Ignacio de Armenta, con igual prebenda en 1730; José de Cienfuegos, hermano del cardenal Cienfuegos, arzobispo de Monreale en Sicilia (no confundir con Cienfuegos y Jovellanos); Pedro Manuel de Céspedes, coadjutor de canónigo en 1730, de los marqueses de Villafranca, pariente lejano de los de Carrión; Diego de Castañeda y Alcázar, medio racionero en 1738 de la esclarecida familia sevillana de los Alcázar; José Antonio Clarebout y Céspedes, canónigo en 1742, igualmente del linaje de los marqueses de Carrión, pero sin parentesco cercano con el anteriormente citado, así como de la importante dinastía de comerciantes flamencos de su primer apellido; Cristóbal Caro Tello y Tavera, medio racionero en 1754, también de una de las más representativas familias del patriciado hispalense; Cayetano Gil de Taboada, racionero en 1721, y posteriormente obispo como hemos visto, sobrino carnal del arzobispo hispalense don Felipe Antonio Gil de Taboada (1720-1722), quien fue agraciado con dicha prebenda durante el pontificado de aquel; Nicolás Luis de Lezo y Garro, nieto del ilustre marino Blas de Lezo, racionero en 1809, es decir nombrado por la Junta Suprema Central; Francisco Osorio de Castilla y Martel, medio racionero en 1719, descendiente de caballeros de Calatrava y Santiago; Bernardo Osorio de Moscoso y Álvarez de Toledo, uno de los escasos capitulares salido de la alta nobleza española, hermano del conde de Altamira y marqués de Astorga, uno de los más importantes señores jurisdiccionales del reino, y de Sevilla, nombrado para una canonjía y la dignidad de chantre en 1815; Vicente Paulín de la Barrera, medio racionero en 1752, vástago de esta importante y rica familia de comerciantes sevillanos, vinculados con el Consulado de Comercio y Cargadores a Indias; Antonio de Saavedra y Federigui, coadjutor de canónigo en 1730, descendiente estas dos ilustres familias, nieto del marqués de Paterna del Campo; José Carlos Tello de Eslava, canónigo en 1729, natural de Almonte pero de familia sevillana, nieto de caballero de Calatrava; Alonso de Villacís y Menchaca, medio racionero en 1766, descendiente de caballeros, jueces de la Casa de Contratación y corregidores; Andrés de Ibarburu y Osorio, coadjutor de maestrescuela en 1734, de familia vasca establecida en Sevilla, vinculada con caballeros de diferentes órdenes y prebendados del cabildo catedral.

Esta última relación no es más que una muestra aleatoria guiada por la notoriedad de determinadas familias “patricias”, las cuales estaban vinculadas tradicionalmente con la ciudad y sus instituciones. Hacemos mención también, por finalizar este apartado junto a estas familias del patriciado urbano de algunos

descendientes o parientes de reputados artistas. Así por ejemplo obtuvieron una prebenda un hijo del pintor Bartolomé Esteban Murillo en el XVII, un nieto del tallista y ensamblador Bernardo Simón de Pineda, o un hijo del célebre artífice cordobés Damián de Castro, prebenda que le fue concedida por el cardenal Delgado como muestra de amistad y agradecimiento.

#### Economía de los capitulares. Las rentas vinculadas a cada prebenda.

Uno de los aspectos más interesantes, también más complejos – por lo farragoso de su lectura y comprensión –, es el de la economía propia de los prebendados, su contabilización, alcance, o incluso la propia determinación de los libros válidos para su conformación, muy dispersos en infinidad de libros contables. En estos se asentaban las cantidades devengadas por cada uno de los capitulares en diferentes conceptos, sobre los que entraremos a continuación<sup>16</sup>, si bien no con la hondura que dichos aspectos merecerían, pues la extensión temática y cronológica de esta tesis lo hacen inviable. Nos acercándonos en este sentido, pues, únicamente a los conceptos salariales que determinaban la retribución económica de cada prebenda capitular en sus diferentes categorías: dignidad, canónigo, racionero, y medio racionero, que ejemplificaremos precisamente con las informaciones que al respecto se han conservado de los miembros de la familia que analizamos. Para ello utilizaremos una fuente fundamental: los libros de mayordomía del cabildo<sup>17</sup>, complementados para un debido conocimiento de los derechos y obligaciones jurídicas y litúrgicas que los capitulares tenían, con las diferentes constituciones y reglas que el cabildo catedralicio, de dilatada historia, utilizó en la época que nos ocupa: *Los Estatutos de la Santa Iglesia de Sevilla*<sup>18</sup>, y la *Regla de Coro* de 1760<sup>19</sup>.

---

<sup>16</sup> Aunque sobre el campo de los diezmos, fuente de ingresos por excelencia de la Iglesia durante el periodo moderno hay diferente bibliografía, destacando para el caso hispalense la aportada a lo largo de los años por el padre Martín Riego, ya citada, sobre las cuentas del cabildo catedralicio hispalense destaca por su detalle, claridad y exposición didáctica el libro del profesor don José Julián Hernández Borreguero: *La catedral de Sevilla: economía y esplendor (Siglos XVI y XVII)*, Sevilla, Excmo. Ayuntamiento-ICAS, 2010.

<sup>17</sup> Dentro de la sección segunda del Archivo Capitular, llamada precisamente *Mesa Capitular*, se encuentran los diferentes libros contables utilizados por las diversas contadurías existentes, la denominada “Mayordomía del Cabildo”, que se encontraba frente a la catedral en el Colegio de San Miguel. De estos libros “de Mayordomía” hemos utilizado principalmente los comprendidos entre 1769 y 1830.

<sup>18</sup> *Estatutos de la Santa Yglesia de Sevilla recopilados*, Sevilla, 1826. Contiene las sucesivas adiciones que a lo largo del tiempo se han ido añadiendo, siendo las últimas anteriores a la fecha indicada las de 1603.

<sup>19</sup> *Regla del Coro y Cabildo de la S. Yglefia Patriarchal de Sevilla. Y Memoria de las procefsiones y manuales que fon a cargo de los feñores Dean y Cabildo de ella*, Sevilla, Cabildo Catedral, año 1760.

Para ello primeramente detallaremos brevemente algunos conceptos necesarios para entender debidamente el estudio de estas retribuciones, que eran parte en metálico y parte en especie. El cabildo catedralicio hispalense se formaba en el siglo XVIII de una serie de prebendas dotadas económicamente, siendo estas por su orden e importancia las 11 dignidades existentes (deán, o presidente del mismo, elegido por el cabildo, arcediano de Sevilla, Chantre, tesorero, maestrescuela, arcedianos de Carmona, Écija, Jerez, Niebla, Reina, y prior de ermitas), 4 oficios capitulares adquiridos por oposición – al contrario que las otras –, que tenían que ser desempeñadas forzosamente por canónigos ordenados “in sacris” (magistral, doctoral, lectoral, o penitenciario), 40 canonjías, 20 raciones, y 20 medias raciones. Tras la firma del último Concordato con la Santa Sede, el de 1753, la colación y provisión de estas piezas eclesiásticas quedó de la siguiente manera (Capítulo V del Concordato): los dignidades serían elegidos por el arzobispo si esta prebenda vacaba en mes ordinario (marzo, junio, septiembre, o diciembre), de lo contrario, si lo hacía en lo que se llamaba “mes apostólico”, era privativo de la Corona, que había sustituido a la Dataria romana en ello, condición estipulada en el mencionado tratado<sup>20</sup>. Las canonjías, raciones, y medias raciones se proveían de la misma forma, pero cuando esta no correspondía a la Corona se hacía mediante votación conjunta del arzobispo y el cabildo. Los llamados clérigos de la veintena, que asistían al canto de las horas en el coro y percibían la veinteava parte de una ración los nombraba el chantre, y a los capellanes de coro el cabildo, no entrando estas dos últimas categorías en la clasificación de “prebendados”. El cabildo, una de las instituciones más poderosas de la ciudad, se nutría fundamentalmente de dos fuentes económicas principales: la parte del diezmo que le correspondía según el reparto establecido (un tercio), y rentas por los alquileres de numerosos bienes inmuebles, sobre todo en Sevilla, y productos de fincas rústicas repartidas por todo el arzobispado. Contaba asimismo una serie de privilegios, entre los que destacaba sobre todo el de la administración de los diezmos de la dignidad arzobispal, los más cuantiosos de España después de la sede primada, gozaba independencia jurídica, administraba igualmente las rentas de la fábrica catedralicia, proveía como ya vimos junto al arzobispo las prebendas vacantes cuando les correspondía, y a nombrar de manera autónoma a toda una nómina

---

<sup>20</sup> En contrapartida la Santa Sede se reservaba la provisión de 52 prebendas para todas las iglesias de España, correspondiendo a Sevilla el arcedianato de Jerez y dos beneficios, el de Puebla de Guzmán y uno de los que gozaba la parroquia de Santa Cruz de Écija.

de clérigos para el culto litúrgico, y al personal administrativo y subalterno. Así, junto a los ya expresados clérigos de la veintena, “los veinteneros”, o los capellanes de coro, existían sochantres, puntadores, sacristanes mayores y menores, maestros de ceremonia, colectores, cetreros, celadores, porteros de crujía, campaneros, o ministros seculares como pertigueros, contadores, veedores, escribientes, y otro personal subalterno para el aseo del templo, en total unos 180 trabajadores, manteniendo además un hospital, el de Santa Marta, y un colegio, San Isidoro.

De las cuarenta canonjías existentes solo 38 se proveían, pues una se asignó años atrás al tribunal de la Inquisición sevillano, en sustitución de la suprimida dignidad de obispo de Marruecos, que ejercía antaño de auxiliar del arzobispado; y otra se repartía entre el maestro de capilla (que se llevaba la mitad), el organista y los seises, los cuales vivían en el Colegio de San Miguel, frente a la puerta del templo catedralicio así llamada popularmente. La cuantía retributiva iba como es lógico en conformidad a la importancia de la prebenda poseída: un medio racionero percibía la mitad de un racionero, y estos los dos tercios de la retribución asignada a una canonjía, emolumentos que solo eran superados por los asignados a las dignidades, y por último del deán. Una vez provistos, y aprobadas sus pruebas de limpieza de sangre (en vigor desde que fueron aprobadas por auto de 12 de febrero de 1515, confirmado por el papa León X, contrarrestando así la acaparación que de los principales puestos en la ciudad tenían las ricas familias de conversos) se procedía al juramento del electo, tras lo cual se le daba la posesión de su asiento en el coro. Esta justificación de limpieza, de ser “cristianos viejos”, no se mantendría sin embargo siempre el mismo rigor, suavizándose con el tiempo – son famosas algunas de las pruebas que en el siglo XVII y XVIII presentaron algunos miembros de destacadas familias del comercio y patriciado sevillano descendientes de conversos –, confundiéndose en ocasiones con una pureza en la condición social de los aspirantes, valorándose el que sus ascendientes por ejemplo no hubiesen desempeñado oficios serviles o mecánicos, al igual que en el ámbito civil o nobiliario, aunque fueron también muchos los capitulares de orígenes humildes. Dichas pruebas fueron abolidas a la muerte de Fernando VII, durante la regencia de María Cristina, y en el contexto de las medidas de exclaustración y desamortización de bienes eclesiásticos decretadas por los gobiernos liberales. Así, por una Real Orden de 31 de enero de 1835, se prohibían dichas justificaciones en los colegios mayores, universidades, y otros centros dependientes del erario público, ocupándose más tarde

una comisión llamada de “Negocios Eclesiásticos” de redactar un proyecto de ley fechado el 22 de mayo de 1837 que proponía una amplia reforma del clero, disponiendo en su artículo 35 su supresión definitiva: “Quedan abolidas las informaciones de limpieza de sangre para la obtención y posesión de piezas eclesiásticas”, propuesta validada en la Constitución aprobada ese mismo año en su artículo 5, vigente hasta la promulgación del texto moderado aprobado en 1845. Todas estas disposiciones en cuanto a materia eclesiástica no tomarían forma definitiva hasta el nuevo concordato de 1851, en el que se ratificaba por parte de la Santa Sede el régimen isabelino, y se validaban, previa las compensaciones pertinentes a la Iglesia, algunas de las disposiciones tomadas por los gobiernos liberales anteriores en materia de desamortización y exclaustación, y otras relativas a la reforma de las diócesis, de los cabildos catedralicios y colegiales, y otros puntos sobre financiación del clero. En el mencionado tratado se derogaba además, en su artículo 31, la legislación vigente que existía desde el de 1753 sobre los espolios y vacantes de los obispados, permitiendo desde entonces a los prelados disponer libremente de sus bienes “según les dicte su conciencia”, quedando sus parientes por universales herederos en caso de muerte abintestato. Por último, en este año de 1851 será cuando se acepten por parte del cabildo catedralicio hispalense los últimos expedientes de limpieza de sangre, presentados por don Juan Manuel Álvarez, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Lugo; Epifanio Rodríguez Bahamonde, arcediano de Sevilla; Genaro Sanz y Moreno, para una ración, capellán de Honor de S.M. y medio racionero en la catedral de Santiago de Cuba; y don Jaime Vilaró y Redortera, para la magistralía, finalizando con ello más de trescientos años de exigencias en este tipo de pruebas e informaciones<sup>21</sup>.

Las rentas sin embargo obligaban a los prebendados a una serie de obligaciones, principalmente de asistencia a los cultos catedralicios: horas canónicas, procesiones, aniversarios, misas por turno, y otras funciones diarias o extraordinarias que devengaban ingresos fijos y variables por ello. Así por ejemplo, se exigía a los capitulares para hacerse acreedor al cobro de la parte fija de su renta, su asistencia a alguno de los cultos que diesen lugar a “pitanzas” y “manuales” durante 5 días cada

---

<sup>21</sup> *Concordato de 1851, celebrado entre la Santidad de Pío IX, y la Majestad Católica de Doña Isabel II* (46 artículos). Los últimos resquicios legales sobre este tipo de requerimientos fueron suprimidos en fecha tan tardía como 1865 por un Real Decreto de fecha 16 de mayo de dicho año: “Quedan suprimidas las informaciones de limpieza de sangre que todavía se exigen á determinadas clases y personas, ya para contraer matrimonio, como para ingresar en algunas de las carreras del Estado (*La Gaceta de Madrid*, 18 de mayo de 1865). Ver asimismo: AGAS, Catedral, I, *Secretaria*, Expedientes y pruebas de Limpieza de Sangre, año 1851, expedientes J-225, E-3, G-48, y J-226.

mes, 60 al año, si bien el cabildo podía conceder licencia a algún prebendado para residir por tiempo determinado o indeterminada fuera de la ciudad en comisión de algún servicio importante. Igualmente los prebendados gozaban de unos periodos de vacación, o *recles*, en los que estaban dispensados de asistencia, pero que no podían exceder de 12 días por mes, 144 al año. Los capitulares enfermos para seguir cobrando algunos de sus emolumentos fijos o variables debían solicitar se les concediese entrar en *patitur*. Solo los ordenados “in sacris” – salvo en el caso excepcional del deán – podían presidir el coro o votar los asuntos más importantes en los cabildos, los cuales se reunían los lunes, miércoles, y viernes salvo coincidencia con festivo o sesión extraordinaria, tampoco podían ganar manuales ni procesiones<sup>22</sup>.

Así, el salario anual que cobraba un prebendado, siempre en función de la asistencia ya expresada y la proporción establecida por su importancia en el cabildo, se conformaba con los siguientes complementos<sup>23</sup>:

- Una cantidad en especie variable formada por diferentes fanegas de trigo y cebada, denominadas cada una con el nombre de “Pan de la grosa”, y “Pan de misadas”, que los capitulares podían vender o usarla a su gusto. Para establecer su precio utilizaremos el coste por fanega que tenían ambos tipos de grano en los años 1776-1781 en la zona de Jerez de la Frontera, perteneciente a la diócesis hispalense, que es el de 52 reales para el trigo y 22 para la cebada<sup>24</sup>.
- Maravedíes de la grosa.
- Maravedies de misadas.
- Procesiones y aniversarios del comunal.
- Primas y nonas.
- Sextas y completas.
- Vísperas de cuaresma.
- Completas de cuaresma.

---

<sup>22</sup> *Regla de Coro*, opus cit.: Reglas Generales para la ganancia, pág. 244.

<sup>23</sup> Estas cantidades ganadas por los capitulares se asentaban en los diferentes libros llevados por las contadurías del cabildo: Libros de Manuales, Casillas, Pitancerías, Procesiones y Aniversarios, etc., sin embargo las retribuciones totales por todos los conceptos podemos verlos consignados en los llamados *Libros de Mayordomía*.

<sup>24</sup> Precios tomados de Jesús Manuel González Beltrán: “Precios y salarios agrícolas en Jerez de la Frontera a fines del siglo XVIII”, en *El mundo rural en la España Moderna*, coord. Francisco Aranda Pérez, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2004, pág. 315.

- Hacimientos.
- Pitancería.
- Procesiones de difuntos.
- Gallinas.
- Maravedíes de gallinas pagados por la Mesa Capitular.
- Y maravedíes de gallinas pagados por el mayordomo del comunal.

Exponemos a continuación como ejemplo la renta anual percibida por alguno de los capitulares estudiados en esta tesis para los años 1780 y 1802, únicamente en su función de prebendados y sin tener en cuenta otros cargos o mercedes poseídos. Dichas cifras, aunque se contabilizaban en maravedíes, se ofrecerán ya convertidas en reales de vellón a razón de 34 por cada real:

En 1780 don Juan Delgado y Venegas, hermano del cardenal Delgado era dignidad de tesorero y canónigo, ingresando al cabildo en 1770 como racionero:

1.	Pan de la grosa y de misadas en fanegas de cebada .....	137
2.	Los mismos en fanegas de trigo .....	274
	Llevadas a metálico dan una cifra cercana a los 3.014 reales, y 14.248 respectivamente, cuya suma ofrece la cantidad de: .....	17.262 rs. de v.
3.	Por los llamados marevedíes de la grosa recibe .....	8.983
4.	Marevedíes de misadas: .....	5.541
5.	Procesiones y aniversarios del comunal: .....	5.113
6.	Primas y nonas: .....	4.023
7.	Sextas y Completas: .....	285
8.	Vísperas de cuaresma: .....	2.945
9.	Completas de cuaresma: .....	183
10.	Hacimientos: .....	10
11.	Pitancería: .....	2,7
12.	Procesiones de difuntos: .....	0,70
13.	Gallinas: .....	20
14.	Maravedíes de gallinas por la Mesa Capitular.....	10.111
15.	Lo mismo por gallinas por el mayordomo del comunal.....	188

Total: 37.305 + 17.262 (en especie) = 54.567 reales de vellón/año.

O lo que es lo mismo: 4.547 reales de vellón al mes, y 149 diarios, una cantidad 37 veces mayor al salario de un jornalero o trabajador no especializado en la misma época, que percibía una media diaria de 4 reales de vellón.

Pero, ¿por qué era esto así? Debemos de tener en cuenta que una de las principales obligaciones de un clérigo era el de ejercer la caridad con los necesitados, algo que como veremos era práctica habitual entre las diferentes capas de eclesiásticos, como se verá igualmente en el apartado dedicado a la caridad y beneficencia en la archidiócesis hispalense durante la segunda mitad de la centuria dieciochesca, que llegaron a alcanzar proporciones desconocidas. También desde luego por su alta representación dentro de la jerarquía del cabildo, como dignidad del mismo y encargado de la custodia de las llaves, tesoros y reliquias que el templo catedralicio contenía, algo que exigía – debemos tener en cuenta el contexto de la época – vivir acorde a un cierto estatus, y al fin por el prestigio mismo de la propia catedral que pagaba de manera generosa a sus prebendados.

Veamos ahora las retribuciones de un medio racionero, la más pequeña de entre las prebendas con derecho a asistencia y voto en las reuniones y cultos capitulares. Para ello tomaremos las que percibía también en 1780, don Fernando Criado y Venegas, primo hermano del anterior, que la obtuvo en 1740, fecha en que el futuro cardenal permanecía aún en Alcalá de Henares completando sus estudios. Son las siguientes:

1.	Pan de la grosa y de misadas en fanegas de cebada .....	167
2.	Los mismos en fanegas de trigo .....	134
	Llevadas a metálico dan una cifra cercana a los 3.674 reales, y 6.968 respectivamente, cuya suma ofrece la cantidad de: .....	10.642 rs. de v.
3.	Por los llamados marevedíes de la grosa recibe .....	4.491
4.	Marevedíes de misadas: .....	2.794
5.	Procesiones y aniversarios del comunal: .....	2.471
6.	Primas y nonas: .....	0
7.	Sextas y Completas: .....	141,41
8.	Vísperas de cuaresma: .....	187,88



9.	Completas de cuaresma: .....	120,70
10.	Hacimientos: .....	10,76
11.	Pitancería: .....	0
12.	Procesiones de difuntos: .....	0
13.	Gallinas: .....	5,91
14.	Maravedíes de gallinas por la Mesa Capitular.....	2.524
15.	Lo mismo por gallinas por el mayordomo del comunal.....	22,17

Total: 12.768 + 10.642 (en especie)= 23.411 reales de vellón/año y 9 maravedíes.

Al igual que en el caso anterior lo reducimos a salario mensual: 1.950 reales; y diario: 64 reales con 13 maravedíes. Cantidad diaria casi tres veces inferior al de un dignidad, y 16 veces superior al de un jornalero o trabajador no cualificado.

Por último señalaremos dos ejemplos más, esta vez del año 1802, año en que los hermanos Juan Acisclo y Pedro de Vera y Delgado, habían alcanzado el primero el puesto de coadministrador de la diócesis con la dignidad de arcediano de Sevilla desde 1801 – ya era canónigo –; y el segundo la de canónigo penitenciario desde 1798. Hay que hacer una pequeña salvedad, y es que Pedro aparece reflejado en el Libro de Mayordomía por partida doble, primero como canónigo (fol. 116), y luego como arcediano de Écija (fol. 138), duplicidad que no se repite sin embargo en las otras dignidades respecto a su canonjía, o en las del lectoral, doctoral, o magistral.

Así, y para no repetir los conceptos salariales, siempre los mismos, resumiremos que Juan Acisclo percibió para dicho año 144 fanegas de cebada y 288 de trigo, que llevadas a metálico ofrecen una cantidad cercana a los 3.168, y 14.976 reales de vellón, que importaban 18.144 en esa misma moneda. Por los complementos salariales ya conocidos devengaría 47.693 reales de vellón, que sumados a los anteriores ofrecerían un total anual de 65.837, o que es lo mismo 180 reales diarios, y 5.486 al mes, 45 veces el salario diario de un jornalero. A estos emolumentos añadiremos en la reseña biográfica dedicada a cada uno los demás ingresos percibidos por otros conceptos

(detentar cargos públicos, curiales, en el Santo Oficio, o mercedes como cruces pensionadas, etc., también su fortuna personal).

Su hermano don Pedro, canónigo penitenciario desde 1798, y posteriormente dignidad de arcediano de Écija, aparece asentado en el libro de 1802 por los dos conceptos ya expresados, percibiendo por la canonjía 78 fanegas de cebada y 156 de trigo, que tendrían un valor aproximado en el mercado cercano a los 9.828 reales de vellón, y 26.823 por ingresos fijos y variables devengados por su prebenda y asistencia a cultos dotados, lo que ofrece un importe total de 36.651 reales de vellón.

Como dignidad de arcediano percibía 45 fanegas de cebada y 88 de trigo, ambas por valor aproximado de 5.566 reales de vellón, más otros 7.227 por los conceptos ya explicitados, que importan 12.793 reales de vellón, que sumados a los 36.651 anteriores hacen un total anual para ese año de 49.444, es decir 135 reales diarios, más de 33 veces el salario mínimo de un trabajador no especializado.

Sobre las posibles incompatibilidades para asistir adecuadamente a las horas que le correspondían en el confesionario catedralicio – pues era el confesor propio del cabildo – y a las funciones y aniversarios dotados, cobrando horas, manuales, y otras pitancerías, nos dice la mencionada *Regla* de 1760 lo siguiente: “El Señor Penitenciario, entrando a ganar a tiempo, deberá ir a fu Confeffionario, con obligacion de afsistir a las Procefsiones, y Manuales. No obliga a dicho Señor afsistir a las Señas, ni Eftaciones, ecepto las que fon Manual”<sup>25</sup>.

Unas de las afirmaciones tradicionales sobre las inmunidades del clero durante el Antiguo Régimen es la de que estos no pagaban impuestos, al menos personalmente, pagándolos la Iglesia de manera colectiva (el Subsidio, Excusado, y las sustanciosas Tercias Reales), esto sin embargo es matizable pues a todos los prebendados se les deducían de sus rentas diferentes cantidades en concepto de aportación a los dos primeros. De las cantidades que hemos reseñado en este apartado para cada capitular hay que deducir pues dichas cantidades, quedando los importes finales anuales de la siguiente manera, siempre reducidos ya a reales de vellón:

---

<sup>25</sup> *Regla de Coro*, pág. 250.

Nombre del capitular	Retribución en R. <sup>s</sup> V. <sup>n</sup>	Deducción Subs/Excus.	Importe final anual
J. Delgado y Venegas	54.567	6.345,14	<b>48.222</b>
F. Criado y Venegas	23.411,9	2,716	<b>20.695</b>
J.A. de Vera y Delgado	65.837	2.908	<b>62.929</b>
P. de Vera y Delgado	49.444	2.382	<b>47.062</b>

Los procesos de oposición a las canonjías de oficio, así como la colación y juramente de los estatutos capitulares por parte de los prebendados electos quedan detallados en la reseña biográfica dedicada al penitenciario Pedro Vera y Delgado, proceso que puede ser comparado asimismo con los de las oposiciones que a magistral en los cabildos pacense y cordobés realizara el futuro cardenal Delgado y Venegas, muy similares en cuanto al protocolo y ceremonias seguidas. Por último, y para cerrar este apartado dedicado a los capitulares sevillanos que ejemplificamos en los miembros de las familias Vera, Delgado, y Curiel, dedicaremos unas líneas a los sufragios a los que todo prebendado tenía derecho, entre los que destacaba desde luego el derecho de enterramiento en el propio templo catedralicio, donde se encuentran sepultados el arcediano don Pedro Curiel, el tesorero Juan Delgado y Venegas, y su sobrino don Pedro de Vera y Delgado, quedando desocupado el nicho que estaba al preparado para el cardenal Delgado que nunca llegaría a efectuarse, siendo inhumado en el mismo en los días de la ocupación napoleónica los restos del fraile Sebastián de Jesús Sillero, el lego franciscano all que Carlos III se empeñó en hacer santo sin conseguirlo. Estos sufragios se manifestaban principalmente en la asistencia a la vigilia y misa de cuerpo presente y honras por sus compañeros capitulares, siendo estipulados los manuales, o derechos que se percibían por la asistencia en los respectivos Estatutos y en la Regla de Coro catedralicia. Así por ejemplo, tanto en la vigilia como al día siguiente durante la misa de corpore insepulto se repartía cera, invitándose a diferentes señores capitulares a cantar los responsos, si el entierro había sido por la tarde la misa era al día siguiente salvo que fuera festivo, debiendo asistir todos bajo pena de medio día. Los manuales repartidos para los capitulares que asistiesen a las honras de sus compañeros eran los siguientes:

Dignidad y canónigo .....	28.836 reales.
Dignidad sin canonjía, y canónigo: .....	16.188 reales.
Racionero .....	11.972 reales.
Medio Racionero .....	7.756 reales.

En las honras igualmente se repartía cera durante la vigilia, asistiendo con el hábito conforme al día, no existiendo duelo ese día. Los señores nombrados para el duelo ganaban todas las horas de la mañana en la misma conformidad que en el día del entierro, diciendo el cabildo por cada uno de los capitulares difuntos un novenario de responsos previo a las honras en hora de mañana y tarde sobre la sepultura. Por último reseñar que a los capitulares que falleciesen abintestato heredaba el cabildo según “antiquísima costumbre”, siendo el último de estos casos el del racionero don Fernando de Montoya, fallecido en dicha circunstancia en 1741. Como curiosidad hay que decir, que el monarca, desde que entraba en la ciudad hasta que salía de ella cobraba por especial permiso papal en concepto de ración – de ahí que cuente una silla adornada con el escudo real en el coro catedralicio – la cantidad de 6 maravedíes diarios. Los capitulares estaban obligados a asistir a la posesión del nuevo prelado, no pudiendo hacer *recles*, incurriendo por ello en pena de medio día, los arzobispos en cambio solo ganaban del cabildo las denominadas horas mayores, como Tercia y Vísperas, no pudiendo estar en situación de *patitur* o *recles*, es decir gozar de licencia por enfermedad y para no asistir a los oficios, no pudiendo este último permiso exceder de 144 días al año<sup>26</sup>.

#### *El entorno geográfico: la Sevilla dieciochesca*

Los personajes estudiados en esta tesis tienen fundamentalmente dos puntos cercanos de origen, uno es la localidad sevillana de Villanueva del Ariscal, y el otro es la propia capital hispalense, donde nacieron, desarrollaron buena parte de su labor eclesiástica, o fallecieron muchos de ellos. Sin embargo, como veremos, algunos de ellos alternarán parte de sus vidas en otros puntos de la geografía española, como Cádiz, Córdoba, Badajoz, Madrid, Canarias, Sigüenza, Alcalá de Henares, Santiago o Salamanca, ciudades universitarias estas últimas fundamentales en la formación de buena parte de las élites del Antiguo Régimen. En este capítulo, nos ocuparemos sin embargo de hacer únicamente una somera descripción de la situación socio-económica y administrativa de las dos primeras poblaciones mencionadas, a las que estaban vinculados todos los personajes que aquí estudiamos, ofreciendo una idea del ambiente que reinaba en ellas en el lapso que va desde todo el siglo XVIII a las primeras décadas

---

<sup>26</sup> *Regla de Coro*, págs. 222-223, y 235-237.

del XIX, periodo fundamental en el desarrollo posterior del país en todo el siglo. Sobre las características de las otras zonas enunciadas: Madrid, Cádiz, Canarias, o Sigüenza, haremos mención en los apartados dedicados a dichos pontificados.

Villanueva del Ariscal y Sevilla, están situadas a escasos 15 kilómetros la una de la otra, sin embargo por aquel entonces estaban separadas en lo que toca a la jurisdicción político-administrativa y eclesiástica. En esos años de la centuria dieciochesca, viviría su verdadero “Siglo de Oro”, pues ni antes ni después volvería a contar con una pléyade de hijos tan ilustre, en el ámbito local cercano y aun en las altas esferas del poder como veremos. Célebre entonces y aún hoy día por sus afamados vinos, la localidad quedaba enclavada en el antiguo Reino de Sevilla, contando un régimen de gobierno peculiar a pesar de ser población de señorío. Pertenecía a los estados del conde de Gelves, y había sido enajenada de la mesa maestra de la Orden de Santiago en lo secular por el emperador Carlos V en el año 1537, fecha en que el monarca la concede a don Jorge Alberto de Portugal y Melo, primer conde de Gelves, biznieto del segundo duque de Braganza. Las facultades que estos poseían sobre el gobierno de la villa no fueron sin embargo las habituales en los pueblos sometidos a este tipo de jurisdicciones, y quedarían tras no pocos pleitos, como veremos, reducidas a partir del siglo XVII al nombramiento de alcalde mayor, la percepción del diezmo sobre algunas de las principales producciones obtenidas en el pueblo, o *banalidades* como la propiedad sobre la carnicería, la fábrica de jabón, o el almojarifazgo, las cuales arrendaba. Así, en el *Catastro de Ensenada*, podemos observar en sus “Respuestas Generales”, a la segunda pregunta, que la consideración jurídica del lugar manifestada por los vecinos del pueblo, al objeto de ofrecer las cifras necesarias para el pago de la “Única Contribución”, era la siguiente: “Que es de Señorío y perteneze al Conde de Jelves, Duque de Veraguas quien no perzive derechos algunos por razon de vasallaje”<sup>27</sup>. Declarando asimismo, que los derechos impuestos<sup>28</sup> a las tierras del término consistían en: el diezmo, que pertecene al conde del referido título, la Primicia, que lo era al

---

<sup>27</sup> Archivo General de Simancas (AGS). *Catastro de Ensenada*, “Respuestas Generales”, libro 563, localidad de Villanueva del Ariscal, respuesta segunda, fols. 851-853. Las indagaciones proseguidas en el pueblo para el cobro de la “Única Contribución” tuvieron lugar en Villanueva el 26 de agosto de 1751, contestándolas los vecinos siguientes: don Tomás Delgado, tío del cardenal Delgado y teniente de vicario de aquella, que lo hizo en sustitución del titular ausente; Diego Ramírez y Rodrigo Romero, alcaldes ordinarios; don Francisco Dávila y don Diego Venegas, regidor y capitular respectivamente en el concejo, primo y tío del futuro prelado; y Luis García y Juan García de las Limas, personas expertas y peritas en arboledas, viñas, y otros cultivos y actividades económicas presentes en el pueblo. Todo ello levantado ante el escribano público y de cabildo de la villa, que lo era don Juan José Izquierdo.

<sup>28</sup> Ibid, respuesta quince, fol. 856v.

párroco, y el Voto a la Santa Iglesia de Santiago de Galicia. El alcance de los mismos lo observamos detallado en la respuesta décimosexta del citado *Catastro*:

“Que los referidos Diesmos de uba, Pan y menudos ascienden annualmente por un quinquenio â cinco mill trescientos setenta y un reales de vellon según se verifica por relacion que de ellos se ha presentado. La Primicia importa annualmente trescientos cinquenta reales de vellon: y el voto de Santiago veinte fanegas de Pan terciado”<sup>29</sup>.

Junto con estos derechos señoriales señalados de uva, pan, y menudos, poseía también el conde de Gelves en propiedad la fábrica de jabón, el almojarifazgo, y la carnicería del pueblo, cuyos arriendos ascendían anualmente a unos 200 reales de vellón. La escribanía pública, provista también por el conde, estaba en propiedad de la familia Izquierdo desde mediados del siglo XVII, detentándola hasta su supresión definitiva a finales del XIX. En los días del *Catastro* la servía don Juan José Izquierdo y García de Pineda, quien pagaba anualmente al titular del señorío por ello la cantidad de 540 reales de vellón<sup>30</sup>. Las facultades de nombrar justicias y capitulares no habían sido enagenadas junto con los otros derechos, detraídos de la mesa maestra santiaguista en la venta de 1537, que se habían vendido en nueve cuentos y doscientos diez mil cuatrocientos diecinueve maravedíes y medio, como bien se encargaron de prevenir los declarantes. Estos, manifestaron, que el referido conde se hallaba desposeído de esta jurisdicción, llamada “de Tolerancia”, pues habiéndola tanteado la villa en 1656 por 657.500 maravedíes<sup>31</sup>, era su concejo quien nombraba y confirmaba todos los referidos empleos, así como la escribanía de cabildo. Quedaba pues como última instancia simbólica la figura del alcalde mayor, que sí nombraba aquel<sup>32</sup>, y había ocasionado numerosas perturbaciones en la vida municipal durante la centuría anterior<sup>33</sup>, arguyendo

---

<sup>29</sup> Ibidem.

<sup>30</sup> Ibid., quinta y vigesimoséptima, fols. 858-860.

<sup>31</sup> Archivo Municipal de Sevilla (AMS), Sección V, *Libros de Escribanía del Cabildo* (S. XVIII), tomo 249, expediente 58: Carta de pago dada en Madrid con fecha 17 de noviembre de 1656 por el Real Consejo de Hacienda a favor del concejo de Villanueva, en ella se acredita haber recibido el importe de la referida jurisdicción de tolerancia por parte de dicha villa. El pago de la cantidad mencionada fue a razón de 2.500 maravedíes por cada uno de los 263 vecinos del pueblo. Citado en Antonio Herrera García: “Las ventas de las jurisdicciones de tolerancia en el XVII. Análisis de un caso concreto”, *Revista de Estudios de la Administración Local y Autonómica*, núm. 235-236, Madrid, Instituto Nacional de Administración Pública, 1987, págs. 733-747.

<sup>32</sup> AGS, *Catastro de Ensenada*: “Respuestas”, vigésimo octava, fols. 858v-859.

<sup>33</sup> Para la historia de este pueblo son fundamentales las obras del referido historiador local Antonio Herrera García, principalmente: *Villanueva del Ariscal. Historia de mi pueblo*, Villanueva del Ariscal, Publicaciones del Excmo.

los condes como sus representantes unas pretendidas facultades señoriales que no les correspondían. Esta discordia entre señor y vasallos había comenzado casi desde el mismo momento de la venta por la Corona, entablado el concejo de la villa diferentes pleitos contra doña Isabel Colón y su hijo sobre la mencionada facultad de nombrar los oficios concejiles, consiguiendo al menos dos sentencias ejecutorias favorales, en 1550 y 1559<sup>34</sup>. En ellas se confirmaba a la villa la disputada facultad de nombrar sus cargos municipales, efectuar sus propios juicios de residencia o el ejercicio de la justicia en primera instancia, todo sin injerencia del señor de la villa o de su representante en ella: el alcalde mayor.

Sin embargo, y tras un periodo de relativa calma en las relaciones de ambos, de nuevo en 1636 vuelven a estallar las disputas a causa del nuevo duque, don Pedro Nuño Colón de Portugal, muy celoso de sus privilegios y preeminencias dentro de los estados que poseía. Este parece que quiso hacer una visita a aquellos, acudiendo a Villanueva con ocasión de las elecciones concejiles efectuadas en los primeros días del año 1638, pretendiendo si no determinar el resultado de ellas, sí al menos confirmarlas, manifestando así públicamente sus pretendidas facultades sobre el concejo. Según una información efectuada cuarenta años más tarde, que relata la resistencia del concejo a esas intenciones, el alcalde ordinario de entonces, Juan de Pineda, muy celoso también de sus propias facultades, le habría respondido al sorprendido duque:

“que Su Excelencia no mandase tal cosa, porque él ni su compañero no lo habían de consentir, que si lo consintieran los niños les habían de apedrear, y esto mirando al bien común de la república y a la posesión en que estaban”<sup>35</sup>.

De momento, el ofuscado duque marchó del pueblo, imaginamos que bastante ofendido en su amor propio por la impertinencia del enaltecido villano, pero por otro

---

Ayuntamiento de Villanueva, 1995; *El Aljarafe durante el Antiguo Régimen*. Sevilla, Diputación Provincial, 1981; o *Escrituras públicas del siglo XVIII: Villanueva del Ariscal*, Sevilla, Asociación de Profesores Hespérides, 2012, 1 CD (recopilación realizada junto a Natalia Pineda García). Sobre los referidos pleitos, ver: “Las ventas de las jurisdicciones de tolerancia en el XVII. Análisis de un caso concreto”, op. cit.; “Riña de alcaldes en 1677 en la iglesia de Villanueva del Ariscal”, separata de la revista *Archivo Hispalense*, núm. 98, tomo XXXI, Sevilla, 1959, págs. 333-338; “La venta de Villanueva del Ariscal al conde de Gelves (1537)”, revista *Archivo Hispalense*, LXVII, núm. 206, Sevilla, 1984, págs. 3-22; “Los pleitos de doña Isabel Colón y sus sucesores con el concejo de Villanueva del Ariscal” (I y II), en *Hidalguía*, núm. 33, Madrid, 1985, págs. 225-254 y 749-775.

<sup>34</sup> Herrera García: “La venta de Villanueva del Ariscal...”, opus cit., 736.

<sup>35</sup> Ibid, 738. Dicha información testifical se encuentra en el Archivo General de Andalucía (AGA), Fondo de la Real Audiencia de Sevilla, *Pleitos*: leg. nº 266, fols. 532-536.

testigo de la información referida, sabemos que poco después envió a Juan de Pineda a la cárcel señorial de Gelves, quebrándole la vara de justicia, y manteniéndole allí por más de un año<sup>36</sup>. Episodio que finalizó con la liberación del alcalde a ruegos de la propia duquesa, y la más que humillante escena de tener que devolverle el cargo, llamándolo por dos veces por su nombre para que entrase en las casas capitulares, y no haciéndolo este, una tercera y última, ¡ahora sí!, nombrándolo como “alcalde Juan de Pineda”<sup>37</sup>. Tras todo esto el escarmentado conde parece que no volvió nunca más por el pueblo, pero eso sí, ya que no podía intervenir en las elecciones, intentó ahora comprar a la Corona dicha facultad. En efecto, esta en su desesperado afán por conseguir liquidez con que sufragar sus guerras en Europa, había puesto precisamente pocos años antes dichas facultades en venta (Reales Decretos de 1634 y 1635), aceptando como es de prever el ofrecimiento del duque don Pedro Nuño y mandando a la villa a su contador real en Sevilla. Este llegaría al pueblo “con vara alta de justicia”, al objeto de determinar el precio de la compra en función del número de moradores, y la riqueza que tenía el pueblo<sup>38</sup>. Enterado el concejo ariscaleño de esto, no dudó en enviar a Madrid un procurador que ejerciera en su nombre el derecho de tanteo y retroventa ante la Real Hacienda, que lo aceptó y puso por escrito mediante ejecutoria fechada en aquella capital a 29 de noviembre de 1656, estableciendo un precio por la disputada facultad de 657.500 marevedíes. La Real Provisión que ordenaba darle nuevamente la posesión del mismo, tiene fecha de 7 de diciembre del mismo año, haciéndose efectiva en las casas consistoriales de propia villa esa misma Nochebuena, garantizando en adelante la propia elección de sus dos alcaldes ordinarios, dos regidores, dos alguaciles, sus *trece hombres buenos*<sup>39</sup> (capitulares todos con voz y voto), y la de los dos alcaldes de la Santa Hermandad y el mayordomo del concejo (estos últimos sin voz ni voto)<sup>40</sup>.

Durante todo este tiempo el concejo se había resistido a reconocer al alcalde mayor enviado por el conde, que se vio obligado a certificar también la facultad que poseía para nombrarlo, llegando la Audiencia de Sevilla a instar al concejo ariscaleño a

---

<sup>36</sup> Ibid, 738 y ss. (fols. 556-559 de la citada información).

<sup>37</sup> Ibid, fols. 575-578.

<sup>38</sup> Ibid, 739-740.

<sup>39</sup> A imitación de los trece comendadores que en el gobierno de la Orden de Santiago formaban parte del consejo del maestre.

<sup>40</sup> Herrera García: *Villanueva del Ariscal. Historia de mi pueblo*, opus cit., págs. 740-741.



efectuarlo. Orden que fue acatada, sí, mas con la prevención manifestada por los celosos capitulares de las ejecutorias ganadas por la villa ante la Chancillería de Granada, que clarificaban las funciones judiciales del representante señorial: atender únicamente en grado de apelación y no poder residir jamás en el pueblo, permaneciendo en él de sol a sol<sup>41</sup>. Este requisito de no poder residir en el pueblo, dio origen unos años más tarde a otro nuevo episodio de hostilidad entre el municipio y el representante señorial, que en esta ocasión era don Bartolomé Delgado y Luna, rico labrador que sería abuelo del personaje más importante de la familia hasta la promoción al episcopado del futuro cardenal Delgado, nos referimos al célebre censor don Juan Antonio Curiel y Luna. El pleito, del que se conserva abundante documentación<sup>42</sup>, es según el historiador Antonio Herrera, hijo de aquel pueblo: “el pleito más ruidoso... el último acto y el más violento de los enfrentamientos entre los condes y el concejo de Villanueva”<sup>43</sup>. Como nos relata el citado historiador, este nuevo litigio comienza en febrero de 1677, fecha en que el conde don Pedro Manuel expide el nombramiento de alcalde mayor a favor del referido Delgado y Luna, vecino del pueblo aunque natural del cercano de Umbrete, fecha en la que ya era familiar del Santo Oficio y se encontraba pleiteando contra el concejo por cuestiones de preeminencia en actos público, por lo que estaba enemistado tanto con los capitulares como con el vicario incluso, quien le había negado la posición que requería en las procesiones<sup>44</sup>. El enfrentamiento dio lugar incluso a estrambóticas situaciones a santo de las mencionadas preeminencias, y queda relatada por Antonio Herrera en su “Riña de alcaldes en 1677”<sup>45</sup>, en que nos cuenta como el domingo 30 de mayo del citado año el mencionado alcalde mayor protagonizó junto con uno de los alcaldes ordinarios, Fernando Sánchez Criado, un curioso incidente a cuenta de las tan manidas actitudes barrocas en torno al honor y al privilegio.

Bartolomé Delgado se encontraba escuchando la misa el día mencionado, arrodillado con su vara de justicia junto al banco de los capitulares, cuando el también

---

<sup>41</sup> Ibid., 743.

<sup>42</sup> AGA, Real Audiencia, *Pleitos*, leg. 266: Año de 1677. Bartolomé Delgado y Luna, vecino de Villanueva del Ariscal, con el concejo, justicia y regimiento de dicha villa, sobre que le reciban por alcalde mayor de ella en virtud de nombramiento del duque de Veragua, conde de Gelves, dueño de dicha villa.

<sup>43</sup> Herrera García: *Villanueva del Ariscal. Historia de mi pueblo*, opus cit., 116.

<sup>44</sup> Ibid, 117.

<sup>45</sup> Herrera García: “Riña de alcaldes...”.

citado Sánchez Criado llegó, postrándose igualmente, pero en un sitio preferente frente al altar mayor. Este acto fue considerado como lesivo a sus preeminencias por Delgado, y le llevaron a adelantarse también, situándose en la primera grada del presbiterio por delante del alcalde ordinario, quien a su vez se colocó ahora justo a la derecha de Delgado, es decir en pie de igualdad y además en posición más privilegiada. Enfurecido el alcalde mayor avanzó dos peldaños más, colocándose ya junto al propio vicario, que suspendió la misa en ese preciso instante e imprecó a los dos protagonistas del rocambolesco episodio – que hacían cierto el clásico adagio bíblico pero tan barroco *vanidad de vanidades, todo es vanidad* – la siguiente admonición: ¿Es posible que por sus vanidades se ha de alborotar la iglesia? ¡Sálganse de ella porque si no, no he de proseguir la misa! Una advertencia que les obligó a abandonar el templo so pena de excomunión *latae sententiae*<sup>46</sup>, e inició las hostilidades entre uno y otros. Delgado en su defensa argumentó que en todos los pueblos de señorío los alcaldes mayores ocupaban la presidencia de dichos actos, presentando para ello testimonios de los escribanos de El Viso, cuyo alcalde mayor era nombrado por el conde de Castellar; de Guillena, que lo era por el conde de la Torre; de Valencina, por el marqués de ese título; Salteras, por el poderoso don Luis Méndez de Haro; la propia Gelves; o Mairena del Alcor, por los duques de Arcos<sup>47</sup>. Unos argumentos que el concejo ariscaleño rebatió nuevamente, fundándose tanto en la tradición secular mantenida hasta ese momento, pero también en las ejecutorias ganadas tiempo atrás ante la Real Chancillería de Granada.

A todo esto, el nombramiento de Bartolomé Delgado contrariaba la también secular costumbre mantenida por los condes de nombrar por alcalde mayor al gobernador de sus estados, con residencia en Gelves y no en el pueblo. Los capitulares además justificaban su negativa a aceptarlo en la disputa que aquel ya mantenía con estos: “porque al solicitar el de alcalde mayor fue en odio del pleito, que está pendiente en el Tribunal del Santo Oficio, sobre querer presidir por familiar a los regidores, escribanos y alguaciles y capitulares del cabildo”<sup>48</sup>. El concejo pensaba que Delgado habría dado al mayordomo del duque, Juan Malo de Molina, la cantidad de cien pesos para lograr el nombramiento y poder así domeñarlos, como se puede ver en las

---

<sup>46</sup> Ibid, 2-3.

<sup>47</sup> Ibid, 4.

<sup>48</sup> El mismo autor: *Villanueva del Ariscal. Historia de mi pueblo*, 118.

declaraciones prestadas en el referido pleito suscitado ante la Audiencia sevillana por Delgado cuando fue rechazado de plano por los capitulares del pueblo<sup>49</sup>. Aunque la Audiencia dio la razón al conde sobre su facultad de nombrar alcalde mayor, también se la otorgaba al concejo en cuanto a la idoneidad de la persona elegida, que debía ser letrada y ajeno al pueblo, requisitos que este no cumplía, pues como él mismo reconocía a través de su procurador no escribía muy bien, un defecto que alegaba concurría igualmente en “los más hombres principales”<sup>50</sup>. Tal fue la belicosidad del concejo ariscaleño a los propósitos del duque y su alcalde, que llegó a conseguir del Consejo Real “por ser el dicho pleito de consideración y el duque de mucha mano”, que el asunto se viera por los jueces de una Sala entera, bajo la presidencia del Regente, como ordenaba la Real Cédula obtenida con fecha 18 de junio de 1678<sup>51</sup>.

El litigio pareció finalizar en 1679, pues una sentencia en grado de vista de la Audiencia otorgaba toda la legitimidad a Delgado y Luna en su puesto, con la precedencia en actos públicos inclusive, y al concejo en la facultad de nombrar sus “trece” y al juez de residencia de sus cargos concejiles. Sin embargo la resolución fue apelada por las dos partes, descontentas por el insatisfactorio resultado, manteniendo el cabildo su negativa a concederle asiento en su banco y el vicario a que ocupase un sillón exento con cojín delante de estos, continuando el enredo y aun complicándose. Un clérigo, don Diego de Torres Suazo, cuñado de Delgado y entonces teniente de la vicaría, llegó a poner por su cuenta y riesgo a los revoltosos capitulares en la “tablilla” de los excomulgados, y estos a su vez constestaron querellándose contra Delgado, que fue condenado al pago de veinte ducados por todo este escándalo, con apercibimiento de otra de quinientos en caso de reincidir<sup>52</sup>. De momento, en 1680, tras cumplirse el primer trienio de “disfrute” en el cargo de este, el conde le renovó ello, obteniendo además para ello una Real Cédula de Carlos II fechada en 17 de enero de 1679. Si bien, como advierte Herrera García, este instrumento aunque autorizaba por “esa vez” el nombramiento, reconocía implícitamente la ilegalidad en el origen del mismo, pues

---

<sup>49</sup> AGA, Real Audiencia, *Pleitos*, leg. 266, fols. 338, 501-503, y 631-632.

<sup>50</sup> Herrera: *Villanueva del Ariscal. Historia de...*, 120-121.

<sup>51</sup> *Ibid*, 141.

<sup>52</sup> *Ibid*, 143-147.

reconocía expresamente la existencia de disposiciones que lo prohibían por ser Delgado vecino de la villa<sup>53</sup>.

La cosa en lugar de calmarse aún fue a más, pues a esto siguió una guerra de excomuniones entre el nuevo vicario, que se había decantado por el alcalde mayor, y un fraile paúl del convento de la Victoria de Triana, ante quienes acudían ahora los capitulares corporativamente a escuchar los oficios en una ermita cercana a las casas capitulares y hoy desaparecida. El primero lanzó la excomunión al negarse el segundo a entregarle los ornamentos existentes en la pequeña capilla, y el segundo apeló al tribunal eclesiástico hispalense, obteniendo del canónigo y juez del arzobispado don Justino de Neve la prisión del vicario, que la justicia concejil se apresuró gustoso a ejecutar, llevándolo preso hasta la cárcel arzobispal de Sevilla<sup>54</sup>. Pero el vicario ese mismo día en que fue apresado nombró un teniente suyo, autorizándole a lanzar los anatemas que fueren necesarios, poniendo al pueblo en entredicho, una bola de nieve que convenció al cabildo municipal en la idea de iniciar negociaciones con el conde ofreciendo una concordia a sus representantes que salvara en lo posible los privilegios ya obtenidos<sup>55</sup>.

La concordia que ponía fin al farragoso pleito fue alcanzada en 1680, conteniendo los siguientes términos, recogidos por Herrera García en su libro ya citado: 1º las partes renunciaban al pleito entablado y a cuanto pretendían, 2º el conde nombraría anualmente alcalde mayor a un capitular del concejo ariscaleño – lo cual dejaba fuera de juego a Delgado y Luna –, 3º en adelante dicho puesto sería únicamente ocupado por un capitular de la villa o por un familiar del propio conde, 4º se mantenían los *trece* del cabildo, 5º el derecho de residenciar los oficios concejiles se traspasaba al conde, 6º los alcaldes mayores presidirían los actos públicos y religiosos, así como los cabildos, exceptuando de ello los celebrados anualmente para las elecciones a cargos concejiles, y 7º la concordia debía ser confirmada por la Real Audiencia<sup>56</sup>. Tras todo esto no hubo enfrentamientos notables entre concejo y señor, aceptando este y sus

---

<sup>53</sup> Ibid, 147-148.

<sup>54</sup> Ibid, 148-149.

<sup>55</sup> Ibid, 151-152.

<sup>56</sup> Los términos de la concordia se encuentran en los folios 715 a 761 del legajo citado anteriormente que obra en el Archivo Histórico de la Audiencia de Sevilla.

sucesores desde entonces, ya por cansancio, olvido, o negligencia –como indica Herrera – de sus agentes, los candidatos presentados por el concejo para el casi simbólico cargo de alcalde mayor<sup>57</sup>.

Este tipo de litigios y resistencias anti-señoriales nos ofrecen pues, una visión completamente distinta a la tradicional interpretación que desde las corrientes historiográficas del primer liberalismo o del marxismo luego se ofreció al imaginario popular, y que insisten en extender prácticas feudales propias de la Europa Oriental y Central a todo el continente, por ejemplo la servidumbre. Esta opresiva asfixia jurídica, económica y social con que las instituciones del Antiguo Régimen mantendrían su ferreo control sobre el “pueblo llano”, fue matizada y definida para el caso español con las investigaciones de prestigiosos historiadores, como por ejemplo Salvador de Moxó, que dejaron bastante claro la esencial diferencia entre esas las feudales, ajenas a la tradición hispana – al menos al área de influencia de Castilla –, y el amplio, eso sí, régimen señorial extendido por la Península, que como sabemos se mantuvo hasta los inicios de la centuria decimonónica. Dicha prolongación en el tiempo fue más rémora económica, que problema jurídico-legal, ralentizando el dinamismo comercial del país en las etapa pre-industrial y pre-capitalista frente a países como Inglaterra u Holanda, confundiendo la sociedad de privilegios con la ausencia de derechos, pues en el complejo entramado jurídico-social del Antiguo Régimen, cada estamento era muy celoso del respeto de los suyos, con lo que un modesto concejo villano podía permitirse nada menos que pleitear y ganar un pleito contra su propio señor jurisdiccional, cuyas atribuciones estaban perfectamente delimitadas por las leyes y facultades concedidas en el decreto de concesión<sup>58</sup>.

---

<sup>57</sup> Herrera: *Villanueva...*, 170-171.

<sup>58</sup> Sobre este polémico debate historiográfico pueden consultarse algunas de las obras de Salvador de Moxó: *La disolución del régimen señorial en España*, Madrid, CSIC, 1965; “Los señoríos. En torno a una problemática para el estudio del régimen señorial”, revista *Hispania*, 64, Madrid, 1964; “Los señoríos: cuestiones metodológicas que plantea su estudio”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, núm. 43, 1973, págs. 271-309; *Feudalismo, señorío y nobleza en la Castilla Medieval*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2000; Claudio Sánchez Albornoz: *En torno a los orígenes del feudalismo*, Mendoza (Argentina), Universidad de Cuyo, 1942; *España un enigma histórico*, 4 vols., Madrid, reedición de Edhasa, 1991; o “Los hombres libres en el reino asturleonés hace mil años”, *Cuadernos de Historia de España*, 59-60 (1976), págs. 5-140; también las del profesor Luis García de Valdeavellano: *El feudalismo hispánico*, Barcelona, reedición de Editorial Crítica, 2000; Entre la abundante bibliografía salida en los últimos años destacamos por su carácter sintético la de Francisco Hernández Montalbán: *La abolición de los señoríos en España (1811-1837)*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1999.

Como vemos, desde el siglo XVII el estado de Gelves en el que se integraba Villanueva era poseído por los duques de Veragua, del linaje de los Colón de Portugal, almirantes de las Indias, que lo habían obtenido por herencia matrimonial, ostentándolo a mediados de esa centuria el referido don Pedro Nuño (Madrid, 1615-México, 1673), sexto conde. Existió sin embargo en vida de este, el marquesado de Villanueva del Ariscal, otorgado con el vizcondado previo de Torrequemada el 25 de junio de 1629 a favor de su tía doña Leonor de Portugal, dama de la reina, aunque nunca tuvo anejo el señorío sobre Villanueva, que permaneció en manos del conde de Gelves. A la muerte sin herederos de esta, su esposo, el noble milanés Agustín Homodei pidió la sucesión del mismo, que le fue concedida el 4 de septiembre de 1663 pero con la denominación nueva de Almonacid de los Oteros, quedando desde entonces cancelado el de Villanueva, que no ha vuelto a ser ostentado<sup>59</sup>.

A principios del siglo XVIII ocupaba el señorío la condesa doña Catalina Ventura Colón de Portugal (1690-1739), casada con el segundo duque de Berwick, don Jacobo Francisco Fitz James Stuart (1696-1738), grande de España y nieto por línea bastarda – aunque legitimada – del último rey católico de Inglaterra y Escocia, Jacobo II, depuesto en 1688. Los duques, y por tanto condes de Gelves, que detentaron en adelante el señorío sobre Villanueva desde doña Catalina Ventura hasta la supresión de este tipo de jurisdicciones fueron los siguientes: Jacobo Francisco Eduardo Fitz James Stuart y Colón de Portugal, III duque de Berwick y X conde de Gelves, grande de España y poseedor de otros muchos títulos y señoríos (1718-1785); Carlos Genaro Fitz James Stuart, IV duque y XI conde (1752-1787), hijo del anterior; Jacobo Felipe Fitz James Stuart, V duque y XII conde (1773-1794), también hijo del duque precedente; y sucesivamente los dos vástagos de este: Jacobo Fitz James Stuart y Silva, XIII conde de Gelves, que no ejerció el señorío pues falleció con apenas 3 años en 1795; y su hermano Carlos Miguel Fitz James Stuart y Silva, VI duque de Berwick, XIV conde de Gelves y último señor de Villanueva del Ariscal entre un sinfín de títulos, grandezas y señoríos.

El duque Carlos Miguel (1794-1835) acumularía en 1802 los títulos de la Casa de Alba tras el fallecimiento de la célebre duquesa Cayetana, convirtiéndose en XIV duque de Alba de Tormes, si bien perdió los de la Casa de Veragua tras un ruidoso

---

<sup>59</sup> *Elenco de grandezas y títulos nobiliarios españoles*, Madrid, *Hidalguía*, Instituto Salazar y Castro, 2011, pág. 76.

pleito que duraba desde el siglo XVI con los herederos de don Cristóbal Colón y Toledo, hermano del primer duque de Veragua don Luis de Colón y Toledo. Una sentencia fechada el 10 de marzo de 1793 reconocía la tenuta y posesión de aquellos en la persona de don Mariano Colón y Larreategui, seguramente apoyado por la Corona para evitar así el excesivo poder que significaba la acumulación de tan poderosas casas en una sola persona. Aun así la Casa de Alba conservó los estados del condado de Gelves, entre las que se encontraba el señorío de Villanueva con los heredamientos de Torquemada y El Almuédano, si bien como hemos visto sus facultades se reducían al mínimo. Esta situación que se mantendría hasta la primera supresión del régimen señorial, dictada por las Cortes de Cádiz<sup>60</sup> en un decreto fechado el 6 de agosto de 1811<sup>61</sup>, y luego mantenida a la vuelta del absolutismo hasta su definitiva extinción por otro decreto, esta vez de la Reina Gobernadora en nombre de Isabel II con fecha 26 de agosto de 1837<sup>62</sup>.

Volviendo a las informaciones que sobre el pueblo nos ofrece el *Catastro*, al rey parece que únicamente pertenecía el diezmo del aceite, deducido de las cuarenta aranzadas de olivar existentes en el pueblo, las cuales producían aproximadamente por cada una 12 arrobas de aceite en las de primera calidad, 9 en las de segunda, y 6 la de tercera, estimadas todas en 12 reales de vellón por arroba. Si bien en cuanto a su producto las personas que declararon en estas *Respuestas Generales* se remitieron a la certificación que diere la oficina que tocaba sobre aquellos derechos<sup>63</sup>. Las alcábalas en cambio pertenecían al Colegio de Niños Expositos de la ciudad de Ayamonte, vendidas en 18 cuantos y 729.988 maravedíes, estimándose sus rentas en 550.882 maravedíes, a razón de 34.000 el millar, de cuya cantidad se correspondían 374.334 al precio de las alcábalas. Estas rentas estaban encabezadas, por lo que el vecindario debía satisfacer *in*

---

<sup>60</sup> Unas cortes que como veremos serían convocadas – y en esto hay que incidir para evitar malinterpretaciones en la que han incurrido algunos entusiastas del bicentenario gaditano – de manera circunstancial por un decreto firmado por un hijo de Villanueva, el último presidente de la Junta Suprema Central don Juan Acisclo de Vera y Delgado, quien acató a su pesar la disciplina que la colegialidad de las decisiones de la Junta imponía.

<sup>61</sup> “Decreto LXXXII” de 6 de agosto de 1811 de Incorporación de los señoríos jurisdiccionales a la Nación. *Colección de los Decretos y Órdenes que han expedido las Cortes Generales y Extraordinarias, tomo I: desde su instalación en 24 de septiembre de 1810 hasta igual fecha de 1811. Mandada publicar de orden de las mismas*, Cádiz, Imprenta Real, 1811, págs. 193-196.

<sup>62</sup> Ley Aclaratoria de 26 de agosto de 1837, publicado en la *Gaceta de Madrid* de fecha 6 de septiembre de ese año, número 1010, pág. 1.

<sup>63</sup> AGS. *Catastro*, Respuestas Generales, libro 563, respuesta décima, fols. 854v-855, decimotercera, 856, y cuadrágésima, fol. 862.

*solidum* la cantidad anual de 13.500 reales de vellón<sup>64</sup>. El Servicio ordinario y extraordinario también pertenecía al mencionado colegio, habiendo sido enagenado en 825.225 maravedíes de principal, producía anualmente 1.439 reales y 32 maravedíes, cantidad que también satisfacía la villa por repartimiento entre los vecinos<sup>65</sup>.

El término del pueblo<sup>66</sup> se extendía “desde Levante hasta Poniente” una media legua, y de Norte a Sur un cuarto, ofreciendo un perímetro de dos leguas, que para ser andadas necesitaban unas dos horas, lindando a Levante y Sur con Espartinas, a Poniente con Sanlúcar la Mayor, y al Norte con Olivares<sup>67</sup>. Estaba poblada en esos años del *Catastro* (1751) por 240 vecinos, unas 1.680 almas, que habitaban las 195 casas de que disponía el pueblo. Asimismo existían cinco edificaciones arruinadas o hechas solares, manifestando los declarantes no haber en el término casa de campo alguna<sup>68</sup>. Los gastos repartidos entre el comun de la villa (carente de propios y arbitrios) eran los siguientes: 1.000 reales al escribano de cabildo – que como hemos dicho ocupaba también los de escribano público y de la audiencia eclesiástica –, y hasta 150 a los verederos que venían con órdenes; pagando como se ha indicado ya por el Servicio ordinario y extraordinario la cantidad de 1.439 reales y 2 maravedíes, y 1.238 reales de vellón por el de Paja<sup>69</sup>.

De las 350 aranzadas que componían la superficie cultivable del pueblo, 40 correspondían a sembradura de secano (10 de ellas de primera calidad, 15 de segunda, y 15 de tercera); 200 dedicadas únicamente a viña con la siguiente distribución: 40 aranzadas en suelo de primera calidad, otras 40 en las de segunda, y 120 de tercera; otras 40 aranzadas dedicadas a olivar (10 de primera, 10 de segunda y tercera, y otras 10 de estacada infructífera); 21 de arboledas (4 de primera, 8 de segunda, 6 de tercera calidad); y finalmente 35 pobladas de pinares, 10 para cultivo de hortalizas, y 4 de tierra

---

<sup>64</sup> Ibid, vigesimoctava, 859v.

<sup>65</sup> Ibid, 860.

<sup>66</sup> Situado a 15 km de la ciudad de Sevilla y a 156 metros sobre el nivel del mar, actualmente cuenta con 4,70 km<sup>2</sup> de superficie y 6.078 habitantes (2010).

<sup>67</sup> AGS. *Catastro*, Respuestas, tercera, 853v.

<sup>68</sup> Ibid, vigesimoprimera y vigesimosegunda, 857v.

<sup>69</sup> Ibid, vigesimoquinta y vigesimoséptima, 858.



valdía<sup>70</sup>. De las especies sembradas, tanto en secano como en regadío, manifestaban los declarantes que ninguna de ellas da dos cosechas al año, a excepción de la que se siembra un año y descansa otro, siendo la producción a base de trigo, cebada, habas, yeros, alberjones, vino, aceite, y frutas<sup>71</sup>. La viña era el cultivo mayoritario, motor económico del pueblo, y dejaba una producción estimada para 1751 de 155 arrobas de vino: 75 de vino claro en las aranzadas de primera calidad, 50 en las de segunda, y 30 en las de tercera. La importancia del negocio vinícola, uno de los más rentables durante el Antiguo Régimen, se veía aún reforzado en las tierras más cercanas a Sevilla, puerta y puerto de Indias, pues los galeones se veían obligados a comprar antes de partir para las Américas un porcentaje de los productos de la tierra, entre los que el vino ocupaba un puesto más que destacado por su constante consumo, asimilable prácticamente con la del agua potable. Estos factores posibilitarían sin duda al vecindario un nivel de vida más alto que el de otros pueblos circundantes, dedicados básicamente a la producción cerealística, hortofrutícola o agropecuarias, y podemos verlo por ejemplo en el elevado número de escrituras públicas – para un pueblo de tan corto vecindario – otorgadas en su escribanía pública durante el siglo XVIII: 7.221<sup>72</sup>, o en el hecho ya indicado de poder rescatar de la Corona de manera inmediata la jurisdicción de tolerancia, que obligó a cada uno de los 263 vecinos de 1656, a desembolsar la respetable cifra de 2.500 maravedíes.

La producción cerealística era la siguiente por aranzada: 11 fanegas de trigo o 15 de cebada en las de primera calidad; 7 de trigo y 8 de cebada en las de segunda; y 5 y 6 en las de tercera, cuyo precio en el mercado alcanzaba los 20 y 10 reales por fanega de trigo y cebada respectivamente. De habas se recogían unas 8 fanegas, 5 de yeros, y otras 5 de alberjones, que rentaban unos 15 reales por cada, generando las dedicadas a olivar de primera calidad anualmente 12 arrobas de aceite, 9 en las de segunda, y 6 en las de tercera, que se estimaban todas en unos 12 reales de vellón por arroba. Las aranzadas de arboleda generaban 125 arrobas anuales de fruta en las de primera calidad; 80 en las de segunda, y 50 por las de tercera categoría, a unos 3 reales por arroba; las dedicadas a pinar, menos pingues que las anteriores, ofrecían un beneficio también anual de 20

---

<sup>70</sup> Ibid, décima, 854v-855.

<sup>71</sup> Ibid, cuarta, 853v, y undécima, 855.

<sup>72</sup> Herrera García: *Escrituras públicas del siglo XVIII: Villanueva del Ariscal...*, op. cit.

reales de vellon por cada una; y finalmente la de huertas contaba con una producción estimada en 1.250 reales por aranzada<sup>73</sup>. El molino de aceite existente en la villa producía anualmente 400 reales, que correspondían en 5/9 partes del mismo al convento de Nuestra Señora de la Victoria de Sevilla, en 3/9 a don Juan Antonio Curiel, poderoso juez de las Imprentas Reales del que hablaremos, y 1/9 a don Antonio Marín Briosó, presbítero. Igualmente había cuatro calderas para fabricar aguardiente, propiedad de seglares y con un producto anual todas juntas de 5.500 reales de vellon; y dos atahonas, las cuales rentaban unos 2.600 reales de vellon; los dos molinos de yeso en la temporada que molían ofrecían un producto de 450 reales<sup>74</sup>. Por último, manifiestan los declarantes la existencia de algunas colmenas, cuyo producto en miel y cera se estima en 6 reales de vellón por cada una; o el de un corto número de ganado: vacuno, yeguar o asnal; que por razón de esquilmo es apreciado en 45 reales por cada vaca de vientre, 60 por cada yegua 60, y 30 cada jumenta<sup>75</sup>.

El *Catastro de Ensenada* es fuente inagotable de datos económicos para todas las poblaciones de la Corona de Castilla, por lo que exponemos finalmente en este capítulo los ingresos percibidos por las diferentes categorías laborales existentes en la citada villa. Así por ejemplo, sabemos que los del escribano público y de cabildo ascendían en un año a 300 ducados, aumentados sensiblemente con los emolumentos que le aportaba la titularidad de la notaría eclesiástica de la vicaría, que solían coincidir en una misma persona, y ascendían a 2.200 reales de vellón. Los del estanquero de tabacos consistían en unos 1.460 reales; y los del maestro de primeras letras tan solo a 365; el cirujano cobraba unos 550 reales anuales; cantidad muy inferior a la ingresada por el boticario, que llegaba a los 2.200 reales. Los cinco arrieros existentes en el pueblo percibían entre todos 15.950 reales de vellón; y 22.000 los ocho carreteros cosarios que iban y traían diferentes mercaderías o encargos para los vecinos. Por último, el panadero cobraba unos 1.100 reales; y los cinco tenderos de mercería del pueblo 8.150 reales; el sacristán de la iglesia cobraba 700 reales de vellón<sup>76</sup>. Numerosas personas del pueblo se dedicaban a labores vinícolas, ya cultivando y vendiendo la uva a los cosecheros de

---

<sup>73</sup> AGS, *Catastro*, Respuestas: duodécima, 855-855v, decimotercera, 856, y decimocuarta, 856v.

<sup>74</sup> Ibid, decimoséptima, 857.

<sup>75</sup> Ibid, decimonovena y vigésima, 857v.

<sup>76</sup> Ibid, trigesimosegunda a trigesimonovena, 860v-861v.

vino, o en las diferentes bodegas repartidas por el pueblo, ascendiendo anualmente los ingresos estimados por este ramo a 34.665 reales, de los que al menos 1.500 correspondían a dos eclesiásticos. Los oficios manuales, conocidos como *viles o mecánicos*, están representados por un herrero, cuyo jornal diario se regulaba en 7 reales y medio; un albañil y un oficial con 6 reales y 3 cuartillos y 2 reales y medio respectivamente; un carpintero y un zapatero con 7 reales y medio, y un oficial de barbero con 3 reales y 3 cuartillos<sup>77</sup>. En cuanto a la mano de obra contratada a jornal dedicada a labores agrícolas, dedicadas a la siembra y recogida de las diferentes cosechas, la mayoritaria, que se estimó en unos 200 jornaleros, percibían por su trabajo diario 2 reales y medio. Queda recogida además la existencia en el pueblo de 10 pobres de solemnidad, aunque hay que recordar que dentro de esta categoría social en el Antiguo Régimen, se encuentran también contabilizadas junto a las personas dedicadas a la mendicidad, las viudas sin patrimonio propio que legar y otras personas desvalidas<sup>78</sup>.

Villanueva, como todo el reino, se recuperaba lentamente a esas alturas del siglo XVIII de las sucesivas crisis demográficas provocadas en la centuria anterior por las gravísimas epidemias de peste, que redujeron la población de buena parte de Andalucía casi a la mitad, como podemos ver reflejado en el ya citado *Catastro*<sup>79</sup>. En él, Villanueva aparece habitada por 240 vecinos, mientras que un siglo antes lo estaba por 299<sup>80</sup>. Considerando pues, un coeficiente de 7 integrantes por familia – cabeza, cónyuge, y unos 5 hijos aproximadamente como mínimo –, esto arrojaría una población total aproximada de 1.680-1.700 habitantes para 1751, cuando en la centuria anterior como se ha dicho había contado más del doble<sup>81</sup>. Esto en lo relativo al ámbito secular, en lo tocante a la jurisdicción espiritual Villanueva del Ariscal formaba parte desde la Reconquista de los territorios concedidos en Sevilla a la Orden de Santiago, constituyendo vicaría dependiente del priorato de San Marcos de León, *nullius diócesis*.

---

<sup>77</sup> Ibid, trigesimosegunda, 861, trigesimotercera, 861-861v.

<sup>78</sup> Ibid, trigesimoquinta y trigesimosexta pregunta, 861v.

<sup>79</sup> Ibídem. Realizadas las indagaciones en aquella villa el 26 de agosto de 1751, fueron finalmente asentadas en su libro correspondiente con fecha 12 de diciembre de 1755.

<sup>80</sup> Herrera García: *El Aljarafe durante el Antiguo Régimen*, pág. 112.

<sup>81</sup> En el siglo XVII, antes de la célebre epidemia de peste de 1649 contaba 299 vecinos, con lo que utilizando el mismo coeficiente tendría aproximadamente unos 2093-2100 habitantes en esa centuria.

Esta jurisdicción, con sede en la localidad extremeña de Llerena era cabeza del priorato santiaguista leonés – el castellano residía en Uclés –, y aunque su matriz se encontraba en el Real Convento de San Marcos, de la propia ciudad de León, no tenía relación alguna con aquella diócesis. Las repetidas peticiones de los monarcas españoles, desde Felipe II, a la Santa Sede para que otorgara la dignidad episcopal a los dos priores no alcanzarían el éxito hasta 1797, año en que Pío VI accede a ello concediendo dos obispados *in partibus*. El primer obispo-prior de San Marcos de León sería pues don José Casquete de Prado y Bootello, O.S., a quien se adjudicó el 18 de diciembre de 1797 el título episcopal de Cisamo. Caballero de Santiago, dignidad que ostentaron también buena parte de los vicarios de Villanueva, Casquete había nacido en Fuente de Cantos en 1756, falleciendo en Llerena el 2 de febrero de 1838. Llegaría a ser durante los años de la invasión napoleónica, diputado constituyente en Cádiz, ocupando la presidencia de turno del Legislativo entre el 24 de noviembre al 23 de diciembre de 1811.

Como vicaría santiaguista ejercía jurisdicción sobre algunos de los pueblos que la Orden aún mantenía en Sevilla: Villamanrique, Castilleja de la Cuesta – excepto la calle Real –, y los heredamientos de Torrequemada (enclave de Gelves situado en término de Bollullos de la Mitación) y El Almuédano (en Salteras). La iglesia parroquial de la villa, nombrada de Santa María la Blanca<sup>82</sup>, tenía anexo al curato al cargo de vicario, y contaba con audiencia eclesiástica propia así como una pequeña curia. Su pertenencia a dicho priorato hacía que el pueblo<sup>83</sup> escapara a la autoridad arzobispal de Sevilla. El vecindario de Villanueva, poseedor de una cierta comodidad económica, que le proporcionaba su casi exclusiva dedicación vinícola, se componía básicamente al igual que buena parte de una suerte de burguesía ejecutoriada, con pretensiones de emulación nobiliaria, pero cuya hidalguía fue reconocida principalmente en concejos ajenos al pueblo, p.ej. Sanlúcar la Mayor, Espartinas, Olivares o Gines; otra amplia de pequeños y medianos labradores “pecheros”; y finalmente una mano de obra a jornal que trabajaba en la siembra o recogida de la abundante vendimia, y también en tierras dedicadas a otro tipo de cultivos en inferior

---

<sup>82</sup> Actualmente desde mediados del siglo XX se llama de Nuestra Señora de las Nieves.

<sup>83</sup> Villanueva del Ariscal no se integraría bajo la jurisdicción de la mitra hispalense hasta el año 1875, siendo una de las últimas jurisdicciones exentas de España en ser integrada a su ordinario territorial. Tras un sonado pleito finalizado en cisma entre el Arzobispado y el vicario, este último quedó excomulgado, debiendo acudir la diócesis hispalense a la autoridad gubernamental para forzar el paso de dicha parroquia a su obediencia, siendo descerrajada la iglesia y vuelta a consagrar nuevamente. Herrera García: *Villanueva del Ariscal. Historia de mi pueblo*, 300-305.

proporción. Junto a estos, coexistían artesanos u oficios como carpinteros, zapateros, albañiles, y barberos, así como también un médico, el boticario, un maestro de primeras letras y una pequeña curia de unos 9 eclesiásticos<sup>84</sup> alrededor de la citada audiencia eclesiástica, encabezada por el vicario y un teniente de cura, formada principalmente por el notario apostólico, que podía también ocupar y de hecho ocupaba en buena parte de los casos el puesto de escribano público – por el señor de la villa – y del cabildo, algunos familiares del Santo Oficio, distinción que se repartían entre las familias más poderosas del pueblo, y otros menores como el organista o el sacristan. También existía un número indeterminado de beneficiados y capellanes que atendían las diversas capellanías, memorias, o mandas pías establecidas en los dos templos de la localidad: la parroquia, y la ermita de San Miguel, pero también en algunos oratorios privados situados en las haciendas circundantes. Las capellanías eran atendidas en buena medida por segundones de las familias más distinguidas de la villa, ordenados muchos de ellos a título de patrimonio, o incluso sin pasar de las ordenes menores. La existencia de esa pequeña curia vicarial, ajena al control de arzobispado hispalense, y distante de su metrópoli extremeña, llevó a algunas personas letradas del pueblo a abrazar al quedar viudos el estado clerical, ya como tonsurados u ordenados de menores, o incluso accediendo al presbiterado<sup>85</sup>.

La pretensión del señor de influir en la organización y el devenir municipal de la villa, fue contestada por el celoso cabildo – compuesto por regidores intitulados “Treces” a imitación de la estructura de gobierno santiaguista – en diferentes ocasiones, como el célebre pleito del alcalde Juan de Pineda, enfrentado al mismísimo duque de Veragua en 1638, o en la elección en febrero de 1677 como alcalde mayor del abuelo del cardenal Delgado, don Bartolomé Delgado y Luna, que dio lugar a pintorescas situaciones de rechazo, como bien recoge el estudioso del Aljarafe don Antonio Herrera en algunas de sus obras sobre la historia de esta localidad<sup>86</sup>. La concordia final establecida entre vasallos y señor, llegó finalmente al acuerdo de no escoger para el

---

<sup>84</sup> AGS, *Catastro*, Respuestas, trigesimooctava, 861v: dice que vivían en el pueblo siete eclesiásticos presbíteros y cinco ordenados de menores.

<sup>85</sup> Aspecto que podemos comprobar por la documentación relativa encontrada en el Archivo Parroquial de la villa (libros de defunción, capellanías, judicatura eclesiástica, o fábrica) o en los protocolos notariales, tanto de Villanueva como de otros pueblos cercanos, donde poseían propiedades y estaban en ocasiones avecindados.

<sup>86</sup> Ver de este autor: *Villanueva del Ariscal: Historia de mi pueblo*, 116-156; “Riña de alcaldes en 1677 en la iglesia de Villanueva del Ariscal”; o “Las ventas de las jurisdicciones de tolerancia: análisis de un caso concreto”, todas citaas.

puesto de alcalde mayor, es decir representante del señor en la villa, a ningún vecino del pueblo, evitando así posibles injusticias y excesos cometidos por la rivalidad entre vecinos. En el tiempo del cardenal Delgado las familias más distinguidas del pueblo eran la de los Criado, con enterramiento propio en el templo parroquial; los Torres o Torres-Suazo, los Luna y los Venegas, antepasados del cardenal y de buena parte de los personajes estudiados en la tesis, como los Curiel, con gran influencia en la corte y ennoblecidos con el condado de San Rafael; los Dávila, provenientes de Extremadura y con hidalguía reconocida se avecindaron desde el siglo XVII; los Pineda, quizás la familia más antigua del pueblo, eran una familia de medianos labradores; los poderosos Izquierdo eran los propietarios de la escribanía de Villanueva desde mediados del XVII hasta su supresión a finales del siglo XIX, llegando a ser los controladores de la vida municipal desde su posición como escribanos y luego secretarios del Ayuntamiento hasta bien entrado el siglo XX; los Limón, adquirirían importantes bienes raíces e inmuebles, como las haciendas del Loreto o la de Torre Arcas; los De la Parra, que poseyeron la escribanía antes que los Izquierdo; o los Marín-Brioso, también con numerosos clérigos en su seno (seculares y regulares), recogería además la herencia de los Sánchez de la Cruz, poderosa familia – a tenor de la riqueza observada en sus inventarios de bienes – de propietarios agrícolas que como todos los anteriores alternaban el negocio vinícola con otro tipo de siembras, negocios y alquileres de rentas municipales o señoriales en la villa. Junto a estos, el pueblo se repartía en una serie de familias de pequeña o mediana propiedad que compartían con el trabajo para otras más poderosas, o en alguna de las propiedades que algunos de los conventos sevillanos poseía en el pueblo<sup>87</sup>, por los que pagaban un censo o tributo correspondiente. Los Góngora, con importantes negocios de vinos en el pueblo, que aún mantienen, llegaron a alcanzar en el XVIII un altísimo nivel económico, viviendo por esa época en Sevilla en sus casas de la collación de Santiago.

Refiriéndonos ahora a Sevilla, la antigua y populosa urbe, metrópoli de la Andalucía, en franca decadencia desde el traslado de la Casa de Contratación y Consulado de Comerciantes a Cádiz en 1716, diremos que tan solo era alterada por los recurrentes episodios epidémicos que cada cierto tiempo la azotaban o por las frecuentes

---

<sup>87</sup> Según Herrera estos conventos sevillanos que poseían tierras o haciendas eran: los trinitarios descalzos (hacienda Santísima Trinidad), bodegas propiedad de los paules del trianero convento de la Victoria, carmelitas descalzos (hacienda San José), o la de los agustinos del convento del Pópulo, todos de la ciudad de Sevilla. También fueron importantes en extensión las pertenecientes a la propia vicaría de la villa: *Villanueva del Ariscal: historia de mi pueblo*, 180-181.

inundaciones del Guadalquivir y sus arroyos circundantes. Primera ciudad y capital del denominado entonces Reino de Sevilla, este se componía de no menos de 234 núcleos de población repartidos entre las actuales provincias de Sevilla, Huelva, Cádiz, y parte de la de Málaga<sup>88</sup>. En esos años de placidez la vida cultural y social de la urbe tan solo fue rota por la inesperada llegada de la corte a la ciudad, permaneciendo toda la familia real en ella por varios años. Esta prolongada estancia de los reyes a la ciudad y sus entornos, que ha venido en denominarse el *Lustro Real* (1729-1733), sería motivado por las preocupantes muestras de deterioro mental que el monarca venía sufriendo, que alteraban sobremanera las decisiones gubernamentales, decidiendo los ministros y la reina trasladar la corte a Andalucía para que este con sus aires y otras distracciones recuperara la salud y la cordura.

Nos referiremos ahora por último a la situación socioeconómica y eclesiástica de Sevilla, que de ciudad más poblada del reino en el siglo XVI: unos 120.000 habitantes en 1597, pasó tras la desastrosa peste de 1649 a ver reducida su población a la mitad, unos 65.000, contando para 1705, años inmediatos al nacimiento del cardenal Delgado, unas 85.000 almas, cifra que aun decaería al final de la centuria, pues el llamado Censo de Floridablanca (1786) estimaba una población aproximada de 76.500 habitantes en números redondos. González de León en los días previos a la fiebre amarilla que la azotó nuevamente en los albores del XIX ofrecía la cifra de 80.598 personas, quedando al remitir la mortal infestación en 1801 unos 65.000 habitantes, costando esta la vida a unas 14.685 almas. El censo realizado por orden de la administración josefina en 1810 reflejaba sin embargo ya una nueva recuperación de la ciudad, volviendo esta a alcanzar nuevamente los 80.000 habitantes<sup>89</sup>. Contaba con un formidable cerco amurallado, como se puede observar en el magnífico plano de Olavide, y su estructura urbana se mantendría con pocas variaciones hasta el derribo del mismo ya bien entrado el siglo XIX, componiéndose de trece puertas, quince vanos y dos postigos. Su perímetro alcanzaba quince leguas de extensión, y fuera de él se extendían diferentes arrabales:

---

<sup>88</sup> Según el Catastro de Ensenada, realizado desde mediados del siglo XVIII en todas las poblaciones de la Corona de Castilla, exceptuadas las integradas en la antigua Corona de Aragón, Reino foral de Navarra, Canarias y las provincias vascas.

<sup>89</sup> Ver las aportaciones de Francisco Morales Padrón: *La ciudad del Quinientos: historia de Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1977, pág. 65; Manuel Moreno Alonso: *Sevilla napoleónica*, Alfar, Sevilla, 1995, pág. 85; Antonio Domínguez Ortiz, José Manuel Pita Andrade y José Fradejas Lebrero: *El Barroco*, Madrid, Ministerio de Cultura, Dirección General de Difusión Cultural, 1978, pág. 23; y Francisco Aguilar Piñal: *Historia de Sevilla. Siglo XVIII*, vol. 6, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1982, págs. 106 y 397.

Triana, la Macarena, San Lázaro, San Bernardo, San Roque, y numerosas huertas, cortijos y haciendas.

Muy menguada como decimos tras el mencionado brote de fiebre amarilla, a la altura de 1808 la ciudad aún no se recuperaba del desastre con el que había inaugurado el nuevo siglo, que en apenas cuatro meses se había llevado al otro mundo al menos a un cuarto de su población, quedando la antaño populosa y cosmopolita urbe reducida a una ciudad provinciana. En estos años precedentes a la crucial invasión napoleónica, que lo alteraría todo, la cúspide del poder en la ciudad estaba compuesta fundamentalmente por tres personas: el asistente de la ciudad, que hoy sería el alcalde, el regente de la Audiencia, y el arzobispo. Ocupaba la asistencia en esos días don Vicente Hore y Dávila, desde marzo de 1806 hasta octubre de 1808, en sustitución del cuñado del odiado Godoy, Manuel Cándido Moreno, conde de Fuenteblanca, que la ocupó desde 1795 a 1806, siendo auxiliado en el gobierno de esta por los famosos caballeros veinticuatro, los jurados y otros funcionarios municipales, muchos de los cuales eran cargos vitalicios o se transmitían de forma hereditaria. El segundo pilar mencionado, en representación de la justicia del rey, lo desempeñaba hasta fecha tan tardía como 1807 el célebre *señor del gran poder*, quien no residía precisamente en San Lorenzo, sino en la Audiencia de la Plaza de San Francisco: don Francisco de Bruna (1719-1807)<sup>90</sup>; poderoso mecenas y coleccionista que fue sustituido a su fallecimiento en el cargo por don Francisco Díaz Bermudo.

En cuanto al Arzobispado de Sevilla, el segundo más importante del reino en cuanto a rentas y prestigio tras la sede primada de Toledo, si bien en aquel siglo le reñía la honorífica posición la industriosa Valencia, extendía su jurisdicción sobre todas las actuales provincias de Sevilla y Huelva, parte de la de Cádiz (con las importantísimas poblaciones de Jerez, Sanlúcar de Barrameda, El Puerto Santa María, o Arcos), y la banda occidental de Málaga. Incluía dentro de su territorio diferentes jurisdicciones exentas (*nullius diócesis*), y contaba como diócesis sufragáneas a las de Cádiz, Ceuta, Canarias y Málaga. Las instituciones diocesanas se componían principalmente de provisorato, compuesto de 2 notarios mayores, 1 fiscal, 1 relator, y varios procuradores, receptores y otros ministros subalternos; y juzgado de la Santa Iglesia, compuesta de: juzgado de testamentos y obras pías, 1 visitador de parroquias de la ciudad, 3 para las de

---

<sup>90</sup> Que había conseguido poner en el patíbulo al no menos célebre bandolero Diego Corrientes, el “rey de la Sierra Morena”.



fuera de ella, 1 para los conventos de monjas en Sevilla, y 2 para los de fuera, más 1 colector general<sup>91</sup>.

La diócesis se organizaba en: 47 vicarías foráneas, hoy llamados arciprestazgos, 186 pueblos, 245 parroquias, de las que Sevilla contaba 25 más 5 auxiliares o ayudas de parroquia; 349 curas párrocos, y numerosos beneficios ocupados por clérigos de mayores o menores órdenes; 182 conventos masculinos que hacia 1808 contaban unos 4.552 religiosos, 103 femeninos con unas 3.054 religiosas en dicho periodo; y 11 beaterios con 118 beatas, y 1 pretendienta para las mismas fechas. A dichas cifras hay que añadir los 22 hospitales existentes para un total de 503.281 almas repartidas entre: 245.511 varones y 257.770 hembras, todo para 1808. Las jurisdicciones exentas a su vez contabilizaban: 14 parroquias, 15 párrocos, y 16 beneficiados, destacando entre estas las Órdenes Militares con la de Santiago a la cabeza, que contaba con parroquia y conventos propios en la ciudad de Sevilla y vicaría en el Aljarafe, cuya cabecera era precisamente Villanueva del Ariscal. La orden de San Juan de Jerusalén, o de Malta, también contaba con parroquia propia en Sevilla, San Juan de Acre en el barrio de los Humeros, y un bailiato en Lora del Río con jurisdicción sobre dicha villa más Tocina y Alcolea. Otras vinculadas a estados señoriales eran la Abadía de Olivares, que agrupaba los pueblos de Olivares, Sanlúcar la Mayor, Albaida del Aljarafe, Castilleja de la Cuesta, Castilleja de Guzmán, y el despoblado de Heliche; cuya colación pertenecía al duque de Alba; el de Carrión de los Céspedes que correspondía a aquellos marqueses; y la Vicaría de Estepa, que agrupaba a los pueblos colindantes y pertenecía al marqués de ese título y luego a los duques del Infantado. Como señoríos de abadengo estaban los del monasterio jerónimo de San Isidoro del Campo sobre Santiponce o el que la propia mitra hispalense ejercía sobre la villa de Umbrete<sup>92</sup>. Asimismo la Dignidad Arzobispal poseía las dehesas y cortijos de Romaina y Cahíz del Obispo en tierras de Jerez, de Lopus en Umbrete, y diferentes aranzadas en término de Niebla, a lo que había que añadir una hacienda en las afueras de Sevilla llamada de la Fuensanta.

---

<sup>91</sup> Fray Fermín Arana de Varflora: *Compendio histórico-descriptivo de la M.N. y M.L. Ciudad de Sevilla, metrópoli de Andalucía*, Sevilla, Imprenta de Vázquez Hidalgo, 1789, pág. 3.

<sup>92</sup> Francisco Avella Cháfer: *Historia eclesiástica de Sevilla*, Sevilla, edición de José María Vázquez Soto, Biblioteca Arzobispal, 1986, págs. 127-128. Veintiuna vicarías solamente en lo que es hoy la provincia de Sevilla. Ver asimismo Martín Riego en su capítulo de *Historia de la Iglesia de Sevilla*, págs. 517-518. La mencionada *Guía* para 1808 recoge igual reparto, pero da una suma general de 514.941 almas.

Las rentas diocesanas se componían de diversas fuentes: bienes muebles e inmuebles, diezmos, primicias, títulos como juros y censos, los derechos de estola, y los provenientes de limosnas y donaciones de particulares. De todas ellas sobresalía por su cuantía la procedente de los diezmos, contribución que cada vecino debía aportar de sus frutos para el mantenimiento de la Iglesia y sus ministros, siendo su proporción respecto al resto según Maximiliano Barrio Gozalo de: 90 % para las rentas decimales, 5% por propiedades arrendadas, y 3% por réditos de juros y otras rentas<sup>93</sup>. Los ingresos por diezmos, fuente principal, se verían además inflados notablemente en el periodo estudiado a causa de dos factores: la extraordinaria bonanza económica y agrícola que se experimentó en el país esos años, que vio ampliada su superficie cultivable; y la fluctuación alcista que observaron los precios del grano, principalmente el trigo y la cebada, los cuales experimentaron una continua variación. Así, y tan solo con alguna variación, las rentas procedentes del grano ocuparían la mitad del grueso de los ingresos percibidos por la mitra en concepto decimal. En este apartado no vamos a hacer ningún estudio exhaustivo de ellas, ni tampoco de la materia decimal en sí misma, campo de estudio que se saldría por su extensión del propósito de nuestra investigación y ya quedó ampliamente desarrollado en el caso hispalense con las diversas aportaciones del padre Manuel Martín Riego para el periodo que nos ocupa, es decir la segunda mitad del siglo XVIII<sup>94</sup>, por lo que solo analizaremos de manera breve las ingresos que los prelados dispusieron para los grandes proyectos que llevaron a cabo en la centuria, y

---

<sup>93</sup> Estos podían ser: *prediales*, o sobre la producción bruta; y *personales*, sobre la neta, contribuyendo los clérigos sobre los bienes “no curados” que poseyeran, es decir lo suyos propios patrimoniales. Las primicias eran percibidas por los párrocos, correspondiendo a una medida de granos o frutos pasando la cosecha de doce a quince. La Iglesia hispalense poseía tres juros, réditos concedidos sobre determinadas rentas de la Corona que tenía puestos al 3%: uno en el Reino de Galicia que rentaba más de un millón de maravedíes, otro en Antequera y otro sobre el almojarifazgo de Sevilla, con 60.793 y 47.000 maravedíes respectivamente: Martín Riego: “Sevilla de las luces”, capítulo de *Historia de la Iglesia de Sevilla*, obra colectiva dirigida por Carlos Ros, Sevilla, Editorial Castillejo, 1992, págs. 517-607, 584; y *Diezmos...*, 102-103. Maximiliano Barrio Gozalo: *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004, pág. 290-292. De este mismo autor, experto en sociografía del alto clero en la época moderna son de obligada consulta: *El clero en la España Moderna*, Córdoba, Cajasur, Obra social y cultural-CSIC, 2010; *El sistema benefical de la Iglesia española en el Antiguo Régimen (1475-1834)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad, 2010; “Los eclesiásticos afrancesados durante la Guerra de la Independencia”, en *Las élites y la “revolución” de España (1808-1814). Estudios en homenaje al profesor Gérard Dufour*, Alicante, Publicaciones de la Universidad, 2010; o “Aspectos socioeconómicos de un grupo privilegiado del Antiguo Régimen. Los obispos de Cádiz (1556-1833)”, en *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*, núms. 12-13, 2000-2001, págs. 99-121.

<sup>94</sup> En este sentido es indispensable su obra: *Diezmos eclesiásticos: rentas y gastos de la mesa arzobispal hispalense (1750-1800)*, Sevilla, Caja Rural, 1990. Ver asimismo los extractos que de su contenido se han realizado en subsiguientes aportaciones, todas reseñadas en la bibliografía expuesta.

que les llevaron a desembolsar las ingentes cantidades recogidas por los estudiosos de la economía arzobispal<sup>95</sup>.

En primer lugar debemos decir que del examen de la documentación conservada en el Archivo General del Arzobispado, Sección Administración General, Serie Mesa Arzobispal, donde se conservan los libros de ingresos y gastos de la tesorería del prelado, instrumento indispensable para cualquier investigador interesado en conocer tanto la situación económica de la diócesis así como del uso que se dió por estos a los caudales ingresados, podemos decir que no ofrecen variaciones sensibles a las ya expuestas por el citado padre en sus aportaciones, si bien debemos especificar que por la amplitud de materias abarcadas en esta tesis tan solo se han examinado las correspondientes al pontificado de Delgado y Venegas. También hay que hacer notar que muchas de las ayudas dispensadas por los arzobispos fueron ya recogidas por algunos cronistas coetáneos – Matute por ejemplo –, apareciendo posteriormente reseñadas en algunas de las escasas reseñas biográficas posteriores<sup>96</sup>. Antes de ello comenzaremos haciendo mención a algunos fundamentos sobre las rentas diocesanas y la materia decimal en Sevilla, necesarios para una buena interpretación de las cifras que se aportan aquí y en otros apartados como los que se verán en materia de caridad y beneficencia o mecenazgo. Para las magnitudes utilizadas a modo de comparación entre los diversos arzobispos del periodo estudiado, la segunda mitad del siglo XVIII, utilizaremos como ya se ha avanzado las que ofrece el citado padre Martín Riego en sus *Diezmos eclesiásticos...*, por ser obra indispensable en el estudio de las rentas hispalenses del periodo moderno hasta el día.

En el arzobispado hispalense los diezmos, fuente principal de los ingresos de la Iglesia para su mantenimiento, se repartían en tercios, correspondiendo un 33,33 % del total a las mesas arzobispal y capitular; otro igual para los beneficios y prestameras de la diócesis; y otro más destinado al pago de las Tercias Reales, impuesto que la Iglesia de manera colectiva pagaba a la Corona, al que correspondía un 22,2% de esta última porción; y para la fábrica parroquial diocesana, encargada de la construcción, reparación, o mantenimiento de las iglesias del territorio, el cual recibía un 11,11 %. La

---

<sup>95</sup> Existen amplias relaciones sobre los valores de las mitras en AHN, *Consejos*, legs. 16.978-17.064. Dichas cajas aparecen ordenadas alfabéticamente por el nombre de cada diócesis.

<sup>96</sup> Para el conocimiento y análisis de los ingresos y gastos del pontificado de Delgado y Venegas se han consultado los siguientes legajos de la citada serie de Mesa Arzobispal: Libros de Ajustamiento General núms. 847 a 856, y 883 (años 1776-1781); y de salida de caudales de su espolio, núms. 900 a 903 (1782 a 1796).

fracción que se repartía entre la mitra y la mesa capitular era sin embargo desigual, correspondiendo un 45% para la primera, y un 55 para la segunda, pues el cabildo era de tiempo inmemorial administrador único y perpetuo de las rentas de todo el arzobispado, cobrándole a la mitra una décima parte de su mitad por este concepto, lo que se conocía por el rediezmo. Así por ejemplo en el quinquenio de 1751-1755 ambas mesas contaban con los ingresos decimales siguientes: Mesa Arzobispal: 1.646.146 reales; Capitular: 1.857.081 reales<sup>97</sup>.

Estos ingresos decimales se contabilizaban de dos maneras: *rentas de grano*, compuesta principalmente el valor metálico de las remesas de trigo y cebada; y *de maravedises*, que lo eran por productos como: aceite, vino, semillas, huertas, ganado mayor y menor, y los llamados “menudos”: maíz, bellota, tejas, ladrillos, miel, cera... Las rentas percibidas por estos conceptos se asentaban en los registros siguientes: *Libros de Entrada de Valores de Granos*, en los que se anotaban las fanegas recibidas de cada lugar, el precio de su venta, del arrendador de cada villa, y de la persona a la que se vende la remesa; *Libros de Encargos y Remisión de Libramientos de Pan*, donde constan remesas controladas por el “trojero” que eran conducidas hasta la cilla arzobispal; *Libro Mayor de Pan*, que recoge la renta de granos para cada año; *Libro de Entradas Común de Maravedises*, en los que se asientan los productos decimales excluidos los granos, como las rentas de maravedises, de fieldades, y de propios; *Libros de Propios de la Mesa Arzobispal*, donde constan las pujas y remates del proceso de arrendamiento decimal, ya por ambos conceptos; y finalmente los *Libros de Ajustamiento General*, sobre el que nos centraremos, resumen general de los conceptos anteriores con expresión de los ingresos globales (cargo), gastos de la mitra (data), y relación de todos los libramientos por parte del tesorero ya por pensiones, salarios, limosnas, ayudas, o compras. Estos libros que son los más nos interesan debían ser aprobados anualmente por el prelado, siendo una fuente completísima para el estudio de los gastos e inversiones realizados por los arzobispos durante su pontificado.

---

<sup>97</sup> Martín Riego: *Diezmos eclesiásticos...*, opus cit., págs. 23-28, 31-32, 38. Los beneficios menores podían ser simples o dobles, no conllevando los primeros cura de almas en su dotación, podían ser perpetuos o revocables. Las prestameras eran un beneficio simple concedido por el prelado a estudiantes pobres o a personas que iban a luchar contra herejes o infieles a cambio del rezo de las horas canónicas. En lugares de señorío era el señor quien cobraba los diezmos, celebrando una llamada “concordia” con el prelado sobre el reparto de los mismos, si los curatos eran dotados y presentados por el señor el prelado se reservaba tan solo la colación canónica. En las localidades situadas bajo gobierno de las Órdenes Militares 1/3 se repartía entre prelado y cabildo, con la excepción de Santiago que cobraba íntegros los de su vicaría de Villanueva del Ariscal y de Castilleja de la Cuesta.

Como se puede observar de la tabla expuesta a continuación, que tomamos de la serie que ofrece el padre doctor Martín Riego en la citada obra, para la segunda mitad del siglo XVIII el nivel global de las rentas arzobispales osciló constantemente entre el millón y medio de reales, siendo esta la mínima, y algo más de tres millones, la máxima:

Años	Renta de granos	Renta de maravedíes	Total global ambos
1760	802.863,25	1.497.226,19	2.300.090,10
1775	1.326.421,14	819.838,16	2.146.259,30
1776	834.389,16	1.161.739,29	1.996.129,11
1777	1.589.571,00	1.089.919,09	2.679.490,09
1778	1.787.418,00	1.104.611,27	2.892.029,27
1779	602.847,15	1.003.644,05	1.606.491,20
1780	2.094.590,10	858.335,21	2.952.925,31
1781	1.060.409,02	977.498,17	2.037.907,19
1789	1.739.382,05	1.363.360,20	3.102.742,25
1790	1.821.404,10	929.338,18	2.750.742,28
1800	1.646.598,05	1.106.335,17	2.752.933,22
1801	2.073.596,19	862.413,22	2.936.010,07

Cantidades ofrecidas en reales y maravedíes<sup>98</sup>.

Sin embargo, y aunque como vemos los ingresos eran ingentes, los gastos no lo eran menos, y la mitra estaba cargada con numerosos de ellos: pensiones (más de 400.000 reales), los propios en caridad, necesidad obligada de la Iglesia a la que había que destinar todo lo que excediera de un digno decoro, la reparación de templos y edificios dependientes de la dignidad mitra – en esos años por ejemplo se restauraban la residencia estival de Umbrete y varias parroquias –, los salarios de la curia y la familia arzobispal, de los curas dependientes del arzobispado (Santa Cruz, Santa María la Blanca, San Bernardo, y San Roque de Sevilla, y los de Umbrete, señorío del arzobispo, Benacazón, Burguillos, Chucena, Gandul, y Villaverde), o por los impuestos que la Iglesia debía satisfacer al erario público, como los del Subsidio y el Excusado, que en todo el pontificado ascendieron a 1.027.843 por ambos conceptos, y se correspondían desde 1777 con 150.896 reales con 32 maravedíes por el primero, 182.971 por el segundo, cantidades a las que podría sumarse el cerca del millón de reales que Delgado

---

<sup>98</sup> Ibid, págs. 201-202.

envió al rey para las necesidades de la guerra con Inglaterra. Todo esto hacía que en algunas ocasiones el presupuesto de ingresos y gastos fuera alcanzado, es decir que los segundos sobrepasaran a los primeros, acudiendo en no pocas ocasiones los prelados al préstamo a particulares<sup>99</sup>. Martín Riego cita en su mencionada sobre las rentas de la Dignidad Arzobispal como el cardenal Solís debía 120.000 pesos a varias personas, solicitando del cabildo le ayudase con 60.000 para su viaje a Roma para asistir al cónclave, Llanes y Argüelles, también debía a diferentes particulares. De Delgado no dice nada, pero hemos hallado en sus últimas voluntades como este debía en el momento de su fallecimiento la cifra de 400.000 reales a su pariente Jacinto Reinoso, quien además era su tesorero confidencial, cantidad que pide encarecidamente a sus albaceas le sean devueltas, no constando en el testamento otros créditos ni deudas a personas de Sevilla o de la corte<sup>100</sup>. En el caso de Delgado hay que contar los ingentes gastos que este afrontó durante su estancia en Madrid al servicio del rey, añadiéndose a su pequeña corte de capellanes y *familiares*, diversos empleados domésticos entre los que se contaban: un comprador, un repostero, un cocinero, dos ayudantes, un mozo, dos galopines, un cochero mayor y otro segundo, un mozo para las mulas, tres lacayos, un aguador, y un mozo de retrete, que con los gastos ocasionados por la plaza diaria y otros inesperados ofrecían un desembolso mensual de 16.819 reales. A ello había que añadir los costes por los frecuentes viajes a los diversos Reales Sitios, donde permanecía la corte en las diferentes estaciones, las propinas a los criados de la Casa Real y particulares que enviaban obsequios al prelado, las misas celebradas en su oratorio y en otros templos por la intención de su eminencia, o las diferentes meriendas y limosnas con que Delgado obsequiaba a las diferentes comunidades religiosas o a pobres que se encontraba por donde pasaba su séquito. El resumen de cuentas redactada por su mayordomo ofrecía los siguientes datos para la Casa de Su Eminencia en Madrid para el año de 1780: el cargo (ingresos) ascendía a 237.948 reales, y la data (gastos) a 228. 839

---

<sup>99</sup> Así por ejemplo en las cuentas enviadas por su tesorero el 31 de diciembre de 1777, aprobadas por el prelado el 5 de enero siguiente, las cuentas de la mitra eran las siguientes: Cargo 1 quento 472.261 reales y 21 maravedís; Data 1 quento 832.761 reales; siendo alcanzadas las cuentas en 360.499 reales y 21 maravedís. Ver los citados Libros de Ajustamiento General, núm. 847, fol. 330.

<sup>100</sup> Ver dichas cantidades anuales detalladas en los mencionados libros de Ajustamiento General, núms. 847 a 856, y 883 (años 1776-1781); y de salida de caudales de su espolio, núms. 900 a 903 (1782 a 1796); su testamento en Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Madrid (AHPNM), *Protocolos de Madrid*, Escribanía de Juan de Repide, leg. 20.372, fols. 989-992v; Pensiones y salarios en libros 847, fols. 310-312, y 338-340; 848, fols. 185-187, y 209 y ss.; 849, fols. 154 y ss.; 850 fols. 135 y ss. y 150 y ss.; 851, fols. 122 y ss.; 855, fols. 1-10 y ss.; 856, fols. 1-10 y ss.; sobre los préstamos de Solís y Argüelles ver Martín Riego: *Diezmos eclesiásticos...*, opus cit., pág. 254.

reales, con lo que el presupuesto era alcanzada a su favor en 9.108 reales; en 1781 la proporción sería de 240.224 y 232.928<sup>101</sup>.

Así, y salvo las variaciones que en materia de ingresos y gastos y de población sufriese la archidiócesis, el estado general del arzobispado no ofrecía modificaciones sensibles para el crucial año 1808, estando para esa fecha gobernada la diócesis por el cardenal don Luis de Borbón y Vallabriga, arzobispo de Toledo, *simul* con un coadministrador que se eligió en la persona de Juan Acisclo de Vera, como se verá. Don Luis de Borbón, hijo del infante de ese mismo nombre, era primo hermano de los reyes Carlos IV y María Luisa, siendo provisto para la sede hispalense por el primero en 1799, resultando curioso señalar que durante toda su carrera episcopal llevaría los mismos títulos que portó su padre, facultándosele al igual que a aquel para retener la mitra hispalense al ser promovido para la primada. Para representarlo en Sevilla elegiría como se ha dicho por coadministrador *temporalibus et spiritualibus* a Juan Acisclo de Vera y Delgado, que desempeñó el cargo entre los años 1801 a 1815. Junto a él compartían esos años las tareas de gobierno diocesano<sup>102</sup> el provisor y vicario general, que lo era el doctor don Joaquín María de Torres; el secretario de Cámara residente en Sevilla, don Juan Antonio Urizar, entonces solo racionero – ambos fervientes defensores de las tesis episcopalistas y acérrimos críticos en su momento a las disposiciones de las Cortes y la Regencia en materia eclesiástica –; don Manuel Cavaleri, canónigo que fue nombrado juez de la Santa Iglesia; y el también capitular don Vicente de Sessé, tesorero general.

Sobre el cabildo catedral hispalense ya hemos dando abundantes noticias en el capítulo anterior, recordando tan solo ahora que se este se componía de once dignidades: deán, o presidente del cabildo y de la sede vacante, ocupado en 1808 por el anciano doctor don Fabián de Miranda y Sierra; chantre, tesorero, arcedianos de Sevilla, Jerez, Niebla, Carmona, Écija, Reina, maestrescuela y prior de Ermitas; con cuarenta

---

<sup>101</sup> Ibid, Mesa Arzobispal, Libros de Ajustamiento General, núm. 855: “Cuenta de D.<sup>o</sup> Miguel Angel Brea, May.<sup>mo</sup> del Em.<sup>mo</sup> S.<sup>o</sup> Cardenal Patriarca del gasto diario en Jornadas y Sitios R.<sup>o</sup> desde 1<sup>o</sup> de Hen.<sup>o</sup> de 1780, hasta 31 de Diz.<sup>re</sup> del mismo, que se aprobaron por S. Em.<sup>a</sup> en 2 de Febrero de 1781, fols. 1-34; y 856: “Quenta con cargo y data del gasto de Casa del Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> Señor D.<sup>o</sup> Fran.<sup>co</sup> Xavier Delgado y Venegas, Presbítero Cardenal de la S.<sup>ta</sup> Romana Yglesia y Patriarca de las Yndias & mi Señor, desde primero de Enero del año de mil setecientos ochenta y uno, asta ultimo de Diciembre de dho año”, cuadernillo sin fol. realizado por su mayordomo en Madrid Miguel Ángel Brea.

<sup>102</sup> *Guía del estado eclesiástico seglar y regular, de España en particular, y de toda la Iglesia católica en general*, opus cit., año 1808, págs. 111-120. Los secretarios de Cámara de Su Eminencia para Toledo y Sevilla eran Rafael Antón y Nicasio Tomás, respectivamente, ambos en la ciudad imperial, Urizar desempeñaba la función en Sevilla.

canonjías, veinte plazas de racionero, igual número de medios racioneros, y otras tantas de los llamados *veinteneros*, con veintiún capellanes de coro, y unas rentas anuales globales de 300.000 ducados<sup>103</sup>. En la diócesis existían además cuatro iglesias colegiales: la del Salvador, en la propia ciudad de Sevilla, la cercana de Olivares, en el Aljarafe, que constituía jurisdicción *vere nullius*, Osuna dentro también de su provincia, y Jerez, en la actual de Cádiz, cada una con sus respectivos abades y cuerpo de canónigos y beneficiados. En los últimos decenios se había mostrado de vital importancia en la política reformista que se pretendía aplicar en el arzobispado el nuevo Plan de Curatos, aprobado por fin en 1791 por del arzobispo Llanes, el cual disponía un más idóneo reparto económico entre los distintos beneficios, principalmente los que llevaban anexa la *cura de almas*, aspectos que detallaremos en el apartado de la biografía del cardenal Delgado relativo al gobierno pastoral.

Sevilla, auténtica ciudad conventual, “devota y milagrera”, contaba no menos de 55 conventos o colegios religiosos masculinos, por 37 femeninos, albergando además multitud de hermandades y cofradías de todo carácter (gremiales, étnicas, nobiliarias), características que la hacían en palabras de León Carbonero y Sol, prolífico autor decimonónico sobre temas religiosos: “la ciudad más piadosa del país”<sup>104</sup>. Entre sus devociones sobresalían las de la Virgen de los Reyes, San Fernando, San Isidoro y San Leandro, o el de las santas mártires hermanas Justa y Rufina, tenidos por patronos de la ciudad. Junto a ellos no menos importantes eran las del Santo Cristo de San Agustín, a quien la ciudad acudía con motivo de epidemias y desastres diversos, o la Virgen de la Hiniesta en su advocación gloriosa, patrona del cabildo municipal hispalense<sup>105</sup>. No menos importancia tenían los titulares de las hermandades y cofradías, debiendo destacarse las advocaciones de la Antigua y Siete Dolores, que llegó a ser de las más

---

<sup>103</sup> *Guía del estado eclesiástico seglar y regular de España*, opus cit., año 1802, págs. 102-103. En la *Crónica de la Provincia de Sevilla*, de José Bisso, Madrid, 1869, además de las dignidades referidas la curia arzobispal contaba con: Secretaría de Cámara, Provisorato, Fiscalía General, Juzgado Eclesiástico y de testamentos, visitador general y de monjas, archivero, y casa correccional eclesiástica. En la actual provincia de Sevilla existían 114 parroquias con 8 ayudas y 12 anejos, servidos por 24 curas de término, 35 de segundo ascenso, 14 de primero, 41 de entrada, y 137 ecónomos. Manuel Moreno Alonso: “Sevilla de la Ilustración al liberalismo”, en *Historia de la Iglesia de Sevilla* (obra colectiva), Editorial Castillejo, Sevilla, 1992, págs. 611-661, 624. Cada canónigo percibía anualmente 40.000 reales.

<sup>104</sup> José María de Mena: *Curiosidades históricas de Sevilla* (2ª ed.), Sevilla, Rodríguez Castillejo, 1989, págs. 48-57. La cita de Carbonero recogida por José Manuel Cuenca Toribio: *Del Antiguo al Nuevo Régimen. Sevilla en el siglo XIX*, Colección Historia de Sevilla, Sevilla, Universidad, 1991, pág. 186.

<sup>105</sup> Talla gótica desaparecida junto con el referido Cristo y otras muchas, en los incendios provocados intencionadamente por las izquierdas en los años 30, que superarían con creces las ocasionadas por los franceses.



prestigiosas y opulentas junto con la de la Soledad del convento del Carmen, hermandad de maestranes, hoy radicada en San Lorenzo, o las veneradas imágenes del nazareno del Gran Poder, cuya devoción contribuyó tanto a extender el célebre predicador de la época fray Diego José de Cádiz, o el de Pasión. Especial fervor despertaba entre todo el pueblo y numerosas corporaciones sevillanas la defensa del todavía misterio de la Inmaculada Concepción de María, de la Purísima, cuya veneración recibió un fuerte espaldarazo en los años centrales del siglo XVIII con la proclamación de su patronazgo sobre todos los dominios españoles por parte de Carlos III (concedido por la bula *Quantum Ornamenti* de 25 de diciembre de 1760).

No menos atención contaba entre el pueblo la multitud de procesiones, vísperas, rosarios públicos, como los antaño concurridísimos “de la aurora”, sermones predicados por afamados oradores, como los que fray Diego de Cádiz realizó en diferentes años y que relatan las fuentes fueron multitudinarios, y otros tipos de rezos y adoraciones varias. Las otrora célebres procesiones de disciplinantes habían quedado prohibidas por un decreto regio publicado en tiempos del cardenal Delgado y Venegas en 1777, permitiéndose desde entonces únicamente la participación en las procesiones a los llamados “hermanos de luz”. Con la ocupación francesa todo ello quedaría trastornado, quedando la ciudad y la región tras su expulsión muy diezmada, en un estado de postración económica, social, y demográfica tales que su recuperación se demoraría décadas, y que aún empeorarían más años más tarde con los efectos de las guerras carlistas y de la desamortización de los bienes eclesiásticos, principalmente monásticos, verdadero paraguas asistencial de las clases trabajadoras más humildes, que estas arrendaban a través de exiguos arrendamientos o censos, y está en el origen del fenómeno social que constituyó la proletarización del campo andaluz.

Sometida al más atroz saqueo por quienes venían a traer “las luces”, la Iglesia en España, y también en Sevilla, ya nunca volvería a gozar del esplendor y preeminencia indiscutidas del pasado. El rico patrimonio de iglesias, conventos, capillas o hermandades quedaría desperdigado por medio mundo, y solo una pequeña porción pudo ser finalmente recuperada. Templos como los de Santa Cruz o La Magdalena, con enterramientos tan ilustres como los de Murillo o Martínez Montañés también desaparecieron; y lo mismo ocurrió con las magníficas casas conventuales de las principales órdenes radicadas en la ciudad, como famoso de San Francisco “Casa Grande”, el más importante de la todos, que saqueado y medio derruido cayó bajo la

piqueta años más tarde; o los del Carmen de la calle Baños, y de la Merced, que años más tarde sería convertido en Museo Provincial de Pinturas. Buena parte de las ricas hermandades quedaron también arruinadas o extinguidas, como las otrora poderosas y riquísimas de la Antigua y Siete Dolores, ya mencionada, y la de la Vera-Cruz, quedando otras muchas muy disminuidas en su patrimonio, languideciendo durante décadas sin apenas actividad, errantes de un templo a otro al haber perdido el suyo.

### *Prosopografía de una “verdadera” dinastía clerical*

El porqué de estos adjetivos que utilizamos para designar a las familias que tratamos en la tesis lo estudiaremos en este apartado, analizando primero su origen y genealogía, y luego los sucesivos enlaces familiares que condujeron a dichas familias a conseguir la notoriedad que tuvieron desde las últimas décadas del siglo XVII, durante todo el siglo XVIII, y las primeras décadas de la centuria decimonónica. En todo este periodo, las diversas ramas familiares brillarían en campos tan diversos de la sociedad del Antiguo Régimen, como el poder local primero, la Iglesia, en la que destacaron sobremanera, la Administración, con destacados puestos en los Consejos, Audiencias y Chancillerías, o el Ejército, y los negocios incluso, sobre todo vinícolas y ganaderos<sup>106</sup>.

---

<sup>106</sup> Para datos genealógicos y actos positivos de nobleza se han utilizado principalmente reales provisiones conseguidas ante las dos Chancillerías y los expedientes de limpieza de sangre aportados por diferentes miembros de la familia ante diferentes instancias: Archivo Histórico Nacional (AHN), *Estado*, Orden de Carlos III, expedientes de Juan Delgado y Venegas, núm. 51, año 1778; Francisco Vicente Venegas, núm. 117, año 1781; Juan Acisclo de Vera y Delgado, núm. 77, año 1780; Jacinto Reinoso y Curiel, núm. 65, año 1780. De la sección Órdenes Militares ver expedientes de ingreso de Luis Francisco Curiel y Tejada en Santiago, núm. 2.301, año 1704; Juan Antonio Curiel y Luna en Calatrava, núm. 704, año 1720; José Agustín Curiel y Luna, Calatrava, núm. 703, año 1720; y Miguel Antonio Curiel y Luna en Santiago, núm. 2.300, año 1728. AGAS, Fondo Catedral, *Secretaría*, Limpieza de Sangre: Pedro Curiel y Luna, exp. P-57, año 1726; Fernando Criado y Venegas, F-95, año 1740; Juan Delgado y Venegas, J-149, año 1770; Francisco Vicente Venegas, F-114, año 1776; Jacinto Reinoso, J-159, año 1777; Juan Acisclo de Vera y Delgado, J-167, año 1782; Pedro de Vera y Delgado, P-67, año 1798. Archivo Catedralicio de Córdoba (ACCOR), Sección IV, *Secretaría*, Expedientes de Limpieza de Sangre, leg. 5.054, núm. 445: Francisco Delgado y Venegas. Archivo Histórico Universidad de Sevilla (AHUS), Fondo Colegio Santa María de Jesús, *Limpieza de Sangre*: Jacinto Reinoso, libro 713, fols. 143-151, año 1776; Francisco Criado y Lommaert, 715, fols. 137-141; Juan Acisclo de Vera, 715, fols. 503-523; y Pedro de Vera, 716, fols. 262-272. Real Chancillería de Granada (ARCHGR), *Sala de los Hijosdalgo*, disputado contra el concejo de Villanueva del Ariscal: Real Provisión Ejecutoria de Hidalguía a favor de Luis Francisco y José Antonio Curiel y Tejada, 24 de diciembre de 1696, Caja 04631, pieza 007; a favor de José Ignacio de Vera y Baena, años 1758-1761, 04686, pieza 159, 14.431, piezas 004-005, 038, 061, 071, y 14.432, pieza 012; a favor de Pedro Criado, año 1759, 14.431, piezas 049, 069, y 072 (contra Villanueva y Albaida); y a favor de José y Tomás Delgado y Venegas, año 1763, 04854, pieza 030 (contra Villanueva), y 1763-1764, 04850, piezas 027, 077, y 134 (contra Espartinas). Real Chancillería de Valladolid (ARCHVA), *Sala de los Hijosdalgo*, Ejecutoria ganada contra el concejo de Palenzuela por Juan y Hernando Curiel, hermanos, Caja 376, pieza 4. Archivo Municipal de Sevilla (AMS), Sección II, *Libros de Contaduría y Juntas de Propios*, Carpeta 77, núms. 164: Blanca de la Carne devuelta a Luis Francisco Curiel y su hermano; y a Juan A. Curiel y Luna: núm. 155; X, *Libros de Autos Capitulares* (LAC), años 1687, 1689, 1693, 1701, 1704, y 1720; IV, *Libros de Escribanía de Cabildo*, tomo 91, núm. 34 (años 1689-1693); Juan Antonio Curiel y varios de sus hermanos: LAC, jun. 1720, mayo 1722; y del hijo de este Luis Curiel y Álamos, jun. 1740. Pedro Criado y Venegas, casado con María Josefa Lommaert y Valenuela obtiene

Así, hasta donde hay noticia, tanto los Vera como los Delgado, destacan como ricos labradores rurales, con diferentes eclesiásticos entre sus filas, y alguna prueba de nobleza adquirida tan temprano como 1487, asentados hasta donde hay constancia documental en la Baja Andalucía, principalmente entre Sevilla y Córdoba. Los Curiel en cambio tiene un origen castellano, contando en el siglo XVI importantes personalidades, señoríos y patronatos en tierras de Palencia, destacando entre ellos don Juan Alonso Curiel, canónigo en Burgos y magistral en la catedral salmantina, catedrático en dicha Universidad, o un parentesco “conocido” con la descendencia de don Álvaro de Luna, que ostentaba el señorío de Córnago, con los González de Mendoza, y con los marqueses de Falces entre otros<sup>107</sup>. En 1687, 1689, 1693, 1701, 1704, 1720, y 1740 les sería devuelta a diferentes miembros de la familia asentados en Sevilla el conocido impuesto de la Blanca de la Carne, que en esta ciudad equivalía a prueba nobiliaria. Asimismo, en 20 de julio de 1689 don Luis Francisco Curiel en compañía de su hermano José Antonio, presentó ante el cabildo hispalense – y dos años antes ante el ursaonense – la ejecutoria ganada en Valladolid el 20 de noviembre de 1559 por su bisabuelo Juan Curiel en compañía de su hermano Hernando, interpuesta contra los concejos de Palenzuela y Peral, en Palencia en 13 de febrero de 1556, así como otra Real Provisión despachada por la misma instancia en 20 de enero de 1625, en la que su abuelo Juan Curiel, vecino de Osuna, demostraba el parentesco argumentado con los dos hermanos expresados. Por otras dos fechadas en 21 y 30 de marzo de 1689 se mandó recibirles y que se les guardasen en todas las exenciones, libertades y franquicias que se hacían a los hijosdalgo notorios a los condejos de Osuna y Villanueva del Ariscal, disposiciones que fueron sancionadas finalmente por otra nueva Real Provisión con carácter de Ejecutoria dada ante la Real Chancillería de Granada en 24 de diciembre de 1696<sup>108</sup>.

Las instituciones que utilizarían tanto unos como otros, estarían al principio relacionadas con el poder local, es decir, ocupando cargos de regimiento nobles por el

---

asimismo Blanca de la Carne y vecindad originaria en 1736: V, LEC, tomo 311, núms. 74-75; doña Inés de Torres, LEC, tomo 307, año 1703.

<sup>107</sup> Esteban Ortega Gato: “Nobiliario del partido judicial de Baltanás”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, núm. 19, año 1959 (5-191). La sucesión del mayorazgo y patronatos pasó tras no pocos pleitos a principios del XVIII a don José Antonio Jalón Guzmán Santoyo y Curiel.

<sup>108</sup> AMS, II, *Libros de Contaduría y Juntas de Propios* (S. XVI-XIX): carpeta 77, núm. 164; y RCHGR, *Sala de los Hijosdalgo*, Caja 04631, pieza 007.

estado noble – sobre todo –, de gobierno señorial, en el Santo Oficio, la Santa Hermandad, y sobre todo la Iglesia. De todos los personajes que estudiamos (Ver Árboles Genealógicos para una mejor comprensión) y sus parientes directos, podemos decir que en el espacio que ocupa apenas un siglo y medio se cuentan: 1 cardenal, 2 obispos, 11 canónigos todos con categoría de dignidad (2 de deán), 6 que ocuparon importantes cargos de gobierno diocesano, 16 presbíteros, 8 religiosos entre frailes y monjas, tanto las familias Curiel como Delgado y Venegas contaron oratorio propio en sus domicilios, lo que ya de por sí era acto positivo de nobleza, al menos 3 fundaron mayorazgo, y 4 lo hicieron con capellanías y otro tipo de obras pías, 2 fueron ministros de la Corona, 4 ocuparon plaza en algunos de los Consejos, 5 altos cargos en la Administración gubernamental, 4 en la judicial, 14 miembros entre órdenes militares y de mérito (Santiago, Calatrava, Carlos III, Isabel la Católica), 1 título de nobleza concedido, otro heredado, y numerosos enlazados por parentesco cercano, 12 tuvieron importantes cargos de regimiento por el estado noble, 12 entre religiosos y laicos tuvieron importantes cargos en el Santo Oficio (inquisidor, comisario, familiar, notario), 25 contaron la condición de hidalgo o noble, 14 fueron licenciados, doctores, bachilleres o colegiales, y 4 fueron militares,

Aunque el apellido del cardenal era Delgado, sin embargo su varonía principal genealógica se correspondía con García, un cambio que constituía como es sabido una práctica muy común en la España del diecisiete, en la que se tomaban apellidos ilustres en detrimento del que correspondía en primer lugar, o se alteraba el orden de los mismos. Esto no solo se daba entre las clases altas de la nobleza, vinculadas por diferentes mayorazgos que lo exigían, sino que era práctica común también – por emulación con las primeras – por otras de menos lustre, pero pudientes en lo económico, o incluso en otras más pobres pero con cierto recuerdo de hidalguía, una costumbre que se mantuvo por lo menos hasta bien entrado el siglo XVIII (Ver Árboles Genealógicos en Apéndice Documental).

El origen es claramente aljarafeño, al menos en el periodo que abarca desde el siglo XVI, y quizás cordobés en lo que respecta a Venegas, que pudiera estar emparentado – si bien en grado desconocido – con la ilustre familia que llevó este último apellido en la villa de Luque, localidad que está también en el origen de los Baena, quedando sus ascendientes ubicados por sus principales apellidos en las cercanas

localidades sevillanas de Umbrete, Olivares, Sanlúcar la Mayor, y Villanueva del Ariscal, y en menor medida a Bollullos de la Mitación. Su padre, don Juan Delgado de Luna, en otros documentos García Delgado, había nacido en Umbrete el 16 de abril de 1680, hijo de don Martín de los Reyes García Delgado, que tenía reconocida hidalguía por el concejo de Sanlúcar la Mayor en 1689, y doña Ana Josefa Higuera y Bernal, ambos nacidos en esa localidad. Este Martín era hijo de otro del mismo nombre natural de Sanlúcar, el cual había casado con doña Juana Márquez Delgado, nacida en Umbrete en 1621, hija de Juan Delgado, nacido en 1586 en esa villa, donde fue alcalde de la Santa Hermandad en 1648 y 1650, empadronado noble en 1642, y de Beatriz Daza. Hermano de esta Juana fue don Bartolomé Delgado de Luna, de quien ya hablamos, alcalde mayor de Villanueva por el conde de Gelves, abuelo del futuro consejero de Castilla don Juan Curiel, y un hijo de ella Tomás Delgado, cura de la cercana Villamanrique, perteneciente a la vicaría santiaguista de la que era cabeza Villanueva.

Don Juan Delgado, el padre del futuro prelado sería también reconocido como hidalgo en Sanlúcar la Mayor en 1701, tomando como vemos el apellido de esta rama familiar, fallecería en 1728 en Villanueva del Ariscal, donde otorgó su testamento el 12 de agosto de ese año ante el escribano don Juan José Izquierdo. Había casado esta última villa con doña Catalina de Venegas y Torres, nacida en ella el 1 de marzo de 1693, hija de don Bernardo García Venegas, nacido en 1653 en esa misma localidad, recibido noble en Sanlúcar la Mayor el 6 de agosto de 1688, y en Bollullos en 1691, alcalde por el estado noble de la Santa Hermandad, y de doña María de Torres y Luna, nacida también en Villanueva el 14 de agosto de 1666. Hermanos de doña Catalina fueron otro don Bernardo, alcalde mayor de Villanueva en 12 de febrero de 1727, padre del que fuera arcediano de Niebla y primo hermano del futuro cardenal Delgado, Francisco Vicente Venegas, don Tomás Venegas, presbítero, y fray Francisco de San José, religioso agustino descalzo. Tanto el arcediano de Niebla, como su sobrino Juan Acisclo de Vera, exhibirían para su ingreso en la Orden de Carlos III junto a los expresados actos positivos una ejecutoria de hidalguía fechada en Salamanca el 12 de mayo de 1487, dada al capitán Juan Martín García y a Bartolomé García, hermanos, el primero tatarabuelo de don Juan García Delgado, y el segundo de su mujer doña Catalina Venegas, disputada contra el concejo de Sanlúcar para que se les reconociera su calidad conforme al fuero de Castilla por devengar 500 sueldos. De los Venegas en cambio poco sabemos, hasta donde hay conocimiento cierto proceden de Olivares,

siendo el bisabuelo del prelado don Francisco Bernardo García Venegas, nacido en esta última en 1624, recibido noble el 24 de mayo de 1656 en Sanlúcar y alcalde de la Santa Hermandad por aquel estado en 1665, hijo de otro Bernardo García (nieto del referido Bartolomé García) y de Andrea Venegas.

De los apellidos Torres y Luna comunes tanto a los Delgado, Venegas, o Curiel, correspondiendo a Torres el segundo cuartel del escudo usado por el cardenal Delgado: en campo de azur cinco torres de oro puestas en sotuer; podemos decir que procedían igualmente de Villanueva, donde se recibió de noble al bisabuelo del cardenal don Pedro de Torres Suazo, a quien se le devolvió igualmente la Blanca de la Carne en 1644. Este don Pedro nació en la villa aljarafeña en 1603, hijo de Martín de Torres Ronquillo y Ana de Suazo, y casó con doña Isabel de Luna, nacida en la misma en 1605, hija de don Diego de Pineda y Luna y doña Isabel Suárez. Fueron sus hijos: don Tomás de Torres, recibido noble en Bollullos en 1666, abuelo del cardenal Delgado, de su hermano el tesorero, y del arcediano de Niebla; doña Ana, esposa del alcalde mayor Bartolomé Delgado de Luna, abuelo de Juan Antonio Curiel y su hermano el arcediano de Sevilla Pedro; doña María, casada con Francisco Márquez Benítez, familiar del Santo Oficio; don Diego de Torres Suazo, comisario del Santo Oficio y fundador de un vínculo y dos capellanías que heredaron los Curiel; y doña Inés, usufructuaria de parte de dicho vínculo, y a la que se le devolvió igualmente la Blanca de la Carne en 1703. Aunque sabemos poco sobre el origen de estos Torres y Luna, lo cierto es que debieron contar con algún lustre, pues varios de los descendientes de los mencionados don Pedro de Torres y doña Isabel de Luna lo llevaron profusamente, como el cardenal Delgado, que en su juventud utilizó el Delgado de Luna, la propia madre de Juan Curiel, que alternó el Delgado de Luna con el Torres y Luna, y el propio Juan Antonio Curiel siempre utilizó como segundo apellido Luna, y no Delgado.

En cuanto a los Vera, ascendientes por línea paterna del arzobispo de Laodicea y sus hermanos, procedían de la sevillana localidad de Villamanrique, atestiguando el citado arzobispo en sus pruebas para la Orden de Carlos III (1780) diferentes reales provisiones ganadas por sus ascendientes en varias épocas y otros actos positivos. Así, ante la Chancillería granadina, fue ganada ejecutoría en contradictorio juicio contra la villa de Cervera por don Juan y don Francisco de Vera, vecinos de ella en 22 de diciembre de 1598, y a su bisabuelo, don Antonio Ambrosio de Vera, hijo de Francisco

Romero de Vera y doña Beatriz de Herrera y Solís, le fue devuelta por el concejo hispalense la Blanca de la Carne en 1676. Su abuelo don Francisco Antonio de Vera lo había sido también en la de Bollullos el 12 de noviembre de 1699, y posteriormente en la de Sanlúcar la Mayor en 26 de marzo de 1700. Ante la misma Sala de los Hijosdalgo de la Chancillería granadina su propio padre, en 30 de enero de 1758, obtuvo Real Provisión contra el concejo de Villanueva, donde fue recibido con fecha 17 de noviembre, siéndolo previamente por el de Sanlúcar el 22 de enero de ese año. De los apellidos Baena y Valenzuela sin embargo sabemos poco, no contándose ninguna prueba de nobleza de estos dos linajes cordobeses en el citado expediente para la Orden de Carlos III, procediendo de la villa de Luque, donde debieron ocupar cargos de regimiento o gozar de hidalguía, pues aparecen en las partidas sacramentales aportadas con el tratamiento de don y doña en sus antepasados más remotos por dicha línea<sup>109</sup>.

Esta nobleza familiar fue manifestada de manera externa con los signos habituales, es decir blasones en las portadas de sus casas, escudos pintados en retratos u otros paramentos como se verá, o documentos, y grabados en objetos de plata o lápidas sepulcrales. El cardenal Delgado utilizó en varios de sus retratos, en su sepultura, o en las pechinas figuradas de la cúpula del Palacio Arzobispal sevillano el siguiente escudo: Partido. Primer cuartel en campo de azur un castillo de oro, almenado y mazonado de sable, superado de tres aves al vuelo puestas en palo, que es de Delgado; en el segundo en campo de azur también cinco castillos de oro puestos en sotuer (en aspa), que es de Torres, añadiendo a la posición de honor un escudete ajedrezado de oro y gules, propio de su condición de colegial de Alcalá. Este escudo iría timbrado de capelo, primero episcopal y luego cardenalicio, y acolado de la gran cruz de Carlos III. Su sobrino Juan Acisclo de Vera y Delgado, obispo que fue de Cádiz, utilizó este mismo escudo en el segundo cuartel del suyo propio, correspondiendo el primero a su apellido Vera, compuesto de seis órdenes de veros y bordura de gules con ocho aspas de oro, lema: “Veritas vincit”.

La familia Curiel de Palenzuela utilizaba por sus armas, que se podían ver representadas en la iglesia de San Juan Bautista de aquella localidad palentina, el escudo siguiente: En campo de gules una banda de oro engolada de dragantes del mismo metal, y linguados de gules, bordura de gules con ocho aspas de oro. Estas armas fueron

---

<sup>109</sup> Datos sobre la hidalguía de Vera y Baena en citado expediente de Carlos III núm. 77.

cambiadas en fecha indeterminada por la rama que nos ocupa, por una torre sola en su color, con cinco almenas siendo la central la más alta, ignorándose los esmaltes del mismo, escudo que aparece pintado en un árbol genealógico del siglo XIX en el que aparecen las distintas ramas enlazadas con los condes de San Rafael, descendientes de Curiel, árbol que insertamos en el Apéndice de Ilustraciones, representándose en el mismo las armas de las familias Curiel, Álamos y Serna.

Sobre el potencial económico de los Delgado nos ofrecen interesantes datos tanto el testamento como el inventario de bienes de don Juan Delgado y Luna y de su mujer doña Catalina Venegas y Torres, padres del cardenal Delgado, otorgado por la esposa previo poder del difunto marido en 19 de agosto de 1728, y posteriormente en otro más otorgado años más tarde, en 1768, falleciendo en 1778. Tan satisfecho llegó a estar el cabildo catedralicio hispalense con su nuevo y generoso arzobispo, que a la muerte de esta señora le hizo solemnes funerales, ofreciéndola entierro en el propio templo catedralicio, como reflejan los autos capitulares. Así, el óbito había sido comunicado al cabildo por el hijo de aquella don Juan Delgado y Venegas, dignidad de tesorero del mismo, notificándolo a los capitulares el propio deán Carrillo en la sesión que tuvo lugar el día 5 de mayo para que estos determinasen, tal y como se hizo por ejemplo con el padre y el hermano del cardenal Solís, las exequias que correspondían aplicar:

“Deseando corresponder como es debido y darle algun testimonio de su amor y gratitud, mandó que la torre de esta S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup> haga inmediatamente señal de doble con seis campanas, y la continúe por veinticuatro horas, que en los días 4 y 5 del proximo junio se celebren honrras solemnes de primera Dignidad; y que el dicho Deán escriba al S.<sup>r</sup> Thesorero y pase aviso al S.<sup>r</sup> Can.<sup>o</sup> D.<sup>n</sup> Jph Bravo, como el Cab.<sup>do</sup> está pronto (y lo apreciará en gran manera) â dar sepultura y hacer el Funeral en esta S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup> con el aparato y solemnidad devida al cadáver de dicha Señora Difunta, siempre que sus Señorías se convinieran, y acordasen se entendiese en ello, y dio comision â los señores de Fábrica para qe dispongan quanto â este efecto y demás que va referido sea necesario”<sup>110</sup>.

Finalmente, y tal y como se recogen en sus disposiciones testamentarias, doña Catalina sería enterrada en el cercano convento del Loreto, en una bóveda situada a la

---

<sup>110</sup> Ver su defunción en Archivo Parroquial de Villanueva del Ariscal (APVA), *Libros Sacramentales*, Defunciones, núm. 5, fols. 111-112. El ofrecimiento de sepultura en: AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, núm. 141 (1778), fols. 139-140.



entrada de la sacristía, lugar donde hoy se halla una losa de acceso a una cripta pero sin nombre alguno, mandando por su alma la celebración de 500 misas. El cabildo por su parte decretó el doble de la torre desde las cinco de la tarde del día 5 de marzo por 24 horas, y se señalasen honras de primera dignidad para los días 4 y 5 de junio, con sermón del señor Arenzana<sup>111</sup>. En el primer testamento se hace relación de un valioso conjunto entre bienes muebles e inmuebles, raíces, o joyas, contándose además una cifra en metálico de 15.000 reales. De hecho en 1734 adelanta a su hijo Francisco, futuro prelado, el pago de las dos legítimas, para que este preparase en Alcalá de Henares el acceso a las órdenes mayores y el doctorado en teología en el colegio de Santa Catalina, conocido como el de “los Verdes”, por el color de la beca que portaban sus colegiales. El importe total de ambas ascendió a 34.000 reales, consistentes en: 6 aranzadas de viña majuelo con 15.000 cepas en Espartinas por valor de 15.000 reales; 2.160 reales de 12 carretadas de uvas de las dichas aranzadas a 180 reales cada carretada; 3.000 reales por 20 toneles a 150 reales cada uno; 6 aranzadas de viña de brotes en término de Sanlúcar a 100 ducados cada una por valor de 6.600 reales; 4 aranzadas más de viña a 600 reales cada una por valor de 2.400 reales; más 3.840 reales en efectivo, declarando además la madre que aunque repartiese la misma cantidad entre el resto de sus seis hijos, aún le sobraría mucho caudal para “poder decentemente mantenerse”<sup>112</sup>. Tanto es así, que cuando hace su propio testamento en 1768, manifiesta: “Declaro que no debo ni un real a persona alguna”, habiendo dado en 1753 a su hija María, futura madre del arzobispo de Laodicea, una dote valorada en 33.000 reales (16.104 reales en efectivo, más un valioso ajuar en oro y plata que fue aumentado con 2.400 reales de un aderezo de oro y diamantes regalo de su hermano Francisco, entonces magistral de Córdoba, cantidades a las que hay que añadir los 11.000 que el marido aportó en concepto de *propter nupcias*)<sup>113</sup>. Otro signo del estatus familiar lo constituyó la fundación de una capellanía, creada en beneficio de su hijo mayor Francisco Javier el 6 de noviembre de 1730, con obligación de 20 misas anuales; solicitando además del vicario la posesión del privilegio de oratorio privado en su domicilio o hacienda, que doña Catalina solicitó en 1741 como personas nobles y distinguidas. Así, cuando esta en 1737 requirió del prior

---

<sup>111</sup> Ibid, III, *Liturgia*, Libros de la Diputación de Ceremonias, núm. 86, fol. 168.

<sup>112</sup> Archivo de Protocolos Notariales de Sanlúcar la Mayor (APNSM), *Protocolos de Villanueva*: Testamento de D. Juan Delgado de Luna por su mujer, 19 de agosto de 1728, leg. 1. 645, fols. 527-534; Testamento de D<sup>a</sup> Catalina Venegas y Torres, 2 de enero de 1768, leg. 1.653, fols. 224-230.

<sup>113</sup> Ibid: Carta recibo de dote y arras otorgada por D. José Ignacio de Vera a favor de su mujer D<sup>a</sup> María Delgado y Venegas, leg. 1.650, fols. 236-244, fecha 14-12-1753.

de San Marcos de León se le despachasen a su hijo José las cartas reverendas para este recibiese la corona eclesiástica y los cuatro grados, al objeto de sustituir en la capellanía fundada para su hermano Francisco Javier, ausente en Alcalá, declaraba tener aquel, el solicitante: “congrua de mas de mil ducados de principal”, cantidad que nos da una idea del potencial económico familiar<sup>114</sup>.

---

<sup>114</sup> APVA, Secciones, *Varios*, leg. 37: Información hecha por D<sup>a</sup> Catalina Venegas para instalar oratorio; y *Judicatura Eclesiástica*, leg. 16. APNSM, *Protocolos de Villanueva*, leg. 1.646, fols. 88-90: Fundación de capellanía por dicha señora. Estaba dotada de los siguientes bienes: 30 aranzadas de tierra calma en el camino que va a Sanlúcar la Mayor, apreciadas en 250 reales cada una; otras 2 más de pinar en término de Umbrete, valorados en distintas cantidades según el tamaño de dichos árboles; y otras 2 de tierra “cría” valoradas en 120 reales la aranzada. Las condiciones estipulaban el pago de 10 reales anuales a la fábrica parroquial por uso de ornamentos, debiendo oficial el capellán 20 misas rezadas al año con un estipendio de 2 reales cada una, más el usufructo de los bienes referidos para su mantenimiento.

#### IV. LA FIGURA DEL CARDENAL DELGADO Y VENEGAS

##### *Primeros años y servicio a la Iglesia*

Don Francisco Xavier Delgado y Venegas<sup>115</sup>, último prelado hispalense nacido en tierras de la provincia de Sevilla, vio la luz en 1714, año en que se apagaban en nuestra península los últimos rescoldos de la guerra de Sucesión, un conflicto cuyas secuelas condicionaron en buena parte la política nacional de casi toda la centuria. El futuro prelado, nació como ya se ha indicado en la localidad de Villanueva del Ariscal, en el Aljarafe sevillano, entonces todavía vicaría del priorato de San Marcos de León de la Orden de Santiago, cuyo prior residía en la localidad extremeña de Llerena. La fecha exacta de su nacimiento no se conoce con certeza, pues la partida de bautismo, que reproducimos a continuación (Ver original en Apéndice Documental), únicamente refleja el día en que el recién nacido recibió aquel sacramento, que fue el 18 de diciembre del citado año 1714:

“Fran.<sup>co</sup> En la Villa de Villanueva del Ariscal, en diez y nueve dho en diez y ocho días del mes de Diciembre de mill Sette.<sup>s</sup> y catorce años. Yo D. Lorenzo Suarez de Figueroa del orden de Santiago Cura propio de la Parroquia de la Villa de el Arroio de S. Servando con licencia del Señor D. Fran.<sup>co</sup> Botte de Monroi y Figueroa de dha orden Vicario y Juez ordinario de dha Villa Baptize y puse los Santos Olios a Francisco hijo legitimo de D.<sup>n</sup> Juan Delgado de Luna y de D.<sup>a</sup> Cathalina de Torres su legítima muger y vecinos deesta dha Villa fue su Padrino D. Thomas de Torres y Benegas Clerigo Presbitero a quien advertí el parentesco espiritual y demas obligaciones, siendo testigos Fernando Muñoz, Pedro Bazquez Cavallero y D. Pedro de la Parra, y por verdad lo firmé ut supra= D. Lorenzo Suarez de Figueroa”<sup>116</sup>.

El futuro príncipe de la Iglesia vendría al mundo en el seno de una acomodada familia hidalga de ricos labradores de aquella localidad sevillana, vinculados familiarmente a influyentes personajes de la Iglesia y la Administración Real, tanto en

---

<sup>115</sup> Del autor de esta tesis puede consultarse una reseña biográfica global que publiqué con motivo del trescientos aniversario de su nacimiento, en ella quedan sintetizados los principales acontecimientos biográficos y de su acción pastoral en las iglesias que gobernó: “Trescientos años del cardenal Delgado y Venegas: el arzobispo que no sabía dar poco”, en *Anuario de Historia de la Iglesia Andaluza*, vol. VII, 2014, págs. 267-294.

<sup>116</sup> APVA, *Libros Sacramentales*, Bautismos, libro 2, fols. 107v-108. A pesar de que en los catálogos realizados primero por don Antonio Herrera García, estudioso del Aljarafe sevillano e hijo de aquella localidad; o el coordinado por Francisco Morales Padrón (*Archivos parroquiales de la Provincia de Sevilla*) realizado posteriormente, aparece como primera fecha para los bautismos la de 1666, existen sin embargo libros anteriores no incluidos en estos que los hacen remontar al menos hasta 1580. Este hecho lo he podido comprobar personalmente *in situ* consultándolos o incluso hallando hace años alguno que se pensaba desaparecido, como el de Matrimonios que ocuparía el número 2 de los de su sección y abarca las fechas de 1676 a 1736.

Sevilla, como incluso en la Corte, principalmente el ya referido don Juan Antonio de Curiel y Luna, académico fundador de la Real de la Lengua, ministro de los Consejos de Castilla y de Hacienda, y poderoso juez de las Imprentas Reales durante los reinados de Fernando VI y Carlos III, primo segundo de los dos padres del futuro cardenal. Su padre, don Juan Delgado de Luna<sup>117</sup>, había nacido en Umbrete el 16 de abril de 1680, hijo de don Martín de los Reyes García Delgado, reconocido hidalgo en Sanlúcar la Mayor en 1689, y doña Ana Josefa Higuera y Bernal, ambos nacidos también en esa localidad aljarafeña. Don Juan Delgado había sido reconocido igualmente como hidalgo en Sanlúcar en 1701, falleciendo en 1728 en Villanueva del Ariscal, donde otorgó su testamento el 12 de agosto de ese año ante el escribano don Juan José Izquierdo. La madre, doña Catalina de Venegas y Torres, nacida también en Villanueva el 1 de marzo de 1693, era hija de don Bernardo García Venegas, nacido en 1653 en esa misma localidad y recibido noble en Sanlúcar la Mayor el 6 de agosto de 1688, y de doña María de Torres y Luna, nacida en la misma villa el 14 de agosto de 1666, hija de don Tomás de Torres y Luna, y doña Catalina Vergara Prieto y Ximénez. El nombre de Javier, le sería añadido el día de su confirmación, efectuada el 23 de abril de 1716, donde ya aparece<sup>118</sup>, pues en el acta de bautismo tan solo aparece el de Francisco, naciendo del matrimonio de los padres del futuro cardenal cinco hijos más: Tomás Zoilo, que fallecería de avanzada edad soltero, Manuel, al igual que su hermano colegial de San Ildefonso de Alcalá, muerto soltero, José Donato, quien se ordenó en su juventud de menores para servir la capellanía instituida en 1730 para Francisco, quien ganó la referida provisión junto a su hermano Tomás en 1763, Juan, que la serviría también y llegó a ser tesorero de la catedral hispalense y caballero de Carlos III, y María, madre del que sería obispo de Cádiz y de otros hermanos que veremos.

Influido probablemente para entrar en la carrera eclesiástica por alguno de sus parientes clérigos, no sabemos exactamente en que año recibió las primeras órdenes, aunque debió ser por 1730, fecha en que su madre doña Catalina instituye y dota una capellanía en cabeza de su hijo. La ausencia de “reverendas” solicitadas al prior de León en la documentación conservada en la vicaría ariscaleña – aunque sí constan las de

---

<sup>117</sup> García Delgado en otros documentos, pues era este apellido su varonía genealógica.

<sup>118</sup> APVA, *Libros Sacramentales*, Bautismos, núm. 2, fol. 273, cuadernillos de confirmaciones insertos al final del libro. Aparece apadrinado al igual que en su bautismo por don Tomás de Torres y Venegas, presbítero.

todos sus hermanos y demás familiares –, y en los registros de órdenes sagradas del Arzobispado hispalense nos indican que debió realizarlas fuera del territorio geográfico, ¿quizás directamente en León o Llerena? De hecho, en unos autos instruidos en aquella vicaría en 1742, con motivo de la colación que se pretendía en beneficio de su hermano Juan para la mencionada capellanía, y la pretensión de este al concejo de la villa de que los bienes agregados a aquella fueran eximidas de pechos, sabemos que dicha capellanía habría sido fundada el 6 de noviembre de 1730, como se puede ver de su escritura de fundación conservada entre los protocolos notariales de Villanueva, desistiendo de ella Francisco, qué probablemente habría sido ordenado a título de ella, el 20 de septiembre de 1737. Tras renunciarla el citado José Donato, recibiría la colación el siguiente hermano, Juan, que la recibió en 1742. En dicha documentación se afirma que Francisco Xavier Delgado era ya clérigo subdiácono, aunque como refiere la parte del concejo no había presentado el correspondiente título. El motivo de todo ello no queda muy claro, afirmando los interesados en sus testimonios deberse a haber enviado la documentación original de institución de la capellanía a León, ciudad donde residía el prior santiaguista<sup>119</sup>.

Sus estudios parece que los inició en Sevilla, siendo alumno probablemente, al menos durante algún tiempo, del célebre colegio mayor de Santo Tomás<sup>120</sup>, regido por dominicos, como recogen algunas reseñas de la época (Matute en sus *Anales*, Morgado en su episcopologio, o en obras recientes como *Los Arzobispos de Sevilla* de Carlos Ros, e *Historia de la Iglesia de Sevilla*, obra colectiva coordinada por este). Sin embargo, la pérdida de buena parte de la documentación de dicho centro impide asegurar que fuera allí como colegial, si bien es seguro que realizó en aquel centro diversos actos de conclusiones, como consta de la relación de méritos académicos – totalmente inédita hasta ahora – aportada para concurrir a las oposiciones para una cátedra de Artes en la Universidad de Alcalá en 1739<sup>121</sup>, con dicha certificación parece

---

<sup>119</sup> Ibid, *Varios*, Judicatura Eclesiástica, leg. 16. La petición de colación lleva fecha 25 de agosto de 1742, y la que se hace al concejo ariscaleño 28 de noviembre. Fundación de la capellanía en APNSM, *Protocolos de Villanueva*, leg. 1.646, fols. 88-90.

<sup>120</sup> El Colegio Mayor de Santo Tomás, muy cerca del de Santa María de Jesús, frente al Archivo General de Indias aproximadamente, fue fundado en 1516 por el arzobispo Diego de Deza, contaba con veinte colegiales, una facultad de filosofía y otra de teología. La primera poseía tres cátedras para Lógica y Física, Metafísica, y Filosofía Moral; la segunda, cinco para las materias de Prima, Vísperas, Escritura, Moral, y Lugares Teológicos. Por último dos clases de Gramática y Retórica.

<sup>121</sup> AHN, *Universidades*, Alcalá, 32, exp. 114, fols. 37-37v. Expediente de oposiciones a las cátedras de Artes de cuatrienio de la Facultad de Artes y Filosofía de la Universidad de Alcalá.

solucionarse dicha confusión, que parte de la propia época del cardenal. Así, sabemos con certeza por la referida documentación encontrada, aportada por el ya doctor en teología Delgado y Venegas, a través de testimonio expedido por don Juan José Ortiz de Amaya, secretario de la “Universidad de Sevilla”, que reproduce certificación de fray Andrés de San Miguel, lector de Artes en el Colegio de San Nicolás de Tolentino de la villa cordobesa de Luque, perteneciente a los agustinos recoletos – orden a la que como veremos estuvo muy vinculado Delgado toda su vida, llegando a tener carta de hermandad y designando al convento madrileño de Copacabana como lugar para su enterramiento provisional – y fechada en 2 de mayo de 1732, como el futuro arzobispo habría cursado las artes y la filosofía en aquel colegio por espacio de tres años. En ese tiempo, Delgado practicó “todos los actos y exersicios literarios q<sup>e</sup> tiene este Collegio, assí públicos como privados con todo lucim.<sup>10</sup> y aprovechamiento, assí en los estudios como en las buenas costumbres”, recibiendo al final de los mismos la pertinente convalidación académica por parte de la Universidad hispalense<sup>122</sup>, así como la consiguiente expedición del grado de bachiller, que lleva fecha de 22 de octubre de dicho año, en los que consta haber cursado tres cursos de artes y dos de teología<sup>123</sup>. La confusión parece estribar pues, en que durante ese mismo periodo, Delgado, habría realizado en el referido centro dominico sevillano dos actos mayores de conclusiones públicas, uno de lógica, y otro de teología sobre la Trinidad, siendo arguido y replicado en una sesión celebrada por la mañana por siete padres de las distintas casas, colegios, y religiones de la ciudad, y por otros cinco de las mismas instituciones en la de la tarde<sup>124</sup>.

En 1732 sale de Andalucía y aparece matriculado en la Universidad de Sigüenza, en el colegio de San Antonio de Portaceli, que contaba tres cátedras de filosofía, teología, y cánones, más una de medicina y otra de leyes, así como trece plazas para colegiales. Aquí en esta Universidad se graduará de licenciado en Artes con la máxima calificación *nemine discrepante* el 3 de enero de 1733, defendiendo para ello sobre tres temas de la filosofía de Aristóteles, el título 1 del libro 1º, capítulo 7, que empieza: “Ochigitur sic perfectus”<sup>125</sup>, apareciendo ya por esas fechas también – desde 1732 –

---

<sup>122</sup> AHUS, Colegio de Santa María de Jesús, Libros de Certificaciones de Estudio (1700-1743), núm. 767, fol. 323.

<sup>123</sup> Ibid, Libros de Graduados de Bachiller (1596-1870), núm. 595, fol. 195.

<sup>124</sup> AHN, *Universidades*, Alcalá, 32, exp. 114, fols. 37-37v. La citada relación de méritos académicos.

<sup>125</sup> Ibid, Sigüenza, Libro 1.269, fols. 144v-145.

matriculado en el colegio de Santa Catalina Mártir en Alcalá de Henares, el llamado de “los Verdes”, por el color del manto que portaban los colegiales, siendo la beca de color “teja”, es decir encarnado. Desde este colegio, que llegó a contar con dieciséis alumnos, de los que cuatro estudiaban teología y otros cuatro cánones, pasa el 22 de enero de 1734 al mayor de San Ildefonso, el principal y más importante de los alcalaínos, donde obtendrá una beca de teólogo con fecha 24 de noviembre de 1734, precedidos los ejercicios y pruebas correspondientes<sup>126</sup>. El de San Ildefonso contaba con treinta y tres plazas para colegial, prebenda que duraba ocho años no prorrogables, debiendo tener los aspirantes al menos veinte años, requisito que Delgado cumplía. Es en este momento, con veinte años recién cumplidos, cuando recibe de su madre, que lo debía considerar ya con bastante juicio para administrarse por sí mismo, el pago de su legítima paterna y el adelanto de la materna, como podemos ver de la correspondiente carta de pago conservada entre los protocolos notariales de Villanueva del Ariscal. El documento, con fecha 31 de agosto de 1734<sup>127</sup>, nos refiere que el futuro prelado es aún clérigo de menores, encontrándose preparando los estudios para las mayores junto con el doctorado en teología en el citado colegio de “los Verdes” – conocido también como de los “artistas”, por otorgar el grado de bachiller en Artes, o de los “físicos”, pues estudiaban la física de Aristóteles. Recibe pues un patrimonio considerable para su manutención, valorado en 33.000 reales, pues: “Deseando que el dicho mi hijo tenga con que cómodamente se pueda mantener, según su lustre y decencia precisa dicho Colegio y conociendo su gran agilidad, prudencia y discreción para poder por sí regir y administrar sus bienes sin necesitar de tutor o curador”. La madre, doña Catalina Venegas y Torres, nombra como receptor de dichos fondos a su propio hermano el presbítero don Tomás Venegas, declarando esta en el mismo instrumento que aunque repartiese la misma cantidad entre el resto de hijos, aún le sobraría mucho caudal para “poder decentemente mantenerse”. El patrimonio del joven colegial se componía pues,

---

<sup>126</sup> Ibid, Alcalá, libros 1.084, fols. 159-159v.: Asiento en el libro de recepciones del colegio de Santa Catalina de Alcalá; y 1.141, fol. 194: Asiento en el libro de elecciones del Colegio Mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares correspondiente a Francisco Delgado y Venegas para una beca de teólogo, año 1734; libro 1.233, fols 140-141: Asiento en el libro de recepciones de colegiales y capellanes mayores del Colegio Mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares correspondiente a Francisco Delgado y Venegas, años 1734-1792. Ver también la obra de José de Rújula y Ochotorena, marqués de Ciadoncha: *Índice de los colegiales del Mayor de San Ildefonso y Menores de Alcalá*, 3 vols., tomo III, Madrid, CSIC, Instituto “Jerónimo Zurita”, 1946, pág. 196. En San Ildefonso coincidiría algún tiempo con su hermano, Manuel Delgado y Venegas, bachiller en leyes, quien obtuvo una beca porcionista supernumeraria como jurista en la Facultad de Leyes de dicha Universidad el 5 de noviembre de 1740 (AHN, *Universidades*, Alcalá, libro 1.141, 202). Aparece referido en el Índice de Ciadoncha en: 1740 Col. S. Ildef leg. 516-12; libro 711, fol. 62; libro 1.141, fol. 202; libro 1.233, fol. 144; libro 1.078, fol. 347.

<sup>127</sup> APNSM, *Protocolos de Villanueva del Ariscal*: Carta de pago de la legítima paterna y adelanto de la materna otorgado por D<sup>a</sup> Catalina de Venegas a su hijo Don Francisco Javier Delgado y Venegas, legajo 1.646, fols. 533-538.

de: la legítima paterna, valorada en 21.626 reales y 13 maravedíes, y la materna, que ascendía a 11.373 con 21 maravedíes, consistentes en: 6 aranzadas de viña majuelo con 15.000 cepas en término de Espartinas por valor de 15.000 reales; 2.160 reales de 12 carretadas de uvas de las dichas aranzadas a 180 reales cada carretada; 3.000 reales por 20 toneles a 150 reales cada uno; 6 aranzadas de viña de brotes en término de Sanlúcar la Mayor a 100 ducados cada una por valor de 6.600 reales; 4 aranzadas más de viña a 600 reales cada una por valor de 2.400 reales; así como 3.840 reales en efectivo.

En el colegio mayor de San Ildefonso obtiene como se ha visto una beca de teólogo, presentándose dos años más tarde, aún solo con el grado de bachiller en teología a unas oposiciones para una cátedra menor en esa materia en la facultad de Santo Tomás de la Universidad alcalaína, que gana entre los dieciséis candidatos el doctor Manuel Muñoz.<sup>128</sup> En su periodo académico sabemos que Delgado defendió ocho actos de teología, todos con la máxima calificación *nemine discrepante*, destacando el que realizó en 1735 sobre el tema *Scientia lib. Dei*. Ese mismo año sustituye desde el 20 de octubre hasta el final del mes la cátedra de Sumulas, desde el primero de junio al 10 de julio la de Prima escotista por el doctor Melgar, la del doctor Gauna de Prima de Escritura todo el mes de abril de 1736, y desde el 24 de agosto de ese año hasta diciembre del siguiente. En este mismo año, el 31 de octubre, se gradúa de bachiller en teología, obteniendo la licenciatura en esa ciencia el 30 de diciembre de 1738, quedando el primero entre los diez estudiantes graduados de ese año, cuyo “rótulo” se leyó en sesión solemne en la sala capitular de la iglesia magistral de San Justo y Pastor de aquella ciudad, y más tarde hecha pública ante claustro y estudiantes en la iglesia de su colegio mayor. Delgado y Venegas sería el único de estos graduados invitado por el claustro a obtener “cuando gustase” las borlas de doctor en teología, que conseguirá tan solo unos días más tarde, el 12 de enero de 1739<sup>129</sup>.

Este mismo último año, presenta su candidatura en las oposiciones convocadas por la facultad de Artes y Filosofía para tres cátedras de cuadrienio en la primera de

---

<sup>128</sup> AHN, *Universidades*, Alcalá, libro 29, exp. 31, año 1736: Expediente de oposiciones a la cátedra menor de Santo Tomás de la Facultad de Teología de la Universidad de Alcalá.

<sup>129</sup> *Ibid*, libro 408, fols. 61: Asiento de grado de licenciado en teología por la Universidad de Alcalá de Francisco Delgado y Venegas, año 1738; y 61v: Asiento de grado de doctor en teología por la Universidad de Alcalá de Francisco Delgado y Venegas, año 1739. También libro 32, exp. 114, fols. 37-37v: Expediente de oposiciones a las cátedras de Artes de Cuadrienio de la Facultad de Artes y Filosofía de la Universidad de Alcalá.



dichas ciencias, que finalmente gana en su categoría tomista de entre treinta y nueve candidatos, en su mayor parte colegiales de San Ildefonso. A Delgado y Venegas se le darían puntos, es decir los temas entre los que debía defender uno el 10 de julio: Liber I *Phisico*, cap. 2; Liber I *De Generationis*, cap. 18; y Liber VII *Methafisico*, cap. 10, entre los cuales elige la segunda opción. Los provistos para las tres plazas serían: el doctor Francisco González de Barcena, elegido para explicar la doctrina jesuita; el doctor Delgado y Venegas para la filosofía de Santo Tomás; y el doctor Pedro García Encinas para la categoría escotista<sup>130</sup>. Esta cátedra la ocuparía Delgado incluso antes de obtener el grado de maestro en artes, que fue registrado en la citada Universidad al año siguiente, en 1740<sup>131</sup>, presentándose en este periodo en total a tres oposiciones de artes y una de teología. Ilustre colegial, algunos de los asientos de los grados académicos obtenidos están glosados con los principales cargos eclesiásticos que obtuvo, y muchos años más tarde de partir de Alcalá, en 1778, algunos de los colegios de la Universidad alcalaína celebrarían su elevación a la púrpura cardenalicia, como los que realizó el de San Felipe y Santiago, registradas por escrito por el colegial de aquel, Antonio Antón Herranz<sup>132</sup>.

Su calidad de antiguo colegial de una de las seis principales instituciones que de este tipo existían en Castilla (San Bartolomé, Cuenca, Oviedo, y del Arzobispo, en Salamanca; Santa Cruz de Valladolid; y el mencionado de San Ildefonso de Alcalá) le auguraban sin duda una prometedora carrera, ya al servicio de la Iglesia o dentro de la Administración Real, que salvo excepción se proveían en una proporción alta en los graduados en aquellos centros, originando con ello la animadversión de los que lo hacían en otras universidades, denominados *manteístas*. Sabemos que Delgado y Venegas desempeñó entre 1739 y 1740 el cargo de rector de su colegio, el de San Ildefonso<sup>133</sup>, ordenándose finalmente de presbítero el 27 de mayo de 1741<sup>134</sup>, si bien

---

<sup>130</sup> Ibid, 32, exp. 114, fols. 10 y 26.

<sup>131</sup> Ibid, 408, fol. 404 (año 1739): Asiento de acto de posesión de la cátedra de Artes por la Universidad de Alcalá de Francisco Delgado y Venegas; fol. 406 (año 1740): Asiento de grado de maestro en Artes por la Universidad de Alcalá de Francisco Delgado y Venegas.

<sup>132</sup> Ibid, 400, exp. 5: Breve descripción de las solemnes fiestas con que el Colegio de San Felipe y Santiago de Alcalá de Henares celebró la elevación a la púrpura de D. Francisco Delgado y Venegas, arzobispo de Sevilla, patriarca de las Indias, capellán y limosnero mayor del rey, por el colegial Antonio Antón Herranz, año 1778.

<sup>133</sup> José Javier Etayo Gordejuela, Francisco Galino Nieto, y Francisco Portela Sandoval: *Universidad Complutense de Madrid: de la edad media al III milenio*, Madrid, Editorial Complutense, 2002, pág. 210.

poco más sabemos sobre acceso al estado eclesiástico pues no figura en los registros de órdenes sagradas del arzobispado hispalense, y tampoco en los de la antigua vicaría santiaguista, donde sí se conservan los de sus otros parientes eclesiásticos. Es errónea como se ha visto la creencia de que Delgado y Venegas fue doctor en ambos derechos, dato recogido por Morgado en el siglo XIX en su célebre episcopologio y repetida hasta la saciedad en las diferentes reseñas biográficas posteriores<sup>135</sup>. Como se puede observar por la documentación conservada en el Archivo Histórico Nacional solo lo fue en teología y artes, pudiendo leerse en el propio asiento como colegial de San Ildefonso, con fecha 24 de noviembre de 1734, su posterior devenir: “Fue primero en licencias de teología de 1738, Rector; Cathedrático de Artes de Quadrienio entero; canonigo Magistral de la S.<sup>ta</sup> Yglesia de Badajoz año de 1743; canonigo Magistral de Cordova en el de 744; obispo de Canarias en el de 761; y de Sigüenza en el de 768”, no haciendo referencia alguna a posibles estudios de leyes o cánones<sup>136</sup>.

No tenemos sin embargo casi ninguna muestra de actividad literaria en estos primeros años, tan solo un sermón fúnebre<sup>137</sup> impreso en 1743 en Alcalá con motivo del aniversario del fallecimiento del cardenal Cisneros, pieza de 47 páginas escrita en un estilo quizás en exceso erudito, y que denota un profundo conocimiento teológico y de las humanidades, si bien son harto excesivas en extensión las notas y aclaraciones biográficas y genealógicas. Cuenta el texto, dotado de la retórica neoclásica propia de aquellos momentos, con numerosos epítetos y paralelismos con los héroes del Antiguo Testamento y de la mitología clásica: así por ejemplo a la Universidad Complutense la llama “alcázar inexpugnable de Minerva”. Por su extensión no podemos incluirlo en el

---

<sup>134</sup> La fecha aparece claramente en un auto capitular del cabildo cordobés relacionado con la provisión de la magistralía vacante en 1744: ACCOR, Sección I *Autos Capitulares*, libro núm. 77, fols. 28v-29. Se ignora sin embargo la diócesis y el prelado que la llevó a cabo, contactándose al respecto con las diócesis de Badajoz, Cádiz, Córdoba, León, Santiago, Sigüenza, y Toledo con resultado negativo. Al encontrarse desperdigados o perdidos muchos de los fondos del antiguo priorato de San Marcos de León, se hace muy dificultosa la búsqueda de este importante dato.

<sup>135</sup> José Alonso Morgado: *Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla: con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia*, Sevilla, Tipografía de Agapito López, 1906, pág. 683.

<sup>136</sup> AHN, *Universidades*, Alcalá, libro 1.233, fols. 140-141: Libro de Recepción de Colegiales del Mayor de San Ildefonso.

<sup>137</sup> *Parentacion panegyrica que en las honras que el día 16 de noviembre de 1742 hizo el Ilustrísimo Colegio Mayor Universidad de Alcalá a fu glorioso fundador y amado Padre el Santo Cardenal de España D. Fray Francisco Ximénez de Cisneros, con asistencia de la Santa Iglesia Magistral de San Justo y Pastor. Dixo el Doct. D. Francisco Xavier Delgado, colegial en dicho Mayor Univerfidad, de su gremio y clauftro, y cathedrático de Artes &c.*, Alcalá, José Espartosa, 1743, 3 hs. + 47 págs. Ejemplar existente en el Archivo Municipal de Murcia: *Impresos*, Siglo XVIII, signatura 10-B-1 (2).

Apéndice Documental, pero sí entresacaremos aquí los párrafos inicial y final de esta pieza oratoria dedicada al célebre prelado y estadista, fundador de los centros alcalaínos:

“Oye Templo de Apolo, Isla fagrada de el luciente Phebo, feliz, augufta morada de las Nimphas, que nada irracional confiente en fus arenas, Columnas de la Religion, y de la Fe, Iglefia Santa, Sabia Athenas; oye, buelvo à decir, no nueva declamacion de hazañas nuevas, no cabal oracion del mayor Heroe, que elevò fus virtudes, hafta donde no pueden llegar los foplos de la fama. Oid sí, proezas fin fegundas, que en repetidos ecos lifongean la tierna memoria de fus hijos, y hafta en mis defmayos feran alhago apacible de fu oido. No fe permiten à epílogos de el labio las extenfiones de la memoria, y menos los triunfos de la ignorancia, y de el olvido. No efpere, pues, vueftra grata atencion oírlo todo, que agraviareis, à quien no fupo dâr paffo (mejor diría vuelo) que no fea affunto grande à un Panegyrico.....

Colocada Caftilla en la cumbre de la felicidad, y de el refpeto, librada fobre Cifneros fu defcanfo, quando un amago de defcanfo le robò en Cifneros fu gozo, y fu confuelo. A últimos de Mayo de mil quinientos y diez y fiete, le mandó el Santifsimo en virtudde fanta obediencia que moderaffe fu aufteridad, y fus ayunos: efte amorfo cuidado de el Pontifice fue guadaña fatal de fus alientos: era forzofo que muriera de aliviado, quien fiempre havía vivido de penitente: una almohada, infrumento de defcanfo y conveniencia, lo pufo en peligro de la vida, y un precepto, que otro eftimara por indulto, para el penitente Cifneros fue cuchillo. No mataron à el Baptifta fus muchas penitencias, y murió en fentir de San Gregorio, porque fe hallò fu nombre entre delicias. Protextò à la hora de fu muerte, que à nadie havía hecho agravio, ni injufticia, y avivado el horno de fu pecho à los calientes foplos de el amor divino, diò el fupremo rugido con el verfo: *En ti, Señor, efpere*, y pufo fu ultimo aliento à los pies de un Crucifixo. Quien te quitara el fueño, Leon fuerte? Nuevo Judas de la gracia duerme en paz fobre la preffa: coronenfe de gloria tus fienes victoriosas, mientras viva, el que con fu poder te hizo de nada”.

En 1743 decide dar por fin el salto a un beneficio y oposita la plaza de magistral en el cabildo catedralicio de Badajoz, vacante por el fallecimiento de don Juan Casas, que tras unos brillantes ejercicios obtiene al primer escrutinio. Una vez cumplidos los edictos, el 15 de mayo concurrieron diferentes opositores, los cuales tendrían que enfrentarse a los dos ejercicios habituales, es decir, uno de lecciones y otro de sermones. Junto a Delgado concurrieron al concurso los licenciados José Gregorio Sáenz Redondo (colegial de Santa Cruz de Valladolid), Jerónimo Cavero (en el de Oviedo de Salamanca, que llegaría a lectoral en Cádiz), y los doctores Francisco Luis Vilar (del sevillano de Santa María de Jesús, que años más tarde formaría parte del cabildo

catedralicio hispalense durante su pontificado), y Mateo Mortola (manteísta de Cádiz). Dilucidada la oposición el 6 de junio, ganó la plaza como hemos dicho el doctor Delgado y Venegas, tomando posesión de la misma ese mismo día, fijándose las pruebas de limpieza de sangre para julio<sup>138</sup>. En Badajoz, pequeña diócesis pastoreada en aquellos años por el obispo Merino y Malaguillas (1730-1755), muy constreñida en su territorio natural por los pertenecientes a las Órdenes Militares – los de San Marcos de León de la Orden de Santiago, cuya sede estaba en Llerena, y por los de Magacela y Zalamea, de la de Alcántara – permanecerá sin embargo poco tiempo, pues apenas un año más tarde opta al mismo oficio capitular en el cabildo catedralicio cordobés, siendo sustituido en la magistralía pacense el 18 de mayo de 1744 por el doctor don Pedro Tomás de Béjar. A pesar de esto, Delgado no olvidaría en su legado testamentario su primer destino de importancia, legando a esta catedral *“un cáliz de oro y dos piezas de tela muy ricas para ornamentos, que llegaron después de su muerte y el cabildo agradecido le dotó un responso cantado por su ánima el día de San Francisco”*<sup>139</sup>.

Vacante la magistralía del cabildo catedralicio cordobés por fallecimiento del doctor don Juan Gómez Bravo, concurrirían a ella un total de 11 candidatos, de los que el de mayor edad tenía 41 años, y el menor 22, iniciándose el proceso examinador el 4 de octubre de 1744. Las actas capitulares nos ofrecen los nombres y preparación académica de los aspirantes, que eran: Pedro José de Baeza, de 41 años, natural de Torrox, canónigo de la colegiata del Sacromonte granadino y doctor por la Universidad de aquella ciudad, de la que llegó a ser rector; José Capilla Bravo, de 33, prebendado ya en aquel cabildo y doctor por la de Ávila, quien había pronunciado una celebrada oración fúnebre un año antes por el cardenal Belluga en la congregación del Oratorio de Córdoba; Delgado y Venegas, entonces con 30 años, magistral de Badajoz y doctor en teología y maestro en artes por Alcalá; Gregorio de Campos, de 26, doctor por la de Sevilla, que llegó a ser obispo de La Paz (entonces Alto Perú); Pedro Carrillo, de 25, doctor por la Universidad de Osuna, y posteriormente rector de ella; Francisco García Colorado, de 21 y también doctor por Osuna, quien sería tesorero de la catedral de Cádiz en 1778; los licenciados Francisco Bocanegra, de 35 años, penitenciario de la

---

<sup>138</sup> *Historia eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz: Continuación de lo escrito por D. Juan Solano de Figueroa* (Preámbulo de Antonio del Solar Taboada), 2 vols., tomo II, Badajoz, Tipografía de la Viuda de Antonio Arqueros, 1945, pág. 167.

<sup>139</sup> *Ibid*, 167 y 184. Ver también las cláusulas y legados del testamento de Delgado (capítulo correspondiente al pontificado sevillano).

catedral de Coria, graduado en la Universidad de Granada; Luis Antonio Quesada, de igual edad y de misma universidad; Francisco Cordero Chinchilla, de 27 años, por la Universidad de Ávila, futuro abad de la colegial de Ugíjar en Granada; José López de Baena, de 23 años, graduado en la Universidad de Osuna, que llegaría a ser catedrático de teología en el Seminario de San Pelagio de Córdoba, y prebendado de su catedral; y finalmente Francisco García Mirasierra, de 22, graduado en la Universidad de Almagro<sup>140</sup>.

Delgado aportaría como el resto de concurrentes a la preciada prebenda sus cartas de recomendación, procedentes del alcalaíno Colegio de San Ildefonso y también del propio cabildo pacense, constando la oposición a la mencionada magistralía de dos ejercicios orales, uno sobre el Libro Maestro de las Sentencias de Pedro Lombardo, y otro sobre un capítulo de los Evangelios elegido por el opositor sobre tres propuestos sacados al azar por el secretario del cabildo don Juan de Mesa. En la primera prueba Delgado haría gala de sus conocimientos escolásticos, defendiendo la distinción veintitrés del libro segundo de la conocida obra del referido teólogo medieval; en la segunda se encargaría de comentar el capítulo décimo del evangelio según San Lucas<sup>141</sup>. Elegido por el tribunal por nueve votos contra cinco y uno que sacaron sus oponentes Capilla y Baeza respectivamente, se le confirió la colación canónica de dicha plaza en una ceremonia celebrada el 6 de noviembre de 1744, tras Completas, en ella el obispo Cebrián y Agustín, ataviado de capa magna, y el deán le impondrían el bonete capitular siempre bajo condición de cumplir con los necesarios estatutos de limpieza de sangre. Trámites que se iniciaron de inmediato el 16 de noviembre, fecha en que el cabildo comisionó al canónigo Antonio de Castillejo y Velasco para ello, quien se desplazó pocos días más tarde, el 21, a las localidades de donde era originaria la familia de Delgado, magistral electo: Villanueva del Ariscal y Umbrete. Una vez aprobadas las informaciones, el día 8 de enero de 1745, se procedió a la protestación de fe y al juramento del canónigo electo de los estatutos y constituciones capitulares, que Delgado verificó el 18 de febrero siguiente<sup>142</sup>.

---

<sup>140</sup> ACCOR, I, LAC núm. 77 (1744), el desarrollo de la oposición se encuentra en diferentes acuerdos hasta el fol. 97, en que Delgado jura los estatutos capitulares.

<sup>141</sup> Señalamiento de puntos, lectura de las recomendaciones, y desarrollo de los ejercicios en fols. 28v-49v.

Los expedientes de limpieza de sangre<sup>143</sup> aportan una valiosísima información, tanto de carácter genealógico, como relativa al estatus social de la familia de cualquier pretendiente a una prebenda. Documentado por las partidas de bautismo del interesado, y las de bautismo y matrimonio de sus padres y abuelos por las ambas ramas, cuenta así mismo con una importante parte testifical que certificaba todo lo expuesto y declarado por el pretendiente. El formulario, compuesto de nueve preguntas, se refería como se ha dicho a la filiación y origen de los distintos miembros de la familia con un objetivo principal, certificar que ninguno de aquellos hasta el grado expresado no descendiera de moros, judíos, conversos, herejes, o penitenciados por cualquier motivo por el Santo Oficio. Por lo que debía quedar patente no era la nobleza, ni la distinción social, aunque desde luego eran considerados, sino la calidad de “cristiano viejo” en contraposición a los descendientes de conversos o “cristianos nuevos”, que requerían de dispensa para ingresar en el estamento eclesiástico y desde luego para alcanzar beneficios destacados como puedan ser una canonjía o un obispado. Entre los testigos aparecen algunos parientes del futuro cardenal, siendo los más destacados sus primos don Juan y don Pedro Curiel y Luna, el primero caballero de Calatrava y antiguo colegial de Cuenca en Salamanca, en ese momento fiscal del Consejo de Hacienda; y el segundo canónigo en la Santa Iglesia de Sevilla e inquisidor del Tribunal de aquella ciudad, principal metrópoli de Andalucía.

Sobre su labor como predicador del cabildo, propia de los magistrales<sup>144</sup>, y sus facultades oratorias, no tenemos sin embargo muchos testimonios, Viera y Clavijo nos dice – ya durante el pontificado canario – que apenas predicó, y eso a pesar de haber visitado prácticamente todo el archipiélago, noticia que choca con lo referido en la *Historia de la ciudad y obispado de Badajoz*, crónica pacense que sin embargo canta las excelencias de su oratoria sacra, relatándonos como con motivo de una ostensión de unas preciadas reliquias el 21 de junio de 1744 por parte del cabildo pacense: “Predicó

---

<sup>142</sup> Ibid, Elección y colación del nuevo magistral en fols. 49v-52v; aprobación de las informaciones genealógicas, fols. 82v-83; protestación de fe y juramento de los estatutos capitulares, fols. 96v-97. Ver asimismo todo el proceso en Sección IV, *Secretaría*, Provisión de Canonjías de Oficio, Magistralías, leg. s/n. (3/3).

<sup>143</sup> Ibid, IV, *Secretaría*, Expedientes de Limpieza de Sangre, 5.054, núm. 445.

<sup>144</sup> Entre las diferentes canonjías propias de un cabildo existían cuatro denominadas de oficio: lectoral, cuyo titular debía ser doctor en teología y estaba encargado de instruir en aquella importante materia al resto del cabildo y formar a seminaristas, velando por la precisión de las catequesis y otras cuestiones relacionadas con las Sagradas Escrituras; doctoral, que era el asesor en asuntos legales y jurídicos del cabildo, y debía ser al menos graduado en cánones; magistral, el predicador propio del cabildo, que debía ser también al menos graduado en teología; y penitenciario, que se encargaba de confesar a sus compañeros capitulares y de administrar y absolver determinadas penas canónicas reservadas, p.ej. las excomuniones *latae sententiae* no declaradas.

*el Doctor Don Francisco Delgado, nuestro Magistral, con majestad, retórica y aplauso general*”<sup>145</sup>.

La Iglesia de Córdoba, sufragánea de la primada de Toledo y con 92 pilas bautismales, era regida desde 1742 por don Miguel Vicente Cebrián y Agustín, contando su Cabildo catedralicio con 8 dignidades, 20 canónigos, 10 racioneros, 20 medios racioneros, y un numeroso concurso de capellanes. Además dentro del obispado se situaba una colegiata, la de San Hipólito, en cuyo interior estaban enterrados los reyes castellanos Fernando IV y Alfonso XI. De la vida de Delgado y Venegas en estos cordobeses, donde residirá hasta 1761, sabemos algunos detalles, como la de su colaboración con el célebre padre Flórez, quien en los tomos X y XI de su monumental *España Sagrada* elogia la ayuda y diligencia de aquel al remitirle una copia del *De Fide Incarnationis Filii Dei ad Scarilam*, que el bibliógrafo Ambrosio de Morales atribuyera a San Fulgencio, obispo de Écija y hermano de los también santos arzobispos hispalenses San Leandro y San Isidoro. Flórez señalaba sobre Delgado, al que había conocido en la Universidad de Alcalá años antes:

“(…) por si acaso había contraído algún defecto la copia de Morales, acudí al original de Córdoba, valiéndome de quien tengo total satisfacción, que es el doctor don Francisco Delgado y Venegas, canónigo magistral de aquella Santa Iglesia, quien me remitió copia puntual de todo lo que incluye el tratado citado por Morales con atribución a nuestro San Fulgencio”<sup>146</sup>.

Asimismo en el prólogo a las obras del abad Samsón, agrega igualmente sobre el entonces magistral:

“(…) para las dudas del manuscrito de Córdoba recurrí al señor magistral por conocimiento contraído en la Universidad de Alcalá, y ha respondido con eficacia a mis deseos, tomando el

---

<sup>145</sup> José de Viera y Clavijo: *Noticias de la historia general de las islas de Canaria*, 4 vols., tomo IV, Madrid, Imprenta de Blas Román, 1783, págs. 197-199; *Historia eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz*, opus cit., págs. 181-182.

<sup>146</sup> Padre Enrique Flórez: *España sagrada, teatro geographico-historico de la Iglesia de España: origen, divisiones y límites de todas sus provincias, antigüedad, traslaciones y estado antiguo y presente de sus sillas en todos los dominios de España y Portugal, con varias dissertaciones criticas para ilustrar la Historia Ecclesiastica de España. De las iglesias sufraganeas antiguas de Sevilla: Abdera, Asido, Astigi y Cordoba, dedicado a los santos de estas Diecesis*, Madrid, Oficina de Antonio Marín, 1753, tomo X, pág. 97. Flórez dejó la obra incompleta, siendo culminada a finales del XIX, contando en total 56 tomos.

trabajo de copiar por su mano algunas cosas con singular esmero y manifestando el peso y juicio reflexivo con que sabe examinar de fondo las materias”<sup>147</sup>.

Y es que la preparación recibida en la Universidad de Alcalá, en el colegio de San Ildefonso, le habían dotado de una capacidad no solo teológica o jurídica, sino también en las diferentes ciencias humanas e históricas, como la paleografía, corrigiendo algunas lagunas dejadas por el mismísimo Ambrosio de Morales en la centuria anterior. Así por ejemplo en la transcripción de las obras de Álvaro Cordobés, en cuya difusión estaba tan interesado el fraile asturiano, que contaba con todo el apoyo de la Corona, sería Delgado el elegido por el cabildo cordobés junto con el racionero Francisco Castillejo y Ceballos para realizarla. Asunto que consignaron de una manera tan fiel que el propio Flórez no pudo más que elogiar la esmerada labor de ambos capitulares, quienes habían transcrito aquellas: “cotejándola con prolijidad después de escrita con primorosa letra”. Experto paleógrafo – a decir del erudito asturiano –, Delgado parece que descifró incluso las veintiuna líneas del “Carmen Philomelae”, también del referido Álvaro de Córdoba, que ni siquiera el célebre Morales había conseguido desentrañar un siglo antes<sup>148</sup>.

Sin embargo pocos datos más sabemos de esta estancia cordobesa, que determinados estudiosos afirman fue muy activa (Hernández Perera, 1955, 123)<sup>149</sup>, datando precisamente de esos años su trato con el insigne artífice natural de aquella ciudad Damián de Castro, exponente máximo en aquella centuria de la escuela orfebre cordobesa en España, y del que Delgado se convertiría en principal protector y mecenas. Durante sus tres pontificados, el prelado le encargaría numerosas piezas, algunas de las cuales han quedado como referencia de la platería y la orfebrería española en el Siglo de las Luces, entre ellas la celebrada custodia para la Catedral de Sigüenza que tendremos ocasión de examinar en los apartados dedicados a ello. Para Córdoba<sup>150</sup> sin embargo,

---

<sup>147</sup> *Ibidem*.

<sup>148</sup> *Ibid*, XI, 51-53, 275. Vid. también: Fray Toribio Mingüella y Arnedo, obispo de Sigüenza: *Historia de la Diócesis de Sigüenza y de sus Obispos*, 3 vols., tomo III, desde principios del siglo XVII hasta fines del XIX, Madrid, Tipografía de la “Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos”, 1913, pág. 169.

<sup>149</sup> Según el referido historiador Delgado fue: “una de las figuras más descolantes de la Córdoba de entonces”.

<sup>150</sup> Sobre el patrimonio histórico y monumental cordobés pueden consultarse entre otras obras las del canónigo cordobés Manuel Nieto Cumplido, archivero capitular: *La catedral de Córdoba*, Córdoba, Obra Social de Cajasur, 1998; y la obra colectiva: *Catálogo artístico y monumental de la provincia de Córdoba*, Junta de Andalucía, Diputación Provincial y Caja de Ahorros de Córdoba, 1993.



encargaría ya como arzobispo hispalense dos piezas verdaderamente excepcionales (Ver Apéndice de Ilustraciones), labradas en oro y obsequiadas a la catedral de aquella ciudad andaluza con motivo de su estancia en aquella ciudad de camino a Sevilla y para conmemorar su paso como magistral del cabildo cordobés. El magnífico obsequio fue comunicado al cabildo cordobés por su tesorero don Cayetano Carrascal en reunión plena el día 13 de julio, disponiéndose de inmediato la creación de una diputación que se encargase transmitir al generoso prelado, con quien el cabildo mantenía carta de hermandad, su más expresivo agradecimiento<sup>151</sup>. Igualmente, en la continuación del ya citado *Catálogo de los Obispos de Córdoba*, encontramos una breve reseña sobre este preciado obsequio, digno de contemplarse:

“Por Junio de este año volvió à pasar por esta Ciudad el Illmo. Sr. Delgado Obispo de Sigüenza à su Arzobispado de Sevilla, y renovando en esta Iglesia, y con sus Capitulares su permanente amor dexó en la Sacristia de regalo un Caliz con Patena, y un Copon; todas estas piezas de oro, y de una bella hechura”<sup>152</sup>.

El cáliz y el copón referidos fueron realizados por Castro a la vez que el que Delgado donaría al templo mayor sevillano con motivo de su primer pontifical, y que queda detallado en la carta de pago fechada el 9 de mayo de 1776 por importe de 70.891 reales de vellón (Ver apartado correspondiente al pontificado sevillano)<sup>153</sup>. La primera pieza es muy similar al sevillano, y cuenta con las marcas del genial artífice cordobés en el cerco del basamento junto a la leyenda del oferente: *CASTRO* coronado de flor de lis y el león rampante propio de los plateros de aquella ciudad; cuenta asimismo unas dimensiones de 29 cm de alto, 16 de base, y 6 de copa, con un peso de 1.243 gramos. El pie, festoneado de perfiles ondulados, alterna salientes cóncavos y convexos, quedando decorado su falda a base de rocallas, querubines, y medallones que representan diferentes escenas bíblicas, de la Pasión, o simbología eucarística. Así en la subcopa – la copa propiamente dicha aparece lisa – nos encontramos a los expedicionarios que fueron a la Tierra Prometida portando un gran racimo, el Arca de la Alianza portata por

---

<sup>151</sup> ACCOR, I, L.A.C., núm. 86 (año 1776), fol. 325v, cuyo margen dice: “Dadiva de caliz y copon de oro q.º hizo el Ylmo. S.º D.º Fran.º Delg.º Arzpº. de Sevilla Mag.º q.º fue de nrª Yg.ª y al pres.º nuestro Herm.º”.

<sup>152</sup> *Catálogo de los obispos de Córdoba, y breve noticia histórica de su iglesia catedral y obispado: escrito por el Doct. D. Juan Gómez Bravo, colegial que fue del Mayor de Cuenca en Salamanca, canónigo lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Badajoz, y magistral de esta de Córdoba*. Reimpresión de la primera parte, 2 vols., tomo II, Córdoba, En la Oficina de D. Juan Rodríguez, 1778, pág. 830 (se trata de edición aumentada de aquella).

<sup>153</sup> Ver en el capítulo correspondiente al mecenazgo de Delgado en Sevilla: “Cuenta del caliz y copón de oro q.º tengo hecho de orn del Ex.ºmo S.º Arzobispo de Sevilla para esta S.º Yg.ª de Cordoba”.

los levitas, Sansón matando al león, y cabezas de ángeles querubines. En el amplio nudo del astil, característico en los cálices de Castro se representan igualmente entre cabezas de querubines el paño de la Verónica con la Santa Faz, el martillo y las tenazas, y los clavos con la corona de espinas. Al pie, el Sacrificio de Isaac, Moisés con la serpiente, y el mismo profeta ante el altar de los sacrificios. En el cerco del pie se encuentra la leyenda alusiva al prelado:

“ESTE CALIX DE ORO LE DIO A ESTA S.<sup>TA</sup> IGLESIA DE CORDOVA EL EX.<sup>MO</sup> S. D.<sup>N</sup> FRANCISCO XAVIER DELGADO ARZOBISPO DE SEVILLA. DIGN.<sup>º</sup> MAGISTRAL QUE FUE D ESTA. A<sup>º</sup> D 1776”.

El hueco interior de dicho pie o basamenta, cuenta unos primorosos relieves entre cartelas y rocallas que representan las armas del donante, la torre de la catedral cordobesa, y la jarra de azuzenas, símbolo del cabildo.

El copón, también fundido y cincelado en aureo metal con las mismas marcas de autor que el anterior, tiene unas dimensiones de: 28,5 x 14,7 x 12,1 cm, con un peso de 1.555 gramos. Cuenta en su tapa, coronada de cruz barroca entre cabezas de ángeles, y profusamente labrada a base de rocallas y cabezas de querubines, con las siguientes escenas: Oración en el Huerto, Prendimiento y Coronación de Espinas. El nudo mayor central aparece igualmente entre querubines representando por un lado al pelícano, y al cordero apocalíptico por el otro, observándose en el pie diferentes episodios de la Sagrada Cena, como el Lavatorio, y la propia comida de los apóstoles, todo ello entre elegantes rocallas y tornapuntas. La inscripción situada en su basamenta es la siguiente:

“EL EX.<sup>º</sup> S. D. FRAN.<sup>CO</sup> XAVIER DELGADO ARZOBISPO DE SEVILLA DIO ESTE COPON DE ORO A ESTA S.<sup>TA</sup> IGLESIA DE CORDOVA DONDE FUE DIGNISSIMO CANONIGO MAGISTRAL: AÑO DE 1776”.

Las suntuosas piezas, que no se hayan exhibidas en el tesoro catedralicio sino guardadas en una caja fuerte, se usan únicamente en las ocasiones más solemnes de la liturgia diocesana. Es de reseñar sin embargo, que ambos pies se encuentran actualmente equivocados, pues el pie con la leyenda alusiva al cáliz se encuentra armado en el copón, y el del copón en el cáliz, no correspondiendo la descripción referida, que es la correcta, detallada en la descripción anterior con lo observado en las

imágenes que se exponen en el Apéndice final. Sin embargo no serían estas las dos únicas piezas que Delgado y Venegas donó a su antigua iglesia de Córdoba, aunque sí las más valiosas. Ya durante su estancia en aquella ciudad había donado unas “cirialeras” de plata para el servicio del presbiterio, y camino hacia la corte en los primeros meses de 1769 tras su traslado de Canarias a Sigüenza, promovió la construcción de unos blandones en idéntico metal. De estos, el nuevo obispo seguntino se ofreció a costear al menos uno, corriendo el resto de parte del propio obispo y varios capitulares:

“Haviendo pasado por esta Ciudad el Illmo. Sr. Delgado, dirigiéndose desde su obispado de Canarias al de Sigüenza, con el grande amor que siempre tubo à nuestra Iglesia promovió la Fabrica de otros quatro hermosos Blandones, iguales à los dos que le envió desde Roma el Sr. Obispo Pimentel, y queda dicho en su vida: ofreciéndose à costear uno, y nuestro Prelado llevado del mismo pensamiento ofreció hacer otro y determinò, que la Fabrica hiciese el tercero. Tambien se ofrecieron costear el quarto diferentes individuos del Cabildo. Esta obra llegó à tener su perfeccion el año de setenta y cinco, en que víspera de Corpus catorce de Junio se estrenaron; teniendo cada uno tres mil y setenta onzas de plata, y llegando con sus hechuras al costo de ciento y dos mil reales de vellon, porque su corpulencia pasa de quatro varas, y su estructura es de las mejores medidas, y la mas magestuosa. Este magnifico aparato, de todos seis blandones, y algunas otras Imágenes, y alhajas de plata de esta Iglesia, y muchas, que en estos últimos tiempos le han donado sus Capitulares, de gran valor formò aquella Octava, y forma en las festividades clásicas, una vista que envelesa”<sup>154</sup>.

Como capitular gozaría de una posición sólida y acomodada en aquella Córdoba de mediados del siglo XVIII, percibiendo hacia 1760 por emolumentos una 367 fanegas de trigo y 184 de cebada, procedentes de las rentas rústicas y decimales del cabildo, el equivalente de cien gallinas como productos en especie, y 4.775 reales en metálico<sup>155</sup>. Su implicación con la vida diocesana de Córdoba, incluso tras salir de dicha ciudad, le llevaron a promover y luego sostener el proceso de virtudes heroicas del padre Cristóbal de Santa Catalina (1638-1690)<sup>156</sup>, muy venerado en aquella ciudad, que

---

<sup>154</sup> *Catálogo de los obispos de Córdoba*, opus cit., págs. 819-820.

<sup>155</sup> Juan Aranda Doncel: “Francisco J. Delgado y Venegas, prelado de la diócesis canaria (1714-1781)”, en *V Coloquio de Historia Canario-Americana* (1982), vol. II, 1985, págs. 771-791, 778, cita del Archivo Catedralicio de Córdoba, serie Mesa Capitular, documento 2.147. Sobre las rentas de los capitulares cordobeses ver las aportaciones de Joaquín Moya Uldemolins: *El clero cordobés, potencial económico, hacienda, renta y bienes (s. XVIII-XIX)*, Córdoba, Universidad, 1986; y “Aspecto económicos de la Mesa Capitular del cabildo de la catedral de Córdoba”, en *Actas I Coloquio de Historia de Andalucía Moderna (S. XVIII)*, Córdoba, 1978, II, págs. 243-254. De Manuel Nieto Cumplido, archivero capitular cordobés: “Medina y Corella y su legado fundacional”, en *Historia del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba*, Córdoba, 1979, pág. 84.

paralizado en la corte roamana, consiguió volviese a ponerse en marcha en 1759, incoándose para 1773 el proceso de beatificación. A su muerte sin embargo, este quedaría nuevamente truncado, resolviéndose tan solo en fecha tan reciente como 2013, en que dicho religioso fue elevado finalmente a los altares el 7 de abril en la catedral cordobesa<sup>157</sup>.

### *Canarias primer destino como obispo*

Vacante la diócesis de Canarias<sup>158</sup> por la renuncia de su anterior prelado, el mercedario fray Valentín Morán, la consulta de la Cámara de Castilla para proveer nuevo obispo se celebraría el 18 de febrero de 1761, presentando sus resultados al rey el día 21 de ese mismo mes<sup>159</sup>. El sistema utilizado para la provisión de obispos era el mismo para el de otras altas dignidades eclesiásticas, como podían ser las dignidades, canonicatos de gracia, y otros beneficios, remitiendo la Cámara cada año, habitualmente en enero, una circular dirigida a todos los prelados, tanto seculares como regulares, y a los cancelarios y rectores de las universidades, en la que estos debían remitir nota de los eclesiásticos que considerasen más dignos de ser promovidos a una mitra, o al resto de beneficios ya expresados. Estos informes de carácter reservado servían a la Cámara para designar la terna que debía ser consultada y presentada a la elección del monarca, cumpliendo así las diferentes instrucciones y decretos que regulaban este tipo de provisiones, principalmente la instrucción de Felipe II de 1588, y otras posteriores del propio Carlos III de 1773, 1778, y 1784. En ellos se regulaba el perfil que debía presentar el candidato idóneo a ocupar un puesto tan importante como una mitra, bajo

---

<sup>156</sup> Fundador en el siglo XVII de los Hermanas Hospitalarias de Jesús Nazareno, dedicados al cuidado de ancianos desvalidos y enfermos. Sobre el beato pueden consultarse la *Positio*, documento fundamental sobre su vida y virtudes heroicas, Roma, 2001, y la primera biografía sobre este santo, escrita por su contemporáneo y director espiritual el también beato Francisco de Posadas, O.P.: *Vida y virtudes del venerable siervo de Dios el padre Cristóbal de S. Catalina, presbítero, natural de la Ciudad de Merida, fundador del Hospital de Jesus Nazareno de Cordoba*, Córdoba, Diego de Valverde y Acisclo de Cortés, 1691; o el *Sermón predicado en las honras fúnebres que hizo la ciudad de Córdoba al V. Padre Cristóbal de Santa Catalina, fundador del Hospital de Jesús Nazareno de dicha ciudad*, también publicado ese año.

<sup>157</sup> La relación del prelado con el proceso la tomamos de un artículo publicado por L.M. Ramírez y de las Casas Deza en el *Semanario Pintoresco Español*, titulado “Bienhechores de la Humanidad: El Venerable Padre Cristóbal de Santa Catalina, presbítero”, Madrid, Imprenta de D. Baltasar González, 1855, págs. 377-378.

<sup>158</sup> Las principales reseñas biográficas sobre Delgado y Venegas como obispo de Canarias son las de don Juan Aranda Doncel: “Francisco J. Delgado y Venegas, prelado de la diócesis canaria (1714-1781)”, opus cit.; y el episcopologio de Santiago Cazorla León y Julio Sánchez Rodríguez: *Obispos de Canarias y Rubicón*. Madrid, Eypasa, 1997.

<sup>159</sup> AHN, *Consejos*, Cámara de Castilla, Real Patronato de Castilla: Consultas para la provisión de obispados, leg. 15.360, pieza 4.

cuya responsabilidad recaía el cuidado espiritual de miles de almas: mayor de 40 años, graduado en teología o en cánones, canónigo de oficio o con experiencia en algún puesto de gobierno diocesano, tribunal eclesiástico, o prelación de su orden en caso de pertenecer al clero regular. En todos ellos el candidato debía haberse conducido con prudencia, rectitud, desinterés y mansedumbre, gozando de fama de hombre virtuoso – algo que debía quedar contrastado –, experimentado como ya hemos dicho en tareas de gobierno, enemigo de discordias, de carácter prudente y caritativo, elementos en los que insistía de manera remarcada el soberano en los mencionados decretos, fundamentales para una buena elección<sup>160</sup>. Presidida por el obispo gobernador del Consejo, Diego de Rojas y Contreras, obispo de Cartagena, asistieron los señores conde de Villanueva, Francisco del Rallo, Pedro Colón de Larreategui, Francisco de Cepeda, Francisco de las Infantas, y Manuel Ventura de Figueroa, futuro arzobispo de Laodicea, que llegaría a presidir el Consejo a la caída de Aranda, y también ocuparía el patriarcado de las Indias a la muerte de Cayetano Adsor, el efímero sucesor de Delgado y Venegas. Los sujetos propuestos para cubrir la mitra fueron los siguientes: en primer lugar don Juan Manuel Merino, también colegial de San Ildefonso y catedrático de teología en él, propuesto por Rallo y Cepeda; en segundo, Delgado, que recibió el apoyo de Rallo; y en tercer lugar don Francisco Garrido de la Vega, doctor en Derecho Canónico por Ávila y Valladolid, fiscal general, consejero y examinador sinodal de la primada de Toledo, rector de la madrileña parroquia de San Andrés, quien consiguió el apoyo de todos los consejeros. Por último recibieron también algunos votos Juan Luelmo y Pinto, penitenciario de la catedral de Palencia que obtuvo el de Figueroa y de Colón de Larreategui; y Claudio Sanz de Torres, doctoral de Osma, que recibió el de Figueroa<sup>161</sup>. Presentados los resultados al rey el mismo día 21, este nombró a Delgado, a pesar de no ser el candidato

---

<sup>160</sup> *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, tomo I, libros I y II, Madrid, 1805: Libro I, título XVII, ley XI, Felipe II en Madrid, a 6 de enero de 1588: *Instrucción que debe observar la Cámara en las consultas á S.M. para provisión de Prelacias, Dignidades, y Prebendas del Real Patronato*, fols. 128-129. El apartado 10º de dicha Instrucción dice así: “Hánse de despachar asimismo cartas mías, señaladas de vos el Presidente y los de la Cámara, para todos los Prelados del Reyno, pidiéndoles con gran secreto relacion de personas las mas beneméritas y á propósito que se les ofrecieren, así para las Prelacias como para las otras Dignidades y Prebendas de mi Patronazgo; encargándoles mucho la conciencia y secreto, y asegurándoles que tambien se guardará...”; Ibid. Libro 1º, tit. XVIII, ley XII, R.D. de Carlos III de fecha 24 de septiembre de 1784 a consultas de la Cámara de 25 de octubre de 1773, y de 9 de marzo de 1778: *Instrucción y método que debe observar la Cámara en las consultas de prelacías, dignidades, prebendas y demás piezas eclesiásticas*, págs. 143-144.

<sup>161</sup> Merino en 1762 conseguiría la magistría de Calahorra, siendo provisto obispo de Astorga en 1767, allí permaneció hasta su fallecimiento el 5 de agosto de 1782, mientras que Garrido, que había sido en su juventud vicario general en Orán, perteneciente a la sede primada desde su conquista por el cardenal Cisneros, alcanzaría en 1763 el obispado de Mallorca, donde permanecería hasta 1772 en que es trasladado a la sede cordobesa, que gobernará hasta su fallecimiento el 20 de enero de 1776, prelado sobre el que volveremos a hablar cuando relatemos la elección de Delgado para la mitra hispalense. Por último Luelmo llegó a ser obispo de Calahorra en 1764, y Sanz de Torres en el mismo 1761, el 13 de julio alcanzó la mitra de Almería.

más votado, consignando la elección de la manera habitual, es decir por medio de una breve anotación al margen de la minuta. Tras ello, el secretario del Real Patronato de la Cámara, Andrés de Otamendi, sería el encargado de comunicar al obispo electo la propuesta, en carta fechada el 17 de marzo que fue contestada afirmativamente por Delgado y Venegas desde Córdoba el día 23. Una vez conocida la aceptación del propuesto por el soberano el 27 de marzo, este ordenó mediante oficio de esa fecha dirigido a Otamendi que se iniciase el proceso en la Cámara, solicitando de Roma el 15 de mayo la confirmación del provisto y la expedición de las bulas de costumbre, que lo fueron el 25. La diócesis canaria estaba valuada en una renta líquida de 25.460 ducados de vellón en el último quinquenio presentado, el que había finalizado en 1749, cifra que estaba cargada en una cuarta parte destinada a pensiones y alcanzaba la cantidad de 6.365 ducados de vellón, si bien Delgado ofreció de motu proprio ampliarla a una tercera para “preservación de la Regalía”. Finalmente dicho gravamen fue establecido en las bulas que el nuevo obispo presentó en las siguientes cantidades, una primera de 2.348 ducados de oro y 12 julios, y otra más en concepto de pensión para el obispo dimisionario, Valentín Morán, estimada en 1.370 ducados en la misma moneda<sup>162</sup>.

La órdenes para iniciar los trámites en Roma se enviaron a Roda, agente de preces, mediante carta fechada en Aranjuez el 21 de abril, y este tras obtener las bulas las remitió a Madrid el 3 de junio, donde llegarían el 30 de ese mismo mes<sup>163</sup>, siendo el nuevo obispo consagrado en la catedral cordobesa el día 26 de julio de manos del titular de aquella diócesis don Martín de Barcia y Carrascal. En la ceremonia, que constituyó un verdadero acontecimiento social, el prelado consagrante estuvo asistido por los obispos de Gadara, Domingo Pérez de Rivera, auxiliar de Sevilla; y de Tanes, Lucas Ramírez Galán, auxiliar de Cartagena, religioso agustino, siendo apadrinado por don Bernardo de Rojas y Contreras, en esos días intendente de Rentas de Córdoba. La ceremonia finalizaría con la concesión por parte del nuevo obispo y los tres consagrantes de 40 días de indulgencias cada uno a todos los que rezaran un padrenuestro y un avemaría en honor a Santiago en la parroquia homónima que tenía dicho apóstol en Córdoba. En la reimpresión aumentada del *Catálogo de los obispos de*

---

<sup>162</sup> Archivo Secreto Vaticano (ASV): *Fondos Consistoriales*, Acta Cam. 35, fol. 328; y Atti Consist. 1760/1761, fols. 419-422, fecha 25 de mayo de 1761. Sobre la fecha de la provisión oficial Viera da la fecha del 14 de abril, ver: *Noticias de la historia de Canarias*, opus cit., IV, 197.

<sup>163</sup> AHN, *Consejos*, Provisión de Mitras, 16.898 (Canarias).

*Córdoba* (año 1778), escrita tras el fallecimiento de su autor, el magistral *Juan Gómez Bravo*, antecesor precisamente de Delgado en la canonjía cordobesa referida, se nos ofrece una somera descripción de la ceremonia<sup>164</sup>:

“En el año de sesenta y uno habiendo sido provisto en el Obispado de Canarias el Sr. D. Francisco Xavier Delgado, Magistral de esta Sta. Iglesia, lo consagrò en ella este Illmo. A este fin se adornò con magnificencia el Presbyterio del Altar mayor, à cuya funcion asistieron los Capitulares de manteo, la nobleza, y demás personas distinguidas de Cordoba: siendo los asistentes el Sr. Rivera, Obispo de Gadara, Auxiliar de Sevilla, y el Sr. Ramírez, Obispo de Tanes, Religioso Angelino, Auxiliar de Cartagena, y el día, el de Sta. Ana. Diò un digno esplendor al Teatro, el estreno del Terno rico, que pocos dias antes havia regalado à su Cabildo este Prelado. Lo havía mandado hacer en Roma con quanto primor, y costa cabe, compuesto de Capa Pluvial Casulla, Dalmaticas, dos paños de Pulpito, y seis Capas; todo de lame de plata vordado de oro, y con correspondientes Alvas de encages esquisitos, à que acompañaban Sacras de plata de bella hechura, trabajadas tambien en Roma. Acabada la funcion tubo à comer en su Palacio à su Ayjado, Obispos, Asistentes, y demás convidados”.

El nombre del padrino de Delgado en la ceremonia de consagración no nos debe dejar indiferentes, pues no era un notable más de los residentes en la Córdoba de aquel tiempo, pues era hermano nada menos que del poderoso obispo de Cartagena don Diego de Rojas y Contreras, quien fue presidente de Castilla entre 1751 y 1766, quien además mandó a su propio auxiliar a asistir al consagrador principal, algo que nos hace pensar en las excelentes conexiones del magistral Delgado antes de alcanzar el episcopado. Rojas como es sabido, se vio envuelto luego en el Motín de Esquilache, siendo implicado en la redacción de la famosa carta dirigida al rey en nombre de los amotinados, redactada por el obispo junto con Luis Velázquez, marqués de Valdeflores. Aunque el prelado argumentó que dicha carta fue escrita presionado por los sediciosos, que lo habían llegado a secuestrar en su propio domicilio, la célebre *Pesquisa* seguida por Campomanes determinó algún tipo de relación del obispo con la conspiración, por lo que el obispo junto con otros personajes principales de la corte, como el corregidor de Madrid, o el presidente de la Sala de Alcaldes, fueron castigados con la privación de todos sus cargos públicos.

---

<sup>164</sup> *Catálogo de los obispos de Córdoba...*, opus cit., pág. 817; Mingüella, opus cit., III, 169; y Francisco J. Aranda Doncel: “El culto al apóstol Santiago en Córdoba (y II)”, *ABC* de Córdoba, 23 de julio de 2007, pág. 34.

No sé si la promoción de Delgado fue directamente favorecida por Rojas, que debió contar una buena relación con el aún poderoso Curiel, primo de Delgado, pero lo cierto es que el nuevo prelado no debió estorbar excesivamente a ninguno de los bandos que se disputaban el poder y el favor regio en aquellos años centrales del reinado de Carlos III. Ni al bando projesuita, ni a Eleta, todopoderoso confesor del rey, y personaje fundamental en el ánimo del monarca en la designación de los candidatos a cualquier mitra que vacase, pues como se ve no fue el más votado de la terna, pero tampoco posteriormente al elemento masón del entorno de Aranda, que presidirá el Consejo a la caída de Rojas, de 1766 y 1773, ya que en ese intervalo (1768) Delgado conseguiría su ansiado traslado a la sede seguntina.

Aunque la noticia de la elección llegó pronto a oídos del cabildo canario, que en 5 de junio de 1761 determina enviarle sus felicitaciones, el recién nombrado obispo no pudo sin embargo dirigirse de inmediato hasta aquella diócesis insular, a la que no llegó si no hasta dos años después debido a la inseguridad de los mares que propiciaba la Guerra de los Siete Años contra Inglaterra, tomando posesión de ella en su nombre don Estanislao de Lugo, tesorero y dignidad de Canaria dentro del cabildo, quien fue nombrado además gobernador del obispado en sustitución del vicario capitular don Eduardo Sall (30 de octubre). Mientras, en ese ínterin, el recién electo prelado viviría entre Sevilla y Villanueva en casa de sus familiares, pues precisamente en esas fechas apadrina a su recién nacido sobrino Juan Acisclo, cuyo segundo nombre tiene evidentes reminiscencias cordobesas, y que llegará igualmente a arzobispo, al cual estudiaremos en la segunda parte de la tesis, ocupándose hasta su partida hacia Canarias de conferir las confirmaciones a los niños que las recibieron en Villanueva esos años<sup>165</sup>. Arribado finalmente a las Islas procedente de Cádiz, el acta capitular del jueves 16 de junio de 1763 nos relata su llegada:

“El obispo Delgado llegó hoy a las once del día al Puerto de la Luz sin detenerse en aquel Castillo por lo cansado que se hallaba..., almorzó tarde y duerme la siesta”. “Se trató de hacerle

---

<sup>165</sup> Viera y Clavijo: *Noticias de la historia general de las islas de Canaria*, IV, pág. 197. Ver asimismo la transcripción que de las actas de cabildo realizara dicho erudito canario: *Extractos de las actas del cabildo de la catedral de Canarias (1514-1791)*, editada por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria en 2007 y transcritas y estudiadas por Esteban Alemán Ruiz y Alexis Brito González, págs. 142-143. APVA, *Libros Sacramentales*, Bautismos, núm. 3, Cuadernillos de confirmaciones insertos.



la correspondiente visita de bienvenida por el Cabildo, pero se difirió hasta el día siguiente por estar su ilustrísima muy cansado y falto de sueño, como en efecto se verificó así”<sup>166</sup>.

El panorama político, social y económico de las Islas, no era en esos años demasiado boyante, pues su economía había quedado muy deprimida por los diferentes trastornos bélicos que interrumpían el vital comercio americano – como durante la Guerra de los Siete Años –, del que Canarias era escala obligada. El poder en el archipiélago residía principalmente en el comandante general, que residía en Santa Cruz, estando situada la Real Audiencia en Las Palmas, siendo de jurisdicción realenga las principales poblaciones del archipiélago. Junto a estas autoridades, existían al igual que en la Península los corregidores, situados en las poblaciones principales, y los alcaldes mayores y ordinarios junto con sus regidores al frente de los cabildos municipales. La de Canarias era una típica diócesis de primer ascenso, factor que motivaba que los prelados que la gobernaban estuvieran pocos años en ella, privando así de continuidad muchos de los proyectos que estos impulsaban a favor de sus fieles. La catedral, advocada a Santa Ana, aún se encontraba inacabada, contando su cabildo con deán y ocho dignidades: arcediano titular de Las Palmas, chantre, maestrescuela, tesorero, prior, arcediano de Tenerife y de Fuerteventura – que ocuparía el ilustrado Viera y Clavijo del que hablaremos –; 16 canónjías, 12 raciones, y 8 capellanes. La diócesis en cambio comprendía 10 vicarías foráneas, y 54 pilas bautismales<sup>167</sup>, estando unida todavía en esos años a ella el territorio del futuro obispado de Tenerife, erigido unos años más tarde. La mitra poseía además desde la época de los Reyes Católicos el señorío de Agüimes, situado al sur de la isla de Gran Canaria, lugar donde se situaba la residencia veraniega de los prelados, casa que desde el pontificado del obispo Verdugo, ya en las primeras décadas del siglo XIX se dedicaría a almacén de los productos decimales que correspondían al obispado canario.

Delgado sustituía a fray Valentín Morán Estrada, mercedario que pastoreó aquella diócesis entre 1751 y 1761, y a pesar de llegar a las Islas como hemos dicho en 1763, dos años después de su preconización, una vez en Canarias se mostró sin embargo como un prelado tremendamente activo, acudiendo ya la catedral el día 20, o

---

<sup>166</sup> Recogido Cazorla León y Sánchez Rodríguez: *Obispos de Canarias y Rubicón*, pág. 311; Viera: *Extractos de las actas del cabildo...*, pág. 145.

<sup>167</sup> *Guía del estado eclesiástico seglar y regular de España, en particular, y de toda la Iglesia Católica en general para el año de 1796*, Madrid, Imprenta Real.

consultando – para evitar fricciones – con el cabildo los nombramientos que planeaba sobre cuatro señores dignidades y siete canónigos de jueces sinodales, decisión que contó con el acuerdo unánime de los capitulares. En los cinco años efectivos que gobernó la diócesis visitó todas sus islas, dejando una importante labor pastoral y misional, e impulsando la construcción y reconstrucción de diferentes templos, entre los que destaca la propia catedral grancanaria. En este periodo, donaría también a diferentes iglesias de aquel archipiélago valiosas ofrendas, ya en forma de limosnas, o de valiosos ornamentos, tales como cálices, copones, custodias, y diverso ajuar. Una de las mayores preocupaciones del nuevo obispo fue el ejercicio de la caridad con los más necesitados, tanto con abundantes limosnas, como apoyando memoriales de ayuda a diferentes instancias para paliar la situación económica que deparaba la referida interrupción del comercio americano.

Así por ejemplo, en 1768, apoya plenamente la iniciativa del nuevo comandante general, Miguel López Fernández de Heredia de enviar a la corte un enviado especial que solicitase algunos socorros que paliasen la desesperada situación de las Islas, agravada además con epidemias traídas de tierras americanas como el vómito negro. Aunque se eligió para tal cometido a uno de los principales próceres de las Islas, don Tomás de Nava y Grimón, marqués de Villanueva del Prado, nuevamente la falta de recursos que sufragasen el viaje y la estancia – quizás prolongada – en la corte, impidieron la culminación del proyecto<sup>168</sup>. Pródigo siempre en abundantes limosnas, las repartía allá por donde iba: en el transcurso de las Visitas Pastorales, a los conventos y parroquias necesitadas, a los pobres que se acercaban a su palacio, o como ya se ha dicho en donaciones en forma de ornamentos litúrgicos a iglesias necesitadas. Durante su Visita por Tenerife, La Palma, La Gomera y El Hierro llegaría a entregar 500 pesos, cifra nada despreciable si tenemos en cuenta las pobres rentas que proporcionaba una diócesis como aquella, encerrada en el Atlántico, y a merced de las múltiples interrupciones del tráfico marítimo que la guerra causaba<sup>169</sup>.

Junto al digno exorno de los templos – especialmente en los más humildes –, ya mencionado en el anterior apartado, puso Delgado también especial incapié en todas las diócesis que gobernó, en impulsar la debida solemnidad de los ritos celebrados en las

---

<sup>168</sup> Pedro González Sosa: *Canónigo Gordillo: un genio de la discordia*. Edición del Cabildo Insular de Gran Canaria, 2001, págs. 17 y ss.

<sup>169</sup> Alfredo Reyes Darías: *Las Canarias occidentales: Tenerife, La Palma, La Gomera, El Hierro*, 1969.

iglesias del obispado, que debían ser acordes a la importancia de los misterios que se oficiaban dentro o fuera de aquellas. En este sentido nos dice Viera, que el prelado sevillano ejerció “con magnificencia sus funciones episcopales”, si bien nos indica también que casi no predicó<sup>170</sup>. Preocupado por la formación moral e intelectual del clero, un asunto que requirió su especial atención, impuso la celebración de las llamadas Conferencias Morales, dictando una pastoral fechada el 28 de diciembre de 1763 que regulaba y establecía su celebración en las diferentes parroquias tal y como mandaban las distintas directrices que la Iglesia venía decretando desde Trento, intentando con ellas erradicar algunas malas prácticas perjudiciales en la formación y posterior comportamiento de clérigos u obispos. El documento pretendía su institucionalización en la diócesis determinando una frecuencia de al menos dos sesiones cada mes, reglamentaba sus contenidos, y ponía especial énfasis en un efectivo control de la asistencia de los clérigos obligados a ello junto con otros aspectos que a continuación detallaremos<sup>171</sup>.

El fomento de esta práctica, más que una muestra de religiosidad ilustrada, muy dividida entre simpatizantes de las novedades filosóficas – teñidas de deísmo y masonería – y la tradición teológica mantenida por Roma, puede ser considerada más bien un ejemplo de práctica religiosa racional, o racionalizada mejor dicho. A través del fomento continuado del estudio, la Iglesia pretendía erradicar algunas malas prácticas de sus ministros, las cuales redundaban en perjuicio de las conciencias de los fieles. Con el estudio continuado de estos en los principios de teología, moral, o ritos, el clérigo contaría así con una base más óptima de conocimiento en los diferentes casos de conciencia que pudiesen tocarle solventar, redundando en un mejor consuelo a las necesidades de su grey.

Estos elementos no afectaban a importantes principios de teología, si no más bien a principios de buen gobierno, costumbres, y atención pastoral principalmente, en

---

<sup>170</sup> Viera y Clavijo: *Noticias...*, IV, op. cit. 197-199.

<sup>171</sup> Biblioteca Universitaria de La Laguna (BULLA), *Papeles Varios*, 99 (17), Circular sobre Conferencias del Clero: *Don Francisco Delgado y Venegas por la gracia de Dios, y de la Sancta Sede Apostolica Obispo de Canaria del Confejo de Su Majestad & A todos los Reverendos Vicarios, Parrochos, Curas de Almas, y demás Eclesiásticos Seculares de esta nuestra Diocefi...* Canarias, 28 de diciembre de 1763, 13 págs.

Sobre esta materia ver de Santiago Cazorla León: *Conferencias Morales del Obispo Delgado y Venegas*, trabajo inédito, Secretaría de la Catedral, legajo 73.

los que planteado un tema a los sacerdotes, estos debían debatir sobre ello, abarcando materias como: catequesis, formación moral y teológica del clero, o liturgia. La pastoral citada no solo establecía su obligatoriedad a todos los miembros del clero, también los asuntos y el modo de realizarlas, su duración, y la obligatoriedad de dar cuentas al prelado sobre los resultados, el número de asistentes, y el aprovechamiento obtenido en las mismas, algo que debía hacerse cada tres meses. El prelado debería igualmente examinar la suficiencia de los sacerdotes y confesores, intimándoles a la asistencia a los oficios y al coro, especialmente los domingos y fiestas más solemnes<sup>172</sup>. Sobre este asunto incidirían también algunos de sus sucesores, como los obispos Cervera, Herrera, y Tavira, quienes consiguieron dotar a los sacerdotes de una congrua más digna para su sustento, reformando a través de los nuevos planes de erección de curatos las estructuras económicas de las parroquias y los beneficios, descompensados en su número y retribuciones pecuniarias.

La pastoral, enviada en forma de circular, está fechada en Canarias el 28 de diciembre de 1763, es decir al poco de llegar Delgado a las Islas, siendo enviado “a todos los reverendos vicarios, párrocos, curas de almas, y demás eclesiásticos seculares” de la diócesis. Su objeto, potenciar – como ya hemos dicho – tanto la teoría como la praxis de los clérigos en sus predicaciones, corrigiendo errores o vicios que la falta de una adecuada formación moral y teológica persistiesen. O como decía el mismo prelado, condolido a su llegada: “que fiendo tan fértil el campo, dexase de producir por falta de cultivo, aquellos frutos, que nos prometíamos defde lexos”. Los contenidos de las conferencias, cuya práctica había caído en deshuso a pesar la insistencia de los decretos tridentinos en su realización, y que Delgado se planteaba restituir y renovar, giraban en torno a tres materias principales, que debían ser estudiadas y debatidas en sus reuniones por todos los clérigos de la diócesis: los casos de conciencia, los sagrados ritos, y las ceremonias. Todo el que pretendiera ordenarse – advertía el documento –, o incluso quien ya lo estuviera y sirviera a la Iglesia como ministro, ya asistiendo o celebrando funciones sagradas, estaba obligado a ello. Si aquel pertenecía ya al sacerdocio, debía celebrar “el Sacrosanto Sacrificio de la Misa, con ciencia bastante para saber lo que hace, como la ha de hacer, y como se ha de portar en tanta variedad de casos, y defectos, como pueden ocurrir”. Con este reforzado conocimiento – que hoy llamaríamos

---

<sup>172</sup> Viera y Clavijo: *Noticias*, IV, opus cit., 198.

formación continua o reciclaje – se frenarían algunos defectos perjudiciales para la conciencia y actitud de los fieles, “escandalizados ante la ignorancia y atrevimiento de algunos ministros”.

Como indicaba el Concilio de Trento, la obligación de los ministros era la de enseñar al pueblo todo lo necesario para su salvación, administrándole los sacramentos y cumpliendo con otras importantes obligaciones, no debiendo conformarse únicamente en el cumplimiento del rezo del oficio divino, o en decir la misa la misa que tuvieran asignada por tal o cual capellanía. Tampoco bastaba con asistir a su iglesia en las funciones de los días festivos, el clérigo debía instruirse en los puntos principales de la religión, la doctrina cristiana, y materias de moral, quienes no lo hicieran, afirmaba el prelado estaban “miserablemente engañados”. El sacerdote – continuaba la pastoral –, estaba por muchas causas obligado a administrar el Sacramento de la Penitencia, junto con los demás, pero principalmente por: justicia, si fuere párroco o tuviere a su cargo la cura de almas; por caridad, siempre que alguna “criatura” se hallare en peligro de muerte, o le sucediere alguna urgencia semejante; y por obediencia, cuando el obispo por graves y legítimas causas se lo mande. De no hacerlo – agrega –, el ministro incurriría gravemente en pecado mortal, sujeto por tanto a las penas que le fueran impuestas por ello por el prelado, según lo estimen las circunstancias de la omisión, o inobediencia. Por todo lo cual, los ministros de la Iglesia debían estar siempre aptos y dispuestos en la doctrina y las ciencias eclesiásticas, necesarias para cumplir estas sagradas obligaciones.

Así, expone el prelado, que nadie podía juzgarse como medianamente instruido en lo necesario para administrar el Sacramento de la Penitencia, si aquel no sabía distinguir las culpas mortales de las veniales, algo para lo que era fundamental conocer los casos que frecuentemente acontecían, o las circunstancias que mudaban y variaban la especie y naturaleza de la culpa y sus agravantes. Igualmente debía tener noticia de los casos reservados al Sumo Pontífice o al Obispo, y por lo tanto los que tenían anexa alguna censura reservada; debiendo estar “bien inteligenciados” de quienes, cuándo, y por qué orden deben actuar para que los penitentes quedasen libres y absueltos de los delitos. Si este ignorase cuándo, y qué confesiones se deben repetir, o revalidar; o si no tuviere prontos los saludables consejos o amonestaciones con que ha de enfrentarse el ministro a los pecadores, reduciéndolos así a una verdadera y fructífera penitencia. Todo

esto venía apoyado durante toda la Contrarreforma, y aun antes, por diferentes escritos, decretos, y pastorales, que propiciaban un mayor estudio que alimentase una óptima instrucción de aquellos – los confesores por ejemplo –, algo que precisaba según la pastoral “no dejar los libros de la mano”. Era tanto lo que había que saber sobre la moral, “que solo se conoce cuando mas se estudia”, encontrando siempre algún conocimiento nuevo aún en el más usado de los libros, ya por no haber reparado antes en ello, o simplemente por haberlo olvidado.

Es en estos textos, donde más podemos ver el carácter bienintencionado del episcopado español en el siglo ilustrado, impulsor de un estudio constante de las ciencias eclesiásticas que redundase al igual que en otras facetas – cómo la caridad por ejemplo – en beneficio del pueblo fiel, y por consiguiente de Dios, quedando así libre de vicios y prácticas perniciosas incurridas en el pasado. Sobre este aspecto nos dice:

“Séannos testigos los hombres doctos, y aplicados, que tanto sudan para dar un dictamen con juicio, y acierto: y desde luego recusamos à los que fiados de lo que antecedentemente han leído, y pagados de sí mismos, sobre la marcha, como suele decirse, responden con gran satisfaccion, a cuanto se les pregunta, y muchas veces a lo que no se les pregunta, ni les corresponde. La larga experiencia nos ha hecho ver a muchos, que al principio fueron excelentes confesores, y dieron gran gusto en sus exámenes, reducidos despues por su inaplicacion, á una cuasi total ignorancia, y cuando mas, á una noticia confusa, de lo que supieron: reflexione cada uno sobre sí mismo, y si es estudioso, conocerá, y no se avergonzará de contestar, que no tiene presentes con la puntualidad, que quisiera, muchas especies, que ha leído, y comprendido; y si es omiso en el estudio, su vergüenza le tapaná la boca, para confesarlo; pero su conciencia le voceará, que nada sabe de lo que supo, o que lo sabe con tanta confusion, que es casi lo mismo, que si no lo supiera, y muchas veces peor: porque con aquellas especies mal colocadas, y sin digerir, resuelven o aconsejan en casos graves con grandísimos perjuicios, y muchas veces, con perturbaciones ruidosas, y transcendentales. Con más quietud viven los que nunca se han fatigado por saber; pero ¡que quietud tan engañosa! ¡que sosiego tan falso!”.

Sentenciando finalmente, a una manera ciertamente ilustrada, en lo que a la lucha contra la ignorancia se refiere, tanto del pueblo, como del propio clero, la necesaria aspiración de que “para vivir como eclesiásticos racionales”, era preciso “estudiar, y que el estudio sea continuo”.

Esta necesidad de las Conferencias Morales, introdujo en la Iglesia según afirmaba el recién llegado obispo, una loable disciplina, medio idóneo para desarraigarla de la ignorancia, y sobre la que muchos “obispos celosos” – es decir adecuados a las necesidades de los tiempos –, tanto extranjeros como españoles, proveían diferentes reglas y preceptos para un mejor uso de las mismas, “ya en sus constituciones sinodales” o “en doctísimos edictos”. También en libros que publicaran los frutos sacados de dichas conferencias, divulgando casos resueltos en ellas, y de gran utilidad, como es el caso citado por el obispo de Juan Clericato (tenido por doctísimo canonista en aquella época) por ejemplo. También a través de los documentos y edictos de sus predecesores, de los que el obispo confiesa aprender, manifestando a los interesados no mandar “nada nuevo”, sino restaurar lo que ya lo estaba, y que no había sido cumplido en otras épocas ya por omision o por negligencia, pidiendo recibir el mismo cariño y respeto que aquellos:

“Llenos de confianza, de que nuestros súbditos se complacerán en continuar con su obediencia el respeto, y amor que profesaron a sus dignísimos preladados antecesores, recordando a mi indigna persona la veneracion, con que recibieron aquellos paternos decretos”.

Todos los obispos estaban obligados, bajo graves censuras, a hacer ya por su persona, o al menos por su procurador legítimo, la llamada visita *ad limina Apostolorum*, en la que el prelado debía presentar a la Silla Apostólica el estado general de su diócesis. En este sentido, el mismo Delgado, recién llegado, recuerda a sus ministros como acicate para la referida celebración, su propia necesidad de rendir cuentas, pues como el mismo dice: “Nos estrecha ya el término de enviar a la Silla Apostólica la relacion del estado de nuestra Diócesis”. Papas como Benedicto XIII habían ya publicado instrucciones sobre las que debían arreglarse los obispos en la reforma del estado de sus iglesias, como el citado pontífice expresaba en su *Apéndice al Concilio Romano* de 1725. También Benedicto XIV en su *Synodo Diocesana* (II Tomo, capítulo tercero, fol. 14) había especificado de manera detallada el asunto, mandando que los obispos en la citada relacion se vieran obligados a dar cuenta de la celebración de estas conferencias, ocupadas en teología, moral, casos de conciencia, y sagrados ritos. Disposiciones que aclaraban igualmente el número de sesiones que se habían de determinar, sus asistentes, y el aprovechamiento conseguido para que no quedase todo en una mera pantomima intrascendente. Por lo que era obligado a los obispos

impulsarlas e intimar a sus clérigos a la asistencia con aprovechamiento, como dictaba el documento Benedicto XIV y otros anteriores, p.ej.: las constituciones apostólicas de Inocencio XIII (*Apostolici Ministerii*), y de Benedicto XIII (*In Supremo*).

A dichas juntas, debían asistir “todos los Clerigos, afsi de menores, como de mayores ordenes, aunque no tengan Beneficio, ni Oficio Eccliaftico”, algo expuesto de manera clara en el citado *Synodo*, párrafo 7, cuyo final dice: “*Ac insuper satagant, ut omnes Ecclesiastici praedicti etiam collationibus habendis coram Parochis suis, vel aliis ab Episcopo deputatis, super casibus conscientiae fórum concernentibus, et super Ritibus, ac ceremonias sacris intersint*”. De no insistir en ello, vigilando celosamente su realización y obligada asistencia, apoyada en diferentes cánones de la Sagrada Congregación, o diversa jurisprudencia: p. ej. la del cardenal de Petra o de Monacelli<sup>173</sup>, quienes habían apoyado al obispo de Malta en su controversia contra los capitulares de su diócesis (1707) sobre la obligación de aquellos de asistir. Necesidad que según el referido Petra quedaba “bien clara” junto con la potestad del obispo para “compelèr y apremiar à todos los Parrochos feculares, ó Regulares que exerzan Cura de almas, y à todos los Confeffores feculares, aunque lo fean voluntariamente, y sin oficio, ni título, que les obligue à ello”. De no hacerlo, el prelado podía verse incluso tachado de negligente, algo que el mismo expone apoyándose en la jurisprudencia mencionada:

“No permita nuestro Señor Jesucristo, que mintamos a su Vicario. No podremos decirle que no hemos solicitado, que se tengan las conferencias, sin quedar ciertos de la justísima indignacion de Su Santidad, y esperando una severa correccion: dirémosle pues, siendo Dios servido, que se tienen, y esperamos que nuestro clero nos dará materiales, para poder vestir nuestra relacion con la agradable noticia de su aplicacion, y aprovechamiento”<sup>174</sup>.

Por lo que él mismo, arreglándonse a los citados documentos, y teniendo además presente lo que ordenaban las referidas Constituciones Apostólicas: *Apostolici Ministeri, In Supremo*, de que ya dejamos hecha mencion, ordenaba a todos los clérigos de la diócesis que estuviera competidos en ellas, el mandato:

---

<sup>173</sup> Vincenzo Petra, cardenal-obispo de Palestrina, arzobispo titular de Damasco (1662-1747), es autor de: *Commentaria ad constitutiones apostolicas seu Bullas singulas Summorum Pontificum contentas in Bullario Romano*, Venecia, Typographia Balleoniana, 1741; y Francesco Monacelli, protonotario y vicario general de la diócesis venusina: *Formularium legale practicum fori ecclesiastici, in quo formulae expeditionum ufufrequentieum de his, quae pertinent ad Officium Judicis nobile continentur. Cum Appendice plurium Constitutionum Apostolicarum*, Venecia, Typographia Balleoniana, 1764.

<sup>174</sup> BULLA, *Papeles Varios*, 99 (17): Circular sobre Conferencias del Clero, pág. 8.



“Mandamos estricta, y precisamente à todos los Beneficiados, y Curas de este Obispado, y à los que con qualquiera otro título, o motivo exerzan, y tengan à su cargo Cura de almas, y à todos los Sacerdotes seculares que tubieren aprobacion, y licencia de confesar: Y exortamos, y amonestamos con nuestra mayor instancia, y eficacia à los restantes Sacerdotes, y demas del Clero, especialmente à los que se hallan ordenados, ò aspiran à ordenarse de orden Sacro, que asistan, y frequenten las conferencias de Moral, y casos de conciencia, y de sagrados ritos, y ceremonias, que mandamos se tengan en la forma, y metodo, que propondremos, sin faltar à ellas, sin es que sea por enfermedad, ò otra causa legítima equivalente: reservando en Nos, imponer à los omisos, y contraventores las penas, que tubieramos por convenientes segun la qualidad de la omision o culpa”<sup>175</sup>.

Sobre el método a seguir, continuaba, “no es posible conseguirse el fin de las conferencias, sin se establece un methodo cierto, en que todos se conformen”, pues “cada uno abunda en su sentido, y entiende las cosas à su modo: y si una materia tan importante se dejara al arbitrio de los concurrentes, al primer passo se tropezaria con mil dudas, y dificultades”. Pues, “el mismo defecto de acertar, y hacer lo mejor, dividiria los dictámenes, y discursos en tanta variedad, quanta es la de los ingenios, y genios de los hombres, resultando de aquí una discordia intelectual, que embarcaria mucho el progreso, y utilidad de las conferencias, y pararia en confusion muy agena de el fin”. Todo lo cual era contrario al espíritu de uniformidad que distinguía desde siempre a la Iglesia, conviniendo Delgado, auxiliado de otros escritos anteriores, pues como decia de manera humilde: “conocemos que peligraria mucho el acierto, si le fiáramos de nuestro limitado juicio, y capacidad: por esto hemos recurrido à valernos de las reglas que nos han dejado escritas los Maestros, y hombres grandes de la Iglesia”. Así, decide el mismo diseñar un método propio para las Islas: “un methodo facil, y suave que se figa en todas partes”<sup>176</sup>.

El Concilio Romano de 1725, celebrado por mandato de Benedicto XIII, en su capítulo 9, título 15, mandaba, que en todas las semanas hubiera en las capitales y lugares de los obispados una congregacion, a que debían asistir todos los canónigos, párrocos, confesores, y clérigos de órdenes sacras bajo cierta pena pecuniaria. En ellas debían estudiarse los temas ya referidos sobre: casos de conciencia y de ritos,

---

<sup>175</sup> Ibidem.

<sup>176</sup> Ibid, 8-9.

según el método establecido en el *Apéndice* (folio 239). También el futuro Benedicto XIV publicaría otro sobre el mismo asunto para su arzobispado de Bolonia, cuyos frutos y casos de conciencia fueron publicados en un tomo impreso con casos propuestos y resueltos entre 1732 y 1751, disponiendo aquel tres casos en cada mes. De los prelados españoles cita Delgado a Bastero y Lledó, obispo de Gerona, quien en sus pastorales, y casos planteados desde 1729 en adelante, sirvió de espejo a otros prelados nacionales, quienes iban adaptando dichos métodos a las necesidades propias de cada diócesis. Algo que el propio Delgado se dispone a hacer:

“Defeando acomodarnos à las de la nueftra, emos elegido un medio, que ni fe queden las conferencias en pura ceremonia, ni fean gravofas à los Eclesiásticos, que concurran à ellas; firviendonos de guía lo ordenado, y practicado por tan Sabios Maeftros y Superiores”<sup>177</sup>.

Establece pues, dos juntas en cada mes, a las que se asignan los primeros días libres de la primera y segunda quincena de cada uno; dejando al parecer del presidente junto con los sacerdotes adelantarlas o retrasarlas en caso de coincidencia con festividades solemnes. El procedimiento propuesto, señalaba asimismo la obligación de asentar en el libro que las conferencias llevasen para registrar sus disposiciones, el día y la hora en que se había de tener la reunión siguiente<sup>178</sup>, estableciéndose la sede de las conferencias en Las Palmas en la ermita de San Antonio Abad, y para el resto el siguiente turno: donde hubiere dos o mas parroquias se celebrarían de manera alterna en cada una, ya en la sacristía, o en alguna capilla, debiendo comenzarse en la que tuviera el beneficiado más antiguo. En la población donde hubiere una sola iglesia, debía celebrarse en las estancias indicadas o en la casa del vicario si lo hubiere, o del beneficiado o cura más antiguo si tuviere comodidad para ello, y no pusieren reparo los concurrentes<sup>179</sup>. Todo esto debía entenderse para los lugares en que hubiere al menos cuatro eclesiásticos que asistan y conferencien, fueran sacerdotes, de menores órdenes, o religioso que sirviere como teniente de beneficiado o de cura en alguna parroquia. No llegando al mencionado número los eclesiásticos de un lugar, estos debían elegir el más cercano o cómodo, que cumpliera tal requisito, juntándose a ellas. En caso de no haberla en las cercanías, el prelado estableció se juntasen los eclesiásticos de dos o tres

---

<sup>177</sup> Ibid, 10.

<sup>178</sup> Ibídem.

<sup>179</sup> Ibídem.

lugares a tener las conferencias, empezando el turno en la iglesia donde igualmente existiera el beneficiado más antiguo. El mismo orden se guardaría en las parroquias gobernadas únicamente por curas, entrando la del más antiguo de estos inmediatamente después a la del beneficiado más moderno.

En los lugares en que existiera un corto número de eclesiásticos, aunque superasen los cuatro requeridos, el obispo aconsejaba en cambio, que aquellos también se juntasen, especialmente los que tuviesen dos o tres, “para que afsí fean mas utiles, y concurridas las juntas, y de efte modo fe repartirà el trabajo de ellas entre màs, y à cada concurrente le tocará menos”<sup>180</sup>. El clérigo que por urgente necesidad no pudiera asistir a alguna de ellas, siempre que esta fuese “urgencia legítima”, debía asimismo dar cuenta al presidente de la junta de sus motivos, no eximiéndole esta situación de enviar por escrito lo discurriese y trabajase acerca de los puntos a tratar en aquella conferencia, que leería el secretario en presencia del resto, luego de concluidos los debates. La presidencia de la junta establecida en la capital correspondió al provisor, o en su defecto a quien el prelado designara; en las ciudades, o lugares donde existía vicario lo sería este, mientras en los pueblos la presidencia de las conferencias recayó en el beneficiado más antiguo de la parroquia en que se tuviere la conferencia. Donde no hubiere beneficiado, lo sería el cura más antiguo, reservándose el obispo la facultad de modificar los nombramientos en quien tuviera a bien. De las Conferencias habidas en la capital se nombró como primer secretario a don Felipe Alfaro, que sería igualmente sustituido por quien el prelado o provisor determinase; en los demás lugares lo nombraba el prefecto, o presidente de la junta en el ínterin de su designación por parte del obispo o su provisor<sup>181</sup>. El presidente de cada congregación comunicaba a todos los concurrentes sobre el día y la hora en que se había de tener la conferencia siguiente, la cual debía ser anunciada con el correspondiente toque de campanas desde la parroquia respectiva al menos desde medio cuarto de hora antes de su inicio, misión esta última que correspondía al secretario. Una vez reunidos todos en el lugar señalado, el presidente daba comienzo a la sesión con el canto del *Veni Creator Spiritus*, finalizando

---

<sup>180</sup> Ibid, 11.

<sup>181</sup> Ibid, 11-12.

la conferencia con el rezo de las oraciones del Espíritu Santo, de Nuestra Señora, y la *Acciones nostras*, permaneciendo los asistentes de rodillas<sup>182</sup>.

El desarrollo de los debates sería el siguiente: una vez sentados los presentes por su orden, sin que esto, como indicidía el prelado pudiese suscitar conflicto de preferencia alguna, el presidente quedaría en medio, con una mesita delante y sobre ella los libros necesarios para el desarrollo de la sesión y un reloj de arena que señale las horas. A su lado el secretario, que tendrá consigo la lista de todos los que componen la reunión con pluma, tintero, papel, y recado de escribir, anotando en un libro o cuaderno grande cosido los casos a tratar en la conferencia, así como lo que se resolviera en ella. Este libro o cuaderno lo costearían los propios congregantes, no pudiéndose excusar ninguno de ello alegando pobreza, pues el costo se reducía a una docena de pliegos de papel, gasto que no cabía por asistente a más de uno por año. El presidente debía comenzar la sesión de la primera junta de cada mes, leyendo o explicando brevemente un capítulo del Concilio de Trento, correspondiendo a la segunda otro de las Constituciones Sinodales del propio obispado<sup>183</sup>. Antes de empezar cada conferencia el secretario debía tener preparadas las cédulas con los nombres de todos los asistentes, procediendo tras la referida primera lectura a leerlas una a una, y a sacar una de ellas por suerte, tocándole al elegido proponer, explicar, y fundar su respuesta al punto primero. Tras lo cual, los concurrentes le refutarían e interpondrían los argumentos que creyesen convenientes “sin estrépito, ni porfía”, respondiendo nuevamente el proponente a las objeciones de aquellos. Por último, sería el presidente, párroco, o asistente más antiguo, el encargado de resolver el caso, aportando para ello “las autoridades, y razones más sólidas”, todo de manera breve y “sin disgresiones ni especies fuera del caso”, réplicas o porfías, que el mandato dejaba: “para muchachos mal difciplinados en las aulas”<sup>184</sup>. Concluido el primer caso, se devolvía la cédula a la urna, salvo que el número de asistentes llegasen o superasen el número de seis, en que no se volvería a meter, sacándose otra nueva por suerte, y conferenciándose del mismo modo en el segundo de los casos. La duración de cada conferencia sería por lo menos de hora y media, finalizando como se expresó con la Letanía de María Santísima, y la

---

<sup>182</sup> Ibid, 12.

<sup>183</sup> Ibídem.

<sup>184</sup> Ibid, 12-13.

oracion de Nuestra Señora, debiendo permanecer todos desde el principio hasta el fin “con toda compostura y modestia”, quedando el que no entrare a tiempo, o se fuere antes de su terminación por no asistente a la conferencia. Determinándose en ese mismo instante igualmente el día y la hora fijados para la conferencia siguiente, así como los casos a tratar en ella, que quedarían fijados en la sacristía para que todos pudieran verlo y venir así preparados y con el estudio necesario para cumplir con el caso<sup>185</sup>. El secretario debía escribir en el libro antes mencionado, el día, la hora, y el lugar de cada conferencia, con los que asistieron a la misma, y los que no, con expresión de las causas para cada falta, junto a todo esto, debía hacer constar también los puntos debatidos, así como la última resolución dictada por el presidente, firmándolo de su nombre.

La asistencia y aprovechamiento de las conferencias, expedidas a través de las correspondientes certificaciones, tenían gran importancia para los interesados, pues como el mismo prelado se encargaba de advertirles que:

“fe les ha de dar fe, y fervir de mucho para los informes, que en las vacantes de piezas Eclesiásticas hiciéremos al Rey nuestro Señor, y à fu Real Camara, para facilitar, ò dificultar las pretenciones de los que deffeen ordenarfe, para las propueftas á los Beneficios vacantes, ò que vacaren, para el nombramiento de Curas, para las licencias de decir Miffa, y Confeffar, y para todo lo que tengamos arbitrio”<sup>186</sup>.

Es decir, necesaria para cualquier persona que pretendiera ingresar, hacer carrera, optar a cualquier beneficio, o mantener el que ya tuviese dentro de la Iglesia, quedando al arbitrio del prelado renovar o suspender al interesado las correspondientes licencias para officiar y confesar dentro de la diócesis a cualquiera que él creyese no cumplía los requisitos expuestos. Prefiriéndose por parte del prelado a los clérigos o aspirantes que se distinguiesen en la asistencia, y aprovechamiento, en detrimento de los que se considerasen “ociosos y omisos”. Una información que debía enviarse al obispo cada cuatro meses, remitiéndola mediante certificación firmada por el presidente y secretario, al vicario del partido respectivo, quien a su vez los consignaría al provisor, que se encargaría de hacérselos llegar al prelado. Como se ha visto, la obligación de asistir a las Conferencias Morales no afectaban únicamente a los clérigos ya

---

<sup>185</sup> Ibid, 13-14.

<sup>186</sup> Ibid, 14.

consagrados, también a los que pretendían ordenarse en los diferentes grados. A los que pretendían ordenarse de Epístola, no se les admitiría si no habían asistido a las conferencias del año anterior a las órdenes pretendidas, dos para los de Evangelio, y tres para los que pretendían ordenarse de Misa. De hecho, se estableció para evitar que algún eclesiástico alegase desconocimiento de las mismas, se estableció un más que estricto control en la difusión de las conferencias, que debía ser leída de manera pública a todos los clérigos de una parroquia o partido, y que se desarrollaba de la siguiente manera. Luego que los vicarios, beneficiados, o curas de sus partidos y parroquias respectivas recibieran la circular, estos debían juntar en sus casas, o en las sacristías de sus parroquias a todos los eclesiásticos que pertenecieran a ella. Una vez allí, se procedería a leerles ante notario el contenido de la carta del prelado, repitiéndose la diligencia de manera separada en caso de que alguno de los afectados se ausentara por enfermedad u otro motivo, formándose un testimonio sobre el acto. Tras esto, el documento, que debía contener el nombre, órdenes, y oficios de todos los interesados, debía remitirse al vicario de aquel partido, y este a su vez a la Secretaría de Cámara del prelado para su conocimiento<sup>187</sup>.

¿Pero cuáles son los casos que se debatían en aquellas conferencias morales? El mismo prelado los adjuntaba a la propia carta circular, con expresión de los capítulos que se debía leer a su inicio, y de los casos a tratar. Resumimos los contenidos de los del año 1764, pues solamente el análisis de los diferentes casos establecidos a lo largo de los años merecería un amplísimo estudio monográfico del que no podemos ocuparnos por lógicas razones de espacio:

*Assuntos para las Conferencias que se han de tener en el Obispado de Canaria en el año de 1764*<sup>188</sup>.

- Mes de enero. Primera Conferencia: Concilio Tridentino, cap. 7 de la sesión 13, de *Eucharistia*, que empieza *Si non decet*. Asunto 1º: “Si los contratos celebrados por miedo fean validos”; 2º: “Qual fea la obligacion de el Parrocho acerca de los libros, y fentar las partidas de Baptifmos, Confirmaciones,

---

<sup>187</sup> Ibid, 14-15.

<sup>188</sup> BULLA, *Papeles Varios*, 99 (17): *Assuntos para las Conferencias que se han de tener en el Obispado de Canaria en el año de 1764*, 12 págs.

Matrimonios, y entierros, que fe hagan, y que fe pruebe con ellas”. Segunda conferencia: los capítulos primeros de la Constitución Sinodal, que empiezan *Cofa laftimofa es: y Por Derecho; y Eftando*, del título Fide orthodoxa, fol. 38. Asunto 1º: “Si sea licito, y en que cafos feguir opinion probable, dejando la mas probable, y mas fegura; y fi lo es, feguir opinion, que fe tenga por improbable, ò fe dude de fu probabilidad?”; 2º: “Si es neceffario Miniftro para decir Miffa? Si podrá ferlo el que no fepa refponder, ò una Muger en cafo de necesidad, y fi en èl podrá decirfe fin Miniftro?”.

- Mes de febrero. Primera Conferencia: Conc. Trident., cap. 6, sesión 14, de Reformatione, que empieza *Quia vero*. Asunto 1º: “Si, y porque razon el pecado venial, pueda hacerfe mortal? y fi puede por el numero, y frecuencia?”; 2º: “Qual fea la obligacion del Parrocho à refidir en fu Parrochia, con que licencia, porquè tiempo, y con què condiciones podrá aufentarfe de ella?”. Segunda conferencia: Const. Sinod., cap. 3, que empieza *Que los Maeftros de Efcuela*. Asunto 1º: “De adonde nafca, ò fe tome la diftincion efpecifica de los pecados?”; 2º: “Si es pecado, y qual decir Miffa privada el Sabado fancto”.
- Mes de marzo. Primera Conferencia: Conc. Trident., cap. 2, sesión 21, de Reformatione, que empieza *Cum non deceat*. Asunto 1º: “Si en las palabras, y forma de los Sacramentos hàya parvedad de materia?”; 2º: “Porqué títulos fe contrae la obligacion de rezar el Oficio Divino, y como fe debe cumplir con ella”. Segunda conferencia: Const. Sinod., cap. 3, del mismo título que el señor Dávila, que empieza *Siendo cierto*. Asunto 1º: “Si el Sacerdote eftè obligado con peligro de la propia vida à oir la confefsion, y abfolver à uno, que en el articulo de la muerte teme que no tienen fuficiente cóntricion, y por effo pide Confeffor para obtener la abfolucion Sacramental?”; 2º: Si en Domingos, y dias en que fe reze Oficio con Rito doble, fe puede decir Miffa de Requiem?
- Mes de abril. Primera Conferencia: Conc. Trident., cap. 4, sesión 21, de Reformatione, que empieza *Epifcopi, etiam*. Asunto 1º: “Si à un moribundo, que antes pidió el Baptifmo, y defpues cayò en amencia, ò letargo, permaneciendo en el, fe le podrá baptizar?”; 2º: Qual fea la obligación de los Parrochos à predicar à fus feligrefes, fi pueden cumplirla por medio de otro, y fi pueden permitir que predique en fu Parrochia quien no efté aprobado por el Ordinario. Segunda Conferencia, Const. Sinod., cap. 1 del señor Dávila, de la Confirmacion que empieza *Sanctamente*. Asunto 1º: “Si pequen mortalmente el Sacerdote, ò

- lego que en pecado mortal baptiza à un infante moribundo”; 2º: “Si el Sancto Sacrificio de la Miffa aproveche infaliblemente à los difuntos por quien fe aplica”.
- Mes de mayo. Primera Conferencia: Conc. Trident., cap. 6, sesión 21, de Reformatione, que empieza *Quia illiterati*. Asunto 1º: “Si el emplear los dias de fiefta en immoderados juegos, diverfiones pecaminofas, comidas, y bebidas defordenadas, y otras obras delinquentes, fea circunftancia, que mude efpecie, que nefeffariamente fe deba explicar en la confeffion, ò fea folo una accidental inordinacion contra el honor de Dios, que no haya necesidad de confeffarla?”; 2º: “Porquè medios, induftrias, y diligencias podrá el diligente Parrocho retraer à los Parrochianos en los dias de fiefta de las dichas obras pecaminofas, y reducirlos à celebrar, y fanctificar las fieftas con toda reverencia, y devocion?”. Segunda conferencia, Const. Sinod., cap. 1, del Sacramento de la Penitencia que empieza *El Sacramento de la Penitencia*. Asunto 1º: “Si el Confeffor tenga obligacion debaxo de pecado mortal à preguntar à los penitentes?; 2º: “Supuefta la opinion de que todas las Rubricas del Miffal fon preceptibas, fe pregunte fi todas obligan baxo de culpa grave, ponderefe lo gravemente que eftàn los Eccléfiafticos obligados à leer, y eftudiar las Rubricas, y ceremonias, y que medios podrán usar más útilmente”.
  - Mes de junio. Primera Conferencia, Conc. Trident., decreto de la sesión 22, de obfervandis in celebratione Miffae, que empieza: *Quanta cura*. Asunto 1º: “Si fea valido, ò licito en algun cafo, el Baptismo hecho por immerfion por lo qual fe fofoque el infante”; 2º: “Quales fean las principales razones, y fundamentos con que fe puede perfuadir, afsi la exelencia, y dignidad del minifterio Paftoral, de Cura de almas como lo arduo, difícil, y peligrofo de efte oficio?”. Segunda conferencia, Const. Sinod., cap. 6, del oficio del juez ordinario, que empieza *Nuestro Provifor*. Asunto 1º: “si fea licito baptizar à los hijos de los infieles repugnándolo fus Padres?”; 2º: El fentido miftico de la oblacion de la Hoftia, y Caliz”.
  - Mes de julio. Primera Conferencia, Conc. Trident., cap. 1, sesión 22, de Reformatione, que empieza *Nihil eft*. Asunto 1º: “Si pueda el Sacerdote aplicar un mifmo facrificio por el que le diò la limofna, y por otros por charidad, gratitud, liberalidad, ò conftitucion de fu Religion, ò inftituto?”; 2º: Si deberá, ò podrá el Parrocho dar la Sagrada Comunion por Viático à el que, habiendola



- recivido el mifmo día por devocion, ò cumplimiento de Iglefia, cayese defpues en peligro de muerte?”. Segunda conferencia, Const. Sinod., capítulo 3, de los blafphemos, maldicientes, facrilegos, y perjuros que empieza: *Todas eftas efpecies*. Asunto 1º: “Si el Sacramento de la Penitencia fea neceffario nececitate medij para falvarfe, y como?”; 2º: “Que fignifican los pronombres, Hoc, y Hic, en las palabras de la Confagracion?”.
- Mes de agosto. Primera Conferencia, Conc. Trident., cap. 9, sesión 22, de Reformatione, que empieza *Aminiftratores*. Asunto 1º: “Si los pecados dudofos, y con que genero de duda, fean materia neceffaria del Sacramento de la Penitencia?”; 2º: “Que perfonas, y en que tiempo, y donde eftén obligadas à recibir la Sagrada Euchariftia?”. Segunda conferencia, Const. Sinod., 40, de diversos delitos, y pecados, que empiezan: *Ordenamos, y mandamos*. Asunto 1º: “Si el que hace confeffion general tiene obligacion de manifftar todos fus pecados, aun los yà confeffados, y de diftinguir eftos de los no confeffados?”; 2º: “Si fea licito à los Parrochos, y en que circunftancias, celebrar dos Miffas en un día?”.
  - Mes de feptiembre. Primera Conferencia, Conc. Trident., cap. 11, sesión 22, de Reformatione, que empieza: *Si quem Clericorum*. Asunto 1º: “Qual fea el fentido de las palabras *abfolvo te* en la forma del Sacramento de la Penitencia?”; 2º: “Con què razones, y motibos fe puede convencer la gravedad de la obligacion del Parrocho, à enfeñar a fus Parroquianos la Doctrina Chriftiana?”. Segunda conferencia, Const. Sinod., cap. 1 y 2, Const. 39, de los blafphemos, y maldicientes, que empieza: *A tanto: y Porque*. Asunto 1º: “Si pueda fer abfuelto el moribundo privado de fentidos que ni pidió confeffion, ni diò feñas de dolor?”; 2º: “Si defpues de echa la oblacion de la materia en la Miffa, fe trageren formas, que confagrar para la comunion del Pueblo, fe podrán confagrar, fin hacer nueva oblacion?”.
  - Mes de octubre. Primera Conferencia, Conc. Trident., cap. 2, sesión 23, de Sacramento Ordinis, que empieza *Cum autem*. Asunto 1º: “Si fupuefto un precepto del Prelado, prohibiendo alguna cofa como ilícita, fegun fu opinion, eftarà obligado el fubdito à obedecer al Prelado, fin embargo de opinion contraria, de fer licita la tal cofa, y fi aquello que por sì es folo materia leve, podrá alguna vez prohibirfe por el Prelado, debaxo de culpa grave, y de excomunión, de modo que el fubdito no obedeciendo incurra en dicha culpa

grave, y excomunion?"; 2º: "De que medios, indutrias, y diligencias podrá uffar el diligente Parrocho para el mayor progrefso de la Doctrina Chrifiana en fu Parrochia". Segunda conferencia, Const. Sinod., cap., 1, Const. 37, de las injurias, que empieza: *Todos los Eccliafticos*. Asunto 1º: "Si fe debe dar, ò diferir la abfolucion al confuetudinario, y refidibo?"; 2º: "Si los Diaconos, y Subdicanos eftén obligados debaxo de pecado mortal à faber, y obfervar los rito, y ceremonias del Miffal, pertenecientes, al exercicio de fu orden".

- Mes de noviembre. Primera Conferencia, Conc. Trident., cap. 6, sesión 23, de Reformatione, que empieza: *Nullus prima Tonfura*. Asunto 1º: "Quando, y como fe debe cumplir la Penitencia impuesta por el Confeffor"; 2º: "Si el Parrocho en tiempo de peste, ò de otra comun necesidad pueda huir de fu Parrochia, dejando en ella fofstituto idóneo, ò fi eftará obligado à permanecer en ella, y à afsiftir perfonalmente à fus Parroquianos?". Segunda Conferencia, Const. Sinod., cap. 3, de Conftitucion 35, de la Simonia, que empieza: *Los Señores*. Asunto 1º: "Si el marido prohibia con razon à fu muger que falga todos los dias de cafa, aun que fea para ir à la Iglefia, y oir Miffa, y fi en algun cafo lo prohibiere fin razon, eftara obligada la muger à obedecerle, ò ferà mayor perfeccion el falir todos los dias aun que èl no quiera, y oir Miffa?"; 2º: "Que inclinacion fe deba hacer en la Miffa fiempre que fe pronuncie el Sacrofancto Nombre de Jefus, y fi efte Sacrofancto Nombre fe pueda adorar verdadera, y propiamente como fe adora la Imagen?".
- Mes de diciembre. Primera Conferencia, Conc. Trident. cap. 10, sesión 23, de Reformatione, que empieza: *Abbatibus*. Asunto 1º: "Si de el Matrimonio clandestino fin prefencia del Parrocho, y teftigos, nafca la obligacion de efponfales?"; 2º: "Qual fea el mejor, y mas útil método de la predicacion paftoral para que fe logre mayor fruto?". Segunda Conferencia, Const. Sinod., cap. 1, Const. 32, de los Diezmos, y Primicias que empieza: *Ley Divina*. Asunto 1º: "Si fea licito contraher Matrimonio fingidamente con impedimento dirimente, por miedo grave?"; 2º: "Si devan decirfe aquellas palabras del principio de la Miffa, *quórum Reliqua hic funt*, no habiendo en el Altar tales Reliquias?".

En el ámbito de la disciplina eclesiástica, Delgado, como muchos otros obispos se mostró siempre receloso con algunas novedades que impregnaban desde el extranjero

la sociedad, examinando con especial celo el comportamiento de los clérigos, muchos de los cuales adoptaban comportamientos seculares poco acordes a su condición sacerdotal. En este sentido, el célebre ilustrado José de Viera y Clavijo (1731-1813) recibiría un sonoro rapapolvo del prelado, siendo amonestado por su vicario de orden del obispo, reprochándole al futuro historiador y botánico canario, en esos días cura en La Laguna, determinados comportamientos poco acordes a su condición, y que el obispo detalla en un documento que aprovechamos para ofrecerlo como muestra de la disciplina eclesiástica impuesta por Delgado y Venegas en su pontificado canario. La carta, está dirigida como decimos al vicario de La Laguna, y fechada el 22 de mayo de 1765, en ella el prelado ordena a aquel que amonestase nuevamente a Viera, esta vez a santo de un escrito anónimo en el cual se ridiculizaba a un dominico llamado fray Juan Ocampo, y que el obispo le atribuyó de manera certera. En él no solo se transmitían algunas de las novedosas ideas que llegaban del extranjero, sino que se tildaba con despiadada desconsideración las críticas del fraile – puesto de ignorante, pesado o entrometido – para con esas novedades, que Delgado por otra parte, consideraba de la mayor oportunidad, pues pervertían la inocencia que debía tener todo buen cristiano. Viera ya había sido reprendido anteriormente por el obispo Morán, antecesor de Delgado, por su forma de predicar y su conducta fuera del púlpito, comportamiento que el nuevo obispo le volvía a censurar. Sobre lo primero, Delgado le reprochaba del olvido en que caía sobre el verdadero fin de su sagrado ministerio como sacerdote, pensando más – según el parecer del obispo – en agradar a “oyentes ociosos y estragados”, algo que reducía el aprovechamiento de sus sermones en un ejercicio poco menos que estéril. Sobre su vida particular el prelado no era menos crítico, achacándole entre otras faltas: sentarse en misa en los bancos con seglares, usar de manera inmodesta un “anteogito” con el que no quitaba ojo a cuantos estaban presentes, dar “risadas”, y otros actos “poco correspondientes a su estado”. Entre los que sobresalía incluso el de no guardar la debida castidad requerida, pues como señalaba el obispo – que parecía estar muy enterado de sus idas y venidas – al vicario, Viera en sus salidas nocturnas iba “tan disfrazado en seglar, que nadie podrá conocerle por eclesiástico”. Apostillando que el díscolo sacerdote, no se privaba “de otras relajaciones”, que el obispo por pudor decidía omitir al vicario. No sabemos si el austero Delgado conocería estos versos de Viera, pero desde luego dejan bien a las claras el escaso aprecio que el ilustrado sacerdote tenía por el celibato eclesiástico<sup>189</sup>:

---

<sup>189</sup> Alberto Anaya Hernández: “Los problemas de don Josef de Viera y Clavijo con la Iglesia y la Inquisición canaria”

*Si Dios formó ambos sexos*

*Con el fin de juntarlos:*

*No los separe el hombre*

*Con un cruel celibato.*

Delgado, austero, pero benigno, se mostró sin embargo – como buen clérigo – más inclinado a conseguir la enmienda del pecador que su castigo, como le comunicaba al vicario a pesar de que la gravedad de aquellos excesos era “merecedora de una severa correccion”, afirmando – según manifestaba – tener pruebas bastantes como para aplicárselas. Por lo que ordenó al vicario, le reprendiese discretamente, pero de la manera más seria, vigilando a partir de entonces su conducta “para usar de otros medios más eficaces si (lo) despreciare o no se aprovechara de él”. Este episodio no era ni mucho menos el primer choque de Viera con las autoridades eclesiásticas, como se ha visto, pero tampoco sería el último, pues tendría otros más, especialmente con la Santa Inquisición<sup>190</sup>.

Carta del obispo don Francisco Delgado y Venegas sobre don José de Viera y Clavijo, dirigida al vicario de La Laguna<sup>191</sup>:

“Mui s.<sup>or</sup> mío, e tenido noticia de un indigno libelo que se extendió en esa Ciu.<sup>d</sup>, contra el Regente Dominico fr. Juan Ocampo, por haber reprehendido en uno de sus sermones de la Quaresma próxima, el nuevo uso, y nunca visto en estas Islas que se empezaba a introducir, de zapatos de terciopelo en los hombres: Como si fuera nuevo, o impropio de los Ministros Evangélicos, el exercitar su zelo contra las modas, que no solo se dirigen a pervertir los próximos; sino tambien contra aquellas, q.<sup>e</sup> o por la superfluidad de su costo, o por la nimia obstentacion de aliño o fausto, con dificultad podran hermanarse con la inocencia Christiana. Y habiendo tomado sobre ello los informes convenientes, hallo que generalmente se atribuye el tal libelo a D. Joseph Viera, Presbítero, y que contra el resultan bastantes indicios, o de ser su único

---

en *Anuario de Estudios Atlánticos*, 43, (1997), págs.165-196, pág. 171. Parece que el primer proceso que le abrió el Santo Oficio fue ya en 1756, por un sermón sarcástico predicado en esa fecha en el convento de San Francisco de La Orotava, del tipo del *Fray Gerundio* del padre Isla (págs. 170-171).

<sup>190</sup> Viera y Clavijo: *Vos estis Sol: epistolografía íntima, 1770-1783*, edición crítica de Rafael Padrón Fernández, CSIC, 2008, pág. 61. Recopilación epistolar de 32 cartas entre Viera y don Fernando de la Guerra, marqués de San Andrés, otro de los próceres canarios que tuvieron problemas con el Santo Oficio.

<sup>191</sup> Aparece reproducida en Anaya Hernández: “Los problemas de don Josef de Viera y Clavijo con la Iglesia y la Inquisición canaria”, opus cit., págs. 187-189 con la signatura: Archivo Histórico Diocesano de Las Palmas, Gran Canaria (AHDOC), Sección *De Statu Dioecesis*, Pontificado de Francisco Delgado y Venegas.

Author, o de ser complice en su formacion, y haber administrado las especies para ella, y no pudiendo ignorar este comun concepto, y debiendo de purgarse de él, con demostraciones proporcionadas a desvanecerle: tan lejos a estado de tomar estos medios: que continúa en los mismos indicios, que le an opinado tan mal en este particular. Tengo también noticia de que ese Ecclesiastico, en los sermones, que suele predicar; se olvida enteramente del fin de tan alto Ministerio, convirtiendo toda su aplicacion, y trabajo, a agradar a los oyentes ociosos, y estragados con sus inutiles tareas, sin pensar en el aprovechamiento de sus oientes, y sin que nadie piense q.º de su predicacion se pueda seguir provecho alguno: De cuias extrabagancias le amonestó el Ilmo. S.º Morán, aunque sin fruto. Pero aquel oficio fue sin duda una providencia con que Dios justificó su causa, para estrechar la cuenta de ese Ecclesiastico en el tremendo día de su Juicio. Se añade a esto, que en las Iglesias concurre en bancos con seglares, usa de la inmodestia de registrar con el anteogitos a cuantas y a quantos estan en ellos, y de dar risadas y otras acciones poco correspondientes a su estado: sale de noche tan disfrazado en seglar, que nadie podrá conocerle por eclesiástico, y no carece de otras relajaciones, que omito. La gravedad de estos excesos pide una severa correccion, y la prueba con que me hallo de ellos, es bastante para aplicársela: Pero como mi intencion se dirige a la enmienda y no al castigo, en quanto pueda lícitamente excusarlo. Llamará V.m., al expresado D. Joseph, y secreta, y fraternalmente, le hará los cargos propuestos, dándole en mi nombre una seria y eficaz reprehension: Y me avisará V.m., que efecto haze juicio, que producirá la suavidad de este medio, para usar de otros mas eficaces, si despreciare, o no se aprovechar de él. Y quedará V.m., con el encargo especial de darme cuenta de su conducta, y porte en adelante, y de lo que se observare en orden a su enmienda, o contumacia. Fío del zelo de V.m. que nada omitirá, que sea conducente al verdadero y sólido bien de ese Ecclesiastico, y a que yo quede satisfecho del cumplimiento de mi obligacion. Repito a V.m., mi buen afecto, y deseo de servirle en todas ocasiones. Canaria, Mayo 22 de 1769. Al Vicario de La Laguna. Francisco, Obispo de Canaria”.

Sin embargo no parece que el citado ilustrado canario, contemporáneo del cardenal, guardara demasiado mal recuerdo de este a pesar de la reprobación recibida, pues en sus *Noticias* de Canarias nos dice sobre Delgado que: “amó la paz”, contribuyendo al sostén de las fábricas y al adorno de los templos, a los que repartió abundantes limostas. Prendas que serían, según Viera, “anuncios todos de la futura grandeza y altas Dignidades â que la Providencia le iba destinando en el silencio de nuestras Islas, y â que ellas con suma complacencia le vieron elevado”<sup>192</sup>.

Abundando algo más en la disciplina, destacamos el mandato publicado en un edicto fechado en Las Palmas el 30 de marzo de 1766<sup>193</sup> en el que insistía sobre la

---

<sup>192</sup> Viera: *Noticias...*, 197.

obligación de “todos” los curas, beneficiados, ecónomos, etc. de la diócesis en ofrecer “en todos y cada uno de los domingos, fiestas de precepto de oír misa, aunque sean los exceptuados, y en que es lícito trabajar en cosas mecánicas y serviles, digan y apliquen misa por el pueblo, sin que puedan aplicarla por otra persona, o fin particular, o general, ni percibir por ella estipendio, ni emolumento alguno, ni manual, ni perpetuo”. Todo ello en virtud de santa obediencia y bajo pena de excomunión mayor, y otras más que no se dicen pero que quedan a “arbitrio del prelado”, debiendo además constar dichas misas a efectos de ser revisados durante las visitas que se volvieren a realizar “en el Cuadrante” en el que habitualmente se registraban estas como las realizadas por “dotaciones, o fundaciones”. Contra esta negligencia de algunos clérigos el celoso obispo les recordaba que:

“una de las obligaciones que el Derecho Divino impone a los párrocos es la de sacrificar por el pueblo cometido a su cuidado”, obligación que era señalada no solo por las directrices de Trento, sino también por algunas recomendaciones que algunos pontífices como Benedicto XIV habían dirigido a través de decretales como la Cum super oblatas de 19 de agosto de 1744, y que algunos con “frívolas razones” habían eludido. “Está pues declarado – decía en el edicto – y mandado por la Sagrada Congregacion, y Sumos Pontífices que todos, y cada uno, que ejercen la cura actual de almas sean beneficiados, curas, servidores, tenientes, vicarios, o perpetuos o temporales, ecónomos, inmuebles, o *ad nutum amobiles*, o con qualquiera otro nombre, que se llamen, esté, o no la cura radical, o habitual en otros, o en otro, o en alguna comunidad, sean seculares, o regulares, tengan o no réditos fijos, y aunque sean tan pobres que no les alcancen los emolumentos, o renta del beneficio, curato, o ministerio parroquial para su congrua, y precisa sustentacion; y sin embargo de que por antigua, y aunque sea inmemorial costumbre en sus parroquias, o en todo el Obispado, nunca se haya aplicado Misa por el pueblo, deben, y están obligados a decir, y aplicar la Misa por su pueblo en todos, y en cada uno de los domingos, y fiestas de precepto, aunque sean aquellas, en que está permitido trabajar: en una palabra: en todos los días, en que hay precepto, de que los fieles oigan misa, le hay tambien, de que el párroco actual la aplique por ellos en común, sin que puedan hacer otra aplicacion particular, ni recibir limosna, o propina alguna por ella”.

Sobre la fundamental labor de supervisión de la diócesis: *la Visita* – de la que nos ocuparemos a continuación –, tan ligada al propio significado etimológico de obispo (*epíscopus*, el que vigila desde arriba, el supervisor), nos refiere Viera que Delgado y

---

<sup>193</sup> Dicho mandato queda recogido en la exhaustiva recopilación de documentación episcopal canaria compilada por Francisco Caballero Mújica: *Documentos Episcopales Canarios*, vol. 3, Las Palmas, Real Sociedad Económica de Amigos del País, 2001, págs. 428-433. La documentación expuesta en la obra sobre Delgado y Venegas, que abarca los años 1763-1768, ocupa los fols. 372-458. El edicto original en Archivo Parroquial de San Juan Bautista de Telde, Gran Canaria, Sección *Diferentes Despachos*, sin fol.

Venegas: “visitó con admirable diligencia la diócesis”<sup>194</sup>, recorriéndola prácticamente entera. En efecto, ya el día 20 de junio el nuevo prelado hacía su primera visita de cortesía al cabildo “con todas las ceremonias de estilo”, y el 20 de febrero del año siguiente inició la visita pastoral a la catedral de Santa Ana, llegando “en su silla de mano” a un templo iniciado hacía ya doscientos años pero cuyas obras permanecían paralizadas desde hacía tiempo por falta de recursos. Para reanudarlas, pues además ya quedaba pequeña para el número de fieles, ofrecería a insinuación del cabildo en 7 de mayo de 1765 la cantidad de 10.000 pesos, que unidos a los otros 10.000 que puso la fábrica capitular, y otros tantos de la “prebenda de pleitos”, posibilitaron reiniciar esta nueva fase constructiva. Para facilitar la labor de las obras se estudiaron por parte de los capitulares varias alternativas: aumentar en dos arcos las tres naves catedralicias, poniendo además crucero y media bóveda al sanctasantum o presbiterio, trasladando la adjunta parroquia del Sagrario; que este se trasladara al solar que ocupaba la Contaduría, que debía derribarse; o aumentar tan solo un arco y media bóveda, que por los problemas encontrados en las dos posibilidades anteriores fue la opción elegida<sup>195</sup>. Aunque se iniciaron los acopios, el hecho de no poder soportar tan elevados gastos, así como no encontrar un maestro de obras adecuado, llevaron a los capitulares a paralizar por el momento el proyecto, reanudado unos años más tarde ya bajo la dirección del racionero Diego Nicolás Eduardo, que daría a la fachada ese sobrio neoclásico que la caracteriza, encargándose de colocar la primera piedra de esta última fase (fachada trasera, crucero y sala capitular sobre todo) el obispo Herrera en 1781 y de la bendición del templo ya en 1805 el obispo Verdugo y Albiturria<sup>196</sup>.

En fecha tan temprana como el 8 de marzo de 1764 Delgado acude al cabildo a despedirse de ellos con el ánimo de iniciar de inmediato la visita a las demás islas, que inicia en Gran Canaria, y luego continúa en Lanzarote y Fuerteventura, pasando a Tenerife en 1767 y a La Palma, El Hierro y La Gomera al año siguiente<sup>197</sup>. A continuación aprovechamos la visita que hizo a Teror el 14 de noviembre de 1766 para

---

<sup>194</sup> Viera, *Noticias...*, 198.

<sup>195</sup> Del mismo Viera y Clavijo: *Extrato de las actas del cabildo*, pág. 152; Cazorla y Sánchez, op. cit., 429. Sobre la historia, patrimonio, y desarrollo de las fases constructivas del principal templo grancanario puede consultarse, también de Santiago Cazorla León: *Historia de la catedral de Canarias*. Leganés, Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas, 1992.

<sup>196</sup> Cazorla León: *Historia de la Catedral de Canarias*, opus cit., págs. 65-74.

<sup>197</sup> Viera y Clavijo: *Noticias...*, IV, 198-199; y *Extracto de las actas del cabildo*, pág. 147.

exponer varios de los mandatos dispuestos – algunos ya adelantados – por el prelado sevillano en este tipo de inspecciones pastorales, entre los que destacan como ya expusimos el adecuado y digno exorno de los templos, la reducción o fusión de hermandades, siguiendo el modelo planteado por el reformismo imperante, como por ejemplo en esa misma villa, en la que suprime la de la Candelaria (1767) y agrega a la del Rosario<sup>198</sup>; y desde luego la vigilancia de las costumbres y moralidad pública.

Reproducimos a continuación el acta levantada sobre la visita que el obispo Delgado y Venegas hizo a la Parroquia de Nuestra Señora del Pino el 14 de noviembre de 1766, que nos ofrece una idea de que tipo de objetivos se pretendían con ellas por los obispos, así como los posibles abusos o incorrecciones en materia litúrgica, doctrinal, o incluso administrativa se observaban, con las instrucciones dispensadas para corregirlas, y los frutos espirituales conseguidos<sup>199</sup>:

“[Mayordomos *in solidum* Estanislao de Lugo y Viña y Sebastián González de Ortega]

#### ACTA DE LA VISITA

“Habiendo el Ilmo. Sr. don Francisco Delgado y Venegas Obispo de Canarias del Consejo de su Majestad mi Sr. concuida la Santa y General visita del lugar e iglesia de Moya y dado en tiempo el aviso correspondiente con las prevenciones y advertencias que contiene la carta pastoral dirigida al Ven. Cura de este lugar de Teror puso a el desde el resferido la tarde del día 15 de septiembre próximo pasado acompañado de su Visitador, Secretario, Confesor, Capellanes, paje, médico, lacayos y de mí el infraescrito Notario de visita y habiendo llegado a las 5 y media de la misma tarde se apeó su Ilma. a la puerta de la casa que está sirviendo de iglesia en donde le recibió el clero y habiendo entrado y hecho oración al Santísimo se retiró a la casa destinada y prevenida en conformidad de lo mandado por Su Ilma. y el día siguiente 16 precedido recado y dado Su Ilma. la hora pasó el Ven. Cura y clero con sobrepellices a visitar y besar la mano de Su Ilma”.

#### APERTURA DE LA VISITA EN LA IGLESIA:

“En el día 17 precedido recado y dada por su Ilma. la hora pasó acompañado de su visitador y demás familiares a visitar la iglesia y habiendo llegado a la plaza inmediata a la puerta fue

---

<sup>198</sup> Julio Sánchez Rodríguez: *Las iglesias de Nuestra Señora del Pino y las ermitas de Teror*, edición del autor, 2008, págs. 319-321.

<sup>199</sup> Queda reproducida en la obra citada anteriormente en págs. 321-326.



recibido conforme al ceremonial y llevado debajo de palio y luego que llegó después de haber tomado asiento en el trono que estaba dispuesto al lado del evangelio con el aparato correspondiente mandó que el presente Notario leyese en el púlpito el edicto de visita que luego explicó el P. Misionero declarando al pueblo el fin y utilidad de ella y la obligación de manifestar y cumplir todo lo que en él se manda y anunciando también la misión para el día sábado”.

#### VISITA AL SAGRARIO:

“Luego con arreglo al mismo ceremonial hizo S. Ilma la visita del Sagrario en que se reserva el Santísimo que está en el altar mayor y que halló dentro de una custodia de plata sobredorada y en el veril entre cristales una forma grande y un copón sobredorado por dentro con bastantes formas para dar comunión en la iglesia y para poner en un relicario de plata sobredorado para llevar Su Majestad a los enfermos todo lo cual visitó y examinó S. Ilma. y también lo interior del sagrario, ara, corporales, puerta y cerraduras y hechas las preguntas convenientes y el signo con la custodia more solito, reservó a su merced y recomendó y encargó mucho S. I. la decencia, aseo y veneración debida, y la observancia de los mandatos que a este fin ordenara”.

#### VISITA A LA PILA BAUTISMAL Y PROCESIÓN AL CEMENTERIO:

“Inmediatamente pasó a la iglesia nueva en donde está ya la pila baptismal para visitarla con los vasos de los Santos crisma, óleos de catecúmenos y enfermos y demás necesario para administrar los santos sacramentos de bautismo y extremaunción según lo dispuesto por el ritual romano y hallándolo todo conforme y aseado, hechas varias preguntas dejó se tenga y haga así en adelante y se dio principio a la procesión de ánimas, que fue por donde se entierra ahora, que es a un lado de la iglesia nueva y finalizó en la que se está usando, e inmediatamente se retiró a su trono y se desnudo de las vestiduras pontificales”.

#### CUENTAS DE FÁBRICA:

“En el mismo día se mandaron citar los mayordomos de fábrica y demás que hay en esta iglesia para dar cuentas ante su visitador teniéndose presente las dadas anteriormente con sus alcaldes y mandatos de visita y de su provisor conforme a los quales y a lo dispuesto por derecho y constituciones sinodales de este obispado les admitirá sus legítimos descargos reservando su Ilma. las providencias que en su vista correspondan y en esta atención se tomaron cuentas a todos los mayordomos y se dieron por su Ilma. las providencias convenientes que constan en los mandatos a continuación de ellas con las prevenciones convenientes a su buena administración y mejor gobierno”.

#### VISITA A LAS ERMITAS, LIBROS SACRAMENTALES, CAPELLANÍAS Y MEMORIAS

“Así mismo se visitaron las ermitas de esta jurisdiccion y los libros de desposorios, velatorios y entierros, y bautismos poniéndose en cada uno los mandatos convenientes, lo que tambien se hizo en el cuadrante de memorias perpetuas y de capellanías previéndose lo correspondiente para afianzar más su perpetuidad y evitar en lo sucesivo la falta que se ha notado en algunas capellanías de no poner sus títulos para protocolarlos y archivarlos en esta iglesia, y así mismo habiéndose Su Ilma. informado de todo lo que pide, reforma, y conviene prevenir y mandar para la direccion de las buenas costumbres, conservacion y aumento del divino culto, administracion de los Santos Sacramentos con lo demás conducente a la salud de las almas y servicio de la Iglesia, hecha la visita de los eclesiásticos y de la sacristía, altares, plata y ornamentos dio sobre todo providencias que respectivamente convenían a dicho fin”.

### MISIONES

“Haciendose para conseguirlo en todo una mision que comenzó el R. Padre Lector jubilado fray Joseph Medina del orden de S. Francisco y continuó alternando con el Rvdo. Fray Aníbal de Génova, misionero apostólico capuchino quien predicó cuatro sermones en la plaza porque el mucho concurso no permitía fuese en la iglesia sin grave incomodidad como sucedía las noches que predicó los cinco restantes el otro aunque fue siempre con la satisfaccion, que todos lo oían muy bien no obstante que la mayor parte se quedaba fuera por la cortedad del sitio. Perfeccionose esta buena obra con una comunión el domingo 28 de septiembre que fue el último día de la mision y en muchos se continuó confesando bastante gente, logrando con esto su Ilma. el sumo consuelo de ver no solo los vecinos contritos y con señales de verdadera penitencia, si tambien de otros distantes 2 y 3 leguas que venían con ansia buscando el pasto espiritual atraídos de la general aceptacion que tuvo esta buena obra a la que su Ilma. no solo asistió personalmente conmoviendo con su ejemplo, sino tambien haciendo por si sus fervorosos exhortos, que continuó todo el tiempo que estuvo en este lugar, mandando que el P. capuchino todos los domingos y días de fiesta prosiguiese sus platicas doctrinales como lo ha ejecutado hasta el 2 de noviembre que las formalizó y evacuado todo lo arriba enunciado con lo demás concerniente a visita ordenó su Ilma. los mandatos siguientes. Francisco Obispo de Canaria, Joseph Jaimes, Notario Público y de Visita”.

La visita a Teror duró dos meses, desde el 14 de septiembre de 1766 hasta el 10 de noviembre del mismo año, siendo acompañado el prelado del visitador general, Dr. Andrés Vélez, prior de la Santa Iglesia de Canarias. Desde aquí, donde confirmó a unas seiscientas personas, partiría para continuar la visita a Guía y a Galdar, y de allí a Tenerife, atestiguándose por parte del cronista el acendrado fervor mariano del obispo, y su ilimitada caridad para con los pobres del obispado, para los que no duda en “empeñar su mitra” si hiciera falta:

“Muy de notar es la gran devocion de este Ilmo. Señor que verdaderamente en los muchos pasajes que se observaron en sus obsequios, sus acciones dieron a entender le había aprisionado su reverente corazon esta Celestial Señora de tal forma que parece que jamás se le apartaba de su memoria, ni le sazónaba conversacion donde no renombrare Ntra. Sra. del Pino, y aun se lastimaba de ver que todas las niñas que confirmaba y les habían puesto en su bautismo el nombre de María no fuera con el epíteto del Pino, como mas de una vez lo manifestó, y se extendió este reverente sentimiento en el lugar, de manera que hasta a los hombres se le añaden al nombre que eligen cuando los bautizan desde que percibieron esta noticia....

... Todos los días sin exceptuar uno visitó su Ilma. a su Señora, rezandole un rosario con toda su familia sin que esto le estorbase la contrariedad del tiempo, que muchas veces se ponía tan acuoso que le precisaba venir bajo el quitasol y mudarse zapatos cuando volvía a su palacio por el demasiado lodo, y es de advertir que este Ilmo. Señor le era muy contrario a su salud todo aire y tiempo húmedo como lo tenía entendido todo su familia de las continuas precauciones que usaba, y siendo estos excesos decían que encendía su devocion el justo temor que siempre le habían conocido, y se confundían admirados...

... Muchas veces predicaba en su silla, o de tarde o ya de noche, se expresaba tanto cuando hablaba de la Señora que hacía verter muchas lágrima, y finalmente cuando fue a despedirse de su amada por mas que su modestia lo quería disimular, que mas fueron sus sollozos, lágrimas y suspiros que sus afectuosas voces y oraciones con que se encomendó a su amparo y patrocinio, bien lo conocieron todos, pues volviendo a su palacio para seguir su marcha procuraba disimular su sentimiento con introducir cariñosamente algunas gracias en su conversacion, pero como reparaban en los afectos que asomaban a los ojos bien creían y todo era arte de su prenda que el corazon quedaba a los pies de su enamorado hechizo...

... Tras celebrar órdenes sagradas en este lugar en las temporas de septiembre, las que dio en su palacio para evitar cualquier opresion que pudiera causar el tumultuoso concurso del pueblo con esta novedad, pues no me consta que se haya hecho esto jamás en este lugar por otro Ilmo. Prelado... Prosiguió en sus continuadas limosnas desde otras islas para que se concluyese su nueva iglesia dando orden expresa no se omitiese cosa alguna que se discurriese necesaria para su primor, que cuando faltase dinero empeñaría la mitra. La Virgen Santísima le premie y le dé salud como lo necesitan sus apasionados súbditos. Lázaro Marrero Montesdeoca”<sup>200</sup>.

En La Laguna tuvo ciertos problemas de protocolo con la diputación del Ayuntamiento, capitaneada por su sargento mayor don Fernando Molina y Quesada, que muy a la manera ilustrada representó la pugna del poder civil por imponerse sobre el eclesiástico, limitando la gran influencia del segundo en los ámbitos de la vida pública al intentar reducir la que consideraba excesiva preeminencia del obispo sobre los

---

<sup>200</sup> Ibid, 324-326.

capitulares en su recepción por parte del cabildo<sup>201</sup>. El choque comenzó a la llegada del prelado a aquella ciudad tinerfeña, algo que debió suceder sobre el 31 de mayo de 1767, día en que recibe aviso de las autoridades municipales para que asignase a su diputación día y hora para presentarle sus respetos. Sin embargo avisado el prelado de que el Ayuntamiento pretendía “hacer novedad” en el protocolo de recepción del obispo, este les remitió una carta fechada al día siguiente en la que les manifestaba sus reservas sobre el parecer, suspendiendo la visita mientras aquellos no certificasen que dicha práctica había sido utilizada en la recepción de sus antecesores. Este ceremonial que pretendía imponer el Ayuntamiento con su sargento mayor, el expresado Molina, a la cabeza, pretendía equipararse ceremonialmente con el obispo, manifestando usar de manera tradicional un protocolo denominado de “puerta y silla”, que consistía en darle asiento de cortesía junto al resto de capitulares, pero sin diferenciación, como iguales, un protocolo que chocaba con el que el obispo exigía como habitual, y que consistía en silla separada con dosel, preeminencia que el cabildo atribuía únicamente al soberano. Tras un cruce de cartas en que los capitulares se remitían a diversas cédulas reales respecto a dicho ceremonial, que manifestaban haber ofrecido entre otros a su antecesor el obispo Morán, quien según manifestación de estos había tomado: “asiento igual al frente de los diputados, sin ocupar su sitio o dosel”<sup>202</sup>.

El sorprendido obispo, que no tardó en contestar la misiva ese mismo día, objetó sin embargo que aquello era “contrario al Ceremonial de Obispos, a las reglas que rigen en semejantes actos y a lo que he visto practicar en otras partes”<sup>203</sup>, reiterando se le hiciera constar “por actos uniformes y continuados la práctica de esa ciudad”, accediendo solo entonces a las intenciones de los regidores. Estos sin embargo en otra carta de fecha 4 del mismo mes le recordaron la falta de reparo que sobre dicho ceremonial habían puesto sus antecesores, con excepción del obispo Guillén, y que incluso el propio comandante general de las Islas, que tenía precedencia sobre el obispo en los actos públicos había aceptado dicho protocolo de “puerta y silla” de los diputados que fueren en calidad de representación de la ciudad<sup>204</sup>. A los pocos días, el 10, Delgado

---

<sup>201</sup> Este interesantísimo cruce de cartas entre el representante del cabildo y el prelado se conserva en el Archivo de los Marqueses de Aciacázar: *Las Palmas de Gran Canaria*, Obispado, legajo 4.

<sup>202</sup> Ibid, “Obispos”, 4, carta de fecha 1 de junio de Molina a Delgado.

<sup>203</sup> Ibid, carta 1 junio de Delgado a Molina.

y Venegas respondía por última vez a los capitulares, eludiendo comparaciones – en alusión al protocolo ofrecido por el comandante general –, manifestando:

*“Estoy muy ajeno de hacer comparacion de preeminencias o mayorías con nadie y aun, fuera de este contexto, fundándose solo en costumbre la disposicion que vuestra merced alega, y no siendo ésta extensible, debe probarse la de mis antecesores, que es lo que pedí à vuestra merced, y acerca de la cédula que nada me hace presente, sin embargo de haber afirmado desde el primer papel que le merecí y de estar yo informado y con prueba en el día, de que es muy distinta de la que vuestra merced ha conceptuado, confesando que no me la puede dar de ella. No ha llegado hasta ahora el caso de que yo haya hablado palabra del modo de recibir visita, y solo se ha ceñido mi explicacion à manifestar la disposicion que tengo de observar la costumbre que haya en este particular haciéndomela constar, y mi propension à servir à la ciudad y a vuestra merced en todas las ocasiones que lograre proporcion de ejecutarlo”<sup>205</sup>.*

Tras la contestación anterior, la nueva respuesta del capitular debió parece ser ya en exceso impertinente al obispo, pues como anota el propio regidor en la suya de 14 de junio, aquel: *“no contestó y se retiró de la Ciudad al día siguiente”<sup>206</sup>*. El celosísimo diputado no solo se mantenía en la imposibilidad de atestiguar fehacientemente las garantías que el prelado le demandaba para acomodarse al ceremonial que se le indicaba, sino que encima se permitía corregir al propio obispo en esas peliagudas cuestiones de protocolo, espetándole algo que probablemente acabó con la paciencia del obispo, que optó por abandonar la isla:

*“Ya que V.S.I. se sirve mostrar tanta propension à observar lacostumbre, he creído llevará à bien le haga presente que todos los señores Comandantes Generales y Obispos han tratado de Señoría a los regidores que obran en calidad de diputados, lo que certifican infinitas cartas que permanecen en los archivos del Cabildo. V.S.I. no ha seguido en esta ocasion el estilo uniforme; y bien sabe V.S.I. que hay muchos tratamientos que ha establecido la costumbre, sin que se encuentren en la Pragmática de Cortesías”<sup>207</sup>.*

De allí salió pues en vísperas del Corpus dirigiéndose a Tigarana, y posteriormente a las ya expresadas más arriba islas de La Palma, Hierro y La Gomera, regresando a Tenerife poco después, donde recibió en octubre la deseada noticia de su

---

<sup>204</sup> Ibid, carta de 4 de junio de Molina a Delgado.

<sup>205</sup> Ibid, carta del 10 de ese mismo mes de Delgado a Molina.

<sup>206</sup> Ibid, carta de Molina a Delgado de 14 de junio.

<sup>207</sup> Ibid, carta de Molina a Delgado con la misma fecha.

traslado<sup>208</sup>. Delgado en sus visitas por la diócesis – nos cuenta Viera – iba acompañado siempre de su confesor, su capellán, un paje, un médico, varios lacayos, y el notario de visita<sup>209</sup>, que daba fe de cuantas disposiciones dictara el prelado en cada una de las localidades a las que acudía. Si bien no podemos extendernos sobre todas, entre las que podemos destacar, asoma siempre la expresada preocupación por el aseo y pulcritud de los templos, las costumbres y una adecuada catequización del pueblo. Así, en una orden dada en 1764 a su visitador Miguel Camacho, le insta para que velase en el cuidado y la vigilancia del camino que conducía a la cueva en la que se apareció la Virgen de la Peña, o de la propia ermita, evitando así abusos o posibles profanaciones<sup>210</sup>. Lo mismo en asuntos de moral pública, que condenó de manera fulminante con todas las facultades de que disponía, como en el asunto de la fiesta de El Charco, en La Aldea de San Nicolás en el año 1766, de cuyos desórdenes había sido informado. En dicha aldea durante la llamada “embarbascá”, o “embarbasco del Charco”, cerca del paraje denominado de La Mar Ciega, hombres y mujeres se mezclaban casi desnudos, siendo prohibida de inmediato por el obispo que escandalizado señaló aquella demostración como: “depravada diversión” y un atentado a las buenas costumbres. Delgado era sin duda un prelado de erudita ilustración, pero también de austera y puritana moral – algo lógico por otra parte en aquellos tiempos –, por lo que no dudó en dictar providencia que terminase con aquello, salvando con ello el “inminente peligro” en que incurrían aquellas gentes de caer en tentaciones y en un más grave pecado mortal. El decreto lleva fecha de 23 de agosto de 1766, ordenando su cese inmediato bajo pena de excomunión mayor *ipso facto incurrenda*, y 4 ducados de pena aplicables a la fábrica de aquella parroquia, más 15 días de cárcel. Asimismo mandaba al capellán de la parroquia que fijase en la tablilla la prohibición de que ninguna mujer acudiese al referido festejo, y que ningún hombre quedase enteramente desnudo ante ellas, todo bajo la misma pen, mandato que debía leerse todos los años en los domingos y días de fiesta precedentes al aludido “embarbasco” durante la misa mayor<sup>211</sup>.

---

<sup>208</sup> Viera, *Noticias...*, IV, 198; y Cazorla y Sánchez, *Obispos de Canarias...*, 312.

<sup>209</sup> *Ibid*, 311.

<sup>210</sup> Francisco Caballero Mújica y María Jesús Riquelme Pérez: *Guía para visitar los santuarios marianos de Canarias*, Madrid, Ediciones Ecuentero, 1999, pág. 77.

<sup>211</sup> Caballero Mújica: *Documentos Episcopales Canarios*, vol. 3, opus cit., págs. 433-434. El ejemplar utilizado por Mújica se conserva en el Archivo Parroquial de San Nicolás de Tolentino, *Fábrica*, libro 1, fols. 19-19v.

Durante la visita que llevó a cabo el 19 de enero de 1767 a la villa de Galdar dispuso asimismo que no se permitiera a nadie “aunque fuese regular” predicar en las parroquias o ermitas sin licencia del prelado<sup>212</sup>. Al año siguiente la supresión de la cofradía de la Candelaria en Teror, que agregó a la del Rosario como ya se ha expuesto, incidiendo sobre todo ante los fieles contra brujos y curanderos<sup>213</sup>, muy frecuentados en aquellos siglos en los ambientes rurales alejados de las capitales. En este aspecto, y aunque Delgado mantuvo siempre una total sintonía con la política ilustrada impuesta por Carlos III, dictando numerosas disposiciones contra estos, no parece sin embargo que persiguiera el mantenimiento del culto a las reliquias, que muchos ilustrados tildaban de irracional. En las islas existían algunas de cierta importancia, como el Lignum Crucis de la iglesia de la Concepción de La Orotava, una de las más favorecidas por Delgado, o la de San Clemente, también en la Concepción pero de Santa Cruz de Tenerife, dejada allí en 1703 por el patriarca de Antioquía en acción de gracias por su viaje sin novedad procedente de las Indias. El mismo Delgado, según denunciaba Anchieta y Arlarcón, otorgaba la bendición a los fieles durante su visita a la localidad de La Laguna en 1767 con un supuesto diente de San Pedro<sup>214</sup>.

Prelado celoso y “sumamente limosnero y caritativo con los pobres”<sup>215</sup>, estuvo siempre muy preocupado por dirigir las costumbres del pueblo hacia costumbres consideradas sanas, edificantes y cercanos a una moral piadosa, alejándolos de los excesos de épocas precedentes. Durante sus pontificados se apoyaría mucho en las órdenes regulares para esto, a los que confió aquella labor misional, como veremos en su posterior y fructífera colaboración con el célebre predicador fray Diego de Cádiz, fomentando diferentes misiones tanto en los ambientes más rurales como urbanos. En Canarias utilizó por ejemplo a la Congregación de la Doctrina Cristiana en la sustitución

---

<sup>212</sup> Antonio J. Cruz y Saavedra: *Relación cronológica de los feligreses enterrados en el monasterio de San Antonio de Padua de la villa de Gáldar y de sus lugares (1520-1835)*, Galdar, InfoNorte, 2005 (recurso electrónico) págs. 5-6.

<sup>213</sup> Vicente Hernández Jiménez: *La villa de Teror*, Las Palmas de Gran Canaria, Imprenta Pérez Galdós, 1984, pág. 12.

<sup>214</sup> Manuel Hernández González: *Fiestas y creencias en Canarias en la Edad Moderna*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2007, pág. 126. Cita a J. Anchieta y Alarcón, autor de un diario conservado en la Biblioteca de la Universidad de La Laguna, signatura: 82-2-21, fol. 137.

<sup>215</sup> Carlos Ros: *Los arzobispos de Sevilla: luces y sombras en la sede hispalense*, Sevilla, edición del autor, 1986, pág. 222.

de pinturas consideradas indecorosas, o profanas en exceso<sup>216</sup>, potenciando el culto mariano, principalmente el de la Virgen del Pino, la otra gran advocación isleña junto con la Candelaria. Su santuario situado en la villa de Teror (Gran Canaria) se demoraba eternamente en su terminación, apoyando Delgado de manera personal junto con otros importantes capitulares como Estanislao de Lugo una contribución popular que consiguiera la culminación de las obras. Así, se consigue inaugurar finalmente el edificio, que es bendecido por fin con toda solemnidad el viernes 28 de agosto de 1767 (la primera piedra del nuevo templo se bendijo el 5 de agosto de 1760, edificio que sustituía al anterior de 1607)<sup>217</sup>. La función fue presidida por el doctor Estanislao de Lugo y Viña, tesorero del cabildo catedralicio, visitador general y como hemos dicho uno de los principales impulsores de la culminación de las obras, el cual actuó “de comisión” del obispo Delgado, quien otorgó para la ocasión diferentes beneficios espirituales, como el jubileo de 48 horas y numerosas funciones religiosas, que dedicó a la patrona junto con las otras corporaciones civiles y eclesiásticas. El tesorero Lugo, sería asistido en la celebración por el maestro de ceremonias capitular y el mayordomo de la Virgen, con asistencia del provisor y vicario general don Eduardo Sall y de otras personalidades de la isla, que ardió en fiestas en honor de la milagrosa imagen<sup>218</sup>. Junto a estas y las ya mencionadas de la catedral, apoyó también económicamente las de construcción y restauración del importante santuario de la Concepción de la villa de La Orotava, del que en 1767 puso la primera piedra del nuevo edificio, que debía levantarse sobre el solar de la primitiva ermita del siglo XV, que solo sería inaugurado después de veinte años en 1788 ya bajo el pontificado de Martínez de la Plaza. Un año más tarde donó una magnífica custodia rococó con viriil de esmeraldas, diamantes y rubíes obra

---

<sup>216</sup> Hernández González: *Fiestas y creencias...*, op. cit., 124.

<sup>217</sup> Hernández Jiménez: *La villa de Teror...*, opus cit., 55-56.

<sup>218</sup> Sebastián Jiménez Sánchez: *Sucinta historia de la devoción del pueblo canario a Nuestra Señora del Pino, patrona de Gran Canaria*, Las Palmas, 1955, págs. 30-32. Ver manuscrito de Diego Álvarez de Silva conservado en el Archivo del Museo Canario de Las Palmas: *Descripción de las fiestas de la Dedicación del magnífico Templo del Pino de Teror, siendo obispo de estas Islas el Ilmo. Sr. D. Francisco Xavier Delgado y Venegas, del Consejo de Su Majestad, por D. Diego Alvarez de Silva, Prebendado de esta Santa Iglesia Catedral y Examinador Sinodal de este Obispado*, año de 1767. Sobre la historia de esta devoción y de los diferentes templos que la han albergado, ver el exhaustivo estudio del padre Julio Sánchez Rodríguez: *Las iglesias de Nuestra Señora del Pino y las ermitas de Teror*, op. cit.



de Damián de Castro, que detallaremos en el apartado dedicado al mecenazgo del obispo en tierras de Canarias<sup>219</sup>.

En este sentido, durante una de sus visitas llegaría incluso a ser inesperado protagonista de un hecho milagroso, precisamente atribuido a la Virgen del Pino, y en los días en que se procedía a bendecir su nuevo templo. El prodigio aparece recogido en el *Libro de los Milagros*<sup>220</sup>, recopilación de los diferentes hechos milagrosos atribuidos a la venerada imagen, y conservado como preciada joya en el Archivo Parroquial de la villa de Teror, y que nos cuenta lo sucedido. Durante la travesía que el prelado realizaba rumbo a La Gomera, hacia donde se dirigía a efectuar la Santa Visita Pastoral, se habría levantado una repentina y violenta tormenta que estuvo a punto de hacer zozobrar la nave en la que viajaba la pequeña comitiva, que iba ya completamente desarbolada. El hecho, ocurrió el domingo 30 de agosto del citado año de 1767, es decir el día en que la Virgen, en unas andas de plata y acompañada por gran número de feligreses y clérigos venido de todas las islas, era trasladada a su templo-basílica tras ser este bendecido. Así, cuando la desolación y el desaliento habían cundido entre pasajeros y tripulación, que daban como seguro el naufragio de la pequeña nave, solo la voz del obispo, lleno de confianza “en su bondadosa Madre Nuestra Señora del Pino”, imprecó de Esta: ¡Madre y Señora del Pino, para cuándo son tus milagros!”. Tras lo cual, cesó de inmediato el temporal, serenándose los mares, y permitiendo que la nave completamente desarbolada culminase su travesía entrando de manera milagrosa en la bahía gomera<sup>221</sup>. En acción de gracias por ello, durante la apertura al culto unos meses después, apareció la Virgen del Pino luciendo un rico traje rojo (Ver Apéndice de Ilustraciones) que aún posee, y que fue donado por el prelado agradecido junto con tres hermosos cuadros<sup>222</sup>.

Este mismo año, 1767, tendría lugar el principal acontecimiento político-religioso del reinado de Carlos III y de todo el siglo XVIII español, el de la expulsión de

---

<sup>219</sup> Ver de Jesús Hernández Perera: “La obra del platero cordobés Damián de Castro en Canarias”, *Archivo Español de Arte*, nº 98, año 1952, págs. 111-128, en 121-125; y *Orfebrería de Canarias*, Madrid, CSIC, Instituto “Diego Velázquez”, 1955, págs. 132-133.

<sup>220</sup> Se recogen todos los hechos milagrosos atribuidos a aquella venerada imagen entre 1735 y 1875.

<sup>221</sup> Hecho recogido del citado *Libro de los Milagros* por Hernández Jiménez, opus cit., 39-40; Manuel Hernández González: *Enfermedad y muerte en Canarias en el siglo XVIII*, 2 vols., tomo I, Ediciones Idea, 2004, pág. 47; y José García Ortega: *Nuestra Señora del Pino. Historia del culto a la venerada imagen de la Patrona de Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, 1936, págs. 173-174.

<sup>222</sup> Hernández Jiménez, opus cit., 56; y Sánchez Rodríguez: *Las iglesias de Nuestra Señora del Pino...*, opus cit., 319.

los jesuitas de todos los dominios de la Corona, culminación máxima de la política regalista desplegada por los Borbones y por aquel monarca. Promulgada de manera fulminante por el rey desde El Pardo el 2 de abril<sup>223</sup> de dicho año, el decreto se incautaba además de todo su valiosísimo patrimonio, las denominadas *temporalidades*, algunas de los cuales fueron entregados a las autoridades diocesanas para su conversión en parroquias, colegios, o seminarios. En él no solo se culpabilizaba a los clérigos de la Compañía de estar detrás de los altercados acaecidos en Madrid el año anterior, del famoso Motín de Esquilache que durante los días 23, 24, y 25 de marzo de 1766, forzaron al monarca a expulsar del reino al ministro de ese nombre, también se les acusaba de delitos tan diversos como pretender proclamar un reino independiente en las misiones del Paraguay, o la deliberada paralización de las causas de beatificación del obispo Palafox, y fray Sebastián de Jesús Sillero, en las que Carlos III tenía especial y público interés<sup>224</sup>. Al conocerse la noticia, Delgado promulgaría un edicto a sus diocesanos en los que mandaba cumplir el decreto referido – que ordenaba silencio perpetuo a todos los súbdito sobre el asunto – bajo las más severas penas seculares y canónicas, ordenando su lectura pública por parte de los párrocos a todos los eclesiásticos de cada iglesia, acusando recibo de haberlo efectuado y encargando muy especialmente a los vicarios de su estricto cumplimiento<sup>225</sup>.

Uno de los principales bienes de los jesuitas en las islas era el colegio e iglesia que tenían en Las Palmas, ahora vacío, pues los regulares de la Compañía solo permanecerían allí hasta el 25 de abril, siendo conducidos de madrugada al Castillo de La Luz en espera del embarque que les conduciría al destierro perpetuo, fue solicitado por el cabildo catedralicio tan solo dos días después de conocerse el decreto, solicitándolo al rey para convertirlo en seminario, algo que los capitulares hicieron por su cuenta y riesgo sin consultar al prelado, que se encontraba haciendo la santa visita a

---

<sup>223</sup> *Pragmática sanción de su Magestad en fuerza de ley para el estrañamiento de estos Reynos a los Regulares de la Compañía, ocupación de sus Temporalidades, y prohibición de su restablecimiento en tiempo alguno, con las demás prevenciones que expresa*, 2 de abril de 1767.

<sup>224</sup> Sobre la beatificación de Sillero parece que la Santa Sede no llegó nunca a tomarla en consideración. Vicente de la Fuente, *Historia eclesiástica de España o adiciones a la Historia General de la Iglesia escrita por Alzog y publicada por la Librería Religiosa*, 4 vols., Barcelona, Imprenta de Pablo Riera, 1855-1859, tomo III, págs. 382-384. De la amplia bibliografía sobre la persecución de los jesuitas ver de Teófanos Egido e Isidoro Pinedo: *Las causas "gravísimas" y secretas de la expulsión de los jesuitas por Carlos III*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1994; o la de Francisco Martí Gilabert: *Carlos III y la política religiosa*, Madrid, Rialp, 2004.

<sup>225</sup> Existe un ejemplar de la circular en la Biblioteca de la Universidad de La Laguna (BULLA), signatura P.V. 99 (18).

Tenerife. El cabildo acordó eso sí enviar una representación al prelado, rogándole hiciera lo necesario para la consecución del objetivo, sin embargo, Delgado, siempre tan preocupado por la preparación intelectual y moral del clero parece que no apoyó la petición, quizás por no disgustar a las órdenes religiosas establecidas en las Islas, tradicionales encargadas de estos cometidos docentes. Lo cierto es que dicho asunto quedó paralizado hasta la llegada del nuevo obispo, Juan Bautista Cervera, que sería quien inaugurase el seminario el 17 de junio de 1777<sup>226</sup>.

Prelado muy generoso con las diócesis que gobernó, incluso tras haber salido de ellas, algunas de las piezas donadas por el prelado para con su primera esposa fueron de su artífice favorito, el cordobés Damián de Castro, y muchas de las que este tiene repartidas por las diferentes islas se debieron a su intercesión o recomendación como veremos a continuación. Al tesoro de la Catedral de Las Palmas donó un copón y un cáliz de oro enviados en 1777 desde Madrid, obra probable de otro orfebre muy requerido por Delgado, Manuel Rodríguez – si bien los punzones son poco visibles –, acordando el Cabildo darle las gracias por el magnífico obsequio por auto de el 19 de julio de ese año. El magnífico vaso, de unos 22 cm de altura, cuenta la inscripción siguiente: “Este cáliz de oro le dio a esta Sta. Yglesia el Yllmo. S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Delgado, dignísimo obispo que fue de ella”, siendo la altura del copón de 31 cm. Sobre este cáliz y copón apuntó en los años veinte el erudito canario José Feo y Ramos la autoría de Castro, en función a una posible semejanza con los enviados a Córdoba en esas mismas fechas por el prelado sevillano. Esta teoría fue desechada con bastante fundamento en nuestra opinión por Perera, que señaló como se ha dicho a Rodríguez por la extraordinaria similitud con las dos piezas del mismo tipo que Delgado regaló para Sigüenza, ambas del orfebre madrileño referido (Ver Apéndice de Ilustraciones). Las dos piezas aparecen reflejadas en dos inventarios, uno de 1789, que describe al cáliz junto con su patena y cucharita con un peso de 3 libras, 1 onza, y 3 adarmes, “con figuras de medio relieve y el pie ochavado y columnas triangulares”; y el copón con su tapa de 3 libras, 4 onzas, y 5 adarmes; siendo de destacar que en el realizado el 20 de abril de 1933 se hace constar de ambas piezas que estas habían “sido mutiladas por

---

<sup>226</sup> Sobre la fundación del referido seminario ver las aportaciones de José Jaimes: *Breve relación de la causa, origen y principios del establecimiento del Seminario Conciliar*, en Archivo Histórico Diocesano del Obispado de Canarias (AHDOC), legajo 19; y la ponencia de Agustín Sánchez Pérez: “El Seminario de Canarias”, en un encuentro de sacerdotes publicado posteriormente en la revista *Almogaren*, núm. 35, diciembre de 2004.

mano sacrílega” en la parte de la copa, pesando la primera de las piezas 1,595 kilos y ahora 1,300; y la segunda 1,408 y ahora 1,100<sup>227</sup>.

También envió un retrato al óleo, de cuerpo entero, que cuelga aún en la Sala Capitular de la misma, obra del pintor Francisco Casas, si bien parece que inicialmente había sido encargado a Joaquín Inza, autor del retrato sedente que obra todavía hoy en la Santa Caridad sevillana. Son también donación del prelado sevillano a la catedral canaria: un pontifical muy rico; el junquillo y la llave de oro para el sagrario del monumento catedralicio del Jueves Santo; un vaso, espátula y cubito de plata para el bálsamo de los santos óleos, aún en uso; dos portapaces de plata dorada punzonada por Castro y la leyenda del oferente: “Lo donó el Ilufrisimo Señor D. Francisco Delgado Venegas, Obispo de Sigüenza”, y 4.000 pesos para una colgadura de terciopelo “violado” con sus respectivos galones (donativo por el que el cabildo le da sus más expresivas gracias en 7 de diciembre de 1766). Sufragó asimismo parte del coste de la custodia portátil que Castro ejecutó en plata dorada y pedrería para la parroquia de La Concepción de la villa tinerfeña de La Orotava (Ver cáliz, copón, portapaces y custodia en Apéndice de Ilustraciones). Así, Delgado, que manifestó dicho proyecto durante su visita a la mencionada villa el 29 de enero de 1768, concertó directamente con el cordobés la hechura, aportando 250 pesos y la promesa de satisfacer el coste de las piedras preciosas que se necesitaran. El resto del presupuesto estimado en 877 pesos, fue cubierto por el doctor Francisco Román Lugo, que dio 400 pesos, y por la fábrica parroquial que aportó 227. A su paso por Córdoba de camino a Sigüenza, para cuya diócesis había sido promocionado, entregó además de los referidos 250 pesos, otros 60 para el dorado, más lo que costasen las 17 esmeraldas, 24 diamantes, y otros tantos rubies, quedando la obra terminada para el 1 de noviembre, y estrenada el 28 de junio de 1769. Según Perera es la pieza más ostentosa y rica de Castro en Canarias, apareciendo labrados diversos motivos evangélicos y eucarísticos tales como: el cordero apocalíptico, el águila sobre ascuas, o el león y el pelícano. En el astil figuran cuatro nudos, contando el mayor querubines soldados, y el sol diez ráfagas estriadas acabadas en estrellas de ocho puntas, rodeando al viril de oro la referida pedrería detallada, remata el conjunto una cruz barroca con ráfagas doradas. Agradecido el cabildo a su antiguo prelado por las distinciones que recibía de aquel, acordó el 28 de julio de 1778,

---

<sup>227</sup> Hernández Perera: *Orfebrería de Canarias*; y “La obra del platero cordobés Damián de Castro en Canarias”, ambas citadas; y Cazorla León: *Historia de la catedral de Canarias*, opus cit., págs. 369-371.

festejar su elevación a la púrpura con “18 lebrillos para tres noches de luminarias en obsequio del Eminentísimo Sr. Delgado en su exaltacion a Cardenal y Patriarca e las Indias”<sup>228</sup>.

Asimismo, Delgado intercedería ante el platero cordobés la realización de diversos proyectos en Canarias a instancias de las autoridades diocesanas o catedralicias, como la cruz parroquial que este ejecutó para la catedral canaria en plata sobredorada, concluida el 2 de diciembre de 1772, cuyo coste fue de 11.234 reales; quizás una custodia argéntea para el convento franciscano de Telde; es posible que intercediera también en alguna manera en la custodia encargada a Castro a instancias del maestrescuela Monteverde, mandada hacer el 25 de enero de 1771, y estrenada el 14 de diciembre de 1773, si bien no está punzonada; o en el proyecto para una custodia de oro para la catedral canaria que debía alcanzar los cinco o seis mil pesos. Esta debía tener el tamaño de la de Monteverde, que había sido a su vez encargada para sustituir una de origen madrileño de principios del diecisiete, y debía procesionar sobre andas en la festividad del Corpus, acordando el cabildo se diera parte a Delgado, entonces obispo de Sigüenza, por el “mucho conocimiento del platero Damián de Castro, que acaso sea quien haga la custodia”. Para todo ello se comisionó al tesorero Lugo, al que se entregaría además un cáliz y una patena de oro para disminuir en algo el coste, pero sobrepasado con mucho el presupuesto inicial se acordó entonces ejecutar en el áureo metal la parte del viril, consultando a su antiguo obispo con fecha 27 de diciembre de ese año sobre cuánto podría costar una custodia de oro y pedrería, y dónde sería más acertado concertarla, si en Córdoba, Madrid, o incluso Roma, siendo finalmente relegado el proyecto por los muchos gastos ocasionados por las obras de la catedral<sup>229</sup>. Tras su muerte, el Cabildo de Las Palmas dedicó el 5 de marzo de 1782 unas solemnes honras fúnebres al cardenal Delgado, encargando para tal ocasión la composición de una oración fúnebre al magistral Encina, y unos epigramas laudatorios escritos en latín al arcediano Franchi<sup>230</sup>. El futuro arzobispo sería el primer titular de la diócesis

---

<sup>228</sup> Dichas piezas van estudiadas en Hdez. Perera: “La obra del platero cordobés Damián de Castro en Canarias”, opus cit., págs. 121-125. Sobre el pontifical y atribución a Castro por José Feo y Ramos ver sus artículos en prensa: “Apuntes para la historia de la Catedral de Canarias”, en *El Defensor de Canarias*, Las Palmas 24, 25, y 27 de febrero, y 2, 6, 9, 11, y 13 de marzo de 1926). Viera: *Extracto de las actas del cabildo*, opus cit., pág. 157. Sobre los festejos con motivo de la elevación al cardenalato ver AHDGC, *Capitular*, Cuentas de Fábrica (1769-1813), fol. 102 (Citado por Perera, 122).

<sup>229</sup> Hdez. Perera, “La obra del platero cordobés...”, opus cit., 122.

<sup>230</sup> Viera y Clavijo: *Noticias de la historia general de las islas Canarias*, IV, op. cit., 595-597.

canariense que llegaría a metropolitano de las Islas, pues alcanzó la mitra hispalense, de la que aquella es sufragánea.

*El obispo “que no sabía dar poco”. Sigüenza, consolidación de una labor pastoral*

Elegido por el monarca para la diócesis seguntina el 22 de junio de 1768, Delgado sustituía en aquella silla al anterior prelado don José Patricio de la Cuesta y Velarde, quien había fallecido el 7 de junio del mismo 1768 a los 55 años de edad, habiendo llegado este a la diócesis seguntina en 1761. Su nombre no aparece en la consulta acordada por la Cámara el 20 de junio, que fue presidida por el conde de Aranda y estuvo compuesta por Manuel Ventura Figueroa, Francisco José de las Infantas, y Pedro Rodríguez de Campomanes, la cual elevó su parecer al monarca el expresado día 22. En ella los consejeros habían votado a los candidatos siguientes: fray Pedro Juan de Molina, que lo fue por todos en primer lugar; Andrés de Prada en segundo; Tomás Melgarejo, que llegaría a ser deán de Cuenca; y Gabriel Peregrín, que sería magistral en la catedral murciana; por lo que cabe deducir que Carlos III estaba ya ampliamente informado – probablemente por Eleta – de los méritos de Delgado sobre el resto de consultados. Una vez aceptado el ofrecimiento por parte del interesado, que lo hizo el día 3 de septiembre a través de su agente en Madrid don Juan de Cañas, se expidió el correspondiente despacho de presentación, fechado en El Escorial el 16 de octubre, al agente interino en la corte romana Tomás Azpuru, futuro arzobispo de Valencia un año más tarde, despachándose las bulas el 19 de diciembre, contando por cargas la cantidad de 16.631 ducados y 6 reales para pensiones<sup>231</sup>.

Aquel fue un traslado deseado, como afirma Viera y Clavijo<sup>232</sup>, a quien curiosamente Delgado había amonestado pocos años antes por ciertas actitudes displicentes de este durante los actos litúrgicos, recibiendo la noticia mientras realizaba la Visita a Tenerife. Partiría rumbo a la Península desde el Puerto de Santa Cruz el 12 de noviembre de ese mismo año, y a su llegada a la corte será el encargado de consagrar a su sucesor en la sede canaria, el franciscano Juan Bautista Cervera, acto que tuvo lugar

---

<sup>231</sup> Puede consultarse toda la documentación en: AHN, *Consejos*, leg. 15.374; y en la misma sección en la serie “Libros de Iglesia”, año 1768; ver asimismo en ASV, *Fondos Consistoriales*: Acta Cam. 36, fol. 346. El gravamen de dichas rentas en concepto de pensiones era en moneda romana de 5.649 ducados de oro de cámara con 10 julios.

<sup>232</sup> Viera y Clavijo, *Noticias*, IV, op. cit., 198-199.

el 16 de julio de 1769 en la madrileña iglesia de San Gil, a escasos metros de Palacio<sup>233</sup>. En su nombre tomaría posesión de la diócesis el 11 de marzo de 1769 su deán, don Antonio Carrillo de Mendoza, aunque parece que el cabildo secular – el obispo era a la vez señor de Sigüenza – ofreció alguna resistencia a reconocer al nuevo prelado como su señor hasta no ver las correspondientes bulas pontificias, que estaban todavía retenidas por la Cámara de Castilla, acción que le deparó la amonestación del cabildo catedralicio, que en esos momentos presidía aún la sede vacante<sup>234</sup>. Unos meses más tarde, Delgado partía por fin hacia su nueva diócesis, comunicando al cabildo por una carta de fecha 15 de septiembre su llegada a la villa de Atienza el 19 de agosto anterior, acordando aquel cuerpo el envío de una comisión que “con las correspondientes cartas de creencia se pusiesen desde luego en marcha al efecto de contribuirle con todas aquellas veneraciones y obsequios que debe el Cabildo à S. Ilma. y exigen sus distinguidas finezas”<sup>235</sup>. Una vez en Sigüenza, en la que hizo su entrada pública y solemne el 24 de septiembre, el nuevo obispo devolvió la visita a su cabildo catedralicio el día 1 de noviembre, ofreciendo el prelado a este “las más expresivas demostraciones de afecto, benevolencia y cariño...”, solicitando de su ayuda para dirigir “la grey que la Divina Providencia había encomendado a su cuidado, escitando a todos al buen ejemplo...”, respondiéndole el señor arcediano de Sigüenza con las más “reverentes gracias” de parte del cabildo<sup>236</sup>. Tras recibir también la correspondiente visita del auxiliar del obispado, Andrés Cano, obispo de Araden, al que recibió el día 6 de octubre, dedicándose entonces a solucionar el peliagudo enfrentamiento que desde antes de su llegada enfrentaba a su cabildo. Estas discrepancias se referían a si estaba en vigor o no el estatuto del Sr. Carvajal, estribando el enfrentamiento en si podían votar determinadas decisiones en los cabildos los racioneros y medios racioneros, apelándose a la intermediación del nuevo prelado en la resolución del asunto, que había llegado a oídos del rey. Los capitulares decidieron elegir un prebendado por cada categoría para que acudiesen delante del prelado, dejando la resolución del asunto en manos del prelado en caso de no ponerse de acuerdo, a lo que el obispo, aún en la corte, contesto

---

<sup>233</sup> Ibid, 199; y Cazorla León y Sánchez Rodríguez, op. cit., 329.

<sup>234</sup> Todo lo relativo a la llegada del obispo a su nueva sede en Archivo de la Catedral de Sigüenza-Guadalajara (ACSG), Sección *Libros-Documentos*, Actas Capitulares, libros 93, fols. 286, 298v, 329-330; y 94, fols. 11 y 54. Su relato en el episcopologio de Mingüella en tomo III, 170.

<sup>235</sup> Ibid, Autos Capitulares, libro 94, fol. 22v. Episodio que es también referido por Mingüella en su episcopologio citado, tomo III, 170.

<sup>236</sup> Ibidem.

por una carta fecha en San Ildefonso el 2 de octubre de 1769, dando las gracias por la confianza que se depositaba en él<sup>237</sup>. Desde entonces el nuevo prelado, como había hecho ya en Canarias, dedicaría todos sus esfuerzos a la caridad para con los más pobres, que ejerció siempre de la manera más generosa, rechazando incluso un traslado a la diócesis de Málaga para la que fue propuesto, permaneciendo en la ciudad alcarreña hasta su promoción a la mitra hispalense.

Sigüenza, ciudad alcarreña de la provincia de Guadalajara era cabeza del partido<sup>238</sup> formado por las villas y lugares de Aragosa, Baydes, Bretes, La Cabrera, Caravias, Cirueches, Fuen Sabinán, Higes, Matillas, Moratilla, Palazuelos, Peregrina, Pozancos, Río Salido, Sienes, Torremocha del Campo, La Torre de Sabinán, Val de Almendros y Ures, siendo señoreada por la dignidad episcopal desde su reconquista en 1123. Su primer obispo Bernardo de Agén, que había tomado la ciudad inició también la construcción de la catedral que dedicaría a una reliquia de Santa Librada, patrona de la diócesis, que trajo de Francia, su tierra natal. En la segunda mitad del siglo XVIII, según nos relata el célebre viajero Ponz, la ciudad alcanzaba la cifra de 1.278 vecinos (unos 6.500 o 7.000 habitantes), y la diócesis, sufragánea de la de Toledo aproximadamente unos 22.000 vecinos, es decir aproximadamente 100.000 almas sin contar a los eclesiásticos, que eran unos 1.300<sup>239</sup>. Estaba organizado el obispado en 10 arciprestazgos, y 10 vicarías foráneas, con 450 lugares, de los que 128 eran villas, y un total de 505 parroquias y 516 pilas bautismales extendidas por buena parte de la actual provincia de Guadalajara<sup>240</sup>. La jurisdicción señorial sobre Sigüenza y las villas que le estaban sujetas sería renunciada en 1796, cedida por parte de su obispo don Juan Díaz de la Guerra en unión con el cabildo – que poseía la mitad de la jurisdicción – en beneficio de la Corona, cobrando en frutos y granos aproximadamente unas 50.000 fanegas. El cabildo estaba compuesto en cambio por 14 dignidades, 37 canónigos, 13

---

<sup>237</sup> Ibid, Autos Capitulares, libros 93, fols. 60-63; y 94, fol. 19 y 28.

<sup>238</sup> *España dividida en provincias e intendencias, y subdividida en partidos, corregimientos, alcaldías mayores, gobiernos políticos y militares, así realengos como de órdenes, abadengo y señorío*, tomo I, De Orden Superior en la Imprenta Real. Madrid, 1789, pág. 326.

<sup>239</sup> Antonio Ponz: *Viage de España, en que se da noticia de las cosas mas apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*, 18 vols., tomo XIII, Madrid, Viuda de Ibarra e hijos, 1788, pág. 8-9.

<sup>240</sup> Ibídem; y *Guía del Estado eclesiástico seglar y regular de España en particular y de toda la Iglesia Católica en general, para el año de 1798*, Madrid, Imprenta Real, 1798, pág. 62. Otros datos interesantes sobre la ciudad durante el Antiguo Régimen en la obra de Adrián Blázquez Garbajosa: “Sigüenza: una ciudad de señorío episcopal en la Edad Moderna. Instituciones, demografía, economía”, en *Studia Historica*, núm. 5, año 1987, págs. 199-218, 205.



raconeros, y 14 medios racioneros, existiendo dentro del territorio, una Universidad, dos colegiatas (Berlanga y Medinaceli), 17 conventos masculinos, y 10 femeninos.

Al poco de llegar a la nueva diócesis, Delgado es requerido por la Corona, al igual que el resto de sus compañeros obispos, para que ofrezca su opinión sobre un muy controvertido asunto, si procedía o no pedir de Roma la definitiva extinción de la Compañía de Jesús, que por orden de Carlos III se intentaba conseguir. Fracasados todos los intentos de los representantes de las monarquías borbónicas ante Clemente XIII, que murió de manera inesperada el 2 de febrero de 1769, ahora, y para reforzar las presiones ante el nuevo papa, el franciscano Ganganelli, que tomó el nombre de Clemente XIV, se decidió recabar la opinión de todos los prelados del reino, que serían enviadas al papa. El dictamen del obispo de Sigüenza sería elaborado el 14 de noviembre de ese mismo año<sup>241</sup>, a petición del ministro Roda, que se lo había solicitado por carta circular del día 22 de octubre anterior que envió al resto de prelados, debiendo argumentar en él su opinión sobre las múltiples acusaciones que se vertían contra la Compañía: desórdenes, abusos, privilegios desmedidos, política mundana, ambición, codicia, o sobre la licitud de las doctrinas y enseñanzas que estos propagaban desde el confesionario o el pulpito. Sobre estos informes dice Teófanés Egido que estaban inspirados de una servil gratitud y de un respeto reverencial a la persona del monarca, que había elevado al episcopado a un buen número de ellos<sup>242</sup>.

Sobre su orientación favorable a las pretensiones del rey no cabe duda, a pesar de colocarlo Dánvila y Collado en su capítulo dedicado a Carlos III de la *Historia General de España*, entre los escasos ocho prelados que se mostraron contrarios a la supresión<sup>243</sup>, opinión que desde luego no compartimos en el caso que nos toca. No sabemos que llevó al erudito decimonónico a ello, si las alabanzas que hace Delgado al espíritu inicial e intenciones que fundaron la Orden, o su cercanía con dos relevantes amigos de la Compañía, el depuesto obispo gobernador del Consejo Rojas y Contreras,

---

<sup>241</sup> AGS, *Gracia y Justicia*, leg. 686: Dictamen del obispo de Sigüenza Francisco Delgado y Venegas sobre la extinción de la Compañía de Jesús, 14 de noviembre de 1769.

<sup>242</sup> Teófanés Egido: "Actitudes regalistas de los obispos de Carlos III", *Actas del I Symposium Internacional: Estado y Fiscalidad en el Antiguo Régimen*, Murcia, 1988, págs. 67-83.

<sup>243</sup> Manuel Dánvila y Collado afirma en el tomo III de la *Historia General de España*, obra colectiva dirigida por D. Antonio Cánovas del Castillo, Madrid, El Progreso Editorial, 1894, "Reinado de Carlos III", págs. 429-430 que fueron 46 favorables, 8 contrarios, y 6 excusaron enviarla.

o su propio primo don Juan Curiel, siendo este uno de los principales motivos de la inquina que le profesaban muchos de los más destacados ilustrados. Lo cierto es que de haberse opuesto Delgado, sería entonces muy difícil de explicar su posterior relación con Carlos III, que llegó a colmarle de honores, nombrándolo arzobispo de Sevilla, patriarca, procapellán mayor, y vicario general de los Ejércitos, todo ello reteniendo la sede hispalense, o consiguiendo para él además el capelo cardenalicio todo en poco más de un año.

Ya en la primera página del informe, realizado con la “posible brevedad y debida reserva”, el prelado reconoce claramente los “mui justos, poderosos, y fundados” argumentos expuestos por el soberano para solicitar de la Santa Sede la disolución de la Orden fundada por San Ignacio, que como sabemos sería arrancada finalmente a Clemente XIV el 23 de julio de 1773, fecha de publicación de la famosa bula *Dominus ac Redemptor*. A estos “justos” motivos había que añadir la opinión general – pronósticos dice – de “absoluta y necesaria reforma” que muchos “varones píos y doctos”, “los Prelados más zelosos y sabios”, además de “grandes hombres, universidades, y comunidades” dirigieron a papas y monarcas en repetidas ocasiones desde la fundación de la Compañía clamando por la “moderación” de esta, tildándola además de apta “para el abuso”. Y es que, aunque “el instituto es santo y loable”, reconocía, y lo mismo las constituciones que aprobaran Paulo III y Julio III a propuesta de San Ignacio y sus compañeros, serían algunos de estos como Diego Laínez y Alfonso Salmerón los que con su “literatura entendieron sus capítulos, introduciendo en ellos disimuladam.<sup>te</sup> la semilla de los progresos de la Compañía, y zanjando un gobierno singular y despotico que cayendo en manos menos puras que las de S.<sup>n</sup> Ygnacio, facilm.<sup>te</sup> podía hacerse obscuro y misterioso”, un “gobierno interior impenetrable y sospechoso nada conforme a la sinceridad Evangelica, y dirigido á adquirirse el predominio, autoridad, é intereses que ha admirado al Mundo, y espantado a los hombres del mejor juicio”. De la loable finalidad original de acercarse al gobernante y a los poderosos, fuesen estos malos o buenos, para atraerlos en lo posible al mensaje evangélico y corregirles de manera “amigable y sumisamente, con afabilidad”, se pasó, luego de la “fina caridad que movía al santo”, por otros que no eran tanto, a la “maior proporcion de alzarse con el Gobierno, no solo de las casas particulares, sino también de las Provincias, y aun de los Estados”, que llevó a la Orden a gozar de una “autoridad,

estimacion y temor universal”, todo lo cual habría deparado a los jesuitas “inmensos bienes temporales”.

Así, de la primitiva política desplegada por San Ignacio o San Francisco Javier, “santa y toda espiritual”, la actuación de la Orden se habría transmutado en “temporal y mundana”, franqueándoles la gracia de papas, soberanos, tribunales, y poderosos, consiguiendo “con raras artes” exorbitantes privilegios que usarían con extraordinario “exceso y arrogancia”, atropellando los derechos de obispos, cabildos, párrocos, y resto de órdenes, “haciendose temibles a todos, y escarmentando a los que se ha atrevido a contradecirles”, sobrando “lastimosos exemplos de todo esto, de que se llenarían muchos volúmenes”. Continúa además haciéndose eco de otras durísimas acusaciones, como las de haber convertido sus escritos, misiones, confesionarios, y direcciones desde su origen en “un indecoroso comercio”, pues “como es notorio”, afirma, “en esta mercatura espiritual han ordenado los Ministerios Sagrados a la consecucion de intereses temporales, y de autoridad y estimacion mundana...., haciendose arbitros en cambio de sus tareas de los Matrimonios, testamentos, herencias, donaciones, contratos, administracion de la Justicia, dispensa de las gracias, y gobiernos públicos y privados de las Repúblicas y Familias”. Igualmente arremete con algunas de sus célebres doctrinas, como la del probabilismo<sup>244</sup>, los ritos de la China y del Gran Pará, o la aun más peligrosa del tiranicidio, por la “constante perturbacion que han causado”, sin que bastaran para contenerlos en su defensa “las mas serias condenaciones... y fuertes apercibimientos”, infamando además la memoria de personajes como el venerable Juan de Palafox, cuyo proceso se pensaba era postergado en Roma a causa de la Compañía, o al agustino cardenal Noris cuya obra se mantenían en condenar a pesar de haber sido sacada del Índice.

Acusados por su ansia por adquirir, y tenacidad en retener, “eran admirables – decía – sus ardidés para apoderarse de los caudales, è invencibles sus cavilaciones para defender su posesion.... No haviendo parte del Mundo, ni genero mercantil a que no se estendiera su industriosa contratacion”, pasando por encima de cualquiera que se les opusiese, incluyendo a no pocos oficiales de la Real Hacienda que se “vieron arruinados por haverles tocado la desgracia de cumplir su obligacion con algunos jesuitas”, no

---

<sup>244</sup> Doctrina desarrollada por la Escuela de Salamanca desde el siglo XVI, y principalmente por teólogos jesuitas basada en la idea de que una acción se justificaba, aun en contra de la opinión general sobre ello, si había alguna probabilidad, de ahí el término, de que el resultado final fuera bueno.

escapando a sus “formidables” venganzas ni obispo, magistrados, la propia tiara, o las coronas, a las que trataban de desacreditar como en el caso del célebre del jesuita Malagrida, condenado a la horca en Portugal, manifestando el propio Delgado haber escuchado de un jesuita con gran “opinión de virtud” envidiar la suerte de aquel, reputándolo por mártir y a los jueces y ministros lusos por “tiranos o perseguidores”. También pone el caso de otro miembro de la Compañía que le habría confiado “que quando se seguía algun pleito, ó sucedia lance que les fuera de disgusto, el procurador, ó superior de la Casa daba cuenta al Provincial, y este escribía al Procurador de Madrid, quien lo comunicaba al Confesor del Rey, para que todos estuvieran advertidos del sugeto que los desfavorecía, y se pudieran desquitar, indisponiedole sus pretensiones, y adelantam.<sup>10</sup>, ó los de sus hijos, hermanos, y parientes”.

Escandalizado por semejantes maneras en un instituto cuyos miembros eran tenidos por los más “doctos y mejor empleados” de la Iglesia, se preguntaba como habían podido llegar a desarrollar un método tan “contrario al Evangelio, ni practicas mas nocivas al Christianismo?”, llegando a escuchar de personas que el prelado calificaba de “no ignorantes ni sencillas” el celebrarles en esas “habilidades”, y que le habían llevado en más de una vez a interrogarse si no necesitaría aquella religión de la más profunda y “radical reforma”, si bien dudaba de la posibilidad de llevarla a cabo por el poder y valimiento que estos habían alcanzado utilizando para ello de “astucias y ardidess insuperables” que habían hecho fracasar su reforma en Portugal y que llevaron a su extrañamiento en aquel país y luego en Francia, Nápoles, y la propia España. Así, dice: “Tal vez se me ocurrió tambien si llegarían á padecer el extrañam.<sup>10</sup> que despues se verificó; pero aun este extremo me dejaba en la desconfianza de que haviendo sido en otros tiempos expelidos, y totalm.<sup>10</sup> desarraigados de Francia, y Venecia con la ignominia que todos saben; consiguieron ser restituidos al auge que los perdió, tan lejos de bolver enmendados con el escarmiento que reincidieron en los mismos, ó semejantes motivos p.<sup>1a</sup> segunda expulsion como estan experimentando”, considerando que la extinción de estos, que era el negocio que se trataba, estaba completamente “asistida de la justificación” que se requería, faltándole ya la esencia y el fin para la que fue aprobada.

Para todo ello advertía no era siquiera necesario decreto o sentencia definitiva que los suprimiera, pues bastaba con la prohibición de admitir novicios para que esta

muriese por sí sola, deshaciéndose al fallecer los religiosos existentes, propuesta lanzada por Clemente XIV que fue rechazada por los representantes de las monarquías, temerosos de que las grandes influencias de la Compañía consiguieran de nuevo rehabilitada, como de hecho sucedió muchos años más tarde. Es más, el obispo, ya de manera espontánea, o bien llevado por los acontecimientos, cuando dice sobre los jesuitas “Esta Religion se halla hoy muerta civilm.<sup>te</sup> é imposibilitada por su culpa”, manifiesta clarísimamente que “sería temeridad sentir de otro modo de Príncipes tan religiosos y justos”, lo que es una manifiesta adhesión a los proyectos de Carlos III, que había conseguido arrinconar a la Orden fundada por San Ignacio para extender la palabra de Dios por todo el mundo, y que atendiendo a los fines propuestos por este, “ya podía darse por extinguida”, por lo que invitaba al monarca a “instar por su formal y autentica disolucion”.

En el informe rechaza asimismo los argumentos de los que pedían que los regulares de la Compañía fueran primero oídos en justicia, o que la supresión de esta fuera solicitada conjuntamente por todos los soberanos católicos, o incluso que fuera un concilio el que decidiera sobre el asunto, que considera inútiles, utilizando para ello un paralelismo realmente bastante acertado, y que no era otro que el famoso proceso contra los templarios, muy similar en cuanto a su desarrollo, alcance mundial, y final. Así, al igual que los jesuitas, aquella Orden religioso-militar había conseguido con sus proezas el elogio de toda la cristiandad, con San Bernardo a la cabeza, pero lo mismo que aquellos “se empezaron a viciar... y á oírse graves quejas de ellos”, sorprendentemente parecidas a las que se vertían contra los de San Ignacio: arrogancia, vida mundana, acumulación de bienes, desafío a las autoridades eclesiásticas, sospecha en la fe..., un clamor universal que bastaría para justificar la disolución sin necesidad de escucharles, algo en lo que había insistido el papa. Tampoco la idea de convocar un concilio, pues como en el caso del de Vienne, nada acabó resolviendo y todavía aumentó más la confusión – como recordaba Delgado –, y la división entre los países, recurriéndose al final como única fuente legitimada para ello a la autoridad papal, quien a través de una bula pontificia que validaba las actuaciones del rey de Francia contra aquellos suprimió definitivamente a los templarios:

“Tiene V.M. aquí un modelo con que puede conformarse el Papa, siguiendo las pisadas de su Antecesor, como acostumbre la S.<sup>ta</sup> Sede. Lo que se ha dicho contra los Jesuitas desde que

empezó su propagacion hasta de presente es mucho, y gravísimo, por los primeros hombres, y comunidades de todas las Naciones, y con fundam.<sup>tos</sup> mui solidos. En los Tribunales ecc.<sup>os</sup> y seculares se hallan frecuentes vestigios de su perjudicial conducta, y es mas que notorio las inquietudes, y enormes agravios que han causado en todos tiempos. Con los actuales acahecimientos y mucho que con este motivo se ha descubierto y publicado, se hallan sumam.<sup>te</sup> infamados, no como quiera, y por rumores populares; sino por justísimas providencias del actual Sumo Pontífice y de los mas justos soberanos del Mundo. El Escandalo, que contra ellos ha nacido, es gravísimo, y universal, sin que haia modo de atajarlo, interin, que subsistan. Claman por su extincion los soberanos de la maior parte de la Christiandad, con innumerables de sus mas distinguidos súbditos: y no los Prelados y Proceres de Francia sola. Estas fueron las causas de la extincion de los templarios, y aunque no hubiera mas que la de la infamia, justificaría la de los Jesuitas. Jesu-Christo en parábola de la sal dice: Que si los Mrôs. llegan á infatuarse, y perder el credito de nada sirven, sino para echarlos fuera. Los Jesuitas se instituieron para Maestros que enseñaran los hombres a salvarse este es todo su ser, y de el que ellos tanto se han gloriado; pero ya universalm.<sup>te</sup> infamados, y sin credito, no sirven para este ministerio, ni puede oírseles con aquella aceptacion, que es necesaria para que sea bien recibida, y que haga fruto su doctrina, y no resta mas, que el echarlos fuera”.

Continúa relatando ya por último, “que si no se habían probado sus delitos y oído sus defensas por los formales términos del derecho”, al igual que con los templarios, a pesar “de las prolijas diligencias” realizadas, era por tener estos “tantos apasionados” que aprovecharían la ocasión para “satirizar” las diferentes providencias tomadas, como pasó en Portugal, Francia, y otras partes, “cerrando los ojos a los procesos” y afirmando que todo era “calumnia, impostura, y mala voluntad”. Tampoco considera necesaria la unión de todos los príncipes católicos para ese fin, pues en el caso del Temple fue solo el rey de Francia “el que hizo el principal empeño por la extincion”, el que lleva ahora el monarca español y “la mayor parte de los soberanos que son los brazos que defienden la Religion, y las columnas que la mantienen”, finalizando su opinión sobre el delicado asunto con la plena justificación de lo que pretendía Carlos III, pues si Clemente V, pudo extinguir y extinguió por sí solo a los templarios, por qué Clemente XIV “no ha de poder y hacer lo mismo con los Jesuitas, militando iguales ó superiores razones”, y es más, decía, y “si el Papa puede hacerlo mucho mejor puede V.M. pedirlo”. Con ello queda en mi opinión plenamente comprobado lo que por lógica ya se deducía, y esto es, la total anuencia de Delgado y Venegas con la política religiosa de Carlos III, siendo su posición favorable a la extinción de la Compañía de Jesús.

De actos solemnes que tuvieron lugar en la catedral seguntina tenemos conocimiento de la consagración episcopal que en ese mismo año de 1770, el 28 de octubre, tuvo lugar, siendo el prelado provisto don Baltasar de Yusta y Navarro, recién electo para la mitra leonesa, luego en 1777 ocuparía la de Córdoba. Actuarían junto al consagrante principal, que fue don Bernardo Antonio Calderón, obispo de Osma, el propio Delgado y Venegas y su auxiliar en Sigüenza don Andrés Cano y Junquera, obisp de Araden<sup>245</sup>. En 1773 promulgaba un importante edicto, que llevó fecha 15 de febrero, sobre uno de los temas más conflictivos en las difíciles relaciones entre la Iglesia y el Estado en aquel siglo, nos referimos al de la inmunidad eclesiástica y el derecho de asilo, un aspecto sobre el que los ministros regalistas siempre habían denunciado innumerables abusos<sup>246</sup>. Primero por constituir una jurisdicción paralela a la real, y segundo porque en muchas ocasiones servía para entorpecer la persecución de delincuentes, consiguiendo de la Santa Sede su reducción a uno, o a lo sumo dos lugares en los que se pudiera apelar a aquel derecho de salvaguarda, como el propio obispo reconoce en la exposición de motivos que justifican el edicto que dice así:

“La veneracion, y culto de los Templos, debida a la Magestad del Señor, que se ha dignado habitar en ellos para derramar sus misericordias sobre los humildes, y la que corresponde a los Lugares Santos, y Religiosos, como sitios de bondad, jamás ha sido, ni podido ser para proteger la iniquidad, y facilitar a la perversidad, y malicia, efugios contra la publica tranquilidad, y caridad christiana, que debe reynar entre los Files, y que es el mas sagrado vinculo de la christiana sociedad. Este ha sido siempre el verdadero espiritu de la Santa Iglesia, que como Esposa inmaculada, y tan amada de Dios, le ha tenido, y tiene bien conocida su santa voluntad. Sin embargo, muchos hombres malvados, con sus execrables abusos, han dado motivo a que los Sumos Pontifices, repetidas veces, les hayan puesto freno, cerrandoles las puertas del Asilo, que no deben estar abiertas para los graves delitos, que justisimamente han exceptuado. Aun no han bastado tan saludables providencias para contener a los malhechores; pues fiados en el crecido numero de Lugares Sagrados, y de refugio, han multiplicado los desordenes, hasta precisar al paternal zelo del Rey nuestro Señor (que Dios guarde) a recurrir por el oportuno remedio de la

---

<sup>245</sup> Juan Gómez Bravo, magistral de Córdoba: *Catálogo de los obispos de Córdoba, y breve noticia histórica de su iglesia catedral y obispado*, opus cit., tomo II, págs. 831-832; ver asimismo la conocida de los padres Remigium Ritzler y Pirminum Sefrin (O.F.M.): *Hierarchia catholica medii et recentioris aevi*, 8 vols., continuación de la obra iniciada por el también franciscano Conrado Eubel, tomo VI (1730-1799), Patavii, Tipys et Sumptibus Domus Editorialis “Il Messaggero di S. Antonio”, 1958, págs. 94 y 452.

<sup>246</sup> *Edicto de D. Francisco Delgado y Venegas, obispo de Sigüenza reduciendo el número de iglesias de refugio y asilo en este obispado de Sigüenza en virtud de mandato y comisión de su Santidad, prescribiendo con arreglo a ella las reglas para las extracciones de los reos, y declarando varias dudas que pueden ocurrir en su ejecución*, Sigüenza, 15 de febrero de 1773.

reduccion del numero de Asilos, asi como sucede en el Reyno de Valencia, de muy antiguo, para el bien de sus Pueblos, A nuestro Santisimo Padre Clemente Papa XIV, que felizmente gobierna la Santa Iglesia, quien queriendo condescender con la justa instancia, y deseo de un Rey tan piadoso, Religioso y amantissimo de las buenas costumbres, y de la honra debida a Dios, y a la Santa Iglesia Catolica Romana, y teniendo muchisimo en el Señor su obsequio, y .. a la Santa Sede, y su singular cuidado en no disminuir los derechos de la Iglesia, siguiendo el egemplo de otros Romanos Pontifices, sus predecesores, motu proprio, de cierta ciencia, con madura deliberacion, y por la plenitud de la Potestad Apostolica, por su Breve dado en Roma en Santa Maria la Mayor, a doce de Septiembre del año proximo pasado de mil setecientos setenta y dos, encarga, comete, y manda a todos, y cada uno de los Patriarcas, Arcobispos, Obispos y demas Ordinarios Eclesiasticos de todos los Reynos de España, y de las Indias, sugetos al Señorío de S. M. y de sus legitimos sucesores, que quanto mas pronto ser pueda, y a lo mas dentro de un año, contado desde el dia, en que dicho Breve Apostolico les sea insinuado, en cada Ciudad, y respectivamente en cada Lugar, sugeta o sugeto a su jurisdiccion, deben y esten obligados a señalar una, o a lo mas dos Iglesias, o Lugares Sagrados, según la Poblacion de las mismas Ciudades, o Lugares, y a publicar este señalamiento; de suerte, que en las dichas Iglesias, o Sagrados solamente, desde el día de la expresada publicacion en adelante, se havra de guardar, y observar unicamente la Inmunidad Eclesiastica, y el sagrado Asilo, según la forma de los Sagrados Canones, y de las Apostolicas Consitucones; y ninguna otra Iglesia, o lugar Sagrado, santo, o Religioso se deba tener por immune, aunque por derecho, o costumbre lo haya sido antes, y en adelante debiera serlo”.

Por lo que en cumplimiento de la orden, el prelado señala los lugares de “asilo y refugio” para la diócesis seguntina, que fueron las siguientes: en la ciudad de Sigüenza la Santa Iglesia Catedral; en Molina la iglesia parroquial de Santa María la Mayor de San Gil; en Ayllon la de San Miguel; en Medinaceli su colegial; en Almazan, la parroquia de San Pedro; en Atienza, la de San Gil; en Berlanga la iglesia colegial; en Cifuentes su Iglesia parroquial; en la de Caracena la parroquia de Santa María; y en la de Ariza su parroquia, también advocada a Santa María. El reo debía ser extraido de las mismas siempre en presencia de un clérigo, aclarando además, el documento de manera terminante lo siguiente:

“Y para que pueda haver una continua, patente, y fija noticia de qual es en cada uno la Iglesia señalada de refugio, y Asilo, para el logro de la Sagrada Inmunidad, en los casos declarados, y no exceptuados en las mismas Constituciones Apostolicas; mandamos, que sobre la Puerta, o Puertas (si tuviesen mas de una a distintas calles) de las que por el presente Edicto hemos señalado, se ponga un rotulo de letra grande, y clara, que diga IGLESIA DE ASILO; a fin de que una noticia tan importante no este expuesta a la equivocacion, duda, error, o engaño, con gravisimo perjuicio de los pobres delinquentes, que en los expresados casos pueden lograr el



beneficio del Asilo, y Sagrada Inmunidad. Y los Parrocos cuidarán de que dicho rotulo se renueve de tiempo en tiempo, para que siempre este claro, y legible”.

Se ordenaba además a los párrocos de las iglesias señaladas para esto, pasaran testimonio a la Justicia Ordinaria de cada pueblo, del nombre del templo o templos cercanos con dicha facultad, así como del nombre del titular de ella, para que se guardase y conservase en la escribanía de cabildo de cada Ayuntamiento, insertando una copia auténtica de dicho testimonio o Certificación en los libros de autos capitulares, con arreglo a lo acordado por el Consejo. En caso de que uno de los templos asignados para acoger el derecho de asilo quedase inhábil o arruinado, y en el interin de que el prelado aún no hubiese señalado otra nueva, el edicto determinaba que este debía entenderse donde se trasladare al Santísimo y las demás funciones parroquiales, y en caso de haber más de una donde estuviere el cura más antiguo, determinando el edicto su lectura por cada uno de los curas y tenientes de las iglesias señaladas en el primer domingo o día festivo siguiente al recibo del mismo al ofertorio de la misa popular o mayor, insertando además copia del mismo en el libro parroquial donde se copian las demás providencias para su custodia.

A finales de 1774 el obispo Delgado recibiría el ofrecimiento de la mitra de Málaga<sup>247</sup>, que no aceptó por no estorbar o dejar inacabados los importantes proyectos que venía desarrollando en la diócesis seguntina, con la que probablemente se identificó más durante sus años como obispo, deteniéndonos ahora brevemente en el proceso que llevó a ello y en los motivos aducidos por Delgado y Venegas para no aceptarla. El 19 de septiembre de ese año había fallecido el titular de esta don José Franquís y Lasso de Castilla, procediendo la Cámara a la consulta para su provisión, una mitra cuyas rentas estaban calculadas en el último quinquenio (1769-1774) en 63.240 ducados, cantidad sensiblemente superior a la que generaba la de Sigüenza, calculadas en el momento en que Delgado fue promovido a ella en 49.894 ducados. Reunida pues la Cámara el día 5 de diciembre, compuesta por su presidente Figueroa, junto a Miguel de Nava, y a Campomanes, esta resolvió enviar al monarca una terna encabezada por Delgado, seguido en segundo y tercer lugar por el obispo de Barcelona, José Climent, y de Albarracín, José Molina Lario, consulta que fue remitida al monarca el día 7. Carlos III

---

<sup>247</sup> AHN, *Consejos*, Reales Decretos, Billetes, y Consultas, leg. 15.389 (Provisión de la diócesis de Málaga). La representación de Delgado en la que renuncia el ofrecimiento en AGS, *Gracia y Justicia*, leg. 557.

designaría al prelado sevillano, eligiendo para la ahora vacante diócesis seguntina al de Barcelona, y para esta a don Gabino Valladares y Messía. Enviada pues la propuesta formal al prelado sevillano en un oficio fechado el 14 de enero de 1775, este contestó en su respuesta al marqués de los Llanos, secretario del Patronato para Castilla, fechada el día 21 de forma negativa, excusándose en atención a los motivos que expresaremos a continuación<sup>248</sup>.

Una vez mostradas las protocolarias muestras de agradecimiento por el ofrecimiento, que el prelado, como era lo habitual, consideraba desproporcionados a sus escasas capacidades, pide de manera humilde y reverente al soberano le permitiese permanecer en la diócesis que pastoreaba, con la que se sentía plenamente satisfecho e identificado:

“Por medio de V.M. me â unido Jesuchristo con esta Yglesia, â quien sirvo con tanto gusto, que dudo, haia otro Prelado mas bien hallado con la esposa, que le â tocado en suerte: la amo, y conozco que me ama, sin que nos haiamos dado motivo para apetecer la separacion”.

La idea de abandonar una diócesis con la que se sentía tan identificado había incluso repercutido en su salud, confiesa, y alteraría todos los planes que tenía pensados para paliar las necesidades de los más necesitados de aquella, atormentándole la idea de dejar a medias la labor que realizaba con la que llamaba “mi Yglesia, y mis pobres”. Y es que, el obispo tenía gastado “no pocos reales”, como dice, en aumentar entre otros proyectos la decencia al culto del Santísimo Sacramento, que calculó en no menos de 30.000 ducados, al que había destinado por la cortedad de las rentas del obispado “toda la plata y alhajas que tenía antes de ser obispo”, o a las obras “que en los años antecedentes, y actualmente” hacía al objeto de “reparar y hazer tratables, calles, caminos, y calzadas, reservándolo para el ybierno [invierno], en que nada tienen en que ocuparse los pobres jornaleros”. Asimismo recuerda al monarca que por haber sido escasa aquel año la cosecha antecedente había dado orden a sus mayordomos para que estos fiasen “â los labradores todo el grano” que le tocó, y que era, en sus palabras, “la única renta de esta Mitra”, sin cuyo socorro no podrían mantenerse muchos de ellos ni sembrar sus tierras, algo que sería preciso “suspender” si se efectuara el traslado, y que también podría afectar al hospicio que se estaba concluyendo, cuyos arbitrios

---

<sup>248</sup> En el referido leg. 557.

proyectados eran “notoriamente insuficientes sin la concurrencia del prelado”. “Todo cesaría – afirma – por mi mudanza, con el detrimento de tanto pobre: pues aunque qualquiera, que me suceda, me excederá inmensam.<sup>te</sup> en zelo, y Misericordia: los excesivos empeños, qe le ocasionara su colocacion, y el cobrarse estas Rentas con el atraso de mas de dos años, le ataran las manos, lo menos por quatro”<sup>249</sup>.

Así, enviada a la Cámara la referida representación el día 23 de ese mismo mes, esta le fue aceptada el 6 siguiente, procediéndose entonces a sondear al segundo consultado, el obispo de Barcelona, al que se envió también el correspondiente oficio participándole del nombramiento (7 de febrero), pero que también la rechazó, primero en una representación con fecha 15 de febrero, que no fue tomada en consideración, y luego en otra de 18 de marzo. En ellas el obispo Climent, que había sido incluso acusado de “separatista” por Campomanes, por la intercesión que aquel hizo en favor de los amotinados que pretendían la abolición de las quintas, y que habían llegado a ocupar incluso la catedral de Barcelona, arguía el enorme cargo de conciencia que le supondría aceptar tal encargo, pues contaba ya con setenta años y no gozaba de demasiada buena salud. Climent exponía que se veía inhábil para “cumplir las obligaciones indispensables en un obispo “que en su ingreso en el obispado deve poner un trabajo improbo para informarse del estado de su Diócesis, [y] reformar los abusos...”, juzgándose además ya “inútil” incluso para seguir pastoreando la de Barcelona, que había aceptado en su momento únicamente por complacer la voluntad del soberano, habiendo ya había solicitado al parecer el Real Permiso para renunciarla y retirarse a pensar en “disponerme [decía] para la muerte en el corto tiempo, que me queda de vida”. Finalmente, y tras esta nueva renuncia, sería electo para la diócesis andaluza el tercer candidato (20 de septiembre), José Molina Lario, obispo de Albarracín, que aceptó, siendo consultado en primer lugar junto con Joaquín de la Quintana y Andrés de Prada<sup>250</sup>.

Como se ha visto era la atención a los más necesitados del obispado una de las principales preocupación de su atención pastoral, intentando cubrir las necesidades más perentorias de estos, ya fuera dispensando limosnas en metálico, en fanegas de trigo, u otras especies, como por ejemplo la dotación de 18 camas completas en el recién

---

<sup>249</sup> Ibidem.

<sup>250</sup> AHN, *Consejos*, 15.389.

inaugurado Hospital de San Mateo, que era patronato del cabildo. La donación fue comunicada a los capitulares en la sesión del 31 de octubre de 1774, determinando estos enviarle por escrito las más expresivas gracias por ello, pues Delgado se encontraba en Mandayona, una pequeña villa donde el prelado había mandado construir un cigarral para su descanso, casa que utilizaría con predilección durante todo su pontificado y de la cual partiría cuando fue elegido para pastorear la diócesis hispalense. Dicho hospital, erigido para atención de “vagos y pobres” que deambulasen por la diócesis, había sido ya planeado durante el pontificado de su antecesor Cuesta juntamente con el cabildo, sufragándose las obras que se iniciaron en 1767, con los frutos del espolio y la vacante del obispo. Solicitado del rey que ejerciera el patronato sobre la institución fue nombrado como director de las obras Ventura Rodríguez, aprobándose sus estatutos por la Cámara en 1775, financiándose con 4.000 reales que puso el cabildo, 1.500 fanegas de trigo del obispo, cargando 1.000 ducados sobre la pensión reservada al soberano, y 127.000 reales de un arbitrio de 8 maravedies que se impuso sobre cada arroba de vino consumida en el obispado, que ocupaba a parte de las tierras de Guadalajara varias poblaciones de Cuenca, Segovia, Soria, y Zaragoza. Se le agregaría además la renta del hospital de la villa de Villanueva, también del cabildo, y el de la Estrella<sup>251</sup>.

En palabras del deán Juárez – según refiere Mingüella – quien se lo oyó decir a personas que lo conocieron: “tal era el carácter de generosidad de este ilustre obispo, que no sabía dar poco”. Así por ejemplo según refiere nuevamente Mingüella, a quien seguimos ahora, en una ocasión de perderse las cosechas a causa del pedrisco en el Arciprestazgo de Molina, llegaron dos diputados a solicitar ayudas de la generosidad prelado, cediendo este todo el grano perteneciente a la dignidad episcopal en aquellas tierras para que se repartiesen entre los pobres de cada localidad según las necesidades de cada uno, entrega que debía verificarse por los párrocos y justicias de cada villa y superaron los 8.000 pesos<sup>252</sup>. Es también conocida la anécdota en la que ordenó a su contaduría que a los trabajadores empleados en componer los caminos públicos “se les diera la peseta diaria asignada por entero aunque por causa de la lluvia no trabajasen todo el día”, siendo esta ya recogida en la oración fúnebre que se hizo durante sus

---

<sup>251</sup> ACSG, *Libros-Documentos*, Autos Capitulares, libro 96, fol. 193 y 319. Ver sobre Mandayona la obra de Antonio Ortiz García y Manuel Rubio Fuentes: *Historia de la villa de Mandayona*, Guadalajara, AACHE Ediciones, 2000, pág. 59.

<sup>252</sup> Mingüella, 170-171.

exequias en la catedral de Sevilla<sup>253</sup>. Tampoco se olvidaba ayudar a los templos más pobres, surtiéndolos de ornamentos, y a los conventos y monasterios de la diócesis, especialmente a los femeninos, donando por ejemplo a las monjas de Valfermoso para la restauración de su convento de San Juan Bautista 9.000 reales, poniendo el resto (unos 11.000) la comunidad<sup>254</sup>.

Por último nos ocuparemos ahora del legado suntuario con que Delgado dotó al templo catedralicio seguntino, al que obsequió importantes piezas en forma de ricos vasos y otros ornamentos litúrgicos, si bien como ya se ha dicho hay constancia de los innumerables ornamentos que dejó repartidos por los templos del obispado. A continuación enumeraremos las principales piezas donadas a dicho templo, por ser estas las más relevantes desde el punto de vista artístico, dejando para el último lugar el presente más espléndido que donó en toda su carrera episcopal: la custodia de plata ejecutada por Damián de Castro. Buena parte de estos objetos y piezas litúrgicas fueron reseñadas a la muerte de Delgado en un cabildo celebrado el 17 de junio de 1782 en el que se decidió celebrar en su memoria una misa de requien anual con su oficio el día de su fallecimiento más otras dos privadas a expensas de la tesorería y la fábrica catedralicia<sup>255</sup>. Son los siguientes:

- Custodia de asiento en plata y viril de oro guarnecido de diamantes ejecutado por Damián de Castro entre 1774-1779 para la catedral de Sigüenza. Se dará amplio detalle al final de este apartado.
- Cáliz y copón de oro obras de Manuel Rodríguez (1775-1776) y cuatro faroles grandes de plata: El cabildo en sesión celebrada el 10 de abril de 1776 da cuenta

---

<sup>253</sup> Fray Antonio Varea (O.P.): *Oracion fúnebre que en las solemnes exequias celebradas en la Santa Metropolitana Patriarcal Iglesia de Sevilla el día 4 de enero de 1782 por el alma del Em.<sup>mo</sup> y Exc.<sup>mo</sup> Sr. D. Francisco Delgado y Venegas, presbítero, cardenal de la Santa Romana Iglesia, patriarca de las Indias, arzobispo de Sevilla, capellan y limosnero mayor del rey nuestro señor, vicario general de sus Reales Exercitos de Mar y Tierra, gran canceller y caballero gran-cruz de la Real Distinguida Orden Española de Carlos Tercero, del Consejo de Su Magestad, &c., dixo el M.R.P. Fr. Antonio Varea, del Sagrado Orden de Predicadores, Lector habitual de Teología en el Real Convento de San Pablo, Doctor Teologo del Gremio, y Claustro de la Real Universidad de Sevilla, y Examinador Sinodal del Arzobispado*, Sevilla Imprenta Mayor, 1782, 57 págs. Esta aparece recogida también en el episcopologio de Morgado, opus cit., 676-677; y Mingüella.

<sup>254</sup> Ramón Molina Piñedo, O.S.B.: *Las señoras de Valfermoso: datos para la biografía de una comunidad*, Guadalajara, AACHE, 1996, pág. 319.

<sup>255</sup> ACGS, *Libros-Documentos*, Autos Capitulares, libro 100, fol. 130. Algunas de estas piezas son referidas igualmente en el episcopologio citado de Mingüella, págs. 171-172.

de la donación de un cáliz y un copón, ambos en oro, para su utilización en aquella Santa Iglesia en las festividades del Jueves Santo, Corpus, y “demás días que decida el tesorero”. Las dos primeras piezas son obras del platero madrileño Manuel Rodríguez, conservándose aún en la catedral (Ver Apéndice de Ilustraciones), portan en su pie una inscripción idéntica alusiva al oferente, de la que reproducimos la del cáliz: “ESTE CALIZ DE ORO DIO EL YLLMO SEÑOR DON FRANCISCO DELGADO A ESTA SANTA YGLESLA DIGNISIMO OBISPO QE FUE DE ELLA”<sup>256</sup>. Tanto el cáliz como el copón muestran idéntica similitud con los que Delgado donó a la catedral canaria.

- Cáliz de oro de Damián de Castro (1775-1779): Este cáliz también se conserva, si bien no podemos asegurar sea el mismo reseñado para el primer pontifical del que se hace mención unas líneas más abajo (Ver igualmente en Apéndice).
- Ciriales, llave para el monumento, y jarra de plata: El 9 de febrero de 1770 el cabildo recibía cuatro ciriales de plata que Delgado había mandado hacer para el servicio en la catedral los cuales se han utilizado para llevar el viático al obispo y a los canónigos de aquella Iglesia; el 3 de abril del año siguiente “una llave muy preciosa para el monumento”, de oro guarnecida de brillantes, rubies, y esmeraldas; y el 15 de enero de 1773 un “pichel” o jarra de plata<sup>257</sup>.
- Diversas piezas para ajuar litúrgico todas en plata: un jarro y dos fuentes todas de plata “con sus golpes tambien dorados”; las palabras de la consagración, lavatorio, y del evangelio de San Juan en plata para el altar mayor; un misal con sus abrazaderas y cantoneras, un atril, cuatro faroles, una espátula para las ánforas de los óleos, dos cirialeras de hierro, y 400 ducados para la hechuras de incensarios y navetas<sup>258</sup>.

---

<sup>256</sup> Ibid, Autos Capitulares, libro 96, fol. 365. Su marca se corresponde con la siguiente cifra: \*M\*/RDZ. Estas últimas siglas, abreviaturas de su apellido, son verdaderamente sugerentes, pues tienen una más que interesante similitud con las marcas observadas en la bandeja madrileña dorada que donó Delgado a la catedral hispalense. El copón cuenta otra similar.

<sup>257</sup> Ibid, libros 94, 106v; 95, 272; y 100, fol. 130.

<sup>258</sup> Ibid, libro 100, fol. 130.

- Pontifical: Con motivo de su primer pontifical en aquella Iglesia “dejó en la Tesorería todo lo que había usado en aquella función: precioso cáliz de oro, vinajeras con platillo, campanilla y portapaces de plata sobredorada, bandejas y jarras de plata”<sup>259</sup>.
- Terno litúrgico: Juego de capa, casulla, y gremial, con todo lo demás de tisú blanco. Se trata del pontifical que usó el día del Corpus del año 1773, quedando reflejado su donación en el cabildo de 18 de junio, compuesto de los elementos citados menos la mitra, el báculo, la tunicela, los guantes, y el calzado. El cabildo dispuso en agradecimiento celebrar misa solemne en su honor en el altar de Nuestra Señora de la Mayor. Este obsequio fue acompañado además de: ámito, alba, corporales, palio, y dos toallas con dos hijuelas de tisú<sup>260</sup>.
- Vestido para Nuestra Señora de la Mayor: En cabildo de 31 de octubre de 1774 el chantre, administrador del patrimonio de Nuestra Señora la Mayor, daba cuenta también de una dádiva más para el templo, en este caso para su patrona, la donación al ajuar de dicha imagen de “un vestido morado precioso con flores de oro y plata guarnecido de galones de oro”<sup>261</sup>.
- Rejas de hierro forjado en el atrio de la catedral. Hoy día quizá el legado más visible del obispo Delgado en Sigüenza sean las rejas de hierro forjado que rodean el atrio de la puerta principal del templo catedralicio en su lado de poniente, cuyas puertas van rematadas por su escudo de armas (Ver Apéndice de Ilustraciones). Dicho proyecto ya aparece reflejado en las actas del Cabildo del 31 de marzo de 1775 en que: “hizo presente el Sr. Procurador le había insinuado S. S. Ilma. tenía ánimo de mandar fabricar unas berjas para cerrar el patio de esta Sta. Iglesia con dos puertas”. A lo que el agradecido cabildo determinó – como continúa el auto – que: “habiendo considerado y tenido presente lo mucho que nuestro Illmo. Prelado favorece à esta su Iglesia, era muy justo manifestar á S. Illma. lo agradecida que se halla, nombró al Sr. Maestrescuela y Sr. Magistral

---

<sup>259</sup> Ibídem.

<sup>260</sup> Ibid, libro 96, fol. 25; y 100, fol. 130.

<sup>261</sup> Ibid, libro 96, fol. 193.

para que en calidad de comisionados subiesen en legacía á manifestar a S. Illma. el reconocimiento del Cabildo á tantos beneficios como dispensa á la Iglesia y tributar á S. Illma. las tan afectuosas como debidas gracias e insinuarle que para después de Pascuas ha determinado el Cabildo celebrar una Misa solemne para que Nuestro Señor se sirva conceder á nuestro Illmo. Prelado muchos años de vida y salud para hacer el bien que se experimenta y espera”. El atrio se levantaba sobre un espacio libre situado entre la fachada principal del templo catedralicio y el edificio anexo de la Contaduría, precisamente donde había existido un lienzo de muralla que mandó derribar tiempo atrás el cardenal Bernardino López de Carvajal. El perímetro, accesible mediante dos puertas, estaba formado por 21 columnas de piedra caliza, rematadas por unos leones esculpidos por Francisco Baeza en el siglo XVI. Encomendada la labor a artesanos seguntinos, las obras fueron dirigidos por el maestro rejero Manuel Sánchez, como se aprecia de la inscripción inserta bajo el escudo del prelado: “M. Sanchez me fecit an. 1783” (Ver Apéndice de Ilustraciones). Los trabajos finalizarían en 1783, gracias al legado que el cardenal dejó establecido tiempo atrás, comunicado en el cabildo de 7 de julio de 1780 por una carta de Jacinto Reinoso, *familiar* de confianza de Delgado, renunciando este a un alcance a su favor de las rentas pendientes que se le debían en aquella diócesis por valor de 118.000 reales, que debían ser empleadas en la conclusión de dichas rejas, para lo que se entregaron a cuenta 98.113 reales, y unos blandones de plata para el altar mayor, dejando lo que restare para el culto eucarístico en dicho templo<sup>262</sup>.

- Dos coronas de plata y pedrería y dos sacras de plata: Ese mismo año 1775, el 27 de octubre, el canónigo Reinoso daba cuenta al Cabildo de otra donación por parte del obispo, esta vez se trataba de dos coronas de plata sobredoradas y guarnecidas de pedrería para las imágenes de la Virgen de la Mayor, patrona de aquella ciudad alcarreña, y del Niño Jesús que porta en su regazo, junto a las cuales obsequió además dos sacras de plata para el servicio del altar mayor, de las que se dio cuenta en cabildo de 4 de diciembre, decretando el cabildo en agradecimiento por tanta generosidad implorar junto con la ciudad “todos

---

<sup>262</sup> Ibid, libros 96, fol. 255; y 98, fol. 406. Dicha comunicación va fechada en Aranjuez el 17 de junio de 1780.



unidos” y ante aquella venerada imagen “la continuación de la próspera salud de un Prelado tan bienhechor”<sup>263</sup>.

- Cuatro candeleros y una cruz: De estas piezas tan solo tenemos referencia por una comunicación de la Comisaría de Espolios y Vacantes reseñada en cabildo de 8 de agosto de 1783, en ella se comunica su permuta por una cruz de plata con Lignum Crucis que no se envió y aparece en el listado de pontificales que correspondieron a la catedral hispalense<sup>264</sup>.

Pero el presente más esplendoroso ofrecido a la que fue su segunda esposa, que por su valor supera al resto de donaciones hechas a sus otras dos iglesias, fue sin duda la desaparecida custodia de plata que encargó a su artífice predilecto el cordobés Damián de Castro. Dicho obsequio se concluyó siendo ya arzobispo de Sevilla, pero fue iniciado unos años antes, en 1774, concluyéndose para los últimos meses de 1779. Una vez concluidas todas las labores, el día 6 de marzo de 1780 el procurador del cuerpo catedralicio seguntino anunciaba a los capitulares la noticia, que les fue comunicada por Delgado en carta dirigida al deán de aquella Iglesia:

“Muy Señor mio y de mi mayor estimacion: mi debida veneracion y devocion a nuestro Dios Sacramentado, y el deseo de dejar en esa Sta. Iglesia alguna memoria de mis pasados desposorios me animaron á costear una custodia, de que ya V.S. Ilustrísima tendrá noticia, de plata sobrepuestos y adornos sobredorados con un viril de oro guarnecido de diamantes y sus faldones y caidas de tela que en testimonio de uno y otro objeto lleva y presentara á V.S.I. Damian de Castro su artifice; y siendo mi animo ofrecerle, donarla y consagrarla á esa Sta. Iglesia para que sirva al Smo. en las solemnidades que V.S.I. disponga, pero precisamente en la del día y procesion solemne del Corpus, que es y no de otro modo mi intencion y animo deliberado; espero que V.S.I. se digne aceptar esta fineza y don que aun no me compite con mi voluntad, permitiendo que el mismo D. Damian obre y disponga á mis expensas todo cuanto sea necesario hasta dejarla del todo puesta y colocada con el resguardo, decencia y primor correspondiente en el sitio y lugar que V.S.I. determine y le parezca mas á propósito. Si todo

---

<sup>263</sup> Ibid, libro 96, fol. 332 y 345v. Estas dos coronas, son atribuidas por Natividad Esteban López al punzón de Manuel Rodríguez, orfebre que trabajó bastante para Delgado, ver Orfebrería de Sigüenza y Atienza, tesis doctoral presentada en la Universidad Complutense de Madrid, septiembre de 1992, tomo II, págs. 247-248. Epifanio Herranz Palazuelos en su capítulo sobre la diócesis seguntina de la obra colectiva *Guía para visitar los santuarios marianos de Castilla-La Mancha*, serie: *María en los pueblos de España. Fe, Historia, Antropología, Devoción, Arte*, Encuentro, 1995, este afirma sin embargo que dicha corona habría sido robada junto a otros objetos y vasos sagrados en la noche del 18 de marzo de 1906, adquiriéndose otra nueva para la Virgen por suscripción popular, pág. 255.

<sup>264</sup> Ibid, Autos Capitulares, libro 101, fol. 25.

fuere del agrado y aprobacion de V.S.I. no me quedara que apetecer, si no es sus ordenes, y que nuestro Señor le conserve en su mayor grandeza como deseo.- El Pardo 29 de febrero de 1780.- Ilmo. Sr.- B.L.M. de V.S.I. su afecto servidor.- Francisco, Cardenal Delgado.- Illmo. Sr. Dean y Cabildo de la Sta. Iglesia de Sigüenza”<sup>265</sup>.

Oido todo esto se rezó una salve en la propia sala capitular “por la salud y prosperidad de S.Em<sup>a</sup>”, disponiendo el cabildo que pasada la cuaresma pasara una diputación del cabildo a la corte a expresar su más rendido agradecimiento, decretándose además señalar una misa anual por su salud, y que el viernes siguiente tras las horas se trasladara procesionalmente a la Virgen de la Mayor con el vestido que ofreció Delgado. Ante la imagen, que fue puesta en el altar mayor, se oficiaría al día siguiente una misa solemne, disponiendo además el cabildo un novenario tras completas, ampliando a la misa que ya tenía concedida para el día de infraoctava con una misa rezada para cada día de esta, a la que se sumó otra solemne para el de la Asunción. El texto de la carta de agradecimiento del cabildo es el siguiente:

“Emmo. y Exmo. Sr.- Esta Santa Iglesia feliz en haber logrado el honor de ser Esposa de V. Ema. y en que le conserve aquel amor con que le hace su deudora á la mayor ternura, ha venerado con particular admiracion la ejemplar piedad y devocion de V. Ema. á nuestro Señor Sacramentado. El desahogo que le da su magnanimo corazon en la maravillosa Custodia que le consagra para su culto y el heroico exceso en que queda todavia la generosa voluntad de V. Ema. respecto de tan preclaro don.- No puede olvidar esta Santa Iglesia los empeños de gratitud en que incesantemente la han puesto las liberalidades de V. Ema. y tan repetidas pruebas han radicado en ella la mas tierna memoria de su sagrada Persona, aun cuando se le debia esta de justicia á solas sus admirables prendas, V. Ema. sabe hallar nuevos preciosisimos vinculos que nos estrechen mas y mas en nuestra obligacion; y nosotros no encontramos voces que puedan manifestar todo el reconocimiento y amor á su persona que ocupan nuestro corazon”<sup>266</sup>.

La misiva de agradecimiento al antiguo obispo sería entregada por una comisión capitular formada por el tesorero del Cabildo don Pablo Ramírez, y el canónigo Hermenegildo Díaz Beltrán, quienes partieron hacia Madrid y entregaron al prelado en su residencia de El Pardo, donde Delgado acompañaba a la Corte como patriarca de las Indias, pro-capellán y limosnero mayor del rey, gran canciller de la Orden de Carlos III y otros cargos palatinos que ya especificaremos, una reliquia de Santa Librada, muy

---

<sup>265</sup> Ibid, Autos Capitulares, libro 98, fol. 286.

<sup>266</sup> Ibid, fol. 286; y 100, fol. 130.

venerada en aquella ciudad desde la misma conquista en el siglo XII, junto a las más expresivas gracias por tan magnífico y valioso presente.

Una vez de vuelta, ambos comisionados llevarían la respuesta del prelado para con su antiguo cuerpo capitular, que fue leída el 17 de abril de 1780 ante el pleno del cabildo:

“Illmo. Sr.- Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: los Señores D. Pablo Ramirez, Tesorero, y D. Hermenegildo Diaz, Canonigo, diputados de V.S.I. me han favorecido en su nombre de palabras y de obras manifestandome la apreciable memoria que debo a la bondad de V. S. Illma. y entregándome con su muy estimada carta una insigne reliquia de Sta. Librada, patrona de ese Obispado, que he recibido y venerado y traere conmigo continuamente: yo no podre espresar suficientemente á V. S. Illma. mi gratitud y reconocimiento asi á estas particulares finezas como á los votos y pensiones piadosas con que se ha querido gravar en beneficio mio temporal y espiritual; y solo acertare a decir a V.I. que le quedo el mas agradecido, que le respeto, que le amo y que soy y sere siempre el mas fiel para servirle y pedir á Dios conserve á V.I. en su santa y mayor exaltacion.- El Pardo 5 de Abril de 1780.- Illmo. Sr.- B.L.M. de V.S.I. su mas afecto s.s.- Francisco, Cardenal Delgado.”<sup>267</sup>.

Para el erudito e historiador seguntino Manuel Pérez Villamil, quien incluso llegaría a ver en su infancia su enorme estuche forrado de terciopelo carmesí – que fue lo único que los franceses dejaron – era: “el ejemplar más notable que existió en España del estilo llamado barroco”. Obra “maravillosa por su riqueza” y “deslumbradora por su complicado artificio”, fue ejecutada en el más puro “churrigueresco” español – nombre con que algunos todavía denominaban al rococó –, impregnada además – al parecer del referido estudioso – de una fuerte impronta oriental, consecuencia de las influencias napolitanas traídas a estas tierras por Carlos III desde su advenimiento al trono español en 1759. Su estudio sobre aquella pieza, titulado “Joya inédita y desconocida de la orfebrería española”, aunque breve, se muestra como el más valioso ensayo dedicado hasta el momento a la que fue probablemente más genial creación del insigne artífice cordobés y quizás la más importante del siglo XVIII español en esa rama de las artes<sup>268</sup>.

---

<sup>267</sup> Ibídem.

<sup>268</sup> Manuel Pérez Villamil: “Joya inédita y desconocida de la orfebrería española”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo XXVI, año XVI, enero-febrero de 1912, núms. 1 y 2, Madrid, 1913, pág. 9.

Terminada para los últimos meses de 1779, fue expuesta al año siguiente, 1780, antes de su entrega al cabildo seguntino, en el propio Palacio Real de Madrid para asombro de visitantes y curiosos. Descrita en sus detalles artísticos y complejo programa teológico en un opúsculo publicado ese mismo año en la imprenta madrileña de don Antonio Muñoz, la obra lleva el nombre de: *Descripción de las Historias del Nuevo y Viejo Testamento, que contiene la custodia seisavada de tres cuerpos, su altura dos varas y tres cuartas que dió a la Sta. Iglesia de Sigüenza el Emmo. y Excmo. Sr. Cardenal Delgado, con un viril de oro que pesa treinta y una onzas y está guarnecido por ambas caras con mil seiscientos sesenta y siete diamantes*<sup>269</sup>. Gracias a las pesquisas realizadas por Villamil y su buen amigo el obispo Mingüella hoy podemos tener una idea real de aquella soberbia custodia, sobresaliente entre el resto de las de España a juicio de estos, pues aún en 1912 existía en posesión de una familia seguntina apellidada Peña un dibujo realizado “a pluma y aguada” de la custodia, siendo este el único testimonio del esplendor y la complejidad estilística e incluso teológica del monumento desaparecido, de dos varas y tres cuartas, es decir unos 2 metros y 30 centímetros de altura. El viril de oro, del que se dará también amplia cuenta, contaba con un peso de 31 onzas, yendo guarnecido por ambas caras de 1.667 diamantes (Ver fotografía del viril en Apéndice de Ilustraciones y recibo transcrito de Castro en el Documental)<sup>270</sup>.

El sinuoso diseño, en el que según Villamil llameaba “el fuego de imaginaciones ardientes y fecundas, inspiradas en una naturaleza exuberante y en una vida alegre y bulliciosa que se derrama en caprichosas creaciones como explosión de fantasías soñadoras y desbordadas”, se mostraba en verdadero canto de cisne de la más exuberante exageración orfebre. Continuada de la tradición barroca era culmen de

---

<sup>269</sup> La valiosa custodia fue ponderada ampliamente en la obra del viajero ilustrado Antonio Ponz, que la calificaba como “riquísima”, y hacía referencia a aquella al describir la Sigüenza de los años finales del siglo XVIII: *Viage de España*, tomo XIII, opus cit., págs. 21-23. Ver asimismo Pérez Villamil, op. cit., pág. 2.

<sup>270</sup> Puede consultarse toda la descripción de la misma junto con la correspondiente carta de pago y aprecio de los distintos materiales de la valiosa presea en AGAS, Sección IV, *Administración General*, Mesa Arzobispal, leg. 850, fols. 347-350: Carta de pago a Castro autorizada por el tesorero personal del cardenal Delgado don José Rodríguez Bravo (Reproducido en el Apéndice Documental). Ver otros detalles asimismo en: Mingüella, opus cit., págs. 175-177. Sería Villamil, erudito local seguntino, el primero en exhibir el único testimonio que quedaba de aquella joya imponderable, publicándola en el citado artículo “Joya inédita y desconocida de la orfebrería española”, luego, casi un siglo más tarde, Natividad Esteban López en su aportación titulada “Platería cordobesa del siglo XVIII en tierras de Sigüenza y Atienza”, que salió en el *Boletín de la Real Academia de Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*, núm. 136, 1999, págs. 125-150, expondrá igualmente el grabado, aunque sin extenderse en ella, pág. 144. Del autor de este tesis puede consultarse una amplia reseña de la misma: Francisco Manuel Gil Pineda: “El relámpago que cerró el arte barroco en España. La gran custodia del cardenal Delgado y Venegas”, en *Archivo Hispalense*, núms. 288-290, Sevilla, Excma. Diputación Provincial, 2012, págs. 241-257.

ella, labrada en un momento de plena transición en que aquel estilo cedía su terreno al ilustrado neoclasicismo. En palabras del ilustre historiador y arqueólogo el “relámpago deslumbrador” que despedía el barroco en España:

“Cuando se considera que esta obra se estaba ejecutando en los mismos días en que D. Ventura Rodríguez llenaba á España de monumentos grecorromanos; cuando Carlos III había dictado la Real Cédula de 29 de Abril de 1778 creando la Fábrica de Platería de Martínez para introducir en España el régimen de las máquinas y ejecutar piezas exóticas al estilo de París y de Londres; cuando la Academia de San Fernando, creada por iniciativa del escultor Oliveri, llevaba más de treinta años de vida próspera y floreciente, formando numerosos discípulos en todas las artes del diseño y de la talla; cuando se compara esta Custodia con las demás producciones de la platería de su tiempo, se comprende que la escuela de Córdoba, representada por Damián de Castro, mantuvo hasta el último momento sus tradiciones barrocas y puso el sello á su larga historia con el monumento más rico y más original de las artes decorativas en España. Por gastado que esté el símil es evidente que la gran Custodia regalada por el Cardenal Delgado á la Catedral de Sigüenza en 1780 fue como el relámpago deslumbrador que despidió el arte barroco al extinguirse en nuestra patria, último y maravilloso ejemplar, resumen de todas sus galas con que se despedía el gusto de nuestra platería indígena de una sociedad que, recién nacida á su inspiración nativa, se resellaba con la moda del neo-clasicismo francés importado aquí por la dinastía de los Borbones”<sup>271</sup>.

La custodia fue entregada por su propio artífice al cabildo seguntino en los primeros meses de 1780, tal y como reflejan las actas capitulares del 10 de marzo, dejándola instalada “*con el resguardo, primor y decencia correspondiente*” en una obra que se hizo en el Sagrario, siendo su autor ampliamente agasajado y felicitado por los capitulares y principales personalidades. No aceptó sin embargo la gratificación que le quería ofrecer el cabildo, pues se lo había prohibido terminantemente el cardenal, haciendo ver eso sí que aquel aceptaría complacido una reliquia de la patrona de aquella diócesis, Santa Librada, la cual sería depositada en “el más primoroso adorno de plata” y entregada personalmente por una diputación capitular que se desplazó hasta la corte para ofrecerle la más rendida consideración por “las inesplicables liberalidades” que el prelado había tenido y seguía teniendo con su Iglesia. Al conocer la muerte de Delgado, el cabildo mandó aplicarle los mismos sufragios que para un obispo reinante, disponiendo una misa de réquiem anual con su oficio para el aniversario de su fallecimiento. En cuanto a la antigua custodia que venía a sustituir esta, los capitulares

---

<sup>271</sup> Pérez Villamil, “Joya inédita...”, pág. 10, y 14.

acordaron en principio entregarla a Castro para que este les aconsejase sobre su aprovechamiento, y aunque este contestó que podrían con ella hacerse al menos cinco blandones, al final el plan quedó suspendido por pensar el tesorero que quizás pudiera interesar esta a alguna iglesia o comunidad, perdiéndose probablemente también durante la invasión napoleónica<sup>272</sup>.

El programa iconográfico y la estructura de la custodia, “seisavada” (es decir de seis lados), es desgranada en la *Descripción* redescubierta por Villamil<sup>273</sup>:

En la ochava de la cara, un rótulo con la inscripción: *Cordubae et Cordubensium tantum manibus elaboratum*, (en alusión a los muchas manos que intervinieron en su ejecución, todas de la capital califal), existiendo en “la solista del banco primero” otro relativo a los títulos y atributos del donante, que decía:

*Latitanti sub his figuris Deitati suum subijcit cor Franciscus miseratione Divina Stae. Romanae Ecclesiae Presbyter Cardinalis Delgado, Indiarum Patriarcha, Archiepiscopus Hispalensis, Catholicae Majestatis Capellanus, et Eleemosinarius Mayor, Regalium Exercitum, terrae, marisque Generalis Vicarius, Magnus Cancellarius, et Eques magna cruce Ordinis Hispani Caroli III. insignitus, priusque Canariensis, et Seguntinus Episcopus, ostensorium hoc ac altare a D. Damiano de Castro suo, stoque Ecclesiae Cordubensis Argentario Majori elaboratum, hui almae Ecclesiae Seguntinae in pignus amoris dicat consecratque libentissime. Anno Domini MDCCLXXIX.* Sobre esta leyenda aparecen las armas del prelado timbrados del capelo cardenalicio.

En el primer banco constaban seis láminas o escenas del Viejo Testamento. En la primera se pueden apreciar algunos episodios relativos a Noe: el sacrificio de acción de gracias de Noe y su familia tras cesar el Diluvio, el arco iris en señal de serenidad, la subida de Noe y su familia junto con las especies animales al Arca (situada a la izquierda), la salida de los mismos bajando del llamado “Monte de Armenia” (es decir

---

<sup>272</sup> ACSG, *Libros-Documentos*, Autos Capitulares, libro 98, fols. 29v-30, 295v, 297, y 313v: Cabildos de 10, 17, y 29 de marzo, y 17 de abril de 1780. La reliquia de Santa Librada le fue entregada finalmente en El Pardo el 5 de abril. Sufragios de hermandad con el cabildo en 15 de diciembre: libro de autos capitulares núm. 100, fol. 20v y 130.

<sup>273</sup> Pérez Villamil, “Joya inédita...”, pág. 3-8.

del Ararat), y la introducción del cultivo de la viña por aquel patriarca, esta situada a la derecha.

En la segunda que sigue a la derecha, se aprecian: el momento en que el Ángel impide a Abraham culminar su sacrificio sobre Isaac, el entendimiento de Abimelech y Abraham en Bersabec sobre el pozo que disputaban, y el encuentro entre Raquel y Jacob cuando esta se dirigía a dar de beber a los rebaños de su padre.

La tercera representa en su parte central la visita realizada a José, gobernador del faraón por sus hermanos hebreos, a su izquierda el episodio en que el faraón liberó de la cisterna a José, y a la derecha la interpretación de los sueños del soberano egipcio por aquel.

En la cuarta, en la cartela central, encontramos el hundimiento en el Mar Rojo del ejército del faraón durante la persecución de los hebreos, y a ambos lados de esta las escenas de la plaga de las ranas y la recogida del maná por el pueblo elegido.

En la quinta, se mostraba en su tarjeta central el castigo a Nadab y Abín, hijos de Aaron, quemados vivos por haber puesto otro fuego en el incensario; y junto a esta, Moisés mostrando las Tablas de la Ley al pueblo, y el momento en que los exploradores del pueblo elegido trajeron el racimo de la tierra de promisión.

En la sexta y última lámina del primer banco, se podía ver en primer lugar la danza de David ante el Arca de la Alianza, a su izquierda el momento en que aquel cortó la cabeza a un Goliat derrotado, y a la derecha al futuro monarca israelita guardando el ganado de su padre.

El segundo banco estaba adornado en cambio con doce escenas de la Pasión de Jesucristo, siendo la primera la situada en la cara frontal, correspondiente a la Santa Cena. Las siguientes, enumeradas desde a la derecha son: la Oración en el Huerto de Getsemaní, el Prendimiento de Jesús, el beso de Judas, San Pedro cortándole la oreja a Malco, presentación ante Pilatos y ante Anás, Jesús atado a la columna recibiendo los azotes, la Coronación de espinas, escena del Ecce Homo, Jesús con la cruz a cuestas, la Crucifixión en el Calvario, el descendimiento, y finalmente la Resurrección.

En el cuerpo en el que va situado el ostensorio, se observaban las siguientes figuras: a la izquierda San Juan Evangelista con el cáliz en la mano del que surge la serpiente; acompañado en su pedestal de tres escenas alusivas a la vida y martirio del discípulo preferido: San Juan metido en una tina, escribiendo el Evangelio con el águila sosteniéndole el tintero, y durante la bendición del cáliz del que surge la serpiente, y el mismo apóstol durante la bendición del cáliz del que surge la serpiente, símbolo del pecado de Adán heredado por los hombres.

A la derecha de este primer cuerpo piramidal, se encuentra San Lucas con la pluma en la mano y varias láminas que representan su oficio de pintor, la predicación del Evangelio, y el evangelista escribiendo con el toro a su lado (su animal alusivo en el tetramorfos).

El tercero corresponde a San Matías con el hacha en la mano (su instrumento martirial). En el pedestal escenas alusivas a la vida y martirio: presentación ante el juez, decapitación con el hacha referida, y apedreamiento.

El cuarto representa a San Marcos con una lanza en la mano (arma con la que padeció su martirio), apreciándose en el pedestal el momento en que es arrastrado por las calles con una soga al cuello, la escritura del Evangelio con el león que lo representa a su lado, y leyendo durante su estancia en la cárcel.

En el quinto vemos a San Mateo con la pluma en la mano, y bajo él el episodio en que fue muerto a puñaladas tras decir la misa, fundando un convento de vírgenes, y escribiendo su evangelio junto con el Ángel, su elemento representativo en el tetramorfos.

El sexto y último corresponde a Santiago el Mayor con un palo en la mano. El pedestal va representado por las escenas de su predicación, su muerte a palos sobre unas gradas, y su cuerpo rodando por estas.

En los seis arbotantes que forman este primer cuerpo, se sitúan San Pedro pensativo con la mano en la frente junto con tres láminas alusivas: su martirio,



crucificado boca abajo, su liberación por el Ángel de la cárcel, y cuando se retiró a una cueva a llorar el pecado de haber negado al Señor; en el segundo San Pablo con la espada en la mano, y otras tres láminas que representan la caída camino de Damasco, su apedreamiento, y su decapitación por espada pues era ciudadano romano; el tercero pertenece a Santiago el Menor, quien aparece con báculo y esclavina sobre los hombros, que va acompañado de las escenas en que fue alanceado, su predicación del Evangelio, y su cuerpo quemado con planchas de hierro; el cuarto esta dedicado a San Bartolomé, que aparece leyendo un libro junto con las escenas de su martirio: en la que es desollado, su cuerpo macerado con mimbres y finalmente decapitado con un alfanje; en el quinto vemos a San Simón con el arma de su martirio, una sierra, las láminas representan el momento en que sus verdugos proceden a cortar su cuerpo, predicando en lo alto de una montaña, y el episodio en que unos magos le echaron unas serpientes y estas se volvieron contra aquellos; en el sexto y último aparece la figura de San Andrés con la clásica cruz en aspa, y junto a él las escenas en que el apóstol exhortó al juez ante el que había sido llevado para que creyese en Dios, otra en la que aparece azotado, y finalmente su crucifixión en la referida cruz en aspa, su elemento distintivo desde entonces.

En el pedestal que sostienen los dos ángeles que mantienen el sol existían igualmente dos escenas, una la venida del Espíritu Santo sobre la Virgen y los apóstoles en el Cenáculo, y la otra el episodio de la Ascensión del Señor en el Monte Tabor ante su madre y los apóstoles.

En la cornisa primera vemos a dos ángeles sosteniendo las Tablas de la Ley, y siguiendo hacía la derecha otros dos sosteniendo las insignias distintivas del antiguo sacerdocio: una mitra o bonete con una tabla pequeña de doce piedras, y otra tabla con las doce piedras en tamaño mayor situada al pecho, acompañados de otros elementos como un jarro, trescientas sesenta y cinco campanillas, y dos túnicas, siendo la una más corta que la otra. Los siguientes ángeles aparecen en acto de adorar los panes de la proposición, portando el Arca, el candelabro de siete brazos y el altar del sacrificio.

Bajo la primera media naranja aparecían diferentes escenas alusivas al Sacramento: un león, un ave fénix, el sol, el pelícano, el cordero y la serpiente. Por

encima de esta otras seis esta vez relativas a la Virgen: un pozo, una luna, una puerta, un sol, una fuente y una estrella.

El segundo cuerpo va presidido por una imagen de la María en el misterio de su Asunción, titular de la Santa Iglesia de Sigüenza, así como de todas las que ganó San Fernando, santo patrón de Sevilla. En torno a este cuerpo otros seis arbotantes que representan en sus distintos pedestales a los seis doctores de la Iglesia, y en cada uno tres láminas o cartelas con escenas de la vida de la Virgen.

Bajo el primero de estos doctores, San Ambrosio, se sitúan tres escenas: la Concepción que fue antes de crear Dios todas las cosas, un ángel enseñando a Adán y Eva aquel misterio, y la sibila Cumea profetizando que de una virgen nacería el Mesías.

En el pedestal correspondiente a San Jerónimo, se encuentran los episodios del anuncio a San Joaquín del nacimiento de la Virgen, el propio nacimiento de la Bienaventurada y su presentación en el Templo.

En la correspondiente a Santo Tomás, se encuentra la Virgen orando, los desposorios con San José, y la venida del Espíritu Santo sobre aquella antes de la Encarnación.

En el cuarto pedestal, alusivo a San Gregorio, encontramos la Anunciación, San José y la Virgen de camino para ver a Santa Isabel, y la propia Visitación.

El quinto, que representa a San Agustín, tiene en su pedestal otras tres cartelas, relativas a San José expirando confortado con la compañía de Jesús y la Virgen, esta triste y sola en su retiro tras la despedida de su hijo, y otra en que está acompañada de San Juan y María Magdalena en el Calvario tras la muerte de Cristo.

El sexto y último pertenece a San Juan Crisóstomo, con los episodios de la Virgen confortando a los apóstoles en el Cenáculo, esta expirando, y por último la Asunción y coronación como reina de los cielos y de la tierra.

En la segunda cornisa aparecen los también seis profetas y patriarcas: David portando el arpa, Noé con la paloma en la mano, Abraham alzando el cuchillo en el acto del sacrificio de Isaac, este mismo portando el haz de leña, la lumbre y una paloma camino del lugar elegido para el sacrificio, Josué con su espada camino de Jericó, y Sansón bebiendo de la quijada del asno que estrujaba tras haber derrotado a los filisteos.

El tercer cuerpo va presidido por la imagen crucificada de Santa Librada, patrona de la diócesis seguntina, y en la tercera cornisa las representaciones de las seis sibilas, que profetizaron la llegada y los padecimientos que había de sufrir el Mesías: Cumea, Pérsica, Líbica, Samia, Delfica, y Tiburtina.

Por último, y como remate de la monumental obra y todo su entramado teológico, la figura de la Fe, portando la cruz y el cáliz, culmen tradicional de las custodias españolas.

El coste de esta monumental custodia alcanzó la exorbitante cifra de 531.902 reales, como podemos ver de la correspondiente carta de pago emitida, conservada en el Archivo del Arzobispado<sup>274</sup>, capital que para hacernos una idea del desembolso invertido equivaldría hoy a casi 3 millones de euros, equivalencia que hemos construido tomando los valores del poder adquisitivo de los salarios mínimos de ambas épocas. Este sería para la del cardenal Delgado de 4 reales diarios para un peón, y 21,38 euros en la nuestra según el Salario Mínimo Interprofesional de 2012 para trabajadores no cualificados, conclusiones que nos fueron avaladas por don Enrique Llopis Agelán y don Antonio Miguel Bernal, expertos en historia económica y monetaria, y confirmaron la equivalencia propuesta. Los valores propuestos valdrían sin embargo tan solo para la época que tratamos, pues la fluctuación constante de los salarios y del precio del oro y la plata, patrones monetarios anteriores al sistema fiduciario, que sostuvo numerosas devaluaciones tanto en los siglos XIX y XX, modificarían de manera constante la cantidad. Aún así, nos sirve para hacernos una idea del valor actual de las diferentes cifras que exponemos en la tesis, desde las rentas asignadas a los prebendados, a las cantidades desembolsadas en concepto de caridad, o por el encargo de valiosas piezas

---

<sup>274</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, IV, *Administración General*, Mesa Arzobispal, leg. 850, fols. 347-350.

artísticas, siendo la referida equivalencia que proponemos de 5,34 euros por cada real de vellón, y de 0,18 reales por cada euro.

La mencionada carta de pago aparece fechada en Madrid el 30 de marzo de 1780, viéndose la cantidad aun aumentada a 540.000 reales por diferentes conceptos, que van todos detallados en el *recibí* firmado por Castro, siendo autorizado el pago por el mayordomo y tesorero de Delgado don José Rodríguez Bravo y por el propio cardenal en 2 de julio de ese mismo año. Así el desglose de los diferentes conceptos sería el siguiente<sup>275</sup>:

Por el diseño, planos y borradores que de la custodia se levantaron en todo ese tiempo se llevaron 2.500 reales, y su artífice Damián de Castro cobró por la que se mostraría probablemente como su obra cumbre la cantidad de 87.120 reales:

“Por mi direccion y vigilancia á sesenta r.<sup>s</sup> cada dia q.<sup>e</sup> p.<sup>r</sup> 24 cada mes son mil quatrocientos quarenta r.<sup>s</sup> q.<sup>e</sup> multiplicados p.<sup>r</sup> los 60 ½ mes.<sup>s</sup> imp.<sup>n</sup> ochenta y siete mil ciento y veinte r.<sup>s</sup>”.

El montante total de la plata utilizada alcanzó las 2.903 onzas, que costaron 61.688 reales; “el dorado de molido” 49.950; y el viril de oro (Ver Apéndice de Ilustraciones), de treinta onzas y un adarme de peso a 320 reales por cada una, un total de 9.620 reales. Los 1.667 diamantes con que iba engastado éste último importaron 55.275 reales, con un peso en quilates de 124 ½, a 40 pesos los “medios”, 30 los entremedios, 26 los medianos, y 22 los “menudos”, el engastado de los mismos llevó la cantidad de 14.300 reales.

A los treinta y cuatro oficiales que intervinieron en la realización de la preciada alhaja, durante los setenta meses y medio que duró su ejecución se les pagaría en total 70.380 reales, a cinco reales de jornal diarios. La obra incluiría unas parihuelas de madera elaboradas por Victorio Gómez, y el dorado y pintado de ésta, realizada por Sebastián Millán, así como unos faldones de tisú. Trasladada desde Córdoba a Madrid en una carreta, fue escoltada por seis hombres en un viaje que duró 21 días. Una vez en Sigüenza, la monumental pieza quedó instalada en el capilla del Sagrario del templo catedralicio, para lo cual tuvieron que hacerse obras por valor de 1.211 reales. El resto

---

<sup>275</sup> Ibídem.

de importes hasta los 531.902 reales se reparten por diferentes conceptos que resultaría prolijo enumerar aquí<sup>276</sup>.

El hecho de poder atender un pago de tal magnitud y en tan poco tiempo, solo cabe explicarlo a las importantísimas rentas que el prelado sevillano acumulaba, principalmente desde su promoción a Sevilla y luego con las que le proporcionaron sus cargos palatinos tras su traslado a Madrid, que aceleraron muchísimo la obra. Si a esto añadimos otros negocios o inversiones realizadas por el cardenal y sus agentes de manera particular, explicaría la saneadísima economía de que gozaba *el Cardenal-Patriarca* para atender con tanta esplendidez los diferentes encargos que realizó a numerosos artistas, o las abundantísimas limosnas y donaciones con que se prodigó allá por donde iba. Tras la contemplación de la soberbia pieza, de un exhuberante rococó, sobran pues comparaciones con otras piezas de la última etapa de Castro, cercanas ya al neoclasicismo (p.ej. con la ejecutada para La Rambla, en Córdoba). La ausencia del grabado que reproducimos (Ver Apéndice de Ilustraciones), casi inédito prácticamente en la bibliografía sobre Castro o el patrimonio catedralicio seguntino, podría explicarse quizás por la omisión en importantes obras sobre estos aspectos, como la *Historia de la Catedral de Sigüenza* de 1899, de Pérez Villamil, quien la exhibió por primera vez, o en el citado episcopologio Mingüella. En ellos se detallan exhaustivamente las diferentes circunstancias que rodearon la creación de aquella monumental pieza argentea, pero omiten sin embargo el importante testimonio gráfico, que solo fue representado por Villamil en el artículo de 1912, pasando quizás desapercibido a algunos estudiosos. Aun así, el grabado que reproducimos, no constituye más que una pobre sombra del esplendor y asombro que debió provocar entre las personas que pudieron admirarla.

La custodia, como ya se ha referido se perdió durante el saqueo de la catedral seguntina por las tropas francesas en 1809, quedando únicamente el rico viril que por su más reducido tamaño sí pudo ser escondido, y tras la guerra fue insertado en la nueva custodia aportada por el obispo Vejarano en 1815<sup>277</sup>, aunque tampoco ha llegado a

---

<sup>276</sup> Ibid.

<sup>277</sup> Vid. María del Carmen Heredia Moreno, y Amalia López-Yarto: *La edad de oro de la platería complutense, 1500-1650*, Madrid, CSIC, Instituto de Historia, Colección *Biblioteca de Historia del Arte*, 3, 2001, págs. 267-268. Las

nosotros pues perecería también víctima del saqueo a que las fuerzas frentepopulistas sometieron a la catedral seguntina durante la Guerra Civil española (1936-1939), desapareciendo para siempre. En 1963 el cabildo catedralicio encargó una imitación del desaparecido viril, pieza que ejecutó Arte Granda S.L., no debiéndose por tanto confundir con aquel, tristemente perdido, error en el que se ha incurrido en alguna ocasión<sup>278</sup>.

Antes de finalizar el relato de la etapa seguntina del arzobispo Delgado, referiremos por último una curiosa anécdota que más de un siglo más tarde recogía en su episcopologio sobre aquella diócesis el obispo Toribio Mingüella y Arnedo, más cercano a la mitología que a la propia hagiografía, pues a tenor de lo visto poco tiene que ver con la realidad. Ya vimos que el cardenal Delgado nació en el seno de una distinguida familia de ricos labradores con importantes vínculos en la Iglesia y la alta burocracia de los Consejos, sin embargo, es posible que por desconocimiento sobre la realidad de la niñez del futuro prelado, Mingüella se hiciera eco de un relato mítico que debía aún perdurar en Sigüenza, generado sin duda en torno al aura dejada por Delgado en aquellas tierras, donde gozaba fama de santidad por su ilimitada generosidad y carácter humilde y austero. Así, esta tradición, transmitida de forma oral, nos situaría a un muy joven Francisco Javier, “hijo único de padres muy pobres pero muy cristianos”, que habría tenido que dedicarse al quedar huérfano de padre desde muy temprano a las labores del campo para mantener a su madre, sentándose a pasar las horas muertas rezando junto a una heredad situada en su pueblo natal propiedad del convento sevillano del Pópulo, algo que como vimos no se corresponde en nada con la realidad, pues ni

---

vicisitudes por las que han pasado las diferentes custodias seguntinas propiciaron algunas confusiones sobre la identidad de la que sustituyó a la donada por Delgado, como hemos visto desaparecida durante la invasión francesa. Algunos estudiosos concluyeron (Cruz Valdovinos y Aurelio de Federico sobre todo) que tras la irreparable pérdida se habría reutilizado la anterior del siglo XVI que ejecutara Rodríguez Babia. Sin embargo estudios posteriores de los punzones hallados en la pieza actual (Plaza), han demostrado su elaboración en el taller de Gaspar de Guzmán, en Alcalá de Henares. Este dato ha llevado a elaborar una nueva tesis, es decir, que la anterior a la de Castro habría sucumbido igualmente a la rapiña napoleónica, siendo la utilizada desde 1815 tras la guerra otra, aportada por el obispo Vejarano, quien la habría adquirido de los tesoros recuperados a los ejércitos imperiales en retirada. Sin embargo, sigue siendo bastante extraño que ningún investigador haya conseguido localizar el verdadero origen de la custodia que aun procesiona hoy día.

<sup>278</sup> Caen en este error por ejemplo el profesor Fernando Moreno Cuadro en su *Platería cordobesa*, Córdoba, Fundación Cajasur, Colección “Temas Andaluces”, 2006, pág. 183, e incluso el actual prelado hispalense monseñor Asenjo, quien fue canónigo en Sigüenza y prologa dicha obra, confundiendo ambos dicha imitación con el original desaparecido. Este aspecto – el de la pérdida del viril – queda perfectamente demostrado tanto por la bibliografía ya citada, muy anterior al referido libro, y por la confirmación que hizo de ello el actual canónigo encargado del patrimonio catedralicio seguntino don Julián García Sánchez.

Delgado era hijo único, de hecho tuvo bastantes hermanos, ni tampoco tuvo que dedicarse jamás a labores agrícolas algunas, pues recibió una selecta educación<sup>279</sup>.

Presentado por el rey para la mitra hispalense, la propuesta sería confirmada por Roma el 20 de mayo de 1776, contando en ese momento el nuevo arzobispo electo 61 años y 4 meses de edad. A pesar de su traslado a una sede tan importante y rica, Delgado enviaría palabras de consuelo para con el cabildo seguntino, que sintió enormemente la ausencia de un prelado tan generoso, leyéndose en el cabildo del día 18 de marzo una carta en la que el nuevo arzobispo electo comunicaba su promoción a la mitra hispalense, expresando a los capitulares por su parte “el mas vivo deseo de servir al cabildo en todos sus destinos”, algo que como hemos visto cumplió ampliamente. El día 3 de junio se leía otra carta, esta de despedida, que fue enviada por el prelado desde Mandayona, pidiendo el arzobispo a su antiguo cabildo le conservara este “en hermandad”, petición que se le concedió, ofreciendo una misa solemne anual por su salud para el día que fuese de su devoción – se eligió el de la infraoctava del Corpus –, y otra de réquiem en el aniversario de su muerte. La sede vacante fue declarada el 5 de agosto, siendo gobernada la diócesis hasta la llegada del nuevo obispo por su deán y el provisor y vicario general don Pedro de Miguel y Ortega, también capitular. Para dicha mitra se elegiría a don Juan Díaz de la Guerra, entonces titular de la sede mallorquina, que ocuparía la de Sigüenza desde 23 de junio de 1777 hasta su fallecimiento el 29 de septiembre de 1800, caracterizándose igualmente por las muchas obras públicas que realizó en beneficio de aquella ciudad y obispado, llegando incluso en 1796 a renunciar en favor de la Corona al señorío secular sobre Sigüenza y los pueblos de su jurisdicción. En los años siguientes, el cabildo dispondría diferentes manifestaciones de júbilo por las distintas dignidades a que era elevado su antiguo prelado, como las que se hicieron por el patriarcado o por la concesión del capelo, en la que el cabildo en sesión de 26 de junio de 1778, dispuso “se soltase el reloj y se hicieran los repiquetes acostumbrados en los ascensos de nuestros prelados”, costeando para el día de la patrona repiques y luminarias en su honor<sup>280</sup>.

---

<sup>279</sup> Mingüella, III, opus cit, pág. 179.

<sup>280</sup> ACSG, Sección *Libros-Documentos*, Acuerdos Capitulares, libro 96, fol. 362 y 381; 97, fols 368 y 385; y “Sede Vacante”, fol. 209.

Fallecido el cardenal Solís en Roma el 21 de marzo de 1775, donde permanecía tras haber asistido al cónclave que eligió a Pío VI apenas un mes antes<sup>281</sup>, las consultas para proveer un nuevo prelado para la sede hispalense se resolvieron por parte de la Cámara el 5 de octubre, estableciendo la terna que debía ser propuesta al rey, encabezada en primer lugar por el obispo de Córdoba don Francisco Garrido de la Vega, que como vimos ya había sido propuesto también para la de Canarias cuando fue electo Delgado; de Lérida, don Joaquín Antonio Sánchez Ferragudo, en segundo; y el de Jaén, don Antonio Gómez de la Torre y Jaraveitia en último lugar. Entre estos el monarca eligió como arzobispo electo al primero, a Garrido, que declinó sin embargo el ofrecimiento por los muchos achaques que manifestaba padecer, falleciendo de hecho muy poco tiempo después, el 20 de enero de 1776. En su misiva, dirigida al marqués de Los Llanos, secretario de la Cámara, fechada el 23 de noviembre de 1775, Garrido, de setenta y tres años, afirmaba que encontrándose con determinados “accidentes” que desde hace tiempo padecía su salud, originados según manifestaba por la prolongada estancia que tuvo en Orán durante al menos ocho años, donde habría contraído ciertos “dolores reumáticos” que en el último año de estancia allí degeneraron en un “reumatismo general” que solo mejoraría bastante durante su estancia en Toledo y volvió nuevamente a empeorar durante el periodo que permanecía en Mallorca de obispo. Todo esto en su opinión le imposibilitaban para ejercer “el exacto desempeño de sus funciones así corporales como espirituales”, y aunque en la carta, interesantísima, escrita en un tono de humilde sumisión a los designios del monarca, manifestaba haber experimentado a su llegada a Córdoba “una casi total suspension” de los dolores, al menos en los dos primeros años, en los que se creyó “dispuesto y robusto para qualquiera trabajo... para tomar el conocimiento posible de esta Diócesis”, sin embargo estos volvieron nuevamente, sufriendo últimamente de unas molestias estomacales que le depararon repetidos vértigos y finalmente un “accidente de perlesía” (parálisis) en el transcurso de una misa oficiada en Baena, afección que le privó del “uso de la lengua” y

---

<sup>281</sup> AGAS, Catedral, I, LAC, “Pleno”, núm. 139 (1775-1776), fol. 54: El miércoles 12 de abril de 1775 en un cabildo extraordinario presidido por Carrillo, y después de concluidos los Oficios, se manifestaba haber recibido cartas de Roma en que se avisaba de “la fatal noticia de haver fallecido en aquella Corte en 21 de marzo de este año el Em.<sup>mo</sup> y Exc.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Francisco de Solís, Cardenal y Arzobispo de esta S.<sup>ta</sup> Yglesia, que fue arrebatado al violento impulso de un dolor agudo de costado en solo 3 días y medio”.



afectó al ojo derecho. En ese momento, y tras un empeoramiento sobrevenido en el invierno el obispo se encontraba postrado “en una silla y con los pies en otra”, pudiendo solo decir misa con mucho trabajo y desplazándose únicamente en coche, impidiéndole su estado por completo ejercer la debida labor de visita de la diócesis, algo que lo llevaba al “mayor desconsuelo”, aumentando más si cabe su confusión con la noticia de haber sido propuesto para una Diócesis tan dilatada como la de Sevilla, reto imposible de afrontar en el estado de postración en el que se encontraba con la “cabeza bastante debil, y mi cuerpo lleno de dolores y llagas”, suplicando de la benignidad del monarca se sirviese “suspender mi translación a Sevilla”<sup>282</sup>.

Abierto pues de nuevo el proceso de consultas y tras nuevas deliberaciones, la Cámara, compuesta por el gobernador del Consejo, Manuel Ventura Figueroa – destacado antijesuita que había negociado décadas atrás en Roma el Concordato de 1753 y sería patriarca de las Indias en 1783 tras el breve pontificado de Cayetano Adsor –, Miguel de Nava, José Pérez de Hita, Juan Acedo Rico, y Pedro Rodríguez de Campomanes, uno de los artífices de la expulsión de la Compañía, propondría el 12 de febrero de 1776 al soberano una nueva terna de candidatos. Estos serían: en primer lugar el obispo de Sigüenza, Delgado y Venegas; en segundo el de Jaén, Gómez de la Torre; y en tercero el de Lérida, Sánchez Ferragudo; consignándose además el voto de Pérez de Hita por el obispo de Segorbe Alonso Cano Nieto. Presentado al rey el resultado dos días más tarde, el 14 de febrero, este decide finalmente nombrar a Delgado, cargando la mitra, cuya renta líquida en el quinquenio que finalizaba en 1753 era de 87.845 ducados de vellón anuales, con 13.503 ducados de oro de cámara y un julio en moneda romana para pensiones, de cuya tercera parte se debía detraer la que estaba concedida por bulas apostólicas al infante don Luis, arzobispo dimisionario de Sevilla y Toledo. Una vez aceptada la provisión por parte del arzobispo electo, este envió su asensión al marqués de Los Llanos por una carta enviada el 6 de marzo desde Mandayona, donde Delgado había construido un pequeño cigarral para descanso estival de los obispos, y donde pasaba largas temporadas, aceptación que fue comunicada de inmediato al rey el día 8 para que este diera las oportunas órdenes a la Cámara e iniciar las gestiones en Roma. El documento de aceptación, dirigido al referido marqués,

---

<sup>282</sup> AHN, *Consejos*, Billetes, Decretos, Órdenes y Consultas, leg. 15.392, pieza 1 (5): Consulta para el Arzobispado de Sevilla.

Nicolás de Mollinedo, nos da oportunidad de conocer como eran este tipo de formulismos epistolares<sup>283</sup>:

“Mui S.<sup>or</sup> mio, ê recibido la carta de Vs de 28 del proximo febrero, en que me participa que el Rey se â servido nombrarme para la Yglesia y Arzobispado de Sevilla vacante por fallecimiento del Cardenal Solis, con carga de la tercera parte de pension anual de su valor liquido. Tengo mui presente la humilde representacion que hize al Rey N.S. quando S.M. se sirvió nombrarme para la Mitra de Malaga. No obstante todo lo que en ella expuse, veo â hora por la de Vs. que S.M. se â dignado nombrarme para la de Sevilla. En este para mi inopinado acaecimiento no le queda mas arbitrio â mi siempre firme y constante lealtad, que el de humillar mi propio dictamen â los pies del trono, y venerando las Reales Determinaciones conformarme en un todo con ella, aceptando, como efectivamente acepto esta nueva gracia del Arzobispado de Sevilla, con que S.M. se digna honrarme tan excesiva â mi corto, ô ningun merito. Sirvase Vs. hacerlo asi presente al Rey N.S. por cuja importante vida pido incesantem.<sup>te</sup> â Dios. Quedo â la disposicion de Vs. deseando servirle, y que N.S. g.<sup>de</sup> a Vs. M<sup>s</sup> a<sup>s</sup>, Mandaiona 6 de marzo de 1776. Blm de Vs. S Af.<sup>to</sup> y seg<sup>o</sup> ser.<sup>or</sup> Fran.<sup>co</sup>, Obpô de Sig.<sup>za</sup>.- S.<sup>or</sup> Marques de los Llanos”.

Aunque Delgado, había ya renunciado como vimos al obispado de Málaga a la muerte del obispo José Franquís y Lasso de Castilla, fallecido el 19 de septiembre de 1774, por hallarse plenamente identificado con la labor que desarrollaba en Sigüenza, parece que no pudo negarse esta vez a los deseos del monarca, pesando probablemente también en ello razones de tipo sentimental para aceptar la rica mitra hispalense, en cuyo territorio residía toda su familia. Una vez puesto en comunicación con su nuevo cabildo, al que saludaba con la nueva de su nombramiento en una carta fechada el 20 de marzo que fue leída por los capitulares en sesión del día 27, tan solo faltaban los trámites en Roma, comunicándose el soberano con el todavía agente en Roma, conde de Floridablanca, a quien enviara con el fin de conseguir la tan ansiada extinción de los jesuitas, para que este solicitara del pontífice la expedición de las correspondientes bulas junto con la concesión del palio, dadas por Pío VI el día 20 de mayo de 1776, remitidas con el correo urgente por Floridablanca el día 30 siguiente<sup>284</sup>. Con estas

---

<sup>283</sup> Ibid, Provisión de Mitras (Sevilla), leg. 16.925.

<sup>284</sup> Ibid, leg. 15.392, pieza primera; y leg. 16.925. El asiento de la provisión en “Libros de Iglesia”, núm. 97, fol. 113. La confirmación papal del nombramiento y concesión del palio en: ASV, *Fondos Consistoriales*: Acta Cam. 38, fol. 142; y l.c.f. 145v. (concesión del palio). Comunicación del nombramiento al cabildo en AGAS, Fondo Catedral, I, *Secretaría*, LAC, núm. 139 (año 1776), fol. 218. Los originales de las bulas en mismo Archivo, Sección IX, *Fondo Histórico General*, leg. 209, núm. 5.

palabras se dirigía a su nueva Iglesia, poniéndose a disposición del deán y su cabildo<sup>285</sup>:

“Ilmo. Sr.- Lleno de rubor y confusion, participo á V.S. Ilma. el nombramiento que el Rey nro. Sr. ha hecho en mí, para que pase á servir á esa Santa Iglesia: y aunque su grandeza y mi ningun mérito ni talento, me hacen el más desproporcionado á un grado de honor tan distinguido, que pocos le igualan en toda la estension de la cristiandad, confio en la asistencia de V.S. Ilma. y en sus sabios consejos, que serán menos mis errores, y que su notoria caridad y prudencia sabrá disimularlos y ocultarlos de la vista de los que puedan ofender con ellos. Mi mayor complacencia será siempre exercitarme en obsequio de V.S. Ilma. y obedecerle en quanto me halle capaz de sus preceptos. Nro. Sr. gue. á V.S. Ilma. Sigüenza y marzo 20 de 1776.- B.L.M. de V.S. Ilma. su mas seguro y afecto servidor.- Francisco, obispo de Sigüenza.- Ilmo. Sr. Dean y Cabildo de la Sta. Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla.-“.

Puesto en camino hacia su nueva mitra el 19 de mayo, Delgado salió desde Mandayona, donde había construido su residencia veraniega con un cortejo de siete familiares y catorce criados, y siete mayores, dos para los carromatos y cinco para los del coche y las calesas utilizadas por el resto, un convoy de trece carromatos al que se añadieron incluso dos pobres “qe se agregaron y se les dio de comer”. El itinerario seguido fue Mandayona, Canilleras, posadas de Villaseca, Miral del Río, Heras, Azuqueca, Torrejón, Canillejas, Puerta de Atocha, Valdemoro, Aranjuez, Ocaña (donde se incorporó el resto del cortejo), Tembleque, Camuñas, Puerto de Lapilla, Venta de Quesada, Manzanares, Valdepeñas, Santa Cruz de Almudena (de Mudela), Venta de Miranda, Peñuelo, Bailén, Andújar, Aldea del Río, El Carpio, Ventas de Alcolea, donde quedaron mozos, bestias, y equipaje, Córdoba, La Carlota, donde comieron en el cortijo del platero Damián de Castro, gratificando con 60 reales a los cocheros de este gastando 295 reales, Écija, Monclova, Portuguesa, Carmona, Venta de Peromingo, donde se dieron 312 reales a los pobres que acudieron a la posada, más 66.384 para diversos muebles que se encargaron nuevos para equipar el Palacio Arzobispal. Un trayecto desde Sigüenza hasta Sevilla, ciudad donde llegó la noche del 3 de julio si bien siguió camino hacia Villanueva: “pasó pr aquí el S. Arzpô que viene de Carmona y ba â Villanueva â ver a su Madre, y despues â la haz.<sup>da</sup> de Tablantes”<sup>286</sup>, quedando allí

---

<sup>285</sup> Dicha carta es reproducida de los autos capitulares por el cronista Matute en sus Anales al referir la noticia de la provisión de Delgado para la mitra hispalense, ver tomo II, fols. 265-266.

establecida la comitiva hasta efectuar su entrada pública en la ciudad. El viaje costó en total 42.082 reales entre coches, posadas, gratificaciones, equipajes, o limosnas, cantidad a la que hay que sumar otros 5.500 diarios en concepto de manutención del séquito en la referida hacienda, situada en el sevillano término de Espartinas, muy cerca de su pueblo natal<sup>287</sup>. Esta, aún existente, era entonces propiedad de don Pedro Adrián Jácome de Linden y Colarte, marqués de ese mismo título, representante de una de las principales familias del patriciado sevillano, estando situada justo a la salida del llamado “ramal” de Villanueva, y ya había sido utilizada por el cardenal Solís como residencia provisional veraniega tras el incendio que destruyó parcialmente en 1762 el palacio de Umbrete, dictando desde aquí el nuevo arzobispo sus primeros decretos y nombramientos.

El nuevo arzobispo llegó al parecer afectado de fiebres tercianas a Tablantes, comunicándole la noticia al cabildo en una carta fechada el 4 de julio, permaneciendo allí hasta su completo restablecimiento y expidiendo sus primeros decretos y nombramientos<sup>288</sup>. En algunos de estos decretos referidos nombraba algunos puestos de confianza, confirmando asimismo los efectuados por el deán don Miguel Antonio Carrillo durante la sede vacante, lo que ya le había comunicado desde Andújar en carta fechada el 27 de junio anterior, una misiva en la que el nuevo prelado, siempre humilde, se ofrecía “con plena resignacion â las sabias disposiciones de V.S. en que coloco toda mi confianza, caminando de siempre puesto a obedecer a V.S. en quanto mande”<sup>289</sup>. De estos los más importantes serían los expedidos el día 20 de julio, en los que se confirmaba el ya citado de cargos diocesanos, y se autorizaba al deán Carrillo a tomar posesión del arzobispado en su nombre, pronunciando ese mismo día el nuevo arzobispo los preceptivos juramentos de fidelidad al pontífice y a las leyes del reino. El primero lo realizó ante el auxiliar de la diócesis, Agustín de Ayestarán, obispo de Botra, y un presbítero secretario de este, quien reconoció la bula y demás letras de la comisión apostólica, desarrollándose el acto conforme a las ceremonias prescritas por el Pontifical Romano, “el qual hizo dho Yllmo. Sr. Arzobispo electo poniendo sus manos sobre un

---

<sup>286</sup> AGAS, Fondo Catedral, III, *Liturgia*, Libro Diario de la Diputación de Ceremonias, núm. 86 (1770-1782), fol. 136v.

<sup>287</sup> Ibid, Fondo Arzobispal, Sección IV *Administración General*, Mesa Arzobispal, Libro de Ajustamiento General, o de prorrate de los 226 días del año 1776, núm. 847, fols. 359-362.

<sup>288</sup> Ibid, I, *Secretaría*, Correspondencia, leg. 403.

<sup>289</sup> Ibídem.

Misal tocando los Sagrados Evangelios, y según la forma que se contiene en una de dhas Bulas q e es la siguiente: Ego Franciscus Electus Archiepiscopus Hispalensis... (sigue el texto en latin)”, juramento que como advertía la Cámara en la comunicación de Mollinedo: “sea y se entienda, sin perjuicio del de fidelidad debida a S.M. y en quanto no perjudique las Regalias de la Corona, Leyes del Reyno, disciplina de él, legitimas costumbres, concordato y otros qualesquiera derechos adquiridos”. De este acto, en el que el que Ayestarán le impuso además el palio fueron testigos el referido obispo y su secretario Juan de Dios Calvo, Jacinto Reinoso, canonigo de Siguenza, Francisco Vicente Venegas, y Miguel Panduro, todos presbíteros. El juramento a las leyes del reino estaba establecido según la siguiente fórmula, debiendo realizarse el acto ante un escribano real:

“En... a... de marzo de 1776... Dixo que cumpliendo con el tenor y forma de la Ley 13 del Libro 1 titulo 3º de la Nueva Recopilación... Juro por su consagración y por los sagrados evangelios que la guardará y su contenido y que en el uso y ejercicio de su nueva prelación no tomará ni ocupará ni mandará ni consentirá en ppco ni en secreto tomar en tiempo alguno las Alcabalas, tercias, y demas dros y rentas R<sup>s</sup>. De las ciudades, villas y lugares de su Diócesis, más que las dejará y consentirá pedir y recoger todos los arrendadores recaudadores y receptores o a quien su poder hubiere... y asi mismo juraba y juro en la misma forma coforme a los dispuesto por la Ley 1ª tit. 7º libro 1º de la Recop. De Yndias de que guardará todo lo perteneciente al R.<sup>1</sup> Patronato y no impedirá la Jurisdicción Real en manera alguna”.

También se obligaba el nuevo arzobispo a confirmar el pago de las pensiones con que estaba cargada la mitra, algunas de las cuales eran temporales y otras vitalicias, siendo las más importantes la que gozaba el infante don Luis en su calidad de arzobispo dimisionario, que ascendia anualmente a 277.199 reales; la del Hospital de la Marina de Cádiz, de 66.000; la Capilla y Fábrica de Nuestra Señora de los Reyes, que recibía 25.400; el Hospital de San Cosme y San Damián y la Casa de Inocentes, 16.500 cada uno; el del Pozo Santo, con 11.000; la que percibía como auxiliar del arzobispado el obispo de Botra, de 9.600 reales; la Colegiata de Covadonga en Asturias, que la recibía desde 1663, con 5.500; la de San Hipólito de Córdoba con otros tantos; el Hospital Real de Sevilla, pensión que era perpetua, con 4.400; el convento de las Descalzas Reales de Madrid, con 2.200; el de la Encarnación de esa misma corte, otros tantos; o a la Real Orden de Carlos III con 16.570 reales anuales<sup>290</sup>.

---

<sup>290</sup> Ibid, IV, *Administración General*, Mesa Arzobispal, leg. 883: Libros de Salarios y pensiones, sin fol.

Junto con las referidas bulas debía presentar también las cartas ejecutoriales, en las que se ordenaba por parte del soberano al cabildo catedralicio y al concejo de la villa de Umbrete, sobre la que ejercía el señorío temporal el titular de la mitra hispalense, el reconocimiento y acatamiento del nuevo prelado, dadas en Aranjuez un mes antes, el 20 de junio<sup>291</sup>. Una vez examinada toda la documentación de bulas, letras, y demás cédulas, el cabildo, en sesión celebrada el día 23, determinó señalar el 25 de julio para la toma de posesión del templo catedralicio, que sería efectuada en nombre del nuevo prelado por el deán Carrillo, llevándose a efecto después del coro. Llegado el día, se procedió a la votación que facultaba al deán a ello, siendo consultado asimismo el mayordomo de fábrica don Pedro del Campo sobre si el nuevo arzobispo había pagado los derechos que conforme a los estatutos debía satisfacer por los conceptos de “capa y brocha”, y una vez comprobado, el deán, revestido de sobrepelliz, se hincó de rodillas y juró ante los evangelios sobre la mesa de oficio y ante el secretario del cabildo en nombre del arzobispo la clausula especial que para ello contiene el estatuto: “De observandis statutis et consuetudinibus”, ocupando de inmediato su sitio como deán, tras lo cual dio paso a los familiares del prelado difunto. Tras efectuar el juramento entraron la Capilla de Música y el sochantre, formándose una procesión que presidida por el deán en último lugar entonó el Te Deum, tocando el órgano y repicando la Giralda hasta concluida la función. Al llegar al coro el secretario tomó de la mano al deán y lo subió e hizo sentar en la silla arzobispal, adornada con su sitial y reclinatorio, diciendo en voz alta:

“S.<sup>or</sup> Yll.<sup>mo</sup> V.S.Y. da la possession vel quasi del Arzopâdo de esta S.<sup>ta</sup> Ygl.<sup>a</sup> Vac.<sup>te</sup> por muerte del Em.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> de Solís al Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Delgado y Venegas y en su nombre, y en virtud de su poder al S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Mig.<sup>l</sup> Ant.<sup>o</sup> Carrillo Dean y Can.<sup>o</sup> de esta S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup> en virtud de Bullas, y Letras App.<sup>cas</sup> de S. Sant.<sup>d</sup> y V.S. S.<sup>r</sup> Dean lo pide por testimonio para guarda del drô. de su parte. Y el S.<sup>r</sup> Dean lo pidió por testim.<sup>o</sup> de que doy fee”.

Tras ello, e “inmediatamente en señal de haver tomado quieta y pacifica possession” tanto el deán como el secretario esparcieron “desde los órganos segun estilo” diferentes monedas de plata a las gentes que allí presenciaban el acto, todo lo cual

---

<sup>291</sup> Ibid, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, núm. 309 (1775-1776), fols. 210v-211, y cuadernillo inserto sin foliar con los referidos juramentos y cédulas ejecutoriales.

presenciaron personajes como el duque de Medinaceli, el conde del Aguila, el marqués de Loreto “y otras muchas personas”. Vueltos ya sin música, y en la misma forma que habían venido, en la Sala Capitular se procedió igualmente a tomar posesión, sentándose el deán en la silla arzobispal “en señal de posesion de la Dig.<sup>d</sup> en nombre de dho Exc.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> y me lo pidio por testim.<sup>o</sup> que doy fee”<sup>292</sup>.

Aunque Delgado permanecía en Tablantes afectado de tercianas, decidió sin embargo realizar en la noche del 31 de agosto una breve visita a la ciudad, recogida tan solo por la documentación de la Diputación de Ceremonias: “Esta noche entró de Secreto el S. Arzpô q estaba en Tablantes y caio malo con tercianas; entró en el Palacio sin repiques, ni hubo recibimiento alguno”. Al no poder recibir tampoco en esta ocasión a la diputación del cabildo, este decidiría esperar a su restablecimiento para darle la bienvenida, no nombrando ninguna otra nueva hasta recibir aviso de Palacio<sup>293</sup>. El 3 de septiembre visitaba por primera vez la catedral, si bien no de manera oficial, efectuándola por la tarde “cuando salía al paseo”, haciendo oración al Santísimo y a la Virgen de la Antigua en compañía tan solo del deán, del canónigo Del Rosal, y del maestro de ceremonias que le dio el agua bendita, a la diputación capitular de bienvenida, una vez ya repuesto, la recibiría en Palacio en la mañana del día 12 de septiembre, obsequiando a cada uno de ellos “un corte de casulla de tisú”, un cáliz con su patena, cuchara, vinajeras, campanilla y platillo todo de plata, a cada capellán de los que acompañaban un hábito de tercián, otros tantos de tafetán para los pajes, y ocho pesos para los criados. Al día siguiente recibiría nuevamente otra diputación capitular, esta vez revestidos de sobrepelliz y anunciados de tres repiques de la Giralda, saliendo a recibirlos el prelado al umbral de la misma puerta de Palacio, representación que fue seguida esa misma mañana por la de la Ciudad, y luego por la del Colegio de Maese Rodrigo<sup>294</sup>.

La entrada solemne al templo catedralicio sería el 21 de octubre, llegada anunciada por repiques a las 12 de la mañana y asistencia de las cruces parroquiales de la ciudad. En la tarde habría procesión de capas junto con las referidas cruces hasta la puerta grande del templo, por donde hizo su entrada el arzobispo, cantándose el Te

---

<sup>292</sup> Ibid, Cabildo extraordinario de 25 de julio de 1776, fol. 213v.

<sup>293</sup> AGAS, Catedral, III, *Liturgia*, Libros Diarios de la Diputación de Ceremonias, núm. 86, fol. 138v.

<sup>294</sup> Ibid, fols. 139-140.

Deum y unas preces, todo ello revestido de pontifical en el altar mayor, siguiendo el besamanos por parte de los capitulares y una oración por el nuevo prelado, que dio la bendición solemne y fue acompañado por el cabildo hasta la capilla de San Pedro. Hasta el Palacio Arzobispal fue acompañado por su familia y seis colegiales con hachas, ofreciéndose al toque de oración repiques y luminarias, tanto desde la torre como en la fachada de Palacio, ofreciendo a los capitulares un refresco en el que se gastaron 2.532 reales. Una vez incorporado a la vida de la ciudad, el nuevo arzobispo comenzó a ejercer como tal, asistiendo por primera vez al coro, si bien solo para asistir a la misa el día 10 de noviembre, o acudiendo a actos piadosos como las honras fúnebres celebradas por el aniversario de la muerte de su predecesor el cardenal Solís, que tuvieron lugar el día 16 en el convento de las capuchinas de Santa Rosalía, con doble y asistencia de la universidad de beneficiados; o a las misiones que fray Diego predicó en la ciudad por esos días, de las que daremos cuenta en líneas posteriores, acudiendo a la que se celebró el día 23 de noviembre por la tarde en el templo mayor hispalense, ataviado de capa magna y con asistencia de los capitulares en su hábito coral, y sus *familiares*. Acudieron además los oidores de la Audiencia, los caballeros veinticuatro, y numerosos representantes de la vida social de la ciudad, encabezadas por el duque de Medinaceli, al que se puso silla y almoadón, cortesía que se ofreció también al conde de Torrejón y al señor regente, el pueblo escuchó los sermones sentados en bancos para hombres y mujeres, suplicando el orador se facultase en esta misión para absolver los pecados incluso en los casos reservados<sup>295</sup>.

La *familia* del prelado quedó configurada por los siguientes presbíteros: José Rodríguez Bravo, que había estado a su servicio en Sigüenza, renunciando al arcedianato de Almazán en aquella iglesia para acompañar a Delgado a Sevilla fue nombrado su mayordomo mayor y tesorero general, con 1.000 ducados anuales; José González Tavera, secretario de Cámara, con sueldo de 500 ducados; Francisco Bahamonde, secretario de Su Excelencia, 400 ducados; Gabriel del Castillo, oficial mayor de la Secretaría, 250 ducados; y Santiago Martín Triana, oficial segundo con 200. Como capellanes de “Su Excelencia” estaban sus parientes Jacinto Reinoso, arcadiano de Sevilla, con 3.000 reales; Francisco Vicente Venegas, con 3.150; Felipe Ventura González, con 1.803, además maestro de sus “caballeros pajes”; Miguel

---

<sup>295</sup> Ibid, fols. 138v-144.



Panduro y Villaseñor, confesor de Su Excelencia; 2.600; Gregorio José Zambrano, designado además limosnero, con 2.447; Antonio Mendinueta, capellán cruciferario, 2.295; Miguel Ángel Brea, 1.967; Francisco María de Mendoza y Jordán, 1.221; Miguel de Vargas, 475; Juan Tiburcio de Vergara, administrador de las rentas de Umbrete, 3.119; Miguel José Becquer, caballerizo, 7.258; Antonio Millán, contador mayor, 7.489; Domingo Poleti, médico, con 4.400 reales. Junto a estos servían además 2 oficiales de contaduría y tesorería, y un escribiente para la Secretaría de Cámara, un ayuda de cámara para el arzobispo, Esteban López que recibía 1.500 reales anuales, un portero de la misma, que percibía 480, así como 27 criados para todo el Palacio, más cocineros, y jardineros, éstos últimos sobre todo en la residencia estival de Umbrete. En cuanto a los sueldos que recibiría la cúpula de la curia diocesana quedó establecido de la siguiente manera: provisor y vicario general 3.300 reales al año (que ocuparía en la etapa de Delgado don Ignacio Zalduendo), juez de la Santa Iglesia 2.800 (lo fue don Fabián de Miranda, luego deán), de Testamentos y Obras Pías, 2.800, visitador general 2.200, secretario de cámara 5.500, procurador-agente de la Dignidad Arzobispal 100 ducados al año (cargo suprimido por Rodríguez Bravo en 1779), abogado de la misma 9.000 maravedíes (264 reales) más 36 fanegas de trigo y cebada, contador repartidor de diezmos 882 reales más 32 fanegas de ambas especies<sup>296</sup>.

El primer pontifical oficiado por el nuevo arzobispo en la catedral hispalense sería el del Jueves Santo 27 de marzo de 1777, procediendo durante la misa a la bendición de los santos óleos y posteriormente, a las tres de la tarde al Lavatorio, siendo el sermón de tinieblas a las seis<sup>297</sup>. Tras esta primera celebración en el templo Delgado dejaría a la fábrica catedralicia todos los vasos y ornamentos utilizados, los cuales por su importancia artística irán detallados en el apartado dedicado al mecenazgo ejercido por el prelado. Pero entrando dentro del gobierno pastoral del arzobispo Delgado, basado como se vio en Canarias o Sigüenza en las tres premisas ya conocidas: paliar las necesidades más perentorias del pueblo y del clero más necesitado; reforzamiento de la moral pública fomentando prácticas piadosas; y digno exorno de los templos, nos ocuparemos primero de hacer primero una breve introducción a las mismas. Ya vimos las cantidades que para socorro de los pobres entregó el entonces obispo en las

---

<sup>296</sup> Ibid, Arzobispado, Sección IV, *Administración General*, Mesa Arzobispal, libro 847, fols. 324-325, y 394-395. Resto de salarios en misma sección y serie, libro 883, fols. 2v-20.

<sup>297</sup> Ibid, Catedral, III, *Liturgia*, Libros Diarios de la Diputación de Ceremonias, núm. 86, fols. 142-144, y 150.

mencionadas diócesis, práctica que por lógica ahora se verá reforzada gracias a las ingentes rentas de que disponía como arzobispo, y extendera prácticamente a todos los estratos de la sociedad hispalense. Su estudio irá detallado en apartado propio, indicando tan solo ahora que van en consonancia a los caudales desembolsados por sus inmediatos predecesores y sucesores. Para la segunda necesidad, la del fomento de la moral pública cristiana frente a las nuevas ideas y costumbres que se imponían, sobre todo procedentes del extranjero, Delgado utilizó varias herramientas, entre las que destacaría la realización de misiones por todo el arzobispado, siendo las más importantes las que predicó fray Diego de Cádiz junto con otros capuchinos, consiguiendo con ello crear así un ambiente hostil hacia toda manifestación moderna que se tuviese por poco acorde con la moral, caso simbolizado por ejemplo en la erradicación del teatro en Sevilla y varios puntos de su comarca en 1779. Sobre el exorno de los templos, tanto interior como exterior, el nuevo prelado facilitó también importantes cantidades, pues estos debían presentar un aspecto acorde a su alta dignidad como “Casa de Dios”, financiando la restauración y reconstrucción de varios de ellos por todo el arzobispado, casos de San Roque, San Bernardo, o San Bartolomé en Sevilla, o de Cantillana, Villaverde, Chucena, y otros más que se verán y que irán detallados en el capítulo referente al mecenazgo. No pudo sin embargo Delgado por sus ocupaciones y el poco tiempo que estuvo de manera efectiva en Sevilla, apenas un año, ejercer la debida obligación de todo obispo de visitar su diócesis, si bien esta función estaba delegada en la persona del obispo auxiliar Agustín de Ayestarán, nombrado “visitador general del Arzobispado”; y tampoco por la celebración de las conferencias morales, de las que tanto se ocupó en Canarias, que fueron instauradas por su sucesor Llanes y Argüelles por una circular de 4 de marzo de 1785. A este también le cupo la tarea importante de culminar los trabajos que dieron como fruto el Plan de Dotación y Erección de Curatos, herramienta indispensable para paliar las necesidades del clero parroquial consiguiendo una más adecuada dotación económica, asunto del que nos ocuparemos más adelante.

De las relaciones del arzobispo con la sociedad y las instituciones sevillanas de su tiempo nos ocuparemos igualmente, señalando las relaciones del prelado con el Ayuntamiento y su nuevo asistente, Domezaín, de quien recibió una importante ayuda para erradicar el teatro de la ciudad, algo que se consiguió en 1779, y también con otras instituciones relevantes de la ciudad como la Real Sociedad Patriótica, germen de la que

luego se llamaría de Amigos del País, que el recién cardenal protegió como socio honorario; o la Academia Sevillana de Buenas Letras, que lo distinguió como individuo de número el 12 de marzo de 1777. Sin embargo, y aunque puede considerarse al arzobispo un prelado reformista – que no ilustrado –, siempre atento al fomento de la cultura o de la industria e interesado en diferentes materias, incluso científicas, de hecho entre sus objetos personales inventariados a su muerte aparece por ejemplo “un telescopio inglés” valorado en 2.250 reales, y vimos como dotó ampliamente la Biblioteca Arzobispal, sí es verdad que siempre se mostró muy rehacio a la intromisión de la vida mundana o de la industriosisidad en la vida consagrada, y que esta quedase contaminada de dicho contacto<sup>298</sup>. Ejemplo de esto que decimos podría ser por ejemplo la reticencia del prelado a admitir la iniciativa que le plantearon algunos prohombres que reunidos en una Junta creada para estos menesteres en Sevilla era encabezada por Jovellanos, en ese momento oidor de la Audiencia y presidente de dicha Junta. Así, el asturiano, por una carta de 8 de abril de dicho año, proponía al prelado la creación de escuelas de hilados, “de hilanzas” decía, en algunos de los conventos de clausura de la diócesis, con lo que además de fomentarse el ejercicio de este oficio se aliviarían las penurias económicas en que siempre se encontraban dichas comunidades. Sin embargo el proyecto requería la entrada en la clausura de maestras que las enseñasen en este oficio a fin de establecer talleres en los conventos, y esto no gustaba al prelado, temeroso de la distracción que estos menesteres podrían causar en sus más altos deberes espirituales, o que incluso estas quedaran contagiadas por ideas o hábitos más mundanos fruto del contacto con aquellas. Consideró pues el arzobispo mucho más adecuado que estas siguieran con su dedicación tradicional a la fabricación de dulces, flores u otras habilidades, manifestando a su amigo Jovellanos – por cierto uno de los testigos de sus últimas voluntades – su decisión de no “autorizar y condescender a otros ejercicios y ocupaciones distintas, que tienen alguna mayor disonancia con el retiro y la abstracción, por la diaria y fácil fracción del claustro para la entrada de las maestras, cuya comunicación alguna vez puede ser dañosa y siempre arriesgada” (Ver las cartas en Apéndice Docuental)<sup>299</sup>.

---

<sup>298</sup> Real Academia Sevillana de Buenas Letras (RASBL), *Libros de Actas*, núm. 2, de 1751 a 1790, asiento del citado día. Ingresó en la citada corporación junto con el conde de Floridablanca; *Continuación de las Memorias de la Real Sociedad Patriótica*, tomo II, Sevilla, Impresores de dicha Real Sociedad, 1779, pág. 593. Ver objetos del inventario de bienes en AGAS, Fondo Arzobispal, Sección IV, *Administración General*, Espolios y Vacantes, leg. 900, s/fol.: “un telescopio inglés con su caja y funda todo primoroso”, 2.250 reales.

<sup>299</sup> Gaspar Melchor de Jovellanos: *Obras completas: estudios económicos*, estudio de José M. Caso González, Colección de Autores Españoles del Siglo XVIII, vol. 10, Gijón, Centro de Estudios del Siglo XVIII, 2006, págs.

Entre estas instituciones sevillanas que citamos tenían especial peso las hermandades y cofradías, aportándose los vínculos del prelado con algunas de ellas, como puedan ser la Santa Caridad, hermandad asistencial a la que el cardenal benefició económicamente u otras de tipo sacramental, de ánimas, o penitenciales. Con estas últimas, con las cofradías, tuvo también especial relación, aceptándose de hermano en la de los Negritos, corporación de la que eran tradicionalmente hermanos mayores efectivos los prelados sevillanos, o de la Carretería, deteniéndose en este apartado especialmente en todo el proceso que llevó a la publicación del famoso Edicto de Disciplinantes, generado en un contexto de racionalización de las prácticas religiosas. Del mecenazgo desplegado por el arzobispo durante su pontificado que fue amplio y extenso a pesar de la corta duración de su pontificado, apenas cinco años, nos ocuparemos en capítulo aparte, dedicando la última parte de este a los cometidos que llevó a cabo en la corte como patriarca de las Indias, procapellán mayor del rey, y vicario general de los Reales Ejércitos.

#### Fomento de la moral y erradicación de las costumbres consideradas perniciosas: Cierre de los teatros y predicaciones de fray Diego José de Cádiz

El año en que es elegido Delgado y Venegas era además año santo, por lo que fue el cabildo el encargado de publicar el jubileo en la ciudad, que fue señalado para el día 8 de abril, segundo lunes de Pascua de Resurrección, leyéndose el edicto en el llamado “púlpito del sermón”. El día 10 se hizo señal desde la torre para que acudieran todas las cruces y clero de la ciudad a la procesión general que tendría lugar tras la misa de octava que se celebró en la Sacristía Mayor. A la misma acudieron todo el clero, cruces parroquiales y religiones representadas en Sevilla, saliendo por la Puerta de San Miguel continuó por Génova, Plaza de San Francisco, Sierpes y Gallegos, haciendo la comitiva estación en la Colegial, donde se cantaron las preces ante el cabildo, la Ciudad, y el clero, continuando con las letanías, antífona, y oración de la Transfiguración. Tras todo ello y el canto del Exaudi y nuevamente de las letanías, el cortejo tomó el itinerario de vuelta, que fue por Culebras, Francos, Placentines, y Puerta de Palos, finalizando en el altar mayor con las mismas preces y letanías y una misa *pro re gravi pro quaquumque*

---

123-125: Carta de Jovellanos a Delgado, arzobispo de Sevilla (8 de abril de 1778; y de Delgado a Jovellanos (25 de abril de 1778), págs. 126-127.

*necesitate*, con aparato de primera clase morado y asistencia de dignidad y seis capas, canto de motetes y resto en canto ferial<sup>300</sup>.

Sin embargo en Sevilla ardían aún los rescoldos del proceso a Olavide, su asistente, en cuya célebre tertulia de corte ilustrado se vertían las ideas más avanzadas y controvertidas del momento, muchas de ellas especialmente críticas con la religión, algo que le deparó la enemistad de la Iglesia. Medidas como la admisión de protestantes en las colonias, por él establecidas en Sierra Morena, o sus críticas a prácticas piadosas como los ayunos, los rosarios públicos y otras muestras de piedad pusieron detrás suya a la Inquisición, que con cierta connivencia de la corte pudo al fin encausarle. Precisamente sería un capuchino alemán llegado a las Nuevas Poblaciones, fray Romualdo de Friburgo, quien lo denunciaría formalmente, testimoniando también contra él el que luego sería célebre orador padre Manuel Gil, personaje principal en los acontecimientos previos a la “Revolución Santa” sevillana que dieron paso a la creación de la Junta Suprema de Sevilla, ya en los días de la invasión napoleónica. Llamado a Madrid a finales de 1775 para seguir su causa, fue preso de la Inquisición el 14 de noviembre de 1776, alargándose su proceso – secreto – durante dos años con intervención de setenta y dos testigos, entre ellos el citado Gil. Aunque el inquisidor general Felipe Beltrán le evitó innecesarias humillaciones, Olavide fue condenado el 24 de noviembre de 1778 por el célebre “Autillo” que lleva su nombre a ocho años de encierro, eso sí en un convento, permitiéndosele como únicas lecturas el *Símbolo de la Fe* de fray Luis de Granada, o el *Incrédulo sin excusa*, del padre Señeri. Se le confiscaron además sus bienes y fue desterrado tanto de la corte, como de Andalucía y de las Nuevas Poblaciones por el fundadas, fugándose a Francia en el verano de 1779 con la ayuda al parecer de importantes personajes, aprovechando para ello un permiso que se le concedió para tomar unos baños en Gerona, siendo recibido triunfalmente en aquel país por los enciclopedistas<sup>301</sup>. Es posible que la caída de Olavide, tesis que

---

<sup>300</sup> AGAS, Catedral, Sección I, *Secretaría*, LAC, núm. 139 (1776), fol. 209.

<sup>301</sup> Simpatizante de la Revolución durante *el terror* él mismo se vio obligado a escapar de Francia, obteniendo tras su arrepentimiento la protección del cardenal Lorenzana y volviendo a España en 1798, aquí escribió algunas obras de tinte piadoso como: *El Evangelio en triunfo*. Ver sobre este personaje: Vicente de la Fuente, *Historia eclesiástica de España*, opus cit., III 379-380; Marcelino Menéndez y Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles*, 3 vols., Madrid, Editorial Católica, tercera edición, 1978, tomo III, Capítulo XXIII: Olavide, Cabarrús, Urquijo; Francisco Aguilar Piñal: *La Sevilla de Olavide*, Sevilla, Excmo. Ayuntamiento, 1966; Antonio Miguel Bernal y Miguel Artola: *Antiguo régimen y liberalismo: Política y cultura*, Alianza Editorial, 1995.

apunta entre otros el profesor Martí Gilabert<sup>302</sup> fuese consentida por el propio Carlos III, probablemente por consejo de su confesor Eleta, pues eran conocidos los excesos del asistente sevillano, pues como es sabido, la Corona, aconsejada por algunos de los ministros más críticos con el Santo Oficio ya habían recortado bastante sus atribuciones al objeto de evitar episodios como los que ya vimos contra Macanaz, y que volvieron a repetirse pero ya sin éxito contra Campomanes, Aranda, o el propio Floridablanca. Así, por una Real Cédula de 1770, el otrora temido tribunal solo conocería en los delitos de herejía contumaz o apostasía, quedando otros como los de blasfemia, bigamia, o sodomía en manos de los tribunales ordinarios. De hecho se llegó incluso a determinar, para evitar así los excesos de algún inquisidor celoso, que ningún título, ministro, oficial del ejército o magistrado fue castigado sin la expresa revisión por parte del propio monarca.

Pero volviendo a nuestro prelado, podemos decir que si Solís, hijo de unos grandes de España, mundano y cosmopolita, célebre por el lujo de sus recepciones, aunque también por la esplendidez de sus limosnas aquí como en Roma – donde participaría en los cónclaves de 1769 y 1774-1775 que eligieron a los papas Clemente XIV y Pío VI –, Delgado y Venegas, nacido en un ambiente menos lujoso sí quiso intervenir de manera más directa en el control de la moral y las costumbres de sus fieles. Para ello se apoyaría principalmente en las órdenes mendicantes y en misioneros itinerantes como fray Diego de Cádiz, cuyas misiones evangelizaban y enfervorizaban al pueblo con sus sermones, el cual siguiendo las directrices de su director espiritual fray Francisco Javier González había declarado la guerra a las comedias, vía de entrada de muchas de las novedades que distraían al pueblo inocente de sus obligaciones religiosas, prohibiendo bajo “pena de pecado” a importantes damas de la aristocracia, entre ellas la poderosa duquesa de Medinaceli asistir a este tipo de espectáculos y a otros similares, consiguiendo así restar buena parte del apoyo que entre las clases altas contaba el teatro. En primer lugar eligió a Francisco de Paula Baquero, cura del Sagrario, quien fue nombrado revisor eclesiástico de comedias el 28 de febrero de 1777, publicando un documento contra estas: *Edicto sobre teatros y su orden*, de fecha 26 de

---

<sup>302</sup> Francisco Martí Gilabert: *Carlos III y la política religiosa*, opus cit., págs. 56-57. Sobre la figura del confesor real puede consultarse la obra de Leandro Martínez Peñas: *El confesor del rey en el Antiguo Régimen*, Madrid, Editorial Complutense, 2007.

marzo de 1777<sup>303</sup>, posición que contó con el apoyo de la mayoría del cabildo secular hispalense, que paralelamente al nuevo asistente Francisco Domezaín – que tras alguna inicial vacilación decidió descargar la resolución del asunto en el presidente del Consejo, Manuel Ventura Figueroa –, envió de mano de su síndico personero otro memorial al Consejo en que se acusaba al teatro de corromper a la juventud y de atentar contra la moral pública. Francisco Aguilar Piñal recoge en su conocida obra sobre el Teatro y la Sevilla dieciochesca, el informe que sobre el asunto enviaba Ignacio Zalduendo, secretario de Cámara arzobispal a su prelado, ya en Madrid, considerando estas representaciones poco “convenientes al genio de estos nacionales ni a las circunstancias del país”, y seguro de que su presencia tan cerca de la real persona acabaría indudablemente con aquellas<sup>304</sup>:

“Desde que V. Emm.<sup>a</sup> entró en Sevilla, hemos oído incesantemente, ya en los púlpitos a los predicadores de mejor nota, ya en conversaciones particulares a las personas de buen juicio, los perjuicios y graves daños que atraen las comedias y teatros a esta ciudad; hemos experimentado que la parte mejor y más sana del pueblo las aborrece y no las frecuenta, pues apenas se ven por casualidad cuatro o seis personas de las muchas que componen la nobleza, que asistan al teatro; y habiéndonos encargado V. Emm.<sup>a</sup> a sus dependientes que celásemos sobre la asistencia del clero, se hallaron muy pocos que necesitasen de corrección, y esto sirvió para que nadie asista, como en efecto no han asistido en estos últimos años: no obstante, no deja de haber algunas personas que fomentan los teatros, ya por sus propios intereses, o por su genio....

... Señor: este Pueblo no quiere comedias ni otras representaciones teatrales. El año próximo pasado vimos concluirse una farsa por sí misma, a causa de no concurrir las gentes necesarias para su mantención. El cabildo secular las aborrece, como aparece de sus acuerdos, la gente de primera nobleza, de prudencia y juicio, y el clero secular y regular las abomina y detesta, y no asisten a sus representaciones; los jornaleros y gente común porque no pueden concurrir sin detrimento de sus familias y el preciso jornal que necesitan ganar para mantenerlas; y si acaso concurren arrastrados de su inclinación, se exponen a perecer o mendigar en perjuicio de los verdaderos pobres. Si algunos las apetecen son los notoriamente viciosos, que las quieren no para dejar sus vicios y huir de la ociosidad (como representó el cómico Chacón) sino para lamentarlos más y más y para que les sirva de cebo e incitativo a sus apetitos y liviandades, y ni unos ni otros merecen que se les dé gusto: Sevilla es una ciudad que no carece de otras diversiones honestas en que se pueda divertirse con regularidad la gente rica y ociosa. Sus hermosos paseos y abundantes tertulias de gente juiciosa dan bastante campo a la diversión sin

---

<sup>303</sup> Se puede consultar un ejemplar del mismo en AMS, Inventario de la Sección XI, “Conde del Águila”, tomo 62, núm. 66. En ese mismo tomo con el número 70 se encuentra otro ejemplar del edicto que las prohibió.

<sup>304</sup> Francisco Aguilar Piñal: *Sevilla y el Teatro en el siglo XVIII*, Oviedo, Universidad, 1974, págs. 112-119.

perjuicio de nadie. V. Emm.<sup>a</sup> tiene mandado que no se predique de noche en las calles y plazas y aun en las iglesias por evitar concurso de ambos sexos, y juntas de noche que siempre se han intimado por perjudiciales y dañosas, y su justísimo mandato se observa con el mayor rigor. Al mismo fin tiene mandado S.M. no se hagan procesiones antes del amanecer ni después de puesto el sol, ni que se tengan veladas a las puertas de las iglesias, y se ven frustrados tan santos deseos con las juntas que se hacen de noche en los teatros; bien se deja considerar cuán distinto es el fin y objeto que promueve y convida a la concurrencia...

... Este pueblo, Señor, o su mejor y más sana parte, tiene la confianza de que estando V. Emm.<sup>a</sup> tan cerca de la persona de un tan Católico, Cristiano y piadoso Monarca, se ha de ver libre de los Teatros y representaciones que tanto le incomodan. Así oigo que respiran las gentes de juicio y me persuado que si ve logrados sus deseos, tributarán a S.M. y a V.Emm.<sup>a</sup> las más vivas y afectuosas gracias... Sevilla, 3 de marzo de 1779”.

El prudente Domezaín, que falleció curiosamente casi al tiempo que el propio Delgado<sup>305</sup>, tuvo pues que plegarse a la presión de la mayoría favorable del Ayuntamiento y del arzobispo a la supresión de las representaciones en la ciudad, que fue dictaminada finalmente por parte del Consejo de Castilla por un auto de 30 de marzo de 1779, año en que también fueron suspendidas en Valencia, Valladolid, Granada, Alicante, Orihuela, o Elche, no volviendo a Sevilla hasta 1795:

“En vista de los que V.S. tiene representado y últimamente ha manifestado el celo pastoral del M.R. Cardenal Patriarca Arzobispo de esa Diócesis, relativo a los graves daños que se experimentan en la continuación de las diversiones teatrales en esa ciudad y los lugares de su comprensión, se ha considerado conveniente que se suspendan por ahora y hasta nueva providencia. Lo que prevengo a V.S. para su cumplimiento, avisándose de haberlo ejecutado”<sup>306</sup>.

Hemos citado brevemente en relación a la polémica suscitada en la ciudad a santo de las comedias las misiones de fray Diego de Cádiz<sup>307</sup>, quien siguiendo el camino

---

<sup>305</sup> Concretamente en el Real Alcázar el 20 de abril de 1782. Su partida de defunción se halla en el Archivo Parroquial del Sagrario (actualmente ubicado en el Archivo General del Arzobispado), libro 27 de Defunciones, fol. 188.

<sup>306</sup> Aguilar Piñal: Sevilla y el Teatro..., opus cit., págs. 118-119. Una copia de la citada providencia se puede consultar en AMS, Sección VI, 1ª *Escribanía del Cabildo*, Siglo XIX, tomo 92, pág. 34; y XI “Conde del Águila”, tomo 62, piezas 66, 70, y 71.

<sup>307</sup> El beato fue además autor de diferentes escritos de orden ascético y moral, entre los que destacamos: *Afectos de un pecador arrepentido en místicas décimas formadas con los soliloquios que ante Jesús Crucificado acostumbra a hacer en sus misiones*, Dictado sobre asuntos de comedias y bailes, 24 págs., contó ediciones en 1784, 1791, y 1836; la célebre *Novena de el Santísimo Christo de el Gran Poder, para mover las almas al fanto Exercicio de la oracion mental*, Sevilla, Imprenta de Josef Padrino, 1786 (siendo la primera edición de 1768), acto piadoso que se aplicó en dicha hermandad hasta 1970, año en que se convirtió en quinario a la venerada imagen; o una recopilación de sus



iniciado por otros combativos predicadores como los padres Posadas, Calatayud, o su propio director espiritual fray Francisco González tuvieron una notable influencia en la conformación del ambiente hostil que contra el teatro se formó ya antes incluso de la aparición de Olavide y que se reforzó a raíz de su caída. Es hora pues de que hagamos un breve relato de las misiones que llevó a cabo el vehementísimo orador sagrado, misionero apostólico capuchino, y uno de los instrumentos más eficaces utilizados por el cardenal Delgado en su labor moralizante contra las nuevas ideas y costumbres que llegaban desde el extranjero, principalmente de Francia. El entonces aún joven misionero gaditano, contaba en 1776, fecha de su primera predicación en Sevilla tan solo 33 años, sin embargo, sus inflamados sermones habían llamado ya la atención de no pocas personalidades, entre ellas las del propio deán de la catedral hispalense, Miguel Antonio Carrillo. Su irresistible forma de predicar, y su ya incipiente fama, parece que atraieron a ciertos clérigos de la villa de Morón, quienes fueron los primeros que lo trajeron a tierras hispalenses. Una vez obtenidas las licencias de sus superiores, y del citado deán, gobernador y provisor de la sede hispalense durante la vacante del cardenal Solís, fray Diego se dirigiría hacia dicha villa, ocasión que además le permitiría conocer personalmente a su principal guía espiritual, el padre fray Francisco Javier González, que lo llamaba de forma cariñosa “su nieto”.

Esta misión comenzó en 1774, en un ambiente muy excitado a causa de las discordias entre el cabildo municipal de esa extensa villa de la Campiña sevillana y los administradores del duque de Osuna, a quien pertenecía el señorío temporal, tras ello, y siguiendo el testimonio del P. González, recogido por fray Sebastián de Ubrique, biógrafo del beato, el padre Cádiz sería invitado al siguiente año, 1775, a asistir a la función que el cabildo hispalense daba el 23 de noviembre con motivo de su patrón San Clemente, predicando el conocido “Sermón de la Espada”. Pocos meses después, y a instancias del propio deán, tras recabar licencia del provincial de la orden capuchina, le ofreció predicar la que sería su primera misión en Sevilla, que se iniciaría en los últimos días de abril de 1776. El día 6 de mayo, el cabildo autorizaba al capuchino, que gozaba según rezan los autos de ese día de “singular opinion de Doctrina y probidad”, a hacerlo

---

escritos publicada durante su vida: *Colección de las obras del R.P.Fr. Diego Josef de Cádiz, misionero apostólico del orden de menores capuchinos de N.S.P. S. Francisco*, Madrid, Pacheco, 6 vols., 1796-1799. Su vida y escritos íntimos fueron además narrados y compilados por distintos miembros de su orden: fray Bruno de Zaragoza, fray Luis Antonio de Sevilla, fray Serafín de Hardales, fray Ambrosio y fray Diego de Valencina, el padre Juan José Alcober, fray Sebastián de Ubrique, y el jesuita Victoriano Larrañaga entre otros muchos. Para un mayor detalle ver la relación descrita en el apartado dedicado a la bibliografía consultada o las notas sucesivas a esta.

en la parroquia del Sagrario, lo cual se aprobó, mandándose poner bancos en el presbiterio del templo para los capitulares.

Tras entrevistarse con su director espiritual, comenzaría pues la misión el martes de la primera semana de mayo, día 7, tras completas, en la citada parroquia y por diez días de duración, con asistencia como ya se ha dicho de los capitulares, los cuales se quejaban de que los bancos puestos para ellos eran ocupados por “títulos o personas relevantes que tienen derecho de asiento en el coro”, faltándoles el sitio. Tal era la fama y el poder de convocatoria del futuro beato, que en los propios autos capitulares se lee: “la commosion general que este varón apostólico ha causado, ha exitado a esta ciudad en todas sus clases a oírlo, siendo el concurso tan numeroso que como se experimenta no cabiendo en dicho Sagrario se retiran con desconsuelo, por lo que propusieron se pusiese pulpito en el Trascoro”. Era entonces su director el padre Fernández, quien a su vez era guiado por González – de ahí que este se refiriera a fray Diego como su nieto –, calificando su verbo de “fuego irresistible”, de enérgica dicción pero dulces palabras, a lo que acompañaba una “oportunísima” utilización de las Sagradas Escrituras, auténtico “clarín” del que desde el púlpito “se servía y alumbraba el Espíritu Santo”<sup>308</sup>.

Fray Serafín de Ardales, otro de los primeros biógrafos del santo, recoge también esos mismos calificativos, abundando en las capacidades de aquel para la misión apostólica, para las que Cádiz estaba “sobrenaturalmente preparado”, y que con la ya mencionada expresión enérgica a la par que dulce, irresistible al fin, rendía “al más duro y obstinado” de los pecadores, abandonando las gentes sus quehaceres para llegar a tiempo a escuchar sus sermones. Sin embargo, parece que al quinto día de misión esta tuvo que ser interrumpida, con gran consternación de los presentes, ya que fray Diego cayó enfermo, pareciendo incluso que iba a morir. Su guía espiritual, el padre González

---

<sup>308</sup> AGAS, Catedral, I, Secretaría, LAC 139 (1776), fols. 235-239v. Justino Matute y Gaviria: *Anales Eclesiásticos y Seculares de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Sevilla*, 3 vols., Sevilla, Ediciones Guadalquivir (2ª ed.) 1997, tomo II, pág. 168; y Fray Sebastián de Ubrique: *Vida del beato Diego José de Cádiz, misionero apostólico capuchino*, 2 vols., Sevilla, Imprenta de la Divina Pastora, 1926, tomo I, págs. 78-80, y 86-89. Algunas de estas noticias las toma Ubrique de la obra del padre Juan José Alcober, publicadas por don Joaquín Torres Asensio: *Historia de la vida interior y exterior del bienaventurado fray Diego J. de Cádiz*, Madrid, Edición de Torres Asensio, 1894, págs. 39-41. Ver asimismo las notas que de la correspondencia del referido Alcober con el beato tomó fray Diego de Valencina: *Cartas de conciencia que el beato Diego José de Cádiz dirigió a su director espiritual D. Juan José Alcober e Higuera, abad de la Colegiata del Salvador de Granada. Anotadas por el M.R.P. Diego de Valencina. Con un prólogo-censura de D. Juan F. Muñoz y Pavón*, Sevilla, 1904.

llegaría a compararlo en su labor apostólica incluso con San Pablo, animándolo a misionar por todo el reino, como de hecho hizo<sup>309</sup>.

Sobre los contenidos de esta primera misión sevillana – si bien hay cierta confusión entre algunos biógrafos, pues confunden algunos datos de la encargada por el deán y su continuación ya con Delgado en Sevilla –, nos hablan casi todos, manifestando Hardales, uno de los primeros, ya citado, que fueron memorables las tres pláticas que hizo por encargo del ayuntamiento hispalense, y que giraron sobre un tema propuesto por el arzobispo “cura rerum publicarum”, leyenda que aún preside el tímpano de la Puerta del Arenal, o Postigo del Aceite. Sobre la predestinación giraría el que ofreció en la catedral, reflexionando el beato sobre la propuesta de “Dios quiere que todos se salven”, insistiendo en todos ellos en la devoción al Santísimo Sacramento y la visita a los sagrarios, apoyando vivamente la llamada devoción de las Cuarenta Horas, que como es sabido consiste en manifestar a “Su Majestad” por espacio de ese tiempo en alguno de los templos que por turno le correspondía. Sería precisamente Delgado, como se expondrá en el capítulo siguiente, quien por breve de 18 de julio de 1777 consiguiera perpetuar el referido jubileo circular, ampliando las gracias concedidas por otro de 18 de junio de 1779 a los trabajadores que volvieran del trabajo de noche, acto para el que fray Diego compuso un devocionario titulado “Hora santamente empleada”<sup>310</sup>.

Tras verse interrumpida abruptamente esta primera misión en la capital hispalense por la referida enfermedad, fray Diego volvería a ser llamado a la ciudad una vez llegado el nuevo arzobispo, quien lo llama para que colaborase con él en su cruzada moralizadora frente a las ideas y costumbres impías y frívolas que invadían las conciencias del pueblo desde el extranjero, simbolizadas en las ideas enciclopedistas – que por ejemplo se habían difundido desde la tertulia del propio asistente Olavide – o a través como ya se vio líneas atrás de las representaciones teatrales. Así, en sus sermones

---

<sup>309</sup> Ubrique: *Vida del beato...*, opus cit., tomo I, págs. 92-92; y Fray Serafín de Hardales: *El misionero capuchino: compendio histórico de la vida del venerable siervo de Dios el M.R.P. Fr. Diego Josef de Cadiz, misionero apostólico de Propaganda Fide, ex lector de teología, y padre de Provincia del orden de menores capuchinos de N.P.S. Francisco, é hijo de la santa provincia de Andalucía* (Escrito en Cádiz en 1811), Manresa, por Martín de Trullás, 1813, págs. 22-24.

<sup>310</sup> Matute, *Anales*, opus cit., II, 287; Hardales: *El misionero capuchino...*, también citado, págs. 38, 46-47, y 65-66; y Fray Luis Antonio de Sevilla: *Verdadero retrato de un misionero perfecto: animado en la vida del V. P. Fray Diego José de Cádiz, sacerdote profeso del orden de menores capuchinos de N.P.S. Francisco, hijo de la Sta. Provincia de los Reinos de Andalucía* (escrito en Málaga en 1806), Sevilla, Imprenta de A. Izquierdo, 1862, 103-104.

fray Diego apelará a la conversión no solo de las gentes más sencillas, sino también de la más alta aristocracia, tachada de frívola, dedicando nada menos que a la primera noble del reino, la duquesa de Medinaceli, que llegará a protegerlo, la célebre “Carta a una señora de la corte sobre la diversión de los bailes”. A la ciudad llegaría el apasionado misionero acompañado de fray Eusebio de Sevilla, quedando ambos alojados en el propio Palacio Arzobispal, buscando con ello el arzobispo “su santa compañía y evitarle el daño que la aglomeración de gente pudiera causarle”, comenzando la misión en el trascoro del templo catedralicio – por su amplitud – el día 22 de noviembre<sup>311</sup>. Tanto Delgado como el obispo auxiliar Ayestarán y el cabildo acudieron a sus pláticas todas las tardes, concurriendo gentes de todas clases sociales durante los cinco meses que duraría. Además, fray Diego iría de iglesia en iglesia predicando novenas o sermones sueltos, haciéndolo en el Sagrario a instancias del prelado en honor de Santa María Magdalena – el cual sería publicado años más tarde –, Santa Teresa de Jesús, o San Pedro de Alcántara, más otros tres que dijo por encargo de los magistrados de la Audiencia en la iglesia del convento de San Francisco, y en el Salvador<sup>312</sup>.

A los sermones de cuaresma acudieron también el prelado y su auxiliar, así como el cabildo en pleno, teniendo lugar en unas apretujadas naves catedralicias a la que acudían cientos de personas, produciendo a tenor de los testimonios contemporáneos no pocos frutos, constando entre los más sonados la conversión de un rico comerciante inglés vecino de Cádiz que según cuentan las crónicas había incluso frecuentado en sus viajes a Voltaire o Rousseau. Tras él verían la luz de la fe una dama de alta alcurnia y el mismísimo embajador ruso Zinoviev, conversión referida en todas sus biografías que se habría producido en una de las dos misiones celebradas en Madrid unos años más tarde. Gran impacto causó el sermón del juicio universal, y el de la Pasión, que consiguieron emocionar a todos los presentes, que parecían estar reviviendo

---

<sup>311</sup> Citas antecedentes en Ubrique, opus cit., I, págs. 96-97; y *Anales*, II, pág. 282. Archivo del Convento de Capuchinos de Sevilla, *Manuscritos*, Libro 923: “Dictamen sobre las comedias y los bailes dirigida a la duquesa de Medinaceli”.

<sup>312</sup> Ubrique, I, págs. 96-97, se trata del *Sermon panegirico-dogmatico-moral, que en la funcion celebrada en obsequio de la gloriosa Santa María Magdalena por un especial devoto suyo en el Sagrario de la Santa Patriarcal Metropolitana Iglesia de Sevilla dixo el P. Fr. Diego Joseph de Cadiz, misionero apostolico del Orden de Menores Capuchinos de N.S.P.S. Francisco de la Provincia de Andalucía*, Sevilla, Oficina de D. Manuel Nicolás Vázquez, 1783. Durante los días de esta misión coincidiría el futuro beato con el padre general de su Orden, el capuchino Eward Radkesburg, que asistió igualmente a sus predicaciones en la parroquia de La Magdalena Ubrique, I, 94-95.

los dolores de Nuestro Señor, ambiente místico en el que no faltó incluso un temblor de tierra, que se dio el 10 de abril de 1777 en Sevilla aunque sin consecuencias notables, predicando en acción de gracias fray Diego un sermón en el Triunfo – monumento levantado en la plaza de ese nombre precisamente con motivo del célebre terremoto de Lisboa – a la una de la tarde, y luego otro a la noche desde un balcón frente a las gradas, en la parte que da al Sagrario, plática que fue continuada al día siguiente desde el mismo balcón por espacio de dos horas y con un concurso de gentes “inmenso”, tal y como reflejan los libros de la Diputación de Ceremonias catedralicias<sup>313</sup>.

Finalizada la misión, fray Diego partió para Montilla en compañía de los duques de Medinaceli, en cuyo palacio sevillano estaba hospedado tras la partida de Delgado y Venegas para Madrid, en esa villa cordobesa predicó una novena, parando en Écija y volviendo nuevamente a Sevilla y luego a Cádiz, donde fue nombrado por su cabildo examinador sinodal, cargo que solo aceptó por orden superior. Su beligerancia hacia algunas distracciones profanas tales como las comedias, los toros, los bailes, o el teatro, le depararían no solo amistades, también enemigos poderosos en los ambientes ilustrados de la corte, los cuales llegarían a denunciarlo al Santo Oficio como se verá. En Écija, comenzaría una nueva misión el 1 de noviembre de 1778, la cual contó con la presencia del obispo auxiliar, entonces ya gobernador del Arzobispado durante la ausencia del prelado, no volviendo más a Sevilla hasta 1781, en que procedente de tierras gaditanas vino para entrevistarse con su director espiritual, solucionar un asunto con el tribunal de la Inquisición, y para predicar el sermón fúnebre del deán Carrillo, quien lo trajera a Sevilla, que tuvo lugar el 26 de mayo, partiendo tras ello para Antequera. Parece que Delgado, a quien fray Luis Antonio de Sevilla, uno de los primeros biógrafos del beato Cádiz calificaba como: “aquel respetable, íntegro, sabio, y experimentado purpurado”, tuvo muy en cuenta siempre los consejos de aquel, nombrándolo teólogo de cámara y examinador sinodal, consultándole además en importantes materias sobre teología, moral, o derecho canónico. Así el referido hagiógrafo nos dice que el prelado sevillano: “se valía de cuantos medios le dictaba su gran prudencia para combatir los problemas que se suscitaban, siguiendo en muchos de ellos los que le daba el fraile”, hallándolos “tan fundados y tan claros”, que no se atrevía “a dejar de seguirlos”. Ejemplo de ello podrían ser, una hermandad de sacerdotes

---

<sup>313</sup> La anécdota del embajador en Hardales: *Misionero capuchino...*, opus cit., pág. 133; sobre el concurso de gente escuchándole: AGAS, Catedral, III, *Liturgia*, Libro Diputación de Ceremonias, 86, fol. 152.

aplicados a aliviar las penalidades de los encarcelados, de la que el beato formó un borrador para sus constituciones, que contó con el entusiasta apoyo del prelado, si bien el proyecto quedó paralizado a la muerte del arzobispo. Parece que también de Delgado y Venegas partió la iniciativa de que fray Diego misionara en la corte, propuesta que el rey aceptó muy complacido, aunque no pudo llevarse a cabo de inmediato; o la de conseguir una mitra para el capuchino, propuesta que probablemente le sería ofrecida por el padre Eleta o por el inquisidor general Rubín de Zevallos. Así, no está pues muy claro quién fue el protagonista de la repetidísima anécdota en la que Carlos III habría contestado a una insinuación del cardenal Delgado para que nombrase a fray Diego para el obispado de Ceuta, vacante por la promoción de Felipe Antonio Solano al de Cuenca: “Eminencia, dejémosle en toda su actividad, no hacemos más que limitársela a una diócesis con crearle obispo. En cambio, tengo yo en él un obispo para todo el reino”. Sobre el origen de la famosa frase, muy citada, se contradicen los testimonios, pues aunque fray Luis Antonio de Sevilla y fray Serafín de Hardales, dos de los primeros biógrafos del futuro beato, y fray Sebastián de Ubrique identifican como interlocutor del rey a Zevallos, este sin embargo no fue nombrado hasta 1784, por lo que no pudo hacerlo en 1779, año en que estaba Delgado en Madrid y vacó también la mitra septense, siendo posible pues que esta le fuera ofrecida dos veces, una en 1779 por Delgado, y otra en 1784 por Zevallos durante la segunda misión del capuchino en Madrid. Para dicho obispado serían nombrados primero fray Diego Martín, el 23 de diciembre de 1779, y en 1785 fray Domingo de Benaocaz<sup>314</sup>. Y es que fray Diego estaba absolutamente convencido del mandato divino de su labor misional, evitando siempre cualquier promoción dentro de la carrera eclesiástica, considerándose afortunado “si muriese en el acto de predicar o en el púlpito”. Llegaría a rechazar un obispado por tres veces: el de Ceuta en 1779 o 1784, fechas en que se hallaba vacante como se vio; en 1797 el de Mondoñedo; y aún en 1800 el de Cádiz. Tanto es así que ante una de estas propuestas, quizás la que coincidió con la segunda misión madrileña, “se hincó de

---

<sup>314</sup> Las citas contenidas en el párrafo en: Ubrique, I, págs. 98-99, 115, 222-223, y 262-263. El sermón de fray Diego José de Cádiz por el deán se titula: *Obligaciones de un canónigo para morir bien y salvarse. Sermón fúnebre histórico canónico moral en sufragio del alma del señor doctor don Miguel Carrillo, deán y canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla*, Sevilla, Oficina de Manuel Nicolás Vázquez, ¿1781?; fray Luis Antonio de Sevilla, también citado ya, págs. 259, 284, 353, y 388-389; Hardales págs. 83 y 123; y Victoriano Larrañaga, S.J.: *Beato Fr. Diego José de Cádiz*, Colección “Grandezas Españolas”, Madrid, Editorial “Razón y Fe”, 1923, pág. 107.

rodillas, y con toda humildad dixo á su Ilma. estaba pronto á obedecerle, pero por amor de Dios le suplica lo dexe de misionero, que es su vocación y la voluntad de Dios”<sup>315</sup>.

Aunque fray Diego estuvo en Sevilla en alguna ocasión tras finalizar la misión que le encargara el cardenal Delgado, como la ya citada en que predicó el sermón por el deán Carrillo, no misionaría otra vez en la ciudad hasta 1784, esta vez por encargo del nuevo prelado hispalense Alonso Marcos de Llanes, convencido de las ventajas espirituales que este tipo de predicaciones multitudinarias deparaba, y no solo para el pueblo, también para el propio clero, cuya reforma debía empezar por la de los propios eclesiásticos, convocando el prelado a todo el clero sevillano a una misión a puerta cerrada predicada por fray Diego en la iglesia de clérigos menores, hoy parroquia de Santa Cruz, la cual se desarrolló desde el 16 de diciembre durante ocho días con la presencia del propio prelado. Una velada crítica a una nueva medida gubernamental que gravaba al clero parece que fue la que proporcionó la ocasión a los enemigos del vehemente orador para buscar su ruina. Todo venía a santo del recién instituido Fondo Pío Beneficial, obtenido gracias a un breve apostólico que permitía al Estado deducir una tercera parte de los frutos de las prebendas, canonicatos, prebendas, dignidades, y beneficios eclesiásticos provistos por la real presentación que no conllevaran cura de almas, medida que según el futuro beato irían a invertirse “en cosas á que no estaban destinadas”. Esta insinuación desde luego fue aprovechada por los enemigos del santo, que lo denunciaron al Consejo de Castilla, acusándole de “impostor que seducía al pueblo contra los piadosos establecimientos que se promovían por el monarca y sus sabios ministros”. Por parte del regente de la Audiencia se comunicó al fraile que cesara de inmediato sus predicas y su labor misional, decretando además su confinamiento en algún convento de la orden dentro del Arzobispado de Sevilla, quedando de momento en el de Casares. Aunque la medida fue acogida por el padre Cádiz con resignación, enviaría sin embargo un escrito al padre Eleta, confesor real, y su mayor protector en la corte tras la muerte del cardenal Delgado, carta que al parecer permaneció durante décadas secuestrada en el Archivo de Estado, y que probablemente consiguió los efectos deseados pues se obtuvo del monarca el perdón regio y el permiso para reiniciar su labor misional, noticia que le fue comunicada por el provincial de su orden: “El Rey

---

<sup>315</sup> Ver la obra del padre José de Calasanz de Llevaneras: *Vida documentada del beato Diego José de Cádiz*, misionero apostólico capuchino, Roma, 1894, pág. 160, anécdota recogida luego por Larrañaga en su obra citada, pág. 105; y asimismo los también citados Hardales, págs. 122-123; y Ubrique, tomo I, págs. 558-559, 624-625, y 634-635.

nuestro Señor ha sentido quanto V.P. ha padecido; pero ello es cierto que esa contradicción acredita la verdad de su Apostolado ¡Buen ánimo! Su provincial le comunicará orden de S.M. para que vuelva á Sevilla, y allí, como en todas partes predique sin temor el Evangelio &c”<sup>316</sup>.

Durante esta segunda misión en Sevilla – en realidad tercera – el padre Cádiz recibiría la visita de los familiares del cardenal Delgado, de sus dos sobrinos Juan Acisclo y Pedro, del arcediano Venegas, y quizás también del tesorero – familiaridad que será ampliada en el capítulo dedicado a los primeros años de Juan Acisclo –, visita reseñada en la correspondencia de fray Eusebio de Sevilla (carta de 3 de agosto de 1784), que dice: “los sobrinos del cardenal Delgado, dignidades de Sevilla, han estado aquí. Como son hechuras del Padre Confesor, viven agradecidos, y el Padre los singulariza con una confianza singular. Les ha preguntado por el sermón que usted predicó a los sacerdotes. Respondió Venegas *que fue apostólico y sin un tilde digno de censura*. Eso fue la víspera del Carmen, y el 16 por la tarde dijo el Padre a los dichos: “Hoy es mayor que era la estimación del Rey para el Padre Cádiz”. En el transcurso de la misión, fray Diego predicó el día 14 de febrero en la catedral, dirigiéndose al enfervorecido auditorio desde el célebre púlpito del Patio de los Naranjos, donde lo hicieran también San Vicente Ferrer, San Francisco de Borja, o San Juan de Ávila, en él anunciaría a los fieles un gran castigo que vendría en muy poco tiempo, y que llegó en apenas dos años con una terrible epidemia de cólera que asoló Andalucía en 1786. A Sevilla volvería a misionar en 1793 en que el arzobispo Llanes lo invitó de nuevo a predicar en la catedral por nueve días, tras completas, misión que empezó el 7 de marzo y contó con la presencia del cabildo en pleno y del prelado, que concedió durante esos días a canónigos, prebendados, y “á los curas y sujetos graduados y graves de las comunidades religiosas” licencia para absolver pecados reservados a su jurisdicción. El cabildo consintió que el fraile se dirigiese a los fieles desde el púlpito principal, que solo había ocupado en la centuria anterior el padre Tirso González, y él mismo durante el pontificado de Delgado y Venegas, nombrándolo Llanes visitador general, y el cabildo canónigo y dignidad honorario, plaza de la que tomó posesión el día 11 de

---

<sup>316</sup> Ver: *Anales* III, págs. 43, 45, y 119-120; la obra citada de Hardales, págs.133-134; de Ubrique, tomo I, 336-337. La carta enviada por fray Diego a Eleta fue publicada ya a su muerte, al finalizar la Guerra de la Independencia: *Copia de la carta al Ilmo. P. Confesor D. Fray Joaquín de Eleta, Arzobispo de Tebas y Confesor de S.M. sobre los inconvenientes y perjuicios que se le pueden ocasionar al estado eclesiástico de gravarle con contribuciones. Se dirigió por el M.R.P. Fr. Diego José de Cádiz, Misionero Apostólico Capuchino de la Provincia de Andalucía*, Sevilla, Imprenta del Correo Político, 1814.



marzo, recibiendo el día 24 de parte del cabildo municipal la consideración de veinticuatro, acto que contó “con gran concurso de la primera nobleza y pueblo”. Por último añadir que fray Diego formó parte de la comisión que dirigió las preces a Roma en las causas de beatificación del venerable Contreras y del obispo Palafox, consiguiéndose de la sede apostólica la aprobación de las virtudes heroicas del segundo. Su fama de santidad fue tal que traspasó incluso fronteras, llegando a oídos del mismísimo pontífice, Pío VI, quien de motu proprio y en un acto sin precedentes concedió 120 días de indulgencia por escuchar cualquier sermón suyo, poder para bendecir rosarios y cruces con las indulgencias de Santa Brígida, y 5.000 plenarias con las condiciones que el propio misionero se sirviese señalar, nombrándolo además consultor extraordinario de la Santa Sede, y pidiendo su intercesión y oraciones para librar al mundo de los efectos perniciosos de la Revolución<sup>317</sup>.

Por último tan solo reseñar, que fray Diego predicaría por dos veces ante Carlos III y diversos miembros de la Familia Real, nombrándolo el soberano grande de España de primera clase, consejero secreto de la Corona, predicador de Palacio, y vicario general de la Armada. Sin embargo, su ferviente apoyo al romano pontífice y los derechos de este, y su enemistad declarada contra todo ataque a la Iglesia le crearon como ya se avanzó poderosos enemigos, principalmente entre políticos ilustrados y amigos del enciclopedismo, que intentaron buscar su perdición denunciándolo al rey o a la Inquisición misma. La primera misión madrileña se desarrollaría en Aranjuez en 1782, según el padre Ubrique un tanteo del beato de “los muchos males que la impiedad de los filósofos” había inoculado en la vida cortesana, predicando una novena a San Antonio que giró en torno a las Bienaventuranzas, siendo Eleta, convencido de la santidad sobrenatural de fray Diego, el encargado de llevarle las noticias del fraile al rey. Tanto es así que los príncipes solicitaron al capuchino les dirigiese algunas pláticas una vez terminada la novena, a lo que consintió Carlos III, que lo recibió en sus habitaciones con numerosas muestras de veneración y solicitándole la bendición para ellos y el pequeño infante. A estas charlas asistieron las personas reales desde la tribuna de la Real Capilla, dándole el rey a besar su mano y besándole el mismo su hábito y ofreciéndole tratamiento de hermano, trato amable compartido por el resto de la familia,

---

<sup>317</sup> Ver: *Cartas íntimas del beato fray Diego José de Cádiz dirigidas al P. Fray Eusebio de Sevilla, su primer maestro de novicios. Coleccionadas y anotadas por el P. Fray Diego de Valencina*, 1943; la cita que toma Ubrique sobre los parientes de Delgado en tomo I, págs. 340-347; el resto en mismo tomo págs. 349, y 476-477; y II, 382-383. Otras en: Matute, *Anales* III, pág. 140; Hardales, págs. 168-169, y 171; y Larrañaga, pág. 106, todos ya citados.

que lo obligaba a tomar asiento en su presencia, siendo muy conocida la anécdota en la que los príncipes en una muestra de aprecio aconsejaron al fraile: “abríguese padre la cabeza, estos aires no son como los de Andalucía, cuide su salud, pues necesitamos que viva mucho”. El propio fray Diego parece que reconoció, según su biógrafo Ubrique, que una de las tres almas que pretendía ganar era precisamente la de la princesa de Asturias, junto a la de otra dama muy principal que ya había hecho confesión general, y la del embajador ruso ya citado antes, corriendo los resultados de las predicaciones como reguero de pólvora por todo Madrid. A sus sermones multitudinarios acudía todo el pueblo, desde la gente más humilde a *grandes* y todo tipo de religiosos estantes en la corte, nuncio incluido, que quedó muy complacido, estableciéndose para la cuaresma del año siguiente otra nueva misión y partiendo el capuchino de Madrid el 22 de mayo para Málaga<sup>318</sup>.

Al año siguiente llegó a Madrid el 7 de marzo de 1783, tras un largo y penoso viaje, testimoniando sus biógrafos que al contemplar la gran urbe, tuvo la visión de una Purísima vestida de dolorosa, lanzando proféticas palabras que dieron no poco que hablar muy poco tiempo después: “Vuestra tierra quedará desierta, vuestras ciudades serán incendiadas, devorarán los extraños vuestras regiones, y será desolada como la soledad que sigue a la batalla”. En la villa y corte predicará tanto al pueblo, a los religiosos, a los presos de las cárceles, y a otros muchos venidos por curiosidad o verdadera fe, finalizándola en Alcalá de Henares, de donde partirá para Andalucía. De los frutos de esta misión nos habla el propio santo en boca de sus biógrafos, manifestando que estos fueron amplios, pero no todos los que esperaba fray Diego, refiriéndose principalmente a la corte, de donde lo apartaron rápidamente los ministros volterianos, alarmados del contenido de sus prédicas, impidiéndole de nuevo el trato de la persona del monarca y de su familia (Ver en *El director perfecto*, carta de 28 de junio de 1783). Era lo que su también biógrafo fray Sebastián de Ubrique denominó como: la sima abierta entre la España oficial y la España creyente, separada desde entonces, algo que pudo comprobarse no muchos años después en los agitados momentos de la resistencia popular ante el entreguismo de la instituciones durante la invasión

---

<sup>318</sup> Ubrique 259-263; Hardales, 176; Larrañaga, 109; y Carlos Martínez Valverde: *El beato Diego de Cádiz: su figura y su obra*, Editorial Escelicer, 1945, págs. 52-53, quien dice que la conversión del embajador ruso fue tras su predicación de Ocaña. Fray Luis Antonio, pág. 284-285. Refiere este último que entre las consultas reservadas entre el rey y fray Diego salió a relucir la vocación religiosa de la infanta María Josefa, quien fue carmelita descalza en secreto con aprobación papal.

napoleónica, dirigiéndose desde entonces el futuro santo únicamente al pueblo. Así, tras la cuaresma de 1797, predicó nuevamente en la capital andaluza una novena dedicada a la Divina Pastora, advocación predilecta de su orden, anunciando en el transcurso de la misma el terrible castigo que pronto les azotaría, y que vendría en forma de terrible epidemia de cólera poco tiempo después. Castigo a esa España oficial que en aquellos precisos instantes pretendía precipitar a esa otra España católica a un cisma (el célebre Cisma de Urquijo), y se había dejado invadir de los errores y el libertinaje que los llamados “modernos” difundían, con instrumentos como el Teatro, nuevamente introducido en Sevilla tras unos años de silencio. Escandalizado por el estreno de una obra que era una auténtica sátira contra el clero, tachado de venal y ridículo, que fue finalmente prohibida por la Inquisición, fray Diego lanzó un nuevo y terrible castigo: “Os habeis divertido á costa de los Sacerdotes de Dios, habeis abusado de su respetable trage [pues salía en la obra uno así ataviado] y en público habeis tirado á convencernos de venales de la sana y santa moral de Jesu-Christo, pues en su nombre os digo, que días vendrán, y no estan lejos, en que busqueis despavoridos á los Sacerdotes y no los encontrareis, los llamareis á gritos, revolcandoos en vuestros lechos, y no os responderán, ¡ah!, ¡ah!, ¡ah!, ¡quantos acabareis sin el consuelo de su asistencia y exhortaciones! Aunque el futuro beato fue tachado de imprudente y alarmista por las élites ilustradas e intelectuales del momento, sin embargo sí fue creído por muchos, no pasando ciertamente más de tres años para que una terrible epidemia, la fiebre amarilla, asolara buena parte de Andalucía, causando miles de víctimas y que ha pasado a los anales de la historia como una de las peores catástrofes sufridas por la región y por Sevilla, que quedó verdaderamente diezmada. Denunciado por todo esto al Santo Oficio, Urquijo envió el caso al comisario de la Suprema don Gregorio de la Cuesta, quien se dirigió al provincial de Andalucía, por cuya boca conoció el asunto fray Diego, poniéndose este de inmediato a disposición del inquisidor general para conocer las acusaciones que se le dirigían, documentos que fueron descubiertos en el antiguo Archivo de Estado por el historiador capuchino fray Fredegando de Amberes<sup>319</sup>.

#### Procesos de beatificación en la Archidiócesis hispalense

En estos mismos años en que se desarrollan las misiones de fray Diego en Sevilla, la diócesis pretendía también sacar adelante y reavivar en Roma alguno de los varios procesos de beatificación que la ciudad postulaba, alguno de los cuales

---

<sup>319</sup> Ubrique, I, págs. 282-283, 292-295, 542-543, 596-597, 624-625, 634-635; y Hardales, 162, todas obras citadas.

permanecían paralizados por orden directa del rey por no contar con su expreso permiso. Carlos III estaba muy interesado en sacar adelante la del célebre obispo Palafox, cuyo atraso se había achacado incluso a manejos de los jesuitas. Estas causas de que hablamos eran las del padre Fernando de Contreras y la madre Sor Francisca Dorotea, religiosa dominica fundadora del convento sevillano de Santa María de los Reyes, cuyos procesos habían ido parejos durante mucho tiempo, la del famoso Miguel de Mañara, fundador de la Caridad sevillana, y la de un humilde lego franciscano cuyo nombre en el siglo fue fray Sebastián de Jesús Sillero (1665-1734). Este último proceso sí contó con el máximo apoyo de Carlos III, pero que no tuvo mejor suerte que los otros, no pasando ninguno de la declaración de las virtudes heroicas, debiendo esperar alguno como el de Mañara al siglo XX para verse elevado a la categoría de venerable siervo de Dios.

La devoción por Sillero de Carlos III, soberano al que se ha acusado de contar una religiosidad personal que rozaba la superstición, y desde luego contrastaba con el volterianismo que toleraba en su corte traído por aristócratas como el conde de Aranda o el duque de Alba, y muchos de sus ministros, nació durante la estancia sevillana del futuro monarca, que llegó a estar convencido de lo providencial de su acceso al trono. Así, en los años que la corte pasó en Sevilla, conocidos como *Lustro Real* (1729-1733), este humilde donado del convento sevillano de San Francisco “Casa Grande”, cuyo nombre en religión fue fray Sebastián del Niño Dios, le habría profetizado, según su propio testimonio, esa posterior condición regia. Pensaba que el tratamiento que el fraile le daba a pesar de su relativamente remoto derecho al trono, pues el infante don Carlos contaba con dos hermanos mayores, los futuros reyes Luis I y Fernando VI, era prueba más que indiscutible de las facultades extraordinarias del lego, repitiendo durante toda su vida las oraciones que Sillero le enseñó<sup>320</sup>. Ese tratamiento que el humilde lego le daba le obsesionaba, tal y como escribiría años más tarde su compañero de juegos infantiles el futuro cardenal Solís – a quien el joven infante por cierto saltó un ojo practicando la esgrima –, escribiendo el rey al prelado sevillano: “Cada vez que hablaba de mí, llamábame nuestro señor don Carlos, que por lo muy repetida en su boca, me obliga a pensar si aludiría a lo que después ha sucedido, viniendo yo a reinar... en cuyo

---

<sup>320</sup> Vicente de la Fuente: *Historia Eclesiástica de España*, opus cit., III, pág. 376.

caso fue particular profecía”<sup>321</sup>. Una vez instalado en el trono madrileño en 1759 ordenaría escribir la vida del religioso, labor que fue confiada a los franciscanos, si bien el resultado no le satisfizo del todo, apreciándola poco fundamentada para la apertura de la causa en Roma, que no llegó jamás a prosperar pese a sus denodados esfuerzos. Lo cierto es que, simple casualidad o verdadera providencia, tanto Carlos III como Sillero y Delgado y Venegas parecen estar unidos en una extraña coincidencia, pues los dos religiosos gozaron de la mayor estima del rey, que tenía a ambos por verdaderos santos, y ambos también acabarían removidos de sus sepulturas durante la Guerra de la Independencia, siendo el primero desenterrado del convento de San Francisco “Casa Grande”, y el segundo del madrileño de Copacabana. Los restos de Delgado, profanados y aventados por los franceses acabaron perdiéndose, en cambio los de Sillero fueron trasladados provisionalmente al Sagrario, descansando finalmente en el nicho labrado para el arzobispo sevillano, en cuyo interior se colocó por parte del cabildo catedralicio una lápida con la siguiente inscripción:

“Anno MDCCCXI, die XIII Augusti, Archiepiscopali autoritate, ob interclusum, ad Apostolicam sedem accesum. V.S.D. Sebastiani à Jesu, regularis Minorum observantiae fratris ea huc translate fuere, tum ossa, tum exuviae, tum caetera, quae XIV Kal. Julias anni superioris, necessitate cogente, eademque jussione inde fuerant eructa, ubi XXIII Kal. Augustas anni MDCCLXXXI deposita quiescebant: Acta verò jurídica tabularium hujus Patriarchalis Ecclesiae posteritati servat”.

Su traducción nos la ofrece el cronista Matute en sus *Anales*<sup>322</sup>:

“En el año de 1811, día 13 de agosto, con autoridad arzobispal, por estar impedido el recurso á la Silla apostólica, fueron trasladados á este lugar, así los huesos como las cenizas y otros despojos del venerable Siervo de Dios fr. Sebastian de Jesus de la regular Observancia, de los Menores, las quales cosas el día 14 de las Kalendas de julio del año anterior, fue necesario con igual permiso sacarlas de donde descansaban depositadas desde el día 23 de las Kalendas de agosto de el año de 1781. Todos estos actos jurídicos se conservan en el archivo de esta patriarcal iglesia para noticia de la posteridad”. En la grada que da entrada al sepulcro se escribió por fuera: Hinc aditus adest ad ossa V.S.D. F. Sebastiani à Jesu”.

---

<sup>321</sup> Ver su biografía por León Carbonero y Sol: *Vida del venerable siervo de Dios fray Sebastián de Jesús Sillero*, Sevilla, Imprenta de J. Moyano, 1855; y Francisco Martí Gilabert: *Carlos III y la política religiosa*, opus cit., pág. 19. De la Fuente: *Historia eclesiástica de España...*, opus cit., tomo III, págs. 382-384.

<sup>322</sup> Matute, *Anales*, opus cit., tomo II, págs. 271-272.

Aunque el proceso de Sillero se inició en 1771, la Santa Sede nunca lo tomó en consideración, cayendo en el olvido a la muerte de Carlos III, su más interesado impulsor. Del venerable Contreras (1470-1548) en cambio, durante los días previos a la llegada a Sevilla de Delgado y Venegas sí se produjeron algunos avances, pues su causa estaba también parada por el decreto citado que prohibía seguir procesos en Roma sin el previo permiso regio, consiguiéndolo levantar el cabildo. Así, reavivada la causa, el postulador de la misma, canónigo Martín Alberto de Carvajal, informó a los capitulares en el cabildo del 23 de abril de 1776, tener aviso de su agente en Roma de estar próximo el señalamiento de fecha para la Congregación antepreparatoria que había de tratar de las virtudes del religioso, decretándose nueve días rogativas en la ciudad por el acierto de aquella y feliz éxito de la causa, las cuales debían cesar precisamente el día 11 de junio, fecha en que se reunía la comisión, y que finalmente ofreció un resultado positivo, siendo calificadas sus virtudes por 21 votos favorables frente a 1 en contra y 5 que se abstuvieron, enviando tres arrobas de tabaco como prueba de satisfacción a su agente romano Jerónimo de Lazalde. El proceso se alargaría sin embargo nuevamente, y en 1784 se supo que estaba señalado para verse el 20 de julio, acordándose nuevamente rogativas a las que fue convidado el cabildo secular, decretando tener el Santísimo manifiesto mañana y tarde, declarándose finalmente por la Sagrada Congregación de Ritos sobre las virtudes heroicas de Contreras por un decreto dado el 12 de febrero de 1786, tras lo cual la causa volvería a languidecer nuevamente hasta hoy. Caso análogo es el de Sor Francisca Dorotea (+ 1623), monja dominica fundadora del convento de Nuestra Señora de los Reyes de Sevilla, cuyo proceso iniciado en 1731 había ido a la par que el de Contreras, defendiéndolo el mismo postulador, canónigo Carvajal, cuya comisión preparatoria super virtudes comenzó sus sesiones el día 11 de marzo de 1777, pero no pasó mucho más allá, quedando paralizado al tiempo. De Contreras precisamente existen dos retratos, casi idénticos iconográficamente, realizados en Roma en los días en que estaba activo el proceso, obras ambas de Francisco Preciado de la Vega. Uno de ellos fue obsequiado por el cabildo al cardenal Delgado en 1779, encontrándose los dos hoy día colgados en la Capilla de San Francisco de la catedral hispalense<sup>323</sup>.

---

<sup>323</sup> Matute, *Anales*, II, 275, y III, 64; AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC 139 (1776), fols. 233, 236, y 262-262v; 140 (1777), fols. 61v y 64v; sobre el retrato de Contreras LAC 142 (1779) fols. 86v y 131v. Ver de Valdivieso: *Catálogo de las pinturas de la catedral de Sevilla*, Sevilla, edición del autor, 1978, pág. 97, quien los coloca a uno en la Sacristía de La Antigua, y a otro en pared de la epístola de dicha capilla, atribuyendo la donación del primero, de 136

### Edictos conducentes a una mayor difusión del culto o de racionalización de este

Otros edictos y disposiciones decretados durante el pontificado atendían a diferentes aspectos que planteaban una mayor racionalización – que no racionalidad – de las prácticas religiosas y moral pública en relación con la vida normal de los feligreses, poniéndose especial hincapié en facilitar o armonizar una y otra necesidad. Así por ejemplo durante todo el pontificado irán publicándose distintas disposiciones dirigidas a definir o favorecer esto que decimos: santificación de los días festivos por los trabajadores, concesión de indulgencias *in artículo mortis*, fomento de la oración y de los actos de caridad, prohibición de cartas de denuncia anónimas; modelos de carta para curas párrocos; honores militares que se debían dispensar al Santísimo, o sobre prohibición de disciplinantes y empalados en las procesiones de Semana Santa, edicto este último sobre el que nos detendremos cuando hablemos de la relación del arzobispo con las hermandades por su especial trascendencia sobre el ancestral modo de procesionar de las cofradías. Comenzaremos por una petición que realizó Delgado a Roma, consiguiendo perpetuar el llamado jubileo circular de las Cuarenta Horas, hasta entonces concedido temporalmente por septenios. Dicha práctica piadosa consiste en manifestar a “Su Majestad” por dicho espacio de tiempo en alguno de los templos a que por turno le correspondiese. El breve de concesión lleva fecha de 18 de julio de 1777, consiguiendo poco después, también de Pío VI, ampliar sus gracias. En este nuevo breve, conseguido el 18 de junio de 1779, se puede observar la gran preocupación social que tenía el arzobispo de que los feligreses que se ocupaban de trabajos más esforzados, por ejemplo los jornaleros, no perdiesen el contacto con la práctica piadosa, facilitando a estos que aunque volvieran del trabajo de noche estando ya reservado el *Santísimo*, consiguieran a pesar de ello las gracias e indulgencias concedidas si visitaren y orasen un rato ante la iglesia en que por turno estuviese expuesto, aunque esta estuviese ya cerrada, acto para el que fray Diego como ya se detalló en el capítulo anterior compuso un devocionario titulado “Hora santamente empleada”. Esta práctica quedaría reforzada en la ciudad tan solo unos pocos años más tarde, en 1791, con la fundación de la Real

---

x 99 cm al cabildo por parte del arzobispo Llanes. Sobre estos santos sevillanos puede consultarse las obras de Fernando Quiles García: “El venerable Fernando Contreras, un santo para la catedral de Sevilla”, en *Boletín de Arte*, 20, Málaga 1999, págs. 141-154; o de este último junto con Ana Aranda Bernal: “El valor de la imagen en el proceso de beatificación y canonización de Sor Francisca Dorotea”, *Laboratorio de Arte*, 13, año 2000, págs. 363-370. Existe una obra coetánea realizada al comienzo de su causa por Juan José Illanes: *Vida abreviada de la Ven. Madre Sor Francisca Dorotea*, Sevilla, Imprenta de Juan Francisco Blas de Quesada, 1734.

Congregación de Luz y Vela, ya bajo el arzobispo Llanes, filial de la homónima que existía en Madrid fundada bajo auspicio de los reyes y dedicada solamente a rendir culto eucarístico permanente<sup>324</sup>.

Examinaremos ahora otro de los edictos reseñados arriba, y que como buena parte de los publicados por los obispos en la centuria seguían instrucciones proporcionadas por la Corona, lo que nos da una idea de la escasa iniciativa “legisladora” que el regalismo borbónico dejó a los prelados, meros “celadores” de sus disposiciones ante el pueblo y ante las instituciones eclesiásticas de sus diócesis. Comenzaremos por el llamado edicto sobre “días calendos y festivos” publicado por el arzobispo el 18 de abril de 1777, documento que recordaba al pueblo la obligación de “santificar las fiestas de la Iglesia y honrar sus templos”, señalando expresamente los únicos casos en que por urgente necesidad esto podía exceptuarse. En su redacción se aprecia sin embargo una cierta reafirmación ideológica frente al movimiento ilustrado, que como sabemos propugnaba una cierta relajación en el cumplimiento con la Iglesia, abogando por la disminución de días festivos por considerar que su profusión constituía una rémora para el rendimiento económico de la nación, reflejando un cierto sentimiento de victoria frente a estos en el ánimo regio, algo que apuntan algunos que como Martí Gilabert notan un cierto distanciamiento del soberano de los ministros más radicales una vez conseguida la extinción de los jesuitas y la adhesión total del episcopado en torno a su persona:

“A el dolor de ver en tanto abatimiento y menosprecio el honor de Dios, que se ultraja por cualquiera pecado grave, se agrega el del agravio que se hace â el Rey, que es el mas piadoso y religioso de los reyes, pretendiendo la maliciosa ignorancia colorear la profanacion de las Fiestas, con la falsa y temeraria ilusion de que el Precepto no tiene ya la eficacia que antes, y que en la Iglesia no hay vigor para hacerlo observar, ni las Justicias Reales castigan su transgression con las penas de las Leyes.... Pero ya desengaña â estos afectados ignorantes la religiosa vigilancia del Rey nuestro Señor en su Real Cédula de veinte de febrero proximo mandando â todos sus Tribunales y Justicias que no dissimulen trabajar en público los días de Fiesta, en que no está dispensado hacer, oido el Santo Sacrificio de la Missa, y en el caso de que â el tiempo de

---

<sup>324</sup> De buena parte de estos decretos existe copia en AMS, Sección XI, *Especial*, “Papeles del Conde del Águila”, tomos 5-6, docs. 90-104. Ver asimismo *Estatutos de la Real Congregación llamada de Luz y Vela, erigida en la ciudad de Sevilla con objeto a hacer oración continua ante el augusto Sacramento del Altar*, Sevilla, Imprenta Mayor, 1793; Matute, *Anales*, opus cit., II, 287; Hardales: *El misionero capuchino...*, también citado, págs. 38, 46-47, y 65-66; y Fray Luis Antonio de Sevilla: *Verdadero retrato de un misionero perfecto: animado en la vida del V. P. Fray Diego José de Cádiz, sacerdote profeso del orden de menores capuchinos de N.P.S. Francisco, hijo de la Sta. Provincia de los Reinos de Andalucía* (escrito en Málaga en 1806), Sevilla, Imprenta de A. Izquierdo, 1862, 103-104.



la recolección de frutos, por el temporal, ò otro accidente huviere necesidad de emplearse en ella algun día festivo de dicha classe, se pide la correspondiente licencia à el Parroco en nombre del vecindario, sin que sea necesario perderla cada vecino, cuya concesion deberán hacer los Parrocos haviendo justa causa graciosamente: y que zelen con la mayor vigilancia sobre el cumplimiento, procediendo contra los contraventores conforme a las leyes del Reino”.

Estos casos generales en los que se dispensaba, principalmente a los trabajadores del campo, de la asistencia a la Iglesia en días preceptivos eran principalmente las labores comunes de recolección de los frutos en agosto, durante la vendimia, o en algunos casos “particulares urgentes”, situación que aludía a temporales, inundaciones, u otras catástrofes inesperadas, facultando el arzobispo al cura de cada parroquia para decidir en otras situaciones puntuales o excepcionales, debiendo leerse el edicto en todas las parroquias durante la misa mayor en tres días festivos<sup>325</sup>.

En este mismo año, muy pródigo en cuanto a disposiciones de todo tipo, se promulga un interesante edicto condenando las cartas ciegas y los anónimos, instrumentos que se habían convertido más en elemento de venganza con motivo de rencillas particulares que de denuncia verdadera a atentados o vulneraciones de la religión y la moral. Los tiempos de febril actividad inquisitorial habían quedado ya muy atrás, y ahora el Santo Oficio languidecía recortado en sus atribuciones por las políticas ilustradas de los ministros reformistas, desapareciendo prácticamente los autos de fe, de los que apenas hubo casos en todo el siglo, y las hogueras. De hecho en todo el pontificado de Delgado tan solo se verificó uno, el de la famosa “beata ciega”, último reo ajusticiado por la Inquisición sevillana acusada de contumacia en sus errores, pero que no pereció bajo las llamas como se ha dicho, pues arrepentida *in extremis* se le dio finalmente pena de garrote, pereciendo tan solo bajo el fuego sus restos, que fueron esparcidos<sup>326</sup>. El edicto, planteado desde presupuestos racionales – que no racionalistas –, argumentaba contra este tipo de escritos: “quien sino un hombre insensato y que tenga de el todo obstruido el entendimiento, podrá persuadirse que una carta ciega hará la menor impression, ni merecerá otra cosa mas, que un vil y enfadoso desprecio en el animo de qualquiera Prelado ò Superior”, advirtiendo a las autoridades las despreciaran en el seguimiento de los casos o sospechas contra cualquier persona. Invoca además que este tipo de acusaciones constituyen pecado mortal, denigrando al que las escribe, y

---

<sup>325</sup> Copia del edicto se halla en AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC 140 (1777), cuadernillo inserto entre 112v-113.

<sup>326</sup> Matute, *Anales*, II, opus cit., págs. 13 y 163.

favoreciendo aun al que las soporta, pues el ánimo principal de estas era únicamente el de “ofender al proximo”. “No nos es licito hacer inquisicion, ò averiguacion de los delitos ò defectos que se nos noticien por tales Cartas, ò Papeles ocultos y ciegos”, indicaba expresamente el derecho canónico (Cap. 21 de *Inquisitionis*, libro 5, título 1: De Accusationibus), y todo aquel que usara de dicho vicio incurría de inmediato en pena de excomunión *latae sententiae*, debiendo probar todas las acusaciones en caso de ser descubierto. En caso de poder probarlas el acusador podía ser condenado a pena de azotes, e incluso a la capital, viéndose obligado en todo caso a restituir la fama de la víctima acusada injustamente, recomendando el prelado, que alegaba además nunca haberlas leído: “à no leer, ni saber el contenido de eftas infames y necias Cartas”, debiendo procederse de inmediato a quemarlas o romperlas “en menudissimas partes en el instante”, o incluso romperlas sin abrirlas “porque ordinariamente en las mismas cubiertas, por mas que sus malignos Authores intenten dissimularlas, traen un cierto caracter de depravacion, que nos las dà a conocer”. El documento finaliza ordenando que ninguna persona las enviara, ya sin firma o con esta fingida, ni a él ni a autoridad diocesana alguna bajo las penas indicadas, aconsejando además “y para no cerrar la puerta à las noticias necesarias para la correccion de los vicios y desordenes”, que los que movidos “de zelo christiano” supieren cosas dignas de remedio, podían hacerlo a las citadas autoridades diocesanas (curas, vicarios, confesores...), pero “citando los testigos con que puede hacerse la justificacion o probanza en los casos que se huvieren de deducir á fuero contencioso”, mandando su lectura como era costumbre en todas las parroquias durento los tres días festivos siguientes a la recepción del mismo<sup>327</sup>.

Para afianzar la piedad y la fe entre la población, y principalmente en los niños, Delgado y Venegas elaboraría por estas mismas fechas – 28 de febrero de 1777 – unos llamados “Cuadernillos de Oraciones” basados en los que Benedicto XIV había dispuesto años atrás, y que el arzobispo mandó publicar para que fuesen leídos y meditados por los feligreses en diferentes actos litúrgicos. Así, estos actos de “Fe, Esperanza, y Caridad”, debían ser repartidos entre entre los curas y maestros de primeras letras para que “los muchachos cantándola diariamente la tomen de memoria, haciendo, si huviese mas escuelas, se saquen copias, y tenga cada una un Exemplar.

---

<sup>327</sup> El edicto, de fecha 29 de abril de 1777, puede consultarse tanto inserto a los libros capitulares sevillanos: AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC 140, fols. 126v-127. Una copia del mismo se conservaba igualmente entre los papeles personales de su sobrino Juan Acisclo, obispo de Cádiz: Archivo Diocesano de Cádiz (ADC), *Episcopologio*, leg. 1.

También debía ser recitado en los rosarios de hombres y mujeres al final de dichas estaciones, y por último a la terminación de las misas y los sermones, exhortando los párrocos y predicadores “à los Fieles à repetirlos”, premiando el arzobispo con ochenta días de indulgencia a todos los fieles por “cada vez que hicieran estos actos”, a lo que su auxiliar el obispo de Botra añadió otros cuarenta. Un ejemplar de estos actos, que fueron repartidos por todo el arzobispado, puede consultarse al final en el Apéndice Documental<sup>328</sup>.

### Hermandades y Cofradías. El “Edicto de Disciplinantes”

Uno de los acontecimientos más significativos que se introdujo en la vida de las hermandades y cofradías en toda esa segunda mitad del siglo fue sin duda la publicación del llamado “Edicto Disciplinantes”, que desterraba definitivamente a estos junto con los empalados de los cortejos procesionales de Semana Santa, introduciendo asimismo ciertas medidas de corte ilustrado que eliminaban ciertas prácticas y costumbres propias de otras épocas, tenidas entonces por extravagantes o poco edificantes. Así por ejemplo se regularon también los horarios de las procesiones y la indumentaria de los penitentes, configurándose desde entonces la estructura actual del cortejo procesional que ha llegado hasta nuestros días, integrado por los llamados “hermanos de luz”<sup>329</sup>.

El fenómeno de las procesiones de Semana Santa, fiesta mayor de Sevilla, había quedado bastante conformado desde el siglo XVI con la proliferación de hermandades, al principio en torno a una simple cruz rezando devotas estaciones en iglesias o humilladeros, luego durante el Barroco con un cortejo rico y suntuoso compuesto de elaboradas andas e imágenes talladas por los principales escultores del momento. Sin embargo a las alturas de la centuria dieciochesca aún pervivían en las procesiones algunos resquicios medievalizantes de la primitiva práctica penitencial, lo que se ha venido en llamar “Cofradía de Sangre”. Entre estas “anticuallas”, como se les llamó, se encontraban diversas formas de mortificación como podían ser la de los disciplinantes y

---

<sup>328</sup> Un ejemplar de los mismos lo podemos encontrar insertos entre los autos capitulares de ese año, ver: LAC, 140, entre fols. 72-73. Igualmente puede encontrarse otro en la Biblioteca Nacional de España (BNE), Fondo Digital, *Impresos*, R/60015 (1).

<sup>329</sup> Puede consultarse sobre dicha supresión la aportación del autor de esta tesis titulada: “El edicto de disciplinantes de 1777 y la consolidación del moderno cortejo penitencial”, en *Boletín de las Cofradías de Sevilla*, núm. 662, “Especial Semana Santa”, año 2014, Sevilla, Consejo General de Hermandades y Cofradías, págs. 315-319.

empalados, vistas ahora por la nueva mentalidad ilustrada como “extravagantes” y poco edificantes, por lo que se abogó su supresión. Estos penitentes imitaban en las procesiones los padecimientos y mortificaciones sufridas por Nuestro Señor durante la Pasión, ya empalándose, llevando atado el madero sobre los hombros, o azotándose con una suerte de látigo, portando en su cabezas unas cabelleras y punzantes a manera de una corona de espinas, el cuerpo iba ceñido de bastas sogas de esparto u otros materiales similares. Más tarde y para guardar el anonimato adoptarían al igual que los hermanos de luz un tocado en forma de capirote, el cual iba revestido de antifaz, al principio de poca altura y forma roma y luego alto y puntiagudo como siguen haciéndolo actualmente, yendo acompañados por algunos hermanos de luz que les alumbraban en el camino en un ambiente penumbroso y lastimero que llamaba a la compunción de los presentes.

En el momento en que estos fueron suprimidos ya habían perdido en buena manera su carácter espontáneo, siendo no pocas las hermandades las que los habían eliminado de su cortejo o incluso los alquilaban, práctica que fue censurada por la autoridad eclesiástica y ya aparece en las constituciones sinodales del arzobispado de 1604<sup>330</sup>. Considerado a ojos de los ilustrados y otros reformistas como muestra estrafalaria – por lo que al abundante derramamiento de sangre se refiere – y decadente, no se registró especial resistencia por parte de las cofradías a su desaparición, la cual debe ser enmarcada dentro de un programa reformista más amplio que abarca todo el siglo XVIII, debiendo encuadrarse en él las distintas iniciativas tomadas por prelados, intendentes, Audiencias, o corregidores contra las procesiones, que no pocas veces finalizaban en tumulto. Así por ejemplo en 1768 el obispo de la pequeña diócesis salmantina de Ciudad Rodrigo, Cayetano Cuadrillero y Mota, envió una representación al Consejo fechada el 8 de junio de ese año en que solicitaba se acabase con el abuso que suponían los excesivos gastos que las cofradías generaban en sus cultos – propiciadas por un sentimiento de emulación con las más ricas –, práctica que redundaba en un mayor empobrecimiento de los feligreses. Ese mismo año, en Sevilla, Pablo de Olavide, asistente de la ciudad con fama de irreverente y volteriano

---

<sup>330</sup> *Constituciones del Arzobispado de Sevilla hechas y ordenadas por Fernando Niño de Guevara, cardenal y arzobispo de la Santa Iglesia de Sevilla, en el sínodo que celebró en su catedral, año de 1604, y mandadas imprimir por el deán y cabildo, canónigos in sacris, sede vacante, en Sevilla, año de 1609. Se reimprimen de orden del Emmo. Sr. Cardenal Tarancón, arzobispo de esta diócesis*, tomo II, Sevilla, Librería Española y Extranjera, 1864. Dicha prohibición consta en el libro III, tít. XI: “De celebrationi missarum, de divinis officiis et procesionibus”, capítulo 23: “Lo que se ha de guardar en las procesiones de disciplinantes”, págs. 36-39, disposición asimismo confirmada unos años más tarde por un decreto del provisor arzobispal, doctor Antonio Covarrubias.

anticlerical, dicta también una ordenanza que les prohíbe transitar por las calles durante la noche, debiendo regresar a sus templos antes de la puesta del sol, disposición que como veremos se verá confirmada en el citado edicto de disciplinantes.

Tomada a consideración la propuesta del obispo se le facultó para hacer exacta relación de ellas, con expresión de sus gastos anuales, para en su caso suprimirlas, fusionarlas, y evitar nuevas fundaciones. El siguiente paso en la ofensiva contra las cofradías se materializó ese mismo mes, enviándose una orden a todos los metropolitanos del reino para que remitiesen al Consejo informes sobre la reducción y arreglo de estas corporaciones, llevando el remitido por el cardenal Solís fecha de 10 de mayo de ese mismo año. Por otra orden de 28 de septiembre de 1770 – reiterada dos veces ante la negligencia en su cumplimiento – enviada a todos los intendentes, se solicitaba relación de las hermandades, cofradías y demás congregaciones y gremios que celebrasen “una o más fiestas en el año, ya con la función de la Iglesia, ya con otras exteriores de gusto o profesión, bien sea a costa del común o de los priostes, mayordomos, hermanos mayores o rentas o dotación de los pueblos”. Por la respuesta del teniente primero de asistente sevillano, Juan Gutiérrez de Piñeres, fechada el 5 de octubre, sabemos que en todo el Reino de Sevilla, formado por las actuales provincias de Sevilla, una parte importante de la de Cádiz, toda la de Huelva, parte de la banda occidental de Málaga, y algunas poblaciones del sur de Badajoz, existían 426 hermandades y 374 cofradías, 50 congregaciones y 21 órdenes terceras, que pueden desglosarse para la ciudad de Sevilla en 186 hermandades y 28 cofradías<sup>331</sup>.

Peso fundamental en la decisión final de suprimir los disciplinantes y empalados tendría la representación sobre los excesos cometidos por las cofradías en su diócesis que fue enviada el 22 de enero de 1773 por el obispo de Plasencia, don José González Laso, que tomada en consideración por Campomanes, y junto a las informaciones aportadas por autoridades civiles y eclesiásticas antes citadas llevaron al conde de

---

<sup>331</sup> AHN, *Consejos*, legs. 7.090: Expediente en pieza número 1; informe del fiscal en fols. 3-13, y 133 y ss.; y 7097, pieza 22: “Resumen General de las Hermandades. Cofradías. Congregaciones. Gremios, y otras especies de Jentes colegiadas, que existen en la ciudad de Sevilla y Pueblos de su Reinado, con expresión de sus establecimientos, en las que constan quales fueron con autoridad Real, las que con Bullas pontificias, las que obtuvieron Licencia del Ordinario, las que se erigieron sin Licencia alguna, Rentas que tienen y poseen, según las declaraciones que han hecho. Limosnas que recojen los que las manifiestan: fiestas de Yglesia y exteriores positivas: las que no tienen numero fixo: las que se ejecutan con su propia Renta: las que se practican con las limosnas, las que se disponen con uno y otro: las que se hacen a costa de los Priores: las que a costa del Común: las que están dotadas en los productos de Propios y Arbitrios: las que ayudan a pagarlas fiestas los Mayordomos: las que ayudan a pagar los Yndibiduos, y las que están dotadas por el Rey, todo con distinción a saver. 5 de octubre de 1771”.

Aranda, aún presidente del Consejo, a realizar una exposición de fecha 9 de agosto de ese mismo año sobre el excesivo número de estas corporaciones. Antecedentes todos que llevaron al procurador general a evacuar el 20 de noviembre de 1775 un informe “sobre la manera de proceder en la supresión y reforma de las Cofradías”, recomendando la creación en cada una de las capitales de unas Juntas compuestas por el ordinario eclesiástico, el corregidor – en nuestro caso del asistente –, algunos regidores del ayuntamiento y los diputados del común para que examinasen la agregación o supresión que debía hacer de estas, proponiéndose no solo la extinción de las de origen gremial, si no también las de todas que no contasen con aprobación real o al menos del ordinario, viéndose obligadas las demás a reducir gastos y redactar nuevas reglas, las cuales debían ser remitidas al Consejo para su aprobación. Según esta distinción en Sevilla existían en ese momento: 9 hermandades o cofradías con aprobación regia, 12 por autoridad pontificia, 186 autorizadas por el ordinario eclesiástico, y 30 sin reconocimiento de ninguna de estas instancias, medidas todas que fructificarían con la promulgación de la Real Orden de 25 de junio de 1783 de “Extinción de Cofradías erigidas sin autoridad real ni eclesiástica; y subsistencia de las aprobadas, y de las Sacramentales con reforma de sus excesos”<sup>332</sup>.

Los bienes y rentas de las cofradías gremiales se invirtieron en la creación de montepíos o entidades que facilitaran “acopios de materias para las artes y oficios”, y los de las erigidas sin licencia “por defecto de autoridad legítima en su fundación” se destinaron a igual fin, obligándose a las subsistentes a redactar nuevas reglas y a fusionarse con las sacramentales de cada parroquia, corporaciones que por “el sagrado objeto de su instituto y necesidad de auxiliar a las parroquias” salieron muy reforzadas del proceso. Sin embargo dichas medidas, de claro tinte ilustrado, fueron acompañas de otras de importante contenido moralizante, algo que solo es entendible conociendo la personalidad del propio Carlos III, que propició siempre un complejo equilibrio entre su austera religiosidad, la defensa de sus prerrogativas, y las influencias ilustradas de sus

---

<sup>332</sup> Ibid, Consejos, 7090, fol. 180 y ss.; 164 y 187 y ss: *Extracto general del plan y gastos de las Cofradías, Hermandades y Cuerpos Colegiados enviados por los intendentes, corregidores, alcaldes mayores y otras personas de la Corona de Castilla y de Aragón en cumplimiento a lo mandado por el Consejo y ejecutado por Manuel Navarro, contador del Consejo*, año 1775. Ver el enviado por la intendencia de Sevilla en fol. 198 y ss.; 226 y ss. En Salamanca por ejemplo el obispo de aquella diócesis reduciría de manera radical el número de hermandades en la capital, tan solo dos, la del Santo Entierro y la de Jesús Resucitado; fols. 234 y ss y 253 y ss.; y *Novísima Recopilación de las leyes de España*, tomo I, libro I, Madrid, 1805: Ley VI, tit. II, fols. 17-18: D. Carlos III por resolución a consulta del Consejo de 25 de Junio de 1783. Extincion de Cofradias erigidas sin autoridad Real ni Eclesiástica; y subsistencia de las aprobadas, y de las Sacramentales con reforma de sus excesos.

ministros. En 1776 se vuelve a insistir, esta vez por el cabildo sede vacante en el cumplimiento de los puntos ya recomendados por las *Constituciones* más de un siglo atrás sobre los penitentes, que no debían llevar túnicas excesivamente largas o cortas, no portar adornos, y limitaba la figura de los “demandistas”, normalmente muchachos, que encabezaban el cortejo pidiendo limosnas a los asistentes. También que los cofrades llevasen el rostro cubierto, salvo “los penitentes de sangre”, y la presencia de compañías de armados, que fueron suprimidos, limitando el número de trompetas, que con su sonido ronco y lastimero llevaban a la compunción, o prohibiendo cruces tan ligeras “que causen irrisión”, recordándose además la prohibición de efectuar procesiones luego de puesto el sol o antes del amanecer, y la obligación de respetar por parte de las cofradías los horarios señalados, todo bajo pena de 50 ducados. Un año más tarde se prohíben también las tradicionales velás de San Juan de la Palma y Santa Ana – de las que solo se recuperaría la segunda –, y en 1780 las figuras alegóricas grotescas que participaban en la procesión del Corpus, tales como los gigantes y cabezudos conocidos como papá Pando, mamá Pisahuevos y sus hijillos, y la tarasca. Resulta también muy curioso señalar como en 1776, el 30 de marzo, fecha del citado edicto capitular sobre procesiones, se mandaba también a todos los curas, bajo pena de 4 ducados, que prohibiesen a las mujeres cantar “con instrumentos y acompañamientos de músicos” en los rosarios y novenas las coplas, oraciones y “otros versos y composiciones” que estas hacían de manera tradicional, a las que se achacaba el distraer la devoción de los fieles, recomendando a estas que solo entonaran en dichas cultos la salve, el rosario, o el célebre canto inmaculista *Todo el mundo en general...* Siguiendo esta dinámica sobre cantos espontáneos o populares, el propio arzobispo ordenó la supresión de los tradicionales villancicos que se estrenaban cada año en la catedral con motivo de las solemnidades de Navidad, Reyes, o la Purísima, los cuales se debían sustituir por unos responsorios que el prelado envió desde Madrid. Al año siguiente de suprimirse las cofradías gremiales, en 1784, el nuevo arzobispo Llanes de común acuerdo con el asistente prohibirá también los baños en el río<sup>333</sup>.

Volviendo al edicto que nos interesa, la orden de extinción fue dictada por una Real Cédula fechada en El Pardo el 20 de febrero de 1777, siendo dada a conocer en la

---

<sup>333</sup> *Constituciones del Arzobispado de Sevilla...*, opus cit., ver al respecto págs. 36-39; Matute, *Anales*, opus cit., III, págs. 10-11, 45. AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC núm. 309 “Sede vacante” (1775-1776), fol. 162v-163 (edicto capitular sobre las procesiones aprobado el 23 de marzo; disposición sobre rosarios día 30); y 144 (1781) fols. 12-12v, y 14 (villancicos).

ciudad a través de sendos edictos, uno por parte del entonces todavía teniente de asistente, Juan de Santa María – en ausencia de Olavide que defendía su caso ante el Consejo de la Suprema en Madrid –, y otro por parte del arzobispo Delgado. En ellos junto con la supresión de disciplinantes y empalados en las procesiones de Semana Santa, Cruz de Mayo o rogativas, se prohibía además cualquier tipo de baile profano en las iglesias, sus atrios, en los cementerios, o en las propias procesiones, imponiendo el edicto municipal, fechado el 21 de marzo, vísperas de la Pascua, una pena de 20 ducados y 30 días de cárcel a los contraventores. El que mandó publicar el prelado, de fecha 17 de marzo, quedaría fijado en todos los templos del arzobispado, dirigido a todos los “mayordomos, oficiales, y demás hermanos” de las hermandades y cofradías para su cumplimiento en virtud de “santa obediencia”. Dejaba bien claro que “espectáculos semejantes” más que a “edificación”, servían a la “indevocion y al desórden”, aconsejando a los que tuvieran “verdadero espíritu de compunción y penitencia”, eligiesen “otras más racionales, secretas y ménos expuestas”, para lo cual proponía la ayuda de los confesores. Confirma la prohibición de las procesiones, y de las predicaciones nocturnas, diciendo sobre las primeras que estas debían estar “recogidas y finalizadas” antes de ponerse el sol, y exhorta a los curas y beneficiados para que cerrasen “las Puertas de las Iglesias el Jueves Santo en la noche”. En cuanto a los bailes, se prohíbe también todo aquel celebrado delante de imágenes, en iglesias, sus atrios, o cementerios, si bien el documento se refiere a danzas de carácter profano, no afectando estas determinaciones danzas consagradas en la liturgia sevillana como el tradicional baile de Seises<sup>334</sup>.

El edicto, que achacaba a la costumbre y a una piedad mal entendida la permanencia de dichas prácticas, definía además otros aspectos relativos a la organización del cortejo nazareno. Así por ejemplo respecto del uso de túnicas, recuerda que estas debían ser “proporcionadas á sus cuerpos, de suerte que no se ridiculizen, y sean honestas y sin adornos”, obligando a los penitentes y demás hermanos a hacer la estación con el rostro descubierto, por lo que se eliminaba el uso de capirotos y

---

<sup>334</sup> *Novísima Recopilación*, tomo I, libro I, ley XI, págs. 4-5, D. Carlos III en El Pardo por Real Cédula de 20 de febrero de 1777: Prohibición de disciplinantes, empalados y otros tales espectáculos en procesiones; y de bayles en Iglesias, sus atrios y cimiterios. Existen ejemplares impresos tanto del arzobispo como del teniente de asistente en Archivo Municipal de Sevilla (AMS), Sección XI, “Conde del Águila”, tomo VI, núm. 92: Edicto del Teniente 1º de Asistente prohibiendo los penitentes de sangre y empalados, procesiones de noche y bailes en las iglesias. Copia del edicto arzobispal sobre los disciplinantes y empalados en AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, núm. 140 (año 1777), documento inserto, fols. 75v-76.



antifaces, limitando el número de “trompetas” o bocinas a tres. Insistía también sobre la figura del ya referido “demandista”, que ya aclaramos iba pidiendo alguna limosna para la hermandad, recomendando que estos fuesen personas de “maduro juicio y prudencia” y no muchachos, prohibiéndoles lanzar “vozes” en su labor; estableciendo que todos los cofrades portasen únicamente luces en sus manos, o si no con las insignias propias de la hermandad. Por último se prohibían en el tránsito de las procesiones o cercanías de las iglesias que en dichos días santos se pusieran “mesas de comestibles, ni licores, ni se transite con motivo de vender estos por medio de ellas”, todo bajo pena de excomunió mayor “y de proceder à lo demàs que haya lugar”<sup>335</sup>. Para verificar todo ello se determinó la creación de dos suertes de tribunales, uno se situaría en la calle de las Sierpes, al sitio de la Cruz de la Cerrajería, quedando presidido por uno de los tenientes de asistente auxiliado de escribanos, alguaciles y fuerza armada, con capacidad para multar o impedir continuar adelante a la procesión; y otro, denominado La Saleta, a la altura de la Cárcel Real, que sería presidido por los alcaldes del crimen de la cercana Audiencia. Sin embargo, tanto esta, como otras medidas, acabarían por no cumplirse, o al menos relajarse en poco tiempo, exigiéndose tan solo la presencia a la hora señalada de la manguilla que antecedió a cada hermandad, la cual permanecería esperando hasta la llegada del resto del cortejo. Tampoco parece que estos obstáculos, a tenor de los datos que poseemos, coartasen especialmente la salida de las cofradías, al menos no más que la falta de fondos para efectuarla, o las lluvias, pues por ejemplo aunque en el señalamiento de 1775 aparecen nada menos que veintiuna cofradías, este número era verdaderamente inusual, oscilando habitualmente las que verificaban la estación entre las ocho y las quince cofradías, casos de los años 1776, en que salieron catorce; 1777, quince; y 1778, de nuevo catorce. La supresión de los disciplinantes y empalados no fue restaurada, sin embargo al cabo de pocas décadas, y ante un menor celo por parte de las autoridades, otros elementos como las procesiones nocturnas, las túnicas, o los antifaces y capirotos volvieron a ser un signo distintivo de los penitentes, que solo portarían luces, cruces de madera y las insignias propias de cada hermandad<sup>336</sup>.

---

<sup>335</sup> *Ibíd.* Ver el contenido del edicto.

<sup>336</sup> *Ibíd.* Para las estadísticas de las salidas procesionales de las cofradías ver: Félix González de León: *Historia crítica y descriptiva de las cofradías de penitencia, sangre y luz, fundadas en la ciudad de Sevilla; con noticias del origen, progresos y estado actual de cada una, y otros sucesos y curiosidades notables*, Sevilla, Imprenta de D. Antonio Álvarez, 1852, pág. 203; y José Bermejo y Carballo: *Glorias religiosas de Sevilla ó noticia histórico-descriptiva de todas las cofradías de penitencia, sangre y luz fundadas en esta ciudad*, Sevilla, Imprenta y Librería del Salvador, 1882.

De las hermandades a las que se vinculó el cardenal tenemos constancia de dos: La Carretería, y Los Negritos, concediendo eso sí numerosas indulgencias a diferentes imágenes y hermandades repartidas por todo el Arzobispado, cuya enumeración sería ahora prolijo enumerar por ser esta una práctica común en todos los obispos y arzobispos de todas las épocas. El primer contacto cercano del que tenemos noticia se trata de su adhesión como hermano a la cofradía de las Tres Necesidades, popularmente conocida por La Carretería, que en esos años procesionaba en la Madrugada del Viernes Santo, y está establecida desde esa misma época en el popular barrio del Arenal. En dicha hermandad se recibe el 25 de octubre de 1776, tal y como refieren los libros de recibimiento de hermanos, refiriendo “se hizo de Gracia entrada y Vela”. Esta misma hermandad conserva entre sus fondos una salve (Ver Apéndice Documental) compuesta por Delgado y dedicada a la Virgen de los Dolores, pieza que constituye la única muestra que tenemos del arzobispo en materia de creatividad eucológica, si bien no podemos precisar si está dedicada a una de las titulares de esta hermandad, precisamente llamada del Mayor Dolor en su Soledad, o a otra, pues Delgado era ferviente devoto de esta advocación mariana. El documento está fechado en 12 de febrero de 1782, copiado en papel timbrado de fecha anterior incluso a la llegada de Delgado y Venegas, por lo que es copia de algún original perdido, formando parte de una sección miscelánea procedente de donación, por lo que no se trata de material original de esta corporación<sup>337</sup>.

Más relevancia tuvo su incorporación a la nómina de hermanos de la cofradía del Cristo de la Fundación y Nuestra Señora de los Ángeles, conocida por Los Negritos, hermandad étnica más importante de las que han existido en Sevilla, tutelada tradicionalmente por los prelados sevillanos desde su fundación allá por el siglo XIV. Tras la muerte del cardenal Solís en Roma el 22 de marzo de 1775, tan solo un mes más tarde que el negro Salvador de la Cruz, quien se vendiera años antes para conseguir fondos con los que costear los cultos de la cofradía, la hermandad decide en principio ofrecerle al duque de Montellano, hermano del difunto, la protección sobre la cofradía, acordando finalmente ofrecérsela al nuevo prelado. Así, el 22 de octubre de 1776 la hermandad decide hacerle una visita de respeto, mandándole una diputación “con todo aparato posible, a felicitar a Su Excelencia, presentándole al mismo tiempo su Memorial

---

<sup>337</sup> Archivo de la Hermandad de La Carretería (AHC), Sección I, *Secretaría*, Registros de Hermanos, leg. 15: Libros de Entrada de Hermanos (1616-1790), fol. 263v; *Fondos Diversos*, “Fondo Cuéllar”, leg. 51.

y suplicándole se dignase recibirse por Hermano Mayor de esta nuestra Cofradía y Hermandad, a lo que asintió con toda benignidad”. Dicha diputación estaría integrada por los hermanos: Pedro de Portugal, José Antonio Pintado, Antonio de los Ángeles, y Manuel Ferreira, aceptando el ofrecimiento el arzobispo con fecha 20 de marzo de 1777, y disponiendo además por un decreto que expidió pocos meses después, el 16 de julio, que su primo el prebendado de la catedral Francisco Vicente Venegas, fuese quien le representase en los cabildos y asuntos de la corporación en calidad de teniente de hermano mayor. La hermandad llegó a costear incluso luminarias y músicas en honor del arzobispo, enviando una nueva diputación para saludarlo en nombre de la cofradía durante la entrada pública de este en la ciudad. Los libros de actas de cabildo reflejan los asuntos que la hermandad planteó al arzobispo, siendo el primero de ellos la súplica de la renovación del Jubileo, que había sido ya concedida a la hermandad por el cardenal Solís, y que solicitaban fueran los días 1, 2, y 3 de agosto. El primo del arzobispo, su *familiar* Venegas, realizaría diversas gestiones a favor de la corporación, como la que efectuó ante el comisario general de Cruzada para que este les condesiese licencia para imprimir las gracias con que estaba dotada la capilla, o que les señalara la misa que se hacía en esta entonces suspendida, y el nombramiento de algún representante suyo que en nombre del arzobispo presidiese la procesión del Viernes Santo, comisión que recayó en el limosnero de su excelencia Gregorio Zambrano. A la petición de una limosna contestó sin embargo con las disculpas del prelado, que había tenido que salir presurosamente para Madrid llamado por el rey, y por “estar recién entrado en ese Arzobispado no cobra su renta todavía por entero, y los gastos que le han ocurrido, y tiene actualm.<sup>te</sup> con su traslacion son infinitos”, recibiendo finalmente la hermandad 300 reales en 1778 y 220 en 1779<sup>338</sup>. Esta hermandad, que hoy realiza su salida en la tarde del Jueves Santo sevillano cuenta con una interesantísima galería de retratos de arzobispos de Sevilla, siendo el que representa precisamente al cardenal Delgado la primera que se ejecutó, si bien se desconoce el autor de la pintura, realizada por encargo de la hermandad en 1784 y con un coste de 140 reales (Ver reseña artística de los retratos de Delgado y Apéndice de Ilustraciones).

---

<sup>338</sup> Archivo de la Hermandad de Los Negritos (AHLN), Sección I, *Secretaría*, Actas de Cabildo, Libro 2, fol. 17; y Registros de Hermanos, Libro 4, s/fol. Indispensable obra sobre la historia de esta hermandad es el libro del antropólogo Isidoro Moreno: *La antigua hermandad de los negros de Sevilla: etnicidad, poder y sociedad en 600 años de historia*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1997, pág. 152. La limosna referida queda reflejada en los Libros de Ajustamiento del cardenal: AGAS, Fondo Arzobispal, Sección IV *Administración General*, Mesa Arzobispal, Libros de Ajustamiento General, núm. 849, fol. 1071.

A la sevillana hermandad de la Santa Caridad, fundada por el célebre Mañara en del siglo XVII para asistencia de pobres desvalidos y sin hogar, función que aún conserva, favoreció con diferentes limosnas en metálico o especie, como reflejan sus libros de actas de cabildo. En el de 11 de mayo de 1780 se reseña la entrega por el mayordomo del prelado de 250 fanegas de trigo “para el socorro de los pobres mendigos”, los cuales debían emplearse para los “mamones” que se daban todas las tardes por esa institución. A dicha cantidad en fanegas acompañó la cifra de 8.000 reales para la compra de “abios y condimentos”, y otras más reflejadas en los libros de cuentas del cardenal hasta los 14.300 reales. Ya fallecido el prelado, la corporación recibiría además otros 12.000 de sus espolios, que debían utilizarse para reparación de los desperfectos ocasionados por la “avenida” del río (Cabildo de 15 de febrero de 1784)<sup>339</sup>. Esta hermandad, una de las pocas dedicadas exclusivamente a labores asistenciales desde su fundación, cuenta entre su patrimonio con un retrato del prelado que realizó el pintor de cámara real Joaquín Inza en 1780, situado en el pasillo del “Cabildo Alto”, del que hay diferentes copias coetáneas y posteriores, destacando entre ellas la que ese mismo año realizara Espinal para el Palacio Arzobispal (Ver Apéndice de Ilustraciones y apartado dedicado al mecenazgo).

### Proyecto para el Plan de Curatos

Fundamental instrumento para una adecuada dotación económica del clero, especialmente del poseedor de “cura de almas” en los lugares más pobres, se mostraría el llamado Plan de Erección de Curatos, que pretendió de manera seria y racional aumentar la congrua de estos reduciendo principalmente el excesivo número de beneficios no curados y de prestameras, intentando eliminar las desigualdades de la renta de los párrocos con las de aquellos. Esta nueva distribución de recursos que se planteaba tendría en cuenta no solo los antiguos criterios de antigüedad e importancia, si no también otros en función de población, es decir los vecinos y personas de comunión empadronados en cada parroquia, y el número de curas y las rentas de cada parroquia, suprimiendo o erigiendo nuevas en relación a dichas necesidades.

---

<sup>339</sup> Archivo del Hospital de la Santa Caridad de Sevilla (AHSC), *Secretaría*, Libros de Actas de Cabildo, libro 13 (1772-1800), años 1780-1784, fols 99v-100 y 132. Rodríguez Bravo, que fue también hermano de la institución dejaría un importante legado testamentario de 6.000 ducados para “aumento y conserbacion de camas y alivio de los pobres”. Ver asimismo en los citados Libros de Ajustamiento, libro núms. 848, fol. 340; y 850, fol. 522.

Dicho plan no llegaría a publicarse hasta el pontificado del arzobispo Llanes, en 4 de abril de 1791, pero su germen y primeras disposiciones se habían iniciado durante los mandatos de los cardenales Solís y Delgado, enviándose desde la Cámara de Castilla diferentes instrucciones para ello desde 1759, principalmente una circular fechada el 12 de junio de 1769 en que se ofrecían las normas orientativas para desarrollar dichos planes. Solís envió su esbozo en 1771, pero estudiado por la Cámara fue devuelto a su sucesor Delgado en 20 de abril de 1777 por considerarse insuficiente la congrua señalada por Solís, remitiéndosele copia de la respuesta fiscal de 21 de marzo anterior, y de los propósitos establecidos en otra cédula real de 12 de junio de 1769 en la que se establecían los propósitos principales del Plan: “Como la dotación de los Curas es objeto tan recomendable, y una justísima causa para unirles los Beneficios simples que sean necesarios para su decencia, como se previene en el Capítulo 5 de las S.<sup>es</sup> 21 del Tridentino, conforme a otras decisiones antiguas; hizo la Cámara especial encargo a favor de los Curatos de poco valor, para que se les dotase con preferencia, uniéndoles el Beneficio o Beneficios que sean necesarios, no sólo para el preciso alimento y decencia de sus poseedores, sino también para que logren una dotación proporcionada en cuanto fuese posible a lo penoso de su oficio, y a la indigencia de los Parroquianos pobres”.

La respuesta fiscal de 21 de marzo citada era: “comprehensiva de las advertencias y reglas que se podían seguir para la mas perfecta conclusion de este proyecto, á fin de que llevase á puro y debido efecto todos los puntos que contiene la misma respuesta Fiscal”, y recogía lo propuesto por Solís “sobre la nueva congrua, como para la dotacion de Curatos”, pareciendo al fiscal era de “rigurosa justicia se aumente, y se deduzca con preferencia del valor de los Beneficios libres ó unidos”. Sobre las capellanías, “asi congruas, como incongruas”, también comprendidas en la carta circular de 1769, se propuso en cambio ejecutarlas de manera separada, pues “urgía mas evacuar antes el Plan Beneficial para dotar los Curas, y Vicarios perpetuos, por la gravísima falta que hace en este Arzobispado”, no retardando con ello la aplicación de los puntos más urgentes que se planteaban, disponiendo el arzobispo por un decreto de 20 de noviembre de 1787 reunir a los curatos del arzobispado un número de 150 beneficios, 41 prestameras, y varios pontificales. Así, una vez aprobado el Plan, que otorgaba a los curas automáticamente el beneficio propio de cada iglesia y establecía la igualdad en los derechos y emolumentos con los demás prebendados de

ella: alternando con aquellos las misas *pro populo*, o los derechos de pie de altar y otras prerrogativas, se estableció la congrua diocesana, que fue graduada principalmente según la residencialidad de la prebenda. La congrua mínima para ser admitido a órdenes sagradas tanto para beneficios, capellanías, o curatos no obligados a residencia se estimó en 1.500 reales anuales; y para los que sí la requerían en 3.000, percibiendo cada sacerdote según la categoría del curato en base a la siguiente escala<sup>340</sup>:

- De 3.000 a 4.400 reales anuales para los curatos de tercera clase.
- De 5.000 a 6.600 reales anuales para los de segunda.
- De 6.000 a 10.000 reales anuales para los de primera.

Pero mientras el proyecto se aprobaba o no, Delgado mantenía la costumbre de sus antecesores de apoyar económicamente a los curas más pobres, enviándoles importantes limosnas en metálico, en fanegas de trigo, u hogazas de pan, ayudas que extendería igualmente a los conventos, especialmente a los femeninos, hospitales, casas de mujeres recogidas o encarceladas, y hospicios como en famoso de Niños Toribios de Sevilla. Algunas de estas limosnas irán detalladas en el epígrafe propio que dedicaremos a la caridad y beneficencia públicas durante su pontificado, por ser ello uno de los principales rasgos de su acción pastoral, si bien esta quedó bastante interrumpida por su ascenso al patriarcado de las Indias y su paso a Madrid, donde ya fallecería.

### Patriarca de las Indias

Nombrado por el rey para la honorífica, aunque muy apetecible por sus rentas, dignidad de patriarca de las Indias, la noticia fue celebrada en la ciudad con tres repiques de la Giralda, encargándose 3.130 misas a 4 reales cada una por “la intención del rey”, más 12 misas cantadas solemnes “por intencion de S.Ex.<sup>a</sup> y su imporatante salud y felicidad de su llegada a la Corte”, asistiendo a ellas toda la comunidad agustina del Pópulo, con la que Delgado tenía especial Vinculación. En el gobierno de la diócesis

---

<sup>340</sup> *Plan y Decreto de Erección y Dotación de Curatos del Arzobispado de Sevilla*, Sevilla, Imprenta Mayor de la Ciudad y Dignidad Arzobispal, 1791, 154 págs., 1-145. *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, Libro I, título XVI, ley 2ª. Puede consultarse también la obra siguiente del padre Martín Riego, especialista en la historia económica y social de la diócesis hispalense en el periodo Moderno: “El Plan de Erección y Dotación de Curatos de 1791. Una reforma de la Archidiócesis hispalense”, Separata de *Isidorianum*, nº 4, Sevilla, Centro de Estudios Teológicos (CET), 1993, págs. 199-248; y Maximiliano Barrio Gozalo: *El sistema benefical de la Iglesia española en el Antiguo Régimen* (1475-1834), Alicante, Publicaciones de la Universidad, 2010, pág. 207.

dejó a su auxiliar, don Agustín de Ayestarán y Landa, que ya había sustituido a Solís durante sus largas ausencias, y quedó hasta la muerte del prelado en calidad de “obispo-gobernador”<sup>341</sup>. El decreto fue firmado en San Ildefonso el 26 de julio de 1777<sup>342</sup>, previa aceptación por parte del interesado:

“He nombrado â D.<sup>n</sup> Francisco Delgado, Arzobispo de Sevilla, por mi Pro-Capellan y Limosnero maior, por Vicario general de mis Reales Exercitos, y Patriarca de las Yndias, en atencion á sus meritos y buenas prendas. Trendreislo entendido para que se le haga el asiento, y acuda con el goze que por esta razon, huvieren tenido sus antecesores (rúbrica del monarca). En S.<sup>n</sup> Yldefonso â 26 de Julio de 1777. Al Marques de Montealegre”.

Delgado había sido informado de la intención del rey por el ministro Roda en una carta reservada, que se conserva, y fechada en Madrid el 4 de julio de ese año, en ella se solicitaba del prelado sevillano una respuesta al ofrecimiento regio, la cual fue contestada desde Sevilla el 15 de julio, y decía lo siguiente<sup>343</sup>:

+

Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup>

Muy S.<sup>or</sup> mío, ê recibido la carta de V.E. de 4 de este, en que me avisa, que el Rey N.S. â manifestado â V.E., su Real animo el de nombrarme por su Pro Capellan, y Limosnero maior, y Patriarcha de las Yndias: previniendomelo así reservadam.<sup>te</sup> V.E. para que con la misma reserva avise yo, si acepto estos Empleos, para formalizar los correspondientes nombramientos de ellos.

Puesto â los pies de S.M. lleno de confusion, doi las mas humildes gracias por una memoria, y dignacion, que en mi no puede encontrar el menor merito, y solo debe medirse por la Magnificencia, y Piedad de un corazon tan grande, y benigno, como el del Rey N.S.

Debo prestar obediencia â quanto S.M. me mande: Y así ê deber a V.E. que lo exprese, quando logre ponerse â sus Reales pies: Quedandome el sentimiento, de no ser capaz de desempeñar el servicio de S.M. por faltarme los talentos del alma necesarios, y los del cuerpo â causa de alguna actual indisposicion.

Dios g.<sup>de</sup> a V.E., m.<sup>s</sup> a.<sup>s</sup>

---

<sup>341</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, Sección IV, *Administración General*, Mesa Arzobispal, leg. 848: Libros de Ajustamiento General, fols. 317v, y 532v.

<sup>342</sup> AGP, *Carlos III*, legajo 237 (I), carpetilla 3: Documentos relativos al nombramiento y expedición del título de patriarca de las Indias, del de pro-capellán mayor y demás anexos a esa dignidad a favor de Delgado (1777).

<sup>343</sup> *Ibidem*. En dicha caja se conservan tanto el decreto original de nombramiento, rubricado por el rey, como algunas copias del mismo dirigidas a diferentes autoridades. La copia de la carta de Roda anunciándolo al interesado – que quedaría en poder de Delgado – y la original de aceptación por parte del prelado sevillano, también documentación relativa a las rentas que el monarca otorgó al nuevo patriarca. El cabildo decretaría los repiques en su honor el día 24 de agosto: AGAS, Catedral, III, *Liturgia*, Libros de la Diputación de Ceremonias, núm. 86, fols. 157.

Sevilla 15 de julio de 1777.

Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup>

B.I.m. de V.E.s.m. seg.<sup>o</sup> ser.<sup>or</sup>

Fran.<sup>co</sup>, Arzpô de Sev.<sup>a</sup> (rúbricado)

Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup> D. Manuel de Roda

Una vez aceptado el ofrecimiento como hemos visto, el 27 de julio el marqués de Montealegre, mayordomo mayor de Carlos III escribía a don Juan Francisco de Ochoa, secretario de la Cámara para que se efectuara el correspondiente asiento en los libros de esta, asignándosele los mismos goces que a sus antecesores. El decreto oficial de presentación lleva fecha de 6 de agosto de 1777, prestando el nuevo patriarca electo, que había salido de Sevilla el día 30, su juramento de obediencia al rey y los estatutos de la Real Capilla el día 13 ante el marqués de Montealegre, mayordomo mayor de Palacio, el cual, sentado y cubierto, con su espada al cinto y bastón en la mano, lo recibió de un Delgado en pie, con su bonete abierto cogido con la mano izquierda y la derecha puesta sobre su pectoral. El texto del juramento, realizado ante el escribano Mateo de Ocaranza, es el siguiente<sup>344</sup>:

+

D.<sup>n</sup> Francisco Delgado Arzobispo de Sevilla.

P. Jurois de servir bien, y fielmente al Rey Nro. Señor en los empleos de Pro-Capellan y Limosnero mayor, vicario general de los R.es exerticos y Patriarca de las Yndias (guardando, y observando las Constituciones, y Estatutos de la Real Capilla, y haciendo que las cumplan, y observen Religiosamente todos los Ministros, y Dependientes de élla; no dispensando en alguna por ningun título, ni pretexto, sin consultarselo y darle parte) con los cuales empleos su Mag.<sup>d</sup> ós ha hecho merced; procurando en todo su provecho y apartando su daño; y que si supieseis cosa en contrario me dareis cuenta, ó à Persona que lo pueda remediar?

R. Sí Juro.

Si así lo hiciereis, Dios ós ayude, y si no os lo demande.

---

<sup>344</sup> Ibídem. Ver sobre la partida de la ciudad: AGAS, Catedral, III, *Liturgia*, Libros de la Diputación de Ceremonias, núm. 86, fols. 156. Los detalles de la comitiva en Arzobispado, IV, *Administración General*, Mesa Arzobispal, leg. 847: Libros de Ajustamiento General, fols. 444-445, 528-529 compuesta de 6 “calesas” y diversos carromatos repletos de equipaje, su librería, y no pocas arrobas de vino, chocolate y otras especies para agasajo una vez llegados a la corte. En su coche viajaría con el maestro de pajes Felipe Ventura González, y con el señor Zárate, acompañándole como hombres de confianza sus parientes Reinoso y Venegas. Como curiosidad diremos que entre los pertrechos de la comitiva iban 986 reales en medicinas por botiquín (fol. 539v).



R. Amen.

Unos días más tarde, por varios decretos de fecha 15 de agosto, comunicados un día más tarde a don Juan Francisco de Lastiri, secretario del Real Patronato, Carlos III concede a Delgado nuevas prebendas, como la concesión de la gran cruz de la Orden fundada con su nombre por el soberano, que él mismo le impondría en sus habitaciones privadas el día 22, su nombramiento como gran canciller de la misma, una pensión sobre la mitra de Santiago de 119.000 reales de vellón, y la abadía de Alcalá la Real, cuya colegiata vacante desde la muerte del último patriarca el cardenal Fernández de Córdoba y de la Cerda que contaba unas rentas anuales de 154.000 reales de vellón<sup>345</sup>. Este último nombramiento sería anulado por el rey, quizás para no estorbar el complicado procedimiento de confirmación del patriarcado seguido en Roma, o también, pensamos, por creer excesivas las rentas ya acumuladas por el prelado sevillano, pues a todas las expuestas habría que añadir las de su arzobispado sevillano, que pretendía retener y eran ya de por sí enormes. Así Delgado y Venegas no aparece entre los titulares que han detentado dicha prelación, enclave de la diócesis primada de Toledo en el Reino de Jaén, siendo provisto finalmente para ella al año siguiente el lectoral de la catedral giennense don Esteban Lorenzo de Mendoza y Gatica. De estos nombramientos dio cuenta al cabildo sevillano Jacinto Reinoso, quien acompañado de Venegas, y el doctoral Valcárcel, dieron las gracias al monarca en nombre del cuerpo capitular en el besamanos que se celebró los días 16 y 17, siendo apadrinados en la ceremonia por el marqués de Cogolludo, primogénito del duque de Medinaceli<sup>346</sup>. Dichos nombramientos salieron publicados poco después en el *Mercurio Histórico y Político*, periódico especializado en difundir los diferentes eventos sucedidos en la corte, que en su número del mes de agosto de ese año, dice lo siguiente:

“En atencion á los méritos y recomendables prendas del Excmo. Sr. D. Francisco Delgado, Arzobispo de Sevilla, ha venido el Rei, en nombrarle su Pro-Capellan, y Limosnero mayor,

---

<sup>345</sup> El anterior patriarca al no contar la consideración de obispo residencial como Delgado acumulaba junto a las rentas propias del patriarcado, estimadas en 20.000 reales de vellón, las de diferentes abadías y prebendas de presentación real: Alcalá la Real con 154.000 reales de vellón; Rute con 140.000; Oñate con 3.000, una canonjía y el arcedianato de Toledo con 132.200; una pensión cargada sobre las mitras de México y Michoacán valoradas en 300.000 reales de vellón; un beneficio en el Barco de Ávila valorado en 2.200; y 14.000 reales de la misma moneda en concepto de refacción, o devolución por parte del Estado sobre cantidades retenidas a las rentas eclesíásticas. Todos ellos alcanzaban un montante por más de 758.000 reales de vellón. Ver AGP, *Carlos III*, 237-1.

<sup>346</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, Correspondencia, leg. 403.

Vicario General de sus Reales Ejércitos, y Patriarca de las Indias. Asimismo se ha servido S.M. de hacer merced á este Prelado de la Dignidad de Gran-Canciller de la Real Orden de Carlos III, y le ha condecorado con las insignias de ella privadamente en su Real Cámara el día 22 del corriente”<sup>347</sup>.

El arzobispo sevillano sustituía en la honorífica dignidad de patriarca, carente de jurisdicción, cabildo o pueblo, no así el de pro-capellán que sí las poseía como veremos a continuación, al fallecido don Buenaventura Fernández de Córdoba Spínola y de la Cerda, cardenal de San Lorenzo in Panisperna, vástago de la más importante casa nobiliaria de España, pues era hijo de los duques de Medinaceli, que había sido elevado a dicha dignidad el 12 de febrero de 1761, con el título *in partibus* de arzobispo de Neocesárea, que le fue concedido por Roma el 28 de junio. El patriarca Córdoba fallecido en Madrid el 6 de mayo de 1777, pensando Carlos III en Delgado y Venegas para sustituirlo e ignorando del todo la incompatibilidad que excluía de ese honorífico cargo a cualquier obispo residencial, algo que Roma, muy molesta con los continuos envites del regalismo ilustrado a sus facultades, no dudó en plantear de inmediato al agente del monarca en Roma, José Nicolás de Azara.

Presentado pues oficialmente con fecha 6 de agosto, la confirmación papal llegaría solamente tras un memorable tira y afloja de siete meses de duración entre el agente de preces en Roma, Azara, con la curia romana y aún con el propio pontífice, quien se vio forzado a concederla ante la insistencia del monarca, como veremos a continuación. En todo ese tiempo Delgado y Venegas desempeñó, con gran escándalo de la curia romana y del propio papa, como veremos por la correspondencia de Azara, sus funciones como patriarca y pro-capellán mayor, algo de lo que no cabe descargar desde luego al monarca por mucho que el agente español en Roma intente exonerarle en la mencionada correspondencia, echando todo el peso de la maniobra sobre los que él decía estaban detrás de Delgado. Azara, en su despectiva correspondencia sobre el asunto con el ministro Roda, secretario de Gracia y Justicia en Madrid y su confidente, Azara resalta la obstinación del prelado por resignar su arzobispado sevillano, apuntalado en ello por la facción más conservadora del entorno real, a los que llama “sus fautores”, si bien no aclara del todo la posición del propio monarca en todo esto. A todas luces este empeño podría verse como un nuevo pulso con Roma por parte del

---

<sup>347</sup> *Mercurio Histórico y Político*, Madrid, Imprenta de La Gazeta, mayo-agosto de 1777, págs. 374-375.

regalismo, pues Delgado sería el único patriarca que conservaría su mitra en más de un siglo, y tras él solo lo conseguiría en 1806 el futuro afrancesado Ramón José de Arce, favorito de Godoy, quien consiguió retener su arzobispado de Zaragoza, pero la sorna y el desprecio con que Azara trata el asunto, nos hacen ver más una maniobra de afianzamiento por parte del sector conservador de Palacio frente a la facción más ilustrada o masónica por intervenir el ánimo real.

El patriarcado de las Indias Occidentales tenía anejos los relevantes cargos palatinos de pro-capellán mayor del rey, desde 1610, su limosnero mayor, desde esas mismas fechas, juez mayor de la Real Capilla, y vicario general de los Reales Ejércitos de Tierra (desde 1644) y de Mar (desde 1762), así como un puesto en el Consejo de Su Majestad como todos los obispos del reino. Sin embargo, el problema más que en el propio patriarcado, puramente honorífico, estribaba en el cargo palatino de capellán real, o mejor dicho en el de pro-capellán real, anexo al patriarcado y creado para no estorbar la residencia en su diócesis de su tradicional titular el arzobispo de Santiago, capellán de los reyes castellanos al menos desde el siglo XII, evitando así los daños espirituales que las prolongadas ausencias de estos en la corte procuraban entre sus fieles. Así por ejemplo ya Felipe II había conseguido de Pío V la bula *Inter Coeteras*, de 7 de junio de 1569, la confirmación de la jurisdicción del capellán mayor sobre los reyes, su familia, la servidumbre y cualesquier otros que siguieran su cortejo, “estando en la corte”, facultándole para poder nombrar asimismo un vicario de aquel para que asistiera en sus ausencias. Felipe III obtuvo para esto el nombramiento de un pro-capellán, en 1610, y Gregorio XIV por la *Cum dudum*, de 3 de abril de 1591, había concedido la parroquialidad de palacio a la iglesia más cercana a este, otorgando licencia al capellán para administrar los sacramentos y demás actos parroquiales. Años más tarde Gregorio XV a través de la *Piis catholicorum*, de 9 de mayo de 1623, y Clemente XI en 1716 en bula de idéntico nombre, añadirían y confirmarían la dependencia del capellán mayor directamente del papa, facultándolo para nombrar algún presbítero para que lo supliese, el cual podría ser igualmente prebendado en alguna otra diócesis, pudiendo este “corregir, visitar, y ejercer omnímoda jurisdicción ordinaria, como acostumbran los arzobispos, obispos y demás ordinarios locales”, tanto en la corte, en Palacio, o en la Capilla. Paulo V y Clemente XII extendieron la jurisdicción al convento madriño de Santa Isabel y a los colegios de niñas dependientes del primero y al llamado de Nuestra Señora de Loreto, también aquella villa y corte. Finalmente,

Benedicto XIV por su breve de 27 de junio de 1753<sup>348</sup>, fijaba definitivamente las facultades del pro-capellán, el alcance de su citada jurisdicción, establecido en los Reales Sitios y su contorno más inmediato, las citadas instituciones religiosas y los hospitales del Buen Suceso, llamado vulgarmente *Hospital de Corte*, el de Montserrat, el de San Andrés, o *de los Flamencos*, y de San Luis, de la nación gala. Acabando igualmente con las suspicacias que en materia de competencias y jurisdicción habían presentado tanto el arzobispo primado, como el prior del monasterio escurialense, por parte del Consejo de Órdenes, y por el abad de la colegiata de San Ildefonso en Segovia, y que sería complementado por unas amplias constituciones dispuestas en 147 capítulos con las que Fernando VI dotó a la Real Capilla el 2 de marzo de 1757. Aunque el referido breve confirmaba las facultades del arzobispo compostelano como capellán mayor de los reyes (Capítulo VI del Breve), que aquel ejercía de manera inmemorial, esto sería sin embargo “siempre que este estuviese en la corte”, facultando de hecho para ejercerlas en plena igualdad con este al pro-capellán mayor, que el rey podía elegir a voluntad, y cuyo nombramiento era únicamente confirmado por el papa. El provisto, fuese este presbítero solamente u obispo, ejercería *de facto* la mencionada jurisdicción sobre las personas reales y el territorio de la Real Capilla, debiendo únicamente realizar la protestación de fe ante el nuncio, como representante del sumo pontífice o en su defecto del inquisidor general, dependiendo para todo de la soberana voluntad del monarca y gozando facultad episcopal o *cuasi episcopal*, si no fuera obispo. Así por ejemplo, si el capellán mayor se plantase en la corte, aunque nada debía impedirle ejercer las funciones referidas, este en todo caso debía abstenerse de hacerlo por consideración al pro-capellán mayor, quedando las del prelado compostelano como puramente honoríficas desde que el mencionado cargo de pro-capellán había sido vinculado al de patriarca de las Indias, que sí gozaba de consideración episcopal. Un nuevo breve, fechado en 31 de mayo de 1777<sup>349</sup>, consignaría aún con mayor precisión los límites geográficos de la jurisdicción palatina, siendo el que estaba vigente a la

<sup>348</sup> Breve de N.M. Santo Padre Benedicto XIV expedido en 27 de junio de 1753 por el que se erige la Real Capilla en iglesia parrochial, se declara la jurisdicción omnimoda, privativa, ordinaria, episcopal, ó quasi episcopal del Capellan, ó Pro-Capellan Mayor de S.M. con territorio propio y separado, vere nullius: y se confirman, amplian y conceden de nuevo varios privilegios a favor de la misma Real Capilla: impetrado por el Señor Don Fernando Sexto., Rey Catholico de las Españas, siendo su Pro-Capellan y Limosnero Mayor el Emmo. Señor D. Alvaro de Mendoza Caamaño y Sotomayor, Pbro. Card. De la S.I. de Roma, Patriarca de las Indias, Madrid, En la Oficina de Antonio Sanz, 1754.

<sup>349</sup> Ver un ejemplar del mismo en: AGAS, Arzobispado, Sección VIII, Varios, Cedularios, libro 26 (1747-1779), fols. 386-402: Breve de Nuestro Muy Santo Padre Pío VI, en que se determinan los límites del territorio parroquial, y jurisdiccional que comprehenden la Parroquia del Real Palacio, la del Buen Retiro, Casa de Campo, El Pardo, Aranjuez, El Escorial, y San Ildefonso, con otras declaraciones para los demás Sitios Reales, y parages en que viage, ó resida accidentalmente la Corte, ó alguna Persona Real, y demás que expresa, Madrid, Imprenta de Pedro Marín, 1777. Sobre la jurisdicción del procapellán ver desde pág. 391 y ss.

llegada de Delgado al puesto tan solo unos meses más tarde, a la muerte del patriarca Buenaventura Fernández de Córdoba. El único inconveniente a los planes del prelado ariscaleño, o de sus “fautores” como señalaba José Nicolás de Azara<sup>350</sup>, agente de preces en Roma, de manera despectiva, o quizás del propio rey más bien – pues por muy virtuoso que fuera nuestro protagonista no se explica tal acumulación de honores sin que este gozase de la mayor simpatía por parte del monarca –, era que el mencionado breve especificaba de manera contundente que: “Si fuese obispo el nombrado, no pueda aceptar, sin renunciar aquel cargo y dignidad, y lo propio si es prebendado con cura de almas, ó la tiene por otro concepto”, aspecto recogido en el Capítulo VI, artículos 29 y 38 del citado documento.

Esto último se encargarían bien de recordárselo a Azara en Roma, tanto desde la curia como por parte del propio pontífice, y aunque el agente se limitaba a cumplir únicamente las órdenes de su “Amo” en ese tema, no dejaba de manifestar su más profundo desagrado por ello, considerando todo el embrollo un asunto más de ambición personal que para beneficio del Estado o del rey. No sabemos si los contactos de Delgado y Venegas en la corte eran tan poderosos como para provocar todo este embrollo diplomático, pero Azara desde luego los insinúa, y si bien no los especifica claramente, quizás para evitar señalar la figura real, pues se pretendía que Roma dispensase al prelado de su obligación de residir en su diócesis hispalense pero sin rebajar al monarca a pedirlo directamente, dejando toda responsabilidad así en la curia y en el papa. Azara, en el interesantísimo cruce de cartas que mantuvo con Roda, en ese momento secretario de Gracia y Justicia, y su antecesor en el cargo, apunta vagamente algún nombre, como es el de Gálvez, ministro de Indias, a quien competía en parte el asunto, aunque de manera más bien simbólica pues el patriarcado no tenía jurisdicción real alguna sobre las tierras americanas. Años más tarde, en una carta dirigida al cardenal Lorenzana (9 de diciembre de 1789)<sup>351</sup> sí apuntará claramente a los fautores de

---

<sup>350</sup> José Nicolás de Azara, agente de preces en Roma entre 1765 y 1785 fue también titular de la embajada ante la corte pontificia hasta casi 1798, su gran conocimiento de los ambientes romanos le hicieron un personaje indispensable en las relaciones con el papado durante el periodo ilustrado. Confidente de Roda, intervino decisivamente en la supresión de los jesuitas en 1773, y en la elección de Pío VI, llegando a disuadir al emperador José II durante la visita de este al papa en 1783 de separar la Iglesia Germana de Roma. Fue uno de los principales garantes del cónclave reunido en Venecia para la elección de un nuevo pontífice a la muerte del citado Pío VI, durante la época napoleónica fue todavía embajador en París.

<sup>351</sup> Azara: *Epistolario (1784-1804)*, edición de María Dolores Gimeno Puyol, Colección Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, vol. 30, Barcelona, Castalia, 2009, págs. 70-71. Dice el diplomático español al respecto: “Contra todo esto – se refiere al asunto de la incompatibilidad del patriarcado con la posesión de un obispado residencial –

la maniobra, que habrían sido siempre según el diplomático español el citado Gálvez y el padre Osma, es decir Eleta, confesor real y jefe del círculo más conservador del entorno palaciego. Camarilla en la que podríamos incluir también al todopoderoso sumiller de Corps, duque de Losada, que era quien realmente mandaba en Palacio, a Grimaldi, antiguo ministro y embajador en Roma en aquel momento, y en cierta manera al nuevo confidente del monarca, el flamante conde de Floridablanca, José Moñino, enviado a Roma para conseguir la extinción definitiva de la orden y ahora nuevo líder de los “golillas”. Todos estos eran acérrimos adversarios de la facción aristocrática encabezada por el conde de Aranda y el duque de Alba, declarados masones, pero también lo eran del bando más anticlerical del regalismo carolino, liderado principalmente por Campomanes, fiscal del Consejo, y por el propio Roda, que había dominado el ánimo regio antes de la entrada en juego de Moñino<sup>352</sup>, artífice junto con estos dos de la supresión de la Compañía de Jesús en 1773, dictada finalmente por el famoso breve *Dominus ac Redemptor* de 8 de junio de ese año, elaborado por el cardenal Zelada a satisfacción de las pretensiones españolas. Estos, Campomanes, Roda, y Moñino, eran los mismos que habían utilizado al ingenuo padre Eleta para encender aún más el ánimo del monarca contra los hijos de San Ignacio, haciéndole creer que aquellos pretendían desbancarle del confesionario real para volver a ocuparlo como antaño, alentando este al soberano en la decisión de erradicarlos por completo, tesis esta última mantenida entre otros historiadores por el profesor Martí Gilabert<sup>353</sup>. Eleta tomó solo conciencia de la maniobra a posteriori, por lo que es muy posible que influyera en el rey para traer a Delgado desde Sevilla, colmándole de honores quizás para reforzar su facción, pero esto no deja de ser si no una mera conjetura. Desde luego parece que ambos sí se llevaron bien, coincidiendo en su hostilidad hacia el teatro y otros espectáculos similares, que Delgado en colaboración con fray Diego de Cádiz y el asistente Domezaín había conseguido desterrar de Sevilla, y sobre las que el propio Eleta había manifestado su más profunda aversión. Así, el confesor, con motivo de unas comedias – quizás alguna zarzuela a decir de Vaca de Osma – que el corregidor de

---

quisieron Gálvez y Osma que Delgado conservase el arzobispado, y lo consiguieron, y lo que es más, todo el año de la suspensión ejerció las jurisdicciones sin bula ni delegación alguna, y hallaron teología para juzgar inútil una sanatoria. El Papa mismo se desahogaba conmigo todos los días de esta monstruosidad”. Original en Biblioteca de Castilla-La Mancha (BC-LM), Fondo Lorenzana-Borbón, *Papeles Varios*, Caja 2, núm. 10, c. 9, copia.

<sup>352</sup> Junto a la principal misión de Floridablanca como embajador ante el papa, que era la citada supresión de la orden jesuítica, estaban asimismo las de conseguir la beatificación del venerable obispo Palafox, paralizada por aquellos, el arreglo del nuevo tribunal de la Nunciatura, y otros asuntos relativos al derecho de asilo e inmunidad eclesiástica.

<sup>353</sup> Martí Gilabert: *Carlos III y la política religiosa*, opus cit., pág. 82.

Madrid pretendía organizar en honor de los reyes llegó a manifestar: “Primero me dejaré cortar la cabeza que permitirle en los Sitios Reales. ¡Vayan esas comedias a los infiernos”<sup>354</sup>. El fraile franciscano, motejado “fray alpargata” por su austera indumentaria, llegaría a ser incluso uno de los albaceas testamentarios del prelado sevillano, que como vemos llegó a gozar en muy poco tiempo de la máxima confianza del monarca, quien lo llegaría a estimar prácticamente como a un santo.

Pero el nombramiento de Delgado como patriarca parece que suscitó también en Roma verdadera expectación, como relata el propio agente español Azara, abrumado por constantes interrogatorios a que era sometido en los ambientes de la curia, interesados en conocer sobre el perfil del nuevo prelado, al que el diplomático apenas si conocía más que de referencias:

“Roma 14 de agosto de 1777... Gracias á Dios que nació ese patriarca; que así acabará esta podrida conversacion, la cual ya me tenia sofocado; porque no me podía ver libre de preguntas por todos lados, pues ya sabe vd. lo que es la molesta curiosidad de los romanos. Yo no conozco al electo, y solo me parece haberlo visto el año pasado besar la mano al Rey en Aranjuez; pero para mí lo mismo me importaría que hubiesen hecho al moro Muza. Lo que siento es, que no tenga bulas, que me valdrían algo. Si ha de renunciar el arzobispado, hará muy mal negocio. Evacuado este punto, me queda que responder al otro, de si será este el cardenal. Por mí, tengo el mismo interés que en el patriarcado”<sup>355</sup>.

De hecho, el rumor más extendido por los ambientes romanos consistía en que el nuevo provisto era un reputado *zelante*, término ciertamente acertado, pues Delgado era un moralista, pero igualmente confuso, pues dicho adjetivo no era utilizado solamente para designar a los miembros más conservadores del clero, sino también a los amigos y partidarios de los jesuitas. Esta división pudo observarse tanto en los cónclaves de 1769, que eligió a Clemente XIV, como en el de 1774-1775 que hizo lo propio con Pío VI, en ellos los zelantis, casi todos italianos y miembros de la curia se decantaban favorables a la Compañía, y *los políticos*, o “cortesanos”, al servicio de las coronas católicas. Y aunque el bloque borbónico, liderado en el primero por el cardenal Solís y por el francés De Bernis, condicionó su apoyo a Ganganelli a que suprimiese la

---

<sup>354</sup> José Antonio Vaca de Osma: *Carlos III*, Madrid, Rialp, 2005, pág. 49.

<sup>355</sup> José Nicolás de Azara y Manuel de Roda, recopilación epistolar publicada décadas más tarde por J.Martín Alegría: *El espíritu de D. José Nicolás de Azara, descubierto en su correspondencia epistolar con don Manuel de Roda*, vol. 3, Madrid, Imprenta de J.Martín Alegría, 1846. De Azara a Roda, 14 de agosto de 1777, pág. 113.

orden, y luego a Braschi en el segundo para que este no los rehabilitase jamás, lo cierto es que a la altura de 1777 el ambiente en Roma era de exoneración, si no oficial, sí al menos moral para los hijos de San Ignacio, manifestado en la simpatía del nuevo papa hacia estos o en la liberación de su general, Ricci, como protestaba de Azara. No parece de todas maneras que el nuevo patriarca fuese un decidido amigo de los perseguidos clérigos ignacianos, y eso a pesar de su jesuítico nombre, *Francisco Javier*, aunque su pariente Juan Antonio Curiel sí lo había sido. Tampoco por el dictamen que sobre la supresión de la Orden realizó, y que casi todos los obispos enviaron a petición real para apoyar la maniobra, que ya vimos en el apartado dedicado al pontificado de Sigüenza, y sí más bien un típico prelado del periodo ilustrado, reformista al uso en lo relativo a mejoras administrativas o fiscales que redundasen en beneficio del pueblo y la prosperidad general, pero conservador en lo relativo a lo tocante a asuntos de moral y costumbres – como se vio en la erradicación del teatro en la archidiócesis hispalense durante su pontificado, pero también en otros como la erradicación de supercherías o de prácticas religiosas extremas –, circunstancia que Azara refería con sorna a su amigo Roda:

“Roma 21 de agosto... Aquí dicen, que el patriarca es un famoso zelante. A bien que yo estoy lejos, para que me averigüe si tengo, ó no tengo moza. Los cortesanos de ahí mirarán por sus braguetas, ya que para los celantes no hay otro pecado que este. Hasta ahora yo no he tenido orden de espedir nada para el tal patriarca”<sup>356</sup>.

Y nuevamente en otra de fecha 28 de agosto, en la que además hace notar un aspecto fundamental que pretendía ignorar Madrid en el despacho enviado para solicitar las bulas, y que marcó toda la negociación: la incompatibilidad del patriarcado con poseer ya un obispado de carácter residencial, como le ocurría a Delgado con el arzobispado hispalense:

“Hoy recibo la orden para despachar las bulas al nuevo patriarca. Nada se me dice en el despacho del arzobispado de Sevilla, y yo no lo nombraré en la bula. Veremos cómo empieza á ejercer su zelantismo, que me dicen que es otro cardenal Castelli [este había sido consultor en la comisión del Índice y también en el Santo Oficio, además era prefecto de la congregación de Propaganda Fide], que parece á Moises cuando bajó de ver á dios del monte Sinai. A bien que yo estoy á cuatrocientas leguas de sus uñas”<sup>357</sup>.

---

<sup>356</sup> Ibid: De Azara a Roda: Roma, 21 de agosto de 1777, págs. 114-115.

<sup>357</sup> Ibid: Roma, 28 de agosto, pág. 116.



Lo mismo repite en la interesante carta enviada el 4 de septiembre:

“Amigo y señor: Adelanto un poco mi escritura, porque el correo tarda en dejarse ver. Por esa de oficio verá vd. por qué me he atascado en la expedición de las bulas del patriarca. Como el despacho viene tan seco, no he querido ir adelante sin aclarar la cosa; pues si yo cometía la imprudencia de expedir la bula del patriarca para el arzobispo de Sevilla, dispensado se quedaba el amigo, y con una y otra dignidad. La dificultad la propuse yo al Papa, pero la pongo en boca suya, porque sale mejor de allí. Es verdad, que luego que el Papa la oyó, convino en que no se podía ir adelante. Lo de la falta del proceso informativo es dificultad puesta por la congregación. Esto nace de que las cosas se hacen sin pensarlas.... Por lo que he dicho arriba, y por la de oficio, verá vd. que he adivinado la renitencia del patriarca á dejar el arzobispado. Esto no obstante, yo creo que no se purga de ese parche, que yo le pongo, ó me engaño mucho”<sup>358</sup>.

Azara estaba convencido, como podemos ver en la siguiente carta de 11 de diciembre, de que “la obstinación” del prelado sevillano, auspiciado por “sus fautores” en resignar su arzobispado sevillano, era ajena a toda responsabilidad por parte del monarca, al que como ya se ha dicho exoneraba de toda esta maniobra. Algo verdaderamente poco creíble en un asunto diplomático tan delicado, que podía además originar nuevas susceptibilidades en las ya complicadas relaciones entre España y la Santa Sede. Sobre el particular nos dice lo siguiente:

“Roma 11 de diciembre de 1777. Amigo y señor: No deja de ser muy rara la historia que vd. me cuenta, de la obstinación del patriarca en retener el arzobispado, y de todos los pasos que sus fautores dan, para conseguirlo. Es menester que hayan perdido el seso, porque una vez que no pueden conseguir que el Rey se preste á sus ideas, es ocioso cuanto pueden inventar. Les agradezco la buena opinion que tienen de mi, si me creen capaz de cubrir sus enredos, y de dar un paso chico ni grande, sin órden expresa de mi Amo. A mí lo mismo me importa que el patriarca sea arzobispo, como que no lo sea, ni que lo sea el del Tamorlan de Persia; pero me importa que las cosas que van por mí, vayan por sus cabales. Déjelos vd. Venir, que no se hará mas que lo que sea razon hacer. Sé, que el patriarca ha atacado al nuncio para que escriba, á fin de que el Papa dé la dispensa, y le ha leído una memoria muy larga, probándole que no hay incompatibilidad para tener el arzobispado. Yo no sé cómo se pueden las gentes cegara hasta ese punto, pues no habrá principiante, que lo pueda dudar. El título solo es incompatible, y despues la jurisdiccion de capellán mas incompatible aun, porque por el mismo titulo de su ereccion, que es el breve de Benedicto XIV, se hace incapaz de ejercer la segunda, sin haber renunciado la primera. Cuando yo digo, que el Papa estaba pronto á dispensar estas incompatibilidades, entendí la del título y la del proceso informativo, que no tienen dificultad, pidiéndolo el Rey: pero nunca pude figurarme de hablar del breve de Benedicto, porque este pide revocacion, y no dispensa, y

---

<sup>358</sup> Ibid: Roma 4 de septiembre, págs. 116-117.

esto no es tan fácil como parece. Confieso, que hablé diminuto, y que me expliqué mal, no distinguiendo bien los términos, porque nunca pensé, que pudiera nacer tal enredo en una cosa tan clara. Como mi carta pudo hacer impresion al Rey, prometiendo fácil una dispensa, que no lo es, quisiera que vd. me hiciera un favor, que lo será muy grande, y es de informar á S.M. de esta diferencia de dispensas, y que yo erré en no explicarme mejor, y pareciendo prometer lo que no podía: que la incompatibilidad de títulos de patriarca y arzobispo es fácil de dispensar, pero que la de la jurisdiccion de capellán mayor con la de arzobispo es empresa muy dura, y pide reforma del breve de Benedicto. Que el Papa piensa así, y asegure vd. á S.M. que su Santidad está admirado, despues que ha visto dicho breve, cómo puede el patriarca electo ejercer como ejerce, la jurisdiccion de capellan mayor: si al arzobispo de Santiago se le ha quitado por no apartarlo de su residencia, ¿cuánta mas razon habrá, para no consentirlo en otro? Repito á vd., que cuando tenga ocasión, me escuse con el Amo, de mi mala y torcida explicacion, de la cual me arrepiento y pido perdon, porque ha podido inducir en error<sup>359</sup>.

A pesar de la incredulidad de Azara respecto de la participación real en el asunto de la dispensa, las instrucciones recibidas de Madrid son terminantes, como refiere en la misiva enviada a Roda el 18 de diciembre, en la que el diplomático, que tenía prácticamente un acceso directo al papa, nos comenta la sorpresa de este ante la insólita petición, ya formal, de solicitar la dispensa de incompatibilidad en ambos títulos, que el pontífice solo concedería si Madrid asumía toda la responsabilidad en ello:

“Roma 18 de diciembre de 1777.- Amigo y señor: mucho me da que pensar lo que vd. me insinúa de los chismes de ahí, de que nada mas sé de lo que vd. me insinúa otra vez, y ahora. Lo siento mucho por vd., á quien deseo la tranquilidad que se merece, y me irrito contra los enredadores. Desde que vi como va eso, sabe vd. que me propuse escapar á uña de caballo; y aun ahora medito muchas veces cómo retirarme con honra á vivir para mí; y tal vez oirá vd. algun día que he hecho la pasada de irme á mi casa: y esto no es por despecho, pues ya ve vd. que nunca he debido estar mas satisfecho que ahora; pero soy hombre que reflexiono sobre lo pasado y porvenir, y saco mis cuentas, y no envido en falso, ni conozco la hipocresía. El pasado, escribí á vd. un poco acalorado sobre [el] patriarca, por lo que vd. me habia escrito, que me pedirian de ahí. Despues he visto lo que no esperaba, porque Galvez envía su orden á rajatablas, para que se pidan las bulas y dispensas, á nombre del rey, y al Papa en derechura, sin pasar por los canales acostumbrados; y además, reconviene al Papa con la palabra de que las concederá, pidiéndoselas á nombre del Rey. La carta viene á mí, y no he visto carta mas seca. Dice que el Rey sabe, que no hay incompatibilidad, ni inconveniente, en hacer que el patriarca sea arzobispo y capellan mayor etc; pues que él lo dice, debe creerse, y no queda mas arbitrio que la obediencia. El duque pedirá esta noche sus dispensas al Papa, á nombre de S.M. y yo sé de seguro, que por pura complacencia por S.M., las concederá el Papa; pero sé tambien de antemano, que antes querrá el

---

<sup>359</sup> Ibid: Roma 11 de diciembre, págs. 133-135.

Papa quietar su conciencia, avisando al Rey lo que son estas dispensas, y cuando verá que S.M. le dirá que lo haga, lo hará. Yo cuasi siento no manejar este negocio, por lo mismo que me han comprometido en él. Nadie como yo, sabe cómo piensa el Papa en este negocio, porque conmigo se ha desabrochado muchas veces, y aseguro á vd. que Su Santidad miraba como la cosa mas remota del mundo, el que se le pudiese pedir tal dispensa. Por esto se alargó conmigo á lo que se alargó. En fin, aun habrá mucho que correr en este negocio, antes que lo vean concluido. El embajador me ha pedido por escrito instruccion, y los antecedentes, para no comprometerse por sí, y cargar todo sobre mí. No tenga vd. miedo de mí, que le prometo que quedaré bien. La verdad está por mí, y el Papa es mas hombre de bien de lo que parece, y tengo pruebas de que me estima. Despues de un negocio tan escabroso, no es justo hablar de otras frioleras.”<sup>360</sup>.

El asunto ya se demoraba más de la cuenta, algo que sin duda Delgado, o el rey, o la camarilla que estuviera detrás de la maniobra, caso de ser ciertas las acusaciones de Azara, no esperaban, pues aunque es cierto que la pretensión chocaba frontalmente con el breve de Benedicto XIV sobre la titularidad de la capellanía real, no eran raras las dispensas, si bien es cierto que no se habían otorgado en este sentido en más de un siglo. Por lo pronto, a la llegada del nuevo año, 1778, habían pasado ya seis meses desde la provisión por el soberano, estando las cosas en un punto muerto, como vemos en la primera carta que Azara envía a su confidente de fecha 15 de enero:

“Aquí no hay novedad... En cuanto al patriarca allá está ya la dificultad que envió el duque [se refiere al embajador Grimaldi su jefe inmediato], y que yo no creo que lo será para esos teólogos, segun he visto que saben tirar la teología. Usted sabe, que la primera china la tiré yo, y que por poco no me la rebaten á los cascos. He tenido fortuna, en que haya venido otro á relevarme del desafio, y lavo mis manos, y diviértome de ver la fiesta. Lo cierto es, que yo con mi cabeza tozuda aragonesa, no hubiera amollado tan presto, y que con la cierta ciencia de perder el pleito habría litigado hasta el último suspiro, y al menos, los habría desmascarado y cubierto de vergüenza. No ha sido, sin embargo, mala pñdora la que se embocó últimamente á Galvez”<sup>361</sup>.

Unos días después tan solo, el 22 de enero, Azara se lamentaba amargamente en otra nueva misiva, del triunfo que para los jesuitas, casi todos exiliados en los Estados Pontificios, supuso el “publico” escarnio a que se sometía en Roma la memoria del difunto papa Ganganelli, con la anuencia del nuevo pontífice, que si bien no podía rehabilitarlos, pues hubiera sido motivo de ruptura inmediata con las cortes borbónicas, sí les demostraba una y otra vez su amistad:

---

<sup>360</sup> Ibid: Roma, 18 de diciembre, págs. 135-137.

<sup>361</sup> Ibid: Roma, 15 de enero, págs. 141-142.

“Amigo y señor... Yo he estado estos dias aperreadísimo, por ayudar á la causa de Bischi con la anona, ó por mejor decir, de los jesuitas con la memoria de Ganganelli. A pesar de cuanto Bernis y yo hemos hecho, se ha perdido solemnemente, y los jesuitas han triunfado; pues declarando imbécil por los efectos, al Papa que hizo la extincion, se declara mentecata la misma obra. No puede vd. creer el triunfo, que de esto hacen todos los de aquel partido. Yo, para coronar la fiesta, tengo que ir esta noche á pedir misericordia al Papa, que con mas buena gana me quitaria una muela. Lo peor es, que no llevo maldita la esperanza de conseguir nada. De patriarca no tengo que añadir á lo que tantas veces he dicho á vd. Quieren que vaya así, y nosotros no lo podemos remediar; con que no hay que hacer lo que dice el proverbio italiano: *Lega l'asino dove il padrone vuole*”<sup>362</sup>.

En el correo enviado el 4 de febrero, Azara, entre indignado y estupefacto, comenta a su amigo y confidente con la sorna habitual las nuevas instrucciones que desde Madrid ha recibido su jefe, el duque de Grimaldi, sobre como actuar en el asunto del patriarcado, paralizado en la curia por los defectos legales ya aducidos. Así, desde el entorno de Palacio, que no veía problema alguno en el asunto de la incompatibilidad, se proponían ahora nuevas alternativas, como eran la desvinculación misma del patriarcado del cargo de pro-capellán mayor – al que estaba vinculado desde 1610 – y su unión al arzobispado hispalense, o bien admitir la dispensa sobre la residencialidad del mismo, sin necesidad de modificar el mencionado breve de Benedicto XIV:

“Amigo y señor... Este correo le han venido cartas de Galvez sobre [el] patriarca, y son cosa de mearse de risa, porque entre otras cosas, no hacen ni tienen sentido comun. Pide que para evitar el escándalo, que se sigue de la detencion, proclame el Papa el patriarcado solo, unido con el arzobispado, y separándolo de la capellanía mayor; y luego añade, *que supuesto que el Papa tiene tanta dificultad en derogar el breve de Benedicto XIV, el Rey, por su gran devocion á la Santa Sede, admitirá las dispensas que Su Santidad le enviará, etc.* Ahora bien, diga vd. si aquí hay sentido comun. ¿No es bien desgraciado el Rey, á quien le hacen hablar y pedir de esta manera? Yo he aconsejado al duque que no se haga cobertura de desatinos, y que hable claro, pidiendo al Papa lo que le manden pedir, y dé su respuesta tal cual se la dé, y que ahí hagan despues todos los embrollos que quieran. Si yo no estaba por el mundo, bravo parche nos habian pegado los jesuitas, pues indirectamente habian resucitado, porque con gran secreto habian ya obtenido un rescripto del Papa, para que los que viven juntos en los colegios de Colonia pudiesen predicar, confesar, abrir escuelas, y encargarse de educar muchachos en colegios, etc. Ya ve vd., que la extincion quedaba puro nombre, pues no habria de mudado mas que el hábito. Si yo fuega maligno, con haber callado, dejaba armarse una tempestad, que Dios sabe cuando se hubiera apagado; y yo estaba seguro, porque solo yo en Roma lo sabia. Sin embargo, se lo comuniqué

---

<sup>362</sup> Ibid: Roma 22 de enero de 1778, págs. 143-144.

luego al embajador, y todo se ha remediado, y el rescripto queda suprimido. Creo que no ha sido éste pequeño servicio. De novedades del gran mundo no sé nada. Repito más deseos de que vd. se mantenga bueno, y quedo siempre de vd. su mas afecto amigo y servidor.- Azara.- Señor Roda”<sup>363</sup>.

Una semana más tarde, en la del 12 de febrero (págs.146-147 de la *Correspondencia*), seguía sin haber noticia alguna del patriarcado, pero sí de los manejos que según Azara perpetraban los jesuitas apoyados por el papa, ya “a cara descubierta”, infiltrándose o desestabilizando otras congregaciones, como la de los filipenses, sus antiguos rivales en el control de la educación. Una orden que estaría a punto de la escisión, causada al verse presionados por los cardenales visitantes a recibir en sus comunidades “algunos sugetos que ésta no quería”, y que a juicio del diplomático no eran si no “los mas jesuitas fanáticos que hay”, consiguiendo así acabar con la orden, o “indirectamente apoderarse de ella”. En la carta del 26 de febrero, tras aludir nuevamente al “jesuitismo por arriba y por abajo” que reinaba en la Ciudad Eterna, nos refiere nuevas noticias sobre el asunto del patriarcado, previendo ya, entre incrédulo e indignado, el final de una historia que tacha de “indecente”, quejándose a Roda de la orden por la que debía solicitar de manera ya formal el mencionado título, con retención del arzobispado que gozaba Delgado:

“Habiendo venido la órden formal, para pedir á nombre del Rey la retencion del arzobispado de Sevilla para el patriarca, creo que el 9 del que viene se proclamará en consistorio, y el 16 se hará cardenal con los demas de las coronas; y así acabará esta indecente historia, de la cual es mejor no volver á hablar. En esta promocion verá vd., que todas las resultas serán para los mas famosos terciarios que hay en la prelatura”<sup>364</sup>.

Delgado y Venegas fue proclamado finalmente patriarca en el consistorio de obispos celebrado el día 30 de marzo de 1778, tan solo ocho meses después de su provisión por el rey, en su carta del día 5 de ese mes Azara nos refiere los detalles previos al mismo, o lo que es decir: el triunfo de “sus amigos”, y de la también próxima promoción de cardenales, principalmente los “de las coronas”, postergado por el momento a causa del asunto del patriarcado, y probablemente para que diera tiempo a incluirlo en él. Una carta en la que Azara no puede disimular su enfado, a pesar de constituir un nuevo envite del regalismo contra las facultades papales, probablemente

---

<sup>363</sup> Ibid: Roma, 4 de febrero, págs. 145-146.

<sup>364</sup> Ibid: Roma, 26 de febrero, págs. 147-148.

por el hecho de verse obligado a colaborar en el encumbramiento de un prelado que como Delgado era tenido por conservador, y por lo tanto escasamente proclive a sus posiciones:

“El pasado, aseguré á vd. que la promocion de las coronas se haría el 16 de este, pero despues ha mudado de idea el Papa, y la ha diferido hasta el lunes de Quasimodo. La razon ha sido, porque de ahí escriben al duque, que vendrá luego el proceso informativo para proclamarlo patriarca, y ha resuelto que se espere, que si nose hubiera suplido aquí, comose habría podido, por salir de una vez de un negocio tan feo y tan raro, y que ya por honor nuestro, es menester acabarlo de veras. Los amigos triunfarán, pero si tuvieran conciencia y honra, deberían avergonzarse de cuanto han hecho”<sup>365</sup>.

Sin embargo, aunque la victoria en el asunto del patriarcado había sido para el rey, más que para Delgado, que al fin y al cabo era criatura de este – más que le pesara al diplomático español –, en el consistorio de cardenales llegaría en cierta manera la contrapartida, toda una bofetada a las cortes borbónicas, pues como indica Azara en su nueva carta a Roda, del 12 de marzo, en él serían premiados principalmente amigos declarados de la Compañía:

“De las cosas de aquí no hay nada que avisar por hoy, porque no es novedad la insolencia, con que triunfan de nosotros los jesuitas. Ahora veremos los efectos, al tiempo de la promocion, que ya se va acercando, donde no habrá provisto nuevo, que no sea un jesuita profeso, y que haya dado pruebas de antirealista fanático. Se espera por este correo el proceso del patriarca, y luego se señalará el día para el consistorio”<sup>366</sup>.

Como puede verse en la del día 19 de marzo, las instrucciones que llegaron firmadas de Gálvez, a pesar de la versión de Azara mantenida todo el tiempo por Azara, que insistía en que el soberano únicamente consentía en que la parte interesada – Delgado o la camarilla conservadora – solicitase el asunto, ordenaba taxativamente que se pidiera la dispensa a nombre del rey, algo a lo que el agente español se resigna finalmente:

“Amigo y señor... veo cuanto vd. me dice en su carta de 24 del pasado, acerca de las irregularidades del negocio del patriarca. Yo las conozco del mismo modo, pero veo que no tienen remedio, pues, por mas que conste á vd. que el Rey no quiere pedir en su nombre las consabidas dispensas, sino que permite que la parte se las pida, la orden repetida dice, que se

---

<sup>365</sup> Ibid: Roma, 5 de marzo, págs. 149.

<sup>366</sup> Ibid: Roma 12 de marzo, págs. 150-151.

pidan á nombre de S.M., y esto, con su añadidura seria de amenaza, si no se piden. Ahora juzgue vd. qué gusto será para un pobre hombre, que se ve obligado á obrar contra lo que le dicta su propia razon. El sacrificio no puede ser mayor, pero la obediencia lo quiere así. Por este correo debe venir el proceso informativo de la persona del patriarca, y con él se pasará luego á proclamarlo en consistorio; y el que deba responder á Dios y al mundo, que responda, que yo he hecho cuanto estaba de mi parte”<sup>367</sup>.

Una vez proclamado el consistorio, el 30 de marzo<sup>368</sup>, finalizaba el “vergonzoso enredo” que veía el ilustrado agente en todo esto, anunciándose un nuevo retraso en la elección de los nuevos cardenales:

“Roma 2 de abril de 1778... El lunes hubo el consistorio anunciado de obispos, y en él se proclamó nuestro insigne patriarca, con retención de su obispado de Sevilla; y con esto, hemos acabado con este vergonzoso enredo. Naturalmente el jueves que viene podré enviar las bulas, de las cuales al menos, sacaré la propineja de la agencia, despues de haber trabajado tanto, para no tenerla. El arzobispo de Turín ha muerto, y era el que tenía la nómina de cardenal. Ahora será necesario, que aquella córte haga otra nómina, y si no la envía muy luego, será difícil que se pueda hacer la promocion para el lunes de Quasimodo, como se había proyectado. El mal no será grande en el cielo ni en la tierra”<sup>369</sup>.

El 9 de abril Azara anuncia a Roda el envío de las bulas del patriarca para Madrid:

“Las benditas bulas del patriarca van hoy por fin, con las del obispo de Mallorca. Estará contenta ahora esa gente, y buen provecho les haga. Creo, que la promocion no tardará, porque dicen, que ya ha venido la nómina de Turín [las tenía el arzobispo de dicha ciudad, fallecido pocas fechas antes”<sup>370</sup>.

Y en la del 14 de mayo por fin la fecha del consistorio cardenalicio, fijado para el 1 de junio siguiente, manifestando su más profunda extrañeza por el silencio con que en Madrid se han recibido las bulas, que no acababan de hacerse públicas:

“Roma 14 de mayo de 1778... No sé por qué hacen ahí misterio de la cosa del patriarca, y de haberse preconizado en consistorio, porque no veo razon para callar lo que aquí hemos hecho tan en público; tendrán razones, que ni vd. ni yo alcanzaremos. Por lo que mira á promocion de

---

<sup>367</sup> Ibid: Roma 19 de marzo, pág. 151.

<sup>368</sup> ASV: Acta.Cam. 39, fol. 5rv; y Atti Consist. 1778, pars I, fols. 26-40v.

<sup>369</sup> Correspondencia Azara-Roda: Roma, 2 de abril, págs. 152-153.

<sup>370</sup> Ibid: Roma, 9 de abril, pág. 154.

coronas, ya parece que se van acomodando las cosas, y creo poder asegurar, que se hará el primero del mes que viene, sin falta. Así saldrá de cuidado nuestro candidato y sus protectores. Aquí, la prelatura se mueve que es un gusto verla, para los que como yo, no tenemos interés ninguno en ella, ni nos importa un bledo que hagan cardenal al moro Muza”<sup>371</sup>.

Otro asunto previo a la proclamación, y no menos importante, al menos en aquella época, consistía en los ingentes gastos que los purpurados electos debían depositar en la tesorería pontificia, algo de lo que Delgado parecía no darse por enterado, y que el propio papa refiere al exasperado Azara, no enviando, tal y como era lo habitual, representante alguno a Roma para ello, como vemos en la misiva de de 21 de mayo:

“Amigo y señor: si no hablo á vd. de promocion, no sé de que hablar, porque aquí estamos apestados de esta conversacion, no oyendo otra cosa día y noche; que para quien no le importa nada, ya ve vd. qué música es tan desagradable. Nuestro patriarca, que ha de recibir con los demás la veste nupcial, ha tomado el partido de no darse por entendido de nada, ni dar la menor disposicion, para pagar la infinidad de cosas que hay que pagar aquí á la promocion, ni hacer aquellos pasos que son necesarios, ni menos se sabe, que tenga aquí un agente. El Papa me habló ayer de esto, preguntándome qué haría. Yo le respondí que lo vomitase en consistorio, que era lo que le tocaba, y no se tomase pena de lo demás, ya que el interesado no se la tomaba. Que por mi no me importaba un bledo. El embajador quiere hacer por sí, y aun piensa espedir un correo. Yo le he dicho que haga lo que quiera, que no me meto en nada, porque el negocio es particular, y no del Rey”<sup>372</sup>.

La tardanza por parte de Madrid en publicar las bulas no hacían si no aumentar los recelos del agente español, receloso de la corte, y de la que temía alguna represalia a cuenta del documento y a causa de su primer parecer, contrario a todo el asunto del patriarcado (carta del 28 de mayo):

“Amigo y señor... Cada vez alcanzo menos la razon de no publicar la llegada de las bulas del patriarca. Algun fin hay en ello, porque yo tengo mi autentica de que las han recibido. Apuesto que las examinan, para ver si me pueden hallar en algun garapaton para darme un varapalo. La sospecha la fundo en que ese malagueño me ha tomado por su cuenta á perseguirme, desde que le rebatí sus disparates de patriarcado. Venga, que no le tengo miedo. De promocion no quiero hablar á vd., porque es negocio podrido. El lunes se hará, y vds. se hallarán ahí con dos o tres correos, que les llevarán el capelo que nos toca, como si fuera la noticia de la salvacion de España”.

---

<sup>371</sup> Ibid: Roma, 14 de mayo págs. 159-160.

<sup>372</sup> Ibid: Roma, 21 de mayo, pág.160-161.



Tras la confirmación del patriarcado, y como ya se ha avanzado, Delgado fue elevado a la púrpura muy pocos meses después, siendo proclamado cardenal-presbítero en el octavo consistorio de Pío VI, celebrado de manera secreta el 1 junio de 1778, en un ambiente de exoneración parcial del jesuitismo manifestado en la elección de los otros nuevos príncipes de la Iglesia, algo de lo que se lamentaba Azara de manera airada en la citada correspondencia<sup>373</sup>:

“Roma 11 de junio de 1778... El pasado, no pude avisar á vd. la promocion de prelados, porque á la hora que se publicó, ya yo había enviado mis cartas á la posta. El embajador tuvo la lista á tiempo, y así la pudo avisar; verdad es, que bien poco importa el ignorarla, porque maldito el interés que en ello tenemos; y aun en aquello poco que lo podemos tener, no sirve de nada, pues al cabo el Papa hace lo que quiere, y no lo que nosotros pedimos. El abate Fabri, sobrino de Ganganelli, ha sido nombrado para llevar la birreta á nuestro patriarca, no por amor, cierto, sino para que lo proveamos bien de renta. Por el mismo fin irá á Francia el sobrino del Papa, y uno y otro no partirán naturalmente hasta setiembre. Este último se hallará allí, cuando pára la reina, y si páre varon, entregará las fajas benditas, con lo cual tendrá doble propina. En lo demas de la promocion, poco sirve que yo le nombre á vd. gentes que no conoce, ni tiene gana de conocer. En general la tal promocion ha sido muy poco aplaudida, y se oyen chillidos, que es un divertimento para los que estamos ál a parte de afuera. Solo hay de reparable, que el mas premiado es un tal Mr. Silva, secretario de la visita de la iglesia nueva, y el que ha fomentado el jesuitismo en ella”.

Los nuevos cardenales preconizados junto con Delgado, algunos de los cuales eran considerados por Azara proclives a la extinta orden ignaciana, fueron: el arzobispo de Ruán, Dominique de La Rochefocauld; el de Malinas, en la actual Bélgica, entonces Países Bajos austriacos, Joannes Henricus Frankenberg; el primado húngaro, arzobispo de Esztergom, József Bathyáni; Tommaso María Ghillini, arzobispo titular de Rodas; Carlo Giuseppe Filippa della Martiniana, obispo de Saint Jean de Maurienne, en Francia; Louis René Edouard de Rohan-Guéménée, obispo-coadjutor de Estrasburgo, implicado años más tarde en el célebre asunto del collar junto a trapisondistas como Cagliostro y otros; Fernando de Sousa e Silva, pocos meses más tarde nombrado patriarca de Lisboa; Giovanni Cornaro, gobernador de Roma y de ilustre familia veneciana, aún ordenado de menores; y por último Romoaldo Guidi, subdiácono adscrito en la Curia a diversas congregaciones y consejos. Nuestro prelado no llegaría sin embargo a viajar jamás a Roma para recoger su título junto con el capelo, su pronto

---

<sup>373</sup> Correspondencia de Azara y Roda, opus cit. págs. 164-165, Roma 11 de junio de 1778.

fallecimiento se lo impediría, recibiendo únicamente la birreta cardenalicia por breve apostólico de 4 de agosto de ese mismo año, que le fue entregada de manos de monseñor Girolamo Fabri Ganganelli, camarero del entonces papa Pío VI y sobrino del fallecido Clemente XIV, la cual como veremos a continuación le fue impuesta por el propio Carlos III en sus habitaciones privadas<sup>374</sup>. Además, monseñor Ganganelli traería como obsequio al nuevo purpurado el *lignum crucis* que su difunto tío el citado pontífice portaba en su pectoral, una reliquia cuya agitada historia veremos más adelante. Delgado y Venegas no llegó a recibir nunca el capelo, como algunos han escrito, pues no llegó a viajar a Roma para recibirlo, falleciendo como cardenal “*in pectore*” sin título de ninguna basílica romana. Existe un curioso manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid sobre los regalos con que obsequió el nuevo cardenal *in pectore* al enviado papal, y su séquito, compuesto principalmente por un secretario, camarero, y criado, tocando al primero: un servicio de plata, un anillo de brillantes, una caja de oro con una miniatura guarnecida de brillantes, una botonadura para la camisa también en brillantes, un bastón de caña de indias con su pomo de oro, un lingote de plata en bruto tal y como sale de la mina, un juego de porcelana ribeteada en oro, una pieza de raso negro, 4 botes de tabaco de la más alta calidad, un estuche de oro, y un telescopio<sup>375</sup>.

Antes de la imposición por parte del monarca el nuevo purpurado debía realizar el juramento de fidelidad al pontífice prevenido en el breve, un acto que tendría lugar el día 30 de diciembre de 1778 en el propio oratorio que el prelado tenía en sus aposentos de Palacio, asistido del padre Eleta, confesor del rey, del notario mayor de la Real Capilla, y ante el referido enviado papal. La documentación que obra en el Archivo General de Palacio<sup>376</sup> sobre dicho acto nos ofrece una idea del desarrollo de estos actos protocolarios, que se seguirían llevando a cabo en nuestro país hasta bien entrado el siglo XX, siendo una de las primeras medidas del actual monarca el renunciar al secular privilegio de presentación de obispos. Una vez hecha la preceptiva oración a Nuestro Señor, el prelado, de su propio puño y letra estampó su nombre y apellidos bajo las

---

<sup>374</sup> ASV, *Fondos Consistoriales*: A.C. 39, fol. 16; Breve Apostólico de 4 de agosto en: S. Br. Reg. 4360, fol. 434-434v.

<sup>375</sup> BNE, Biblioteca Digital Hispánica, *Manuscritos*, Papeles Varios (1701-1800), signatura Mss/17871. Al secretario tocó un anillo de topacios y una caja de oro, y a los dos restantes una caja en dicho metal con 50 duros de oro.

<sup>376</sup> AGP, *Real Capilla*, leg. 6.804: Contiene la documentación relativa a la imposición de la birreta por parte de los monarcas a diferentes prelados.

cláusulas del juramento, que fue autorizado por el notario antes citado, también presente en el solemne acto que tuvo lugar al día siguiente en el oratorio regio que el monarca tenía en sus aposentos. Allí, rodeado Carlos III de los príncipes e infantes, asistido de diferentes Grandes y en presencia del citado enviado papal, se procedería a la imposición de la mencionada birreta al nuevo cardenal una vez celebrada la Santa Misa. Tras serle presentado al rey el breve, que tomó de una bandeja de plata que le ofreció el propio Ganganelli, y una vez leído por el notario presente, el mismo enviado pontificio ofreció en otra nueva fuente al monarca la birreta, que este impuso sobre la cabeza del nuevo cardenal, dándose con ello por terminado el acto. Fueron testigos del acto diferentes Grandes, entre ellos el marqués de Montealegre y conde de Oñate, mayordomo mayor de Carlos III, el duque de Arcos, capitán general de los Reales Ejércitos y capitán de la Compañía Española de Guardias de Corps, y el duque de Losada, teniente general y sumiller de corps de Palacio.

Resulta bien curioso que solo después de su elevación al cardenalato, que fue celebrado en Sevilla con repiques y luminarias por tres días y tres noches<sup>377</sup>, Delgado decidiera plasmar su imagen en retratos, no conociéndose ninguno anterior a este momento, ni en su etapa como obispo de Canarias y Sigüenza, ni tampoco de la de magistral en Córdoba y Badajoz. Al menos no se han conservado, y si existen deben estar en paradero desconocido o sin leyenda alguna que los identifique, algo verdaderamente extraño, y que nos lleva a pensar en la propia seguridad que el prelado tendría sobre su propio futuro. Las copias que existen proceden principalmente de cuatro retratos, todos realizados durante su estancia madrileña: uno sedente obra de Inza que obra en la Santa Caridad de Sevilla, del que es copia el de Espinal conservado en el Palacio Arzobispal sevillano: otro en esa misma posición, aunque distinto, obra de Francisco Bayeu, en una colección privada, siendo de este claras copias el situado en la parroquia de Villanueva del Ariscal y el ubicado en el Archivo del Arzobispado de Sevilla, aunque este último de menos calidad que el anterior, una copia del de Bayeu realizada por su hermano Ramón en vida del prelado que se halla perdida – ¿quizás el

---

<sup>377</sup> AGAS, Catedral, Sección III, *Liturgia*, Libros de la Diputación de Ceremonias, núm. 86, fol. 170v. Delgado les comunicó su elección mediante una carta fechada en Aranjuez el 13 de junio de 1778, leída por el cabildo el 21, ordenando de inmediato se diesen tres repiques a las 12 de la mañana que debían repetirse junto con luminarias nocturnas durante los tres días siguientes. Nuevamente serían Reinoso, ahora arcediano titular, el doctoral Valcárcel, y Venegas, todavía racionero, quienes agradecerían al soberano en nombre del cabildo por los parabienes con que distinguía a su prelado, siendo introducidos en el besamanos regio por el marqués de Valdecarzana (Matute, *Anales*, II, 292).

de Villanueva? —; varios de Espinal de busto repartidos por diversas instituciones sevillanas: la Galería del Prelado del Palacio Arzobispal, la Biblioteca Capitulár y Colombina, el Convento de Capuchinos de Sevilla, y el Palacio de Lebrija; uno también de busto encargado por la Hermandad de los Negritos de dicha ciudad para su galería de prelados; y uno último de Francisco Casas, también madrileño, pero de cuerpo entero, enviado por Delgado a Canarias y a Sigüenza, del que tan solo subsiste el primero, así como una copia del mismo de medio cuerpo e inferior calidad situada en el Palacio Episcopal canario. Finalmente hay que resenar una miniatura atribuida a Vicente López sobre el modelo de Inza-Espinal, y un grabado realizado por la calcografía de Antonio Capellán en Roma para la colección de cardenales de la curia (Para más detalles ver apartado sobre mecenazgo).

El patriarcado de las Indias traía anejos como ya se ha dicho importantes cargos palatinos, como el de procapellán mayor y limosnero mayor de S.M., vicario general de los Reales Ejércitos de Tierra y Mar, y el de gran canciller de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III, creada por el propio monarca con motivo del nacimiento de su primer nieto el 19 de septiembre de 1771. El prelado sevillano fue investido de todas esas dignidades por dos decretos de 6 y 15 de agosto de 1777, por lo que debía contar unas más que pingües rentas que se acercarían con seguridad a los 500.000 reales de vellón anuales. Estas retribuciones serían:

- En primer lugar 20.000 reales de vellón de sueldo por el patriarcado de las Indias y el cargo de pro-capellán mayor.
- Otros 293.000 procedentes de pensiones cargadas sobre las mitras de México, Puebla de los Ángeles y Michoacán.
- Otros 154.000 procedentes de las rentas de la abadía de Alcalá la Real.
- Y por último 14.000 reales de vellón en concepto de refacción o devolución al clero por las cantidades retenidas por el Estado.

Sin embargo, el hecho de permitir Carlos III a Delgado retener su arzobispado sevillano le llevarían a gozar de unas rentas cercanas al millón de reales, y esto debió parecer ya excesivo al monarca, que anuló el nombramiento para Alcalá la Real y la pensión mexicana, compensando al arzobispo con una nueva pensión de 119.000 sobre la mitra de Santiago de Compostela, quedando así los goces del nuevo cardenal y patriarca cercanos a los 150.000 reales de vellón a los que habría que sumar las

cantidades de que podía disponer procedentes de sus rentas hispalenses, de las que se le libraron por parte de su tesorero Rodríguez Bravo importantes cantidades<sup>378</sup>. Así por ejemplo tenemos noticia que para los muchos gastos que el prelado debía afrontar en la corte: agasajos a personajes palatinos, propinas a los criados de estos, por realización de mandados, viajes y acomodos en los desplazamientos de la Familia Real, y limosnas a los conventos por donde pasaba y a todos los pobres que se le acercaban, Bravo le remitió tan solo en el año 1778 cantidades cercanas al millón de reales<sup>379</sup>. Asimismo Delgado puso sus caudales a disposición del monarca con motivo de la guerra con Inglaterra (1779), entregándole una cantidad que según se refleja en su *Oración fúnebre* (Ver en el apartado dedicado a su fallecimiento) llegó a los 950.000 reales, iniciativa que también siguieron el cabildo secular y catedralicio, que aportó 100.000 ducados, mereciendo ambas el aprecio del rey, como recoge Matute en sus *Anales*, y constan también en los autos capitulares catedralicios<sup>380</sup>.

Entre las funciones señaladas estaba la de gran canciller de la Orden de Carlos III, por lo que debía presidir los capítulos en los que no estuviera presente el monarca y dispensar los cruzamientos de los nuevos caballeros, que podían ser grandes cruces, supernumerarios, o pensionados, también las honras fúnebres y las misas de réquiem por los caballeros ya difuntos. Todas estas ceremonias se venían realizando en la que de hecho era sede de la Orden, la madrileña iglesia de San Gil, perteneciente al convento franciscano de ese nombre, muy cercano a Palacio, siendo una de las últimas que presidió la que tuvo lugar el 12 de julio de 1781 con gran concurrencia de personas<sup>381</sup>. En el año del fallecimiento de Delgado la estructura de la Orden estaba compuesta tras el rey, gran maestro y soberano de la Orden, por el gran canciller, ministro principal de la corporación, el propio Delgado y Venegas como hemos visto, por don Bernardo del Campo, secretario, el marqués de Ovieco, que hacía de maestro de ceremonias, y por el conde de Valparaíso, secretario<sup>382</sup>. El grado de gran cruz era concedido a lo más granado de la aristocracia, a los infantes, a los principales ministros del rey, y a los más importantes prelados del reino, entre los que se contaban el propio Delgado desde 1777.

---

<sup>378</sup> Ibid, *Carlos III*, leg. 237 (I).

<sup>379</sup> AGAS, Arzobispado, Sección IV *Administración General*, Mesa Arzobispal, leg. 848, fols. 187v y 206.

<sup>380</sup> Ibid, Catedral, Sección I, *Secretaría*, LAC, 143 (1780), fols. 52v y 65v; Matute: *Anales*, II, pág. 298.

<sup>381</sup> *Mercurio Histórico y Político*, julio de 1781, pág. 287.

<sup>382</sup> *Kalendario Manual y Guía de Forasteros en Madrid. Año 1781*, Madrid, Imprenta Real de La Gazeta, 1781, págs. 40-41.

Junto a él eran además grandes cruces el arzobispo de Toledo, cardenal Lorenzana, desde 1771; don Manuel Ventura de Figueroa, gobernador del Consejo de Castilla y futuro patriarca, desde 1780; el inquisidor general, Felipe Bertrán, asimismo obispo de Salamanca; el arzobispo de Santiago, Francisco Alejandro Bocanegra y Gibaja; y el de Valencia, don Francisco Fabián y Fuero<sup>383</sup>.

La Asamblea Suprema de la Orden, estaba formada en 1781 por el rey, su gran maestre y soberano, que la presidía, por el gran canciller, su vicepresidente, y por algunos de los principales ministros y nobles del Reino, encabezados por el duque de Losada, sumiller de corps y caballero más veterano. Le seguían: el marqués de Montealegre, el duque de Híjar, el de Uceda, don Bernardo del Campo, secretario de la misma, marqués de Ovieco, maestro de ceremonias, el conde de Valparaíso, tesorero, don José Faustino de Medina, don Pedro de Rada, don Francisco de Montes, don Vicente Rodríguez de Rives, y don Diego López Perella, secretario de Decretos. Junto a esta, funcionaba igualmente la llamada Real Junta de la Inmaculada Concepción, institución fundada bajo el reinado de Felipe III, en 1616, para tratar de cualquier asunto relativo a aquel misterio, defendido desde antiguo y de manera ardiente por toda España, con la misión principal de promover su definitiva definición como dogma. Renovada y unida a la nueva Orden fundada por Carlos III por Real Decreto de 21 de marzo de 1779, que dicho soberano había puesto bajo aquel patronazgo, ensalzándola por encima de todas las del reino, tan solo por debajo de la del Toisón de Oro, la Junta era presidida por el gobernador del Consejo, siendo vocales natos el patriarca de las Indias, gran canciller de la Orden, el arzobispo de Toledo, el confesor del rey, el comisario general de Cruzada, dos ministros que estuviesen ya condecorados como caballeros pensionistas, y el fiscal más antiguo del tribunal de la Cruzada. Junto a estos, existían trece teólogos en calidad de consultores, a los que debía unirse el superior general de los franciscanos españoles, el de Indias para la misma orden, y dos eclesiásticos seculares y uno regular con residencia en Madrid<sup>384</sup>.

---

<sup>383</sup> Ibidem.

<sup>384</sup> *Novísima Recopilación de las Leyes de España dividida en XII Libros*, Madrid, 1805, Tomo I, Libro I, Título I, Ley XIX: R.D. dado en El Pardo de 21 de marzo de 1779 de Renovación de la Real Junta de la Inmaculada Concepción unida a la Distinguida Orden de Carlos III. Ver asimismo: *Kalendario Manuel y Guía de Forasteros*, opus cit., págs. 42-43.

Además de los ya mencionados componentes natos, formaban parte del consejo de la misma en ese año 1781, los señores: Juan de Acedo Rico, Domingo Alejandro Cerezo, el conde de Campomanes, y don Andrés Cerezo, que era el secretario. Los teólogos consultores, escogidos entre obispos, eclesiásticos, y clero regular eran: fray Antonio Artalejo, obispo de Vich, fray Andrés de Cuevas, por los carmelitas calzados, fray Antonio Alvián, comisario general de los franciscanos en España, fray Manuel de la Vega, con idéntico cargo pero las Indias, fray Juan García Picazo, del convento de San Francisco de aquella corte, fray Antonio Moreno, del convento de trinitarios calzados, fray Miguel de Ruete, del convento madrileño de San Martín, fray Francisco Salcedo, del de San Felipe el Real, fray Francisco Martín, general de la orden premostratense, don Miguel Joaquín Morón, cura párroco de San Nicolás, en Madrid, el obispo de Urgel, don Juan García Montenegro, fray Anselmo Rodríguez, también del convento madrileño de San Martín, y fray Carlos Vallejo, del de San Bernardo<sup>385</sup>.

#### Procapellán, limosnero y vicario castrense

Como procapellán mayor del rey y su limosnero mayor uno de los más importantes cometidos del nuevo patriarca era el de hacerse cargo del gobierno de la Real Capilla<sup>386</sup>, que como ya hemos visto constituía en sí una jurisdicción exenta repartida por los diferentes Reales Sitios, o allí donde la corte permaneciera, presidiendo las funciones y actos más solemnes que requiriesen la presencia de la Real Familia, y disponiendo en nombre del soberano sobre los diferentes asuntos relativos a su gobierno. Como limosnero mayor su papel no era tampoco menor, pues debía

---

<sup>385</sup> *Kalendario*, págs. 42-43.

<sup>386</sup> Sobre las facultades, privilegios, jurisdicción y ceremonial de la Real Capilla pueden consultarse junto a sus estatutos: *Constitución de la Real Capilla del Rey Nuestro Señor*, Buen Retiro 21 de diciembre de 1756. Adición de 1757; AGP, *Carlos III*, legajo 247 (Nueva Planta de 1777); Sección *Administrativa*, legajo 1.133; y varias obras coetáneas de gran interés: *Bulas y Breves Pontificios relativos a la jurisdicción privilegiada de la Real Capilla*, Madrid, Imprenta de la Real Casa, 1878; *El Ceremonial de la Real Capilla de Su Magestad. Formada de orden superior y dedicado a la Reyna Nuestra Señora D<sup>a</sup> María Luisa de Borbon*, Madrid, 1802; *Tabla de las festividades á las que el Rey N. Señor (Que Dios guarde) asiste así á la cortina como á la tribuna de su Real Capilla de Palacio, y de las que se celebran anualmente en la misma y en otras varias de Madrid, previas algunas advertencias acerca de las horas en que deben empezar los divinos Oficios diariamente, y el Ceremonial que debe observarse en el culto mensual de las Cuarenta Horas, y en otras fiestas solemnes que no tienen día fijo*, Madrid, por D. Eusebio Aguado, impresor de Cámara de S.M., 1832. De la bibliografía más actual destacan las aportaciones de Beatriz Comella: “La jurisdicción eclesiástica de la Real Capilla de Madrid (1753-1931)”, en *Hispania Sacra*, núm. 58, enero-junio de 2006, págs. 145-170; y Juan Carlos Saavedra Zapater, “Evolución de la Capilla Real de Palacio en la segunda mitad del siglo XVIII”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 2003, Anejo II, 241-267. Ver asimismo los inventarios-guías de C. Morterero Simón: *Guía del Archivo del Palacio Real de Madrid*, Madrid, Patrimonio Nacional; y últimamente de Margarita González Cristóbal: “Archivo General de Palacio”, en *Arbor*, mayo 2001, págs., 267-286.

supervisar las obras de caridad que el rey dispensaba, ya de motu proprio o en su nombre, disponiendo sobre las diferentes instituciones benéficas que estaban sujetas al regio patronato. Para atender las necesidades espirituales del monarca y su corte la Real Capilla contaba con una amplia plantilla de eclesiásticos y servidores, que desempeñaban sus funciones en los diferentes palacios donde el monarca permanecía. Fernando VI la había dotado de una nueva planta en 1749<sup>387</sup>, renovando sus constituciones, que en la época de Delgado eran las promulgadas por aquel en 21 de diciembre de 1756, con pequeñas adiciones finales agregadas en 2 de mayo de 1757, las cuales derogaban las que otorgara Felipe IV en 1623. Sucesivas modificaciones en su planta se sucedieron en los años 1761, 1771, y 1777, ampliando o reduciendo esta junto con su dotación económica. Entre las facultades del rey estaban la de mandar celebrar una misa antes del amanecer y otra después del mediodía, usar altar portátil ya en sus desplazamientos como en su propia habitación, solicitar indulgencias semejantes a las que se pueden lucrar en Roma, u obligar a renunciar al pro-capellán electo a los oficios y prebendas que este acumulare, para que así dedicase todos sus esfuerzos en atención de esta. Las del pro-capellán eran fundamentalmente: estar exento de la jurisdicción ordinaria, conocer y terminar las causas judiciales de sus súbditos, dispensar penas eclesiásticas como cualquier otro obispo, elegir confesores, examinarlos y darles licencias, conceder estas mismas para administrar sacramentos, celebrar misas de pontifical en cualquier iglesia a que acuda el rey aunque fuese catedral, absolver censuras y dispensar casos de irregularidad, reconocer testamentos, visitar obras y lugares píos, publicar y fijar edictos, ordenar de tonsura y de menores y dar dimisorias para que sus feligreses puedan ser ordenados de sacerdote por otros obispos, subdelegar funciones, asistir a matrimonios de sus feligreses, y en presencia del monarca de los que no lo fueran, enterrar a los miembros de la Real Familia, celebrar misa aun si hubiera entredicho, conceder indulgencias a quienes asistan a actos litúrgicos en presencia de Su Majestad, ejercer de cura de almas entre los súbditos de la Real Capilla y extranjeros que sigan a la corte, o dispensar de abstinencia durante la Cuaresma.

Las principales solemnidades y pontificales podían ser presididos tanto por el patriarca como por el nuncio, correspondiendo al primero officiar las de: Epifanía, primero de Pascua de Resurrección, domingo de Pentecostés, domingo infraoctavo del

---

<sup>387</sup> Dicha planta y reglamento, de fecha 18 de marzo de 1749, estipulaba entre otras cláusulas el sueldo anual del patriarca en 20.000 reales de vellón. Ver AGP, *Carlos III*, 237 (II).



Corpus, dominica en que se celebrase la fiesta del Patrocinio, día 10 de diciembre en que se celebraba la fiesta de desagravios a Cristo Sacramentado, día primero de Pascua de Navidad, las honras que se hacían de pontifical por los últimos reyes y reinas, y todas las de medio pontifical. Al segundo tocaban los del Jueves y Viernes Santo, día del Corpus y de la Concepción<sup>388</sup>. Entre los privilegios acumulados por la Real Capilla estaban las de contar con altar de ánima, indulgencia plenaria cada vez que se celebrase en un altar determinado; otras por visitar la Real Capilla; suspensión del entredicho mientras estuviese presente el rey; reserva del Santísimo y celebración de la octava del Corpus, indulgencia plenaria el día del cumpleaños del rey a quienes visitaren la Capilla, o la facultad de ganar estas en cualquiera de las otras iglesias donde se hallare la corte<sup>389</sup>.

En 1777, fecha en que toma posesión de la misma Delgado y Venegas la planta era la siguiente<sup>390</sup>: tras el procapellán venían un receptor, también sacristán mayor, un juez de la Real Capilla y del Vicariato Castrense, quien ejercía de procapellán y vicario en las interinidades, un fiscal para el tribunal de ambas instituciones, un cuerpo de cuarenta capellanes de honor a modo de cabildo, un secretario-teniente de limosnero y otros cargos de menor entidad. Si bien la corte no permanecía nunca demasiado tiempo en Madrid, pues a lo largo de todo el año se repartía entre los diferentes Sitios Reales: invierno en El Pardo, primavera en Aranjuez, verano en La Granja, y otoño en El Escorial, nos referiremos ahora al funcionamiento del culto en la capilla del hoy conocido como Palacio de Oriente, en la que se celebraba misa mayor todos los días, salvo que por expresa petición del rey esta se trasladase a otra iglesia, algo que conllevaba igualmente el traslado de todo o parte del cuerpo de capellanes, cantores, música, y demás servidumbre asignada a los cultos. Se cantaban igualmente primeras y segundas vísperas y completas aunque el rey no saliese *a la cortina* ni a la tribuna, y completas y culto de las Cuarenta Horas y maitines en los días de Navidad, Reyes,

---

<sup>388</sup> *El Ceremonial de la Real Capilla de Su Magestad...*, y *Tabla de las festividades á las que el Rey N. Señor (Que Dios guarde) asiste así á la cortina como á la tribuna de su Real Capilla de Palacio...*, opus cit.

<sup>389</sup> *Bulas y breves pontificios*, opus cit.: ver apartados 6 al 34 del citado breve de 1753.

<sup>390</sup> AGP, *Carlos III*, legajo 247 (Nueva Planta de 1777). Por un breve de 4 de abril de 1777 Pío VI solventaba las dudas planteadas por el arzobispo de Toledo, el Consejo de Órdenes, o el prior del Escorial sobre la jurisdicción palatina en la villa de Madrid y fuera de ella, asignando tres parroquias palatinas: la Ministerial de Palacio, El Pardo, y Aranjuez, promulgando el monarca una Real Cédula de 31 de mayo de dicho año ordenando su cumplimiento. La Real Capilla se beneficiaba asimismo de tres pensiones perpetuas por valor de 5.000 pesos detraídas de las rentas de las mitras de México, Tlaxcala y Michoacán, conseguidas gracias a dos bulas fechadas el 6 de abril y el 10 de mayo de 1754 (Novísima Recopilación, XXIV, ley I, Real Decreto de Fernando VI de 11 de noviembre de 1754).

Difuntos, y principales de la Semana Santa. El día de la Ascensión se cantaba nona de manera muy solemne, y el de Todos los Santos tras la misa solemne, se cantaba un Te Deum y una Salve en acción de gracias por haberse librado el reino de las catastróficas consecuencias del célebre terremoto de 1755, acaecido aquel día. Entre todas las gracias espirituales e indulgencias con las que estaba privilegiada la Real Capilla, una de ellas era la de la referida celebración de las Cuarenta Horas, que era todos los primeros jueves, viernes y sábados de cada mes, oficiándose cuatro pontificales desde la entronización del Santísimo hasta su reserva en el Tabernáculo. En los últimos dos días de dicha solemnidad rezaban los capellanes de honor antes de la misa solemne diferentes salmos, velando todos por turnos de una hora, algo que también debían repetir el Jueves y el Viernes Santo mientras estuviese puesto el Monumento. Todos los eclesiásticos adscritos debían officiar misa según el turno que tuviera señalado por el receptor, desde los capellanes de honor, a los de altar y coro y los sacristanes, repartiéndoselos entre las diferentes horas del día y del año tanto en la propia Real Capilla como en los diferentes oratorios repartidos por las estancias de Palacio. Cuando el rey acompañado de los infantes y de la corte asistía *a la cortina*, es decir sentado en el solio con motivo de alguna solemnidad importante, era capilla pública, en las fiestas de menos relevancia lo hacía desde la tribuna de la misma, y en los días ordinarios escuchaba la misa en su oratorio privado.

Como se ha dicho, tras el procapellán seguía en autoridad el receptor, presidente y decano del cuerpo de capellanes y también sacristán mayor y tesorero, a cuyo cargo quedaban las alhajas y el relicario de la Real Capilla, y que asistía al prelado en las principales funciones, siendo además el encargado de señalar los capellanes que debían asistir en los pontificales, velar en las Cuarenta Horas, o confeccionar la tabla con los turnos de misas que debían servir todos durante el año, así como darles la posesión a todos los que entrasen nuevos una vez prestado el oportuno juramento de fidelidad al monarca. El juez de la Real Capilla hacía las funciones de provisor, “conociendo las causas” relativas a los individuos de la Real Capilla y demás feligreses de su territorio (Cap. IV Constituciones). A la muerte de los patriarcas ocupaba de manera interina los puestos de procapellán y vicario general de los Ejércitos, Tras él venía en importancia el cura de Palacio, auxiliado por dos tenientes, que ejercían la cura de almas en Palacio, lo que se llamaba *Capilla Ministerial*. Ejercía de párroco en el Palacio y sobre las casas adyacentes al recinto, supervisando a los demás que existieren y quedasen en los otros

Reales Sitios. Junto al cura de Palacio y sus dos tenientes en esta llamada Parroquia Ministerial, existía además un tercero, que atendía el oratorio de damas, y dos sacristanes, y aun otro teniente más para el situado en las caballerizas. Tanto el receptor, como el juez, cura de Palacio, fiscal, maestro de ceremonias, y secretario de la Real Capilla disfrutaban de un sobresueldo sobre el que ya percibían como capellanes de honor, debiendo realizar todos los eclesiásticos las correspondientes informaciones de limpieza de sangre antes de recibir la posesión de sus cargos. El fiscal lo era tanto del juzgado de la Real Capilla como en la del vicariato castrense, y debía ser doctor o licenciado en derecho. Los sumilleres de cortina, que eran tres, tenían en cambio un cometido puramente de etiqueta, consistente en asistir a los reyes cuando estos presidiesen la capilla pública desde el solio – de ahí lo *de cortina*, por el dosel grande allí situado –, trayéndoles a besar el Evangelio, la Paz, etc., y con idéntico cometido en el oratorio privado de los soberanos.

El cuerpo de capellanes de honor estaba compuesto por cuarenta eclesiásticos de número, y seis supernumerarios sin remuneración pero con derecho a suceder. Su dotación en las Constituciones de Fernando VI (Cap. 40, art. 26) estaba formada por el llamado *banco de Castilla*, compuesto por veintiseis eclesiásticos a propuesta del procapellán mayor, y por el de las Órdenes Militares, a razón de cuatro por la de Santiago, tres por las de Alcántara y Calatrava, y dos por Montesa y San Juan de Jerusalén, todos presbíteros. Los del banco de Castilla debían contar al menos con nueve doctores y licenciados, y estaban exentos de residencia en las prebendas que gozaran, si bien el propio Benedicto XIV los limitó al propio procapellán, a los sumilleres de cortina, y a seis capellanes (Breve, Cap. 35), quedando exceptuados los canónigos de oficio o los que poseyeran cura de almas. Su función consistía en decir las misas que les señalara el receptor, tanto en la Capilla como en los diferentes oratorios existentes en los Reales Sitios, asistiendo a las festividades que contaran con la presencia regia ya en la cortina o en la tribuna, fiestas y días de precepto establecidos para la Real Capilla. Todas las misas que estos celebraran debían aplicarse por la intención del rey y la prosperidad del reino, sirviendo asimismo en las jornadas y viajes reales. Debían asistir a las exequias del soberano, y estaban obligados a celebrar cada uno diez misas en cada fallecimiento del rey o reina de España, tres por el procapellán difunto y una por sus propios compañeros. Contaban con secretario propio, dos contadores, enfermeros para visita de sus compañeros enfermos, y dos puntadores que controlasen las ausencias a los distintos

cultos y funciones. De entre estos se nombraban los administradores de los hospitales y colegios dependientes de la Real Capilla, como los del Buen Suceso, Santa Isabel, o Loreto.

De los capellanes de honor se surtían los principales puestos de la Real Capilla, honoríficos, o de gobierno: receptor, juez, cura de Palacio, fiscal, maestros de ceremonias primero y segundo, secretario de la Real Capilla y teniente de limosnero mayor, los cuatro capellanes de oficio (dos doctorales y dos penitenciarios), los tenientes de cura, el secretario de capellanes, el capellán visitador, los enfermeros o el puntador. Otras facultades de los capellanes eran las de poder rezar las horas como en la curia romana, celebrar según el rito de la iglesia toledana, y exención a doce clérigos del deber de residencia en las prebendas que gozaran, con disfrute de sus rentas, enterramiento en cualquier iglesia, trabajar en domingos y festivos, y colaborar en los informes de limpieza de sangre.

Los predicadores eran los encargados de pronunciar el sermón en las diversas festividades, eran doce, y no cobraban dotación pero sí gajes, se escogían entre los capellanes de honor, y miembros del clero secular y regular por partes iguales. Los ayudas de oratorio, también sacerdotes, debían atender estos, oficiando misa o confesando en las estancias reales, de los infantes, o en las que estuviesen repartidas por Palacio. Junto a todos estos existía también el cuerpo de capellanes de altar y de coro, provistos igualmente por oposición entre presbíteros con dotes para el canto litúrgico. Los primeros oficiaban las misas mayores que se les señalara en los días de trabajo, y las rezadas de las doce de la mañana en los de precepto, cantando las Epístolas y Evangelios en todas estas, así como en las de Semana Santa, asistiendo al coro en las principales festividades establecidas, cantando igualmente en la Capilla de Música cuando el maestro lo requiriese. Los segundos, estaban también obligados a asistir a las principales fiestas, solemnidades y procesiones, ataviados de sobrepelliz, y a las funciones que tuvieran lugar en otras iglesias a las que acudiera el rey y que tuvieran banco para capellanes de honor. Otros cargos de menor entidad consistían en: sacristanes, un pertiguero llamado *silenciero* (cuyo cometido era velar por la compostura de los asistentes a los cultos), todos presbíteros, dos acólitos y el personal burocrático y subalterno, tanto del tribunal de la Real Capilla, como de la secretaría de esta y del Vicariato, o de la propia Capilla, formado por: notarios, secretarios, oficiales,

escribientes, un archivero (en ese momento suprimido), porteros, furrieles (dos seglares que hacían de ordenanzas a las órdenes del procapellán y del receptor), una hostiera, barrenderos, alumbradores y otros empleados menores necesarios para su buen funcionamiento.

Para el gobierno de la Real Capilla el rey elegía a propuesta del procapellán mayor un juez, a modo de provisor, y un fiscal, que formaban el tribunal de la Real Capilla y del Vicariato Castrense, ubicado en la madrileña calle del Carmen. De sus providencias conocía en grado de apelación solamente el recién creado Tribunal de la Rota español, y antes el nuncio. Se componía de: notario mayor, y diferentes notarios de número, varios oficiales, un archivero, alguacil y portero. El secretario de Gobierno o de Cámara, también capellán de honor, vivía en las mismas casas del patriarca, siendo su colaborador más cercano junto al resto *familiares* traídos desde Sevilla. Otra institución principal era la Secretaría de la Real Capilla y Vicariato Castrense, atendida por un secretario jefe, el cual gozaba de sobresueldo, y que debía ser capellán de número, quien despachaba directamente con el pro-capellán mayor, a cuyas órdenes como ya se ha dicho trabajaba un competente número de secretarios, escribientes y porteros. El tribunal de ambas estaba presidido por el juez de la Real Capilla, y contaba con un fiscal, ambos capellanes de honor, también con sobresueldo, tras ellos un notario mayor y diversos notarios de número para autorizar las diferentes diligencias, varios escribientes y un alguacil portero. La Junta económica y de disciplina se reunía de manera ordinaria o extraordinaria a instancias del pro-capellán, si bien las Constituciones de 1757 no detallan el número exacto de capellanes que debían asistir a ella, tratando de asuntos relativos al régimen y gobierno de la Real Capilla.

La música de la Real Capilla estaba compuesta de un maestro, un coro de niños para las voces de tiples, surtidos del Real Colegio de Niños Cantores, diferentes solistas, una orquesta y diverso personal doméstico. El maestro de capilla era asimismo rector del colegio, y el vicemaestro, vicerrector del mismo. La plantilla de la orquesta y voces era la siguiente: cuatro tiples, tres contraltos, cuatro tenores, dos bajos, así como cuatro organistas. El principal de estos debía tocar todos los días en que los reyes acudieran a la *cortina* o la tribuna, y también en las festividades de primera y segunda clase aunque estos no acudiesen, celebración de las Cuarenta Horas y cuando hubiese banco de capellanes de honor, sus ayudantes le sustituirían en los teclados el resto de días del año

en que el rito estableciera su toque. La orquesta estaba compuesta por tres bajones, dos fagotes, tres violones o violoncelos, dos contrabajos, doce violines entre primeros, segundos y terceros, cuatro violas, cuatro oboes, dos clarines, y dos trompas. Otros integrantes de la misma eran: el compositor de letras sagradas, que había sido suprimido junto con el puntador y el archivero, el puntador y maestro del Colegio, dos copiantes, un afinador de órganos, un entonador y barrendero, un mozo de coro, un maestro de música italiana, otro denominado maestro de música que realizaba la tarea del puntador, cobrando por ello, y un maestro de gramática para el colegio de niños cantores. No incluidos en la plantilla pero con sueldo asignado estaban un arpista, un contrabajo, un contralto, y un barrendero, así como dos capellanes de honor de canto llano, tres sochantres, y un capellán cantor. Todos estaban provistos por oposición y con la obligación principal de asistir a los cultos y otras funciones que requirieran de orquesta, ya en la Capilla Real o en otra iglesia designada al efecto, debiendo vestir todos de uniforme en presencia del soberano y en las festividades de primera clase, así como luto en las honras fúnebres y en el día de Viernes Santo. Ninguno podía asistir a otras iglesias, ni cantar o enseñar de manera pública o privada sin licencia del rey o del pro-capellán mayor<sup>391</sup>.

En cuanto al ceremonial que tenía lugar en la Real Capilla<sup>392</sup>, algunos de los pontificales más solemnes se dividían entre el propio patriarca como procapellán mayor y el nuncio, así para este último correspondían el Jueves y Viernes santo, el Corpus y el de la Concepción, oficiando el patriarca la Epifanía, primero de Pascua de Resurrección, Domingo de Pentecostés, Domingo infraoctavo del Corpus, Dominica en que se celebraba la fiesta del Patrocinio, día 10 de diciembre en que se celebraba la fiesta de desagravios a Cristo Sacramentado, y el día primero de Pascua de Navidad. También le correspondían las honras que se hacían de pontifical por los últimos reyes y reinas, y todas las de medio pontifical. El rey, pues era viudo, escuchaba misa todos los días en su oratorio privado, ocupando únicamente el solio, que se situaba al lado del Evangelio – el mismo que está actualmente en uso –, en lo que se denominaba Capilla Pública, en las fiestas de la Concepción, de Reyes, y Candelas, acudiendo al resto de solemnidades

---

<sup>391</sup> Ibid, 247, Plantilla de 1777.

<sup>392</sup> Junto a los fondos de la propia Real Capilla en el Archivo General de Palacio, son fundamentales para conocer el ceremonial palatino en aquella época estas dos obras: *El Ceremonial de la Real Capilla de Su Magestad. Formada de orden superior y dedicado a la Reyna Nuestra Señora D<sup>a</sup> María Luisa de Borbon*, opus cit.; y *Tabla de las festividades á las que el Rey N. Señor (Que Dios guarde) asiste así á la cortina como á la tribuna de su Real Capilla...*, opus cit.

y fiestas junto con la misa mayor de los domingos desde la tribuna siempre que no requiriesen de pontifical. Junto a estas solemnidades, el monarca solía también asistir a la Real Capilla todos los domingos de adviento, septuagésima, cuaresma, con los miércoles y jueves de ella, que no siendo otra festividad eran a facistol y sermón.

Los oficios y misas comenzaban los días en que asistía el rey a la hora que este fijara con antelación, y si no acudía a ellas en las horas siguientes: vísperas de todo el año y maitines salvo los del día de Difuntos, Navidad, Reyes, y Tinieblas en Semana Santa, a las tres y media, y seis respectivamente. En los días de precepto las horas menores se comenzaban a las nueve y media, y en verano y días de trabajo media hora antes de la misa, siendo así que hasta final de septiembre la misa mayor era a las nueve, y el resto de días a las diez, oficiándose tras esta otra misa que se llamada *de postre*, y que era celebrada por turno por los distintos capellanes de altar. En cuanto a las misas rezadas diarias estas comenzaban a las siete desde abril hasta finales de septiembre, siendo el resto del año a las ocho, diciéndose una cada media hora hasta las doce. El acompañamiento de música se hacía en las festividades de primera y segunda clase y en algunas dedicadas a la Virgen, siendo las de canto llano en el resto.

El ceremonial litúrgico palatino era muy detallado, tal y como se puede ver en la obra citada como fuente, así por ejemplo los días solemnes descritos en los que el rey acudía *a la cortina*, asistían los infantes, grandes de España, embajadores, y principales cortesanos: Miércoles de Ceniza, con pontifical pero sin sermón, abandonando el rey su sitial y dirigiéndose al presbiterio para recibir la ceniza acompañado de los grandes y embajadores presentes, escoltado además de su mayordomo mayor y del capitán de la guardia. En Semana Santa, en el Domingo de Ramos, acudía al pontifical celebrado para la bendición de palmas, presidiendo luego la procesión por las galerías de Palacio, tras lo cual se cantaba la misa y pasión por los capellanes y músicos. El Jueves Santo asistía nuevamente a la Capilla a escuchar la solemne misa mayor que de pontifical oficiaba el nuncio, en la que comulgaban todos los capellanes y demás individuos eclesiásticos y los niños cantores, celebración que era seguida de procesión dentro de la Capilla para depositar el Santísimo en el Monumento. Una vez rezadas las vísperas y desnudados los altares por el prelado, acompañaban la Cruz cuatro capellanes de honor al cuarto del rey para el lavatorio de los pies y la comida que este ofrecía a trece pobres, a la que asistían nuncio y patriarca vestidos de roquetes. Esta ceremonia se repetía el día de la

Encarnación por la reina, que daba de comer a nueve mujeres pobres con asistencia del patriarca, que efectuaba la bendición de la mesa, aunque no sabemos quien lo desempañaría en esos años pues la reina Amalia había fallecido apenas llegada a Madrid. Esa misma tarde se pronunciaba el sermón del Mandato, al que asistía también el soberano, pero ya desde la tribuna a menos que saliera a andar las Estaciones, incorporándose más tarde a la procesión de tinieblas como en el día anterior, y luego al sermón de Pasión, que pronunciaba algún religioso del cercano convento de San Gil. Desde que el Santísimo quedaba en el Monumento, hasta los oficios del día siguiente Este era velado constantemente por turnos de una hora por diferentes capellanes de honor. El Viernes Santo, antes de salir a la Capilla el receptor sacaba la reliquia del Lignum Crucis, que colocaba sobre el altar, quedando el solio desnudo y con silla negra, oficiándose pontifical, procesión y vísperas como en el día anterior. Tras la adoración de la Santa Cruz el prelado asistente, acompañado de dos capellanes de honor con luces y del receptor, la daba a besar al rey y resto de las personas reales presentes en la tribuna, acudiendo nuevamente por la tarde a escuchar el sermón, las tinieblas y a la procesión. Por último, el Domingo de Resurrección asistía a la misa mayor de pontifical, la cual era previa a unas segundas vísperas a papeles y maitines.

Desde la tribuna asistía el Martes Santo a la misa a facistol, acudiendo por la tarde al sermón de San Dimas, y al día siguiente a la misma misa y luego a las tinieblas, escuchando la tarde del Jueves tras pasar la procesión por delante de Palacio el sermón llamado del Mandato. El Sábado Santo acudía a los oficios propios del día, en la que cantaban los capellanes de honor las profecías, y luego a la misa cantada por los capellanes de altar, habiendo ese día maitines. El lunes siguiente al Domingo de Resurrección acudía también a la misa mayor y al sermón, y al día siguiente solo a la primera, pues no había sermón, asistiendo igualmente a del día de la Ascensión, al pontifical celebrado el Domingo de Pentecostés, a las solemnes nonas de sus vísperas, a la fiesta de la Santísima Trinidad, y octava del Corpus si aún estaba en Madrid, en cuyo caso acudía a la iglesia de la Almudena como en capilla pública a la misa de pontifical y procesión general, que era de etiqueta, asistiendo el resto de días de la octava y a la reserva del Santísimo en la liturgia de las Cuarenta horas desde la tribuna. Finalmente el domingo de infraoctava acudía nuevamente *a la cortina* al pontifical con sermón, y por la tarde a las segundas vísperas y a la procesión que se realizaba tras completas, también de pontifical por las galerías de Palacio,



Todo esto era en lo que se refiere a las fiestas móviles, en las fijas, el rey *salía a la cortina* en las solemnidades de Epifanía y Santos Reyes, en cuyo pontifical, y con el acompañamiento ya descrito antes accedía a la grada del altar para ofrecer al Niño Dios tres cálices limosneros, uno con oro, otro con incienso, y un tercero con mirra. El 2 de febrero acudía también al pontifical con motivo de la fiesta de la Purificación y bendición de las candelas, que recibía de manos del prelado en el presbiterio, y luego a la procesión por los corredores de palacio, a la cual seguía una misa cantada por un capellán de altar. El 25 de marzo, día de la Encarnación, *salía a la cortina* para la misa mayor, y tras las segundas vísperas se procedía por la reina, que como ya se observó había fallecido años antes, a la comida que esta ofrecía a nueve mujeres pobres, con la misma etiqueta que la que el Jueves Santo daba el rey a trece hombres pobres. Nuevamente, ya en noviembre, y por la festividad de Todos los Santos, *acudía a la cortina* a la misa mayor con exposición del Santísimo, sermón, Te Deum y Salve que se celebraba por haberse librado estos reinos de los rigores del terremoto de Lisboa de 1755, que acaeció ese día. Posteriormente el día de la dominica en la que se celebraba la fiesta del Patrocinio asistía a la misa de pontifical con indulgencia plenaria para todos los que asistieren a la Real Capilla. El día 8 de diciembre, festividad de la Purísima, de especial veneración por parte del soberano pues había conseguido de Roma su proclamación como patrona de todos sus dominios, *acudía a la cortina* a la misa mayor que de pontifical celebraba el nuncio en presencia de toda la corte, con igual asistencia y ceremonia para la de Navidad, seguida luego de segundas vísperas y maitines.

Las fiestas fijas en que ocupaba la tribuna eran en enero la misa mayor de la Circuncisión; vísperas de la Epifanía, con los maitines cantados en diversos turnos por un colegial, capellanes de honor, y los de altar, a los responsos y el Te Deum; dominica infraoctava de esta fiesta, en que *acudía a misa mayor y sermón*; Santo Nombre de Jesús, a primeras vísperas y a misa; día de San Ildefonso, arzobispo de Toledo; 1 de febrero vísperas de la Purificación de Nuestra Señora, 24 San Matías Apóstol; 10 de marzo al traslado del Santísimo a la Real Capilla, realizado tras la misa y las completas por el patriarca de pontifical, fiesta que solo se celebraba en la Capilla de Palacio con manifiesto y vela de los capellanes de honor hasta completas; 19 de marzo, día de San José, en que *acudía a la tribuna a misa mayor*; el 24 por la tarde, si era domingo de cuaresma, *salía el rey al convento de la Encarnación para vísperas*, y no siéndolo las

escuchaba en la Capilla. En el mes de mayo acudía los días 1 por los Santos Apóstoles; 3, fiesta de la invención de la Santa Cruz, en la que el receptor sacaba el Lignum Crucis del relicario y lo ponía en el altar antes de la misa mayor; y 15, día de San Isidro Labrador, patrón de Madrid; el día 30, festividad de San Fernando, rey de Castilla, tras la misa mayor había segundas vísperas “a papeles”. En junio: 13, día de San Antonio de Padua, 24, San Juan Bautista; y 29, Santos Pedro y Pablo. En el mes de julio presidía la misa mayor del día 2, la Visitación; y el 16 la fiesta del Carmen y triunfo de la Santa Cruz; el 24 vísperas de Santiago, que era de primera clase con maitines y por decreto de Su Majestad asistía la capilla de música a las vísperas que se celebraban en las Comendadoras de Santiago; al día siguiente, 25 de julio, fiesta del Apóstol, patrón de España, acudía a la tribuna a misa mayor con segundas vísperas; y lo mismo el 26, día de Santa Ana. En uno de los días de este mes señalaba el monarca el día para capitulo y honras por los caballeros difuntos de la Orden de Carlos III, que contaban con vísperas a canto llano, oficio, y misa en el cercano convento de San Gil. El 10 de agosto salía a la tribuna por la festividad de los Santos Justo y Pastor, muy celebrados en Madrid; y el 14 a vísperas de la Asunción; acudiendo el 15 a la misa mayor por dicha fiesta; y lo mismo los días 23, 25, y 28, en que se celebraban a San Bartolomé, San Luis, rey de Francia, y San Agustín respectivamente. El 7 de septiembre escuchaba las vísperas con motivo de la Natividad de Nuestra Señora, acudiendo al día siguiente a la misa mayor; y los días 21, 29, y 30 a las mismas por San Mateo, Arcángel San Miguel, y San Jerónimo. En octubre asistía a la celebración que tenía lugar en la Capilla por San Francisco de Asís, el día 4; a la de Nuestra Señora del Rosario, el 7; 15 Santa Teresa de Jesús; 28 Santos Apóstoles; 31 vísperas de Todos los Santos; y al día siguiente día 1 a los cultos solemnes que se realizaban por dicha fiesta, asistiendo a las segundas vísperas, difuntos y maitines, escuchando el día de Difuntos una vez acabada la misa el responso. Los días 15 y 21 asistía también a la misa mayor que se celebraba con motivo de la festividad de San Eugenio y de la Presentación de Nuestra Señora, y a la primera dominica de adviento salía la capilla de música a la parroquia de Santa María de la Almudena a la misa que se celebraba allí por la publicación de la bula de la Cruzada, en que dos capellanes de honor y de altar acompañaban al comisario general de esta, con misa y sermón en Palacio y asistencia de los reyes. El día 30 acudía a la misa mayor del día de San Andrés, que era seguida de segundas vísperas, completas y nocturnos a canto llano en honra de los caballeros del toisón difuntos, cuyo patrón era aquel apóstol, pero sin asistencia del soberano. Ese mismo mes, en un domingo señalado por el rey, salía toda

la capilla de música a la iglesia del Colegio Imperial, tocando en ella las honras por todos los militares difuntos. El 7 de diciembre, si este no caía en domingo acudía a las vísperas de la Concepción; y el 10 con motivo de la fiesta de Desagravios de Nuestro Señor Sacramentado, estando todo ese día patente, celebrándose misa de pontifical y sermón, acudiendo por la tarde a las completas y a la reserva también de pontifical. En cuanto a las funciones que se celebraban por la octava de la Inmaculada estas podían celebrarse ya en la Real Capilla o en la cercana iglesia del convento de San Gil, sede de la Orden fundada por el monarca, siendo señaladas por el propio rey, acudiendo a ellas la música de Palacio al completo. El día 15 y los ocho siguientes a este asistía a las salves que se cantaban en la Capilla por las tardes, que tocaba al cura de Palacio si el prelado no podía hacerlo; y por último, el día 20, a la misa mayor en honor de Santo Tomás; y el 24 a vísperas de navidad, en la cual se celebraban los maitines a las nueve de la noche. La misa del Gallo la celebraba un sumiller, y tras ella se procedía al canto de laudes, asistiendo las misas mayores de los días 26 y 27 festividades de San Esteban y San Juan Evangelista, con sermón en este último; y lo mismo el 28 día de los Inocentes pero sin sermón. El último día del año, salían los reyes a la tribuna a escuchar la misa mayor a canto llano, tras la cual seguía un Te Deum por la Música de Palacio “a toda orquesta”<sup>393</sup>.

Otros importantes días en que se vestía la corte de gala, con uso de uniforme y besamanos eran las onomásticas regias y los aniversarios de los principales miembros de la Familia Real, que se festejaban en ocho días repartidos por todo el año: los del propio soberano, Carlos III, cuyo cumpleaños se celebraba el día 20 de enero, y había procesión general, su santo el 4 de noviembre, festividad de San Carlos Borromeo, los de su hijo el rey de Nápoles y su esposa, de los príncipes de Asturias, y los de sus hermanos el duque de Parma y el infante don Luis. De gala pero sin uso uniforme ni besamanos eran los aniversarios del resto de infantes y parientes cercanos, como los de los infantes don Gabriel, hijo favorito de Carlos III, don Antonio Pascual, doña Carlota Joaquina, doña María Josefa, los de la familia del rey de Nápoles, y de las reinas de Portugal y de Cerdeña, y gran duquesa de Toscana. Otros días de gala y procesión general lo eran algunas de las festividades ya expresadas: Santos Reyes Magos; domingo de sexagésima; fiesta de la Purificación de Nuestra Señora; San José, gala sin uniforme; Domingo de Ramos con procesión general; Ascensión del Señor, con

---

<sup>393</sup> *Ibidem*.

procesión general; San Isidro, fiesta con procesión general; Corpus, igualmente con procesión; el 9 de julio, día de luto en la corte por ser el aniversario de la muerte del rey don Felipe V; 25 de julio, Santiago, patrón de España, en que la corte vestía de gala pero sin uniforme; Santa Ana, con procesión general, no funcionando desde esa fecha hasta primero de agosto ninguno de los Consejos, a razón de uno cada día; 10 de agosto, luto por el aniversario de la muerte del hermanastro del rey, don Fernando VI; 16 de agosto posterior al de la Asunción con procesión general que se repetía el 17, día de San Joaquín; 9 de septiembre festividad Santa María de la Cabeza, con procesión general; 1 de noviembre, Todos los Santos, también con procesión; 29 publicación de la bula de la Santa Cruzada; 8 de diciembre fiesta de la Inmaculada Concepción, de especial devoción real por haberla proclamado patrona de todos sus dominios, en que había procesión general y cierre de los Consejos en los días inmediatos a la fiesta; y día 26, en que la corte se vestía de gala sin uniforme por concurrir todos los Consejos a besar la mano del rey<sup>394</sup>.

Delgado y Venegas llega a Palacio cuando este está ya habitado por Carlos III desde hace unos años, recibiendo por aquellos años sus últimos retoques constructivos y decorativos por arquitectos y artistas tales como Francisco Sabatini, Corrado Giachinto, Mengs, o los hermanos Bayeu. Las obras de la Real Capilla habían finalizado en 1771, siendo presidido su altar mayor por un *San Miguel luchando contra los demonios*, 5 x 2, 60 m, de Ramón Bayeu (ca. 1766), y el del evangelio, frente al acceso al recinto, por una de las últimas obras de Mengs, *La Anunciación*, situada sobre una urna con las reliquias de San Félix. En 1778 finalizaba tras largos años la construcción del nuevo órgano, proyecto que inicialmente fue encomendado a Leonardo Fernández Dávila, pero que fallecido este fue rediseñado y mejorado por el mallorquín Jorge Bosch, considerado obra maestra de la organería española de aquel siglo, de su relación con el prelado hablaremos algo más adelante<sup>395</sup>. Ese mismo año los hermanos Bayeu se encuentran ya realizando la decoración pictórica de la nueva capilla que también se venía construyendo en el Palacio de Aranjuez, obra de Sabatini, encargándose los

---

<sup>394</sup> *Kalendario Manual y Guía de Forasteros*, opus cit., año 1777, págs. 109-110.

<sup>395</sup> Este órgano madrileño había sido encargado en principio a Leonardo Fernández Dávila, quien comenzó a fabricarlo entre 1756 y 1759, a la espera de que concluyesen las obras de la Real Capilla. Fallecido Dávila en 1772, este había designado para acabar el instrumento al mallorquín Bosch, quien rediseña por completo el proyecto original y lo mejora, dilatándose las obras hasta 1778 en que por fin se estrena.

hermanos Bayeu de su exorno pictórico<sup>396</sup>. Como se ve, del trato con dichos artistas surgirán algunas obras particulares para sí, como el órgano para Sevilla, o los retratos que ambos pintores le harían. También desde Madrid, desplegará el prelado una labor mecenística importante, llamando a pintores como Juan de Espinal, o encargando obras a otros artistas activos en aquella corte, por ejemplo el artífice Manuel Rodríguez, que como vimos en el capítulo dedicado a Sigüenza realizó para él diferentes piezas en oro y plata. Desde allí encargaría asimismo importantísimas piezas a su platero favorito, Damián de Castro, que le había hecho la célebre custodia de Sigüenza, perdida durante la invasión napoleónica, así como otras con diferentes destinos. De su acción como patriarca tenemos algunas noticias sacadas de las fuentes coetáneas, algunas también de la prensa periódica de la época, siempre atenta a los acontecimientos cortesanos.

En los pocos años de su estancia madrileña, le cupo también la tarea de administrar las aguas bautismales a algunos de los infantes que iban naciendo del matrimonio de los entonces todavía príncipes de Asturias, Carlos y María Luisa, como los de los infantes María Luisa Carlota, que las recibió el 11 de septiembre de 1777, María Amalia, el 9 de enero de 1779 – quien casaría con su tío el también infante don Antonio Pascual –, y Carlos Domingo Eusebio, bautizado el 5 de marzo de 1780. De estos tres infantes tan solo María Amalia superaría la niñez, si bien fallecería muy joven con apenas veinte años, en 1798, María Luisa no superaría los cinco años, y Carlos Domingo moriría a los tres. El acta de bautismo de la primera, y la reseña de la del tercero nos permiten conocer interesantes detalles sobre este tipo de solemnidades palatinas en la época de los Borbones. La primera, como hemos dicho recibió las aguas bautismales el 11 de septiembre de 1777, en el Real Sitio de San Ildefonso, donde estaba la corte de jornada, teniendo lugar el acto en la propia cámara del príncipe, recibiendo el sacramento en la pila que venía usándose tradicionalmente para las personas reales, llamada de Santo Domingo de Guzmán, la cual era traída expresamente desde el convento de Santo Domingo el Real, situado en la plaza homónima, y ya desaparecido, muy cercano al Palacio de Oriente, a cuyo frente tenía precisamente su casa el patriarca. Apadrinada por su abuelo el rey, la infanta recibió los nombres de María, Luisa, Juliana, Carlota, Teresa, Antonia, Rafaela, Ramona, Juana Nepomucena, Josefa, Agustina, Rosa, Magdalena, Ana, Ignacia, Jacinta, Sinforosa, Pascuala,

---

<sup>396</sup> José Luis Morales y Marín: *Los Bayeu*, Zaragoza, Caja de Ahorros, 1979, págs. 98 y 135.

Joaquina, siendo Delgado y Venegas todavía solo patriarca electo, pues aún no habían llegado las bulas de Roma. Al acontecimiento acudieron los infantes don Gabriel, don Antonio, y doña María Josefa, presenciándolo además altos dignatarios palatinos como el marqués de Montealegre, mayordomo mayor, duque de Losada, sumiller de corps, el duque de Medina Sidonia, caballerizo mayor, duque de Béjar, mayordomo mayor del príncipe de Asturias, duque de Santisteban, que lo era de la princesa, duque de Arcos, capitán de la Compañía Española de Guardias de Corps, los duques de Bournonville, de Osuna, coroneles de las Compañías Flamenca, y de las Españolas, y el conde de Priego, de las Valonas. Sirvieron “la sal, los Santos Oleos, mazapán y algodones, toalla, capillo, y bela” el duque de Alba y los marqueses de Belgida, Belmonte, Montevelo, y Astorga, gentileshombres de cámara, asistiendo asimismo don Manuel Ventura de Figueroa, presidente de Castilla, don Felipe Beltrán, obispo de Salamanca e inquisidor general, el arzobispo de Toledo, Lorenzana, el confesor real Eleta, todos los secretarios del Despacho Universal, los embajadores y ministros extranjeros, y los mayordomos de semana. Auxiliaron al patriarca, revestido de pontifical, suministrándole el agua bendita y el santo oleo don Miguel de Quevedo, capellán de honor y caballero pensionado de Carlos III, quien se encargó de limpiar al neófito, y otros nueve capellanes de honor y prebendados de la Real Capilla, ataviados de capas y sobrepelliz<sup>397</sup>.

Otro hijo de los príncipes, el infante don Carlos Domingo Eusebio, recibiría las aguas bautismales de manos del patriarca Delgado, siendo presentado a la corte por su abuelo el mismo día de su nacimiento, acto que tuvo lugar en el Palacio Real madrileño el 5 de marzo de 1780, imponiéndosele al recién nacido los nombres de: Carlos Domingo Eusebio Rafael José Antonio Juan Nepomuceno Gabriel Julián Vicente Ferrer Andrés Avelino Luis Fernando Ángel. Poco tiempo después, ya en Aranjuez, una vez restablecida del parto la princesa, esta pasaría junto con el recién nacido infante a oír la misa y recibir las bendiciones del cardenal-patriarca en el oratorio del Cuarto del Príncipe, acompañada de los jefes de Palacio, su camarera, damas, y servidumbre<sup>398</sup>. Como podemos observar del magnífico cuadro de Paret que incluimos en el Apéndice de Ilustraciones, otra de las funciones del patriarca era asistir al monarca durante su comida pública o acompañarlo en diferentes actos oficiales.

---

<sup>397</sup> AGP, *Real Capilla*, Libro Parroquial n° 2, 185-186v.

<sup>398</sup> *Mercurio Histórico*, 1780, págs. 305 y 397.

Junto a las diversas provisiones de plazas de músicos, o capellanes, el prelado, ordinario de la Casa Real, se encargaba también en su calidad de procapellán mayor del rey de solucionar las diferentes disputas ocurridas entre estos, como las surgidas entre los diferentes capellanes de altar con otros ministros adscritos a la Real Capilla, principalmente sobre asignación de misas y otros oficios: por ejemplo las doce misas dotadas diarias dispuestas para culto del Santísimo Sacramento por Felipe IV y Fernando VI, que debían repartirse por riguroso turno de antigüedad entre los nueve capellanes de altar, los dos sochantres y el sacristán de gastos, despachando en los pocos años que estuvo en Madrid diferentes decretos (“Decreto del Patriarca de las Yndias, Arzob.º de Sevilla, dado en Madrid el 21 de diciembre de 1777”). Otras discordias y faltas a la debida “modestia y silencio” se producían durante el canto de los oficios en las que al parecer incurrían algunos músicos, pero principalmente entre los sochantres y salmistas y los capellanes que presidían el coro, algunos de los cuales ya habían sido reconvenidos y multados en alguna ocasión, dio el patriarca autoridad plena al capellán de honor que presidiera en ese momento para imponer la sanción que correspondiese, si bien en primera instancia, la cual por la primera vez podía llegar a los 4 reales (Decreto dado en El Pardo por Delgado el 24 de febrero de 1779), por atentar contra la debida “ceremonia, silencio y compostura”<sup>399</sup>.

En cuanto a las relaciones del patriarca con el célebre organero Bosch<sup>400</sup>, es posible que no fuesen muy buenas, si bien no por estar insatisfecho el prelado con el trabajo de aquel, pues como vimos el propio Delgado le dio licencia para acometer la obra del órgano nuevo que se proyectaba en Sevilla en el lado de la Antigua del coro de la catedral hispalense, cuyas obras como vimos comenzaron en 1779 pero se alargaron hasta muchos años después de muerto el patriarca. Así por ejemplo por un documento que se encuentra en el referido manuscrito, titulado: “Orden del Cardenal Patriarca de las Indias, Arzobispo de Sevilla, D. Francisco Delgado, a D. Manuel Cavaza, primero

---

<sup>399</sup> Estos decretos junto con otros más que reseñamos aparecen recogidos en un manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional (BNE), *Manuscritos*, signatura M/762: *Colección de documentos, originales en parte, referentes a la Real Capilla*.

<sup>400</sup> Ver también sobre el célebre organero mallorquín: José Enrique Ayarra Jarne: *Historia de los grandes órganos de coro de la catedral de Sevilla*, Madrid, Dirección General de Bellas Artes, 1974; VV.AA.: *El órgano de la Capilla del Palacio Real de Madrid*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1994; de José Luis Barrio Moya: “Notas biográficas sobre el mallorquín Jorge Bosch, maestro organero de los reyes Carlos III y Carlos IV”, en BSAL, 58, año 2002, págs. 337-350; o de Anselmo Alonso Soriano, Bernardino Marrero del Toro, y José Luis Sancho: “El órgano de la Real Capilla del Palacio Nuevo de Madrid: Noticias documentales”, en Revista de Musicología, vol. 12, julio-octubre de 1989, págs. 535-566.

Oboe y Flauta de la Real Capilla de fu Mageftad. Año de 1778”, se manda a este que vigile si el mallorquín cumplía con el máximo celo todas las condiciones estipuladas en el generoso contrato con que el rey le había agraciado:

“A consecuencia de haver S.M. tenido a bien resolver entre otras cosas que D.<sup>n</sup> Jorje Boch, cuide los organos que haya en la Capilla, siendo de su cargo el costear las obras menores qe se ofrezca con ellos como no pidan materiales costosos; y con la precisa obligacion de abrir escuela para enseñanza graciosamente à los jóvenes que quieran apreender la organería, prohibiendosele por S.M. el que pueda salir sin licencia, ni admitir obras que le impidan la asistencia necesaria à los organos de la R.<sup>l</sup> Capilla, y la enseñanza; y para que yo pueda saber si el citado D.<sup>n</sup> Jorje Bosch, llena enteramente estas obligaciones asistiendo con la frecuencia correspondiente à los organos de la Capilla, y cuidando de la enseñanza de los jobenes: si admite obras que le impidan estos objetos, ò si se ausenta sin licencia, confiando que vmd desempepará fielmente este encargo en serbicio de S.M. le nombro para que cele, y cuide si el citado D.<sup>n</sup> Jorje cumple con la exactitud que deve todas estas obligaciones, dándome cuenta de lo que observe en contravención de ellas, ò de qualquiera omision, para dar providencia: y por ahora abiso del recivo de esta. Dios guè à vmd m<sup>s</sup> a<sup>s</sup>. S. Yldefonso, 23 de Septiembre de 1778.= El cardenal Patriarca de las Yndias. = S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Manuel Cavaza”.

Dichas condiciones fueron vistas por el recopilador del manuscrito citado como una verdadera impertinencia por parte del cardenal hacia Bosch, de enorme prestigio entre los especialistas incluso hoy día, y ya entonces tenido como el mejor organero del país y quizás de Europa, calificando en una nota a la respuesta de Cavaza, de 4 de noviembre siguiente, de “andaluzada” del prelado, pues como afirma, lo había mandado nada más concluirse la construcción del órgano madrileño a su sede hispalense, donde se encargaría de fabricar un gran órgano para el coro de la catedral:

“Nota.- Adviertese: Que la Orden que antecede à esta respuesta, fue una Andaluzada del Cardenal Patriarca de las Yndias, y su secretario D.<sup>n</sup> Francisco Bahamonde, pues dicho D.<sup>n</sup> Jorje Bosch (Mallorquin) hombre de grande habilidad y merito en su facultad, asi por su mucha aplicación, como por el conocimiento grande en las Mathematicas, no tan solo no cuido por si del órgano que acavava de hacer, y puso escuela de organería para enseñanza de los jobenes que quisiesen aprender, como el se obligó, ò le obligaron quando el Rey le señaló 800 ducados de renta cada año por organero de la R.<sup>l</sup> Capilla, sino que el dicho Cardenal Patriarca no le dio lugar à ello, pues inmediatamente sacó orden de S.M. para que pasase à su S.<sup>ta</sup> Yglesia de Sevilla à hacer un órgano grande y magnifico: en cuya ciudad permaneció por primera vez años, y por segunda en cuyas ausencias cuidó de dho órgano grande de la R.<sup>l</sup> Capilla un sobrino suyo, y despues el otro organero antiguo D.<sup>n</sup> Josef Chavarría. Dicho D.<sup>n</sup> Jorje Bosch, despues de haver



hecho y compuesto muchas y exquisitas cosas de Celindros, Guitarras, Pianos-fortes y otras cosas para S.M., y el primer Ministro Principe de la Paz, le confirió el rey una Plaza de Ugier de Saleta con la dotación de [no lo pone]”.

En 1778 entrará a servir el puesto de maestro de capilla don Antonio Ugena, que sustituye a Corselli y estaría en el cargo hasta abril de 1805, quien compondrá durante el periodo en que Delgado estuvo al frente de la Real Capilla las siguientes piezas: tres misas, dos a 8 voces: *Adjuva me Domine* (1778), *In Concepcione tua* (1779), y una a 4 titulada *Justus es Domine* (1780); unas vísperas de los santos a 4 (1781), una secuencia para Pentecostés a 8 (1778); y dos letanías y salve a 8 (1778 y 1781). Para Semana Santa ejecutaría tres lamentaciones del Miércoles Santo, otras tres del Jueves Santo, una para el Viernes Santo (todas en 1779), una última para este día en 1780, y un miserere a 8 voces solas con dos flautas y un violón en 1781. Su sustituto, el entonces vice-maestro de capilla, José Lidón, comprondría también algunas piezas: una misa a 8 voces en 1779, *Eripe Domine*, otra al año siguiente con el título *Soli Deo honor*, y unas vísperas de los santos también a 8 voces en 1781. Otras piezas compuestas para la Real Capilla por diferentes maestros, aparecen en un inventario de “todas las obras de música pertenecientes a S.M. que se hallan en los archivos de la Capilla”, realizado en 1827 y que recoge las siguientes partituras para el periodo que nos ocupa (1777-1781): del maestro Torres nada; del maestro Corselli: dos lamentaciones del miércoles (1ª y 2ª), y la lectio 3ª del miércoles a solo, todas de 1777; cuatro salmos de vísperas de los santos de a cuatro; y un miserere a cinco voces, todas en dicho año 1777; de Nebra anterior maestro, nada; y de Teixidó: dos misas, *Eripe me Domini ab homine malo* (1779), y *Soli Deo honor et gloria* (1780), y unas vísperas (1781)<sup>401</sup>.

El vicariato de los Reales Ejércitos, al que había sido añadido también el de la Mar, que antes gozaba el obispo de Cádiz, quedó asimismo agregado al cargo de patriarca, que en razón de estos cargos debía residir en la Corte, y motivó como ya vimos que Delgado y Venegas apenas si estuviera un año al frente de la mitra hispalense. En un principio, el vicariato general castrense era conferido por septenios prorrogables, expirados los cuales si no había recibido prórroga sucedía en él el juez de la Capilla de Palacio, que hacía las veces de vicario general y provisor del patriarca. Esto sin embargo se modificó durante el reinado de Carlos III, que consiguió de Roma

---

<sup>401</sup> Colección de documentos, originales en parte, referentes a la Real Capilla, opus cit.

mediante el breve *Quoniam in exercitibus*, de 10 de marzo de 1762, y su Real Cédula de 11 de mayo de ese año que dicho cargo pasara ya de manera directa a la jurisdicción del patriarca, quien podía delegar su autoridad a su vez en otros vicarios o subdelegados, residentes en las respectivas diócesis – como hizo con su propio hermano don Juan Delgado y Venegas, que lo fue en la hispalense –. Estos se encargaban de coordinar la actividad de los capellanes castrenses, presentes en navíos de guerra, castillos militares, iglesias propiamente castrenses, y todo tipo de acuartelamientos, para los que Delgado consiguió la confirmación de la cura de almas en sus respectivos regimientos, recibiendo de esta manera los mismos estipendios que percibiera cualquier párroco (3 de julio de 1778)<sup>402</sup>. En dicho puesto era auxiliado por don José del Castillo y Negrete, teniente de vicario general, y por el secretario del vicariato don Joaquín García Orovio, ocupando los cargos de vicarios en los departamentos navales de Cádiz, Ferrol y Cartagena: don Domingo de Villanueva, don José Mateo Moreno, y don José Pérez, junto con los correspondientes capellanes castrenses que servían en los diferentes navios y hospitales militares<sup>403</sup>. A su muerte, ejerció la jurisdicción de manera interina el ya citado don José del Castillo, por Real Orden de 16 de diciembre de 1781<sup>404</sup>.

De la labor de Delgado como ordinario de los Ejércitos, nos han llegado pocas disposiciones, tan solo una que hoy nos podría parecer irrelevante pero que tenía cierta importancia no hace demasiadas décadas y mucha en aquella, esta era la de la obligación penitencial del ayuno, principalmente en el tiempo de la Cuaresma. Por un edicto dado en El Pardo en 3 de febrero de 1779, que complementaba otro de 17 de ese mismo mes de 1776 expedido por el cardenal de la Cerda sobre las facultades que Pío VI concedió a través de la bula *Cum in Exercitibus*, dada en Roma el 6 de octubre de 1775, Delgado y Venegas, en calidad de patriarca, publicó en Madrid y “demás lugares convenientes” un edicto que definía las personas de jurisdicción castrense que podían comer lacticinios y carnes en los días prohibidos por la Iglesia, así como las que en los

---

<sup>402</sup> De la Fuente: *Historia eclesiástica*, opus cit., III, pág. 375.

<sup>403</sup> *Estado Militar de España*, Madrid, Imprenta Real de la Gazeta, 1778, págs. 76, y 96.

<sup>404</sup> Juan Muñiz Miranda: *Colección oficial de las Leyes, Reales disposiciones y Circulares de interés general expedidas por el rey don Fernando VII y por las Cortes en el año de 1820*, Madrid, Imprenta de D. José Morales, 1853, pág. 14: “Real orden en que se establece que por fallecimiento del señor cardenal, patriarca de las Indias, don Francisco Cebrian Valda, vicario general del ejército y armada, ejerza interinamente la jurisdicción eclesiástica castrense el teniente vicario general don Miguel Oliván”. El mencionado decreto hace mención “en los mismos términos, modo y forma que la ejerció don José del Castillo en 16 de diciembre de 1781 por muerte del cardenal Delgado, y que el mismo Oliván lo ha verificado en 7 de abril de 1806 en la vacante de don Antonio Senmanat, y en las posteriores que han ocurrido”.

mismos días podían mezclarlos con pescado o no ayunar<sup>405</sup>. En el referido edicto se extendía tal privilegio, el de comer carnes, a los familiares y comensales de los militares comprendidos, es decir: cónyuge, hijos, y parientes o sirvientes que vivieran y comieran en su mesa, si bien parece, según una addenda posterior del patriarca Sentmenat el edicto citado no explicitaba si aquellos podían usar de dicha gracia en ausencia del militar<sup>406</sup>. Este nuevo edicto de Delgado procuraba pues solventar las dudas dimanadas de los anteriores<sup>407</sup>:

“Por quanto sin embargo de los Edictos, Declaraciones y Decisiones que hizo en diferentes ocasiones el Eminentísimo Señor Cardenal de la Cerda, nuestro predecesor en el Vicariato General de los Exércitos, en quanto al uso del privilegio concedido á los Militares de comer carnes en días prohibidos por la Iglesia, de mezclar estas con pescado, y de no ayunar en los días no exceptuados por los Breves Apostólicos que conceden esta gracia; no dexan de llegar continuamente dudas, las mas resueltas, y otras nuevas, á las que hemos ocurrido particularmente por nuestras respuestas, que aunque juzgamos bastante notorias, no se dan por satisfechos los sugetos á quienes no se han dirigido expresamente, y tenemos noticias de que algunos abusan de la concesion, extendiéndola fuera de sus límites: por tanto nos ha parecido necesario publicar este Edicto para que llegue á noticia de todos un punto tan importante y no puedan alegar ignorancia en lo sucesivo, dividiéndolo en los puntos siguiente: todos esenciales, y distintos entre sí, para lo que tenemos orden expresa y particular de S.M.”.

Estos puntos se dirigían a todos los miembros de la comunidad castrense, cuyos constantes cambios de domicilio y lugar de residencia habían motivado precisamente la creación de esta jurisdicción exenta de los ordinarios geográficos, quedando comprendido todo el personal al servicio de los Reales Ejércitos: auditor general de Guerra, secretario del Vicariato General de los Exércitos, con sus oficiales, subdelegados castrenses, fiscales, notarios, y demas dependientes de sus respectivos tribunales. Los capellanes de los regimientos y castillos, los capitanes generales, tenientes generales, mariscales de campo, brigadieres, toda la Plana Mayor de las diferentes plazas, los capitanes, tenientes, alféreces, y todos los Soldados de los

---

<sup>405</sup> Estos edictos se encuentran recogidos entre otras fuentes en: *Directorio Moral del Reverendo Padre Fr. Francisco Echarri, del orden de N.P.S. Francisco, de la Regular Observancia*, 2 vols., tomo II, Madrid, Imprenta Real, 1799. Posteriormente, estas facultades volverían a ser redefinidas en un nuevo documento, esta vez del patriarca don Antonio de Sentmanat en 1784, pág. 330: “Francisco, por la Divina Misericordia, de la Santa Romana Iglesia Presbítero Cardenal Delgado, Patriarca de las Indias, Arzobispo de Sevilla, Capellan y Limosnero mayor del Rey nuestro Señor, Vicario General de sus Reales Exércitos de mar y tierra, Gran Canciller, y Prelado Gran Cruz de la Real distinguida Orden Española de Carlos III, del Consejo de S.M. &.

<sup>406</sup> Ibid, 330.

<sup>407</sup> Ibid, 318-324.

Ejércitos de Tierra y la Armada, así como los Guardias de Corps, los secretarios y auditores de Guerra, y los asesores de las Capitanías Generales y Gobiernos Militares. También quedaban afectados los milicianos cuando estos formaban ejército, y todas las tropas auxiliares y los inválidos hábiles de las cuarenta y seis compañías que en sus respectivos cuerpos prestaban servicio guarneciendo las plazas, los conductores de cargas, mozos de mulas, y demas criados que en las expediciones de guerra sigan y sirvan en ellos. Por último, quedaban incluso en dicha jurisdicción el ministro de Guerra, junto con los demás ministros y oficiales de las Secretarías de Guerra y Marina, los comisarios ordenadores y de Guerra, los intendentes de Marina y de los Ejércitos, los contadores y tesoreros con sus respectivos oficiales, y las familias de todos los sobredichos “aun en ausencia de los amos si se mantienen en la casa de estos y á su costa”; quedando únicamente sujetos a la jurisdicción del ordinario de su residencia el personal de los regimientos y compañías fijas de Oran y Ceuta y de “qualquiera otra parte donde las haya”. Tampoco los milicianos de estos reinos, de los del Perú, México, e Islas Canarias cuando no formaban ejército, ni los alistados para la Marina cuando aquellos no estaban a bordo; los inhábiles retirados del servicio, aun cuando percibiesen “algun estipendio de la piedad del Rey por los servicios pasados”, los administradores de los hospitales militares, los asentistas o proveedores del Ejército; las viudas de los militares, los que conducían la tropa de un puerto a otro en sus marchas, o los que por algún tiempo trabajasen en arsenales o plazas por su jornal.

El edicto constaba de dos puntos principales o epígrafes, uno referido propiamente a los *lacticinios y carnes*, y otro relativo a la *dispensa del ayuno eclesiástico, y del precepto de no mezclar carne y pescado*. El precepto de la abstinencia de carnes y ayuno en la cuaresma y demas días señalados había sido siempre uno de los más solemnes de la Iglesia, por lo que requería de importante causa para su dispensacion. Así, “la salud y robustez tan necesaria en los soldados, la falta de domicilio cierto y de residencia permanente, la contingencia y carestía de manjares, y providencia para adquirirlos, el continuo trabajo y fatiga, y las marchas frecuentes se han estimado causas legítimas para conceder á la tropa de mar y tierra, como con efecto se ha concedido por la Silla Apostólica facultad de comer lacticinios en todos tiempos y qualesquiera dias del año sin excepcion alguna, como asimismo la de comer carnes en todas las abstinencias y ayunos del año, exceptuando los Viernes y Sábados de Quaresma, y la Semana Santa, incluso el Domingo de Ramos”. En esta relación que

detallaba el edicto, no se hallaban sin embargo el resto de “individuos de la misma jurisdiccion castrense”, declarando el prelado, que:

“ni hemos dispensado ni dispensaremos el precepto de abstinencia de lactiginios y carnes en ciertos días con todos los que son de nuestra jurisdiccion, sino con aquellos en quienes concurren las enunciadas causas: y no concurriendo en nuestro Auditor general, Secretario del Vicariato general, ni en sus Oficiales, en nuestros Subdelegados, Fiscales, Notarios y demas que componen sus respectivos Tribunales, ni en los Secretarios, Auditores de Guerra, Asesores de las Capitanías generales, Gobiernos militares, quedan excluidos de dicha gracia, y obligados á observar la abstinencia de lactiginios y carnes en todos los días de ayuno y abstinencia. Tampoco se pueden verificar los expresados motivos en los que con toda comodidad, quietud y conveniencia, sin riesgo ni peligro sirven las Intendencias de Marina y Exércitos, Tesorerías, Contadurías, Comisarías, Oficinas, Tribunales fixos de la Corte y fuera de ella, por lo que revocando qualquiera dispensa que anteriormente se haya concedido, declaramos que no pueden gozar de la gracia de comer lactiginios y carnes en los días en que la Iglesia prohíba su uso los Oficiales de las Secretarías del Despacho Universal de Guerra y Marina, los Intendentes de Exército y Marina, los Comisarios Ordenadores y de Guerra, Contadores, Tesoreros ni Oficiales de estas Oficinas. Tampoco estan comprehendidos en dicha gracia los que no son de nuestra jurisdiccion, aunque concurren en ellos iguales razones, como sucede en los Regimientos fixos, de Orán y Ceuta, y los de qualquier otra parte donde los haya, porque no podemos extender esta ni las demas gracias: y á consecuencia quedan excluidos de todas las concedidas á los militares provinciales de estos Reynos, de los del Perú y México, é Islas de Canarias, inclusa su Plana mayor, aun en tiempo de sus asambleas, los matriculados para la marina quando no estan á bordo los inhábiles retirados del servicio, las viudas de los militares, los criados de ellos que reciben la racion en dinero, los conductores de la tropa en sus marchas y viages, los asentistas ó proveedores del exército, y administradores de los hospitales. Gozan, pues, del privilegio de comer lactiginios y carnes en días prohibidos, exceptuando en quanto á las carnes los Viernes y Sábados de Quarema, y toda la semana Santa, todos los que militan baxo de las banderas Reales por mar ó por tierra, y gozan sueldo militar de tropa viva, á cuya clase pertenecen los Capitanes generales, Tenientes generales, Mariscales de Campo, Brigadieres, Coroneles, Tenientes Coroneles, Sargentos mayores, Capitanes, Tenientes, Alféreces, Soldados, Músicos de la tropa, la Plana mayor de las plazas y castillos; y para que este privilegio no les sea gravoso se extiende la gracia de comer lactiginios y carnes á los familiares y comensales de los militares; esto es, á la muger, hijos, y parientes que viven en la casa del militar y comen de su mesa, y á los sirvientes que juntamente son comensales, lo que no se verifica ni en los dichos criados que reciben la racion en dinero, ni en los huéspedes del militar, ni en los que labran sus tierras, ni en los que van a trabajar algunos días á su casa, aunque en ellos coman de su mesa, ni en los mozos de mulas, cocheros, caleseros ó carreteros alquilados para los viages de militares, aunque estos les den de comer: todos los quales así como no son de nuestra jurisdiccion, así tampoco pueden gozar gracia alguna de las concedidas á la tropa. Gozan tambien del mencionado privilegio los

Milicianos quando forman ejército ó son enviados á alguna expedicion; las quarenta y seis compañías de Inválidos hábiles que hacen cuerpo y algun servicio; las tropas auxiliares; los conductores de bagages, víveres y municiones quando en las expediciones de guerra siguen y sirven al ejército, y los Capellanes de los Regimientos. Y esta declaracion que hacemos sobre este punto tan importante, queremos y mandamos se observe, sin embargo de todas las declaraciones precedentes, que anulamos y revocamos en quanto se opongan á esta nuestra: sin perjuicio del Breve concedido por nuestro muy Santo Padre al Rey nuestro Señor, dispensando que en la Quaresma próxima y las dos inmediatas siguientes pueden todos los habitantes de estos Reynos é Islas de Canarias comer lacticinios y carnes, á excepcion de los quatro primeros días de las dichas Quaresmas, los Miércoles, Viernes y Sábado de cada semana, y toda la semana Santa, segun el tenor del sobredicho Breve, que se publicarán en todas las diócesis y territorios separados; y en cuya virtud dispensamos la misma gracia á todos nuestros súbditos castrenses de uno y otro sexo”.

Las dispensas expresadas no se referían a todos los ayunos, sino tan solo a los que no estaban exceptuados en la citada bula de Pío VI: *Cum in exercitibus*, en la cual se estipulaba “que todos los soldados de S.M. ayunen en los días de ayuno en que no pueden comer carne, que son todos los Viernes y Sábados de Quaresma, y los seis días de Semana Santa, en los quales deben los soldados ayunar y abstenerse de carnes del mismo modo que los demas Christianos, exceptuando el uso de lacticinios que les es lícito aun en estos días; y exceptuando tambien el tiempo de guerra, en que podemos dispensarles y les dispensamos el precepto del ayuno y abstinencia de carnes en los referidos días”. Asimismo, se dispensaba a los exentos de practicarlo en los días ya señalados para ello, *á estos mismos y no á otro alguno*: “facultad, en uso de las que nos da el mencionado Breve, para que en los dias en que se les dispensa el ayuno puedan mezclar carne y pescado en una misma comida: lo que tampoco se extiende á sus familiares y comensales, los quales aunque coman de carne deben ayunar sin mezclar carne y pescado”; aclarando por último que: “igualmente que en los Viernes y Sábados de Quaresma, y toda la Semana Santa en que los soldados deben ayunar sin comer carne, no pueden mezclarla con pescado, aunque la coman por alguna indisposicion corporal”.

Finalmente, y usando de la facultad apostólica, el edicto acababa concediendo diversos días de indulgencia, autorizando a sus subdelegados y capellanos de los regimientos para que en su nombre concediesen indulgencia plenaria con remisión de todos los pecados en la forma acostumbrada, a todos los feligreses castrenses que se hallaren *in articulo mortis*, siempre que hubiesen confesado, o no pudiendo hacerlo si

tuvieren “verdadera contricion de sus delitos”. También se concedían las mismas gracias “á todos los feligreses castrenses que estando verdaderamente arrepentidos confesaren y comulgaren en los días de la Natividad de Nuestro Señor Jesu Christo, Pascua de Resurreccion, y Asuncion de la Inmaculada Virgen María, y rogaren á Dios por la extirpación de las heregías, aumento de nuestra santa fé católica, paz y concordia entre los Príncipes Christianos, y por la salud y ventajas de nuestro Católico Monarca. Por último se añadían diez años de perdon “por cada vez que nuestros feligreses castrenses asistan y oigan devotamente los sermones que en cumplimiento de su ministerio predicaren los Párrocos castrenses en sus respectivas parroquias los Domingos y días festivos; y mas cien días que les concedemos por nuestra propia facultad”<sup>408</sup>.

El cardenal Delgado y Venegas, último prelado hispalense nacido en tierras sevillanas hasta hoy día, fallecería en Madrid, en el “Palacio Nuevo” – es decir el de Oriente –, a las cuatro de la tarde del 11 de diciembre de 1781, tras una corta enfermedad de catorce días de evolución según informaron sus *familiares* al cabildo sevillano en carta fechada el mismo día del óbito, misiva que fue firmada por el secretario del fallecido el también capitular don Francisco Bahamonde<sup>409</sup>:

“Yllmo. S.<sup>or</sup>

Muy S.<sup>or</sup> mio, y de todo mi aprecio: con mucho dolor participo a V.Y. como despues de catorce días de enfermedad, toleradas con la ma.<sup>or</sup> resignacion, y sufrimiento, y despues de executadas con la mayor ternura, y devocion las diligencias christianas, fue Dios servido llebarse parar si la alma del Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup> Card.<sup>l</sup> Patriarca, Arzobispo de Sevilla, mi S.<sup>or</sup> cerca de las quatro de la tarde de este día. Lo que aviso a V.Y. como es de mi obligacion, para que pueda mandar aplicar los sufragios correspondientes, y dar las demás providencias que pide el caso.

Con esta ocasión rindo a V.Y. todos mis respetos, y obsequiosa propensión, rogando a Nro. S.<sup>or</sup> guê su vida m.<sup>s</sup> a.<sup>s</sup> Madrid 11 de diciembre de 1781.

Ylt.<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup>

BLM de V.Y.

Su mui rend.<sup>do</sup> y fav.<sup>do</sup> capp.<sup>n</sup>

Fran.<sup>co</sup> Bahamonde (rúbrica)

---

<sup>408</sup> Ibídem.

<sup>409</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC “Canónico”, núm. 276 (1781-1782), carta inserta entre fols. 51v-52.

La causa del fallecimiento es omitida en la carta y en toda la documentación consultada, y no consta tampoco en la que se conserva en la Real Botica de Palacio, por lo que tan solo sabemos que antes de fallecer recibió los sacramentos de la penitencia, eucaristía, y extremaunción, que le fueron administrados por el cura de Palacio don Miguel de Quevedo, otorgando ese mismo día su testamento previa licencia del monarca. Las últimas voluntades del arzobispo y patriarca sevillano se registraron ante el escribano de Madrid Juan de Repide, sobrecogiendo aún la contemplación de la temblorosa firma estampada por el agonizante prelado en el documento notarial. Dejaría por albaceas al confesor real, fray Joaquín Eleta, entonces todavía arzobispo de Tebas, y a sus tres *familiares* y hombres de confianza, Jacinto Reinoso y Curiel, arcediano de Sevilla y tesorero confidencial del prelado, y Francisco Vicente Venegas, canónigo del cabildo hispalense, sus parientes, y a su mayordomo mayor y tesorero José Rodríguez Bravo, también calonge en el referido cabildo. En el testamento, el ya agonizante prelado, manifestaba su voluntad de enterrarse en el convento agustino de Nuestra Señora de Copacabana de Madrid, en espera de su traslado a Sevilla, donde debía hacersele “a hora competente” misa cantada de cuerpo presente con diácono y subdiácono, vigilia, y responso, mandando por su alma cuatro mil misas rezadas a cuatro reales cada una, correspondiendo la cuarta parte “a su parroquia”, suponemos la castrense, y el resto a voluntad de sus testamentarios. Para los hospitales General y de Pasión, ambos en la corte dejaba 150 reales por una vez, encareciendo especialmente a sus albaceas la culminación de las obras de la parroquia de su pueblo natal, que el prelado costeaba de su pecunio: “Mando que las obras que estan empezadas en la Yglesia Parroquial y Hermita de la Concepcion, ambas en la explicada Villanueva del Ariscal, se finalizen hasta que se concluian enteramente, y el costte que tubiesen se satisfagan de mis vienes, que así es mi voluntad”. Junto a este encargo, que solo pudo culminarse tras no pocas gestiones del arcediano Venegas ante la Colecturía de Espolios y Vacantes, Delgado manifestaba a estos que procurasen igualmente la terminación de unas “láminas” o grabados encargados a Joaquín Ballester, académico de San Fernando sobre los planos alzados por Francisco Sabatini y Miguel Fernández de la parroquia del Sagrario, que actualmente se conservan (Ver Apéndice de Ilustraciones). A toda su “familia” desde el mayor al menor, es decir a su séquito y servidumbre, manda se le de el “beático corriente”, o compensación habitual en esos casos, aprobando sin reserva



alguna las cuentas de sus tesoreros Rodríguez Bravo, Reinoso, Miguel Ángel Brea, y Felipe Ventura González, su mayordomo, a los que exonera de cualquier responsabilidad, reconociendo la importante deuda contraída con su pariente Jacinto Reinoso de 400.000 reales, la cual pide se le “satisfaga con la mayor puntualidad”. Instituye por sus herederos universales a sus hermanos: don Juan, tesorero del cabildo catedralicio hispalense, don José y don Tomás, ambos solteros, y doña María Delgado y Venegas, viuda de José Ignacio de Vera, madre de de José, Juan Acisclo y Pedro de Vera y Delgado, a los que deja “todo el amueblaje de las casas, así del quarto que habito en este Real Palacio, en los Sitios Reales, y demas partes, con inclusion de la vajilla de plata, coches, mulas, y demas alajas, sin reservacion de cosa alguna”, solicitando del rey condescendiera con dicha cláusula. Fueron testigos de todo: don Pedro Villavicencio, capellán mayor del convento madrileño de las Descalzas Reales, don Miguel María de Nava, caballero de Calatrava y del Consejo de Castilla, don Rodrigo de la Torre y Marín, del mismo Consejo, don Julián de San Cristóbal, caballero de Carlos III, del Consejo de Guerra, y don Gaspar de Jovellanos, caballero de Alcántara y entonces individuo del Consejo de Órdenes<sup>410</sup>.

De los aposentos que ocupaba el cardenal en el “Palacio Nuevo” sus restos se trasladarían a su domicilio particular, frente al convento de monjas dominicas de Santo Domingo el Real<sup>411</sup>, desaparecido en el siglo XIX y que se encontraba ubicado en la plaza y cuesta de ese mismo nombre, a espaldas del Teatro Real y muy cerca de Palacio. No sabemos exactamente la posición de la casa de Delgado en la plaza, quizás estuviese en el solar que desde el siglo XIX ocupa el palacio de los duques de Granada de Ega, que aún hoy existe, situado frente al espacio que ocupaba el referido convento. Velado pues de cuerpo presente en su casa, de allí partiría el día 13 a las tres de la tarde el cortejo fúnebre, encabezado por la cruz de la parroquia castrense y presidido por el teniente de vicario general de los Reales Ejércitos, José del Castillo, juez de la Real Capilla, capellán de honor de la misma y caballero pensionado de Carlos III, quien se había encargado de asentar la defunción, acompañado del clero de la Real Parroquia del Buen Suceso, desaparecida en 1854 – se encontraba en la Puerta del Sol – y la adscrita a

---

<sup>410</sup> Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Madrid (AHPNM), escribanía de Juan de Repide, 11 de diciembre de 1781, legajo 20.372, fols. 989-992v.

<sup>411</sup> En la iglesia de dicho convento se encontraba la célebre pila bautismal de Santo Domingo de Guzmán, utilizada desde el reinado de Felipe IV y hasta hoy día en los bautizos reales, también se hallaban los restos del rey don Pedro el Cruel, trasladados allí por orden de Felipe II.

la jurisdicción palatina, en cuyos libros de defunciones se asentó el óbito<sup>412</sup> (Ver Apéndice Documental). El cuerpo se llevaría hasta el convento de Nuestra Señora de Copacabana, de los agustinos recoletos, con los que Delgado y Venegas tenía carta de hermandad desde el 20 de julio de 1769<sup>413</sup>, hoy desaparecido igualmente y situado en el Prado, en el solar en el que hoy se levantan la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico Nacional, donde serían depositados sus restos de manera provisional hasta el traslado definitivo al sepulcro que el cabildo, muy complacido con la munificencia que el prelado tenía con ellos le había concedido en el coro de la catedral hispalense (Ver Apéndice de Ilustraciones). Dicho traslado no llegaría a efectuarse nunca, primero por impedirlo el propio Carlos III, que consideraba a Delgado un santo y quería tener cerca sus restos, luego por perderse estos a causa del saqueo del convento por los franceses durante la invasión napoleónica, quienes profanaron la tumba en busca de joyas<sup>414</sup>.

Una vez llegado el cortejo al citado convento agustino oficiaría las exequias el auxiliar de la sede primada don Francisco Aguiriano, obispo de Tagaste<sup>415</sup>, en presencia de toda la comunidad de capellanes de honor de la Real Capilla que asistió de sobrepelliz, y de la Música de Palacio, que cantó el oficio de difuntos, cubriendo la carrera por orden expresa de Carlos III la tropa acuartelada en Madrid, que rindió al prelado difunto, vicario general de los Reales Ejércitos, los honores propios de capitán general sin mando en plaza desde su domicilio hasta el lugar de entierro. Un interesante documento, titulado: “Escritura de depósito del cadáver del Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> Patriarca. Otorgada por el R.<sup>mo</sup> P. Fr. Antonio de S.<sup>ta</sup> Rita, Prior del Convento de Agustinos

---

<sup>412</sup> AGP, *Real Capilla*, Libros Parroquiales, Parroquia Castrense del Buen Suceso de Madrid, Defunciones, libro 81, fols. 9v-10. El asiento de la defunción puede consultarse asimismo en la documentación romana en ASV: A.C. 39, fol. 180; y la nota necrológica en *La Gazeta de Madrid* de diciembre de 1781, págs. 1027-1028 de la colección de la misma, también en el *Mercurio Histórico y Político*, de octubre-diciembre de ese mismo año, págs. 399-401. En ellas tras alabar el ardiente celo pastoral del finado y en el “real servicio a la persona del monarca”, así como su caridad para con los pobres, dando cuenta de las disposiciones citadas sobre los honores militares.

<sup>413</sup> Cuyo asiento en los registros del Archivo General de la orden agustiniana reproduce el obispo Mingüella en su episcopologio, opus cit., III, 179: “Folio 155v del *Registro de las patentes de jubilaciones y otras cosas dignas de notar*: En veinte de julio de 1769. Dio N. P. Vicario General Fr. Ignacio de Santa María Carta de Hermandad General al Ilmo. Sr. Dn. Francisco Delgado Obispo que fué de Canarias, y al presente de Sigüenza. Correspondencia de sus Misas como á Religioso. Murió en 11 de Diciembre de 1781 siendo Cardenal, Patriarcha, y Arzobispo de Sevilla. Requiescat in pace”.

<sup>414</sup> Morgado: *Prelados sevillanos*, opus cit., pág. 691.

<sup>415</sup> Aguiriano, auxiliar de Lorenzana en Toledo había sido familiar de este ya en México, siendo obispo de Calahorra en 1790, y aún sería presidente de la Junta de Burgos durante la Guerra de la Independencia y diputado en las Constituyentes de Cádiz.

Recoletos de Copa Cabana en 14 de diciembre de 1781, ante Simón Ruiz, escribano de S.M. y del coleg.<sup>o</sup> de esta villa” nos detalla los pormenores de todo lo acaecido, siendo enviado por Reinoso y Venegas en calidad de albaceas y parientes del finado al deán y cabildo sevillano<sup>416</sup>. En él se estipulaba como el cadáver quedaría únicamente en depósito, en espera del referido traslado, con autorización del prior del convento fray Antonio de Santa Rita y de la comunidad, proporcionando además interesantes detalles sobre el ceremonial seguido en la inhumación y amortajamiento del cuerpo, que a tenor del cuadro descrito debió ser verdaderamente digno de contemplarse. El cadáver del prelado difunto se hallaría en un ataúd forrado de terciopelo encarnado, galoneado y claveteado de oro, con chapas, cerraduras, y llaves doradas, y dentro de este se encontraría otra caja, de plomo estañado y con un cristal que permitía ver la parte superior del cuerpo del difunto, razón por la que el féretro no se abrió al objeto de comprobar su identidad. Llevaba, según la descripción, puesto el palio, una casulla blanca de damasco, y un pectoral de plata liso, la banda de Carlos III. Por testimonio de don Antonio Ysán, que había sido encargado de amortajarlo conocemos el resto de prendas con que había sido revestido al introducirse el cuerpo en la caja, y que no se apreciaban a través del cristal: túnica encarnada de cardenal, roquete de prelado, alba, cínculo blanco, y estola de la propia tela de la casulla, dalmática y tunicela de tafetán blanco con puntilla de oro – estas dos últimas prendas son propias de subdiáconos y diáconos, llevándolas los obispos en las ceremonias pontificales bajo las propias de su rango como símbolo de su sacerdocio pleno –, guantes de seda blanca bordados en oro, anillo de “piedras de Francia” – probablemente la amatista, llevada por prelados como símbolo de castidad y renuncia a los bienes terrenales –, medias encarnadas de seda, y sobre estas otras “con quadrado de oro”, finalmente cáligas o zapatos de tisú de oro. El cuerpo quedó depositado dentro de la bóveda en un nicho situado en la parte superior en el lado del evangelio, ubicación sobre la que se levantó testimonio por parte de los albaceas y del prior agustino que fue otorgado ese mismo día ante el escribano Simón Ruiz, quedando la llave de los pies del ataúd en poder del prior, y la de la cabecera en manos de los albaceas. Fueron testigos del entierro junto con los ya expresados los

---

<sup>416</sup> Copia del mismo se halla inserto en los libros de autos capitulares del cabildo sevillano: LAC nº 145, año 1782, cuadernillo de 22 carillas cosido entre los folios 3vto y 4. Contiene: Carta de don Francisco Vicente Venegas y don Jacinto Reinoso desde Madrid sobre la testamentaria del difunto cardenal Delgado, fechada el 25-12-1781; y “Escritura de depósito del cadáver del Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>l</sup> Patriarca. Otorgada por el R.<sup>mo</sup> P. Fr. Antonio de S.<sup>ta</sup> Rita, Prior del Convento de Agustinos Recoletos de Copa Cabana en 14 de diciembre de 1781, ante Simón Ruiz, escribano de S.M. y del coleg.<sup>o</sup> de esta villa”. También parte de la copia del testamento del prelado relativa a las disposiciones sobre enterramiento, efectuado de manera provisional en el referido convento a la espera del traslado a Sevilla.

señores Francisco Bahamonde, y Felipe Ventura González, *familiares* de la casa del prelado, así como diferentes religiosos del convento<sup>417</sup>. La lápida que selló el provisional sepulcro, situado en el lado del Evangelio de la iglesia conventual contaba la siguiente inscripción:

“Aquí yace nuestro hermano general, el Emmo. y Excmo. Sr. D. Francisco Xavier Delgado y Venegas, obispo de Canarias y de Sigüenza, arzobispo de Sevilla, patriarca de las Indias, limosnero y procapellán mayor de S.M., vicario general de los Reales Ejércitos, caballero gran cruz y gran canciller de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III y presbítero cardenal de la Santa Iglesia Romana. Conforme a su voluntad, fue depositado aquí su cadáver interinamente en 13 de diciembre de 1781 con la solemnidad debida y haciéndole en su entierro los honores de capitán general”<sup>418</sup>.

La luctuosa noticia llegó a conocimiento del cabildo sevillano el día 16, fecha en que por parte del arcediano de Jerez se lee la carta ya referida enviada por Bahamonde, ordenando el cabildo como era “estilo” las primeras disposiciones de gobierno y las honras que debían cumplirse por el alma del finado. En los libros de defunciones de la parroquia del Sagrario vemos con detalle algunas de las exequias realizadas:

#### “Enero de 1782 a.s

##### Viernes 4

Ojo “Oy se cumplió la Missa de cuerpo presente del Ex.<sup>mo</sup> Em.<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup> Patriarcha de las Yndias y Arzobispo de esta ciudad de Sevilla D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Xavier Delgado y Benegas Gran Canciller, Cavallero de la Concepcion de la Distinguida Orden del S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> Carlos tercero q<sup>e</sup> Dios guarde: Murió en la Villa y Corte de Madrid en el día 13 de Diciembre de 1781, Pidio Liz.<sup>a</sup> a Su Mag.<sup>d</sup> para testar le fue consedida, se despositó en el Conb.<sup>to</sup> de los RR. Recoletos de mi Padre S.<sup>or</sup> S.<sup>n</sup> Agustín; y despues trasladados los Buezos â el Coro de esta S.<sup>ta</sup> Metrop.<sup>a</sup> Yg.<sup>a</sup> de Sevilla: â el fin esta hecha la copia \_\_\_\_\_”.

Al final del libro en hojas sin foliar:

“Copia del Ex.<sup>mo</sup> y Em.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> Patriarcha D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Delgado y Venegas Arzobispo de esta S.<sup>ta</sup> Metrop.<sup>a</sup> y Patri.<sup>l</sup> Yg.<sup>a</sup> de Sevilla, Murió en la Villa y Corte de Madrid en 13 de Diz.<sup>e</sup> de 1781; se

---

<sup>417</sup> Ibídem.

<sup>418</sup> Ibídem.

celebró las exesq.<sup>s</sup> en el día 3 por la tarde y a quatro por la Mañana &. Se halla esta partida el 4 de Enº del año de 1782 p.<sup>r</sup> enero.

Derechos Parroquiales	300
Ofrenda, Caja y Codales	533
De 12 Acomp. <sup>s</sup>	120
Del oficio â el Sochantre	150
Del Conbite	150
Del Doble	50
De Insensarios	24
Capas y Vestuarios	40
Mozos de Coro	24
De tomar la razón	12
Frontal	12
Del que lleva la Cruz	10
	1€425

Ymporta toda la Copia mil quatrocientos veinte y cinco rr.<sup>s</sup> de v.<sup>n</sup> lo qual se le pagó por mandado del S.<sup>or</sup> Juez de Espolios a el Colector deeste Sag.<sup>o</sup> que es el sochantre y porque conste lo firme fho ut supra. D. Juan F.<sup>co</sup> Joseph de Campos Gomez (rubricado)”<sup>419</sup>.

Los capitulares estaban obligados ya de manera colectiva o individual a asistir o relizar una serie de sufragios por el alma del prelado difunto, como mandaban los capítulos de la Regla de Coro y sus propias Constituciones (tres misas por cada uno de ellos), encargándose de los detalles de la misa de cuerpo presente o de la instalación del catafalco la Diputación de Ceremonias<sup>420</sup>. Los actos principales de las exequias consistían en la misa de cuerpo presente con su vigilia el día anterior y el entierro, a la que sucedían días más tardes las honras fúnebres, de obligada asistencia y “con pena” pecuniaria caso de no asistir<sup>421</sup>. A la vigilia del entierro se acudía a cantar los responsos al Palacio Arzobispal, no contando los capitulares distribución ni pena pecuniaria alguna en la asistencia. Acabada nona, el sochantre convidaba a cuatro canónigos, cuatro racioneros, y otros cuatro medios racioneros, junto con dos veinteneros y dos Capellanes, a pasar a la Sacristía Mayor durante Visperas y Completas, cantando allí el segundo y tercer Nocturno así como los Laudes de Difuntos, con presencia igualmente

<sup>419</sup> AGAS, Fondo Parroquial del Sagrario, *Libros Sacramentales*, Defunciones, libro 27, fol. 183v.

<sup>420</sup> Excmo. Cabildo Catedral de Sevilla: *Regla del Coro...*, opus cit.

<sup>421</sup> Ibid, págs. 225-227.

de las parroquias y comunidades religiosas, que después de cantar sus respectivas vigilijs también acudirían al Palacio Arzobispal para el responso, donde se les daría cera al igual que al día durante la misa funeral. La Regla de Coro indica los detalles del desarrollo de las ceremonias y los manuales que ganaban por asistir los capitulares:

“La Miffa de Cuerpo prefente, que fe dice por dichos Señores Arzobifpos, ay Manual de la Ofrenda, que fon veinte y dos y media fanegas de Trigo, y cinquenta arrobas de Vino, que fe reduce à maravedís, fegun ajuftan los Señores Contadores Mayores con los Albaceas. Hacefe el Entierro con Pluviales blancos por cima de Gradas, y entra por la Puerta Grande; pero fi fuere tiempo de Capas de Coro, acabado el Entierro fe toman para la Miffa, y en dicha Miffa de Cuerpo prefente ay Sermon. Si el día de el dicho Entierro huviere Prima menor, ganaràn dicho Manual todos los Señores, que afsiftieren al Entierro: pero fi es Prima mayor es neceffario entrar à la Epiftola de la Miffa de Prima para ganar la mañana, y el Manual. A los Señores Hacedores de Rentas fe dà por equivalencia el expreffado Manual. Todos los Señores Prebendados, tienen obligacion de decir tres Miffas cada uno, por el Señor Arzobifpo defunto: y el que no fuere Sacerdote mandarlas decir, ò rezar tres oficios enteros de Defuntos.

Honrras de el Señor Arzobispo.

Despues de el Entierro, y antes de las Honrras, ay Novenario de Refponfos como por los Señores Prebendados. En las Honrras de el Señor Arzobispo, ay Manual, en que fe reparten mil ducados de plata, que hacen diez y feis mil y quinientos reales de vellon: y à la Vigilia fe reparte Cera por el Señor Comunal, como à la de Cuerpo prefente. Efte Manual es perfonalifsimo, y afsi por ningun titulo, aunque fea à los Señores Jubilados, &cc, fe dà ganado, fi no le afsiften; aunque vayan en el Duelo con la Familia: folo le ganan los Señores que fe hallarèn en Rentas”<sup>422</sup>.

Los cuadernos de la Diputación de Ceremonias nos detallan las que se hicieron por el cardenal Delgado, cuya muerte conoció el cabildo, como ya se ha avanzado, el día 16 de diciembre, domingo, en un cabildo extraordinario que fue presidido por el arcediano de Jerez. Tras dar cuenta de todo el maestro de ceremonias, el chantre procedió a cantar el responso *Ne recordere*, proclamándose de inmediato y en voz alta desde el altar mayor – que se puso de negro y con aparato de primera clase –, coro, y trono del arzobispo la sede vacante, acto que realizó el secretario acompañado del propio maestro de ceremonias y del pertiguero. También se ordenó retirar la silla y el reclinatorio del prelado, ordenándose al campanero hacer señal de doble en la torre por 24 horas, así como en todas las parroquias, iglesias y conventos de la ciudad y

---

<sup>422</sup> Ibidem.

arzobispado por el mismo tiempo. Por parte de los capitulares se procedió asimismo al nombramiento del gobernador del Arzobispado y del provisor interino, cargos que recayeron en el licenciado don José de Aguilar y Cueto, también capitular, no cantándose en el transcurso del acto el responso solemne, pues este, según advirtió el secretario, era propio únicamente de reyes y pontífices. A estas primeras disposiciones, siguieron el día 20 los nombramientos de jueces, visitadores, y otros altos empleos de la curia arzobispal, entre los que destacamos por su importancia el de secretario de la Sede Vacante, para el que fue designado el magistral doctor Marcelo Félix Doye; juez de la Santa Iglesia en el canónigo licenciado Francisco de Utrera; y de Testamentos en el también canónigo y licenciado don Álvaro de Valcárcel<sup>423</sup>.

Para la vigilia y la misa de cuerpo presente se señalaron los días 3 y 4 de enero tras Completas, asistiendo a la primera todas las parroquias y comunidades de la ciudad, “como es estilo”, con doble de la torre desde las 12 del día y reparto de abundante cera, oficiando seis capas en una ceremonia con música como en las honras por el papa, cantándose el responso *Ne recorderis* también con música. Todo fue conforme al mismo ceremonial observado en las exequias que se ofrecieron por el cardenal Solís, fallecido igualmente fuera de la ciudad, y aunque no hubo duelo nombrado por el cabildo, el tesorero, hermano del prelado difunto, estuvo sentado en primer lugar. Al día siguiente, viernes 4, subieron los mismos capitulares ataviados con capas, portando el resto de presentes cera, cirios, angeletes, y hachas amarillas, no convidando los caperos para esta segunda tarde pues era de música. Los oficiantes iban sin mitra pues al parecer no había presentes dignidades suficientes para ello, llevando sus bonetes, no contando el sermón, que predicó el padre Antonio Barea, del convento de San Pablo, con hora limitada. Una vez terminado este subieron nuevamente los mismos señores para los responsos, y al no haber suficientes dignidades invitó el sochantre a cuatro canónigos, otros cuatro veinteneros, y al maestro de ceremonias a vestirse de prestes, cantándose los referidos responsos y el *Non intres in inditium* por el pontifical<sup>424</sup>. El túmulo – no se detalla si se puso en los referidos libros de la Diputación de Ceremonias, aunque es de preveer que sí – se colocaba entre los dos coros, procediéndose al finalizar los responsos a llevarlo en procesión hasta la Capilla de San Laureano, donde se depositaba el féretro de manera

---

<sup>423</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, núm. 276, 1781-1782, fols. 51v-56.

<sup>424</sup> Ibid, III *Liturgia*, Libros de la Diputación de Ceremonias, 86, fols. 220-222v.

provisional en espera de la definitiva sepultura, acto que como es lógico no se llevó a efecto en esta ocasión pues el cadáver de Delgado quedó en Madrid en el citado convento agustino de Nuestra Señora de Copacabana.

Para su entierro definitivo en la catedral hispalense había sido habilitado un cañón en el pavimento del propio coro, a la entrada, y que hoy todavía podemos ver cubierto de magnífica losa de mármol de colores sobre la que campea el escudo de armas del prelado difunto. Toda la lápida va rodeada de diversos motivos alegóricos, algunos alusivos a la futilidad de la vida humana frente a la muerte, y otros relativos a la propia condición episcopal y sacerdotal del allí inhumado: en la parte de arriba y de izquierda a derecha se aprecian cartelas con una palmatoria, la mitra, y un reloj de arena, a los lados dos calaveras laureadas, en la parte inferior dos huesos cruzados, un báculo, y lo que parece un amito con sus cintas (Ver Apéndice de Ilustraciones). Dicho enterramiento le había sido concedido al generoso prelado tras una visita de este a las obras que sobre el pavimento catedralicio se llevaban a cabo, y que consistían en el losado de la capilla mayor, crucero, trascoro, sala capitular, antecabildo, y coro, espacio último que Delgado se ofreció a sufragar. Dicha visita tuvo lugar el día 7 de abril de 1777, volviendo nuevamente el día 11 para elegir “el dibujo que mejor le pareciere para el lozado del choro, de que su Ex.<sup>a</sup> por un efecto de su generosidad se había hecho cargo”. Este deseo de enterrarse en aquel espacio le sería concedido en la sesión del cabildo que tendría lugar el día 14, en ella el deán testimonió a los calones como el nuevo arzobispo:

“se había servido insinuar â su Señoría, y demas señores, que asisitieron â obsequiarle y acompañarle, tendría especial satisfaccion en que el Cabildo le concediera para su entierro lugar y sitio junto â la rexa del choro en el mismo donde los S.<sup>res</sup> Prelados se ponen â oir los sermones, para estar â los pies de sus sucesores, en el que si el Cab.<sup>do</sup> se lo permitía se pondría al tiempo del lozado una lapida liza y llana: Y el Cabildo oida esta relacion acordó de conformidad conceder â su Ex.<sup>a</sup> el sitio que había pedido para su sepultura y entierro, y comisionó al dho Sr. Dean para que pusiese en la concideracion de su Ex.<sup>a</sup> como el Cab.<sup>do</sup> gustoso y prontam.<sup>te</sup> había condescendido â su insinuacion, unicam.<sup>te</sup> por darle gusto, pues para quando llegase ese caso que la Misericordia Divina dilatase por muchos años, dessaría colocarle en lugar correspondiente â su merito y al esmero con que atendio y favorecia â esta S.<sup>ta</sup> Yglesia, y que en quanto que la loza ó lapida que se huviere de poner en dicho sitio fuese liza y llana, como su Ex.<sup>a</sup> pedía en esta parte



los S.<sup>res</sup> de Fabrica dexandolo separado al tiempo de lozar el choro, se suspendiese en ponerla hasta dar cuenta al Cab.<sup>do</sup> y se determinase el modo, forma, y hechura de qe debería hacerse<sup>425</sup>.

El inicio del losado se inició al siguiente año, 1778, y la lápida y el cañón comenzaron a realizarse a partir de junio de 1780, aprovechando el periodo de cimentación y secado del hormigón que cubría el pavimento del coro, previo al losado, quedando terminados pocos meses antes del fallecimiento de Delgado, tal y como recogen los autos capitulares catedralicios. El proyecto fue ejecutado por el mismo maestro encargado de toda la obra de pavimentación del templo, Manuel Núñez, que utilizó finos mármoles de colores, anunciándose en el cabildo de 22 de junio de 1781 por los diputados de fábrica “estar acavada y pronta la Piedra Sepulcral”, aunque sin el epitafio, tal y como permanece hoy día<sup>426</sup>.

Al no verificarse el traslado de los restos desde Madrid, primero a causa del propio Carlos III que tenía en tanta estima la memoria del difunto que quería tener sus restos cerca, y luego por la invasión napoleónica, en cuyas alteraciones se perdieron para siempre, tan solo quedaron representadas en la losa sepulcral las armas del prelado, timbradas de capelo cardenalicio, no inscribiéndose la leyenda alusiva al fallecido. Esta es transcrita por Morgado en su célebre episcopologio, continuando en cierta manera la labor iniciada décadas antes el erudito sevillano Juan Nepomuceno González de León, que continuó el célebre manuscrito del canónigo Loaysa pero tan solo hasta 1778:

“Eminent. et Excll. D.D. Franciscus Cardinalis Delgado y Venegas, Archiepiscopus Hispalensis, Indiarum Patriarcha, &&& Mortis suae memor. D.D. deccani et capituli suae alma Ecclesia praevis consensu ut inter fratres suos hic supremum expectaret diem. Pavimentum hoc magnis impensis disposuit amplicavit decoravit. Magno ómnium dolore importuna morte praereptus est Matriti tertio idus Decembris ann. 1781 aetatis suae 66”<sup>427</sup>.

De los pueblos del arzobispado nos han llegado las honras que por el prelado difunto se realizaron en Arcos de la Frontera, de donde era beneficiado, y de Écija, cuya parroquia de Santa Cruz ofreció por su alma los siguientes sufragios, recogidos en el

---

<sup>425</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC “Pleno”, núm. 140, año 1777, fols. 102-103.

<sup>426</sup> Ibid, núms. 143 (1780), fols. 130-131; y 144, año 1781, fols. 119 y 176.

<sup>427</sup> Morgado: *Prelados sevillanos...*, opus cit., pág. 697.

*Diario Eclesiástico, Necrológico y Social en la Iglesia Mayor de Santa Cruz (1623-1835)*, Libro Séptimo, págs. 5v-8v, de 1 de mayo de 1782<sup>428</sup>:

“HONRAS QUE EL VENERABLE CLERO DE ESTA CIUDAD DE ÉCIJA, HIZO AL EMINENTÍSIMO Y EXCMO. SR. DON FRANCISCO XAVIER DELGADO Y BENEGAS, POR LA GRACIA DE DIOS, PRESBITERO CARDENAL DELGADO, PATRIARCA DE LAS INDIAS, GRAN CANCELLER DE LA REAL DISTINGUIDA NUEVA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, SU LIMOSNERO Y PRO CAPELLAN MAYOR, VICARIO GENERAL DE LOS REALES EJERCITOS DE MAR Y TIERRA Y ARZOBISPO DE SEVILLA. En la ciudad de Écija, habiéndose juntado el venerable clero en la Iglesia de Nuestra Señora Santa María, a efecto de elegir diputado para las honras de Nuestro eminentísimo Prelado, la que presidió el Sr. Licenciado Don Joseph Bentura Díaz Azpeitia, Vicario de esta ciudad, beneficiado de la Iglesia de Santa Bárbara, Juez Subdelegado de Cruzada y Administrador de Rentas decimales de esta Vicaría, juez de testamentos, Abogado de los Reales Consejos, se leyó una carta orden del Illmo. Sr. Deán y Cabildo de la Santa Metropolitana y Patriarcal Iglesia de la ciudad de Sevilla (sede vacante), en la que se manda se hicieran honras por dicho Eminentísimo Prelado, que había fallecido en la villa y corte de Madrid el día once de Diciembre del año próximo pasado de 1781; por lo que se nombraron por dicho señor Vicario y clero por tales diputados a Don Juan de la Vega, beneficiado presidente de Santiago, a Don Pedro Díaz, beneficiado presidente de Santa Cruz; a Don Francisco Ariza, cura de dicha iglesia de Santiago y a Don Ignacio de Alba y Avilés, presbítero, Comisario originario del Santo Oficio de la Inquisición de la ciudad de Córdoba, clérigo de la Iglesia de Santa María y cuyas exequias se determinaron para el día 27 y 28 de febrero de este año de 1782, para lo que por dichos diputados se mandaron imprimir esquelas para el convite de comunidades, universidad, Ayuntamiento, el que evacuado en la tarde del día 27 de dicho mes de febrero, concurrieron todas las comunidades a cantar vigilia y responso en la Iglesia Mayor de Santa Cruz (a excepción de los Padres Predicadores Gerónimos y Carmelitas Descalzos, que se excusaron por no permitirlo sus leyes, aunque se les dejó esquela para el doble y asistió el de Carmelitas con los demás prelados en la mañana del día 28), dándoseles a dichas comunidades la expresada tanda de velas de a dos onzas y a los prelados de a cuarterón, y al venerable clero, universidad y Ayuntamiento se les dio por la mañana de a cuarterón, juntamente con los prelados de las Comunidades y asimismo al pertiguero, sacristanes, cruceros, monaguillos, campanero, seminarios y a los sacristanes y cruceros de las demás parroquias, para lo que se hizo un túmulo de tres cuerpos, cuya armazón queda en esta Iglesia, el que se revistió de damascos carmesíes, poniendo en el último cuerpo dos almohadas de terciopelo del mismo color y encima las tres mitras que obtuvo, que fueron la de Canarias, Sigüenza y Sevilla, y el báculo pastoral con muceta y sombrero con las borlas de Cardenal y vara de plata al lado siniestro: y en el segundo cuerpo las armas de dicho señor Eminentísimo con su pabellón, que queda en el archivo de esta Iglesia, cuyo túmulo se vistió con candeleros de plata y cera amarilla de a dos libras cada una y

---

<sup>428</sup> Dicho libro fue editado en el año 2000 por la Asociación de Amigos de Écija.

alrededor del túmulo ocho hacheros, con cirios de a seis libras cada uno blancos, y en el altar mayor seis cirios de a cuatro libras, dos para los hacheros de a seis y dos velas de a media libra para la cruz y dos codales para los ciriales y dos velas de a libra para cada altar de cera blanca; ofició y dijo la misa dicho señor Vicario y este convidó de vestuarios a Don Cristóbal de Arroyo y Carmona, cura y beneficiado de esta iglesia y a Don Gregorio Serrato, presbítero y los diputados convidaron las capas que fueron cuatro, dos del clero y dos de la universidad, siendo orador de esta función Don Fernando Tirado y Rojano, presbítero de la iglesia de señor Santiago el Mayor de esta ciudad y concluidas la honras en el siguiente día primero del mes de marzo, fueron dichos diputados con el pertiguero en coche a dar las gracias a las comunidades, universidad y cabildo, dejándoles papeletas a cada uno y yendo asimismo a las casas capitulares.

#### GASTOS

Al ministro o alcaide eclesiástico por la cobranza de las pólizas 005

Del costo de las armas y porte 045

De la impresión de esquelas y papeletas 015

De los coches para convidar y dar las gracias 044

De traer y llevar los candeleros, bancas, hacheros y demás 022

De mandados 024

De docena y media de bizcochos de polvorín 020

De cuartilla y media de vino 010

De los sacristanes de esta iglesia por hacer los coros de las comunidades 006

De los derechos de los ministros de esta iglesia repartidos según memoria del colector 086

De los derechos de la música por su asistencia a las dos funciones de la tarde y mañana 080

Al Sr. Vicario por la misa 008

De poner y quitar el túmulo, vestirlo con costo de clavos, alfileres, etc., y salaio del que lo custodió y encendió, a quien se dieron diez reales 088

De ochenta y tres libras de cera a diez reales que resaltaron en dicha función 830

Por el alquiler de la cera amarilla 040

Por el alquiler de la banca gruesa 010

Del sermón 240

Importan dichas partidas mil quinientos setenta y cuatro reales de vellón, cuya cantidad se repartió entre las fábricas de las iglesias de esta ciudad, a excepción de la de San Gil, que a nada concurrió. Por dicho señor Vicario, quien lo firmó con dichos diputados, en primero del mes de marzo de mil setecientos ochenta y dos años.- Ldo. D. Josef Ventura. D. Juan Díaz de la Vega.- Azpeitia Díaz. D. Francisco Xavier de Ariza.- Pedro Díaz de A. Ignacio de Alba y Avil s .

Del sermón fúnebre en la catedral hispalense, pronunciado por fray Antonio Varea, dominico del convento de San Pablo y doctor en teología por la Universidad de Sevilla, diremos algunas palabras por la importancia que este tuvo para la bibliografía posterior, pues es fuente de numerosas anécdotas sobre la vida del prelado, siendo

pronunciado en la catedral hispalense el 4 de enero de 1782<sup>429</sup>. La pieza, estructurada en dos partes: “Siervo fiel que repartió los talentos de su exemplo y doctrina en beneficio de la familia que Dios le había confiado”, y “Siervo fiel que repartió los caudales de la Iglesia, el Patrimonio de Christo, segun las leyes de la Santa Religion”, hace un recorrido por las principales virtudes y acciones del difunto a lo largo de su vida en las tres diócesis que gobernó, abundando en todo momento, como es propio en este tipo de panegíricos, los generosos epítetos: “limosnero misericordioso y liberal”, “zelador de la hermosura de los templos”, o “padre de los pobres”; y las llamadas al dolor en los presentes ante su sentida muerte. Y es que el difunto obispo cumplía con las dos cualidades que deben adornar a todo prelado, pues no bastaba con que este fuera santo, debía ser también sabio, e instruir así en la “doctrina sana”, enseñando los “inefables misterios que debemos creer, los preceptos que debemos guardar, los sacramentos que debemos recibir, la disciplina que debemos observar, y los bienes eternos que debemos esperar”, resistiendo “a los errantes y convatiendo á sus errores”, pues el obispo como “mediador entre Dios y el Pueblo” era como “la sal de la Tierra y forma del rebaño”, y tenía que ser ejemplar en todo.

Así por ejemplo al rememorar algunos de los logros de su vida nos relata los muchos progresos que en filosofía y teología alcanzó en el sevillano colegio de Santo Tomás, en el cual se distinguió por su recogimiento y aplicación al estudio, y cuya viveza de pensamientos y solidez de sus discursos era en palabras de Varea “recreo de todos sus maestros”. Esta fama de “varón juicioso y literato” le acompañaron en la Universidad de Alcalá, donde se perfeccionó en “las virtudes y las letras”, alcanzando en poco tiempo las dos magistralías que ganó, si bien nunca se dejó captar por los oropeles de su nueva posición y mantuvo un estilo de vida austero manifestado en “la pobreza de sus vestidos, la moderacion de su casa, la abstraccion de los negocios del siglo, la devota y frequente asistencia á las Iglesias, el fervor de su predicacion, y la misericordia con los pobres”. El sermón es fuente inagotable de anécdotas, así nos habla de como por ejemplo empleaba todos los días cuatro horas en el estudio de Santo Tomás, definiéndolo con la clásica retórica hagiográfica barroca con adjetivos tales

---

<sup>429</sup> Fray Antonio Varea (O.P.): *Oracion funebre que en las solemnes exequias celebradas en la Santa Metropolitana Patriarcal Iglesia de Sevilla el día 4 de enero de 1782 por el alma del Em.<sup>mo</sup> y Exc.<sup>mo</sup> Sr. D. Francisco Delgado y Venegas, presbítero, cardenal de la Santa Romana Iglesia, patriarca de las Indias, arzobispo de Sevilla, capellan y limosnero mayor del rey nuestro señor, vicario general de sus Reales Exercitos de Mar y Tierra, gran canceller y caballero gran-cruz de la Real Distinguida Orden Española de Carlos Tercero, del Consejo de Su Magestad, &c., dixo el M.R.P. Fr. Antonio Varea, del Sagrado Orden de Predicadores, Lector habitual de Teología en el Real Convento de San Pablo, Doctor Teologo del Gremio, y Claustro de la Real Universidad de Sevilla, y Examinador Sinodal del Arzobispado*, Sevilla Imprenta Mayor, 1782, 57 págs.

como “luz sobre el candelero de la Iglesia”, en referencia al “calor de sus virtudes y los rayos de la evangelica doctrina” que derramó siempre en las tierras por donde pasó, y que quedaron llenos de los “fervores de su religion y ternura de su misericordia”.

No enumeraremos los distintos logros del prelado en sus tres pontificados, de los que el orador hace relación apasionada, y bastante exacta, pero sí incidiremos en resaltar algunos pasajes sobresalientes desde el punto de vista literario en este tipo de hagiografías amables, tales como los que narran sus desplazamientos por las Islas Canarias en cumplimiento del deber de todo obispo de visitar su grey. Así por ejemplo relata el dominico como “en vano le hacían presente las incomodidades de los pueblos, los peligros del camino, los precipicios de los montes, y los escollos del mar”, acompañado siempre de fieles servidores, y “unas veces a pie, y otras en brazos de sus amados isleños que le miraban como Padre” iba de isla en isla, no teniendo en ocasiones “mas cama que una estera”. No había “resistencia al zelo de Su Eminencia”, y en más de una ocasión a punto de zozobrar su embarcación – episodio milagroso que contamos en el apartado dedicado al pontificado canario –, sacándolo de los escollos sus amados “isleños”, que lo portaban “mas alegres que si llevaran el mas precioso tesoro de este mundo”. En otro pasaje exalta de manera emocionada su talante humilde y cercano para con el pueblo, creyéndole “mas glorioso entrando en las ciudades, descansando entre los brazos que le ofrecía el amor, y gratitud de su pueblo, que entrando en la corte sobre las mas brillante carrozas de este mundo.... Y mas feliz rodando por los suelos, y exponiendo la vida por la salud de su Rebaño que descansando en el fausto y magnificencia del Palacio, porque esta es la gloria, esta es la felicidad del buen Pastor”. Tampoco faltaban entre los dones de que estaba dotado el difunto cardenal los de la castidad y el pudor, tanto es así que “parecía en su trato una honestísima doncella”, dice, refiriendo el testimonio de sus más cercanos colaboradores que jamás vieron de él más que la cara o las manos, llegando a decir él mismo a un cercano confidente: “jamàs he fixado la vista en las mugeres”.

De Sigüenza donde quizá sacó las mejores dotes como obispo, nos detalla la reacción de los pobres cuando estos se enteraron de su partida a Sevilla, arrojándose a sus pies para “detenerlo con sus lágrimas”, o despidiéndolo con frases como: “Ya se va nuestro amoroso padre”. En sus visitas a los pueblos iba siempre acompañado de “celosos misioneros” para que le ayudasen en su labor moralizante y caritativa, manifestada en “las cargas de ropa para vestir à los pobres” que siempre lo antecedían o

en la provisión que de vasos sagrados y otros ornamentos realizaba en las iglesias más pobres, pagando siempre “con toda exactitud à los curas y Vicarios los gastos de su persona y familia”, y no permitiendo jamás “que sus domesticos admitiesen cosa alguna”. Del periodo sevillano nos habla por ejemplo de las muchas horas que ocupó examinando a los curas y demás eclesiásticos, o de los “varones apostólicos” a los que llamaba a misionar, para que estos fueran “sembrando por toda la Diócesis la semilla de la Divina Palabra”. Igualmente era fundamental en su acción pastoral el consuelo a los más afligidos de la sociedad, visitando los hospitales o las cárceles, llevando a los presos la comunión de manera personal<sup>430</sup>. De su carácter humilde y casi tímido aporta esta interesante anécdota, acaecida durante una de las frecuentes visitas que a los templos de la ciudad realizaba, predicando por ejemplo en La O o en el Patrocinio, donde una tarde entró para adorar al Santísimo, que estaba manifiesto “y reparando que los fieles perdían el recogimiento interior para mirarle, y darle pruebas de su veneracion, se levantó lleno de zelo, y les dixo: Qué haceis hermanos? Quién es el obispo en quien poneis la atencion? Quién es Jesus Sacramentado, de quien la separais?”, e imitando lo que hicieran Pablo y Bernabé en Licaonia predicó “con tanto fervor su propia miseria y las grandezas de Christo que enterneció los corazones de todos sus oyentes”.

¿Qué hacía el cardenal en la corte? Con este interrogante, que repite consecutivamente en varios pasajes, es posible que el orador intentase acallar veladas críticas que hubiesen llegado a sus oídos – si bien no lo dice expresamente –, ya a santo de la prolongada ausencia del prelado de su arzobispado, o quizás por las importantes cantidades desembolsadas desde Madrid en gastos suntuarios. Insinuaciones que refuta utilizando una metáfora muy vinculada con el carácter supervisor y vigilante que debían tener todos los obispos, que debían ser como “el águila, que remontandose hasta el Cielo, mira sin cesar azia la tierra, para no perder de vista, ni en una pestañada a sus polluelos”. En cuanto a los valores que adornaban su persona y enseñanzas, estas eran verdadero decálogo del modelo de obispo tridentino: “à los superiores la obediencia, y el respeto; à los iguales la concordia, y la amistad; à los menores la doctrina, y correccion; à los amigos la alegría, y la asistencia; à los enemigos la paciencia, y la

---

<sup>430</sup> Dicha visita del arzobispo a los presos de la Cárcel Real es detallada en los libros de la Diputación de Ceremonia, refiriendo como el día 13 de abril de 1777 se dirigió hacia ella para llevar la comunión a los presos allí confinados. El prelado ataviado de estola y un estolón bordado sobre la muceta fue acompañado por el visitador del Sagrario para estos menesteres, revestido de sobrepelliz y estola, junto con el cura semanero también de lo mismo. La comitiva iba abierta por seis pajes con sotanas portando hachas, finalizando con el canto del Tantum Ergo y el Alabado y concediendo indulgencias a todos los asistentes. Ver ACS, III, *Liturgia*, libro 86, fol. 15v.

benevolencia; à los miserables la compasion, y el socorro; à sí mismo la inocencia; y à todos la caridad”. Un perfil que se ajustaba perfectamente al señalado por Carlos III en sus diferentes instrucciones a la Cámara, y que ya referimos, y que hizo que el monarca lo tuviera siempre en la mayor estima, consultándole en muchos graves asuntos, o ensalzando su juicio y prudencia con la siguiente frase, que Varea asegura repetía constantemente el soberano: “Todo lo sabe el Patriarca”. Aunque no solo honores recibió Delgado de Carlos III, pues como asegura el sentido panegirista el arzobispo llegó a aportar al erario público motu proprio y para las necesidades de la Monarquía la importante cantidad de 950.000 reales.

La segunda parte del sermón lleva el título: “Siervo fiel que repartió los caudales de la Iglesia, el Patrimonio de Christo, segun las leyes de la Santa Religion”, y como es de prever detalla los muchos ejemplos de misericordia y caridad demostrados siempre por el prelado durante toda su vida como principal manifestación exterior de la religiosidad cristiana. De ella ofrece abundantes ejemplos, que no repetiremos por ir ya muchos de ellos reseñados en los pontificados que desempeñó Delgado y Venegas, quien intentó siempre conciliar de manera armoniosa esta necesidad externa con la otra principal manifestación: la interna, manifestada en la religión misma. Así por ejemplo y sobre las importantes cantidades que Delgado siempre invirtió en el exorno interior y exterior de los templos, Varea apela al ejemplo de David, amante “de la hermosura de la Casa del Señor”, a la que consagró muchas riquezas “para desahogo de su religioso corazon”. También a Moisés o Salomón, que buscaron “los mas acreditados artífices para que dieran à los Templos, vasos, y ornamentos, toda su belleza”, enumerando a continuación muchos de los que el arzobispo sevillano donó con tal propósito a las iglesias de las diócesis que gobernó, que junto con las ayudas económicas que aportó para reparaciones o ampliaciones de los templos definen buena parte de su acción pastoral y su faceta como mecenas, haciendo “pequeñas las cosas grandes”. Caso por ejemplo del fomento al culto eucarístico y de la Virgen en el que el cardenal llegó a desembolsar más de un millón de reales, siendo prueba visible de ello la magnífica custodia de Sigüenza, haciendo con ello axioma del concepto de que para Jesús Sacramentado “todas las grandezas del mundo son pequeñas”, o por del culto a las ánimas del purgatorio, que siempre intentó propagar fomentando la creación de cofradías o costeando innumerables misas por aquellas.

En su papel de “padre de los pobres”, considerados por la doctrina eclesial “templos vivos de Dios”, era indispensable socorrerlos en manera constante, repartiendo no menos de 12.000 pesos todos los años a los curas de la diócesis para que estos los repartiesen entre los más necesitados de cada parroquia; y lo mismo a pupilos, viudas, o doncellas, a las que en un solo año repartió trescientas dotes. En este sentido dice Varea que la ropería era la “alhaja más preciosa de Palacio”, y de hecho en Canarias había gastado en ello más de 50.000 ducados, poniendo además a disposición del pueblo en los momentos de escasez los hornos y todo el trigo y la cebada propias de la diócesis, entregando en Sigüenza al menos 7.000 fanegas de trigo todos los años a la puerta de su palacio, y cuando se perdió la cosecha por el pedrisco más de 23.000. Así en Canarias por ejemplo los isleños “salían à los caminos à recibirlo como à un santo; y se tenían por dichosos si le bezaban los pies, ò le tocaban la ropa”.

Acaba ya la pieza oratoria, de una manera que hoy nos parecería ciertamente efectista, o incluso melodramática cuando no lacrimógena, efecto buscado este tipo de discursos panegíricos, con la esperanza de sus fieles diocesanos de contar pronto cerca con sus venerables restos, convertido en reclamo de los humildes al que peregrinarían “sus pobres” desde todos los puntos donde este virtuoso prelado derramó sus prendas, algo que sin embargo nunca llegaría a efectuarse como veremos:

“Santa Metropolitana Iglesia de Sevilla, dichosísima en Prelados Santos, sabios, eminentes, y zelosisima en conservar sus memorias, no, no quedaràs sin las piadosas cenizas de tu exemplar Arzobispo. Aquellos Varones Religiosos que hoy se honran con su cadaver, merecen que les digamos con David: Benditos seais del Señor, porque habéis hecho esta misericordia con nuestro Eminentísimo Prelado, y le habéis dado sepultura: mas no tienen derecho para quedarse con lo ageno. Vendrà, vendrà à este magnifico templo el cadaver de aquel sabio Cardenal, que fuè mas grande por su virtud, que por todas sus grandes Dignidades. Vendrà aquel generoso corazon para aumentar con su sepulcro las bellas memorias de tu gloria. Aquí, aquí vendrán en los venideros siglos los fieles de las Canarias preguntando por el panteon de aquel zeloso prelado, que les dexò tantos y tan preciosos monumentos de su religion, y de su misericordia. Aquí vendrà toda Sigüenza à darle publicos y solemnes testimonios de su reconocimiento, y gratitud. Aquí vendrán los pobres a millares, manifestando como en Jope, las túnicas, y vestidos con que los cubría su Padre. Aquí vendrán...., no puedo mas...., me interrumpen sus justas alabanzas, las lagrimas, y el dolor”.

Tras la sentida muerte de Delgado, Carlos III puso los ojos para sustituirle en la mitra hispalense en el joven aún obispo de Orense Pedro Quevedo y Quintano – futuro protagonista muchos años más tarde de acontecimientos que podremos ver en los



capítulo dedicados a la disolución de la Junta Central y la Primera Regencia –, quien a pesar de sus escasos seis años de pontificado en tierras gallegas ya se había labrado una sólida reputación de pastor íntegro y caritativo. Vista pues la negativa de Quintano, el soberano decidió elegir al entonces obispo de Segovia Alonso Marcos de Llanes y Argüelles, quien había sido capitular en la Iglesia de Sevilla años atrás entre 1766 y 1774, y antes doctoral de la de Palencia, que fue nombrado nuevo arzobispo el 15 de diciembre de 1783<sup>431</sup>.

### Caridad y beneficencia en el pontificado del cardenal Delgado

Ya hemos ido viendo a lo largo de la tesis como uno de los rasgos principales que caracterizaron al clero y sobre todo al episcopado durante la etapa ilustrada fue el incidir en la mejora de las condiciones de vida del pueblo, hecho manifestado en el fomento de la industria y la agricultura, sufragando obras públicas o apoyando económicamente a instituciones benéficas tales como hospitales, casas de misericordia y otras a las que dotaron de camas, ropa, y otro tipo de ajuar necesarios para su funcionamiento. A esta política asistencial, tradicionalmente adjudicada a la Iglesia, también colaboraría el Estado, que en esos años desplegó también diferentes medidas conducentes al socorro de los más necesitados, de las que resaltaremos por su proximidad histórica al periodo que estudiamos las que favorecieron el establecimiento de escuelas gratuitas (R.O. de 11 de mayo de 1783), o la creación de las llamadas Diputaciones de Barrio, impuestas por otra de 3 de febrero de 1785 que las instituía “para el socorro de jornaleros desocupados, enfermos convalecientes”<sup>432</sup>. También los ayuntamientos de las ciudades y villas y los cabildos catedralicios mantenían diferentes instituciones benéficas desde hacía siglos para este tipo de necesidades, existiendo además numerosos hospitales vinculados a gremios o hermandades que trataban de limar las necesidades de los más desfavorecidos, los cuales resultaban imprescindibles ante grandes calamidades sobrevenidas, ya fueran estas de tipo climatológico o

---

<sup>431</sup> Juan Manuel Bedoya: *Retrato histórico del Emmo. Excmo. e Ilmo. Señor Don Pedro de Quevedo y Quintano*, Madrid, Imprenta que fue de Fuentenebro, 1835, pág. 44. Ver asimismo los *Anales de Matute*, tomo III, págs. 26-27, que refieren ambas noticias.

<sup>432</sup> *Novísima Recopilación de las leyes de España*, opus cit., libros IV, Ley X, Título I, “De las escuelas y maestros de primeras letras”; y VII, Ley XXII, Título XXXIX: “Establecimiento de las Diputaciones de Barrio para el socorro de jornaleros desocupados, enfermos convalecientes”.

epidémico, catástrofes que periódicamente azotaban las ciudades provocando infinidad de víctimas.

Ese esfuerzo asistencial por parte de la Iglesia, que detallaremos a continuación en lo que al pontificado del cardenal Delgado respecta, requería como ya se ha dicho de unas importantes fuentes de ingresos, ya explicitados en el capítulo dedicado a la Sevilla dieciochesca, que por su ingente volumen sorprendían a no pocos de los viajeros extranjeros que pululaban por el país, y han merecido por su uso el juicio favorable de señalados modernistas como Domínguez Ortiz, Callahan, o Sarrailh, que en sus obras detallaron las políticas munificentes de prelados y cabildos. Ahora, y como cierre del capítulo dedicado al pontificado sevillano del cardenal Delgado, detallaremos algunas de esas ayudas dispensadas en beneficio público, recordándose tan solo que los ingresos del periodo que nos interesa, que ocupó cuatro años y medio (1776-1781), oscilaron siempre entre el millón y medio de reales y cerca de los tres millones, y que los desembolsos anuales para estos cometidos se situaban habitualmente en torno a los trescientos mil.

Las cantidades que se reseñarán a continuación han sido tomadas de los libros de *Ajustamiento General* del cardenal: núms. 847 a 856, 883 (1776-1781), y de sus *Espolios*, núms. 900 a 903 (1782-1796), de los que también se tomaron importantes cantidades para obras en pro de la población, sin embargo, y debido al enorme volumen y dispersión de cada apunte, que haría bastante complejo y prolijo citar cada uno en nota aparte con la expresión de su folio (algunos carecen incluso de numeración), se entenderá que todos los que a continuación siguen, salvo que se mencione otra fuente, procederán de los mismos en los años reseñados. Así, y eligiendo de cada pontificado un año que nos sirva de muestra, tenemos que el gasto invertido en caridad por los prelados ascendía a<sup>433</sup>:

<u>Arzobispo</u>	<u>Año</u>	<u>Limosna en reales</u>
Solís	1768	300.000
Delgado	1780-1781	364.330
Llanes	1787	357.664

---

<sup>433</sup> Dichos libros se encuentran para su consulta en AGAS, Fondo Arzobispal, Sección IV, *Administración General*, Mesa Arzobispal. Para la cifra elegida como muestra, comprendida entre abril de 1780 y marzo de 1781 ver libro 850, fols. 157 y ss. Las tomadas para los arzobispos Solís y Llanes proceden de la mencionada obra de Manuel Martín Riego: *Diezmos eclesiásticos*..., pág. 235.

Delgado y Venegas ya llegaba a la diócesis hispalense con fama de limosnero, aspecto que refleja Morgado en su célebre episcopologio, prodigándose en ellas tal y como hicieran los prelados que lo antecedieron y sucedieron, no defraudando así la alta estimación que de ellos tenía el pueblo, que verdaderamente consideraba al obispo como el “padre de los pobres”<sup>434</sup>. Merecen destacarse las que prestó a los pobres en general, repartidas entre los curas de cada feligresía para ser repartido entre estos; o las que se daban en la puerta de su Palacio en metálico, ropa, comida, o o medicinas, a parte de las que el prelado dispensaba allá por donde iba. Gran importancia tuvieron también las que entregó al clero más necesitado, o a los conventos, sobre todo femeninos; y a las familias venidas a menos, los “pobres vergonzantes”; a la dotación de doncellas para contraer matrimonio o profesar en religión, ayuda que gozaba entonces de enorme prestigio, llegando a existir instituciones únicamente destinadas a ello (Hermandad de las Doncellas de la catedral, Hospital Casa de la Misericordia, a través de diversos patronatos); o a instituciones asistenciales tales como hospitales, hospicios, y casas de recogidas. De ellas daremos algunos ejemplos significativos, pues la amplitud de materias abordadas en la tesis nos impide dar cuenta detallada de todas, estando precisamente las del periodo que nos ocupa ya estudiadas convenientemente. Este nivel – de limosnas dispensadas – se mantendría hasta la crisis del sistema, señalado por el crucial año 1808, no recuperándose ya jamás a causa de las devastaciones a que fue sometido el patrimonio de la Iglesia, ya por la guerra como por el despojamiento que de sus bienes hicieron los poderes civiles, limitando con ello sus otrora ingentes fuentes de ingresos. En este sentido se puede decir que las limosnas dadas de manera individual oscilaban casi siempre entre los 20 reales como mínimo – debemos tener en cuenta que el jornal diario mínimo en aquella época era de 4 reales diarios –, 30, 60, 100, 200, y hasta 500 reales en su generalidad, dispensándose otras de una mayor cuantía que fueron entregadas sobre todo a los curas de las parroquias, a sujetos de familias “distinguidas” venidas a menos, a instituciones religiosas o asistenciales, y a curas pobres.

---

<sup>434</sup> Aunque se le califica así en su *Oración fúnebre*, ya citada, esta consideración es habitual en las fuentes de la época y es recogida por numerosos estudiosos sobre el episcopado moderno como por ejemplo Domínguez Ortiz en *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, Itsmo, 1973, págs. 229-231; o “Aspectos sociales de la vida eclesiástica en los siglos XVII y XVIII”, en *Historia de la Iglesia en España, IV. La Iglesia en la España de los siglos XVII y XVIII*, dirigida por R. García Villoslada, Madrid, BAC, 1979, págs. 5-72, 32-33; sobre la fama de limosnero que ya tenía en la ciudad antes de entrar en ella ver Morgado: *Prelados sevillanos*, pág. 684.

Ya se refirió como la ropería del Palacio Arzobispal era la “alhaja más preciosa” de este para el arzobispo, en este sentido su limosnero, Gregorio José Zambrano, entregaba dos días a la semana, miércoles y sábado, diferentes cantidades en dinero y especie a todo aquel que se acercaba, refiriendo los mencionados libros de *Ajustamiento General* como en el segundo semestre de 1776 se entregaron limosnas por este por valor de 3.400 reales, aumentados a 14.000 en el año siguiente, en el que solo en medicinas entre enero y junio se dispensaron 6.581 reales. En 22 de diciembre de 1777 se consignan haberse entregado 34.410 reales en “paños y bayetas” (846 varas de paño, 1.700 de lienzo; y 545 de bayeta) para vestir “pobres desnudos hombres, mujeres, y niños”; en 1778-1779: 14.400 reales; y en 1780 31.778. Para la tradicional comida que el prelado daba a trece pobres el día del Jueves Santo, y que él presidía – al menos en el primer año de pontificado –, se gastaron incluyendo en el importe el vestido y calzado de los convidados las siguientes cantidades: 11.230 reales en 1777; 9.104 en 1778; 6.695 en 1779; y 6.321 en 1780. A dicha limosna seguía la que el prelado ofrecía en el Viernes Santo, que en 1777, último año que estuvo en Sevilla gobernando ascendió a 300 reales.

Limosnas a pobres en general repartidas a través de los curas diocesanos de las parroquias de la ciudad y su arzobispado para que estos las entregasen a las familias más necesitadas de cada feligresía se dieron igualmente en abundancia, Varea en su *Oración fúnebre* de Delgado habla de 12.000 pesos todos los años, reflejando las fuentes cifras como similares. A las parroquias más pobladas de Sevilla como El Sagrario, La Magdalena o Santa Ana se daban en torno a los 8.000 reales, y las medianas o más pequeñas a las que se entregó cantidades entre los 3.000 y 6.000, iguales cifras se observan para los distintos pueblos del arzobispado. En 1780 (febrero-diciembre) se registra el reparto de 150.000 reales; aumentadas en 1781 a 180.000, entregándose al obispo de Botra entre 1778-1779 la cantidad de 5.000 reales para que las repartiera en los pueblos en lo que estaba realizando visita. También se refieren algunas entregas de manera particular por diferentes siniestros, como una de 211 reales para un pobre hombre que había perdido toda su ropa en el incendio de su casa. Una vez fallecido el cardenal también se tomaron de sus *espolios* diversas cantidades que fueron utilizadas para las urgencias del vecindario: en 1783: 90.000; 1785: 200.000; y en 1786-1787: 1.500.000 a cuenta de 60.000 fanegas de trigo; otras se entregaron a instituciones públicas o asistenciales (ver su apartado).

Estas limosnas en metálico fueron acompañadas durante todo el pontificado de libramientos de pan en forma de hogazas o de grano procedente de la cilla arzobispal, repartidos por todo el arzobispado en épocas de escasez por malas cosechas, “avenidas” del río, epidemias, o festividades señaladas. Callahan, autor ya citado nos dice que el cardenal Delgado cedió durante su pontificado 15.000 fanegas de trigo a los campesinos por cosechas perdidas, repartiéndose miles de hogazas de pan, tal y como señalan los libros de *Ajustamiento* con ocasión de los motivos expresados<sup>435</sup>. Así por ejemplo en 1778 con motivo de las inundaciones que sufrió Sevilla entre el 15 y el 19 de enero se repartieron al menos 31.382 hogazas, pero durante el año y con motivo de fiestas señaladas como la Pascua de Navidad se obsequiaban a conventos, hospitales, o a la cárcel (que recibió 24 fanegas en 1776).

Tampoco faltaron ayudas a familias o sujetos “distinguidos” venidos a menos, *los pobres vergonzantes*, que en algún caso fueron registradas de manera anónima. Así en 1776 se registra la entrega de 11.250 reales a una persona de distinción; en 1777 se dan por este concepto 30.000; y 20.925 en 1778; en 1779: 47.420; y en 1780: 58.642 más 35.861 para sujetos fuera del arzobispado; en 1781: 10.700. No olvidaría en este sentido a los vecinos de su pueblo, apreciándose ayudas tanto a clérigos de esta como a vecinos “distinguidos” de la villa, algunos de los cuales recibió una cuantía importante en torno a los 3.000 reales, percibiendo otras cantidades que oscilan entre los 500 y los 800.

A los curas del arzobispado y a otros clérigos pobres transeúntes repartió en los años de su pontificado aproximadamente unos 10.000 reales al año, oscilando dichas ayudas entre los 100 o 150 y más de 1.000 para parroquias con un clero abultado. Entre 1776 y 1777 se dieron por este concepto 9.170; en 1778: 11.090; y en 1781: 10.400. No olvidó tampoco a los de su pueblo natal, consignándose ayudas en 1776 por valor de 900 reales, de 600 para 1777, y otros tantos en 1778. Estas ayudas serían extendidas también a los conventos de todo el arzobispado, a los que dispensó diferentes cantidades en metálico o en especie, consignándose para los masculinos en 1779 la entrega de 900 reales, en 1780: 15.796, y en 1784 de sus *espolios* 6.000. Sin embargo los más favorecidos fueron los de monjas, al contar estos con menos recursos que los

---

<sup>435</sup> William James Callahan: *Iglesia, poder y sociedad en España (1750-1874)*, opus cit., págs. 55-56. Al respecto dice: “El socorro de los pobres era una responsabilidad, sobre todo, de la Iglesia, que aceptaba y cumplía dicha obligación con un éxito razonable. La teología y la tradición dictaminaban que la Iglesia debía proporcionar ayuda a los pobres, con los que la Iglesia había contraído un vago contrato social: aquella era consciente de que estaba bajo la *obligación rigurosa*... y estos acudían de forma natural a la Iglesia en épocas de aflicción...”.

masculinos por su obligada vida de clausura, entregándose en todo el pontificado al menos 78.685 reales en dinero. En especie, tales como confituras, libras de bacalao para la cuaresma, chocolate, carne, jabón, pan, o fanegas de trigo, aparecen igualmente numerosas cantidades, como las 82 fanegas entregados para los conventos masculinos, y 88 para los femeninos en 1776; o las meriendas y propinas con que obsequiaba a los monjes de conventos como los de San Pablo, San Diego, o Pópulo, refiriéndose entre ellas cantidades importantes para religiosos concretos, como los 200 que recibieron los padres Avendaño o Castro, del Pópulo o de los Menores de San Diego, los 60 para el portero del Pópulo, 105 para los coristas de San Pablo; o las ya citadas en bacalao, chocolate, o carnero con que convidaba a las monjas, que podían ascender a los 950 reales en dichos productos.

Destaca por su volumen la cifra que destinó de sus rentas para dotar doncellas en el año 1779, nada menos que 349 por un valor total de 706.500 reales, los cuales fueron repartidos en cantidades que iban entre los 1.100 las dotes menores y habituales, si bien eran de por sí ya una importante cantidad, y los más de 8.000 las más abultadas. Cantidades que contrastan desde luego con las que se registraron para 1776, tan solo 1.100; 1778: 23.100 para 21 dotes; y 12.000 en 1781. A dichas ayudas para contraer matrimonio habría que añadir también las que se daban al consistorio arzobispal por eximir a las parejas más “pobres e infelices” del pago de las tasas por la realización de los correspondientes pliegos, que en 1777-1778 ascendieron a 1.588 reales; y en 1780 a 2.541; y las que se invertían en compra de bulas para lactinios para pobres, criados, o religiosos pobres.

De todas estas partidas referidas resalta sin embargo las escasas limosnas que entregó a hermandades o cofradías, quizás por financiarse estas con diferentes y pingues beneficios como las diversas memorias de misas que manejaban o las muchas que recibían de sus fieles, registrándose tan solo en 1776 la cantidad de 550 reales entregados a la hermandad Sacramental del Sagrario; 120 que dio para la del Rosario de las Gradas y del Salvador; y los 300 entregados a la de los Negritos a la que Delgado aceptó proteger en 1777, ayuda a la que hay que añadir otros 220 en 1779.

Sí serían frecuentes y abundantes las que dispensó a diferentes instituciones asistenciales del arzobispado, que recibieron ayudas en dinero y especies en diversa forma durante todo el pontificado, las principales fueron: el hospital del del Pozo Santo,

que gozaba una pensión sobre las rentas arzobispales de 11.000 reales anuales, que recibe en 1776 6.792 reales y 2.155 más 25 fanegas de trigo en 1780; la Santa Caridad sevillana: con 600 fanegas de trigo en 1776 más 8.000 reales, más 164 reales para “bizcocho, chocolate y carnero” para sus enfermos, y otras 200 fanegas en 1781. En 1780 recibirían el Hospital del Amor de Dios 6.000 reales más diverso ajuar para sus camas en forma de sábanas o camisas; el Hospital de la Sangre otros 6.000 y 100 camisas; el de San Cosme y San Damián 1.500 más igual dotación para ajuar; la Casa de Niños Toribios, una de las instituciones más favorecidas recibió 2.400 reales en 1777, y 6.000 en 1779; el Hospital de San Juan de Dios 1.000 en el último año; la Caridad de Jerez 1.100; el Hospital de Jesús, María, y José de esta 2.200; el de Mujeres de Sanlúcar de Barrameda 1.000; y el de la Misericordia y Niños Expósitos de Utrera 550. Por último y de los *espolios* recibirían los ayuntamientos de Carmona y Chipiona cantidades por 6.000 y 2.200 reales respectivamente, 3.600 para la Caridad de Lebrija, 8.000 para la Casa de Huérfanas de Jerez, y 3.000 para la Casa de la Providencia de Morón, en total 22.200. Otros centros benéfico-sanitarios como el Hospital Real o el *de Inocentes* gozaban pensiones sobre las rentas de la mitra: 4.400 reales el primero; y 16.500 el segundo, no registrándose en dichos libros partida alguna para ellos. Sí se cuentan en cambio diferentes ayudas para la casa de mujeres reclusas que existía junto al Hospital del Espíritu Santo, que recibe para su manutención 927 reales en los últimos meses de 1776, 5.412 en los seis primeros de 1777; y 3.279 para el resto del año. En 1778 se dan para las mujeres y niños allí confinados 1.827 reales, de los que buena parte era en ropa de abrigo y calzado; percibiendo cuatro mujeres reclusas 740 reales y otros 80 para el viaje a sus localidades de origen. En 1783-1784, ya fallecido Delgado, se consignarán de sus espolios otros 4.000 reales para asistencia de dichas mujeres.

Otros conceptos no computados en los apartados siguientes podrían ser las misas que se encargaron por parte del arzobispado a diversas comunidades o instituciones por su salud o ascensos, que ascendieron entre 1777-1778 a 6.760 reales, pagándose 6.760 reales entre las diferentes parroquias y conventos del arzobispado por diferentes misas cantadas ofrecidas para dar “gracias a Dios pr su ascenso a la Dign.<sup>d</sup> cardenalicia”, pidiendo además estas por su salud, incluyéndose en este capítulo 100 reales para la capilla de la Cárcel Real, y otros 100 para la viuda del carcelero. Algunas de estas misas se celebrarían también en la casa de mujeres reclusas, en concreto 24, y también en Madrid, donde se pagaron en 1781 cantidades por 1.026 reales. A todo ello hay que

contabilizar los 300 reales obsequiados a los Seises en 1776 por la Octava del Corpus, a los que hay que añadir otros 200 por la de la Inmaculada más 12 libras en dulces para aquellos; los 300 que donó para la ofrenda del Viernes Santo; o por diferentes eventos de cariz anecdótico, tales como los 300 reales desembolsados para el bautismo de un “negrito” en la parroquia del Sagrario (1776), 600 entregados a los colegiales de Santo Tomás por los actos en honor a dicho santo; los 380 de manutención de fray Diego durante su misión; o los 450 que se gastaron al año siguiente por el bautismo de dos luteranos. Por propinas diversas se aprecian 2.340 reales en 1777, ascendiendo las limosnas calificadas como “reservadas” en 1781 a 51.252.

### *Mecenazgo arzobispal en la Archidiócesis hispalense*

El patrocinio artístico que desplegó Delgado en las diócesis que gobernó hay que inscribirlo en la habitual mentalidad suntuaria imperante en las élites de poder durante toda la Edad Moderna, solo desde ese punto de análisis es posible discernir entre una aparente ostentación personal y la obligación moral de aquellas en apoyar dichas creaciones, dispuestas tanto para beneficio público como para una “mayor gloria de Dios”. Último aspecto este que se manifestaría en el comportamiento del arzobispo en su propensión de aprovisionar de vasos sagrados y otros objetos de culto litúrgico (como custodias por ejemplo) a las iglesias más necesitadas de las diócesis que gobernó, incidiendo siempre en la necesidad de un adecuado ornato de los templos como “Casa de Dios”. Su mecenazgo será rico y variado, abarcando prácticamente todos los ámbitos de las artes, aunque no con la misma intensidad en todas, pues por ejemplo apenas tocó la escultura, siendo sobre todo la pintura y la orfebrería las que más atendió. Es quizás desde este último campo donde su patrocinio brilló más, apoyando decididamente a artífices de la talla de Damián de Castro, que llevaron al arte de la platería a su cénit en lo que se refiere a la centuria dieciochesca. En lo que respecta a la arquitectura, su atención se volcaría más al campo de la restauración, el embellecimiento, y la reconstrucción de templos que a la construcción ex novo, favoreciendo asimismo la edición de importantes obras literarias o históricas, como las obras completas de San Isidoro, la composición musical para las iglesias que gobernó, y numeroso mobiliario de tipo suntuario. La magnitud y la calidad artística, así como la innovación estilística que



supusieron algunas de las creaciones apoyadas por el cardenal, lo convierten sin lugar a dudas en uno de los principales mecenas del siglo XVIII en España.

Pero como decimos será en el campo de la orfebrería religiosa donde su patrocinio alcance las cotas más elevadas, brillando con luz propia la figura del artífice cordobés Damián de Castro, que llevará su creación argéntea, inspirada principalmente en el estilo imperante en aquella segunda mitad del siglo, el rococó, a los más altos niveles de creatividad y audacia de todo el siglo, como reconocen no pocos expertos. La obra maestra de ambos, ya como mecenas, ya como artífice, será la imponente, aunque desaparecida, custodia de asiento ejecutada en plata para la Catedral de Sigüenza (de la que aportamos el único grabado existente, prácticamente inédito en cien años Ver Apéndice de Ilustraciones). Junto a esta se pueden destacar también las muy celebradas bandejas realizadas para la catedral de Sevilla, o los áureos cálices para el templo sevillano y para Córdoba, todas donadas por Delgado en su primer año de pontificado, piezas que constituyen verdadero paradigma del rococó desarrollado en España. Junto a estas piezas el genial artífice ejecutará otras de no menos importancia: cálices, copones, custodias portátiles, ostensorios, jarras, y otras piezas diversas para el ajuar litúrgico, algunas de las cuales veremos a continuación en detalle. Se hará referencia también en este apartado a encargos que realizó el cardenal a otros afamados artífices, como José Alexandre, Manuel Rodríguez, o Vicente Gargallo, demostrándose igualmente como algunas de las piezas atribuidas tradicionalmente al generoso mecenazgo del prelado ariscaleño no se corresponden con donaciones suyas, siendo confundidas a lo largo del tiempo quizás por su semejanza estilística con otras que sí lo eran, o por la falta o desconocimiento de la existencia de la documentación que lo acreditase. En este capítulo pues, nos ocuparemos del mecenazgo del cardenal Delgado y Venegas desde su promoción al Arzobispado de Sevilla el 20 de mayo de 1776, y su estancia en la Corte como patriarca de las Indias y procapellán mayor del rey Carlos III, gran canciller de la Orden por él creada, y como vicario general de los Reales Ejércitos, que finalizaría con su muerte acaecida en Madrid el 11 de diciembre de 1781. El patrocinio artístico y las donaciones realizadas durante su estancia en Badajoz y Córdoba, y los pontificados de Canarias y Sigüenza irán detallados en sus respectivos capítulos.

Dentro del campo de la Pintura el mecenazgo desplegado por el arzobispo está indisolublemente ligado a la obra de Juan de Espinal (Sevilla, 1714-íd. 1783), quien

realizó importantes obras para el Palacio Arzobispal por encargo de Delgado<sup>436</sup>, si bien trabajarían también para él importantes artistas de la talla de los hermanos Bayeu o Joaquín Inza, pintores de la corte. Las de más calado y significación serán las que el sevillano realizara para la escalera principal – magnífico ejemplar de un solo tiro con tres tramos levantada en mármoles de colores durante el pontificado del arzobispo Palafox<sup>437</sup> – y cúpula de la referida residencia, combinándose en el majestuoso espacio tanto la pintura de caballete como al fresco. También es de destacar, como se detallará más adelante la serie de pinturas devocionales que Delgado encargaría a Espinal para su residencia madrileña, hoy también en Palacio, y una serie de retratos sobre los que hablaremos a continuación. Sobre este conjunto, el formado por la escalera, paredes, y cúpula, afirma el profesor Teodoro Falcón que puede considerarse como uno de los mejores y más majestuosos de todo el barroco sevillano y aun andaluz<sup>438</sup>, componiéndose los frescos de las paredes y cúpula de escenas religiosas y alegóricas insertas todas en armoniosa arquitectura fingida. Dichas escenas fueron tomadas por Espinal, a decir del profesor Valdivieso<sup>439</sup> del libro *Perspectivae pictorum atque architectorum*, de Andrea del Pozzo, figurando además en una de las pechinas del figurado tambor de la cúpula la representación pictórica de las armas del propio cardenal, realizadas al gusto italianizante y superadas por el lema: “Purpuram iuxta purpuram” (Ver Apéndice de Ilustraciones).

Los catorce lienzos pintados por Espinal para las paredes serían realizados entre 1778 y 1781, siendo retirados según Valdivieso al parecer en los años 30, en tiempos del cardenal Ilundáin, permaneciendo hoy repartidos por diferentes estancias del Palacio Arzobispal y alguna en la Casa de Ejercicios de San Juan de Aznalfarache<sup>440</sup>. La

---

<sup>436</sup> Sobre esto hay abundantísima producción bibliográfica en forma de libros, artículos, o ponencias. Ver sobre todo las de Teodoro Falcón Márquez: *El Palacio Arzobispal de Sevilla*, Córdoba, Obra Social y Cultural de Cajasur, 1997; y “Documentación de las pinturas de Juan de Espinal en la escalera del Palacio Arzobispal de Sevilla”, *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, nº 23. Granada, 1992, págs. 385-392; y Enrique Valdivieso y J.M. Serrera: *Catálogo de las pinturas del Palacio Arzobispal de Sevilla*, Sevilla, edición de los autores, 1979; y Rosa María Perales: *Juan de Espinal*. Sevilla, Diputación Provincial, 1981.

<sup>437</sup> La escalera fue levantada por fray Manuel Ramos entre 1685-1701, y la cúpula entre 1663 y 1669 por Pedro Sánchez Falconete por orden del arzobispo Paino, cuyo imponente escudo formado por una cruz potenziada es la clave de la misma.

<sup>438</sup> Falcón: *El Palacio Arzobispal...*, op. cit., 66; y “Documentación de las pinturas de Juan de Espinal”, págs. 385-392: los frescos referidos habrían comenzado a pintarse hacia el 6 de abril de 1781, finalizando en los últimos días de noviembre del mismo año, aproximadamente unos siete meses de trabajo. De entre sus ayudantes destacarían discípulos como su propio hijo Domingo Espinal o Vicente Alanís.

<sup>439</sup> Valdivieso y Serrera: *Catálogo de pinturas del Palacio Arzobispal*, opus cit., pág. 48-49.

iconografía representada en los mismos es la siguiente<sup>441</sup>: *El Padre Eterno* (en San Juan), lienzo de 1,93 x 1,24 m; *San Juan Evangelista*, 1,93 x 1,24 m, estuvo situado a la derecha del Crucificado mencionado líneas abajo; *La Magdalena*, 1,39 x 1,24 m, también en la Casa de San Juan de Aznalfarache; *La Virgen Dolorosa*, 2,20 x 1,65, situada bajo la mencionada pintura de Cristo Crucificado; *San Joaquín, Santa Ana y la Virgen*, 2,20 x 1,65 m., en opinión de los profesores Valdivieso y Serrera a los cuales seguimos en la descripción de los cuadros: “la más bella composición de cuantas adornaban la escalera y la de mayor calidad dentro de la producción conocida del artista”; *San Juan Bautista y San José*, 2,26 x 1,65 m; *El Arcángel San Gabriel*, 1,93 x 1,25; *El Arcángel San Miguel*, 1,93 x 1,25 m, *Moisés mostrando las Tablas de la Ley*, 1,92 x 1,23 m, *El Sacrificio de Isaac*, 1,92 x 1,23; *El Sueño de Jacob*, 1,93 x 1,23; *El Ángel anunciando la peste a David*, 1,93 x 1,23 m, *San Isidoro*, 2,10 x 1,44 m; y *San Leandro*, 2,10 x 1,44 m, estos dos últimos copias de los de Murillo conservados en la Sacristía Mayor de la catedral hispalense, y que ya según este no figuraban en el inventario realizado en 1907 a la muerte de Spínola, siendo trasladadas al comedor de verano<sup>442</sup>. Por último entre las pinturas de la escalera estuvo un *Cristo Crucificado*, de 2,81 x 1,94 m, hoy también en el llamado comedor de verano del Palacio Arzobispal cuya autoría fue bastante discutida en el siglo XIX, principalmente por algunos autores como Gestoso. La atribución a Espinal es indiscutible, como se puede observar de la correspondiente carta de pago, en la que constan también otras obras en distintas áreas del Palacio por un valor de 20.880 reales: “por pintar el frontis que está en la Galería alta abítaz.<sup>n</sup> de S. Ex.<sup>a</sup> y distintas Pinturas de Devocion: un Sr. Crusificado p.<sup>a</sup> la escalera principal del Palacio y dos copias de retrato, el uno del S.<sup>or</sup> Ynfante y el otro del S.<sup>r</sup> Cardenal Solís”<sup>443</sup>.

Asimismo, y para la colección que el prelado tuvo al parecer en sus aposentos en Madrid, situados frente al convento de Santo Domingo el Real, muy cerca de Palacio, en la plaza homónima, Espinal pintó una serie de veinticuatro cuadros devocionales sobre la Pasión de Cristo basado en estampas de Durero, Tiziano, Carraci, Rubens, o

---

<sup>440</sup> Ibid, 51.

<sup>441</sup> Ibid, págs. 51-55.

<sup>442</sup> Ibid, 51.

<sup>443</sup> AGAS, IV, *Administración General*, “Mesa Arzobispal”, libro 847: *Libro de Prorrata de 226 días en frutos de mrs arrendado en el año de 1776*, fol. 523v.

Murillo, todos de tamaño idéntico (1,04 x 1,65), de los que hay actualmente colgados diez en el llamado “Salón Principal” del Palacio Arzobispal: “De veinte y quatro Pinturas que fueron a Madrid para el dho Señor Arzobispo Cardenal, cerca de vara y quarta cada una pintadas de distintos assumptos de devosion; su importe cada una docientos sinquenta reales de vellon, importan seis mil reales de vellon”<sup>444</sup>. No sabemos dicha cuenta incluiría en su contenido a todos los ya mencionados, es decir, los catorce para la escalera y los diez que hoy están en el Salón Principal, que efectivamente suman veinticuatro, o si el resto se perdió, subastándose a la muerte del prelado en 1781 o difuminado entre diversas colecciones, lo cierto es que no tenemos constancia de que los realizados para la escalera viajasen a Madrid. Los temas reflejados en los cuadros que sí tuvo el prelado en su residencia madrileña son los siguientes: *El Prendimiento*, *La Flagelación*, *Ecce Homo*, *Camino del Calvario*, *El Expolio*, *Cristo Clavado en la Cruz*, *La Exaltación de la Cruz*, *El Calvario*, *La Piedad*, y *El Entierro de Cristo*<sup>445</sup>.

Durante el pontificado del arzobispo Delgado se llevaron también a cabo importantes obras de reforma y embellecimiento en el Palacio Arzobispal, dirigidas por el maestro mayor Antonio de Figueroa, quien poco antes de la llegada del nuevo prelado había solicitado se le mantuviera en el puesto que ocupaba de manera interina durante la sede vacante. La plaza sería solicitada también por su anterior titular, Pedro de Silva, que había sido destituido durante el interregno, y por Vicente de San Martín<sup>446</sup>, siendo designado el primero, quien se ocupó de las labores junto a Francisco del Valle, que dirigió los trabajos de carpintería. Dichas intervenciones se llevaron a cabo fundamentalmente en la solería, cubiertas, fachada principal, escalera del apeadero y otras dependencias como la Capilla Arzobispal, de todas ellas daremos cuenta a continuación<sup>447</sup>. Así por ejemplo en los *Libros de Ajustamiento General* de los años 1776 y 1778 podemos ver diferentes partidas para sufragar dichos gastos: 1.581 reales para la obra y jornales; 26.278 reales a Gregorio de Oviedo por gastos en maderas, y 3.636 de aparejos de hierro; 718 por 400 losas de Génova; y 8.918 por las “piedras

<sup>444</sup> Ibid, libro 851: Libro de Ajustamiento General para 1780, fol. 185. Aparece junto a la cuenta de los referidos 14 cuadros para la escalera y los retratos de Delgado.

<sup>445</sup> Una representación gráfica de todo el conjunto puede admirarse en el citado libro de Falcón: *El Palacio Arzobispal de Sevilla*, opus cit., págs. 302-321.

<sup>446</sup> Las tres peticiones en: AGAS, Fondo Arzobispal, Sección II *Gobierno*, Asuntos Despachados, leg. 42.

<sup>447</sup> Ibid, IV *Administración General*, Mesa Arzobispal, ver las diferentes partidas en libros 849-850. Los guardapolvos de pizarra instalados sobre las ventanas de las fachadas de Palacio aún se mantienen.

encarnadas y negras” del enlosado de la anteescalera de Palacio<sup>448</sup>. A dichos gastos, pagados en concepto de obras y reformas, habría que añadir quizás los que en mobiliario aportaba cada nuevo prelado, que fueron nada más llegar 66.384 reales por diferentes conceptos: mesas, sillas, bancos, bufetes, velones, chocolateras, estufas y otro ajuar doméstico<sup>449</sup>.

La capilla, recinto construido en la época del arzobispo Ambrosio Spínola entre 1645 y 1649, sería también renovada ampliamente entre 1779 y 1780, siéndole encargada la dirección de las obras a Francisco de Acosta “el Mayor”, maestro tallista y arquitecto, quien cobró por tallar cuatro retablos “chicos” y cuatro santos (los cuatro evangelistas) la cantidad de 15.000 reales (18 de abril de 1781), así como 16.600 por el retablo mayor de la capilla. Para su dorado se necesitaron 400 librillos de oro que proporcionó José Ricardo Ramírez, con un coste de 4.800 reales, cantidad a la que hay que añadir otros 3.865 abonados a José Rodríguez, maestro dorador por la ejecución del trabajo<sup>450</sup>. De las labores de carpintería ya hemos dicho que se encargó Francisco del Valle, quien cobraría 3.889 reales por su trabajo más 560 por el empedrado del patio primero y de las caballerizas del Palacio<sup>451</sup>. El recinto sería presidido por una imagen de la Virgen que tallara en 1776 su propio padre, Cayetano de Acosta, para la hermandad Sacramental del Sagrario, que el nuevo arzobispo adquirió de esta como veremos a continuación<sup>452</sup>, siendo advocada con la iconografía de la “Mater Inviolata”, según las descripciones de las letanías lauretanas<sup>453</sup>. Policromada por Espinal, resultó demasiado grande – mide 2, 25 m – para sacarla en procesión, por lo que la hermandad decidió su venta, mediando en ello el hijo del propio Cayetano, Francisco de Acosta en nombre del arzobispo, que de manera secreta efectuó la compra el 21 de junio de 1777 por 3.300 reales: “por una Ymagen de Concep.<sup>n</sup> de escultura estofada y pintada de varios colores, como consta de recivo de D.<sup>n</sup> Josef Antonio de Sandoval”. Las ráfagas de plata se

---

<sup>448</sup> Ibid, libro 847, fols. 372 v y 541; 848, fol. 371.

<sup>449</sup> Ibid, libro 847, fols. 558 y ss.

<sup>450</sup> Ibid, libro 851, fol. 187-188, 121v, y 386.

<sup>451</sup> Ibid, libro 850, fol. 465v.

<sup>452</sup> Ibid, libro 851, fols. 187-188.

<sup>453</sup> Ver sobre la imagen las aportaciones de Enrique Valdivieso: “Una Inmaculada inédita de Cayetano de Acosta”. *Archivo Hispalense*, nº 196, año 1981, págs. 143-145; y Alfonso Pleguezuelo: *Cayetano de Acosta*, Colección Arte Hispalense, núm. 80, Sevilla, Diputación, 2007.

encargaron a Juan Baptista Zuloaga, platero de la fábrica catedralicia, quien recibió por ello el 14 de julio siguiente la cantidad de 5.599 reales: “por coste del resplandor, iris, trisagio de plata para dicha imagen”<sup>454</sup>. Del blanqueado, bruñido y soldado de algunas de las piezas de la corona se encargaría el también platero Andrés Gargallo, sobrino de José Alexandre, quien cobró en 1781 la cantidad de 90 reales. Este último sería quien labraría una lámpara de plata para la misma, realizada entre 1778 y 1779 y por la que cobraría en 26 de enero de 1781 la cantidad de 3.162 reales, pesando 123 onzas y 12 adarmes, a 25 reales cada media onza, cuenta que incluía el plato de hojalata para la misma<sup>455</sup>.

Otro aspecto significativo dentro del patrocinio artístico es sin duda el de la conformación de la imagen del poder, plasmada en el retrato como elemento de prestigio y dignidad, gestado para perpetuar la “feliz recordación” y esplendor del personaje retratado. Puesto que Delgado y Venegas apenas pudo estar un año gobernando efectivamente la diócesis, antes de acudir a la corte llamado por el soberano, será desde allí donde se ejecuten todos los retratos conocidos del personaje, al menos los realizados en vida. Delgado y Venegas llamaría para ello a algunos de los principales pintores del momento: Juan de Espinal, los hermanos Bayeu, Joaquín Inza, y quizás incluso Antonio González Ruiz, si bien de este último pintor no he podido localizar ninguno. Los cuadros, siempre en lienzo, reflejan una austera magnificencia, observada entre otros detalles en ricos pectorales y anillos, o en cortinajes y paramentos fingidos al fondo, carentes por otra parte de la pompa casi principesca de algunos de los que existen de su predecesor el cardenal Solís. De los que hoy se conocen, he contabilizado diecisiete, conservándose solo dieciséis, esbozándose en este apartado una mínima genealogía sobre su autoría, procedencia y localización actual. Son los siguientes:

#### Retrato de Joaquín Inza, Hospital de la Santa Caridad de Sevilla<sup>456</sup>

---

<sup>454</sup> AGAS, IV *Administracion General*, Mesa Arzobispal, leg. 847, fols. 529v-530.

<sup>455</sup> Blanqueado, bruñido etc.: Ibid, libros 851, fol. 432; lámpara: 850, fols. 146v y 427. Debió ser realizada entre 1778-79, siendo abonada en 1781.

<sup>456</sup> Sobre la colección pictórica de esta venerable institución ver el libro de Enrique Valdivieso y Juan Manuel Serrera: *El Hospital de la Caridad de Sevilla*, Sevilla, edición de los autores, 1980.

Delgado fue un generoso protector de aquella institución dedicada al cuidado de los pobres, encargándose la obra, que está situada en el Cabildo Alto del edificio, al pincel de Joaquín Inza, pintor cortesano muy activo en Madrid en los reinados de Carlos III y Carlos IV, realizándolo en aquella corte en 1780, aún en vida del cardenal, como consta por la propia firma del autor plasmada en el cuadro: “(J)oac(hi)n Inza pintó 1780”. La pintura estaba en muy mal estado cuando la observé por primera vez, siendo restaurada últimamente y vuelta a colocar en la referida galería junto a otros retratos de prelados sevillanos, si bien antes estuvo en la Biblioteca, situada junto a dicha galería. El lienzo es típico cuadro de “aparato” y cuenta unas dimensiones de 1,25 x 0,95 m., retratando al prelado en posición sedente y ataviado ya de la púrpura, mirando al espectador con gesto adusto pero sereno, y portando un papel en la mano con la siguiente inscripción: “Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> Delgado y Venegas Presb.<sup>ro</sup> Cardenal Patriarca de las Yndias y Arzobispo de Sevilla &. Madrid” (Ver Apéndice de Ilustraciones). De este retrato afirman los profesores Valdivieso, Serrera, Falcón y Rosa María Perales en sus trabajos sobre Espinal y las pinturas que realizó para el Palacio Arzobispal, ser copia el que este último pintó del prelado hacia 1780-1781, actualmente en el antedespacho del Sr. Arzobispo de Sevilla, si bien es posible que solo el de Inza se realizara en la capital del reino, como se verá en el apartado dedicado a dicho cuadro.

Pero analizemos primero la primordial fuente para el estudio de los cuadros encargados por el cardenal Delgado a Espinal desde la corte, conservada en el Palacio Arzobispal de Sevilla en los llamados “Libros de Ajustamiento General”, o de cuentas generales de ingresos y gastos de la mitra, en los que se contabilizan los pagos que por diversos conceptos efectuaba la Mesa Arzobispal en nombre del prelado. En uno de ellos podemos encontrar una carta de pago fechada el 28 de diciembre de 1781<sup>457</sup> por la ejecución de una serie de pinturas sobre lienzo por parte de Espinal, que manifiesta haberlas comenzado en 21 de marzo de 1778, recibo que aparece autorizado por el mayordomo mayor y tesorero del cardenal Delgado el canónigo don José Rodríguez Bravo, todas por un importe total de 18.440 reales de vellón.

En ellos aparece el siguiente apunte:

---

<sup>457</sup> AGAS, IV *Administración General*, “Mesa Arzobispal”, 851: Libro de Ajustamiento General, fols. 119 y 185-186v.

“Cuenta que Yo Juan de Espinal profesor del Arte de la Pintura Doy â el S.<sup>r</sup> Canonigo D.<sup>n</sup> Joseph Bravo Mayordomo mayor del Eminentissimo y Exelentissimo Señor D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Xavier Delgado y Benegas Arzobispo de Sevilla & = De distintas pinturas qe hecho de orden de dho Señor =

Empezé a Pintar dos encargos el día veinte y uno del mes de Marzo de mil setecientos setenta y ocho=

De veinte y quatro Pinturas que fueron â Madrid para el dho Señor Arzobispo Cardenal, cerca de vara y quarta cada una pintada de distintos asuntos de devosion: su importe cada una docientos cincuenta Reales de Vellon\_\_\_\_\_ 6.000 r.<sup>s</sup>

Pinturas que se hicieron para la Escalera de Palasio Arzobispal de esta Ciudad S.<sup>n</sup> Leandro y S.<sup>n</sup> Ysidoro Arzobispos de Sevilla, importó el costo de cada uno mil reales de vellon\_\_\_\_\_ 2.000 r.<sup>s</sup>

Las dos pinturas grandes la una S.<sup>n</sup> Joachín Santa Ana, y la Niña; la otra S.<sup>n</sup> Joseph, y S.<sup>n</sup> Juan Bautista ambos lienzos historiados cada uno mil r.<sup>s</sup> v.<sup>n</sup> \_\_\_\_\_ 2.000 r.<sup>s</sup>

El otro lienzo de la Virgen de los Dolores grande; Novecientos Reales de V.<sup>n</sup> \_\_\_\_\_ 900 r.<sup>s</sup>

El lienzo del Padre Eterno Mayor, que el tamaño natural, su precio ochocientos reales de V.<sup>n</sup> \_\_\_\_\_ 800 r.<sup>s</sup>

El S.<sup>n</sup> Juan y la Magdalena que están â los lados del Crusifijo, cada uno seiscientos Reales V.<sup>n</sup> \_\_\_\_\_ 1.200 r.<sup>s</sup>

Los quatro Patriarcas lienzos historiados, el uno David Jacob Habrahan y Moises; a Quinientos y sinquenta Reales cada uno, qe compone el todo dos mil y Dosientos \_\_\_\_\_ 2.200 r.<sup>s</sup>

Los dos Arcangeles, que están â los lados de la Virgen de los Dolores del tamaño natural, su importe â seiscientos Reales de Vellon cada uno \_\_\_\_\_ 1.200 r.<sup>s</sup>

De la composicion de los tres Retratos de Arzobispos de la Librería de la Yglesia, que vinieron primeros tuvieron de costo sientos y sinquenta Reales de V.<sup>n</sup> \_\_\_\_\_ 0150

Del Retrato que se hizo el Cardenal Patriarca para dha Librería dosientos y sinquenta Reales de Vellón \_\_\_\_\_ 0250

De los dos Retratos que vinieron de Madrid del Patriarca, de pintarles los escudos de armas y las inscripciones, sien reales de vellon \_\_\_\_\_ 0100

Del Retrato que se hizo del dho Sr. Arzobispo para la Sala de Examen del Palasio Arzobispal dosientos y sinquenta Reales de Vellon \_\_\_\_\_ 0250

Del Retrato que se pintó para el Combento de Capuchinos del dho Sr. Arzobispo y otro compañero, su importe Quatrosientos y ochenta Reales de Vellon \_\_\_\_\_ 0480



De un lienzo qe se pintó de un Crusificado su tamaño como de dos varas y media su importe  
quatrocientos y cinquenta r.<sup>s</sup> \_\_\_\_\_ 0450

De quatro Retratos de Arzobispos Cardenales de su composicion para la Librería, cada uno tubo  
de costo quarenta r.<sup>s</sup> de v.<sup>n</sup> \_\_\_\_\_ 0160

Mas tresientos Reales que se han gastado en preparar lienzos, y colores para pintar, y mandados,  
que se han ofrecido para dos encargos \_\_\_\_\_ 0300

Ymportan todas las dhas Pinturas diez si ocho mil quatrocientos y quarenta reales de vellon  
\_\_\_\_\_ 18.440 r.<sup>s</sup> v.<sup>n</sup>

Resiví la cantidad que expresa esta Cuenta por mano del S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Joseph Brabo Canonigo de esta  
Catedral de Sevilla y Mayordomo Mayor del S.<sup>r</sup> Cardenal Arzobispo, y para qe conste donde  
combenga lo firmé en Veinte y ocho de Diciembre de 1781 a.<sup>s</sup>- Juan de Espinal”.

Sobre estos lienzos el referido “Libro de Ajustamiento” nos aporta diferentes pistas, y aunque aclaran su autoría su autoría, no lo hacen del todo en cuanto a procedencia e identificación, asunto embrollado en parte por los diferentes cambios de ubicación que han sufrido, y sobre todo por las diferentes copias que existen de alguno de ellos, varias de ellas coetáneas o muy cercanas en el tiempo. La labor se complica aún más por la falta de control en el cambio de ubicaciones y el total desconocimiento de ello y en materia de inventarios de los diferentes cuadros que conforman el patrimonio arzobispal se padece por parte de los encargados del mismo, pudiendo afirmarse a pesar de todo que los retratos originales del arzobispo que hoy obran allí son los siguientes: el que hoy está en el antedespacho del Sr. Arzobispo de Sevilla en el Palacio Arzobispal, el que se encuentra en la Galería del Prelado del referido Palacio, el del Convento de Capuchinos de Sevilla, y el del Palacio de Lebrija también en esta ciudad, los tres últimos de busto y alternando la posición de las leyendas identificativas. Existen además otros dos más, uno en la Biblioteca Colombina, y otro en el Archivo del Arzobispado de los que detallaremos más adelante por no ser obras de Espinal.

#### Retrato sedente del prelado por Juan de Espinal (Palacio Arzobispal).

Este es el de mayor calidad que existe sobre Delgado y Venegas en Palacio (Ver Apéndice de Ilustraciones), correspondiéndose con bastante probabilidad al que se realizó por Espinal para la Librería, si bien Valdivieso en su catálogo lo mete entre las pinturas que adornaban las paredes de la escalera principal del mismo, cuyo espacio y cúpula como hemos visto también fueron exornados por el pintor sevillano a encargo

del prelado. Dicho cuadro sería retirado – según este – de allí hacia los años 30, juntamente con el resto de pinturas de caballete de tipo devocional que existían colgados en las paredes. En el momento de publicación de su catálogo de pinturas de la residencia arzobispal lo sitúa en el Salón Santo Tomás, ubicándolo Falcón en cambio en su obra monográfica sobre dicho palacio en la Biblioteca o Librería Arzobispal, para la que habría sido pintado, y que Delgado dotó generosamente, si bien no pudo abrir sus puertas hasta el pontificado siguiente, estando sus fondos integrados hoy en los de la nueva Institución Colombina<sup>458</sup>. La pintura está catalogada con el número 125, y cuenta unas dimensiones de 1,26 x 1 m, encontrándose actualmente colgada tras la última restauración sufrida en las dependencias privadas del señor arzobispo, concretamente en un pasillo aledaño a su despacho. La identidad del retratado queda reflejada en un pequeño billete que el purpurado porta en la mano con la siguiente leyenda: “*Al Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> d. F. J. Delgado y Venegas g.<sup>de</sup> D.<sup>s</sup> m.<sup>s</sup> a.<sup>s</sup> Presb. Cardenal Patriarca de las Yndias y Arp.<sup>o</sup> de Sevilla. Madrid*”, pareciendo indudable a los expertos la autoría de Espinal, que lo realizaría según los expresados profesores durante su estancia Madrileña, llamado por el arzobispo, noticia que ya apunta Cean Bermúdez en el siglo XIX<sup>459</sup>. Esta teoría expuesta es mantenida tanto por Valdivieso y Serrera como la citada Rosa María Perales en su biografía sobre Espinal, aunque esta última, y según se deduce de sus palabras, no llegó a consultar los referidos libros de ajustamiento, pues como afirma, refiriéndose a dichas pinturas: “carecemos de documentación que confirme esta atribución”, guiándose en su obra por las noticias ofrecidas por cronistas coetáneos al cardenal como Arana de Varflora o Cean Bermúdez entre otros<sup>460</sup>.

De todo esto tenemos que hacer algunas salvedades. En nuestra opinión este retrato no se pintó en Madrid si no en Sevilla al recibirse el de Inza que fue para la Caridad, pues en caso de ser el realizado para la librería, cosa que creemos, la factura antes transcrita mencionaría dicha circunstancia, tal y como hace con los que refiere Espinal haberles pintado el escudo y las inscripciones, elementos de los que carece el que tratamos ahora. Aunque es cierto que el pintor sevillano acudió a Madrid llamado por el cardenal, es posible que tan solo realizara los cuadros de busto, pues la estancia

<sup>458</sup> Valdivieso: *Catálogo de pinturas del Palacio Arzobispal*, opus cit., pág. 55; Falcón: *El Palacio Arzobispal de Sevilla*, opus cit., 322; y “Documentación de las pinturas de Juan de Espinal en la escalera del Palacio Arzobispal de Sevilla”, opus cit., págs. 385-392.

<sup>459</sup> Juan Agustín Cean Bermúdez: *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de Bellas Artes en España*, 2 vols., Madrid, Real Academia de San Fernando, 1800, tomo II, pág. 33.

<sup>460</sup> Rosa María Perales: *Juan de Espinal*, opus cit., pág. 67.

no fue muy prolongada, volviendo al poco para continuar la importante labor en la escalera de Palacio y con la serie de pinturas devocionales que envió a la corte para la colección particular del prelado: “veinte y quatro Pinturas que fueron â Madrid para el dho Señor Arzobispo Cardenal”. La profesora Rosa María Perales estima la estancia de Espinal en Madrid tan solo entre septiembre de 1777 y finales de ese año<sup>461</sup>, con lo que si el original de Inza aparece firmado y fechado en 1780 parece poco probable que Espinal lo realizara en Madrid.

De su posterior ubicación podemos decir, que, es muy posible que este retrato por su calidad fuese retirado de las paredes de la Biblioteca Arzobispal en algún momento del siglo XIX, siendo sustituido en aquella dependencia en algún momento de la segunda mitad del siglo por otro de escasa calidad que hoy se conserva en el Archivo del Arzobispado, pero que no es copia de este, como se verá. Así por ejemplo, y para certificar lo que afirmamos, podemos decir que dicho cuadro no consta en dos inventarios formados a la muerte de los arzobispos Mon y Cienfuegos, fallecidos muchos años después que Delgado, entre los que existían en la Biblioteca o la escalera, donde sí se aparecen los ya mencionados de tema devocional, recogién dose en ellos únicamente el pintado para la llamada Sala de Examen, donde se encontraba en esos momentos el grueso de la colección de retratos de arzobispos hoy conservados en la Galería del Prelado<sup>462</sup>. Ya en el siglo XX Valdivieso lo sitúa en los años en que escribió su catálogo en el Salón Santo Tomás, hoy vacío, pero que también contuvo hasta no hace muchos años algunos retratos de arzobispos y copias de estos, siendo factible que de ahí pasara a las mencionadas dependencias del prelado. El caso es que nadie en Palacio ha podido confirmar dicho aspecto.

#### Retrato de busto en Galería del Prelado del Palacio Arzobispal

Cuenta con unas dimensiones similares al de Capuchinos y Palacio de Lebríja, 0,79 x 0,58 cm, y como ya se ha dicho es sin duda obra de Espinal, siendo remitida desde Madrid (Ver Apéndice de Ilustraciones). En su cabecera se aprecia la leyenda: “Ob. 1781. Aet. 67”, y al pie: “El Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Xavier Delgado y Venegas Presbit.<sup>o</sup> Cardenal de la S.<sup>ta</sup> Romana Yglesia Patriarca de las Yndias, Capellan

---

<sup>461</sup> Ibid, 27.

<sup>462</sup> AGAS, IV *Administración General*, Espolios y Vacantes: inventarios de los arzobispos Mon y Velarde, leg. 15.587; y Cienfuegos, leg. 15.761, sin foliar.

y Limosnero Mayor del Rey Nuestro Señor, Vicario general de sus Reales Exercitos de Mar y tierra, Gran Canciller y Cav.<sup>ro</sup> de Gran Cruz de la R.<sup>l</sup> y distinguida Orn. Española de Carlos Tercero, Obispo que fue de Canarias y Sigüenza, Arzobispo de Sevilla, del Consejo de S.M. 54”. Este cuadro es el de mejor calidad de los realizados en busto de Delgado y Venegas, formando parte de la galería pictórica que de los arzobispos hispalenses existe repartida por todo el Palacio Arzobispal, principalmente en la llamada Galería del Prelado, situada en la planta noble del edificio. En mi opinión debe tratarse con pocas dudas del realizado para la llamada Sala de Examen, donde según los inventarios reseñados realizados a la muerte de los arzobispos Mon y Cienfuegos se encontraba dicha colección, hecho además reforzado por su tamaño similar al resto de pinturas de la colección.

Por desgracia no contamos con la certeza sobre la ubicación, pues nadie en el Departamento de Patrimonio ni en el Archivo de Palacio conoce ya la ubicación exacta de aquella sala, si bien pensamos que por los inventarios citados se trataría de la conocida actualmente por Santo Tomás, de donde se trasladaría el grueso de la colección a la actual galería de la planta alta, quedando allí algunos cuadros como el ya referido en posición sedente.

#### Retrato de busto conservado en la Biblioteca Capitular y Colombina

La obra es clara copia del reflejado en el apartado anterior, posiblemente realizado en la segunda mitad del XIX para la colección de sevillanos ilustres formada en la Biblioteca Capitular y Colombina, donde se encuentra. Cuenta en la parte superior con la leyenda: “D. D. Franciscus Delgado. 54”, y en la inferior: “Obiit. 1781 aetat 67”. Se encuentra en perfecto estado de conservación (Ver Apéndice de Ilustraciones).

#### Retrato sedente que estuvo en la Biblioteca Arzobispal y ahora en Archivo del Arzobispado

Aunque no tenemos constancia – por los inventarios citados – de que el retrato sedente de Espinal estuviera en el siglo XIX en la Biblioteca Arzobispal, este que ahora tratamos sí procede de allí, siendo realizado precisamente para aquella estancia tal y como podemos observar de la leyenda que cuenta al pie. Es probable copia de la segunda mitad del XIX, pero no tomada del de Espinal, como afirma Valdivieso<sup>463</sup>, sino

---

<sup>463</sup> Valdivieso y Serrera, *Catálogo de pinturas del Palacio Arzobispal*, opus cit., pág. 98.

del que realizara en Madrid Francisco Bayeu en 1780 o 1781, que por proximidad geográfica quizás tuviera por modelo el que está en la Parroquia de Villanueva del Ariscal, patria del retratado, copia del mencionado de Bayeu, y del que probablemente no tuviera noticia el referido profesor. El cuadro cuenta con unas dimensiones de 1,25 x 0,93 m, exactamente las mismas que los otros que proceden de la Biblioteca Arzobispal, algunos de los cuales están hoy también en las dependencias del Archivo, siendo catalogada la pintura con el número 285. A su pie tiene la siguiente inscripción: “*El Em.<sup>mo</sup> e Il.<sup>mo</sup> Sr. Cardenal Don Francisco Xavier Delgado y Venegas arzobispo de Sevilla Patriarca de las Indias generoso protector de esta biblioteca + 1781*” (Ver Apéndice de Ilustraciones).

#### Retrato de Espinal o su taller situado en el convento de Capuchinos

La autoría como hemos visto está certificada por la Carta de Pago referida, y el lienzo, pintado entre 1778 y 1781, sigue siendo el único que no ha cambiado de ubicación desde entonces. Presenta una iconografía y tamaño idénticos a los ya mencionados, con la única salvedad de aparecer el prelado tocado con la birreta (Ver Apéndice de Ilustraciones). Cuenta en la parte inferior con una inscripción similar a las anteriores:

*“El Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Xavier Delgado y Venegas Presbit.<sup>o</sup> Cardenal de la S.<sup>ta</sup> Romana Yglesia Patriarca de las Yndias Capellan y Limosnero mayor del Rey Nuestro S.<sup>r</sup> Vicario general de sus Reales Exercitos de Mar y tierra Gran Canciller y Cav.<sup>o</sup> Gran Cruz de la R.<sup>l</sup> y distinguida Orn. Española de Carlos tercero Obispo que fue de Canarias y Siguenza, Arzobispo de Sevilla, del Cons.<sup>o</sup> de S.M. &”.*

#### Retrato posiblemente del taller de Espinal o copia contemporánea en el Palacio de Lebrija

Este cuadro por su similitud iconográfica y tamaño con los ya referidos, podría atribuirse al taller de Espinal, si bien parece de una inferior calidad a los ya referidos en la Galería del Prelado del Palacio Arzobispal o el Convento de Capuchinos. Para diferenciarse de aquellos tiene la leyenda relativa al prelado en la parte superior de la pintura, y la correspondiente al óbito en la inferior. Pudiera tratarse del identificado como “compañero” del realizado para el citado convento sevillano, expresado así en la Carta de Pago mencionada, si bien no sabemos – ni tampoco en el Palacio de Lebrija, o al menos así se me dijo –, en que fecha y de que manera llegó a aquella colección.

#### Copia de Inza-Espinal subastada en 2001 por la casa *Durán Arte y Subastas* (Madrid)

Procedente de una colección particular salió a subasta en julio de 2001 en la prestigiosa casa madrileña *Durán Arte y Subastas* un retrato idéntico al modelo observado de Inza-Espinal, siendo catalogado como de “Escuela Española del siglo XVIII”. El retrato, de inferior calidad que sus originales, cuenta a los pies con una leyenda alusiva al personaje: “El Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Xavier Delgado y Venegas Presv.<sup>o</sup> Card.<sup>l</sup> de la S.<sup>ta</sup> Rom.<sup>na</sup> Ygl.<sup>a</sup>, Patriarc.<sup>a</sup> de las Yndias, Cap.<sup>n</sup> y Limosn.<sup>ro</sup> May.<sup>r</sup> del Rey Nrô S.<sup>r</sup>, Vic.<sup>o</sup> Grâl de los R.<sup>s</sup> Exer.<sup>tos</sup> de Mar y Tierra, Gran Canciller y Cav.<sup>ro</sup> Gran-Cruz d la R.<sup>l</sup> y distinguida Orn Esp.<sup>la</sup> de Carlos III, Obpô que fue d Canar.<sup>s</sup> y Siguenza, Arzpô de Sevilla, del Consejo de S.M. Nrâl de Villanueva del Ariscal, murió en Mad.<sup>d</sup> en 11 de Diz.<sup>re</sup> de MDCCLXXXI de LXVII años”. Son sus dimensiones 119 x 83,5 cm, contando una firma ilegible en el ángulo inferior derecho, inserta en el billete que porta en las manos el retratado (Ver Apéndice de Ilustraciones).

#### Copia de Inza-Espinal fotografiado en 1925 por González Nandín hoy ilocalizable

En la fototeca de la Universidad de Sevilla existe una fotografía en blanco y negro de un interesante retrato idéntico a los ya referidos de Inza y Espinal y de calidad similar. De unas dimensiones de 1,020 x 1, 260 m, se diferencia de aquellos por el escudo de armas que se observa sobre los paramentos y cortinajes del fondo. No lleva más leyenda que la del billete que el prelado porta en la mano, desconociéndose su actual dueño. Según la información referida de la fototeca, la pintura estaba en 1925 en la casa del anticuario sevillano José Suárez, en calle Boteros 27, siendo fotografiada ese año por José María González Nandín (Ver Apéndice de Ilustraciones)<sup>464</sup>. No creemos que este cuadro se trate, ni tampoco el anterior, de la copia que Valdivieso cita en su obra *El hospital de la Caridad*, refiriéndose a una realizada sobre el cuadro de Inza<sup>465</sup>, que sitúa en una colección particular sevillana que no nombra. Puestos en contacto con el profesor pareció no conocer este que ahora tratamos.

---

<sup>464</sup> Universidad de Sevilla, Fototeca del Laboratorio de Arte, núm. de registro 4-3247.

<sup>465</sup> Valdivieso: *El hospital de la Caridad de Sevilla*, opus cit., págs. 88-89.

### Retrato de Francisco Bayeu hacia 1781 (Colección Privada)

Esta pintura, de 1,11 x 0,82 m, inédita para la bibliografía que sobre el cardenal se ha escrito en Sevilla, fue vista últimamente en Zaragoza el año 2007 en una exposición organizada por Cajalón y comisariada por el profesor Arturo Ansón Navarro: “Francisco Bayeu y sus discípulos”<sup>466</sup>. El cuadro, pintado como el resto en Madrid, ofrece una gran calidad pictórica, y refleja a un Delgado probablemente en los meses finales de su vida, con mirada penetrante y aspecto ciertamente demacrado, como intuyendo su próximo final. Presenta al prelado sentado y luciendo al pecho un rico pectoral y la insignia de la gran cruz de Carlos III, en la mano izquierda porta un pequeño libro entreabierto, no llegando a entregarse por la prematura muerte del prelado (Ver Apéndice de Ilustraciones).

El cuadro está perfectamente documentado en el inventario de bienes del artista: “Yd. un retrato original del Cardenal Delgado”<sup>467</sup>, realizado en Madrid entre el 10 de agosto de 1795 y el 2 de enero de 1796 por don Juan Proli, apareciendo tasado en 1.600 reales y adquirido por el diamantista real Leonardo Chopinot, tras lo cual se pierde su pista hasta principios del siglo XX en que se encontraba en la colección pictórica del marqués de Casa Torres pero atribuido a Goya<sup>468</sup>. La sola visión de la pintura lleva a relacionarla de inmediato con la existente en la parroquia de Villanueva del Ariscal, siendo esta última copia evidente de aquella, pudiendo tratarse perfectamente por su calidad de la copia reseñada en el citado inventario como obra de su hermano Ramón, tasada a su vez en 600 reales y que se encuentra desde entonces en paradero desconocido, por lo que no sería del todo descabellado aventurar que ambas se correspondieran con la misma pintura.

---

<sup>466</sup> Sobre Francisco Bayeu y su familia pueden consultarse las obras ya citadas de José Luis Morales y Marín: *Los Bayeu*, y *Francisco Bayeu: vida y obra*, y de Arturo Ansón Navarro et al.: *Francisco Bayeu y sus discípulos*, Catálogo de la Exposición celebrada en Zaragoza patrocinada por la Obra Social de Cajalón del 19 de abril al 15 de junio de 2007. Unos años antes fue expuesto también en la capital aragonesa entre el 18 de abril y el 19 mayo de 1996, Centro de Exposiciones y Congresos, Museo e Instituto de Humanidades “Camón Aznar”, ver de Ansón: “Bayeu y el retrato”, en catálogo de la referida exposición, titulada: *Francisco Bayeu, 1734-1795*, págs. 101-108.

<sup>467</sup> El testamento fue otorgado ante el escribano madrileño Manuel Ochaita el 22 de marzo de 1795, llevándose a cabo el inventario de bienes referido entre el 10 de agosto de dicho año y el 2 de enero del siguiente, ver: AHPM, Madrid, leg. 20.282. Puede consultarse su descripción asimismo en la obra de Morales: *Francisco Bayeu. Vida y obra*, opus cit., págs. 275.

<sup>468</sup> J. Lacoste: *Referencias fotográficas de las obras de Arte en España. Pintura, II, Colección Marqués de Casa Torres*, Madrid, 1914.

### Retrato del cardenal Delgado en la Parroquia de Villanueva del Ariscal (Copia de Bayeu)

Referenciado en algún artículo como anónimo realizado hacia 1782, en mi opinión, y como ya se ha avanzado en el epígrafe anterior es evidente copia del que pintó Francisco Bayeu entre 1780 y 1781, e incluso como aventuro bien pudiera ser la que realizó su propio hermano Ramón, hoy perdida. No sabemos en que momento llegó a la mencionada parroquia – donde recibió el prelado las aguas bautismales –, pero bien pudiera ser un retrato consignado en el inventario de bienes<sup>469</sup> realizado a la muerte de su sobrino don Juan Acisclo de Vera y Delgado, quien fue coadministrador del arzobispado hispalense y obispo de Cádiz hasta su muerte en 1818. Cuenta con una interesantísima leyenda al pie, en ella se detallan algunas de las dificultades derivadas de la testamentaría del cardenal, que impedían finalizar las obras del templo parroquial, solucionadas gracias al empeño de su primo y albacea el arcediano de Niebla Francisco Vicente Venegas (Ver Apéndice de Ilustraciones):

“El Em.<sup>mo</sup> y Exc.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Xavier Delgado y Venegas. Presb.<sup>o</sup> Cardenal de la S.<sup>ta</sup> Romana Yglesia, Patriarcha de las Yndias, Capellan, y Limosnero mayor del Rey Nrô. S.<sup>r</sup> Vicario general de los Reales Exercitos de Mar y Tierra: Gran Canciller, y Cavallero Gran Cruz de la R.<sup>l</sup> y distinguida Orn Española de Carlos III: Obispo, q. fué de Canarias, y Sigüenza. Arzobispo de Sevilla, del Concejo de S.M. &c. Murió en 11 de Diziembre de 1781, de edad de 67 a.<sup>s</sup> y por el amor q. conserbó siempre á esta Villa de Villanueva del Ariscal su Patria; mandó por su Testamento Reedificar esta Yglesia, q. estaba arruinada la qual ultima voluntad logro ser executada â pesar de muchas contradiciones, por el empeño, esfuerzos, y lo q. suplió el S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Francisco Vicente Venegas, Primo hermano de su Emin.<sup>a</sup> Cavallero de la misma distinguida Orn Canonigo de la S.<sup>ta</sup> Patriarchal de Sevilla, y Dignidad en ella de Arcediano de Niebla: Albacea Testamentario de dho Emin.<sup>mo</sup> y natural tambien de esta Villa”.

### Retrato propiedad de la Hermandad de los Negritos (Sevilla)

Fue probablemente pintado en Sevilla, encargado expresamente por la mencionada hermandad, de la que el prelado fue protector y hermano mayor efectivo en 1777, continuando así la tradicional relación que entre los arzobispos hispalenses existía (Ver Apéndice de Ilustraciones). La pintura de autor desconocido, tiene unas dimensiones de 92 x 73,4 cm, fue realizada en 1784 y tuvo un coste de 140 reales, siendo el primero de la colección de prelados que a partir de entonces formó la corporación, al que seguirían unos años más tarde los del fundador de la hermandad, el

---

<sup>469</sup> ADC, *Episcopologio*, Obispo Vera y Delgado, leg. 1, antes en *Varios*, Espolios y Vacantes, Obispo Vera y Delgado, leg. 871, sin foliar.



arzobispo don Gonzalo de Mena, que fue costeadado por un hermano en 1799, y del cardenal Solís, antecesor de Delgado, costumbre que la hermandad ha perpetuado hasta hoy día. El retrato cuenta con la siguiente leyenda: “El E.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Xavier Delgado y Venegas, Pro. Carden. d la S.<sup>ta</sup> Romana Yg.<sup>a</sup> Patriarcha d las Indias, Capp.<sup>n</sup> y Limosnero Mayor dl Rey Nro. S.<sup>or</sup> Vicario Gener.<sup>l</sup> de sus R.<sup>s</sup> Exercitos d Mar y Tierra, Gran Cnciller y Cavallero Gran Cruz de la R.<sup>l</sup> y Disting.<sup>da</sup> Ordn Española de Carlos III, Obispo que fue d Canarias y Sigüenza, Arzobispo de Sevilla, dl Consejo de S.M. &&& Natural de Villanueva del Ariscal”.

### Retrato de Francisco Casas en Las Palmas de Gran Canaria y Sigüenza

Es el único retrato que rompe el motivo iconográfico sedente o de medio cuerpo común en el resto de representaciones del prelado. El cardenal aparece vestido de púrpura y de pie, portando en una mano unos pliegos de papel y en la otra un sombrero de tres picos igualmente encarnado. La leyenda se sitúa en una cartela que cae desde la mesa a su derecha pisado por una escribanía: “El Em.<sup>mo</sup> i Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Delgad<sup>o</sup> Colegial que fue en el ma.<sup>r</sup> de S.<sup>n</sup> Ylde.<sup>so</sup> magistral de las Yg.<sup>s</sup> de Bad.<sup>oz</sup> y Cordoua, y al pre.<sup>te</sup> Cardenal Pres.<sup>o</sup> de la S.<sup>ta</sup> Ygles.<sup>a</sup> Rom.<sup>a</sup> Patri.<sup>a</sup> de las Yn.<sup>s</sup> Arz.<sup>o</sup> de Sevilla, Cape.<sup>n</sup> y Limosn.<sup>o</sup> maior del Rey Ntro. S.<sup>r</sup> Vicario general de sus Reales Exercitos de Mar y Tierra, Gran Canciller y Caballero Gran Cruz de Real distinguida Orden Española de Carlos III, del Consejo de S.M. &”. Junto a esta y en otro pliego va la firma dedicada del autor, Francisco Casas, quien lo ejecutó en 1778 en Madrid, aunque parece ser que el elegido en principio para ello era Inza<sup>470</sup>. Este cuadro se encuentra en la catedral de Las Palmas de Gran Canaria, existiendo del mismo una copia fotográfica en el Palacio Episcopal de Sigüenza que sustituye al que desapareció durante la Guerra Civil (Ver Apéndice de Ilustraciones).

### Retrato anónimo sobre el anterior en Palacio Episcopal de Las Palmas, Islas Canarias

Sobre el anterior de Casas, existe en Canarias otro retrato, esta vez de medio cuerpo y de autor anónimo. Es de calidad muy inferior al original, y no tenemos noticias

---

<sup>470</sup> Ver documentación sobre el cuadro en AHDOD, *De Statu Dioecesis*, Archivo Secreto, leg. 51.

sobre el momento en que fue realizado, si bien por su aspecto puede ser copia del propio siglo XVIII o bien de principios del XIX (Ver Apéndice de Ilustraciones).

#### Miniatura atribuida a Vicente López sobre el modelo de Inza-Espinal

De vivos colores, fue pintada hacia 1817, siendo catalogada por Mariano Tomás como de Vicente López, si bien dicha atribución plantea algunos problemas, pues el célebre pintor contaría diez años el año que fallece el prelado. Asimismo Tomás en su catálogo se equivoca al indentificar al personaje retratado, creyendo se trataba de don Pedro Quevedo y Quintano, al que titula como “cardenal arzobispo de Sevilla”. Aunque es cierto que a aquel se le ofreció la mitra hispalense a la muerte de Delgado y Venegas, este no llegaría a aceptarla, permaneciendo en su sede de Orense hasta los días de la Guerra de la Independencia, en la que tendrá un importante papel como presidente de la Regencia. Igualmente José Luis Díez en su biografía y catálogo razonado sobre López afirma no corresponderse con el estilo de aquel, ni con el arzobispo sevillano, errando en esto último pues la miniatura es clara copia de los retratos ya mencionados de Inza y Espinal (Ver Apéndice de Ilustraciones)<sup>471</sup>.

#### Calcografía conservada en la Colección de Estampas de la Biblioteca Nacional de Madrid

Realizada por la calcografía de Antonio Capellán en Roma a la muerte de Delgado, representa al prelado en busto, con una austera cruz de madera colgando del cuello, cuenta con la siguiente inscripción latina: “Franciscus Delgado, Patriarcha Indiarum Occidentalium et Archiepiscopus Hispalensis, Compostellanus, S. R. E, Presbyter Cardinalis, creatus á SSmo. D. N. Pio Papa VI in Consistorio secreto die prima Junii anno 1778. Obiit die 10 Decembris 1781. B. ov. Card. Hisp”. De este grabado existe copia idéntica, pero bícroma, en la Biblioteca Municipal de Bolonia, Italia<sup>472</sup> (Ver Apéndice de Ilustraciones).

---

<sup>471</sup> Mariano Tomás, *La miniatura retrato en España*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1953, pág. 85. José Luis Díez: *Vicente López (1772-1850): Vida y obra. Catálogo razonado*, Madrid, Doce Calles, 1999.

<sup>472</sup> BNE, Sección de Estampas, núm. 537. Ver de Ángel M. Barcia: *Catálogo de los retratos de personajes españoles que se conservan en la Sección de Estampas de la Biblioteca Nacional*, Madrid, Viuda e Hijo de M. Tello, 1901, pág. 248. Grabado bícromo procedente de la Biblioteca Municipal de Bolonia, Italia, Caja 19, Doc. 1.

No he podido encontrar sin embargo ningún retrato de Delgado realizado por el pintor Antonio González Ruiz, cuya existencia se insinúa en una de las escasas biografías que el célebre artista tiene dedicadas<sup>473</sup>, no constando en ninguno de los catálogos existentes sobre su obra. Se han consultado para ello los fondos de importantes colecciones pictóricas españolas: Museo del Prado, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Colección Lázaro Galdiano, Real Academia de la Historia, Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, Buenas Letras de Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, Catedral de Sevilla...), también de varias casas de subastas – donde apareció uno –, y bibliografía especializada, sin embargo no han aparecido más representaciones pictóricas que las ya expuestas, siendo de suponer que de existir otras se encontraran en diferentes colecciones privadas fuera del alcance público.

Aunque la pintura patrocinada por la mano del cardenal Delgado ocupa un lugar importante en la historia del mecenazgo artístico en la Sevilla de aquella centuria, es sin duda la orfebrería el campo que más ha ocupado a los historiadores en este sentido, principalmente a los del Arte, destacando entre las creaciones costeadas por el prelado las del genial artífice cordobés Damián de Castro (Córdoba, 1716-Sevilla, 1793), Manuel Rodríguez, José Alexandre y Esquerra, o Vicente Gargallo, sobrino de este último ya en menor medida. Estudiaremos en primer lugar las ejecutadas por Damián de Castro, por su importancia para la historia de las artes suntuarias en la España de aquella centuria y del propio mecenazgo del cardenal, que realizaría para el arzobispo sevillano las siguientes piezas, quedando reflejadas las realizadas durante los pontificados canario y seguntino en sus respectivos capítulos:

#### Pontifical donado el Jueves Santo 27 de marzo de 1777

Este conjunto, cumpuesto de cáliz, patena, y cucharita todo en oro, más una soberbia jarra de plata y dos grandes *azafates* o bandejas también en plata sobredorada, fueron realizadas por Damián de Castro de orden del recién llegado arzobispo Delgado para ser estrenado en el primer pontifical oficiado por el nuevo prelado en el templo mayor hispalense, que tendría lugar el Jueves Santo 27 de marzo de 1777. Tras finalizar,

---

<sup>473</sup> José Luis de Arrese: *Antonio González Ruiz, pintor de Cámara de Su Mag. y director general de la Academia de Bellas Artes de San Fernando*, Madrid, CSIC, 1973, pág. 137. Refiere a Delgado como uno de los posibles clientes.

y “acabado de celebrar la consagracion de los Santos Oleos, y al tiempo de desnudarse de las Sagradas vestiduras, había significado [el prelado] que assí estas, como el cáliz, patena y cucharita de oro, dos bandejas, y un jarro de plata, que le havían servido al Pontifical, todo lo dexaba á la Fábrica de esta S.<sup>ta</sup> Yglesia”<sup>474</sup>. La donación, que constituyó un obsequio verdaderamente excepcional, llevó al deán en nombre del cabildo, impactado por el valor material del conjunto, al que además había que añadir las vestiduras sagradas utilizadas, a convocar una reunión extraordinaria del mismo, que se verificó el sábado 29. En él no solo se decidió formar una diputación de agradecimiento al prelado por su espléndido regalo, compuesta de los señores don Ignacio de Ceballos, arcediano de Niebla, Felipe Ponce, penitenciario, y Diengo Lince, racionero, también que quedara todo expuesto en la Sala Capitular para el siguiente cabildo, para que fuese admirado por los capitulares, y que el platero de fábrica, Juan Bautista de Zuloaga, levantara el correspondiente inventario y aprecio de las “preciosas alhajas” donadas, que este presentó al cabildo el día 14 de abril. En él, Zuloaga estimó un precio para aquellas no inferior a los 22.384 reales, aclarando sobre ello que solo había “formado juicio del valor intrínseco de las alajas..., no metiendose en el valor de la estima que por razon de su prolixa echura merecen, que este es gravíssimo”<sup>475</sup>.

El conjunto, debió costar muchísimo más, pues solo el recibo de Castro por el cáliz, la patena y la cucharita, emitido en Córdoba el 9 de mayo de ese mismo año, y firmado tanto por el artífice cordobés como por el tesorero personal del arzobispo el canónigo José Rodríguez Bravo, alcanzaba casi esa cifra sin contar las suntuosas bandejas o el terno utilizado: “Pesó el caliz, patena, y cucharita q.<sup>e</sup> se remitió a Sev.<sup>a</sup> cinquenta y dos on.<sup>s</sup> y onze adarmes de oro q.<sup>e</sup> a 320 r.<sup>s</sup> cada onza valen 16.860 r.<sup>s</sup>”. El pago, sumados todos los conceptos, fue inserto en la misma factura utilizada para el cáliz y el copón de oro donados a la catedral de Córdoba, aún conservados en aquel templo, verdadero monumento de la orfebrería española: “Ymportan los dos calices y copon todo de oro setenta mil ochocientos noventa y un rr.<sup>s</sup> V.<sup>on</sup>”<sup>476</sup>.

---

<sup>474</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, núm. 140 (1777), fols. 86v-87v.

<sup>475</sup> Ibid, fols. 100-101.

<sup>476</sup> Ibid, Arzobispado, IV *Administración General*, “Mesa Arzobispal”, libro 847: En el *Libro de Prorrata de 226 días en frutos de mrs. arrendado en el año de 1776*, al fol. 442 se encuentra la “Cuenta del caliz y copón de oro q.<sup>e</sup> tengo hecho de orn del Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> Arzobispo de Sevilla para esta S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup> de Cordoba”.

El detalle del Pontifical es el siguiente:

- Cáliz de oro junto con su cucharita (Ver Apéndice de Ilustraciones). El originalísimo cáliz, de 28,8 cm de altura, por 9 de diámetro de copa y 16,8 de base, cuenta con el punzón de su artífice llamado con justicia el “Arfe cordobés” en el forro del pie, contando con las marcas CAS/tRO, CASTRO surmontado de una flor de lis, en señal de su contraste, y un león rampante en una catela ovalada en alusión al origen cordobés de la hechura. El inventariado realizado del mismo al poco de la donación nos describe la original pieza<sup>477</sup>:

“Un Calix con Patena y Cucharita todo de oro, tiene el calix la sobre copa repartida en tres porciones tres laminas de la Passion de Jesu Xptô, el terzio de el medio lo forman tres niños vaciados de cuerpo entero y en las tres frentes correspondientes en el pie tiene tres laminas con las tres cenas; el forro de el pie de dho calix, los tornillos y las portezuelas del Embasam.<sup>to</sup> son de p.<sup>ta</sup> sobredor.<sup>da</sup> pessa 52 onz.<sup>s</sup> 10 adarm.<sup>s</sup> de oro de a 20 r.<sup>s</sup> onza y la p.<sup>ta</sup> 50 onz.<sup>s</sup> y 2 adarm.<sup>s</sup> de a 22 ½ r<sup>ss</sup>”. Esta alhaja con otras en el día Jueves S.<sup>to</sup> 27 de Marzo de 1777 prim.<sup>o</sup> en q.<sup>e</sup> celebró, de Pontific.<sup>l</sup> el Exc.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Xavier Delgado y Venegas Digniss.<sup>mo</sup> Arzobispo desta S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup> donde su liberalidad y amor p.<sup>a</sup> esta S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup>”.

El pie de la magnífica pieza, de perfil lobulado, está labrado de diferentes escenas alusivas a la institución de la Eucaristía: Santa Cena, Comunión de los Apóstoles, y Lavatorio, junto con las armas del prelado oferente, todo flanqueado de ángeles en posición recostada sobre roleos, rocallas y tornapuntas; el nudo, de sección triangular y que ocupa prácticamente todo el astil, consta de tres ángeles atlantes de cuerpo entero que sostienen la copa, entre los cuales cuelga una efectista campanilla a modo de racimo de uvas que tintinea durante la elevación. En la copa, contrasta la parte lisa superior con la base cincelada a base de cartelas con motivos pasionistas: Prendimiento, Flagelación, y la Caída en la Vía Dolorosa camino del Calvario, que se alternan con ángeles también de cuerpo entero. Este cáliz es idéntico al que Castro labró en plata para la parroquia de la Asunción de Priego, en esa provincia, repitiendo las mismas escenas de tipo eucarístico y

---

<sup>477</sup> Ibid, Catedral, Sección IV, *Fábrica*, Inventarios, libro 402, fol. 86: “Ymbentario de las alhajas de plata de la S.<sup>ta</sup> Yglesia Patriarchal de Sevilla”.

pasionista en las cartelas del cáliz obsequiado por Delgado para la catedral cordobesa.

Sobre la cucharita de oro, una nota al margen del mencionado *Inventario de Alhajas*, nos indica su destino final: “La cucharita de oro de este calix p.<sup>r</sup> no tener uso lo debolvieron los Sachristanes en 8 de abril de 1807 p.<sup>a</sup> ayuda a hazer una llave de oro p.<sup>a</sup> la Arqueta del Monumento”<sup>478</sup>.

- Dos esplendidas bandejas o *azafates* de plata sobredorada de atrevido y sinuoso diseño y brillo verdaderamente fulgurante, muestra del más depurado y exuberante rococó realizado en aquellos años en España, y desde luego en Sevilla, caracterizadas por una exquisita labor a base de rocallas y gallones, constituyéndose en un verdadero sol deslumbrante con los destellos que procuran las aristas helicoidales que parten desde su centro, donde aparecen primorosamente labradas las armas del prelado oferente<sup>479</sup>, hacia los bordes, perfilados a base de formas cóncavas y convexas propias del estilo. Las dos piezas, de gran tamaño, alcanzan el medio metro, y cuentan un escaso calado, son también obra de Damián de Castro, sirviendo en los oficios pontificales para depositar algunas prendas propias del obispo: el solideo, el pectoral, o los guantes por ejemplo. Fueron donadas igualmente con motivo del primer pontifical, y aunque no aparecen reflejadas en la citada carta de pago de los cálices y copón para Sevilla y Córdoba, sí aparecen en el referido “aprecio” de Zuloaga: “Yd. dos fuentes blanca y doradas pesan 159 onzas y 4 adarmes a razón de 22 ½ r.<sup>s</sup> v.<sup>n</sup> cada una: 3.583 r.<sup>s</sup>”<sup>480</sup>. Es muy posible que estas dos bandejas sean las incluidas en una factura posterior fechada en San Lorenzo de El Escorial el 12 de noviembre de 1778, por un importe total de 98.821 reales, de los que 30.371 se corresponderían al abono de “varias alhajas que â hecho D.<sup>n</sup> Damian de

---

<sup>478</sup> *Ibídem*.

<sup>479</sup> Representadas en escudo partido: Primer cuartel en campo de azur una torre de oro superada de tres palomas al vuelo. Segundo, también en azur con cinco torres de plata puestas en sotuer. En la posición de honor podemos observar el escudo de la Universidad de Alcalá, que tomó las armas de su fundador el cardenal Cisneros, es decir, escudo jaquelado de quince piezas, ocho de oro y siete de gules, si bien los colores son únicamente observables en la representación pictórica. Todo superado de cruz patriarcal y timbrado de capelo arzobispal, yendo orlado de la gran cruz de Carlos III.

<sup>480</sup> AGAS, Catedral, I, LAC 140 (1777), fols. 100-101.

Castro de ôrn de Su Em.<sup>a</sup> para su pontifical”<sup>481</sup>. En otro inventario catedralicio, las piezas quedan descritas claramente de la siguiente manera: “Fuentes. Ytt. Dos Fuentes blancas y doradas cinceladas de medio relieve hasta las molduras que la orlan; toda la obra del cincel dorada y los campos en blanco; tienen en el medio las Armas del Exc.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Xavier Delgado y Venegas Digniss.<sup>mo</sup> Arzobispo desta S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup> quien las donó en el Jueves S.<sup>to</sup> 27 de Marzo de 1777 con otras Alhajas, q<sup>e</sup> el prim.<sup>o</sup> en q<sup>e</sup> celebró de Pontifical pessan 159 onz.<sup>s</sup> y 4 adarm.<sup>s</sup> de p.<sup>ta</sup> á 22 ½ r.<sup>s</sup> una onza”<sup>482</sup>.

De estas dos piezas tan solo una está visible en el tesoro catedralicio hispalense, expuesta en la sala adyacente a la Sacristía Mayor, quedando la otra guardada en el depósito. Sobre ellas manifestó hace unos años la profesora María Jesús Sanz, que su originalísimo diseño no tenía parangón alguno en su tiempo, y desde luego en la propia obra del artífice cordobés<sup>483</sup>.

- Una jarra de plata labrada también descrita en el referido auto capitular y en el aprecio mencionado como parte del referido pontifical. Mide más de 30 cm, y alterna al igual que las bandejas la plata en su brillo con el sobredorado. El virtuosismo de la ejecución se aprecia tanto en el asa, el pico del recipiente, en forma de cabeza de águila, o en el escudo del donante, situado en la faldilla o parte frontal de la misma.

Otros trabajos de Castro para su benefactor durante el pontificado sevillano, son:

---

<sup>481</sup> Ibid, Fondo Arzobispal, IV *Administración General*, Mesa Arzobispal, libro 849, fol. 127v.

<sup>482</sup> Ibid, Catedral, IV, *Fábrica*, Inventarios, libro 402, fol. 122: “Ymbentario de las alhajas de plata de la S.ta Yglesia Patriarchal de Sevilla”.

<sup>483</sup> La cita en María Jesús Sanz: “Un original modelo de bandejas rococó”, en *Estudios de Platería San Eloy*, año 2007, coordinado por Jesús Rivas Carmona, págs. 347-356, en 347-348. Dichas bandejas han sido estudiadas o reproducidas por esta misma autora en: *La orfebrería sevillana del Barroco*, Sevilla, Diputación Provincial, 1976, 2 vols.; y “Orfebrería cordobesa en la catedral de Sevilla”, *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía Moderna (Siglo XVIII)*, Córdoba, 1978, tomo VII, vol. 2, págs. 275-288; Jesús Palomero: Palomero: “La plata en la Catedral de Sevilla”, en *La Catedral de Sevilla*, 1984, págs. 624-625; *El fulgor de la plata*. Catálogo de la exposición celebrada en la iglesia de San Agustín de Córdoba entre el 24 de septiembre y el 30 de diciembre de 2007, Rafael Sánchez Lafuente (coord.). Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 2007, pág. 441; y del autor de esta tesis: “Nuevas precisiones artísticas sobre el tesoro catedralicio hispalense: Las dos grandes bandejas rococó donadas por el cardenal Delgado (y II)”, en *Isidorianum*, núm. 44, Sevilla, Centro de Estudios Teológicos, 2013, págs. 485-498.

- En marzo de 1778 Castro cobraba 4.864 reales por la ejecución de una guarnición de plata para el misal de cámara del cardenal. Destino que se contradeciría con lo reseñado en los autos capitulares de ese mismo año, que informan sobre el envío desde Madrid por el prelado de un misal con cubierta de plata sobredorada que debía servir “a los señores prelados quando asistiesen o celebrasen de pontifical”<sup>484</sup>.
- En 12 de noviembre de 1778 recibe desde San Lorenzo del Escorial el abono de 98.821 reales por diferentes conceptos: 60.000 a cuenta de una custodia de plata; 30.371 “de varias alhajas que a hecho D.<sup>n</sup> Damian de Castro de orn de Su Em.<sup>a</sup> mi S.<sup>r</sup> para su pontifical; y 8.450 “de una escribanía y piezas de baxilla de plata”<sup>485</sup>.
- En 1780 se conoce a través de la documentación conservada en los libros de cuentas de la Mesa Arzobispal, la ejecución por parte del cordobés de cuatro candeleros, una cruz de altar, tres sacras, y dos cálices con patena y cucharita, vinajeras con su platillo o salvilla, y campanilla, y dos custodias de diferente tamaño, todo en plata y plata sobredorada, trabajo que ascendió a 9.519 reales<sup>486</sup>.
- En los últimos meses de 1781 se reconocía a Castro la cantidad de 26.014 reales por seis custodias, doce cálices, seis copones grandes, y otros seis pequeños, los cuales quedaron dispersos por diferentes parroquias y conventos gracias a la proverbial propensión de Delgado de surtir de vasos sagrados a iglesias necesitadas, encargo que fue acabado de pagar en 15 de febrero de 1782<sup>487</sup>.

---

<sup>484</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, IV *Administración General*, “Mesa Arzobispal”, libro 848, fols. 192 v y 287; Catedral, I, *Secretaría*, LAC. 141 (1778), 102-102v.

<sup>485</sup> Ibid, 849, fol. 127v.

<sup>486</sup> Dichas vinajeras con su platillo y campanilla es posible que se correspondan con las que menciona el *Ymbentario de las alhajas* ya referido, aclarándonos en una nota marginal (fol. 132) que estas piezas, de 56 onzas y 4 adarmes de peso, se entregaron el 11 de mayo de 1795 “a la Casa de Moneda por las necesidades de la Guerra con Francia”. Sobre las dos custodias referidas, ver misma sección y serie, libro libro 850, fol. 422.

<sup>487</sup> Ibid, libro 851, fols. 123v, y 403-404.



### Piezas de atribución muy dudosa o desconocida

Aunque las obras más importantes conservadas fruto del mecenazgo de Delgado fueron encargadas al citado artífice cordobés, existen también diferentes piezas de notable factura ejecutadas de orden del prelado por otros reconocidos orfebres del momento, como son las realizadas por el zaragozano José Alexandre y Ezquerro, establecido en Sevilla y activo entre 1751 y 1786, y que fue nombrado en 1776 platero “de la Dignidad Arzobispal”, o las de su sobrino Vicente Gargallo.

- Bandeja en plata sobredorada, Madrid ca. 1781. Al igual que las anteriores fue donada por el cardenal Delgado, situándose en la Sala de Exhibición del tesoro frente a una de las dos ya descritas, siendo el cuerpo central de esta liso y campeando en su centro también las armas del donante, doradas con matices (Ver Apéndice de Ilustraciones). Los bordes van labrados y alternando rocallas aunque de manera menos acusada que las precedentes, formando entrantes y salientes cóncavos y convexos propios del estilo. Esta pieza de medida similar a las ya citadas: 58,5 cm, es sensiblemente más pesada, ofreciendo una autoría compleja como se verá a continuación, aunque la procedencia sí está claramente establecida, pues es obra madrileña, como se observa de los punzones inscritos al dorso. Dichas marcas se corresponden con las del contraste Félix Leonardo Nieva: 54/NIE/VA, que María Jesús Sanz interpretó de manera errónea como “NUE/VA” en su obra sobre la orfebrería barroca sevillana<sup>488</sup>; y el de Madrid-Corte, en la que se observa el oso y el madroño inscritos dentro de una cartela coronada. Esta pieza aparece reflejada en el *Inventario de Alhajas* catedralicias antes citado pero sin nombrar su autor:

“En lunes 3 días del mes de Septt.<sup>e</sup> de 1781 se presentó al Cavildo una fuente grande de plata, que tiene toda la faldilla cincelada de bajo relieve, con el escudo del Em.<sup>mo</sup> y Exc.<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup> Arzobispo Patriarcha Carden.<sup>l</sup> Delgado q.<sup>e</sup> tiene en medio: la q.<sup>e</sup> embía dho S.<sup>or</sup> desde Madrid en donde reside y pesa 26 m.<sup>os</sup> 2 onz.<sup>s</sup> y 10 adarmes de p.<sup>ta</sup>. En dho día se entregó a los Sacristanes may.<sup>res</sup>”<sup>489</sup>.

---

<sup>488</sup> Sanz: *La orfebrería sevillana del Barroco*, opus cit., vol. II, pág. 70.

<sup>489</sup> AGAS, Catedral, IV, *Fábrica*, Inventarios, libro 402, fol. 123v.

Puede ser con toda seguridad la que aparece reflejada en un auto capitular de fecha 3 de septiembre de 1781, en que se anuncia el envío de la pieza junto con otra nueva jarra de plata, si bien tampoco se menciona el autor. También la que en otro inventario (años 1828 a 1909) aparece como “palangana o fuente” con peso similar: “N. 139. Una Palangana o fuente de plata blanca con los bordes y escudo en medio cincelados y dorados fue del S.<sup>or</sup> Delgado pesa de plata 26\_\_4” (Al margen: Inb. ant.<sup>r</sup> a 122<sup>v</sup>)<sup>490</sup>.

Para esta y las anteriores bandejas, pone la mencionada profesora como único antecedente por su gran tamaño en la obra del artífice, dos piezas que se encuentran una en la catedral de Caracas<sup>491</sup>, y otra, una lámpara con traza helicoidal para el convento de las carmelitas calzadas de Écija (Sevilla), a la añadimos nosotros, por ser también obra suya la que existe en el propio templo ariscaleño, donada por Delgado siendo todavía obispo de Canarias, también en plata y mismo diseño helicoidal.

Sobre el punzón del autor tan solo podemos decir que este se encuentra embutido en una cartela de forma cuadrangular, trilobulada, y muy desgastada por el tiempo o quizás por haberse golpeado de manera fallida. Sanz afirma leer: 6 B/7, mientras que en mi opinión dice: J·B/Z, o J·B/7 (Ver Apéndice de Ilustraciones), no correspondiéndose en principio ninguna con las marcas de los plateros habituales que sirvieron al cardenal o activos esos años en los ambientes madrileños, como Manuel Rodríguez, que realizó diversas piezas de importancia para el prelado, cuya marca conocida es: \*M\*/RDZ; José de Alarcón: ALAR/CON; Juan de San Faurí: J/S.F/I; Antonio José de Santa Cruz: S./CRUZ; o Domingo Urquiza: URQ/ZA. Tampoco con los ya conocidos Damián de Castro: CAS/tro; José Alexandre: ALEXANDRE; o su sobrino Vicente Gargallo: V.GARGALLO<sup>492</sup>.

---

<sup>490</sup> Ibid, I, Secretaría, LAC 144 (1781), fol. 161v; y IV, *Fábrica*, Inventarios, leg. 06944-B: “Inventario de las alhajas de tela, seda, plata, oro y pedrería que se custodia en la Sacristía Mayor a cargo del Sr. Tesorero”, 136v (años 1828 a 1909).

<sup>491</sup> Sanz: “Un original modelo de bandejas”, opus cit., 347-348.

<sup>492</sup> Ver mi aportación: “Nuevas precisiones artísticas sobre el tesoro catedralicio hispalense: Las dos grandes bandejas rococó donadas por el cardenal Delgado (y II)”, opus cit., págs. 492-493; y Sanz: *La orfebrería sevillana del Barroco*,

No deben confundirse estas bandejas<sup>493</sup>, sobre todo por su parecido con las del pontifical, con las que años más tarde, en 1796, se encargaron por parte del cabildo catedralicio para la Capilla de la Antigua al platero Vicente Gargallo y Alexandre, sobrino de José Alexandre, realizadas también en plata sobredorada siguiendo el modelo de las de Castro. Estas, que cuentan con el punzón del mencionado orfebre: “V.Gargallo”, tienen un diámetro similar: 58 cm, y al igual que las de Castro ofrecen un diseño muy dinámico, a base de formas ondulantes, aristas helicoidales, y rocallas en su perfil, lo que les otorga el mismo efecto de sinuosidad y esplendor que las anteriores. Se encuentran también en la estancia del tesoro situado junto a la Sacristía Mayor, portando en su centro la Giralda y los jarros de azuzenas, escudo del cabildo catedralicio. El inventariado de estas piezas nos ofrece los detalles de su autoría, su donante, que fue el canónigo Martín Alberto de Carvajal, y el coste, que fue de 4.449 reales y medio:

“Dos Azafates de plata grandes yguales sinclados que tienen en medio un escudo dorado de la Giralda y Jarras que pesan ambos diez y nueve marcos y quinze adarmes de plata qe à 21 ¼ rr.<sup>s</sup> importaron 3€250 rr.<sup>s</sup> sus hechuras costaron 1€109 ½ rr.<sup>s</sup> y el dorado 90 y todo ascendió 4€449 ½ y los hizo D.<sup>n</sup> Vizente Gargallo y los donó à la Capilla de la Antigua à n.<sup>re</sup> de un devoto (que lo fue el S.<sup>r</sup> Can.<sup>o</sup> D.<sup>n</sup> Martín Carvajal) q<sup>e</sup> se presentaron al Cav.<sup>do</sup> en el extraordinario de 25 de Mayo de 1796”<sup>494</sup>.

- Conjunto de cáliz y copón de oro y pedrería atribuidos de manera incorrecta a donación de Delgado y Venegas (Tesoro de la Catedral de Sevilla):

Estos vasos sagrados, realizados en oro y plata y engastados de rubíes, esmeraldas, topacios, y diamantes, están catalogados en el tesoro catedralicio y por la profesora María Jesús Sanz como donación del cardenal Delgado y Venegas hacia 1776<sup>495</sup>, sin embargo, y como demostré documentalmente en

---

II, pág. 70. Dichas marcas se han comparado con los principales plateros de la época. Además de la citada obra de Sanz puede consultarse la de A. Fernández, R. Munoa, y J. Rabasco: *Enciclopedia de la plata española y virreinal*, Madrid, edición de los autores, 1984; un suplemento de la obra anterior de 1985; y del primero de sus autores: *Marcas de plata española y virreinal*, Madrid, Ediciones Antiquaria, 1992; Cristina Esteras Martín: *Marcas de platería hispano-americana*, Madrid, Tuero, 1992; y los diferentes números de *Estudios de Platería “San Eloy”*, coord. por Jesús Rivas Carmona, Universidad de Murcia, 2001-2012.

<sup>493</sup> Estas fueron reproducidas por María Jesús Sanz en *El fulgor de la plata*. Catálogo de la exposición que tuvo lugar entre el 24 de septiembre y el 30 de diciembre de 2007, Junta de Andalucía, 2007: “Vicente Gargallo, bandeja, págs. 364-354; así como en “Un original modelo de bandejas rococó”, opus cit., págs. 275-288.

<sup>494</sup> AGAS, Catedral, IV, *Fábrica*, Inventarios, leg. 05131: “Libro de Ynbentario de las Colecturías Sagrario y demas Capillas de esta S.<sup>ta</sup> Yglesia”, fol. 29.

mi artículo “Nuevas precisiones artísticas sobre el tesoro catedralicio hispalense (I): el cáliz y el copón de oro y piedras preciosas”<sup>496</sup>, dicha atribución es incorrecta, correspondiéndose la primera de las piezas con la donación piadosa de un clérigo fallecido en Indias, aumentado con las aportaciones de algunos capitulares, y la segunda a un encargo del propio cabildo. En dicho artículo se aportan respecto del cáliz tanto la identidad del artífice encargado de labrarlo como el nombre de los donantes, señalándose para el copón su ejecución por parte del cabildo catedralicio.

El cáliz formaba parte hasta finales del siglo XIX del ajuar de la capilla de la Antigua, encontrando en el curso de mis investigaciones para esta tesis el documento que certificaba el cambio de ubicación de la pieza desde la referida capilla al tesoro catedralicio, descripción que no deja lugar a dudas: “En 18 de abril de 1883, por disposición de los Srês. Mayordomos de Fábrica, al arca del cuarto del tesoro las alhajas siguientes: *El caliz de oro y pedrería de Ntra. Sra. de la Antigua*”<sup>497</sup>. Aunque María Jesús Sanz ya había apuntado la posible pertenencia de esta pieza excepcional a dicho ajuar litúrgico, este aspecto no estaba demostrado documentalmente, como tampoco la autoría del mismo o la persona oferente, que Sanz atribuía al mecenazgo del cardenal Delgado, identificación que se mantiene aún en su descripción en las vitrinas del tesoro: “Anónimo madrileño mediados siglo XVIII. Cáliz, copón de oro y piedras preciosas donado por el cardenal Delgado y Venegas”<sup>498</sup>. Desde luego la similitud de ambas piezas, en oro, cuajadas de pedrería, y una morfología estilística muy parecida, lleva a pensar en un mismo origen, siendo el cáliz obra sevillana, y el copón de talleres madrileños, si bien para este último no pudimos encontrar su autor material, aunque sí el donante y fecha de ejecución.

---

<sup>495</sup> De María Jesús Sanz: “Orfebrería cordobesa...”, II, opus cit., pág. 154; y “Vicisitudes del ajuar de plata de la Capilla de la Antigua de la Catedral de Sevilla”, *Laboratorio de Arte. Revista del Departamento de Historia del Arte*, nº 22, año 2010, págs. 185-210, 191.

<sup>496</sup> Francisco Manuel Gil Pineda: “Nuevas precisiones artísticas sobre el tesoro catedralicio hispalense (I): el cáliz y el copón de oro y piedras preciosas”, *Isidorianum*, núm. 42, Sevilla, Centro de Estudios Teológicos, 2012, págs. 473-487.

<sup>497</sup> AGAS, Catedral, Sección IV, *Fábrica*, Inventarios, 06944-B: “Inventario de las alhajas de tela, seda, plata, oro y pedrería que se custodia en la Sacristía Mayor a cargo del Sr. Tesorero”, fol. s/n. Incluye años 1828 a 1909.

<sup>498</sup> Ficha descriptiva de ambas piezas en el tesoro catedralicio. Ver asimismo de dicha profesora: “Vicisitudes del ajuar de plata de la Capilla de la Antigua de la catedral de Sevilla”, opus cit., pág. 191; y *La orfebrería sevillana del Barroco*, opus cit., II, pág. 154.

Del cáliz podemos decir que aunque no tiene marcas es obra de José de Alexandre y Ezquerria, platero zaragozano activo en Sevilla durante toda la segunda mitad del siglo XVIII que llegó a ser platero de la Dignidad Arzobispal hispalense en la época del cardenal Delgado, labrando para él numerosas piezas como se ha visto. La atribución queda completamente certificada al hallar la oportuna carta de pago por la ejecución de la pieza, fechada en Sevilla el 9 de agosto de 1777, importando la obra un montante total de 39.390 reales y 32 maravedíes, factura que se encuentra inserta en un cuadernillo que dice: “Quenta de la echura y valor del calix de oro y piedras finas, Diam.<sup>tes</sup>, Rubies, Esmeraldas y Topacios, blandones de a tres y media q.<sup>tas</sup> nuevos augm.<sup>to</sup> de otros seis, y de los dos acheros, como consta á los fols.<sup>s</sup> 21vto, 25, 26, y 28 del Ynbent.<sup>o</sup> de la Capilla de la Antig.<sup>a</sup> siendo S.<sup>r</sup> Presidente el S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Ger.<sup>mo</sup> Ygn.<sup>o</sup> del Rosal, Can.<sup>o</sup> de esta S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup> Año de 1776<sup>499</sup>. La magnífica pieza no es sin embargo donación de ningún prelado, ni de ningún magnate cortesano, pues fue ejecutada en buena parte con los fondos que para ello destinó un clérigo natural de la villa de Huelva fallecido en Indias, llamado Diego Márquez Ortiz, devoto que puso para ello la cantidad de 30.003 reales y 14 maravedies, pero que resultó a pesar de todo insuficiente.

El proyecto fue aprobado por el cardenal Solís, siendo compensado lo que faltaba con 6.000 reales que un devoto había puesto en manos del canónigo Pedro José del Campo, caudales a los que se unieron además 3.387 aportados por el presidente de la capilla de la Antigua, Jerónimo Ignacio del Rosal, adjuntándose al proyecto también la hechura de cuatro blandones de plata<sup>500</sup>. El presupuesto aprobado por el presidente de la referida capilla ofrece el detalle siguiente:

“Ymporta todo el costo del Caliz según la adjunta cuenta de D.<sup>n</sup> Jph Alexandre veinte y cinco mil quince r.<sup>s</sup> tres mrs. Ymporta la data treinta y nueve mil tresz.<sup>tos</sup> nov.<sup>ta</sup> rr.<sup>s</sup> treinta y dos mrs... 39.390 rr.<sup>s</sup> De modo q<sup>e</sup> siendo el cargo treinta y seis mil tres rr.<sup>s</sup> y

---

<sup>499</sup> AGAS, Catedral, IV *Fábrica*, Inventarios, leg. 05131: *Inventario de los bienes y alhajas de la Capilla y Colecturía de los Cálices de esta Santa Iglesia*. Dicha factura va incluida en un cuadernillo sin foliar.

<sup>500</sup> *Ibidem*. Blandones que también fueron ejecutados por Ezquerria en 1776 por 10.295 reales (Ver fol. 26 del referido inventario).

catorce mrs, y la Data treinta y nueve mil trescientos y noventa y treinta y dos mrs. Excede esta al cargo en tres mil trescientos ocheta y siete rr.<sup>s</sup> y diez y ocho mrs.

Costo de candeleros nuevos	10.294, 26
Costo de hacheros sin la plata de los	
Quatro candeleros viejos	1.973, 25
Costo de candeleros de 1ª clase y blanqueo	
de estos y hacheros	2.107, 12
Costo de caliz	25.015, 03
Total gastado	39.390, 32
Recividos	36.003, 14
Exceso de la recivido	3.387, 18
Por q. <sup>e</sup> son los gastados	39.390, 32”

Esta misma cuenta detallada en los pormenores de la hechura del cáliz de oro, que iba junto con su patena y cucharita en mismo metal, aparece firmado y fechado por su autor José Alexandre y Ezquerria en Sevilla el 9 de agosto de 1777, apareciendo reproducida de manera completa en el Apéndice Documental. Este vaso, como ya se avanzó al principio, fue trasladado desde el ajuar de la Antigua al depósito del tesoro en 18 de abril de 1883, operación que fue supervisada por el presbítero don Emigdio Mariani, beneficiado de la Santa Iglesia Catedral que no debe confundirse con un sobrino suyo de igual nombre, célebre musicólogo llamado Emigdio Mariani Piazza<sup>501</sup>.

El copón en cambio sería realizado en los primeros meses de 1772: “para depósito del Santísimo en el Altar Mayor y en el Monumento”, a instancias del cabildo, y no de Delgado como se pensaba hasta ahora, al objeto de acompañar dignamente a una urna que para la reserva del Santísimo se había sufragado por el cuerpo capitular catedralicio. Así pues, y con motivo del estreno de esta, un auto capitular de fecha 22 de noviembre de 1771, observaba lo siguiente: “el copón de oro y esmalte que había, no es correspondiente a la hermosura y primor de la urna”, aceptando los capitulares cambiarlo aprovechando el ofrecimiento de un devoto que quería “con algunas limosnas que para ello tiene acopiadas, hacer un copón de oro y pedrería que haga juego y correspondencia con el gusto y belleza de su urna”. Para llevar a cabo el proyecto se comisionó al doctor don Pedro del Campo, que

---

<sup>501</sup> Ibid, leg. 06944 B: “Inventario de las alhajas de tela, seda, plata, oro y pedrería....

insinuó “al Sr. de su parte su consentimiento y las debidas gracias”, ordenándose a la fábrica catedralicia que entregasen el referido copón antiguo para ayuda a la obra<sup>502</sup>. Los devotos cuyas limosnas habían sido acopiadas eran el propio deán Miguel Antonio Carrillo, que aportó 22.588 reales y 8 maravedies; el lectoral don Francisco Luis Vilar, que dio para ello 3.011 reales y 26 maravedies; don Pedro del Campo, con 6.023 reales y 18 maravedies; y don Jerónimo Ignacio del Rosal que cedió nada menos que 13.267 reales y 20 maravedies. Por la entrega del copón de oro y esmaltes se consiguieron 12.498 reales y 28 maravedies, siendo estrenada la nueva y riquísima pieza para el Jueves Santo de 1772, contando con 1.983 diamantes, 332 rubíes, y 195 esmeraldas, que sumaban 2.510 piedras preciosas (72 quilates y medio de diamantes, 31 y medio de esmeraldas, y 32 y medio de rubies), alcanzando el proyecto un coste total de 57. 389 reales y 32 maravedíes<sup>503</sup>.

Asimismo, existen en el tesoro catedralicio hispalense dos cálices en plata sobredorada atribuidos de antiguo a Castro, los cuales presentan notables dudas sobre su autoría ya que carecen de toda marca y se alejan de los modelos habituales del platero cordobés:

- Cáliz anónimo reseñado en una fotografía propiedad de la Universidad Hispalense como perteneciente al punzón de Castro y al mecenazgo de Delgado, si bien es casi idéntico a otro documentado como obra de José Alexandre realizado para la parroquia de Lora del Río, se encuentra expuesto en la Sacristía de los Cálices de la catedral de Sevilla. Labrado en plata sobredorada, presenta un estilo tardobarroco pero sin llegar a las exuberancias del rococó, la copa es lisa y está profusamente ornamentado en la subcopa, nudos, y basamenta con decoración vegetal y cabezas de

---

<sup>502</sup> Ibidem, fol. 105v; y I, LAC, 135, fols. 181-181v.

<sup>503</sup> Ibid, Inventarios: “Ymbentario de las alhajas de plata de la S.<sup>ta</sup> Yglesia Patriarchal de Sevilla”, fol. 33; descripción acrecentada en el inventario de esa misma sección de 1828 a 1909: “Inventario de las alhajas de tela, seda, plata, oro y pedrería que se custodia en la Sacristía Mayor a cargo del Sr. Tesorero”, fol. 105v y ss.

No debe confundirse este cáliz con otro que aparece inventariado también en oro y piedras preciosas, perfectamente catalogado como procedente del *espolio* de fray Pedro de Tapia, el cual aparece engastado de 112 esmeraldas, 4 amatistas, 4 rubíes grandes, y 4 pequeños, con perlas en el pie formando rosas.

serafines en relieve abultado, elemento más característico del cáliz, apreciándose en los óvalos centrales del pie el anagrama de Cristo (IHS). Prácticamente idéntico, como se ha dicho, al que está documentado como obra de Alexandre cuenta 28 cm de altura x 15,5 cm de diámetro<sup>504</sup>, y aparece descrito junto a otras piezas en un inventario descabado sin mención de fecha pero que debe ser posterior a 1764, pues se menciona en el mismo un terno procedente del oratorio del arcediano Curiel, fallecido ese año. Su descripción no deja lugar a dudas: “todo dorado, pie redondo levantado a sinzel con quatro cavezas de seraphines y los nudetes jugueteados de serafines y otras labores, todo así labrado hasta la copa, y en ella tambien con quatro cabezas de serafines con su patena”<sup>505</sup>. No nos atrevemos a afirmar si este del que nos ocupamos es más antiguo que el de Lora del Río, o si se hizo a imitación de aquel, pues no cuenta marca alguna y es posible que esta circunstancia se debiera precisamente a no ser un diseño original de su artífice (Ver Apéndice de Ilustraciones).

- Cáliz de plata sobredorada atribuido igualmente en la fotografía citada al mecenas de Delgado y punzón de Castro (segunda mitad del siglo XVIII), pero carente de marca alguna que lo asevere. Se utiliza actualmente para el servicio diario del altar mayor de la catedral, custodiado en la llamada Sacristía Alta, contando unas dimensiones de 26,5 x 13 cm. De diseño peculiar, su característica principal consiste en la desproporcionada copa, que es lisa, respecto de la subcopa, más reducida y decorada a base de bajorrelieves vegetales, filigranas, y cabezas de angelotes. En el nudo principal destacan cinceladas en relieve las tres virtudes teologales: Fe, Esperanza, y Caridad, y el pie carece de festoneado y basamenta, contando un diseño conopial. En la faldilla se representan tres cartelas repujadas y separadas por cabezas de querubines que representan motivos del Antiguo Testamento alusivos al Sacrificio de Isaac y al Altar de los Sacrificios, yendo

---

<sup>504</sup> Aparece recogido por González Nandín con esa atribución (Fototeca de la Universidad Hispalense). El que está en la parroquia de la Asunción de Lora del Río aparece reproducido en *Cinco siglos de platería sevillana*, catálogo de la exposición organizada por la Comisaría de Sevilla en el monasterio de San Clemente con motivo de la Expo 92 y coordinada por José María Cruz Valdovinos, (7 de abril-30 de mayo de 1992), Ayuntamiento de Sevilla, 1992, pág. 255.

<sup>505</sup> AGAS, Catedral, IV, *Fábrica*, Inventarios, libro 05130: Inventario de los oratorios en Espolios y Vacantes (1695-1813), s/fol.



el cerco del pie decorado a base de eslabones de volutas (Ver Apéndice de Ilustraciones).

#### Piezas documentadas de José Alexandre y Ezquerria

- Dos atriles de plata (38 x 31 cm) situados en los púlpitos que flanquean el altar mayor del templo catedralicio hispalense, todavía en uso, encargados por el cardenal desde Madrid y que estaban ya concluidos para 1778 con un coste de 15.928 reales, pesando 79 marcos, 6 onzas, y 4 adarmes, incluidas en una cuenta de fecha 10 de diciembre de dicho año. Cada una de las partes de que se compone cada atrilera aparece calada, con perfil sinuoso, característica propia del rococó, y adosadas ambas a un tronco central, que sostiene de manera grácil un niño atlante. Su dorado quedó incluido en el de las rejas del altar mayor y de la principal del coro, trabajo que supervisó el propio Alexandre<sup>506</sup>.
- “Una muleta de oro p<sup>a</sup> el baston de S. Em.<sup>a</sup>”, unos casquillos, clavos, y cartela con el INRI en plata de ley, dos azafates de plata, una escribanía con su hechura en mismo metal que alcanzaron un coste de 5.025 reales”, piezas todas incluidas en una carta de pago fechada el 16 de junio de 1779 por el importe referido y siguiente detalle: caña del bastón 80 reales, puño de plata 60, azafates 768, escribanía de 66 onzas y 9 adarmes 1.813, muleta de oro para el bastón 1.411, más 675 por su hechura, casquillos, clavos e INRI 216 reales. Los dos *azafates*, también en plata pesaron 31 onzas y 5 adarmes, alcanzando un coste de 768 reales, siendo estas probablemente las que figuraron en la almoneda de bienes seguidas a la muerte del arzobispo, que fueron compradas por el canónigo sevillano Miguel González de Aguilar y Torres de Navarra, que pagó por ellas la cantidad estimada: 765 reales: “Dos

---

<sup>506</sup> Ibid, Fondo Arzobispal, IV *Administración General*, Mesa Arzobispal, 849, fol. 191: Cuenta fechada el 10 de diciembre de 1778 de las “atrileras p.<sup>a</sup> los Pulpitos de la Santa Patriarchal Yglesia de esta Ciu.<sup>d</sup>”; y 166v-167v sobre el dorado de las rejas del altar mayor.

bandejas medianas ovaladas en contornos cincelados de cochas y cartones, su peso cinco marcos y dos ochavas, montan 765 reales”<sup>507</sup>.

- Escribanía de plata. No creemos que se trate de la citada en el anterior apartado, pues esta que tratamos ahora según consta en un pago fechado el 4 de mayo de 1778, pesó 87 onzas y 5 adarmes, importando un coste sensiblemente superior: 23.241 reales<sup>508</sup>. Sobre este ejemplar dijo el profesor Cruz Valdovinos que<sup>509</sup> se trataba de un “conjunto excepcional”, tanto por su calidad como por la rareza del diseño en el ámbito de la platería de aquel siglo. Consta de una tabla o bandeja de perfil polilobulado, un portaplumas (13,5 cm de altura), campanilla (11 cm) y tres tinteros (12,5 cm), caracterizados por un perfil sinuoso las estrias helicoidales con las que aparece adornado. La pieza está marcada de tres punzones: la Giralda, indicando su factura en la ciudad de Sevilla, el de autor: ALEXANDR; y el del contraste Cárdenas, compuesto de su apellido CARDEN, y un cerdito embutido en una cartela, propia de este contraste extremeño. Fue expuesta en 1992 con motivo de la Exposición Universal de Sevilla, *Expo 92* en la muestra: “Cinco siglos de platería sevillana”, en el monasterio de San Clemente del 7 de abril al 30 de mayo de 1992. El conjunto al parecer se encontraría hoy en una colección particular madrileña, apareciendo claramente, dato ignorado por la bibliografía existente sobre la pieza, en un retrato existente en la parroquia de Villanueva del Ariscal de don Juan Acisclo de Vera, arzobispo de Laodicea, sobrino del cardenal Delgado, quien probablemente lo heredó de aquel (Ver su retrato en Apéndice de Ilustraciones).
- Un denominado “ramillete de plata”, en otra documentación llamada “sortú”, especie de centro de mesa, adquirido al rico comerciante sevillano Manuel Paulín de la Barrera previo contraste de Nicolás de Cárdenas, que lo tenía

---

<sup>507</sup> Ibid, 849, 127v, el recibo detallado en todos sus conceptos en fol. 222. El detalle de la almoneda queda reflejado en los fondos catedralicios; Catedral IV, *Fábrica*, Inventarios, leg. 05130: “Inventarios de los oratorios de los prelados”, s.f.

<sup>508</sup> Ibid, Mesa Arzobispal, libro 848, fol. 263.

<sup>509</sup> Ver *Cinco siglos de platería sevillana*, opus cit.

“visto y reconocido” en 1.383 onzas y 12 adarmes, montando un coste de 35.977 reales el 12 de diciembre de 1776. Efectuada la compra por 31.000 reales el 7 de mayo de 1777, se entregó a José Alexandre para “su composición y aumento”, fechándose el contrato en 4 de mayo de 1778. El detalle del mismo es el siguiente: “Pesa dho Ramillete con las dos figuras de S.<sup>n</sup> Miguel y Mercurio y el plato de flores del centro del primer cuerpo doscient.<sup>s</sup> sesenta y dos marcos, una onza y quatro adarmes, y el pesava antes ciento setenta y dos marcos, siete onzas y doze adarm.<sup>s</sup> a 160 r.<sup>s</sup> el marco” importó 14.200 reales, a lo que sumando la hechura de 89 marcos añadidos y otros elementos como las flores o un manto para San Miguel, y el bruñido y blanqueado importaron la suma de 23.670 reales<sup>510</sup>.

- Lámpara de plata referida en el apartado dedicado a la Capilla Arzobispal, labrada entre 1778 y 1779 y por la que cobraría el 26 de enero de 1781 la cantidad de 3.162 reales, pesando la pieza de 123 onzas y 12 adarmes, a 25 reales cada media onza, cuenta que incluía el plato de hojalata para la misma<sup>511</sup>.
- Cáliz y copón de plata para la iglesia de Santa Lucía de Sevilla (1777-1778): Estas dos piezas aparecen registradas en los Libros de Ajustamiento General del cardenal, abonándose la cantidad de 1.906 reales por la sustitución de dos cálices con sus patenas y un copón del ajuar de dicho templo por estar ya “inservibles”, incluyéndose en el precio el dorado de la copa<sup>512</sup>.

#### Cáliz de oro de Andrés Gargallo (1780-1781) ¿Quizás el de Badajoz?

Ya vimos que para la catedral pacense el cardenal Delgado, antiguo magistral de ella, había encargado un cáliz de oro junto con dos piezas de tela muy ricas, constando su entrega (Ver apartado relativo al periodo en Badajoz y Córdoba). Por desgracia no

---

<sup>510</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, *Administración General*, Mesa Arzobispal, libro 848, fols. 261-263.

<sup>511</sup> Ibid, libro 850, fols. 146v y 427.

<sup>512</sup> Ibid, libro 848, fol. 265.

sabemos el paradero de dicho vaso, que no figura en el inventario del profesor Vizuite Tejada, ya fallecido y que quizás nos hubiera podido solventar su paradero final, y tampoco hemos podido obtener aclaración de los actuales encargados del patrimonio catedralicio pacense. Sin embargo, por un apunte reflejado en los mencionados libros de ajustamiento general del año 1780, aparece contratado con el orfebre Andrés Gargallo, sobrino de José Alexandre un cáliz, patena, y cucharita, todo en oro por la cantidad de 21.431 reales. La obra que contaba el contraste de la ciudad, pesaba 60 onzas y 7 adarmes, siendo abonado por la tesorería del arzobispo en 7 de mayo de 1781, por lo que quizás, e ignorándose también el paradero de dicho cáliz actualmente, elucubramos que quizás pudiera tratarse de este que tratamos donado a la catedral extremeña<sup>513</sup>.

### Piezas donadas a diversos pueblos de Sevilla y su archidiócesis

Para su patria natal, Villanueva del Ariscal, junto con la reconstrucción del templo parroquial y la ermita de San Miguel, que se referirán a continuación, el cardenal donó una singular lámpara de plata realizada en estilo rococó atribuida con fundamento a Castro, y que cuenta con una inscripción alusiva a Delgado durante su pontificado como obispo de Canarias (1764). También existe en la parroquia un cáliz de plata sobredorada (Ver este y la lámpara en Apéndice de Ilustraciones) fechado en 1778 y atribuido al platero madrileño Antonio Martínez, realizado en un elegante y estilizado neoclásico. La pieza lleva inscrita en su pie el escudo real y una leyenda alusiva al donante, siendo un cáliz de los llamados “limosneros”, ofrendados por la Real Familia durante las ceremonias que el día de la Epifanía se celebraban en la capilla de palacio. De este mismo tipo de cálices existen también algunos ejemplares más que fueron ofrendados por el prelado sevillano: uno en la parroquia de Umbrete (1778), donde además existe un medallón ovalado de madera pintado en rojo con leyenda alusiva al arzobispo que va timbrado de mitra y capelo y en su parte baja con sus armas; otro en la cercana Espartinas, donde existe también un copón de plata sobredorada de factura madrileña donado en 1779; y dos limosneros más, uno en el santuario del Loreto, y otro en la iglesia de Villaverde del Río<sup>514</sup>. A esta última parroquia se remitieron en los

---

<sup>513</sup> Ibid, libro 851, fols. 122 y 391.

<sup>514</sup> Alfredo Morales: *Guía artística de Sevilla y su provincia*, Sevilla, Excma. Diputación Provincial, 1981, págs. 312, y 549; y con el mismo nombre por varios autores en 2 vols., Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004, tomo II, pág. 34.

últimos meses de 1777 y primeros de 1778 diferentes piezas de culto satisfechas por el cardenal: 1 casulla encarnada con estola, manípulo, bolsa de corporales, y paño de cáliz; otra blanca con lo mismo; 2 albas, 1 ámito, 1 paño de vinajeras, y 2 cíngulos de color; 1 “coponato para el comulgatorio”, 1 cajita para el viático, 1 incensario, naveta, y cucharita, 2 cálices nuevos en sustitución de los que tenía dicha iglesia con sus patenas, la cucharita nueva, 1 misal y 1 breviario nuevos. Las alhajas reseñadas fueron labradas por el platero José Alexandre, quien había fundido para ello las piezas ya deterioradas, cobrando el 9 de mayo de 1778 la cantidad de 2.175 reales<sup>515</sup>.

### Vestiduras Sagradas y otros ornamentos litúrgicos

Algunos de los ternos y piezas litúrgicas donadas por Delgado presentan una localización compleja, hecho debido principalmente a la similitud con otros acumulados durante los siglos por el rico ajuar de la Catedral hispalense. Tenemos noticia de las siguientes<sup>516</sup>:

- Terno de color blanco donado el Jueves Santo 27 de marzo de 1777<sup>517</sup>: Este juego, “de color blanco, el campo de plata y bordado en oro”, fue donado sin las dalmáticas para el diácono y subdiácono, y estaba formado por: capa con palia, casulla con estola, manípulo, bolsa, paño de cáliz, dos hijuelas, un gremial, un paño de hombros, tres albas de encajes anchos, un ámito con cintas de tisú, un cíngulo de tisú, unos corporales, una toalla de manos, y un purificador. Las referidas dalmáticas fueron entregadas finalmente en 1778<sup>518</sup>, con lo que se finalizó el llamado “terno rico blanco” que sustituyó al “terno rico” del arzobispo Salcedo y Azcona, siendo utilizado desde entonces en las fiestas de Todos los Santos, Navidad, Pascua de Resurrección, San Isidoro y Corpus. Este juego lo identifica el profesor Recio Mir con el llamado terno de *las festividades sacramentales* o con el *chinesco*<sup>519</sup>.

---

<sup>515</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, Sección IV *Administración General*, Mesa Arzobispal, leg. 848, fol. 285.

<sup>516</sup> Ver de María Ángeles González Mena: “Ornamentos sagrados”, *La Catedral de Sevilla*, obra colectiva, Sevilla, Ediciones Guadalquivir 1991, pág. 685.

<sup>517</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC 140 (1777), fols. 100-101.

<sup>518</sup> Ibid, 141 (1778), fols. 8v, 9, 185 y 185v.

<sup>519</sup> Álvaro Recio Mir: “Mentalidad suntuaria y ornato del templo: el mecenazgo del cardenal Delgado y Venegas, arzobispo de Sevilla, patriarca de las Indias y capellán de Carlos III”, en *El comportamiento de las catedrales*

- Tres capas pluviales, y tres casullas en seda, plata y oro, dos de color rojo y una morada donadas en 1780, conjunto que incluye las piezas expresadas en los apartados siguientes, siendo encargada la confección a la artesana Ana Dávila que utilizó en ello 36 varas de dicho rico tejido<sup>520</sup>.
- Terno de “mué” morado entregado en 1781: Se refiere a tela de moaré, y estaba bordado en oro, compuesto de capa, casulla, quatro planetas, estolas, manípulos, amitos, manguitos y parches”. Se acordó por el Cabildó su utilización en los cultos de la Semana Santa<sup>521</sup>.
- Terno de color rojo bordado en oro: Por acuerdo del Cabildo se dispuso utilizarlo en la festividad de San Clemente, el día 23 de noviembre. Este puede ser precisamente, en opinión del profesor Recio, el que se utiliza de tisú rojo para dicha festividad aun hoy día, si bien la historiadora Isabel Turmo lo identifica en la primera mitad de aquel siglo, siendo dudosa la atribución<sup>522</sup>.

El detalle completo de los pontificales que debían recaer en concepto de oratorio a las catedrales de Canarias, Sigüenza, o Sevilla, tanto de los ya recibidos como de los presentes en Sevilla o en la corte para uso litúrgico del prelado, lo podemos ver en detalle recogidos en un cuadernillo enviado por el colector general de Espolios y Vacantes, que fue inserto en el caso hispalense en los libros de autos capitulares correspondientes al año 1783<sup>523</sup>. Por virtud de una Real Disposición de 15 de mayo de 1765, dichos pontificales de los señores prelados pasaban íntegros a las fábricas

---

*españolas: del barroco a los historicismos*, Germán Antonio Ramallo (coord.), Murcia, Universidad de Murcia, 2003, págs. 411-424, 415-416.

<sup>520</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, 143, (1780), fols.171v-172; y Fondo Arzobispal, Sección IV *Administración General*, Mesa Arzobispal, *Libros de Ajustamiento General*, núm. 851, fols. 117 y 122.

<sup>521</sup> Ibid, 144 (1781), fols. 165v-166.

<sup>522</sup> Ibid, fols. 144, 203-203v. Ver igualmente Recio Mir: “Mentalidad suntuaria...”, pág. 415; e Isabel Turmo: *Bordado y bordadores sevillanos (Siglos XVI al XVIII)*, Sevilla, Laboratorio de Arte de la Universidad de Sevilla, 1955, pág. 131.

<sup>523</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, 146 (1783), cuadernillo sin numerar inserto entre los folios 153v y 154, que dice: “Año 1783. Copia de testimonio y Certificaz.<sup>on</sup> de la mitad de Alhajas que tocaron á la Fabrica desta S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup> de los Pontificales y Oratorio q.<sup>e</sup> quedaron p.<sup>r</sup> fin y muerte del Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> Cardenal Delgado & Arzobispo que fue de esta S.<sup>ta</sup> Yglesia”.

catedralicias, sin que el colector pudiese reservar alguna para sí como se hacía tiempo atrás. Delgado ya había pagado en vida los objetos y prendas de uso litúrgico que deberían ir a parar a Canarias, compensando a aquella fábrica con 3.000 pesos que constan por escritura otorgada por el cabildo catedralicio de aquellas islas en 22 de mayo de 1770. Lo que tocó a las catedrales hispalense y seguntina fue entregado por mitad a los agentes de ambos cabildos en Madrid el 23 de julio de 1783, siendo el apoderado de la primera, don Ramón de Palacio, quien recibió en nombre de los capitulares los objetos de ajuar litúrgico que se referirán a continuación. El uso que se daría a muchos de ellos se hizo presente en un auto capitular de fecha 5 de septiembre, en él se decía que se irían “aplicando para el uso del Altar Mayor y Colecturías de la S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup>”, y los que no se necesitasen se venderían con arreglo a sus aprecio y valores, quedando reflejado el destino de los que consiguieron venderse en almoneda en los inventarios de fábrica<sup>524</sup>.

Alhajas del Pontifical que se ha entregado a la Santa Iglesia de Sevilla de las que existían en esta Corte<sup>525</sup>

1. Una cruz pectoral de plata con su anillo correspondiente, hechura de flores y ráfagas de oro guarnecidas de diamantes rosas y topacios brillantados de Brasil, montados en oro y su cadena de la China. Tasado en 12.134 reales. Fue autorizada su venta por auto capitular de 16 de abril de 1790, entregándose primero al platero Vicente Gargallo, que lo devolvió en 2 de julio de 1794 “por no haber quien la comprase”, y finalmente junto con otras piezas pertenecientes al arzobispo Llanes lo fueron al platero Antonio Méndez, quien las adquirió por 15.000 reales (10 de febrero de 1796).
2. Otra cruz pectoral con su anillo en oro, hechura de cartón guarnecida de amatistas y su cadena de oro de la China, 1.800 reales. Dicho juego lo compró el canónigo y tesorero del cardenal Delgado don José Rodríguez Bravo.
3. Un cáliz, patena, y cucharilla en plata sobredorada, 581 reales. Lo compró don Pedro Díaz, presbítero sacristán de la catedral
4. Otro cáliz y patena dorados por dentro, y cucharilla todo en plata, 467 reales. Tanto este como el siguiente valorado en 356 reales se aplicarían al uso de la Sacristía Mayor en 27 de febrero de 1784.

<sup>524</sup> Ibid, IV, *Fábrica*, Inventarios, libro 05130: Inventario de los oratorios en Espolios y Vacantes (1695-1813), s/fol.

<sup>525</sup> Ibídem.

5. Otro cáliz y patena dorados por dentro, y cucharita en plata, 356 reales. Ver anterior.
6. Unos marcos para sacras “cincelados de hojas conchas”, todo en plata, tasados en 651 reales. Fueron adquiridas por el canónigo Martín Alberto de Carvajal, quien también adquirió la cruz con el Lignum Crucis.
7. Una crismera redonda con pie y tapa rematada por una cruz dorada, todo en plata, 122 reales. Se entregó para el coste del incensario de oro.
8. Un puntero liso con asa y *reaca*, todo en plata, 152 reales. Se destinó en principio para el servicio del altar mayor, pero en 1790 fue vendido para ayudar al coste del citado incensario.
9. Dos bandejas medianas ovaladas y cinceladas de “conchas y cartones”, de cinco marcos de peso y dos ochavas, todo en plata. Tasadas en 765 reales. Ambas serían compradas por el también capitular Miguel González de Aguilar;
10. Un jarro ovalado en sus contornos, con pie, pico, asa y tapa, de cinco marcos, cinco onzas y siete ochavas todo en plata, 871 reales y medio. Fue entregado a la Casa de la Moneda en 11 de mayo de 1795 para ayudar a las necesidades de la Guerra de Francia.
11. Un alba de punto de Inglaterra con su ámito, 4.200 reales. Se aplicó al servicio del altar mayor.
12. Otro de batista nueva con “encage de punto de vino”, 1.320 reales.
13. Otro de “clarín” con encaje de punto, por valor de 1.020 reales. Usada según manifestó el depositario Francisco Sacristán, para el vestuario con que se llevó al sepulcro a don Manuel Ventura Figueroa<sup>526</sup>. Se entregaron por esta prenda 762 reales.
14. Otro alba de encaje de lienzo “regular”, 250 reales.
15. Una toalla grande fina y otras ropas blancas fueron puestas en almoneda, consiguiendo por ellas la cantidad de 74 reales. Vendida en Madrid junto con los juegos de corporales.
16. Dos juegos de corporales guarnecidos de encaje sin estrenar, apreciados en 340 reales y vendidos finalmente en 240 reales. Para suplir la cantidad de menos se envió un ámito bordado “poco usado” tasado en 40 reales.

---

<sup>526</sup> Figueroa, había sido arzobispo de Laodicea y presidente del Consejo de Castilla, fue patriarca de las Indias entre 1782 y 1783, año en que falleció en Madrid. Había sustituido en esa dignidad a Manuel Cayetano Adsor, quien reemplazó a Delgado y Venegas por muy breve tiempo, pues falleció en 1782.



17. Un pontifical de “muer” (moaré) morado bordado en oro con todas sus piezas y forrado en tafetán, así como una cubierta de misal a juego con el terno. La casulla, estola, y manipulo se sacaron para el amortajamiento del referido patriarca Figueroa, con consentimiento de los testamentarios de Delgado. Valorado el terno completo en 19.336 reales, se entregó al depositario la cantidad de 3.250 reales.
18. Un ornamento de tela verde y plata con galón forrado de tafetán. No aclara la función del mismo pero debía ser de gran riqueza a tenor de la cantidad en que fue tasado, nada menos que 5.500 reales.

Las alhajas que quedaron en el Palacio Arzobispal sevillano fueron recogidas por parte de la Fábrica catedralicia con arreglo a un auto capitular de fecha 5 de septiembre de ese mismo año (Ver mismo cuadernillo):

1. “Una cruz labrada de plata srê. dorada con un Lignum Crucis apreciado en 3.320 reales”. Es posible que no se trate del Lignum Crucis que formaba parte del pectoral de Clemente XIV, también llamado posteriormente “De Godoy”, obsequiada por el sobrino de aquel papa, Fabio Ganganelli, a Delgado cuando vino a Madrid a entregarle la birreta, y que finalmente quedó en poder del tesorero don Juan Delgado y Venegas al proceder la pieza de un regalo realizado al cardenal. Dicha reliquia sería donada por el tesorero al cabildo en 1785, por lo que salvo que se sacara del relicario el sagrado trozo del madero, no se correspondería con este que tratamos ahora que aparece adquirido en los inventarios de fábrica en su precio por el canónigo Martín Alberto de Carvajal, quien acabaría donando la cruz a la capilla de la Antigua.
2. Otra cruz labrada, tasada en 2. 422 reales. Esta cruz tenía en su centro un hueco de cristal para colocarse en un bonete que se dijo había pertenecido al venerable Palafox.
3. Un acetre con su hisopo los dos en plata, 615 reales. Lo compró Juan Ravel.
4. Dos crismas de plata, 322 reales. Se vendieron en 1790 para ayudar al coste de un incensario de oro.
5. Dos sillas pontificales, una encarnada y otra morada, 1.800 reales. Quedaron para servir a los prelados siguientes.
6. Un sitial encarnado viejo, 200 reales.
7. Otro morado, 350 reales.

8. Seis corporales, 120 reales.
9. Dieciocho purificadores, 18 reales.
10. Siete albas con encajes, 840 reales.
11. Cinco ámitos, 60 reales.
12. Ocho cingulos de hilo, 16 reales.
13. Ocho manteles con sus encajes, 400 reales.
14. Un gremial encarnado bordado, 1.000 reales.
15. Otro morado, 1.500 reales.
16. Otro de seda 50 reales.
17. Seis tunicelas blancas, encarnadas y moradas, 1.200 reales.
18. Tres pares de sandalias blancas, encarnadas y moradas, 450 reales.
19. Diez paños de hombros (humerales) con punta de oro, blancos, encarnados y morados, 450 reales.
20. Tres pares de medias bordadas, blancas, encarnadas y moradas, 180 reales.
21. Cuatro pares de cáligas de tafetán, 32 reales.
22. Tres pares de guantes blancos, encarnados y morados, 120 reales.
23. Tres capillos para crismeras, 9 reales.
24. Varios retazos de tafetán, 20 reales.
25. Tres estolas blancas, 36 reales.
26. Cinco paños de cáliz, 25 reales.
27. Varios retazos de lienzo, 15 reales.
28. Ocho almohadones con galón, cuatro morados y cuatro encarnados, 480 reales.
29. Dos misales nuevos, 180 reales.
30. Dos usados, 150 reales.
31. Otro usado “impresión de Antuerpia”, es decir de Amberes, 75 reales.
32. Un baúl forrado de tafilete, 750 reales.

#### Obras de Enriquecimiento, reparación o reconstrucción de diversos templos diocesanos

Junto al mecenazgo suntuario, caracterizado como hemos visto por el enriquecimiento del ajuar litúrgico de los templos, Delgado y Venegas se caracterizó también por apoyar económicamente diferentes obras de ampliación, restauración, o reconstrucción de templos diocesanos o edificios propiedad de la dignidad arzobispal. Así, durante su breve pontificado, recibieron importantes cantidades de dinero las que se llevaron a cabo en la propia catedral, en el Palacio Arzobispal y la residencia veraniega

de Umbrete, que había sufrido un incendio en 1762, las parroquias sevillanas de San Bartolomé, San Bernardo, o San Roque<sup>527</sup>, y en distintos pueblos del Arzobispado, principalmente Cantillana, Chucena, Gandul, el despoblado de Heliche, Umbrete, o Villaverde del Río. También de su pecunio personal se llevaron a cabo las obras de reconstrucción de la parroquia y de la ermita de San Miguel de Villanueva del Ariscal, encomendadas al maestro mayor de la dignidad arzobispal José Álvarez, quien inició las obras en 1777, si bien en la *Guía artística de Sevilla y su provincia* se dice que finalizaron ese mismo año, algo muy poco probable pues Delgado entonces tan solo llevaba apenas un año al frente de la archidiócesis<sup>528</sup>, y consta que estas no fueron culminadas hasta una vez fallecido el prelado gracias a las gestiones para ello realizadas por su albacea testamentario el arcediano de Niebla Francisco Vicente Venegas. Así por ejemplo, aún en 1784 vemos al maestro de obras José Álvarez, recibiendo 220 reales por la visita y supervisión de las mismas, quedando recogidos en los ya referidos Libros de Ajustamiento como las diferentes partidas libradas en los años sucesivos. En 1780 se entregan a don Juan de Vergara, administrador de rentas de Umbrete la cantidad de 27.091 para “las obras y reparos de orn de dho Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup> se están executando pr Mro Alafife y carpintero en la Yglesia Parroq.<sup>l</sup> y Hermita de Nra. Sr.<sup>a</sup> de la Concep.<sup>n</sup> de la Villa de Villanueva del Ariscal”, y el 7 de diciembre de 1781 la cantidad de 383 reales a José Ponce por poner siete rejas para la iglesia, las cuales pesaron 10 arrobas y 1 libra, más otros 100 reales por siete bastidores para aquellas. Entre 1783 y 1785, se libraran por parte del subcolector de Espolios a Vergara 98.000 reales en diferentes cantidades para continuar los trabajos, rindiendo este último tan solo las cuentas finales para el 7 de noviembre de 1787, fecha en que se le abonan por ello la cantidad de 1.100 reales<sup>529</sup>.

Pero las más importantes serían las de San Bartolomé y San Bernardo, en Sevilla, siendo el primero de dichos templos reconstruido por completo a partir de 1779, levantado conforme a los modelos clasicistas propios del momento, quedando sin

---

<sup>527</sup> Las obras de dicha parroquia, que tuvieron lugar fundamentalmente entre 1760-1764 sobre los planos del arquitecto Pedro de Silva, siguieron recibiendo fondos durante el pontificado de Delgado y Venegas tal y como se observa de las partidas indicadas en los referidos Libros de Ajustamiento General.

<sup>528</sup> VV.AA.: *Guía artística de Sevilla y su provincia*, 2 vols., Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004, tomo II, pág. 79.

<sup>529</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, IV *Administración General*, Mesa Arzobispal: Libros de Espolios y Vacantes núm. 901, fol. 4v y s/f.; y de Ajustamiento, núm. 851, fols. 115, y 123.

embargo la torre, ubicada a los pies del templo, caracterizada por la ausencia de remate, alternándose en el cuerpo de campanas columnas y pilastras. Los trabajos no finalizaron hasta 1796, consagrándose solo en 1800, recibiendo durante el pontificado del cardenal Delgado diferentes cantidades por valor de 26.000 reales (1778-1781), que se verían aumentadas en los pontificados siguientes. Para San Bernardo, templo situado en el conocido arrabal, extramuros entonces de la ciudad, junto a la Puerta de la Carne, se consignaron igualmente importantes cantidades, siendo encomendadas las obras a José Álvarez, maestro de obras de la Dignidad Arzobispal, desarrollándose las obras entre 1780 y 1785. Entre 1779 y 1781 recibirá el proyecto diferentes cantidades libradas en diversas partidas, que llegarán casi a los 2 millones de reales, y a los 126.000 entre 1783-84 por parte de los espolios del arzobispo, siendo el coste general de todo sufragado por mitad por las mesas arzobispal y capitular. Otras cantidades menores recibirían la parroquia sevillana de San Roque: 10.797 reales (1776-1777), y las expresadas poblaciones de Benacazón junto con Torres de Guadamar: 10.431 reales (1776-1777); Chucena: 92 (1776-1777), y 1.327 (1778-1779); Gandul: 1.675 (1777-1778), 4.035 (1779-1780), y 2.899 (1780-1781); o Heliche: 1.482 (1779)<sup>530</sup>.

Es necesario mencionar también en este apartado el apoyo que el cardenal Delgado prestó a las intervenciones que llevaron a cabo en la sevillana parroquia del Sagrario los arquitectos Francisco Sabatini (que dirigió el proyecto) y Miguel Fernández, quienes emitieron diferentes dictámenes sobre la reforma del templo tras la alarma que cundió en la ciudad suscitada por el también arquitecto Lucas Cintora sobre la restauración que del edificio realizara en 1776 Antonio Ramos. Cintora, director de Arquitectura de la Academia de Tres Nobles Artes de Sevilla, había publicado un opúsculo en el que denunciaba el estado de ruina en que se mantenía el edificio a pesar de su reciente restauración: *Carta apologética de la noble arte de Arquitectura, o reflexiones sobre la reparación hecha en el templo del Sagrario de Sevilla*, librito que además fue difundido por toda Sevilla en forma de pasquines y llegó a ser prohibido por orden del rey a instancias del arzobispo y varios arquitectos de la ciudad por una Real Orden de fecha 14 de julio de 1779. La reacción al opúsculo de Cintora no se hizo esperar, y vino en forma también de panfleto, publicado el 10 de agosto de 1777 bajo pseudónimo, en el que no solamente se ridiculizó la denuncia

---

<sup>530</sup> Ibid, libros 849, fol. 345; 850, fols. 156-157, 362, 364, y 459; 851, fols. 255, 273-281; 883, fols. 45 y ss; y Espolios 903 s/f.

hecha por aquel, sino que además ponía en entredicho algunas de sus intervenciones como arquitecto en diferentes templos del Arzobispado. Para atajar el escándalo, Carlos III, además de prohibir la difusión de Cintora, comisionó a Francisco Sabatini para que en compañía de Miguel Fernández reconociesen el estado real del Sagrario, decidiendo si necesitaba o no de nueva intervención. En los informes emitidos entre 1778 y 1779 ambos llegaban a la conclusión de que solo eran necesarias algunas obras para “su mejor aspecto, conservación, y hermosura”: sustituir los remates de la cúpula por una cruz, o los sillares mal conservados: “quitándose todos los maderos introducidos en el edificio”, que debían ser sustituidos por nuevos sillares realizados en piedra de Morón, de las que llamaban de “sal y pez”, resultando el dictamen final sobre el estado general del templo como seguro. De la planta y alzado del Sagrario Fernández levantaría cuatro planos “a tinta y color”, que serían firmados por Sabatini como director de las obras: de la planta, de la sección longitudinal, fachada norte, y del tramo de la cúpula, vistas que el académico de San Fernando Joaquín Ballester realizaría en Madrid en forma de grabados a instancias del cardenal en 1781, y que en el momento de su fallecimiento, según se desprende de su testamento, no debían estar finalizados del todo (Ver Apéndice de Ilustraciones)<sup>531</sup>.

Losado del coro catedralicio, graderío de acceso lateral, pasamanos de la silla arzobispal, dorado de las rejas laterales y púlpitos del altar mayor, y de la principal del coro

Aunque las obras de solería en el pavimento del principal templo hispalense se habían iniciado a instancias del cabildo en 1737 con el losado del trancoro, que no quedaría finalizado del todo hasta 1789, ampliándose el proyecto a otros espacios del mismo como la capilla mayor, el crucero, o vía sacra, la sala capitular, y el coro, trabajos que fueron asignados a la dirección del maestro de obras Manuel Núñez y no quedaron finalizados totalmente hasta el 26 de enero de 1793 con un costo total de 300.000 pesos<sup>532</sup>. Durante una visita del recién llegado arzobispo Delgado a dichas

---

<sup>531</sup> Ver informe el informe de Sabatini de 30 de julio de 1779 inserto en el libro de autos capitulares catedralicios correspondientes a ese año, fol. 171. El documento es transcrito en la obra de Teodoro Falcón: *El Sagrario de la catedral de Sevilla*, Sevilla, Diputación, 1977, págs. 131-132. Ver asimismo también págs. 82-83 y 135.

<sup>532</sup> AGAS, Catedral, I, Secretaría, LAC 139 “Pleno”, fols. 83v, 111v, 112, y 135. Ver asimismo de Matute y Gaviria: *Anales*, opus cit., tomo III, págs. 91 y 128. Sobre dichas obras puede también consultarse la aportación de Pedro Gómez de Terreros Guardiola: “Mediciones y presupuestos del siglo XVIII: la solería de la Catedral de Sevilla”, en *Actas del III Congreso de Historia de la Construcción*, 2 vols., tomo I, Madrid, 2000, págs. 417-424, si bien no aporta demasiado sobre el espacio catedralicio que nos ocupa.

obras, que tendría lugar el día 7 de abril de 1777, este se ofreció a los capitulares a sufragar las que habrían de llevarse en el coro, volviendo nuevamente el día 11 para elegir “el dibujo que mejor le pareciere para el lozado”. Aprovechando este ofrecimiento, Delgado solicitó de los capitulares le concediesen entierro en aquel espacio, justo a la entrada del mismo, sobre las gradas de ingreso a él, deseo que fue concedido de inmediato por aquellos, muy agradecidos con los continuos parabienes con que el nuevo prelado les beneficiaba, otorgándolo en el cabildo que tuvo lugar el día 14 de ese mismo mes<sup>533</sup>. Todos los aspectos relativos a la losa sepulcral, que aún hoy permanece en la solería del coro, aunque sin los restos de Delgado, quedaron detallados en el apartado que narra el fallecimiento del prelado (Ver), describiéndose en este tan solo los que tienen relación con el referido losado y el dorado de las rejas del altar mayor y coro.

El 26 de mayo de 1777 Delgado había emitido un decreto por el que instaba a su tesorero Rodríguez Bravo para que aportase todas las cantidades que fuesen necesarias “hasta completar perfectam.<sup>te</sup> la solería y graderías de jaspes del choro... y las rejas o pasamanos de bronce de la Silla Arzobpal de él en lugar de las de hierro que oy sirven”, librándose para ello el 5 de septiembre de 1777 la cantidad inicial de 30.000 reales<sup>534</sup>. Al poco tiempo de comenzados los trabajos, en octubre, las obras se encontraban sin embargo paralizadas, y no por falta de fondos, pues el arzobispo antes de partir para Madrid había ordenado a su tesorería librase las cantidades que se creyesen necesarias, sino por falta de mano de obra cualificada en la ciudad, ocupada casi toda por orden del teniente de asistente en la obra de la Cuesta de Castilleja, acordando el cabildo en la sesión celebrada el 13 de dicho mes buscarla en Cádiz o Jerez<sup>535</sup>. En 1779 los autos del 28 de junio reflejan el estado en que se encontraba el asunto, testimoniando la noticia de haber aparecido en el suelo varios enterramientos muy antiguos situados bajo la sillería del lado del deán, acordándose el dejarlos en su sitio y proseguir con los trabajos de cimentación. En el cabildo del 7 de junio de 1780, los señores de fábrica informaban que aunque no estaban “acabadas de labrar todas las lozas” para la obra del coro, y tampoco habían llegado todas, esto no impedía continuar las labores, pues la

---

<sup>533</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC “Pleno”, núm. 140, año 1777, fols. 102-103.

<sup>534</sup> Ibid, Fondo Arzobispal, IV *Administración General*, Mesa Arzobispal, Libros de Ajustamiento General núms.: 847, fols. 444, 471; 850, 127v, 160, y 553; 851, 113; y 883, 45 y ss.

<sup>535</sup> Ibid, Catedral, I, *Secretaría*, LAC 141 (1778), fol. 325.

cimentación del hormigón sobre el que descansaría la solería exigía un tiempo para el secado, el cual podía aprovecharse para hacer el cañón de la sepultura del arzobispo, disponiendo que:

“se diese desde este verano principio â dicha obra, para qe en el siguiente, en que estarían completas y acabadas de labrar las lozas se pudiese con ellas solar el pavimento de el choro y concluir la obra, y que el Cab.<sup>do</sup> tubiera tambien entendido qe los S.<sup>res</sup> de Fabrica antescsiores â los actuales S.<sup>res</sup> de ella, tratando de la expresada obra con dicho S.<sup>r</sup> Prelado, no queriendo este, que la loza que huviere de cubrir su sepulcro fuese de tamaño ni obra particular, le havían significado que esto havía su Em.<sup>a</sup> de permitir fuera â costa de la fabrica, y â disposicion del Cabildo, con lo que dho Emô. Sr. se havía conformado”, tras lo cual el cabildo ordenó la ejecución de dicha obra referida<sup>536</sup>.

Finalmente el losado del coro quedaría terminado muy poco antes del fallecimiento de Delgado, tal y como recogen nuevamente los autos capitulares, anuncio que correspondió al prior de ermitas, que en la sesión celebrada el 5 de octubre de 1781 informó de su culminación, pudiendo celebrarse de nuevo los oficios en aquel espacio cuándo los capitulares gustasen, aportándonos Matute en sus *Anales* el costo total de la obra, que ascendió a 195.000 reales, o 13.000 pesos. La losa sepulcral también quedó terminada poco antes de esto, en junio, anunciando los señores diputados de fábrica a sus compañeros calonjes el día 22 “estar acavada y pronta la Piedra Sepulcral”, aportándonos también el cronista Matute el coste de la misma, que fue de 22.000 reales<sup>537</sup>. Precisamente, y a consecuencia de estas obras de pavimentación, mandó el cabildo copiar, para que no se perdiesen, todas las inscripciones de los sepulcros existentes en el suelo de las cinco naves catedralicias, labor que realizó el erudito Juan Nepomuceno González de León en un manuscrito conservado en la Biblioteca Capitular y Colombina titulado: *Inscripciones sepulcrales de la Santa Iglesia de Sevilla, continuacion de los que recogió hasta el año de 1701 el canónigo D. Juan de Loaisa, recopiladas hasta el de 1778 por D. Juan Nepomuceno González de León, uno de los treinta individuos de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla*<sup>538</sup>.

---

<sup>536</sup> Ibid, libros 142 (1779), fols. 147v, 150; y 143 (1780), fols. 130-131.

<sup>537</sup> Ibid, 144, (1781), fols. 119 y 176; Matute, *Anales*, opus cit., III, pág. 191 y 297.

<sup>538</sup> Ver original en AGAS, BCC, *Manuscritos*: 59-3-40. Últimamente fueron recogidas y aumentadas por Juan José Antequera Luengo en: *Memorias sepulcrales de la catedral de Sevilla. Los manuscritos de Loaysa y González de León*, opus cit., pág. 143. Matute, *Anales*, opus cit., III, 91.

Sobre el dorado de las monumentales rejas del altar mayor y púlpitos el cabildo decidió en su sesión de 13 de mayo de 1778 empezase tras el Corpus, trasladando provisionalmente los oficios a la zona del trascoro, informando el tesorero arzobispal a los capitulares en el mes de julio que los maestros encargados de dirigir las labores comunicaban la imposibilidad de finalizar los trabajos para la Concepción, por lo que se ofrecía a quitar los andamios durante el invierno para evitarles así los rigores que pudieran sufrir en el trascoro mientras celebraban los oficios durante el invierno, acordando estos esperar a noviembre, mes en que reconocerían nuevamente el estado de las obras y decidirían<sup>539</sup>. El 18 de septiembre de ese año, Rodríguez Bravo, tesorero de la dignidad arzobispal anunciaba los propósitos de Delgado y Venegas de continuar las obras ya iniciadas junto con las dos rejas laterales del altar mayor y la del propio coro “interin que sus facultades le permitieran emprender cosas mayores”, insinuación nueva que llevó a los capitulares a enviar al prelado su más rendido agradecimiento, ordenando además a la Diputación de Fábrica que facilitase todo lo necesario para agilizar el estado de las obras. En este sentido, los mayordomos de fábrica informaron en octubre (día 19) que el dorado de los púlpitos junto con la reja principal del altar mayor y el raspado de las laterales estarían finalizados para el día de Todos los Santos, por lo que podían volver al coro y reanudar los oficios, evitando así los rigores del invierno en el trascoro<sup>540</sup>. Así, para el dorado de las rejas se gastó entre 1778 y 1779 la cantidad de 108.082 reales, por “libros de oro consumidos en el dorado de las tres rejas, principal y colaterales del Presbiterio con la principal del Choro de la S.<sup>ta</sup> Yglesia Metropolitana y Patriarch.<sup>la</sup>”, cantidad que incluía aparejos, jornales, y como ya se refirió el dorado de las atrileras para los púlpitos; labor que continuó entre 1780 y 1781 con un coste de 60.000 reales. Las cifras a que ascendieron los trabajos de dorado de las rejas y el pasamanos del trono arzobispal ascendieron a unos 5.000 pesos, sin embargo este último no quedó completo del todo pues aún en 1782 se pedía por el cabildo al subcolector de espolios que esta “reja del trono” se sufragase con los caudales de la vacante del arzobispado<sup>541</sup>.

#### Proyecto no realizado para una nueva sillería de coro

---

<sup>539</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC 141 (1778), fols. 154, y 229v-230.

<sup>540</sup> Ibid, fol. 325v y 363v.

<sup>541</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, IV *Administración General*, Mesa Arzobispal, Libros de Ajustamiento General núms.: 847, fols. 444, 471; 849, 166v-167v; 850, 127v, 160, y 553; 851, 113; y 883, 45 y ss; Catedral, I, *Secretaría*, LAC 311 “Sede Vacante”, fol. 350. Ver también Matute, *Anales*, opus cit., II, pág. 297.



Es más que probable que cuando el arzobispo Delgado y Venegas anunciaba a los capitulares sevillanos la realización de “cosas mayores”, si sus facultades y se lo permitían, como hemos visto líneas atrás, se estuviera refiriendo a un proyecto que no pasó de tal debido al corto pontificado – aunque intenso en cuanto a realizaciones – del prelado sevillano, que pretendía sustituir la vieja sillería gótica, aún en uso hoy, por una nueva en el imperante estilo neoclásico. Pruebas de aquel propósito son las discusiones que tuvieron lugar en el cabildo en 1789 por asignar una partida de los espolios del difunto arzobispo al dorado de la reja de la silla arzobispal, para la culminación del losado catedralicio, que aún continuaba sin concluir en otros espacios del templo, o para “hacer una sillería de coro nueva”. A este frustrado proyecto se ha atribuido por diferentes investigadores un dibujo existente en el Archivo de la Catedral de Sevilla, Sección *Mapas y Planos*, en el que se observan dos órdenes de sillería situadas bajo una tribuna para el órgano, y aunque sus trazas reflejan un sobrio estilo neoclásico, no aportan una idea general del aspecto que dicha sillería tendría<sup>542</sup>.

#### Biblioteca Arzobispal y mecenazgo de ediciones librarías

Aunque el origen de la llamada Biblioteca o Librería de “la Dignidad Arzobispal” se hay que buscarlos en los legados que efectuó el arzobispo Salcedo y Azcona, sin embargo, Delgado y Venegas, tal y como reza en la leyenda de uno de sus retratos fue también “generoso protector” de esta, aumentando sus fondos (según Gestoso considerablemente) y consiguiendo del monarca asignación para un bibliotecario (noticia que nos aporta Morgado), si bien esta no pudo abrir sus puertas todavía hasta el pontificado siguiente, ya bajo el arzobispo Llanes, tal y como recoge el cronista Matute:

“El 12 de abril [1792] se abrió al público una biblioteca en el palacio arzobispal, fundada, dotada, y enriquecida por el generoso Prelado, que deseoso de la mayor ilustracion en el estado eclesiástico la mandó proveer de los autores de mejor nota en las ciencias eclesiásticas, como igualmente en las profanas, con cinco horas de asistencia cada día de los que no sean feriados, que varian segun las estaciones”.

---

<sup>542</sup> Ibid, Catedral, I, *Secretaría*, LAC núms. 141, fols. 389-389v; y 152, fols. 140 y 288; *Sección Planos y Dibujos*, Lámina 214. Ver asimismo la obra de Rocio Luna y Fernández Aramburu y Concha Serrano Barberán: *Planos y dibujos del Archivo de la Catedral de Sevilla*, Sevilla, Diputación, 1986; y Recio Mir: “Mentalidad suntuaria...”, opus cit., pág. 418.

Nuria Casquete y Nuria Prados en una de las pocas aportaciones existentes sobre esta dependencia arzobispal, hoy integrada en la Institución Colombina, ofrecen alguna noticia sobre los primeros años de esta institución, siendo al parecer el primer catálogo existente del año 1776, primero del pontificado de Delgado y Venegas. En ese primer inventario, levantado por su primer bibliotecario Jacobo Dherbé existían al parecer 2 salas con 16 y 20 armarios cada una, las cuales ya atesorarían en sus estantes unos 3.557 volúmenes correspondientes a 2.173 títulos. En el segundo, ya de 1784, realizado probablemente con motivo de los espolios del difunto cardenal, aunque ya con Llanes en el solio sevillano, se recogen 3.947 volúmenes correspondientes a 2.403 títulos, deduciéndose de ello que al menos 782 procederían de aportaciones de Delgado y Venegas, unos 355 títulos, que irían señalados con una “D” al margen.

Entre las ediciones librarias sufragadas por Delgado y Venegas desde su llegada a Sevilla tenemos tan solo constancia de dos, correspondientes a las obras completas de San Isidoro realizadas en 1599 bajo el auspicio de Felipe II, siendo la obsequiada a la Biblioteca Capítular la realizada en una lujosa encuadernación en vitela y cubiertas forradas de vistoso tafilete encarnado, en las que campean las armas reales doradas al fuego, contando cierres de bronce, valioso presente que sería dado a conocer al cabildo en la sesión del 1 de septiembre de 1778, tal y como se hace mención en las propias guardas de la obra. Otra edición, esta vez confeccionada en papel y en encuadernación más rústica, forrada en piel con el lomo decorado a base de motivos florales y vegetales dorados fue entregada a la Biblioteca Arzobispal. Ambas ediciones, de dos volúmenes, fueron impresas en Madrid en 1778 por Bartolomé de Ulloa, correspondiéndose el primero con la obra gramática e histórica del santo arzobispo hispalense, y el segundo a la teológica: Vol. I: Etymologiarum, libri XX; Differentiarum, libri II; De Nature rerum, libri I; Chronicon; De viris illustribus, cum S. Ildefonsi libello; De Cortes & Obitu datum; Gotthorum, Wandalarum & Suevorum historia cum Gotthorum Regum & Toletanum Antitium Catalogo (222 págs.). II: Sententiarum, libri III, Mysticorum expositiones Sacramentorum; Allegoria ex Veteri & Novo Testamento; Contra Judaeos, libri II; Proaemiarum; De Ecclesiasticis officiis, libri II; Synonimorum, libri II; Epistolae aliquot; Regula Monachorum; De Conflictu vitiorum & virtutum; y Expositio Canticum Salomonis (563 págs.)<sup>543</sup>.

---

<sup>543</sup> Ver Matute, *Anales*, opus cit., III, 121; José Gestoso: *Sevilla monumental y artística. Historia y descripción de todos los edificios notables, religiosos, y civiles que existen actualmente en esta ciudad, y noticia de las*

## Patrimonio Musical

Dentro de este aspecto, Delgado enviaría desde la corte varias partituras musicales, entre ellas en 1781 tres misereres, dos compuestos por los maestros de capilla reales Francisco Corselli y Antonio Ugena, quien sustituye al anterior en 1778 en dicha plaza, y el último que era el célebre “Miserere Romano” de Gregorio Allegri, que fuera enviado por Benedicto XIV a Fernando VI, y aún se conserva en el Archivo Musical de la catedral hispalense. Todos eran interpretados al final de los laudes en la Real Capilla (Ver apartado dedicado al gobierno de la misma), quedando constancia de su envío en los autos capitulares del 19 de enero de 1781, en los que se entregan a su maestro de capilla el racionero Antonio Ripa “para que con la posible brevedad haga una prueba de ellos en la Capilla Mayor del mismo modo que se cantan en las tinieblas del Miércoles y Jueves Sto.”. A los pocos días, el 22, dicha prueba, según manifestaba Ripa estaba ya “pronta y dispuesta” para cuando el cabildo estimase oírla, advirtiéndole sin embargo el referido maestro que las piezas contaban cada una tan solo un cuarto de hora de duración, tiempo insuficiente para los oficios señalados en principio, en los que el cabildo echaba por costumbre al menos una hora, determinándose ese mismo día:

“que dos misereres se canten en adelante alternativamente en las tinieblas del Viernes Stô en lugar del que se decía a facistol; y en atencion a la poca duracion de estos, y a la inmemorial costumbre, observada en esta S.<sup>ta</sup> Yglesia de gastarse una hora en el de las del Miércoles y Jueves Sto, acordó dho Illmo. S.<sup>r</sup> que el maestro de capilla componga uno con el acostumbrado acompañam.to de ynstrum.tos que haciendo sentir el espíritu de la letra, excite la devocion de los fieles, y tenga la dha duracion”.

Dichas piezas se conservan todavía en los archivos musicales de la catedral hispalense y del Palacio Real madrileño, siendo el de Corselli a ocho voces, acompañamiento, y fecha de autoría 1766; dato que sin embargo difiere algo con el manuscrito citado en páginas anteriores: *Colección de documentos referentes a la Real Capilla* en que dicho miserere aparece como a cinco voces y orquesta, y fecha 1777. Más exactos son los datos que se refieren al de Ugena, también a ocho voces, si bien en

---

*preciosidades artísticas y arqueológicas que en ellos se conservan*, 3 vols., Sevilla, Tipografía de El Conservador, 1889-1892, tomo III, págs. 395-396; Morgado: *Prelados sevillanos*, opus cit., pág. 696. AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC 141 (1778), fols. 296-296v. La citada edición de lujo de la *Opera Omnia* isidoriana, o *Divi Isidori, hispalensis episcopis, Phillippi Secundi, Catholici regis jussus e retribitibus exemplaribus ennuuciata*, Madrid, Impresor Bartholomeus Ulloa, 1778, 2 vols, se encuentra en BCC, *Impresos*, 53-9-20 y 21; la realizada en papel en Biblioteca Arzobispal, *Impresos*, 9/155 y 156. Ver asimismo de Nuria Casquete de Prado y Nuria Prados Torres: “Bibliotecas y Bibliotecarios en el Palacio Arzobispal de Sevilla”, *Archivos de la Iglesia de Sevilla. Homenaje a don Pedro Rubio Merino*, Córdoba, Obra Social Cajasur, 2006, págs. 103-125, 114-115.

los catálogos citados debajo aparece con fecha de composición 1770, aunque de presentación en Sevilla en 1780, siendo esta la única pieza conservada del músico en el archivo catedralicio hispalense; y en el expresado manuscrito, en que aparece reseñado como “a 8 voces solas con dos flautas y un violón” y fecha 1781<sup>544</sup>.

Para sustituir a los tradicionales villancicos que se cantaban en las principales festividades de los santos, envió asimismo desde Madrid unos maitines, o responsorios de maitines “puestos en escogida música”, noticia que recoge el cronista Matute en sus *Anales* del año 1780:

“Antiquísima costumbre era de esta Santa Iglesia cantar villancicos en las principales festividades de los santos, que eran ciertas coplas con sus estribillos en idioma vulgar, en que en estilo sencillo se elogiaban sus virtudes; mas esta sencillez luego degeneró en grosería, y los negros, los gitanos, y otros personajes de su talla hacían un distinguido papel, principalmente en los de Nochebuena. El vulgo tenía en esto gran placer, aunque á las gentes sensatas repugnaban semejantes truhanerías, y en distintas ocasiones el Cabildo había pensado en su reforma; mas ahora nuestro Arzobispo, persuadido que por una manera indirecta y libre de discusiones podía remediarse este abuso, remitió desde la corte unos responsorios de maitines puestos en escogida música, por si el cabildo quisiera usarlos en lugar de los villancicos, que probados, parecieron tan bien, que el 2 de octubre acordó con su acostumbrada prudencia que se quitasen del todo los villancicos y que se cantasen los responsorios de la festividad con grande orquesta, para que de ningun modo disminuyera el culto, que en nuestra Iglesia se cела con particular vigilancia”.

Algunas de estas piezas citadas enviadas desde la corte hacia 1780, deben ser los responsorios de maitines *de Reyes y para la Natividad* compuestos por Corselli, maestro de la Capilla Real entre 1737 y 1778 a ocho voces para orquesta, de los cuales se conservan algunos ejemplares tanto entre los fondos musicales de la catedral como en los del Palacio Real, existiendo en el primero siete para 1774, y otros tantos para 1781, aunque la fecha de composición debe ser anterior pues el maestro italiano fallece en 1778; no constando la fecha en el catálogo que sobre el segundo existe. Asimismo en la sección de Impresos de la Real Academia de la Historia, se encuentran varias “Letras de

---

<sup>544</sup> Ibid, LAC 144 (1781), fols. 12-12v, y 14. Ver asimismo las diferentes catalogaciones realizadas en Sevilla y Madrid de Paulino Capdepón Verdú: “Maestros de la Real Capilla madrileña, III: Francisco Corselli (1737-1778), en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, núm. 53, 2013, págs. 243-276, 272; la obra colectiva dirigida por Herminio González Barrionuevo, José Enrique Ayarra Jarne, y Manuel Vázquez Vázquez: *Catálogo de libros de polifonía de la catedral de Sevilla*, Sevilla, Centro de Documentación Musical de Andalucía, 1994, págs. 98, 326-333, 774-775; y BNE, *Manuscritos: Colecciones de documentos originales en parte referentes a la Real Capilla*, opus cit., s/fol. Para los originales de la partituras ver AGAS, Fondo Archivo Capilla Musical, signaturas: 2-3-1, 30-1-1-, 30-1-2, y 91-10-1.

villancicos” que Ripa hizo para las fiestas de la Purísima (1778), Natividad (1776, 1777, 1778), y Santos Reyes (1777 y 1778)<sup>545</sup>.

Órgano de Jorge Bosch para la fachada orientada a la Capilla de La Antigua (1779-1793)

Aunque el cardenal Delgado no sufragó de manera directa este nuevo órgano, sí es cierto que a él se debe que fuera Jorge Bosch, el mejor organero de su época, quien realizara el nuevo órgano del lado de la Antigua en el coro catedralicio hispalense. Bosch ya había hecho a plena satisfacción del rey, y de todos, el magnífico ejemplar que aún hoy existe en la Real Capilla del Palacio de Oriente, siendo este del que hablamos ahora el que desaparecería en 1888 con ocasión del famoso derrumbe del cimborrio de la catedral. Para los detalles del proceso constructivo y las cualidades musicales del instrumento seguimos la obra del padre Ayarra, organista titular del cabildo hispalense: *Historia de los grandes órganos de coro de la catedral de Sevilla*, siendo el que nos ocupa el segundo de los cinco órganos que se situaban en el coro, si bien solo son visibles cuatro cobijados en sendos muebles barrocos ejecutados en madera de caoba hacia 1724 por Duque Cornejo sobre diseño de Luis de Vilches. Este nuevo venía a sustituir al que entre 1725 y 1731 realizara Diego de Orio, que ya había sido reparado en 1741 por Sebastián García, necesitando a las alturas de 1779, según informe de los dos organistas titulares y del maestro afinador, de una profunda reparación por su estado lastimoso. Poco antes había sido reparado el primer cuerpo del que está al lado del Evangelio, por lo que ahora su tono era inferior al de aquel, según el dictamen de estos.

El informe enviado al cabildo, que lo había requerido en 19 de abril de 1779, corrió a cargo de don Juan Roldán Gardel y de don José Blasco de Nebra, organistas titulares, y de don José Antonio Morón, organero interino, fechado el de los primeros el 3 de mayo, y el del organero el 14 siguiente, dirigidos a don Lorenzo Melgarejo, arcediano de Jerez y mayordomo de la fábrica catedralicia. Los males diagnosticados por los peritos eran los siguientes: los doce caños mayores de los cuatro costados estaban casi mudos; necesitaba reparos generales en todos los registros del órgano principal; igual en las dos caderetas del coro e interior, con escasez de viento en ambas;

---

<sup>545</sup> Colecciones de documentos originales en parte referentes a la Real Capilla, opus cit., s/fol.; AGAS, Catedral, I, Secretaría, LAC 144 (1781) fols. 12-12v, y 14; Matute, *Anales*, opus cit., tomo III, págs. 10-11; Capdepón Verdú: “Maestros de la Real Capilla madrileña, III: Francisco Corselli (1737-1778), opus cit., pág. 272; RAH, Biblioteca Digital, *Impresos*: 9/3549, piezas 12-13, 15, y 18-21.

lo mismo en el lado de la Antigua con el partido derecho; lo mismo en parte de los fuelles; lengüetería de las dos caderetas “mui tarda”; el mismo defecto en los caños de la casta del órgano principal; algunos conductos se encontraban despegados; total desafinación en sus caños, que no se podían afinar por los defectos expresados. Para remediar todo ello diagnosticaban las siguientes reparaciones: desmonte general de los caños; despegar los conductos y los tablones del órgano principal; sacar los secretos y despegar los conductos de la cadereta del coro; sacar igualmente los fuelles de su sitio; recorrer las lenguas todas; y por último una vez efectuado todo lo anterior subirlo de tono para equiparar su tono con el otro ya referido.

La empresa no sería nada fácil, a tenor de las faltas encontradas en su dictamen sobre el funcionamiento del mismo, necesitándose a su parecer de un organero verdaderamente capacitado, pues como aclaraban:

“Supuesto esto y qe esta maniobra se hade hacer en un órgano Extra hordinario por su magnitud y circunstan<sup>s</sup>. (dificiles de explicar sino es en su interior) y qe las reglas de los órganos Chicos no sirben p.<sup>a</sup> este qe tiene en sí, cinco órganos, donde se encuentran muchas sendas y caminos fáciles de errar, nos vemos precisados a decir, qe el Artífice a quien se le aya de encargar esta operazion es menester qe sea de acreditada habilidad, assí en hacer órganos quasi del tamaño de este, como en saver (no afinar depaso la Lengüetería qe es fácil) sino refinar con perfeccion los Flautados, Llenos, Cornetas, etc., porque si este asumpto de tanto peso se encarga aun organero qualquiera qe no esté adornado de las circunstan<sup>s</sup>. dichas, es gastar el dinero en tres o quatro veces y no quedar con el lucimiento qe se desea”<sup>546</sup>.

Para ello recomendaron al cabildo una terna de dos nombres, primero a Jorge Bosch, al que ya trataron en Sevilla en los años de 1766-67, y del que tenían la más alta consideración, definiéndolo como: “hombre hábil, modesto, sensato, y de un genio dulce”, alabando sobre todo el órgano que para el rey ejecutó en Madrid, y que comenzó en “el año de 73, y concluió el de 76, meses más o menos [lo fue en 1778]”. Este órgano, a decir de un conocido de los peritos, que lo había examinado, era: “cosa singular, assí sus voces como lo bien trabajado de toda la Maquina, la disposiz.<sup>n</sup> y

---

<sup>546</sup> Ayarra Jarne: *Historia de los grandes órganos de coro de la catedral de Sevilla*, opus cit., págs. 105-107.

claridad con que se perciben todas sus partes, sin que se estorben unas a otras p<sup>a</sup> su reparo si lo necesitare y los nuevos registros imbuídos por el dicho Artífice”, obra muy celebrada, y por la que el rey, muy complacido del resultado le premió con 800 ducados anuales, dejándolo a su cuidado. El otro organero sería don Julián de la Orden, que servía en la catedral de Cuenca, el cual estuvo también en la capital andaluza por los años de 1778, quien a su vez era rendido admirador de la obra de Bosch, pues como el mismo declaró a Nebra durante su estancia en esta ciudad, que tras admirar el nuevo órgano referido para la Real Capilla: “que si tuviera todo el dinero que había ganado en las obras que había hecho, lo restituyera a las partes, y las mandara quemar”<sup>547</sup>.

El informe del organero interino nos da además una idea sobre las capacidades de los órganos existentes entonces, que como hemos dicho eran cinco en cuatro fachadas. Contaban con siete fuelles, tres teclados de octavas largas, y cinco secretos, en los cuales se hallaban setenta y un registros de ambas manos distribuidos en la siguiente forma: en el principal, con fachada al coro, se hallaban 19 de cada mano (12 de lleno armónico, y 7 bélicos), con 1.104 voces; el segundo, es decir, el que tratamos, con fachada a la Antigua, contaba con cinco registros para cada mano (flautado de 26, de 13, clarín de batalla, bajoncillo, trompa magna, clarín de quincena, y clarín de campaña) con 288 voces, 96 armónicas, y 192 bélicas. La cadereta de esa fachada se componía de 3 registros para la mano izquierda y 4 para la derecha, con 288 voces (240 armónicas, y 48 bélicas). La del lado del coro lo era a su vez de 5 registros para la mano izquierda y 6 para la derecha, con 360 voces; y la interior 2 y 3 respectivamente, con 384 voces. Según el padre Ayarra el informe de los primeros era menos riguroso en el orden técnico que el emitido por el organero, pues se fijaba más en detalles exteriores, no diagnosticando con seguridad las causas de los defectos que padecía la maquinaria<sup>548</sup>.

Decididos pues a invitar a Bosch para afrontar las reparaciones, surgió sin embargo un problema, pues las condiciones acordadas con la Real Capilla para el mantenimiento del órgano y la enseñanza de dicho arte a que se obligaba Bosch por los ya mencionados 800 ducados anuales, le constreñían para aceptar encargos fuera de la corte, por lo que sería el prelado, instalado ya allí desde 1777, quien como patriarca de

---

<sup>547</sup> Ibid, pág. 107.

<sup>548</sup> Ibid, 108-111.

las Indias y procapellán mayor del rey, y con gran ascendiente ante este, el encargado de convencer al monarca para que diera licencia a Bosch para ausentarse de su puesto. Una vez salvados los obstáculos para que el ilustre organero viniese a Sevilla, este sería invitado formalmente por el cabildo, acuerdo recogido en auto de 25 de junio de 1779, llegando aquel a la ciudad para el 20 de agosto siguiente<sup>549</sup>. En su informe de inspección del órgano<sup>550</sup>, dirigido a los señores diputados de fábrica, el arcediano Melgarejo y el racionero Pastor, realizado el 28 de septiembre, diagnosticaba los siguientes desperfectos: 1º: los doce caños mayores forrados de madera en ambas fachadas estaban sin tono alguno por lo que había que hacerlos nuevos; 2º: en el lleno de flautería del órgano mayor al menos 528 tubos eran demasiado delgados, con diapasón impropio; 3º: lo mismo en 192 en la cadereta del coro; 4º: en las tres cornetas 192 tenían poca brillantez, con diapasón defectuoso; 5º: en los registros de lengüetería las trompetas estaban “tardas”, otras inconstantes, y con voz desigual, siendo necesario realizar nuevos los zócalos, muelles, y voceguíes, arreglándolas igualmente al diapasón; 6º: reparación en todos los secretos, y remediar la falta de viento en la cadereta del coro; arreglar la desigualdad de entrada de aire en los diferentes fuelles, que debían hacerse nuevos y mayores. Para remediar todo ello, Bosch, hacía las siguientes consideraciones:

“Todos los relacionados defectos se pueden remediar sin hacer nuevos los secretos, ni variar la disposicion interior del Órgano; haciendo solamente nuevos los fuelles, como va dicho, y los 924 caños expresados en los nº 2, 3, y 4, cuyo costo considero en cien mil r.<sup>s</sup> de v.<sup>n</sup> incluso los materiales y subirlo al tono regular de Capilla. Y aunque quedaría de este modo con apariencia de bueno, las voces de buena calidad, y de permanente duracion, debo prevenir a V.S.I. qe según lo descubierto, y practicado de pocos años a esta parte, quedaría en la clase de poco menos que regular, con tres defectos de entidad, y una falta considerable. El primero, en todos sus registros poca valentía, según la que pide la capacidad y extraordinaria magnitud de esta Sta. Iglesia. Segundo: no tener los teclados la extension y pulzasion, con la suavidad, prontitud y satisfaccion de tacto del día. Tercero: Poca permanencia de afinacion en la convinacion de registros. Quarto: Falta de diferentes registros, como Nazardos y otro género de Cornetas, con otros no oidos en este País, cuyo remedio, y logro no se puede conseguir sin hacer nuevos todos los secretos, y variar enteramente la disposicion interior, con nuevos tablonos de reparticion de aire; nuevos movimientos de Molinillos, otros de registradura y teclados, etc...”<sup>551</sup>.

---

<sup>549</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, 135, fol. 185; Ayarra, opus cit., 113.

<sup>550</sup> El informe se halla insertado en el mencionado libro de autos capitulares núm. 135, fols. 214v-216, fecha 1 de octubre de 1779: “Informe sobre el órgano de la Antigua y nuevo plan de órgano presentado al Cabildo por D. Jorge Bosch”, 28 de septiembre de 1779.



Para ello recomienda al cabildo realizar una obra que sea conforme a la entidad y magnificencia del templo, que en su opinión debía ser proporcionado en “número y calidad de registros”, al que Bosch realizó para la Real Capilla del Palacio Nuevo de Madrid, exponiendo a continuación un esquema de estos en los que irían señalados los del órgano madrileño y los que se verían aumentados en el de Sevilla:

Órgano de la Antigua: 61 registros, y 2.378 caños y trompetas.

Órgano del Palacio Nuevo de Madrid: 76 registros y 3.290 caños y trompetas.

Proyecto nuevo: 106 registros y 4.988 caños y trompetas.

Sobre el costo del proyecto, Bosch dice que: “puede tener este órgano, suponiendo su ejecución, no más que en el grado que existe en los órganos de la Sta. Iglesia de Toledo y de Segovia, lo regulo en 230.000 r.<sup>s</sup> de v.<sup>n</sup>, por solo el trabajo de artífices y oficiales; aprovechando los caños que expresa el Plan 1º, y siendo de cuenta de Fábrica los materiales que se necesiten. Y corriendo todo a cargo del artífice y dándole todo el desecho: 330.000”. Proyecto que a su parecer tenía doble de trabajo que otros tan importantes como los ejecutados para las catedrales de Toledo o Segovia – se refiere a los realizados para dichos templos por José y Pedro de Chavarría –, que alcanzaron un costo el primero de 125.000 reales por el trabajo de artífice y oficiales, corriendo el resto a cargo de aquel templo; o del segundo, que alcanzó los 210.000 incluyendo los materiales<sup>552</sup>.

Aunque el nuevo órgano no fue costado por el prelado, si no por el cabildo, Delgado si jugó un papel relevante en su construcción, pues consiguió, utilizando su ascendiente sobre Carlos III, traer a Bosch desde Madrid, pues este estaba condicionado a su labor de mantenimiento del órgano madrileño y de enseñanza en la escuela que el voluminoso contrato le obligaba a mantener. Finalmente se eligió el proyecto que Bosch recomendaba, es decir de hacerlo nuevo por el coste citado de 330.000 reales, si bien en los años sucesivos el organero mallorquín invertiría en la obra más dinero del calculado

---

<sup>551</sup> Ayarra, opus cit., 117.

<sup>552</sup> Ibid, 120-123.

en principio, lo que deparó sufrir muy serios problemas económicos, solicitando sucesivos adelantos al cabildo, los cuales fueron atendidos pero tras no pocos tiras y aflojas. En julio de 1786 el órgano estaba ya prácticamente finalizado, procediéndose a su afinación respecto al que existía en el lado de la Capilla de San Francisco, si bien con bastante retraso a lo concertado por las presiones del nuevo patriarca, quien por las continuadas faltas de este en la atención a que estaba obligado hacía el de la Real Capilla amenazaba con suspenderle en su empleo, como Bosch se justificaba ante el cabildo sevillano en un memorial de fecha 14 de julio de 1788, ante sus preguntas sobre la finalización de la obra, que se escuchó por primera vez para el día de la Purísima del año 1787, aunque no estaba aún acabado del todo<sup>553</sup>. A las constantes peticiones económicas por parte de Bosch debidas al sobrecosto que la obra alcanzó, y que asumió como mejoras de sus emolumentos, contestaría el cabildo que iría satisfaciéndolos, eso sí, con tal que el organero se comprometiera a finalizarlo de manera definitiva para marzo de 1789, llegando la cantidad que se le adeuda a los 210.000 reales. Las exigencias de su cargo cortesano harán que no pueda volver a la ciudad hasta septiembre de 1792, estudiando los capitulares cortar la contribución que daba para los jornales de los operarios, que estaban dirigidos en ausencia de Bosch por su cuñado Juan de Bono. Tras un entendimiento se concedieron nuevas prórrogas, y aun se nombró a Bono como afinador del órgano, con sueldo de 2.505 reales anuales, una obra que tras más de catorce años, quedó oficialmente concluida para el viernes 15 de noviembre de 1793, ya en los últimos años del arzobispo Llanes y Argüelles, afirmando los dos organistas titulares que habían sustituido a los primeros “que no se conoce órgano semejante”<sup>554</sup>.

En todo caso, el magnífico instrumento, excepcional en la historia de la organería hispana en palabras de Ayarra, perecería el 1 de agosto de 1888 bajo los escombros del cimborrio catedralicio, que se derrumbó, afectando principalmente a este lado del coro, si bien el del lado del Evangelio necesitaba también de una amplia recomposición, decantándose finalmente el cabildo por construir dos nuevos órganos de tipo romántico siguiendo los que Cavaillé-Coll construía por toda Europa e incluso

---

<sup>553</sup> Ibid, 127-130. Informe que es enviado a los nuevos diputados de fábrica don Francisco Vicente Venegas, arcediano de Niebla, que sería principal albacea del cardenal Delgado, don Pedro de Castro, y don José Pastor.

<sup>554</sup> La comunicación oficial al cabildo puede verse en LAC, núm. 149, fol. 115; y el informe de los organistas en fol. 126. Ver Ayarra, 133-134.

España. La obra sería adjudicada al vasco Aquilino de Amezúa, seguidor de la corriente implantada por el citado organero francés, quien había construido ya los de las catedrales de Orihuela, Santander, o Bilbao, llamando poderosamente la atención el que presentó a la Exposición Universal de Barcelona de 1888, que mereció elogios de organistas tan significativos como Lemmens, Guilmant, o el propio César Frank. El proyecto para el de Sevilla fue presentado al cabildo el 10 de enero de 1899, finalizándose en 1901 el del lado de San Francisco, y en 1903 el de la parte de la Antigua<sup>555</sup>.

---

<sup>555</sup> Ibid, 160-161.

## V. DON JUAN ACISCLO DE VERA Y DELGADO, ARZOBISPO DE LAODICEA.

### *Primeros años y trayectoria eclesiástica hasta 1808. La diócesis hispalense a comienzos del siglo XIX*

Don Juan Acisclo de Vera y Delgado vio la luz el 16 de noviembre de 1761 en la localidad aljarafeña de Villanueva del Ariscal, célebre entonces y aún hoy día por sus afamados vinos. Nacido en el seno de una acomodada familia hidalga vinculada al servicio de la Iglesia, numerosos miembros de su familia detentaban por ambas ramas, como hemos visto, influyentes puestos en las curias y cabildos catedralicios de las Iglesias de Sevilla y Cádiz, este aspecto determinó su futura dedicación a la carrera eclesiástica. Y desde luego fue sin duda igualmente un factor fundamental en su rápida ascensión dentro de la jerarquía eclesiástica hispalenses, sin menoscabo a su excepcional formación, tanto académica, como jurídica, o intelectual.

Hijo de don José Ignacio de Vera y Baena, nacido en 1713 en la ciudad de Sevilla, era este un hidalgo que había ganado ejecutoria ante la Real Chancillería de Granada en 30 de enero de 1758<sup>556</sup>, siendo reconocido unos años antes como noble por el cabildo de Sanlúcar la Mayor el 23 de enero de 1750. En 1753 contraería matrimonio en Villanueva con doña María Delgado Venegas y Luna, nacida en esa villa en 1726, la cual pertenecía a una de las familias más distinguidas del pueblo, hermana entonces del magistral Delgado y sobrina y prima de don Luis y don Juan Curiel, consejeros de Castilla, ocupando don José Ignacio entre 1779 y 1780 el cargo de alcalde mayor de Villanueva. Asimismo dos de sus tíos, don José y don Tomás Delgado y Venegas obtendrían diferentes Reales Provisiones entre 1763 y 1764 disputadas contra los concejos de Espartinas y Villanueva del Ariscal, siendo recibidos por nobles por ambos<sup>557</sup>. Sus abuelos paternos fueron don Francisco Antonio de Vera y Guzmán, nacido en 1675 en Sevilla, y recibido noble por los cabildos de Bollullos de la Mitación y Sanlúcar la Mayor en 1699 y 1700 respectivamente<sup>558</sup>, casado en la sevillana parroquia de La Magdalena en 1698 con doña Jerónima María de Baena y Valenzuela,

---

<sup>556</sup> AHN, *Estado*, Orden de Carlos III, expediente 77, año 1780.

<sup>557</sup> *Ibidem*, expediente 77; y ARCHGRA, *Sala de los Hijosdalgo*, Cajas 04850, piezas 027, 077, 134; y 04854, pieza 030.

<sup>558</sup> Tanto su padre, abuelo y bisabuelo eran de condición hidalga, ostentando cargos como el de alcalde de la Santa Hermandad. Ver Expediente de Carlos III.

nacida en 1677 en Luque (Córdoba). Los maternos: don Juan García Delgado, nacido en 1680 en Umbrete (Sevilla), reconocido hidalgo en Sanlúcar la Mayor en 1701, y doña Catalina García Venegas y Torres, nacida en 1693 en Villanueva, hija de don Bernardo García Venegas y doña María de Torres y Luna.

El pequeño Juan Acisclo, bautizado así en recuerdo de su abuelo materno y de uno de sus tíos, y en honor de uno de los patronos de Córdoba, San Acisclo, nace en un momento de excepcional relevancia familiar, su tío, el entonces magistral de esta última ciudad, don Francisco Javier Delgado y Venegas había sido provisto en mayo de ese mismo año para obispo de Canarias, esperando aún en Villanueva el momento idóneo para el embarque. Recibe las aguas de manos de este el día 22 de diciembre, y es apadrinado en la ceremonia – que debió constituir todo un evento local – por su otro tío el doctor don Pedro de Vera y Baena<sup>559</sup>, hermano de su padre y canónigo penitenciario de la catedral de Cádiz desde 1755, juez apostólico de aquel obispado. Fueron testigos del acto personajes de la talla del Rvmo. señor don Agustín de Alvarado, abad de la Colegiata de Olivares, el cual gozaba jurisdicción *cuasi episcopal*, don Juan Delgado y Venegas, presbítero, su tío materno y posteriormente canónigo, o el propio titular de la vicaría y juez apostólico de ella don Juan Tinoco de Castilla, caballero de la orden de Santiago. La partida de bautismo dice así:

Juan Acisclos

*En la Villa de Villanueva de el Ariscal en veinte y dos días de el mes de Nov.<sup>re</sup> de mil setecientos sesenta y un a.<sup>s</sup> el Yll.<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Delgado y Benegas de el Consejo de Su Mag.<sup>d</sup> Dig.<sup>mo</sup> obpô de Canaria con consentimiento de el S.<sup>or</sup> Vicario de esta dha Villa bautizó solemnem.<sup>te</sup> en la Ygl.<sup>a</sup> Parroquial de ella á Juan Acisclo, q.<sup>e</sup> nació el día diez y seis de dho mes hijo lex.<sup>mo</sup> de D.<sup>n</sup> Jph Ygnacio de Vera y Vaena natural de la Ciudad de Sevilla, y de D.<sup>a</sup> María Delgado y Benegas natural de esta dha Villa, y ambos Vez.<sup>s</sup> de ella, sus Abuelos paternos D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Antonio de Vera nat.<sup>l</sup> de dha Ciu.<sup>d</sup> de Sevilla, y D.<sup>a</sup> Geronima María de Vaena natural de la Villa de Luque obispado de Cordova; los Maternos D.<sup>n</sup> Juan Delgado de Luna nat.<sup>l</sup> de la Villa de Vmbrete, y D.<sup>a</sup> Cathalina Benegas y Torres nat.<sup>l</sup> de esta expresada Villa. Fue su Padrino el S.<sup>r</sup> D.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Pedro Jph de Vera y Vaena Canonigo Penitenciario de la S.<sup>ta</sup> Ygl.<sup>a</sup> Cath.<sup>l</sup> de Cadiz Juez App.<sup>co</sup> y R.<sup>l</sup> de la S.<sup>ta</sup> Cruzada en ella Exam.<sup>or</sup> y Juez Synodal de su obispado. De todo fueron testigos el R.<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> Agustin Alvarado Abad de Olivares, el S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> Juan Tinoco de Castilla de el ôrn de Santiago Vicario Juez Ecclesiastico de esta Villa y su Partido, D.<sup>n</sup> Juan Delgado y*

---

<sup>559</sup> Nacido en Sevilla en 1710, falleció en Cádiz en 1763, era doctor en cánones por la Universidad de Sevilla.

*Benegas Presby.<sup>ro</sup> y otras mu.<sup>s</sup> Personas, y lo firmó dho Ylt.<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup>, y yo el infra escrito cura then.<sup>te</sup> ut supra= Fran.<sup>co</sup> Obpô de Can.<sup>a</sup>, Fr. Juan de la Piedad, then.<sup>te</sup> de cura. Nota. El dho S.<sup>or</sup> Ylt.<sup>mo</sup> suso dho Bautizante es hermano carnal de la Madre del Bautizado, el qual dho S.<sup>or</sup> fue Colegial de S.<sup>n</sup> Yldephonso, Magistral en Badajoz, y tambien Magistral en la S.<sup>ta</sup> Yglesia de Cordova.= El Padrino es herm.<sup>o</sup> carnal del P.<sup>e</sup> del Bautizado.- Fr. Juan de la Piedad, then.<sup>te</sup> de cura<sup>560</sup>.*

Con estos antecedentes familiares, no resulta raro pues, que el joven Juan Acisclo de carácter apacible y tímido iniciara sus estudios con vistas a una prometedora carrera dentro de la Iglesia. Elección que verdaderamente se convirtió en costumbre dentro de esta familia, pues casi todos sus tíos habían optado también por escoger la vida clerical, y por la que igualmente optarían todos sus hermanos, motivo de la práctica extinción de la familia en las primeras décadas del siglo XIX. No sabemos que motivó esta casi completa dedicación a la carrera eclesiástica, que truncó la continuidad de la familia por línea de varón, circunstancia que constituía una de las principales preocupaciones de las clases privilegiadas en la sociedad del Antiguo Régimen, y aunque no era tampoco del todo infrecuente, debido al extremado celo religioso imperante en la época, sí lo es en la práctica totalidad de los varones de una familia durante más de una generación. Así por ejemplo, ninguno de los hermanos varones del cardenal Delgado llegó a tomar estado, falleciendo solteros, como Tomás Zoilo, nacido el 3 de julio de 1718, quien falleció célibe a una edad avanzada el 4 de septiembre de 1795, Manuel; que fue asimismo colegial de Alcalá y obtuvo el grado de bachiller en leyes, disfrutando una beca porcionista, bautizado el 6 de abril de 1720 y fallecido en aquella ciudad complutense en 1752; o José Donato, bautizado el 16 de diciembre de 1721, quien desistiría de las primeras órdenes como ya se vio, y fallecería soltero el 22 de mayo de 1786, dejando 2.000 misas por el descanso de su alma, a repartir entre diversos templos: el convento del Pópulo de Sevilla, el de Castilleja de la Cuesta, franciscanos del Loreto, o parroquia de Villanueva. De sus bienes, como de los que le pudieran tocar de la herencia de su “mui caro y amado hermano defunto”, el cardenal Delgado, aún pendientes de resolución completa en la Colecturía General de Espolios y Vacantes, deja por heredero universal a su “mayordomo mayor” Eustaquio Ossorno, natural de Sanlúcar la Mayor, encargándole reparta diferentes partidas de 100 reales cada una entre diferentes instituciones piadosas, como la hermandad “del Cirio” –

---

<sup>560</sup> APVA, *Libros Sacramentales*, Bautismos, núm. 3, fol. 251.

¿Sacramental? – de Villanueva, de la Vera Cruz de ese mismo pueblo, para la obra pía de la misa de los viernes en dicha parroquia, y nuevamente al convento del Loreto<sup>561</sup>.

Durante sus primeros años, su tío carnal, el futuro arzobispo de Sevilla, se preocuparía de protegerlo, aun en la distancia, procurando que perseverase en sus estudios, recibiendo una esmerada educación. Junto a Juan Acisclo tres de sus propios hermanos siguieron también la carrera eclesiástica, siendo el principal de ellos don Pedro de Vera y Delgado, nacido en 1764, que como veremos fue canónigo penitenciario del cabildo hispalense (Ver su propia reseña biográfica), además de un importante agricultor y ganadero de toros de lidia en la Sevilla de principios del siglo XIX. De los otros dos, apenas si hay noticias: José de Vera y Delgado nació el 27 de julio de 1759, y era el hijo mayor del matrimonio, graduándose de licenciado en cánones en Granada, apareciendo en 1781 como hermano mayor de la Sacramental de Villanueva, fecha en que solicita del Consejo de Castilla la aprobación de las reglas de aquella corporación. Patrono de la capellanía familiar, en 1799 nombra a su hermano Pedro para servir la misma, sustituyendo así la vacante producida por su tío el tesorero de la catedral, que la tenía, encargándose de las tierras y negocios de la familia en el pueblo. Es posible que se ordenara de algún grado menor, pero parece que no accedió a las mayores, pues aunque gozó de dos beneficios eclesiásticos que su tío el cardenal Delgado siendo aún obispo de Sigüenza le hizo merced, los de las villas de Clares, y Galves, que renunció poco antes de morir, no aparece en su partida de defunción mención alguna a condición sacerdotal, constando en ella como soltero. Falleció el 10 de enero de 1807, encargando 1.500 misas por su alma y otras 500 más por sus parientes, dejando importantes cantidades como legados: 240.000 reales a las iglesias seguntinas de que fue titular, más de mil pesos a su ama María Parra, diversas cantidades importantes a los criados y encargados de sus fincas, poseyendo más de 800 fanegas de trigo, 60 de cebada, 30 de yeros, 32 bueyes, 42 cabezas de ganado yeguar y 1.200 de lanar, a los que hay que añadir burros, perros y otros animales de corral, más 8 carretas de pertrechos de labranza, 220 aranzadas de tierra de barbecho, 2 pajares, 4 caballos, 5.000 arrobas de vino, otras 1.000 de vinagre, y la cosecha de aceite aún pendiente en ese momento, más 8.000 reales en efectivo. Por sus herederos universales

---

<sup>561</sup> Sobre Tomás Zoilo y José Donato Delgado y Venegas: APVA, *Libros Sacramentales*, Bautismos, libro 2, fols. 143v y 180; y Defunciones, libro 2 (actual), fols. 140, y 174v. Testamento de José en APNSM, *Villanueva*, leg. 1.656, fols. 514-516v, 7 de mayo de 1786. Para Manuel ver mismo libro de Bautismos, fol. 160. Su expediente en Alcalá en AHN, *Universidades*, libro 1.233, fol. 144: Asiento de una beca porcionista de D. Manuel Delgado y Venegas, donde consta su fecha de defunción.

a falta de forzosos deja a sus dos hermanos, Juan Acisclo y Pedro de Vera y Delgado<sup>562</sup>. En cuanto a Fray Francisco Xavier Vera y Delgado, sabemos que nació en Villanueva el 29 de febrero de 1768, y que en 1808 ocupaba el puesto de prior del convento jerónimo de Sanlúcar de Barrameda, solicitando en esos años la mediación de su hermano Juan Acisclo, coadministrador del Arzobispado, para no verse afectado por las reformas que del clero regular se imponían desde el Gobierno, y que exigían un mayor número de años de hábito para poder ejercer dicho cargo, ambos hermanos, José y Francisco Javier fueron apadrinados por presbíteros de la familia, el primero por su tío abuelo Tomás Delgado, y el segundo por su tío carnal Juan Delgado y Venegas<sup>563</sup>.

Así, bajo la protección de su influyente familia se desarrollarían los primeros años del futuro arzobispo, quien tras cursar sus primeros estudios en el colegio de los Escolapios de Madrid, y pasar también por Zaragoza donde estudió filosofía, volvió de nuevo a Sevilla para finalizar aquí los estudios de Humanidades, Sagrada Teología y Filosofía en el Colegio de Santo Tomás, y posteriormente en la Universidad hispalense. En nuestra ciudad se gradúa de bachiller en Leyes el 5 de mayo de 1769, contando tan solo ocho años, y de Cánones tras los dos años preceptivos, sustituyendo en estos años varias veces durante dos cursos la cátedra de Prima de Leyes en la referida facultad. Cumplida la “pasantía” en 1781, obtiene finalmente los grados de licenciado y doctor en Leyes con la máxima calificación *némine discrepante*, con una defensa durante media hora de un ejercicio sobre una ley del Código<sup>564</sup>. La licenciatura y doctorado en Cánones la obtendría en la misma universidad y con la misma calificación máxima los días 28 de abril y 15 de mayo de 1784<sup>565</sup> respectivamente, defendiendo en este caso un capítulo de las *Decretales* por las que recibió “las borlas” *in utroque iure*. En 1780 Carlos III le había concedido, sin la menor duda por mediación de su tío el Cardenal-Patriarca, muy satisfecho de la buena disposición de su sobrino para los estudios, una

---

<sup>562</sup> APNSM, *Protocolos de Villanueva*: Renuncia en leg. 1.658, fol. 381, de fecha 3 de octubre de 1800; testamento en ese mismo protocolo, fols. 406 y ss., 2 de noviembre de 1800. El nombramiento de capellán en su hermano en mismo legajo, día 25 de junio de 1799, fol. 337. APVA, *Libros Sacramentales*, Bautismos, libro 3, fol. 232v; Defunciones, libro 3, fol. 3.

<sup>563</sup> Ibid, Bautismos, libro 4, fol. 151.

<sup>564</sup> AHUS, Fondo Colegio Mayor Santa María de Jesús, *Expedientes de Pruebas de Legitimidad y Limpieza de Sangre*: de Juan de Vera Delgado para la obtención de un Grado en la Universidad de Sevilla, año 1781, libro 715, fols. 503-523.

<sup>565</sup> ADC, *Episcopologio*, Obispo Vera y Delgado, leg. 1 (antes *Secretaría de Cámara*, Despachos, leg. 74): *Relación de los títulos, méritos, grados y ejercicios literarios del doctor don Juan Acisclo de Vera y Delgado* (años 1790 y 1799).



cruz supernumeraria de la Orden fundada por el mencionado monarca con su propio nombre.

Precisamente en la colección pictórica de personajes célebres relacionados con Sevilla y su Universidad, situada en las dependencias de su Rectorado en la antigua Fábrica de Tabacos, se encuentra un retrato de Vera pintado por José de Arango (1820) para su colección de ilustres alumnos y docentes, encargado al objeto de testimoniar el grato recuerdo que había dejado en la ciudad<sup>566</sup>. Su hermano Pedro, dedicado igualmente a la carrera eclesiástica, se graduaría el mismo año también en Sevilla como “Licenciado y Maestro en Filosofía”<sup>567</sup>. Su ingreso al estado clerical lo haría aún en vida de su ilustre tío, ya arzobispo hispalense, recibiendo la tonsura el sábado *ante Dominica Passionis* 15 de marzo de 1777<sup>568</sup>, en la ermita sevillana de San Andrés Apóstol, de manos del auxiliar del Arzobispado el obispo de Botra:

*“Villanueva del D.<sup>n</sup> Juan Acisclo de Vera y Delgado, h. l. de D.<sup>n</sup> Josef Ygnacio de Vera y Vaena y D.<sup>a</sup> Ariscal = P.<sup>to</sup> de María Delgado y Venegas = Familiar de Su Ex.<sup>a</sup> â tit.<sup>o</sup> de Sufficiencia y con Rev.s de su Leon ordinario”.*

Los llamados *Cuatro grados* le fueron conferidos el día 8 de diciembre de 1782, estando ya la diócesis en sede vacante, y también por el obispo de Botra don Agustín de Ayestarán y Landa<sup>569</sup>, ya que Delgado, en el breve espacio de tiempo que estuvo en Sevilla nunca las llegó a dispensar, celebrándose la ceremonia en el oratorio privado del obispo<sup>570</sup>:

“Día 8 de diz.<sup>re</sup> de 1782

*Quatro Grados disp.<sup>s</sup> int.<sup>s</sup> y Artado=*

*Villanueva S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Juan Acisclo de Vera y Delgado Cavallero de la Real y distinguida orden*

---

<sup>566</sup> AHUS, *Libros de Cuentas de la Universidad Literaria*, núm. 1.098, fol. 16: *Libro donde se asientan separadamente las salidas de caudales que han tenido las Arcas de la Real Universidad Literaria de Sevilla*. Se asignó el 27 de marzo de 1820 para su ejecución la cantidad de 296 reales para: “un retrato del Exc.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Juan de Vera y Delg<sup>o</sup> su composic.<sup>n</sup> y marco”.

<sup>567</sup> Ibid, Fondo Colegio de Santa María de Jesús, *Expedientes de Legitimidad y Limpieza de sangre*, libro 716, fol. 262-272.

<sup>568</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, *Instrumentos de Descripción*, Registros de Órdenes Sagradas, libro 38.

<sup>569</sup> Nacido en 1738 en Villafranca (Navarra), fue promovido obispo auxiliar de Sevilla el 7 de septiembre de 1772 con el título episcopal *in partibus* de Botra, recibiendo ración entera del cabildo en 15 de marzo de 1773, fue preconizado para la sede cordobesa el 27 de junio de 1796, donde falleció el 8 de abril de 1805.

<sup>570</sup> AGAS, *Instrumentos de Descripción*, Registros de Órdenes Sagradas, libro 38, fol.213v.

*Del Ariscal española de Carlos tercero y racionero de esta dha S.<sup>ta</sup> Metropolitana Yglesia de*  
*Priorato de Sevilla.....”.*  
*Leon...*

Pocos días más tarde – durante las témporas<sup>571</sup> de Santo Tomás –, el 21 de diciembre, lo hizo de *Epístola*<sup>572</sup> “a título de la Ración que goza en esta S.<sup>ta</sup> Yglesia”, la ceremonia se oficiaría esta vez en la iglesia del colegio de San Pedro de Alcántara, siéndole conferida apenas un año más tarde en el mismo templo la de *Evangelio*<sup>573</sup>, que recibió por parte del mismo prelado durante las témporas de Ceniza el sábado 6 de marzo de 1784. Fue ordenado finalmente de presbítero, o *de Misa*, durante las témporas de Santo Tomás en la Capilla Pública del Palacio Arzobispal el 17 de diciembre de 1785<sup>574</sup>, orden que recibió de manos del arzobispo Llanes, como podemos ver en el escueto asiento del libro de Registros de Órdenes:

*“Villanueva del Ariscal S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Juan Acisclo de Vera y Delgado, Prebendado de esta S.<sup>ta</sup> Yglesia”.*  
*del Ariscal*  
*Prior.<sup>to</sup> de*  
*León*

Parece sin embargo, que tuvo ciertas reservas a dar aquel trascendental paso, dudas que resolvió gracias al consejo del celeberrimo predicador capuchino fray Diego José de Cádiz (Cádiz, 1743-Ronda, 1801), buen amigo de su tío el cardenal Delgado, que lo había traído a Sevilla para que predicase en la ciudad, y a quien sus dos sobrinos Juan Acisclo y Pedro consultaban frecuentemente sus asuntos sobre temas espirituales. Así lo recoge fray Luis Antonio de Sevilla en su obra: *Verdadero retrato de un misionero perfecto: animado en la vida del V. P. Fray Diego de Cádiz*<sup>575</sup>, donde relata como el vehemente predicador profetiza al joven Juan Acisclo su futura condición episcopal:

---

<sup>571</sup> Las cuatro témporas eran: la primera los días 19, 21, y 22 de febrero; segunda los días 21, 23, y 24 de mayo; las terceras, 17, 19, y 20 de septiembre; y las cuartas el 17, 19, y 20 de diciembre.

<sup>572</sup> AGAS, *Instrumentos de Descripción*, Registros de Órdenes Sagradas, libro 38, 281v.

<sup>573</sup> Ibid, 259.

<sup>574</sup> Ibid, libro 39, fol. 15.

<sup>575</sup> Fray Luis Antonio Sevilla: *Verdadero retrato de un misionero perfecto: animado en la vida del V. P. Fray Diego de Cádiz*. Málaga, 1806, Sevilla, Imprenta de D.A. Izquierdo, 1862, págs. 546-547.

*“La devoción y estimación con que trataba a Fr. Diego, el Emmo. Sr. Cardenal Delgado, se había comunicado a todos los individuos de su familia. Hacían parte de la más íntima, sus dos sobrinos, don Pedro y don Juan Acisclo de Vera y Delgado, que como los demás le consultaban en sus asuntos. Hallábase este último ya ordenado in Sacris, pero dudaba mucho ascender al Presbiterado, y al fin se resolvió a consultar a Fr. Diego, y seguir ciegamente su dictamen; hablóle y entre otras razones que el Padre le dijo para animarle a recibirlo fue una esta: Señor Don Juan, el que está destinado del cielo para ordenar a otros, precisamente debe ordenarse de sacerdote. Mucho años antes, siendo jovencito dicho Señor, le acariciaba el Padre con mucho agrado, le besaba las manos, y decía: dignas son de esta reverencia las manos que en algún tiempo serán consagradas [...] Tuvo de ella noticia – de la profecía realizada por el celebrado predicador, que gozaba en vida fama de santidad – su Emmo. tío, creyola, y conservola en su corazón, y procuró se diese con más aplicación a los estudios, de que hoy [por el año 1806, en que se escribe la obra] con elogio y edificación hace uso en desempeño de un encargo tan grave y distinguido en la Iglesia de Dios, en que se vio colocado cuando las circunstancias le presentaban en ello lo más remoto. Pero jamás fueron fallidos, los decretos del cielo, ni los vaticinios que por su luz hicieron los siervos del señor”.*

Entre sus devociones particulares estarían a bien seguro las de su pueblo: la Inmaculada, Santiago, San Miguel, los titulares de la hermandad de la Veracruz, o el Santísimo Sacramento, a cuya hermandad ariscaleña perteneció desde 1798<sup>576</sup>. También, cómo es lógico, y en su calidad de canónigo y de sevillano tendría especial devoción por la Virgen de los Reyes, San Fernando o la Virgen de la Antigua, constando en esta ciudad su pertenencia a las hermandades de la Virgen del Amparo<sup>577</sup>, establecida en la parroquia de la Magdalena, y a la elitista corporación de las Doncellas, que daba culto a la Virgen de la Anunciación y se encontraba sita en la capilla homónima de la Catedral hispalense, siendo hermano de esta al menos desde 1806<sup>578</sup>. A esta última también pertenecerían su hermano don Pedro, penitenciario del Cabildo y otros de sus parientes, como el arcediano Curiel, estaba compuesta por cuarenta hermanos, y tenía como instituto principal la dotación de doncellas. Sus reglas, disponían que al menos dieciséis miembros de su nómina de hermanos tenían que ser

---

<sup>576</sup> Hermandad Sacramental de Villanueva del Ariscal, Libro de Registro de hermanos: En 1798 ingresaron en aquella corporación don Francisco Vicente Venegas, arcediano de Niebla, su pariente (6 de enero); él mismo junto con su tío el tesorero del cabildo catedral don Juan Delgado y Venegas con fecha 6 de abril; y por último su hermano don Pedro, penitenciario de la catedral con fecha 1 de agosto.

<sup>577</sup> Fernando Gelán: Diario ABC de Sevilla de 25 de mayo de 1983, pág. 47, Sección Mayo Mariano.

<sup>578</sup> Fernando Artacho y Pérez-Blázquez: *La ilustre hermandad de Nuestra Señora de la Anunciación, vulgarmente llamada capilla de las Doncellas*. Tesis doctoral inédita. Juan Acisclo aparece en el año 1806, Caja 62, nº 2, III, 3.2; y su hermano en 1827, siendo hermano mayor de la misma en 1836, Caja 17, nº 16, I, 6.

presbíteros, estipulando que si alguno de estos era dignidad o canónigo del cabildo aquel debía ostentar el cargo de *Presidente* de la misma.

En 1782, antes aun de su ordenación sacerdotal, siendo todavía clérigo tonsurado y con veinte años escasos, sentó plaza como racionero entero del cabildo hispalense, para la que fue provisto el viernes 17 de mayo de ese mismo año. Sustituía en ella a don Antonio de Salinas y Saavedra, que había ascendido a una canonjía, tomando posesión de ella el 14 de agosto el 18 de julio de ese año<sup>579</sup>. Dicha prebenda la ocuparía hasta el 25 de diciembre de 1798<sup>580</sup>, en que sustituye la plaza de canónigo que ocupaba su propio tío el tesorero Juan Delgado y Venegas, siendo sustituido en la que gozaba por don Manuel María Cavaleri, representante de otra de las grandes familias del patriciado hispalense. Aún antes de esto, y como ya ha sido indicado líneas atrás, le había sido concedida una cruz de caballero supernumerario de la Real y Distinguida Orden española de Carlos III con fecha 23 de abril de 1780, sin duda creemos que por mediación de su tío el cardenal-patriarca, persona muy cercana y de la mayor confianza del monarca ilustrado. Esta condecoración le fue impuesta en su propio domicilio por el deán de la catedral hispalense don Miguel Antonio Carrillo, contando con la asistencia de diferentes capitulares del cabildo catedralicio y otros personajes de la ciudad<sup>581</sup>.

Presbítero desde 1785, poseía licencias absolutas para celebrar, predicar y confesar a personas de ambos sexos en las diócesis de Sevilla, Granada, Cádiz y Málaga, siendo su primer cargo de relevancia en el cabildo el de diputado para la “corrección de los individuos sujetos a la jurisdicción privativa y económica”<sup>582</sup>, año 1787. Visitador de la parroquia del Sagrario en ese mismo año, fue asimismo diputado de Negocios y pleitos del Cabildo en 1790, y diputado de Cánones y Leyes de la Universidad hispalense en 1787. Entre 1790 y 1793 es consiliario de dicha Universidad<sup>583</sup>, ocupando también el de juez en las oposiciones a las cátedras de

---

<sup>579</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, Libros de Entrada de Prebendados: núm. 384, fol. 101; y Pruebas de Limpieza de Sangre, leg. 37, expediente J-167.

<sup>580</sup> Ibid, LAC, núm. 282, fols. 63v-64: Provisión de la canonjía vacante.

<sup>581</sup> AHN, *Estado*, Orden de Carlos III, exp. 77: Expediente de ingreso en la orden de Carlos III como caballero supernumerario de Juan Acisclo de Vera y Delgado Baena y Venegas, natural de Villanueva del Ariscal. Testimonio notarial de la entrega de la referida condecoración, que tuvo lugar el 25 de julio de 1780 en la antesala del oratorio privado del domicilio del agraciado. En ADC, *Episcopologio*, Obispo Vera y Delgado, leg. 1 (antes en *Secretaría de Cámara*, Despachos, caja 74).

<sup>582</sup> Ibid, leg. 1: *Relación de los títulos, méritos, grados...*

Código, Decretales e Instituta. El 15 de junio de 1791 por un decreto del obispo gaditano Martínez de la Plaza es nombrado inquisidor del tribunal gaditano y juez ordinario del mismo para los casos que correspondían a dicho territorio en el tribunal del Santo Oficio sevillano, prebenda que se sustentaba con una canonjía simple llamada “del Santo Oficio” en el cabildo de dicha ciudad<sup>584</sup>, poco después, es asimismo nombrado mayordomo del Comunal y fiscal general de todos los asuntos del cabildo en 1792, y contador mayor y diputado de Hacienda en 1794, así como examinador sinodal de las diócesis de Cádiz y Granada. Gozaba además un beneficio en la parroquia de Santa María de Arcos de la Frontera, estudiando más tarde cuatro años de práctica forense tras los cuales se recibió como abogado de la Real Audiencia de Sevilla el 18 de agosto de 1796, ingresando el 14 de septiembre siguiente en los Reales Consejos. El 12 de mayo de 1796 el arzobispo Despuig y Dameto le nombraría para el cargo de juez de Testamentos y Obras Pías del Arzobispado<sup>585</sup>, y poco después “juez, oficial, y vicario general *ad universitatem causarum* de aquella Iglesia, Consistorio y Audiencia Ordinaria y Metropolitana”<sup>586</sup>, nombramiento aprobado por el rey por resolución de fecha 3 de octubre de dicho año. Cargos que durante la sede vacante acaecida tras la forzada renuncia de Despuig le revalidó el cabildo con fecha 16 de mayo de 1799, y posteriormente confirmó el nuevo arzobispo Borbón el 31 de julio de 1799<sup>587</sup>. Meses antes, el 24 de diciembre de 1798, tomaba posesión de su plaza como canónigo titular del cabildo<sup>588</sup> en sustitución de la dejada vacante por defunción de su propio tío materno don Juan Delgado y Venegas, dignidad de tesorero del mismo.

---

<sup>583</sup> Francisco Aguilar Piñal: *La Universidad de Sevilla en el siglo XVIII: estudio sobre la primera reforma universitaria moderna*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1969, págs. 525-528. La Universidad “reformada”, contaba desde 1772 con una junta compuesta de: rector, promotor fiscal, consiliarios (elegidos de manera trienal); y los diputados y colacioneros (renovados anualmente).

<sup>584</sup> ADC, *Episcopologio*, Obispo Vera y Delgado, leg. 1 (El decreto se encontraba antes de *Secretaría de Cámara*, Provisiones de Cargos, año 1791).

<sup>585</sup> *Guía del estado eclesiástico seglar y regular de España...* opus cit. También ADC, *Episcopologio*, Obispo Vera y Delgado, leg. 1 (antes en *Secretaría de Cámara*, *Despachos*, legs. 73-74): *Relación de títulos, méritos, grados...*

<sup>586</sup> *Ibidem*.

<sup>587</sup> *Ibidem*.

<sup>588</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, núm. 282. En el Libro de Entrada de Prebendados, 384, fol. 18, aparece en martes 25 de diciembre de 1798. Puede verse también la necrológica del arzobispo Vera y Delgado en la *Gaceta de Madrid*, núm. 74, 21 de enero de 1819, pág. 75; y certificación de los acuerdos capitulares por el secretario del cabildo catedral hispalense de fecha 21 de agosto de 1799 en ADC, *Episcopologio*, Obispo Vera, leg. 1.

En 1787 ingresa como individuo honorario en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras de Sevilla<sup>589</sup>, aunque lo escueto del asiento en el libro de actas<sup>590</sup>, o su *Relación de los títulos, méritos, grados y ejercicios literarios*<sup>591</sup> no nos permite conocer si don Juan Acisclo leyó algún tipo de memorial para su recibimiento, o si existió respuesta por parte de algún académico. Los diferentes sucesos acaecidos en la ciudad y el país impiden conocer si existió alguna actividad literaria del arzobispo con aquella institución. La inexistencia de sesiones y asientos en sus libros de actas, motivadas por trágicos acontecimientos como la terrible epidemia de 1800, y posteriormente la invasión napoleónica, hicieron que estas no se restablecieran con normalidad en sus actividades hasta el año 1820, ya fallecido el arzobispo<sup>592</sup>.

Su buen hacer en las diferentes funciones que desempeñó, acompañado de la excelente preparación académica y teológica, y un carácter bondadoso y apacible, le procuraron un rápido ascenso en la curia, a la que tampoco como es lógico debió ser ajeno el ilustre parentesco o incluso la protección regia, pues como vimos con tan solo diecinueve años, en 1780, le fue conferida la merced de caballero supernumerario de la Orden de Carlos III, categoría que el monarca otorgaba sin ajustarse a otros méritos establecidos por los Estatutos que los de su propia voluntad. Nos dice en este sentido Méndez Bejarano que: “sus talentos y disposición para la oratoria sagrada” le llevaron a obtener reconocimientos y cargos eclesiásticos y civiles, advirtiéndonos sobre su posible obra escrita “hoy no queda prácticamente nada”. Tan solo cita de él un sermón escrito en su juventud y publicado en Sevilla en 1775 con motivo de la festividad de Santa María Magdalena, pieza que nos ha sido imposible localizar, no constando siquiera entre escasos papeles personales que se conservan en el Archivo Diocesano de Cádiz<sup>593</sup>. Es necesario hacer notar que en esos años predica también fray Diego José de Cádiz un sermón dedicado a aquella santa y publicado en 1783, y aunque

---

<sup>589</sup> Aunque no sabemos si estuvo ligado también a una efímera institución surgida en la época llamada Academia de Historia Eclesiástica, fundada en 1793 y dada por extinta en 1806, precisamente durante su gobernación de la diócesis. A ella pertenecían el profesorado del Colegio de Santa María de Jesús y numerosos sacerdotes diocesanos.

<sup>590</sup> RASBL, *Libros de Actas*, núm. 2, de 1751 a 1790, asiento 481, de fecha 14 de diciembre de 1787, sesión presidida por el señor marqués de Torreblanca.

<sup>591</sup> Conservado entre los papeles del arzobispo en el Archivo Diocesano de Cádiz.

<sup>592</sup> RASBL, *Libros de Actas*, 2, fols. 203 y 288.

<sup>593</sup> Ver estos principalmente en dos nuevas series creadas: *Episcopologio*, Obispo Vera, leg. 1; y *Documentación Doceañista*, Obispo Vera, 1 caja. La existencia de dicho sermón es citada en Mario Méndez Bejarano: *Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales de Sevilla y su actual provincia*, 3 vols., tomo III, Sevilla, Tipografía Gironés, 1922, pág. 101.

el impreso no aclara la fecha en que fue predicado, tan solo la de impresión, no podemos afirmar que se trate del mismo, pues aunque Acisclo contaría en 1775 tan solo 14 o 15 años, su selecta educación y el ambiente de rigor moral en el que crece le habrían permitido perfectamente esa precoz actividad literaria<sup>594</sup>. Precisamente sobre esta bondad de su carácter y ausencia de ambiciones, como veremos posteriormente, nos han llegado algunas referencias, entre ellas el testimonio del secretario de la delegación británica ante la Junta Central, Vaughan, que lo trató en Aranjuez siendo aquel vocal de la misma. En su correspondencia con lord Holland, quien lo había conocido igualmente en el transcurso de sus viajes por Andalucía, nos dice que: “era tímido y buena persona”<sup>595</sup>.

Sobre estos primeros años de Juan Acisclo como capitular, pues como vimos fue premiado con una ración en 1780, nos ofrece una idea el ya citado Holland, quien nos da una idea del boato ceremonial observado en el templo en los años anteriores a la catástrofe que supuso la invasión napoleónica, el cual comparaba con el había visto en la mismísima Basílica de San Pedro. Muestra de lo cual sería por ejemplo el estreno que para el Corpus de 1790 se hizo de una custodia de oro que sustituyó a la tradicional argentea de Arfe, y cuya ejecución había sido ya planeada en los lejanos días del siglo XVII, en 1608, no llegando a ser una realidad, efímera como veremos, hasta ese año. El majestuoso artificio sin embargo apenas si reflejaría la luz de las calles sevillanas, pues al poco de estrenarse fue destinado para el culto interno catedralicio, recuperándose la citada de Arfe, aún hoy en uso en las solemnidades del Corpus Cristi. El cabildo acordaría finalmente el 3 de julio de 1798 entregarla al horno, ayudando así a sufragar las necesidades bélicas de la monarquía, siempre necesitada de liquidez, por lo que se determinó que la valiosa pieza fuese desarmada y fundida<sup>596</sup>. Con algunas de las piezas conservadas por el Cabildo se determinó sin embargo elaborar el valioso pedestal destinado a portar el mencionado Lignum Crucis legado a la catedral por el tío de Juan Acisclo, que años más tarde la corporación acordó obsequiar al regio favorito don

---

<sup>594</sup> El sermón de fray Diego: *Sermon panegirico-dogmatico-moral, que en la funcion celebrada en obsequio de la gloriosa Santa María Magdalena por un especial devoto suyo en el Sagrario de la Santa Patriarcal Metropolitana Iglesia de Sevilla dixo el P. Fr. Diego Joseph de Cadiz, misionero apostolico del Orden de Menores Capuchinos de N.S.P.S. Francisco de la Provincia de Andalucía*, Sevilla, Oficina de D. Manuel Nicolás Vázquez, de la calle Génova, año 1783.

<sup>595</sup> Lady Elizabeth Holland: *The Spanish Journal*, Londres, Longman, Green and Co., 1910, pág. 408.

<sup>596</sup> AGAS, I *Secretaría*, LAC, 282, año 1798, fols. 44 v., 45 v. y ss. Cabildo presidido por el tesorero don Juan Delgado y Venegas, tío de Juan Acisclo, por ausencia de las dignidades precedentes, y que ofreció el resultado favorable a la desmantelación de la áurea custodia por 28 bolas blancas contra 7 negras.

Manuel de Godoy, recuperándola tan solo a la caída de este varios años después, integrando desde entonces parte del tesoro catedralicio.

Justino Matute en sus *Anales Eclesiásticos* nos refiere la asistencia de Vera el 8 de junio de 1793 a una misa solemne celebrada en iglesia de la antigua Universidad Literaria – actual iglesia de la Anunciación en Sevilla – por el alma de Luis XVI<sup>597</sup>, *rey cristianísimo* de Francia, guillotinado ese mismo año. La ceremonia, oficiada por el doctor don Antonio de Vargas, rector y juez cancelario de la universidad, fue asistida por el joven Juan Acisclo y por don Miguel de Vargas, también prebendado en la S.I.C. de Sevilla, acto que contó con la presencia del arzobispo Llanes y numerosas personalidades de la vida pública e institucional sevillana. Tras el fallecimiento del prelado en 1795, y la forzada renuncia de su sucesor Despuig y Dameto<sup>598</sup>, mallorquín que había venido de la sede de Orihuela como electo para la de Valencia pero que finalmente fue nombrado para la de Sevilla, que gobernó desde el 18 de diciembre del mencionado año de 1795 hasta el 30 de enero de 1799, sería presentado para ocupar la mitra sevillana el entonces conde de Chinchón y arcediano de Talavera en la Santa Iglesia de Toledo don Luis de Vallabriga, a quien desde agosto de 1799 se le permitió llevar el apellido Borbón. El nombramiento quedó publicado por la Gaceta de Madrid con fecha 22 de febrero de 1799, y tras la publicación de la sede vacante el 14 de mayo, el día 26 tomaría en su nombre posesión de la diócesis el entonces auxiliar don Manuel Cayetano Muñoz y Benavente, obispo de Licópolis<sup>599</sup>. El nuevo arzobispo entraría en Sevilla el 28 de junio, acompañado por su hermana, la esposa de Godoy, de la cual

---

<sup>597</sup> Matute: *Anales*, III, 133-34.

<sup>598</sup> Alejado por Godoy – Despuig había apoyado a Urquijo anteriormente en la primera deposición del favorito – en Italia junto con los arzobispos de Toledo, y de Seleucia, abad de San Ildefonso, so pretexto de solucionar en la corte papal ciertos “puntos pendientes”, no volvió jamás a su diócesis, renunciando formalmente a ella el 8 de febrero de 1799. Avella Cháfer: *Historia eclesiástica...*, 120.

Lorenzana y Despuig, habrían pretendido por lo que parece denunciar ante Roma la supuesta bigamia de Godoy, casado en secreto con su amante *Pepita* Tudó a pesar de su matrimonio con la condesa de Chinchón. Vicente de la Fuente: *Historia eclesiástica de España*, opus cit., tomo III, pág. 400.

<sup>599</sup> Don Manuel Cayetano de Muñoz y Benavente nació en la localidad de Santa Cruz de los Cáñamos (Ciudad Real) el 9 de septiembre de 1744, había venido en el cortejo del arzobispo Despuig y había sido su provisor y vicario general en las diócesis de Mallorca y Orihuela, quedando asociado como obispo auxiliar de Sevilla de este el 24 de julio de 1797 con el título *in partibus* de Licópolis. Tras la huida de las principales instituciones político-religiosas de Sevilla hacia Cádiz quedó al frente de la Iglesia hispalense, a fin de no desatender espiritualmente a los fieles, quedando confirmado en su puesto por el nuevo monarca intruso que lo propondría para la diócesis de Málaga, si bien no llegó a tomar posesión de ella. Con la Restauración abandonó la gobernación y la archidiócesis hispalense con fecha 8 de abril de 1814, y tras un mínimo proceso de depuración se le concedió como retiro el título de abad de la Colegiata de Alcalá la Real (Jaén), donde falleció el 8 de julio de 1824. Sus restos están enterrados en la iglesia de Consolación de aquella localidad giennense. Moreno Alonso: “Sevilla de la Ilustración al Liberalismo”, opus cit., págs. 629, y 843.



prácticamente apenas se separaba, acontecimiento que fue celebrado con luminarias y solemnes repiques generales de todas las parroquias y conventos de la ciudad<sup>600</sup>. La nueva curia quedaría pues organizada de la siguiente manera: como gobernadores del arzobispado Muñoz y el canónigo don Juan Miguel Pérez Tafalla, que ya lo eran desde la época de Despuig; como vicario general y provisor del Arzobispado el doctor don Juan Acisclo de Vera y Delgado, nombrado el 2 de agosto en sustitución de don Joaquín María de Torres<sup>601</sup>; y como juez de la Santa Iglesia y de Testamentos, puestos que Vera detentaba desde 1796 don José Benito de Bárcena. Como secretario de Cámara para los dos arzobispados fue designado don Sebastián de Gorbea, que ocuparía además las dignidades de arcediano de Écija en el Cabildo hispalense, y de Calatrava en el Primado.

Luis María de Borbón, que sería como su padre cardenal de Santa María della Scala, o *de Scalas*, había nacido en Cadalso de los Vidrios, provincia de Madrid, el 22 de mayo de 1777, hijo del infante don Luis de Borbón y Farnesio que también había sido cardenal y arzobispo de los mismos títulos antes de su reducción al estado secular, y de la ilustre dama doña Teresa de Vallabriga y Drummond. Nació privado sin embargo del apellido Borbón, debido al matrimonio morganático de su padre, condición que estipulaba la Pragmática Sanción sobre matrimonios reales decretada por Carlos III, llevando el de su madre hasta el 4 de agosto de 1799, en que le fue permitido el uso del apellido paterno. El joven Luis María, destinado a la carrera eclesiástica a la muerte del infante, ostentaba las dignidades de conde de Chinchón, que más tarde cedería a su hermana Teresa, y de grande de España como hijo de infante, siendo además arcediano de Talavera en el cabildo primado. Ordenado de sacerdote el 13 de marzo de 1799, ya antes de esto se conocía la voluntad de los reyes de proponerlo para la mitra hispalense, vacante por la forzada renuncia del arzobispo Despuig, nombramiento que se llevaría a efecto el 15 de marzo de ese mismo año<sup>602</sup>, si bien estaría al frente de ella apenas un año, entre la fecha mencionada y el 22 de diciembre de 1800, en que fue preconizado para la sede primada tras la insinuada renuncia de su titular el cardenal Lorenzana, pero

---

<sup>600</sup> Matute: *Anales*, III, 247. Demostraciones de júbilo que se repetirían con motivo de la autorización para usar el apellido Borbón, de su primer pontifical en la catedral el 7 de julio, o de la concesión del capelo, a los que acompañó además el canto de un solemne Te Deum: Ibid, 256.

<sup>601</sup> Ibid, 245. Ver decreto de nombramiento en AHN, *Consejos*, Libros de Iglesia, núm. 113, fols. 142v-144, San Ildefonso 2 de agosto de 1799.

<sup>602</sup> *Anales*, III, 288.

reteniendo la de Sevilla como administrador apostólico hasta el 19 de mayo de 1814, fecha en que se vio obligado por Fernando VII a renunciarla debido a las simpatías liberales que manifestó durante todo el periodo constituyente<sup>603</sup>. Antes de su promoción a la sede toledana había sido elevado a la púrpura, el 20 de octubre de 1800, portando como se dijo el mismo título cardenalicio que su padre. El decreto que publicaba el nombramiento junto con la retención de la mitra sevillana lleva fecha de 4 de noviembre, siendo publicado en la *Gazeta de Madrid* el día 21 siguiente, en él se explicitaban los motivos para justificar este nuevo acto de flagrante regalismo<sup>604</sup>:

“En atencion á quanto me ha representado el Cardenal D. Francisco de Lorenzana he venido en admitirle la renuncia que ha hecho del Arzobispado de Toledo, dexándole para su decente manutencion 600€ rs. Anuales sobre la tercera parte pensionable del Arzobispado. Al mismo tiempo teniendo consideracion á las ilustres circunstancias del Arzobispo de Sevilla Don Luis de Borbon, hijo del Infante D. Luis mi tio, le nombro para la dicha mitra; é igualmente por las mismas ilustres circunstancias, y teniendo tambien en consideracion que por el notorio zelo, caridad sin límites y virtud tan acendrada del expresado D. Luis de Borbon sería llorada su remoción de Sevilla por aquellos diocesanos, que le aman con el mayor extremo, y aun aumentaría su consternación en el día, en que las desgracias que padecen con motivo de la peste les han constituido en la necesidad de tener un Prelado que distribuya todas sus rentas para remediarlas en la prodigalidad que lo ha hecho y continúa haciéndolo el mismo D. Luis de Borbon; quiero, y es mí voluntad, que conserve tambien en administracion el Arzobispado de Sevilla que ahora obtiene, así como le obtuvo el Infante Don Luis su padre, sin hallarse en igual caso ni circunstancias. Tendráse entendido en la Cámara, y se dispondrá lo correspondiente á su cumplimiento.=Señalado de la Real mano de S.M.= En S. Lorenzo á 4 de Noviembre de 1800= Al Marques de Murillo”.

Aunque en principio tras las renunciaciones de Bayona el cardenal acataría como muchos otros prelados y funcionarios de manera epistolar a Napoleón, al poco de esto acabaría presidiendo la Junta formada en Toledo, huyendo huido finalmente hacia Andalucía ante el avance francés. Establecido entre Sevilla y El Puerto hasta que el peligro francés le obligó a pasar a Cádiz, allí presidiría importantes ceremonias, como la inauguración de las Cortes el 24 de septiembre de 1810, o el juramento de los diputados, immortalizado en el célebre cuadro de Casado del Alisal conservado en el Congreso de los Diputados, juramento que él mismo hizo y tomó a diferentes personalidades

---

<sup>603</sup> Ibid, 255. Las bulas, expedidas en Santa María la Mayor de Roma llevan fecha 22 de diciembre de 1800, la confirmación de la renuncia por breve de Pío VII de 11 de enero de 1815.

<sup>604</sup> *Gazeta de Madrid* del viernes 21 de noviembre de 1800, núm. 94, pág. 1077 de la *Colección de la Gaceta*, vol. II.

refugiadas en la ciudad<sup>605</sup>. Presidente de la Cuarta Regencia desde el 8 de marzo de 1813 a la vuelta del restaurado Fernando, entre los más importantes decretos firmados por su mano destaca por significativo el de la abolición de la Inquisición. Su abrazo de la causa liberal le deparó al regreso de Fernando VII su animadversión, si bien tiempo después obtuvo el perdón regio, fallecería en Madrid el 18 de marzo de 1823, tras un inesperado protagonismo durante el Trienio Liberal, se encuentra enterrado en la Sacristía Mayor de la catedral primada.

Declarada al poco de su estancia en tierras andaluzas la terrible epidemia de fiebre amarilla que asoló Sevilla y parte de la región aquel año de 1800, el nuevo prelado, tras volver de su estancia estival en el Puerto de Santa María, donde acompañado de su hermana se encontraba tomando baños de mar por prescripción médica<sup>606</sup>, se refugió primero en la hacienda de la Fuensanta y posteriormente en Écija, donde pasó la denominada *cuarentena*, comunicando al cabildo su partida hacia Toledo, la nueva sede que sus reales primos los reyes y su cuñado Godoy le habían procurado. Tras ello partió hacia la corte, donde le sería impuesta *la birreta* el 7 de diciembre de ese mismo año<sup>607</sup>, proponiendo al rey en una representación fechada el 4 de febrero de 1801 a don Juan Acisclo de Vera y Delgado en calidad de coadministrador “temporalibus et spiritualibus”, es decir en los asuntos temporales y espirituales, nombramiento que fue aprobado por el monarca por un decreto expedido el día 15 de ese mismo mes, el cual fue publicado por un despacho dado en Aranjuez el día 27. Previo a ello Vera había sido provisto del arcedianato titular de la catedral hispalense, vacante desde la muerte de su último titular Rodrigo de Sierra y Llanes el 22 de noviembre de 1800, prebenda valorada en 22.000 reales al año que fue pensionada con 8.000 al permitírsele conservar su canonjía y el beneficio sobre la iglesia de Santa María de Arcos de la Frontera que gozaba. La terna de consultados para el arcedianato estuvo encabezada en primer lugar por el también capitular don Ignacio Almoríña, luego por Vera, y finalmente por Francisco Castañón, llevando la elección fecha de 21 de enero. Por otro decreto, esta vez del día 11 de marzo, se le presentaba a Roma para la

---

<sup>605</sup> Moreno Alonso: “Sevilla de la Ilustración al Liberalismo”, 632.

<sup>606</sup> Carlos Rodríguez López-Brea en su biografía sobre el cardenal Borbón afirma que donde se encontraba era en Sanlúcar, reposando de una incipiente gota que empezaba a padecer: *Don Luis de Borbón, el cardenal de los liberales (1777-1823)*, Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2002, pág. 60.

<sup>607</sup> Matute: *Anales*, III, 288.

concesión del correspondiente título episcopal *in partibus infidelium*, asignándosele por el papa con fecha 20 de julio de 1801 el de arzobispo de Laodicea<sup>608</sup>. Estos nombramientos fueron presentados por el interesado ante el cabildo hispalense para su reconocimiento el 1 de marzo del referido año, dándosele la colación de la prebenda por parte del cabildo el 10 de marzo siguiente, si bien no podría tomar posesión de la misma hasta el día 17, no ganando los emolumentos que tocaban a la citada dignidad hasta un año después de producida la vacante, el 23 de noviembre de ese mismo año 1801<sup>609</sup>. Se le señaló como sueldo por su cargo de coadministrador la cantidad de 4.000 reales de vellón anuales, a los que hay que añadir (también en concepto anual) los que percibiría por su ascenso a dignidad, más la canonjía y el beneficio que disfrutaba, sumaban un total aproximado de 47.693 reales para el año 1802, cifra de la que hay que deducir la aportación por el Subsidio y el Excusado la cantidad de 2.908, y que importarían anualmente 44.785<sup>610</sup>.

Las motivaciones que llevaron al cardenal a proponerlo frente a otros miembros más experimentados de la curia o del cabildo no se conocen, aunque se puede especular sin temor a errar demasiado que pudieron estar fundadas sobre varios factores: desde la excelente preparación académica, intelectual y moral del personaje, contar un carácter apacible y algo apocado, sumiso a las directrices que le llegaran de Toledo, una edad no muy avanzada, pues en esos momentos contaba treinta y nueve años, y quizás, factor nada desdeñable, el buen recuerdo que su tío el cardenal Delgado había dejado en la diócesis y en los ambientes de la corte madrileña. Así, la propuesta de nombramiento por parte de Borbón a su primo dice:

---

<sup>608</sup> Los decretos de nombramiento, bulas, y otras reales cédulas tanto de Juan Acisclo como de Borbón en AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC 164, año 1801, documentos insertos entre los fols. 25, 28, 39, 47v-49, y 173. Copia del decreto de propuesta para el puesto de coadministrador y nombramiento en ADC, *Episcopologio*, Obispo Vera y Delgado, leg. 1. Decretos expedidos en AHN, *Consejos*, Libros de Iglesia, núm. 115, fols. 34 y 46. Consulta del arcedianato también en *Consejos*, leg. 15.478. Concesión del arzobispado de Laodicea por Roma en ASV, A.C. 49, fol. 175. La consideración jurídica del título *in partibus infidelium*, que significa “en tierra de infieles”, y denomina a las antiguas diócesis cristianas ocupadas por aquellos que impedían a los obispos desempeñar su labor pastoral en ellas, se refiere a las dignidades episcopales que sirven a los prelados “no residenciales”, que ejercen su labor al servicio de la curia romana o como obispos auxiliares en las diferentes diócesis. Laodicea de Phrygia, antigua sede cristiana, era una de las siete iglesias primitivas, y significa “Juicio de pueblos”. Situada a unos 65 Km. al sudeste de Filadelfia, en el valle del río Lico, su nombre actual es Denikli (hoy en Turquía), siendo fundada en el siglo III antes de Cristo por Antíoco II (261-246 a.C.), que le puso el nombre en honor de su mujer Laodice. Se dice en el Apocalipsis que allí el Anticristo provocará la última y más terrible persecución contra la Iglesia. Ciudad próspera e industrial con Roma, fue famosa por sus tejidos y las abundantes aguas termales que brotaban en sus alrededores. El título arzobispal está vacante desde 1968.

<sup>609</sup> Su presentación por parte de Vera al cabildo en AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, núm. 164 (1801), asiento del 1 de marzo, fol. 39v. Colación en asiento del 10 de marzo, fol. 47v. Ver también en misma sección los Libros de Entrada de Prebendados, núm. 384, fol. 103.

<sup>610</sup> Ibid, II, *Mesa Capitular*, Libros de Mayordomía, núm. 36, fol. 104.

“informado al mismo tiempo S.M. de la entera y completa satisfaccion que tenemos de la ciencia, virtud, experiencia, y demás relevantes prendas, que concurren en vos el D.<sup>f</sup> D.<sup>n</sup> Juan Acisclo de Vera y Delgado, Arzed.<sup>no</sup> titular y can.<sup>o</sup> de esta nuestra Santa Patriarcal Yglesia y Caballero de la R.<sup>l</sup> y distinguida Orden de Carlos III...y haviendose dignado S.M. por R.l Decreto de 15 de febrero proximo anterior condescender en todo con nuestros ruegos en la forma y bajo las calidades y circunstancias que le propusimos: Por la presente os nombramos, elegimos, y constituimos de ntra propia voluntad á vos el expresado D.<sup>n</sup> Juan Acisclo de Vera y Delgado, por nuestro coadministrador en lo espiritual y temporal de nuestro Arzobispado; y os damos poder y facultad la mas amplia, y quanto en derecho se requiere para que en representacion de Ntra Persona, Autoridad, y Jurisdiccion, proveais, acordeis, resolvais, declareis, mandeis, o dispongais quanto corresponda y nos parezca mas conveniente; y así mismo para qe concedais licencias de celebrar, predicar, confesar, y hacer Misiones; administreis órdenes, las confiarais, y deis la competente facultad para conferir las y ejercerlas; dispenseis en los casos a Nos reservadas, y subdelegueis esta misma facultad a las Personas y con los motivos que estimareis: expidais títulos de colacion á los sugetos que se presentaren, y os la pidieren, exhibiendo las Reales Presentaciones de S.M. o nombram.<sup>tos</sup> nuestros por lo tocante á nuestra ordinaria provision, bien sean de Dignidades, Canonicatos, Prebendas, Beneficios, y Capellanías, ó de los Curatos de ese nuestro Arzobispado. Toledo, 10 de marzo de 1801. L. de Borbon, Cardenal de Escala, Adm.<sup>or</sup> de Sevilla”<sup>611</sup>.

Una vez conocida oficialmente la noticia, el cabildo catedralicio determinó al día siguiente, 2, y en acción de gracias por la elección de Juan Acisclo, se dieran tres repiques solemnes de la Giralda, enviándole una diputación para felicitarlo en su nombramiento, la cual estuvo compuesta por el arcediano de Niebla, don Francisco Vicente Venegas, que era tío suyo; el canónigo don Antonio de Góngora y Armenta, y don José García de Prado, que le hicieron constar la especial distinción otorgada con respecto a otras celebraciones anteriores por ser el electo “hijo de este Ilmo. Cuerpo”. Con fecha 21 de octubre se leyó en cabildo una carta del cardenal Borbón en la que determinaba que tres capitulares apadrinasen al nuevo obispo, correspondiendo tal misión al tesorero don Juan de Pradas, al arcediano de Écija don Sebastián de Gorbea, y a don José de Goya Muniaín, que se hallaban en la corte<sup>612</sup>. La consagración episcopal se verificaría el día 18 de octubre de 1801<sup>613</sup> en Madrid, en el convento de la Visitación, vulgo de Las Salesas, de manos del propio cardenal Borbón, arzobispo de Toledo y de Sevilla como sabemos, y apadrinado por el cabildo catedralicio, representado por los

---

<sup>611</sup> Ibid, I, *Secretaría*, LAC, 164 (1801), cuadernillo inserto entre los fols. 48v-49.

<sup>612</sup> Ibid, asientos del 2 de marzo, fol. 40v.; y de 21 de octubre, fol. 170.

<sup>613</sup> Ibid, 26 de octubre, fol. 173v.

capitulares expresados<sup>614</sup>, siendo asistido el consagrante en la ceremonia por los señores obispos de Puerto Rico, don Francisco de la Cuerda; y de Caristo, don Atanasio Puyal, su auxiliar en Toledo y futuro obispo de Calahorra-La Calzada. El cabildo, muy complacido con la elección del nuevo coadministrador, acordó regalarle a este y al electo obispo de Cádiz Utrera – que avatares del destino sería su antecesor en la sede gaditana – un presente por valor de 15.000 reales, decretando el 2 de diciembre con motivo de la vuelta de Vera de Madrid, repicasen en su honor todas las iglesias del arzobispado por donde pasare, así como a la entrada en la ciudad<sup>615</sup>.

Tras todo esto la curia arzobispal quedaba de la siguiente manera: arzobispo-coadministrador, Vera y Delgado; provisor y vicario general, el canónigo doctor don Joaquín María de Torres, que ya lo había sido antes; fiscal general, el canónigo de Osuna doctor don Pedro Julián Donado; secretario de Cámara para los dos arzobispados el doctor don Sebastián de Gorbea, arcediano de Calatrava en el primado, y de Écija en el hispalense; función que realizaría en Sevilla el doctor don Luis González Blanco, racionero; tesorero general el doctor don Vicente de Sesse; bibliotecario el bachiller don Tomás Baltasar de Morales; visitador el señor obispo de Licopolis auxiliado por el canónigo doctor Manuel Cavaleri y el capellán real Arjona; y como juez de la Santa Iglesia y de Testamentos, el mismo Cavaleri; el cabildo catedral seguiría presidido durante varios años más por el doctor don Fabián de Miranda<sup>616</sup>.

¿Pero cuáles eran las funciones del coadministrador respecto del prelado titular? ¿Cuáles eran sus funciones y autonomía pastoral? O, ¿qué diferencia existía entre Vera y Manuel Cayetano Muñoz, obispo de Licopolis y auxiliar del arzobispado? Habitualmente Roma nombraba a estos obispos para “auxiliar” como su propio nombre indica al prelado de una diócesis, ya por ser esta muy extensa territorialmente, o por tener disminuidas sus facultades el titular de la mitra. Los obispos auxiliares representaban al prelado en diferentes misiones a los que estos no podían o no deseaban asistir, contando capacidad ejecutiva por delegación pero no legisladora, encargándose habitualmente en las diócesis grandes de realizar las funciones de visitador del

---

<sup>614</sup> Del solemne acto fue publicada nota en la *Gazeta de Madrid* el martes 3 de noviembre de ese año. Ver Colección de la misma, vol. II, pág. 1.124.

<sup>615</sup> Por carta enviada desde Madrid al cabildo el 20 de octubre, Vera y Delgado les comunicaba que el domingo 18 pasado se había verificado la expresada consagración, dándoles las gracias por haber accedido a apadrinarlo. LAC 164, fols. 173v-174. Acuerdo del presente y los repiques en su honor en fols. 190v-191, y 195.

<sup>616</sup> *Guía del estado eclesiástico seglar y regular de España*, opus cit., año1802.

territorio. En cambio la figura del coadministrador tenía una significación jurídica diferente en cuanto a sus funciones aunque no contara jurisdicción, pues sustituía al obispo o arzobispo titular: *temporalibus et spiritualibus*, es decir en el gobierno temporal y espiritual de la diócesis, ya por ausencia definitiva de aquel o por incapacidad física o canónica del prelado provisto. Esto se dio por ejemplo en el caso del primer cardenal Borbón, arzobispo de Sevilla y de Toledo, que nunca llegó a tomar órdenes mayores y contó de varios coadministradores con título arzobispal. Luego su hijo, que tuvo los mismos títulos que el padre, al pasar a la sede primada pero reteniendo la hispalense en un flagrante acto de regalismo, debió nombrar otro coadministrador, que fue Vera y Delgado, pues las disposiciones tridentinas prohibían terminantemente la acumulación de sedes de carácter residencial, que tan funestas consecuencias tuvo en la época previa a la Reforma. Figura distinta era la del obispo-gobernador, que recaía en el obispo auxiliar, si la diócesis lo tenía, pero su actuación se reducía a las ausencias o incapacidades temporales del prelado, finalizando su gobernación con la proclamación de la sede vacante, pasando a desempeñar dicha función un gobernador nombrado por el cabildo catedralicio, habitualmente con el nombre de vicario capitular. Tanto el coadministrador como el obispo auxiliar podían retener los beneficios que tuvieran antes de su elevación al episcopado, pues como se ha referido ya dicha auxiliatura vacaba al morir o resignar el prelado la diócesis, conservando además hasta su muerte la congrua que se le asignó salvo que fuese promocionado.

¿Pero cuáles eran las funciones y la jurisdicción de este tipo de prelados?, hoy denominados “obispos titulares”, y antes obispos *in partibus infidelium*<sup>617</sup>. Por razones obvias no estaban obligados a realizar la visita *ad limina*, y no podían consagrar a otros obispos ni tampoco el crisma, aunque sí conferir las otras órdenes. Como todos los obispos pertenecía al Consejo de Su Majestad, y en teoría podían pedir el palio, si bien parece que la costumbre de la Curia era solo concederlo a los arzobispos residenciales como metropolitanos que eran. Según los decretos tridentinos (Sesión 6, Cap. 5) podían officiar pontificales pero con la licencia del titular de la mitra, facultad que cesaba con la sede vacante, también confería órdenes, confirmaba, y consagraba cálices, patenas, aras, bendecía corporales y otros ornamentos, campanas, primeras piedras, y reliquias, aunque estas no podían exponerse a veneración pública sin licencia del ordinario. Podía

---

<sup>617</sup> Juan Manuel Argüelles: *Disertacion histórico-theológica sobre los obispos titulares y auxiliares*, Madrid, Imprenta de la Gaceta, 1765.

celebrar misa solemne sin licencia con ornamentos episcopales pero que no implicasen jurisdicción, también dar la bendición solemne en la misa cantada, asistir a concilios generales, y no podía ser encausado si no ante el papa, no litigando en persona sino a través de procurador. Sí prohibía expresamente la legislación canónica que ordenase a sujetos en otras diócesis sin permiso de su ordinario, pudiendo ser suspendido de dichas facultades en caso de contravenirlo, que usara de capa magna en presencia del prelado titular, o que dispensase la bendición fuera de la misa solemne en público, signo de jurisdicción, no pudiendo sentarse en la silla episcopal, usar báculo, o cruz alzada en funciones religiosas, aunque sí llevar capa pluvial en el pontifical oficiado por su prelado y la mitra, que debía quitarse y ponerse solo. Tampoco podía conceder los cuarenta días de indulgencia con que se facultaba a los obispos a menos que tuviera facultad apostólica para ello, aunque sí un año en caso de dedicación de una iglesia, poner sobre el altar el séptimo candelero, o que todos los prebendados asistentes estuvieran revestidos de ornamentos sagrados, tan solo el diácono, subdiácono, y el presbítero.

Los honores que se debían a los obispos auxiliares y coadministradores eran los siguientes: tenían derecho a reclinatorio con alfombra, a cojín para los pies no estando el diocesano presente, a la silla más honorífica en la misma situación que lo anterior, a ser recibido a la entrada de las catedrales cuando fuese a celebrar de pontifical por dos canónigos, y a que se le ofreciese el hisopo, que él se aspergía a sí, en las iglesias debía ser recibido por el cura propio y por el clero de la misma revestidos de sobrepelliz. Al igual que los prelados titulares se revestía en el presbiterio, y no en la sacristía, debiendo hacerle el predicador en los sermones la salutación primera, que debía ser distinta a la que brindase a los integrantes del cabildo y los magistrados. Si además el obispo auxiliar era canónigo en el cabildo, este debía siempre preceder a todos en el coro, en el cabildo, y en las procesiones, recibiendo la incensación tras el arcediano y los canónigos asistentes al trono, y usando del vestido ordinario de los obispos en la curia romana: un roquete encima de la sotana y muceta de color morado. En las decisiones capitulares gozaba voto de calidad en caso de empate, sentándose en el coro en el sitio que por antigüedad le correspondía, en la que el deán estaba obligado a hacerle alguna expresión de cortesía, estando al igual que todas las instituciones diocesanas sujeto a la visita del obispo propietario. En caso de salir a representar al prelado y no asistir a coro no ganaba dietas, pero sí la renta mayor por ser legítima la



causa de dicha ausencia, debiendo abstenerse de officiar las misas que como canónigo le correspondían por turno, que debía encargárselas a otro<sup>618</sup>.

Pero volviendo ahora a los asuntos que marcaban el acontecer de la vida religiosa nacional, uno de los que más marcaron el estado de opinión del clero durante todo el siglo, fueron las relaciones con los poderes políticos, y concretamente con el regalismo desplegado por los monarcas borbónicos y sus ministros. Esta intromisión del Estado en la política eclesiástica, o lo que es lo mismo, sobre las facultades que debía tener el Romano Pontífice sobre el clero nacional, llevaron a las relaciones Roma-Madrid a numerosos desencuentros, pues se pretendía reducir la influencia romana a poco más que asuntos teológicos y de dogma. Esta situación, como veremos, se repetirá durante la invasión napoleónica, y había tenido sus máximos episodios con la expulsión de los jesuitas de España en 1767, y el llamado “cisma de Urquijo” en 1799.

También el de la sempiterna reforma del clero regular, que los ilustrados clamaban por constituir una rémora económica para el país, por la gran cantidad de tierras y bienes acumulados por estos, y que aquellos consideraban improductivos, y por la corrupción, relajación moral y vida escandalosa que se les achacaba, desviados de la austeridad y espiritualidad que imponían sus reglas, aprovechando además para intentar mermar en lo posible su sujeción a Roma y reducir el excesivo número de religiosos y de órdenes monásticas, cuyo número se planteaba a todas luces excesivo. Junto a esto se pretendió igualmente, eliminar, o al menos reducir, la dependencia de los religiosos regulares respecto de sus superiores generales, normalmente residentes en la Ciudad Eterna, demasiado alejados para poner coto de manera efectiva a los abusos denunciados. Uno de los remedios propuestos señalaba a los obispos de cada diócesis como los instrumentos más idóneos para el control y reforma de la vida monástica, dotándolos de nuevas funciones, como: supervisar las costumbres, reducir conventos en caso necesario, castigar comportamientos inadecuados, o regular el número de años para ser prior. Tanto es así que durante los días de la Junta Central en Aranjuez, Juan Acisclo intentaría interceder por su hermano, prior del monasterio jerónimo de Sanlúcar de Barrameda, solicitando a través de Rafael Antón, secretario del cardenal Borbón, visitador general de regulares en España la dispensa del tiempo de hábito requerido para su hermano:

---

<sup>618</sup> Ibid, 277, 420-450.

“S.Em<sup>a</sup> parece que ha dado por nulas todas las habilitaciones o dispensas concedidas por los Generales de San gerónimo a sus respectivos Monges de los años de Abito que necesitan para ser Piores y vicarios; con cuyo motivo mi hermano Fr. Francisco Xavier que está siendo Prior del Monasterio de San Lucar de Barrameda tendrá que dejar de serlo y volverse a su Monasterio”.

Por lo que insinuaba:

“No me atrevo a decirle a V. que haga por su parte lo que pueda por que no sé si estará de mejor condición que desde que no nos vemos pero de todos modos quente con un fiel compañero y disponga a su arbitrio de su más apasionado seguro amigo y compañero, QSMB Juan Acisclo de Vera Delgado”<sup>619</sup>.

Los agentes españoles en Roma no consiguieron sin embargo de la refinada diplomacia vaticana más que una solución intermedia, que si bien no anulaba del todo las facultades o “reservas papales” sobre el clero regular, tampoco concedía en manera alguna lo solicitado. La Bula *Inter Gravior* comprometería el nombramiento por parte del papa de un visitador general en la figura de un alto prelado cuya lealtad a la Corona no pudiera ser puesta en cuestión, elección que recayó en el propio primo hermano del rey y arzobispo primado de España, don Luis María de Borbón, quien a su vez podría delegar la función en los visitadores que creyera convenientes para la inspección de los institutos religiosos. Lo cierto y verdad es que la complejidad del asunto y la lentitud en desarrollar el procedimiento burocrático, hicieron que al estallido de la Guerra de la Independencia el proceso se encontrara aun en ciernes.

Los primeros años de la nueva centuria se iniciaron en un periodo de incertidumbre nacional e internacional, causada principalmente por los trastornos surgidos en Europa tras la Revolución francesa y la ambiciosa política expansionista del todavía cónsul Bonaparte, también por la interminable guerra con los ingleses, que tanto afectaba al comercio español con sus Indias. A todo ello había que sumar la deplorable situación en que se hallaba el papado tras la lamentable muerte de Pío VI preso de los franceses en Valenciennes (Francia), cuyos sufragios se sucedieron por todas las iglesias de la cristiandad, y entre ellas Sevilla. Todas elevarían preces por una acertada elección del nuevo pontífice, que recaería finalmente en la persona del cardenal Chiaramonti, quien tomó el nombre de Pío VII. La ansiada nueva, conocida por el cabildo y acogida con gran alborozo popular el Domingo de Ramos 6 de abril, llevó al arzobispo-

---

<sup>619</sup> Archivo General Diocesano del Arzobispado de Toledo (AGDAT), *Pontificados*, Borbón-Sevilla, año 1808: Carta de Juan Acisclo de Vera a Rafael Antón, Aranjuez, 20 de octubre de 1808 (gentilmente cedida por don Carlos Rodríguez López Brea).

coadministrador y al cuerpo capitular a acordar junto a los repiques de rigor en todos los templos de la diócesis, mandar erigir en el templo catedralicio *un altar de primera clase con aparato de tiara y llaves*<sup>620</sup> que conmemorase tan importante evento para el pueblo cristiano.

Sin embargo, a las inquietantes noticias que llegaban de Europa, se unió en el inicio del mandato de Vera como coadministrador el terrible sobresalto y las consecuencias que sobre todo tuvo para Andalucía la terrible epidemia de fiebre amarilla venida desde el lejano Mississippi<sup>621</sup>, entonces territorio español integrado en la colonia de Luisiana. El contagio, propagado a través de los barcos que comerciaban desde aquellas tierras y que permanecían fondeados en el puerto de Cádiz, no llegaría a conocimiento popular hasta el 15 de agosto, surgiendo los primeros casos en Triana a partir del 18, tras lo cual se extendería como un auténtico reguero de pólvora por todas las collaciones de la ciudad. Declarada formalmente la epidemia y aislado todo el reino de Sevilla por un cordón sanitario militar, la enfermedad no comenzaría a remitir al menos hasta el mes de noviembre, decidiendo como se vio ya el arzobispo don Luis, que se hallaba en el Puerto de Santa María, refugiarse de los estragos de la mortal enfermedad en su hacienda de la Fuensanta el 15 de septiembre, y en Écija desde el 18, partiendo al poco para la corte y no volviendo ya a Sevilla hasta los tiempos de la invasión napoleónica.

Mientras, los cabildos secular y catedralicio decididos a aplacar la divina ira acordaron la celebración de solemnes rogativas, determinando traer hasta la catedral la milagrosa imagen del Cristo de San Agustín, y una procesión extraordinaria de la Virgen de los Reyes<sup>622</sup>. El luto decretado en la ciudad, devastada por el contagio, se interrumpiría únicamente el día 9 de noviembre de manera breve para celebrar con tres repiques generales la noticia de la concesión del capelo cardenalicio al prelado, otorgado el 20 de octubre, que aunque marchaba para la sede primada retenía formalmente la de Sevilla. Velázquez recoge las siguientes cifras sobre la devastadora epidemia<sup>623</sup>, que sumadas a otros trastornos posteriores como la Guerra de la

---

<sup>620</sup> José Velázquez Sánchez: *Anales de Sevilla de 1800 a 1850*, Sevilla, Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, Colección Clásicos sevillanos, 1994, pág. 5.

<sup>621</sup> Llamada “calentura del Missisipi”.

<sup>622</sup> Velázquez. *Anales*, III, 10-11.

<sup>623</sup> Ibid, 13.

Independencia (1808-1814), la desamortización, o las primeras guerras carlistas, convirtieron aquella primera mitad de siglo en una auténtica época de carestía, pesimismo y privaciones para las clases menos favorecidas, y verdadera rémora en la posterior evolución demográfica y económica de la ciudad y la región. Las cifras contabilizadas son verdaderamente demoledoras: al menos 76.488 personas enfermaron de la mortal infestación, es decir, prácticamente casi toda la ciudad en mayor o menor intensidad, sucumbiendo unas 14.685 solamente en esta, cerca del 20% de su población en aquellos años.

Del pánico que la terrible y contagiosa enfermedad causó hasta en las personas más doctas, nos da una prueba el joven coadministrador cuando en carta a Sebastián de Gorbea, secretario del Cardenal en Toledo, refería ciertas actitudes en personas cercanas a la curia arzobispal. Así, del antiguo cirujano que tenía el Cardenal durante su estancia sevillana nos dice:

“Don Celedonio Goucer, cirujano de cámara de Su Eminencia en este Palacio, sin embargo que supo por algunos criados de casa los muchos enfermos que había en ella en el mayor rigor de la epidemia, no tuvo siquiera la atención de preguntar si se ofrecía alguna cosa, ni puso los pies en el Palacio”<sup>624</sup>.

En acción de gracias por la remisión de la terrible plaga el cabildo acordó el canto de un solemne Te Deum en la catedral para el día 23 de noviembre, con presencia del cabildo secular, procesión por las gradas, y predicación del dominico de San Pablo, fray Maximiliano Joaquín de Campos<sup>625</sup>, celebraciones que continuaron en los días posteriores por el resto de templos y conventos de la ciudad. Entre las víctimas causó un inmenso pesar en la ciudad la noticia del fallecimiento del querido fray Diego de Cádiz, acaecido en Ronda el día 24 de marzo de 1801, cuya muerte fue conocida en Sevilla el día 28. El cabildo, que le había concedido honores de canónigo y dignidad acordó se efectuaran dobles de campanas y exequias solemnes, y una vez pasada la Semana Santa celebró solemnes exequias “con todo el aparato y ceremonial de estilo por la categoría capitular del difunto”, honras que serían presididas en calidad de preste por el

---

<sup>624</sup> AGDAT, *Pontificados*, Borbón-Sevilla, legajo 27: Correspondencia entre el arzobispo-coadministrador y la curia toledana.

<sup>625</sup> Velázquez: *Anales*, 15.

coadministrador el día 16 de abril con asistencia de ambos cabildos, pues fray Diego tenía igualmente reconocida la consideración de veinticuatro honorario<sup>626</sup>.

Vera mantendrá siempre informado a Borbón de todo lo acaecido en la ciudad, principalmente a través de sus secretarios; de las siempre difíciles relaciones con el celoso cabildo, o de cualquier nombramiento por mínimo que fuera dentro de la curia. Así por ejemplo, el 16 de abril de ese año un recién designado Vera informaba al mencionado Gorbea, secretario de Cámara en Toledo sobre diferentes nombramientos realizados en Sevilla:

“Hoy se ha votado la prebenda del órgano, y ha sido electo don Antonio Saborit en primer escrutinio por veinte votos [...] El provisto lo era de Palencia, gran mozo de mucho manejo y entusiasmo; no le retarde Vd. esta noticia a nuestro amado Miñano, que la celebrará infinito”<sup>627</sup>.

De sus relaciones con las hermandades sevillanas podemos citar la que le unió con la de los Negritos, tradicionalmente vinculada a los prelados sevillanos, que la protegían desde tiempo inmemorial, enviándole esta una diputación para felicitarlo con motivo de su nombramiento como coadministrador. En dicha visita, que se llevaría a cabo el 17 de marzo de 1801, la hermandad le solicitaría además su amparo hacia la hermandad, a lo que Vera accedió gustoso, incorporándose a petición de estos el 5 de enero de 1802. Días antes, por una carta fechada en Madrid el 2 de enero, el secretario del cardenal Borbón Sebastián de Gorbea accedía también a nombrar teniente de hermano mayor, puesto que recayó en el racionero de la catedral don Vicente de Sessé, administrador general del arzobispado. Esta hermandad, situada entonces extramuros, formada desde su fundación por los negros existentes en la ciudad, parece que mantuvo el culto durante la Guerra de la Independencia a pesar del saqueo de su capilla el 10 de febrero de 1810, y aunque perdió todas las alhajas de plata que poseía, tal y como reflejan las actas de cabildo de esos días, aún mantuvo sus cultos, como el sermón de la Pasión, y en 1812 el Jubileo Circular, eso sí en la vecina parroquia de San Roque. La imagen de la Virgen de los Ángeles sería ocultada para evitar su profanación, acordándose una vez liberada la ciudad concertar una nueva corona de plata que sustituyese la robada, proyecto que fue valorado en 1.181 reales. Ese último año el arzobispo entregaría 1.000 reales para ayuda en la reparación de la capilla, haciéndose

---

<sup>626</sup> Ibid, 20.

<sup>627</sup> AGDAT: *Pontificados*, Borbón-Sevilla, leg. 34. Recogido en Claude Morange: *Paleobiografía, (1779-1819)*, del “Pobrecito holgazán” Sebastián de Miñano y Bedoya, Salamanca, Publicaciones de la Universidad, 2002, pág.97.

cargo el secretario de otros 500 que había enviado como limosna para los cultos del Jubileo<sup>628</sup>. Como todos los prelados de su época, Vera fomentó la práctica de la oración y otros ejercicios piadosos ante determinadas imágenes muy veneradas, para lo que concedió numerosas indulgencias tanto en la ciudad de Sevilla como otros lugares del arzobispado, constando entre otras las que otorgó a las hermandades del Valle, del Amparo, a la que pertenecía, a la sevillana Escuela de Cristo, a la parroquia de su propio pueblo natal, o por la asistencia a los rosarios que se celebraban en la parroquia de San Miguel. Como curiosidad diremos que en el Museo de Bellas Artes de Sevilla se expone un interesante busto de dolorosa conservado con su cartel de indulgencias detrás, concediendo el arzobispo ochenta días de indulgencia por rezar un avemaría o una salve ante dicha imagen<sup>629</sup>.

Continuando con los principales actos religiosos vividos por la ciudad, diremos que el 24 de octubre esta ardería en fiestas con motivo la pública celebración del matrimonio del príncipe de Asturias con la princesa María Antonia de Nápoles, oficiando en la catedral el coadministrador un solemne pontifical que contó con la asistencia del cabildo y regimiento en rueda general de acción de gracias, finalizando el acto con la consiguiente procesión por las últimas naves, tras lo cual se entonó un Te Deum con estación de los capitulares estación en la Capilla Real. Tras la remisión de la terrible epidemia, y como pequeña corte que al fin y al cabo era y es un obispado, se precisó cubrir las vacantes producidas, pululando por Palacio toda clase de pretendientes a cualquier tipo de prebenda que hubiera quedado libre. Entre estos destacó el célebre y ambicioso Miñano<sup>630</sup>, futuro célebre afrancesado que había llegado desde Toledo en el séquito del Cardenal, y no cejaba a través de Vera en el empeño de

---

<sup>628</sup> AHLN, Sección I, *Secretaría*: Libros de Acuerdos, núm. 2, s/fol.; y Libro en que se asienta los hermanos, núm. 4, fol. 13. Ver asimismo sobre esta hermandad la obra de Isidoro Moreno Navarro: *La antigua hermandad de los negros de Sevilla: etnicidad, poder y sociedad en 600 años de historia*, opus cit., pág. 253.

<sup>629</sup> Entre las muchas indulgencias con que favoreció a hermandades o por la realización de prácticas piadosas se pueden por ejemplo esta conservada en los fondos de la Biblioteca Capitular y Colombina: Decreto de 25 de abril de 1805 concediendo indulgencias a los que asistan al Rosario a la Parroquia de S. Miguel, impreso.

<sup>630</sup> Sebastián de Miñano y Bedoya (1779-1845), *Miñanito* en la curia sevillana, había sido *familiar* del cardenal Lorenzana y persona de confianza del cardenal Borbón aun antes de ser arzobispo de Sevilla, vino aquí con él y luego le acompañó nuevamente a Toledo en 1800. Acusado de jansenista a la caída de Urquijo estaba ordenado de subdiácono, obteniendo del cardenal una ración del cabildo de Sevilla y el puesto de agente suyo en la corte primero, y también del cabildo después, trabando en Sevilla amistad con ilustrados de la talla de Lista, Reinoso o Blanco White. A pesar del puesto de su padre en la Junta Central se convirtió en uno de los principales consejeros del rey José a su entrada en Sevilla, por lo que hubo de emigrar posteriormente acusado de afrancesado. Vuelto a España en 1815, colaboró en *El Censor*, y junto con Alberto Lista publicó los célebres diez folletos que constituyen los *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán* (1820), uno de los mejores exponentes del periodismo satírico de la época.

conseguir el tan ansiado premio: una ración del cabildo. Más tarde, denunciado a la Inquisición incluso, sería tachado en 1805 de “impío manifiesto” y “libertino temerario”<sup>631</sup>.

Miñano gozaba de la simpatía del cardenal y del coadministrador, otros en cambio, como el futuro canónigo Luis Antonio González Blanco, menos sutiles, acosaban al tranquilo don Juan Acisclo con toda clase de súplicas, quejas o memoriales, haciendo honor al dicho que dice que el que la sigue la consigue... Una vez más, el inagotable fondo “Borbón-Sevilla”, custodio de la correspondencia de Vera y Delgado con Toledo, nos relata las molestias que el terco demandante causaba al prelado:

“Ya que tiene Vd. la ocasión en la mano, déle Vd. una buena sobre el modo que debe tener con todos, pues no hay forma de contener su genio soez, despegado y jactancioso, la canonjía lo tiene fuera de tino, y no piensa más que en el momento de cogerla con tanto más ansia cuanto ha visto frustrados sus esperanzas en las anteriores...”<sup>632</sup>

El tenaz Blanco conseguiría su añorada prebenda ese mismo año, para descanso de nuestro arzobispo, e incluso llegaría a ser poco tiempo después doctoral del Cabildo y secretario de Cámara de Su Eminencia en Sevilla. Lo mismo ocurrió con el joven Miñano, quien movió cielo y tierra para conseguir la tan ansiada ración a pesar de gozar ya de otra de la mitra de Toledo, no dudando en acceder al subdiaconado para acelerarla. La metamorfosis de Miñano como irónicamente la calificó don Juan Acisclo:

“Mucho me he alegrado de la metamorfosis de nuestro Miñano y no puedo ponderar cuanto celebro cuando veo que algún mozo de talento se agrega a nuestro destino”<sup>633</sup>.

Sobre la ración apetecida por Miñano, aprobada finalmente el 2 de octubre de ese año, escribe nuevamente Vera a Gorbea:

“He recibido los poderes y carta al Cabildo para la ración de nuestro Miñano, que desde luego hubiera presentado hoy, pues ya está vacante la de Blanco desde esta mañana que tomó posesión de su canonjía, pero como el interesado no ha remitido sus poderes para que pueda personarse alguno a tomar colación por él lo he suspendido hasta que lleguen éstos, por lo que le ha escrito

---

<sup>631</sup> Recogido en la edición de Moreno Alonso sobre el diario de Francisco de Saavedra en *Rebelión de las provincias en España: Los grandes días de la Junta Suprema de Sevilla (1808-1810)*, Sevilla, Alfar, 2011, pág. 208.

<sup>632</sup> AGDAT, *Pontificados*, Borbón-Sevilla, 27: Vera y Delgado a Gorbea, 10 de marzo de 1802. Recogido en Morange: *Paleobiografía*, del “Pobrecito holgazán”, 101.

<sup>633</sup> Ibid: De Vera a Gorbea, fecha 7 de abril de 1802, Miñano se había ordenado el mes anterior.

ya don Vicente Sesé, y por el hoy le remite las clausulas en la que deben concebirse, y así que los reciba, inmediatamente quedará concluido”<sup>634</sup>.

Desde diciembre de 1802 nuevamente las inclemencias eran las protagonistas de la tónica general de la ciudad, anegando las incesantes lluvias diferentes barrios e impidiendo el normal trabajo de las clases menos favorecidas. Hecho que motivó el desabastecimiento de los mercados, principalmente de pan. Una situación que recabó los auxilios de las diferentes corporaciones cívicas y religiosas de la ciudad: Ayuntamiento, Arzobispado, Real Maestranza, Santa Caridad..., para que paliaran en lo posible la carestía que la imposibilidad de ejercer los trabajos agrícolas ocasionaban en la población las torrenciales lluvias, implorando toda la ciudad de la misericordia divina. Decretados el rezo de rogativas *pro serenitate* durante nueve días en el mes de enero siguiente, el domingo 6 de febrero<sup>635</sup> se cantó un solemne Te Deum por la remisión de estas a principios de ese mes, con función solemne y aparato de primera clase. Rogativas presididas por el propio coadministrador Vera y Delgado con asistencia del cabildo secular y numeroso público.

Como es lógico las impresiones terroríficas vividas por la ciudad de forma tan seguida, llevaron a los elementos más piadosos de la ciudad a solicitar la suspensión de cualquier distracción pública atentatoria a la moral o al decoro, como el teatro. Visto por numerosos predicadores como verdadera fuente de pecado y ofensa a la providencia, no pocos compartían las imprecaciones que el padre González, de la Compañía de Jesús, manifestara sobre aquel arte, pues: “mientras la ciudad rechazara de sí al teatro no tendría este pueblo que temer el azote de la peste”<sup>636</sup>.

Severa opinión compartida por predicadores de fama como el Padre Calatayud, el mismo fray Diego José de Cádiz o el propio arzobispo Borbón, que elevaría una súplica al rey ese mismo año en que solicitaba a su real primo que: “ni ahora ni en tiempo alguno se permita en ella [por Sevilla] Teatro Cómico, ni jamás se pueda hablar de establecerlo, ni aun en sus arrabales”<sup>637</sup>. Una precaución que intentó mantener a toda costa su coadministrador, consiguiendo del municipio la prohibición y promesa de no

---

<sup>634</sup> Ibid: De 16 de abril de 1802.

<sup>635</sup> Velázquez: *Anales*, 28.

<sup>636</sup> Ibid, 35.

<sup>637</sup> Francisco Aguilar Piñal: *Sevilla y el teatro en el siglo XVIII*, Oviedo, Universidad, 1974, pág. 206.



volver a consentirlas a tenor de lo estipulado en la Real Cédula de 24 de septiembre que condicionaba el restablecimiento de las funciones a la aprobación del prelado. Si bien al poco tiempo el conde de Fuenteblanca, asistente de la ciudad, no tendría más remedio que obedecer las órdenes que del Consejo llegaban autorizando nuevamente la apertura del teatro a pesar de haber quedado la anterior compañía, sita en la calle de la Muela, disuelta a causa de la mencionada epidemia.

Las gestiones del empresario Calderi, quien tuvo que recurrir a las más altas instancias de la Corte debido a algunas resistencias municipales, conseguirían finalmente inaugurar las nuevas representaciones el 5 de mayo de 1804<sup>638</sup>. Como reconoce el cronista Velázquez, detrás de esta resistencia estaban principalmente elementos del clero que: “hubieron de ceder mal de su grado a la apertura del teatro”, aunque estos aprovecharían la menor ocasión para impedir su aplicación. Como en agosto de 1805, cuando decretadas por el gobierno rogativas para obtener de la Providencia la preservación de una nueva epidemia que azotaba esta vez Málaga, volvieron a conseguir de nuevo la suspensión de las funciones, alegando que: “(...) con la guarda de la salud no convenía la reunión de gente en los espectáculos. Ni sentaba bien a la profanidad de las diversiones en momentos críticos para la salud pública”. Denegada la licencia al empresario, este presentó nuevamente recurso a Madrid, consiguiendo la reapertura de las representaciones para el 20 de enero con el estreno de la opereta *La Posaderita*<sup>639</sup>.

Sobre esta aversión por el teatro y otras costumbres poco edificantes, vicio que distraía al voluble rebaño de sus obligaciones piadosas, y que volverá a condenar en su *Exhortación* a los españoles años más tarde, se lamentaba Vera con motivo de la reanudación de representaciones en la ciudad<sup>640</sup>:

“Antes de ayer lunes – escribía al P. Berguizas – se cantó en esta Santa Iglesia la misa solemne de rogativa por la felicidad de nuestras armas – en ese momento España estaba nuevamente en guerra con Inglaterra –, mandada por Su Eminencia, a la que asistió el Ayuntamiento, pero ningún pueblo, porque estarían descansando de la función de la noche anterior, primera en que abrió el teatro, de orden, según lo han dicho los carteles públicos del señor gobernador del Consejo (...)”.

---

<sup>638</sup> Velázquez: *Anales*, 36.

<sup>639</sup> *Ibid*, 38.

<sup>640</sup> Permitidos nuevamente desde el 20 de enero de 1805.

No faltándole tampoco una cierta razón cuando decía:

“¿Qué estado es el de Sevilla para semejantes diversiones? Hambres, contagios y miserias, hasta dar hastío el vivir, son nuestros compañeros inseparables y de los que ninguno puede desentenderse siendo sensible, o ya porque los padece, o porque padeciéndolos tan a ojos vista nuestros hermanos, no podemos socorrerlos como quisiéramos. ¿Será este buen tiempo de comedias? El pan a nueve reales, y el que no puede comerse a seis y medio, siete, ¿será buen tiempo de comedias? Las gentes sin tener que comer, y los pueblos por los montes comiendo más bellota que los cerdos, ¿no será buen tiempo de comedias?”

Proponiendo incluso la demolición del coliseo como remedio para luchar contra aquella depravación:

“Ruego a Vd. por Nuestro Señor Jesucristo, que se sirva hacerlo presente a Su Eminencia, a fin de que reduzca a pavesas este teatro, y se quite de esta capital de su arzobispado este escándalo que tenemos entre nosotros”<sup>641</sup>.

Por otro lado en ese mismo año 1805, y como medida higiénica de prevención, una apremiante orden gubernamental mandaba se procediesen a clausurar las bóvedas y criptas de todos los templos de la ciudad, ordenando se inhumase en adelante y de manera forzosa en los osarios arbitrados durante el periodo epidémico de 1800. Aprobada la instalación de un cementerio general en el espacio que mediaba entre el salitre y el declive del prado de Santa Justa, cuyo servicio fue puesto a licitación el 17 de julio de ese año, esta medida fue suspendida sin embargo al poco de entrar en vigor, volviéndose a permitir nuevamente los enterramientos en los cementerios adjuntos a las parroquias, hospitales y ermitas. La causa no la sabemos, si fue por desacuerdo con nuestro arzobispo, o si este únicamente procedió a canalizar ante altas instancias algunas protestas del clero, reacios con aquella medida<sup>642</sup>.

En mayo de 1806, una vez conocido por el correo del día 28 el fallecimiento de la princesa de Asturias, se decretó el continuo doble funerario de campanas durante veinticuatro horas en todas las torres de parroquias, conventos y capillas, colocándose en la catedral el aparato de cuerpo presente y ordenando el cabildo secular la duración del luto en tres meses<sup>643</sup>. El luctuoso evento reforzó como es lógico la postura de los

---

<sup>641</sup> AGDAT, *Pontificados*, Borbón-Sevilla, leg. 29: Carta de J.A. de Vera y Delgado a Francisco Patricio Berguizas, 23 de enero de 1805. Está también recogida en Morange, opus cit, págs. 154-155.

<sup>642</sup> Velázquez: *Anales*, 40.

enemigos del teatro y diversiones similares, consideradas banales y distractoras de la religiosidad y la piedad públicas. Como lo reconoce Velázquez, a quien seguimos en este asunto, pues este año de 1806 se mantenía aun tenaz la oposición a las representaciones teatrales en Sevilla, alimentada como indica el cronista por: “las pretensiones levíticas que no consentían distracción al pueblo en que no se mezclase el espíritu religioso”. Cuando estos “no alcanzaban a impedir las representaciones escénicas, conseguían frustrar la afición a las comedias del teatro antiguo y del estilo moderno; limitando los espectáculos a óperas, zarzuelas o bailes, con perjuicio de la empresa, y disgusto del público que reclamaba sus fueros al templo de Melpómene y Talía”<sup>644</sup>. Representaciones que quedaron paralizadas al menos hasta julio de ese mismo año.

El origen en la inquina hacia este tipo de distracciones no era sin embargo exclusiva de nuestro prelado, ya su tío el cardenal Delgado en eficaz sintonía con las predicaciones de fray Diego José de Cádiz y con la colaboración del asistente Domezáin consiguió prohibirlas en 1779, y antes que ellos numerosos arzobispos al menos desde el siglo XVII<sup>645</sup>. En Cádiz su otro tío don Pedro de Vera y Baena, provisor y vicario general de aquel obispado, se había mostrado también implacable fustigador de aquel arte en la diócesis, y ahora, en las tumultuosas jornadas de la “Revolución Santa”, el 26 de mayo de 1808, sería el pueblo quien se encargaría de clausurar las representaciones, irrumpiendo en el teatro, donde se representaba en ese momento la comedia *Caprichos de amor y celos*, del neogranadino Juan Manuel García de Tejada. Para evitar posibles alborotos, dos días más tarde, el 28, sería la propia Junta instalada en Sevilla la encargada de decretar el cierre definitivo, al menos por el momento<sup>646</sup>.

Mientras, toda España competía en mostrar su adulación hacia el todavía todopoderoso Godoy, nos refiere el cronista Velázquez para 1807 un “extravagante” acto en el que se determinó cambiar las banderas del regimiento de Artillería por otras en las que junto al escudo real aparecía el del favorito, nombrado *Generalísimo* de los ejércitos, ceremonia que se celebraría la festividad de la Circuncisión. Tras formar frente al palacio

---

<sup>643</sup> Ibid, 46.

<sup>644</sup> Ibid, 45.

<sup>645</sup> Aguilar Piñal: *Sevilla y el teatro en el siglo XVIII*, opus cit., pág. 161.

<sup>646</sup> Narciso Díaz de Escobar: *Anales del teatro español*, 3 vols., tomo III, Impr. Helénica, 1917, pág. 74; Rocio Plaza Orellana: *Los espectáculos escénicos en Sevilla bajo el gobierno de Godoy (1795-1808)*, Sevilla, Diputación, 2007, pág. 293; y Manuel Gómez García: *Diccionario del Teatro*, Madrid, Akal, 1997, pág. 349.

arzobispal, y una vez terminada la procesión de tercia, presidida de pontifical por el coadministrador, se procedió a la bendición de las nuevas enseñas por este, corriendo la predicación de parte del celebrado padre Manuel Gil, que como veremos será protagonista de varios de los acontecimientos políticos posteriores. También le cupo ese mismo año presidir en representación del nuncio Gravina el capítulo de la provincia agustina de Santo Tomás de Villanueva, que tuvo lugar en el Convento del Pópulo el día 9 de mayo al objeto de nombrar a los religiosos que debían gobernar la orden en Andalucía y La Mancha, eligiéndose al provincial, definidores, auditores, priores y predicadores. Entre las funciones del presidente estaba la de proponer sujetos aptos que luego debían ser referendados por el capítulo, así, en la mañana del domingo 10, Vera y Delgado, que llegó acompañado del secretario de cámara doctor Juan Antonio de Urizar, y de su hermano el canónigo penitenciario Pedro Vera y Delgado, pasarían una vez reunidos con los padres vocales a la sala capitular, proponiendo la elección de los definidores y “discretos” para el próximo capítulo general y de los siete padres para subpriors de los conventos de la provincia, los cuales fueron elegidos<sup>647</sup>.

También consta su asistencia a la magnífica recepción del asistente de la ciudad en los Reales Alcázares, organizada el 1 de febrero en honor de la onomástica del enaltecido primer ministro, a las que también asistió Vera, si bien tal y como nos relata el cronista González de León hasta iniciarse el primer baile<sup>648</sup>:

“(…) concurrió toda la nobleza y personas de distinción de la ciudad, incluso el Señor Coadministrador don Juan Acisclo de Vera, que permaneció en el primer besamanos hasta principiarse el baile”.

Pocos meses después, el 19 de agosto, se celebraron en la Catedral solemnes funerales por el alma de un curioso personaje, el fallecido príncipe inglés Enrique Benedicto Estuardo, en el derecho dinástico jacobita “rey Enrique IX de Inglaterra, Escocia, Francia e Irlanda”, cardenal de York y decano de ese colegio. Obispo de Ostia, el rey de España le había concedido años antes una canonjía con el arcedianato de

---

<sup>647</sup> Velázquez: *Anales*, 48-49. Ver también de fray Gregorio Ochoa del Carmen: *Historia General de la Orden de Agustinos Recoletos*, tomo IX, 1797-1835, Zaragoza, Editorial Gambón, 1929, págs. 115-117.

<sup>648</sup> AMS, Sección XIV, de Félix González de León: *Diario de las ocurrencias públicas y sucesos históricos y curiosos ordinarios y extraordinarios, así eclesiásticos, religiosos y sagrados, como seculares, políticos y profanos, acaecidos en esta ciudad de Sevilla en todos y cada uno de los días de 1800, en que da comienzo, y se prolonga hasta 1847*. Ts. IV-V. Recogido en Moreno Alonso: *El nacimiento de una nación: Sevilla 1808-1810. La capital de una nación en guerra*, Madrid, Cátedra, 2010, pág. 70.

Carmona en el Cabildo hispalense. El “último Estuardo” falleció en Frascati a los ochenta y dos años, extinguiéndose con él la principal rama de los pretendientes jacobitas. El 16 de septiembre siguiente recibiría don Juan Acisclo carta de hermandad de la Congregación benedictina tarraconense, una congregación que años más tarde durante su presidencia de la Junta Central solicitaría su amparo y protección ante las diversas medidas decretadas contra el clero regular<sup>649</sup>. Este mismo año de 1807, por breve de Pío VII de fecha 10 de septiembre, “Cum Sicut”, se concede a la Iglesia hispalense la fiesta de los Dolores de la Virgen, con rito doble de segunda clase, vísperas y octava<sup>650</sup>.

Mientras, todos los ámbitos sociales continuaban en la larga cadena de adulaciones hacia el todopoderoso valido, celebrándose en la ciudad el 4 de noviembre de ese mismo año en la iglesia del convento de Nuestra Señora de la Paz, de la orden hospitalaria, una función para celebrar el patronato del favorito<sup>651</sup> sobre aquella orden en España. Vera ofició la ceremonia, y asistirían el asistente, el padre provincial, el prior y una numerosa concurrencia. Durante la función quedó instalado un retrato del favorito en el lado de la Epístola de la capilla, prestando el Cabildo todo el aparato necesario para la solemne ceremonia. Retrato que tras el levantamiento de la ciudad en 1808, sería destruido en uno de los primeros actos de rebelión protagonizados por el pueblo.

### *La Iglesia ante la tesitura de la Revolución: clero tradicional, reformista, y afrancesado*

El desencuentro de la Iglesia con la llamada Ilustración se venía gestando durante todo el siglo XVIII, muchas de las nuevas ideas filosóficas esparcidas por los ilustrados habían sido contestadas, cuando no directamente censuradas o condenadas por obispos, papas, o eclesiásticos, principalmente por el carácter marcadamente laicista y antirreligioso de muchos de los postulados, desconfianza que se vio plenamente confirmada con el triunfo de la revolución en Francia y la persecución del clero, momento que constituyó la ruptura total entre ambos pensamientos. Sin embargo, la

---

<sup>649</sup> Ernesto Zaragoza Pascual: *Història de la Congregació Benedictina Claustral Tarraconense i Cesaraugustiana (1215-1835)*, Barcelona, Publicaciones de la Abadía de Montserrat, 2004, pág. 283.

<sup>650</sup> Cfr.: P. Hilario Marín, S.J.: *Documentos marianos*, Madrid, BAC, 1954.

<sup>651</sup> Velázquez: *Anales*, 53.

Iglesia, al igual que buena parte de los sectores más relevantes de la sociedad europea de su tiempo (intelectualidad, nobleza, burguesía, ejército...) también sufrió en su seno la división ideológica que generó el desarrollo del fenómeno ilustrado, escindiéndose principalmente en dos tendencias: una llamada “tradicional”, y otra más innovadora. Pese a lo que se cree comúnmente la primera no fue ajena al reformismo que los tiempos exigían, favoreciendo unos tiempos más lentos, o no tan radicales en el alcance de los cambios, sin rupturas drásticas y bajo la dirección paternal de la Corona. La segunda tendencia, más impregnada de volterianismo, fue partidaria de un ritmo más acelerado, partidaria de ceder parcelas de poder a la sociedad civil. Esta última facción, si podemos llamarla así, quedó con la invasión napoleónica muy fraccionada entre “patriotas”, y “afrancesados”, siendo los primeros, que pronto fueron llamados “liberales”, firmes apoyos del proceso constituyente que se llevaría a cabo en Cádiz, y de reformar las anquilosadas estructuras de la Monarquía pero sin las violencias de la Revolución y sin imposición extranjera alguna. Los afrancesados en cambio, muy vinculados con las ideas enciclopedistas, sí contemporizarían con el enemigo, justificando en ocasiones sus excesos contra la población española.

Muy debilitada en su independencia durante toda la centuria dieciochesca a causa de las políticas regalistas desplegadas por el despotismo borbónico, la Iglesia conservaba todavía prácticamente intacta su influencia sobre las capas más desfavorecidas del pueblo. La Inquisición, bestia negra de los ilustrados, no había podido ser suprimida por estos, permaneciendo todavía como lo que siempre fue, un tribunal de control ideológico y político al servicio de la Monarquía más que de la propia Iglesia. Y es que como dijera el propio Carlos III a su ministro Roda, cuando este pretendió abolirla: “los españoles la quieren, y a mí no me estorba”, quedando a pesar de todo muy reducida en sus facultades durante toda la centuria, ahora reducidas prácticamente solo a casos de herejía contumaz o apostasía declarada, contándose en todo el siglo apenas algunos autos de fe. De hecho, en vísperas de los acontecimientos que tratamos, el Santo Oficio contaba a la cabeza con un futuro afrancesado, don Ramón José de Arce, el favorito del *favorito*, inquisidor general desde 1797, año en que sustituyó al también ilustrado cardenal Lorenzana, y que en 1808 era arzobispo de Zaragoza.

Temerosa la Iglesia de ver repetidos en España los sangrientos acontecimientos que habían sembrado el caos político y social y la guerra por toda Europa, abogó ante

las autoridades por castigar cualquier innovación nacional o extranjera tenida por impía o irreverente, reforzándose la corriente – ya existente – que Menéndez Pelayo denominó como “casticista”, o guardiana de las esencias católicas de España frente a la agresión ideológica propiciada por ateos, deístas, y demás simpatizantes del llamado *enciclopedismo*. Esta facción “tradicional” del clero, defendida principalmente por frailes, contó con brillantes apologistas de la talla del padre Fernando de Ceballos, Hervás y Panduro, el famoso *Filósofo Rancio*, el capuchino Manuel José Anguita Téllez, conocido como Padre Vélez, o el también capuchino fray Diego José de Cádiz, probablemente uno de los más importantes moralistas de toda la centuria, y sin duda el mejor orador sagrado de su tiempo, quien misionó por toda España en loor de multitudes. Sobre Ceballos diría el padre Cádiz fue: “gloria de la Universidad de Sevilla y del monasterio de San Isidoro del Campo, refugio en otro tiempo de herejes y en el siglo XVIII morada del más vigoroso martillo de ellos”<sup>652</sup>. Su vida fue una auténtica cruzada contra esas nuevas ideas, verdadero origen para la buena parte de la Iglesia de los males de su tiempo, influyendo su principal obra: *La falsa filosofía*, de manera decisiva en la conformación de ese llamado pensamiento “tradicional”, tildado durante el periodo liberal y hasta hoy día con la connotación negativa de “reaccionario”. Los libros del fraile jerónimo constituirán uno de los máximos exponentes literarios de la apologética católica de todo el siglo, no faltando nunca en las bibliotecas de ningún clérigo tenido por piadoso<sup>653</sup>. Es más, años más tarde, y como reacción ideológica a la invasión francesa en todas sus manifestaciones, se hablará precisamente de esa *falsa filosofía* en el llamado *Catecismo civil de España*, instrumento de propaganda publicado de orden de la Junta Suprema, atribuyendo a aquella la “esclavitud” en la que habían caído los seguidores de Napoleón, “antiguos cristianos y herejes modernos”.<sup>654</sup>

Bajo el pseudónimo de *Filósofo Rancio* se escondía la persona del dominico de Marchena fray Francisco de Alvarado, quizá el mejor polemista de los días de las Cortes de Cádiz. Sus numerosos escritos: *Cartas críticas* (1810-1811), *Cartas aristotélicas*, o *Cartas inéditas* – muchas de ellas escritas al canónigo sevillano Cienfuegos y Jovellanos, futuro arzobispo hispalense –, abogaban por una reforma de España pero de

<sup>652</sup> Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, opus cit., II, pág. 586.

<sup>653</sup> P. Fernando de Ceballos: *La falsa filosofía ò el ateísmo, deísmo, materialismo y demás nuevas sectas convencidas de crimen de Estado contra los soberanos y sus regalías, contra los magistrados y potestades legítimas*, Madrid, Imprenta de Antonio Fernández, 1775.

<sup>654</sup> Anónimo: *Catecismo civil de España* (Publicado de orden de la Junta Suprema), Sevilla, Imprenta de la Viuda de Hidalgo, 1808, pág. 6.

acuerdo a los ideales absolutistas. Escritas en un estilo *castizo* de ironía fulminante, denotaban una profunda erudición fruto de su gran conocimiento literario, procurando utilizar la razón en sus críticas a las ideas ilustradas. Fustigador de liberales, masones y jansenistas, defendió a ultranza la Inquisición, llegando a decir que España no se contentaría hasta que el mencionado tribunal limpiase el país de filósofos<sup>655</sup>.

Anguita Téllez, futuro obispo de Ceuta, y conocido como el *Padre Vélez*, atacaría igualmente los excesos de aquel incipiente anticlericalismo señalado en la política de las Cortes, especialmente en lo relativo a la indiscriminada libertad de imprenta y de prensa decretadas por el Legislativo, simbolizada en aquellos días por el célebre *Diccionario Crítico-Burlesco* (1812) de Bartolomé José Gallardo, que tanto daría que hablar y que finalmente fue prohibido. Es autor de dos obras fundamentales para el pensamiento llamado “tradicional” de aquellos años: *Apología del Altar y del Trono ó historia de las reformas hechas en España en tiempos de las llamadas Cortes, e impugnacion de algunas doctrinas publicadas en la Constitucion, Diarios, y otros escritos contra la Religion y el Estado*, Madrid, Imprenta de Cano, 1818 (Ver vol. I: *Apología del Altar y del Trono*); y *Preservativo contra la irreligión o los planes de la filosofía contra la religión y el Estado, realizados en Francia para subyugar a la Europa, seguidos por Napoleón en la conquista de España* (Impreso en Cádiz), Madrid, Imprenta Repullés, 1812.

Sobre estos frailes apologistas a finales del siglo XIX afirmaba el célebre erudito santanderino ya citado en su *Historia de los heterodoxos españoles*, que “los mejores libros que produjo España en el siglo XVIII fueron los de controversia contra el enciclopedia, y de cierto muy superiores a los que en otras partes se componían”<sup>656</sup>. Quien buscase “ciencia sería”, afirmaba, en aquella centuria, y no la “vana y petulante de los deístas tiene que buscarla en esos frailes ramplones y olvidados”, sentenciando que existía “más vigor de pensamiento, más clara comprensión de los problemas sociales, más lógica amartilladora e irresistible hay en cualquiera de las cartas del *Filósofo Rancio*, a pesar del estilo culinario, grotesco y de mal tono con que suelen estar escritas que en todas las discusiones de las Constituyentes de Cádiz, o en los raquícos

---

<sup>655</sup> Francisco Alvarado: *Cartas del Filósofo Rancio*, Mallorca, Imprenta de Felipe Guasp, 1813: Segunda Carta Crítica, 9 de junio de 1811, pág. 85.

<sup>656</sup> Menéndez Pelayo, op. cit., vol. II, 580-581.



tratados de ideología y derecho público”<sup>657</sup>, muchos de los cuales – apuntaba – no eran sino meros plagios de obras extranjeras, como los de Destutt-Tracy o Bentham.

La invasión francesa, vista por unos como la liberación del oscurantismo, y por otros como una guerra de religión y de supervivencia del “ser” español contra irreligiosidad francesa y las ideas del enciclopedismo, llegó a dividir tanto a la sociedad española que no hubo un solo sector que no quedara afectado en mayor o menor medida, incluido el clero en todas sus categorías. Los partidarios de las novedades ilustradas que decía traer Napoleón – a sangre y fuego – contaron también con importantes ejemplos –, si bien es cierto fueron ampliamente superados por los partidarios de la causa patriótica, tanto por los favorables de un cierto reformismo en las estructuras del anquilosado sistema español, como por los refractarios a cualquier tipo de cambio político, ideológico, o social que trastornara el tradicional *modus vivendi* basado en la perfecta unión entre trono y altar. Recordemos, y esto es muy importante para comprender la actuación y la evolución del pensamiento “tradicional”, calificado por el liberalismo como reaccionario, que en aquellos momentos se cumplían todos los temores de anarquía, caos, irreligiosidad y violencia que habían sido anunciados desde hacía décadas por los anti-enciclopedistas, incluso ya antes de la Revolución francesa, factor importantísimo y muchas veces ignorado por parte de la historiografía crítica con la postura de la Iglesia. Así, esta circunstancia, daba una especial legitimación a la Iglesia ante el pueblo, e incluso ante sí mismos en sus controversias contra las reformas más radicales que se pretendían llevar a cabo, y que algunos ya planteaban antes incluso de Cádiz. Como reconocen los profesores Higuera del Pino<sup>658</sup>, José Luis Comellas, La Parra, y otros más, la Iglesia no solo aceptó las reformas o la Constitución, si bien es cierto exigió la inclusión de la confesionalidad católica del Estado – algo por otro lado común en casi todos los países de aquel tiempo salvo el caso norteamericano –, sino que era una firme partidaria de las mismas, no observando una posición monolítica ante las reformas planteadas por los constituyentes. Diputados conservadores votaron por ejemplo contra el principio de soberanía nacional, pero a favor de medidas benéficas

---

<sup>657</sup> Ibid, 581.

<sup>658</sup> Ver por ejemplo de Leandro Higuera del Pino: “La Iglesia y las Cortes de Cádiz”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 24, 2002, págs. 61-80; o del profesor Emilio La Parra: *El primer liberalismo y la Iglesia: Las Cortes de Cádiz*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985; y *La Iglesia española en el siglo XIX: desafíos y respuestas*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2005. Del autor de esta tesis puede consultarse igualmente: “El episcopado español en la Guerra de la Independencia. El caso del arzobispo de Laodicea”, en *Anuario de Historia de la Iglesia Andaluza*, vol. V, Sevilla, Centro de Estudios Teológicos, 2012, págs. 165-187.

hacia el pueblo, como la supresión de los señoríos, comenzando las divergencias solamente cuando la nueva legalidad creada, sustentada en una minoría ilustrada pretendió limitar su independencia e influencia en la vida pública, e intervenir de manera drástica en materia puramente religiosa, caso de la reforma de los regulares, que era una extinción encubierta, la supresión de la Inquisición, o los ataques descarnados contra el clero que la nueva libertad de prensa propiciaban.

Por último estaban los identificados con la labor reformadora de las Cortes, partidarios de renovar las estructuras políticas y sociales existentes pero bajo una perspectiva puramente nacional, y no por imposición extranjera, destacando en esta facción diferentes miembros del episcopado, entre los que destaca la figura del cardenal Borbón, y otros que veremos a continuación. Dentro del clero, sobre todo capitular, destacarían eclesiásticos liberales como Diego Muñoz Torrero, o Juan Nicasio Gallegos, por citar tan solo dos ejemplos significativos. José María Blanco White, el más relevante intelectual de entre aquellos clérigos ilustrados, es sin embargo un caso especial, pues abandonaría España por aquellas fechas rumbo a Gran Bretaña, donde acabaría abjurando del catolicismo en favor del anglicanismo y luego del unitarismo, no implicándose en política activa.

La división triple que afectó al estamento eclesiástico, y que ya hemos detallado, ha contado numerosas aportaciones en el panorama historiográfico español de las últimas décadas, por ello, haremos aquí tan solo un breve estudio del comportamiento del episcopado, poniendo particular acento en la de nuestro protagonista el arzobispo de Laodicea, que irá detallada en su reseña biográfica respectiva. Así, y dentro de la más alta categoría de la Iglesia española podríamos ejemplificar esa triple división expresada en tres personajes concretos: Ramón José de Arce, arzobispo de Zaragoza, inquisidor general y también patriarca de las Indias, que será paradigma del sincero afrancesado; Luis María de Borbón, primo hermano del rey Carlos IV, arzobispo de Toledo y de Sevilla – esta última retenida en clarísimo ejemplo de regalismo –, quien tras una breve vacilación se puso al servicio de la causa patriótica y llegó a identificarse con las reformas liberales plasmadas en la Constitución de Cádiz; y por último en el nuncio Pietro Gravina, cabeza del sector más refractario a las innovaciones, sobre todo en materia religiosa, legisladas por los constituyentes gaditanos. Este mantendría una verdadera “guerra sorda” con Borbón y su entorno, que fue tildado de “jansenista” por la controvertida asunción por parte de los obispos de las facultades reservadas al

pontífice durante su prisión de los franceses, diferencias que finalizarían de manera abrupta con su extrañamiento del reino, siendo expulsado de la zona libre de franceses el 7 de julio de 1813, pasando a residir en la cercana localidad portuguesa de Tavira.

Durante la guerra, y tras finalizar esta, al menos trece obispos residenciales, cuatro auxiliares, y dos abades con dignidad episcopal, serían acusados de colaborar con mayor o menor entrega con el invasor<sup>659</sup>, destacando entre los más entusiastas el obispo de Guadix, fray Marcos Caballero, agustino; quien ya en fecha tan temprana como el 12 de mayo de 1808 abogaba a través de una pastoral por la sumisión del pueblo al nuevo orden impuesto, condenando los sucesos del 2 de Mayo como fruto del caos y la anarquía provocadas por la formación de tumultos ciegos, a los que culpabilizaba del baño de sangre acaecido. El de Córdoba, Pedro Antonio de la Trevilla; o los arzobispos de Granada, Manuel de Moscoso y Peralta; y el ya enunciado de Zaragoza, Ramón José de Arce, célebre último inquisidor general que acompañaría al exilio al monarca intruso José Bonaparte. Junto a estos mostrarían también una mayor o menor colaboración, a matizar en cada caso, los prelados de las diócesis de Burgos, Manuel Cid Monroy, que llegó a acudir a la Asamblea de Bayona<sup>660</sup> llamado por el rey José al objeto de acatar la “Constitución” otorgada por Napoleón para su hermano; Valencia, Joaquín Company y Soler; Palencia, Francisco Javier Almonacid; Valladolid, Vicente José de Soto y Valcárcel; Zamora, Joaquín Carrillo y Mayoral; Salamanca, Gerardo José Vázquez Parga; Ávila, Manuel Gómez Salazar; León, Pedro Luis blanco; o incluso el de Gerona, Juan Ramírez de Arellano, cuya destacada actuación durante el legendario sitio de aquella ciudad había merecido de la Junta Central la concesión de la gran cruz de la Orden de Carlos III<sup>661</sup>. Mientras algunos de estos últimos intercederían ante las autoridades francesas para que castigasen con una mayor benignidad la represión de los alzamientos en sus diócesis, otros en las zonas libres de control francés estimularon el

---

<sup>659</sup> Ver por ejemplo las aportaciones de Maximiliano Barrio Gozalo: “Los eclesiásticos afrancesados durante la Guerra de la Independencia”, en *Las élites y la “revolución” de España (1808-1814). Estudios en homenaje al profesor Gérard Dufour*, Alicante, Publicaciones de la Universidad, 2010; o del autor de esta tesis: “El episcopado español en la Guerra de la Independencia. El caso del arzobispo de Laodicea”, en *Anuario de Historia de la Iglesia Andaluza*, vol. V, Sevilla, Centro de Estudios Teológicos, 2012, págs. 165-187.

<sup>660</sup> Reunión de notables convocada por el rey José en la que se consultó a los presentes sobre el alcance que debía darse a la reforma política y administrativa de la monarquía instaurada por los franceses, aunque con mero carácter consultivo. Abrió sus sesiones el 15 de junio de 1808, finalizándolas el 7 de julio, entre los eclesiásticos llamados a acudir estaban los arzobispos de Burgos y de Laodicea, como coadministrador de Sevilla, así como los obispos de Gerona, Orense, Palencia, Pamplona, Urgel y Zamora, y los principales superiores de las órdenes regulares instaladas en España. José María Queipo de Llano y Ruiz de Saravia, conde de Toreno: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, 5 vols., Madrid, Imprenta de Tomás Jordán 1835-1838, tomo I, págs. 94-95.

<sup>661</sup> Concesión que apareció publicada en la Gazeta del Gobierno en su número del 18 de noviembre de 1809, yendo el decreto firmado por el arzobispo de Laodicea el día 12, pág. 448.

alistamiento popular en favor de la causa nacional, elevada a la categoría de “santa”, invitando al clero a colaborar en el mantenimiento del orden público junto a las nuevas autoridades surgidas, manifestadas en la creación de Juntas Provinciales y Supremas.

Otros destacados colaboradores con el régimen josefino fueron los obispos auxiliares de Arce en Zaragoza, el capuchino fray Miguel Suárez de Santander<sup>662</sup>, quien fuera un celebrado predicador años atrás, premiado por el rey José en 1810 con la mitra de Huesca, y poco después incluso con la de Sevilla, aunque nunca llegó a tomar posesión de ella; el de la sede primada, Alfonso Aguado Jaraba, quien había quedado al cargo de aquella tras la huida del cardenal Borbón, llegando a ser promovido por el gobierno josefino a la sede de Calahorra también en 1810; o el abad de la colegiata de San Ildefonso, arzobispo titular de Palmira, Félix Amat, conocido por sus postulados jansenistas y que había sido confesor de Carlos IV, que fue nombrado para la de Osma ese año, que había exhortado a sus feligreses en 1808 a través de una pastoral fechada el 3 de junio a aceptar tranquilamente el nuevo orden<sup>663</sup>. Muchos años más tarde, en un defensorio publicado por su sobrino tratando de rehabilitar su memoria, se hacía ver como Carlos IV, el depuesto monarca, le habría confiado que el motivo real de su abdicación tras el Motín de Aranjuez era el convencimiento de que su hijo Fernando podría ofrecer una mejor resistencia a los ya evidentes planes de Napoleón sobre España<sup>664</sup>. Apoyarían también al nuevo régimen el obispo dimisionario de Puerto Rico, el del abad de Alcalá la Real, y el del propio auxiliar del arzobispado hispalense, Manuel Cayetano Muñoz y Benavente, obispo de Licopolis, que aunque abandonó en principio la ciudad junto con el resto de autoridades de la Junta Central y de la Iglesia, volvió a ella compadecido del desamparo espiritual en que quedaría la población. Permanecería en Sevilla en calidad de “obispo-gobernador” ya durante toda la ocupación, que se extendió entre el 1 de febrero de 1810 y el 27 de agosto de 1812, siendo sometido una vez finalizado el conflicto a un breve proceso depurativo tras el cual se le adjudicó como retiro la abadía de Alcalá la Real, donde falleció en 1824.

---

<sup>662</sup> Con el título *in partibus* de Mezo, o Amizón en otras fuentes. Carlos Ramón Fort, Vicente de la Fuente, Pedro Sainz de Baranda, Eduardo Jusué, y Ángel Custodio Vega: *Continuación de la España Sagrada*, 9 vols., tomo LI, “Obispos in partibus españoles”, Madrid, 1879, págs. 16-17.

<sup>663</sup> Barrio Gozalo: “Los eclesiásticos afrancesados...”, opus cit., pág. 230.

<sup>664</sup> Ver la obra de su sobrino Félix Torres Amat: *Vida del Ilmo. Señor Don Félix Amat, arzobispo de Palmyra, abad de San Ildefonso, confesor del señor don Carlos IV, del Consejo de S.M. &*, Madrid, Imprenta de Fuentenebro, 1835, pág. 166-167: “Abad, hablemos claro: Bonaparte viene, y no con buenas miras. Fernando sacará siempre mejor partido que yo para la nación, esta es la verdadera causa de mi renuncia”.

Como es de esperar estos obispos que contemporizaron con los franceses serían objeto de las mayores censuras por parte de las autoridades de la resistencia, manifestando por un decreto fecha 12 de abril de 1809 la Junta Central su pesar sobre el comportamiento de algunos de aquellos: “que separándose del camino que han seguido muchos de sus hermanos y más adheridos a los honores y bienes terrenos de que juraron desprenderse al pie de los altares... se han señalado a porfía en ser instrumentos del tirano para arrancar del corazón de los leales españoles el amor y fidelidad a su legítimo soberano, para prolongar los males de la patria, y aun para envilecer la religión misma y dejarla hollar por los más sacrílegos bandidos”<sup>665</sup>. Tachados de afrancesados algunos se vieron obligados a exiliarse tras la guerra, como el mencionado Arce, que llegó a ser apresado por la guerrilla y encarcelado en la Cartuja de Jerez, siendo solo liberado en febrero de 1810. En 1814, una vez acabada la guerra, intentó recuperar su arzobispado de Zaragoza enviando una súplica a Fernando VII para obtener su perdón, el cual no consiguió, fallecería en París en 1824. Su auxiliar fray Miguel Suárez de Santander, del que también se ha hablado, nombrado por los franceses en 1810 obispo de Huesca, y meses más tarde arzobispo de Sevilla, sede que nunca llegó a ocupar, también partió para el exilio, residiendo en el sur de Francia, allí ayudaría a otros sacerdotes aragoneses exiliados, permitiéndosele volver a España tan solo durante el Trienio Liberal. Otros menos destacados en su apoyo al invasor sufrirían un breve proceso de depuración, ya hemos indicado algunos ejemplos, permaneciendo en el país retirados en monasterios o incluso recuperando sus antiguos cargos.

Nos referiremos ahora, si bien brevemente, a las reacciones del clero capitular durante la ocupación francesa y sus implicaciones en el proceso constituyente, que fue también muy fragmentario, destacándose importantes ejemplos tanto en una como en otra postura, ejemplificando a continuación la que observó el cabildo hispalense a la llegada de los franceses. Una vez llegado a la capital hispalense el nuevo monarca, “sin disparar un solo tiro”, este decretó de inmediato la destitución de sus puestos de todos los eclesiásticos huidos a Cádiz, lista que encabezaban el cardenal Borbón y el arzobispo de Laodicea, seguidos por el propio deán de la catedral Fabián de Miranda, y junto a ellos algunos capitulares más, cuyas plazas fueron ocupadas por otros clérigos más complacientes al nuevo orden. Un Real Decreto de José I dado en el Real Alcázar

---

<sup>665</sup> AHN, *Estado*, leg. 10 C, documento 5.

el 1 de mayo de 1810<sup>666</sup>, disponía la incautación de todos los bienes patrimoniales de los huidos, los cuales debían ser vendidos a beneficio del Estado, pasando sus rentas mientras durase la vacante de las prebendas a engrosar los fondos de la nueva Dirección de Bienes Nacionales. Tal y como dicen algunos estudiosos de la ocupación napoleónica de la ciudad, el clero sevillano, sobre todo el capitular, fue quizás el que contó con más afrancesados de toda España, pues al menos veintiuno de sus prebendados acataron y apoyaron claramente al nuevo monarca, al que agasajaron ampliamente en sus visitas a la capital andaluza<sup>667</sup>. Luego, paradójicamente, el cabildo hispalense se mostraría de los más reacios a cumplir las disposiciones de las Cortes tras la liberación de la ciudad. De estos, doce abandonarían la ciudad junto a las tropas francesas en retirada, entre ellos los arcedianos José Isidoro Morales, pedagogo y matemático entusiasta con el régimen josefino; Andrés Muriel, quien era dignidad del cabildo del Burgo de Osma y fue convertido en arcediano titular de Sevilla en 1811, precisamente la plaza que pertenecía al arzobispo-coadministrador en el cabildo; Andrés Martínez Hervás; Nicolás Maestre Tous de Monsalve; o los racioneros Sebastián Miñano, que había gozado de la plena confianza de Borbón y Vera; Félix José Reinoso, Alberto Lista, Manuel María del Mármol, o Miguel del Olmo, literatos de primera fila en la ciudad que además habían sido redactores de la *Gaceta de Sevilla* durante el periodo de la Junta de Sevilla y luego de la Central. También hubo destacados ejemplos dentro del clero parroquial, como por ejemplo el párroco de Santa Ana, José González Aceijas, o al futuro deán López Cepero, entonces párroco del Sagrario. Por último, no quisiéramos olvidar al abate Marchena, quien a pesar de haber abandonado su condición eclesiástica había estado ordenado de menores, pasando a la historia con ese apelativo clerical. Este ardiente “heterodoxo”, apasionado de ideas de la Revolución, había abandonado España perseguido por el Santo Oficio, viviendo en primera persona los sucesos de 1789. Entusiasta del régimen napoleónico, apoyó sin reservas la ocupación francesa, encargándose aquí de labores de propaganda al servicio del régimen josefino, entre ellos el traducir al español los decretos de este.

---

<sup>666</sup> *Prontuario de las leyes y decretos del Rey nuestro Señor Don José Napoleon I*: “Decreto por el que se priva de sus Prebendas y Dignidades al Arzobispo y otros prebendados de la Catedral y Colegiata de Sevilla”, págs. 142-143. Publicaba lo expuesto en otro decreto de fecha 1 de mayo de 1809.

<sup>667</sup> Opinión que comparten entre otros los profesores Moreno Alonso en su *Sevilla napoleónica*, y Barrio Gozalo en “Los eclesiásticos afrancesados”, opus cit., pág. 242.

Del resto de prelados españoles al menos veintidós se vieron obligados a abandonar sus diócesis ante el avance del enemigo, no viéndose así en la postura de jurar lealtad al nuevo rey impuesto, refugiándose casi todos en Andalucía (primero en Sevilla, y luego en Cádiz o Ceuta), Mallorca, donde quedaron refugiados los prelados de la zona catalano-levantina y algunos otros (arzobispo de Tarragona y los obispos de Lérida, Barcelona, Tortosa, Urgel, Teruel, Cartagena y Pamplona), o Portugal. Algunos otros en cambio elegirían andar errantes por diferentes puntos de sus obispados, libres de ocupación, caso de los obispos de Astorga, Barbastro, o Cuenca. El arzobispo de Santiago, Rafael Múzquiz, del que hablaremos más abajo protagonizó una fuga rocambolesca, saliendo de su diócesis en febrero de 1809 disfrazado de patrón de barco; el de Santander, Menéndez de Lúcar, lo haría vía Inglaterra, pasando a Cádiz donde se pondría al servicio de las autoridades españolas; igual camino siguieron los obispos de Segovia y Orense, del que hablaremos a continuación; el de Coria, don Juan Álvarez de Castro, fue pasado por las armas por los franceses en represalia por su apoyo al bando patriótico. Su martirio, acaecido el 29 de agosto de 1809 en la localidad extremeña de Los Hoyos, donde se hallaba postrado a causa de su longeva edad, 85 años, fue sin duda la cara más negra de la persecución contra los obispos. Este prelado, muy activo en favor de la causa patriótica, publicó dos pastorales en las que animaba abiertamente a la resistencia, hecho que le conllevó la animosidad de los franceses, que juraron matarlo. En la primera carta, de fecha 30 de junio de 1808, aconsejaba la unión de todos los españoles frente a Napoleón, que pretendía dividirlos; ensalzando en la segunda, de 20 de septiembre de ese mismo año, la labor del Ejército español, llegando a comparar a Napoleón con el mismo Lucifer, y animando nuevamente a todos a luchar contra el invasor, poniendo a disposición de la causa todos los recursos de su mitra<sup>668</sup>.

De entre estos prelados fieles a la causa nacional algunos adquirieron especial protagonismo, caso del arzobispo de Laodicea, Juan Acislo de Vera y Delgado, coadministrador de la archidiócesis hispalense, sobre el que daremos tan solo una breve pincelada ahora pues su actuación quedará detallada en los siguientes capítulos. Así por ejemplo excusó asistir a Bayona, a donde había sido convocado para participar en la asamblea de notables que debía dar carta de legitimidad a la “Constitución” otorgada por el emperador a los españoles para su regeneración, excusando de manera prudente

---

<sup>668</sup> Fernando Jiménez de Gregorio: “Martirio y asesinato por los franceses del obispo de Coria Dr. Álvarez de Castro”. Revista *Toletum*, núm. 33, año 1995.

su ausencia aludiendo “cierto accidente que me constituye incapaz de sufrir por tantos días el continuo batidero de un carruaje”<sup>669</sup>. Luego fue vocal y vicepresidente de la Junta creada en Sevilla para dirigir la resistencia, y por último de la Junta Suprema Central, que llegó a presidir entre el 1 noviembre de 1809 y el 31 de enero de 1810. Del cardenal Borbón, del que ya hemos hablado también, diremos ahora que tras reconocer la legitimidad de la resistencia española acompañaría al cortejo de la Junta Central en su traslado a Andalucía, residiendo desde entonces en El Puerto. Luego de la disolución de la Junta presidiría la histórica jura de los diputados para las Constituyentes, presidiendo la última de las regencias entre el 8 de marzo de 1813 y el 10 de mayo de 1814. Identificado completamente con los postulados liberales salidos del proceso constituyente, esta implicación motivó que a la vuelta de Fernando tuviese que abandonar la corte, debiendo además renunciar a una de las diócesis que acumulaba. Su enfrentamiento con Gravina por la asunción de las “facultades pontificias”, que constituyó toda una “guerra” durante la guerra, irá detallada en los capítulos siguientes.

Pero sin duda una de las figuras eclesiásticas más controvertidas y trágicas incluso, por vituperada y denigrada, de todo aquel periodo (1810-1814) fue la del obispo de Orense, Pedro de Quevedo y Quintano, primer y efímero presidente de la primera Regencia, protagonista además del primer choque serio entre la Iglesia y el liberalismo que triunfaría en Cádiz, que lo depuso y acusó de traidor. Su humildad era proverbial, estando tan identificado con su diócesis que había rechazado importantes ascensos, tales como la mitra hispalense, y de hecho a la vuelta del absolutismo llegó a ser nombrado cardenal sin su conocimiento para evitarse así que no aceptara. Al igual que el arzobispo de Laodicea se había negado a acudir a Bayona en 1808 a rendir pleitesía al emperador, calificando de pantomima jurídica aquella reunión en una pastoral que constituyó quizás la primera y más sonora bofetada que recibió Napoleón en sus pretensiones sobre España:

“Que confusión, qué caos y que manantial de desdichas para España. No puede evitarlas una asamblea convocada fuera del reino y por sujetos que componiéndola, ni pueden tener libertad, ni aún teniéndola, creerse que la tuvieron (...) no puede estar la salud de España en esclavizarla [continuaba en su misiva el obispo interpelando al propio emperador], no se empeñe en curarla

---

<sup>669</sup> Carlos Rodríguez López-Brea: “La Iglesia española entre 1808-1810: un cruce de viejos y nuevos problemas”, en *Revista de Historia Militar*, Extra 1, año 2006, Madrid, Instituto de Historia y Cultura Militar, págs. 183-207, 189.



encadenada, porque no está loca ni furiosa. Establézcase primero una autoridad legítima, y trátese después de curarla”<sup>670</sup>.

Nombrado inquisidor general tras la defección del afrancesado Arce, sería elegido presidente de la Primera Regencia tras la disolución de la Junta Central a finales de enero de 1810, pero su discrepancia con el nuevo concepto de soberanía nacional que pretendía aprobarse le llevaron a plantear su renuncia, viéndose forzado bajo las más severas amenazas por parte del elemento liberal – algunos como Villanueva llegaron a proponer incluso se aplicase la máxima pena sobre el anciano obispo – a prestar juramento a la nueva Constitución, siendo finalmente expulsado de España el 17 de agosto de 1812 calificado por el Legislativo como “indigno del nombre de español”<sup>671</sup>.

Pero no solo tuvieron los obispos especial protagonismo en los prolegómenos del proceso constituyente, también una vez iniciado este, saliendo algunos de ellos de diputados en las Cortes Generales y Extraordinarias (1810-1812) y luego en las Ordinarias, casos de los obispos de Pamplona, Mallorca, Calahorra, Plasencia, Sigüenza, Ibiza, y prior de San Marcos de León. Este último, José Casquete de Prado y Bootello, obispo titular de Cisamo, y cabeza del importante priorato leonés de la Orden de Santiago, fue representante por Extremadura en las Constituyentes, ocupando la presidencia de turno de las mismas entre el 24 de noviembre y el 23 de diciembre de 1812. El obispo de Mallorca, Bernardo Nadal y Crespí, se constituiría junto con Borbón en uno de los más entusiastas partidarios de la causa liberal, manifestando en vísperas de la promulgación del texto constitucional: “Ya feneció nuestra esclavitud, compatriotas míos, habitantes en las cuatro partes del mundo. Ya hemos recobrado nuestra dignidad y nuestros derechos. ¡Somos españoles! ¡Somos libres!”<sup>672</sup>. De Francisco Mateo Aguiriano, obispo de Calahorra y La Calzada, desterrado por las autoridades josefinas de su diócesis y huido hacia Alicante podemos decir que como diputado se mostró contrario al nuevo concepto de soberanía nacional propuesto, si bien el encargado de officiar el mismo 19 de marzo de 1812, día en que se promulgó Constitución, el solemne Te Deum de acción de gracias que tuvo lugar en la iglesia del

---

<sup>670</sup> Respuesta dada por el Illmo. Sr. Obispo de Orense á la Junta de Gobierno, con motivo de haber sido nombrado diputado para la Junta de Bayona. Orense, 29 de mayo de 1808. Insertada en la *Gaceta de Madrid* con fecha 14 de junio de ese año.

<sup>671</sup> *Diario de Sesiones de las Cortes Generales y Extraordinarias*. Tomo V, Madrid, Imprenta de J.A. García, 1870. Sesión de 15 de agosto de 1812, pág. 3.559.

<sup>672</sup> José María García León: *En torno a las Cortes de Cádiz: anécdotas, curiosidades, hechos y gentes de aquella magna asamblea*, Madrid, Quorum, 2007, pág. 320.

Carmen de Cádiz. Comellas nos dice de sus discursos que fueron los más “completos y equilibrados que se pronunciaron en las Constituyentes”<sup>673</sup>, falleciendo el 9 de septiembre de 1813 en El Puerto de Santa María.

Blas Jacobo Beltrán, obispo de Ibiza, fue en cambio diputado realista, manteniendo una participación en los debates bastante discreta y prudente al igual que buena parte de sus colegas en el episcopado, todo lo contrario que muchos de los clérigos de menor rango que sí manifestaron su ardiente identificación con la labor reformista de las Cortes, veáanse los casos célebres de Muñoz Torrero, Villanueva, o Espiga por ejemplo. Lorenzo Igual de Soria, obispo de Plasencia, y anteriormente de Pamplona hasta 1803, fue presidente de la Junta de Plasencia tras los sucesos del 2 de Mayo, y ocupó un escaño por Toledo en las Cortes desde el 22 de agosto de 1813. El obispo de Sigüenza Pedro Inocencio Bejarano, efímero obispo de Buenos Aires, también había encabezado la Junta Provincial de su territorio, siendo elegido diputado para las Constituyentes. En ellas desempeñó la presidencia de la recién creada Junta de Censuras, destacándose como uno de los más firmes partidarios del mantenimiento de la Inquisición. El 2 de julio de 1813 elevó un escrito al presidente de la Regencia, al cardenal Borbón, en el que denunciaba las injerencias que la Iglesia venía sufriendo por parte del Poder Legislativo. De verbo piadoso pero a la vez enérgico, predicó todos los domingos en diferentes conventos gaditanos<sup>674</sup>. Por último, y para finalizar este breve apartado biográfico, reseñaremos al obispo de Pamplona Veremundo Arias Tejeiro, que desterrado de su diócesis por los franceses al no presentarse a la célebre Asamblea de Bayona, anduvo errante por diferentes puntos antes de recalar en Mallorca, donde se encontraban refugiados otros obispos, principalmente de la zona catalano-levantina. Electo por el Reino de Navarra para las primeras Cortes Ordinarias convocadas para el 1 de octubre de 1813, no llegó a acudir a ellas, sumándose a la pastoral crítica que contra la política religiosa gaditana publicaron los obispos refugiados en la mencionada isla balear.

Por último y para finalizar esta breve relación de los principales prelados que existían en España durante todo el periodo que duró la Guerra de la Independencia, no

---

<sup>673</sup> José Luis Comellas: “Las Cortes de Cádiz y la Constitución de 1812”, en *Revista de Estudios Políticos*, nº 126, año 1962, pág. 98

<sup>674</sup> Fray Toribio de Mingüella, obispo de Sigüenza: *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos. Sigüenza*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1913. Vol. 3, pág. 202-203.

debemos olvidar por su importancia a dos, los cuales se destacaron por su defensa a ultranza de los derechos absolutos del monarca ausente, estos son el arzobispo de Tarragona, Romualdo Mon y Velarde, y el de Santiago, Rafael de Múzquiz. Mon como decimos era arzobispo de Tarragona, y llegaría a erigirse durante la guerra en la cabeza visible del grupo de obispos refugiados en la isla de Mallorca, excepcionalmente crítico con la política que en materia eclesiástica desplegaron las Cortes. Desde allí promulgarían la célebre *Instrucción Pastoral*<sup>675</sup> de 12 de diciembre de 1812, que sirvió de verdadero altavoz a los agravios que en opinión de la facción más conservadora propiciaba el Legislativo en varias de sus disposiciones, muy lesivos a los derechos consolidados que gozaba la Iglesia. Entre estos abusos sobresalían por ejemplo los de la libertad de prensa e imprenta; y la retención que de los bienes del clero regular se hacía en las zonas recuperadas de los franceses (Decreto de 19 de junio de 1812), que consideraban continuación del proceso desamortizador iniciado por la administración josefina. También las injerencias y los ataques a la independencia de sus instituciones, como resultaba del proyecto de supresión de la Inquisición, para el cual afirmaban era imprescindible la obtención de la necesaria bula papal, siendo suficientemente explícitos del malestar instalado los mismos epígrafes en que se dividía la pastoral: “La Iglesia ultrajada en sus ministros”, “La Iglesia combatida en su disciplina y su gobierno”, “La Iglesia atropellada en su inmunidad”, y “La Iglesia atacada en su doctrina”. Una vez finalizada la Guerra, Mon sería compensado por Fernando VII con la sede hispalense (1816).

En cuanto a Rafael de Múzquiz, arzobispo de Santiago, este había sido confesor de la reina María Luisa, y predicador del rey como abad de San Ildefonso, pero su oposición a Godoy le deparó acabar desterrado en Roma junto con los cardenales Lorenzana y Despuig. Presidente de la Junta de Galicia al comienzo de la guerra, llegó a aportar de su peculio personal 300.000 reales para las necesidades de la resistencia, huyendo de Galicia a la llegada de los franceses en febrero de 1809 disfrazado de patrón de barco, no volviendo hasta diciembre. Si bien prestó juramento de lealtad a las Cortes en octubre de 1810, tal y como hicieron la mayor parte de los prelados, mantuvo una posición contraria a las reformas que desde allí se pretendían. Partidario de unas Cortes

---

<sup>675</sup> *Instrucción pastoral de los ilustrísimos señores obispos de Lérida, Tortosa, Barcelona, Urgel, Teruel y Pamplona al clero y pueblo de sus diócesis*. Reimpresa en Mallorca en la imprenta de Felipe Guasp. Año 1814.

estamentales, protestó contra la abolición de los señoríos – el mismo como titular de la mitra compostelana lo detentaba sobre aquella capital – y la supresión de la Inquisición.

*La invasión napoleónica (1808-1814): de la Junta de Sevilla a la Junta Central y la Regencia.*

En 1808, año verdaderamente crucial en la moderna historia de España, el país se encontraba ante una caótica situación política y diplomática, preso de la colaboración con Francia y en una interminable guerra con Inglaterra que trastornaba el vital comercio americano, fuente imprescindible para la economía nacional. Reinaba desde 1788 Carlos IV, un hombre bienintencionado pero débil e incapaz, cuya voluntad estaba dominada por la de su mujer la ambiciosa María Luisa, y la de esta a su vez por la del aun más ambicioso favorito Manuel Godoy. El enaltecido joven, que había pasado de guardia de corps a primer ministro acumuló tantos honores y cargos como animadversiones, destacando entre estas la del propio heredero el príncipe de Asturias don Fernando, que ayudado por su camarilla se encargaba de difundir, urdir y financiar cualquier complot o rumor que ayudara a provocar su caída, arrastrando incluso si era necesario la de los reyes, sus protectores.

Desde finales de 1807 tropas francesas al mando del general Junot habían comenzado a atravesar la frontera por el País Vasco en cumplimiento del sumiso tratado de Fontainebleau con el Emperador, ¿su objetivo? una invasión de Portugal que convertiría a Godoy en soberano de los Algarbes, y entregaría el resto del país vecino y su imperio a Carlos IV. La presencia de este contingente tan elevado, que no era si no una invasión encubierta, llegó a inquietar no solo a la población en general, sino hasta al propio valido, receloso de las verdaderas intenciones de Napoleón. La tardía reacción de Godoy ante esas más que previsibles intenciones ordenando el traslado de la familia real a Aranjuez, con vistas a un posible viaje a Andalucía, y de ahí hacia las Américas a imitación de la familia real portuguesa, llegó pues tarde. Al conocerse dicha intención, la multitud, dirigida por elementos fernandinos decidió la noche del 17 al 18 de marzo de 1808 el asalto del palacio del favorito, que fue apresado en la mañana del 19. En esta revuelta, conocida como el *Motín de Aranjuez*, Fernando, en una astuta negociación ante sus padres, conseguiría a cambio de la vida del favorito la abdicación paterna, lo que le supuso hacerse con el trono. Desencadenados pues los acontecimientos, el nuevo

monarca, Fernando VII hacía seis días más tarde su entrada triunfal en un Madrid ocupado y bajo control de las tropas del mariscal Murat.

Sin embargo los planes que Napoleón tenía para España poco tenían que ver con los del nuevo monarca, que llamado por el emperador al objeto de solucionar el conflicto familiar, partió incautamente hacia Bayona junto al resto de la familia real, abandonando Madrid el 10 de abril. En la capital el nuevo rey dejaría constituida una denominada *Junta Suprema de Gobierno* a cuya cabeza puso a su tío el infante don Antonio (aunque este finalmente también se dirigirá a Bayona), auxiliado por los señores Piñuela, Azanza, O'farrill y Gil de Lemus, con la única instrucción de mantener las mejores relaciones con el general al mando del ejército francés, Murat. Ya en Bayona, el ambicioso Fernando convencido por los duques de Frías, Híjar y Medinaceli, y del embajador Fernán Núñez, comprobaría las verdaderas intenciones del francés: hacerse con el trono de España. Sospechas que se llevaron a efecto cuando el emperador conminó a padre e hijo a que le entregasen la Corona, un vergonzoso episodio que ha pasado a la historia como la “encerrona de Bayona”. Días antes, el 2 de mayo, en Madrid el pueblo se levantaba en armas contra los franceses, dicen que al presenciar los sollozos del joven infante Francisco de Paula a su salida del palacio de Oriente, sublevación que fue el preludio del levantamiento generalizado de toda España.

La única reacción que pudo tomar Fernando antes de perder completamente la autonomía de acción fue dictar dos decretos<sup>676</sup>, sobre los que se apoyaría la resistencia española poco después. En uno, dirigido a la Junta de Gobierno, les encargaba que en caso de ser encarcelado o confinado buscasen un lugar seguro y asumiesen la soberanía, declarando la guerra a Francia. En el otro, dirigido al Consejo Real, hacía conocer su decisión de que se convocasen Cortes extraordinarias a fin de proporcionar los fondos necesarios para la defensa del reino. Difundidos por todo el país como un auténtico reguero de pólvora los hechos acaecidos en Madrid y Bayona los días 2 y 10 de mayo, estos originarían un auténtico vacío de poder en el reino, resistiéndose el pueblo y buena parte de las élites provinciales a aceptar el comportamiento vacilante y la inicial aceptación de algunas importantes instituciones como el Consejo de Castilla o la Inquisición a la nueva situación. Vacío finalmente suplido en las zonas no ocupadas por los franceses con la formación de las llamadas “Juntas”, organismos formados por la suma de viejas y nuevas autoridades salidas del proceso de rebelión generalizado, y que

---

<sup>676</sup> Con fecha 5 de mayo de 1808.

quedaron organizadas en: Supremas – situadas en cabeceras de reino –, provinciales, y locales. Compuestas por las élites locales civiles y eclesiásticas, las Juntas conservarían en su seno la maltrecha autoridad y soberanía arrancada a los monarcas en Bayona, defendiendo los derechos de Fernando VII, preso de los franceses, y conduciendo la guerra en sus territorios.

El triunfo del Motín de Aranjuez y la caída de Godoy llegaron a Sevilla con el correo del día 22 de marzo, hecho que produjo una excitación tremenda en los mentideros y ambientes de la ciudad, formándose ya las primeras turbas<sup>677</sup>, que acudieron prestas al convento de San Juan de Dios a por el retrato ya mencionado del odioso valido, que redujo a trozos tras forzar la puerta del referido templo, siendo sus restos paseados como trofeo por la ciudad. Igual conmoción produjo la noticia de la abdicación de Carlos IV y la proclamación del nuevo rey, Fernando VII, que aunque acaecida el mismo 19 no fue dada a conocer en Sevilla hasta el día 27. Noticia que sin lugar a dudas constituía el acontecimiento más importante conocido en la ciudad, y también en el reino probablemente desde los tiempos de la Guerra de Sucesión. Acogida por muchos con alegría indisimulable, aquellas jornadas significaron para no pocos el fin una época de oprobio y escándalo vergonzoso simbolizados en las presuntas relaciones ilícitas del favorito con la propia reina. Probablemente el arzobispo de Laodicea compartía también esta opinión, aunque como muchos otros nunca lo manifestara de manera abierta debido al total apoyo de Carlos IV para con Godoy. La defenestración sería anunciada a los cuatro vientos, a la manera tradicional utilizada en la ciudad para celebrar o comunicar los grandes acontecimientos, con repiques desde la Giralda.

El 26 de mayo, fiesta de la Ascensión, empezaron a correr por Sevilla rumores y noticias sobre los sucesos acaecidos días antes en la corte: la brutal represión del levantamiento popular por las tropas del Duque de Berg, las renunciaciones de los reyes en Bayona, y las ambiciones de Napoleón sobre la Corona de España. Estos factores serían detonantes del levantamiento popular, una “*revolución santa*” defensora del orden sagrado y legítimo como contraposición a la que se pretendía introducir, fruto del ateísmo y del engaño. El movimiento sería encabezado en sus momentos iniciales principalmente por tres personajes: el conde de Tilly, un oscuro comerciante llamado Nicolás Tap, conocido por el apodo de *Mirtilo Securitano*, y el pendenciero fraile

---

<sup>677</sup> Velázquez: *Anales*, 56.

Manuel Gil, que secundados por los soldados del Regimiento de Olivenza repartieron armas a la población. El odio y la indignación contra el invasor se extenderían por toda la ciudad al grito unánime de: “¡Mueran los franceses!” y “¡A las armas!”, también al más chusco ideado por Tap de “¡Religión y patriotismo, triunfarán del francesismo!”. Vista la situación y el estado de alarma generalizada en la ciudad, se acordó el día 27 convocar a diferentes autoridades y prohombres de la ciudad para la formasen una junta de gobierno que encauzase la situación, evitando con ello posibles desmanes y la instalación de una situación anárquica en la ciudad, intención que el asistente Hore anunció a la soliviantada población con el grito de: “¡Compatriotas, somos felices, tenemos patria!”<sup>678</sup>.

Para legitimar este movimiento de “las Juntas”, que surgieron en cada territorio frente al entreguismo observado por las instituciones de la corte, se acudió a una conocida doctrina escolástica, la del *translatio imperii*, teorizada siglos atrás entre otros por célebres clérigos de la Escuela de Salamanca. Es decir, la soberanía, poder supremo de los pueblos otorgado a este directamente por Dios, y por aquel al monarca para un eficaz gobierno, era recuperado por el primero cuando el trono quedaba vacante, ya fuera esto por extinción de la dinastía, prisión, o entrega a un poder extraño, casos últimos que se correspondían con la situación acaecida tras las forzadas renunciadas de Bayona. Este sería en principio el sentir general de las élites adheridas al movimiento de las Juntas, si bien empezaba también a tomar fuerza otro nuevo salido de la Revolución francesa, y que afirmaba que el Pueblo nunca se desprendía de la soberanía, tan solo de su ejercicio, idea que se plasmará como veremos en la definición que de esta se hará en las Cortes como expresión natural y legítima de aquel.

Reunidos por fin en el domicilio del antiguo ministro Saavedra<sup>679</sup>, que se hallaba en cama enfermo, decidieron ofrecerle la presidencia de la nueva institución<sup>680</sup>, que

---

<sup>678</sup> Antes de la aparición de este oscuro personaje, Tap, ya estaba en marcha la conspiración para levantar la ciudad, contando entre sus inspiradores a conspicuos personajes de la misma como el padre Gil, el conde de Tilly, el deán Miranda o don Joaquín de Goyeneta. Manuel Gómez Imaz: *Sevilla en 1808: servicios patrióticos de la Suprema Junta en 1808 y relaciones hasta ahora inéditas de los regimientos creados por ella, escritos por sus coroneles*, Sevilla, Imprenta de Francisco de Paz Díaz, 1908, pág. 108-114; ver asimismo Manuel Moreno Alonso: *La revolución “santa” de Sevilla. La revuelta popular de 1808*, Sevilla, Publicaciones de la Caja San Fernando de Sevilla y Jerez, 1997, págs. 120 y ss.

<sup>679</sup> Francisco de Saavedra y Sangroniz (Sevilla, 1746-íd. 1819). Político ilustrado, ocupó ministerios con Carlos IV y Fernando VII. Había sido nombrado secretario de Hacienda en 1797 por Godoy, en un gabinete con lo mejor de la ilustración española, ocupando al año siguiente la cartera de Estado. Tras la primera caída de aquel le sustituyó al frente de la gobernación hasta su dimisión en agosto, en que fue sustituido por Urquijo. Mantuvo siempre una

pasó a denominarse *Junta Suprema de Gobierno de España e Indias*, decretándose asimismo la formación de otras en las ciudades de más de dos mil habitantes. Con Saavedra, que se hallaba confinado en Sevilla por orden de Godoy, actuarían como primer secretario el teniente Juan Bautista Esteller, y como segundo don Juan Pardo, ayudante del Regimiento de Farnesio. Junto a ellos aparecerán como vocales de la misma, miembros de los diferentes estamentos notables de la ciudad. Por el estado eclesiástico: el arzobispo-coadministrador don Juan Acisclo de Vera y Delgado, el deán Fabián de Miranda y el canónigo Francisco Javier Cienfuegos, futuro arzobispo hispalense; por la ciudad: su asistente don Vicente Hore y Dávila, que aunque hombre de Godoy mantenía todavía gran influencia<sup>681</sup>; el regente de la Audiencia don Francisco Díaz Bermudo y el magistrado Juan Fernando Aguirre; por la nobleza: el enigmático e intrigante conde de Tilly, los marqueses de Grañina y de las Torres, y los señores Andrés Miaño y Antonio Zambrana; por el cabildo secular los *veinticuatro* Andrés de Coca y José de Checa, con los *jurados* Antonio Zambrano y Manuel Peroso; por el estamento militar los generales Eusebio de Herrera y Adrián Jácome; por el comercio los señores Víctor Soret y Celedonio Alonso; y por la vecindad José Morales Gallego, síndico del Común. El clero regular estuvo representado por los religiosos padre Manuel Gil, de los clérigos menores (influyente predicador conocido popularmente en la ciudad como *pico de oro*, por su verbo acalorado, que había estado complicado en la conspiración de Malaspina contra Godoy) y fray José Ramírez en representación del resto de órdenes. El protocolo establecido fue el siguiente: la Junta para sí y su presidente tendrían el tratamiento de alteza, usando de una guardia de honor, el resto de vocales llevaría el de excelencia, portando como insignia una vistosa banda roja<sup>682</sup>.

Desatado en la ciudad el odio contra todo sospechoso de amistad con el enemigo, este tendría en el conde del Águila su primera víctima. Su linchamiento público empañó la inicial andadura del nuevo gobierno, que encargó el apaciguamiento de los ánimos sobre el que no hay muchos detalles a Vera y Delgado, aprovechando su carácter sagrado ante el pueblo, y a otros miembros de la Junta. Versión sostenida por el

---

entrañable amistad con Jovellanos. En 1808 presidió la Junta Suprema de Sevilla, ocupando varios ministerios bajo la Junta Central, a cuya disolución presidió la nueva regencia formada (1810).

<sup>680</sup> Manuel Moreno Alonso: *Memorias inéditas de un ministro ilustrado*, Sevilla, Editorial Castillejo, Colección ideas y creencias, 1992, pág. 234.

<sup>681</sup> Ibid: *La Junta Suprema de Sevilla*, Sevilla, Alfar, 2001, págs. 58-59.

<sup>682</sup> Ibid, 44.



marqués de Ayerbe en sus memorias, donde relata o más bien reprocha, que: “fueron el arzobispo de Laodicea junto con el regente de la Audiencia y el marqués de las Torres quienes se juntaron al pueblo haciéndose sus cabezas y estorbando – según la versión del marqués – por ese medio que siguiera el motín, enarbolando el estandarte de la nación”<sup>683</sup>. Una vez calmados los ánimos, y con la Junta establecida en el Real Alcázar, pudo esta por fin ponerse a la difícil tarea de resistir a un enemigo tan formidable. Tras atribuirse a sí misma el carácter de soberana, y pretender no solo la subordinación del resto que se formaban en Andalucía, sino aun las de toda España, declararí de manera solemne la guerra a los franceses el 6 de junio de 1808<sup>684</sup>, y la paz de manera oficial e inmediata con Inglaterra, ahora aliada en la lucha contra el invasor<sup>685</sup>. Mediante el *Manifiesto o declaración de los principales hechos que han motivado la creación de esta Junta Suprema de Sevilla que en nombre del señor don Fernando VII gobierna los reinos de Sevilla, Córdoba, Granada, Jaén, provincias de Extremadura, Castilla la Nueva y demás que vayan sacudiendo el yugo del Emperador de los franceses*<sup>686</sup>, firmado entre otros vocales por el arzobispo y distribuido por diferentes puntos de la Península e incluso de las Indias, la Junta Sevillana pretendió erigirse así en cabeza legítima de la resistencia nacional.

Sin embargo, la negativa de las otras Juntas a reconocer esa primacía que se atribuía la Sevillana, más las dificultades de coordinación entre los diversos cuerpos de ejército, con el más que probable peligro de anarquía que la multiplicidad y dispersión de poderes entrañaba, hicieron evidente la necesidad de centralizar el poder en un solo organismo, idea insinuada claramente en la carta-manifiesto que la *Suprema* sevillana recibía del conde de Floridablanca, su principal impulsor, el 13 de julio de ese mismo año<sup>687</sup>. Así, dos serían las propuestas principales de actuación: la formación de una Regencia (propuesta del Consejo de Castilla, o de personajes de la talla de Jovellanos),

---

<sup>683</sup> Anécdota no recogida en ninguno de los posteriores relatos que sobre aquellos confusos días se han venido escribiendo hasta nuestros días: *Memorias del Marqués de Ayerbe* [Pedro Jordán de Urriés] *sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay y el principio de la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, Publicado por su hijo don Juan Jordán de Urriés, 1893, pág. 101.

<sup>684</sup> AMS, Sección XIV, *Crónica de González de León*, tomo IV, año 1808, número 37: *Bando de la Junta de Sevilla que declara la guerra a los franceses* (fecha 6 de junio).

<sup>685</sup> Moreno Alonso: *La Junta Suprema de Sevilla...*, 145.

<sup>686</sup> Publicado en Sevilla el 17 de junio de 1808.

<sup>687</sup> Saavedra/Moreno Alonso: *La rebelión de las provincias en España. Los grandes días de la Junta Suprema de Sevilla, 1808-1810*, opus cit., pág. 199.

y la creación de una junta centralizadora, opción que encabezarían las de Valencia y Murcia con Floridablanca a la cabeza, que fue la que se llevaría a cabo a pesar de la resistencia de la de Sevilla, que pretendió entonces supeditar la autonomía del futuro cuerpo a los dictámenes del conjunto de estas.

Los representantes que la Junta Sevillana enviaría a Aranjuez al objeto de constituir el nuevo gobierno central serían precisamente el arzobispo de Laodicea, en sustitución del asistente Hore, que renunció, y junto a él don Francisco Javier de Guzmán, conde de Tilly<sup>688</sup>, personaje turbulento y conspirador figura clave en la llamada “*Revolución santa*”<sup>689</sup> de Sevilla. Este, procedente de la mediana nobleza, era el hermano menor de Andrés de Guzmán, activista jacobino que había sido guillotinado en París junto a Danton y Desmoulins por conspirar contra la Convención en 1794. Para la elección del nuevo órgano de gobierno las Juntas otorgarían a sus enviados los correspondientes poderes, a los que los vocales debían atenerse en su actuación, llevando el de la Junta de Sevilla, uno de los más ambiciosos fecha de 24 de agosto de 1808: “*Instrucción de la Junta Suprema de Sevilla a sus diputados a la Junta Central a la cual deberán arreglarse éstos*”<sup>690</sup>. Sin embargo, estos poderes, y otros similares de otras juntas, de aplicarse en su integridad mediatizarían por completo la autonomía de la nueva institución, plegándose finalmente aquellas no sin resistencia, a reconocer por pragmatismo y por la gravedad del momento, al nuevo gobierno en toda su potestad y atribuciones.

Los motivos para la elección del arzobispo de Laodicea junto con el conde de Tilly como representantes de la Junta sevillana en la Central que se constituía se debieron principalmente a dos factores que detallamos a continuación. Primero, la renuncia del asistente Hore, como ya se ha avanzado, a desempeñar el puesto, pues aunque elegido para ello en principio sus vínculos con el odiado Godoy suscitaban no

---

<sup>688</sup> Jaime Salazar y Acha en su exhaustivo estudio sobre la familia Sánchez-Arjona aclara la confusa identidad del oscuro conde, al que se ha confundido con uno de sus hijos también llamado Francisco Javier, siendo este que nos interesa don Francisco Javier Pérez de Guzmán y Ruiz de Castro Maraver y T'Serclaes de Tilly, conde de Tilly en Flandes (Granada, 15 de junio de 1758-Cádiz 14 de septiembre de 1810 preso en el castillo de San Sebastián). Este personaje fue el abuelo de los célebres coleccionistas y bibliófilos del siglo XIX, duque de T'Serclaes y marqués de Jerez de los Caballeros. Ver: *Estudio histórico sobre una familia extremeña, los Sánchez-Arjona*, Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, 2000, págs. 407-408.

<sup>689</sup> Véase: Moreno Alonso: *La revolución “santa” de Sevilla*, opus cit.

<sup>690</sup> AHN, *Estado*, Papeles de la Junta Suprema Central, leg. 70-H: Junta de Sevilla. Correspondencia con la Junta de Galicia sobre su propuesta de crear una junta central, poderes de sus vocales, e *Instrucción de la Junta Suprema de Sevilla a sus diputados a la Junta Central a la cual deberán arreglarse éstos*.

pocas suspicacias<sup>691</sup>, así que tras alegar motivos de salud para no acudir a dicho cometido, abandonó también al poco su puesto como asistente de la ciudad. En segundo lugar la reconocida integridad e influencia del arzobispo en la ciudad debido a su alta posición como coadministrador y dispensador del arzobispado, pesando también sin duda su adecuada preparación jurídica, pues era doctor en ambos derechos, así como su absoluta falta de ambición política<sup>692</sup>, elemento que le harían en principio un dócil instrumento de la Junta sevillana ante el nuevo gobierno.

A esa falta de ambición acompañaba sin duda el carácter prudente y bondadoso, tímido podría decirse, que lo caracterizaban, la “suave prudencia” que le atribuía Nicasio Tomás, secretario del cardenal Borbón en sus cartas<sup>693</sup>. Cualidades que confirman testimonios coetáneos tales como los recogidos por Charles Vaughan o la propia Lady Holland, quienes en su correspondencia coincidían en señalar sobre nuestro personaje era “tímido y buena persona”, aunque en otros le señalaban como “débil y de mente estrecha”, remarcando su extremada influencia en la ciudad por estar a la cabeza del clero<sup>694</sup>. En cambio, y paradójicamente, durísimos serían los epítetos que le dedicaría el realista marqués de Ayerbe en sus memorias, pareciéndole:

“hombre acre y duro y que ocasionó con sus intemperancias un sofocón, del cual murió el dignísimo Maturana, maestro que fue del Rey, su acérrimo apasionado, director general de Artillería...”<sup>695</sup>.

Si bien es verdad que el marqués, uno de los personajes más adictos al monarca, era un acérrimo crítico de la Central, y no tenía mejor opinión del resto de sus

---

<sup>691</sup> Moreno Alonso: *La Junta Suprema de Sevilla...*, pág. 59. A pesar del intento de la Junta por recalcar su patriotismo, “ardor e incesante trabajo” en pro de la Suprema. *Gazeta Ministerial de Sevilla*, martes 30 de agosto de 1808, número 27, pág. 216. Ejemplar en Biblioteca General de la Universidad de Sevilla, signatura: A 063(286)/154(4)-155. Se acordó finalmente, en octubre de ese mismo 1808, que abandonase la ciudad por su propia seguridad, quedando confinado en el pueblo manchego de su naturaleza.

<sup>692</sup> Ibid, en la pág. 63 podemos leer: “Su papel dentro de la Suprema de Sevilla fue meramente representativo, tal y como correspondía a su carácter de *tímido y buena persona*, según el parecer de un inglés que lo vio así”. Tal inglés no era otro que Sir Charles Vaughan, secretario de la legación británica. Ver su correspondencia desde Aranjuez (28 de septiembre de 1808) con Lord Holland en *The Spanish Journal* por la esposa de este último lady Holland, pág. 408.

<sup>693</sup> Carta de Nicasio Tomás al arzobispo de Laodicea, Cádiz, 26 de enero de 1813. ADC, *Documentación Doceañista*, (seleccionada con motivo del Bicentenario de 1810-1812 de los Papeles del Obispo Vera y Delgado), caja 1.

<sup>694</sup> Lady Holland: *The Spanish Journal*, opus cit., 408.

<sup>695</sup> Aunque no aclara detalles sobre la tan fatídica polémica entre Maturana y el arzobispo. Marqués de Ayerbe: *Memorias...* opus cit., 191. Se sabe que este, don Vicente María de Maturana, mariscal de campo de Artillería había sido nombrado por la Junta de Sevilla como “Ayudante General”, consiguiendo formar en muy breve tiempo dos compañías de artillería. Falleció en Sevilla el 13 o 18 de marzo de 1809.

miembros, a los que tildaba de ambiciosos, asegurando de ellos que ni deseaban la vuelta del rey, ni la marcha de los franceses para conservar así el poder en sus manos. Ni siquiera de Jovellanos tenía mejor opinión, manifestando en las citadas memorias que aunque de Garay cambió la opinión que de él tenía en un principio, mantenía sus dudas sobre el asturiano. Igual parecer tenía del canónigo Rivero, que sustituyó a Garay en la secretaría de la Junta Central, manifestando sobre el arzobispo Vera que “no era de los mejores a pesar de su dignidad”<sup>696</sup>. Al marqués se le había encargado en abril de 1809<sup>697</sup>, con el respaldo del arzobispo Vera<sup>698</sup>, del duque de Infantado, de Saavedra y del marqués de las Hormazas – únicos que conocían el plan – un descabellado plan para rescatar al rey de su cautiverio en Valençay que fracasó, muriendo incluso Ayerbe de una manera bastante extraña al cruzar la frontera, asesinado por unos bandidos, e ignorándose el paradero de los 2 millones de reales que para ello le fueron confiados.

Pero volviendo al desarrollo de la guerra, uno de los más conocidos actos protagonizados por la Junta de Sevilla junto con la declaración de guerra a los franceses o la paz con Inglaterra fue la organización y reclutamiento en unión de la de Granada del ejército que vencería en Bailén, dictando en los meses previos a la batalla toda clase de bandos y rogativas para el feliz éxito de sus disposiciones. El día 30 de junio la Junta pedía al arzobispo-coadministrador las ordenase tanto en la catedral como en el resto de iglesias y conventos del arzobispado, pidiendo “Al Dios de los ejércitos”<sup>699</sup> por las tropas españolas que se dirigían a la lucha contra el invasor. Así, Vera y Delgado dispuso que en los días 11 y 12 de julio<sup>700</sup>, vísperas de la gran confrontación que tendría lugar en los ardientes campos giennenses, estuviera manifiesto el Santísimo Sacramento durante todo el día en todas las iglesias y conventos de la ciudad, al objeto de procurar la benevolencia divina para con las armas españolas, implementando además de otras medidas moralizantes para no ofender así a la Providencia. Entre ellas que la ciudad hiciera voto para que no hubiera “ahora ni en ningún tiempo teatro cómico, ni que en él

---

<sup>696</sup> Ibid, 161.

<sup>697</sup> Saavedra en una carta sin fecha remitida al arzobispo años más tarde traslada el hecho a los meses finales de 1809, antes de la invasión de Andalucía, si bien reconoce en la misma: “estoy en lo fuerte de un ataque de mi mal, y por consiguiente la cabeza no está muy buena”. ADC, *Documentación Doceañista*, Papeles del obispo Vera, leg. 1.

<sup>698</sup> Toreno: *Historia del levantamiento...*, opus cit., III, 475.

<sup>699</sup> Moreno Alonso/Saavedra: *La rebelión de las provincias en España: los grandes días...*, opus cit., 273.

<sup>700</sup> Moreno Alonso: *La Junta Suprema de Sevilla...*, opus cit., 218.

se represente ningún espectáculo que tenga relación con él”<sup>701</sup>. Otra más de estas llamadas al auxilio divino nos la refiere González de León en su *Diario*, donde relata como el 7 de junio la Junta Central se dirigió a la catedral:

“Hoy por la mañana asistió toda la Junta Suprema escoltada de la Guardia de Honor, a la Capilla Real a rogar a San Fernando por el buen éxito de sus operaciones y disposiciones. Se cantó una misa de rogativa en la que hubo sermón. La Junta estuvo sentada en los bancos que sirven el día del Corpus. Hoy se publicó un edicto mandando hacer rogativas públicas a todas las iglesias y hermandades”.

La noticia de la victoria, acaecida el día 19 de julio de 1808, sería conocida en Sevilla el 22 sobre las cuatro y media de la tarde, como nos recuerda el referido cronista, alertándose al pueblo de las nuevas que llegaban con tres repiques de la Giralda que duraron hora y media, al que siguieron el resto de iglesias<sup>702</sup> entre salvas de artillería. Tras estas demostraciones, la Junta dictó un bando para el general conocimiento público de la favorable acción de armas acontecida en tierras giennenses, acordando la celebración de un solemne Te Deum de acción de gracias para el día siguiente. Por toda la ciudad, que ardió en fiestas, se efectuaron luminarias y se escucharon los repiques hasta la hora de las ánimas<sup>703</sup>. Después del mencionado Te Deum, seguiría una misa cantada cuyo sermón correspondió pronunciar al padre Manuel Gil, vocal de la Junta sevillana, y uno de los predicadores predilectos del pueblo. El primero de agosto la Junta y el pueblo sevillano recibirían a su libertador el victorioso general Castaños, que hacía su triunfal entrada en la ciudad. Victoria que con todo mérito se atribuyó la Junta<sup>704</sup>, pues se consiguió gracias al ejército que esta había conseguido formar. El héroe popular, recibido entre repiques, salvas y aclamaciones de la multitud, tuvo a bien como primera diligencia acudir al templo catedralicio a dar gracias ante la tumba de San Fernando y la Virgen de los Reyes, a cuyo término fue recibido con toda la pompa en el Salón de Embajadores del Alcázar, sede del gobierno de la Junta, que determinó su promoción al máximo grado de capitán general<sup>705</sup>.

---

<sup>701</sup> AMS, Sección VI, *Escribanías de Cabildo* (siglo XIX), libro núm. 92.

<sup>702</sup> Ibid, Sección XIV: Crónica de González de León, día 22 de julio de 1808.

<sup>703</sup> Ibidem.

<sup>704</sup> La gran gesta de la Junta de Sevilla, cuya planificación se llevaría a cabo entre Carmona y Utrera por el estado mayor de Castaños, fue llevada al campo de batalla por el suizo al servicio de España mariscal Teodoro Reding.

<sup>705</sup> Moreno Alonso: *La Junta Suprema de Sevilla*, opus cit., 217.

El día 4 de ese mes<sup>706</sup> González de León recoge una curiosa procesión, en ella la Junta acudiría en solemne comitiva a pie desde el Alcázar hasta la catedral. Entre esta y situado en posición preferente, el vencedor, coronado de laurel y seguido por los trofeos tomados al enemigo. Tras el Te Deum, al que siguió un pontifical oficiado por el arzobispo de Laodicea, coadministrador de la diócesis y vocal de la Junta, el general Castaños depositó en la Capilla Real las banderas y águilas imperiales capturadas como trofeo, en la cual ya permanecieron<sup>707</sup>. Unos días más tarde, el nueve de agosto<sup>708</sup>, se celebraría también en el marco del templo mayor hispalense, la solemne función de acción de gracias por la victoria de nuestras armas, con asistencia de la Junta sevillana en pleno, del general Castaños, de la oficialidad y de los principales cuerpos de la ciudad, acto que predicaría el padre fray José Ramírez. Ese mismo mes también apareció por Sevilla, como tantos otros refugiados huidos de la Corte hacia zonas libres, la señora doña María Luisa de Borbón, hermana del cardenal Borbón, titular de la sede hispalense<sup>709</sup>, y por lo tanto también cuñada de Godoy, de cuyo abultado séquito parece que a decir Vera que: “los pueblos confundían su numerosa hueste con el mismísimo ejército de Dupont”<sup>710</sup>.

Tras unos confusos prolegómenos sobre composición y facultades, los representantes dudaban entre la elección de una regencia o una junta, siendo la primera opción la forma de interregno tradicional contemplada en las Partidas, y era apoyada por personajes como Jovellanos o el representante inglés, si bien en este último caso no por ese motivo, sino por la pragmatidad que suponía concentrar el poder en pocas manos<sup>711</sup>. Los partidarios de una junta defendían por el contrario que el nuevo órgano de gobierno de la nación debía contar facultades superiores a las Cortes, detentando

---

<sup>706</sup> AMS, Sección XIV, Crónicas de González de León, día 4 de agosto.

<sup>707</sup> Trofeos que incomprensiblemente fueron retirados hace unos años de aquel recinto en el que con toda justicia debían haber permanecido.

<sup>708</sup> Moreno Alonso: *La Junta Suprema...*, 218.

<sup>709</sup> Quien ese mismo mes hizo un generoso donativo como administrador de aquella diócesis a la Junta sevillana de treinta mil reales mensuales. Probablemente, como indica López-Brea, para sacudirse así el estigma de afrancesado que su inicial acatamiento al emperador le había deparado. Rodríguez López-Brea: *Don Luis de Borbón...*, opus cit., 156. Carta de Vera y Delgado a Rafael Antón (secretario de Cámara del Cardenal y primo del canónigo Rivero). AGDAT, Sección *Pontificados*, Borbón-Sevilla, leg. 25.

<sup>710</sup> Ibid, 83.

<sup>711</sup> Melchor Gaspar de Jovellanos: *Memoria en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la Junta Central del Reino, y se da razón de la conducta y opiniones del autor desde que recobró su libertad*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1951, vol. I, págs. 512 y 584.

todos los poderes propios del monarca, como el propio Fernando expuso en el referido decreto dado en Bayona<sup>712</sup>, opción que fue la elegida finalmente. Una vez recuperada la capital del reino tras la derrota francesa de Bailén (primera importante en campo abierto de las armas napoleónicas), y declaradas nulas por el Consejo de Castilla las renunciaciones de Bayona, que para su validez necesitaban la aprobación de las Cortes, se procedió al fin el 25 de septiembre de 1808 en el Real Sitio de Aranjuez a la constitución de la nueva *Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino*, organismo que estaría integrado por 35 vocales, compuestos de dos miembros por cada Suprema encabezados por un presidente<sup>713</sup>.

Cada Junta otorgaría como vimos unos determinados “poderes” a sus enviados para poder obrar en la nueva institución, en algunos casos de carácter ilimitado y en otros muy limitados, como los otorgados por la de Sevilla. En todo caso, estos últimos tendrían validez siempre que se respetaran y salvaguardaran determinados asuntos: derechos de Fernando VII, primacía de la religión católica en España, o la conservación de las leyes, usos y costumbres tradicionales del país. Igualmente se decidió en aquellos prolegómenos admitir únicamente como vocales a los representantes de las llamadas Juntas Supremas, excluyéndose a los de las provinciales también presentes, casos de: Álava, Cádiz, Ciudad Real, Cartagena, La Mancha, Santander, Soria o Vizcaya<sup>714</sup>. Para el cargo de presidente se eligió al anciano conde de Floridablanca, don José Moñino y Redondo, antiguo primer ministro de Carlos III y Carlos IV, y el más reputado hombre de Estado de entre los presentes. Para los de vicepresidente y secretario general se designaron a don Vicente Isabel Osorio de Moscoso y Álvarez de Toledo, marqués de Astorga<sup>715</sup> y conde de Altamira, vocal por Madrid, y a don Martín de Garay, representante de Extremadura. La nueva Junta, que acumularía tanto los poderes

---

<sup>712</sup> Que así lo hizo constar en su decreto expedido en Bayona el cinco de mayo de 1808, en el cual “*autorizaba a la Junta en la forma más amplia, para que en cuerpo o sustituyéndose en una o muchas personas que la representasen se trasladase al paraje que creyese más conveniente, y que en nombre de S.M. y representando su misma persona ejerciese todas las funciones de la soberanía*”. Ángel Martínez de Velasco: *La formación de la Junta Central*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra (CSIC), 1972, pág. 191.

<sup>713</sup> Es decir las organizadas en las capitales de reinos.

<sup>714</sup> Cfr. Jorge Castel: *La Junta Central Suprema y Gubernativa de España e Indias*, Colección Cuadernos de Historia de las Relaciones Internacionales y Política Exterior de España, Madrid, Marto, 1950.

<sup>715</sup> Don Vicente Isabel Osorio de Moscoso y Álvarez de Toledo, marqués de Astorga y conde de Altamira (1777-1837), cabeza de uno de los linajes más importantes de la aristocracia española, representante por Madrid, fue elegido vicepresidente de la Junta. Al fallecimiento de Floridablanca sería presidente interino (30 de diciembre de 1808), siendo motejado por el pueblo como *el rey chico* por su escasa estatura, el 1 de mayo de 1809 fue ratificado en el cargo como presidente de turno, puesto que ocupó hasta el 1 de noviembre de ese mismo año.

ejecutivo como legislativo, se obligó a convocar Cortes extraordinarias, tal y como había dispuesto el escarmentado Fernando antes de perder toda autonomía de acción y quedar confinado en el castillo de Valençay, Francia.

Los delegados de las Juntas reunidas en Aranjuez, y nuevos vocales de la Central fueron<sup>716</sup>:

Por el reino de Aragón: Francisco Rebolledo de Palafox y Melzi, mariscal de Campo y hermano de los también militares don José Rebolledo de Palafox, futuro defensor y primer duque de Zaragoza, y del también general marqués de Lazán; y Lorenzo Calvo de Rozas, próspero comerciante y vocal e intendente de la Junta Militar de Defensa de aquel reino.

Por el principado de Asturias: Gaspar Melchor de Jovellanos y Ramírez, ex ministro y personaje de reconocido prestigio en todo el reino, liberado tras el motín de Aranjuez el día 6 de abril del injusto destierro que padecía en Mallorca desde 1801. Junto a este, Francisco Bernaldo de Quirós y Mariño de Lobera, marqués de Campo Sagrado y teniente general desde junio de 1808.

Por el reino de Castilla la Vieja: Lorenzo Bonifaz Quintano, dignidad de prior de la Santa Iglesia de Zamora; y Francisco Javier Caro, catedrático de derecho en Salamanca.

Por el principado de Cataluña: Juan Antonio de Fivaller y Bru, marqués de Villel; y Antonio Ferrer Llupiá, barón de Sabasona.

Por el reino de Córdoba: Joaquín Fernández de Córdoba y Hoces, III marqués de la Puebla de los Infantes y Juan de Dios Gutiérrez Ravé, militar.

Por Extremadura: Martín de Garay y Perales, antiguo intendente en Murcia y en esos instantes de Extremadura; y Félix de Ovalle, tesorero del ejército de aquella región.

Por el reino de Galicia: Pedro María de Cisneros y Ulloa, conde de Jimonde, alcalde de Santiago de Compostela; y Manuel María Avalue, regidor de la villa de Tuy.

---

<sup>716</sup> Ver acta de instalación de la Junta Central en AHN, *Estado*, leg. 1, fols. 1-13. El listado de sus vocales apareció publicado en el órgano informativo de la Junta, la *Gazeta del Gobierno*, día 11 de enero de 1809, Sevilla, Imprenta de la Calle de la Mar, págs. 17-19 (AHN, Estado, 12, pieza 8).



Por el reino de Granada: Rodrigo Riquelme, regente de la Chancillería de Granada y antiguo alcalde de Casa y Corte; y Luis Ginés de Funes y Salido, canónigo de la Catedral granadina.

Por el reino de Jaén: Sebastián de Jocano, del Consejo de S.M. en el tribunal de la Contaduría Mayor, y contador de aquel reino; y Francisco de Paula Castanedo, canónigo, provisor y vicario general de su obispado.

Por el reino de León: el bailío frey Antonio de Valdés y Bazán, capitán general de la Armada; y Joaquín Flórez Osorio Teijeiro, vizconde de Quintanilla.

Por la villa y corte de Madrid: el marqués de Astorga y conde de Altamira, y don Pedro de Silva, ex mariscal de Campo y bibliotecario mayor de la Academia de la Lengua, que sería nombrado por la Junta patriarca de las Indias Occidentales (el 2 de octubre de 1808) en sustitución del afrancesado Arce.

Por el reino de Mallorca: José Zanglada de Togores, conde de Ayamáns, coronel del regimiento de milicias de Palma; y Tomás de Veri, teniente coronel del mismo regimiento.

Por el reino de Murcia: don José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca, ex primer ministro de la monarquía; y Nicolás de Toledo y Aguado, marqués del Villar. Posteriormente ocuparía una de las vocalías Diego Uribe Yarza y Caro, marqués de San Mamés de Arás (nombrado el 8 de abril de 1809).

Por el reino de Navarra: Carlos de Amatria y Santamaría (desde el 2 de octubre de 1808) y Miguel Balanza y Castejón (desde la misma fecha), individuos de la Diputación de ese reino.

Por el reino de Sevilla: don Juan Acisclo de Vera y Delgado, arzobispo de Laodicea y coadministrador de Sevilla por el cardenal Borbón; y Francisco de Guzmán y Ruiz de Castro, conde de Tilly (en Flandes).

Por el reino de Toledo: don Pedro de Rivero, canónigo de aquel arzobispado; y José Manuel García de la Torre, abogado y regidor de la ciudad.

Por el reino de Valencia: José Antonio de la Cerda y Cernesio, conde de Contamina; y Antonio de Valcárcel y Pío de Saboya, príncipe Pío (hasta su fallecimiento el 14 de

noviembre de 1808); sustituido por Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana, general de los Reales Ejércitos (desde el 19 de febrero de 1808).

Y por las islas Canarias, incluidas en el reino de Sevilla: Alonso de Nava Grimón y Benítez de Lugo, marqués de Villanueva del Prado (elegido el 27 de agosto de 1808, y aceptado el 29 de diciembre).

Verdadera reunión de notables venidos de cada provincia, su extracción social puede definirse como aristocrática, o al menos elitística, apareciendo compuesta de diecisiete miembros por el estado noble, cinco del eclesiástico, y uno del común, los once restantes podrían adscribirse a más de uno de los estamentos referidos<sup>717</sup>. La instalación del nuevo gobierno de la nación tuvo lugar en la mañana del 25 de septiembre con la asistencia de 25 de los representantes, más de las dos terceras partes del quórum exigido por algunas Juntas como la de Sevilla para dar validez al acto<sup>718</sup>. A las nueve y media de la mañana los diputados presentes reunidos en la sacristía de la capilla real del Palacio de Aranjuez iniciaron la procesión hasta sus bancos situados en la referida capilla. Tras la misa, el arzobispo de Laodicea, prelado más relevante entre los reunidos sería el encargado de tomar el juramento a los miembros de la Junta, utilizando la fórmula tomada de la Junta murciana y haciéndolo él mismo en primer lugar<sup>719</sup>. La ceremonia finalizó con el canto de un solemne Te Deum de acción de gracias, y tras esto, quedo legal y legítimamente constituido el nuevo gobierno de la nación, considerado enteramente depositario de la autoridad real ausente y como se encargaron de recalcar en la posesión de las mismas atribuciones que aquel tuviera. De momento sus dos prioridades principales eran la resistencia al invasor y la preparación de la convocatoria a Cortes en cumplimiento de la voluntad del monarca.

De esta manera informaba el arzobispo a la Junta sevillana, sobre los acontecimientos acaecidos en Aranjuez<sup>720</sup>:

---

<sup>717</sup> Martínez de Velasco, opus cit., 195.

<sup>718</sup> AHN, Estado, 70, doc. 166: *Instrucción de la Junta Suprema de Sevilla a sus diputados a la Junta Central a la cual deberán arreglarse éstos*.

<sup>719</sup> Martínez de Velasco, opus cit., pág. 189. De la que se eliminó en el juramento de Aranjuez la fórmula: “juráis”. El texto continuaba: “*elegir su Presidente sin parcialidad ni pasión, amor, ni odio...*”, al tiempo que se añadía la obligación mantenida hasta hoy día en el juramento de los ministros de guardar el secreto de las deliberaciones.

<sup>720</sup> “Carta del Excelentísimo Señor Arzobispo de Laodicea, y el Señor Conde de Tilly á la Suprema Junta da Sevilla, noticiándole la instalación de la Suprema Junta Central”. Ver *Demostración de lealtad española: Colección de proclamas, bandos, órdenes, discursos, estados de ejércitos, y relaciones de batallas publicadas por las Juntas de*

“SERENÍSIMO SEÑOR: por la mañana reunidos los vocales de los quatro Reynos de Andalucía, Murcia, Valencia, Aragón, Cataluña, uno de Castilla la Vieja, Toledo y León en la Capilla Real de Palacio, y dicha la Misa por mí, prestaron el juramento de solemnidad en mis manos, habiendo precedido el hacerlo yo primero, como extensamente verá V. A. por el testimonio, ó relación que adjunto incluimos de la instalación de la Central, lo que noticiamos á V. A. por expreso, cumpliendo con nuestro deber, y el acuerdo que para esto ha precedido. V. A. dispondrá quanto guste mandamos, cierto de nuestra obediencia. Dios guarde à V. A. muchos años. Aranjuez y Setiembre 27 de 1808.= Serenísimo Señor. = Juan Acisclo, Arzobispo de Laodicea.= El Conde de Tilly. P. D. Después de escrita esta se ha acordado particularmente decir à nuestras respectivas Juntas hagan alguna demostración pública por el establecimiento de la Central, y en Madrid se mandara haya iluminación por tres días. = Serenísimo Señor Presidente y Señores Vocales de la Suprema junta de Sevilla”.

El reglamento aprobado, compuesto de siete capítulos y ochenta y dos artículos, decretaba entre otras cosas que:

“La Junta tendrá el tratamiento y honores de S.M.”, con una guardia de alabarderos para su protección y honores. El presidente, elegido para un mandato de seis meses<sup>721</sup> tendría tratamiento de Alteza y honores de infante de España, y el resto de vocales el de Excelencia, con un sueldo de 120.000 reales para cada uno. Como distintivo portarían una placa donde se representaban los dos hemisferios que conformaban la Monarquía hispánica<sup>722</sup>. Pero donde quizá se muestra más el carácter innovador de la Junta, en estos albores del parlamentarismo español, será en el artículo primero del capítulo tercero, uno de los más significativos, que dice:

*“(…) los vocales que componen la Junta Suprema del Reino reunidos en cuerpo, representan a la nación entera y no a la provincia de que son diputados”.*

Un concepto mantenido a lo largo de toda nuestra historia parlamentaria y que inspira desde entonces la conformación del poder legislativo en la Cámara Baja. Mientras, y para el desempeño de los diferentes asuntos y la gobernación de los territorios aún bajo soberanía del poder legítimo, se crearían cinco secciones o

---

*Gobierno, o por algunos particulares en las actuales circunstancias*, tomo V, Con licencia, Cádiz, por Don Manuel Ximénez Carreño, Calle Ancha, 1808, pág. 112.

<sup>721</sup> Sin duda para evitar una excesiva acumulación de poder, o tentaciones caudillistas para sustituir a la dinastía que aunque confinada en poder del enemigo aún recibía el juramento de fidelidad como legítima frente a la impuesta por las armas francesas. El cargo era más un *primus inter pares*, cuya facultad extraordinaria respecto del resto era el del voto de calidad y el tratamiento de alteza, debiendo renovarse cada seis meses.

<sup>722</sup> Modesto Lafuente: *Historia General de España*, 6 vols., Parte tercera: Edad Moderna, tomo XXIV, Madrid, Establecimiento tipográfico de Mellado, 1851, pág. 16.

ministerios, aunque sin calidad ejecutiva: Estado, Gracia y Justicia, Guerra, Marina y Hacienda; dos comisiones: Ejecutiva, y de Cortes; y una secretaría general.

La Sección de Estado estaba compuesta del conde de Altamira, bailio Valdés, marqués de Villel, Pedro de Ribero, conde de Contamina, marqués del Villar, Martín de Garay, y y como ministro Pedro Ceballos, al que sucedió interinamente Garay, teniendo la plaza en propiedad Francisco Saavedra. Gracia y Justicia estaba formada por los siguientes vocales: arzobispo de Laodicea, el patriarca electo de las Indias, Jovellanos, Rodrigo Riquelme, Francisco Javier Caro, Juan de Dios Rabé (que luego pasó a Guerra), y como ministro Benito Ramón de Hermida. Guerra por: el príncipe Pío, marqués de Campo Sagrado, Tomás de Veri, Francisco de Palafox, José García de la Torre, conde de Tilly, marqués de la Romana, y como ministro Antonio Cornel. Marina: marqués de la Puebla, conde de Ayamans, conde de Gimonde, Carlos de Amatria, Antonio Aballe, vizconde de Quintanilla, Lorenzo Bonifaz , y Antonio de Escaño como ministro. Hacienda: Francisco Castanedo, barón de Sabasona, Sebastián de Jocano, Lorenzo Calvo de Rozas, Miguel de Balanza, Félix Ovalle, y ministro Francisco de Saavedra al que sucedería el marqués de las Hormazas.

La Comisión Ejecutiva estaría compuesta el 1 de noviembre de 1809 por el presidente de la Junta, es decir Laodicea, el marqués de la Romana, Riquelme, Caro, Jocano, García de la Torre, y marqués de Villel, siendo renovada el 1 de enero de 1810 con los siguientes componentes: Laodicea, Villel, García de la Torre, Jocano, conde de Ayamans, marqués del Villar, y Félix de Ovalle. Por lo que respecta a la de Cortes, lo fue por también por el arzobispo, que la presidiría, Gaspar de Jovellanos, Francisco Castanedo, Rodrigo Riquelme, Francisco Javier Caro, conde de Ayamans, y Martín que Garay, ejerciendo de secretarios Manuel Abella y Pedro Polo de Alcocer. La importante Secretaría de la Junta estaría presidida por el eficiente Martín de Garay, que sería sustituido finalmente por el canónigo Pedro de Ribero, siendo oficiales de la misma: Manuel José Quitana, Ignacio García Malo, Pascual Jenaro Ródenas, Pío Agustín Landa, José Costa y Gali, José Ceballos, y Francisco Leunda (archivero).

Cuando Napoleón al frente de la *Grande Armée* amenazó Madrid, la Junta se trasladó primero a Talavera, donde realizó dos sesiones, luego a Trujillo, Badajoz, y por fin Sevilla el 16 de diciembre de 1808. Aquí, recibida con toda la pompa propia de los monarcas, quedaría instalada en el Alcázar. González de León, testigo privilegiado de

aquellos días nos detalla minuciosamente los pormenores de la llegada, relatando que sería la Junta sevillana la encargada de organizar un recibimiento acorde a la “augusta representación” de aquel nuevo gobierno. Encargada de pasar el aviso a las primeras autoridades (Audiencia, cabildos, provisor...), el asistente se encargaría de proclamar un bando que dictase el aseo y el engalanamiento de las calles por las que iba a pasar la comitiva, disponiendo luminarias y repiques en todas las iglesias y conventos de la ciudad. Alcanzado el nuevo gobierno de la nación antes de entrar en Sevilla por una delegación de la Junta sevillana y del cabildo, que los recibió a pie, la *Gazeta*, órgano propagandístico de aquella señalaba “el imponderable el gozo que manifestó Sevilla al ver que el Gobierno Supremo de la Nación fiaba de su lealtad y la escogía por su asilo”. El cortejo entró por Triana, dirigiéndose vía San Pablo, Sierpes, plaza de San Francisco, y calle Génova hasta la catedral entre las aclamaciones del pueblo. En el templo mayor, adornado como para el Corpus, los diferentes cuerpos gubernamentales, cívicos y militares esperaban, llegando la comitiva con el siguiente orden: primero una compañía de batidores y carabineros, a los que seguían los coches ocupados por los vocales de la Junta Central escoltados de su guardia de honor y de carabineros, tras estos los coches de la Junta sevillana custodiados también por una guardia, y finalmente el ayuntamiento<sup>723</sup>. Recibidos los representantes de la soberanía por el cabildo “de manto y bonete”, se formó una procesión hasta el altar mayor, ante el que oraron unos instantes, dirigiéndose inmediatamente a la Capilla Real para orar de nuevo ante el cuerpo de San Fernando, que estaba descubierto. Tras ello la comitiva partió hacia el Alcázar, su nueva residencia, desenganchando el pueblo – como solía hacer con sus soberanos – las mulas del coche que ocupaba el anciano Floridablanca, junto con el arzobispo-coadministrador, el padre Manuel Gil, vicepresidente de la de Sevilla, y los vocales de esta marqués de Grañina, Morales Gallego, Coca, Checa y Alonso<sup>724</sup>.

Sin embargo, al poco tiempo de todo esto el gozo popular por cobijar en la ciudad al legítimo gobierno se trocó en duelo, pues su presidente el anciano conde de Floridablanca fallecía el 30 de diciembre. Muy achacoso ya, había sido sacado por los acontecimientos de la reclusión en que se mantenía en un convento de Murcia, viéndose agravadas estas dolencias por el agotador y precipitado viaje. Antes de fallecer, y quizás para corregir una injusticia, sobre la que había meditado en sus años de confinamiento

---

<sup>723</sup> AMS, Sección XIV, *Crónicas de González de León*, día 16 de diciembre de 1808.

<sup>724</sup> *Ibidem*.

en Murcia, y en la que él tuvo tanto que ver, la Junta Central decidió permitir la vuelta de los jesuitas, que aún permanecían en Italia y otros puntos de Europa desterrados. Aunque no se solicitó de manera formal la exoneración de la orden, debido a las circunstancias en que se encontraba la persona del pontíce, preso de Napoleón en Savona, sí se les permitió regresar de manera individual, sancionando apenas un mes antes de su muerte el viejo conde el decreto, de fecha 15 de noviembre de 1808<sup>725</sup>. El arzobispo de Laodicea sería quien oficiaría al día siguiente del fallecimiento las solemnes exequias por el alma del fallecido. González de León nos refiere detalladamente el entierro, llevado a cabo con “la mayor ostentación”. En él, y tras ser expuesto el cadáver en el Salón de Embajadores del Real Alcázar sobre el túmulo que se utilizaba en los sepelios de los arzobispos, sería llevado en procesión hasta la Catedral precedido por tropas de infantería y artillería y de las distintas religiones y cuerpos eclesiásticos, yendo de preste el propio arzobispo-coadministrador seguido del féretro descubierto, flanqueado por cuatro vocales y escoltado de alabarderos. Tras este, los vocales de la Junta sevillana de luto “con bandas negras sobre las encarnadas”, y tras estos los de la Central “sin ningún luto”, siguiendo la regia tradición, y tras ellos la guardia de honor y dos o tres batallones de la tropa acantonada en la ciudad<sup>726</sup>. Todo ello acompañado del doblar de campanas y salvas de respeto. Decretado el máximo duelo, un bando ordenaba a todos los cabezas de familia la obligación de vestir luto durante tres meses.

Una vez situado el féretro en el crucero, ante el altar mayor catedralicio, y rodeado por todas las autoridades civiles, militares, diplomáticas y religiosas, se procedió a officiar la misa de *corpore insepulto* por parte del arzobispo-coadministrador Vera y Delgado, mientras que la oración fúnebre correría a cargo de fray José del Castillo, lector de Teología en el convento Casa Grande de San Francisco<sup>727</sup>.

El conde, que fue enterrado<sup>728</sup> con honores de infante de España, quedaría sepultado en la Capilla Real de la Catedral hispalense, bajo la tumba de San Fernando,

---

<sup>725</sup> AHN, Estado, Papeles de la Junta Central, leg. 28, pieza 27.

<sup>726</sup> AMS, Sección XIV, *Crónicas de González de León*: días 30 y 31 de diciembre de 1808.

<sup>727</sup> BNE, signatura: R-62715: *Noticia de la muerte, funerales y honras celebradas por el conde de Floridablanca, recopiladas por don Ángel Cabezas, cura rector del Sagrario de la Catedral de Sevilla por encargo de don Manuel Gómez Imaz* [1907]. Cit. Moreno Alonso: *El nacimiento de una nación...*, 130.

<sup>728</sup> Los restos del conde de Floridablanca permanecerían en dicho lugar hasta el año 1931, en que exhumados se trasladaron a la iglesia de San Juan de la ciudad de Murcia, donde descansaban los restos de su padre, aunque en

presidiendo el duelo el marqués de Astorga, al que el pueblo apodaría pronto como el *rey chico*<sup>729</sup> por su escasa estatura. Desde entonces sería presidente interino hasta su ratificación el día 1 de mayo de 1809, en que sería elegido como presidente efectivo. Para el puesto de vocal por Murcia vacante a la muerte del Conde se elegiría al marqués de San Mamés Diego de Uribe Yarza y Caro, aunque este no llegaría a tomar posesión.

Al poco de llegar la Central llegó a la ciudad también el cardenal Borbón, quien hizo su entrada en Sevilla el martes 13 de diciembre<sup>730</sup> a las dos y media del mediodía, recibiendo los respetos a su llegada a la ciudad por una comisión del cabildo catedral compuesta por el padre Manuel Gil y por el canónigo Cienfuegos, ambos vocales de la Junta de Sevilla. Su presencia cerca de la Junta motivó sin embargo a esta no pocas preocupaciones, debido al apoyo que aquel recibía de diferentes personalidades como persona más idónea para encabezar una posible regencia, como efectivamente ocurriría en 1813, pues el cardenal no solo era el primado de España sino el único miembro de la familia Borbón libre de cautividad por los franceses.

El vocal Palafox, principal abanderado de esta tendencia en la Central llegó incluso a proponer la disolución de la misma por “ilegal”, un hecho que ocasionó la primera gran crisis del nuevo gobierno, y aunque la propuesta fue desestimada contó nada menos que con el informe favorable del recién formado Consejo Supremo de España e Indias o *Consejo Reunido*, creado en junio de 1809 por miembros de los antiguos consejos suprimidos refugiados en Sevilla. Junto a Palafox, los otros paladines de la causa del Cardenal fueron principalmente los miembros eclesiásticos de la Central, es decir el arzobispo de Laodicea y el secretario Pedro de Rivero<sup>731</sup>, canónigo en Toledo, que hicieron todo lo posible por conseguirlo<sup>732</sup>. Pero también de elementos importantes como Jovellanos, el marqués de Campo Sagrado, los dos representantes de

---

dicho féretro únicamente se encontraron al parecer restos de la peluca y de los zapatos. La lapida sepulcral quedaría depositada en el Museo Provincial Arqueológico de Sevilla, donde permanece, si bien no está expuesta. Ver: María del Monte Merchán Cornellá: *Historia de la Capilla Real de Sevilla*, Biblioteca del Palacio Arzobispal, Sevilla, Tesis inédita; y de Marta García Buero y María Soledad Buero Martínez: “El epitafio del conde de Floridablanca (1728-1828) en el Museo Arqueológico de Sevilla”, en *Archivo Hispalense*, núm. 279-281, año 2009, págs. 55-64.

<sup>729</sup> Lord Holland llegó a decir de él: “es el hombre más pequeño que he visto nunca en sociedad y más chico que alguno de los enanos que se exhiben pagando”: *Foreign reminiscences*, pág. 145. Anécdota recogida en Moreno Alonso: “Lord Holland y los orígenes del liberalismo español”, *Revista de Estudios Políticos*, nº 36, año 1983, págs. 181-218, 202.

<sup>730</sup> *Gazeta Ministerial de Sevilla*, día 16 de diciembre de 1808, pág. 465.

<sup>731</sup> Rodríguez López-Brea: *Don Luis de Borbón...*, 169.

<sup>732</sup> *Ibid*, 174.

Asturias, o del plenipotenciario inglés ante la Junta, Mr. John Hookhan Frere. Y aunque Borbón mostró de momento escaso interés en llevar a efecto aquel proyecto, la Junta, atenazada siempre por esta idea llegaría incluso a plantearse enviarlo lejos de España, nombrándolo nuevo virrey de México. Idea que solo abandonaría ante la enérgica protesta del padre Gil<sup>733</sup>, quien argumentó la contradicción de tal proyecto con las leyes de Indias, que prohibían la residencia en aquellas tierras a cualquier príncipe o miembro de la dinastía. Prohibición extendida incluso a cualquier descendiente de los mismos conquistadores, con lo que se evitaba cualquier tentación de fundar “dinastías” *ex novo* que pudiesen segregar aquellos reinos de la obediencia a la Corona.

Los centrales en su mayoría se mostraron partidarios de dejar las cosas como estaban, y aunque los partidarios de la Regencia consiguieron plantear el asunto en diferentes ocasiones no consiguieron imponerse en las votaciones. Como en la celebrada el 21 de octubre, en la que únicamente apoyarían dicha postura Laodicea, Jovellanos, Palafox, Rivero y Campo Sagrado. Cinco votos contra dieciocho<sup>734</sup>.

A esta máxima concentración de poder también se adherirían como se ha dicho, los representantes ingleses ante la Junta, Frere primero, y lord Henry Wellesley, hermano del futuro vencedor de Waterloo, después, cuyas presiones motivarían una nueva moción sobre el asunto. Moción que adoptaría la solución aportada por Laodicea, quien esta vez, y para no desgastar más ni dividir la acción de gobierno ante la prioritaria dirección de la guerra, consintió en dejar las cosas como estaban, aconsejando una educada respuesta al valioso aliado, pero sin variar la postura:

“No se haga novedad; contestación con mucha política y atención, haciéndole ver cuánto se acerca a sus intenciones lo establecido; que este establecimiento es provisional y se variará si no produce las ventajas que nos prometemos”<sup>735</sup>.

Solución en la que podemos ver a un Laodicea más pragmático que cerril, intransigente o estrecho de miras, los epítetos clásicos que algunos le han atribuido, pues la gravísima situación no se prestaba a continuos cambios de gobierno, sino a

---

<sup>733</sup> Moreno Alonso: *La Junta Suprema de Sevilla...*, 57.

<sup>734</sup> Federico Suárez: *El proceso de convocatoria a Cortes (1808-1810)*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1982, págs. 318-319.

<sup>735</sup> Ibid, 323. Ver AHN, *Estado*, legajo 2-B.



poner todos los esfuerzos en la lucha contra los franceses, dejando atrás cualquier personalismo o lucha entre facciones.

Otra postura, la tercera en discordia, constituía la llamada “solución intermedia”, partidaria de conservar la Central pero con un ejecutivo más reducido conocido como “Sección ejecutiva”. Su composición, objeto de discusión, ofreció finalmente el número de cinco componentes, frente a la propuesta de siete defendido por el tándem Laodicea-Rivero<sup>736</sup>.

El otro asunto “estrella” en las deliberaciones de la Junta Central y de sus adversarios, sería el de la convocatoria a Cortes extraordinarias, moción que se encargaría de abanderar Calvo de Rozas, representante por Aragón. En este asunto, que causaría prolongados y polémicos debates, tanto dentro como fuera de la Central, pronto se advertirían dos facciones principales. Una más liberal, de carácter más ilustrado, y que pretendía una amplia reforma política y social del país aprovechando la situación de ausencia del soberano, facción partidaria de otorgar a las futuras Cortes de un carácter constituyente. Y otra más conservadora, que miraba la figura de las Cortes únicamente como una mera herramienta del poder ejecutivo en su lucha de resistencia: aportación de fondos, aprobación de impuestos extraordinarios, etc.

La postura del Arzobispo en este sentido es de sobra conocida, pues intentaría por todos los medios retrasarlas lo más posible, no sabemos si por creer más útil atender únicamente a la dirección de la guerra, postura que ya había observado el fallecido Floridablanca, o por prever el posible conflicto que podría surgir entre los partidarios de unas Cortes innovadoras en todos los sentidos, y los del modelo tradicional con él mismo entre ellos. Otros como Jovellanos pretendían una solución intermedia, es decir transformar el sistema pero manteniendo algunos elementos del anterior. Modelo que tenía al británico como ejemplo.

Las presiones fructificarían finalmente en el conocido decreto elaborado por Quintana, oficial de la secretaría, con fecha 22 de mayo de 1809, que comprometía la convocatoria para el siguiente año. De momento se decidió la creación de una comisión de cinco vocales para que preparasen todo lo necesario para su apertura y contenido, formada por Jovellanos, cuya ejecutoria pública y reconocida prudencia le hicieron alma

---

<sup>736</sup> Ibid, 320.

de esta, verdadero director de los debates y controlador de los resultados finales que se elevarían a la Junta; Riquelme, Caro, Castañero y nuestro arzobispo como presidente. Elegido para ello por el sector más reacio, probablemente para ralentizarla lo más posible, parecer de Jovellanos, o del conde de Toreno, y que lastraría la reputación del Arzobispo en la historiografía decimonónica posterior hasta hoy.

Desde esa misma época el Vera y Delgado aparece ya en la documentación relativa a la Junta como: “Arzobispo de Laodicea, electo obispo de Cádiz”, nombramiento en el que fue provisto por Real Despacho de la Junta Central de 26 de enero de 1809, asignándosele una renta de 25.000 reales de vellón. Nombramiento que fue celebrado en Sevilla el 3 de febrero siguiente con tres repiques de campanas de la Giralda “*tras los rezos matutinos del coro*”, y por el Ayuntamiento, presidido por don Joaquín Leandro de Solís, que también le envió sus más efusivas felicitaciones el día 11, ya que Sevilla se interesaba “en ver premiado el merito de los hijos de esta provincia”, excusando el obispo por su modestia habitual la diputación que encabezada por el procurador mayor que Delgado pretendía ofrecérsela personalmente<sup>737</sup>. El decreto de provisión fue remitido el 17 agosto al arzobispo de Nicea, nuncio de Su Santidad, que al igual que el cardenal primado había establecido su residencia en el Puerto de Santa María:

“Excelentísimo Señor

Muy Señor Mío: Por Real Despacho de 26 de Enero de este año se sirvió nombrar la Suprema Junta Central en nombre del Rey mi Señor Don Fernando Séptimo a Don Juan Acisclo de Vera, Arzobispo de Laodicea, y coadministrador del de Sevilla para el Obispado de Cádiz por la muerte de Don Francisco Utrera. Y no pudiendo por las presentes circunstancias comunicarse a V.E. el aviso acostumbrado en tales casos por la Cámara de Castilla, para suplir este requisito, lo participo a V.E. de Real Orden a fin de que enterado de ello se sirva a proceder a la formación del expediente de estilo.

Con este motivo me ofrezco a la disposición de V.E. cuya vida que Dios muchos años. Real Alcázar de Sevilla 17 de Agosto de 1809= Benito Hermida= Señor Arzobispo de Nicea, Nuncio de S.S. en estos Reynos=”<sup>738</sup>.

Sin embargo poco podía hacer Gravina con el papa preso de Napoleón, y su cercanía con el primado Borbón – vivían a pocos metros el uno del otro – tampoco

---

<sup>737</sup> Barrio Gozalo: *Los eclesiásticos afrancesados...*, 255. Velázquez: *Anales...*, 86. ADC, *Episcopologio*, leg. 1.

<sup>738</sup> Ibid, Sección *Secretaría de Cámara*, Reales Órdenes (1805-1810), leg. 20.

servió para acelerar el reconocimiento episcopal, el conflicto de competencias surgido entre ambos a causa de la asunción de las llamadas “reservas papales”, o facultades para conceder dispensas matrimoniales, confirmar obispos, o la reforma e inspección del clero regular, impidió cualquier entendimiento, por lo que tendría que esperar hasta el final de la guerra y la liberación de Pío VII. En este sentido – el de la asunción de facultades –, tanto la Junta Central como posteriormente la Regencia y las Cortes, asumirían el viejo regalismo impuesto por los Borbones en todo lo relativo al gobierno y administración de la Iglesia en el reino, proveyendo por ejemplo la Junta Central hasta ciento siete piezas eclesiásticas entre canonicatos, beneficios, deanatos, raciones, medias-raciones, arcedianatos, arciprestazgos, abadías, o dignidades de las Órdenes Militares y de la Inquisición<sup>739</sup>. Entre ellos los más importantes fueron el de la sede gaditana, y el patriarcado de las Indias, que llevaba anexo el vicariato general castrense, que tras la muerte de don Pedro de Silva le fue concedido de manera interina al capellán de Palacio don Miguel Oliván (1810).

Para la instrucción de todos esos asuntos el nuevo gobierno decidió crear la llamada Junta de Negocios Eclesiásticos, cuyo fin primordial consistió en delimitar por primera vez y de manera clara las prerrogativas del poder civil y de la Iglesia en aquella materia. Aunque sería acusada por algunos de pretender reducir la independencia de esta prácticamente a la mera administración de los Sacramentos.

Ya sea imbuidas de un radical episcopalismo, de jansenismo, o las dos cosas, las comisiones formadas elaboraron diferentes informes sobre las reformas más perentorias en el seno de la Iglesia española: fortalecimiento de la figura del párroco y de la parroquia como centro de reunión de los fieles; reducción del abultado número de clérigos sin cura de almas, verdadero cáncer de la Iglesia para estos; distribución más equitativa de las rentas, diezmos y congruas, etc.; una mejor formación intelectual del clero; y una exhaustiva reforma del clero regular. Asunto que daría mucho que hablar, pues ahora se pretendía su sujeción a los ordinarios, reduciendo a la mínima expresión el abultado número de conventos y frailes existentes; potenciando las facultades episcopales en detrimento de las reservas romanas; determinándose también la reducción de las innumerables jurisdicciones exentas repartidas por todo el país.

---

<sup>739</sup> Rodríguez López-Brea: *Don Luis de Borbón...*, 171.

Otros elementos igualmente peliagudos que se planteaban eran los relativos a la inmunidad del clero, la desamortización de los inmensos bienes de los monasterios, y la contribución habitual de la Iglesia al erario público<sup>740</sup>. Si bien de momento los asuntos más urgentes por resolver eran el de las dispensas matrimoniales, que los obispos reclamaban una y otra vez, y el de la confirmación de los obispos.

Todo esto como es lógico chocaba de plano con las pretensiones del nuncio Gravina, representante del papa en España, quien pretendía asumirlas el mismo arguyendo unas facultades “extraordinarias” que afirmaba poseer, y que Floridablanca le había autorizado a ejercer verbalmente. Aunque a la muerte de este, fue incapaz de convencer a Borbón y a buena parte de los obispos sobre la legalidad de tales pretensiones, iniciándose una verdadera “guerra sorda” entre primado y nuncio que dividiría en dos bandos a buena parte del clero fiel a la causa nacional. Conflicto que finalizaría de manera abrupta con el extrañamiento del nuncio de España en 1813.

Si el Nuncio se apoyaba en unas supuestas facultades que no podía demostrar documentalmente, el partido episcopalista en torno a Borbón, que se las negaba, se basaba en cambio en la falta de tradición para ello, pues nunca ningún nuncio había desempeñado tales competencias. Por lo que a falta de comunicación con el pontífice, estos – los obispos – se veían legitimados para reasumir dichas facultades tal y como lo habían ejercido durante los primeros siglos de la Iglesia.

Los dos bandos<sup>741</sup> formados fueron calificados por Gravina como: *renitenti*, o en su contra, formado por Borbón; Laodicea, como su coadministrador en Sevilla, aunque no lo nombre Antón en su lista por su subordinación con el primero; el arzobispo de Granada; los obispos de: Teruel, Guadix, Málaga, Córdoba, Cartagena, Jaén y Coria; y los cabildos en sede vacante de Málaga y Cádiz (este último muy dividido), junto con tres eclesiásticos de manera particular. A su favor, o *aderenti*, estaban los arzobispos de Valencia y Tarragona, junto con los obispos de Lérida, Almería, Badajoz, Albarracín, y el cabildo sevillano, que ya desde entonces mostraba un desacuerdo absoluto con las posturas de su prelado que se mantendría hasta el final de la guerra.

Vera y Delgado y Ribero los colaboradores más importantes de Borbón dentro de la Junta Central hicieron como es de suponer todo lo posible por acelerar y orientar

---

<sup>740</sup> Ibid, 172.

<sup>741</sup> Listado confeccionado por Antón, secretario del Cardenal. En Rodríguez López-Brea: *Don Luis de Borbón...*, 175.

las gestiones a favor de la postura del Cardenal<sup>742</sup>, como por ejemplo en el caso de las dispensas matrimoniales, que numerosos obispos urgían al objeto de evitar a sus feligreses el riesgo de caer en pecado mortal por el retraso tan prolongado en el despacho de sus aquellas.

Sus gestiones – es decir de Vera y Ribero –, consiguieron que pronto se instara (22 de enero de 1809) al primado a que propusiera “con los demás arzobispos y obispos que se hallen en libertad, el modo con que se deben despachar en el día las dispensas matrimoniales y otros que ocurran...”<sup>743</sup>.

Aunque desde luego es aventurado calificar a Laodicea de episcopalista, y mucho menos aun de jansenista, lo cierto es que en el asunto de las dispensas Vera si se identifica plenamente con la asunción de estas por los obispos, en contra de la postura defendida por el Nuncio<sup>744</sup>, opinión que expone en un informe emitido con fecha 4 de enero:

“La imposibilidad de recurrir al Romano Pontífice en materia de Matrimonios, votos y censuras induce la exacción de las reservas y habilita a los Obispos para dispensar, según lo estimaren conveniente, en uso de su potestad ordinaria”<sup>745</sup>.

Sin embargo la Junta, antes de declarar formalmente la incomunicación con la Santa Sede, solicitada ya oficialmente por Borbón, prefería esperar a conocer el resultado de unas desesperadas gestiones encomendadas al padre Gil, quien se hallaba en Italia desde enero al objeto de intentar encontrarse con el papa para que este zanjase definitivamente el asunto a favor de uno u otro. Misión que como es lógico constituyó un fracaso, pues tras deambular por diversos puntos de aquella península lo único que pudo certificar fue el estado de prisión en que el pontífice se encontraba en Francia.

Lo que no gustó nada en cambio al partido borbónico fue la pérdida de exclusividad en las facultades asesoras del cardenal sobre la Junta, que sufrieron un

---

<sup>742</sup> Quien ya por su parte había comenzado a sondear las posturas de sus colegas desde tiempo antes. AGDAT, *Pontificados*, Borbón-Sevilla, leg. 28: “Encuesta entre el obispado español sobre las facultades reservadas a la Silla Apostólica”. Igualmente en Rodríguez López-Brea: *Don Luis de Borbón...*, 175.

<sup>743</sup> Ibid, 174.

<sup>744</sup> Lo cual no quiere decir ni mucho menos que apoyara el resto, o todas las pretensiones del sector episcopalista del entorno de Borbón, como de hecho reconocería más tarde el propio nuncio descargándole de cualquier responsabilidad en la agria polémica sostenida con aquel.

<sup>745</sup> AHN, *Estado*, leg. 5.774, caja 2.

duro revés al encargar esta extender las consultas en su sesión del 25 de febrero a las universidades de Granada, Valencia y Sevilla. Auténtica “novedad” para Ribero, pues se trataba de un tema puramente espiritual, como recriminó Borbón a Martín de Garay en una carta de fecha 19 de junio que decía:

“Mucho más siento se haya buscado el auxilio de las universidades, como si su dictamen fuese capaz en el particular de poner la ley a los obispos”<sup>746</sup>.

Aunque ahí es justo reconocer que el prelado no era del todo sincero, pues desde la Edad Media, el parecer de las universidades era consultado por reyes y papas en los más intrincados asuntos teológicos.

Gravina en cambio acusaba al entorno “jansenista” del Cardenal (Espiga, Oliveros y Villanueva) de la medida, lo que de ser verdad implicaría entonces un cierto desacuerdo de intereses, poco probable entre el Primado y su entorno más próximo, vista la frontal oposición que ya hemos observado anteriormente en el asunto de la consulta a las universidades<sup>747</sup>.

En todo caso Borbón presentó su dictamen en junio de 1809, y en él se reafirmaba nuevamente en lo ya expuesto, aunque reconocía desde luego la “primacía y autoridad” del Papa. En él solicitaba el ejercicio de las dispensas para los obispos mientras durase la incomunicación con Roma, una postura verdaderamente razonable, pues como argumentaba el mismo tan solo se pretendía atender a la necesidad de los fieles. La legitimidad del legado papal en esas funciones extraordinarias no sería reconocida mientras este no presentase bulas formales para ello, cosa que Gravina nunca pudo hacer.

El asunto, ralentizado entre dictámenes y consultas, tan solo volvería a agilizarse verdaderamente en noviembre de 1809, con la llegada de Vera y Ribero a la presidencia y secretaria de la Central, quienes se encargarían de paralizar el dictamen de las universidades, como afirma Villapadierna<sup>748</sup>. Si bien este se equivoca como demuestra

---

<sup>746</sup> AGDT, *Pontificados*, Borbón-Sevilla, leg. 28.

<sup>747</sup> Rodríguez López-Brea: *Don Luis de Borbón...*, 177.

<sup>748</sup> Fray Isidoro de Villapadierna: “El conflicto entre el cardenal primado y el nuncio monseñor Gravina (1809-1814)”, en *Anthologica Annua*, nº 5, Roma (Italia), Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1957, págs. 261-313, 268. Sobre Archivo Secreto Vaticano (ASV): Secretaría di Stato, 249, febrero de 1815.

López-Brea, pues aquel afirmaba que en aquella medida Laodicea contradecía de manera sonora la voluntad del cardenal, que como hemos visto no fue así. Elevados por fin al Consejo Reunido el 20 de ese mes los antecedentes que la Junta aprobara en febrero<sup>749</sup>, este a su vez elevaría sus consultas el día 2 de enero de 1810 en un informe que si bien no se ha conservado si sabemos sin embargo que fue unánimemente adverso a las posiciones del Nuncio<sup>750</sup>. Eso a pesar de las advertencias un tanto tremendistas por su parte de cisma.

Finalmente el 12 mayo, ya durante el gobierno de la primera Regencia, esta dejaría expeditas las facultades a los obispos para ejercer las tan discutidas dispensas, pero eso sí, en sus “respectivos distritos” y “mientras durase la falta de comunicación con la Silla Apostólica, y sin perjuicio de ella”. No poniendo otros límites que los que les dictase su “acreditada prudencia, ilustración y celo por el bien de las almas y felicidad de la Iglesia”<sup>751</sup>.

Gravina de todas maneras no se rindió, y trasladado a Cádiz desde el Puerto también en mayo de ese año, porfiaba sin descanso la revocación del mencionado decreto, sabedor de las escasas simpatías episcopalistas que el nuevo presidente de la Regencia, el ultraconservador obispo de Orense tenía. De este conseguiría el 8 de agosto la reapertura del expediente, que fue remitido nuevamente al Consejo. Finalmente un decreto dado en mayo de 1811 arbitraría la salomónica decisión de permitir a ambos, nuncio y obispos, la capacidad de dispensar: “según entiendan y les dicte su conciencia”.

La división y confusión que la medida provocó entre el episcopado fue tal que ni siquiera el arzobispo de Laodicea, uno de los más íntimos colaboradores del cardenal, y que como hemos visto era partidario de asumir la capacidad de dispensa, se atrevió a hacerlo en algunos casos. Como se lo reconocía a Nicasio Tomás tiempo más tarde, en una carta de fecha 11 de diciembre de 1813:

---

El expediente no vería la luz finalmente a causa de la dispersión de la comisión tras el desmoronamiento de la Central, obrando el borrador en poder del presidente de esta Castanedo, refugiado en Cádiz.

<sup>749</sup> El Consejo Supremo de España e Indias fue una entidad de nuevo cuño creada en marzo de 1809 – si bien no inició sus sesiones hasta junio – para unificar los anteriores (Castilla, Hacienda, Indias, Inquisición, Órdenes, etc...), de ahí lo de *Consejo Reunido*, sería suprimido por la Regencia el 16 de septiembre de 1810.

<sup>750</sup> Rodríguez López-Brea: *Don Luis de Borbón...*, 178.

<sup>751</sup> *Ibídem*.

“Mi estimadísimo Amigo, Dueño y Compañero. Aunque se me han presentado varios casos en que parecía dever usar de las facultades que en el día residen en S. Em<sup>a</sup> nuestro Dueño: como arzobispo de esta Diócesis, en los grados de parentesco p<sup>a</sup> contraer matrimonio según lo acostumbraba la Silla Apostólica, cuyas facultades me tiene S. Em<sup>a</sup> comunicadas, nunca he usado de ellos en el primero y segundo grado de consanguineidad o afinidad por haverme V. significado, q<sup>e</sup> S. Em<sup>a</sup> estaba resuelto a no dispensar en ellos; pero haviendoseme presentado en la actualidad un Memorial p<sup>r</sup> el Conde de Molina Grande de España y Diputado p<sup>r</sup> la Provincia de Málaga p<sup>a</sup> las Cortes Ordinarias, solicitando dispensa del segundo grado de consanguineidad p<sup>a</sup> casarse con D<sup>a</sup> María del Patrocinio Chacón, oidor que fue de esta Audiencia y D<sup>a</sup> María del Carmen Carrillo de Abernós, sugetos de los más ilustres familias de esta Ciudad”.

A lo que respondía el propio Borbón por vía de su secretario, el 18 de Diciembre:

“Que S. Em<sup>a</sup> no lo cree compatible con el Orden de la Iglesia ni con su firme resolución de no concederlo a nadie”<sup>752</sup>.

Como se puede apreciar hasta el propio Cardenal, abanderado del partido episcopalista en la guerra contra el nuncio Gravina dudaba de ejercer la discutida facultad en toda su extensión, y aunque numerosos obispos dispensaron, no pocos preferirían seguir haciéndolo a través de este último.

En el otro asunto en liza, el de la confirmación de los nuevos obispos, Borbón proponía seguir el sistema que ya se utilizaba para los obispos nombrados en Indias, que podían entrar al gobierno de sus diócesis sin esperar la confirmación romana, defendiendo la celebración de concilios provinciales en los que los propios obispos tratasen sobre las necesidades de la Iglesia y los métodos para solucionarlas. Otros en cambio más radicales preferían nuevamente rescatar la disciplina antigua, es decir, traspasar dicha facultad a los metropolitanos sobre los sufragáneos, y la de estos al obispo decano de aquella provincia.

De todas formas, y para curarse nuevamente en salud, el Consejo Reunido encargaría en marzo de 1810 el estudio del asunto al parecer de obispos, cabildos y nuevamente a universidades, con lo que el expediente no se resolvería hasta 1811.

Pero volviendo al asunto de la convocatoria de Cortes, es aquí como se ha dicho donde la actuación del arzobispo originará el clásico juicio negativo que pesa sobre su

---

<sup>752</sup> AGDT, *Pontificados*, Borbón-Sevilla, leg. s.n.



persona, tanto en la historiografía decimonónica como en la más actual. Así, reconoce el propio Jovellanos que sería el arzobispo de Laodicea junto con Riquelme, los más resistentes a la idea de la convocatoria a Cortes<sup>753</sup>:

“Bien creo que los que eligieron a Riquelme y al Arzobispo buscarían atletas que oponer a los amigos de la libertad, pues aunque la que se desea es moderada, esles a ellos odiosa”.

Reunida finalmente la Comisión por primera vez el día 8 de junio de 1809, a las diez de la mañana en la posada del “arzobispo gordo”, como le motejaba Jovellanos<sup>754</sup>, esta, acabaría por decantarse en sus deliberaciones claramente por la idea de la convocatoria. Determinación que cumplía así los deseos expresados por el monarca desde Bayona antes de ser confinado, aunque es evidente que aquel no se refería al tipo de Cortes que algunos pretendían.

Tras la decisión surgía un nuevo problema, mayor si cabe, determinar el modelo y la composición que estas deberían presentar. ¿Debía mantenerse el ancestral modelo estamental, o por el contrario optar por el novedoso modelo unicameral asambleario, sin distinción de estamentos? Modelo este último que inmediatamente suscitaba en los más conservadores un temor ciego a ver surgir de esta los mismos fantasmas que durante la Revolución francesa: anarquía, confrontación social..., tirando por tierra las estructuras tradicionales de la Monarquía. Un modelo en el cual veían la causa y origen de todos los males que se padecían en Europa.

En cuanto al tradicional, este se componía de procuradores de los diferentes reinos y de las ciudades con voto en Cortes y de algunas provincias. Por el reino de Castilla asistían representantes de los reinos de: Burgos, León, Toledo, Sevilla, Granada, Córdoba, Jaén y Murcia. Y de las ciudades de Valladolid, Salamanca, Ávila, Toro, Zamora, Cuenca, Soria, Guadalajara y Madrid.

Del reino de Aragón debían asistir representantes de: Zaragoza, Tarazona, Jaca, Barbastro, Calatayud, Daroca, Teruel, Huesca, Borja y Albarracín.

Por Cataluña: de Barcelona, Gerona, Lérida, Tortosa, Cervera y Balaguer.

---

<sup>753</sup> Suárez: *El proceso de convocatoria a Cortes (1808-1810)*, opus cit., pág. 134.

<sup>754</sup> Así se lo comunicaba a su amigo Lord Holland en la correspondencia cruzada entre ambos, fuente importantísima para el conocimiento de detalles de aquellos momentos. Suárez: *El proceso de convocatoria a Cortes*, pág. 139.

Cfr. *Cartas de Jovellanos a lord Holland sobre la forma de reunión de las Cortes de Cádiz*, 8 de junio de 1809, Biblioteca Virtual “Miguel de Cervantes”.

Como provincias, estaban consideradas las de Navarra, Valencia, Asturias, Galicia, y las tres vascas.

De los miembros de la comisión Laodicea y Castanero apostaban claramente por el primer modelo, el estamental, haciéndolo por el segundo Caro y Riquelme. Jovellanos mantuvo en todo momento una postura intermedia que pretendía salvaguardar determinados aspectos del antiguo sistema, a la vez que introducir otros más novedosos, mirando siempre al espejo británico, considerando al igual que en la tradición legal de aquel país ya teníamos una en nuestro propio corpus legislativo. Lo que sí parece bastante claro es que solamente tras la salida de la Comisión de los elementos más conservadores, “rémoras antes para todo lo bueno” en palabras del conde de Toreno<sup>755</sup>, que entorpecían la labor de esta, pudo acelerarse el trabajo de la misma, opinión que también comparte Jovellanos quien afirmaba: “desde entonces nuestras operaciones tuvieron toda la celeridad que la premura del tiempo y la muchedumbre de sus objetos exigía”. De todas formas y a pesar de la sustitución de estas llamadas “remoras”, que pasaron a formar parte de la Sección Ejecutiva, y que fueron reemplazadas por Martín de Garay y el conde de Ayamans, la elección final fue igualmente favorable en mantener el modelo estamental, resultado que quedaría consagrado por un decreto de 22 de mayo, quedando únicamente abierto el sistema asambleario a elegir, es decir si el futuro congreso constaría de una o dos cámaras<sup>756</sup>.

Esta opción quedó finalmente definida por la Comisión el 18 de diciembre, eligiendo el modelo bicameral, pero sorprendentemente la elección fue rechazada en bloque por la Junta, que deseaba un modelo unicameral-estamental, cambio nuevo que como veremos no sería el último. Mientras Quintana comunicaba a Laodicea el referido cambio en un oficio de fecha 3 de julio de 1809:

“Examinada por la Junta Suprema Gubernativa del Reino con la detención correspondiente la cuestión propuesta por la comisión de Cortes sobre el modo con que debe formarse en ellas la representación nacional, se ha conformado con la opinión extendida por la comisión en su

---

<sup>755</sup> Conde de Toreno: *Historia del levantamiento...*, vol. II, 75.

<sup>756</sup> Nuria Alonso Garcés: “Ideas y pensamiento político de Martín de Garay”, en *Historia Constitucional*, revista electrónica, núm. 7, año 2006, págs. 11-90, 23; de la misma autora: “Noticia del archivo de Martín de Garay”, en *Trienio*, 14, 1989, págs. 69-82; y “Martín de Garay: un político relevante en la Guerra de la Independencia”, *Congreso internacional Guerra, sociedad y política (1808-1814)* coord. por Francisco Miranda Rubio, vol. 2, 2008, págs. 799-816. Ver asimismo de Antonio Fernández García: *La Constitución de Cádiz, 1812*, Madrid, Castalia, 2002, pág. 19.

consulta de 22 de junio próximo, acordando que las Cortes se formen de los tres brazos: eclesiástico, militar y popular”<sup>757</sup>.

Pero alertada la Junta por la Comisión del más que probable carácter constituyente que una sola cámara podría adoptar, algo que para los vocales más conservadores constituía una verdadera amenaza a las leyes seculares de la Monarquía, se decidió nuevamente volver al modelo desechado, es decir el bicameral estamental, que ya parecía el que se llevaría a cabo – veremos que no –, formalizándolo por un nuevo decreto fechado el día 20 de enero de 1810, y que es el que aparece en el célebre último decreto de la Junta Central sobre convocatoria a Corte, fechado el 29 de enero<sup>758</sup>. Sin embargo, afirma el historiador francés Derozier, que aunque la redacción del mismo se encargó a Garay y a Jovellanos, en él estaría la mano oculta y la presión del arzobispo, que en una última artimaña pretendía así mediatizar el procedimiento legislativo de estas, contemplándose en el decreto un amplio derecho de veto o de revisión por parte de esa “Cámara Alta” sobre la “Baja”, estando la primera presumiblemente formada por los elementos más conservadores:

“El funcionamiento de estas Cortes, que Jovellanos y Garay (influenciados indiscutiblemente por el arzobispo de Laodicea, como no será difícil demostrar) han dividido en dos Cámaras (por una parte los candidatos indistintos de las provincias; por otra, los prelados y los nobles)...”<sup>759</sup>.

Veamos algunos de los puntos más relevantes del referido decreto:

“- Abierto el solio, las Cortes se dividirán para la deliberación de las materias en dos solos estamentos: uno popular, compuesto de todos los procuradores de las provincias de España y América; y otro de dignidades, en que se reunirán los prelados y grandes del Reino;

- Las proposiciones que a mi real nombre hiciere la regencia a las Cortes se examinarán primero en el estamento popular, y si fueren aprobadas en él, se pasarán por un mensajero de Estado al estamento de dignidades para que las examine de nuevo.

- El mismo método se observará con las proposiciones que se hicieren en uno y otro estamento por sus respectivos vocales, pasando siempre la proposición, ya aprobada, del uno al otro, para su nuevo examen y deliberación;

---

<sup>757</sup> Albert Derozier: *Manuel José Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, Madrid, Ediciones Turner, 1978, pág. 571, quien lo toma de los apéndices de la *Memoria* de Jovellanos.

<sup>758</sup> Manuel Morán Ortí: “La formación de las Cortes (1808-1810)”, en *Las Cortes de Cádiz*, coord. por Miguel Artola, Madrid, Marcial Pons, 2003, págs. 13-36, 31.

<sup>759</sup> Derozier, opus cit., 575-576.

- Las proposiciones no aprobadas por ambos estamentos, se entenderán como si no fuesen hechas”.

En otro orden cosas, fechas antes, el 26 de octubre de 1809 ya se había iniciado el proceso con el anuncio oficial de convocatoria de elecciones, las cuales debían tener lugar el día 1 de enero siguiente. La reunión de las Cortes electas se acordaría en cambio para dos meses más tarde. Para abortar en cambio el peligro de aislamiento del “Tercer Estado” frente a una actuación corporativa de los privilegiados a cualquier reforma que atentara a sus privilegios, como sucedió en los Estados Generales previos a la Revolución francesa, se acordaría como solución a petición de elementos más liberales que el estado llano dispusiera de 156 procuradores sobre los 211 totales<sup>760</sup>. Asimismo se creó, y a propuesta de Riquelme la figura del diputado “suplente”, elegido para sustituir a los de las provincias americanas y asiáticas que por su lejanía no pudieran estar presentes en la apertura de sesiones, y lo mismo para los territorios ocupados por los franceses. Asimismo, el decreto ya mencionado de 29 de enero de 1810, promulgado por la Junta antes de su disolución, estipulaba la obligación de la nueva Regencia en mantener la convocatoria, aunque aquella, una vez instalada, y compuesta de una fuerte presencia realista intentaría también eludir el compromiso, viéndose forzada a hacerlo únicamente presionada por el ambiente renovador y liberal que reinaba en Cádiz, su único y desesperado refugio, obligación que les sería recordada vehementemente por diputados como Hualde o el conde de Toreno, quienes porfiarían ante el Ejecutivo sobre su obligación: no solo por el juramento contraído, sino porque lo exigía así la necesaria regeneración de la nación y el arbitrio de los recursos para la guerra.

Decretada por fin con fecha 18 de junio de 1810 la celebración de las elecciones, los diputados debían congregarse para el mes de agosto en la Isla de León, donde darían comienzo a las sesiones, aunque prácticamente hasta el final (mediados de julio) se mantuvieron las dudas sobre el modelo asambleario a seguir. El retraso en convocar a los estamentos privilegiados – la única convocatoria que se había despachado era la del estado llano – por parte de la Junta Central debido a la precipitación de los acontecimientos y a la carencia de una relación completa de los *Grandes* y prelados a llamar, se mostraron vitales para consolidar el modelo que finalmente se llevaría a

---

<sup>760</sup> Fernández García: *La Constitución...*,19.

efecto, y a los que coadyuvarían también dos inesperados factores. Primero la pérdida del mencionado decreto de 29 de enero de 1810, accidente que fue providencial en el resultado final, reforzando el argumento de los elementos más liberales, luego el ambiente renovador que se vivía en Cádiz, en el cual el poder ejecutivo se hallaba atrapado y presionado, decantándose finalmente por la opción que se le planteaba: el modelo unicameral sin distinción de estados, y que como ya se temía se atribuiría nada más empezar carácter de constituyente<sup>761</sup>.

No está muy claro el juicio historiográfico sobre el peso real del arzobispo de Laodicea en las decisiones políticas de la Junta Sevillana o en las de la Junta Central, siendo este algo contradictorio: desde mero figurón honorífico, a estar detrás de no pocas decisiones de calado. Y aunque diferentes aspectos nos hacen ver falta de ambición en sus actuaciones, sí está claro según lo que llevamos visto, que una vez concienciado de su nueva posición se dedicó más a la política que a temas pastorales. Esto sería así al menos hasta los últimos días de la Junta con el traumático episodio de de Jerez, tras el cual se observa una aversión ya total del prelado a inmiscuirse en más decisiones políticas, y que en nuestra opinión está muy relacionada con su decisiva intervención en la disolución de la Central.

Pero dejemos de momento los prolegómenos del periodo constituyente y volvamos a la vida de la Junta Central durante su estancia sevillana, donde mientras, la guerra seguía con desigual suerte, esta continuaba instalada, residiendo en el Alcázar y confiada tras la inesperada victoria de Bailén. A la catedral acudiría el gobierno en pleno durante la Semana Santa de 1809 a presenciar los oficios del Jueves y Viernes Santo: “saliendo en cuerpo desde la sala de sus reuniones” hasta el templo<sup>762</sup>. Meses después, y a pesar de la situación desesperada de la causa patriótica, tuvo lugar en Sevilla la Asamblea de la Real y Distinguida Orden de Carlos III<sup>763</sup>, reunida en capítulo con asistencia de numerosos miembros de las distintas Órdenes estantes en la ciudad y del público curioso. La ceremonia, que se celebró el viernes 8 de septiembre de 1809, consistió en una solemne función de instituto en honor a la *Purísima*, como mandaban los estatutos de aquella. En el acto, celebrado en el convento de San Francisco “Casa Grande”, juraron sus estatutos y recibieron sus insignias los nuevos caballeros, actuando

---

<sup>761</sup> Morán Ortí: “La formación de las Cortes”, opus cit., 31.

<sup>762</sup> AHN, *Estado*, 27, doc. 255: Oficio al deán y cabildo de la catedral de fecha 25 de marzo de 1809.

<sup>763</sup> Velázquez: *Anales...*, 95.

de preste el propio Coadministrador Vera y Delgado en su calidad de máxima autoridad eclesiástica y caballero de la orden. El 15 de diciembre siguiente, y por la festividad de la Inmaculada la orden celebraría una nueva solemne función, que aunque presidida por el cardenal Borbón quedó deslucida esta vez por el estado de opinión hostil que ya se formaba en la ciudad contra la Junta Central, y sobre todo su presidente el conde de Altamira, más preocupados de oropeles que de la guerra. Apenas un mes antes se había procedido al expirar el mandato de este último a la elección de un nuevo presidente, el atribulado arzobispo de Laodicea<sup>764</sup>, que aunque ya había intentado renunciar a su puesto como vocal de aquella, fue a pesar de todo nombrado probablemente para aprovechar su buena consideración en el pueblo sevillano y en los sectores más conservadores. Desempeñará el puesto entre el 1 de noviembre de 1809<sup>765</sup> y el 31 de enero de 1810, es decir solamente durante tres meses justos – la duración del mandato era de seis meses –, pues las circunstancias obligarán a la Junta a la disolución acechada tanto por los franceses como por sus adversarios dentro del bando patriótico. Junto a la presidencia de la Central ocupará también la de la Sección ejecutiva de la misma, que iniciaba sus tareas desde ese mismo 1 de noviembre<sup>766</sup>.

El nombramiento imaginamos no sería del agrado de los elementos más liberales, aunque tampoco lo fue para el propio arzobispo, que tomó el encargo con un visible desagrado<sup>767</sup>. El motivo de la elección estaría probablemente fundamentada en su alta representación, pues la Junta al detentar en sus manos todos los poderes propios del monarca, requería también de la persona que la encabezara la más alta posición posible. Tal y como se había hecho con los dos primeros presidentes: Floridablanca, antiguo primer ministro de la monarquía y caballero del Toisón de Oro; o Astorga, cabeza de uno de los más esclarecidos linajes del país. Al no prosperar la idea de poner al frente de una regencia al cardenal Borbón, era Laodicea el eclesiástico de mayor nivel entre los refugiados. Fuera aparte, se continuaba la secular tradición de encomendar la

---

<sup>764</sup> Por desgracia entre los papeles de la Junta Central no se conservan las votaciones por lo que no podemos saber los detalles sobre la elección. Ver AHN, *Estado*, Papeles de la Junta Central, leg. 1-G, piezas 58-59 (circular a los secretarios del Despacho y al Consejo y minuta del nombramiento). El nombramiento fue publicado en una escueta nota en la *Gazeta del Gobierno*, núm. 41, de 4 de noviembre de 1809, pág. 390, del que hay ejemplar en el referido archivo, misma sección y serie, leg. 12, pieza 65.

<sup>765</sup> Conservando la de la Comisión de Cortes. Suárez: *El proceso de convocatoria...*, opus cit., 182.

<sup>766</sup> Ibid, 324.

<sup>767</sup> Pedro Molas Ribalta: *Del absolutismo a la Constitución: la adaptación de la clase política al cambio de régimen*, Madrid, Sílex Ediciones, 2008, pág. 131.

magistratura suprema en periodos de interregno a altos eclesiásticos, como ocurriera por ejemplo en el pasado con Cisneros, Alonso de Aragón, o el cardenal Portocarrero, evitando de paso posibles veleidades personalistas o dinásticas de nuevo cuño.

Entre los acontecimientos más significativos de su presidencia podemos señalar la desastrosa batalla de Ocaña, que marcó en buena medida el ocaso de la Junta Central, y cuya desesperada situación se hacía patente incluso en la documentación interna de aquella. Como podemos ver en un oficio de fecha 16 de noviembre – es decir tres días antes del decisivo lance –, en que se comunicaba al deán y cabildo sevillanos se hicieran rogativas durante nueve días por el triunfo de las armas españolas, con el cuerpo incorrupto del Santo Rey descubierto en todo momento, y también, como rezaba parte del oficio convenientemente tachado en la minuta, implorando de la Divina Providencia: “los auxilios que exige nuestra actual situación”<sup>768</sup>. La batalla, que tuvo lugar el 19 de noviembre de 1809 cerca de aquel municipio toledano, enfrentó a un ejército francés de unos 40.000 infantes y 6.000 caballos, provisto de una numerosa artillería al mando de Soult, con otro español al mando del general Aréizaga, compuesto de unos 51.869 hombres, de los cuales 5.766 eran de caballería. Sin embargo el lado español apenas contaba unas 55 piezas de artillería, elemento que decantó la victoria del lado francés y propició la catástrofe para las armas españolas y para la Central. Al menos 4.000 hombres resultaron muertos o heridos, cayendo prisioneros del orden de 15.000 a 20.000 hombres, con la pérdida ya de por sí escasa artillería.

No es de extrañar pues, y conociendo la característica autosuficiencia inglesa, la baja opinión que de la resistencia y ejército españoles se tenía en aquella nación, que tildaba a los españoles de temerarios en una posición verdaderamente desesperada. Lo cual tampoco estaba muy lejos de ser cierto. La anécdota señalada tiempo después por el diputado por Valencia Joaquín Lorenzo Villanueva<sup>769</sup>, refería esta opinión inglesa al conocer la Junta el contenido de una carta – ¿quizás enviada sin cerrar para que los miembros de la Central supieran de dicha opinión? – enviada por el comisionado Roche al arzobispo de Laodicea al objeto de que la hiciera llegar al representante inglés ante ella, lord Wellesley, hermano del futuro vencedor de Napoleón. Por ello, no era nada

---

<sup>768</sup> AHN, *Estado*, 27: Oficio de 16 de noviembre de 1809 al deán y cabildo catedralicio.

<sup>769</sup> En su obra publicada años más tarde: *Mi viaje á las Cortes*, Madrid, Editado por el Congreso de los Diputados, Imprenta Nacional, 1860, pág. 98.

raro que los ingleses se hubieran resistido tanto a formalizar el tan ansiado tratado que la Junta Central les demandaba, en el que se solicitaba con urgencia toda clase de subsidios y ayuda militar.

De esta época, diciembre de 1809, nos han llegado algunos testimonios sobre la presidencia del arzobispo, como la detención del conde de Montijo, o las de Francisco Palafox y su hermano el marqués de Lazán, presos en la Cartuja de Sevilla y el castillo de Peñíscola respectivamente, detenidos por orden del arzobispo, que daría parte luego al resto de centrales<sup>770</sup>. También otro muy curioso aportado por el diputado conservador y comerciante inglés William Jacob<sup>771</sup>, por esos días – diciembre de 1809 – de visita en Sevilla. Del Arzobispo, con quien dijo haberse entrevistado, si bien el profesor Moreno Alonso piensa más bien podría referirse al secretario Rivero<sup>772</sup>, refiere nuevamente un juicio contradictorio. ¿Quizás confundía a los dos eclesiásticos a la vez? Al llegar a la audiencia, que parece que tuvo lugar sobre las seis de la tarde en los departamentos privados del prelado en el palacio arzobispal, y tras media hora de espera, pues el arzobispo se encontraba practicando sus rezos diarios, este por fin fue conducido a su presencia, pareciéndole al inglés: “hombre de baja estirpe y de un parecer intolerante y contraído”, de “porte serio y grave”, mas con una conversación “incisiva e inteligente”.

Jacob llegó a la conclusión de que probablemente el arzobispo había llegado a esa posición a causa de intrigas, si bien le parecía que “amaba a su país y detestaba a los franceses”<sup>773</sup>, y aunque no sabemos de manera exacta las gestiones que le llevaban a solicitar la audiencia, si nos refiere un curiosísimo detalle. El ¿absurdo? chisme, probablemente un rumor tomado en cuenta más a causa de los típicos prejuicios protestantes para con los clérigos que ellos llaman “papistas” que próximo a la realidad, nos pondría al prelado nada menos que acudiendo en compañía de su cochero y un oficinista a una casa de campo o quinta en San Juan de Aznalfarache para entregarse allí todas las noches nada menos que al vicio ¡del juego! Un escándalo que el puritano viajero como es lógico sentenciaba de la siguiente manera: “así de próximas están en

---

<sup>770</sup> Marqués de Ayerbe: *Memorias*, opus cit., 193.

<sup>771</sup> En su libro *Viajes por el sur: cartas escritas entre 1809 y 1810*, Introducción y traducción por Rocío Plaza Orellana, Dos Hermanas (Sevilla), Portada, 2002.

<sup>772</sup> Moreno Alonso: *El Nacimiento de una Nación...*, opus cit., 144.

<sup>773</sup> *Ibídem*.



este país la dignidad pública y la vulgaridad en privado”<sup>774</sup>. Si bien parece extraño que en aquellos momentos de caos y premura ante la inminente llegada del enemigo, este buen señor consiguiera entrevistarse nada menos que con la cabeza del gobierno, no sabemos exactamente para que asunto, es factible dar quizás la entrevista como verosímil pues son conocidos los intentos de la Central por concertar con los británicos un vital tratado de ayuda económica. Por lo que toda cortesía hacia un influyente hombre de negocios como Jacob, diputado tory por más señas, serían pocas.

Coincidiendo con el desastre de Ocaña, la Junta publicaba el día 30 de noviembre una proclama reproducida en la *Gazeta del Gobierno* y firmada por el arzobispo de Laodicea el día 21 anterior, documento patriótico que es una arenga a continuar la lucha a pesar de las últimas noticias conocidas de Europa: la paz del emperador con Austria y la Confederación del Rin, establecida pocas semanas antes. Este manifiesto antecederá a otro mucho más conocido, de cariz más teológico y que coincidirá con los momentos más críticos y desalentadores para la Junta Central, pues vería la luz justo un mes después del desastre de Ocaña, el 20 de diciembre de 1809, y para la resistencia patriótica, a punto de sucumbir ante el empuje de la Grande Armée. Aunque ambos documentos van firmados por el arzobispo de Laodicea, solo el último fue redactado de su mano, con gran disgusto de Quintana, propagandista habitual de la Junta Central<sup>775</sup>, quien sí se encargó de redactar el primero. Ambos irán reproducidos de manera íntegra en el Apéndice Documental por su gran interés para el estudio de la propaganda institucional durante la Guerra de la Independencia y como ejemplo de la oratoria de nuestro prelado en el segundo caso, pues apenas se han conservado piezas manuscritas o impresas suyas de carácter literario.

El primer manifiesto o “proclama” de la Junta durante la presidencia del arzobispo lleva fecha de 21 de noviembre, siendo publicado el 29 con motivo de la enunciada paz entre Francia y Austria junto con la Confederación, contando una extensión algo más breve que la *Exhortación* que se comentara a continuación<sup>776</sup>. Sigue la tónica ya establecida en los anteriores manifiestos de Quintana, caracterizados por

---

<sup>774</sup> Jacob, opus cit., 211-212.

<sup>775</sup> Lafuente, opus cit., tomo XXIV, pág. 16.

<sup>776</sup> Dicha proclama fue publicada además por la *Gazeta del Gobierno* en su número 52, jueves 30 de noviembre de 1809, págs. 491-496. Puede consultarse un ejemplar de la misma en AHN, Estado, Papeles de la Junta Central, leg. 12, pieza 76.

una retórica impetuosa y brillante, inflamada de patriotismo y alusiones a la libertad y la dignidad de los pueblos y del pueblo español, todas propias al padre del liberalismo español. De su lectura no se observa referencia alguna a Dios o su divina providencia, algo que evidencia su paternidad intelectual y lo aleja absolutamente de la pluma del arzobispo de Laodicea. Reseñaremos ahora tan solo algunos fragmentos de varios pasajes incidiendo así en las diferencias estilísticas y retóricas de ambos manifiestos. Así por ejemplo el autor inicia la arenga con la enfática salutación: ¡Españoles!, replicando de manera contundente el cinismo manifestado por la propaganda francesa, que culpabilizaba a la resistencia española de las atrocidades provocadas por los ejércitos imperiales y de las calamidades padecidas por el pueblo de manos de aquellos. Insinuación a lo que el autor del manifiesto contestaba:

“¡Insolencia de hombres nunca vista; descaro sin igual que no hallará crédito en la posteridad á despecho de los monumetos públicos que llegarán hasta ella! Osan todavía esos bárbaros imputarnos los males que sufre esta region por su region escandalosa, y nos hacen responsable de los que nuevamente van á caer sobre ella, si prolongamos nuestra resistencia...

Muy pronto han olvidado estos declamadores quando entraron sus exércitos en España, como entraron..., y toda esa série de atrocidades gratuitas y sin exemplo que han cometido con nosotros. Ellos piensan que porque en sus corazones degradados no hay mas que villanía quando son débiles, y atrocidad quando fuertes, los ánimos españoles decaerán de sus justas y altas esperanzas porque les falta aquel apoyo.

¿Quién les ha dicho que nuestra virtud es de tan pocos quilates? ¿Nos pone la fortuna obstáculos mayores? Redoblabamos nuestros esfuerzos ¿Hay mas trabajos y mas peligros? Adquiriremos mas gloria. No, siervos de Bonaparte, no perdais el tiempo en vanas sofisterías, que ya no engañan a nadie. Decid francamente, queremos ser los mas iniquos de los hombres, porque creemos ser los mas fuertes: este language, aunque bárbaro es consiguiente y se entiende: mas no intentéis persuadirnos, que el olvido de los derechos propios es saber, y la cobardía prudencia” (Ver resto del manifiesto en Apéndice Documental).

El segundo documento, o *Exhortación del Serenísimo Señor Arzobispo de Laodicea a sus amados españoles, sobre el modo de santificar la presente guerra, y de asegurar el triunfo que se apetece*, fue publicado en Sevilla el 20 de diciembre de 1809<sup>777</sup>, es por su estilo y carácter, plenamente teológico y moralizante, más que político, obra del arzobispo, constituyendo una verdadera pastoral sobre el castigo

---

<sup>777</sup> El documento, impreso en Sevilla, Imprenta Real, consta de 18 páginas. Los ejemplares consultados puede verse en AHN, *Estado*, Papeles de la Junta Central, leg. 13-B, pieza 14.

divino a la degeneración de las costumbres y a la irreligiosidad popular. Estas faltas serían las que habrían motivado que la divina ira cayese sobre el pueblo fiel, fustigado por el impío invasor en pago a sus faltas, usando pues la divina providencia de Napoleón para devolver a la cristiana España, su pueblo elegido, al camino recto del que se había desviado años atrás tomando como suyas costumbres y pensamientos ajenos a la secular tradición cristiana del país, pudiendo sintetizarse el contenido de toda la pieza en la vehemente admonición que lanza el arzobispo a manera de sentencia: es “Dios quien gana las batallas, ¡no los soldados!”.

Texto de inconfundible carácter paternalista y moralizador, propio de un púlpito, está escrito en un tono providencialista, aunque sencillo y directo, y apela directamente al corazón del pecador sin distinción de clases o edades, como puede verse en la familiar salutación: “¡Españoles de mi corazón!”. Podría decirse incluso, que funda su contenido en aquel aserto providencial que dice que Dios escribe derecho sobre renglones torcidos. En él aporta cuatro remedios principales para recabar del Altísimo el fin de la desesperada situación en que se encontraba la nación: oración, penitencia, reforma de costumbres y constancia en la lucha a pesar de los reveses. No es sin embargo un texto pesimista, al contrario, el arzobispo, con ejemplos sacados de la historia sagrada alienta a la lucha, proponiendo la fe y la constancia en ella como único remedio contra el desaliento que las numerosas derrotas presagiaban, instando a “santificar” la guerra para obligar así a Dios a favorecer la causa justa:

“Santificad esta guerra para obligar a Dios a que favorezca nuestra justicia; sed valientes según Dios, guardando las leyes de la fortaleza evangélica, y veréis renovarse y exaltarse el decoro de España, al paso que decae la pujanza del enemigo”.

Vera, que siempre contó con fama de magnífico orador sagrado, no en valde se crió muy cerca del más importante predicador del siglo, fray Diego de Cádiz, utiliza paralelismos con el Antiguo Testamento que relatan las vicisitudes del pueblo elegido de Dios a lo largo de la historia, a quien identifica con el cristiano pueblo español cuando este se ha olvidado de él. Así, va desgranando episodios como el del rey de los Asirios, en clara alusión a Napoleón cuando este “intentó sojuzgar la Judea”; o al de “los sacerdotes y el pueblo de Israel [quienes] ayunando y vistiéndose de cilicio, clamaron al señor no los entregase en manos de aquel extranjero”.

Penitencia, humildad y confianza inquebrantable en el auxilio de Dios pregonan cuando recuerda los ejemplos de Matatías, de Judas contra Timoteo, de Moisés contra los soberbios amalecitas; de Josue ante los muros de Jericó, o el de los valientes reyes macabeos; que deben convencer al pueblo de Dios invadido por enemigos aguerridos y poderosos que este nunca fue vencido por ellos. Había que alejar pues el pecado de uno mismo, imitando lo que dijeron a Holofernes durante el cerco de Betulia: “a los Hebreos mientras se conservan sin pecado, los colma el cielo de bienes, porque Dios detesta toda iniquidad...”; y con la penitencia y reforma de las costumbres impías: “la guerra es uno de los mayores azotes de la divina justicia, y esta no se aplaca sino con la oración y la penitencia...”.

Solo así pudo siempre España rechazar a sus enemigos, como la Zaragoza sitiada por el franco Childeberto, o el ejemplo del rey Alfonso [VIII de Castilla] el Noble, quien ordenó a nobles y plebeyos vestir con modestia para agradar a Dios y venció al poco a la coalición de varios reyes moros durante la memorable jornada de las Navas.

“Si deseamos [exhorta] pues de veras la libertad de nuestra Nación (...) si nos duele el atropellamiento de la religión, el vilipendio de la patria, el ultraje de la honestidad, la burla de nuestras antiguas leyes y costumbres: mirando estos males con ojos de fe, y reconociendo en ellos la mano de Dios, que ha hecho azote de su furor para nuestra enmienda a esta Nación inquieta e impía [alusión clarísima a la degeneración moral que azotaba al país desde las clases más altas a las más bajas], al paso que nos armamos para batir al enemigo, hagamos cierta nuestra victoria por medio de la oración y de la penitencia”.

Por lo que era necesario desechar los ateos argumentos que insistían en que para vencer bastaban “armamentos y multitud de tropas (...), lenguaje de impíos que no debe hallar cabida en pechos católicos”. Las guerras son un azote de la ira del cielo, y “el éxito de las batallas pende de Dios no de los hombres”. Si ofrece Dios la victoria a los “iniciuos” es “para castigo de vencedores y vencidos”, pues este “no necesita de muchos soldados (...) con cortos ejércitos fiados en su divina protección, desbarata y humilla huestes numerosas que ponen su esperanza en la multitud y en su fuerza”.

Las abominaciones de Joroboam..., es decir: “las graves culpas del reinado anterior” de las que todos fueron culpables en alguna medida: adoptando, cooperando o influyendo de alguna manera en los escándalos y la corrupción general de las costumbres, fueron fruto de la degeneración política y moral del país que la difusión de las ideas impías de los ilustrados y la relajación de las costumbres y de la moral en todas

las capas de la población propiciaron. Dios castigaba así, por medio de aquella guerra, “el triunfo” en la península de la inmodestia y la desemboltura, que no habían perdonado ni los lugares más dignos de respeto: “ni aun el santo templo de Dios”. O la loca liviandad de las mujeres, envanecidas a la manera de “las hijas de Sión”, y que verían trocados como ellas: “sus perfumes en hedor, y sus atrevidos vestidos y peinados en desnudez, observando aterradas como sus hombres eran degollados en el campo de batalla”. Como Isaías advirtiera, decía: “habrá llanto y luto en las ciudades, y desolación en toda aquella tierra”.

Pues degenerada la “decencia española en los trajes, el corte y el aire de esa nación novelera [refiriéndose a las novedades adoptadas desde Francia] e impía, por cuya mano castiga Dios en nosotros el delito de haberla imitado”; sentencia: “vistan las mujeres con modestia y templanza, de suerte que su buena conducta y su exterior adorno sea testimonio de piedad”.

Esta concatenación de calamidades, pues recordemos que aun estaban frescos en la memoria colectiva terribles episodios como el del terremoto de Lisboa (1755), que conmovió hasta las mentes más ilustradas, o la devastadora fiebre amarilla de 1800, desoídas por el “duro corazón de los hombres”, como recuerda providencialmente el prelado, eran enviadas por el Señor para reforma de aquellos desórdenes. Por lo que no es de extrañar estos argumentos convencieran al espíritu más sosegado, pues, la certeza de que Dios se las enviaba a España por medio del tirano francés, con la misma justicia con la que había castigado a los israelitas a través del impío Senaquerib, parecía confirmarse con los acontecimientos.

Una y otra vez exhorta a la fortaleza en la fe contra la tibieza, o contra la debilidad de los consejos de los que llamaba “prudentes del siglo y emisarios del tirano”, es decir los filósofos, los ilustrados y los afrancesados, cuyos cantos llamaban al pueblo a no resistir “la incontenible redención que prometían”. Con lo que anima a perseverar ante los reveses a pesar de los esfuerzos realizados, como Judith cuando dijera a los tímidos sabios de su pueblo: ¿Quién sois vosotros para tentar a Dios, poniendo tasa a su piedad, y definiendo a vuestro antojo si nos ha de entregar o no a nuestros enemigos?”, “¿Cuántos ejércitos formados por el mismo Dios [añadía] perdieron jornadas emprendidas por su consejo, para que probada así su fe mereciesen

por ella la total derrota de sus enemigos?”. Tal era el caso de Israel contra Benjamín, que solo venció a la tercera ocasión, a pesar de contar más hombres y una causa justa.

Penitencia y lágrimas aconsejaba, como las de Acab y los moradores de Nínive, que consiguieron revocar de Dios la esclavitud en que se encontraba la nación. Como buen moralista que era, criado en los brazos de fray Diego José de Cádiz, resignaba: “sufriré con paciencia la ira del Señor pues pequé contra él, hasta que llegue el día en que juzgue mi causa (Miqueas, VII, 9)”. Sin embargo, a pesar del lenguaje apocalíptico utilizado abre una puerta abierta a la esperanza, pues el prometido día “llegará, y acaso más pronto de lo que juzgamos nosotros, pues estrechado el Señor con nuestros ruegos y con la enmienda de nuestra vida; aun cuando se disminuyese el número de nuestros soldados, enviaría ángeles que derrotasen al ejército de Napoleón...”, tal como hizo contra Senaquerib, o el mismo cielo cuando las estrellas pelearon contra Sísara supliendo la escasez de huestes de Israel.

Laodicea, anima a los fieles a que como guerreros mirasen con desprecio la vida temporal sacrificada al bien de la religión, y ahuyenten de ellos el temor y la cobardía, que ofrecerían “aliento a uno para perseguir a mil, y a cien, para perseguir a diez mil (...) ¡Sólo así! caerán esos gigantes que se glorian de su fuerza (...) impíos y soberbios cuya ambición trata de tragarse el mundo, y cuya impiedad los lleva hasta competir como Luzbel con el poder del Altísimo (...) quedando su gloria reducida a gusanos y basura (...) disipándose sus proyectos como humo para escarnio y escarmiento de toda la tierra”.

“Napoleón orgulloso como Nabucodonosor, y ciego como Antioco, no considera [decía] que esta momentánea prosperidad de sus empresas es efecto de un terrible juicio de Dios, que le ha hecho vara de su furor para nuestro castigo”. Pues de no ser así [añadía] hubieran llovido sobre él, como sobre Heliodoro cuando por orden de Seleuco entró a robar al Templo de Jerusalén, los azotes más terribles, permitiendo Dios que “alcancen también a su santuario la desolación y la devastación que merecía el territorio de nuestra península”. Ira propiciada por la falta de respeto, la desenvoltura, los brazos desnudos y el aire provocativo con que las mujeres se presentaban en los templos.

Finalmente exhortaba, como desde un púlpito, a la penitencia nacional y la reforma de costumbres: abandono de las diversiones pecaminosas, públicas o privadas, de la enemistad, la discordia o la inmodestia. Ofensas a los ojos del “Dios de las

batallas” que hacen estériles los esfuerzos de las armas que la Suprema Junta se desvela por armar. Anima a purificar las conciencias mediante la práctica de los sacramentos, y otros actos piadosos como la oración, el ayuno, la mortificación, o la limosna... Y no se olvida tampoco de llamar a los ministros de Dios a fomentar el valor nacional, el espíritu de la penitencia, y el alistamiento del pueblo contra el invasor, en tropas o en partidas de guerrilla: como en el caso de Judith a los sacerdotes de Israel, cuando les dijo que aquella calamidad no para su exterminio, sino para la corrección de sus siervos. Tras lo cual, vendrán al fin los días serenos y alegres.

También en esos últimos días de la Junta esta disponía otra de las medidas más estudiadas posteriormente por numerosos historiadores, se trata de la tan conocida *Contribución Extraordinaria de Guerra*, acordada el 12 de enero de 1810, y establecida por un Real Decreto del día siguiente. La medida pretendía paliar la escasez de recursos de la Junta, que dependía fundamentalmente, al igual que posteriormente la Regencia, de las contribuciones ordinarias de las zonas de Sevilla y Cádiz, además de las remesas procedentes de las Indias, requisas de metales preciosos, préstamos forzosos y algunos empréstitos<sup>778</sup>. Redactada por Canga Arguelles, con la supervisión del marqués de las Hormazas, ministro de Hacienda que había sustituido a Saavedra, y del arzobispo, ambos nombrados en noviembre de 1809, consistía en una contribución directa sobre los capitales sin distinción de clases y estamentos, con un criterio generalista y equitativo que anunciaba ya un cierto reformismo fiscal. Un criterio retomado luego también por las Cortes, pues el referido impuesto eximía del mismo a las personas con menos recursos, y no excluía del pago a ninguno de los antiguos estamentos privilegiados<sup>779</sup>. Sin embargo, los arbitrarios repartos de las cuotas asignadas a la población por los enviados de las Juntas Provinciales, encargadas de la recaudación, condenaron al proyecto, muy elogiado por hacendistas posteriores al más estrepitoso fracaso<sup>780</sup>. De las medidas requisitorias que afectaron a la Iglesia, principalmente metales preciosos en oro y plata procedentes de los tesoros catedralicios para convertirlos en dinero e impedir su caída en manos enemigas, sería el arzobispo uno de

---

<sup>778</sup> Francisco Comín, Mauro Hernández, y Enrique Llopis: *Historia económica de España. Siglos X-XX*, Madrid, Crítica, 2002, págs. 175-176.

<sup>779</sup> María Ángeles Balibrea Gil: *La imposición extraordinaria de guerra en España*, Murcia, Universidad, 1997.

<sup>780</sup> Comín et al., opus cit., 175.

los principales garantes de su futura devolución, agregando a la circular de 6 de noviembre de 1809, que su reembolso “tendrá lugar más tarde”<sup>781</sup>.

Aunque el 24 de junio de 1809 ya se había enviado una circular a las Juntas Provinciales requiriéndoles pronunciamiento sobre la cuestión de la convocatoria, las discrepancias sobre el tema, agravadas por la importante derrota de Ocaña (19 de noviembre de 1809) marcarían un creciente desprestigio de la Junta, acusada por sus enemigos de injusticia o venalidad. Establecida aun en Sevilla, permanecería allí hasta el 24 de enero de 1810. Poco antes, el 1 de enero, el siempre escrupuloso arzobispo de Laodicea sancionaba finalmente el decreto convocando a Cortes a los diputados, a pesar de que durante su presidencia había utilizado todos los resortes de su influencia para impedirlo e indisponer a la Junta contra la idea de tal reunión<sup>782</sup>. Ya hemos visto que Vera en este sentido compartía la opinión del fallecido Floridablanca<sup>783</sup>, cuya única prioridad era el desarrollo de la guerra. Su profundo carácter legalista le llevó sin embargo a obedecer y sancionar lo acordado, aceptando la decisión de la mayoría. Los reveses militares y la inminente llegada de los franceses le obligarán sin embargo a firmar otro decreto el 13 de diciembre, un documento que ordenaba el traslado del gobierno hacia la Isla de León, hoy San Fernando, Cádiz. En realidad una decisión más que prudente teniendo en cuenta la situación, pues de caer el gobierno preso esto hubiera supuesto el fin de la resistencia. Pero el asunto, aprovechado por los enemigos de la Junta Central fue difundido entre el pueblo como una huida, lo que aumentó considerablemente el descrédito de esta al hacerse público el 13 de enero la controvertida decisión. Descrédito aumentado al límite al conocerse la llegada de los franceses a Córdoba el 23 de enero, hecho que desencadenó la huida apresurada de las autoridades y dejaba a la ciudad abandonada a su suerte y sin mando. Factor que desató los ánimos contra los centrales, que habían fomentado la creencia en el pueblo sobre la inexpugnabilidad de la ciudad, haciéndole creer en la existencia de una ofensiva que frenaría a los franceses y nunca llegaría a producirse. Este hecho desató como decimos la indignación y la furia entre la población, que tachaba a su gobierno de cobarde.

---

<sup>781</sup> Michel Baridon: *Echanges internationaux idéologiques et culturels dans la mouvance de la Révolution française*. Institut d'études comtoises et jurassiennes, Université de Besançon, 1987, pág. 98.

<sup>782</sup> Derozier, opus cit., 531 y ss.

<sup>783</sup> Federico Suárez: *Las Cortes de Cádiz*, Madrid, Rialp, 2002, pág. 15.



La mayoría de funcionarios y ministros escaparía durante la noche del 23 al 24 de enero, unos por tierra y otros en embarcaciones por el Guadalquivir vía Sanlúcar, pero serían los que utilizaran la primera vía los que mayores problemas encontrarían en su camino, siendo el caso más grave el de nuestro arzobispo y presidente. Laodicea, y algunos de sus compañeros de viaje, como el vicepresidente marqués de Astorga y el secretario Rivero entre otros corrieron los más serios peligros por parte de las poblaciones que encontraban en su apresurado viaje hasta la Isla de León. Detenidos a la altura de Jerez de la Frontera, los campesinos de aquella comarca, soliviantados por los emisarios de la nueva Junta formada en Sevilla pretendieron castigar la supuesta traición de estos nada menos que con la muerte, como nos lo cuenta el propio Jovellanos en su *Memoria*<sup>784</sup>, donde dice:

“Navegamos felizmente a Sanlúcar el 24, y el 25 pasamos al Puerto de Santa María, donde ya nos sorprendió la noticia de los peligros e insultos que habían corrido y sufrido en su tránsito los compañeros que salieran al mismo tiempo que nosotros, con la desgraciada proporción de viajar en coche. Habíanse dado más prisa que ellos los emisarios de los sediciosos de Sevilla, y conmovido en tal manera el pueblo de Jerez, que puso en el último riesgo sus vidas. No bastaron al Presidente, Arzobispo de Laodicea, y al Secretario general, don Pedro de Ribero, su condecoración y sagrado carácter, ni al Vicepresidente, al digno y respetable Conde de Altamira, la ilustre y constante lealtad de su conducta, para que no fuesen apellidados infieles y traidores, y para no oír y ver cerca de sí los aullidos y los puñales de la canalla amotinada y mal reprimida por el ingrato y pérfido Mergelina, su corregidor. Corrieron igual peligro el honrado y ardiente patriota, don Antonio Cornel, ministro de la Guerra, y el vocal don Félix Ovalle, que acompañaba a Altamira. Salvo los a todos la protección del cielo, y llegando a la Isla, logrando reunirse con los compañeros que se habían dado más prisa para establecerse allí”.

De aquella turba que como hemos visto pretendió incluso castigarlos con la muerte, serían salvados *in extremis* por tropas que el general Castaños envió en su auxilio cuando conoció la apurada situación de aquellos. El marqués de Villaurrutia<sup>785</sup>, recoge el testimonio del representante británico Frere, quien procedente de Sevilla y con el mismo destino que estos, la Isla, llegó a ver físicamente a los centrales apresados, comunicándolo luego a Jovellanos a su llegada al Puerto:

“Al llegar Frere a Jerez encontró presos en la Cartuja al arzobispo de Laodicea, don Juan Acisclo de Vera y Delgado, y el Conde de Altamira, presidente y vicepresidente respectivamente de la

---

<sup>784</sup> Jovellanos: *Memoria...*, opus cit., I, 221-222.

<sup>785</sup> Wenceslao Ramírez de Villaurrutia: *Relaciones entre España é Inglaterra durante la guerra de la independencia: 1809-1812. Desde la batalla de Talavera hasta la de Arapiles*, Madrid, F. Beltrán, 1912, pág. 56.

Junta Central, con el ministro de la Guerra Cornel, los cuales habían estado a punto de perecer víctimas del bárbaro furor de la plebe jerezana, excitada por órdenes y emisarios despachados por Montijo. En el Puerto de Santa María, se hallaban Castaños y Jovellanos, con ambos se avistó Frere, dando cuenta a Jovellanos de la situación de Sevilla y haciéndole presente la imposibilidad de que continuara funcionando la Central, falta de toda autoridad para ejercer el poder, y la necesidad de que se reuniera por última vez, si era posible obtener la libertad de los presos de Jerez, para nombrar una regencia. Mostrose conforme con esto Jovellanos”.

En Sevilla mientras, el pueblo, dispuesto a impedir más huidas había comenzado el reparto de armas en la mañana del 24 para hacer frente a la inminente llegada de los franceses, y tras solicitar el restablecimiento de la Junta de Sevilla, obtuvo la excarcelación del conde de Montijo y de Palafox, antiguos partidarios de una regencia y que habían sido encarcelados para que no estorbasen la labor del gobierno de la Central. Estos junto con el marqués de la Romana fueron nombrados vocales de la renacida Junta sevillana, que presidió nuevamente Saavedra, y reasumió de nuevo la anterior soberanía invitando al resto de Juntas a hacer lo mismo. Al mismo tiempo, el renacido gobierno solicitó de aquellas el envío de delegados al objeto de designar una regencia. El prudente Saavedra<sup>786</sup> mientras, respetado ampliamente por todas las clases sociales, sería el encargado de atemperar en lo posible los exaltados ánimos en un pueblo que se sentía traicionado por sus autoridades. Enterado del percance del arzobispo y sus acompañantes Altamira y Rivero a las alturas de Utrera y Jerez en la noche del 25, envió un “expreso” ordenando tajantemente que de ningún modo se estorbase su trayecto hacia la Isla de León, que los enemigos de la Central con falsas órdenes de la nueva Junta amenazaban, notificando de manera inmediata al arzobispo-presidente su más rendido sentimiento por ello, asegurándoles su más completa ignorancia sobre el incidente<sup>787</sup>.

Sin embargo la nueva Junta, que una vez más había pretendido colocarse por encima del resto, y decretaba órdenes que escapaban a sus facultades, no fue secundada por aquellas<sup>788</sup>, y el 28 de enero se convencía igualmente de su impotencia para resistir a los franceses, ya a las puertas prácticamente de la ciudad. Por lo que decidieron al igual que había hecho la ahora denostada Junta Central, abandonar también la ciudad. El

---

<sup>786</sup> Moreno Alonso: *Memorias inéditas de un ministro ilustrado*, opus cit., pág. 234.

<sup>787</sup> Moreno Alonso/Saavedra: *La rebelión de las provincias en España: los grandes días...*, opus cit., 309.

<sup>788</sup> Como lo hicieron constar las Juntas de Aragón y Valencia entre otras. El mismo autor en *La Junta Suprema de Sevilla...*, pág. 332.

propio Saavedra partiría el día 30<sup>789</sup> con destino Cádiz, y de allí pasaría posteriormente a Ceuta, donde coincidiría con numerosos refugiados, entre ellos el arzobispo Vera y Delgado. Llegado por fin el enemigo a las puertas de Sevilla, se comisionó a los señores Solís, Herrera y Goyeneta, asistente interino, gobernador militar y procurador mayor respectivamente que se habían quedado en la ciudad, para negociar con los franceses la capitulación, evitando así males aun mayores. Como es lógico de poco sirvieron a aquellas alturas medidas como el descubrimiento del cuerpo de San Fernando, o la procesión de la Virgen de la Hiniesta, patrona del Cabildo municipal, el 27 de enero<sup>790</sup>, tampoco las numerosas rogativas efectuadas desde el día 25 hasta el 30. La ciudad, víctima del pánico que los rumores provenientes de Córdoba propiciaban esperaba aterrada la inminente llegada del enemigo, que ya había alcanzado la villa de Alcalá de Guadaira<sup>791</sup>.

Incluso el Cabildo Catedral ante la poco halagüeña situación, optó también por suspender la celebración de los oficios “hasta ver el modo en que entran”<sup>792</sup> los franceses. Que lo hicieron finalmente capitaneados por el mariscal Victor, duque de Bellune el día 1 de febrero de 1810 y “sin disparar un solo tiro”. El rey José<sup>793</sup> haría su entrada el día 4, y sería recibido entre repiques y rogativas dispuestas por el buen acierto de su aun incierto gobierno. Con ello se iniciaba una controvertida ocupación de dos años y medio de duración, en los cuales Sevilla pasó del más furibundo odio anti-francés a convertirse en paradigma nacional del colaboracionismo. Los franceses permanecerán en la ciudad hasta el 27 de agosto de 1812, fecha en que hubieron de retirarse a causa de los contraataques anglo-españoles, no sin antes haberla hecho objeto del más atroz saqueo. Expolio que convirtió a su virtual virrey el mariscal Soult, en uno de los depredadores de objetos de arte más importantes de los que se tiene noticia. Junto a este, verdadero dueño de Andalucía, colaborarían en el gobierno de la ciudad personajes como el conde de Montarco, nombrado comisario regio de Andalucía y

---

<sup>789</sup> Ibid, 242.

<sup>790</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, núm. 173, año 1810, fol. 41.

<sup>791</sup> Moreno Alonso: *Sevilla Napoleónica*, opus cit., 26.

<sup>792</sup> Avella Cháfer: “La ocupación francesa de la ciudad y arzobispado de Sevilla a la luz de nuevos documentos (1810-1812)”, Sevilla, Separata de *Archivo Hispalense* núm. 175, año 1974, págs. 35-86, 42.

<sup>793</sup> Quedándose en la ciudad hasta la Semana Santa, cuyas celebradas procesiones había manifestado un gran interés por presenciar.

Extremadura, Joaquín Leandro de Solís, prefecto de Sevilla y anterior asistente tras la renuncia de Hore, o Joaquín de Goyeneta como corregidor<sup>794</sup>.

Al séquito de la Junta Central acompañó también el de los principales eclesiásticos, y así al arzobispo-coadministrador Laodicea acompañaron los principales miembros de la curia y buena parte del tesoro catedralicio, especialmente los objetos en plata y oro, requisados por orden gubernamental no solo para obtener posibles fondos con los que sufragar gastos de guerra, sino para impedir cayesen en manos del enemigo. El desamparo espiritual en que quedó la población, moverían sin embargo al otro auxiliar de la diócesis don Manuel Cayetano Muñoz y Benavente, obispo de Licópolis, que ya lo era desde 1797, a volverse a la ciudad, donde permanecería ya todo el periodo de ocupación<sup>795</sup>. Aquí reconocería la legitimidad de la nueva autoridad impuesta, que pronto se encargaría de destituir de sus cargos a los prelados y clérigos huidos, entre ellos al arzobispo de Laodicea como coadministrador de la diócesis. Entre otros, emigraron con dirección a Cádiz junto a Laodicea, su hermano el arcediano de Écija y canónigo penitenciario del Cabildo don Pedro de Vera y Delgado, o su pariente el arcediano de Niebla, don Francisco Vicente Venegas, pronto también destituidos por el gobierno josefino de sus dignidades, y sustituidos por canónigos más cercanos a las nuevas autoridades. Todos los miembros del clero refugiado en Cádiz u otras partes no adictos al nuevo régimen, o acogidos a la ley de amnistía decretada por los franceses quedaron por el decreto<sup>796</sup> de José Napoleón I dado en el Real Alcázar con fecha 1 de mayo de 1810, destituidos de sus dignidades y cargos.

El decreto disponía en su artículo primero lo siguiente:

“... declaramos privados de sus cargos, empleos y funciones al cardenal de Borbón, arzobispo de Toledo y de Sevilla; a don Fabián de Miranda y Sierra, deán de Sevilla; a don Juan Acisclo de Vera y Delgado, arzobispo de Laodicea, coadministrador del arzobispado, arcediano titular de Sevilla y canónigo; a don Francisco Vicente Venegas, arcediano de Niebla y canónigo; a don

---

<sup>794</sup> Cargo inexistente en Sevilla pues sus atribuciones las poseía el asistente.

<sup>795</sup> AHN, *Estado*, leg. 3.116: “Carta impresa del Ilmo. Sr. Obispo de Licópolis, auxiliar y gobernador de este Arzobispado de Sevilla a los vicarios, curas y clero de toda la diócesis, en ausencia de su prelado”, Sevilla, 15 de febrero de 1810.

<sup>796</sup> *Prontuario de las leyes y decretos del Rey nuestro Señor Don José Napoleon I*, vol. II, Madrid, Imprenta Real, 1810, págs. 142-143: “Decreto por el que se priva de sus Prebendas y Dignidades al Arzobispo y otros prebendados de la Catedral y Colegiata de Sevilla”, fue dado en Sevilla, en el Real Alcázar el 1 de mayo de 1810, y publicaba lo expuesto en otro decreto de fecha 1 de mayo de 1809.

Francisco Javier de Villalta, arcediano de Reina; a don Juan Bermúdez, dignidad de Prior; a don Pedro Gravina, arcediano de Carmona; a don Francisco Javier Cienfuegos y Jovellanos, canónigo; a don Juan Bautista Morales, canónigo; a don Francisco Patricio de Berguizas, canónigo; a don Francisco de Baamonde, canónigo; a don José García de Prado, canónigo; y a don Felipe Casoni, también canónigo, todos de esta Iglesia de Sevilla: a don Vicente Ferrer García, don Vicente Lobo y Arjona, don Andrés Amaya, don Miguel de Madariaga y don Nicolás Lesso y Garro, racioneros de la misma; a don Miguel Luis González, don Joaquín de Reyna y don Francisco de Sales Rodríguez, medios racioneros de ella; a don Manuel María Rodríguez, capellán mayor, y a don José María Blanco, capellán de la Capilla Real de San Fernando; a don José Tasco, prior, y a don Leonardo Santander, magistral de la colegiata del Salvador de esta ciudad”.

El segundo determinaría que: *“Los bienes patrimoniales y demás que les pertenezcan, serán confiscados y vendidos a beneficio del Estado”*, y sus rentas quedarían en poder de la Dirección de Bienes Nacionales hasta la provisión de las nuevas vacantes. El nuevo gobierno, ya desde el inicio de la ocupación mostraría siempre una especial atención en conseguir, sabedores de su gran influencia en el pueblo español, el apoyo de las instituciones religiosas. En este caso del Cabildo y clero hispalenses para que tranquilizaran a los habitantes de la ciudad, exhortándolos a la paz, la sumisión, y el colaboracionismo con el nuevo régimen<sup>797</sup>. Colaboracionismo que también las autoridades españolas habían intentado impedir cuando decretaron una orden similar, emitida el 24 de abril de 1809, y que se declaraba “indignos” y “traidores” a todos los obispos que se hubieran unido abiertamente al enemigo, consignando igualmente la confiscación de bienes y rentas cuando fuera posible ello, y su entrega a un tribunal llamado de “Seguridad Pública”<sup>798</sup>.

Tras la azarosa fuga de la metrópoli andaluza, los veintitrés vocales se reunieron al fin en la Isla de León el 29 de enero de 1810, alojándose el arzobispo de Laodicea aún con el susto metido en el cuerpo, y los diferentes miembros de la Junta en el Colegio de la Compañía de María de aquella localidad. Un día antes había aparecido un manifiesto firmado por Rivero en el que se apelaba a la unión y a apoyar al legítimo gobierno en su lucha contra el tirano, pretendiendo en lo posible lavar la deteriorada imagen de la institución, especialmente la de los que habían estado apresados,

---

<sup>797</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, núm. 173: asientos de 17 y 19 de febrero de 1810.

<sup>798</sup> VV.AA.: *Historia General de España y América*, 19 vols., tomo XII, Madrid, Editorial Rialp, 1981, pág. 235.

duramente vituperados por los llamados “facciosos” al objeto de arruinar la reputación de la Junta por todos los medios. Decía:

“FIELES HABITANTES DE LA ISLA DE LEÓN

La Junta Suprema Gubernativa de España e Indias acaba de reunirse en vuestro seno y ha empezado sus interesantes sesiones en medio de un pueblo que tantas muestras ha dado de patriotismo y amor al Gobierno, a pesar de mil privaciones que ha sufrido y que S.M. trata de aliviar. Después de su salida de Sevilla se alteró la tranquilidad pública de aquella ciudad; pero gracias a la Divina Misericordia no hubo una gota de sangre derramada, y desde entonces aquel pueblo fiel y sus magistrados no piensan en más que en defenderse del enemigo común y rechazarlo si intenta pasar adelante. Los agentes del tirano, propalando por los pueblos especies infamantes contra los individuos de la Suprema Junta, han hecho el último esfuerzo para introducir entre nosotros la desunión y la discordia; muy cerca han estado de conseguirlo. Ya vacilaban algunos pueblos y sus autoridades se hallaban perplejas en el partido que habían de tomar. ¡Qué triunfo para nuestros enemigos y que ocasión se les hubiese ofrecido para imponer sobre nuestras cervices el yugo de hierro que nos están preparando! Pero Dios, que vela sobre la España, no ha permitido ni permitirá que se cumplan los infames designios del opresor de la Europa. Sevilla goza de la mayor tranquilidad: gózanla los demás pueblos; y la Junta Suprema reunida su nuestro presidente no perderá un momento en tomar todas las providencias que convengan para que ésta sea la última vez que nuestro alevoso enemigo funde sus esperanzas de conquista sobre nuestras discordias. El patriotismo más acendrado, que ha sido el norte de todas las operaciones de vuestro Gobierno, dictará ahora las únicas que pueden libertad a la Patria, cuya salvación depende de nuestra unión y constancia. Isla de León, 28 de enero de 1810. Pedro de Rivero”<sup>799</sup>.

Sin embargo, amedrentados y convencidos de haber perdido todo el crédito y la autoridad ante la opinión pública, se decidió en la primera sesión, el propio día 29, y tras recabar la opinión del general Castaños, resignar sus poderes en un nuevo *Supremo Consejo de Regencia* integrado por cinco miembros, cuyos nombres fueron proporcionados por el vencedor de Bailén. Esta nueva Regencia estaría compuesta por: el obispo de Orense, don Pedro de Quevedo y Quintano; el consejero de Estado don Francisco de Saavedra; el propio Castaños; el teniente general de Marina don Antonio Escaño; y el contador general del Consejo de Indias don Esteban Fernández de León, nombrado en lugar del marqués de la Romana, único nombre que fue rechazado

---

<sup>799</sup> Derozier, opus cit., 527.

tajantemente<sup>800</sup> por los centrales, quien de todas maneras fue sustituido al poco tiempo por Miguel de Lardizábal, ministro que había sido del Consejo de Indias<sup>801</sup>.

Al tiempo de su disolución la Junta Central dictaría ese mismo día varios decretos, entre los que se fijaba el reglamento de la nueva autoridad que la reemplazaba, al que se reservaba el poder ejecutivo y la obligación de mantener la reunión de Cortes convocadas ya para el primero de marzo. El acto de instalación y traspaso de poderes al nuevo gobierno (Ver Apéndice Documental) se llevó a cabo el día 31, en el Colegio de María de la expresada localidad gaditana, estando presentes el arzobispo de Laodicea, presidente del gobierno saliente junto con el resto de vocales, tres de los cinco miembros del nuevo Consejo de Regencia, y el marqués de las Hormazas, secretario del Despacho Universal de Hacienda, quien certificó la legalidad del acto<sup>802</sup>. El histórico momento tiene de nuevo por testigo privilegiado a Jovellanos, quien en su *Memoria* dice sobre su desarrollo<sup>803</sup>:

“Era el día 2 de febrero el señalado por la Junta Suprema, en su Decreto de 29 de enero, para la instalación de este nuevo gobierno; pero a medida que los enemigos exteriores y los agitadores intestinos adelantaban en sus progresos, se hacía más necesaria la existencia de una nueva autoridad, que atrayendo a sí la atención y confianza del público, fuese bastante poderosa para refrenar a unos y otros con vigorosas y enérgicas providencias. Se acordó por tanto acelerar la instalación de la Regencia, y se verificó en la última sesión celebrada por la Suprema Junta Central, en la noche del 31 de enero. En ella, reunidos todos los centrales que estábamos en la Isla, y hallándose ausentes dos individuos de los nombrados para la Regencia, leídos que fueron el decreto de erección y el reglamento, y después de haber prestado el juramento que va indicado en manos del Arzobispo de Laodicea, nuestro presidente, los regentes D. Francisco Javier Castaños, D. Antonio Escaño y D. Esteban Fernández de León fueron puestos en posesión de su cargo; con lo cual, y leído por D. Martín de Garay el edicto y un breve y elocuente discurso de despedida, que formó él mismo a nombre de la Junta, dejó ésta resignada, en manos del nuevo gobierno, toda la autoridad que hasta entonces había ejercido con tan puro y constante celo, como no merecida desgracia”.

Tras la lectura por Garay del mencionado decreto de traspaso de poderes y discurso de despedida, el secretario Rivero procedió a repartir unas certificaciones

---

<sup>800</sup> Villaurrutia, opus cit., 58.

<sup>801</sup> AHN, *Estado*, Papeles de la Junta Central, leg. 8, pieza 179.

<sup>802</sup> Ibid, leg. 84-B, pieza 1: “Ynstalacion del Consejo de Regencia de España é Yndias”.

<sup>803</sup> Jovellanos: *Memoria...*, II: Exposición de la conducta y opiniones del autor, pág. 130.

acreditativas a los ya ex vocales, reconociéndose la actuación de Garay con una plaza de consejero de Estado<sup>804</sup>. Pocos más detalles sabemos sobre aquella acalorada reunión, en la que unos, convencidos de haber perdido todo crédito apremiaban en disolver el atormentado gobierno, caso del arzobispo, mientras otros, igualmente convencidos de la honradez y legitimidad del gobierno abogaban por resistir a las presiones de los enemigos de la Junta. En el acta de instalación del nuevo Consejo de Regencia no se aclara sin embargo sobre quienes estaban a favor o en contra de una u otra postura, no haciéndolo tampoco Jovellanos en su conocida *Memoria* justificativa, pero no es difícil sospechar que aquellos que fueron encarcelados o molestados a su salida de Cádiz serían precisamente los más reacios al traspaso del poder. Quién sí parece tuvo un decisivo protagonismo en aquella histórica última reunión fue el arzobispo de Laodicea, tal y como se desprende de un interesante testimonio no recogido en la bibliografía existente sobre la Junta. Es este el de la confirmación de las Cortes a propuesta de la Regencia de una plaza de consejero de Estado para el prelado, puesto para el que fue nombrado junto con Benito Ramón de la Hermida, Martín de Garay, Esteban Fernández de León, y el marqués de Villel (decretos de 6 y 7 de febrero de 1810)<sup>805</sup>. Entre los méritos aducidos para tal concesión figura la decisiva postura de este frente a los vocales contrarios al traspaso de poderes, cortando y acallando, según se relata en el documento, de raíz, las objeciones de los indecisos que aun se resistían a entregar el poder, adelantándose a jurar fidelidad a la nueva institución. Por su interés recogemos el fragmento íntegro:

“... deseosa la Regencia del Reino, del mayor acierto, mandó en 11 de diciembre último que informase, el Marqués de las Hormazas, como encargado en aquella época de la Secretaría de Estado, quien dijo que tomando en consideración el primer Consejo de Regencia las calificadas prendas que concurrían en el Arzobispo de Laodicea, su celo patriótico, notorio desinterés y suma eficacia que había acreditado en el desempeño de varias e importantes comisiones durante su presidencia de la Central, y particularmente en el acto de conferir la posesión al Consejo de Regencia y prestar el juramento, cortando con tesón y premura las diferentes contestaciones impertinentes e intempestivas que se suscitaron y pudieron dilatarla, y aun invalidarla, con las sensibles resultas que tan críticas circunstancias; no sólo movieron al Consejo de Regencia a

---

<sup>804</sup> Alonso Garcés: *Ideas y pensamiento político de Martín de Garay*, opus cit., pág. 33.

<sup>805</sup> AHN, *Estado*, Papeles de la Junta Central, leg. 3.566, pieza 1.



conferirle plaza efectiva del Consejo de Estado, sino atender a su subsistencia; para todo lo cual juzgó debía accederse a la solicitud de este interesado”<sup>806</sup>.

Como es sabido la disolución de la Junta Central tuvo también efectos trascendentales en el incipiente proceso de emancipación americano, pues tras la prisión de la familia real y la pérdida de buena parte del territorio español, la simbólica caída de Sevilla, y verse el gobierno legítimo acorralado en Cádiz, llevó a las diferentes Juntas surgidas entre 1808 y 1809 en aquellos territorios a asumir su propia soberanía, creyendo sería inminente la caída de la nueva regencia dispuesta. Creencia que se manifestó en la destitución de los virreyes y en la negativa a reconocer al nuevo órgano supremo formado en la Isla de León, manteniendo tan solo, parece que por interesado consejo de Gran Bretaña, el reconocimiento a los derechos de Fernando VII.

Mucho se ha hablado y escrito sobre el desastroso final de la Junta Central, y las acusaciones vertidas contra sus miembros: perpetuación en el poder, malversación de los caudales de la nación... Precisamente el tema de la renovación de cargos había sido tratado en diferentes ocasiones por la Junta, como el 16 de septiembre de 1809, en que fue estudiada la exposición del bailío Valdés sobre dicho asunto, siendo Laodicea uno de los miembros más favorables a tal postura, manifestando en este sentido el arzobispo:

“en esta forma: la Suprema Junta acordará el modo con que ha de salir, esto es, o por antigüedad en el nombramiento o por los medios que tenga por conveniente, de suerte que cumplido el año cese uno, y así todos de mes en mes”.<sup>807</sup>

Castanedo por su parte proponía renovar anualmente la mitad de vocales por suertes, y Jocano en cambio advertía sobre la distracción que aquellas medidas suponían mientras aconteciera el peligro francés. Cuando aquella se produjo, ni siquiera esto aplacaría la animadversión de muchos de sus enemigos contra algunos de sus componentes. La excitación creada en el ánimo popular por la propaganda mantuvo la animadversión hacia los vocales de la Central, y el estallido de un tumulto en las calles de Cádiz el 27 de enero llevaría a la Junta de esa ciudad a adjudicarse también el carácter de soberana, iniciando la persecución de los componentes del gobierno caído, algunos de los cuales fueron vejados, increpados, y registrados sus equipajes cuando

---

<sup>806</sup> *Diario de Sesiones de las Cortes* de 19 de marzo de 1813, primer aniversario de la Constitución.

<sup>807</sup> Suárez: *El proceso de convocatoria a Cortes*, opus cit., pág. 288.

pretendían abandonar Cádiz, casos de Rivero, Jocano, Bonifaz, Castañedo, el marqués de Campo Sagrado, o el propio Jovellanos<sup>808</sup>. Calvo de Rozas y Tilly, serían incluso encarcelados, y este último moriría preso en el castillo de San Sebastián de Cádiz. Una persecución que Martín de Garay achacó a la frustración de los conspiradores, que no habían conseguido acceder como pretendían a controlar la nueva Regencia<sup>809</sup>.

Tras su partida, será Jovellanos desde su retiro quien se constituya en el principal abanderado de la obra de la Central, defendiendo la honorabilidad de sus componentes. Su célebre: *Memoria en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la junta central, y se dá razon de la conducta y opiniones del autor desde que recobró su libertad: con notas y apéndices*, dada a conocer en La Coruña en 1811, es desde entonces una de las principales fuentes para el estudio de las circunstancias que concurrieron en el desarrollo y trayectoria de aquella institución. Aun así, la propia Junta también elaboró una circular en defensa de su actuación que se publicó el 30 de febrero de 1810 en la Isla de León: “Circular de los S.<sup>res</sup> Vocales de la Suprema Junta, á las Superiores de sus respectivas Provincias, dándoles parte de su salida de Sevilla, de los alborotos ocurridos allí, de la traslacion del Gob.<sup>no</sup> á la Isla de Leon, de la formacion del Consejo de Regencia, y extincion de la expresada Suprema Junta”<sup>810</sup>. El documento, muy breve, pone de manifiesto la ingenuidad de la Junta, que pensaba que la convocatoria a Cortes “pondría término á las disensiones que iban minando la autoridad del gobierno de la Junta Central”, restituyendo así en la Nación “la energía que por momentos se iba apagando en el espíritu del Pueblo”. Señala asimismo a los “facciosos”, que la Junta había encarcelado por conspirar contra esta y que “bajo el estandarte de la anarquía” consiguió sublevar a Sevilla contra su gobierno legítimo, provocando los trastornos y amenazas ya mencionados a los vocales de la Junta en su traslado a la Isla de León y proclamando un nuevo gobierno, que como vimos fracasó igualmente en la labor de resistir a los franceses. Dichas alternaciones llevarían a la Junta a autodisolverse, resignando los poderes en la nueva Regencia, acto que en palabras de la propia Junta Central constituyó su “último sacrificio á la patria”, consiguiendo al menos “la satisfaccion de que el nombramiento [de sus componentes] há recaído en unos sugetos tan dignos de la confianza publica por sus luces, su

---

<sup>808</sup> Ibid, 137.

<sup>809</sup> Alonso Garcés, opus cit., 34.

<sup>810</sup> AHN, *Estado*, Papeles de la Junta Central, leg. 84-B, pieza 51.

patriotismo, y su energía, como por el concepto de probidad que les dispensa la opinion general”, manifestando asimismo el gobierno saliente haber concluido con todo ello “su misión”, esperando tan solo la aprobación de las diferentes Juntas Superiores, a las que se envía dicha circular, “y produzca los bienes que nos hémos propuesto al adoptarla”.

¡Por fin! el 24 de septiembre de ese año se constituirían las Cortes, compuestas finalmente por una sola cámara en clara contravención a lo dictaminado en su día por la Comisión de Cortes, que se había decantado por el viejo modelo estamental como establecía el Decreto de 29 de enero de 1810. El cambio de modelo se justificaría en un curioso hecho sobre el que detallaremos más adelante, y sobre el que se han vertido ríos de tinta: ¡la pérdida!, intencionada o no, del mencionado decreto durante la evacuación de Sevilla por los centrales camino de la Isla de León, tintas que a lo largo del tiempo se han cargado sobre diferentes personajes. Tras una misa del Espíritu Santo oficiada por el cardenal Borbón para que la providencia alumbrara el trabajo de los constituyentes, la Regencia entregó a las Cortes los destinos del país, que finalmente, en fecha tan significativa como el día 19 de marzo de 1812, día de san José, aprobarían el primer texto constitucional español. Texto innovador y moderado salido de los apasionantes debates llevados a cabo primero en San Fernando, en el Teatro Cómico, y posteriormente en el Oratorio de San Felipe Neri de la inexpugnable ciudad de Cádiz, cuna del liberalismo y del constitucionalismo español. El texto alumbrado tendrá sin embargo una efímera vigencia, pues sería derogado a la vuelta del rey Fernando VII. Su implantación suponía un golpe al sistema secular de gobierno del Antiguo Régimen, pues abolía instituciones políticas y sociales tan significativas como la Inquisición, el régimen señorial, o la división estamental de la sociedad. En cuanto a las novedades que introducía, como la división de poderes, la soberanía nacional, la libertad de prensa y de opinión, la igualdad social, o conceptos como los de nación y pueblo, estos, espantaban a buena parte de la sociedad, y eran inasociables con la mentalidad absoluta de Fernando, como se comprobaría tras su liberación, y de buena parte de la población.

Entre los decretos más importantes emitidos en los últimos días de la Junta Central merecen destacarse los que disponían la controvertida *Contribución extraordinaria de guerra*, de 13 de enero de 1810; la *Resolución de la Junta Central sobre la convocatoria por estamentos*; la de convocatoria de los mismos, de fecha 21 de enero del mismo año; y el célebre decreto perdido u ocultado que ya aludimos en el apartado anterior de 29 de enero de 1810, documento que obligaba a la nueva Regencia

a mantener la convocatoria a Cortes: *Último decreto de la Junta Central sobre la celebración de Las Cortes*. Su extravío, achacado por el rendido quintanista Derozier en su biografía sobre este a la mano del arzobispo de Laodicea: “que por primera vez no se privó de ensuciarse sus blancas manos”; a Garay; o incluso ¡a Jovellanos!, está justificada sin embargo de una manera más apasionada que fundamentada.

La versión mantenida por el historiador francés dejaría entrever así un cierto ¿guiño? del sector más conservador de la Central que cesaba, al nuevo gobierno que se formaba, preparando en sus palabras el camino hacia una futura restauración absolutista. La argumentación de Derozier para exculpar a Quintana de aquel extravío consistía pues en que: “el enigmático papel había desaparecido ya entre los repliegues de su sotana [por el Arzobispo] o bajo los faldones de la levita de su buen amigo Garay”<sup>811</sup>. Versión poco creíble, y puesta en duda por historiadores como Morán Ortí y otros, pues precisamente Blanco White, que fue quien destapó el asunto desde Londres en septiembre de 1810 afirmaba<sup>812</sup> que recibió una copia del perdido decreto de parte de “uno de sus más respetables amigos”<sup>813</sup>. Con lo que todas las sospechas apuntarían ya a partir de entonces hacia Quintana, antiguo oficial de la secretaría, propagandista de la Central y buen amigo de Blanco. La Regencia, que no sabía demasiado bien qué tipo de modelo había determinado finalmente su órgano predecesor para la organización de las Cortes, principalmente debido al caos ocasionado con motivo de la disolución de la Central, optó entonces por consultar a Garay, ex secretario de aquella y consejero de Estado. A dicha consulta, de fecha 14 de junio de 1810, Garay respondería que habiéndose despachado solo la convocatoria del “Estado Llano”, se pensaba que esta iba a celebrarse finalmente sin distinción<sup>814</sup>.

Con la aparición por fin del perdido documento en octubre, tras la publicación del artículo de Blanco desde Londres, este fue utilizado entonces por los sectores más liberales (diputados, periódicos, Junta de Cádiz<sup>815</sup>) como pretexto para imponer el modelo unicameral sin distinción de estamentos frente al bicameral estamental que el

---

<sup>811</sup> Derozier, opus cit., 578.

<sup>812</sup> Desde su diario *El Español*. Ver Suárez: *Las Cortes de Cádiz*, opus cit., 21.

<sup>813</sup> Morán Ortí: *La formación de las Cortes...*, opus cit., 33.

<sup>814</sup> Suárez: *Las Cortes de Cádiz*, 21.

<sup>815</sup> Es importantísimo señalar que la Junta de Cádiz era en esos desesperados momentos para la resistencia española prácticamente el único sostén económico.

extraviado documento propiciaba. Los regentes, presionados por todas partes, decretaron por fin el 18 de junio<sup>816</sup>: se realizara “aquel augusto congreso” a partir del siguiente mes de agosto, anulando con fecha 23 de ese mes lo determinado a ese respecto por la anterior Junta Central<sup>817</sup>. Poco tiempo después, expediría el *Decreto de la Regencia mandando que las Cortes se reúnan en un solo cuerpo*, de fecha 20 de septiembre de 1810, que consagraba definitivamente el triunfo de los sectores innovadores y reformistas, eso sí, a tan solo cuatro días de la apertura de las mismas<sup>818</sup>. Con la misma fecha del mencionado decreto de Convocatoria a Cortes la Junta Central expidió también el Reglamento y juramento de la Regencia, el decreto de designación de los regentes, y finalmente el día 31 el acta de instalación y constitución del Consejo de Regencia que ya hemos comentado, que daba legalmente por finalizado el periodo de gobierno de la Junta Central. Por último solo señalar los de 8 de junio de 1809, creando la Comisión de Cortes, el de 22 de mayo de 1809: *Decreto sobre restablecimiento y convocatoria de Cortes expedido por la Junta Suprema gubernativa del Reino*, la conocida “Consulta al País”, la “Proclama” sobre la paz de Napoleón con Alemania, de 21 de noviembre de 1809, y la célebre exhortación patriótica del arzobispo a los españoles, las cuales ya comentaremos líneas atrás, importantes documentos propagandísticos en la última fase de la Junta Central.

#### *De la Constitución a la vuelta al absolutismo (1810-1814): problemática del clero.*

Tras la disolución de la Junta Central, la nueva Regencia decidió conceder al arzobispo con fecha de 6 de febrero de 1810 la dignidad de consejero de Estado. Aunque parece según el testimonio de Villanueva<sup>819</sup>, que quizá este esperaba algo más en reconocimiento por sus desvelos al frente de la Junta, que recordemos casi le habían costado la vida. Como afirmaba en sus memorias el clérigo aragonés, el prelado se resentía contra el nuevo gobierno por no haberle nombrado para la dignidad de patriarca

---

<sup>816</sup> Suárez: *Las Cortes de Cádiz*, 23.

<sup>817</sup> Ibid, 26.

<sup>818</sup> Morán Ortí: *La formación de las Cortes...*, 36.

<sup>819</sup> Así lo afirma el clérigo aragonés, quien conoció a Laodicea durante la huida de la Junta Central en Talavera hospedados en el mismo monasterio, donde trabaron “una íntima amistad y confianza”. Joaquín Lorenzo Villanueva: *Vida literaria de d. Joaquín Lorenzo Villanueva: o memoria de sus escritos y de sus opiniones eclesiásticas y políticas, y de algunos sucesos notables de su tiempo*, 2 vols., tomo I, Londres, 1825, pág. 170.

de las Indias tras la muerte de don Pedro de Silva, dignidad a la que se sentía muy unido Vera, pues la había llevado también su tío el cardenal Delgado entre 1778 y 1781. En su lugar, el poder ejecutivo había nombrado para ello al obispo emérito de Arequipa, monseñor Chaves de la Rosa<sup>820</sup>.

Además el nombramiento como consejero no se haría efectivo hasta casi dos años más tarde, el 11 de diciembre de 1812, apareciendo finalmente reflejado en el *Diario de Sesiones* de las Cortes con fecha 19 de marzo de 1813. Junto a él serían nombrados con la misma distinción<sup>821</sup> otros dos ex centrales, Martín de Garay y el marqués de Vilhel, prácticamente los únicos miembros que se vieron libres de cualquier responsabilidad por su actuación en la Central.

Tras la disolución de esta, encontraremos al arzobispo de Laodicea en Ceuta, ciudad convertida en verdadero nido de refugiados de postín, a la que llegaría poco antes del 17 de febrero<sup>822</sup>, fecha en que fue cumplimentado por el Cabildo septense. Lo acompañaban tres sacerdotes: don Vicente Ferrer García, su secretario particular y prebendado de la catedral hispalense, y los hermanos Gabriel y Juan Montero, quizás criados<sup>823</sup>. Camino que siguieron entre otros su compañero el canónigo Rivero<sup>824</sup>, ex secretario de la Junta Central, o representantes de instituciones como el Tribunal de la Inquisición sevillano. También numerosos aristócratas como los duques de Medinaceli<sup>825</sup>, Abrantes o Montemar, padre político del de Medinaceli; los marqueses de Ariza y Villanueva del Duero; los condes de Miranda, Villariezo, Corres, Valdelagrana, y de la Puebla; y antiguos miembros de la Central como el marqués de

---

<sup>820</sup> Aunque finalmente el nombramiento de Chaves no fue confirmado a la llegada del monarca y el elegido para aquella dignidad sería el obispo de Orihuela Francisco Antonio Cebrián y Valdá, promovido en 1815 tras la renuncia del afrancesado Arce, quien había sido sustituido por decreto de 23 de marzo de 1808 por don Pedro de Silva, y a la muerte de este en 1810 por el juez de la Real Capilla don Miguel Oliván: De la Fuente, *Historia eclesiástica de España*, opus cit., III, 543.

<sup>821</sup> Suárez: *El proceso de convocatoria a Cortes*, opus cit., 444.

<sup>822</sup> José Luis Gómez Barceló: "San Juan de Dios. Su estancia en Ceuta", en actas del *Simposio Religiosidad popular en España*, celebrado en San Lorenzo del Escorial del 1-4 de septiembre de 1997, edita Real Centro Universitario María Cristina, págs. 557-580, 570.

<sup>823</sup> Carlos Posac Mon: "Ceuta baluarte de España en la Guerra de la Independencia", separata de *La Guerra de la Independencia: estudios*, vol. I, José Antonio Armillas (coord.), Zaragoza, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2001, págs. 535-548, 546. Ver: Archivo Diocesano de Ceuta (ADCE), Sección *Varios*, año 1810.

<sup>824</sup> Suárez: *El proceso de convocatoria a Cortes*, opus cit., 435.

<sup>825</sup> El arzobispo se encargaría de administrar el bautismo a una de sus hijas nacida en aquella plaza, nombrada precisamente María de África: Posac, opus cit., 544.

Astorga y el ex ministro y ex regente Saavedra, quien estuvo en aquella plaza desde el 3 de enero de 1811 al 4 de noviembre de 1812. Y donde en sus propias palabras pasó “los días más tranquilos de su vida”. Allí permanecerán hasta la retirada de los franceses de Andalucía<sup>826</sup>, una orden de la nueva Regencia de fecha 17 de diciembre de 1810 así lo había dispuesto<sup>827</sup>.

La plaza estaba libre de cualquier peligro gracias al dominio inglés de los mares, y la medida evitaba posibles injerencias de estos en las disposiciones tomadas por el nuevo gobierno, escarmentado del ejemplo sufrido por la Junta Central durante su gobierno. Por desgracia existe poca documentación relativa a esta estancia<sup>828</sup>, lo que nos lleva a especular el diario acontecer del arzobispo. Aunque por el proceso consistorial llevado a cabo en 1814 al objeto de confirmar su promoción al obispado de Cádiz, sabemos que durante su estancia en aquella ciudad “ejercitó toda la función pontifical, antes y después de la muerte de su obispo”<sup>829</sup>. Como principal prelado allí refugiado, a la muerte del obispo de aquella diócesis fray Domingo de Benaocaz el 17 de diciembre de 1811 presidió su entierro, siendo invitado por el Cabildo septense a presidir y officiar las principales solemnidades religiosas desde entonces. El cabildo le consultaba su parecer en todos los asuntos importantes, e incluso llegó a ofrecerle el gobierno de la diócesis, que Vera y Delgado, de un extremado legalismo siempre declinó<sup>830</sup>, por lo que fue designado para hacerse cargo del gobierno diocesano el vicario capitular Bartolomé Viegas. En Ceuta en el mismo año 1810 acató la legitimidad de las Cortes constituidas, efectuando igualmente, aunque de manera epistolar, su juramento de fidelidad al pontífice y a los principales misterios y dogmas de la Iglesia Católica con fecha 18 de

---

<sup>826</sup> Ibid, 546.

<sup>827</sup> Moreno Alonso: *Memorias inéditas de un ministro ilustrado*, opus cit., 235.

<sup>828</sup> Ver los interesantes trabajos ya citados de don José Luis Gómez Barceló y don Carlos Posac sobre la historia de Ceuta en aquellos días, que tan gentilmente me fueron aportados por el primero.

<sup>829</sup> Archivo Secreto Vaticano (ASV), Sección *Procesos Consistoriales*, leg. 211.

<sup>830</sup> Gómez Barceló: “El obispado de Ceuta en los siglos XIX y XX”, IV Jornadas de Historia de Ceuta, Ceuta, 2001. Actas: *Ceuta en los siglos XIX y XX*, Ceuta, 2004, págs. 113-152, 120.

En atención a haber presidido los funerales, el cabildo septense quiso obsequiar al prelado sevillano con el pectoral del obispo fallecido, que al parecer no aceptó, quizás por el simbolismo que ello implicaba en lo tocante a la aceptación del ofrecimiento recibido de hacerse cargo de la diócesis.

septiembre<sup>831</sup>, juramento realizado ante el obispo Benaocaz de orden del nuncio Gravina.

Durante esta estancia, se le requirió su parecer por parte de la Regencia en diferentes asuntos políticos:

“...se retiró a la plaza de Ceuta, en donde desempeñó también con el mayor tino varios y espinosos asuntos pertenecientes al gobierno del reino y régimen de la Santa Iglesia de Sevilla...”<sup>832</sup>

Entre estos asuntos sabemos que estuvo la petición de la Regencia a los consejeros de Estado para que dictaminasen sobre la manera en que finalmente debía llevarse a cabo la convocatoria a Cortes, a la que se veía obligada desde su propia constitución. Sin embargo la distancia le impidió participar en las deliberaciones, siendo Laodicea y el marqués de Vilhel los únicos ausentes en la reunión del 1 de agosto de 1810<sup>833</sup>. También participaría junto a García de la Torre, Cevallos e Ibar, en la comisión que se formó para estudiar la posible derogación del monopolio comercial con las Américas en favor de un mayor libre comercio, que finalmente dictaminó que si bien el comercio exclusivo se justificaba por el derecho de conquista, debía aceptarse su anulación por ser incompatible con los principios liberalizadores de la Constitución, e incluso los enunciados por Adam Smith. Dicha exclusividad, sostenían, resultaba incompatible con la prosperidad pública, pues el monopolio que se justificaría en todo caso si aún la industria española se encontrase en estado de abastecer aquel mercado, no lo estaba, debido al lamentable estado en que se encontraba la actividad productiva a consecuencia de la guerra<sup>834</sup>.

Tras la disolución de la Junta Central, y sin poder percibir las rentas que como coadministrador le correspondían por estar aun ocupado buena parte del Arzobispado de Sevilla por los franceses, decidió juntamente con su compañero Rivero solicitar de la Regencia algún subsidio para mantener una digna subsistencia. Pues tampoco recibía

---

<sup>831</sup> Según refiere el *Diario de Sesiones* lo haría tras el cardenal Borbón y el obispo de Ceuta. Ver Manuel Morán Ortí: *Revolución y reforma religiosa en las Cortes de Cádiz*, Madrid, Actas, 1994, pág. 14. Para el juramento de fidelidad al pontífice ver Archivo Diocesano de Ceuta (ADCE), Sección *Secretaría de Cámara*, Despachos, leg. 602, doc. 22: Juramento del arzobispo de Laodicea.

<sup>832</sup> Necrológica en *Gaceta de Madrid*, 21 de enero de 1819, págs. 74-75.

<sup>833</sup> Suárez: *El proceso de convocatoria a Cortes*, opus cit., 477.

<sup>834</sup> Alonso Garcés: “Ideas y pensamiento...”, opus cit., 49.



los que le hubieran correspondido como consejero de Estado, cuyo nombramiento aun no se había hecho efectivo. Atendida la petición por las Cortes en la sesión del 12 de septiembre de 1811, se acordó asignar a Ribero una pensión de 12.000 reales, y a Vera otra de 20.000, extraída esta última, de las rentas y bienes del Arzobispado que estuvieran situados en territorio ya liberado<sup>835</sup>.

Tiempo después el arzobispo volvería a enviar una nueva representación, esta con fecha 9 de febrero de 1813, en la que solicitaba se hiciera por fin efectivo su nombramiento. Petición que la secretaría del Despacho de Gracia y Justicia por fin atendió con fecha 4 de marzo de ese año<sup>836</sup>, y pasó a las Cortes para su aprobación, que fue publicada en el *Diario de Sesiones* de fecha 19 de marzo, primer aniversario de la Constitución.

Mientras, los franceses evacuaban por fin Sevilla el 27 de agosto de 1812, tras someterla a un atroz expolio, y al día siguiente, viernes 28, las tropas españolas comandadas por el mariscal don Juan de la Cruz Mourgeon entraban en la ciudad por el Puente de Triana<sup>837</sup>. Poco a poco regresarían de manera progresiva buena parte de los exiliados, sustituidos ahora por los afrancesados. Vera y Delgado, aun arzobispo-coadministrador de Sevilla, regresaría en noviembre de ese mismo 1812, en que substituyó sin la menor incidencia al hasta entonces obispo-gobernador Muñoz y Benavente, que se había ocupado del cuidado pastoral de los sevillanos durante el periodo de ocupación. El arzobispo impuesto por los franceses por decreto del rey José de fecha 13 de mayo de 1810, fray Miguel de Santander<sup>838</sup>, ni siquiera llegó a tomar posesión de la mitra, y siguió el cortejo del rey intruso. Fallecería exiliado en Francia años más tarde. Junto a Laodicea sería confirmado igualmente como provisor y vicario general el doctor don Joaquín María de Torres, mientras que la secretaría de Cámara en Sevilla la ocuparía el doctor don Rafael Isidoro de Ervias.

---

<sup>835</sup> Lorenzo Villanueva: *Mi viaje a las Cortes*, opus cit., 280.

<sup>836</sup> Archivo del Congreso de los Diputados (ACONDIP): Serie General, legajo 11, número 10.

<sup>837</sup> El cabildo catedral en sesión extraordinaria del mismo día acordó el nombramiento de una diputación que se encargara de recibir y presentar respetos a la nueva autoridad. AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC núm. 175, año 1812, fol. 49 v.

<sup>838</sup> Este ya había sido promovido a obispo de Huesca por los franceses. Moreno Alonso: "Sevilla de la Ilustración al Liberalismo", opus cit., 633.

Realmente, como señala el profesor Moreno Alonso en su *Sevilla napoleónica*, la falta de documentación, que hemos comprobado, por pérdida, destrucción o traslado de esta junto a la comitiva francesa durante la evacuación<sup>839</sup> del ejército invasor, es el principal motivo de la escasez de obras sobre ese periodo concreto de la ciudad. Por lo que se hace difícil conocer con verdadero rigor todos los detalles, ceñidos en buena parte al relato de cronistas más o menos contemporáneos, como González de León por ejemplo, algunos viajeros curiosos, o a la documentación generada por la nueva administración fernandina, como los importantes procesos de depuración, realizados a los acusados de colaborar con el invasor.

Precisamente Saavedra<sup>840</sup> nos relata en sus memorias que a su vuelta a Sevilla el 12 de febrero de 1813, una de las primeras visitas que efectuaría sería como era de rigor en un personaje de relevancia al Coadministrador, quien le pondría al corriente de todos los horrores vividos por la población durante la ocupación francesa. De hecho el año anterior, 1812, año de la liberación, fue un auténtico “año del hambre” que se mostró como el peor desde el comienzo de la guerra, agravando el estado de carestía general que se padecía en la ciudad desde el caluroso verano de 1811<sup>841</sup>.

En cuanto al estado en que se encontraba la Iglesia sevillana tras la retirada de los franceses, no era mejor que el de la población, resultando realmente desolador. Buena parte del patrimonio artístico había sido expoliado y saqueado por el invasor, y las medidas desamortizadoras y exclaustadoras<sup>842</sup> del gobierno josefino habían expulsado al clero regular de sus conventos, que habían caído en muchas ocasiones víctima del abandono y el pillaje dedicados a establos, almacenes o cuarteles (p.ej. los conventos de San Jacinto, San Francisco Casa Grande o Santo Tomás). Ni siquiera el palacio arzobispal se había librado de la ocupación, puesto que precisamente en él había instalado su pequeña corte el amo de Andalucía, el mariscal Soult. Con lo que ello conllevaba en la pérdida y desorganización de la documentación custodiada en las diferentes oficinas que componían la curia arzobispal. Desorganización que aun hoy

---

<sup>839</sup> El mismo corregidor Goyeneta a la salida de los franceses de la ciudad decidió organizar una comisión que reuniese cualquier tipo de documentación generada por la administración ocupante. AMS, Sección VII, LEC (S. XIX), 2ª Escribanía, día 9 de septiembre de 1812, fol. 228v.

<sup>840</sup> Moreno Alonso: *Memorias inéditas de un ministro ilustrado*, opus cit., 244.

<sup>841</sup> Ibid, *Sevilla napoleónica*, opus cit., 238.

<sup>842</sup> Contempladas en el Decreto de 18 de agosto de 1809. De la Fuente, III, opus cit., 464.

puede observarse sin profundizar demasiado, al consultar por ejemplo los índices matrimoniales custodiados en el archivo diocesano, los cuales paran bruscamente en el año 1800, y no se vuelven a confeccionar nuevamente hasta 1830 al menos.

Iglesias significativas como las de la Magdalena o Santa Cruz; conventos como los de San Benito, Santo Tomás, Valle, Santas Justa y Rufina, Carmen, la Victoria o de la Encarnación habían caído bajo la piqueta del reformismo urbanístico patrocinado por el rey José. Otros, no menos significativos, como los de la Merced Calzada, San Laureano o el mismísimo de San Francisco Casa Grande, sufrirían tal estado de devastación que ya nunca volverían a recuperar su antiguo esplendor. A esto hay que sumar la pérdida de una parte significativa del elemento humano, perseguido o exiliado, y en precarias condiciones para su sustento. La reforma de los regulares cuando no su extinción, había sido uno de los proyectos estrella llevadas a cabo por la administración francesa en España, suprimiendo mediante los decretos de fecha, 19 y 21 de agosto de 1809<sup>843</sup> todas las órdenes regulares en España, a cuyos frailes se les impedía predicar, decir misa o confesar.

Junto a la reforma de los regulares, en realidad una extinción gradual disfrazada, el nuevo Plan de Curatos había sido una de las medidas más importantes puesta en práctica por los franceses en materia religiosa. El proyecto, había distribuido de una manera más equitativa el abultado número de clérigos entre una población aproximadamente de 12.500 vecinos a efectos fiscales (unas 80.000 almas), con lo que se asignaba para cada una de las 26 parroquias existentes la cifra de 480 almas<sup>844</sup>.

Ahora sin embargo, la tarea principal del arzobispo tras su vuelta a Sevilla, como luego a su partida para Cádiz en 1815, la constituiría la de la reorganización y la reconstrucción. Pero junto a esto, la vida de la Iglesia sevillana giraría también en torno a diversos acontecimientos principales:

- a) La restauración del absolutismo y los procesos de depuración a los elementos afrancesados o liberales.

---

<sup>843</sup> Fue el prefecto Azanza quien a finales de febrero de 1810 haría público el plan con que debía procederse a la extinción de las órdenes y consiguiente secuestro de sus bienes, quedando “según aptitud, mérito y conducta” empleados junto al resto del clero secular en los diferentes curatos, dignidades o beneficios. Ver *Plan o Método con que debe procederse a la extinción de los frailes y secuestro de sus bienes*, Sevilla, 26 de febrero de 1810. Existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional de España.

<sup>844</sup> Moreno Alonso: *Sevilla napoleónica*, 264.

- b) La devolución o reposición del clero regular a sus conventos y propiedades (25 de mayo de 1814) tras la desamortización josefina, y que la Regencia había pretendido congelar impidiendo o limitando las reocupaciones.
- c) La disolución primero y posterior restauración del tribunal de la Inquisición en sus funciones (27 de julio de 1814), el retorno de la disuelta Compañía de Jesús, restablecida también ese año, y los conflictos generados con otras órdenes que mantenían ocupadas sus antiguas propiedades.

Será entre 1814 y 1815 cuando las devoluciones y reocupaciones conventuales alcanzarán su más alto grado<sup>845</sup>.

- d) La reorganización de la curia y el inventariado de los destrozos y pérdidas patrimoniales ocasionadas por la ocupación.

Las Cortes, que en una instrucción de agosto de 1812 habían decretado el secuestro provisional de los bienes de los conventos, chocaron pronto con las disposiciones de una Regencia conservadora que autorizó sin permiso de estas algunas entregas entre diciembre de 1812 y enero de 1813. Para evitar esto, el legislativo reaccionó fijando unos requisitos necesarios para validar las devoluciones (decreto de 18 de febrero de 1813<sup>846</sup>): contar cada comunidad con al menos doce religiosos, habitabilidad del edificio, y un solo restablecimiento por orden en cada localidad. Aunque la entrega no implicaba en principio la restitución en la propiedad. Con la elección de una nueva Regencia más liberal, que presidió el cardenal Borbón, los desencuentros aumentaron aún más pues prácticamente todos los conventos entregados no cumplían los requisitos requeridos, y arrebatárselos por la fuerza solo conseguiría reforzar los argumentos de los ultraconservadores que denunciaban la persecución contra la Iglesia por parte de los liberales, determinándose de momento que los frailes quedaran en los conventos devueltos, y se suspendiesen las entregas hasta nueva orden. Mientras, el ejecutivo encomendaba en lo tocante a Sevilla al intendente Flórez Estrada

---

<sup>845</sup> Del mismo autor: "Sevilla de la Ilustración al Liberalismo", 645.

<sup>846</sup> *Colección de Decretos y órdenes que han expedido las Cortes generales y extraordinarias*, tomo III, Cádiz, 1813, Decreto núm. CCXXII de 18 de febrero de 1813: "Providencias interinas sobre el restablecimiento de algunas casas religiosas permitido por el Gobierno"; y CCLXXXVII, de 26 de agosto de 1813: "Sobre el restablecimiento de algunos conventos y dotación de sus individuos".

que buscara la mediación del coadministrador, puente entre los conservadores y el gobierno a través de su relación con el cardenal. Sin embargo la inflexibilidad por ambas partes hizo cualquier mediación imposible, pues los frailes exigieron la devolución incondicional de todos los conventos, con la reposición de sus perdidos privilegios, y Flórez amenazó con desalojarlos, renunciando Vera, poco amigo de disputas estériles y problemas a su mediación en el envenenado asunto.

Otro problema no menos peliagudo, consistió en la resistencia de buena parte del clero a acatar el histórico decreto de las Cortes que abolía el tribunal de la Inquisición, predicando acaloradamente desde los púlpitos contra esta medida y achacando al Legislativo carecer de facultad para ello. Aunque la Regencia había colocado a su cabeza al cardenal Borbón con la esperanza de tranquilizar las resistencias de los más conservadores hacia sus decisiones, nada se conseguiría, iniciándose por estos días la funesta división ideológica que ha marcado buena parte de la vida política española de los siglos XIX y XX. Así por ejemplo, en una carta que Borbón envía a Laodicea a través de su secretario Tomás, este advertía de los peligros que el abuso que comentían determinados predicadores “especialmente regulares” desde el púlpito: “acalorando à los fieles, i excitando animosidades contra personas determinadas a quienes llaman liberales”, como protesta por los debates que se llevaban a cabo esos días en las Cortes para suprimir la Inquisición, podrían conllevar “perniciosas” consecuencias, tales como “motines” y otras “disensiones”, previniéndole retirase las licencias para ello “à qualquiera sacerdote qe haga tal abuso”, o les advierta “con toda severidad” en caso de reincidir, procediendo a “lo que haia lugar” con arreglo a derecho<sup>847</sup>.

Para asegurarse el cumplimiento de los cabildos más presumiblemente reticentes a obedecer, como los de Sevilla, Málaga o Cádiz, se recabó mediante un oficio de fecha 11 de marzo de 1813 la remisión de cualquier acuerdo, acta o correspondencia en las que se desobedeciese la orden de publicar el manifiesto sobre la abolición del Santo Tribunal<sup>848</sup>, asunto que quedó aún más enmarañado con la orden comunicada el día 13 que exigía la obligada lectura del polémico decreto en tres días festivos en todas las parroquias de la monarquía, algo que fue visto por los disconformes como una verdadera e innecesaria humillación.

---

<sup>847</sup> Carta de Nicasio Tomás a Vera y Delgado de fecha 26 de enero de 1813, en ADC, *Fondo Doceañista*, leg. 1

<sup>848</sup> Lorenzo Villanueva, opus cit., 492.

El oficio, que Vera acató sin rechistar, y pasó al cabildo para su cumplimiento en los oficios catedralicios, iglesias dependientes de su jurisdicción, y resto de parroquias y capillas de la diócesis, tuvo sin embargo escasa acogida, y de nada sirvió tampoco la pastoral que el cardenal Borbón publicó a principios de año advirtiendo a su rebaño sobre aquellos que propalaban la insumisión a las legítimas autoridades: “quien aconseja la rebelión contra la legítima potestad siempre aconseja un pecado”<sup>849</sup>. La orden de abolición del Santo Tribunal fue acatada a regañadientes por los conservadores, y su lectura obligada causó no pocas discrepancias y desobediencias por todo el arzobispado al considerarse una humillación innecesaria, acordando el propio cabildo, muy poco dispuesto a cumplirla, que su Diputación de Negocios fuera la que comunicase al prelado las graves dificultades que se encontraban para ejecutarla<sup>850</sup>. De hecho, y en previsión de todos estos inconvenientes, el propio cardenal había enviado a Vera a través de su secretario Tomás, instrucciones precisas para garantizar la lectura, “castigando severamente à qualquiera qe tenga la osadía de resistirlo”, aconsejando que fuesen en caso necesario notarios eclesiásticos los que la realizasen por sí mismos, o si dejase el encargo en manos de los párrocos destinase “personas de confianza” que de manera reservada asistiesen a las lecturas en las parroquias que se estimase convenientes, pues según relata en la carta: “tiene noticia de que algun Parroco de esa Ciudad cometió el desacato de leer entre dientes la exortacion de S.Em.<sup>a</sup>, i puede temerse igual atentado en el caso presente”. Y no se equivocaba, pues en una nueva carta, esta de fecha 30 de marzo, Tomás apelaba a la “prudente suavidad” que caracterizaba a Vera para que intentase atraerse al cabildo a la total obediencia, pues había llegado a devolver incluso los ejemplares enviados por el cardenal, llevándolos al buen camino del que se había apartado más por “inconsideracion i noticias equivocadas qe por falta de respeto à su Prelado”, según estimaba el propio Tomás en la misiva<sup>851</sup>.

Por otra carta de Tomás en contestación a una de Vera podemos apreciar el ambiente hostil hacia las Cortes y el gobierno de la Regencia, acusadas por los elementos más reacios de poner en peligro la fe del pueblo y querer “quitarles la religión” con sus controvertidas medidas, desacreditándolas desde los púlpitos y

---

<sup>849</sup> *Exhortación pastoral del Cardenal Borbón, arzobispo de Toledo y administrador de Sevilla a todos los fieles de los dos arzobispados*, Cádiz, Imprenta Tormentaria, 3 de enero de 1813. Existe un ejemplar en AGAS, BCC, *Impresos*: 63/3/34.

<sup>850</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC núm. 176, fecha 13 de marzo de 1813, fol. 25.

<sup>851</sup> Cartas de 8 y 30 de marzo de 1813 de Nicasio Tomás a Vera y Delgado. ADC, *Fondo Doceañista*, leg. 1.

fomentando en ellos la “desconfianza y el odio” hacia ellas. Tomás refería esta vez otros nuevos casos que habían llegado a oídos del cardenal, el de un sacerdote que el domingo anterior a la fecha predicó en la propia catedral a los fieles palabras tales como: “conservad la Fe qe intentan arrancarnos”; otro que en el mismo templo durante el primer Domingo de Cuaresma habló de “liberales y serviles”, refiriéndose a los primeros como ateos; o incluso uno que por el contrario calificaba a Jesús y a la Virgen como “los primeros liberales”. “No me queda duda qe es gran imprudencia tratar estas materias en el púlpito” denunciaba el secretario, pues conformaban una peligrosa atmósfera hostil del pueblo hacia sus órganos legítimos de gobierno, admitiendo la necesidad de observar la mayor “delicadeza” en la corrección de dichos clérigos, pues era tal el estado de opinión creado en la ciudad – por Sevilla – que de actuar de manera tajante esto aseguraría aún más entre los fieles la “errada” opinión de que el gobierno quería “quitarles la Religión”. Desde luego Tomás en nombre del cardenal negaba todo esto, mostrándose muy preocupados por la “desconfianza y el odio” generados hacia las autoridades, que fomentaban opiniones “sediciosas” y de “insubordinación” a la legítima autoridad, algo que era considerado grave pecado mortal, confiando ambos en esa “suave prudencia” de Vera como negociador y su conocimiento de clero hispalense para así solucionar tan peliagudo problema:

“V. Ex.<sup>a</sup> tiene mas conocimiento del estado de esa Ciudad qe nosotros, i todo el celo i prudencia necesario para aplicar el remedio conveniente, i esto tranquiliza à S. Em.<sup>a</sup> i dispone qe se le comuniquen las noticias qe llegan aquí en la confianza de qe les dará el valor qe en si tengan” (Cádiz 3 de abril de 1813)<sup>852</sup>.

Así, el capítulo catedralicio gaditano por acuerdo de 4 de marzo se negaba en redondo a leerlo, calificando el acto como “ageno de su decoro y santidad”, recabando de los de Sevilla, Málaga, Jaén o Córdoba la posición que estos tomarían, así como la del nuncio y los obispos residentes en la ciudad, que eran los de Calahorra, Plasencia, Sigüenza, Albarracín, y el obispo-prior de San Marcos de León, sobre cómo impedirlo, elevando una representación a las Cortes el 6 de marzo de 1813<sup>853</sup>. Laodicea no fue consultado por estos elementos, probablemente por su mediatizada autonomía respecto a Borbón, pero sí tendría en cambio que aportar por orden de la Regencia toda su

---

<sup>852</sup> Ibid, Carta de 3 de abril de 1813.

<sup>853</sup> Villapadierna: *El conflicto...*, 283.

correspondencia<sup>854</sup> con el nuncio Gravina, que finalmente fue expulsado del reino por criticar abiertamente la política eclesiástica desarrollada por el legislativo y el gobierno, influida según achacaban estos por el círculo jansenista que rodeaba al cardenal Borbón, cuya cabeza era Joaquín Lorenzo Villanueva. Solo la advertencia formal del cardenal a los elementos críticos, y luego la más contundente del ministro Cano Manuel sobre las consecuencias a que se exponían en caso de mantener su rebeldía, procuraron que el decreto acabara leyéndose finalmente en las iglesias gaditanas el día 14 de marzo de 1813, ejemplo que imitaron ese mismo día las de Córdoba, Málaga y Jaén. El cabildo catedralicio sevillano sin embargo se resistía aún, y lo impedía a su vez en las parroquias que dependían de su jurisdicción, debiendo ser el coadministrador Vera quien por orden directa de Borbón tuvo que forzarles a ello amenazándoles con la intervención del alguacil mayor de la Dignidad Arzobispal, es decir con encarcelarlos. Este episodio es referido por Morales Gallego, confidente del cardenal en el cabildo, a Nicasio Tomás, su secretario en Toledo, días más tarde:

“Hubo algunos curas resueltos a no cumplir las órdenes, y aun llegó el caso de citar junta general para tratar el punto, mas lo entendió oportunamente el Coadministrador y llamando a los dos que encendían el fuego, les mandó desistir y obedecer, amenazándoles en caso de obstinación...”<sup>855</sup>.

Como era de esperar se sucedieron todo tipo de reacciones a la forzada lectura, desde fieles que abandonaban las iglesias para no oírlo, a curas que se resistían a oficiar la misa para no tener que realizar la lectura ellos, y aunque parece que no pocos se mostraban satisfechos por la medida, lo cierto es que la hoguera no se apagaría ni mucho menos, pues como veremos para el día de San Fernando el asunto aún coleaba, no cesando las protestas hasta la reposición del tribunal unos meses más tarde. Mientras, Laodicea, escrupuloso cumplidor de las órdenes recibidas, escribía a Nicasio Tomás el 1 de junio de 1813<sup>856</sup> sobre un curioso incidente ocurrido durante la celebración de la festividad de San Fernando:

“Siempre se ha celebrado en esta St<sup>a</sup> Yglesia el día de San Fernando con el mayor aparato y solemnidad posible, para cuyo sermón se ha hecho elección de uno de los Predicadores mas

---

<sup>854</sup> Ibid, 286. Junto a Laodicea tendrían que entregar cualquier correspondencia que tuvieran con Gravina el obispo de Jaén y los gobernadores eclesiásticos de Córdoba y Granada (16 de marzo de 1813).

<sup>855</sup> Rodríguez López-Brea: *Don Luis de Borbón...*, págs. 226-227. Sobre informes de Vera y Delgado al Cardenal Borbón y de Morales Gallego a Tomás, 16 de marzo de 1813.

<sup>856</sup> AGDAT, *Pontificados*, Borbón-Sevilla, leg. s.n.: Carta que gentilmente nos ha cedido don Carlos Rodríguez López-Brea.



conocidos y de mayor confianza, en cuyo concepto se convidó este año por esta Secretaría de Cámara al P. D. Gregorio Rodríguez, Basilio, sugeto de talento, ciencia y juicio; después de cuyo convite trató la Junta Superior Provincial y Ayuntamiento Constitucional de cumplir el Decreto de S.M. las Cortes generales y extraordinarias por el que mandan que todos los años se celebre en todas las Yglesias del Reyno dha función con la mayor pompa, y asistencia de dhos Cuerpos, quienes convidaron a todos los demás de esta Ciudad, y a mi para q<sup>e</sup> celebrase de Pontifical; efectivamente así se hizo todo, y el concurso de gentes a la función fue tan numeroso, que puede asegurarse nunca haver sido mayor, pero con la desgracia de que el Predicador faltando a sus deberes, entusiasmado y no sé si diga ido enteramente de la Cabeza, estuvo tan extraviado en conceptos, tono, y acciones que acivará a todos la satisfacción con que nos havíamos unido a celebrar la enunciado fiesta nacional en memoria de ntras. Sta. Revolución, y restauración de ntra. libertad con la desgracia de que no solo estuvo machacandonos todo el tiempo que tiene de tabla el Sermón de esta dpia, que es el de tres quartos de hora, sino que continuó hasta casi completar la hora, por haver tenido la inconsideración de concederle ese tiempo mas el Presidente del cabildo, que fue el Tesorero, quando antes de empezar el sermón le pidió el Predicador le diese algunos minutos mas de tiempo, que el que le estaba concedido.

#### Continuaba Vera...

Pero por fin concluyó haviendose divertido con la Abeja, con el Tribuno que estaba presente aunque no lo mentó, y con todos los papeles y Periódicos del día, emboviendo también algunas de las máximas sancionadas por las Cortes, que aunque no expresó en dichos términos, si desde luego todos entendieron ser flechadas sus proposiciones contra lo mandado en punto de Diezmos, de Frayles, Ynquisición, y libertad de Ymprenta, empeñado en hacer ver en la 1<sup>a</sup> parte de su sermón que S<sup>n</sup> Fernando havia venido para remediar en su tiempo la heregía y el Mahometanismo, y en su segunda, que Fernando 7<sup>o</sup> hará lo mismo quando vuelva, y que entonces lo compondrá todo: cuyo sermón ha sido sumamente celebrado por la gente común, y por muchos que no lo son, pero que piensan ellos.

Con cuyo motivo luego que regresé de la Yglesia a Palacio dí orden al S<sup>or</sup> Secretario para que inmediatamente le recogiese a dho P<sup>e</sup> las Licencias de Predicar y pasé al S<sup>or</sup> Provisor el Oficio, cuya copia acompaño con el número 1<sup>o</sup>, al que me contextó según resulta del suyo original, que también acompaño con el número 2<sup>o</sup> y al día siguiente me dirigió este Juez Político el que también remito a V.S. con el número 3<sup>o</sup>, de cuya contextación es copia, la que ba adjunta con el número 4<sup>o</sup> para que elevandolo V.S. todo a la Sup.<sup>or</sup> Noticia de S. Em<sup>a</sup> el Cardenal Arzobpo. mi S.<sup>or</sup> nada le coja de nuevo de que viere sobre este particular y tenga yo la satisfacción de que S. Em<sup>a</sup> quede entendido de q<sup>e</sup> por mi parte nada me ha quedado que hacer, ni quedará hasta que este punto quede enteramente concluido en los términos que se merece el respeto, y veneración debida a los Soberanos Decretos, escarmentado este imprudente repeticiones de semejantes excesos en el egemplar que en él se hiciese en vista de lo que de su causa resultare”.

Esta rebeldía del cabildo sevillano, y de buena parte del clero, para ejecutar las disposiciones de las Cortes, no pararía únicamente con el mencionado decreto de abolición de la Inquisición – publicado por las Cortes el 22 de febrero de 1813 –, numerosos clérigos disconformes con la política eclesiástica gubernamental utilizaron los púlpitos para elevar sus críticas ante el pueblo. Una de estas fue pronunciada ante el mismísimo gobernador Manuel Francisco de Jáuregui, por lo que protestaría enérgicamente ante el coadministrador Vera, exigiéndole impusiera orden entre los clérigos, alegando que: “Si no se atajan los males que son de temer, ¿qué sucederá? Vendrán nuevas convulsiones, inobediencia a los que mandan, muertes, anarquía, y la pérdida de la Patria y la Religión que se aparenta defender”. Finalizaba la misiva pidiéndose cesaran dichas discrepancias públicas: “suplico a Vuestra Excelencia tenga a bien, con su celo pastoral, excitar a los señores eclesiásticos a la obediencia y sumisión al legítimo gobierno, al desprendimiento de los bienes de este mundo y, en fin, al cumplimiento de los deberes que nos imponen a todos nuestra Patria y nuestra Santa Religión, obligándoles por todos los medios que estén en vuestras manos al desempeño de sus sagradas funciones y a que no insistan en su audaz empeño de trastornar al Estado”<sup>857</sup>. No sabemos exactamente con qué tipo de medidas disciplinarias amenazaría imponerles el arzobispo a los díscolos clérigos, probablemente la retirada de las licencias para predicar, o incluso el encarcelamiento inmediato en la pequeña prisión arzobispal – suponemos que tendrían presente el caso del vicario capitular gaditano y otros capitulares más encausados por esto mismo – pero lo cierto es que surtieron bastante efecto, pues como el gobernador reconocía muy poco después: “No puedo menos que elogiar la caridad evangélica con que el señor Arzobispo procuró inmediatamente poner remedio a males de tanta consideración y trascendencia. Ojalá todos los fieles conocieran la obligación estrecha en que se hallan de avisar a su prelado y darle noticia de cualquier exceso de esta clase cometido por ignorancia o malicia, pues S.E. mal podrá corregir defectos de que no tenga conocimiento”<sup>858</sup>.

El propio cardenal Borbón, a través de su secretario Nicasio Tomás, advertía de manera contundente en una carta de fecha 11 de junio de este año conservada entre los

---

<sup>857</sup> Copia de la carta de Jáuregui se conserva entre los papeles del arzobispo coadministrador en ADC, *Fondo Doceañista*, Obispo Vera y Delgado, leg. 1.

<sup>858</sup> *Ibidem*.

papeles del coadministrador en el Archivo Diocesano de Cádiz<sup>859</sup>, sobre la salida que tenían los clérigos disconformes, apuntando clarísimamente a uno de sus cabecillas, el propio secretario de Cámara en Sevilla Juan Antonio Urizar. En la carta se manifestaba el disgusto del prelado por las noticias que le llegaban sobre la “poca conformidad” que aquel manifestaba con las disposiciones oficiales, acusándolo de trabajar de manera indirecta “cuanto podía” al servicio del “Partido acalorado de los enemigos del Gobierno”, además de participar en “juntas clandestinas” contra este. En la misiva Tomás solicitaba de Vera que indagase “con la mayor reserva” sobre la veracidad o no de todas esas noticias que llegaban del comportamiento del capitular, reprendiéndolo si fuera necesario o conminándolo a presentarse ante el propio cardenal Borbón, señalando en la carta de forma drástica la salida que todos estos clérigos disconformes tenían:

“S. Emâ. No quiere violentar las opiniones de los Familiares qe le sirven, pero tampoco quiere qe se comprometa su respeto i su Dignidad por las opiniones de ellos: Tienen un medio mui facil de conciliarlo todo renunciando sus destinos”.

Sin embargo, no parece que Urizar hiciera mucho caso de las advertencias que se le hacían en la carta anterior, puen en otra enviada el 10 de agosto a Vera por parte de Tomás, este mismo se lamentaba nuevamente de las noticias que le llegaban del capitular, quien se había empeñado “en mortificar à S. Em.<sup>a</sup>”, acusándolo ahora de enviar a la zona de Paradas y El Condado religiosos contrarios al Gobierno con motivo de las elecciones a parroquias y partido que se iban a celebrar pronto. De nuevo pues se pedía al coadministrador que hiciese las pesquisas necesarias para confirmar o no si dichos rumores eran ciertos, con lo que el cardenal tendría la seguridad y “la certeza” necesarias para tomar la resolución que más conviniese al caso del díscolo capitular<sup>860</sup>.

A los pocos meses de todo esto, y esta vez a santo del patronazgo instituido por las Cortes en Santa Teresa de Jesús sobre la nación, el coadministrador se veía obligado a informar de nuevo en una carta fechada el 22 de octubre del citado año al secretario del cardenal, esta vez sobre las nuevas resistencias que el cabildo observaba respecto a la celebración de dicho patronazgo tal y como el legislativo había determinado, resistencia que imitaron de inmediato el resto de templos de la ciudad:

---

<sup>859</sup> Ibid: Carta de 11 de junio de 1813 de Tomás a Vera.

<sup>860</sup> Ibid: Carta de los mismos de 10 de agosto de dicho año.

“Como V. no ha dicho nada en vista de las ocurrencias que aquí ha havido sobre la celebración del Patronato de Sta. Teresa de Jesús y la falta de cumplimiento de este Cabildo al Decreto de S. Em<sup>a</sup> además de no haverse celebrado en la Catedral la Santa con rito de primera clase, y demás solemnidades con q<sup>e</sup> estaba mandado, en muchas otras Yglesias ha sucedido lo mismo luego q<sup>e</sup> vieron q<sup>e</sup>. la Catedral no lo hacía...”<sup>861</sup>.

El nuevo conflicto se suscitó cuando las Cortes recuperaron el 28 de junio de 1811 el patronato de la Santa sobre España, ordenando su celebración en todos los templos de la Monarquía con rito principal. Sin embargo, el reticente capítulo hispalense se agarraba para apoyarse en su negativa a cumplir lo dispuesto, en que tales disposiciones se fundaban en dos votos que las antiguas Cortes habían emitido en 1617 y 1626 pero luego revocados por un breve de Urbano VIII del año 1630. Laodicea, aunque mero interlocutor entre las partes, desautorizó de manera contundente al cabildo, comunicándoselo a Nicasio Tomás, colaborador del cardenal en Toledo, en un informe que le envió el 28 de enero de 1814 sobre las consecuencias que tales posturas implicaban de desafío por parte del cabildo a la autoridad de las Cortes y del mismo cardenal, que no olvidemos era el titular de la mitra hispalense. En dicho informe, Acisclo invalidaba las argumentaciones expuestas por los capitulares, sobre las que pretendían fundarse, pues dicho decreto no se sustentaba en los votos de aquellas Cortes antiguas, sino en los de las actuales:

“... si el Cabil[do] lo hubiera meditado despreocupadamente hubiera penetrado que substancialmente contiene lo mismo que con tanta extensión se empeña en probar su Diputación de Ceremonias, y SS agregados a ella; pues la expresión de que tenga todo su efecto el Patronato de la santa a favor de las Españas decretado por las Cortes generales y extraordinarias manifiesta clara y terminamente que S. Em<sup>a</sup> y los demás RR Obispos con quienes se havía puesto de acuerdo estimaban tratarse de un Patronato decretado por las dichas Cortes sin hacer mérito para su aprobación y ritualidades y ritualidades decretado por las Cortes de los años de 1617 y 1626 y como que se trataba de un Patronato que no se fundaba de un Patronato que no se fundaba precisamente en los Votos de aquellas Cortes, sino principalmente en los de las extraordinarias del año de 1811 por eso no era necesario sugetarse al decreto de la Congregación de Ritos de 23 de Marzo de 1630 aprobado por los Papas Urbano 8<sup>o</sup> y Alexandro 7<sup>o</sup> pues como en las presentes circunstancias no havía arbitrio para ocurrir a la Suprema Autoridad Pontificia se suplía este defecto con la conformidad de los Prelados de España sabiendo muy bien S. Em<sup>a</sup> ser peculiar de la Autoridad Eclesiástica la prescripción de los ritos del culto público en las festividades de los Santos y que en tales materias no depende la Yglesia del Ymperio, sino todo lo contrario...”.

---

<sup>861</sup> Carta de Vera y Delgado a Nicasio Tomás, 22 de octubre de 1813. AGDAT, *Pontificados*, Borbón-Sevilla, leg. s.n. Cedida gentilmente por don Carlos Rodríguez López-Brea.

Añadiendo luego...

“... por eso S. Emm<sup>a</sup> y los demás RR Obispos solamente trataron de la egecución del dho Patronato como decretado por las Cortes extraordinarias, suponiendo que los demás Prelados e Yglesias vacantes, serían de la misma opinión no habiendo dificultad que obste a la admisión del enunciado Patronato de Sta. Teresa que devió por lo mismo en vista de lo expuesto haverse admitido inmediatamente por este Cabildo, y haver ovedecido son contradicción alguna el Decreto de S. Em<sup>a</sup>...”.

“... Por consiguiente qt<sup>o</sup> se dice por el cabildo contra lo propuesto por la dha Comisión Eclesiástica a las Cortes se deve entender dicho contra estas, y también contra S. Em<sup>a</sup>; contra aquellas por que lo decretaron sin fundamento y con notable ligereza y contra S. Em<sup>a</sup> por haver obedecido un Decreto nulo, contrario a la disciplina de la Yglesia y por haver propasándose además a decretar el rito de dha festividad sin facultades algunas en ningún respecto...”.

Advertía además al cardenal que esta desobediencia no era únicamente exclusiva del cabildo, sino que era seguida también por otros muchos prelados:

“... después del referido decreto de 30 de Mayo se ha visto la discordancia de muchos de los RR Obispos de la Península en la egecución del enunciado Patronato decretado por las Cortes ovedecido por S. Em<sup>a</sup> y algunos otros RR Obispos...”.

Por último le solicitaba que impusiera toda su autoridad contra la impertinente intromisión del cuerpo catedralicio en las facultades reservadas a los prelados:

“... podría entonces S. Em<sup>a</sup> adaptar las demás providencias que estimase convenientes al decoro de su dignidad y desengañar al Cabildo del modo con que cree poder o dever manejarse en los negocios privativos de sus Prelados, aun en los casos en que aquellos estimen haver de procederse por estos con el acuerdo o consejo de los sobredichos...”.

Y es que como advertía el coadministrador los capitulares no se conformaban solo con incumplir el mencionado decreto, sino que pretendían también acordar con el prelado el señalamiento del rito correspondiente a la Santa<sup>862</sup>, algo inaudito, como afirmaba Vera; quejándose además estos que el cardenal hubiera utilizado para comunicar las disposiciones un mismo decreto para sus dos arzobispados:

“...También se manifiesta quejoso el Cabildo por que en el hipótesi de haverse de llevar a efecto el Patronato de Santa Teresa con el señalamiento del rito correspondiente a su festividad dice que S.Ema devió ponerse de acuerdo con él, y no con los RR Obispos en lo que carece de fundamento, pues tratando S.Ema de la aprobación del Patronato de la enunciada Sta. a favor de

---

<sup>862</sup> El señalado era el rito doble de primera clase, con octava, credo en las misas y conmemoración en las fiestas semidobles. Velázquez, opus cit., 160.

las Españas, con nadie devió ponerse de acuerdo sino con los RR Obispos de ella como efectivamente lo realizó y convenidos estos en dho punto no hay textos alguno que exija el acuerdo del Cabildo para el señalamiento del rito...”.

“Finalmente se queja el Cabildo de que en un mismo decreto reune S. Em<sup>a</sup>. la Primada de Toledo y la de Sevilla; queja que no merece consideración y que no debía haverse manifestado directamente a S. Em<sup>a</sup> por no haver motivo alguno de justicia para que deje de hacerlo, si no fuere de su agrado y por lo tanto con qualquier aviso, que particularmente y en términos de atención le hubieran dado a VS como su Secretario sobre el particular hubiera el cabildo merecido más la consideración de S.Em<sup>a</sup>. quando llegare a ofrecerse en adelante algún caso de igual naturaleza que el presente. Juan Acisclo, arzobispo Coadministrador de Sevilla. 28 de Enero de 1814= Nicasio Tomás.”<sup>863</sup>.

Otro acontecimiento señalado en la vida de la diócesis aquellos días fue la promulgación pública de la Constitución en la tarde del 29 de agosto de 1812, que fue jurada días después por todos los cuerpos cívico-religiosos de la ciudad. El día 12 de septiembre lo hicieron los cabildos catedralicio y municipal, el primero en su sala capitular, y el segundo en el ayuntamiento, presidido por el jefe político de la provincia don Manuel Fernando Ruiz del Burgo, tras lo cual se dirigieron en procesión hacia la catedral, al objeto de asistir al Te Deum en acción de gracias. A estos seguirían igualmente los canónigos de la colegial del Salvador, el claustro de la Universidad, o el tribunal del Consulado<sup>864</sup>. El juramento público en cambio, se verificaría el día siguiente, domingo 13, durante la misa mayor en la catedral en presencia de todas las autoridades, aunque en ese momento el coadministrador aun permanecía en Ceuta. La lectura del texto constitucional fue efectuada por parte del secretario del nuevo ayuntamiento tras el canto del Evangelio, y acabada la misa sería el propio jefe político quien recabaría en voz alta el juramento de los presentes: “¿Juráis guardar y observar la nueva Constitución política, publicada por la Regencia, y sancionada por las cortes generales, que se os acaba de hacer presente? A lo que contestó la concurrencia: “Sí, juramos”, y siguió un Te Deum con el que se dio por concluido el acto entre repiques, aclamaciones de júbilo y salvas de artillería<sup>865</sup>. La Audiencia, que se hallaba suspendida de sus funciones hasta esclarecer el comportamiento y depuración de sus miembros, tendría que esperar a hacerlo el 22 de ese mes en la parroquia de La Magdalena.

---

<sup>863</sup> AGDAT, *Pontificados*, Borbón-Sevilla, leg. 30: Carta de Vera y Delgado a Nicasio Tomás, 28 de enero de 1814.

<sup>864</sup> Velázquez, opus cit., 140-141.

<sup>865</sup> Ibid, 141.

También por esas fechas se erigió el nuevo ayuntamiento constitucional, a cuyo frente se puso al marqués de Iscar; y visitó la ciudad el vencedor de Bailén, general Castaños, quien fue recibido el 12 de diciembre en loor de multitudes, acudiendo esa misma mañana a la catedral a venerar el cuerpo de San Fernando, a cuyos pies había entregado como trofeos las águilas tomadas al enemigo en Bailén, hoy incomprensiblemente retiradas. El domingo 20, tal y como disponía la nueva Constitución, se procedió a celebrar, previa misa del Espíritu Santo en todas las parroquias, la elección de los compromisarios que a su vez debían elegir a los diputados que la ciudad aportaría en las primeras Cortes ordinarias, proceso que hubo de repetirse al ser finalmente invalidado debido a la nulidad de varias actas reclamadas por los comisionados de algunos pueblos de la provincia.<sup>866</sup>

Pocos meses después, en enero de 1813, llegaba a Sevilla el *Generalísimo* de los ejércitos nacionales lord Wellington, que fue recibido por pueblo y autoridades, y entre ellas lógicamente por el coadministrador, que ya se encontraba en Sevilla<sup>867</sup>, con aclamaciones, repiques y luminarias<sup>868</sup>. Muestras de júbilo y satisfacción que se unían a las noticias que del lejano frente ruso llegaban, y que propiciaban por parte de las Cortes la celebración de diferentes actos en acción de gracias, como el canto de un Te Deum que el jefe político y militar de la plaza comunicaba al coadministrador y al Cabildo para su celebración el día 4 de marzo<sup>869</sup>, y que fue acompañado igualmente por luminarias y repiques en regocijo por los triunfos del emperador de aquella nación aliada sobre el ejército imperial en franca retirada. Nuevas solemnidades se repetirían con motivo de la celebración del primer aniversario de *La Pepa*, que las Cortes decretaron el 15 de marzo para que se celebrasen en los años siguientes por ser dicha conmemoración “el recuerdo mas digno del aprecio y consideracion de los buenos y leales españoles”, decisión que fue comunicada a la Regencia para que ordenase su cumplimiento a todas las autoridades civiles y religiosas del Reino. Esta festividad decretada llegaría al coadministrador tanto por la vía del ministro Cano Manuel, por un oficio dado en Cádiz el 22 de marzo, que Vera debería difundir principalmente entre los

---

<sup>866</sup> Ibid, 146-147.

<sup>867</sup> Si bien no lo especifica Velázquez, cuyo escueto testimonio recogemos sobre esta visita.

<sup>868</sup> Así, el alcalde constitucional enviaba al cabildo un oficio de fecha 6 de enero de ese año dando cuenta de las demostraciones de júbilo acordadas para la visita del caudillo inglés, solicitando de aquel cuerpo la determinación de la diputación correspondiente en la recepción que tendría lugar. AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, 176 (6 de enero de 1813).

<sup>869</sup> Ibid, fecha 1 de marzo, fol. 20.

curas párrocos, como por parte del cabildo, que pasó invitación al Te Deum que debía celebrarse en el principal templo hispalense “por si el señor coadministrador quisiera asistir a dicha función”<sup>870</sup>.

El día 2 de abril los autos capitulares del cabildo catedralicio hispalense recogen un oficio del señor coadministrador en que daba cuenta del edicto de prohibición del célebre *Diccionario Crítico-burlesco*, escrito por el bibliotecario de las Cortes Bartolomé José Gallardo, libro que había levantado no pocas ampollas entre el clero conservador. Su publicación había llevado incluso al propio cabildo a reprochar a su prelado su tibia postura ante ese y otros libros impíos, contrarios a la moral y al dogma, pues a pesar de la abolición de la Inquisición el 22 de febrero de 1813, las leyes autorizaban ahora a los obispos a prohibir la circulación de obras que atentaran de manera clara contra la religión. Estas presiones moverían finalmente al cardenal, aun presidente de la Regencia, a encargar al coadministrador que redactara el mencionado edicto con la normativa a seguir en esta materia, que fue publicado el 31 de marzo y mantuvo entre otras cosas en vigor el Índice publicado por el Santo Tribunal en 1790, prohibiendo bajo pena de excomunión la lectura, posesión o venta del mencionado *Diccionario*. Dicho edicto saldría a la calle sin embargo mutilado, pues el propio cardenal retiró del borrador original la propuesta de Vera de extender la prohibición a cualquier periódico o folleto que contuviera “proposiciones heréticas o próximas a ella, impías, mal sonantes y escandalosas”<sup>871</sup>, origen auténtico del problema, y en el que se centraban principalmente las quejas del clero. Publicado finalmente en *El Procurador General de la Nación y del Rey* con fecha 31 de abril, el edicto disponía la entrega de los ejemplares incluso de las personas con licencia para leer libros prohibidos. Y si bien frenó la difusión de libros ofensivos, dichas ideas siguieron fustigando a la religión desde los ámbitos periodísticos, como apuntara certeramente el borrador de Vera eliminado por Borbón, que pretendía así templar los ánimos, ya bastante exaltados.

Los abusos antirreligiosos que la recién decretada libertad de imprenta propiciaban tras la extinción del Santo Tribunal, considerado por los liberales como incompatible con la Constitución, llevaron a no pocos eclesiásticos a solicitar nuevamente su restablecimiento, pues apreciaban insuficientes a las Juntas de Censura

---

<sup>870</sup> Ibid, 13 de marzo, fol. 26 v. Existe también copia del oficio del ministro Cano en ADC, *Documentación Doceañista*, Obispo Vera, leg. 1.

<sup>871</sup> AGDAT, *Pontificados*, Borbón-Sevilla, leg. s.n. Rodríguez López Brea: *Don Luis de Borbón...*, opus cit., 218.



establecidas, o el papel asignado a los obispos en la censura de libros religiosos. Pues como estos protestaban no sin parte de razón, los ataques más duros contra la religión nunca venían de estos, sino precisamente de los folletos y de los periódicos, cuya impresión era libre y fuera del alcance de aquellos.

La negativa del cardenal a sumarse a las críticas y a la iniciativa de algunos obispos de restaurar la Inquisición, llevaría al límite las ya pésimas relaciones entre prelado y cabildo, que decidió actuar por su cuenta. Como advertía Morales Gallego, único capitular fiel a Borbón, a Nicasio Tomás en septiembre de 1812:

“El Congreso – refiriendo la opinión de sus compañeros – se mira con desprecio y se habla de él con poco decoro, la Constitución es para muchos un juguete, para otros un monstruo, y para no pocos un trabajo inútil e indiferente”.

Poco tiempo después agregaba en otra misiva:

“no entra usted en tertulia, paseo, capa de juicio, convento de monjas ni aun en el lugar más sagrado en que no oiga hablar contra el Congreso”<sup>872</sup>.

El capítulo rebelde, que llegaría a enviar una representación a las propias Cortes sin autorización de su prelado, denunciaba el peligro que corría la religión con “esa caterva de escritores inconsiderados”<sup>873</sup>, proponiendo como único remedio la restauración de la Inquisición, ayudada por la eficaz predicación de los frailes. Igualmente ignoraba también la pastoral del cardenal, documento en el que este exhortaba al pueblo a la obediencia a las autoridades legalmente constituidas, para así acallar a los clérigos más radicales. Una idea de Morales que había sido recogida por el entorno del cardenal en Toledo, y redactada por Villanueva, hombre de máxima confianza del primado, acusado de jansenista por los clérigos rebeldes, y que no sirvió para nada. El documento: *Exhortación pastoral del cardenal de Borbón, Arzobispo de Toledo y administrador de Sevilla a todos los fieles de los dos Arzobispados*, vio la luz el 3 de enero de 1813, y como decimos no solo no produjo ningún efecto, sino que la figura de Borbón quedó más desprestigiada si cabe ante sus capitulares, acusado de ser poco más que un títere de Villanueva. Puesto entre la espada y la pared, el cardenal se vería obligado un mes después de la publicación de la pastoral a dictar una orden que

---

<sup>872</sup> Ibid, s.n.: Cartas de fecha 26 de septiembre y 5 de diciembre de 1812. En Rodríguez López-Brea: *Don Luis de Borbón...*, 212.

<sup>873</sup> Ibídem.

prohibía tajantemente a cualquier clérigo hablar sobre temas políticos desde los púlpitos, prohibición que nuevamente fue vulnerada en repetidas ocasiones.

Junto a estos, otros acontecimientos sucedidos aquel año 1813 en la archidiócesis fueron la celebración en mayo por el coadministrador de las solemnes exequias en la catedral por el alma del difunto ex arzobispo Despuig, fallecido en Lucca, Italia, el 2 de ese mismo mes<sup>874</sup>; o el retorno el 11 de diciembre, de las alhajas y objetos de culto depositados en la Aduana de Cádiz tras su evacuación de la ciudad en vísperas de la ocupación francesa. Del inventario realizado, se apreció que el gobierno había utilizado más de sesenta arrobas de plata para las necesidades de la guerra<sup>875</sup>. El montaje y limpieza de los objetos salvados de la rapiña francesa una vez regresados a Sevilla, estuvo a cargo del platero de Fábrica, don Juan Ruiz, quien llegó a grabar en la propia custodia de Arfe la presente inscripción<sup>876</sup>:

“En el año de 1810 por la invacion de los Vandalos franceses a esta Capital fue Conducida toda la plata á Cádiz, y entre ella esta Custodia haviendose reconquistado en 27 de Agosto de 1812, fue traída la citada plata a fines de 1813. Y a principios de 1814, se desarmó esta Custodia, se compuso, blanqueó y bruñó, siendo Mayordomo de Favrica el S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> Miguel de Vargas, Racionero de la S.<sup>ta</sup> Patriarcal Yg.<sup>a</sup> y Contador de la Obra el S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> José Tovar, Preb.<sup>do</sup>; y platero del Yl.<sup>mo</sup> Cabildo D.<sup>n</sup> Juan Ruiz. Sevilla y Marzo 26 de 1814”.

Mientras, aunque ya lejos de Andalucía continuaba la guerra, y los obispos favorecían con sus recomendaciones e indulgencias cualquier publicación o acto piadoso que ayudara a exaltar el espíritu patriótico y religioso favorable a la continuación de la lucha. Actos compensados ya fuera por cien, ochenta o cuarenta días. Entre estos actos recibió indulgencias de prácticamente todo el episcopado la publicación en 1814 de la *Carta del soldado católico en guerra de religión*, escrita años atrás por el venerable padre fray Diego de Cádiz y dedicada a su sobrino, soldado en las guerras contra la Francia revolucionaria, que el arzobispo de Laodicea agració con cuarenta días de indulgencia a todos los que leyesen la piadosa obra<sup>877</sup>.

---

<sup>874</sup> Matute, *Anales*, III, opus cit., 254-255.

<sup>875</sup> Ibid, 161.

<sup>876</sup> Citado en María Jesús Sanz: *La orfebrería Sevilla del Barroco*, op. cit., vol. I, pág. 279.

<sup>877</sup> *El soldado católico en guerra de religión. Carta instructiva ascético-histórico-política, en que se propone a un soldado católico la necesidad de prepararse, el modo con que lo ha de hacer, y con que debe manejarse en la actual*

Tras la vuelta de Fernando VII a España y la restauración del gobierno absoluto, Vera y Delgado siempre afín a la facción más conservadora a pesar de su obediencia al liberal Borbón, observará la estima y el respeto de los nuevos gobernantes. No tendrán sin embargo esta misma suerte, ni Borbón, vinculado totalmente a la obra gaditana, o el obispo de Licópolis, Manuel Cayetano Muñoz y Benavente, que tuvo que sufrir un proceso de purificación<sup>878</sup> tras el cual se le otorgó como discreto retiro el título de abad de la Colegiata de Alcalá la Real. El cardenal, caído en desgracia ante su sobrino Fernando VII por sus simpatías liberales y su identificación con la obra política de Cádiz, será obligado por aquel como castigo a elegir entre las dos sedes cuyo control mantenía: Toledo y Sevilla, en esta última en calidad de administrador apostólico. Optó por la mantenerse en la primada, con mayores rentas, confirmando su renuncia a la hispalense con fecha 19 de mayo de 1814, y retirándose discretamente a su sede toledana en espera de conseguir el perdón real, falleciendo en Madrid en 1823 tras un inesperado protagonismo durante el Trienio Liberal.

El regreso del *cautivo de Valençay* a España causaría una honda impresión en Sevilla, celebrado en plena Semana Santa con repiques y numerosas demostraciones de júbilo. El arzobispo-coadministrador oficiaría el día 5 de abril un pontifical en la iglesia del Santo Ángel tras el cual se llevó en procesión con toda solemnidad por los magistrados el retrato del rey desde aquel templo hasta la Audiencia<sup>879</sup>, y muy poco después, el 27 de abril, las campanas de la Giralda alertaban de nuevo al pueblo de importantes noticias, como eran la abdicación del odiado Bonaparte, y la restauración de los Borbones en Francia. Noticia acogida con la mayor satisfacción por la facción absolutista de la ciudad, que celebró un solemne Te Deum al día siguiente con procesión desde la puerta del Baptisterio a la del Lagarto y asistencia del ayuntamiento que hizo estación a la Capilla Real<sup>880</sup>.

Tras la caída de la Regencia, del régimen constitucional y del cardenal con ellos, buena parte del pueblo clamaba por la reposición de las antiguas instituciones anteriores a la guerra, eliminando los símbolos visibles del nuevo. Goyeneta fue aclamado como

---

*guerra contra el impío partido de la infiel, sediciosa y regicida asamblea de la Francia*, Madrid, Imprenta de Francisco de la Parte, 1814.

<sup>878</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, II, *Gobierno*, Asuntos Despachados, leg. 137: Carta de don Antonio Cano al arzobispo-coadministrador sobre la necesidad de purificación del obispo Muñoz.

<sup>879</sup> Velázquez, opus cit., 163.

<sup>880</sup> Ibid, 164.

nuevo asistente, a pesar de haber contemporizado con los franceses, y otro tanto ocurrió con la Inquisición. El 8 de mayo se formaría una procesión encabezada por el antiguo pendón del Santo Tribunal, que había sido ocultado durante la ocupación por uno de sus ministros, y que fue presidida por el coadministrador acompañado de los antiguos ministros, familiares y subalternos de aquel junto a numerosas personas notables o no venidas de diferentes parroquias de la ciudad. La comitiva salió en procesión desde la parroquia de San Lorenzo, y se dirigió hasta el antiguo edificio de los Jesuitas en la Alameda de Hércules, donde se terminaron las preces y se cantó el Te Deum. Vera y Delgado impartiría la bendición en medio del más sentido fervor absolutista de los presentes<sup>881</sup>, y el temido a la vez que añorado tribunal quedaría repuesto oficialmente el 27 de julio siguiente.

La disolución de la Regencia y de las Cortes, conocida en la ciudad el día 18 de ese mes de mayo, hizo también arder en fastos a la población, sucediéndose repiques y funciones solemnes en la catedral y por todas las collaciones. Las luminarias alumbrarían durante tres días el regocijo popular por el idolatrado Fernando, con baile de seises incluido, como recoge el cronista Velázquez<sup>882</sup>, y la apoteosis realista culminaría con la publicación el día 25 del Real Decreto que mandaba devolver a las comunidades religiosas todas sus fincas y propiedades retenidas o enajenadas por el gobierno constitucional. Festejos a los que se sumaría también la presencia en la ciudad el 16 de junio del expulsado nuncio Gravina, adalid de la resistencia antiliberal, que fue aclamado a su llegada al puerto de Sevilla por una numerosa representación del clero, las hermandades y del pueblo. Recibido en el templo mayor con “aparato grandioso”, el cronista Velázquez, a quien seguimos en el relato, no refiere sin embargo un encuentro con Vera, aunque este es más que probable pues Gravina en sus comunicaciones con Roma lo exculpaba de la agria polémica acaecida con el primado y el gobierno caído.

El 14 de julio, la ciudad recibió con alivio la revocación de la pena máxima a que fue condenado el general O’donnell, conde de La Bisbal y jefe militar de los Cuatro Reinos de Andalucía, detenido a su entrada en Sevilla el día 6 por motivos poco claros. El indulto fue celebrado clamorosamente, y O’donnell recibido con la mayor solemnidad en la Catedral donde lo esperaba Vera y Delgado acompañado de una

---

<sup>881</sup> Ibid, 167.

<sup>882</sup> Ibid, 169.

diputación del Cabildo para saludarlo. Tras el canto de un Te Deum por la feliz resolución de aquel asunto, el general dejó al arzobispo en su palacio, y fue acompañado entre aclamaciones en el trayecto entre la catedral y su domicilio<sup>883</sup>. Muy pocos días después, el 27 de julio, era comunicada a los cabildos de la ciudad la reposición formal del Tribunal Santo Oficio en sus funciones y prerrogativas, noticia celebrada con tres repiques de la Giralda seguidos por las torres de todas las parroquias y conventos de Sevilla. Estas muestras de júbilo se repitieron nuevamente la víspera del día 24 de septiembre, fecha en que el tribunal en pleno acudió a un Te Deum al templo metropolitano entre la aclamación del pueblo, acto al que siguió procesión claustral y misa solemne en acción de gracias, predicando el posterior sermón fray José María Fernández Fariñas, catedrático de teología en Santo Tomás<sup>884</sup>.

Laodicea mientras, confirmado en la gobernación de la diócesis por las nuevas autoridades absolutistas, dirigió en junio y diciembre de 1814 dos exposiciones al rey en las que daba cuenta al soberano de su situación y fidelidad absoluta, alegando entre otras cosas no haber: “estado ocioso ni un solo instante desde todos estos años, al servicio de S.M., de la religión, y de la patria”<sup>885</sup>, por lo que quedaría desde entonces en espera de la inminente liberación del papa, aún preso de los franceses para acceder a la posesión de la mitra gaditana. Una vez aligerados los trámites, la provisión por parte de la Cámara apareció publicada en la *Gazeta de Madrid* del 24 de noviembre, iniciándose las diligencias consistoriales por parte del nuncio a partir del día 29 de noviembre, y finalizando para el 2 de diciembre siguiente con el parecer favorable, comunicándose al arzobispo el día 23 de este último mes la venía para acudir a la corte a besar la mano del rey, si bien de todo esto detallaremos en el apartado siguiente. Mientras, el 12 de marzo de 1815 se decretó por fin la sede vacante en Sevilla, por lo que cesó Vera en su coadministración del arzobispado, sustituyéndole en su canonjía, vacante una vez que este recibió la confirmación papal del obispado por don Francisco Solís y Rodríguez de la Bárcena, que obtuvo la colación de la misma el 5 de mayo de 1815, haciéndolo en el

---

<sup>883</sup> Ibid, 174.

<sup>884</sup> Ibid, 177.

<sup>885</sup> Aunque parece que en ella no se dan noticias sobre sus ideas políticas o su actitud ante las Cortes. Ver Suárez: *El proceso de convocatoria a Cortes*, opus cit., 135; y Derozier: “Martin de Garay ou le libéralisme des compromissions”, en *Annales Littéraires de l’Université de Besançon*, núm. 100, París, 1968, pág. 3.

arcedianato de Sevilla que también poseía Vera el maestrescuela don Juan Pérez Tafalla<sup>886</sup>.

El nuevo arzobispo hispalense, nombrado en 1816, fue como era de esperar uno de los elementos más antiliberales del clero Romualdo Antonio Mon y Velarde, arzobispo de Tarragona desde 1803, y uno de los obispos refugiados en Mallorca durante la guerra. Posteriormente se mostraría como uno de los elementos más reacios a la amnistía proyectada por el rey, destinada a liberales y afrancesados. Venido ya muy achacoso fallecería en el palacio de Umbrete el 16 de diciembre de 1819, siendo sustituido tras el Trienio Liberal en 1824 por el antiguo canónigo hispalense muy apreciado en la ciudad, Francisco Javier Cienfuegos y Jovellanos, sobrino de Jovellanos y del arzobispo Llanes. Cienfuegos, que había sido vocal de la Junta de Sevilla junto con Laodicea y el deán Miranda, y rector de la Universidad Literaria tras su regreso a Sevilla en 1817, ocupaba en esos días precisamente la mitra gaditana en la cual había sustituido al *arzobispo-obispo* Vera y Delgado tras su fallecimiento en 1818<sup>887</sup>.

#### *Pontificado en Cádiz (1815-1818)*

En 1815 la diócesis a la que llegaba Juan Acisclo se encontraba en una situación crítica, había sufrido enormemente los desastres de la guerra con su capital cercada por tierra durante dos años, y los pueblos y ciudades de su entorno habían sido víctimas de los constantes saqueos y devastaciones por parte del invasor. Sufragánea de la de Sevilla, la sede de la *Santa Cruz sobre las Aguas* era una típica mitra de “ascenso”, con lo que Juan Acisclo podría perfectamente haber promocionado a una diócesis de las llamadas “de término” de haber vivido algún tiempo más, probablemente a la de Sevilla, por su gran conocimiento de ella, pero Vera se adelantaría al anciano Mon, nuevo prelado hispalense tras la resigna del cardenal Borbón, que estuvo al frente del arzobispado entre 1816 y 1819. El cabildo gaditano se componía de seis dignidades: deán (cuyas rentas junto con las del maestrescuela estaban cargadas con 6.000 reales en

---

<sup>886</sup> Ver la *Gazeta* del referido día, pág. 2195 de la colección. Proceso consistorial en ASV, *Procesos Consistoriales*, leg. 211. Para la sustitución en las prebendas: AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, 178, fol. 69. ADC, *Episcopologio*, leg. 1.

<sup>887</sup> Cienfuegos fue nombrado para la sede gaditana con fecha 21 de febrero de 1819, recibiendo la confirmación papal el 4 de junio y el orden episcopal el 22 de agosto de dicho año. A la muerte de Mon fue promovido a la mitra hispalense con fecha 26 de octubre de 1824, con la confirmación de Roma el 20 de diciembre. Ver Ritzler y Sefrin: *Hierarchia Catholica*, VII, opus cit.

favor de la Real capilla), arcediano titular o de Cádiz, chantre, tesorero, maestrescuela y arcediano de Medina Sidonia; contaba diez canónjías, siendo una de ellas para el Santo Oficio, y otras cuatro las de oficio: doctoral, magistral, penitenciario y lectoral; cuatro raciones y ocho medias raciones<sup>888</sup>. Para el gobierno catedralicio el cabildo se auxiliaba de determinados “oficios capitulares”: secretario, contador mayor, procurador mayor, escritor de cartas, diputado de Colegio, jueces adjuntos, claveros del archivo y de la caja, diputado del Rosario, clavero del almacén, visitador de capillas, diputado de la cuna, maitineros, corresponsales, enfermeros, diputados de obras, de ceremonias, y del Hospital de Mujeres. En esta centuria la catedral gaditana aún se regía en lo fundamental por los estatutos medievales, ampliados sucesivamente en 1589 y 1608: *Erección de la Santa Iglesia Cathedral de Cadiz y Estatutos del Cabildo de dicha Iglesia, mandados imprimir por los Señores Dean y Cabildo de ella*, los cuales como en otros muchos casos de otras diócesis no se renovaron seriamente hasta bien entrado el siglo XIX. Al igual que en otros casos los capítulos contenidos en los estatutos eran detallados y ampliados en las llamadas “Reglas de Coro”, que en el caso gaditano fueron publicadas en 1778: *Reglas de altar y coro para el gobierno de los señores Deán y Cabildo de la Santa Iglesia de Cádiz, sacadas de los estatutos, actas capitulares y loables costumbres de dicha Santa Iglesia, mandadas formar de orden de dichos señores y aprobadas por su acta capitular de 16 de enero de 1778*.

El detalle del ceremonial y la residencia al coro y altar a que estaba obligado cada capitular nos la cuenta el propio obispo en un informe enviado a la Real Cámara: las dignidades estaban obligados a asistir a todos los maitines solemnes con las vísperas y tercias de primera clase, así como las misas de esta especie y las rogativas generales o *pro re gravi*; eran propias del deán la Semana Santa y la bendición de las cenizas, candelas, y palmas. Los canónigos debían cantar las vísperas y misas consideradas de segunda clase, así como los oficios en los que sale el cabildo fuera del templo, y junto con los racioneros y medios racioneros por turno semanal cantaban las misas no comprendidas en los apartados anteriores. Estas dos últimas prebendas tenían la obligación además de revestirse de diáconos y subdiáconos en las solemnidades referidas. Así por ejemplo, en las solemnidades de primera clase acudían seis capas, a razón de dos por cada categoría, en las de segunda cuatro, vestidas por dos canónigos y dos prebendados, acudiendo en las que actuaba el prelado las mismas seis capas más

---

<sup>888</sup> Pascual Madoz: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, 16 vols., tomo IV, Madrid, 1845-1850, pág. 155; y *Guía del estado eclesiástico*, opus cit., año 1818, pág. 137.

dos dignidades de asistentes, otro de diácono, un canónigo de subdiácono, otro más como asistente de mitra, y un prebendado para el báculo. Si asistía la ciudad la costumbre mandaba a dos capitulares, un canónigo y un prebendado a recibirlos a la puerta y a despedirlos<sup>889</sup>.

La sede vacante había sido decretada a fines de 1808 tras la muerte de su prelado Francisco Javier de Utrera (1801-1808), siendo gobernada primero por su deán, el licenciado don Francisco Carasa junto con su provisor y vicario general capitular don Manuel Valentín de Nicolás, dignidad de arcediano de Cádiz. Sin embargo, las bajas producidas por la terrible epidemia de fiebre amarilla que asoló Cádiz el verano de 1813, entre ellas la de Carasa, y la posición refractaria del capítulo gaditano a las diversas medidas de la Regencia y las Cortes a pesar de una inicial actitud amistosa, impedirían la provisión de algunas de las vacantes producidas. Por esto mismo y hasta 1815 la diócesis fue gobernada por el provisor y vicario capitular doctor don Mariano Martín Esperanza, quien fue sustituido de manera interina a instancias de las autoridades liberales en un controvertido cabildo celebrado el 10 de julio de 1813 por el canónigo Francisco de la Plaza, más cercano a las posiciones de las Cortes. El deanato, valorado en 22.000 reales anuales, acabó proveyéndose también en 1815, siendo encabezada la terna de candidatos por don Juan José Córdón y Leiva, que fue el elegido<sup>890</sup>, antes canónigo de Guadalajara de México; por don Fernando Ximénez de Alba, cura del Sagrario de Cádiz; y por don Bonifacio Castelli, ecónomo del Rosario, también en esa plaza portuaria. Córdón sería pues quien desde entonces y hasta la llevada de Vera y Delgado presidiría la sede vacante junto al nuevo provisor y vicario general Dr. Don Juan José Díaz Franco, racionero del cabildo, manteniéndose como secretario de Cámara don Francisco de Borja Valverde, consultor del Santo Oficio.

Respecto de la diócesis diremos que en esa época se componía de cinco ciudades y diez villas, existiendo tan solo veinticinco parroquias, de las que seis estaban en Cádiz capital (Sagrario, Santiago, Rosario, San Antonio, San Lorenzo, y San José Extramuros), sesenta y cuatro oratorios públicos, cincuenta y uno privados, veintinueve monasterios masculinos, nueve femeninos, diecisiete hospitales, ochenta cofradías, mil

---

<sup>889</sup> ADC, *Secretaría de Cámara*, Reales Órdenes, año 1815, leg. 25.

<sup>890</sup> Sobre la destitución de Martín Esperanza ver ACC, Secretaría, LAC, 47 (1813), fols. 57v-58. Provisión del deanato publicado en la *Gaceta de Madrid* con fecha jueves 6 de abril de 1815. La consulta puede verse en AHN, *Consejos*, leg. 15.506. Sobre esta época puede consultarse asimismo el interesante libro de Ramón Solís: *El Cádiz de las Cortes: la vida en la ciudad en los años de 1810 a 1813*, Madrid, Silex Ediciones, 2000.



cien capellanías y cuarenta y cuatro beneficios. Los pueblos bajo la jurisdicción de esta pequeña diócesis, muy rica antes de la guerra por ser puerta de entrada de los caudales americanos, se agrupaban en 14 vicarías foráneas con 25 pilas bautismales: Cádiz capital, Alcalá de los Gazules, Algeciras, Castellar de la Frontera, Conil, Chiclana, Jimena, Los Barrios, Medina Sidonia, Paterna, Puerto Real, San Fernando, San Roque, Tarifa, Vejer, y ¡Gibraltar!, pues hasta 1806 en que la Santa Sede se ve forzado a crear el vicariato apostólico sobre el Peñón este estaba todavía nominalmente bajo jurisdicción gaditana. Constreñido por la poderosa diócesis hispalense, al menos veintisiete poblaciones pertenecientes a la jurisdicción civil de Cádiz pertenecían en lo eclesiástico a Sevilla, casos de las importantes localidades de Jerez, El Puerto, Sanlúcar o Arcos; o a Málaga; contando en total unas 137.074 almas para 1808<sup>891</sup>.

La curia diocesana contaba de secretaría, tribunal, provisorato, vicaría general, juzgado eclesiástico, notaría, y resto de dicasterios propios a una sede episcopal, rigiéndose el obispado por las constituciones sinodales aprobadas en 1594. La población eclesiástica era la siguiente: unos 746 clérigos seculares (34 curas, y 712 beneficiados), cifra muy disminuida respecto a la de 1787, en que contaba con el abultado número para un obispado tan pequeño de 1.142, y que se vería aún más reducida a la altura de 1822<sup>892</sup>, muy poco después del fallecimiento de Vera, con 336. Junto a estos, existían para esas mismas fechas unos 1.395 miembros del clero regular, repartidos entre 31 conventos o monasterios masculinos, y 9 femeninos; que tras la guerra se verían también drásticamente reducidos, sobre todo el número de monjes, que llegaría a decaer hasta los 275, de los que al menos 141 serían secularizados durante la exclaustación. Los motivos para el acentuado declive hay que buscarlos principalmente en tres causas: la terrible epidemia de fiebre amarilla que había castigado muy duramente a la Andalucía Occidental, y especialmente al clero – y dentro de estos al regular –, muy vinculado a las labores asistenciales; los daños ocasionados en todos los ámbitos por la ocupación francesa (materiales y humanos); y las medidas desamortizadoras impuestas sobre los bienes de la Iglesia antes y después de la liberación. Un descenso que

---

<sup>891</sup> Arturo Morgado García: *La diócesis de Cádiz: de Trento a la Desamortización*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2008, pág. 479. Dicha riqueza era fruto del enorme enriquecimiento que generó en Cádiz durante todo el siglo XVIII el traslado de la Casa de Contratación y Consulado de Comerciantes a Indias, trasladado desde Sevilla a esa ciudad en 1716.

<sup>892</sup> Ver Constituciones Synodales del Obispado de Cadiz, Madrid, Viuda de Gómez, 1594, 190 págs.; *Guía del estado eclesiástico...*, opus cit., año 1808, pág. 127; Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico*, opus cit., pág. 155; y Morgado: *La diócesis de Cádiz...*, 479.

alcanzaba como decimos a todos los órdenes, pero muy principalmente a uno de los elementos primordiales para el mantenimiento de las estructuras diocesanas: la percepción de las rentas, constituidas fundamentalmente por diezmos arrendamientos de bienes raíces e inmuebles, censos, primicias, obvenciones, etc.<sup>893</sup>.

En el proceso consistorial ya referido, formado en 1814 ante el nuncio Gravina al objeto de obtener la confirmación papal de Juan Acisclo en la silla gaditana, constan diferentes datos sobre las características y el estado de la diócesis que aportan varios de los testigos, caso del arcediano titular de Cádiz, doctor don Manuel Valentín de Nicolás:

“(…) hay una Iglesia Catedral muy antigua, advocación de Santa Cruz; y que por ser ya muy vieja, continuamente necesita reparos (…)”; y continúa en la cuarta pregunta: “en dicha Santa Iglesia hay seis dignidades, y la mayor es la de Deán; diez canongias con renta unas y otras de veinte y cuatro a veinte y ocho mil reales anuales; cuatro raciones; ocho medias, y entre capellanes, salmistas y demás habrá otros doce o catorce sacerdotes; y que hay las prevendas Teologal y Penitenciaria (…)”; en la octava dice: “hay una Casa para la habitación del señor Obispo, muy inmediata a la Catedral, más está amenazando ruina (…)”; y en la novena pregunta aclara: “Que el valor de las rentas de la Mitra, que consiste en Diezmos y productos de dos fincas propias de la misma, lo gradúa el que declara en veinte y cinco mil pesos anuales, y que de esta cantidad se halla pensionada la tercera parte (…)”; a la décima que en la ciudad hay: “cinco iglesias y otra extramuros que tienen todas Pila Bautismal; Así mismo hay ocho conventos de religiosos, tres de religiosas, dos hospitales, varias cofradías, pero no hay monte de piedad”; en la undécima: “el distrito del Obispado es de diez y ocho leguas de longitud y seis de latitud, y que toda la Diócesis comprende hasta quince lugares (…)”; y finalmente en la duodécima: “que en dicha Ciudad de Cádiz hay un Seminario Conciliar en el que habrá como veinte y cinco o treinta Colegiales, y que las rentas de este establecimiento dependen de varios Beneficios agregados”.

Otro testigo. El doctor Nicolás González Briceño, doctoral en Sevilla, nos aclara respecto a la anterior declaración, que la ciudad tendrá: “unos catorce mil vecinos”, y en la quinta pregunta responde que: “en dicha Santa Iglesia Catedral hay Cura de almas, cuyo desempeño está encargado a dos Párrocos”; en la sexta que: “hay en la misma Santa Iglesia Sacristía suficientemente adornada de todo lo necesario para el culto divino y celebrar de Pontifical, y que también hay Coro, Órgano, Campanas, campanillas y cementerio extramuros de la ciudad”. Sobre la cuantía de las rentas del obispado nos refiere que estas “pueden graduarse en veintidós o veinticuatro mil pesos,

---

<sup>893</sup> Ibid, págs. 181-182, 679-680, y 695. Las rentas totales del obispado para 1799 eran de 9.301.000 de reales, de los cuales los diezmos constituían el 91,7%.

de a ciento veinte y ocho cuartos anualmente; que consiste en rentas decimales y producto de dos posesiones propias de la Mitra, y que está gravada con algunas pensiones aunque ignora a favor de quienes (...). Cantidades que confirma el tercer testigo, don Francisco Javier Bahamonde, también canónigo de la Iglesia hispalense, agregando la cifra de “veinticinco mil pesos de a 128 cuartos para las rentas anuales del obispado”. El sueldo que percibiría el nuevo obispo es difícil de cuantificar, pues en teoría podía disponer con una cierta libertad de los que considerase oportunos de la renta líquida disponible una vez evacuadas las cargas a que estuviera esta sujeta, por ejemplo pensiones, asignándole en todo caso Barrio y Gozalo la cantidad de 25.000 reales de vellón<sup>894</sup>.

Con la restauración, y tras los duros años de guerra, el obispado sufría un gravísimo problema de financiación, pues las medidas desamortizadoras de uno y otro bando habían acostumbrado a la población a no pagar ya los diezmos, y tras la vuelta del absolutismo no pocas poblaciones se resistían a hacerlo nuevamente, descendiendo de manera notable sus rentas. A todo ella había que unir también el importantísimo menoscabo que había sufrido su patrimonio con las destrucciones ocasionadas, reduciéndose de manera notable el número de misas y obras pías (sufragios, capellanías y otras fuentes de ingreso características de épocas anteriores) fruto del proceso exclaustador. Como aclara el estudioso Maximiliano Barrio Gozalo<sup>895</sup>, las rentas diocesanas provenían fundamentalmente de los ingresos decimales: al menos en un 96-97%, correspondiendo sobre un 3-4% a las diversas propiedades que la mitra poseía en propiedad, como las 597 aranzadas que tenía en el término de Jerez. Dicha fluctuación la podemos observar perfectamente comparando el porcentaje de los ingresos decimales en un periodo de bonanza económica como fue el de 1776-1780, y otro de crisis, como el del pontificado de Vera y Delgado:

	<u>Años 1776-1780</u>	<u>Años 1815-1819</u>
Trigo	59,5%	52,9%
Cebada	3,0%	1,9%
Menudos	34,5%	41,9%

<sup>894</sup> Ver de Maximiliano Barrio Gozalo: “Aspectos socioeconómicos de un grupo privilegiado del Antiguo Régimen. Los obispos de Cádiz (1556-1833)”, en *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*, núms. 12-13, 2000-2001, págs. 99-121; y *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004, págs. 290-292.

<sup>895</sup> Ibid, “Aspectos socioeconómicos...”, págs. 118-120.

La porción correspondiente al obispo sobre el total era de un 15%, sin embargo, tal y como recoge Barrio en su estudio, el exceso de cargas a la que estas estaban sujetas desde tiempo atrás: por ejemplo pensiones, fruto del citado periodo de bonanza propiciado en todo el siglo XVIII con el traslado a Cádiz de la Casa de Contratación y el Consulado de Cargadores a Indias, mermaban de manera drástica la renta disponible, que podemos ver en la tabla siguiente:

<u>Periodo</u>	<u>R. Bruta</u>	<u>Cargas</u>	<u>R. Líquida</u>	<u>Pensiones</u>	<u>R. Disponible</u>
1750-1799	443.417	40.369	403.048	67.488	335.560
1800-1833	282.408	59.748	222.660	116.371	106.289

(Media anual en reales de vellón)

Con lo que eran poco más de 100.000 reales <sup>896</sup> de los que podía disponer el obispo, cifra que impedía verdaderamente al prelado socorrer de manera adecuada a los pobres de la diócesis y a las diferentes instituciones benéficas existentes, circunstancia que denunciaba precisamente en 1815 el propio contador de la mitra, cuando enviaba esta comunicación a la Cámara de Castilla:

“(…) Si el estado de la agricultura no mejora y también la escrupulosidad en la paga de los diezmos, como el obispado de Cádiz está pensionado cerca de su mitad y estas pensiones se pusieron en tiempos muy felices y las rentas han decrecido y ellas son las mismas, no guardan proporción con el estado actual de sus rentas; a lo que se agrega que se ha aumentado considerablemente una multitud de pobres que antes no existían en esta plaza, y que no puede socorrer como a los demás con pequeñas limosnas, y un obispo que nada tenga que dar y que no pueda socorrer algunas necesidades siempre será mal visto y su ministerio mal recibido”<sup>897</sup>.

Estas pensiones que cargaban las rentas gaditanas vienen recogidas en las bulas expedidas a favor del nuevo obispo, en las que además se le encargaba a atender las obras de la inacabada catedral, del pobre palacio episcopal, y la creación de un Monte de Piedad, alcanzando la cifra en moneda romana de 6.095 ducados de oro y 2 julios, que debían ir en beneficio de diferentes instituciones o personas particulares en número de treinta y siete. Destacamos a continuación las más altas reseñadas: 1.243 ducados de oro y 6 julios para el obispo, cabildo, conventos y hospitales de la plaza de Ceuta; 781

---

<sup>896</sup> Ibid, 119.

<sup>897</sup> Ibídem.

ducados y 4 julios con 1 cuartillo para la Escuela de Sordomudos de Madrid; 393 ducados y 2 julios para el Colegio inglés de San Albano de Valladolid; y 51 ducados y 15 julios para la Orden de Carlos III, 61. El resto hasta completar el número indicado se componían de pensiones que oscilaban entre los 68 ducados, la mínima, y los 375, que es la máxima otorgada a un particular<sup>898</sup>.

Junto a los establecimientos de beneficencia, que según el relato del contador se hallaban en “la mayor decadencia, siendo menester sostenerlos para que no se completase su total ruina”<sup>899</sup>, otro tanto ocurría con las parroquias, sobre todo las rurales, carentes de los más elementales objetos con los que atender al culto público: ornamentos, vestiduras sagradas, libros litúrgicos, etc., fruto del atroz saqueo padecido. Así por ejemplo, en 1816 el vicario de Paterna al informar de las necesidades espirituales de aquella feligresía, relataba:

“(…) dos misas no más se dicen los días festivos en todo este distrito, la una en la capilla susodicha (la Ina) y la otra en el valle (San José del Valle) quedando desiertos de este auxilio todos los demás puntos en donde ya por la reunión de cortijos y ya por otras circunstancias hay concurrencia de gentes que careciendo de este auxilio las muchas distancias no les proporcionan facilidad de asistir a los puntos sobredichos (...) los oratorios que estaban en otro tiempo piadosamente erigidos a expensas de los dueños de los cortijos quienes se encargaban de llevar sacerdotes que en los días festivos facilitasen a los trabajadores el cumplimiento de este precepto también han cesado (...)”<sup>900</sup>.

A pesar de toda esta situación calamitosa del obispado, no se conservan entre los fondos diocesanos demasiadas peticiones de limosna, algo verdaderamente extraño por la aglomeración de refugiados que aún en 1815 debían permanecer en Cádiz. Referiremos como ejemplos las que aparecen en los años 1815 y 1816, pues son similares en número y variedad a los del resto de años que duró el pontificado. Si bien hay que advertir que se tratan de peticiones de socorro remitidas por escrito al obispo, sustanciándose la mayoría desde las propias parroquias o a través de las instituciones diocesanas. En 1815 tan solo se registran ocho peticiones, de las que cinco reciben por contestación “No ha lugar”, una queda sin respuesta, otra no pone nada, y otra es

---

<sup>898</sup> ADC, *Episcopologio*, leg. 1.

<sup>899</sup> Barrio: “Aspecto socioeconómico...”, pág. 120.

<sup>900</sup> Morgado García: *La diócesis de Cádiz...*, opus cit., pág. 489.

favorable. Las peticiones de alguna ayuda son verdaderamente variadas: una mujer casada con un músico que se ha quedado ciego y por tanto está imposibilitado para ejercer su profesión, teniendo esta que cuidarlo y por lo tanto tampoco podía buscar trabajo; una viuda que solicita se le pague por la Santa Iglesia Catedral el auxilio que se le debía de la herencia de un tío suyo vinculado de alguna manera con aquella – si bien no dice cual, siendo esta la única atendida positivamente –; una mujer con su marido enfermo y una hija pequeña “en la mayor miseria”, sin ningún subsidio para alimentos y ropa; otra mujer con su marido enfermo que debe siete meses de alquiler y el casero le apremia “con mil sonrojos y ponerle los muebles en la calle”; una mujer enferma casado con un soldado del cual ignora si vive que había llegado a Cádiz huyendo del enemigo y vive ejerciendo de costurera con su hijita pequeña; otra viuda, esta vez de un marinero sin ningún ingreso; una extraña petición de un señor al que se ha aconsejado acudir a Roma a expiar el pecado de sodomía y pide alguna ayuda para el viaje; o por último el de una abadesa de un convento del Valle de Carriedo que reclama alguna ayuda para su comunidad pues hace doce años no cobran sus rentas de la Real Hacienda. Estas dos últimas solicitudes quedaron sin respuesta, reseñándose entre las varias que aparecen en 1816 la de otra abadesa, aunque no dice el convento, la viuda de un teniente coronel cuya hija quiere profesar en religión y pide alguna ayuda para reunir la dote, un hombre casado con una hija que no puede trabajar por su enfermedad, y otra de un asturiano que de camino a la ciudad fue asaltado por unos bandoleros a la altura de Écija robándole 42 duros y toda su ropa<sup>901</sup>.

El pontificado del *arzobispo-obispo* Vera y Delgado coincidirá plenamente con el *Sexenio absolutista* (1814-1820), con todo lo que aquello acarreaba en lo relativo a la restitución de las viejas instituciones suprimidas, como la Inquisición, o el régimen señorial, que si bien no llegarían ya a recuperar su antiguo esplendor, y fueron abolidas pocos años después, de momento eran celebradas por buena parte del pueblo y del clero, con Vera sin lugar a dudas entre ellos. Una vez repuesto Pío VII en Roma tras la definitiva derrota de Napoleón, se aligeraron los trámites por parte de Gravina para la confirmación de nuestro arzobispo, que por su rectitud y celo pastoral en todo ese tiempo, fue contemplado como: “muy digno de ser presentado para la sede gaditana por su conducta ejemplar”. Atrás quedaba ya la lejana orden de la Junta Central de 1809 que lo nombraba para aquella sede. El fraile capuchino Isidoro de Villapadierna, que estudió

---

<sup>901</sup> ADC, Sección I, *Secretaría de Cámara*, Despachos, Obispo Vera, legs. 962 (1815), y 965 (1816).

allá en los años cincuenta todos los pormenores del conflicto entre el primado Borbón y el nuncio Gravina, y concretamente la cuestión de las “reservas papales”, afirmaba que en 1814 el nuncio había enviado una memoria a la Santa Sede dando cuenta sobre todo lo sucedido en aquel asunto. En él no solo exoneraba a Laodicea, de quien decía en 1815: “no haber tenido parte en los desórdenes pasados”, sino que añadía además que no fue más que: “un mero ejecutor de las órdenes del cardenal Borbón”<sup>902</sup>, librándolo de toda sospecha tanto a él como a la misma Junta Central, de la que afirmaba no haber cometido abuso ninguno de relieve en materia eclesiástica, ya en su conjunto, o por alguno de los cinco eclesiásticos que formaron parte de ella. Menos aún refería que cualquiera de aquellos pudieran ser tachados de jansenistas o filojansenistas, pues como aclaraba el prelado italiano a cuenta del asunto de las jurisdicciones, esto no fue ventilado por la sección de Gracia y Justicia, si no por los miembros del partido borbónico a los que el nuncio achacaba manipular el ánimo y la voluntad del cardenal Borbón en aquel asunto: Espiga, Villanueva y Oliveros fundamentalmente, quienes habrían presionado asimismo a Garay para favorecer su postura en ese asunto<sup>903</sup>.

Verdaderamente Vera, en asuntos religiosos, ya por fidelidad, coincidencia, u oportunismo, permaneció siempre fiel al cardenal y a las órdenes del gobierno legítimo, aun cuando estas contradijesen su enfoque natural conservador. Tampoco se pronunció, por escrito al menos, en la rebelión que contra la política de las Cortes protagonizaron muchos de sus hermanos en el episcopado de ideas afines. Nos referimos como es obvio a los obispos refugiados en Mallorca, que llegaron en 1813 a firmar una “Instrucción” pastoral colectiva denunciando las novedades religiosas aplicadas por las Cortes. Ya fuera por “suave prudencia”<sup>904</sup>, falta de autonomía, o indolencia, lo cierto es que Vera únicamente se manifestaba en asuntos polémicos a requerimientos de instancias superiores. Característica que recoge el canónigo sevillano Juan Bautista Morales Gallego, confidente del cardenal en el cabildo, cuando describe en carta a Nicasio Tomás, secretario del Borbón, la posición tomada por Vera y por Muñoz, el primero coadministrador y el segundo obispo auxiliar en todas aquellas polémicas:

---

<sup>902</sup> ASV, Secretaria di Stato, leg. 249, febrero de 1815. En Villapadierna: “El conflicto entre el cardenal primado...”, opus cit., 268.

<sup>903</sup> Ibid, 267-268.

<sup>904</sup> Cualidad característica de su persona que refiere Nicasio Tomás en su correspondencia con el prelado, con la que afrontaba los asuntos del gobierno pastoral y otros graves problemas suscitados con el díscolo cuerpo catedralicio y algunos clérigos reacios en la archidiócesis.

“(…) el primero [por Vera] o por su natural fresco, y genialidad lánguida o por que mira su destino como mera ceremonia, en nada se incluye como no sea expresamente mandado por S. Em<sup>a</sup>; el segundo [por Cayetano, obispo de Licospolis], además de tener todas las ideas de los que no emigraron, y de su poca instrucción, reúne con un buen deseo todas las prevenciones posibles contra q<sup>to</sup> viene de esa”<sup>905</sup>.

En el proceso consistorial mencionado, abierto el 29 de noviembre de 1814 para conocer las capacidades y merecimientos del provisto para la nueva sede<sup>906</sup>, declararían personajes de la talla del teniente general don Pedro de Alcántara López de Zúñiga, conde de Miranda, quien coincidió refugiado en Ceuta con Vera; el capitán general don Francisco Javier Castaños, vencedor de Bailén y ex miembro de la primera Regencia; el doctor don Nicolás María de Sierra, del Consejo de S.M. en el de Castilla; don Francisco Javier de Baamonde, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla; el doctor don Manuel Valentín de Nicolás, arcediano titular de Cádiz; y don Nicolás González Briceño, doctoral del cabildo hispalense. Las preguntas que debían responder sobre el arzobispo aparte de las generales de costumbre, versaban sobre diversos asuntos relativos a su tarea pastoral, entre ellas la obligada misión de efectuar visita *ad limina*, que mandaban las constituciones de San Pío V en prueba de obediencia y sumisión al pontífice; si el candidato cumplía con los decretos y mandatos contenidos en las bulas de provisión de su título arzobispal; si este había dispensado órdenes; si había celebrado habitualmente funciones y actos pontificales; si había residido continuadamente en el Arzobispado de Sevilla; si se prodigaba en el ejercicio de obras de caridad, piedad y prudencia; o si pensaban era digno de pasar a la Santa Iglesia y Obispado de Cádiz; por último si juzgaban que dicho traslado podría ser de utilidad a esta. A dichas cuestiones respondieron todos testigos que les constaba la imposibilidad del prelado para efectuar la mencionada visita, pues al ser arzobispo *in partibus* no era titular de la sede que gobernaba, aunque sí les era notorio cumplía con todos los decretos contenidos en las bulas de concesión de su título, ejerciendo en todo ese tiempo la facultad de confirmar, ordenar y otros actos pontificales. Ejercicio únicamente interrumpido al “haber sido llamado por la Patria para más altos fines” acompañando a la Junta Central Gubernativa del Reino, de la que fue presidente hasta Cádiz, de donde pasaría a la plaza de Ceuta “en cuya Iglesia ejerció toda la función pontifical, antes y

---

<sup>905</sup> AGDAT, *Pontificados*, Borbón-Sevilla, leg. s.n.: Despacho entre Morales Gallego y Nicasio Tomás, de 16 de marzo de 1813.

<sup>906</sup> ASV, *Procesos Consistoriales*, leg. 211.



después de la muerte de su obispo”, con el mayor “celo y piedad” en estas, y “respeto y amor a su soberano cuanto de la edificación y ejemplo entendido por todas partes, bien en pastorales, bien en exhortaciones, según lo ha exigido el estado de la Nación y el bien temporal y espiritual de su grey”. Finalmente los testigos reconocían sus vastos conocimientos y aptitud para enseñar a los demás en los asuntos propios de los obispos, contemplándole todos como muy digno de ocupar la sede gaditana, en la que podía servir de una gran utilidad.

En cuanto a su participación en “los desórdenes pasados” que hemos narrado atrás, desde la Secretaría de Estado pontificia se requería al nuncio por un despacho fechado el 18 de enero de 1815 se pronunciara sobre la responsabilidad de Vera en ellos: “Essendo stato nominato alla Chiesa di Cadice il vescovo ausiliare di quella di Siviglia è necessario che quivi sappia colla maggior possibile sollecitudine, s’egli abbia avisto qualche parte nel pasatto disordini accaduti nell’anministrazione del Sigr. Card. di Borbon. Attendo dunque tali riscontri dalla sua diligenza”, a lo que Gravina como se vio respondió afirmando que aquel había sido únicamente un “mero ejecutor de las órdenes del cardenal Borbón”, exonerándolo y calificando su conducta de “intachable”<sup>907</sup>. En cuanto a la reacción que pudo despertar el nombramiento en la liberal Cádiz no hemos podido encontrar ninguna reacción desfavorable, al menos notoria, pues para esos días la censura impuesta por el nuevo régimen fernandino hubiera impedido cualquier demostración pública, o perseguido cualquier panfleto que circulase. Sí debió agradar en cambio al mayoritario elemento conservador del clero gaditano, particularmente refractario y hostil a las medidas decretadas por las Cortes en materia de religión, observando en ello su cabildo la postura de “obedecer y no cumplir”, reacción que provocó que algún capitular diese con sus huesos en la cárcel<sup>908</sup>.

Obispo de Cádiz desde el 15 de marzo de 1815, fecha de expedición de las bulas, y tras proveer la Cámara de Castilla las cartas ejecutoriales (9 de mayo), Vera y Delgado delegó la posesión de la diócesis en el nuevo deán don Juan José Cordon, al

---

<sup>907</sup> ASV, Secretaria di Stato, leg. 249, febrero de 1815. En Villapadierna: “El conflicto entre el cardenal primado...”, opus cit., 268. Ver asimismo de Francisco Díaz de Cerio: *Noticias sobre España en el Fondo de la Secretaría de Estado del Archivo Vaticano (1800-1817)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1988, págs. 205, 209, y 213. La traducción del texto en italiano: “Habiendo sido nombrado para la Iglesia de Cádiz el obispo auxiliar de la de Sevilla, usted debe saber a la mayor brevedad si este tuvo algo en los disturbios pasados ocurridos bajo la administración del señor cardenal Borbón. Todo lo cual esperamos de su diligencia”.

<sup>908</sup> Arturo Morgado García: “El obispado de Cádiz en la época contemporánea”, en *Historia de las diócesis españolas: Iglesias de Sevilla, Huelva, Jerez, Cádiz y Ceuta*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2002, págs. 693-723, 697-698.

que otorgó los poderes suficientes para ello el día 11 de mayo, verificándose la posesión por Córdón el 22, decretando ya desde el día siguiente como una de las primeras medidas la prorrogación de las licencias ministeriales a todo el clero secular y regular<sup>909</sup>. Su pontificado duraría apenas tres años, que Vera dedicó principalmente sus esfuerzos a tareas de reorganización y visita de los pueblos de la diócesis, en calamitoso estado tras la guerra. Vuelto de la Corte, donde se encontraba invitado a besar la mano del rey, fue saludado a su llegada a la iglesia de la *Santa Cruz sobre las aguas* por el canónigo don Juan Arbolí, futuro obispo de la diócesis, en nombre del Cabildo. El discurso de bienvenida sería pronunciado el 27 de septiembre por el deán Córdón, futuro obispo de Guadix en 1824, y gobernador del obispado hasta la llegada del prelado, a quien Vera tratará con una humildad y cortesía extremas, tal y como se observa de la correspondencia mantenida entre ambos, y que compartirá con el cabildo, al que siempre tratará de agradar en todo<sup>910</sup>. Instalado en la llamada “Casa del Obispo”, probablemente uno de los lugares sagrados más antiguos de Occidente, a tenor de las excavaciones arqueológicas realizadas en él, Vera y Delgado efectuará todos sus actos pontificales en la “Catedral Vieja”, pues el magnífico templo que se venía construyendo desde principios de la centuria anterior permanecía aún inacabado, y con las obras paralizadas desde 1788. Así, y aunque como hemos visto, las bulas urgían al nuevo obispo “en quanto alcancen tus fuerzas à la reparacion de la Yglesia Catedral y de la Casa Episcopal”, el estado ruinoso de la diócesis no permitió avanzar prácticamente nada en su culminación, que no llegaría hasta 1832 en que se reanudaron las obras impulsadas por el nuevo obispo fray Domingo de Silos Moreno, que inauguraría el templo en 1838<sup>911</sup>.

---

<sup>909</sup> El nombramiento sería publicado en la *Gaceta de Madrid* de fecha 24 de noviembre de 1814, pág. 2195 de la Colección. La documentación consistorial en ASV, A.C. 51, fol. 79; y ADC, *Episcopologio*, Obispo Vera y Delgado, leg. 1: Bulas de nombramiento, resigna del título de Laodicea, juramento de fidelidad al papa y toma de posesión junto a otros documentos.

<sup>910</sup> Juan Arbolí: *In adventu Excellentissimi e Illustrissimi D. D. Joannis de Vera et Delgado, Archiepiscopi, Episcopi Gadicensis, oratio gratulationem pro ecclesiastico Collegio Cathedrali Sanctae Crucis*, Cádiz, 1815, 6 págs. Existe ejemplar en AGAS, BCC, signatura: 28-8-36 (15); y Juan José Córdova y Leiva, obispo de Guadix-Baza: *Arenga que en la recepción y primera entrada en su matriz del Excmo. e Ilmo. Sr. Doctor Don Juan Acisclo de Vera y Delgado, pronunció el 27 de septiembre de 1815 en esta ciudad de Cádiz, el Señor Dr. Don Juan José Córdón, deán y gobernador de este obispado, en que expresa los sentimientos de su cabildo, clero y pueblo. / Se da a la prensa de orden y a expensas del Ilmo. Cabildo*, Cádiz, Oficina de Nicolás Gómez de Requena, 1815, 7 págs. Un ejemplar en AGAS, BCC, signatura: 28-8-36 (14). Dicha cortesía se puede apreciar del cruce de correspondencia entre ambos conservada en el Archivo Catedralicio de Cádiz, Sección *Secretaría*, Varios (1815-1818), legs. 32-33. Ver las referidas bulas ya citadas en ADC, *Episcopologio*, leg. 1.

Tanto es así, que en mayo de ese mismo año ya había recibido Vera un oficio de la Real Cámara en la que se le sondeaba sobre la posibilidad de reducir alguna prebenda catedralicia si esto fuese en menoscabo “de la desencia del culto”, a lo que el obispo respondería que las que había le parecían “indispensables”, pues el número de capitulares era “apenas suficiente p<sup>a</sup> el desempeño de sus obligaciones”, dejando sin embargo la última palabra a aquella, que resolvería “como siempre lo más justo y conveniente”. En otro oficio llegado de Madrid, este el 4 de noviembre de 1817, se apremiaba a también a la catedral para que efectuase el pago de los 30 millones de reales que tenía señalados en concepto del Subsidio, que como indicaba la comunicación “ya debían estar satisfechos” en los primeros tres meses del año, no sirviendo de nada las instancias enviadas a la corte o al propio rey para que al menos se indultara del pago de las pensiones con que estaban cargadas las prebendas en favor de la Real Capilla o de la Orden de Carlos III en el periodo que iba de 1809 a 1813, o de la décima benefical y el producto de las vacantes de ese tiempo. A todo ello respondió la Secretaría de Hacienda que “los apuros del día no admiten dicha súplica”, al menos en lo referente a las vacantes y al Subsidio, pues para las otras peticiones debía dirigir su súplica a las de Estado o Gracia y Justicia. Hasta el capitán general de Marina de aquella zona, marqués de Castelflosrui llamaba tanto al deán como al obispo a facilitar algún “socorro económico” para el Departamento de Marina, a fin de evitar “un funesto acontecimiento” que según manifestaba se “preveía” por noticias reservadas que decía tener. También llegaban solicitudes de auxilio de otros puntos cercanos aunque no pertenecientes al obispado, como Jerez de la Frontera, cuyo campo se encontraba parado por la falta de lluvias, accediéndose a la petición enviada por un veinticuatro de aquella ciudad (de 8 de abril) con 6.000 reales que debían utilizarse contratando a los jornaleros para labores de obra pública, principalmente reparación de caminos o alcantarillado<sup>912</sup>.

A esta calamitosa situación, extensible a toda la nación, si bien Cádiz se había visto sometida al sitio más prolongado, se unió también en estos primeros meses del pontificado de Vera las preocupantes noticias que llegaban desde Europa: “Sucesos

---

<sup>911</sup> El nuevo templo se iniciaría en 1722, consecuencia de la enorme riqueza que deparó a la ciudad la instalación de la Casa de Contratación. Desde 1832 el proyecto lo llevaba Juan Daura, quien sustituía a maestros de obras como Vicente Acero, Gaspar Cayón, y su sobrino Torcuato Gayón, que falleció en 1783, dirigiéndolas desde 1790 hasta la interrupción de las obras Miguel Olivares.

<sup>912</sup> Todo lo expuesto en ACC, I, *Secretaría*, Varios, leg. 33; y ADC, *Secretaría de Cámara*, Reales Órdenes, año 1815. En el referido informe sobre la reducción de prebendas se detalla por parte del obispo el ceremonial que tocaba a cada capitular, información que exponemos en la introducción al pontificado gaditano.

inopinados de Francia” se decía en la Real Orden que fue cursada desde Madrid a todas las autoridades dando cuenta de la azarosa fuga de Napoleón de Elba y su desembarco en la costa Francesa el 20 de marzo. En la orden, fechada el 18 de abril, se pedía tanto a las autoridades civiles como religiosas extremasen la vigilancia: “por los malos efectos que puedan producir los artificios y seducción de los partidarios del mismo”, así como de las noticias “desfiguradas” que aquellos pudieran esparcir entre sus antiguos seguidores, evitándose con ello “qualquier sorpresa que pudiese temerse por parte de los enemigos y partidarios de Bonaparte”<sup>913</sup>. Junto a este, que volvió sí, pero por poco tiempo, pues su estrella se apagaría para siempre bajo los campos de Waterloo, también regresarían los jesuitas, que aunque habían sido ya exonerados de manera personal bajo el gobierno de quien tanto luchó por precisamente por extinguirlos, lo eran ahora de manera plena, siendo restaurada la orden por el papa, señalándose por parte del gobierno la cantidad de 11.257 pesos para sufragar los gastos del viaje desde Italia. El cabildo decidió proponer al prelado aportar entre ambos mil ducados de vellón, a razón de quinientos por cada uno, elevando la propuesta a su consideración para que este determinase (carta de 8 de agosto de 1815 contestando el oficio de 25 de julio enviado por la Secretaría de Estado).

Poco antes de esto, Vera había enviado con fecha 7 de julio una “representación” al rey en que le pedía, aludiendo a los méritos y peligros pasados en defensa de la Monarquía y de los derechos de su persona, la concesión de la gran cruz de Carlos III, o al menos mandase se le hiciera efectivo el nombramiento que como consejero de Estado le había hecho tiempo atrás la Regencia tras la disolución de la Junta Central. No sabemos que le impulsó a enviar este sorprendente escrito, al menos para un prelado con fama de humilde como él, pero especulamos que pueda tratarse de una reafirmación de lealtad con el monarca en un momento en que Europa temblaba de nuevo con el fantasma del “tirano” Bonaparte renacido. En el escrito Vera hace memoria de su actuación como vocal y vicepresidente de la Junta de Sevilla primero, y luego como representante de esta en la Junta Central y como presidente de esta última, enumerando los peligros y dificultades que pasó durante el traslado a la Isla de León, en el que casi parece víctima de los paisanos, condenado a muerte por los franceses y confiscados sus bienes por estos, y luego privado de cualquier ingreso durante su estancia en Ceuta.

---

<sup>913</sup> Ibídem.

También hacía constar en el documento la autorización que como presidente de la Junta Central dio al fallido plan urdido por el marqués de Ayerbe para liberar al rey de su cautiverio de Valençey – del que ya se dio cuenta –, adjuntado carta del también ex central y luego regente Francisco Saavedra, que daba fe de todo lo expuesto (Ver apartado dedicado a la Junta Central), así como la encendida defensa que hizo del cuerpo de guardias de corps, cuya extinción se pretendía durante los días de la Junta. Por último, identificado completamente con la restitución del monarca en todos sus poderes, manifiesta al soberano su labor de oposición “a las ideas de las llamadas Cortes”, evitando en todo momento comprometerse con las decisiones de estas, hallándose “al presente destituido de toda condecoración”. El escrito parece que surtió todo su efecto pues al año siguiente le fue concedida al obispo la codiciada condecoración, siendo además elegido como veremos para desposar al propio rey en su segundo matrimonio<sup>914</sup>.

Sobre las noticias que llegaban de América en los primeros meses de 1816 tenemos alguna noticia, principalmente en relación a los actos religiosos decretados en acción de gracias por algunas de las victorias conseguidas por los españoles en los últimos meses del año anterior, cuyas noticias llegaban ahora, ordenándose por parte del gobierno el canto de un solemne Te Deum tanto por la importante batalla de Viluma, localidad situada en el departamento de Cochabamba (Alto Perú) en la que el general Joaquín de la Pezuela venció a las fuerzas reunidas por el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata el día 29 de noviembre de 1815; y por la toma de Cartagena de Indias en diciembre de ese último año tras un duro asedio de más de seis meses de duración por el general don Pablo Morillo. Pocos meses después de esto, el *arzobispo-obispo*, que era su título, pues la dignidad arzobispal no podía renunciarse para ocupar otra inferior, recibiría de manos del pontífice restaurado Pío VII y como obsequio las reliquias de Santa Victoria, mártir romana precisamente hermana de San Acisclo, que le fueron traídas por monseñor Julio María de Somalia, obispo de Túsculo, quien las entregó al capellán Sebastián de Flores, comisionado por el arzobispo para ello el 24 de agosto de 1816<sup>915</sup>. Extraídas de las catacumbas romanas de Santa Priscila, una vez en

---

<sup>914</sup> ADC, *Episcopologio*, Obispo Vera y Delgado, leg. 1 (antes en Despachos, leg. 74); y Secretaría de Cámara, Reales Órdenes, año 1815, leg. 25.

<sup>915</sup> VV.AA. *La catedral guía mental y espiritual de la Europa Barroca Católica*, Germán Ramallo Asensio (Coord.), Editum, 2010, pág. 127. *Paseo histórico-artístico por Cádiz*, [Autor J.N.G.] Cádiz, Establecimiento tipográfico a cargo de F. Arjona, 1843, pág. 28.

Cádiz quedaron expuestas en la Sala Principal del Palacio Episcopal, y luego, a la muerte del prelado en la Capilla de las Reliquias de la “Catedral Vieja”, pasando años más tarde a la “Nueva”, donde se exhiben actualmente, si bien en la cripta. En este año llegaría Vera a culminar verdaderamente su *cursus honorum*, pues además del nombramiento para celebrar los desposorios regios, que se detallará a continuación, por el que fue efusivamente felicitado por el cabildo, que nombró una comisión compuesta del arcediano Cervera, del canónigo Hevia, y del procurador mayor (17 de abril), en la que se ofrecía a colaborar con este en todo lo que fuese necesario para atender a los personajes llegados con la comitiva, se le concedió además la gran cruz solicitada y el nombramiento como prelado doméstico de Su Santidad y asistente al Solio Pontificio.

Retomando ahora el asunto del matrimonio regio que antes hemos avanzado brevemente, hay que decir que dicho enlace surgió tras un fallido sondeo a la corte de San Petersburgo, aceptando el rey entonces la opción lusitana que le aconsejaba su gobierno, comprometiéndose finalmente un doble enlace, entre él mismo y su hermano el infante Carlos María Isidro, que tendría que doblegar su declarada manifestación de permanecer célibe, y dos infantas portuguesas. Las dos princesas, llamadas Isabel y Francisca, eran además sobrinas de los propios prometidos, hijas del rey Juan VI y de Carlota Joaquina, la hermana mayor de los novios, permaneciendo aquella corte aún refugiada en Brasil. Se enviaron a Río de Janeiro para ultimar los detalles a don Miguel de Lardizábal, Tadeo Calomarde y fray Cirilo Alameda, quienes firmarían en nombre del rey las capitulaciones matrimoniales el 22 de febrero de 1816. Las infantas zarparían rumbo a España el día 22 de marzo siguiente, a bordo del navío luso *San Sebastián*, llegando a Cádiz tras no pocas vicisitudes a finales de agosto, celebrándose los desposorios el día 5 de septiembre a bordo del propio navío. El oficiante, Vera y Delgado, contó con la autorización expresa del patriarca de las Indias y procapellán mayor don Francisco Antonio Cebrián y Valdá, ordinario de la Casa Real, que este expidió el 31 de marzo anterior, siendo representados los novios en la ceremonia por el duque del Infantado<sup>916</sup>, haciéndose cargo de las reales personas el jefe de la comitiva, conde de Miranda del Castañar, a la sazón mayordomo mayor de Palacio. La nueva

---

<sup>916</sup> Acta del Matrimonio en Archivo General del Ministerio de Justicia, Madrid (AGMJ), Armario Reservado, leg. 00013, exptes. 2.347: “Real decreto de 9 de septiembre de 1816, participando los desposorios de S. M. don Fernando VII con la Infanta de Portugal, doña María Isabel Francisca, y los de doña María Francisca de Asís con el Infante don Carlos María Isidro”; y 2.352: “Real decreto de 14 de febrero de 1816, sobre las capitulaciones y tratos matrimoniales de S. M. don Fernando VII con doña María Isabel Francisca, y los de doña María Francisca de Asís con don Carlos María Isidro”. Ver asimismo en ADC, *Colección Doceañista*, leg. 1; y ACC, *Secretaría*, Documentos Varios, leg. 33.

soberana permanecería en Cádiz hasta el día 11, visitando en ese tiempo la ciudad, engalanada e iluminada en su honor, acudiendo a los toros, al teatro, y recibiendo el besamanos de las principales autoridades gubernamentales, militares, y locales. El día 11 a las 8,30 de la mañana partió la comitiva entre aclamaciones con destino Jerez, pasando por Utrera y llegando a una Sevilla también engalanada con arcos, luces y guirnalda en honor de la nueva reina. Aquí visitarían la catedral y su Capilla Real, asistiendo a los oficios y luego yendo de paseo por la ciudad, acudiendo a Plaza de Toros donde la Maestranza había organizado un espectáculo ecuestre en su honor y más tarde al teatro. Alojada en el Alcázar, la soberana recibió el homenaje de las autoridades y personas distinguidas de la ciudad, acudiendo por la noche del día 14 a un baile de gala organizado por el teniente de hermano mayor de la Real Maestranza. De la capital de Andalucía partiría el día 16 en dirección hacia Carmona, llegando a Aranjuez el día 28, donde fue recibida por el infante don Antonio, y a las afueras de la capital por los dos novios, que escoltaron a caballo la carroza hasta el Palacio Real. El obispo Vera y Delgado acompañó a la comitiva desde Cádiz, asistiendo a los nuevos desposorios que se celebraron esa misma noche a las nueve y media en el salón del trono, oficiado por el patriarca de las Indias, teniendo lugar las velaciones al día siguiente en la cercana iglesia de San Francisco el Grande, ceremonia a la que asistieron los embajadores y ministros extranjeros, los secretarios del Despacho, individuos de los Consejos, capitán general de Madrid y su plana mayor, la villa de Madrid, el arzobispo de Toledo y cardenal de Scalas, don Luis de Borbón, su auxiliar en Madrid, el arzobispo de Zaragoza, inquisidor general, y los obispos de Cádiz, Juan Acisclo de Vera, de Puerto Rico, Ceuta, y electo de Jaén. Tras el enlace, la reina quedaría al fin en cinta, pues para el 24 de febrero de 1817 se había enviado una Real Orden que pedía la realización de rogativas y oraciones por el feliz término del parto – que como sabemos no llegaría a buen fin, falleciendo incluso la reina –, que para esa fecha iba ya por el quinto mes de embarazo, orden que el obispo trasladó de inmediato al deán y cabildo para que se cumpliera con las mayores faciliades<sup>917</sup>.

Pero aunque la guerra había terminado en España, y también en Europa, sin embargo parece que se mantenía aún latente en el propio seno de la catedral gaditana,

---

<sup>917</sup> Detalles del recorrido de la comitiva, felicitaciones de toda España, y pormenores de las ceremonias nupciales pueden verse en la *Gazeta de Madrid*, año 1816, núms. 112-124. Sobre las rogativas por el embarazo ver ACC, Secretaría, *Varios* (1815-1817), leg. 33: Carta de Vera al deán y cabildo de 3 de marzo de 1817.

sobre el que sobrevolaba “el fantasma del cisma” en palabras del canónigo Plaza, quien tras la caída del régimen constitucional se vio acusado por los anteriormente perseguidos por los liberales de connivencia con aquellos, que lo nombraron vicario capitular interino en sustitución de Mariano Martín Esperanza por la férrea resistencia de este en cumplir las disposiciones que en materia religiosa se atribuyó el Legislativo gaditano. La decisión fue recurrida por algunos capitulares liderados por el canónigo Hevia al tribunal metropolitano de Sevilla, y luego al de la Rota, que acabó decretando la nulidad del nombramiento de Plaza en 1816, si bien con esto no se apagaron los rescoldos del enfrentamiento, que aún seguía vivo en fecha tan tardía como octubre de 1817. Por una solicitud fechada el 7 de ese último mes, el deán Cordón se veía obligado a solicitar de manera formal al prelado que este accediese a realizar santa visita al templo catedralicio, para zanjar así: “los males que de lo contrario la amenazaban por varias razones y causas que se nos expusieron”. A dicha solicitud respondió Vera como era de esperarse de manera afirmativa, pero fijándola para cuando terminase la visita pastoral que realizaba en esos días a Tarifa. El obispo, que estaba ya informado de todos estos altercados, había sido consultado por la Cámara – con fecha 7 de febrero de 1815 – para que manifestare su opinión en lo que hubiera de cierto en los recursos presentados por los capitulares gaditanos, dejando a su “celo”, “los medios mas saludables” para “la reforma de los abusos y graves negligencias que se advirtieren en el desempeño de las obligaciones de los prebendados de oficio”. La opinión del prelado, remitida a Madrid aún antes de tomar posesión de la mitra, el 8 de marzo, era bastante elocuente sobre las razones y el origen del enfrentamiento que turbaba la paz y la tranquilidad de los capitulares, siendo en su opinión generado por “el alto grado de acaloramiento â que los Yndividuos de aquel Cabildo han llegado por unos resentimientos â que dio lugar la division y partidos sobre la vicaría capitular en la actual vacante de aquel Obispado”. Y es que junto a Plaza también se hallaban imputados por excesos y negligencias en sus obligaciones tres capitulares de oficio: el lectoral Trianes, declarado liberal; el magistral Cabrera, que no había firmado junto con el primero la representación que el cabildo envió a las Cortes en 1813 sobre la lectura del decreto de abolición de la Inquisición; y el penitenciario Nicolás Madera, unos excesos que Vera manifestaba no apreciar “en su conducta pública y privada”. Sobre el apoyo que estos habían recibido de la prensa liberal, tolerado por los capitulares durante los días de la Regencia, que también se les señalaba, Vera lo achacaba más a la



“pusilanimidad que obligó generalm.<sup>te</sup> â todos en aquella infeliz época”, no encontrando fundados los cargos con los que se les quería envolver.

Su dictamen era claro sobre el origen de las querellas entre los capitulares, afirmando:

“En fin, parece indubitable que q.<sup>tos</sup> movimientos se advierten entre uno y otro partido son inventados y seguidos ô por conservar cada uno su sistema en desagravio de los desaires que mutuum.<sup>te</sup> creen haber recibido en la vicisitud y alternativa del servicio de la Vicaría Capitular de aquella Diócesis, ô por los diferentes efectos de caracter en los unos de prepotencia y animosidad en sostenerlo â pretexto de las pp.<sup>cas</sup> ocurrencias, de que justamente se lisonjean; y en los otros el de cobardía y abatimiento, que forzosam.<sup>te</sup> abandonarían si se les diese audiencia sobre los hechos que se les imputan. Pero estando proxima la cesacion de dha actual vacante, e igualmente la del Dr. D.<sup>n</sup> Mariano Martin Esperanza por su colocacion en otra Yglesia [la de Sevilla] y por su indispensable residencia en este Tribunal de Ynquisicion â que ha sido promovido, me parece que por este medio acabarán los disgustos y disturbios, restituyéndose aquel Cabildo â la tranquilidad y sosiego en que siempre ha sido exemplar”<sup>918</sup>.

Como se ve, los ánimos no se había apagado del todo, pues en febrero de 1818 el canónigo Plaza todavía enviaba al obispo, en su calidad de “visitador” de dicha Santa Iglesia, una exposición sobre los agravios recibidos de parte de sus compañeros a santo de la enunciada destitución del vicario Martín Esperanza, solicitándole declarase nulos los acuerdos que aquellos habían conseguido aprobar en los que se le atacaba y denigraba. Acusaciones que habían visto la luz en un amplísimo defensorio, de casi trescientas páginas, publicado en Madrid en 1814 por orden del cabildo, y que constituía todo un señalamiento público hacia los capitulares que habían apoyado al gobierno liberal, deduciéndose así la connivencia de estos en las persecuciones que sufrieron los que se mostraron refractarios a las decisiones de las Cortes. Estos capitulares, a los que Plaza definía con un carácter “inquieto y dominante”, en “inteligencia” con el destituido vicario, no eran si no el arcediano de Medina Sidonia, Pedro Juan Cervera, y los prebendados doctores Matías de Elejaburu y Manuel de Cos, que llegarían a ser encarcelados, y que libres una vez restaurado Fernando VII viajaron hasta Madrid para entrevistarse con el propio monarca, publicando primero un *Discurso de los señores comisionados del Ilmo. Cabildo de la S.I.C. de esta ciudad de Cádiz pronunciado en*

---

<sup>918</sup> ACC, I, *Secretaría*, Varios, caja 33. Respuesta del obispo y carta a la Cámara en ADC, *Secretaría de Cámara*, Visitas Pastorales, leg. 806. La nulidad del nombramiento de Plaza en el citado archivo catedralicio, LAC 50, fols. 211-218.

presencia de don Fernando VII, y luego el defensorio antes citado. En el escrito de amparo al obispo el ofendido Plaza no ahorra términos contra sus antiguos compañeros, acusándolos de venalidad al amañar cabildos comprando las voluntades de los capitulares más indecisos con los fondos de los distintos patronatos benéficos administrados por el cabildo, o de disponer de parte de sus rentas “para empresas locas, perjudiciales, o innecesarias”. Denunciaba por último que estos querían también conseguir su traslado de aquella Iglesia, indisponiéndolo con la Inquisición haciendo ver que aquel había tenido un comportamiento desafecto para con el tribunal durante los días de su extinción, solicitando además de las autoridades gubernamentales su expulsión de la corte, a donde había acudido para vindicar su causa<sup>919</sup>.

El asunto prosiguió algún tiempo más, no acabándose la visita si no hasta el pontificado siguiente, como exponía por un decreto el obispo Cienfuegos en 18 de octubre de 1819, iniciándose tan solo en el de Vera la primera fase de actuaciones, consistente en la revisión de las cuentas capitulares y de los patronatos y memorias que administraba el cabildo, documentación que aún para la fecha referida retenía en su casa, según denunciaba el magistral Cabrera al nuevo obispo, el antiguo secretario Matías de Elejaburu<sup>920</sup>. Sin embargo, y a pesar de todo lo expuesto en los párrafos anteriores, no se conservan en los fondos diocesanos de Cádiz, ciudad plenamente identificada con el espíritu de la Constitución de 1812, demasiada documentación sobre procesos de depuración o represión del clero, aspectos que siempre han despertado el máximo interés de los estudiosos del reinado de Fernando VII. Así por ejemplo se

---

<sup>919</sup> Ver la exposición de Plaza en: ADC, *Secretaría de Cámara*, Visitas Pastorales (1817-1819), leg. 806; las instancias dirigidas al obispo (1816) por parte de algunos de los miembros encausados de las Juntas de Censura como la de Rafael de Garaicoechea, suspendido de sus funciones ministeriales en misma sección, serie Despachos, leg. 74. En cuanto a los defensorios de los canónigos que apoyaron al destituido Martín Esperanza: *Discurso de los señores comisionados del Ilmo. Cabildo de la S.I.C. de esta ciudad de Cádiz pronunciado en presencia de don Fernando VII*, Cádiz, 1814; y: *Memoria interesante para la historia de las persecuciones de la Iglesia Católica y sus ministros en España en los últimos tiempos de cautividad del señor don Fernando VII, el Deseado, consignada en la defensa que hizo el licenciado don Bernabé Josef Cabeza, relator del Consejo Supremo de Guerra y Marina, por los comisionados del Ilustrísimo Cabildo de Cádiz D. Pedro Juan Cervera, arcediano de Medinasidonia; Dr. D. Matías de Elejaburu y Urrutia; y Dr. D. Manuel de Cos, prebendados de aquella Santa Iglesia, en la causa que de orden de la Regencia provisional, comunicada por el secretario de Gracia y Justicia D. Antonio Cano Manuel al Juez de primera instancia D. Joaquín Josef de Aguilar en 24 de abril de 1813, se formó á éstos y al Vicario capitular de la misma diócesis D. Mariano Martín de Esperanza por el delito de haber consultado á diferentes RR. Obispos y santos Iglesias sobre lo contenido en los decretos de abolición del santo tribunal de la Inquisición, y haber representado que el manifiesto hecho por las Cortes extraordinarias no se podía leer en los templos sin quebrantar las disposiciones de la Iglesia. Fueron acusados de trayción, liga, y bando, y se pidió que se les impusiera la pena de expatriación y ocupación de sus temporalidades; añadiendo que merecerían la de muerte si no desvanecían los graves cargos que contra ellos resultaban*, Impreso de Orden del Ilmo. Cabildo Ecc.<sup>co</sup> de Cádiz, Madrid, Imprenta de la Compañía, 1814, 259 págs. más apéndice de otras 35.

<sup>920</sup> ADC, *Secretaría de Cámara*, Visitas Pastorales, leg. 806.

aprecian peticiones de curas suspendidos de licencias por su anterior identificación política, casos de los curas Manuel Galiano, depuesto de su plaza de capellán en la catedral en 1814, o de Rafael de Garaicoechea, enviándose cartas a diferentes párrocos para que vigilasen el contenido de los sermones predicados desde sus púlpitos. Si antes eran los liberales los que se quejaban de ello, ahora era el gobierno absolutista el que se quejaba al obispo sobre su inadecuada utilización, que algunos “abusando de su ministerio han hecho asunto de sus sermones las disposiciones del Gobierno para zaherirlas y criticarlas en lugar de predicar el evangelio y la doctrina cristiana”. En la orden enviada desde Madrid por el ministro se exhortaba al prelado para de manera reservada hiciera constar a los prelados seculares y regulares – es decir párrocos y superiores conventuales – del profundo “desagrado” del monarca con todo esto, y más en un tiempo en que aquel daba “tantas pruebas de su afecto al clero”, confianza que algunos aprovechaban para “desacreditar su gobierno”<sup>921</sup>.

Así, y para desterrar las reminiscencias del periodo liberal en la ciudad, se arbitraron diferentes soluciones, una llegó desde Madrid a través de una Real Orden de 9 de octubre de 1814 que imponía la celebración en las parroquias de catequesis tres veces por semana, medida que por los informes que los párrocos y ecónomos de las iglesias enviaban al obispo no parece que tuviera demasiado eco, pues en ellos que se lamentaban de la escasez de auditorio. El párroco del Sagrario por ejemplo manifestaba que pasada la Cuaresma se había quedado “sin oyentes”, quejándose los padres de los niños del tiempo que perdían estos en las aulas. Lo mismo denunciaba el de Santiago, quien aun “fixando carteles señalando los tres días semanales y tocando la campana p<sup>a</sup> las Ynstrucciones Catequisticas” no conseguía reunir auditorio suficiente, optando por omitirlas en las condiciones recomendadas. Por parte del obispo, que no olvidaba su antigua inquina contra las representaciones teatrales, una de las primeras medidas que tomó fue prohibir que ningún eclesiástico diocesano concurriese a los teatros de comedia, pues la conducta de los que asistían a ellas no era: “nada conforme al est.<sup>do</sup> Ecc.<sup>co</sup>, escandalosa à los seglares qe la observan, y muy desagradable” al propio obispo, como finalizaba uno de los informes enviados por un párroco al secretario de Cámara, notificándole haber informado de ello a los clérigos concurrentes a su iglesia. También, y “teniendo en consideracion la general necesidad que hay de la reforma de costumbres

---

<sup>921</sup> Ibid, *Reales Órdenes*, año 1815, leg. 25.

é instrucción de la Doctrina Christiana” se decretó en diciembre de 1815 la celebración de misiones en todo el obispado, que fueron encargadas a los capuchinos fray José de Pruna, fray Mariano de Ronda, y fray Tomás de Moguer, autorizando a todos los curas durante la duración de estas a absolver todos los pecados, incluso los reservados al obispo, habilitando con ello casos de pecados incestuosos, o revalidando matrimonios, debiéndose procurar por los párrocos de cada villa donde se realizare la manutención de los religiosos misioneros<sup>922</sup>.

Por último quisiéramos reseñar también para este año de 1816 la petición que realizó una extraña religiosa que pedía vehementemente la fundación de una nueva congregación en aquella ciudad, monja que había dado mucho que hablar en la ciudad tan solo unos años antes, en el periodo de las Cortes. Se trata de la única petición que hemos encontrado en los fondos diocesanos durante el pontificado de Vera para fundar un nuevo instituto religioso, el cual debía llevar el nombre de “Siervas de María Santísima de los Dolores”, también denominada en la documentación *Servitas*. La extraña religiosa, y ahora explicaremos porqué la definimos así, era una monja nacida en Barcelona cuyo nombre en religión era el de Sor Rosa María de Jesús, quien manifestaba haberse entrevistado con el mismísimo papa Pío VII en su encierro de Savona (Italia) al objeto de consultarle sobre los remedios que este encontraba para la azorada situación que vivía la nación, sojuzgada al igual que la Iglesia bajo la tiranía de Napoleón, manifestando a su vuelta traer un mensaje del pontífice para la nación con la solución de todo aquello, mensaje que debía ser comunicado de inmediato a las Cortes. Sor Rosa María era monja en el Convento de las agustinas recoletas de la Purísima de Salamanca, saliendo de allí durante el verano de 1810, y llegando a Savona algo antes del 4 de noviembre de ese año, fecha en que manifestaba haberlo visto por primera vez, el día de San Carlos Borromeo.

Una vez en Cádiz, donde llega en el verano de 1811, se dirige primeramente a los diputados, a los que dirige numerosas cartas sin conseguir su atención, no creyéndola estos y tomándola por una fantasiosa, si bien es cierto que el asunto causó bastante revuelo en la ciudad y dio pie a no pocas murmuraciones tras la publicación por la religiosa del relato de su novelesco viaje, que salió en un opúsculo “para la pública satisfacción” titulado: *Viage de la M. Rosa María de Jesús a ver a N.S.P. Pío*

---

<sup>922</sup> Ibídem. Sobre reforma de costumbres y misiones *Despachos*, 963.

*VII y tratar con Su Santidad de la paz de la Iglesia, y la libertad de la Nación Española*, Cádiz, Imprenta de Manuel Santiago Quintana, 1811. En el folleto se viene a decir que los males de España – según el papa le habría comunicado – eran consecuencia de la ira de Dios por la maldad y los pecados de los hombres, teoría por otra parte muy recurrente en el mensaje de la Iglesia en esos agitados años, achacándose a esto la sucesión de guerras y desgracias que sufría Europa desde los últimos decenios, que como ya vimos también utilizó el propio Acisclo en su *Exhortación a los españoles*. Entre los remedios aportados supuestamente por el papa estarían en primer lugar el admitir y proteger la religión de Siervas de María Santísima de los Dolores, que Sor Rosa María promovía vehementemente, advocación que además debía ser nombrada generalísima de las tropas y aparecer en las banderas de los ejércitos patriotas, exhortando además a la confesión y comunión de los soldados antes de entrar en batalla, y al ayuno general y rogativas en todos los pueblos no ocupados. Por último, y para dar más satisfacción a Dios se aconsejaba subsanar el “execrable” agravio que se había cometido años atrás contra la Compañía de Jesús, que poco tiempo después de esto se vería precisamente rehabilitada.

Precisamente en Cádiz se encontraba también el confesor de esta, padre Alfageme, al que algunos llegaron a acusar de ser el inductor de la monja, y que propuso que una junta de obispos la examinara, si bien la postura del vicario capitular Mariano Martín Esperanza, como vimos uno de los elementos más conservadores del cabildo, fue bastante cauta, acabando por dar largas al asunto tras observar un cierto teatralismo de la monja al fingir un desvanecimiento. Tildado pues su relato de cúmulo de falsedades, la monja se vería precisada a abandonar la ciudad a finales de 1813, muy desprestigiada, si bien como decimos aún en 1816 insitía ante las nuevas autoridades eclesiásticas sobre la fundación de la orden. No se conocen muchos detalles más sobre la monja, que no consiguió su ansiado propósito, incorporándose al parecer a su salida de Cádiz al convento de su orden de Nuestra Señora de las Angustias de Cabra (Córdoba), en el que residió hasta 1824, pasando ese año al de las Comendadoras de Santiago de Madrid, ciudad en la que falleció cuatro años más tarde<sup>923</sup>.

---

<sup>923</sup> ADC, *Secretaría de Cámara*, Despachos, Obispo Vera, leg. 964. Un original manuscrito del relato de Sor Rosa María de Jesús puede consultarse en AGAS, Catedral, Sección IX, *Fondo Histórico General*, Diversos, leg. 11.286, exp. 22. Ofrece también algún dato biográfico sobre la religiosa a su salida de Cádiz un artículo publicado por Pablo Planedas en la página oficial de la Orden de los Agustinos Recoletos, 6 de junio de 2012: “María Rosa de Jesús, una

Ya nos hemos referido, si bien brevemente, a los procesos de depuración sufridas por el clero gaditano, que como se vio fue en uno y otro sentido, por lo que abundando algo más en el asunto analizaremos a continuación un informe emitido por Vera y Delgado a petición del gobierno sobre el alcance que debía tener la conocida amnistía que se concedió en 1817<sup>924</sup>. Dicho perdón pensaba aplicarse a un número considerable de opositores al régimen, que encarcelados o exiliados fuera de España por afrancesados o liberales privaban al país de innumerables talentos (clérigos, políticos, militares, literatos, banqueros incluso), enviando el gobierno a las principales autoridades políticas, jurídicas y eclesiásticas del reino una circular en la que se les consultaba sobre la conveniencia o no de ejercer dichas medidas de gracia. La enviada por el secretario del Despacho Universal de Gracia y Justicia Juan Esteban Lozano de Torres a los señores obispos y arzobispos lleva fecha 29 de mayo de 1817:

*“Muy reservada.-*

*El Rey Nuestro Señor quiere que V. informe muy reservadamente acerca de la utilidad política de una amnistía general o con excepciones, o una medida conciliatoria, tanto con respecto a los que siguieron el partido del Intruso, como a los comprendidos bajo el título de opiniones políticas, dentro y fuera del Reino, teniendo V. presente lo que crea en cuanto al estado del concepto público en cada uno de estos puntos, todo a la mayor brevedad. De Real Orden le comunico a V. para su más pronto y puntual cumplimiento. Dios y etc. Palacio, 29 de Mayo de 1817”.*

De las cincuenta y nueve mitras existentes en ese momento en el reino únicamente se abstuvieron de enviar su respuesta tres: Ávila, Canarias y Lérida, adivinando el historiador Pedro Antonio Perlado<sup>925</sup>, que ha estudiado las respuestas de los prelados y cabildos a la encuesta, cuatro actitudes principales, ya fueran afirmativas o negativas. Estas serían: evasivas, condicionantes, pesimistas, o duras, es decir completamente contrarias a la aplicación de cualquier medida favorable hacia los sujetos a los que se pensaba aplicar las medidas. Perlado mete a Vera en el último de ellos, y aunque es cierto que en su respuesta utiliza duros calificativos y epítetos para referirse a aquellos, una segunda lectura del informe remitido, y a pesar del lenguaje

---

agustina recoleta muy activa en las Cortes de Cádiz”. Ramón Solís en *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, Silex, 2000, págs. 308-314 también trata el tema, comentando la correspondencia de la monja con las Cortes.

<sup>924</sup> Sobre la amnistía de 1817 y la respuesta de Vera a la encuesta realizada entre los prelados ver la obra de Pedro Antonio Perlado: *Los obispos españoles ante la amnistía de 1817*, Pamplona, Ediciones de la Universidad de Navarra, 1971, págs. 215-218.

<sup>925</sup> Perlado: *Los obispos españoles ante la amnistía de 1817*, opus cit., pág. 19.

ejemplarizante y moralizador que utiliza, nos haría quizás incluirlo entre los dudosos, pues únicamente subordina como buen clérigo, al arrepentimiento y la retractación de los errores pasados la recepción de cualquier medida favorable. Excluye eso sí, de estas, a los elementos más recalcitrantes y refractarios al régimen: “los severos dogmatizantes, promotores y maestros de sus perversas máximas y principios, seductores de los incautos, de los ignorantes y mentecatos y la levadura, fundamento y apoyo de los maliciosos y revolucionarios”, pero aconseja el perdón total o parcial que el gobierno estimase al resto de sujetos susceptibles de recibirlas: “puede S.M. usar con los demás de su bondad en los términos antedichos o según como fuere de su Real agrado”.

La respuesta, por su brevedad y significación, y por ser uno de los últimos documentos de tipo ideológico que poseemos de su posicionamiento en asuntos públicos, la reproducimos en su integridad:

“Excmo. Señor:

El asunto de que V.E. de orden de Nuestro amado Rey y Señor me manda informar por su oficio de 29 de mayo último, me es tan doloroso y sensible que quisiera correr un velo sobre lo pasado y que se me borrarán de la memoria las catástrofes y violentas convulsiones que hemos padecido en aquella época los fieles españoles amantes de nuestro Rey y de nuestra Religión, no tanto por causa de los franceses, cuanto por la desgraciada deserción a su favor de tantos mal aconsejados españoles que favoreciéndolos con sus talentos y proporciones nos pusieron en el mayor contraste y a pique de quedarnos sin Rey, sin Patria y sin Religión si el Dios fuerte y poderoso no nos hubiera auxiliado y puéstonos el triunfo en las manos cuando menos lo aguardábamos, volviéndonos a un tiempo por su divina Misericordia al Rey, por quien tanto suspirábamos, y con su Real Persona y familia todo cuanto necesitábamos.

De estos hombres pues, desconocidos al Rey y a la Patria en los momentos en que más nos eran necesarios y que tanto nos excitaron en la mayor angustia que ha sufrido nación alguna, se me manda por la enunciada Real orden de 29 de mayo que informe muy reservadamente acerca de la utilidad política de una amnistía general o con excepciones, o una medida conciliatoria tanto a los que siguieron el partido del Intruso, como a los comprendidos bajo el título de opiniones políticas dentro y fuera del Reino, teniendo presente lo que crea en cuanto al estado del concepto público en cada uno de estos puntos, todo a la mayor brevedad.

Y obedeciendo desde luego a S.M. con la claridad y verdad que me es propia, digo, que haciendo una formal distinción en general de los que, desde luego por un infernal egoísmo se adhirieron al Intruso hostilizando su Patria y desentendiéndose de su legítimo Rey y Sacrosanta Religión, y de los que ocasionalmente o por miedo o por la imperiosidad de las circunstancias sucumbieron al Tirano obrando, aunque a su favor pero sin un decidido empeño, en la destrucción y anonadamiento de los tres enunciados objetos, encuentro en éstos alguna utilidad

política en la amnistía o bien medida política en que vuelvan o subsistan en nuestro suelo con aquellas cortapisas que S.M. dispusiere concernientes a que vivan reconocidas a su insondable piedad; y que éstas les sirva de freno y convencimiento para vivirle agradecidos y prontos a dar la vida si fuere necesario por su Rey en desquite y satisfacción de sus anteriores ofensas y criminales debilidades, único resultado en que fundo la utilidad política en este punto.

Y siendo tan perjudicial para un Príncipe la destrucción física de su Monarquía como la moral de sus vasallos en puntos de Religión y máximas fundamentales de su gobierno, digo lo mismo en cuanto a los comprendidos bajo el título de opiniones políticas, saber, que excluidos los severos dogmatizantes, promotores y maestros de sus perversas máximas y principios, seductores de los incautos, de los ignorantes y mentecatos y la levadura, fundamento y apoyo de los maliciosos y revolucionarios, puede S.M. usar con los demás de su bondad en los términos antedichos o según como fuere de su Real agrado.

En cuyos puntos creo que es, o al menos debe ser, el debido estado del concepto público, si es que está bien nivelado con la mayor y más sólida utilidad del Rey, de la Religión y del Reino.

Nuestro Señor guarde a V.E. muchos años.

Santa Visita a Medina Sidonia, 11 de junio de 1817.

Excmo. Sr. Juan Acisclo, Arzobispo Obispo de Cádiz.

Excmo. Sr. D. Juan Lozano de Torres<sup>926</sup>.

Don Juan Acisclo de Vera y Delgado falleció en Cádiz el 22 de julio de 1818 a los cincuenta y siete años de edad, tras una corta enfermedad de unos treinta días de evolución. En su necrológica, publicada en la *Gaceta de Madrid* del 21 de enero de 1819<sup>927</sup>, constan algunos detalles de sobre el óbito:

“de un *favo*<sup>928</sup> que contrajo estando practicando su santa visita de la villa de Chiclana, en cuyo pueblo, que se reservó para el último de sus expediciones, a pesar de haberse sentido ya gravemente indispuerto, no perdonó ni trabajo ni fatiga alguna para llenar con su acostumbrado e infatigable zelo, las funciones de su pastoral ministerio, hasta que acometido de vehementísimos dolores le fue preciso regresar a Cádiz para su curación (...)”.

Un día antes de su fallecimiento otorgó testamento, en el que encomendó las condiciones del funeral y sufragios por su alma a la voluntad de su albacea y heredero

---

<sup>926</sup> Ibid, 215-218.

<sup>927</sup> *Gaceta de Madrid*, fecha 21 de enero de 1819, págs. 74-75.

<sup>928</sup> Probablemente algún tipo de grave enfermedad de la piel incurable, quizás contagiado de ella durante la Santa Visita. Un *favo* constituye un tipo de dermatosis.



universal don Vicente Ferrer García y Cáceres, prebendado de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla, capellán de honor supernumerario de S.M. y su secretario personal. Sus bienes patrimoniales como los adquiridos durante el pontificado constan en los *espolios* realizados a su muerte, fueron testigos de las últimas voluntades los dos médicos que lo atendían: Francisco de Flores Moreno y Manuel de Padilla, que no pudieron hacer nada por él a pesar de indicar el documento eran “médicos de cámara de S.M.”, junto a estos aparece el maestrescuela de la catedral Juan Nepomuceno Montero de Espinosa.<sup>929</sup> El inventario está compuesto de diferentes apreciados realizados: loza, cristal, ajuar doméstico, joyas, muebles, cuadros, libros..., pero no se especifica en ellos el destino final de cada pieza o mueble. El alcance del *espolio* contó con una cantidad acreedora de 413.414 reales, principalmente por deudas a diferentes casas de comercio gaditanas y a proveedores habituales del Palacio Episcopal por el arreglo de los coches, relojes, guarniciones para las mulas, sastrería, o aprovisionamiento de chacinas, maderas, medicinas, azúcar, chocolate, dulces, y otros géneros. Entre los mayores acreedores figuran compañías como las de Jordán Oneto, uno de los mayores emporios comerciales del Cádiz de aquel tiempo (240.000 reales), Ximénez de Tejada (54.478), y Antonio María Picardo (40.000); también particulares como el propio deán Juan José Cordón, a quien se debían 20.000 reales y algún otro presbítero en cantidad menor. Lamentablemente el testamento del citado secretario y heredero universal del obispo, Vicente Ferrer García<sup>930</sup>, es sumamente escueto, obviándose en él cualquier pista sobre el paradero de los mismos, si bien hemos podido localizar algunos. Enterrado en la Capilla de las Reliquias de la entonces todavía Catedral, hoy parroquia de Santa Cruz<sup>931</sup>, los restos del arzobispo-obispo Vera fueron trasladados años más tarde, en 1862, junto con el resto de obispos allí sepultados a la nueva cripta situada bajo el altar mayor de la actual “Catedral Nueva” (Ver Apéndice de Ilustraciones).

---

<sup>929</sup> Testamento en Archivo de Protocolos Notariales de Cádiz (APNC), Cádiz, escribanía de Juan Manuel Martínez, año 1818, leg. 445-B, s/fol. El espolio en ADC, *Episcopologio*, Obispo Vera y Delgado, leg. 1 (antes en *Varios*, *Espolios y Vacantes*, Obispo Vera, leg. 871). La comunicación del fallecimiento al cabildo queda recogida en ACC, *Secretaría*, Autos Capitulares, Libro 50, fol. 91v.

<sup>930</sup> El citado racionero, antiguo seise y secretario particular durante muchos años del arzobispo Vera era natural de Sevilla, hijo de don Juan García de Torres y de doña María de Cáceres y Cueto, otorgó testamento el 14 de mayo de 1821 ante Francisco José Ascarza, dejando por su única y universal heredera a su sobrina doña María de la Salud Velez Bracho y García (APNS, *Sevilla*, Oficio 19, Francisco José Ascarza, leg. 13.264, fols. 261-262v). Falleció en esta misma ciudad el martes 20 de abril de 1824, vecino de la parroquia del Sagrario (AGAS, Fondo Parroquial del Sagrario, *Libros Sacramentales*, Defunciones, libro 30, fol. 117).

<sup>931</sup> Archivo Catedralicio de Cádiz (ACC), Parroquia de Santa Cruz “Catedral Vieja”, *Libros Sacramentales*, Defunciones, núm. 26, fol. 126. El Inventario de Bienes en ADC, Sección *Episcopologio*, Obispo Vera y Delgado, leg. 1, antes en *Varios*, *Espolios y Vacantes*, leg. 871.

Finalmente haremos una breve descripción de los objetos artísticos y valiosos reseñados en los mencionados aprecios<sup>932</sup>, haciendo incapié en los que actualmente han podido ser identificados en Cádiz, Sevilla, o colecciones particulares repartidas por otras provincias. La descripción de los objetos es bastante escueta, por lo que se hace bastante difícil su identificación actual, siendo desde luego los objetos más valiosos los de uso litúrgico, sobre todo pectorales y anillos, entre los que hay que reseñar varios realizados en esmeraldas, amatistas, y brillantes, todos montados en oro y guarnecidos de brillantes. A estos hay que añadir otro de plata sobredorada, posiblemente el que aparece en el retrato de Manuel Roca en el Museo de Cádiz, y otro de oro esmaltado de azul, así como un anillo de zafiros también guarnecido de brillantes. Junto a estas valiosas piezas caben reseñar también varias cruces o veneras en oro y esmaltes y brillantes de la Orden de Carlos III, y dos placas de la Junta Central de las que por desgracia se perdió toda pista. De ornamentos sagrados tenemos constancia de seis ternos completos, de los que dos estaban confeccionados en color blanco, y el resto en cada uno de los colores litúrgicos habituales (negro, verde, morado, y encarnado), estando cada uno compuesto de capa, casulla, estola, manípulo, bolsa, corporales, cíngulo, gremial, tunicela, cáligas, toallas, y mantel de altar, todos bordados en oro. En cuanto a la colección pictórica conservada en el humilde Palacio Episcopal gaditano, era de poco valor, la mayor parte de ella oscilaba entre los 50 y 300 reales, y pocos superaban dicha cantidad, siendo casi todos de temática piadosa. Tenemos constancia de dos retratos suyos, uno de 2 varas de alto conservada en la Sala de Huéspedes valorada en 1.500 reales – curiosamente será el que aparezca tasado en un mayor precio –, y otro más en la alcoba contigua a dicho salón en 1.200, retratos que quizás puedan corresponderse con el que pintó Manuel Roca por esos años y que está desde 1912 en el Museo de las Cortes de Cádiz, y el que existe en la parroquia de Villanueva del Ariscal, también de grandes dimensiones. Del cardenal Delgado, cuya memoria veneraba, había uno en la Biblioteca y otro en su despacho, de media vara de alto y marco dorado, más otro pintado en esmaltes en una cajita de rapé de la cual ignoramos su paradero, aunque hemos intentado localizarla. Otros personajes retratados son Fernando VII, que presidía el Salón Principal del Palacio y estaba tasado en 800 reales – ¿quizás uno que está también en el Museo de las Cortes? –, Pío VII, el cardenal Borbón, de la hermana de este, de la reina, uno pequeñito del arzobispo Despuig y Dameto, y del padre Posadas,

---

<sup>932</sup> Puede consultarse ahora en ADC, *Episcopologio*, Vera, 1 (antes en *Espolios*, leg. 871).

quien precisamente sería beatificado en septiembre de 1818, año en que fallece Vera. El resto de pinturas, algunas de las cuales alcanzan las dos varas de largo, son pequeños cuadritos o laminitas devocionales con escenas de la Pasión o del Antiguo Testamento, de la Virgen, los Apóstoles, y santos españoles principalmente, el inventario no cita el nombre de ningún pintor. De todas estas obras, podemos destacar varios crucificados y dolorosas, un cuadro de la Presentación y otro de la Purificación (ambos valorados en 300 reales), dos ovalos pintados en piedra representando pasajes de la Oración en el Huerto y la Huida a Egipto, y varios de diferentes advocaciones marianas, algunas relacionadas con Sevilla. Así por ejemplo constan una Inmaculada que estaba en la Sala de Órdenes valorada en 400 reales, una Virgen con el Niño y San Juan Bautista, y advocaciones muy conocidas: de Belén, del Pilar, de la Antigua, de África, de los Dolores, o de los Reyes. Junto a estos aparecen reflejados también: un cuadro del Niño perdido en el Templo, un Señor Atado a la Columna, otro con el “Señor Difunto”, una estampa de las Bodas de Caná, San Miguel, San José, San Juan, La Magdalena, y el Martirio de San Bartolomé. Cuadros representando personajes del santoral sevillano o gaditano son: el Martirio de San Germán y San Servando (patronos de Cádiz), San Fernando, San Hermenegildo, San Leandro y San Isidoro, y el ya citado con la Virgen de los Reyes. Otros santos que figuran son: San Blas, San Francisco, Santa Teresa, Santo Domingo de Guzmán, San José de Calasanz, Santa Catalina, San Nicolás, San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza, y un cuadro con la muerte de San Ignacio. En la casa de verano de Puerto Real constan un Nazareno valorado en 300 reales, y dos cuadros de temática bíblica: Herodías y la cabeza del Bautista, Judit con la de Olofernes, y un San Onofre, todos valorados en 400 reales. De tema profano tan solo aparecen un plano topográfico de Cádiz, dos cuadros con escenas de la Batalla del Salado (uno en el despacho), y otro con las armas del prelado situado en la Biblioteca en papel, de media vara y marco bronceado, de poco valor, unos 60 reales.

En la Sala Principal aparece relacionada la urna ya citada con las reliquias de Santa Victoria, que Pío VII le regaló el año en que accede a la mitra gaditana, y en el oratorio otra con las de San Pacífico. Esculturas destacables se citan las siguientes: una urna de caoba de un tercio de vara de alto con cristales con un San José “de piedra” con su varita y diadema de plata, un Niño Jesús de talla con peana de caoba y potencias, otra talla de Nuestra Señora de los Dolores de  $\frac{3}{4}$  de vara de alto de vestir en una urna de caoba con enchapadura de “gateado”; y otra urna con su cristal de una vara de alto con

la imagen “del S.<sup>or</sup> Crucificado”, la cual podría corresponderse con la que en marfil se conserva actualmente en el Museo Catedralicio gaditano, catalogado como obra de José Pedro Muñoz (siglo XVIII) y propiedad atribuida a nuestro obispo. En dicho museo existe además una mesa de caoba y labor de taracea, con cajonería y forrada en su parte superior de verde, descripción que parece ajustarse con dos que aparecen relacionadas en el mencionado espolio, si bien lo escueto de sus descripciones no permiten aseverar con cual se correspondería. Dicho mueble cuenta en su tapa diversos enchapados formando dibujos, observándose en su centro al Espíritu Santo bajando sobre unas rocas y una cartela con la inscripción latina: Spiritus Sanctus illuminet sensus et corda nostra (Que el Espíritu Santo ilumine nuestras mentes y nuestros corazones); y en cada ángulo los símbolos del tetramorfos de los evangelistas. Además, en la parte frontal de su armazón y frente al espectador, figuran una serie de iniciales, también enchapadas en taracea, que enlazadas y fusionadas en forma de jeroglífico parecen decir “VERA”. Sobre este mueble existe la tradición en Cádiz de ser la mesa sobre el que se sancionó el texto constitucional en 1812, si bien no hay prueba documental que lo demuestre. En el inventario aparece citado en la Sala Principal del Palacio una “Mesa de juego de caoba de 1 ½ v.<sup>a</sup> de largo forrada en bayeta verde enchapada”; otra con descripción idéntica aparece reflejada entre el mobiliario de la llamada Sala de Huéspedes. Junto a estas aparecen también reseñadas otras mesas en cedro o caoba con cajonería, pero no se indica si cuentan o no con tapete o de que color es. Finalmente se cita también una escribanía antigua de plata completa, la cual debe ser la que está hoy en colección particular y participó hace años en la exposición “Cinco siglos de platería sevillana”, ya citada, cincelada en líneas sinuosas y decorada a base de estrías helicoidales, la misma que sabemos aparece en su retrato existente en Villanueva del Ariscal, junto a esta pieza aparecen además varias cajitas en oro y plata, de las cuales una cuenta con su cifra grabada, y otra con sus armas, otra de carey aparece con el retrato de Fernando VII, ignorándose igualmente su paradero. Presidía su alcoba un crucifijo de plomo situado sobre la cama de una vara de alto con potencias bronceadas, en dosel de damasco carmesí y cortina de gasa, siendo esta de bronce dorado con colgaduras de tela de merlín blanco y mosquitera de gasa. En la misma estancia figuran además un cuadro de 2 varas de alto por ¼ de ancho de la Anunciación, otros tres con diversas estampas devocionales, y su título de caballero gran cruz de Carlos III enmarcado. Las diversas cartas de hermandad que el obispo tenía con diferentes órdenes y corporaciones religiosas aparecen enmarcadas por las diferentes habitaciones del Palacio.

Del inventario de la Biblioteca podemos decir que su contenido era bastante variado, si bien la mayor parte eran las propias de un prelado de la época: libros piadosos, litúrgicos, jurídicos, teológicos, o sobre historia sagrada y de la Iglesia; a los que habría añadir diferentes obras literarias y colecciones poéticas que denotan un conocimiento medianamente ilustrado, si bien nos referimos más a una ilustración erudita que filosófica. Estaba compuesta por varios centenares de volúmenes distribuidos en diecinueve estantes, compuestos fundamentalmente por obras en castellano y latín, pero también bastantes en inglés (su elevado número nos hace pensar que conocía aquella lengua o estaba aprendiéndola), francés, italiano, o portugués. También podemos encontrar algunas de contenido ciertamente heterodoxo para la moral y dogma católicos de la época, los cuales denotan cuando menos un cierto interés de contraste y conocimiento de las nuevas doctrinas filosóficas y teológicas. Así, junto a libros piadosos y vidas de santos, entre los que no faltaba la vida de fray Diego de Cádiz, abundan también libros de ascética y mística (p.ej. las obras de San Juan de la Cruz, Santa Teresa, fray Luis de Granada, y otros místicos), de pensamiento cristiano (Kempis, Belarmino, San Francisco de Sales...), sermones, clásicos de la literatura latina (Ovidio, Terencio, Plauto, Hesopo) y española (Boscán, Lope de Vega, Juan de la Encina, o Sor Juana Inés de la Cruz) u otras tales como el *Gil Blas de Santillana*, las *Aventuras de Telémaco* de Fenelón, el *Fray Gerundio* del padre Isla, *Robinson Crusoe* de Defoe (en francés), el *Lancelot*, varias tragedias y libros de poesía, entre ellos de Gray o el famoso *Paraíso perdido* de Milton, todas en inglés, una edición de *El Quijote* en esta última lengua, y un ejemplar de *Las aventuras de Arabella* o *La Mujer Quijote* de Charlotte Lennox. No faltan tampoco obras históricas y eruditas como la *España Sagrada* del padre Flórez, Feijóo, varias obras de este tipo en inglés, o la traducción de la Biblia que Carlos III encargara a Felipe Scio. De teología o apologética destacaremos las obras de Santo Tomás, San Jerónimo y otros padres de la Iglesia, *La falsa filosofía* de Ceballos<sup>933</sup>, las *Cartas del Filósofo Rancio*, la *Teología* rigorista de Natal Alejandro, obras de los padres Berni, Patuzzi (acérrimo refutador del probabilismo) y Antoine, del inglés Colet, o uno titulado *La censura sobre el arte de pensar* del padre Eusebio Amort (1759). De contenido más heterodoxo son por ejemplo las *Antigüedades cristianas* de Lorenzo Selvagio, autor jansenista representante del galicanismo; las *Cartas provinciales* de Pascal, varias obras de Van Espen, autor de gran influencia en la

---

<sup>933</sup> Clérigo reaccionario verdadera antítesis de Feijoo cuya obra combatió. Consideraba la Ilustración un “crimen de Estado”.

política episcopalista española del siglo XVIII; la *Historia Natural* de Buffon; las “*Cartas inglesas*” de Voltaire; varias obras de Pope; las “*Cartas persianas*” [sic.] de Montesquieu, los *Cuentos Morales* de Marmontel, algunos libros sobre doctrina protestante, o la Constitución de los Estados Unidos. A todo ello habría que añadir varios libros sobre doctrina de los jesuitas, o un curioso libro no muy conocido sobre los francmasones escrito por fray Juan de la Madre de Dios sobre los francmasones (*Adumbratio Liberatorum Muratorum seu Franc-Massons cuius eorum societas, origo, ritus, mores, etc., detenguntur*, Madrid, 1751, citado por el padre Feijóo en su Carta XVI de las *Cartas eruditas y curiosas*, IV, 197-199). Entre los de contenido variado destacaremos obras de pedagogía escolapia, como las *Lecciones escogidas para los niños*, o la *Scolapia filosofía*, libros de práctica jurídica y forense clásicos como los *Decretos* de Graciano, la famosa *Instituta* de Justiniano, o del Abad Panormitano, de juristas españoles como Melchor Cano, o Molina, las constituciones del arzobispado hispalense y las reglas de coro capitulares de su catedral, y las de la Santa Caridad sevillana. Por último abundan libros de tipo misceláneo sobre medicina, veterinaria, geografía, varias gramáticas (francesa, inglesa, portuguesa, alemana e italiana), retórica, contabilidad, sobre como redactar cartas, de divulgación científica del tipo de los *Secretos de artes liberales* de B. Monton, 1792, y una edición en francés de *El Corán*. Para sus desplazamientos por la ciudad y visitas a diversos puntos de la diócesis obispo contaba con un coche calesín inglés forrado en blanco (valorado en 15.000 reales), una berlina “encarnada” forrada de amarillo, (valorada en 11.000), y una silla de manos forrada de damasco carmesí (en 1.600) para los más cercanos.

## VI. LA NOBLEZA DE MÉRITO ILUSTRADA: LOS INFLUYENTES CURIEL

*Don Luis Francisco Curiel, enemigo de Macanaz. Regalismo y tradicionalismo.*

Los Curiel, familia de origen castellano asentada en tierras sevillanas, puede servirnos de espejo para conocer el desarrollo y ascenso de las élites burocráticas de las que se surtió la Monarquía durante la etapa Moderna, potenciadas especialmente por el reformismo desplegado por los Borbones desde su advenimiento al trono a principios de la centuria dieciochesca. Haciendo honor a la máxima creada por Carlos III para su orden: “Virtute et Merito”, los Curiel pueden considerarse una familia prototípica de colegiales, letrados, militares y clérigos, que evolucionando – como veremos – desde los ámbitos de poder locales, universitarios o judiciales, conseguirán desde una primigenea hidalguía, el asalto a la tan ansiada nobleza titulada, destacando para ello en sus servicios a la Corona principalmente en los Consejos, tanto en el de Castilla como en el de la Inquisición. Su origen hay que buscarlo en tierras castellanas, en Palenzuela (Palencia), de donde partiría una rama que se asentaría en Andalucía, en Osuna. Ya en aquella villa castellana habían desempeñado cargos nobles de regimiento, litigando su hidalguía ante la Real Chancillería de Valladolid, donde el tatarabuelo de don Juan Antonio Curiel, don Juan Curiel, en compañía de su hermano mayor don Hermando ganó una Real Provisión en 1557. Un hijo de este Juan, también llamado así se avecindó en la expresada localidad sevillana de Osuna, ganando nueva Real Provisión ante la Chancillería vallisoletana en 1625. Casi un siglo más tarde sus descendientes se acogerían a esta nobleza para dilucidar ante diferentes instancias municipales el reconocimiento de la misma, siéndole devuelta a don Luis Francisco Curiel la Blanca de la Carne en Sevilla (años 1687, 1689, 1693, 1701, 1704, y 1720), y ganando en compañía de su hermano don José Antonio diferentes reales provisiones contra el concejo de Villanueva del Ariscal desde 1691 hasta 1696, fecha en que se expide ejecutoria el 29 de diciembre de 1696, o contra el de Marchena en 1704<sup>934</sup>. Este reconocimiento nobiliario se vería confirmado por el ingreso de varios miembros de la

---

<sup>934</sup> AMS, Sección X, *Autos Capitulares*, libros correspondientes a los años 1687, 1689, 1693, 1701, 1704, y 1720 (Devolución de la Blanca de la Carne); IV, Libros de Escribanía de Cabildo (S. XVII), tomo 91, núm. 34, años 1689-1693). Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (ARCHVA), *Sala de los Hijosdalgo*, Caja 376, pieza 4; Real Chancillería de Granada (ARCHGRA), *Sala de los Hijosdalgo*, años 1691-1696, cajas 04676, piezas 271, 351, 364, 367, 383, 387, 388, 395; 04678, pieza 439. El despacho de la Ejecutoria de 29 de diciembre de 1696 a favor de Luis Francisco y José Antonio Curiel y Tejada y contra el concejo de Villanueva en caja 04631, pieza 007. Ver asimismo: AGA, *Condado de San Rafael*, leg. 126, en el Libro-Inventario núm. 2 de los vínculos poseídos por la familia, se puede ver el testimonio dado por Juan Beltrán, escribano de Marchena el 18 de febrero de 1704 sobre el reconocimiento en dicha localidad.

familia en dos de las más prestigiosas órdenes de caballería españolas, las de Santiago y Calatrava, y finalmente como ya se ha dicho, y gracias a los méritos conseguidos sobre todo en los consejos a la nobleza titulada, con la concesión por parte de Carlos III del título de conde de San Rafael en el hijo de Juan Antonio Curiel en 1760. Dicha notoriedad se irá diluyendo, cayendo en sus descendientes, como en muchas otras casas de la llamada “nobleza de toga” en la comodidad de la vida del rentista, asegurada con la institución o tenencia de uno o varios mayorazgos, y desapareciendo progresivamente de la vida pública – que no social – e institucional del reino.

El parentesco del futuro cardenal Delgado y Venegas con estos Curiel era cercano, y probablemente se benefició de él, pues consta que tanto el futuro cardenal como su hermano Juan, frecuentaron su casa durante la estancia de ambos en Alcalá de Henares – si bien el segundo no aparece en la lista de colegiales –, circunstancia alegada por los dos en las pruebas de limpieza de sangre que realizaron para su ingreso en ellos o de las posteriores prebendas obtenidas. Los Curiel habían abandonado Sevilla en los primeros años de la nueva centuria, obligados por el ascenso de don Luis a una plaza de alcalde de Casa y Corte en Madrid, quedando establecidos allí de manera definitiva pero conservando sus propiedades sevillanas durante algunas generaciones más.

Don Luis Francisco Curiel y Tejada, padre del célebre censor anti-ilustrado, nació en Osuna el 11 octubre de 1655, siendo bautizado en la Colegial de la citada villa ducal, hijo de don Agustín Curiel de la Vega, regidor noble de aquella villa, donde nació en la misma el 11 de diciembre de 1622, y de doña Catalina de Tejada, que vio la luz en Marchena el 13 de diciembre de 1627, sobrina del canónigo hispalense don Juan de Tejada y Alderete, inquisidor apostólico del tribunal de dicha ciudad. Ambos habían contraído matrimonio en esa última el 24 de enero de 1649, siendo los padres de él don Juan Curiel Rodríguez de Pedraza y Vega (n. 24 de mayo de 1574), familiar del Santo Oficio en Sevilla, y alcalde por el estado noble de la Santa Hermandad de Osuna desde el 31 de diciembre de 1648, y Catalina del Mármol, también natural de Osuna, casados el 1 de junio de 1609; y de ella don Luis Díaz Cañete y María Tejada, ambos de Marchena<sup>935</sup>. Este don Juan Curiel, bisabuelo de Luis Francisco y tararabuelo de Juan Antonio Curiel y Luna, ganó juntamente con su hermano Hernando, ambos de vecinos

---

<sup>935</sup> Ver AHN, *Órdenes Militares*, Santiago, expediente de ingreso de Luis Curiel, núm. 2.301, año 1704. También para datos biográficos y genealógicos los de su hijo y hermano en Calatrava y Carlos III; la documentación de los Condes de San Rafael depositada en el Archivo General de Andalucía; o el expediente de limpieza de sangre de la catedral de Sevilla de su hijo Pedro.



de Palenzuela, Palencia, la mencionada ejecutoria de hidalguía de 1557, litigada ante la Chancillería de Valladolid, la cual serviría a estos para los problemas que ambos tuvieron para ser reconocidos por los concejos de Villanueva y Marchena de los que ya se ha hecho mención. Don Luis contraería matrimonio en Villanueva del Ariscal en 1681<sup>936</sup> con doña Inés María de Luna y Torres, natural de esa villa e hija de Bartolomé Delgado de Luna, familiar del Santo Oficio y alcalde mayor de ella, del que ya hablamos, quien a pesar de todo continuó residiendo en Villanueva, y Ana de Torres Suazo, hermana del comisario de la Inquisición don Diego Torres Suazo, de quien también reseñaremos algunas notas biográficas, quedando detallada la genealogía de ambos en el capítulo: *Prosopografía de una “verdadera” dinastía clerical*:

El liz.<sup>do</sup> D.<sup>n</sup> Luis Curiel  
y Texada\_\_\_\_\_

con

D.<sup>a</sup> Ynes Delgado de Luna  
y Torres\_\_\_\_\_

En Domingo veintiocho días del mes de Diz.<sup>e</sup> de mill seisçientos y ochenta y un años Yo D.<sup>n</sup> Fernando Ôssorno Presbítero Min.<sup>o</sup> Official del S.<sup>to</sup> Off.<sup>o</sup> de la Inqq.<sup>on</sup> de Sev.<sup>a</sup> en Virtud de Comision del S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> Serbando Solano de Carbajal y Brabo Vicario perpetuo y Juez ordinario Ecclesiastico de esta V.<sup>a</sup> de Villanueba del Ariscal, aviendo precedido las tres moniciones por derecho necesarias y no resultando impedim.<sup>to</sup> alguno, despose por palabras de presente al liz.<sup>do</sup> D.<sup>n</sup> Luis Curiel y Texada Vz.<sup>o</sup> de la Ciu.<sup>d</sup> de Sevilla ~~hijo~~ Abogado de la R.<sup>l</sup> Audiencia y del S.<sup>to</sup> Off.<sup>o</sup> de la Inqq.<sup>on</sup> y Auditor de Guerra de dha Ciu.<sup>d</sup> y su Reinado, hijo legitimo de D.<sup>n</sup> Agustin Curiel y Vega, y de D.<sup>a</sup> Catalina de Texada Vz.<sup>os</sup> de la V.<sup>a</sup> de Marchena con D.<sup>a</sup> Ynes Delgado de Luna y Torres hija legitima de Bartolome delgado y Luna fam.<sup>r</sup> del S.<sup>to</sup> Off.<sup>o</sup> de la Inqq.<sup>on</sup> de Sev.<sup>a</sup> y de D.<sup>a</sup> Anna de Torres Zuaço su legitima muger Vz.<sup>os</sup> de esta dha V.<sup>a</sup> fueron testigos el liz.<sup>do</sup> D.<sup>n</sup> Diego de Torres Vz.<sup>o</sup> de esta V.<sup>a</sup> D.<sup>n</sup> Carlos de Aguilar Vz.<sup>o</sup> de Sev.<sup>a</sup> y D.<sup>n</sup> Fern.<sup>do</sup> Mrnez Davila Vz.<sup>o</sup> de Salteras y por verdad lo firme fho ut supra. tt.<sup>do</sup> hijo n.v. \_\_\_\_\_  
D.<sup>n</sup> Fernando Ôssorno.

D<sup>a</sup> Inés María aportaría al matrimonio el mismo caudal que su marido, como ella misma se encargaría de recordar en su testamento, otorgándose las capitulaciones

---

<sup>936</sup> APVA. El matrimonio se encuentra en un libro catalogado erróneamente como *Registro de Amonestaciones*, encontrándose al folio 14 vuelto. Se encuentra separado del resto de libros sacramentales en un legajo signaturado con el número 44 del mencionado Archivo. Al percatarme de este hecho durante mis investigaciones avisé al anterior párroco don Antonio Marín Carmona, realizando el correspondiente índice del mismo. También se lo comuniqué a don Antonio Herrera García, quien se encargó en su día de inventariarlo y catalogarlo, quien ya había notado la falta de dicho libro de matrimonios que comprende los años 1676 a 1731.

matrimoniales en Villanueva el mismo día de los desposorios, ante su escribano público de aquella villa don Miguel Jerónimo Izquierdo<sup>937</sup>. En Villanueva doña Inés María heredaría el vínculo fundado por su tío el comisario de la Inquisición sevillana don Diego de Torres Suazo, el cual quedaría unido al mayorazgo que don Luis Francisco y su esposa fundarían en cabeza de su hijo don Juan Antonio, y del que daremos los detalles más adelante, dedicando tan solo unas líneas ahora el referido comisario Torres, presbítero que al igual que el resto de la familia se mostraría gran favorecedor a lo largo del tiempo de la comunidad franciscana residente en el cercano convento del Loreto, término de Espartinas. Así, en su testamento, otorgado en 29 de julio de 1696, este último mandó entre otras cláusulas se le enterrase con el hábito de aquella orden bajo las propias de su ministerio sacerdotal, designando al propio guardián del convento, fray Francisco Hurtado como su albacea testamentario. El comisario Torres legaría al citado santuario la cantidad de 300 ducados, que debían ser distribuidos como mejor creyera el referido albacea, y otros 300 para su empleo en el nuevo retablo para San Diego de Alcalá, que todavía existe, situado en la nave de la Epístola de dicho templo, y sería concertado finalmente por la hermana de este – ya difunto – doña Inés de Torres con el tallista y ensamblador Cristóbal de Guadix el 4 de enero de 1698, con un coste de 2.000 reales (Ver Apéndice de Ilustraciones)<sup>938</sup>. Por el referido testamento fundó un vínculo de regular sucesión en cabeza de su sobrina D<sup>a</sup> Inés María Delgado, aunque parte de los bienes los gozaría en usufruto la mencionada doña Inés de Torres, su hermana, consistiendo estos en: sus casas viejas frente a las principales, la mitad de dos bodegas y dos atarazanas que tenía en la nueva. Estaba llamado a suceder a la muerte de doña Inés María el hijo primogénito D. Francisco Juan, que falleció soltero antes que su madre, y luego el segundo don Juan Antonio Curiel. Dicho presbítero fundó asimismo dos capellanías, una en Villanueva, y otra en la sevillana parroquia de Santa María Magdalena, donde estaba avecindada la familia. A la muerte de doña Inés de Torres tomó posesión de todo el vínculo doña Inés María el 11 de marzo de 1716, constando el vínculo de los siguientes bienes, todos en Villanueva o lugares adyacentes: las casas de

---

<sup>937</sup> APNSM, *Villanueva del Ariscal*, leg. 1.633, año 1681, fols. 643-648v. El matrimonio debió ser muy conveniente para ambos, pues tan solo el número de misas dejadas por intención del alma del padre de ella, Bartolomé Delgado, ascienden a 5.000 (año 1686), y nos da una idea del potencial económico familiar. Bartolomé Delgado fallecería en 1702 (su esposa doña Ana en 1696), disponiendo su entierro en el cercano convento del Loreto. Ver: APVA, *Varios*, legajo 37 (copia del testamento), y 44 (donde se encuentra por error el matrimonio), y *Libros Sacramentales*, Defunciones, núm. 1, fol. 102v.

<sup>938</sup> El testamento de Diego de Torres en APNSM, *Villanueva del Ariscal*, leg. 1.638, fols. 1143-1155; la hechura del retablo en leg. 1639, fols. 5-6.

su morada con bodegas y atarazanas, dos aranzadas de viña al sitio del Rayado, una viña majuelo, otra igual de ocho aranzadas al pago de Villalbilla, y junto a esta, otra aranzada de la misma especie que había comprado.

Pero volviendo a don Luis Curiel, sabemos que el 24 de febrero de 1676 obtuvo la licencia para ejercer de abogado en la Real Chancillería granadina, siendo nombrado el 10 de abril del siguiente año para el de abogado de pobres de la Real Audiencia hispalense, obteniendo asimismo los cargos de auditor de Milicias para el Reino de Sevilla y de abogado de presos del Real Fisco del tribunal de la Inquisición de esa ciudad en 1683, sirviendo varios años de fiscal interino en la referida Audiencia y en el tribunal de la Casa de la Contratación. El 3 de agosto de 1685 es designado abogado de la ciudad de Sevilla, y algo más de un año después, el 4 de febrero de 1687, lo es también de la dignidad arzobispal hispalense, siendo asimismo oficial y consultor del Santo Oficio. El 6 de febrero de 1688 es nombrado fiscal de la Junta de Comercio de Sevilla, y poco después el conde de Montellano, asistente de la ciudad lo nombra su teniente mayor, puesto que desempeña por tres años, hasta 1693. En 1696 se traslada con su familia a Cádiz, por el nombramiento que el gobernador de aquella ciudad portuaria don Francisco Miguel del Pueyo hizo en Curiel de alcalde mayor (el 18 de julio de ese mismo año), cargo que desempeña hasta el 12 de noviembre de 1699 en que cesa por orden del nuevo gobernador conde de Eril. En Cádiz nacerán varios de sus hijos, y de vuelta a Sevilla, el 13 de diciembre de 1700 el nuevo rey le nombra alcalde mayor honorario de la Cuadra de la Audiencia de Grados, siendo consultado por la Cámara para el puesto de juez de la misma, para la que es nombrado con fecha 19 de febrero de 1704. Fiel partidario de la causa borbónica, el 27 de agosto de 1703 el rey le había hecho merced de un hábito de la Orden de Santiago, del que será investido al año siguiente tras aprobarse las correspondientes pruebas de nobleza, que comenzaron el 12 de noviembre de 1703 y concluyeron el 1 de abril del año siguiente<sup>939</sup>. El 2 de marzo de 1705 consigue una plaza de alcalde de Casa y Corte, que juró de manos del regente de Sevilla don Pedro de Urrea, conde de Lerena el 7 de abril dicho año, partiendo de manera definitiva para la corte, donde toma posesión el 9 julio<sup>940</sup>. La culminación del *cursus honorem* vendrá sin embargo muy poco después, pues el 20 de agosto de 1707 el

---

<sup>939</sup> Ver AHN, *Órdenes*, “Santiago”, expedientes de ingreso de don Luis Curiel, núm. 2.301, año 1704; y don Miguel Antonio, 2.300, año 1728.

<sup>940</sup> Ángel González Palencia: *El sevillano don Juan Curiel, juez de Imprentas*, Sevilla, Diputación Provincial, 1945, págs. 13-14.

rey le nombra para el muy importante cargo de fiscal del Consejo de Castilla, en el que permanecerá hasta ser sustituido por Macanaz el 10 de noviembre de 1713, quien remodela de manera sensible el Consejo y la fiscalía mediante un Real Decreto fechado el día 20 de ese mismo mes y año, una reforma de mucho alcance pero de efímera existencia como veremos a continuación, si bien primero haremos una brevísima introducción al respecto del cargo de fiscal del Consejo.

Un Real Decreto de fecha 26 de julio de 1707, inducido por la buena marcha de la Guerra de Sucesión llevó a crear una segunda fiscalía que se ocupase de los territorios de Aragón y Valencia, ahora sometidos a la legislación castellana. No olvidemos, que, como provincias rebeldes, y en toda ley – analizando siempre el asunto desde la perspectiva de un Estado del Antiguo Régimen –, al rebelarse estas contra el rey legítimo, aquel estaba perfectamente justificado para aplicar el derecho de conquista sobre ellas en el grado que considerase oportuno, como advirtió de manera contundente el duque de Berwick al reconquistar Valencia ese citado año, manifestando: “Este Reyno ha sido rebelde a Su Magestad y ha sido conquistado, habiendo cometido contra Su Magestad una grande alevosía, y así no tiene mas privilegios ni fueros que aquellos que su Magestad quisiere conceder en adelante”. Advertencia que se manifestó finalmente con los famosos decretos de Nueva Planta (1707-1716), de los que Macanaz junto con el consejero francés del rey, Amelot, se erigiría en brazo ejecutor primero en Valencia, donde fue intendente, en Aragón, y finalmente en el Consejo<sup>941</sup>. Así pues, se designó el 26 de julio de 1707 a don Pedro José Borrell Arbizu, que desde 1705 ocupaba la regencia del Consejo de Aragón, y para la de Castilla, en sustitución de Cándido de Molina, que pasaba a ocupar una plaza en el Consejo, a Luis Curiel en la fecha que ya se apuntó: 20 de agosto de ese expresado año. Precisamente, la posible reforma del Consejo, se conserva un informe de Luis Curiel fechado en 1708, titulado: “Origen, autoridad, y poderío del Real Consejo de Castilla”<sup>942</sup>.

¿Pero qué motivó la reforma del Consejo que desplegó Macanaz? Santos M. Coronas en su obra *Ilustración y Derecho. Los fiscales del Consejo de Castilla en el siglo XVIII*, nos dice que: “a las exageradas pretensiones del Consejo”, que gozaba desde siempre de una amplia autonomía frente a la Corona, fragmentándose la

---

<sup>941</sup> En un conocido informe elaborado a favor de la abolición del sistema foral de las provincias rebeldes de 22 de mayo de 1707, Macanaz recomendaba al monarca que aprovecharse la conquista para dejar de ser “un rey esclavo de los fueros”, imponiéndose como efectivo rey de España.

<sup>942</sup> En Biblioteca General de la Universidad de Sevilla (BUS), *Manuscritos*: A 333/181, 208 fols.

presidencia, hasta entonces única, en cinco distintas. Además la reforma de Macanaz, reducía las dos fiscalías a una sola, cuyo titular – él mismo – pasaba a denominarse “fiscal general”, con nada menos que 6.000 escudos anuales de sueldo, auxiliado en su labor por dos abogados generales, con la clara finalidad según Coronas de controlar, y en cierta manera someter al Consejo a la voluntad omnímoda del monarca absoluto, dos sustitutos del fiscal, y cuatro secretarios en jefe<sup>943</sup>. Esta reforma introducida por Macanaz en el expresado Real Decreto de 20 de noviembre de 1713, sería derogada por otro de fecha 9 de junio de 1715, que rehabilitaba a Curiel en su plaza del Consejo, y restablecía la antigua planta del mismo con los dos fiscales, siendo ahora novedad que uno, el más antiguo se encargaría para los asuntos civiles de Castilla, y otro, el más moderno de para los criminales para todo el reino además de los civiles de la antigua Corona de Aragón: Mateo Pérez Galeote y José Rodrigo<sup>944</sup>.

Curiel y Macanaz no solo chocarían a causa de la reforma de los Consejos, también en otros diferentes asuntos de importancia, como la anhelada reivindicación de los manteístas – liderada por el murciano – frente a los colegiales mayores, o la que finalmente desencadenó la caída del omnipotente fiscal general, al cual perdió sus exacerbadadas posiciones anticlericales, de la que hablaremos seguidamente. Sin embargo Curiel no sería un caso aislado en el Consejo, así, el propio Macanaz habla de una “liga conocida, trama entre inquisidores y ministros del Consejo”, en la que apunta no solo al inquisidor Giudice o al propio Curiel, si no a otros colegas como Arana, Araciel, Andía, Lagrava, o Morales<sup>945</sup>.

Tras su nombramiento como fiscal del Consejo el *cursus honorum* del consejero sevillano pasaría por diferentes vicisitudes, participando en numerosas comisiones, algunas de las cuales presidió. Así, había sido nombrado el 9 de agosto de 1710 vocal de la Junta de Sustitución de Millones, y en 1711 de la encargada de examinar el estado de los papeles conservados en el Archivo de Simancas, y una vez fuera de la fiscalía, en 1717 tuvo un papel relevante en la creación de la Audiencia de Asturias el 30 de julio de

---

<sup>943</sup> Santos M. Coronas González: *Ilustración y Derecho. Los fiscales del Consejo de Castilla en el siglo XVIII*, Madrid, Instituto Nacional de Administración Pública, 1991, págs. 44-45. Ver asimismo sobre aquel organismo el interesante estudio prosopográfico de Janine Fayard: *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, Madrid, Ediciones Siglo XXI de España, 1982.

<sup>944</sup> Coronas, opus cit., 251-252.

<sup>945</sup> Cita Coronas a Antonio Álvarez de Morales: *Inquisición e Ilustración, 1700-1834*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982, pág. 72. Ver decreto en *Nueva Recopilación*, libro 2, título 4º, auto 72.

ese año, la cual pretendía paliar los desórdenes que en aquel Principado se padecían, tierra calificada como carente de “temor, ley, ni rey”, restableciendo la justicia real o recuperando muchas de las rentas u oficios enajenados a través de la Junta de Incorporación<sup>946</sup>. Sería nombrado también el 21 de marzo de 1719 como juez superintendente de las Reales Casas de Moneda, emitiendo importantes informes y consultas. Entre ellos citamos el de 1711 sobre las posibles responsabilidades y delitos en que habrían incurrido los que habían seguido al archiduque Carlos (dados en Zaragoza el 9 de enero, y en Madrid el 3 de febrero de dicho año)<sup>947</sup>, el que a continuación estudiaremos relativo a las dependencias de Roma y atribuciones abusivas de la Dataria, en respuesta el Pedimento de Macanaz, otro sobre los sucesos del cardenal Alberoni; y uno tan tardío como en 1721 sobre si el rey debía restituir a la corte romana los caudales procedentes de los espolios y vacantes que había tomado durante la guerra hasta 1717, encargado a Curiel y a don Álvaro de Castilla, consulta que resultó contraria a dicha idea<sup>948</sup>.

Tras su sustitución en la fiscalía, Curiel fue nombrado para una plaza de consejero de Castilla por una Real Cédula de 19 de noviembre de 1713, con salario de 4.500 escudos de vellón anuales<sup>949</sup>: “Por cuanto desde mi ingreso a esta Corona ha sido una de mis principales atenciones y deseos el de arreglar los Tribunales de la Corte, y fuera de ella, establecidos en lo primitivo con tan justas como cristianas leyes y reglas para su gobierno, en la mejor administracion de la Justicia y Gobierno de estos pueblos y vasallos, que con lo que han acreditado su fidelidad y constancia en el tiempo de mi

---

<sup>946</sup> Coronas, 93.

<sup>947</sup> BN, *Inventario General de Manuscritos*, II, 722,3: “Papel y decreto sobre el delito de los que siguieron al archiduque Carlos y su partido, Madrid 3 de febrero de 1711.

<sup>948</sup> Real Academia de la Historia (RAH), Biblioteca: signatura 9-9-6-1510; y *Colección Pellicer*: Consulta contraria del Consejo sobre si el Rey está obligado a restituir a la Corte Romana los caudales de vacantes y expolios de que se valió hasta el año 1717, con fecha 16 de octubre de 1721, 26 fols. (tomo VIII, fols. 371-396). Archivo de la Universidad de Salamanca (AUSA), Catálogo de Manuscritos: *Carta del fiscal del Consejo, Luis Curiel [y Tejada] a un canónigo de la Sta. Yglesia de Toledo, primada de las Españas, en ocasión de querer el Sr. Rey D. Felipe V valerse de las rentas del Arzobispado en sede vacante* (II, 22-f. 158r-161r); *Consulta del fiscal del Consejo, Luis Curiel [y Tejada] sobre la jurisdicción del Consejo, en particular sobre el ejercicio de jurisdicción con los eclesiásticos*. Madrid, 11 de septiembre de 1728 (II, 21-f. 162r-204r); *Dos consultas del Consejo redactadas por Luis Curiel sobre el mismo asunto de competencias*. Madrid, 1 de abril de 1713, y 25 de febrero de 1710 (II, 9-f. 40r-46r); *Informe de Luis Curiel, caballero del Orden de Santiago y fiscal del Consejo Real de Castilla a Felipe V, sobre competencias de los colegios militares con los colegios mayores de Salamanca, y sobre el memorial dado por los freyles* (II, 8-f.38r-39r); *Voto de don Luis Curiel sobre dependencias de Roma acerca de los seis puntos sobre que su Magestad ha mandado al Consejo de su parecer*, 12 de febrero de 1714; *Botto de don Luis Curiel sobre el requerimiento hecho al consejo por el señor fiscal general sobre puntos de jurisdiccion y inmunidad eclesiástica sobre el remedio de algunos abusos y otras cosas*, 1 de marzo de 1714.

<sup>949</sup> AHN, *Consejos*, Libro de Plazas, nº 734, fol. 64.

Reynado han manifestado los merecedores que son de ser gobernados con amor, con prudencia y con justicia, en la Planta y nuevo Reglamento que he mandado establecer y practicar desde ahora en adelante en los Consejos de Castilla, Indias, Ordenes, Hacienda, y Sala de Alcaldes, confiando en la suficiencia, letras y buena conciencia de vos, Don Luis Curiel, fiscal del mi Consejo, he venido en nombraros por consejero del mi Consejo de Castilla. Os ha de preferir en el asiento y antigüedad Don Francisco Arena y vos a Don Antonio Jurado”<sup>950</sup>. Sin embargo, poco después de esto, el 2 de septiembre de 1714, y a causa de la famosa delación que hizo al cardenal Belluga, y que este remitió al inquisidor Giudice, del informe de Macanaz al Consejo sobre los famosos “Cincuenta y Cinco Puntos”, del que hablaremos a continuación, Curiel sería destituido y desterrado a Segura de la Sierra (Jaén), volviendo tan solo a la corte tras la caída de Macanaz, procesado por el Santo Oficio y desamparado de sus principales soportes: la princesa de los Ursinos, expulsada el 23 de diciembre de 1714 por la nueva reina Isabel de Farnesio, y de Orry, destituido el mismo día que Macanaz: el 7 de febrero de 1715.

Pero abordemos ya en detalle el asunto que conduciría finalmente a la caída del fiscal Macanaz y a Curiel a un breve destierro de la corte, enfrentamiento que finalizaría con el exilio del primero y el fin de su carrera en España, si bien parece que continuó realizando misiones extraoficiales para Felipe V, que no acabó de retirarle el apoyo pero de manera privada. Todo había comenzado a consecuencia de la ruptura de Madrid con Roma a causa del reconocimiento que el papa había hecho del archiduque Carlos, el cual amenazaba en Italia las posesiones pontificias, y que se manifestó no solo en la clausura de la nunciatura y la expulsión de su titular, sino también en el recrudecimiento de las posturas regalistas de la Corona alentada por algunos ministros como Macanaz, apoyado por la influyente camarilla regia formada por Orry, Robinet (confesor real) y la dueña de la voluntad real la princesa de los Ursinos, firmes partidarios de limitar, cuando no acabar con los muchos privilegios que gozaba la Iglesia.

---

<sup>950</sup> Sobre la bibliografía que menciona al fiscal reseñamos aquí solamente a Marcelino Menéndez y Pelayo, que paradójicamente le dedica una breve nota de censura por su delación del proyecto de Macanaz en su *Historia de los heterodoxos españoles*, 3 vols., Madrid, Editorial Católica, tercera edición, 1978, III, Libro VI, Capítulo III: Disidencias con Roma. Proyectos de Macanaz. Su caída y posteriores vicisitudes, págs. 354 y ss; Carmen Martín Gaité: *Macanaz, otro paciente de la Inquisición*, Madrid, Booket, 1982; el ya citado de Santos M. Coronas sobre la figura de la figura del fiscal del Consejo; o el propio informe de Macanaz, publicado en el siglo XIX: *Pedimento del fiscal general don Melchor de Macanaz sobre abusos de la Dataria; provisión de Beneficios; pensiones; coadjutorías; dispensas matrimoniales; espolios i vacantes; juicios posesorios y otros asuntos gravísimos*, [23 de diciembre de 1713] Madrid, Imprenta Nacional, 1841.

El ambiente de enfrentamiento con Roma favorecía desde luego la política del ilustrado murciano, que denunciaba entre otras cosas la gran autonomía y amplitud de las temporalidades de la Iglesia, la excesiva jurisdicción de sus tribunales, entre ellos el de la propia Inquisición, cuyas facultades interferían claramente con las atribuciones del monarca, los numerosos privilegios e inmunidades que gozaban los eclesiásticos, sobre todo del propio nuncio, y la reforma general de todo el clero que en número abultadísimo además apenas tributaba esgrimiendo diferentes subterfugios. También determinados “abusos”, como fueron calificados, de la Cámara romana o Dataria, que se apropiaba de las pingües rentas de los espolios y vacantes, o se lucraba con la venta de numerosos beneficios eclesiásticos y dispensas matrimoniales, elaborando Macanaz a petición del propio rey un polémico informe, conocido como “Pedimento de los Cincuenta y Cinco Puntos”, que a la postre serán la causa de su perdición.

El controvertido documento había sido elaborado por el flamante nuevo fiscal a instancias de un decreto de consultas que el rey envió al Consejo en 8 de julio de 1712, en el que se pedía a los ministros su opinión al respecto del enfrentamiento con Roma, borrador que Macanaz entregó al Consejo el 19 de diciembre de 1713, y fue leído ese mismo día, contando una adición redactada el 2 de enero siguiente. Se entregó una copia a todos los ministros del Consejo para que estos diesen su parecer y en su caso el asenso, requiriéndoles el día 21 de agosto de 1714 devolviesen la copia junto con su opinión para enviarlo todo al rey el 23. Curiel había elaborado su informe el 12 de febrero, documento titulado: “Voto de D. Luis Curiel sobre dependencias de Roma, acerca de los seis puntos sobre los que S.M. ha mandado al Consejo dé su parecer”, y luego elaboraría otro con fecha 1 de marzo: “Voto particular sobre el requerimiento hecho al Consejo por el Señor Fiscal General sobre puntos de jurisdicción y inmunidades eclesiásticas, y sobre el remedio de algunos abusos y otras cosas”, ambos bastante equidistantes entre las dos posturas enfrentadas. En ellos el ministro sevillano defendería siempre el diálogo con Roma, aconsejando evitar posiciones rupturistas, y advirtiéndole sobre la supremacía espiritual sobre la temporal cuando ambas entraban en conflicto, añadiendo además que solo al papa le era permitido reformar la Iglesia. Como contrapartida, manifestaba asimismo “sin que esta confesión de la plenísima potestad del Papa, prive a los Reyes de la justa defensa de sus regalías y jurisdicción temporal



por los medios honestos que cada Reyno y Provincia practica”<sup>951</sup>. Sin embargo, el documento de Macanaz no solo horrorizó a Curiel, si no también a buena parte del Consejo, tal y como declaró el marqués de San Felipe, que lo calificó de “temerario” y muy cercano a la herejía e influido de galicanismo, y escrito además en un “modo irreverente a la Iglesia y con palabras dignas de un ministro católico”<sup>952</sup>.

El proyecto pintaba un panorama desolador del país, que el fiscal achacaba en buena medida al excesivo poder de la Iglesia y al número de religiosos, principalmente en los conventos, acusación esta que constituiría uno de los principales motivos de la condena que como veremos dictó el Santo Oficio contra el documento y su autor. Decía entre otras cosas que: “El número de religiones y conventos que cada una de ellas tiene en España es tan excesivo que casi igualan sus individuos a los legos y han cargado con las haciendas, introduciendo tales modos de sacar dinero, frutos y todo género de bienes que casi el todo de la Monarquía viene por uno y otro medio a parar en ellos; y al mismo tiempo, se ven niños y niñas huérfanos morir sin tener dónde recogerse, ni quien los alimente; los hospitales en tan suma miseria que no pueden curar los enfermos; las parroquias tan pobres y desiertas que casi están yermas; la república llena de vicios, escándalos y pecados por falta de fondos para recoger mujeres pobres perdidas, personas miserables y pobres; los eclesiásticos relajados por falta de Seminarios, así para educarlos antes de recibir las órdenes, como para moderarles sus pasiones después de haber entrado en una carrera de tanta perfección”<sup>953</sup>.

No podemos analizar punto por punto dicho proyecto, pero sí expondremos a continuación los principales aspectos que denunciaba, demandando entre los cincuenta y cinco puntos de que se componía:

Que se prohibiera ofrecer dinero por gracias o provisiones dela Santa Sede; que a imitación de los hecho en Francia y otros estados, se anulasen los beneficios proveidos por la corte romana así como las pensiones con que esta cargaba las dignidades y beneficios; que dejaran de solicitarse allí las dispensas matrimoniales, algo que calificaba de “simonía declarada”, debiendo pasar todo ello por el agente de preces; que

---

<sup>951</sup> Ejemplares de ambos dictámenes en RAH, Manuscritos, 9/1510, fols. 61r. y v. Ver asimismo el *Pedimento* de Macanaz, opus cit.

<sup>952</sup> Vicente de Bacallar y Sanna, marqués de San Felipe: *Comentarios de la guerra de España e historia de Felipe V*, Génova, s.a., tomo II, pág. 42.

<sup>953</sup> Macanaz: *Pedimento*, fol. 117.

cesara el goce de los frutos y rentas de los espolios y vacantes por aquella corte y quedasen en España; limitar completamente la jurisdicción del nuncio y que a nadie fuera lícito apelar a tribunal alguno fuera del país (petición que años más tarde fructificaría con la creación de una sede del tribunal de la Rota en España); cumplimiento del arancel sobre derechos de los tribunales eclesiásticos; que se despojase a la jurisdicción eclesiástica de los elementos temporales que tenían a su parecer usurpado; que cesara la amortización de determinados bienes raíces enajenados a eclesiásticos libres de contribución para que estos ayudasen a las cargas del Estado; restricción del derecho de asilo e inmunidad local; que nadie pudiese alegar la autoridad de la bula *In coena Domini*, y que esta como la *Unam Sanctam* fueran únicamente observadas en lo tocante a asuntos de fe y religión pero no en el gobierno temporal de la nación; extensión del derecho de presentación de los obispados vacantes a todos los del reino, y no solo a los de Granada e Indias; que los clérigos pudieran ser sometidos a contribuciones de guerra sin tener que solicitar breve o rescripto a la corte romana; reducción y reforma del número de “religiones”, es decir de órdenes monásticas, “reduciéndolas al pie en que quedaron cuando el cardenal Cisneros las reformó”, limitando su número a un convento en pueblos que no excediesen de mil vecinos, aplicando el producto de ello a hospitales, casas de huérfanos, escuelas, o casas de mujeres recojidas....

El desenlace del asunto vendría sin embargo por una infidencia de Curiel, quien violando la confidencialidad de las deliberaciones que se trataban en el Consejo – actuación que incluso llegará a censurarle Menéndez Pelayo en su crítica reseña a la trayectoria de Macanaz en su *Historia de los heterodoxos españoles*, de quien dice que “Entre los leguleyos del siglo XVIII pocos hay tan antipáticos como él”<sup>954</sup> – envió al célebre cardenal Belluga, obispo de Cartagena, una copia del mismo, que este remitió a la Inquisición, a cuya cabeza se encontraba el cardenal Giudice, gran amigo de Curiel, y al parecer resentido con Macanaz por haberse opuesto este a que el italiano ocupara la sede primada al prohibir las leyes que prohibían otorgar prelacías a extranjeros. Belluga además se había manifestado como uno de los más críticos con la política del fiscal general, manifestándose totalmente reacio a cualquier injerencia por parte de la Corona en las inmunidades y derechos de la Iglesia, incluidas las que pretendían controlar la administración de sus bienes o rentas.

---

<sup>954</sup> Menéndez y Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles*, II, opus cit., págs. 354, y 357-358.

En abril Giudice entregó el documento a los calificadores del Santo Oficio, y Macanaz prevenido de las actuaciones entregó al tribunal todos sus escritos como fiscal, acompañados de una declaración en la que manifestaba detestar cualquier cosa “que directa o indirectamente fuese contra nuestra Santa fe católica y buenas costumbres, o contra el uso libre de las llaves de San Pedro”, y aunque por presión regia el secretario de la Suprema archivó el asunto el 15 de junio, Giudice desde París, donde se encontraba en misión diplomática, se mantuvo en la condena del documento, estallando así el escándalo con la orden de este de hacer pública la condena por un edicto dado en Marly, Francia, el 30 de julio<sup>955</sup>. El 15 de agosto tres inquisidores ordenarían la publicación de dicho edicto por todas las iglesias de Madrid, entablándose a decir de Menéndez Pelayo un duelo entre las dos jurisdicciones, la real y la eclesiástica, que finalizaría según el célebre erudito santanderino con el triunfo de la Inquisición, si bien matiza que “por última vez”<sup>956</sup>. Y aunque el rey mandó a los inquisidores revocar el edicto, estos contestaron que lo habían recibido del inquisidor general, que fue llamado de inmediato a España, intimándosele a revocarlo, a renunciar a su cargo, y a marcharse a Italia, su patria natal, sustituyéndolo en el cargo por el obispo Gil de Taboada.

El castigo a Curiel llegaría a raíz de un decreto de 24 de agosto, en el que se hacía incapié de la extrañeza del monarca sobre la “vulgarización”, es decir la difusión, a que se vio sometido un informe reservado del Consejo, ordenando de inmediato la reunión del mismo para que este votase sobre el controvertido *Pedimento*, sesión que tuvo lugar el día 26 y en otros posteriores. Mientras Macanaz continuó elaborando proyectos al fin de limitar el poder de la Iglesia, propiciando en un informe de fecha 28 de septiembre el que la censura fuese civil y no eclesiástica, y en otro, precisamente a santo de todo esto, de reforma de la Inquisición, documento que fue presentado por el fiscal del Consejo de Indias a instancias suyas el 3 de noviembre, y que pretendía someter de una vez a la jurisdicción real al poderoso tribunal, una de las más anheladas reivindicaciones del regalismo hispano durante todo el siglo, limitando de manera significativa sus atribuciones<sup>957</sup>. Mientras ocurría todo esto, Belluga en carta reservada al propio Luis XIV, en septiembre de 1714, solicitaba del Rey Sol su intervención directa, denunciando en la misiva la política y los agravios que Macanaz junto con

---

<sup>955</sup>Ibidem.

<sup>956</sup> Ibidem.

<sup>957</sup> Ver Álvarez de Morales, *Ilustración e Inquisición*, opus cit.

Robinet y otros más, protegidos por el paraguas amparador de la princesa de los Ursinos deparaban a la Iglesia, y pidiendo la salida inmediata de ambos del Reino con cualquier excusa, y la vuelta al confesionario real del padre Daubenton.

Sin embargo, al tardar las bulas de Roma para este, y contar Giudice con el apoyo del poderoso abate Alberoni, negociador del nuevo matrimonio del rey y “señor absoluto de la voluntad de los reyes” a decir de Menéndez y Pelayo, este aprovechó la estancia de Macanaz en Francia para devolver el cargo de inquisidor general a Giudice, compensando a Taboada con el arzobispado de Sevilla, lo que significó ya sin la protección de la Ursinos, expulsada en diciembre, la caída definitiva del fiscal general, cesado finalmente junto con Orry el 7 de febrero de 1715. Sus protestas desde Pau a las actuaciones de Alberoni no sirvieron de nada, emplazándole el cardenal Giudice a comparecer ante la suprema en un plazo de noventa días, y defenderse de los cargos que se le achacaban: herejía, apostasía, y fuga, procediéndose al embargo de sus bienes, y al no hacerlo fue excomulgado y declarado “sospechoso de la fe”<sup>958</sup>. Tras su reposición en el Consejo el 9 de junio de 1715, fecha en que se restaura en su antigua planta, Curiel ocupará también con fecha el 5 de marzo de 1716 y a consulta de su amigo el inquisidor general Del Giudice uno de los dos puestos que los miembros del Consejo tenían en el de la Suprema y General Inquisición, vacante por muerte de Juan Antonio de Torres, decano de los consejeros<sup>959</sup>. Antes de su caída en desgracia había sido nombrado por la Real Academia de la Lengua, con fecha 17 de junio de 1714, para inaugurar la silla “S” mayúscula, ingresando en la corporación dos semanas después que su propio hijo Juan Antonio, que estrenó el sillón “R”, estando compuesta la sesión que lo nombró de los siguientes académicos: padres José Casani y fray Juan Interián de Ayala, Juan Ferreras, Andrés González de Barcia, Antonio Dongo, Adrián Connink, Juan Villademoros, marqués de San Felipe, Gonzalo Machado, Jerónimo Pardo, y su propio hijo Juan Curiel<sup>960</sup>.

Destacado defensor de los colegios mayores frente a los ataques del sector manteísta, de los que el ahora huido Macanaz se había erigido también en abanderado, Curiel fue nombrado el 5 de junio de 1716 vocal de la restaurada Junta de Colegios,

---

<sup>958</sup> Menéndez y Pelayo, opus cit., 358-359. La documentación del encausamiento puede consultarse en AHN, *Inquisición*, leg. 3.697

<sup>959</sup> *La Gaceta de Madrid*, 10 de marzo de 1716.

<sup>960</sup> ARAE, Fondo de la Real Academia, *Libros de Actas*, núm. 1 (1713-1721), año 1714, fols. 36v-37.

suprimida por aquel durante su reforma. Tiempo antes, el 30 de mayo de 1714, ya había redactado un informe dirigido al confesor real: *Discurso sobre los colegios mayores de Salamanca, Valladolid &c.*<sup>961</sup>, que, aunque defendía la función que los colegios de Salamanca y Alcalá habían tenido tradicionalmente en la provisión de puestos en la Administración en detrimento de otros de provincias, refiriéndose a estos como “seminarios de los mayores hombres de España”, admitía sin embargo la existencia de abusos en este sentido, lo cuales podían corregirse, como veremos a continuación<sup>961</sup>. Las demandas de los manteístas eran desde luego justas, pues como argumentaban en diferentes memoriales elevados al Consejo y al propio rey en las últimas décadas apenas habían podido obtener un número insignificante de cátedras o puestos de importancia, monopolizados siempre por los colegiales mayores, una reivindicación que fue tomada por Macanaz como uno de los principales puntos de su programa reformador. En el de Curiel, se observan sin embargo, en palabras de Salas Balust, mucha “más suavidad y buenas maneras”, aunque no por eso deje de reconocer determinados vicios y defectos que pueden ser en su opinión corregidos. Así, tras alabar como ya se vio el papel tradicional de aquellos en la vida pública española, reconoce “algunas relajaciones, que de mucho tiempo â esta parte se han introducido, y no se han enmendado, porque han hallado en el Consejo siempre proteccion y disculpa, y nunca les han faltado poderosos valedores que han errado el camino, quanto les han apartado de las estrechas sendas de sus Constituciones y de la aplicacion a la virtud y estudio”.

Aunque Curiel era simpatizante claro del colegialismo, si bien no está probado que lo fuese él mismo – al menos en los de Salamanca, Alcalá, Valladolid, y tampoco en Santa María de Jesús de Sevilla u Osuna, al menos no aparece en las listas publicadas sobre estos siéndolo quizás en Granada donde si lo fue su hijo –, la acusación no dejaba de ser grave, y nos muestra desde luego en el personaje un talante reformador, aunque de alcance menos acusado y brusco en las maneras que su oponente Macanaz. Para remediar algunos de estos vicios denunciados, entre los que uno de los principales era la prolongada permanencia de muchos colegiales en dichos centros por “veinte y más años”, de donde salían en su parecer “ignorantes de la práctica”, necesitando luego de

---

<sup>961</sup> AGS, *Gracia y Justicia*, leg. 959: *Discurso sobre los Colegios Mayores de Salamanca, Valladolid &c.*, de D. Luis Curiel al P. Robinet, 30 de mayo de 1714. Sobre la reforma universitaria en la España del XVIII y la famosa polémica entre colegiales y manteístas se pueden consultar entre otras obras las de Luis de Salas Balust: *Reales reformas de los antiguos colegios de Salamanca anteriores a las del reinado de Carlos III*, Colección Estudios y Documentos, núm. 10, Cuadernos de Historia Moderna, Valladolid, Universidad, 1956; o Antonio Álvarez de Morales: *La Ilustración y la reforma de la Universidad en la España del siglo XVIII*, Madrid, INAP, 1988.

muchos años como ministros para aprenderla, efecto que era provocado principalmente por el menosprecio que estos tenían a determinados puestos a los que podían optar al salir de los Colegios y que consideraban de poco lustre. Así, Curiel, diagnostica de manera bastante certera – como dice Salas Balust<sup>962</sup> – cuando dice sobre ello que: “La razon de esta detención en los Colegios procede de aver hecho concepto de que es preciso dejar la beca solo por la toga, y se ofende su vanidad solo de imaginar que un Colegial Mayor pueda ser Abogado, Juez ordinario, Racionero, ô Cura; pues como ellos dicen (y alguna vez lo han ejecutado) quemaran la Veca del que entrare a tales empleos”. A todo ello había que añadir la parquedad del Consejo en la provisión de cátedras, que como hemos visto hacía normalmente en los colegiales, los cuales que para “no embarazarse unos â otros” habían optado por presentar únicamente a dos candidatos por cada colegio, siendo estos siempre los más antiguos, quedando los demás a veces en una prolongada espera que podría durar años. Mientras, como dice Curiel, sucede “esta dilación en que esperan el turno para oponerse procede el que se divierten del estudio, algunos del todo, y otros pierden la aficion y estudian con flogedad, y comienzan â estudiar quando estân inmediatos a la oposicion, perdiendo el tiempo de doce y diez y seis años en esta espera; y después que son cathedraicos no pueden aplicarse a la práctica, porque han menester trabajar bien en la theorica para leer su Cathedra y para ir ascendiendo a las demzs, y es nota grave en un Colegial, el que se vea en sus manos un libro práctico, ô que haga alguna peticion, con que vienen ignorando no solo la práctica sino también la theorica de las leyes del Reino y de todas las questionnes practicas, que se ventilan en los tribunales”.

Para acabar en lo posible con todo esto, Curiel señala diversas medidas, que envía de manera reservada al padre Robinet, en ese momento confesor de Felipe V, admitiendo sí la necesidad de reformas, pero reconociendo que estas deberán hacerse como se ha dicho por medios “suaves”, para no contar así con el previsible rechazo de aquellos y de sus poderosos valedores los ministros colegiales, con los que tampoco quiere enemistarse, valorando en su propuesta fomentar el mérito sobre la antigüedad, permitiendo a todos los graduados optar a las plazas, y sobre todo fomentando la práctica jurídica de los candidatos asistiendo a los tribunales y a los despachos de los abogados. La carta remitida junto con el informe dice así:

---

<sup>962</sup> Salas Balust: “Reales reformas...”, 54.

“R.<sup>mo</sup> P.<sup>e</sup>

Señor mío en cumplimiento de la oferta que hice a V.Y. passo â sus manos esse papel, y me parece que por aora bastarân las providencias que contiene; pues de ella se seguirân assí la reforma a algunos ligeros abusos como los demas buenos efectos que pueden desearse para el mayor serv. de Su Mag.<sup>d</sup>; y supli<sup>co</sup> â V.Y. reserve para sí el autor, aunque esto no se entiende con Su Maj.<sup>d</sup> p<sup>s</sup> los Colegios no gustarân de esta novedad, pues aunque mi fin es por su mayor bien, no se lo dejarân conocer algunos prejuicios que padecen en su conocimiento, y los ministros que han sido Colegiales aun estân con mas apego â todas las formalidades y costumbres buenas ô males de sus Colegios, tanto que yo los hubiera hallanado por la buena fêe que tienen conmigo y por las razones que les expressê para renunciar en manos de Su Mag.<sup>d</sup> la preferencia de pared, y aviendo consultado â los ministros Colegiales me respondieron que no lo hiciesse, y esto y lo demas se ha de conseguir por medios suaves, como lo verâ V.Y.”.

Continúa Curiel su dictamen haciendo relación de algunos casos particulares ocurridos en Salamanca, cuyo rector había sido repuesto tras su cese motivado por “un lance” de dos colegiales de Calatrava, que finalmente habían sido también readmitidos a la “matrícula”, acompañándolo de otro en que denuncia “el infeliz estado” en que se encontraban los hospitales, no moviéndole – en sus palabras – más interés para hacerlo que “hacer alguna obra buena con que satisfacer en alguna parte a la divina Justicia”, consiguiendo así que estos “se pongan en el pie en que deben estar”.

Reproducimos a continuación algunos de los principales puntos expuestos por Curiel en su informe:

“Primero, que no admitan ni den veca â ninguno, que no tenga la edad de veinte años cumplidos, sin que en esto se admita dispensacion; y sean examinados en la facultad de que estuvieren graduados (de bachiller por lo menos), y se hallen capaces y enterados de todos los principios de la facultad, respondiendo â todo lo que se les preguntare, assí en las materias de theología, que se les huvieren leído, como de la *Instituta* del Emperador Justiniano respectivamente, y que este examen lo hagan, quatro Doctores de la facultad, que la Universidad ha de nombrar, dos de ellos Colegiales, y dos Doctores, que no lo sean, los quales acetarân el nombramiento, jurando en forma, que no aprobarân â ninguno, que no hallaren habil y capaz de poder ascender â Maestro público de la Universidad, y que se halla con bastantes fundamentos y ingenio para esperarlo... Esto es porque entran muchos por ganar tiempo, que comienzan â aprender la *Instituta* en el Colegio, y muchos tan rudos que si no fueran Colegiales jamás pudieran servir para nada, y muchos de todos ellos no saben latín: prosodia y Rethorica, raro, y ninguno letras humanas, â que después se aplican muy pocos”. De esta regla había que exceptuar – según Curiel – a los hijos de los Grandes, pues éstos entraban a los colegios con el único afán de aprender, y no para enseñar a otros, siendo muy útil “a la causa publica que la juventud de la primera nobleza, que se

dedicare a las letras las aprenda en seminarios destinados, para el magisterio no solo de todas las facultades, sino tambien de las artes de governar y governarse en los ministerios eclesiásticos y seculares”.

Segundo: “Que en aviendo estado cinco años en el Colegio, ô menos, si pareciere, puedan todos oponerse a las cathedras vacantes....”.

Tercero: “Que en aviendo hecho tres ô quatro oposiciones, y conociendose por ellas, que son habiles y capaces de leer cathedra publica en la Universidad, sirva tanto como si la obtuviessen, y para assegurarse Su Mag.<sup>d</sup> por medio de su confessor se informará de la habilidad, ciencia y demas prendas de los Colegiales que huvieren leydo, y de los que merecieren esta calificacion, expedirá Su Mag.<sup>d</sup> Decreto al Consejo diciendo, que tal Colegial está capaz de leer Cathedra en Salamanca, y proporcionado para entrar en estudio de la practica en esta corte ô en qualquiera Chancillería y Audiencia del Reyno, y participandosele esta noticia por el Secretario del Consejo; aya obtenido Cathedra, ô no, podrá entrar â estudiar la práctica satisfecho, de que en la theorica no adelantará mas si continúa en la Universidad, pero si quiere continuar en ella ha de leer precissamente diez años, en los quales estudiará también la practica, y se hará capaz de ser consultado por el Consejo para los empleos regulares, porque desta suerte se dedicarán a la enseñanza publica, olvidados de otras pretensiones, hasta que se cumpla el termino de los diez años”.

Cuarto: “Que el estudio de la práctica, no pudiendo ser perfecto; ni esta comprehenderse por los libros; han de hacerlo en los tribunales, assistiendo al estudio de algun Abogado el tiempo que les pareciere, y entrando en los tribunales â oir las relaciones de los pleitos y alegaciones de los Abogados: Y para darse mas â conocer abogarán en las causas que quisieren, y no tendrán nuevo examen para la licencia de abogar, por la calificacion, que traen de las Universidades, y informarán algunas vezes en los Estrados en algunos negocios: que de todo tendrá especial cuidado Su Mag.<sup>d</sup> para atender â sus meritos con mas especialidad, empleandolos en su servicio quando le conste están aptos para los ministerios”.

Para Curiel el verdadero mal de la Universidad española era pues el de la falta de una sincera vocación en muchos de los graduados, que no pretendían las cátedras “por la publica enseñanza, de que cuidan muy poco”, sirviéndolas por ellos algún sustituto mientras ellos permanecían en sus casas “por saber, que sino salen luego para el ministerio, lean ô no lean, estudien ô no estudien, han de ir ascendiendo a las Cathedras que vacaren, y no se les ha de poner delante el que viene tras ellos aunque sea Papiniano”. A todo lo cual había que sumar que el cambio constante en los maestros conllevaba la perniciosa consecuencia de que ni estos cobraban “amor” a sus discípulos, ni aquellos a sus maestros, utilizando la ansiada obtención de la cátedra, a la que se veían obligados – Curiel hace una breve referencia al porqué de ello – “no como fin,



sino como medio preciso para la toga”, circunstancia en la que como ya se ha dicho podían permanecer hasta diez o doce años esperando, tiempo que podrían emplear en hacerse “hombres insignes” tomando conciencia de la importancia “de aprovechar el tiempo por su propio intérêt”.

También abogan en el dictamen por aumentar la dotación económica de los colegios, paliando en lo posible la pobreza de muchos de ellos, algo que impedía a su parecer “la reformatión” de muchos de esos abusos que se denunciaban. Así, nos dice, que en muchos de ellos “apenas tienen para darles una corta racion de pan y carne, y ni aun esta tuvieran, si en su entrada no pagasse cada uno una porcion de dinero que sirve de ayuda para esta corta racion”, recomendando hacer visita de ellos y “quitarles algunas ridiculeces que no valen para cosa alguna”. Aun así, el informe de Curiel, muy crítico en lo relativo a algunos vicios consolidados por el tiempo y la desidia, y realizado en sus palabras “con toda ingenuidad y recta intencion”, con el único fin de procurar una adecuada reforma de los Colegios que redunde en una mayor utilidad a la nación: “conociendo quan útiles â el servicio del Rey y de la causa publica son estos colegios”, manteniendo sin embargo la distinción clasista respecto de las pretensiones de los manteístas por ejemplo. Así, mantiene su valoración especial sobre aquellos, pues como afirma de ellos han salido “los mayores hombres de la Monarquía y los mayores escritores que tenemos”, muy por encima de aquellos, los cuales – según argumentaba – se casaban durante la oposición, y debían de cuidar además de sus familias del aumento de su patrimonio económico, tratando de negocios, ganados, tierras, etc., mientras los primeros, los colegiales mayores, a los que calificaba de “hombres nobles y de gran honor y estimación, ambiciosos de gloria”, carecían de dichas preocupaciones, las cuales consideraban como “muy perjudiciales a la Justicia”.

Una vez Macanaz fuera del juego, se vuelve pronto a la política colegialista, solicitando el gobernador del Consejo, Felipe Gil de Taboada, entonces obispo de Osma mediante una representación enviada al rey el 17 de agosto de 1715 la restauración de la Junta de Colegios, suprimida por aquel en su intento de derribar el monopolio de estos sobre los cargos públicos más importantes, que por consejo del también restaurado confesor padre Daubenton se encargó de presidir al marqués de Andía, y aunque esta propuso suprimir algunos hábitos y costumbres poco edificantes de los colegiales, y en 1721 una representación de los manteístas, nuevamente preteridos en las consultas a

cátedras, consiguió que las oposiciones se votasen en secreto, y se observase el mérito sobre el turno, las cosas no cambiarían demasiado hasta las reformas que impulsó Carlos III años más tarde<sup>963</sup>.

La última misión de importancia que el rey encargaría a Luis Curiel sería el de la supervisión sobre la recién creada Universidad de Cervera, que en el contexto de los Decretos de Nueva Planta, venía a sustituir a las antiguas universidades catalanas, suprimidas. La erección de esta “Real Universidad de Cervera”, dada en Segovia 11 de mayo de 1717, ha sido siempre vista como un castigo a la deslealtad y traición de las autoridades catalanas a la nueva dinastía, quienes tras prestarle acatamiento en un principio obtaron luego por apoyar al pretendiente austracista archiduque Carlos. La ratificación de la fundación fue dada por un decreto de 17 de agosto de 1727, autorizando otro dado en San Lorenzo del Escorial el 9 de octubre de 1717 la creación de un estudio de “Gramática y Retórica” en Gerona por parte de los Jesuitas. Finalmente por otro decreto, esta vez de 12 de noviembre de 1717, se prohibía conferir grados fuera de esta nueva Universidad dentro del territorio catalán, permitiendo que colegios y conventos dieran enseñanza a sus domésticos y religiosos. Algo antes, el 9 de octubre se probeían las plazas para catedráticos, y el día 24 de ese mismo mes se nombraba a su primer protector, que fue don Luis Curiel, nombramiento que fue publicado días antes en la *Gaceta de Madrid*<sup>964</sup>:

“Su Mag. Ha refuelto fundar una Infigne Univerfidad de todas Ciencias, y Facultades en la Ciudad de Cervera de Cataluña, en premio de fu conftante lealtad, en la qual fe han de refundir todas las Univerfidades que hafta aquí avía en aquel Principado, que quedan extinguidas, y fus rentas aplicadas à la Univerfidad de Cervera; y ha nombrado por Protector de ella al feñor Don Luis Curiel, Confejero de Caftilla, y de la General Inquificion: Y por Corregidor de la referida Ciudad, y fus Partidos à Don Joseph Curiel, fu hermano”.

Este cargo de “protector”, era una especie de representante de la Universidad en la corte, o mejor dicho, de la corte en la Universidad, existiendo ya con los nombres de “conservador” o “catedrero”, en otras tan prestigiosas como Salamanca, siendo su función principal supervisar la corrección en las provisiones de cátedras. Curiel antes que en Cervera lo desempeñó ya en la de Huesca (1714), y luego desde 1720 a 1723 en

---

<sup>963</sup> Sobre dichos proyectos anteriores a la reforma carolina, ver en AGS, *Gracia y Justicia*, legs. 942 y 959.

<sup>964</sup> *Gaceta de Madrid*, 12 de octubre de 1717.

Alcalá de Henares, la segunda más importante del reino tras Salamanca<sup>965</sup>. Sin embargo no bastó exclusivamente con la decidida voluntad regia, pues según denuncia en su correspondencia Curiel está no contó con el apoyo de las autoridades catalanas, que entorpecían todo lo que podían el proyecto, y aun contaba – reconoce – con “poderosos enemigos” dentro del propio Consejo o por parte del propio capitán general del Principado, inclinado a que los grados siguieran confiriéndose en Barcelona, algo que intentarían a la muerte de Curiel en 1725<sup>966</sup>. De la implicación del sevillano en el proyecto cerverino damos cuenta de la opinión del autor de una de las obras más importantes para conocer de la historia de aquella Universidad, Manuel Rubio y Borrás, quien en 1915 publicaba su *Historia de la Real y Pontificia Universidad de Cervera*<sup>967</sup>, que decía del sevillano: “su entusiasmo y cariño por la Universidad de Cervera fueron en tal alto grado, que puede afirmarse que aquella ciudad debe tanto a don Luis Curiel como al monarca Felipe V la creación de tan importante Academia literaria”. En dicho libro, que refleja buena parte de la documentación relativa a su historia, actualmente custodiada en el Archivo de la Universidad de Barcelona, se cuenta además una interesante anécdota sobre la estimación que tenían sobre Curiel no solo el rey, también el propio papa Clemente XI, por haber este siempre defendido con igual pasión las prerrogativas de uno y otro, refiriéndose como el pontífice habría dicho de aquel: “que era un gran ministro del Rey y buen servidor de la Santa Sede”. Y es que al parecer, según refiere el padre Robinet en su correspondencia con Curiel, el proyecto universitario se había convertido “en la niña de los ojos” del rey, que había aumentado tanto sus rentas que estas llegaban ya a los 15.000 ducados, mandando otros tantos para “que la fábrica prosiguiese”. En sus cartas con el sevillano, Robinet, confesor del monarca le animaba a no desmayar “por las oposiciones que encuentre..., y no perezca ese Estudio al tiempo mismo de nacer”<sup>968</sup>.

---

<sup>965</sup> Vicente de la Fuente: *Historia de las universidades, colegios, y demás establecimientos de enseñanza en España*, 4 vols., Madrid, Vda. e Hija de Fuentenebro (1884-1889), III, págs. 267 y 328.

<sup>966</sup> Como el propio Curiel reconoce en diferentes cartas al padre Daubenton, confesor real, o al secretario de Gracia y Justicia conservadas en la Biblioteca de la Universidad de Barcelona, *Archivo Universidad de Cervera*, caja 130, doc. 1.173, 3; o AGS, *Gracia y Justicia*, leg. 942, s.f., citado por Joaquín Prats en “La experiencia cerverina y las fluctuaciones reformistas en las facultades jurídicas de la Universidad de Cervera”, *Ivs Fugit*, 13-14, año 2004-2006, págs. 61-75, 64-65. De este autor, y sobre la experiencia cerverina es fundamental su obra titulada: *La Universitat de Cervera i el Reformisme borbónic*, Lleida, Pagés Editors, 1993.

<sup>967</sup> Dicha obra, patrocinada por la Universidad de Barcelona, fue impresa en esa ciudad por la Librería Verdaguier, 1915. Ver págs: 156-166.

<sup>968</sup> *Ibíd.* Dichas anécdotas y relación de la correspondencia entre 162-166.

En cuanto a la tradicional tesis que mantiene que dicha fundación junto con la desaparición de las universidades del Principado fue un castigo a la traición catalana durante la Guerra de Sucesión, afirma el profesor don Joaquim Prats, catedrático de Didáctica de la Historia en la Universidad de Barcelona, que esto no fue si no un pretexto para iniciar la tan ansiada reforma universitaria, fracasada en otras zonas del país como por ejemplo Sevilla, pretendiendo el monarca convertirla como hemos visto en una de las más florecientes y ricas de Europa<sup>969</sup>. En el libro citado de Rubio y Borrás se reproduce la Real Cédula de nombramiento Curiel, que va inserta en la del segundo protector Francisco Belázquez de Zapata, plasmándose en el documento los fundamentos y los propósitos que se pretendían llevar a cabo con la nueva fundación, así como la planta docente con que contó, convirtiéndose en avanzada de la pendiente reforma universitaria que tanto se anhelaba<sup>970</sup>:

“El Rey: D. Francisco Belázquez Zapata de el mi Consejo, y fiscal en el de Castilla, sabed que en veinte y cuatro de Octubre del año pasado de mil setecientos y diez y siete tuve por bien nombrar por Juez Protector de la Universidad de Cervera en el mi Principado de Cataluña, a D. Luis Curiel y Tejada, Caballero del Orden de Santiago que fue de el mi Consejo y para ello se le despachó mi Real Cédula en forma cuyo tenor es el siguiente.= El Rey: Licenciado D. Luis Curiel y Tejada, Cavallero del Orden de Santiago, de el mi Consejo, saved: que las turbaciones pasadas en el mi Principado de Cataluña obligaron mi providencia a mandar se cerrasen todas las Universidades por haber los que concurrían en ellas fomentado muchas inquietudes; mas viendo ya reducido a mi obediencia todo aquel Principado y reconociendo la obligación en que Dios me ha puesto de atender al bien de aquellos vasallos y no permitir que las torpes sombras de la ignorancia obscurezcan el precioso lustre de las ciencias, he resuelto restituir a sus naturales esta común utilidad, erigiendo para general comprehensión de todas las ciencias, buena crianza de la juventud y esplendor de la Monarquía, una Universidad que siendo émula de las mayores de Europa en riqueza, honores y privilegios, convide a los naturales y extraños a coronar su grandeza, con el más autorizado concurso; y teniendo muy presente mi gratitud, cuanto he debido al constante amor y lealtad de la fidelísima ciudad de Cervera, en todo el tiempo que ocuparon los enemigos aquel Principado, como acostumbrada a mantener siempre firme la fe prometida a sus Soberanos, y siendo sano su temperamento y proporcionada su situación, no siendo plaza de armas, donde los militares suelen turbar la quietud de los estudios, la he elegido

---

<sup>969</sup> Ver asimismo de Prats: “Historiografía y publicismo sobre la Universidad de Cervera: entre el mito y el sambenito”, *Manuscrits. Revista d’Història Moderna*, núm. 6, Barcelona, Universidad Autónoma, 1987. De dicho experimento reformador en Sevilla puede consultarse de Francisco Aguilar Piñal: *La Universidad de Sevilla en el siglo XVIII: Estudios sobre la primera reforma universitaria moderna*, Sevilla, Universidad, 1969, págs. 86,113, 466.

<sup>970</sup> Rubio y Borrás: *Historia de la Real y Pontifica Universidad de Cervera*, opus cit., págs. 156-162. Ver asimismo esta planta en detalle en los estatutos de la misma: *Estatutos y privilegios apostólicos y reales de la Universidad y Estudio General de Cervera*, Cervera, Imprenta de la Universidad, 1750.

para teatro literario único y singular de aquel Principado; a cuyo fin he mandado hacer diseño y planta de un majestuoso edificio, a proporción de la idea formada de esta Universidad, y para darla principio, la he aplicado las seis mil libras de renta que sobre las Generalidades de Barcelona pagaba aquella ciudad a su Universidad, con más todas las rentas eclesiásticas y seculares que gozaba dicha Universidad y las de Lérida, Gerona, Vique, Tarragona y demás de aquel Principado, las cuales por esta providencia quedan extintas y agregadas y trasladadas a la de Cervera; y no se ha de permitir en otra parte de aquel Principado escuela pública de las Facultades mayores, y las que tuvieren las religiones en algunos lugares del Principado, se permitirán; pero los años de estudios ganados en ellas, no han de poder servir para obtener los grados de las Facultades en esta Universidad nueva, ni de otra de mi Reyno; y no se ha de limitar mi liberalidad a las rentas de las Universidades agregadas, por ser mi Real ánimo aumentar otras mayores, dotando sus cátedras y públicas funciones, de suerte que no pueda envidiar a la más rica de España; aunque siendo preciso concluir la obra de las Escuelas, que desde luego se empezará, no podrán por ahora señalarse a los maestros los estipendios correspondientes a esta idea hasta que la obra sea acabada, a cuyo gasto, ha de contribuir también con una porción competente a sus cortas fuerzas la misma ciudad de Cervera; y para que mejor lo pueda hacer, aunque antes de ahora la he hecho gracia y reunión de la mitad de las contribuciones que la repartieron, ahora se la repito de todas de veinte años, ilustrándola con estas Escuelas generales que aumentarán su población y enriquecerán a sus moradores; y pediré a Su Santidad, los Breves necesarios para la erección de esta Universidad y aprobación de sus constituciones y agregación de las rentas eclesiásticas de las Universidades referidas y otras que aplicará mi providencia; con más todos los privilegios, gracias y honores con que la Santa Sede ha ilustrado las demás Universidades de este Reyno, dando al Cancelario que yo nombraré toda la jurisdicción y potestad que tiene el de Salamanca: y respecto de que en la ciudad de Cervera hay un hospital de San Antonio Abad vacío, en que sólo vive el Prelado, se traslada a aquel el hospital de la ciudad, en cuyo sitio se ha de hacer la nueva fábrica de las escuelas; poniendo al cuidado y coste de la ciudad los reparos y gastos que se hicieren en la translación de dicho hospital, a cuenta de lo que ha de contribuir a la obra de la Universidad; y para cuanto se perfeccione ésta y se ordenen las constituciones”.

Los Estatutos, aprobados ya muerto Curiel, el 4 de junio de 1726, nos ofrecen la organización y dotación de las distintas cátedras que compusieron las facultades erigidas, permaneciendo la Universidad en aquella localidad hasta su traslado a Barcelona en 1842. Se disponía en dichos estatutos la creación de:

“...Quatro de Gramática Latina, en que al mismo tiempo fe ha de enseñar la Lengua y Gramática Griega; una Cathedra de Retórica; y para el methodo que fe ha de eſtablecer en eſtas, y las figuientes Cathedras, fe dará norma en las Conſtituciones. La Filosofía fe ha de leer en feis Cathedras, tres de la doctrina Thomiſta, y tres de la Jefeuita, por el methodo de la Univerſidad de

Alcalá. Para la Theología ha de haver fiete Cathedras, las quatro de ellas de la Efcolaftica, divididas también entre las dos doctrinas, dos de Prima, una Thomifta, y otra Jefuita, y dos de Vifperas en la mifma forma. La quinta Cathedra ha de fer de Efcoto, donde fe ha de leer la doctrina de efte Sutil Doctor, por un Efcotifta Religiofo de la Regular Obfervancia de San Francifco, que ha de fer de mi eleccion, proponiendofeme por el Provincial de aquella Provincia, con el Difinitorio tres Sugetos. La sexta Cathedra ha de fer de Efcritura, cuyo Maeftro ha de enfeñar tambien â los Difcipulos la Lengua Hebrea; y ha de fer del cargo de la Religion de la Compañía de Jefus, proponerme tres Sugetos de los mas hábiles, è inteligentes, para que Yo elija uno, que enteramente fatifaga efte Magifterio. La ultima Cathedra ha de fer de Theologia Moral Efcolaftica, indiferente â qualquiera dotrina. Para los Canones fe han de eftablecer ocho Cathedras, las cinco de Regencia, que duraràn cinco años, para los cinco Libros de las Decretales, empezando todos los años un Cathedratico el primer Libro, y continuando los figuientes hafta cumplir el quinquenio. Las tres reftantes feràn de propiedad perpetuas, una de Prima, otra de Vifperas, y otra del Concilio de Trento. Para el Derecho Civil fe han de eftablecer nueve Cathedras, las quatro de Regencia quadrianales para los quatro Libros de la Infittuta, fegun el método expreffado en las de Canones. Y las cinco de propiedad perpetuas, una de Prima, y otra de Vifperas para los Digeftos, y otras dos femejantes para el Codice; y la otra para el Volumen, Novelas, y Conftituciones. Para la Medicina fe eftableceràn feis Cathedras, una de Prima, otra de Vifperas, otra de Pronofticos, otra de Methodo, otra de Simples, y la ultima de Cirugia, y Anatomia, para la qual no fe admitirà el que no fuera Cirujano Latino-Practico. Otra Cathedra fe eftablecerà de Mathematicas, bufcandofe para ella quien la lea con utilidad. Han de comenzar eftas Efcuelas fu curfo todos los años el día quince de Setiembre, y debèran acabar en fin de Junio del figuiente año...<sup>971</sup>.

Finalmente haremos unas breves referencias a la familia de don Luis Curiel y Tejada, de cuyo matrimonio con doña Inés María de Luna y Torres nacerían los siguientes hijos, dedicados en su vida como la mayor parte de las familias acomodadas de la época a las letras, las armas, y la Iglesia:

- Francisco Curiel, presbítero, fallecido en vida de sus padres, y fue el hijo primogénito, nacido el 27 de enero de 1687, bautizado en la parroquia sevillana de La Magdalena el 3 de febrero siguiente. Recibió los últimos grados de manos del arzobispo Arias el 5 de junio de 1705 en su oratorio privado<sup>972</sup>, y otorgó testamento en Cádiz en 1707.

---

<sup>971</sup> *Estatutos y privilegios apostólicos y reales de la Universidad y Estudio General de Cervera*, opus cit., págs. 1-4. Para más información sobre el funcionamiento de esta, profesorado, régimen disciplinario, dotación económica etc., ver su contenido completo.

<sup>972</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, *Sección Instrumentos de Descripción*, Registros de Órdenes Sagradas, libro 11, s.f.

- Rosa María Curiel, casada con Marcos Corona y Rojas, que fue colegial de Santa María de Jesús, y catedrático de Prima en aquella Universidad, posteriormente fue oidor en la Chancillería de Granada. Con sucesión hasta hoy día.
- Juan Antonio Curiel y Luna (1690-1775), caballero de Calatrava, y futuro consejero de Castilla y de la Inquisición, académico de la Lengua y juez de Imprentas Reales. Ver su reseña biográfica a continuación.
- María Jacoba Curiel, Nacida entre 1689 y 1691 en Sevilla, falleció doncella el 20 de octubre de 1710 en Madrid, feligresa de San Sebastián. Otorgó declaración testamentaria ante Francisco Raposo, según se refiere en las disposiciones de sus padres.
- José Agustín Curiel, caballero de Calatrava por decreto de 2 de enero de 1720, era capitán de caballos en el Regimiento del Rosellón<sup>973</sup>, fue bautizado al igual que varios de sus hermanos en la sevillana parroquia de La Magdalena el 6 de abril de 1694, falleció antes que sus padres.
- Pedro Curiel y Luna (1697-1764), colegial de Cuenca, canónigo primero en Santiago y luego en Sevilla, inquisidor decano de esta última ciudad. Ver su reseña respectiva.
- Miguel Antonio Curiel, teniente de las Reales Guardias de Infantería Española, caballero de Santiago en 1728, nacido en Cádiz el 23 de mayo de 1699, y fallecido soltero en Madrid el 24 de febrero de 1729, dejando por herederos universales a su hermano y sobrinos<sup>974</sup>.
- Fray Agustín Curiel, nacido en Sevilla el 23 de diciembre de 1701, siendo bautizado el 30 siguiente en la sevillana parroquia de La Magdalena, apadrinado por su tío José Antonio Curiel. Al igual que su hermano fue también colegial de Cuenca, graduándose de bachiller en teología. Retirado de las pompas humanas, profesaría en 1724 en el convento Casa Grande de San Francisco de su ciudad natal, siendo ordenado de epístola a título de su profesión el 31 de marzo del citado año por el obispo de Licopolis, auxiliar del arzobispado. Al año siguiente, el 21 de septiembre era consagrado de evangelio, y poco tiempo después, siendo ya diácono, de misa, orden que recibió el 31 de diciembre siguiente de parte del

---

<sup>973</sup> AHN, *Órdenes Militares*, Calatrava, exp. 703.

<sup>974</sup> Ibid, Santiago, Exp. 2.300.

mismo prelado, en día de fiesta de precepto extratémpera. Fray Agustín recibiría la principal y última de las órdenes mayores junto al jesuita Juan Bautista Tomati, probablemente en el oratorio privado del citado obispo auxiliar<sup>975</sup>. Fue lector jubilado y custodio de la provincia de Andalucía de su Orden, falleciendo en fama de santidad el 4 de mayo de 1774. Es uno de personajes que Arana de Varflora reseña en su conocida obra *Hijos de Sevilla ilustres en santidad*, donde manifiesta lo concurrido de su entierro, al que asistieron personas de toda condición social, y la admiración que causó al público contemplarlo “sin los horrores de la muerte”<sup>976</sup>.

- Sor Catalina María Curiel, religiosa en convento Santa Inés Sevilla.

Hermanos de don Luis Francisco fueron: don José Curiel, que como vimos fue nombrado corregidor de Cervera durante el periodo en que Luis ejerció de protector de aquella nueva Universidad, el cual otorgó poder para testar en Madrid el 19 de mayo de 1718 ante Pedro Moreno Viniegra y dejó 2.000 doblones para acrecentar el mayorazgo fundado por su hermano y nuera (ver testamento de ambos); fray Juan Curiel, presbítero y lector jubilado de la orden de San Francisco, calificador del santo oficio en 1697; y Agustín Curiel graduado de bachiller en Cánones en Salamanca.

Sobre Luis Francisco Curiel y Tejada, que fue académico de la Real de la Lengua Española, y primer sillón “S” mayúscula en 1714, se da la curiosa circunstancia de haber ingresado en ella después que su propio hijo, Juan Antonio, que lo había hecho con un cierto retraso precisamente por este motivo en junio de ese mismo año<sup>977</sup>. Ambos serían encargados en 1717 de revisar la primera parte el nuevo *Diccionario de Autoridades* que venía confeccionando la Academia, principal obra de la lingüística española hasta la aparición del *Diccionario de la Lengua Española*, cuya primera

---

<sup>975</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, *Sección Instrumentos de Descripción*, Registros de Órdenes Sagradas, libro 14, fols. 73v, 96, y 102v.

<sup>976</sup> Bautismo en Archivo Parroquial de Santa María Magdalena, Sevilla, *Libros Sacramentales*, Bautismos, núm. 25, fol. 282. Ver asimismo de fray Fermín Arana de Varflora: *Hijos de Sevilla ilustres en santidad, letras, armas, artes, o dignidad*, Sevilla, Imprenta de Vázquez e Hidalgo, 1791, págs. 12-13.

<sup>977</sup> Vicente Alonso Zamora: *La Real Academia Española*, Madrid, Espasa, 1999, pág. 87; González Palencia: *El sevillano don Juan Curiel...*, opus cit., págs. 19-22.



edición apareció en 1780, siendo publicado el de Autoridades en seis tomos entre los años 1726 y 1739<sup>978</sup>.

Falleció en Madrid el 27 de noviembre de 1724, siendo vecino de la parroquial de San Sebastián, donde fue asentado el óbito, siendo enterrado – como se estipulaba en su testamento – en San Francisco de Asís, en una bóveda tras el altar mayor que hoy no existe por las profundas transformaciones que sufrió el templo en el siglo XIX, amortajado en lo interior con el hábito de San Francisco, y en lo exterior con el manto capitular santiaguista. La breve nota necrológica publicada en La Gaceta de Madrid el día 5 de diciembre dice así: “El día 27 murió en los 69 años de su edad el feñor Don Luis Curiel, de los Confejos de su Magestad, en el Real de Castilla, y de la Suprema, y General Inquificion, aviendo cumplido en estos y los demas empleos que obtuvo con gran zelo, y definteres en el Real Servicio”<sup>979</sup>. Había otorgado poder para testar de *mancomún* junto con su mujer el 8 de septiembre de 1710, ante Antonio Sánchez de Cantalejo, escribano del colegio de Madrid, que fue finalmente otorgado por esta en 2 de febrero de 1725, ante Pedro Moreno de Viniegra, escribano de aquella corte<sup>980</sup>. En dicha última voluntad se instituía el mayorazgo ya insinuado en las capitulaciones matrimoniales de su hijo, cuyas condiciones van referidas en dicho párrafo, continuando como usufructuaria hasta su muerte de las fincas que componían el citado vínculo. Doña Inés María, que debía dar en compensación a su hijo don Juan la cantidad de 600 ducados anuales en concepto de alimentos, falleciendo muy poco tiempo después, el 10 de diciembre de este último año, siendo enterrada junto a su esposo en San Francisco, y amortajada igualmente con el hábito de San Francisco. Ordenó se dijera por la intención de su alma, de la de su difunto esposo y familiares la cantidad de 400 misas rezadas por cada uno, las cuales debían celebrarse una cuarta parte en su parroquia habitual de San Sebastián, y el resto a discreción de los albaceas. No podemos detallar todas las mandas reflejadas en dicho testamento, y mucho menos del abultado inventario de bienes, pero sí resumiremos a continuación las principales. El poder había

---

<sup>978</sup> *Diccionario de la lengua castellana en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*. Compuesto por la Real Academia Española, Tomo primero que contiene las letras A-B, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726. El resto de los siguientes tomos hasta seis verían la luz en: 1729 (letra C), 1732 (D-F), 1734 (G-N), 1737 (O-R), 1739 (S-Z).

<sup>979</sup> *La Gaceta de Madrid*, 5 de diciembre de 1724.

<sup>980</sup> AGA, Archivos Depositados, *Condado de San Rafael*: Poder para testar mancomunado y testamento por su marido y ella misma de doña Inés María Delgado de Luna en leg. 121, pieza 3.

designado como albaceas a don Juan Antonio, don José, y don Pedro Curiel, hijos, y a don Marcos Corona, yerno, siendo los herederos: don Juan Antonio, doña María Jacoba, don José, don Pedro, don Miguel, don Agustín, y doña Rosa Curiel, mujer del dicho Corona; añadiéndose en el testamento también como albacea a don Saturnino Daóiz, del Consejo de S.M. y alcalde de Casa y Corte, y a don José Muñoz de Morales, dependiente más antiguo de la casa.

A don Juan Antonio le mejoran en el tercio y remanente del quinto de todos sus bienes, algo que había quedado ya establecido en las capitulaciones matrimoniales de este en 1722, “con más el remanente de sus legítimas y las de don Pedro Curiel”, que las había renunciado en favor del enunciado mayorazgo, aumentados aún con los 2.000 doblones de a dos escudos que dejó para ello don José Curiel hermano del fallecido (por Poder para testar de fecha 20 de enero de 1718 en que instituía como universal heredero a don Luis Francisco, y que este llevó a cabo ante el mismo escribano Viniegra en 19 de mayo de ese año). En el testamento se faculta a don Juan Antonio a señalar las fincas con que irá dotado el mayorazgo, instituyendo las condiciones de sucesión, que son las regularmente establecidas (primacía de la línea mayor sobre la menor y del varón sobre la hembra), En caso de extinción de las personas más próximas llamadas a la sucesión, el mayorazgo facultaba a su último poseedor a nombrar otro nuevo, “con tal que sean personas limpias de toda mala raza, ilustres y de noble sangre y linaje y que se mantenga indivisible e inalienable”, o en su caso aplicarlo a alguna obra pía o capellanía en beneficio de los fundadores. También se le asignaba el vínculo y el patronato de las capellanías fundadas por el tío de la difunta, el comisario de la Inquisición don Diego de Torres, compuesta principalmente por casas, bodegas, atarazanas, viñas y olivares en Villanueva y pueblos de su contorno.

Las cantidades que don Juan Antonio recibió para su ingreso en Salamanca en el Colegio de Cuenca, o los gastos derivados del hábito de Calatrava que el rey le había hecho merced no debían descontarse en cambio de las legítimas de este, pues redundaban “*al lustre y honor de la familia*”, pagándose en parte con las rentas de dos capellanías que tuvo, y de las que al presente era aún patrono: la que fundó en la parroquia de La Magdalena de Sevilla el comisario Diego de Torres, y la instituida en el convento de las carmelitas descalzas de dicha ciudad por Luis Fernández de Santiago, así como una renta de 400 ducados anuales que en concepto de pensión gozaba sobre el obispado de Badajoz, y que hasta el momento había cobrado el fallecido don Luis.

Don Pedro en su día había recibido a cuenta de sus legítimas la cantidad de 8.000 ducados, y se le legaba la cantidad de 1.000 pesos de escudos de plata: “por el amor y suma obediencia que siempre nos ha tenido y tiene al dicho señor don Luis Curiel, su padre, y a mí, y en atención a que por el mayor lustre de nuestra familia renunció liberalmente sus legítimas para más aumento del precitado vínculo y mayorazgo”. En las particiones llevadas a cabo le corresponderían como legado especial un ejemplar de los Concilios de Labbe: *Conciliorum generalium Nationalium Provincialium*, que había sido comprado de manera expresa en Génova. Don Pedro gozaba además desde 1714 de una pensión anual sobre el Arzobispado de Zaragoza de 350 ducados, que no debía ser descontado de las legítimas. Don Miguel, no había recibido hasta el momento nada. Para Sor Catalina Curiel, monja en el sevillano convento de Santa Inés, que al tiempo de profesar renunció igualmente a las suyas, los réditos de otros 2.500 ducados puestos al tres por ciento, para que con ellos “se socorriesen las necesidades que pudiese tener a lo largo de su vida religiosa”, aumentados a 100 ducados anuales, que a su muerte deberán ser asignados al vínculo que fundó don Diego de Torres. Doña Rosa, fue quizás la más perjudicada, pues recibió para su matrimonio con don Marcos Corona – abuelos del canónigo Jacinto Reinoso – 12.000 ducados de vellón en censos y casas, que sin embargo para aquel tiempo habían quedado muy reducidos en su valor, tocándole en la partición de bienes de 1724 únicamente 50 doblones de a dos escudos, algo que llevaría a su esposo a impugnar la mencionada testamentaría. Para una hija de estos, doña María Josefa Corona, que fue casada posteriormente con don Francisco López de Cetina, regidor perpetuo de Murcia, recibiría en concepto de dote de su tío don José Curiel y Tejada un legado de 500 ducados para el momento de contraer matrimonio o profesar en religión, de los que sus padres ya habían cobrado 1.500 reales para 1725. Otros hijos que ya habían fallecido fueron: Francisco Curiel, presbítero, José Agustín, caballero de Calatrava, capitán en el Regimiento del Rosellón, y doña María Jacoba, doncella. Manda además 50 ducados a tres criados, y a la mujer de uno de ellos 100; a dos mujeres aun doncellas 25 y 50, para tomar estado, que deberán entregárseles cuándo lo efectúen. Envía 60 reales para la redención de cautivos y los Santos Lugares, y para la hermana de don Luis, Sor María Curiel, también en Santa Inés, se separen 1.000 ducados de principal y de ellos se le den anualmente 30 para sus necesidades religiosas.

Para no hacer excesivamente largo este apartado, tan solo diremos, que el inventario y partición extrajudicial de los bienes realizados a la muerte de don Luis Francisco fue sustanciado el 14 de febrero de 1725, correspondiendo, una vez pagadas las deudas, la mitad de todo a doña Inés, separándose de la otra restante tanto el quinto como el tercio para dotación del mayorazgo, y las legítimas. El contenido extractado del mismo queda detallado bajo estas líneas<sup>981</sup>.

#### Bienes en Madrid y sus cercanías:

Diferentes porciones y fanegas de tierra de sembradura en término de Carabanchel, Getafe, Fuenlabrada, Villaverde y Pinto compradas a diferentes particulares por valor total de 142.330 reales; un efecto sobre las sisas de vino y aceite de Madrid de 33.466 reales y 22 maravedíes adquiridas por don Luis el 1 de enero de 1716 a don Pedro y doña Beatriz de Baeza y Soto, estimado en 25.100 reales por el riesgo de secuestro por parte del Estado; y la parte de un censo de 20.000 ducados de plata contra la villa, propios y rentas de Alburquerque: 16.500 reales.

#### Bienes en Andalucía sin contar los de Villanueva:

Un derecho sobre la Aduana de Cádiz de 21.691 reales y tres cuartos de principal al uno por ciento que se adjudicó al referido tercio por los 13.860 reales que había costado; el cortijo de la Cascajosa en término de Carmona, de 800 fanegas de tierra comprado en 1718, apreciado en los 11.000 ducados para el tercio obligado al mayorazgo: 121.000 reales; y 12 pedazos de tierra hasta 45 fanegas y media en término de Albaida (Sevilla), comprado en 1723 al patronato que fundó Pedro López Moreno en el Castillo de las Guardas, por valor de 10.200 reales.

#### Bienes en Villanueva del Ariscal:

Al sitio del Repudio (Encomienda de Villalbilla de la Orden de Calatrava) dos pedazos de viña de 7 y 2,5 aranzadas por valor de 1.000 y 500 reales; otros dos pedazos de viña de 4,5 aranzadas en El Sarnoso, en la referida encomienda valorados en 2.200; 6

---

<sup>981</sup> Ibid, leg. 121, pieza 3: Traslado del inventario, aprecio, y partición de bienes que quedaron por muerte de D. Luis Curiel y Tejada entre su mujer e hijos, Pedro Moreno de Viniegra, 14 de febrero de 1725.

aranzadas de viña en El Rapado, camino de Espartinas, con valor de 1.000 reales; otras dos en dicho término, compradas en 500 y sin valor por estar cargadas; otras dos de viña valoradas en 5.000 reales, 3 de tierra calma por 7.500, y 5 más por valor de 11.000 al sitio llamado de “Doña Catalina”, en el despoblado de Paternilla; un pedazo de olivar en Riarroyo de 3 aranzadas con 208 piés valorado en 3.432 reales; otro, que fue de don Bartolomé Delgado, de 120 piés en el camino que va a los Pinares, valorado en 1.440 reales; 1 aranzada de tierra calma en el camino del Almargen (Villanueva) por 1,350; 8 suertes de olivar con 980 piés y un molino de aceite que impuso para la capellanía de La Magdalena que fueron comprados por 34.635 reales, con tres censos perpetuos que le dan valor de 11.845 reales; 1 pinar en Umbrete de 1,5 aranzadas por 1.450, otro sobre el que hay litigio y no se le da valor, una casa pequeña en Villanueva “maltratada” en calle Portugaleta que sirve a los trabajadores de la hacienda, valorada en 1.600; la casa en los Cuatro Cantillos, también en ese pueblo, que fue de don Bartolomé Delgado, valorada en 28.400 reales, y que incluía bodega con todos sus pertrechos, almacén de aceite, corrales y cercado; 4 tinajas de aceite 1.120, 27 tinajas nuevas 975, una caldera con su ornilla de cocer arrope 900, 2900 arrobas de vino añejo 29.000, 14 tinajas con 1.820 arrobas de vino nuevo valuadas en 14.560, otras 20 de vinagre a 6 reales cada una por 1.920; otras 900 de aceite nuevo y viejo a 12 r/@ valorados en 10.800, 7.100 arrobas de aceite almacenadas en Almagro que a 15 reales hacen 106.50.

#### Otros activos diversos

Por reedificar el molino de Marchena perteneciente al vínculo de Cardoso 14.066 reales, diferentes adeudos a su favor por 15.150, 60.000, 3.000, y 481 reales que debía Francisco Campos capataz de la hacienda, 3.204 repartidos entre diferentes vecinos de Villanueva a cuenta de vino, 12 barriles de aguardiente que embarcaron en los Azogues por valor de 3.000, 3000 reales que debe un canónigo de Zaragoza, otros 1.320 reales, 4.440 reales del sueldo de consejero de Castilla de don Luis correspondiente a los meses de julio a noviembre a razón de 4.000 ducados, 2.500 del arrendador del cortijo de Carmona, 3.932 reales en libros que han apartado para sí algunos de los legatarios, la pintura de N.S. de Belén valorada en 1.000 reales, una tapicería de 8 paños de Bruselas valorados en 16.840 reales, una colgadura terciopelo carmesí dorado y labrado y guarnecidos de flecos 3.500; 76 varas y media de damasco carmesí de Italia 2.295, a 2 pesos la vara, 3 casullas y 2 frontales del oratorio 550, 1 caja de oratorio con sus gradillas 400; 2 Niños Jesús, 1 San José, 1 San Antonio, 1 imagen de Nuestra Señora

del Aranza (Aránzazu) 790 reales, 2 relicarios con marcos de cristal 200; 1 biombo de papel de China 400, 1 reloj de pesas 900, 1 cruz de cristal de roca 480, 4.326 onzas de plata labrada a 15 reales cada una 64.892 reales, 1 pintura de la Purísima embutida en Nazar 200, 2 láminas de cobre 200, pinturas de San Joaquin y Santa Ana 90, otra de Nuestra Señora del Pilar 100, otra de la Verónica con marco dorado 100, otra de la Humildad y Paciencia puesta en un retablo 180, 2 láminas de Roma 200, otra pintura de Nuestra Señora 120, otra de San Gregorio 60, otra de San José y el Niño con marco negro 60, 1.100 reales en menaje de cocina, además de diferentes cantidades en cortinas y colchas de damasco, brocado, objetos de China como biombos o muebles lacados, muebles de Inglaterra, canapés, lámparas, y diverso mobiliario prolijo de enumerar. Reseñaremos por último un cáliz y una patena de plata valorados en 347 reales que fue a parar a don Pedro, una pileta de agua bendita por 161, y la colección de los Concilios de La Vée (de Labbe) por 1.333 que también fueron a parar a él. Seguían debiendo don Juan los 23.000 reales de exceso por sus bodas, 1.020 por un despacho de Roma para el hijo de Marcos Corona don José, que llegaría a deán de Granada, 138.140 reales que se obligó a pagar don Francisco Reina vecino de Cádiz, 129.600 que debía Bartolomé de Flon y Zurbarán (personaje fundamental en la creación del Monte de Piedad madrileño), otros que debe el padre de este el conde de la Cadena, y 240.000 que debía don Rodrigo Firidolfi, más otros 60.000, 48.000, y 8.158 de diferentes personas; por la venta de pinturas y láminas y trastos diversas se sacaron 7.505 reales, más diferentes ventas de bienes y trastos en almoneda.

El caudal causado ascendió a 1. 748.648 reales, de los que descontados 221.946 en concepto de deudas y legados, entre ellos los 10.798 por las misas y el funeral de don Luis, ofrecieron un líquido de 1.526.658 reales. De esta última cantidad había que deducir en concepto de gananciales lo correspondiente a la viuda, es decir la mitad: 763.329 reales. De la otra restante, y antes se establecer las legítimas de cada hijo había que sacar primero el quinto y luego el tercio para el mayorazgo, sustanciándose la herencia de esta manera: quinto 152.665 reales; tercio 203.554, legítimas 407.108, a las cuales una vez añadidos y descontados los adelantes y otras cantidades diversas ofrecieron un caudal repartible de 540.608 reales, que repartidos entre don Juan, don Pedro, don Miguel, y doña Rosa, dieron una cantidad de 135.152 reales para cada uno, si bien como sabemos las de don Pedro irían a formar parte de las de su hermano mayor por su renuncia.

El testamento ponía por cabeza de los bienes del mayorazgo que se constituía: “Una pintura en tabla de nuestra señora de Belén con su marco dorado y jaspeado de azul, de vara y dos tercias de largo y vara y cuarta de ancho, por la gran devoción que el dicho señor mi marido tuvo y yo tengo a esta imagen, y de quien esperamos la protección y amparo de toda nuestra descendencia”, mandando a sus descendientes que: “tengan siempre con la mayor decencia y culto la referida imagen la que no han de poder enajenar ni separar del referido mayorazgo, ahora ni en tiempo alguno por ninguna causa o motivo”.

El de la Virgen de Belén, o Virgen “teotocos”, es decir portadora del Niño en su regazo ha sido un tema recurrente de la iconografía mariana universal, y desde luego en la del periodo barroco y particularmente de Murillo, que lo representó en diferentes ocasiones, esta circunstancia complica bastante su localización actual, pues no están estudiadas las procedencias de todas las pinturas del maestro sevillano, tan solo las que han cambiado de manos a lo largo del siglo XIX hasta nuestros días. Es probable que fuera enajenado a consecuencia de las nuevas disposiciones legales que liberaban los bienes vinculados a mayorazgos, a mediados del siglo XIX, no quedando en todo caso constancia ni memoria del mismo entre los descendientes de esta familia con los que he contactado<sup>982</sup>.

Doña Inés María falleció al poco tiempo de su marido, haciéndose entre los herederos un nuevo inventario y partición, levantado en Madrid el 20 de abril de 1726, y elevado ante Felipe González Bejarano por indisposición de Moreno Viniegra el 14 de mayo siguiente, ofreciendo el resultado siguiente<sup>983</sup>: el aprecio de los bienes dio un caudal de 1.352.609 reales de vellón, de los que se debieron descontarse por concepto de deudas 704.578, quedando un líquido repartible de 648.031 reales. Así, tocó al quinto 129.606 reales, al tercio 172.808, y 345.616 a repartir para las legítimas, que aumentadas por diversos conceptos en 117.000 reales dieron una cantidad a repartir de 462. 616, quedando para cada heredero 115.654 reales de vellón, a los que hay que

---

<sup>982</sup> Sobre el universal pintor sevillano ver las obras de Enrique Valdivieso: *Murillo. Catálogo razonado de pinturas*, Madrid, El Viso, 2010; y Diego de Angulo: *Murillo*, Sevilla, Diputación Provincial, 1999.

<sup>983</sup> AGA, Archivo Depositado, *Condado de San Rafael*, leg. 121, pieza 3: Partición de los bienes que quedaron de la Sra. D<sup>a</sup> Ynes María Delgado de Luna viuda del S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> Luis Curiel entre sus hijos y el Mayorazgo que dejaron fundado. Madrid, 20 de abril de 1726. Protocolada ante Felipe González Bejarano por indisposición de Moreno Viniegra en 14 de mayo de 1726 (Escritura de aprobación, ajuste, y convenio entre los herederos).

sumar los 135.152 reales de la herencia paterna, recibiendo cada hijo la considerable cantidad de 250.806 reales. La impugnación ejercida como se ha referido por don Marcos Corona juntamente con don Miguel Curiel, en relación a las porciones de que debía componerse el vínculo, fue finalmente ganada por don Juan por ejecutoria de fecha 11 de abril de 1726.

*Don Juan Curiel, bestia negra de enciclopedistas: censura y reformismo.*

El primogénito, don Juan Antonio Curiel y Luna, futuro enemigo de innovaciones literarias y filosóficas tenidas por extrañas a la tradición española, y defensor a ultranza del mercado librario nacional, había nacido en Sevilla, siendo bautizado en la parroquia de La Magdalena el 13 de enero de 1690<sup>984</sup>, apadrinado por don Antonio de Almarza y Tejada, pariente de su padre. Aunque su biógrafo González Palencia afirma ignorar donde transcurrieron sus primeros estudios antes de recalar en Salamanca, lo cierto es que tras los más elementales, que probablemente realizara en su Sevilla natal, llegó a la Universidad salmantina como bachiller en leyes, graduado en la de Granada en 1 de julio de 1707, donde habría sido colegial en el de San Bartolomé durante cuatro años<sup>985</sup>. El 9 de julio de 1708 presenta información de limpieza de sangre para opositar a una beca en el prestigioso colegio de “Cuenca” (Santiago el Cebedeo), uno de los cuatro mayores que tenía Salamanca, que gana el 23 de febrero siguiente, apareciendo como alumno del colegio ya en la matrícula de 1709-1710, y posteriormente en los sucesivos desde 1710-1711 hasta 1721-1722. El 1 de diciembre de 1711 el rector le había concedido su incorporación en la Universidad, apareciendo en el curso 1713-1714 como rector del citado colegio mayor, y en los últimos años de su estancia como jurista y huesped<sup>986</sup>.

---

<sup>984</sup> APSMM, *Libros Sacramentales*, Bautismos, libro núm., 25, fol. 54.

<sup>985</sup> Tiempo que consta en una consulta de méritos para la plaza de alcalde de la cuadra de la Audiencia sevillana: RAH, Colección Pellicer, Ms., tomo IV, fols. 192-203.

<sup>986</sup> AUSA, *Registros de Pruebas Testificales de Cursos y Lecciones de las Facultades de Cánones y Leyes*, libro núm. 677, fol. 188v. Ver igualmente *Libros de Matrícula* de los colegios y monasterios agregados a dicha Universidad, años 1707-1722, núms. 415 a 428. Entre 1714 y 1715 aparece como jurista, y en los años 1716-1718 y 1720 como huésped del colegio. En 1720-21 aparece matriculado junto a él su propio hermano Agustín. Desgraciadamente entre los fondos del citado archivo salmantino no se conservan los libros de registros de exámenes correspondientes a los años 1701 a 1729, que también hubiera sido muy útiles.

En los años en que aparece Curiel existían diferentes facultades: Artes, Cánones, Cirujía, Gramática, Leyes, Medicina, y Teología. Junto a los cuatro colegios mayores coexistían numerosos menores, muy concurridos,



Aún matriculado en Salamanca, el 10 de junio de 1714 es nombrado con tan solo veinticuatro años, y antes incluso que su propio padre, para una plaza de académico en la nueva institución creada para velar por la pureza de la lengua española, la Real Academia Española que se fundaba esos días. La junta se celebró en las casas del marqués de Villena, don Juan Manuel López Pacheco, primer director y fundador de la misma, estando presentes para el recibimiento del nuevo individuo, que estrenaría el sillón “R” mayúscula, los siguientes académicos: padre Bartolomé Alcázar, José Casani, fray Juan Interián de Ayala, Andrés González de Barcia, Antonio Dongo, el conde de Salduña, Juan de Villademorós, el marqués de San Felipe, y el secretario Vicente Squarza y Centurión. A la muerte del tercer director, don Andrés López Pacheco, también marqués de Villena (1738), hijo del fundador de la misma, la Academia se reuniría en numerosas ocasiones para sus trabajos en la casa de Curiel, por ser este ya decano de la misma, siendo incluso hasta hoy día su miembro más longevo. De estos años no nos quedan demasiadas muestras de alguna actividad literaria, sabemos que en 1717 Curiel escribe una disertación dedicada a su antigua Universidad salmantina para leer en la Academia: *Compendio de los felizes progresos de la Universidad de Salamanca acreedora justissima de la primera estimacion del Orbe*<sup>987</sup>, y que en marzo de 1719, con dos años de retraso sobre la fecha que le fue señalada, leyó ante la Academia su *Disertación apologética por los andaluces en la gutural pronunciación de la H aspirada*. No aparecerá más en las actas hasta el año de 1721, en que estas reseñan la visita que los reyes Felipe V e Isabel de Farnesio hicieron a aquella institución el 23 de noviembre anterior. Aún hoy, nuestro personaje, que desde su puesto en la Academia a decir de su biógrafo González Palencia “supo manejar la Academia con rigor y sabiduría”, sigue siendo el académico que más años ha ocupado su plaza, más de sesenta años, entre 1714 y 1775 año de su fallecimiento<sup>988</sup>.

---

especialmente los militares y los pertenecientes a las órdenes monásticas y otras congregaciones, como las de la Compañía de Jesús, de San Anselmo, San Bernardo, o Santo Tomás de los dominicos. La Universidad de Salamanca entre 1710-1711 contaba un claustro de sesenta individuos entre doctores, maestros, y catedráticos.

<sup>987</sup> Ver su recibimiento en la institución en Archivo de la Real Academia Española (ARAE), Fondo de la Real Academia, *Libros de Actas*, núm. 1, fols. 35v-36v. El manuscrito fue publicado en 2012 por la referida Universidad con el mismo título, transcrita con un estudio biográfico preliminar de Margarita Torremocha Hernández y María Ángeles Sobaler Seco, 144 págs. El original en Archivo Histórico Provincial de Valladolid, S.H., C-290. Se trata a juicio de los autores de la transcripción de una de las primeras historias de la citada Universidad, en las que el autor hace gala tanto de su conocimiento directo – había sido colegial allí – como de citas de autores nacionales y extranjeros.

<sup>988</sup> Alonso Zamora: *La Real Academia Española*, opus cit., pág. 49; ver también González Palencia, también citado, págs. 19-22.

Aunque en Salamanca octuvo la cátedra de Decretales menores antiguas, llegando a tomar posesión el 25 de octubre de 1721 con un sueldo de 22.500 maravedís, apenas la ocupó, pues nombrado juez de Grados en la Real Audiencia de Sevilla partió de inmediato, regresando por algunos años nuevamente a su ciudad natal. Nombrado en sustitución de don Pedro Enríquez de Contreras, por ascenso de este a ministro togado del Consejo de Hacienda, la Real Cédula se despachó el 24 de diciembre de 1729, con sueldo de 10.000 reales de vellón, siendo al poco ascendido a alcalde de la Cuadra. En una consulta sobre los méritos de Curiel para cubrir esta última plaza, que es todo un alegato favorable a los derechos de los colegiales salmantinos, Curiel ocupará el primer lugar entre los candidatos, por encima de dos ministros, algo sobre lo que al parecer hubo reparo, a lo que el consultador reparó que eso sería “ignorar la calidad de los grados y estimacion” que tenían los colegiales mayores. Argumentaba que solo la estancia en ellos costaba al año no menos de 500 ducados, eso sin contar “los muchos ducados” gastados en las pruebas de ingreso y propinas, siendo los colegiales instruidos no solo en el estudio de la jurisprudencia, sino también en una crianza “política y urbana” con un conocimiento de “historias y buenas letras” que les hacían más inmunes a “los vicios de la naturaleza”. Al candidato, que ya contaba con veinte años de estudios mayores entre los cursados en Granada y Salamanca, como de: “de mui buen juicio, de una vida conzertada, de buena literatura, y mucha habilidad”, extrañándose que optase en función a dichas calidades por una plaza “de tan corto carácter”<sup>989</sup>. La Audiencia sevillana contaba una planta desde las Ordenanzas de 1558 de dos salas, una Civil llamada “Audiencia de Grados”, con ocho jueces llamados “oidores”; y otra de lo Penal con cuatro alcaldes del crimen, que eran llamados en Sevilla “alcaldes de Cuadra”. Presidía ambas el regente, asimismo capitán general de la provincia, el cual formaba junto al resto de magistrados una institución denominada el Real Acuerdo<sup>990</sup>. De sus sentencias y acuerdos únicamente se podía apelar para cuantías importantes o pleitos de hidalguía a la Real Chancillería granadina, última instancia judicial. En esta nueva estancia sevillana nacerían dos hijas, fallecidas en la infancia, y su primogénito y único heredero, don Luis, futuro conde de San Rafael, bautizado en San Juan de la Palma entre 1722-1724. De este periodo en la Audiencia tenemos alguna noticia de sus

---

<sup>989</sup> AHN, *Consejos*, Libros de Plazas, núm. 735, fol. 303v. RAH, Colección Pellicer, *Manuscritos*, tomo IV, fols. 192-203.

<sup>990</sup> Junto a estos la Audiencia era servida por un número variable de relatores, escribanos, alguaciles, alcaldes de cárcel, porteros, receptores, contadores, etc... Ver de Enrique Martínez Ruiz: *Diccionario de Historia Moderna de España: la Administración*, Ediciones Istmo, 2007.

providencias, como la que se le requirió de la Real Junta de Incorporación de Bienes Enajenados a santo de los derechos que arguía la Compañía del Río y Muelle de Sevilla para mantener los privilegios de carga y descarga que decía tener, y que llevaron a una providencia en 24 de septiembre de 1739 que las incorporaba al considerarlas usurpadas.

Como es lógico sus nuevas responsabilidades en Sevilla le impedían asistir a las reuniones de la Academia, sin embargo, solicitó de esta se le conservase la plaza que tenía, comprometiéndose a remitir desde la capital hispalense las autoridades que tenía encargadas, entre ellas las de las Partidas de Alfonso X el Sabio<sup>991</sup>. Nombrado alcalde de Casa y Corte por ascenso a una plaza en el Consejo de Órdenes de don Ambrosio de Torres y Castejón, la Real Cédula fue dada en San Ildefonso con fecha 24 de marzo de 1739<sup>992</sup>, regresando a Madrid con sueldo de 3.000 escudos de oro de a 10 reales y dejando el cuidado de sus intereses en Sevilla a su hermano don Pedro. Una vez en la corte, volverá a frecuentar las sesiones de la Academia, aunque no de manera continuada por sus muchas obligaciones, presidiendo en 1740 la comisión organizada para solventar las dudas sobre acentos y otros elementos de ortografía, formada por los señores Villegas y Pignatelli, Oyarbide, Rada, e Ignacio de Cevallos, encargándose de la lectura del dictamen el propio Curiel el 22 de noviembre de ese año. El 4 de mayo del año siguiente daría cuenta a sus compañeros de sillón de su nombramiento como fiscal del Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda, en su Sala de Justicia, siéndole asignado un salario de 36.000 reales<sup>993</sup>, ocupaciones que le impedirían nuevamente asistir con regularidad a las sesiones de la Academia, si bien entregó finalmente (27 de agosto de 1743) las voces de *Las Partidas* de Alfonso X. En 1745 solicita de esta se le dispensasen de los gajes que por antigüedad gozaba, así como la obligación de presidir cuando le correspondiese, accediendo la corporación únicamente a lo primero en sesión celebrada el 25 de marzo de 1745, los cuales fueron destinados en beneficio de la librería. Por lo que se determinó que presidiese siempre que pudiera en ausencia del director, la mayor parte de las veces en su propia casa, situada en la madrileña calle de la Sartén, hoy Navas de Tolosa, muy cercana a la iglesia y convento de San Martín, ya

---

<sup>991</sup> Gómez Palencia: *El sevillano don Juan Curiel*, opus cit., pág. 21.

<sup>992</sup> AHN, *Consejos*, Libros de Plazas, núm. 736, fol. 255v. Ver también editado por el mismo Archivo: *Consejo de Castilla. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Catálogo por materias*, Madrid, 1925.

<sup>993</sup> Ibid, pág. 279.

desaparecidos. Así ocurrió por ejemplo desde la muerte del director, don Andrés Fernández Pacheco, marqués de Villena, fallecido el 30 de junio de 1746, e incluso hasta después de la elección del siguiente don Juan López Pacheco (19 de julio de dicho año):

“Teniendo presente la Junta que respecto de la muerte del señor Director no se puede congrega la Academia en su casa, y que no es justo cese en sus tareas literarias, y que el Sr. D. Juan Curiel ha pedido se junte en la suya, ofreciéndola por el tiempo que sea preciso; y conociendo la Junta no puede dar al Sr. don Juan satisfacción más digna de la que con que vive de dicho Sr. que la admisión de su oferta, acordó que por ahora y hasta que se tenga por conveniente proceder a la elección de nuevo director, se celebren las Juntas en la posada de dicho Señor”<sup>994</sup>.

Ese mismo año de 1746, Curiel consigue el ansiado ascenso a consejero de Castilla, ocupando la vacante que dejó por fallecimiento don José Agustín Camargo, y que es consignada por un Real Decreto dado en el Buen Retiro con fecha 13 de agosto de ese año referido, percibiendo por ello un salario anual de 4.400 reales de vellón, si bien ya gozaba desde el 11 de diciembre de 1745, previa consulta de la Cámara de fecha 9 de noviembre de 1744, de la consideración de consejero honorario y de la antigüedad, siendo en ese momento fiscal del de Hacienda, y el último de los nombrados por Felipe V<sup>995</sup>. Ya en el Consejo Curiel desempeñará diferentes comisiones, apareciendo en varias de las Salas que lo componían: en 1749 y 1750 en la de Justicia, en 1751 en la llamada de Provincia, en 1752 y 1753 en la de Mil y Quinientas, en 1754 nuevamente en la de Provincia. En 1769, fecha de su jubilación, aparece en la Sala de Provincia, siendo entonces segundo en antigüedad de toda la plantilla de los Consejos<sup>996</sup>, para darle una muestra de afecto, el monarca decide – contra la norma que estipulaba la mitad – que Curiel conserve íntegro su salario en el de Castilla, sueldo que ascendía a 55.000 reales. El decreto lleva fecha 5 de mayo de 1769, siendo publicado el 10 de ese mismo mes, en el *Mercurio Histórico y Político* de mayo-agosto de ese año podemos ver la nota que reflejaba la jubilación:

---

<sup>994</sup> González Palencia: *El sevillano don Juan Curiel*, opus cit. 39-40.

<sup>995</sup> AHN, *Consejos*, Libros de Plazas, núm. 737, fols. 29-30 y 60-61.

<sup>996</sup> Ver la planta de los Consejos en los años de 1744 a 1769 en: *Kalendario manual, y guía de forasteros en Madrid para el año 1769*, opus cit.

“En consideracion a la abanzada edad del Sr. D. Juan Curiel para poder continuar con la puntualidad que hasta aquí en el exercicio de la Plaza del Consejo y de la del de Inquisicion y Comisiones que sirve, ha querido S.M. jubilarle en todas ellas, conservandole el sueldo de la del Consejo”<sup>997</sup>.

El Real y Supremo Consejo de Castilla, también denominado Consejo Real, era el máximo organismo de gobierno en el interior de la España peninsular, correspondiéndole por delegación regia la última instancia en materia judicial. Estaba compuesto en esos días por cinco salas: Primera de Gobierno, Segunda de Gobierno, de Justicia, de Provincia, y de lo Criminal, siendo su presidente el consejero más antiguo entre los de cada sala entre una planta de veinticuatro ministros o consejeros togados, un fiscal general, dos abogados generales, dos fiscales sustitutos, y cuatro secretarios en jefe entre otros puestos subalternos. Tras una remodelación efectuada el 3 de noviembre de 1715 se reorganizó en Salas Primera y Segunda de Gobierno, Sala de Mil y Quinientas, Sala de Justicia y Sala de Provincia. El presidente de la Primera lo era del Consejo y de la sesión plenaria o Consejo pleno, instancia donde se estudiaban entre otros los dictámenes que el rey sometía a su parecer, y veía sobre autorización de breves pontificios, fundaciones de conventos, hospitales, hospicios, seminarios, rescate de cautivos, provisión de cátedras universitarias, régimen interno propio del Consejo, admisión o rechazo de recusaciones de consejeros, reanudación de pleitos paralizados por otras instancias, etc... Sus ordenanzas se denominaban autos acordados, leyendo un magistrado cada semana las consultas que había que presentar al rey. El Consejo contaba con dos fiscales, uno para lo civil y otro de lo criminal, puesto que ocuparon en aquellos años célebres regalistas como Macanaz, Campomanes o Moñino, y llegarían a ser decisivos en la determinación de los asuntos sometidos al Consejo.

La Sala Primera atendía asuntos muy diversos: publicación de documentos pontificios que no contradijeran las prerrogativas regias, creación de seminarios o cofradías, aprobación de sus estatutos, curatela de los *grandes*, privilegios de hidalgos, dispensas para obtener grados universitarios, permisos de impresión o entrada de libros extranjeros, control en la administración de hospitales y juntas de caridad, temas de comercio y agricultura, aumento y conservación de montes y plantíos, la importante vigilancia sobre los abastos públicos, especialmente en los pósitos de grano, cuidando

---

<sup>997</sup> AHN, *Consejos*, Libros de Plaza núm. 736. También *Mercurio Histórico y Político...*, opus cit., mayo-agosto de 1769, pág. 80.

especialmente en que no faltase el pan, estudiar los informes de los corregidores sobre el estado de las cosechas, los precios, o el estado de los propios y arbitrios, reparación de puentes y caminos, homicidios, escándalos públicos y otros desórdenes (algunas de estas competencias fueron confiadas a determinadas juntas). En materia de justicia resolvía especialmente conflictos de jurisdicción, como entre vasallos y señores, emancipaciones, y dispensas por edad para ciertos empleos.

La Sala Segunda estaba reservada en cambio a resolver aspectos contenciosos de los asuntos dependientes de la primera, como por ejemplo: los pleitos derivados de la puesta en práctica de reglamentos aprobados por la Sala Primera. También veía sobre recursos interpuestos ante las jurisdicciones eclesiásticas, como las de la nunciatura o los vicariatos de Alcalá y Madrid; conflictos entre vasallos y señores, entre villas, memoriales de estas contra algunos impuestos, o quejas contra corregidores y funcionarios. Se ocupaba igualmente de la prohibición de libros, conmutación de penas, licencia para minas, reclutamiento incluso y otros negocios, si bien la mayor parte de las veces en grado de apelación.

Ante la Sala de Mil y Quinientas, así llamada por la costumbre que obligaba a los litigantes que a ella acudían a depositar una fianza de 1.500 doblas que evitase en lo posible una excesiva litigiosidad en las partes, se veían los recursos procedentes de las Chancillerías en grado de segunda suplicación, los relativos a capítulos de Cortes, nombramiento de diputados, pleitos sobre mayorazgos y señoríos, o del Concejo de la Mesta. Igualmente conocía sobre las visitas a tribunales y universidades, juicios de residencias de corregidores y justicias de realengo, cuentas de propios y administración de estados señoriales secuestrados durante la sustanciación de pleitos por su tenuta. La Sala de la provincia, era también de apelación, ante ella se revisaban los pleitos civiles suscitados ante la de Alcaldes de Casa y Corte, ejerciendo además la visita sobre los diferentes escribanos de número públicos, de rentas, etc., de Madrid, enviando un informe tres veces a la semana.

El Consejo despachaba con el rey todos los viernes los asuntos más importantes, pero nunca llegó a depender verdaderamente de la voluntad o del capricho regio, más presente en instituciones como el Consejo de Estado, atendiendo siempre a un celosísimo legalismo en sus determinaciones y dictámenes. Instituciones anexas a él eran la llamada Cámara de Castilla, con sus fiscales y secretarios del Real Patronato,

uno para Castilla y otro para Aragón; o la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. La primera, suprimida en 1713, fue restituida nuevamente muy poco tiempo después, el 9 de junio de 1715, pasando el número de camaristas de tres a cinco: cuatro secretarios encargados de la justicia del Real Patronato y jurisdicción de gracia, relator, tesorero, contador y varios porteros. La Sala de Alcaldes desde el 22 de junio de 1715 adquirió su organización definitiva, compuesta de: un gobernador, doce alcaldes, un fiscal, cuatro escribanos de cámara, dos relatores, un agente fiscal, un abogado, un procurador de pobres, porteros y unos cuarenta alguaciles de policía. Tribunal criminal, juzgaba en primera instancia los casos de corte surgidos en Madrid y alrededores, tomando la apelación de los casos juzgados por los corregidores y sus tenientes en Madrid. Sus atribuciones fundamentales eran sobre policía: de mercados, posadas, festejos; así como el mantenimiento del orden público en la capital, acompañando al rey en sus salidas y al Consejo cuando lo hacía corporativamente. Su jurisdicción se extendía cinco leguas alrededor de Madrid, ocupándose también de pleitos civiles por valor inferior a 100.000 maravedís.

El Consejo de Hacienda en cambio contaba con Sala de Gobierno, de Justicia, y de Millones, constituyéndose en instancia superior de los siguientes organismos: Tribunal de la Contaduría Mayor, Consejo de Cruzada, Real Junta de Obras y Bosques, Real Junta Facultada de Viudedades, Real Junta Apostólica, Real Junta de Comercio y Moneda, Real Junta del Tabaco, Real Junta de la Caballería del Reino, Real Junta de Abastos, o la Real Junta del Aposento<sup>998</sup>. Tal y como dice Fayard, y también otros, el hecho de ser licenciado o doctor no era condición indispensable para ser consejero, y de hecho Juan Curiel nunca lo fue – sí en cambio su padre don Luis, quien era licenciado –, pero sí el haber realizado estudios, sustituido alguna cátedra – aunque fuera unos meses tan solo –, protagonizado diferentes actos de conclusiones, o gozado de alguna beca de jurista en algunos de los principales colegios mayores del reino, sobre todo en Salamanca o Alcalá<sup>999</sup>.

---

<sup>998</sup> Sobre las estructuras, planta de los Consejos, o prosopografía de los consejeros he seguido principalmente: *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, por Janine Fayard, opus cit.; Santos M. Corona González: *Ilustración y derecho. Los fiscales del Consejo de Castilla en el siglo XVIII*, también citada; y María Isabel Cabrera Bosch: *El Consejo Real de Castilla y la Ley*, Madrid, CSIC, 1993. Pueden consultarse asimismo otros títulos de referencia obras de Miguel Artola, Antonio Domínguez Ortiz y otros, detallados en el apartado dedicado a bibliografía.

<sup>999</sup> Fayard, opus cit., págs. 36-38.

Fue Curiel asimismo consejero en el de la Suprema y General Inquisición, representado una de las plazas que el de Castilla tenía en aquel organismo desde tiempos de Felipe II, sustituyendo el sevillano la vacante producida por el fallecimiento del conde de la Estrella. Este Consejo, a cuya cabeza se encontraba el inquisidor general, se reunía los lunes, miércoles, y viernes por la mañana, y los martes, jueves y sábados por la tarde, siendo a esta última reunión a la que solían asistir los dos consejeros de Castilla ya mencionados. En la consulta, de fecha 17 de marzo de 1753, Curiel compitió con otros dos candidatos, don Pedro de Samaniego, del que luego hablaremos, y don Francisco Cascajares, también consejeros de Castilla, gozando un sueldo mensual de 7.300 reales de vellón al mes, a los que había que añadir otros 8.000 en concepto de emolumentos, gajes, y otras dietas<sup>1000</sup>. Aunque habitualmente era el inquisidor general, y en su defecto el Consejo quien proponía las vacantes al rey, estas a veces, sobre todo las dos en cuestión, y las de otros muchos ministros del referido Tribunal eran nombradas directamente por el inquisidor sin necesidad de consulta, unas atribuciones que los ministros más regalistas consideraban excesivas y lesivas para la propia regalía del monarca, proponiendo una y otra vez su reforma<sup>1001</sup>.

Sin embargo, a finales de 1761, Curiel es cesado junto con el marqués de Monterreal de manera fulminante de su plaza en el Consejo de la Suprema, no especificándose en el decreto correspondiente, dado en el Buen Retiro el 28 de noviembre de ese año los motivos para ello, nombrando a sus sustitutos directamente y sin consulta previa: “He venido en descargar a D.<sup>n</sup> Juan Curiel, y al Marqués de Monte Real de las Plazas que sirven en el Consejo de Ynquisicion, y en su lugar he nombrado para ellas a D.<sup>n</sup> Pedro Cantos, y a D.<sup>n</sup> Pedro Ric. Tendréislo entendido y dispondréis lo correspondiente para su cumplimiento”<sup>1002</sup>. Los motivos los esbozará el propio Curiel en un memorial dirigido al rey en 1767, que remite primeramente al nuevo ministro de Justicia, Roda, para recabar su consejo e intercesión ante el monarca, reparando así el “honor perdido”<sup>1003</sup>. Ya antes, pocos meses después de su cese había enviado un primer

---

<sup>1000</sup> AGS, *Gracia y Justicia*, legs. 623-624: Consulta de don Juan Antonio Curiel y Luna para una plaza en el Consejo.

<sup>1001</sup> Sobre el Consejo de la Suprema en esa centuria ver la aportación de Ricardo Gómez Rivero: “Los consejeros de la Suprema en el siglo XVIII”, en *Revista de la Inquisición*, núm. 7, año 1998, págs. 165-224.

<sup>1002</sup> AGS, *Gracia y Justicia*, leg. 624.



memorial al monarca, en el que manifestaba su más absoluta resignación a la voluntad regia de suspenderle en el ejercicio y sueldo como consejero, y solicitando al menos se le conservara el tratamiento de ministro honorífico del mismo, para no perjudicar así la honorabilidad de su familia y linaje y la suya propia como servidor público por más de cuarenta años, pudiendo así concurrir con el Consejo en las ceremonias a que este acudía de manera corporativa. Dicha petición fue rechazada por el soberano en primera instancia (por un oficio del marqués del Campo del Villar de 14 de octubre de 1762), aunque le hizo saber con ella que Curiel “no había perdido la gracia”, siéndole concedida finalmente con ocasión de la reintegración al Consejo del también defenestrado marqués de Monterreal, por decreto de 23 de diciembre de 1763 sin consulta previa<sup>1004</sup>.

En 1767, aprovecha Curiel la vacante producida por el fallecimiento de Ric, uno de los que precisamente le habían sustituido en 1761, para elevar un segundo memorial, que envía previamente a Roda – que había sustituido a Wall como ministro – para recabar su consejo y apoyo, corrigiéndolo en caso de que “contuviese algo que pueda desagradar a S.M.”. También le solicitaba su intercesión ante el monarca, para así “reparar su honor” e inclinar la “Real bondad” a lo que pretendía. Allí – en la carta –, Curiel expone los motivos que piensa llevaron a su fulminante cese, vinculados principalmente a un voto particular que hizo, contrario al proyecto regalista que pretendía limitar los “rescriptos apostólicos” en materia de prohibición de libros considerados por la Santa Sede perjudiciales para la religión, y que se trató en el Consejo de Castilla en octubre de 1761. Y más que a este voto particular en sí mismo, siguiendo la propia versión del afectado, a su: “torpe e infeliz expresion de los motivos, a que dio motivo mi ignorancia, o un celo indiscreto por la necesidad (que me cupo en suerte) de un genio meticuloso, que siempre amenaza de daños futuros”, pues como el mismo decía, si se hubiese debido a ello: “¿como por R.<sup>1</sup> Decreto de 5 de Julio de 63 hubiese mandado S.M. recoger las R.<sup>s</sup> pragmáticas publicadas sobre estos asuntos, dejando correr las cosas como antes?”, aunque esto último solo se lo confía a Roda y no aparece en el borrador del memorial. Lo cierto es que, es muy posible que tras los

---

<sup>1003</sup> Ibídem: Carta de Curiel al ministro Roda con fecha 2 de octubre de 1767; adjunta copia del borrador de un memorial dirigido al rey sin fecha (1767), cuyo enunciado es: “Memorial elevado al Rey por Juan Curiel solicitando una plaza de consejero de la Inquisicion”.

<sup>1004</sup> Ibid, “Memorial elevado al Rey por Juan Curiel en el que suplica se le concedan honores de ministro del Consejo de la Inquisicion”, 1762.

nombramientos de Cantos y Ric, estuviese detrás el ministro Wall, acérrimo antijesuita, quedando a su caída, en 1763, paralizado el informe que para reforma del Consejo de la Suprema elaboraban estos. En dicho memorial, un Curiel muy afectado, apela a la benignidad del monarca, acatando con resignación las resoluciones pasadas, pero seguro de haber recuperado nuevamente el afecto regio “tras el pasado desacierto”, purgado por seis años, suplicando de este “se digne nombrarle en dicha vacante”<sup>1005</sup>.

Fuere cómo fuere, ya por haber cambiado la situación política en los ambientes de la corte, o por influencia del nuevo confesor real, el padre Eleta, bestia negra del radicalismo ilustrado de su tiempo, motejado con epítetos tales como: padre alpargatas, gran muftí, fray pernetas, o Júpiter el del cordón...., lo cierto es que Curiel fue nuevamente repuesto en el Consejo de la Suprema. La nueva consulta, motivada por la vacante que dejó Ric, tuvo lugar el 5 de octubre de 1767, siendo los otros dos candidatos el marqués de Montenuovo, y don José Moreno Hurtado, ambos también consejeros del de Castilla. Su jubilación definitiva llegaría el 24 de mayo de 1769, siendo sustituido en esta plaza por el consejero Francisco Losella, que sin embargo no estaba en la terna de consultados<sup>1006</sup>.

Sin embargo, Curiel, más que como consejero de Castilla ha pasado a la historia de la España dieciochesca, y sobre todo en la disputa entre tradición e ilustración, por su papel como juez de Imprentas del reino, que le situaba como cabeza de la censura pública en los reinados de Fernando VI y primeros años del de Carlos III<sup>1007</sup>. Sus medidas proteccionistas llevarían a mercaderes de libros, sobre todo de libros extranjeros, e impresores, amedrentados por las medidas restrictivas que este imponía, a solicitar el apoyo de los ministros más radicales, como Wall, que arrancarían finalmente de Carlos III la jubilación de Curiel en 1769. Había sido nombrado por una Real Cédula despachada el 8 de febrero de 1752, sustituyendo en el puesto a don Juan Ignacio de la Torre, dictando ese mismo año, con fecha 22 de noviembre, un controvertido auto que regulaba el examen previo de los libros antes de su publicación: “Reglas que deben

---

<sup>1005</sup> *Ibídem*.

<sup>1006</sup> *Ibídem*.

<sup>1007</sup> Aunque aquí, por lógicas razones de espacio, no podemos extendernos en hacer un estudio exhaustivo del trabajo del Juzgado y de la Comisión de Imprentas durante su existencia, para su estudio son fundamentales los legajos conservados en el Archivo Histórico Nacional, principalmente los de las subseries: “Juzgado y Comisión de Imprentas”: cajas 50.683 a 50.695; “Pleitos de la Comisión de Imprentas”, 51.629 a 51.634 (para Castilla), 51.638 a 51.642 (para Aragón); y “Originales de Impresión”: 5.770-5.797, y 50.751 a 50.838.

observar los impresores y libreros para la impresión y venta de libros conforme a lo dispuesto por las leyes del Reyno”<sup>1008</sup>. El Reglamento, que contaba 19 artículos, produjo tal conmoción que fue de inmediato rechazado por los afectados, agraviados por las duras condiciones y penas que propugnaba, reclamando su derogación o modificación ante el Consejo al menos treinta y tres impresores y libreros, algunos incluso extranjeros, como Barthelémy, Orcel, o Bonnardel, que protestaron enérgicamente ante sus gobiernos para que presionaran al español. El madrileño Francisco Manuel de Mena, amigo de Gregorio Mayans, también muy crítico con la medida como veremos, quien solicitó la mediación del editor suizo Grasset ante Malesherbes, *chef de la Librairie du Royaume de France*, para que protestara ante el embajador en Madrid, duque de Durás y se conseguiese así la anulación del reglamento. Sería el futuro ministro Roda precisamente quien representara a los impresores, pero aburrido y procesado acabó abandonando la abogacía, si bien por una exitosa carrera política que como vimos en el apartado del cardenal Delgado le llevaron a representar al gobierno en Roma, y luego en la secretaría de Gracia y Justicia. En su abundante correspondencia con el ilustrado valenciano Gregorio Mayans, que curiosamente había coincidido con Curiel en el Colegio de Cuenca, critica duramente el reglamento, que es ridiculizado por ambos por desmedido, considerándolo los dos una verdadera traba a la difusión de la cultura. Mayans, que tenía causas pendientes con el juzgado de Imprentas, donde estaban retenidas cuatro obras suyas, califica a Curiel “hechura de los jesuitas”, devolviendo a Roda convenientemente glosado en un apéndice el proyecto del reglamento de Curiel para su conocimiento y evidenciar su ilegalidad y abuso, sentenciando su uicio a las trabas que imponía con estas palabras finales: “En suma, la justicia pide que se castigue el que escribe contra la religión, el rey y el prójimo, que no vendan libros prohibidos sino a los que tengan licencia legítima para leerlos. Pero la utilidad de los buenos libros pide libertad en su comercio”<sup>1009</sup>.

---

<sup>1008</sup> *Novísima Recopilación*, Libro VIII, Tit. XVI, Ley XXII: “Reglas que deben observar los impresores y libreros para la impresión y venta de libros conforme a lo dispuesto por las leyes del Reyno: D. Fernando VI por resol. á cons. del Cons. de 27 de julio de 1754 en que se aprueba el auto inserto del Juez de Imprentas de 22 de noviembre de 1752”.

<sup>1009</sup> Ver sobre Mayans las interesantes aportaciones de Antonio Mestre Sanchís: “Francisco Manuel de Mena: La ascensión social de un mercader de libros proveedor de la élite ilustrada”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, núm. 4, Alicante, 1984, págs. 47-72, 59-61; y *El mundo intelectual de Mayans*, Valencia, Ayuntamiento de Oliva, 1978, en cuyo contenido se reproducen las cartas entre Roda y el ilustrado valenciano junto. El apéndice referido, titulado: *Reflexiones sobre el reciente auto tocante a impresiones que se publicó, siendo juez de imprentas D. Juan Curiel, colegial mayor y hechura de los jesuitas. D. Gregorio Mayans hizo estas Reflexiones a instancia de D. Manuel Roda quei era el abogado de los impresores y libreros, y que por ello fue procesado, y*

Estas protestas se llevaron al Consejo, sin embargo Curiel recibiría el apoyo de los fiscales y del pleno de las dos Salas de Gobierno, que tan solo introdujeron algunas modificaciones en su auto de 27 de julio de 1754. El contenido íntegro del Reglamento podrá verse en el Apéndice Documental, por la importancia que tiene en la trayectoria historiográfica del personaje, exponiendo ahora resumido los 19 artículos que cuenta, y las modificaciones que sufrió: Nadie podía publicar libro, memorial o papel de la extensión que fuere sin licencia del Consejo o del juez de Imprentas, so pena de 2.000 ducados y seis años de destierro; estas no podían pasar a imprimirse o reimprimirse sin haber presentado previamente el original para su cotejo escrupuloso; que estas no pudieran repartirse ni venderse sin imponérseles la tasa y haber sido corregidos; tanto la licencia como la tasa y el privilegio si lo tuviere, junto con el nombre del autor, lugar y fecha de impresión y nombre del impresor debían figurar en lugar preferente; si las obras fuesen concernientes a asuntos de religión la pena era de muerte y confiscación de bienes, condenando a los libros a la hoguera; misma pena en que incurrirían los que imprimiesen o hicieran circular en estos reinos los que estuvieran prohibidos expresamente por el Santo Oficio; los manifestos y defensas legales debían contar previa licencia de la instancia judicial ante la que estuvieran pendientes; prohibición de tener prensas ocultas o poner impedimento a la inspección del corrector; obligación de incluir la fe de tasa y del precio a que se ha de vender; que no se impriman bulas, gracias y otros documentos afines sin que preceda lo dispuesto en la *Recopilación* al respecto; las reimpresiones de cartillas para niños, vidas de santos, constituciones sinodales, y libros sobre gramática o latinidad debían contar con el nihil obstat del ordinario diocesano; y lo mismo para obras tocantes al Santo Oficio; que las obras impresas en papel fino (gacetas por ejemplo) debían hacerse en este tipo de papel y no en el ordinario; que ningún librero o tratante u otra persona pudiera vender o introducir en estos reinos obras cumpuestas por naturales de ellos impresos fuera, bajo pena de muerte y perdimiento de bienes; y que los que estos introdujeran debían contar igualmente con la licencia y tasa, obligándose a enviar al Consejo un ejemplar de los mismos, bajo pena de cien mil maravedís y pérdida del género; tampoco vender libros escritos por extranjeros de primera impresión, y por naturales en segunda fuera del reino; que ninguno de estos pueda impedir la inspección de sus casas al superintendente

---

*aburrido dejó la carrera de abogado y tomó la de secretarías, lo que fue para ser más exaltado en Roma y en Madrid, págs. 333-350.*

o sus subdelegados pretextando privilegio de fuero; que ningún librero o tratante pudiera vender biblioteca de alguna persona fallecida hasta cincuenta días de la muerte de aquel ; que nadie pueda introducir o vender misales, breviarios, pontificales, etc., impresos fuera de estos reinos, sin que primero se examinen por el Consejo, bajo pena de perdimiento de bienes y destierro perpetuo, y para los que los vendieren privación de sus oficios y cincuenta mil maravedís de multa; por último todo esto debía entenderse para los reinos de Castilla y Aragón.

Aunque la mayor parte de las penas contempladas eran pecuniarias, de destierro temporal, o incautación de género, lo cierto es que la dureza contemplada para alguna de las infracciones, incluso con la muerte, resulta exagerada y extemporánea para aquel tiempo incluso, calificándolo Aguilar Piñal por ejemplo como “el más duro de la historia” en esta materia<sup>1010</sup>. Es cierto que venía a poner orden en el irregular funcionamiento de la oficina que corría con las licencias, tasas, y recogida de ejemplares (para la Biblioteca de El Escorial, o para el presidente y ministros del Consejo por ejemplo), cuyos trámites los había desempeñado hasta entonces el portero de la Comisión de Imprentas, e incluso puede decirse – y se ha dicho – que la medida beneficiaba ciertamente la industria libraria nacional, sobre todo en materia de impresión y al restringir las importaciones, pero bajo todo esto subyacía un claro intento de control ideológico ante el debate filosófico cientifista que se gestaba en Europa. Así, con el reglamento se mediatizaba, o se pretendía al menos, limitar la penetración en España de estas nuevas ideas y teorías surgidas sobre todo del mundo anglosajón, que dañaban tanto la pureza de la fe católica, confundiendo las mentes de personas quizás poco preparadas para digerirlas, o eran contrarias al orden establecido, pues muchas rozaban, cuándo no entraban de lleno directamente en lo subversivo o en lo herético.

Así, las enmiendas realizadas al borrador del reglamento quedaron de la siguiente manera: En el 1º se exceptuaba de lo contenido las esquelas para convites y eventos semejantes; en el 5º, uno de los más duros, se introdujo la matización de que debía entenderse si los inculcados en ello obrasen “con depravada intención”, y auxiliando en esto a herejes reconocidos, y eximidos de esta malicia tan solo fuera condenados a seis años de presidio y doscientos ducados; en el 7º había que añadir

---

<sup>1010</sup> Francisco Aguilar Piñal: *Historia de la literatura española. Introducción al siglo XVIII*, Colección dirigida por R. de la Fuente, 50 vols., tomo 25, Madrid, Ediciones Júcar, 1991, págs. 119-120.

“salvo si manifestase orden superior” para impedir la entrada; en el 13º se conmuta la pena de muerte por la de cuatro años de presidio que en caso de reincidir podrían ser aumentados; la aplicación del 14º se suspendió por el momento, aplicándose si fuere necesario ante casos de abusos en el precio de los mismos; el 16º igual enmienda en que el 7; y por último se añadía al 19º que este debía entenderse conforme al auto acordado que entendía sobre dicho asunto<sup>1011</sup>.

Con otra nueva instrucción, esta vez de fecha 19 de julio de 1756, se añadieron nuevos criterios en la censura y revisión de publicaciones, que no debían atender únicamente a si estos expresaban “algo contra la religión, contra las buenas costumbres, o contra las regalías de S.M.”, sino también si dichas obras eran de contenido apócrifo, supersticioso, o vano y “sin provecho”, vigilándose especialmente si contenían alguna “ofensa a comunidad o a particular, o en agravio del honor y decoro de la Nación”<sup>1012</sup>. Ejemplo de lo cual sería el auto de fe que Curiel llegó a ordenar el 16 de abril de 1759 contra unos folletos antijesuiticos publicados en Lisboa por orden del marqués de Pombal, los cuales fueron quemados<sup>1013</sup>.

Erigidos los impresores en verdadero grupo de presión, utilizaron todos los medios a su alcance para derribar al celoso Curiel, aprovechando cualquier resquicio legal para intentar lograr su caída. Uno fue el asunto del conocido *Piscator Complutense*<sup>1014</sup>, panfleto publicado bajo pseudónimo que originó un durísimo informe de Wall, entonces primer secretario de Estado, al Consejo, en el que se insinuaba la

---

<sup>1011</sup> El borrador del reglamento como las enmiendas aprobadas pueden consultarse íntegras tanto en la *Novísima Recopilación*, opus cit., como en la obra coetánea de Antonio Martínez de Salazar: *Colección de memorias, y noticias del Gobierno general, y político del Consejo: lo que observa en el despacho de los Negocios que le competen: los que corresponden à cada una de sus Salas, Regalías, Preeminencias, y Autoridad de este Supremo Tribunal, y pertenecientes à la Sala de Señores Alcaldes de Casa y Corte*, Madrid, Oficina de Antonio Sanz, 1764, págs. 237-271.

<sup>1012</sup> *Instruccion que de orden del Consejo, y con fu aprobacion ha formado el Señor Don Juan Curiel, Minifro de él, y del de la Suprema, y General Inquificion, y Superintendente General de Imprentas en eftos Reynos, fobre el modo, y método, con que los Cenfores, que tiene nombrados, y nombrafse en adelante el Confejo, debèran examinar, y dar fu Cenfura en los Libros, y Obras, que fe les remitieffen, ò ya fea para imprimir, ò reimprimir en eftos Reynos, ò ya para que los impreffos fuera de ello, puedan venderfe por los Mercaderes, y Libreros*, Madrid, 19 de julio de 1756. El Auto acordado del Consejo con fecha 21 de ese mismo mes y año.

<sup>1013</sup> Enrique Giménez López: “Gregorio Mayans y la Compañía de Jesús. Razones de un desencuentro”, en *Actas del Congreso Internacional sobre Gregorio Mayans*, Valencia, 1999, págs. 529-558, 177, nota 57.

<sup>1014</sup> Francisco de Valdemoros: *El Piscator Complutense. Conclusiones de los colegiales chofistas. Diario de quartos de luna y juicio de los acontecimientos naturales y políticos de toda la Europa, para este año de 1756*. El nombre del autor es pseudónimo de Francisco Martínez Moles, profesor de teología de Alcalá, que también utilizó el de Francisco Solem. Existe un ejemplar en AHN, *Estado*, 3185/2, recogido por Francisco Aguilar Piñal en su *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, 10 vols., Madrid, CSIC, 1981-2002, tomo V (L-M), año 1983, pág. 505.

negligencia del Juzgado de Imprentas al consentir dar licencia a una obra “por tantos títulos reprensibles”, pues contenía “tales y tantas suciedades, insolencias y desacatos, que apenas se encontrará en él cláusula que no sea soez, obscena, y desvergonzada”, indigna de pasar por la prensa y que causó un escándalo que había llegado incluso a oídos del rey, insinuando con ello “el abandono del Juez de Imprentas en esta Corte en el desempeño de lo que por esta comisión está a su cargo”<sup>1015</sup>. El autor fue castigado con cinco años de destierro de la corte y la prohibición absoluta de escribir más pronósticos, y Curiel con una reprobación presentada por el ministro ante el Consejo en nombre del propio rey el 28 de enero de 1756: “para que así se entienda y ponga en adelante la atención y cuidado debido en evitar tales excesos, en cumplimiento de lo prevenido por las leyes y tan repetidamente encargado por S.M., manda que V.I. lea este papel en Consejo pleno, y que en el mismo públicamente manifieste al Ministro encargado de la comisión de Imprentas la extrañeza, desagrado y justo enojo de S.M., dándole una severísima represión por el descuido con que ha procedido en cosa de tanta importancia, haciéndole saber que si no bastare esta prevención para evitar semejantes atentados en adelante tomará S.M. las más severas providencias”. Curiel no se arredró sin embargo, reaccionando de inmediato, pues la obra contaba con todas las licencias y había cumplido con los requisitos legales exigidos, elevando al monarca una representación fechada el 2 de febrero siguiente en la que defendía la actuación del Juzgado de Imprentas al que eximía de toda responsabilidad en el asunto, alegando dos puntos en su defensa. El primero consistía en que tal obra había sido entregada para su revisión a uno de los censores encargados por el Juzgado, en este caso el benedictino fray Vicente Marín, predicador mayor del convento madrileño de San Martín, quien dio el visto bueno para su publicación, pasando luego al corrector general quien dio fe de estar acorde el impreso con su original, concediéndose la tasa y aprobándose el expediente. Añadía además que: “Lo que se ha ejecutado para la impresión de este Piscator es todo lo que mandan las leyes, sin que se halle en ellas otra alguna diligencia”, constituyendo esta “diversión” – los piscatores, especie de libros de pronósticos astronómicos – un pasatiempo inocente” de los que se publican numerosos al año, y de hecho el propio autor había publicado, como se verá, otro el año anterior, descargando Curiel de responsabilidad sobre los contenidos al Juzgado. Con mucho

---

<sup>1015</sup> El informe, posterior representación de Curiel en su defensa, y auto exculpatario de los fiscales y consejo pleno se transcriben íntegros en González Palencia: *El sevillano don Juan Curiel, juez de Imprentas*, opus cit., págs. 75-96. El original en AHN, *Consejo de Castilla*, Imprentas y sus agregados, leg. 11.275.

conocimiento de su oficio y de las leyes, Curiel argumentaba que: “Si el Juez de Imprentas o el Consejo han de ser responsables de todo cuanto se imprime es menester que el Rey lo mande, porque hasta ahora no hay ley que lo prevenga y por esto el Juez de Imprentas y el Consejo se desentiende de las prohibiciones que frecuentemente se hacen por el Santo Oficio de la Inquisición de libros que autorizados con su licencia se hallan con proposiciones heréticas, con blasfemias y errores contra nuestra Santa Fe y buenas costumbres...”, inquiriendo además si el mismo o el Consejo habían de “reconocer por sí todo lo que se ha de imprimir o reimprimir en estes Reynos”, solicitando de S.M. se dignase “darse por bien servido del Juez de Imprentas en esta ocasión por haber evacuado su obligación”. El segundo punto enunciado giraba en torno a las amenazas contenidas en el informe de Wall sobre “las severas providencias” que se tomarían contra aquel en caso de reincidencia, a lo que Curiel, en tono humilde pero inflexible, determina, para evitar así otros posibles “enojos” de S.M., el “abstenerse de dar cualesquier géneros de licencias para imprimir, ínterin que S.M. no resuelva sobre el primer punto”, o el Consejo diera otra nueva norma al respecto.

Pero que contenía este almanaque, o pronóstico, para enfurecer de esa manera nada menos que al primer secretario de Estado. En opinión de Inés María Zavala<sup>1016</sup>, que estudió el impreso, el autor, que ya había publicado otro para el año anterior, y que pasó desapercibido, aumentó el descaro y la desfachatez del lenguaje para así aumentar en algo sus ganancias, imitando más bien pobremente las soterradas críticas de Quevedo o Torres Villarroel al poder un siglo antes. Tal revuelo se armó que el mismo conde de Aranda desde Lisboa, donde estaba de embajador, comenta su parecer al duque de Alba, manifestándole: “ya tengo el Almanak complutense, muy borrical, y me admiro que los frailes lo aprobasen; pero como las desvergüenzas son propias de la capilla y los sopistas licenciadores, tomaron a gracia su contenido”. La inclusión de ciertas estrofas chismosas sobre la política cortesana por parte del clérigo “chofista” – relativo a los estudiantes pobres que se alimentaban a base de chofas para subsistir –, fue lo que desencadenó la furia de Wall, quien es probable que se viera identificado en alguno de ellos, vendiéndose a pesar de todo al menos trescientos ejemplares antes de que el ofendido ministro decretase el secuestro de los mismos:

Un capellán y un letrado

---

<sup>1016</sup> Iris M. Zavala: “Clandestinidad y literatura en el Setecientos”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, núm. 24, México, Colegio de México, 1975, págs. 398-418, 402-403.



juntos con un Arbitrista,  
votarán cierto negocio:  
mira que trinca.

Para los pronósticos de la luna de abril compone esta quintilla:

En un Tratado secreto  
entre seis ministros legos;  
y uno, que era el más despierto,  
fue quien campó, porque el tuerto  
es Rey en tierra de ciegos.

Por esta vez ganaría Curiel, pues dicha representación contó finalmente con el parecer favorable de los dos fiscales del Consejo, que lo examinaron el día 11 de ese mismo mes, no encontrando nada reprochable “conformándose enteramente” con ella, suplicando de S.M. declarase este “que en la impresión del Piscator Complutense se regló el Sr. Juez de Imprentas a las Leyes del Reino y no incurrió en la más leve culpa que pudiese dar motivo a su desagrado”. En la reunión del pleno del Consejo celebrada día el 23, que estaría compuesto por los señores obispo gobernador – en tonces aún don Diego de Rojas, titular de la mitra de Cartagena –, marqués de los Llanos, Diego Adorno, Arias Campomanes, Pedro Colón de Larreategui, Miguel Río, Manuel de Montoya, marqués de Puertonuevo, marqués de Monte Real, Francisco Cepeda, Simón de Baños, Isidoro Gil de Jaz, José Aparicio, Miguel María de Nava, y Andrés de Valcárcel, se le exoneraría de forma definitiva de las acusaciones lanzadas por Wall, eximiendo al Consejo y al Juez de Imprentas “del contenido de los impresos por su licencia”, acordando tomar las medidas que en materia de censura había indicado el propio Curiel, y que condujeron al nombramiento de censores oficiales pagados<sup>1017</sup>.

Este nuevo sistema fue aprobado por auto de 19 de junio de 1756, y determinaba “en vista de la representación que ha hecho al Consejo el señor don Juan Curiel, Ministro de él y Superintendente general de Imprentas, y medios que propone para la

---

<sup>1017</sup> González Palencia nos remite a A. Rumeu de Armas, *Historia de la censura literaria gubernativa en España*, Madrid, 1940, págs. 40 y ss. Ver asimismo de Juan García Martín: *El Juzgado de Imprentas y la utilidad pública. Cuerpo y alma de una monarquía vicarial*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2003.

observancia y cumplimiento de lo dispuesto por la Ley veintitrés, título séptimo, libro primero de la Recopilación”, que para las obras que se hubieran de imprimir o reimprimir en el reino, o que impresas fuera se hubiere de vender en él, “se hayan de examinar antes por algún letrado muy fiel y de buena conciencia, que jurando antes que lo hará bien y fielmente, las censure para que, no habiendo reparo, se pueda dar licencia para su impresión o para su venta, mandando así mismo que al tal letrado, por su trabajo se le dé el salario moderado que fuese justo”<sup>1018</sup>.

Tras su cese, volvería a despachar las censuras la escribanía de la Sala Primera de Gobierno del Consejo, quedando el juzgado como su órgano auxiliar en cuestiones contenciosas y para licencias menores. Así, con fecha 8 de junio de 1769, una ley titulada “De los libros y sus impresiones”, recogida en la *Novísima Recopilación*, dictaba que “cesen los subdelegados particulares de Imprentas; y como natos del Consejo conozcan en asunto de impresiones los presidentes y regentes de Chancillerías y Audiencias y los corregidores del Reino”<sup>1019</sup>. Solamente en 1785 con la censura de papeles periódicos volvería el Juzgado de Imprentas a cobrar una cierta relevancia, y durante los días de la Revolución francesa con el “cordón sanitario” establecido por las autoridades españolas, suprimiéndose definitivamente en 1834 con la desaparición definitiva del Consejo de Castilla.

El 23 de septiembre de 1705 el rey Felipe V le había hecho merced de un hábito de la Orden de Calatrava, demorándose la realización de las pruebas hasta el de 1720 en que son finalmente aprobadas<sup>1020</sup>. Poco después de esto, don Juan Antonio Curiel casaría en primeras nupcias el 5 de febrero de 1722<sup>1021</sup> con doña María Josefa de Álamos y Miranda, bautizada en 1701 en la parroquia de San Pedro de Sevilla estando sus padres de paso en la ciudad, teniendo lugar la ceremonia de desposorios en la iglesia de San Julián de Valladolid, de donde era feligresa la novia, y la dispensa de las amonestaciones en Madrid, donde fueron las velaciones, que tuvieron lugar con licencia del vicario general y del párroco de San Sebastián, de donde era feligrés Curiel, en el

---

<sup>1018</sup> Un ejemplar del auto existe en el citado legajo 11.275 ya referido.

<sup>1019</sup> *Novísima Recopilación*, Libro VIII, Tít. XVI, ley XXVII, pág. 139.

<sup>1020</sup> AHN, *Órdenes*, Calatrava, expediente 704.

<sup>1021</sup> *Ibid*, Calatrava: Pruebas para contraer matrimonio de doña María de Sevilla Álamos Miranda de la Serna y Gamboa con don Juan Antonio Curiel y Tejada, caballero de Calatrava, expediente 20, año 1722.

oratorio privado de sus padres por don Juan José Domínguez Manzano, quien sería años más tarde obispo de Jaca. Era hija de don José del Álamo Atienza y Quiñones, regidor perpetuo de León, y de doña Manuela Tomasa de Miranda y Gamboa, marquesa de Villasinda y señora de las villas de Alcuetas, Mingalbín y de Perales, con lo que la hidalguía de Curiel, prototipo de la nobleza de mérito enlaza finalmente con la nobleza titulada tradicional. Al enlace precedieron las correspondientes capitulaciones matrimoniales, que fueron otorgadas ante el escribano madrileño Pedro Moreno Viniegra el 17 de enero de dicho año, y en Valladolid, de donde era vecina la novia, ante José Ochoa el 5 de febrero<sup>1022</sup>, siendo inscrito el enlace en la parroquia de San Julián de aquella ciudad castellana. Los capitales aportados a dichas capitulaciones eran las siguientes: don Luis Curiel y su esposa doña Inés mejoraban el tercio de su hijo primogénito, añadiendo asimismo el remanente del quinto de todos bienes así como la cantidad de 10.000 ducados de vellón en concepto de capital. Si los gastos de la boda superasen la cifra última, que lo hizo en 23.000 reales, don Juan Antonio tendría que ir reintregándolas al mayorazgo que se fundaba en su persona como buenamente pudiera.

Esta primera esposa de Curiel falleció en Madrid en 1746, siendo enterrada en la cercana iglesia de San Martín, dejó poder para testar a su marido ante Juan Agustín Fernández, secretario de S.M. y escribano de Provincia de esa corte, instituyéndole por heredero del quinto de sus bienes, testamento que fue otorgado por don Juan ante dicho escribano el 21 de marzo de 1747, realizando padre e hijo la partición en 2 de julio de 1749. Ese quinto estipulado se gastó en beneficio del alma de la difunta, suya, y de sus descendientes, fundando para ello, ante el citado escribano el 29 de junio de ese año una memoria de cuatro misas rezadas a la semana que debían celebrarse en el oratorio privado de su casa, dotada con 900 reales que fueron cargados perpetuamente sobre los cortijos de Peñuela y Rozalejo en campiña alta de Utrera, llamando al goce de la misma a falta de descendencia a su colegio mayor de Santiago el Cebedeo, que la acepto por acuerdo de 14 de noviembre de 1750. Tras la muerte de su primera esposa casará nuevamente, el 8 de septiembre de 1747 – precediendo capitulaciones ante el escribano de Madrid Juan Agustín Fernández –, esta vez con doña María Bárbara de León Santos y Avellaneda, viuda de don José de Cisneros y Robles, alcalde de Casa y Corte y también como Curiel antiguo colegial mayor de Salamanca. Esta señora era hija de don

---

<sup>1022</sup> Ver testamento de Curiel.

Alonso de León y Santos, oidor de la Chancillería de Granada y antiguo colegial del Arzobispo de Salamanca, y de doña Teresa Márquez de Avellaneda, señora de los Valles de Monasterio, El Jabugo y Santa Ana (todas en la provincia de Huelva), casada en segundas nupcias con el riquísimo don Gregorio del Valle y Clavijo, ministro en el Consejo de Órdenes. Fallecería también antes que su marido, el 11 de junio de 1752, abintestato, no dando sucesión a Curiel, pero dejando dos hijas de su primer marido: María Atanasia, y María Petronila, que don Juan Antonio mantuvo en su casa como si de hijas suyas se trataran y encargó a sus herederos sobre su futuro. La primera casaría finalmente con un nieto de su hermana doña Rosa Curiel, don Francisco de Paula Corona y Mansilla Curiel y Lasso de la Vega, y la segunda profesaría en 1769 en el convento de las Salesas de Madrid

Fruto único del primero de sus dos matrimonios fue el primer conde de San Rafael don Luis Antonio Curiel y Álamos, que nació en Sevilla en 1725, y fue bautizado en San Juan de la Palma, feligresía en la que entonces vivían los padres. Tuvo que pleitear en la Chancillería de Valladolid contra la viuda de don Domingo Balmaseda, abogado que fue de aquel tribunal para cobrar parte de la herencia materna, correspondiente a la dote que como dijimos no fue satisfecha en su día, y que estaba consignada sobre las aceñas de Simancas – unos molinos harineros junto al río Pisuerga –, que aún no había cobrado cuando su padre otorgaba su testamento en 1769, ni aún los intereses corridos desde 1722<sup>1023</sup>. Por los “muchos méritos de su padre”, y con motivo del advenimiento al trono del nuevo monarca Carlos III, a don Luis Antonio le fue concedido por decreto fechado en el Buen Retiro el 21 de septiembre de 1760 el título de conde de San Rafael, con el vizcondado previo de Torre del Águila, libre de lanzas y media annata. La minuta de concesión explicita los motivos en que se funda la nueva merced: “En atencion a los dilatados y distinguidos meritos y servicios de D.<sup>n</sup> Juan Curiel, Ministro del Consejo, à su notoria calidad, y particular motivo de haver concurrido como testigo de las escrituras por el Consejo, à el acto de mi Juramento y el del Príncipe D.<sup>n</sup> Carlos Antonio, mi hijo; hè venido en conceder à su hijo D.<sup>n</sup> Luis Curiel y Alamos, Título de Castilla, para sí y sus descendientes, libre del derecho de la media annata, y Lanzas, por los días de su Vida. Tendrase entendido en la Camara y se

---

<sup>1023</sup> Hay antecedentes sobre dicha reclamación ya desde 1699 por el marqués de Villasinda. AHN, Sección *Nobleza*, Ducado de Baena: legs. 67D, 84D-85D.

le dará el Despacho correspondiente à su cumplimiento”<sup>1024</sup>. Tanto el vizcondado previo, fechado el 24 de noviembre de ese año, y cancelado al hacerse efectivo el despacho del condado, de ese mismo día, tomaban denominación de dos propiedades de Curiel: “Torre del Águila”, cortijo de su propiedad en término de Utrera; y “San Rafael”, en honor al santo arcángel al que estaba advocado el mayorazgo fundado por él mismo a iniciativa de sus padres, y que hacía también referencia a varias de sus residencias, entre ellas las de Villanueva, de la que se conserva aún parte de la bodega conservando ese nombre. Sin embargo, este único hijo suyo, mayorazgo de Curiel y maestrante de Sevilla desde el 24 de noviembre de 1738, fallecería antes que su padre, muriendo en Sevilla el 22 de julio de 1773, enterrado en la parroquial de San Andrés. Al igual que su padre tuvo carta de hermandad con diferentes instituciones piadosas y órdenes religiosas, perteneciendo a la Santa Caridad sevillana. Había contraído matrimonio en Almonacid de Zorita en 1743 con doña María Josefa Pérez de la Torre y Maldonado, señora de la villa alcarreña de Zorita de los Canes, nacida en Pedraza (Segovia) e hija de don Gregorio Pérez de la Torre y Zúñiga y de doña Isabel Pérez de la Torre Pérez y Maldonado, su sobrina. Este matrimonio, al igual que el de su padre resultaría poco ventajoso, pues los padres de la contrayente no pudieron tampoco finalmente hacer frente a las condiciones de las capitulaciones matrimoniales, establecidas en Madrid ante el escribano Eugenio París el 28 de abril de 1743. Curiel, aunque entregó para dicho matrimonio la cantidad de 10.000 ducados, se hizo sin embargo cargo de las cuentas de su hijo y nuera, para que como se decía en aquel tiempo: mantuvieran en la corte “una decencia, lustre y esplendor”, propias de tales personas, efectuándose en 1750 nueva carta de liquidación del caudal de la dote<sup>1025</sup>. A la muerte de esta, que falleció en su casa de la madrileña calle Preciados, con salida por Tudescos, feligresía de San Martín el 29 de abril de 1766, contrajo un segundo matrimonio en 1772 en Sevilla con doña María Andrea de los Ríos y Tous de Monsalve, de ilustre familia de esta ciudad, siendo desposados de manera privada por el cardenal Solís el 25 de agosto de dicho año, y las velaciones en San Andrés el 28 de noviembre – el expediente matrimonial sin embargo se hizo en San Miguel –, dejando sucesión

---

<sup>1024</sup> Archivo General del Ministerio de Justicia (AGMJ), Sección *Títulos Nobiliarios*, Condado de San Rafael, leg. 93, expediente 824.

<sup>1025</sup> AHPNM, *Protocolos de Madrid*, núm. 16.614, fol. 394.

únicamente del primer enlace, dotando a la segunda en las capitulaciones matrimoniales con 4.000 ducados, y promesa de 600 anuales en razón de viudedad<sup>1026</sup>.

El nieto de Curiel, y a la postre su heredero, don Epifanio María, sería importante propietario de ganado transhumante, poseyendo la más importante cabaña de ovejas merinas de España (unas 30.000), que se acabaría vendiendo al marqués de Perales del Río a principios del siglo XIX, y numerosas explotaciones agrícolas. A la muerte<sup>1027</sup> de su madre las deudas excedían el valor de los bienes que le pertenecían, heredando de esta un caserón blasonado en Almonacid de Zorita, localidad cercana a Zorita de los Canes (Guadalajara), villa de la que era por su madre señor jurisdiccional, que aún existe en propiedad de la familia, el viejo castillo calatravo (S. IX) que preside aquellos parajes, comprado al duque del Infantado por los Pérez de la Torre en 1732, actualmente en estado ruinoso, y otro caserón en la histórica villa de Pedraza (Segovia), también en posesión de la familia. A través de estas adquisiciones y de sucesivos enlaces, se irá formando un patrimonio que tratará de mantenerse vinculado, disfrutando durante su vida don Epifanio, segundo conde de San Rafael, de cuatro mayorazgos: el instituido por don Juan Curiel a instancias de sus padres don Luis y doña Inés formado con diversas propiedades en la provincia de Sevilla, al que se agregó el vínculo fundado por el comisario de la Inquisición Diego de Torres Suazo en 1696, sobre bienes en Villanueva; el que recaería también en este, fundado en 1547 por Alonso Díez en tierras de Carrión y Carmona, añadido por su matrimonio con su primera esposa, hija del marqués de Villasinda; el que también incorporó el primer conde de San Rafael por matrimonio con doña Josefa de Santo Domingo Pérez de la Torre, fundado por Pedro Pérez en tierras de Pedraza y Segovia; aumentado posteriormente por el matrimonio del citado Epifanio, segundo conde, y también maestrante de Sevilla (1772), con doña

---

<sup>1026</sup> AGA, Archivos Depositados, *Condado de San Rafael*, leg. 122, pieza 9: Fe de matrimonio de ambos; y 122, pieza 15: Capitulaciones matrimoniales ante Juan Martín Carpintero, 21 de julio de 1772. Ver asimismo el expediente matrimonial en AGAS, Fondo Arzobispal, I, *Vicaría General*, Matrimonios Ordinarios, leg. 552. La primera esposa otorgó un poder para testar a su marido en Madrid el 28 de abril de 1766, ante el escribano Juan Antonio Martín Carpintero, dispuso ser enterrada en el convento de carmelitas calzadas de aquella corte.

<sup>1027</sup> Esta falleció en Madrid el 29 de abril de 1766 bajo poder para testar a su marido otorgado el día 28 ante Juan Antonio Martín Carpintero, escribano de esa corte, dejando por heredero a su único hijo don Epifanio. Ella había quedado como única heredera de su padre don Gregorio, que otorgó testamento en Pedraza, excediendo las deudas al valor de los bienes (Ver testamento de Curiel).

María Antonia Tavares y Salvatierra, establecidos en tierras de Lucena, Aguilar, Monturque, Ronda y Setenil<sup>1028</sup>.

En Madrid vivirá Curiel en un gran caseron, ya desaparecido, situado en la antigua calle de la Sartén, hoy Navas de Tolosa, propiedad del duque del Parque, haciéndolo su hijo Luis en la muy cercana de Preciados con salida también a Tudescos, que sus descendientes conservaron hasta bien entrado el siglo XX en que fue expropiada para la ampliación de la Gran Vía (números 88 para la primera, y 2, 4 y 6 para la segunda). También poseyó la familia otro inmueble en la célebre calle del Barquillo, esquina con la de la Emperatriz, propiedad que fue vendida por el primer conde el 20 de diciembre de 1769 al duque de Alba don Fernando de Silva y Álvarez de Toledo para que este ampliase así el magnífico palacio que se estaba construyendo, el de Buenavista, hoy Cuartel General del Ejército, junto a la calle de Alcalá y el Paseo del Prado<sup>1029</sup>. Allí, en la calle de la Sartén, fallecería don Juan Curiel el 29 de noviembre de 1775, tras recibir los Santos Sacramentos, siendo enterrado en la contigua parroquia de San Martín en la capilla de llamado Cristo de los Milagros, para lo cual se obtuvo la correspondiente licencia del vicario general de la sede primada en Madrid. Había otorgado su testamento en 4 de abril de 1769, y un codicilo el 11 de julio de 1774, ambos ante el escribano real y de provincia de Madrid don Matías Culebras y Acero, en los deja por único y universal heredero a su único hijo don Luis Curiel, conde de San Rafael, y a falta de este a su nieto don Epifanio, señor de Zorita de los Canes, nombrando por albaceas a los dos anteriores, al conde de Santa Ana (sic), a los marqueses de la Ribera y de Inicio, hermano político y sobrinos, al marqués de Pejas, a don Andrés de Maraver y Vera, a don Rodrigo de la Torre y Marín, también consejero de Castilla, y por último a don Alonso González Valparaíso, oficial principal de la tesorería del infante duque de Parma, “por el conocimiento que tiene de toda mi casa y dependencias y por la gran satisfacción que tengo de su amor y buena correspondencia”, ordenando por su alma se celebrasen mil cuatrocientas misas rezadas, a la limosna habitual de 4 reales por cada una. En lo que “tocase al cumplimiento de lo que fuese o permaneciese a mi Orden y cancellería de Calatrava”, nombró al marqués de Albentos,

---

<sup>1028</sup> Parte de la documentación relativa a dichos mayorazgos se encuentra en el Archivo General de Andalucía (sobre todo la de los bienes en Sevilla); otra la posee en su domicilio el actual conde don Luis de Martos (principalmente los de Córdoba, Lucena, Ronda, etc...); y otra parte muy dispersada entre diferentes descendientes o sin localizar.

<sup>1029</sup> Antonio Matilla Tascón: *Catálogo de documentos notariales de nobles*, Madrid, Ediciones Hidalguía, 1987, pág. 35. Ver también AHPNM, *Protocolos de Madrid*, núm. 18.694, fecha 20-12-1769, fols. 405 y ss.

del Consejo de Indias, y a su hermano don Bernardo de Rojas, del de Hacienda, ambos caballeros calatravos<sup>1030</sup>. Asimismo fue beneficiario de las herencias de dos de sus hermanos, don Miguel Curiel, caballero de Santiago y primer teniente de Guardias del Rey, que murió en esa corte bajo testamento ante Sebastián García del Barco el 24 de febrero de 1729, y que dejó dispuesto que la mitad de sus bienes debía distribuirse de la manera que le tenía comunicado, y la otra entre sus hermanos Juan, Rosa, y Pedro, a los que instituye por herederos al carecer de forzosos, haciéndose aprecio e inventario con fecha 20 de marzo de 1730 ante Juan Arroyo de Arellano; y de don Pedro, arcediano de la catedral hispalense e inquisidor decano en aquella ciudad, quien falleció el 20 de abril de 1764 bajo un poder para testar que otorgó este en 10 de abril de ese año en Sevilla, ante Nicolás Muñoz Naranjo, otorgando en su nombre don Juan Antonio un testamento en Madrid el 4 de marzo de 1765 ante Juan Antonio Martín Carpintero, manifestando tener cumplidas las obligaciones que como albacea se estipulaban en él, algunas de las cuales se detallan en su reseña biográfica (Ver).

Curiel, de sólidas convicciones cristianas, debió contar con un carácter casi ascético, teniendo la caridad para con el prójimo muy presente en su vida y la de sus familiares, a las que excitaba a practicarla como algo fundamental. Sus disposiciones piadosas nos servirán para observar las costumbres que en esta materia desplegaba la mediana nobleza, “la nobleza de toga”, y la alta burocracia del periodo borbónico. En el testamento, otorgado algunos años antes de su muerte, en 1769, manifiesta su intención de ser enterrado con el hábito de San Francisco “de la forma que se amortaje a cualquier religioso lego de su religión”, y encima el escapulario y el manto capitular de su Orden de Calatrava, ajustando el ritual de su enterramiento a las definiciones que estipula dicha corporación, prohibiendo que su cuerpo se ponga sobre cualquier tarima o

---

<sup>1030</sup> Archivo Diocesano de Madrid, Fondo Parroquial de San Martín (Madrid), *Libros Sacramentales*, Defunciones, núm. 22, fol. 106; y AGA, Archivos Depositados, *Condado de San Rafael*, leg. 122, pieza 7: Copia trasladada del testamento ante Matías Culebras y Acero, en 4 de abril de 1769; 122, pieza 18: codicilo ante el mismo escribano en 11 de julio de 1774; y en 122, pieza 19: memoria testamentaria en la misma fecha. El testamento original puede consultarse en AHPNM, mismo escribano, leg. 18.694, fols. 48-69. La necrológica oficial, publicada en la *Gazeta de Madrid* del 12 de diciembre de 1775 resaltaba sus servicios a la Corona por más de 55 años, manifestando “su acreditada literatura, notorio desinterés, zelo, y amor al Real Servicio”, pág. 444.

El hermano político es don Alonso Liborio Santos de León y Márquez de Avellaneda, hermano de su segunda esposa, señor de aquella villa onubense, padre del primer conde pues el título fue creado por carta de 13 de noviembre de 1777 cuando ya había fallecido Curiel. El resto de personajes titulados se corresponden con: Luis José Quijada y Quiñones, III marqués de Inicio, casado con doña Josefa Quiñones y Álamos; don Juan Antonio Baquedano, marqués de Andía, de la Ribera, y Auñón, casado con doña Petronila Quiñones y Álamos, marquesa de Villasinda, también sobrina; don Vicente Valcárcel y Rico, marqués de Pejas, corregidor de la ciudad de Ronda; don Andrés de Maraver y Vera, del Consejo de S.M.; y don Rodrigo de la Torre y Marín, también del Consejo, que había sido regente de la Audiencia de Cataluña.



alfombra, y sin ninguna colgadura o adorno en la habitación donde yaciere. Su sepultura debía realizarse en secreto en la parroquia de San Martín, hoy desaparecida (Ver grabado en Apéndice de Ilustraciones) de donde era feligrés: “en la parte más pública de ella” para así lograr “los piadosos sufragios de los fieles”, dejando los pormenores de todo ello en una “Memoria” que habría de formar, y sería parte del referido testamento, y que finalmente llevó a cabo en 11 de julio de 1774, ordena asimismo el reparto profuso de esquelas conteniendo la noticia de su muerte, y pidiendo en ellas lo encomienden a Dios. Las 1.400 misas estipuladas debían pagarse al precio habitual de 4 reales cada una, separando la cuarta parte para su parroquia, y la mitad de la cantidad restante repartida entre los conventos de San Francisco de aquella corte y otros conventos pobres a elección de su hijo; la otra mitad entre los conventos pobres del Reino de Sevilla, debiendo tenerse presentes a los de religiosas franciscanas y carmelitas descalzas. Curiel tenía concertada carta de hermandad con numerosas corporaciones y órdenes religiosas, sobre todo vinculadas a la Orden Franciscana, las cuales se obligaban a hacerle los sufragios propios de cualquier religioso difunto como si fuera uno de ellos, principalmente un oficio de difuntos con misa de comunidad y responso. Estas obligaciones piadosas quedan expuestas en la citada memoria, que irá detallada más adelante.

Sería Curiel el encargado de designar las fincas con que iría dotado el mayorazgo, vendiendo algunas consideradas poco rentables y comprando otras, algunas incluso a su propio hijo. También del vínculo del comisario Diego de Torres, valorado en 112.420 reales, obteniendo en 1735 facultad para ello. Las modificaciones realizadas junto con la aprobación por parte del heredero de los mayorazgos sería aprobada en 8 de mayo de 1749 por don Pedro de Castilla, alcalde de Casa y Corte, auto testimoniado bajo escritura dada por Juan Agustín Fernández, escribano de Provincia, el cual estaba compuesto entonces por las siguientes propiedades, de las que están exentas las consideradas libres:

- La pintura de Murillo valorada en 1.000 reales, que debía presidir el oratorio familiar y estaba vinculado al mayorazgo.
- Cortijo cerrado de La Cascajosa y Cerro del Asno, en término de Carmona.
- Torre del Águila, Mármol, Pabellón Chico, y sus agregados El Alamillo, Rosa de Alarás, y Boca de la Nava, todos en Campiña alta de Utrera.

- Un molino de pan sobre el río Salado en el cortijo de la Torre del Águila.
- El efecto sobre la Aduana de Cádiz, impuesto al uno por ciento de todo lo que entraba y salía por aquella, había sido recuperado por la Real Hacienda, satisfaciendo esta tan solo el importe por el que fue adquirido: 17.139 reales, otorgándose la pertinente carta de pago ante Juan de Iturburúa el 6 de octubre de 1764.
- De 5.088 reales que se le adjudicaron para emplear en fincas y quedaron en su poder, se emplearon en comprar a su hijo don Luis, añadiendo lo recibido por el efecto sobre la Aduana, la haza de Berlanga, junto a Arahal, en término de Marchena, que aquel había recibido de la herencia materna, compuesta de 80 fanegas de tierra que redituaban 1.500 reales anuales, y tuvo un coste de 22.000 reales, obligándose Curiel a restituirlos a su hijo con diferentes bienes libres en Villanueva y en metálico (escritura en 23 de diciembre de 1765 en Madrid).

En 28 de junio de 1752 hace nueva escritura de fundación de mayorazgo y obra pía a favor de sus descendientes, ante Juan Agustín Fernández, en el que junto a otras modificaciones vemos que lega la pintura de la Virgen de Belén, vinculada por los padres al mayorazgo, a su hermano don Pedro, arcediano de Sevilla<sup>1031</sup>. El 10 de mayo de 1763 obtiene Real Facultad para incluir todos sus bienes libres, otorgando nueva fundación ante el referido escribano, esta con fecha 5 de mayo de 1764, ratificado en el testamento de 1769. En dicha escritura dota el mayorazgo con los cortijos de Peñuela y Rozalejo en la campiña alta de Utrera, arrendados en 4.000 reales al año, con tan solo la carga de 900 para la memoria de misas ya citada. Junto a estos se añaden tres juros en cabeza de Sebastián González por valor de 718.576 mrs de capital, que reditaban líquidos 2.887 reales al año; un censo de 88.537 reales contra el marqués de Belgida sobre su casa de la calle del Pez, en Madrid, que al dos y medio por ciento redituaban 2.214 reales.; la heredad de Majalimar en término de Constantina, arrendada en 15.000 reales; así como la considerable cifra de 800.000 reales que debía emplearse para aumentar el mayorazgo, comprometiéndose a agregar por cada año que viva 50.000 reales de los referidos 800.000, que estaban puestos en los gremios de Madrid, para compra de fincas. Sobre el origen de cantidades tan abultadas no da cuenta el propio Curiel en su testamento, aclarando que mantenía su casa con “la correspondiente

---

<sup>1031</sup> AHPNM, *Protocolos de Madrid*, escribanía de Juan Agustín Fernández, leg. 16.616, fol. 602-620v.

decencia” con los sueldos que percibía en servicio del rey en los Consejos de Castilla e Inquisición, más un “caballerato” que gozaba en el obispado de Badajoz, que superaban anualmente los 74.000 reales: “por lo que he podido reservar para dicha fundación a favor de mi descendencia y del servicio de Dios, todo lo que han producido en estos tiempos mis mayorazgos y bienes libres redituosos, cuyos frutos y rentas no valen en cada un año más de 7.000 ducados”, quedándole aún bastante para cumplir y atender a otras obligaciones de piedad y de devoción, “dando a Dios algo de lo mucho que me ha dado”.

Declara asimismo ser poseedor del patronato de capellanía que Diego de Torres mandó fundar en la parroquia de La Magdalena de Sevilla, y que efectuó su padre don Luis Curiel el 20 de noviembre de 1703<sup>1032</sup>, con el cargo de 25 misas rezadas todos los años (en Madrid ante Felipe García de Oñate), en virtud del mandamiento que Torres le dejó por su testamento, otorgado en Villanueva el 8 de julio de 1696, protocolado por Miguel Jerónimo Izquierdo, escribano de ella el 8 de abril de 1697, mandando se le entregasen para ello 2.000 ducados que fueron puestos a censo redimible sobre diferentes suertes de olivar y parte en un molino de aceite que poseía en Villanueva, capellanía servida en aquellos días por su nieto don Epifanio, tal y como era tradicional en este tipo de instituciones vinculativas. También otra en la iglesia de San José, de carmelitas descalzas, fundada por escritura de fecha 1 de agosto de 1716 ante Tomás de Agredano por los padres Pedro y Juan González Moreno, Bartolomé de Solís, y Pedro Moreno de Velasco, todos religiosos de San Basilio, como comisarios de don Luis Fernández de Santiago, presbítero, por un poder para testar que este dejó otorgado en Écija el 30 de junio de 1704 ante Juan Antonio Rivera, y que estaba dotada con 20.000 reales, a 4 reales cada misa, cupiendo en cada año 221. Y otra más fundada por su padre don Luis a encargo de Antonio de Soto, vecino de la ciudad de Lima, quien le dio poder en 31 de octubre de 1720 para instituir una memoria de aniversario de misas patronato de legos en la iglesia de San Esteban de Piantón, dotada con 4.000 pesos de principal, a la que estaban llamados primero por capellanes a sus tres sobrinos, y a falta de parientes a los hijos de Curiel. Igualmente era patrono de la memoria de misas fundada por el alma de su primera mujer, según se refirió.

---

<sup>1032</sup> Ver AGAS, Fondo Arzobispal, Sección II, *Gobierno*, Capellanías, leg. 2.049. También, Sección *Instrumentos de Descripción*, Índice de Capellanías, caja 5, libro 33.

A causa de la muerte prematura de su único hijo y heredero, Curiel otorgaría un codicilo el 11 de julio de 1774, también ante Matías Culebras<sup>1033</sup>, en él se daba cuenta del poder para testar que dejó aquel a su segunda esposa y a su propio padre don Juan Curiel, llevados a cabo por la primera ante Manuel de Lemos el 31 de agosto de 1773, y por Curiel ante el expresado Culebras el 25 de octubre de ese año. Las principales cláusulas hacen referencia a la adjudicación que ante dicho escribano hizo Curiel en cabeza de su hijo del mayorazgo (3 de marzo de 1772), aplicando otras nuevas 110 fanegas y 11 celemines de tierra sembrada por valor de 309.742 reales en término de Villaverde y 37 y 1 celemín, con una noria, alberca, andén y minas por valor de 28.327 reales en Carabanchel de Abajo, rebajados en 6.000 reales por un censo impuesto sobre aquellas por su difunto hijo a favor de las monjas franciscanas de Almonacid, tierras compradas a su propio nieto por escritura de 23 de marzo de ese año. Manda asimismo cese la dotación de 50.000 reales anuales por ser ya suficientes, se conviene a pagar los 22.000 reales de la haza de Berlanga a su nieto, y destina 18.000 reales para dotar a alguna parienta pobre, estando en su ánimo aplicarlos en doña María Josefa Reinoso y Francés, hija de su sobrina doña Sinforosa (Ver su retrato), ya difunta, vecina de Ronda, poniendo como única condición que el elegido fuera noble, y si no lo hiciere se aplique a otra hija o nieta de doña Rosa Curiel, su hermana, dinero que debía ser puesto en los gremios de Madrid a interés del 2,5 %.

La citada memoria testamentaria, tiene fecha de 2 de septiembre de 1773, y fue protocolizada junto con el codicilo ante el expresado escribano en 11 de julio de 1774<sup>1034</sup>. En él se ordenaba cesar los abonos de 50.000 reales que se venían añadiendo a los 800.000 reales puestos en los gremios madrileños, los cuales ascendían ya a 960.000, cifra más que suficiente para el empeño en que fueron señalados por Curiel, quien en 26 de septiembre de ese mismo año los pone a censo redimible a su favor contra los estados de Oropesa, ofreciendo unos réditos anuales de 24.000 reales. El titular del condado de Oropesa era la entonces joven duquesa Cayetana de Alba, que fue representada por su madre en contrato, y a la muerte de la célebre aristócrata pasaron a los del duque de Frías, que rechazó la obligación contraída apelando a los tribunales

---

<sup>1033</sup> AGA, *Condado de San Rafael*, leg. 122, pieza 18.

<sup>1034</sup> Ibid, pieza 19: “Memoria que Yo D.<sup>a</sup> Juan Curiel hago en conformidad de lo dispuesto en la clausula nueve de mi Testamento, de algunas Limosnas à Pobres y otros Legados à Parientes, Amigos, y Dependientes, para que me reserve la facultad, y mandé se tuviese dha Memoria por parte de mi Testamento, y se protocolase en él para que se cumpla todo quanto yo dexase dispuesto en ella; y su tenor es en la forma siguiente=”.

para que este fuese endosado a la testamentaria de la finada, iniciándose un pleito que se prolongaría décadas y que aún en 1862 no había finalizado. Los legados y mandas de la memoria y codicilo son los siguientes: 200 reales para gastos de enfermería del convento de mínimos de la Victoria de Granada, con quien tenía carta de hermandad; 300 para el de capuchinas de Valencia; confirma las mandas explicitadas en el testamento de 1769, ordenando comunicar el óbito a los conventos de monjas de capuchinas y de Santa María de Jesús de Sevilla; de carmelitas descalzas de Sanlúcar la Mayor; de franciscanas descalzas de Ronda; de capuchinas y del Ángel de Granada; de franciscanas descalzas de Mula y Cieza; de capuchinas de Huesca; y de franciscanas de Salamanca; a estos diez manda se den 300 reales por una vez.

En dicho testamento dejaba a su hermana Sor Catalina Curiel, religiosa del Convento de Santa Inés de Sevilla, además de los 100 reales que cada mes le debía pasar su hijo, otros 50 más por cada mes, encargándole asimismo la socorra ante cualquier necesidad. A su hermano fray Agustín, religioso en el convento Casa Grande de San Francisco, también en Sevilla, no le manda nada, pues como el mismo dice: “nada puedo dejarle, porque todo lo posee”, aunque sí encarga igualmente a su hijo le atienda y socorra en lo que este pudiera necesitar. Aún así, ordena a su administrador en Sevilla, realice una relación de pobres necesitados de aquella ciudad para repartir entre ellos 1.000 reales por una vez.

Ahora lega además: 100 ducados a su Colegio de Cuenca para la obra que estaba realizando, si bien advierte que ya se los adelantó con fecha 13 de marzo de 1759; 1000 ducados para su sobrino don Bartolomé Corona, casado con doña María Mansilla y Chacón, natural de Antequera, a razón de 200 ducados anuales durante cinco años, y si este muriese a su hijo don Fco de Paula; 500 ducados a razón de 100 anuales para los hijos de su sobrina doña Sinforosa Corona y Curiel, viuda de don Jacinto Reinoso Altamirano, vecinos de Ronda, y lo mismo a su sobrina doña María Josefa Corona, casada con “D. .... Cetina”, regidor y vecino de Murcia, cuya identidad se corresponde con la de don Francisco López Cetina, que contrajo matrimonio con aquella en Granada 22 de junio de 1732; y 150 reales al año para una hija de su hermana doña Rosa, monja capuchina en Granada, que no se pagó por haber esta ya fallecido.

A su nieto y futuros descendientes encarga mantener la devoción por el arcángel San Rafael: “èligiendolo por su especial Protector y en su ôbsequio y servicio de Nrô

Señor, procuren no ser escasos en la Limosna, pues por mucho que den no disminuirán su Caudal antes bien lo àumentaràn en esta vida, y en la otra tendràn superabundante retribucion; y les aconsejo que à lo menos destinen y repartan en cada año la decima parte de sus rentas, y de los sueldos ô salarios qe por sus empleos tengan, llebando en ello alguna quenta y razon para que los Pobres no queden defraudados, y si al fin del año hallasen haver distribuido mas de la dezima denle á Dios gracias por ello y si menos, completen la falta en el año siguiente (...)”.

Para amigos, allegados, y dependientes de la casa, deja las siguientes cantidades u objetos: a don Alonso González de Valparaíso, oficial mayor de la tesorería del infante duque de Parma, su hombre de confianza por más de cincuenta años, la caja de oro que él usa más los cuatro botones con veintiocho diamantes rosas de sus puños, y que le encomiende a Dios; a sus herederos que no vendan su ropa sino que se reparta de limosna entre parientes pobres o dependientes de la casa; a los 4 criados de librea y al comprador que le sirven se repartan 400 reales junto con su salario nueve días después de su muerte; a los criados “de escalera arriba”, además de su salario se repartan 10 ducados, más 4 ducados para cada uno, con el ruego de que le encomienden a Dios; a don José de la Garma que le ha servido bien aunque en ese momento ya no lo estaba 100 ducados; a don Tomás de Morales, su administrador en Sevilla, el cual cobraba por ello 100 ducados anuales, manda que pagados estos, se le den otros 200; por último a su sobrino don José Corona y Curiel, deán de Granada, manda se le entregue “la pintura en tabla de Nra señora con el Niño en los brazos, con su marco tallado y dorado, y christal, como de vara de alto, y proporcionado àncho”.

Por último figura una “Apuntacion para los avisos qe se hàn de dàr luego qe yo muera para que se cumplan los sufragios que están ofrecidos por mi àlma”, los que reseñamos por el interés que guardan al atestiguar las formas que la piedad de la época establecía en las clases más altas:

En primer lugar Curiel pedía se avisase a los provinciales de las órdenes con los que tenía efectuada carta de hermandad: los franciscanos de Andalucía (carta dada por Fr. Ignacio Romero, definidor y secretario de aquella el 18 de julio de 1751), mínimos de Granada (por certificación del padre general de 12 de mayo de 1752), franciscanas descalzas de Salamanca, capuchinas de Valencia (desde 1753), y Orden Cartuja (desde 1766), para cumplir así con los sufragios prometidos. Los primeros tenían obligación de

hacer sufragios en cada uno de los 36 conventos y 5 hospicios que tenían en su provincia, es decir: una vigilia y misa de comunidad cantadas, una misa por cada sacerdote, y una parte del rosario cada lego y corista, condiciones que Curiel manifestaba haber cumplido con los religiosos fallecidos de aquella provincia. Respecto de la Orden Cartuja, con la que su hijo también compartía hermandad, debía avisarse a las más cercanas al lugar de fallecimiento y a la de Jerez. Tras esto, debía avisarse también a las hermandades de San José del convento de Agonizantes de la calle Fuencarral, y a la esclavitud de la Almudena, ambas en Madrid, de las que era hermano, al al prior del convento calatravo de aquella corte, y los ya referidos conventos reseñados en el primer testamento: las franciscanas descalzas de Santa María de Jesús de Sevilla, del Ángel de Granada, de Ronda, Salamanca, Cieza y Mula, en Murcia; de capuchinas de Sevilla, Granada, y Huesca; y de carmelitas descalzas de Sanlúcar la Mayor, a cada uno de los cuales tenía dado 200 reales de limosna con la obligación de hacerle un oficio de difuntos con misa mayor.

Del considerable patrimonio conformado sus descendientes aún conservan algunas propiedades significativas, como el castillo de Zorita, en ruinas, vendido por precio simbólico en 1994 al ayuntamiento de aquella villa alcarreña, el palacio de Almonacid de Zorita, del siglo XVII, o un magnífico caserón blasonado en la histórica villa segoviana de Pedraza, todas legadas por la condesa doña Mercedes de Salabert en los años cincuenta a sus ahijados y parientes don Enrique Becerril Bustamante, don José Becerril y Roca, y doña María Josefa Becerril Planelles, si bien estos inmuebles forman parte del legado de los Pérez de la Torre, que absorbió por herencia el linaje Curiel. La casa que ocupaba la manzana con salidas a calle Tudescos y Preciados en Madrid, perteneciente a los Curiel, fue expropiada en los años cincuenta o sesenta, según me manifestó don Juan Antonio Becerril, y del caserón y hacienda que poseían en Villanueva del Ariscal tan solo queda la parte de la bodega, con azulejos alusivos a la propiedad de dichos condes. El archivo de la familia se encuentra absolutamente disperso y muy fragmentado entre diversas ramas familiares, localizando el autor de esta tesis parte de la documentación relacionada con las tierras y propiedades sevillanas en el Archivo General de Andalucía. Este fondo, que coincide en su encuadernación con partes que aún posee el actual conde de San Rafael en Madrid, procede de la antigua hacienda “San Rafael”, en Villanueva, donde habría estado arrumbado durante un número indeterminado de años hasta que parte de dicha finca se vendió para construir

pisos nuevos, apareciendo finalmente en manos del librero-anticuario sevillano Manuel Vila, a quien se lo compró en 2006 el Archivo General de Andalucía<sup>1035</sup>.

Hoy el único recuerdo de Curiel en su ciudad natal lo constituye una calle rotulada en 1952<sup>1036</sup> con su nombre: *Juan Curiel*, situada en el barrio de Nervión entre las de Leonardo de Figueroa y Rico Cejudo, correspondiendo las denominadas *Delgado*, junto a la Alameda, al escultor del XVII Pedro Delgado, y *Juan de Vera*, a un soldado del XVI. Existió sin embargo en Villanueva del Ariscal hasta la proclamación de la Segunda República, en que fue suprimida, una calle llamada *Conde de San Rafael*, nombre que no fue repuesto posteriormente, y se corresponde con la de *Coronel García Limón*, hijo también de aquella localidad.

---

<sup>1035</sup> La venta tiene fecha de 18 de mayo de 2006, estando formado el fondo por 5 legajos y 6 libros con fechas extremas entre 1665 y 1882, la documentación es casi toda de índole administrativa o notarial.

<sup>1036</sup> Antonio Collantes de Terán et al.: *Diccionario histórico de las calles de Sevilla*, 2 vols., tomo I, Sevilla, Consejería de Obras Públicas y Transportes y Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, 1993, pág. 480.



## VII. UNA FAMILIA DE CLÉRIGOS E INQUISIDORES

### *Don Pedro Curiel y Luna, canónigo e inquisidor*

El doctor don Pedro Curiel, canónigo e inquisidor decano de Sevilla, presidente de su tribunal, nació el 28 de junio de 1697 en Cádiz, en el periodo en que su padre ejerció el cargo de alcalde mayor de aquella ciudad portuaria. Bautizado en el Sagrario de la entonces catedral, hoy parroquia de Santa Cruz, el 8 de julio del referido año, fue apadrinado por su propio hermano mayor Francisco Curiel, de diez años de edad, ya ordenado de menores:

“En Cadiz Lunes ocho de Jullio de mil seisc.<sup>os</sup> y nobenta y siete a.<sup>s</sup> Yo D.<sup>n</sup> Man.<sup>l</sup> Antonio Pimentel, Cura propio del Sagrario de la S.<sup>ta</sup> Yglesia Cathedral de esta dha Ciudad baptize â Pedro Pablo Bartholome q nacio â veinte y ocho de Junio proximo pasado hijo de D.<sup>n</sup> Luis Fran.<sup>co</sup> Curiel y Texada, abogado del fisco de la inquisicion de la ciudad de Sevilla, y Alcalde mayor de esta ciudad, y de D.<sup>a</sup> Ynes de Luna y Torres su lex.<sup>ma</sup> muger, fue su padrino D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Curiel y Texada su herm.<sup>o</sup> avisele sus oblig.<sup>s</sup> y parentesco espiritual, siendo testigos el D. D. Joseph del Valle y D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Ferrari, todos vez.<sup>s</sup> de esta Ciudad, y lo firme fho ut supra= D.<sup>n</sup> Man.<sup>l</sup> Antonio Pimentel”<sup>1037</sup>.

Tonsurado de corona el 28 de agosto de 1715 en Sevilla, recibió ese mismo día los cuatro grados, siendo ordenado de presbítero fuera del arzobispado<sup>1038</sup>. Al igual que sus hermanos Juan y Agustín fue colegial de Cuenca en Salamanca, llegando a doctorarse, obteniendo al poco tiempo una prebenda en el cabildo de Santiago de Compostela, donde fue canónigo, juez sinodal, provisor, vicario general, y catedrático de Decreto de aquella Universidad. Del arcedianato de Luou, dignidad que ostentaba en el cabildo compostelano, y de la canonjía doctoral, de la que tomó posesión el 7 de febrero de 1718, resignándola la canonjía en 1726 y el arcedianato al año siguiente<sup>1039</sup> pues como veremos obtendría una ración en el cabildo hispalense. Estando todavía en la capital gallega renuncia a sus legítimas, haciéndolo en favor del mayorazgo que sus padres pretendían fundar en la cabeza de su hermano don Juan Antonio por escritura otorgada en Santiago de Compostela el 6 de diciembre de 1721 ante Andrés Moreda,

<sup>1037</sup> ACC, Parroquia de Santa Cruz, “Catedral Vieja”, *Libros Sacramentales*, Bautismos, libro 30, fol. 293v.

<sup>1038</sup> AGAS, Sección *Instrumentos de Descripción*, Registros de Órdenes Sagradas, libro 14, fol. 3v.

<sup>1039</sup> La toma de posesión y resigna de dichas prebendas capitulares en Archivo Capitular de Santiago de Compostela (ACSC): IG. 492, Libro de Actas Capitulares, núm. 49, fols. 80v-81; e IG. 493, núm. 50, fols. 351-388v. Estas signaturas me han sido aportadas de manera gentil por don Arturo Iglesias Ortega, investigador de la sociología capitular compostelana durante el periodo Moderno.

escribano de aquella capital gallega<sup>1040</sup>. Apenas dos años más tarde de esto, en 1723, pretende el cargo de consultor del Santo Oficio de la Inquisición sevillana, presentando las correspondientes informaciones genealógicas, que presenta como canónigo y provisor del referido cabildo y arzobispado compostelano<sup>1041</sup>. La ración que obtuvo en el cabildo hispalense le fue concedida el 1 de marzo de 1726, estando vacante por desestimiento del doctor don Tomás Ortiz de Garay, tomando posesión de la misma dos días más tarde<sup>1042</sup>. En 1729 ocupa ya los cargos de vicario general y juez apostólico, ministro titular del Santo Oficio sevillano y consultor y juez ordinario de dicho tribunal, llegando a ser decano de la Inquisición sevillana y presidente de su tribunal hasta su muerte en 1764. El miércoles 23 de junio de 1734 es provisto de una canonjía, siendo sustituido en la ración que gozaba por don Fernando de Montoya y Zárate, ascendiendo a la dignidad de arcediano de Sevilla el 4 de abril de 1757 por promoción al deanato de su anterior titular don Gabriel Torres de Navarra, arzobispo de Mitilene y coadministrador del cardenal-infante don Luis Antonio Jaime de Borbón<sup>1043</sup>. Fue subdelegado de Imprentas en Sevilla, un puesto fundamental en la controversia en torno al movimiento ilustrado, que por esos años dominaba la vida cultural de las grandes ciudades, y para el que fue nombrado casi con toda seguridad por recomendación de su hermano, juez de ellas para todo el reino. Aunque el canónigo Curiel era el hombre de confianza de su poderoso hermano en Sevilla, este no pudo sin embargo impedir su destitución en el referido cargo, e incluso el arresto en su domicilio por orden del rey, motivado todo ello por haber dado licencia de impresión a una obra anónima titulada: *Profecía política verificada en lo que está sucediendo a los portugueses por su ciega afición a los ingleses: Escrita despues del Terremoto del año 1755, y publicada de orden superior en el año de 1762*<sup>1044</sup>, si bien recibiría el perdón poco tiempo después, noticia omitida en los *Anales* de Matute. Tampoco abundan en la crónica sevillana sobre los autos de fe celebrados en la ciudad durante esa centuria, que apenas registra dos procesos relevantes culminados con la máxima pena, uno a finales de 1737, y otro en 1781, el de la famosa beata ciega, último reo ajusticiado por la Inquisición sevillana, si

<sup>1040</sup> AGA, Archivos Depositados, *Condado de San Rafael*, leg. 121, núm. 9 (Es copia trasladada del original).

<sup>1041</sup> AHN. *Inquisición*, leg. 1.559, exp. 18, año 1723.

<sup>1042</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaria*, Expedientes de Limpieza de Sangre, legajo 56, expediente P-57/58.

<sup>1043</sup> Ibid, Libros de Entrada de Prebendados núm. 384, fols. 4, 53, y 59.

<sup>1044</sup> Esta obra fue reimpressa en Madrid en la imprenta de Tomás Albán en 1808, 161 págs. Francisco Aguilar Piñal afirma en su obra *La biblioteca de Jovellanos*, Madrid, Instituto Miguel de Cervantes (CSIC), 1984, existe un ejemplar original en la Biblioteca de Letras de la Universidad de Sevilla.

bien no pereció bajo las llamas como se ha dicho, pues arrepentida *in extremis* se le dio finalmente garrote, pereciendo tan solo bajo el fuego sus restos, que fueron esparcidos<sup>1045</sup>. Muy diezmado en sus atribuciones por el regalismo borbónico, especialmente a partir del primer tercio del siglo, en toda España solo hubo en este siglo un único auto de fe general, el que tuvo lugar en Madrid en 1720 en presencia de Felipe V, y el último celebrado en Sevilla había sido en 1660. Sí nos refieren los *Anales* noticias sobre algunos de los procesos incoados por el temido tribunal en aquel tiempo, entre los que destaca quizás el más famoso de ellos, por ser exponente del tira y afloja mantenido entre las posturas tradicionales y las más radicales de la Ilustración: el volterianismo y el enciclopedismo en general, y que acabaron con la carrera política del asistente Olavide. El proceso, iniciado en 1775, finalizó al año siguiente con su condena, prácticamente en vísperas de la entrada del nuevo arzobispo Delgado, que no tuvo que ver sin embargo con el asunto, por lo que no nos detendremos más en ello ya que no atañe a ninguno de los personajes aquí estudiados. En todo caso la pervivencia del tribunal cabe achacarlo únicamente a la voluntad regia, que lo utilizó siempre como tribunal de control ideológico, más que a la de la propia Iglesia, negándose siempre Carlos III, el monarca ilustrado por excelencia en nuestro país a suprimirlo a pesar de las reiteradas insinuaciones de algunos de sus ministros, que solo consiguieron del monarca reducir algunas de sus atribuciones, que ya en esa época consistían en poco más que a la censura de libros religiosos, casos de herejía, blasfemia, ateísmo, o irreverencia en grado contumaz jungo con algunos otros de entidad menor<sup>1046</sup>.

Don Pedro Curiel fallecería el Viernes Santo 20 de abril de 1764, a las 11 de la noche, en el trianero castillo de San Jorge, sede de la Inquisición sevillana, solicitando del deán y cabildo catedralicio ser enterrado en la bóveda existente a los pies de la capilla de la Inmaculada, vulgarmente llamada de la “Concepción Chica”, o del Jurado Molina, en el citado templo hispalense, presidido por la talla de “La Cieguecita”. En la prebenda que disfrutaba fue sucedido por don Diego de Castañeda, quien falleció el 29 de junio de 1778 y sería sustituido en la misma por el primo de Curiel don Francisco

---

<sup>1045</sup> Matute, *Anales*, II, opus cit., págs. 13 y 163.

<sup>1046</sup> Aunque no existe demasiada bibliografía sobre el temido tribunal del Santo Oficio en la centuria dieciochesca, pueden consultarse, aunque para el siglo anterior, de Antonio Domínguez Ortiz: *Estudios de la Inquisición española*, Granada, Comares, 2010; o *Autos de fe de la Inquisición de Sevilla, siglo XVII*, Sevilla, 1981; de María Victoria González de Caldas: “El Santo Oficio en Sevilla”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, año 1991, vol. 27, núm. 27-2, págs. 59-114.

Vicente Venegas. Había otorgado poder para testar poco antes de fallecer a su hermano mayor, tal y como se observa de la lectura de su partida de defunción<sup>1047</sup>:

“[Abril de 1764]

Sab.º 21

S.D. Pedro        En el Castillo de la Ynquisicion Entierro del S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> Pedro Curiel Asediano de Sev.<sup>a</sup> y Canonigo deesta S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup> Ynquisidor mas antiguo de la Ynquisicion dees ciu.<sup>d</sup> Testó ante Nicolas Muñoz Naranjo. Alvaseas D.<sup>n</sup> Joseph Domingo Rivero, D.<sup>n</sup> Ramon de Diguxa y D.<sup>n</sup> Thomas de Morales”.

Su lauda sepulcral aparece recogida por Juan Nepomuceno González de León en su continuación del llamado “Manuscrito” del canónigo Loaisa, si bien en la solería adyacente a dicha capilla solo se observa una losa blanca, sin nombre alguno, y que da acceso a una cripta subterránea. Esta dice así:

“D.O.M. Aquí yace el S.<sup>r</sup> D.<sup>r</sup> D. Pedro Curiel, colegial que fue en el Mayor de Cuenca de Salamanca, canónigo y dignidad de la Santa Iglesia de Santiago, juez y vicario general de este Arzobispado, que murió en Viernes Santo 20 de abril de 1764 siendo canónigo de esta Santa Iglesia, arcediano titular de ella, del Consejo de Su Majestad y su inquisidor decano en el Santo Tribunal de la Fe de esta ciudad. Rueguen a Dios por él. R.I.P.”<sup>1048</sup>.

Curiel sería el hombre de confianza de su hermano en Sevilla, tanto en su labor censora al frente del Juzgado de Imprentas, como en la llevanza de los negocios familiares, repartidos por diversas poblaciones sevillanas, fundamentalmente en Villanueva, pero también en los diversos cortijos y haciendas acumulados por la familia, principalmente agrícolas. Sus últimas voluntades<sup>1049</sup>, otorgadas poco antes de su muerte en el castillo de Triana el 10 de abril de ese año, en forma de poder para testar a favor de su hermano don Juan, y dos memorias de misas y legados en poder de su hermano fray Agustín, instituyen al primero por albacea principal y heredero universal. Las dos memorias se incluirían en el testamento que don Juan Curiel en nombre de su

---

<sup>1047</sup> AGAS, Fondo Parroquial del Sagrario, *Libros Sacramentales*, Defunciones, libro 26, fol. 112, año 1764. El Poder para testar en: APNS, *Protocolos de Sevilla*, Oficio 4, escribano Nicolás Muñoz Naranjo, legajo 2.879, fols. 292-293v.

<sup>1048</sup> González de León: *Inscripciones sepulcrales de la Santa Iglesia de Sevilla...*, opus cit., fols. 5v-6 (AGAS, BCC, Mss. 59-3-40).

<sup>1049</sup> Ver el citado poder para testar.

hermano otorgaría en Madrid el 4 de marzo de 1765 ante Juan Antonio Martín Carpintero<sup>1050</sup>.

Su enterramiento, como ya hemos visto sería “à los pies del altar de Nuestra Srâ de la Concepcion chica cita en dha Ygle.<sup>an</sup>”, haciéndosele el día de su entierro misa de cuerpo presente, a cuyo responso debía acudir la comunidad del convento de San Francisco, “Casa Grande”, que debía además decir misa y vigilia por su alma, para lo cual destinaba la cantidad de cien pesos escudos de a quince reales de vellón. Por la intención de su alma designó mil misas rezadas, quinientas de las cuales debían decirse en su parroquia (Santa Ana), doscientas en el citado convento “Casa Grande” de San Francisco, otras doscientas en el de San Antonio, de la misma orden, cien en el colegio de San Buenaventura, y las que restaren a distribuir por sus albaceas en los templos que les pareciere, destinando como limosna para cada una la cantidad de 4 reales, precio habitual para este tipo de misas.

Eso en cuanto a las mandas, respecto a los legados, destina para la fábrica catedralicia la cantidad de quinientos pesos de a quince reales de vellón, por una vez en lugar de oratorio, destinando cien pesos escudos, también por una vez, para el engrandecimiento del altar de la referida imagen de la Concepción Chica, de gran devoción en la ciudad, caracterizada durante todo el periodo Moderno por su fervor inmaculista, cantidad que debía se entregada al canónigo don José Quijano. Aparece reflejado sin embargo en los inventarios de fábrica una casulla perteneciente al arcediano Curiel, la cual aparece descrita en ellos como “de raso liso blanco bordada de oro con matices de seda de colores ribeteada de trencilla de oro con un pelícano bordado en plata sobre colores y ribetes de oro. Al pie en el medio del pecho y espalda al lugar correspondiente de una urna de oro tiene cabezas de ángeles. Con estola y manípulo, no tiene bolsa ni paño de cáliz”<sup>1051</sup>. Como era propio en los prelados y también en muchos capitulares de la época, Curiel no olvida favorecer de sus bienes a los diferentes conventos femeninos repartidos por la ciudad, destinando doscientos pesos al de madres capuchinas, otros doscientos al de Santa María de Jesús, e igual cantidad al de dominicas de Santa María de los Reyes, carmelitas descalzas, y mínimas de Nuestra

---

<sup>1050</sup> AHPNM, *Protocolos de Madrid*, escribanía de Juan Antonio Martín Carpintero, leg. 18.618, fols. 19-32v.

<sup>1051</sup> AGAS, Catedral, IV, *Fábrica*, Inventarios, libro 05130 (ya citado).

Señora de la Salud, en Triana, con la única condición de tenerle presente en sus oraciones y decir una misa con vigilia aplicada por la intención de su alma.

Como era habitual en la época, el canónigo no olvida a las personas que le han servido a lo largo de los años, dejando a don Tomás Baltasar de Morales, clérigo de menores quien debía ser hombre de su mayor confianza, el encargo de repartir “los ducados q<sup>e</sup> doi todos los meses â distintas personas”, que debían seguir percibiéndolos hasta finales de diciembre de ese año. Todos los criados debían seguir percibiendo su salario íntegro durante los cuatro meses posteriores a su fallecimiento, así por ejemplo menciona especialmente a su cochero mayor, Juan de Raigadas, en atención “â los muchos años qe â estado en mi servicio y tener muchos hixos”, que debía seguir percibiendo los cinco reales diarios que cobraba, o sus dos pajes, Juan Miguel de Calatrava y Sebastián de Morón, para los que destina la cantidad de seiscientos reales, que debían ser entregados por el citado Morales a razon de cien cada año para que ambos puedan seguir en sus estudios. O para el propio Morales, al que asigna la importante cantidad de cien doblones por una vez, “en atencion al grande amor, celo, cuidado, y desvelo con que siempre me â servido, y que asi mismo tome de mi casa todos los trastos y ropa qe quisiere dexandolo â su advitrio q<sup>e</sup> desde luego lo consiento y tengo p<sup>r</sup> vien”, junto con diferentes obras y tratados procedentes de su biblioteca: las colecciones del cardenal de Luca, las de Gutiérrez, las Leyes del Reino, y las “Pandeitas” canónicas y civiles” (*Pandectas*, recopilación de los códigos de Justiniano). Tampoco olvida a otras personas de su confianza, como a un tal Félix de Uceda, al que asigna cincuenta pesos, y cuarenta para los padres y hermanas de este, con la única condición de que lo encomienden a Dios.

En las dos memorias, firmadas de puño y letra del arcediano Curiel, y que irían protocoladas en el testamento realizado por su hermano en su nombre, se contienen diferentes legados o mandas a parientes y allegados. Así por ejemplo encarga a su hermano el reparto de mil dobles que tiene en su poder el también inquisidor Diguxa, deja 900 pesos para la profesión de doña Melchora Fernández de Córdoba, quien se hallaba aun de seglar en el convento de la Concepción de San Miguel; 300 para doña María de Escobar, quien por falta de edad aún no lo había hecho en el de Nuestra Señora de la Paz, 500 para su sobrino don Bartolomé Corona, y otros tantos para sus hermanas doña María Josefa y doña Sinforosa, cantidades que dejaba al juicio de su hermano repartir poco a poco o de una vez, a su hermana Sor Catalina, monja en Santa

Inés de Sevilla dejaba 200 pesos. Para el convento de las capuchinas de Granada donde estaban dos de sus sobrinas 100 pesos, y otros 100 para Manuela Sánchez, viuda, doña Ana Navarrete, también viuda de Prado, y a dos de sus hijas que estaban en el convento de San Miguel, encargando a su hermano que “por amor de Dios” no olvidase a esa pobre familia, y otros tantos a diferentes vecinos de Villanueva del Arical, 50 para doña María Teresa, doña Isidora, y doña María Lorenza de Tejada, para el convento de franciscanas descalzas de Ronda, para don Francisco Mesa “para aiuda de la manutencion de sus huerfanitas de Xerez”, para don Miguel Lobillo, “abogado de esta ciudad mui pobre i cargado de familia”, y para don Luis Tobar, caballero pobre y en las mismas circunstancias que el anterior, 30 para Matías Márquez, 25 para cada hija doncella de doña Bernarda de Tejada, otros para el ama Jacinta, 10 para su hermana y 20 para una nieta de esta en un beaterio de Utrera, para Pedro Rodríguez marido de aquella “que crió a Mariquita del Pilar” también 10 pesos, otros 25 para un tal Vicente de Angulo, y para el presbítero Santiago Martín Triana, a la casa profesa de la Compañía de Jesús, y 10 para otras dos pobres huérfanas doncellas, otra pobre que conocía su hermano fray Agustín, para doña Josefa Domonte, madre del referido Tomás Morales, y para las beatas de San Antonio, dejando los 45 pesos restantes de los 900 al arbitrio de su hermano fray Agustín Curiel.

En cuanto a objetos personales son pocos los que se refieren: una caja con su estuche y un relicario que contenía un lignum crucis todo de oro que irá a su sobrino don Luis, conde de San Rafael; un candelero y una escribanía en plata que lega al hijo de este don Epifanio; un crucifijo con su peana en plata y una “laminita” con el Nacimiento para su hermana Sor Catalina; un cáliz con su patena, y platillo para vinajeras todo de plata que deja a su sobrino don José Corona, que sería deán de Granada, con los libros que su hermano le quisiera dar; y un frasco de tabaco “mui particular” que tenía “en figura de breviario” que pide se entreguen al cardenal Solís. Rogaba además “que nadie intervenga en el reconocimiento de mis papeles”, tan solo su hermano fray Agustín y don Tomás Morales, “separando los que pertenecieren á el Santo Tribunal, entregandolos á los Señores mis compañeros”. A cada criado les da la cama de su uso, y su ropa para sus dos pajes, uno de sus criados, y el expresado Morales, al que reconoce “deberle muchos reales” – que después de ajustada la cuenta ofreció un total de 33.250 reales –, reservando para los médicos y cirujanos que le han atendido a lo largo del tiempo: 25 doblones para don Antonio Anguita, otros para don

Marcos Acosta, 15 para Martín Baquer, y un “regalo correspondiente á su trabajo i asistencia” para don Miguel de Arganda, médico titular del Santo Oficio. Sobre otro cáliz con su patena y cucharita que con todos los ornamentos necesarios tenía en la casa familiar de Villanueva, los vincula forzosamente al uso litúrgico en aquella villa, ya en sus casas, o en los diferentes templos del pueblo, no pudiendo separarse los mismos del mayorazgo que la familia tenía fundado,

Si bien Curiel había renunciado a sus legítimas paternas en favor de su hermano don Juan Antonio, al objeto de favorecer el mayorazgo que sus padres pretendían crear en este, acumulaba sin embargo pingües rentas, como vemos, ya de sus años como prebendado en el cabildo compostelano, o luego en el hispalense, o como inquisidor y presidente del tribunal en esta última ciudad. También por supuesto de su puesto como juez subdelegado de Imprentas para el Reino de Sevilla, y de las pensiones que gozaba, una de la Santa Iglesia de Zaragoza, cuya cantidad en el momento de su fallecimiento asigna a las obras de la Basílica del Pilar, en esos momentos todavía sin concluir, y otra de la de Santiago, que destina a limosnas a repartir en aquel arzobispado por “su” colegial don Joaquín de Ferragudo, doctoral en aquel cabildo. A su hermano, don Juan Curiel, al que instituye por heredero universal, le exime de rendir cualquier tipo de cuentas sobre el cumplimiento final de las condiciones estipuladas: en “quanto se â de convertir y gastar en vien por mi Alma”, siendo otorgado por este en Madrid el 4 de marzo de 1765, ante Juan Antonio Martín Carpintero, manifestando el otorgante tener cumplidas todas las obligaciones dispuestas por el difunto<sup>1052</sup>. Ni en el poder, ni en el testamento, se habla del cuadro de Murillo, que había sido donado a don Pedro por su hermano por el que otorgó en Madrid el 28 de junio de 1752, por lo que parece que la cesión no debió llevarse a efecto finalmente, o fue devuelto por el canónigo nuevamente antes del referido poder para cumplir así escrupulosamente con las voluntades estipuladas por sus padres. Así, en una nueva escritura de fundación de mayorazgo otorgada esta vez en la cabeza del hijo de don Juan, documento que lleva fecha de 5 de mayo de 1764 ante Matías Culebras (Ver Copia en el fondo *Condado de San Rafael*, Archivo General de Andalucía), y previa autorización real despachada en Aranjuez el 10 de mayo de 1763 refrendada por don Agustín de Montiano y Luyando (cuya copia va insertada en el mismo), se de nuevo referencia al mismo:

---

<sup>1052</sup> Ver asimismo el testamento de Juan Antonio Curiel en AGA, *Condado de San Rafael*, leg. 122, pieza 7.



“Primeramente, porque la Serenísima Virgen María, Nuestra Señora ha de ser la única y principal protectora de esta fundacion y a su piadosa intercesion espero deber la total felicidad espiritual y temporal de todos mis descendientes, si ellos cumpliesen con la obligacion de serle muy devotos y defender la pureza de su Concepcion en gracia, quiero y mando que una pintura que yo tengo muy devota de esta divina Señora, con su Hijo precioso en sus brazos, original de Murillo, en lienzo, que tiene de largo dos varas y tercia de ancho con su marco tallado y dorado, sea la primera alhaja, finca, y cabeza de este mi mayorazgo, y que siempre ande con él y en sus poseedores a quienes encargo su devoto culto y el más decente y cuidado trato. Y, acabada toda mi descendencia y llegado el caso de que los bienes de este mi mayorazgo recayesen en la obra pía, queyo voy a fundar, quiero y mando que esta pintura se entregue a mi Colegio mayor de Cuenca, en Salamanca con mas trescientos ducados de vellon, que se han de sacar de las rentas de este Mayorazgo, luego que llegue el caso de la obra pía, para que con ellos se coloque y adorne esta Imagen en su Capilla o altar, como mejor parezca al Señor Rector y Colegiales”<sup>1053</sup>.

Sobre otras obras de arte poseídas por el canónigo Curiel nos aporta el conde del Águila importantes noticias, referidas en su célebre correspondencia con el viajero Antonio Ponz (1779), y que luego recogieron estudiosos como Carriazo o Delenda últimamente. No se trata del referido cuadro de Murillo, pero sí de otro no menos importante, de Zurbarán, titulado *San Juan Bautista en el desierto* (ca. 1650 según Delenda, 1635-45 según Valdivieso), que sería donado por el capitular a la catedral hispalense, siendo ubicado inicialmente en la Capilla Bautismal y luego en la sacristía de La Antigua. Dicho cuadro puede ser admirado hoy en la sala de exposición que inicia la visita a los tesoros del templo hispalense (Ver Apéndice de Ilustraciones), contando la pintura unas dimensiones de 160 x 164 cm. La obra debió ser quizás donada en vida de su dueño, pues no aparece referencia alguna del mismo en sus disposiciones testamentarias, conociéndose su procedencia a través del testimonio citado<sup>1054</sup>.

---

<sup>1053</sup> Ver en la referida institución del mayorazgo de 1764.

<sup>1054</sup> Juan de Mata Carriazo: “Correspondencia de D. Antonio Ponz con el conde del Águila”, en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, núm. 14, Madrid, 1929 (Separata), págs. 157-183, 174. Dicha cita ha sido recogida posteriormente por numerosos estudiosos: Soria, Guinard, Gudíol, y Odile Delenda, autora de *Francisco de Zurbarán (1598-1664). Catálogo razonado y crítico*, Madrid, Fundación de Arte Hispánico, 2009, tomo I, págs., 615-616.

Jacinto Reinoso y Corona Guzmán y Curiel, nació en Ronda 3 de enero de 1750 en el seno de una familia de la mediana nobleza vinculada al servicio de las administraciones real y eclesiástica. Hijo de don Jacinto Reinoso y Guzmán, también natural de esa ciudad, y maestrante de ella, este había casado en Cañete la Real en 1737<sup>1055</sup> con doña María Sinforosa Corona y Curiel, natural de Granada y hermana de don José Corona, deán de su catedral<sup>1056</sup>. Su bautismo, celebrado en la parroquia mayor rondeña de Santa María de la Encarnación, se encuentra al libro 17, folio 94. Dice así:

“En la Ciudad de Ronda, en tres días del mes de enero de mil setesientos y cinquenta años, Yo fray Marcos Carrero Presbítero Conventual en el de S.<sup>to</sup> Domingo de dha Ciudad (con Lizencia del Ynfrascripto Cura) Baptisé à Jasinto Josef Santiago, Hijo Lexítimo de D.<sup>n</sup> Jasinto Reynozo Franzes y de D.<sup>a</sup> María Corona y Curiel su Muger, vecinos de dha Ciudad, Declaró dho su Padre no haver tenido otro hijo de estos nombres, y aseguró con Juramento haver nacido el día treinta de Disiembre próximo pasado, fue su Padrino D.<sup>n</sup> Antonio Reynozo, vesino de dha Ciudad, a quien advertí el parentesco Espiritual que su Aijado y Padres había contraído, y la obligasion de enseñar la Doctrina Christiana a su Aijado, de que Doy fee, y lo firmé= D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> del Hoyo = Fray Marcos Carrero”<sup>1057</sup>.

El matrimonio contaría con otros dos hijos más: Fernando, al igual que muchos de sus ancestros maestrante rondeño (ingresó el 15 de julio de 1765), y María de Reinoso Corona y Curiel. Su familia, había desempeñado como hemos dicho importantes puestos en los campos de las armas, la administración de la Monarquía, y la Iglesia obteniendo diferentes reconocimientos de nobleza a lo largo de los siglos en las diferentes localidades donde radicaron, principalmente: Ronda, Marbella, Granada, Cañete la Real, Sevilla, Villanueva del Ariscal, y Madrid. Las armas familiares, cuya descripción aparece en su expediente de pruebas para el ingreso en la Orden de Carlos III, son las siguientes: En campo de plata una cruz floreteada o flordelisada de gules, todo rodeado de bordura de quince jaqueles de plata y gules, el lema familiar era: “Amare vite, Dulces exitus”. Los Reinoso remontaban su origen – como otras muchas familias de la nobleza – a la gesta de Las Navas de Tolosa, donde un tal Sancho

<sup>1055</sup> Ver el expediente de Jacinto Reinoso y Curiel como caballero pensionado de Carlos III en: AHN, *Estado*, Orden de Carlos III, n° 65, año de 1780. En la partida de matrimonio de los padres se puede observar que el mandamiento para celebrar tal enlace va autorizado por el propio tío de la contrayente, en esos días juez y vicario general de la archidiócesis hispalense (fol. 12 de dicho expediente).

<sup>1056</sup> Ver su provisión para el deanato en *Gazeta de Madrid*, 24 de mayo de 1774, pág. 195.

<sup>1057</sup> AHN, *Estado*, Orden de Carlos III, exp. 65, fols. 52-53. En dicho expediente de ingreso constan el catálogo de pruebas de nobleza conseguidas por varios de sus ascendientes.

González de Reynoso habría sido alférez mayor de Alfonso IX, y a quien este, según los cronistas Silva y Argote de Molina, habría concedido dichas armas por ser el primero en divisar la milagrosa cruz aparecida como presagio de la gran victoria acaecida en la histórica jornada, manteniendo como recuerdo de sus ascendientes Cisneros la bordura jaquelada antes descrita. Algunos de sus descendientes participarían igualmente en la conquista de Baeza, destacando entre los eclesiásticos de esta familia el que fue inquisidor general de España don Diego de Arce y Reinoso, pariente lejano de estos<sup>1058</sup>.

Sus abuelos paternos serían don Fernando Reinoso y Francés Altamirano (hijo de Fernando Reinoso y María Francés Altamirano, casados en Cañete en 1624), alistado como noble en Ronda, y doña Catalina de Guzmán, de la misma naturaleza; los maternos don Marcos Corona y Gallego de Rojas, natural de Cañete, y oidor de la Chancillería de Granada, casado en 1708 en Madrid (Parroquia de San Sebastián) con doña Rosa Curiel y Luna, nacida en Sevilla en 1688, hermana del canónigo e inquisidor decano de Sevilla don Pedro Curiel, y de don Juan Antonio Curiel, caballero de Calatrava, consejero de Castilla, y como hemos visto juez de las Imprentas Reales. Fueron hijos de don Marcos Corona y de doña Rosa Curiel los siguientes hijos: Bartolomé, José, Manuel, Sinforosa, María Josefa, Sor María Secundina, Sor Rosa, y Manuela Corona y Curiel. Este José Corona y Curiel, fue licenciado en teología o cánones, y sería agraciado en 1774 con el importante deanato de la catedral de Granada, codiciada pieza eclesiástica valorada al menos en 2.000 ducados anuales, falleciendo en los últimos meses de 1786 o primeros días de enero de 1787, fecha en que se publica la vacante de dicha prebenda<sup>1059</sup>.

Entre los bisabuelos también encontramos diversos personajes notorios, como el paterno: don Francisco Reinoso, natural también de la citada ciudad malagueña, y regidor en su cabildo (que había fundado mayorazgo en Cañete la Real en 2 de abril de 1593), casado con doña Ana Laynez de Sotomayor y Pacheco, emparentada con ilustres familias rondeñas; o don Luis de Guzmán y Ramos y doña Ana Fernández Caballero, igualmente naturales de Ronda. Los maternos fueron don Marcos Corona Altamirano, y doña Mariana Gallego de Rojas, ambos de Cañete la Real; así como el ya mencionado

---

<sup>1058</sup> Óscar Barea López: *Heráldica y Genealogía de Cabra de Córdoba, Doña Mencia y Monturque y de sus enlaces* (ss. XV-XIX), 2 vols., tomo II, Ediciones Bubok, 2012, págs. 112-114.

<sup>1059</sup> Ver su provisión para el deanato en *Gazeta de Madrid*, 24 de mayo de 1774, pág. 195. Noticias interesantes sobre su fallecimiento y la provisión del deanato en *Diario Curioso, Erudito, Económico, y Comercial*, miércoles 24 de enero de 1787, Madrid, Imprenta de Manuel González, pág. 2.

don Luis Curiel y Tejada, del Consejo de Castilla y de la Suprema Inquisición, teniente mayor de Sevilla, auditor de Guerra, caballero de Santiago, natural de Osuna, y doña Inés de Luna y Torres, nacida en Villanueva del Ariscal en 1666, donde habían casado en 28 de diciembre de 1681. La familia Reinoso habitaba en Ronda un histórico caserón de la época nazarí, aún conservada, y denominada popularmente en aquella ciudad como la Casa de los Gigantes, por estar flanqueada una de sus puertas por dos estatuas de origen antiquísimo, posiblemente fenicias, de las que hoy únicamente se conserva una, residencia que fue adquirida en la centuria anterior a la familia Ovalle, en la recoleta plaza también denominada del Gigante. El enterramiento familiar se encuentra en la cercana iglesia del Espíritu Santo, donde podemos contemplar la lápida sepulcral de nuestro personaje, el arcedianos de Sevilla, sobre la que campea el escudo de armas ya descrito (se encuentra situada al lado derecho de la nave).

Protegido desde muy joven por su pariente el entonces electo obispo de Canarias, este se lo llevó a aquellas islas en calidad de *familiar*, contando Reinoso alrededor de los dieciséis años, acompañándolo igualmente a Sigüenza, donde siendo aún clérigo de menores recibe de este con fecha 24 de septiembre de 1773<sup>1060</sup> una ración entera, que luego mejoraría a canongía y que renunciará en 1777 al regreso de Delgado a Sevilla como arzobispo, fecha en la que ya es presbítero. El nuevo prelado premiará su fidelidad con el arcedianato titular de la catedral hispalense, de provisión arzobispal, como veremos a continuación. De sus primeros estudios poco podemos decir, es probable que los iniciase en Ronda o Sevilla, retomándolos a su regreso a la segunda de las ciudades enunciadas en 1776, graduándose primero de bachiller y poco después de licenciado en cánones el 30 de julio de ese año<sup>1061</sup>. Asimismo, gracias al entonces obispo seguntino, tiene el privilegio de ser uno de los primeros veinte eclesiásticos agraciados con la cruz pensionada de la recién creada Orden de Carlos III, fundada por el monarca por Real Orden de 19 de septiembre de 1771 para conmemorar el nacimiento del posteriormente malogrado infante Carlos Clemente, primogénito de los

---

<sup>1060</sup> AGAS, Fondo Catedral, I, *Secretaría: Expedientes y Pruebas de Limpieza de Sangre*, núm. J-158, declaración de uno de los testigos que aporta. Aurelio de Federico: “Inventario de expedientes sobre legitimidad y pureza de sangre para obtener beneficios en la Santa Iglesia Catedral Basílica de Sigüenza”, *Hispania Sacra*, 8, Madrid, 1955, págs. 209-223, 219.

<sup>1061</sup> Su expediente de limpieza de sangre ya citado; y AHUS, Fondo Colegio Santa María de Jesús, *Expedientes de Pruebas de legitimidad y limpieza de sangre para la obtención de grados en las distintas facultades*, libro 713, fols. 143-151: expediente de Jacinto Reynoso para obtención del grado de licenciado en cánones.

príncipes de Asturias<sup>1062</sup>, condecoración que debía portar colgada del cuello pendiente de un cordón de seda negro. Le fue concedida a Reinoso por decreto de 9 septiembre de 1779, siendo aprobadas las correspondientes pruebas de limpieza de sangre, legitimidad y nobleza con fecha 4 de enero de 1780. Ocuparía la cruz pensionada que dejaba vacante por ascenso a caballero gran cruz de don Manuel Ventura de Figueroa, en ese momento arzobispo de Laodicea y presidente del Consejo de Castilla, uno de los hombres de mayor confianza del monarca, el cual sustituiría, si bien fugazmente, a Cayetano Adsor, promovido en 1782 patriarca de las Indias a la muerte de Delgado, falleciendo en 1783.

Una vez en Sevilla Delgado lo nombra uno de sus capellanes, siendo asimismo nombrado para el juzgado de testamentos, y el 26 de marzo de 1777 para la citada dignidad del arcedianato de Sevilla, vacante por fallecimiento de don Luis de Madariaga, de la que tomó posesión el 20 de junio siguiente contando veintisiete años<sup>1063</sup>. La provisión directa de una dignidad sin poseer antes alguna otra prebenda era poco usual en la carrera de un capitular, y aunque el nombramiento se hizo por colación directa del arzobispo, desde luego se realizó con el asentimiento del cabildo, al que interesaba mucho mantener las mejores relaciones con su generoso prelado, quien no cesaba de obsequiarles con todo tipo de donaciones y beneficios económicos. Tras la promoción del arzobispo al patriarcado de las Indias y su partida para Madrid, Reinoso le seguiría nuevamente, instalándose en la corte junto con el pequeño cortejo de comensales y *familiares* de este, desempeñando la función de tesorero confidencial. Junto con su otro pariente el entonces racionero y posterior arcediano de Niebla, Francisco Vicente Venegas, y el doctoral Valcárcel se encargarían de transmitir las gracias del cabildo al soberano por la elevación de Delgado a la púrpura, que efectuaron en los besamanos que tuvieron lugar los días 19 y 20 de septiembre, presentados por el marqués de Valdecarzana<sup>1064</sup>. También se encargaría junto con Venegas, del que nos ocuparemos a continuación, de anunciar a los capitulares la muerte del cardenal, en

---

<sup>1062</sup> Juan José Moreti le dedica una breve reseña biográfica entre los hijos ilustres de aquella ciudad serrana: *Historia de L.M.N.Y.M.L. Ciudad de Ronda*, Ronda, Establecimiento Tipográfico del autor, 1867, pág. 848. Su expediente de ingreso en la referida Orden en: AHN, *Estado*, Orden de Carlos III, exp. 65. Las Constituciones de la Orden prescribían un número de veinte eclesiásticos entre los doscientos caballeros pensionistas establecidos. Ver asimismo sobre la indumentaria y categoría de caballeros eclesiásticos: *Constituciones de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III*, Madrid, Imprenta Real de La Gazeta, 1804, págs. 10 y 15.

<sup>1063</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, Limpieza de Sangre, año 1777, legajo 37, expediente J-159; en la misma sección: “Libros de Entrada de Prebendados”, 384, fols 30 y 103.

<sup>1064</sup> Ibid, I, Correspondencia, leg. 403: Carta de 21 de septiembre de 1778 contestando la que envió el cabildo el 23 de junio al conocerse la noticia.

carta fechada a los pocos días del óbito en la que remitían al cabildo hispalense las copias legalizadas de las cláusulas testamentarias relativas a los pontificales y bienes que tocaban al templo catedralicio de los bienes del prelado, los cuales detallamos en su capítulo correspondiente. La titularidad de una canonjía la obtendría sin embargo tras la muerte de su protector el 3 de septiembre de 1783, ocupando la plaza dejada vacante por fallecimiento de don Ignacio de Armenta, nombramiento que aparece publicado en el *Mercurio Histórico y Político* en su número de agosto de dicho año, tomando posesión el 5 de noviembre. En 1780, siendo entonces únicamente dignidad de arcediano de Sevilla, Reinoso percibía los siguientes ingresos<sup>1065</sup>:

1.	Pan de la grosa y de misadas en fanegas de cebada .....	67
2.	Los mismos en fanegas de trigo .....	134
	Llevadas a metálico dan la cifra de 1.474 reales, y 6.968 respectivamente, cuya suma ofrece una cantidad de: .....	8.442 rs. de v.
3.	Por los llamados marevedíes de la grosa recibe .....	4.491
4.	Marevedíes de misadas: .....	2.799
5.	Procesiones y aniversarios del comunal: .....	2.471
6.	Primas y nonas: .....	0
7.	Sextas y Completas: .....	129
8.	Vísperas de cuaresma: .....	187
9.	Completas de cuaresma: .....	120
10.	Hacimientos: .....	10
11.	Pitancería: .....	0
12.	Procesiones de difuntos: .....	0
13.	Gallinas: .....	5
14.	Maravedíes de gallinas por la Mesa Capitular.....	2.524
15.	Lo mismo por gallinas por el mayordomo del comunal.....	22,32

Total: 12.758,32 + 8.442 (en especie) = 21.200 reales de vellón/año.

Una vez realizadas las deducciones por el Subsidio y Excusado por valor de 2.717 reales de vellón, la renta líquida anual quedaría en: 18.483,

<sup>1065</sup> Ibid, I, Libros de Entrada de Prebendados, núm. 384, fol. 103; y *Mercurio Histórico y Político*, opus cit., agosto de 1783, pág. 349; y II, *Mesa Capitular*, Libros de Mayordomía, núm. 25.

percibiendo de manera mensual unos 1.540 reales de vellón con 25 maravedíes.

Como otros muchos prohombres y personas inteligentes, es decir con formación académica e intelectual, o patrimonio personal propio en la Sevilla de la época, Reinoso perteneció a algunas instituciones dedicadas al fomento del progreso económico y agrícola – sobre todo –, característica que define especialmente al hombre ilustrado, aunque muchos no compartieran las novedades filosóficas que entraban aquellos años desde Europa, o a otras de índole puramente benéfico y caritativo. Así, sabemos de su pertenencia a la Santa Caridad, donde ingresó juntamente con el antiguo tesorero de su tío el cardenal don Jose Rodríguez Bravo el 8 de septiembre de 1782<sup>1066</sup>, y también a la Real Sociedad Patriótica de Sevilla, institución importantísima en la Sevilla del momento, protegida por las principales autoridades y jerarquías, y compuesta por lo más granado de las élites eclesiásticas, políticas, jurídicas y sociales, desde la más alta nobleza instalada en la ciudad, al comercio y patriciado urbano.

En 1779 esta histórica institución, denominada posteriormente como Real Sociedad Económica de Amigos del País, aparece presidida por el marqués de Vallehermoso, don José Francisco de Bucarelli y Ursúa, siendo vice-director don Martín de Ulloa y de la Torre, oidor de la Real Audiencia, siendo protegida por socios honorarios de la talla del propio cardenal Delgado, o los duques de Medinaceli, Alba, Osuna, Arcos, Veragua, los marqueses de Astorga y Santa Cruz, el conde de Gerena – hermano del presidente –, y un largo etcétera de personalidades notables, secretarios del despacho, fiscales, consejeros de Castilla y otros, entre los que destacan el propio Jovellanos, en total unos treinta y dos<sup>1067</sup>.

La nómina en cambio de los socios de número, resulta igualmente de lo más interesante, pues estaba compuesta por 217 personas escogidas entre las principales élites gobernantes de la ciudad: el asistente Domezaín, Francisco de Bruna, entonces todavía oidor decano de la Audiencia, Joaquín de Goyeneta, o Manuel Prudencio de Molviedro. La presencia de la nobleza titulada, considerable también, estaba representada por las principales Casas asentadas en Sevilla: marqueses de Torreblanca,

---

<sup>1066</sup> AHSC, *Secretaría*, Libros de Actas de Cabildo, núm. 13, años 1772-1800, fol. 120.

<sup>1067</sup> *Continuación de las Memorias de la Real Sociedad Patriótica*, tomo II, Sevilla, Impresores de dicha Real Sociedad, 1779, págs. 593-596.

Moscoso, Loreto, Caltójar, De las Torres, Carrión, Montehermoso, Alventos, condes del Águila, Casa Galindo y otros. Seguidas asimismo por diferentes caballeros veinticuatro, representantes del comercio ennoblecido como los Jácome y Clarebout.

Tampoco la Iglesia estaba ausente en este fomento ilustrado al comercio, la industria, o la agricultura que supusieron las sociedades de Amigos del País, ingresando en esos años importantes representantes del clero capitular y diocesano, encabezados por el propio cardenal Delgado y seguidos por canónigos como: el doctor don Ignacio de Almoríña, *familiar* y consultor del cardenal-patriarca; el propio Reinoso, arcediano de Sevilla; don Ignacio de Cevallos, arcediano de Niebla; el doctor Ignacio Salduendo, provisor y vicario general de la archidiócesis; don Fabián de Miranda, entonces juez de la Santa Iglesia, posteriormente deán; don José de Sierra; don Pedro de Castro, don José Bravo. Prebendados catedralicios de menor entidad fueron: don José de Prado; Cristóbal de Torres y Cárcamo; don José de Arrate, don Joaquín Pérez de Baños, don Manuel María Rodríguez, don Felipe de Alcalá y Tercero, y don Ignacio de Valcárcel. Otros religiosos ajenos al clero capitular y afiliados a la Sociedad Patriótica fueron: don Donato de Arenzana, beneficiado de San Andrés; Diego Gordillo, cura y secretario del Hospital del Amor de Dios; Juan Ponce, protonotario apostólico, Joaquín Hermenegildo Bonilla, familiar del Santo Oficio; y los presbíteros don Gregorio Zambrano y Toribio Pérez de Agüero. Eran igualmente socios natos de esta todos los curas y sus tenientes de las 29 parroquias de la ciudad<sup>1068</sup>.

En las honras que los cabildos catedralicio y municipal hicieron a la muerte de Carlos III en la catedral, previstas para el 26 de enero de 1789, precedida del canto de la vigilia el día anterior, Reinoso junto al resto de dignidades mitradas y el arzobispo rezaría ante el suntuoso catafalco uno de los cinco responsos por el difunto<sup>1069</sup>, encargándose personalmente de officiar las exequias que sufragaría la Academia de Medicina por el soberano difunto. Estas tendrían lugar unos días más tarde, los días 13 y 14 de febrero de 1789, en el convento Casa Grande de la Merced, hoy Museo de Bellas Artes, por no tener cabida en la iglesia de San Gregorio, aneja a la sede de aquella. La ceremonia, presidida por el asistente de la ciudad, y el vice-presidente de la Sociedad, contó también un imponente catafalco, asistiendo invitados de la relevancia del

---

<sup>1068</sup> Ibid, 577-593.

<sup>1069</sup> Matute, *Anales*, II, 90.



arzobispo Llanes, demás autoridades cívicas, y tropa apostada a la puerta de la iglesia para impedir que “gente inquieta y vagabunda” pudiese perturbar el buen orden. El día 13 por la tarde se había cantado una solemne vigilia con un responso de tres horas, y al día siguiente, 14, tuvo lugar la misa que ofició el arcediano don Jacinto Reinoso asistido de los prebendados don Miguel Panduro y el doctor don Miguel de Vargas, con sermón fúnebre del ya célebre padre Manuel Gil, antiguo provincial de los Clérigos Menores, y que tanta influencia tendría unos años más tarde durante los primeros días de la Guerra de la Independencia<sup>1070</sup>. Unos meses más tarde, y en el templo catedralicio, Reinoso, arcediano de Sevilla, procedió a la bendición de las banderas del nuevo batallón de Artillería creado, Número 6, jurando en sus manos el defenderlas tanto su coronel como el sargento mayor del mismo. Durante la misa, dos alféreces, o abanderados, se encargarían de rendirlas desde la consagración hasta el *consumir*, ocupando la oficialidad la capilla mayor y parte de la tropa, sin armas, en el costado de la parte del evangelio, el resto quedaría formada en la Lonja. Durante el incendio que consumiría el edificio de la Aduana, acaecido el 7 de mayo de 1792, y que afectó notablemente a la cercana Casa de Azogues, y aun a la Santa Caridad, que tuvo que ser evacuada junto con el Santísimo, que fue llevado a la próxima parroquia del Sagrario hasta el cese de las llamas, el arcediano se encargaría de devolver al mismo a su santuario en una brillante procesión que tuvo lugar en la tarde del día siguiente, bajo palio y acompañado de los hermanos de la Caridad, de los de la Sacramental de aquella parroquia, y del propio asistente, todo bajo los repiques de la Giralda, himnos de música, y del júbilo popular, gozoso ante la restitución del Cuerpo de Cristo a su sagrario<sup>1071</sup>.

El arcediano Reinoso falleció con apenas cuarenta y cuatro años, el 10 de diciembre de 1794 a las 6 de la tarde, víspera del aniversario del óbito de su protector y pariente el difunto cardenal Delgado. Vivía en la calle Juan de Burgos, y la premura de su muerte, quizás ocasionada por alguna epidemia o pulmonía fulminante le impidieron disponer con la debida antelación sus últimas voluntades, otorgando un poder para testar ante el escribano Francisco Ascarza unos días antes, el 7 de diciembre, a favor de su pariente el arcediano Venegas. En él, deja por sus albaceas al referido Venegas, y a otro de los principales colaboradores del cardenal y su antiguo tesorero, el canónigo don José

---

<sup>1070</sup> *Relación de las solemnes Exequias hechas al Rey N.S.D. Carlos III, por la Real Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla. Con sermón predicado en ellas por su socio de erudición el P. M. Manuel Gil, de los clérigos menores.* Madrid, Benito Cano, 1789, pág. III.

<sup>1071</sup> Matute, *Anales*, II, 101-102, y 121-122.

Rodríguez Bravo, y al marqués de Nevares. La partida de defunción, inscrita en la Parroquia del Sagrario<sup>1072</sup>, dice así:

[Diciembre de 1794]

Viernes 12

“S.<sup>r</sup> Asedia.<sup>o</sup> de Sev.<sup>a</sup> De la Parroq.<sup>l</sup> de la Magd.<sup>na</sup> se trayo el cuerpo Defunto del S.<sup>r</sup> Liz.<sup>do</sup> D.<sup>n</sup> Jacinto Reynoso y Curiel Presv.<sup>ro</sup> Caballero del Orden de N<sup>ra</sup> Sr<sup>a</sup> de la Concep.<sup>n</sup> de la distinguida del S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Carlos tercero Asediano de Sev.<sup>a</sup> Canonigo de esta S.<sup>ta</sup> Metrop.<sup>a</sup> Yg.<sup>a</sup> de Sev.<sup>a</sup> dio poder a el S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Vicente de Venegas Presv.<sup>ro</sup> Asesiano y Canonigo de dha S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup> Cavallero del mismo Orden de la Concep.<sup>on</sup> ante Fran.<sup>co</sup> Ascarza Alv.<sup>s</sup> dho S.<sup>or</sup> y los señores D.<sup>n</sup> Joseph Rodriguez Brabo Presv.<sup>ro</sup> Canonigo de dha S.<sup>ta</sup> Ygl.<sup>a</sup> y D.<sup>n</sup> Manuel María Auñon Osorio de la Vega y Valdes Caballero del Orden de S.<sup>n</sup> Juan Marques de Nevares Ves.<sup>s</sup> deesta Ciu.<sup>d</sup> Se enterro en la Cap.<sup>a</sup> de S.<sup>r</sup> S.<sup>r</sup> Joseph”.

En la canonjía que gozaba en el cabildo hispalense le sustituiría don Rodrigo de Sierra y Llanes, sobrino del arzobispo Llanes, y nombrado por este para ella, algo que constituía un procedimiento habitual en los prelados, que gustaban de acompañarse y tutelar a algún pariente también consagrado al estado eclesiástico, tomándolo como *familiar* o agraciándolo con alguna prebenda. Reinoso dispuso ser enterrado en la Capilla de San José de la catedral hispalense, dejando por heredera universal de sus bienes a su propia alma y a la fábrica de dicho templo, al que lega su “oratorio”, es decir el conjunto de piezas, ornamentos y vestiduras litúrgicas que poseía y utilizaba, ya en su oratorio privado o en ceremonias ajenas a su actuación como capitular. Su testamento, o mejor dicho el poder para testar que otorgó no menciona ninguna manda para sus familiares más directos, que gozaban de una buena posición en Ronda. Así, su hermano don Fernando Reinoso y Corona (1740-1801), afincado entre Doña Mencia (Córdoba) y Cañete la Real (Málaga), poseía entre otros bienes ganaderías de reses bravas en la expresada localidad cordobesa, enlazando con las familias señeras de aquella localidad, como los Valera y los Roldán, antepasados entre otros personajes ilustres del célebre literato decimonónico don Juan Valera. Tanto es así, que en el citado poder para testar prohíbe a estos puedan pedir cuentas al referido albacea principal, so pena de perder cualquier legado que pudiera corresponderles, que debía ser entregado en su integridad

---

<sup>1072</sup> AGAS, Fondo Parroquial del Sagrario, *Libros Sacramentales*, Defunciones, libro 28, fol. 122; y Catedral, I, *Secretaría*, Libro de Entrada de Prebendados, 384, fols. 30 y 103.

a la Santa Caridad sevillana: “*que ninguno de mis Hermanos con ninguna causa, ni motivo puedan hazer ninguna oposición, ni contradiccion extrajudicial, ni judicialmente a quanto hiziesse y executasse el expressado Señor D.<sup>n</sup> Francisco Vicente Venegas porque si lo hiziesSEN en tal caso podrá mandar qe yo mando que quanto deban percevir passe y recaiga en la Cassa Hospital de la Santa Charidad extramuros de esta Ciudad para que por su Distinguida Hermandad se perciva e invierta en su piadoso instituto*”<sup>1073</sup>.

El patrimonio del canónigo Reinoso no lo conocemos en detalle, pues con la premura reflejada en el poder lo dejaba todo en manos del arcediano Venegas, pero debió ser importante a pesar de la juventud de este. A los emolumentos como canónigo y dignidad, los provenientes de su cruz pensionada y los de las legítimas paternas que le hubieran correspondido, habría que añadir la importantísima cantidad de 400.000 reales que el difunto cardenal Delgado le reconocía en su testamento en calidad de deuda, si bien no sabemos hasta que punto llegó a cobrarlos. Únicamente conocemos el contenido del oratorio, reflejado en los inventarios de fábrica relativos a los Espolios y Vacantes de los preladados y capitulares que dejaban al templo catedralicio este tipo de legados, y que nos muestran el contenido del ajuar litúrgico típico de un alto capitular<sup>1074</sup>:

- “Un retablito con su repiza de talla en blanco de madera de pino de Flandes colocado en él un quadrito con la efigie de S.<sup>n</sup> Pedro con moldura dorado y vidrio, con sacras y ara, atril, y un misal. (Al margen: El S.<sup>n</sup> Pedro se aplicó a un altar desta Yg.<sup>a</sup>).
- Dos rinconeras de madera pintadas de oscuro y talladas.
- Un Cajon ó comoda pintada de oscuro con dos gavetas para guardar los ornamentos siguientes:
- Un ornamento encarnado de Mué [moaré] brocado de plata completo.
- Otro ornamento blanco del mismo genero bordado completo= (Al margen: Esta Cazulla con alva y manípulo se aplicó para amortajar al cadáver del Arzpô Llanes para ser enterrado).
- Otro morado del mismo genero con galon de oro completo.
- Otro encarnado y blanco del mismo Damasco con galon de seda completo.
- Otro ornamento de Damasco morado y cenefa verde completo.
- Otro negro ydem completo.

<sup>1073</sup> APNS, *Protocolos de Sevilla*, Oficio 19, Francisco Ascarza, leg. 13.194, s/fol. Cuaderno 18, Libro 2º, año 1794. Ver asimismo de José Campos González: *Ganaderías cordobesas de reses bravas: catálogo 1795-1995*, Córdoba, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Córdoba, Obra Social y Cultural, 1998, pág. 49.

<sup>1074</sup> AGAS, Catedral, IV, *Fábrica*, Inventarios, leg. 05130, Inventario de espolios y oratorios de los preladados (1695-1813): Ymbentario de las piezas de que se compone el oratorio que fue del S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Jazinto Reynoso, Arz.<sup>no</sup> de Sevilla y Can.<sup>o</sup> que fue de esta S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup> que falleció en 11 de xre de 1794 y heredó la Fábrica siendo sus Alvazeas los SS.<sup>res</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Vizente Venegas, Arz.<sup>no</sup> de Niebla y can.<sup>o</sup> y D.<sup>n</sup> Joseph Rodríguez Brabo, can.<sup>o</sup>.

- Quatro alvas unas más finas que otras.
- Dos manteles.
- Cinco amitos
- Doze paños cornualtares.
- Otro mantel.
- Un lienzo de altar.
- Dos calizes con patena y cucharita de plata.
- Dos campanillas de metal.
- Una cruz de Jerusalem.
- Unas sacras y atril de madera pintada.
- Quatro candeleros y una cruz de metal dorado.
- Un platito y vinageras de peltre.
- Otro platillo de pedernal y vinageras de cristal.
- Una pileta de agua bendita de vidrio cuajado.
- Un corazon de flores con una laminita de cristal.
- Un ostiario de oja de lata.
- Quatro candeleros de ojilla de plata, unos mayores qe otros.
- Una estera de palma de Yndias.
- Dos floreros de vidrio quajado.
- Un bonete usado”.

### *Don Juan Delgado y Venegas, tesorero de la catedral*

Don Juan Delgado y Venegas nace en Villanueva del Ariscal, al igual que su hermano, siendo bautizado el 16 de abril de 1724, apadrinado por su tío materno el presbítero don Tomás Venegas. Aunque en cierta documentación de su juventud aparece como Juan León Delgado y Venegas, lo cierto es que en su partida de bautismo no se hace ninguna referencia a un segundo nombre:

“Juan En la v.<sup>a</sup> de Villanueba del Ariscal en diez y seis días del mes de Abril de mill sette.<sup>os</sup> y ve.<sup>te</sup> y quatro años Yo el P. fr. Juan de Santa Marina religioso conventual en el Retamar Convento de nrâ Señora del Buen Suceso en el Tardon con lizencia del Señor Vicario baptizé a Juan hijo de D.<sup>n</sup> Juan Delgado y de D.<sup>a</sup> Cathalina Benegas su muger fue su padrino D.<sup>n</sup> Thomas Benegas presvítero a quien advertí el parentesco espiritual y demas obligaciones. Y lo firme ut supra, todos vez.<sup>os</sup> de esta v.<sup>a</sup>= Fr. Juan de Santa Marina”<sup>1075</sup>.

---

<sup>1075</sup> APVA, *Libros Sacramentales*, Bautismos, libro 2, fols. 201-201v.

Parece que cursó estudios de filosofía en Córdoba al tiempo en que su hermano Francisco estaba allí de magistral, y quizás también algún año en Alcalá, si bien no consta en las listas de graduados de ninguno de los colegios mayores o menores, siendo huésped durante este último periodo de sus poderosos parientes madrileños los Curiel, como se deduce de los testimonios realizados años más tarde para su ingreso como racionero en el cabildo hispalense<sup>1076</sup>. Consagrado como buena parte de la familia al estado clerical, recibió la tonsura eclesiástica de manos del obispo de Icosio, auxiliar del arzobispado hispalense el 18 de mayo de 1742, en una ceremonia de órdenes generales celebradas en la iglesia prioral de la Asunción de Estepa. En el transcurso de dicha ceremonia se le confirieron igualmente los cuatro grados, siendo ordenado de Epístola y Evangelio para las témporas de San Mateo y de la Santísima Trinidad respectivamente, los días 16 de septiembre de 1744 y 3 de junio de 1746, ambas por el mismo prelado en el oratorio privado de su palacio en Jerez de la Frontera. El presbiterado, lo obtendría finalmente al ser ordenado de Misa junto a otro ariscaleño, José Ramírez, el 21 de diciembre de 1748, de manos del mismo obispo en la capilla de Nuestra Señora de Layna, situada a unos 8 km de Jerez y con licencia del obispo de Cádiz, a cuya diócesis pertenecían aquellos parajes en esa época<sup>1077</sup>. Durante toda su vida alternó estas ocupaciones con el cuidado del extenso patrimonio familiar en Villanueva, sirviendo desde 1742 la capellanía familiar por desestimiento de su hermano José Donato, que había sustituido en principio tras la renuncia del hermano mayor Francisco Javier, ausente de la villa, para quien había sido instituida en 1730. Esta capellanía, que luego servirían otros miembros clérigos de la familia redituaba 34 ducados al año, contando una carga de 12 misas y obligación de 10 reales a la fábrica parroquial<sup>1078</sup>. Juan se encargó de representar a su tía en el proceso de nulidad que mantuvo con su marido don José García Hidalgo, con quien había casado en 1750<sup>1079</sup>, y que finalmente fue disuelto, siendo el futuro tesorero beneficiario de la herencia de esta a su muerte.

El 11 de mayo de 1770 presenta ante el cabildo catedralicio hispalense una Real Cédula en que se le proveía de una ración entera en aquel cuerpo capitular, recibiendo la

---

<sup>1076</sup> Ibid, *Judicatura Eclesiástica*, leg. 16, años 1742 y 1744; y *Varios*, Órdenes Sagradas, legs. 33-34.

<sup>1077</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, *Instrumentos de Descripción*, Registros de Órdenes, libro 25, fols. 36, 128v, 153, 242; y legajo 15 (1749-1774), libro 31, fol. 12.

<sup>1078</sup> APVA, *Judicatura Eclesiástica*, leg. 16, años 1742 y 1744; y *Varios*, Órdenes Sagradas, legs. 33-34.

<sup>1079</sup> Ver las capitulaciones matrimoniales, que alcanzaron los 83.582 reales, en APNSM, *Protocolos de Villanueva*, leg. 1.657, fols.

posesión de la misma el 27 de junio de ese mismo año, sustituyendo la vacante dejada por ascenso a una canonjía de don Joaquín Bernaldo de Quirós<sup>1080</sup>. En esas fechas el futuro tesorero ocupaba los cargos de comisario del Santo Oficio, en la villa de Umbrete, y vicario interino y juez ordinario en la audiencia eclesiástica de su pueblo natal, que como hemos visto escapaba a la jurisdicción eclesiástica hispalense. Aunque no cabe achacar el acceso a dicha ración a una intervención directa de su hermano, que entonces era aún obispo de Sigüenza, desde luego su parentesco con aquel y con otros importantes capitulares como fallecido arcediano Curiel debieron incidir en el nombramiento a través del procedimiento habitual en la época, las cartas de recomendación y la relevancia social familiar. Paralelamente a las influencias debieron pesar igualmente las diferentes prendas académicas que portara, las cuales sin embargo ignoramos, formándose quizás en el colegio sevillano de Santo Tomás, pues no consta expediente alguno suyo ni en el también sevillano de Santa María de Jesús, ni en alguno de los alcalaínos.

A la llegada de su hermano a Sevilla como nuevo arzobispo, sí recibirá sin embargo una importante prebenda de sus manos: el nombramiento como dignidad de tesorero del cabildo, vacante desde la muerte de don Pedro de Céspedes, para el cual presenta su título el 20 de septiembre de 1776, y recibe la posesión el día 22. Las buenas relaciones de los calonjes con su generoso benefactor debieron ser igualmente decisivas para el rápido ascenso del tesorero a una plaza como canónigo, designándosele en este caso para la que dejaba vacante por fallecimiento don Luis Madariaga, en la que fue presentado el 25 de mayo de 1777<sup>1081</sup>, y recibió la posesión aquel mismo día. Tan satisfechos estaban para con su nuevo prelado, que en la ración que dejaba libre Juan fue provisto el primo hermano de ambos, don Francisco Vicente Venegas, también nacido en Villanueva. Como tesorero del cabildo Delgado tenía graves responsabilidades: era responsable último de las llaves del templo, y de la custodia de todas sus alhajas y reliquias, percibiendo unas pingues rentas, que como vimos en el apartado dedicado a rentas capitulares ascendían para el año 1780 a 54.567 reales de vellón anuales, que una vez deducidas las aportaciones de los prebendados para los impuestos del Subsidio y del escusado quedaban en 48.222 reales.

---

<sup>1080</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, Limpieza de Sangre: J-149, leg. 36; y Libro de Entrada de Prebendados, núm. 384, fol. 64. El nombramiento aparece también reflejado en el *Mercurio Histórico y Político*, abril de 1770, fol. 355.

<sup>1081</sup> Ibid, Catedral, I, Libro de Entrada de Prebendados, núm. 384, fols. 6 y 18.

Así, el tesorero será canal idóneo de comunicación entre el cabildo y su prelado, siendo encargado por ambos para diferentes asuntos tras la partida del arzobispo a la corte madrileña. Allí nada más llegar, en los último meses de 1777, el futuro cardenal le consigue una cruz pensionada de la Orden de Carlos III, siendo aprobado su nombramiento tras las correspondientes pruebas de nobleza y limpieza de sangre con fecha 1 de febrero de 1778<sup>1082</sup>, designándolo igualmente poco tiempo después para ejercer el puesto de vicario general de los Reales Ejércitos para la archidiócesis de Sevilla, que el cardenal Delgado ocupaba para todo el reino.

Entre los actos públicos o litúrgicos que presidió a lo largo de su vida podemos destacar la misa que ofició en honor del hermano Santiago en el convento del Pópulo el 3 de junio de 1794, con sermón predicado por fray Diego de Cádiz<sup>1083</sup>, o numerosos cabildos en la catedral. Entre los más significativos que le cupo presidir, destacaremos por su importancia, el de 3 de julio de 1798, que dispuso finalmente sobre la suerte de la áurea custodia de la que se había dotado el templo hispalense, y que por necesidades de la monarquía fue entregada al horno. Aunque el cabildo había decidido recuperar para la solemne procesión del Corpus la argéntea de Arfe, dejando la de oro para el culto eucarístico en el interior de la catedral, una comunicación del cardenal primado leída el 14 de mayo de 1798 decidió la suerte del valioso ostensorio. Dicha comunicación hacía presente la necesidad de colaborar por parte del cabildo a las necesidades bélicas del Estado, supeditada a los intereses franceses nuevamente con el tratado de San Ildefonso, viéndose obligado a contribuir el cabildo con la importante cantidad de 2 millones de escudos para el mes de julio, y otros 3 que debían entregarse antes del 19 de noviembre. Ante la premura, el cuerpo capitular sevillano reunido en cabildo extraordinario, acuerda por veintiocho bolas blancas contra siete negras reducir la magnífica custodia a dinero en efectivo, ordenando su desarme y entrega al fundidor. Esta, sería llevada a la sacristía mayor, donde el propio artífice que la concluyó, Vicente Gargallo, la desbarató

---

<sup>1082</sup> AHN, *Estado*, Orden de Carlos III, expediente 51, año 1778: Expediente de concesión de cruz pensionada de Carlos III para don Juan Delgado y Venegas, tesorero y canónigo del cabildo hispalense y vicario general de los RR.EE. para la archidiócesis de Sevilla.

<sup>1083</sup> Matute, *Anales*, III, 140.

entre los días 11 y 12 de julio, entregándose la mayor parte de sus piezas a la Casa de la Moneda, levantándose un acta leída al cabildo por el arcediano de Niebla el día 13<sup>1084</sup>.

Su interantísimo testamento nos ofrece una magnífica descripción del nivel socioeconómico de los capitulares catedralicios en esa época, con indicación de mandas pías, limosnas, obras de arte poseídas, organización de un domicilio particular de alta posición, distribución de la herencia etc. En él, deja por universal heredera a su alma, una circunstancia muy común entre religiosos o personas sin herederos forzosos. Dicha última voluntad fue otorgada el día 15 de julio de 1798 ante el escribano de la ciudad de Sevilla don José de Moliní, disponiendo pocos meses más tarde un codicilo fechado el 25 de noviembre, esta vez ante don Antonio Domínguez, quien había sustituido al primero en aquel oficio<sup>1085</sup>. Este mismo año juraría las reglas de la Hermandad Sacramental ariscaleña, recién aprobadas y que estarían en vigor hasta bien entrado el siglo XX, siendo alcalde primero de ella su primo don Tomás Venegas, y segundo su sobrino José de Vera, haciéndolo don Juan en compañía de su otro sobrino, Juan Acisclo, entonces racionero y juez eclesiástico del Arzobispado el día 6 de abril<sup>1086</sup>.

El tesorero Juan Delgado y Venegas falleció en esta misma ciudad, en su domicilio de la calle Catalanes – hoy Albareda – a las siete y diez de la mañana del día 3 de diciembre de 1798, quedando registrado el óbito en la cercana parroquia del Sagrario al día siguiente:<sup>1087</sup>:

“Martes -4 [de diciembre de 1798]

Ojo S.<sup>or</sup> tesore<sup>o</sup> En Calle Cathalanes entierro del S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> Juan Delgado y Benegas, Dignidad de tesorero y Canonigo desta S.<sup>ta</sup> Yglecia, Caballero Pensionado de la Real y Distinguida

---

<sup>1084</sup> AGAS, Fondo Catedral, I, *Secretaría*, LAC, 161, 45V-46V). Sobre esta desconocida joya de la orfebrería sevillana en el tránsito del barroco al neoclasicismo pueden consultarse más detalles en el artículo de José Gámez Martín: “La promoción de las artes en tiempos de crisis y cambios de mentalidad: fábrica, iconografía y fundición de la custodia de oro de la catedral de Sevilla”, publicado en *El arte en tiempos de cambio y crisis y otros estudios sobre Extremadura*, XI Jornadas de Historia en Llerena, Llerena, Sociedad Extremeña de Historia, 2010, págs. 143-157.

<sup>1085</sup> APNS, *Protocolos de Sevilla*, Oficio 21, escribanos José de Moliní, leg. 14.723, fols. 593-605v (testamento) y Antonio Domínguez, mismo legajo fols. 1016-1017v (codicilo).

<sup>1086</sup> Hermandad Sacramental de Villanueva del Ariscal (HSVA), *Registros de Hermanos*, Libro del año 1798.

<sup>1087</sup> AGAS, Fondo Parroquia del Sagrario, *Libros Sacramentales*, Defunciones, libro 28, fol. 160v. Aunque en la citada partida de defunción aparece como fecha la del día 4 de diciembre, es posible que esta se refiera más a la inscripción del óbito que al propio fallecimiento. Mucho más fiable en mi opinión sería la inscrita en el Libro de Entrada de Prebendados de la S.I.C., pues se encargaba de registrar con todo detalle dichas circunstancias a la hora de calcular con exactitud el momento concreto hasta el que debían abonársele sus emolumentos y dietas como capitular, dejando así constancia del día y la hora del fallecimiento como lo que tocaba a la fábrica catedralicia. Ver: Libro de Entrada de Prebendados, 384, fol. 6 (3 de diciembre de 1798).



Orden de Carlos 3º testó ante D.<sup>n</sup> Josef de Moliní, en 15 de julio, deste presente año de 1798, y últimamente hizo Codicilo ante Antonio Domínguez, en 25 de Noviembre de dicho año. Albaceas, su sobrino el S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Pedro de Vera, Canonigo Penitenciario de dicha Yglecia, el R.P.F. Josef de S.<sup>ta</sup> theresa, ex Provincial del Convento del Populo, y el P. Prior, que en todo tiempo fuere en dicho Convento. Se enterro, en la Boveda de los Colegiales, en la Capilla de N. S.<sup>a</sup> S.<sup>ta</sup> Ana, junto al S.<sup>mo</sup> Chrito de Maracaybo\_\_\_\_\_

Tubo encomienda de 40

D. 060

c.c. 058

En la dignidad de tesorero sería sustituido por don Juan de Pradas, y en la canonjía que gozaba por su propio sobrino Juan Acisclo de Vera y Delgado, dejando a la fábrica catedralicia la cantidad de 200 ducados por una vez en lugar de oratorio, pidiendo se le sepultase a los pies del altar del Santo Cristo de Maracaibo y María Santísima del Mayor Dolor, imágenes sitas en la Capilla de Santa Ana del templo mayor hispalense, y de los que se reconoce especial devoto, no quedando de dicha sepultura ningún rastro, salvo una losa sin nombre alguno que sirva probablemente de acceso a una bóveda de enterramiento existente bajo dicha capilla.

Para sufragios por su alma destina 1.500 misas rezadas, a 4 reales de vellón, la cuarta parte de las cuales deberían celebrarse en su parroquia del Sagrario, y el resto por mitad entre el convento sevillano del Pópulo, de los agustinos recoletos – recordemos que su hermano el cardenal Delgado tenía especial vinculación con esta orden, en cuyo convento madrileño había sido sepultado a la espera de su traslado a Sevilla – y el del Loreto, en Espartinas, de franciscanos de la misma observancia recoleta. Para las mandas forzosas acostumbradas designa 60 reales de vellón, entregados por una vez.

A la parroquia de su pueblo natal lega los dos cálices y los ornamentos sagrados de su oratorio, estantes en su hacienda en aquella villa, que podría identificarse perfectamente con el terreno que linda con su propia casa natal y del cardenal Delgado, sita en la calle homónima y que en tiempos alcanzó unas dimensiones mucho más grandes que las actuales.

Al reverendo padre ex provincial de los agustinos, fray José de Santa Teresa, al prior del citado convento del Pópulo en esos momentos, y al que hubiese en el momento

de su muerte les entrega 30 pesos escudos por una vez, en reconocimiento y remuneración por las molestias, e incomodidades que han de tener en el uso del encargo de albaceas testamentarios. Lega también a dicho convento: “el tabernáculo con el Niño Jesús, y su mecita de Estrado que tengo, lo que se ha de colocar en su Yglesia en donde el Prior, ô Prelado del consavido covento señale”, y “â mi Señora Santa Rita que se adora y venera en uno de los Altares de la subcitada Yglesia la cruz, ô venera de diamantes que tengo de la espresada Real y distinguida Orden de Carlos tercero para que se le ponga â dicha Peregrina imagen luego que yo fallesca”.

Para el santuario del Loreto, tan veronado por siglos por las gentes de Villanueva, entrega una imagen de la Pura y Limpia procedente de su oratorio en Villanueva, pintada por Roelas y probablemente adquirida por sus padres o abuelos, pues como el propio Delgado dice, es: *“Alaja de imponderable estimacion, así por que es hecha por el celebre Roelas, como porque es de la antigüedad de mi casa, la qual separo del mencionado oratorio atenta â que por mi fallecimiento no ha de tener uso; con cuio respecto, y para que se le de adoracion, y culto publico presisamente por mi fallecimiento se ha de entregar a dho convento para que el Guardian ô Prelado que lo sea de el lo ponga y coloque en uno de los Altares de su Yglesia, el que mas â la vista y proporcionado este”*. Esta imagen debió perderse con la ocupación francesa o tras la exclaustación del convento en el siglo XIX, no existiendo noticia de su paradero posterior, no correspondiéndose con ninguna de las dos que aún conserva dicho templo, ni con las atribuidas al referido artista por el profesor Valdivieso en su estudio sobre el pintor<sup>1088</sup>.

A su sobrino Juan Acisclo lega una imagen de Nuestra Señora del Pilar en plata, un juego de Breviarios nuevos, una pileta para agua bendita tambien de plata, el baston muleta también en ese metal sobre dorado, con las armas y blason de *“Nuestra Casa é Hidalguía”*, una mesa o bufete grande de caoba, *“y un crucifijo grande, que es el mismo que tenía mi hermano el Exmô Señor cardenal D.º Francisco Xavier Delgado Arzobispo que fue de esta ciudad y Patriarcha de las Yndias, y con este respecto prenda que he tenido y tengo en mucha estimacion âdemas de la que se merece por su Peregrina Escultura”*. Este crucifijo, es probablemente el que hoy día se conserva en el Museo Catedralicio de Cádiz, catalogado como pertenencia de don Juan Acisclo de Vera y Delgado, que como hemos visto fue obispo de aquella diócesis (Ver Apéndice de

---

<sup>1088</sup> Enrique Valdivieso: *Juan de Roelas*, Colección Arte Hispalense núm. XVIII, Sevilla, Diputación, 1978.

Ilustraciones). Su cuerpo, de cerca de un metro de altura aproximadamente, esta tallado en marfil y presenta una bellísima factura, enclavado en una elegante cruz de madera negra – de ébano probablemente –, está atribuido a José Pedro Muñoz (siglo XVIII). Junto a estos bienes, y otros de menor entidad, como una papelera grande de badana encarnada, le entrega, como primogénito varón de la familia, los papeles y documentos con *“las distinciones y calidades que tenemos, y han tenido nuestros antepasados”*, juntamente con los testamentos de los tíos del difunto, don Tomás Venegas, también presbítero, y doña María Venegas, de la que fue único heredero, entregándole asimismo el sello con las armas y blason de la Casa, en plata. Todo *“en reconocimiento de lo complacido que me tiene, ya porque es un Ecc.º virtuoso y de loables Procederes y circunstancias, y ya por su aplicación â las Letras, â que se agrega tenerle yo mucho afecto y voluntad”*, rogándole igualmente le tuviera presente en sus oraciones.

A la servidumbre, compuesta de mayordomo y cuatro criados de librea, así como dos doncellas, su ama de llaves y su pupila, no tenidas entre los primeros, todos residentes tanto en su casa como en la hacienda de Villanueva, y solamente si estuviesen al tiempo de su fallecimiento aún sirviéndole les manda 50 ducados de vellon, a cada uno y por una vez, ademas de sus camas, tarimas, sábanas, almohadas o cobertores, pidiéndoles si tuviesen a bien el rogar a Dios por él. Asimismo, otras prendas y muebles debían ser repartidos por la citada ama entre la servidumbre, como la ropa de campo que tenía para su uso. La ropa blanca y de color, entre la cual incluye sus hábitos sacerdotales y ornamentos litúrgicos debía ser entregada en parte a algunos de los hermanos de esta, y el resto al ahijado del difunto, don Juan Saldaña, probablemente también clérigo, el cual recibiría otros efectos personales: su reloj de plata, dos juegos de breviarios viejos, y un “cuaderno” de los santos de Sevilla.

Era costumbre muy común ya en sacerdotes como en personas carentes de herederos forzosos legar si no toda su herencia, al menos buena parte de ella, a algún pupilo o incluso al ama de llaves, persona habitualmente de la mayor confianza del testador. En este caso el ama, llamada María Magdalena Pérez, natural de Olivares, de estado honesto y mayor de veinticinco años, recibirá junto al legado ya expresado a la servidumbre, la propiedad de toda la ropa y alhajas que para su uso personal el difunto tesorero había adquirido, así como la nada despreciable cantidad de 15.500 reales de vellón, dinero del que el ama debía sacar para costear sus lutos. También le manda un juego de hevillas de oro con su caja, una imagen de Nuestra Señora de los Remedios

con su tabernáculo dorado, la cual afirma estaba colocada en el lateral del oratorio que poseía en su hacienda de Villanueva, una Santa Rita con su urna de cristal, y un “*Santo Christo chico nuevo*”. Junto a todo esto, lega a la expresada D<sup>a</sup> María Magdalena algunas de las tierras que poseía en su pueblo natal: seis aranzadas de viña nueva al sitio que llaman la Cruz de Velasco, camino que va hacia Olivares, y otra más de tres aranzadas de extensión al sitio de Leoncillo, lindando con el camino que iba de Villanueva al desaparecido término de Heliche. En cuanto al menaje, mobiliario, plata labrada incluso, y ropas existentes en las casas de la calle Catalanes, hoy Albareda, en Sevilla y de la hacienda de Villanueva, debía repartirse por igual entre esta y una pupila que el canónigo mantenía y educaba en su casa desde pequeña.

A esta, una joven de dieciséis años natural de la villa de Tocina llamada María del Rosario Cordero, y que el tesorero manifiesta haber criado y educado a pesar de vivir los padres de esta aún en el momento del fallecimiento del canónigo, deja no solo todo lo que ya le tenía dado en forma de ropa, alhajas, juguetes, u otros efectos para el estudio, también destina para ella: una lamina grande de la Virgen del Pila, acompañada de otra representando el “tránsito” del patriarca San José, que el capitular tenía en la cabecera de su cama, y otras tres de menor tamaño. Junto a esto diversos objetos de ajuar doméstico: dos bateas o bandejas de chocolatero, una caldera, un perol grande, y otro más pequeño, todo de cobre y nuevo. Por último un relicario de vidrios con un “anus” dentro, un San Antonio con su urna, en la que se encuentra un “Santo Christo chiquito”, un reloj de oro, una caja de lo mismo, y treinta mil reales de vellón por una vez y en dinero metálico. Cantidad a la que habría que agregar al tiempo de su fallecimiento otra de 50 pesos, con el que la referida pupila debía costear sus lutos. Una parte de dichas cantidades y efectos debía entregarse al tiempo de su muerte por parte de sus albaceas y en presencia del padre de la misma, y la restante depositada en parte segura hasta haber cumplido los veinticinco años o haber tomado estado, circunstancia con el que el canónigo apremia a sus padres, Juan Cordero y Manuela Carvallo, y que esta lo haga “*con toda cordura y juiciocidad*”, sujetándose en ello al consejo de los albaceas y de su padre para que este resulte acertado, pidiéndole igualmente ruego a Dios por él.

Para evitar un posible e inmediato desamparo de la servidumbre y del ama y la pupila, dispone asimismo “*que en los nueve dias que llaman del Duelo no hagan novedad ni mutacion alguna en mi casa, sino que todos mis criados y criadas*

*juntamente que las referidas D.<sup>a</sup> María Magdalena y D.<sup>a</sup> María del Rosario subcistan en ella viviendo, comiendo y durmiendo, como si tal acaecido hubiera havido, y aun quando se cumplan los dichos nueve dias no los violentaran â efecto de qe salgan antes, sin darles hueco, y lugar â que puedan buscar en donde estar y poner los efectos que respectivamente a cada uno le llevo legado pagandoles sus salarios â las criadas y criados hasta el mismo día nueve del mencionado duelo, mas no se les han de pagar los demas otros que subcistan interin encuentran en donde estar”. Una vez finalizado el duelo, la cláusula les permite permanecer en las casas al menos dos meses más, contados desde el día del cumplimiento de los expresados nueve dias, apremiando a sus albaceas para que hagan lo posible en procurar un rápido y digno acomodo a estos.*

Al dejar como principal heredera de sus bienes a su propia alma, determina en la cláusula número veintidós del referido testamento, la fundación de una memoria de misas cantadas, las cuales debían celebrarse desde su fallecimiento y de manera perpetua por los religiosos del expresado convento de Nuestra Señora del Pópulo de Sevilla, hoy desaparecido, sito en el actual solar del llamado “Mercado de Entradores”, y desde su exclaustación en el siglo XIX la célebre cárcel del Pópulo. Las misas debían celebrarse en el altar de Santa Rita, imagen ubicada hoy en la actual parroquia de La Magdalena, entonces todavía convento de San Pablo, una en cada semana del año, dejando el día en que debía oficiarse a voluntad de dichos religiosos, debiendo contar con la asistencia de diacono y subdiácono. Si por algún legítimo motivo esta no pudiere celebrarse en el día señalado para ello, se estipulaba su traslación a la semana más inmediata que se pudiere, pagándose un estipendio de 15 reales de vellón por cada una (el precio habitual de una misa rezada era en aquellos tiempos de 4 reales de vellón).

Para dotar dicha memoria, Delgado aplicaba el producto de unos olivares que poseía en los términos de Villanueva y Espartinas, lo cuales debían de justipreciarse por parte de sus albaceas a través de personas inteligentes en la materia para deducir así si con el producto de estos pudiera abonarse la expresada cantidad de 15 reales de vellón semanales. En caso de resultar insuficientes, debía añadirse a la dotación de misas parte del dinero en efectivo, y las viñas que tenía en Villanueva y Espartinas, debiendo escriturarse dicha fundacion y dotacion en los Libros de la Contaduría de Hipotecas así como en los protocolos de memorias del referido convento agustino.

En un codicilo otorgado pocos días antes de su fallecimiento, el 25 de noviembre de 1798, mejora notablemente el legado de sus criados de librea, que son: Domingo Albarez; Santiago González Grova, y José Antonio Vázquez, de los cuales afirma “*ha muchos años los tengo, y me han servido bien y fielmente*”, y les otorga además de lo ya establecido en el testamento la notable cantidad de 50 pesos por una vez, pidiéndoles como única condición el que rogasen a Dios por él. En esa misma cantidad mejora igualmente el legado de su ahijado Juan Saldaña, e incluye también al presbítero don Juan de Morales, vecino de Sevilla. En él, como se ha expresado ya, disculpa del albaceazgo a su sobrino Juan Acisclo, juez y vicario general y de testamentos del Arzobispado, el cual es sustituido por su hermano don Pedro de Vera, a quien no deja pertenencia alguna quizás por poseer una buena posición económica como penitenciario del cabildo.

El caudal que debió poseer el tesorero debía ser importante, aunque difícil de cuantificar en su total exactitud al carecer del oportuno inventario de bienes, sin embargo, a las propiedades rústicas y los ingresos que estas reportaban, diferentes bienes muebles o inmuebles heredados ya de su madre, o de su hermano el cardenal Delgado, más los emolumentos que le correspondían de sus prebendas que poseía nos pueden ofrecer una idea aproximada. Así, las rentas de una canonjía rica, como eran las del cabildo catedralicio sevillano superaban los 30.000 reales de vellón al año, y le habrían aportado aproximadamente en los once años que la había gozado unos 330.000 reales de vellón, que asimismo debían sumarse a los aproximadamente 100.000 de los siete años que había poseído la anterior ración. A esto había que añadir las percibidas además por ser dignidad, que lo era desde hacía doce, y los de su cargo como teniente de vicario general de los RR.EE. para el Reino de Sevilla. La cruz pensionada de Carlos III, que gozaba desde 1778, le habría proporcionado en veinte años no menos de 80.000 reales de vellón, a 4.000 por año, cantidad estipulada para cada uno de los doscientos caballeros pensionados que fijaban las Constituciones de la Orden, y que era detraída de los 2 millones de reales anuales que con autoridad apostólica se habían impuesto sobre las mitras y prebendas del reino, así como de las encomiendas de las Órdenes Militares<sup>1089</sup>.

---

<sup>1089</sup> *Constituciones de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos Tercero*, Valencia, Oficina de don Benito Monfort, 1811, pág. 14. Sobre las rentas capitulares en el siglo XVIII puede verse el capítulo dedicado por Barrio Gozalo a este tipo de emolumentos en *El sistema benefical de la Iglesia española en el Antiguo Régimen*, opus cit., págs. 160-170.

Todo ello nos da una idea, al menos aproximada, del nivel de vida que contaban los integrantes del alto clero capitular en la segunda mitad del siglo XVIII en la archidiócesis hispalense, si bien sería necesario contar también con los valores de todas las propiedades (rústicas, muebles, inmuebles, o suntuarias) que únicamente quedan esbozadas en las citadas escrituras notariales. Aun así, consignando únicamente las cantidades aportadas por Delgado en su testamento y codicilo para repartirse entre sus legatarios y dotar las memorias de misas que pretendía fundar (que alcanzaban por año la cifra de 720 reales de vellón), más el montante de sus prebendas, estas nos llevarían a una cantidad cercana al millón de reales de vellón. Cifra a la que habría que sumar, como decimos, los valores de los inmuebles, joyas, otros objetos en oro y plata, fincas – las sembradas de viñas y las de olivar eran las más rentables –, y otros objetos o propiedades no especificadas, que a buen seguro elevarían el total del patrimonio a varios millones de reales.

Delgado instituyó por sus albaceas testamentarios al reverendo padre ex provincial de los agustinos recoletos, fray José de Santa Teresa, al prior que fuera en todo tiempo del dicho convento del Pópulo, y a su sobrino el doctor don Juan Acisclo de Vera y Delgado, sustituido en el cargo por su propio hermano don Pedro, tras haber sido el primero nombrado juez de Testamentos y Obras Pías del Arzobispado. Una vez pagadas las deudas y destinadas las diferentes mandas y legados, debía evaluarse el remanente que quedase, si lo hubiere, el cual debía emplearse igualmente en otra memoria de misas, idéntica en todos sus aspecto a la anterior. Las misas que estipulaba esta nueva memoria debían celebrarse ante el altar mayor del referido convento, presidido por el cuadro que representaba a la propia Virgen del Pópulo, el cual es probablemente el que se encuentra hoy junto a la referida Santa Rita en la parroquia de La Magdalena de Sevilla. En caso contrario, este remanente debía invertirse en la comisión de misas a un estipendio de 5 reales, y si aún así no alcanzase dicha cantidad, debía ser repartido entre los pobres que los albaceas señalasen.

Estas rentas que hemos detallado, propias de un alto representante del clero capitular, permitían desde luego una vida más que holgada, facilitando a sus perceptores el adquirir desde obras de arte a diferentes colecciones, contar una selecta biblioteca o una amplia servidumbre, y dispensar buenas limosnas. Sin embargo, y salvo excepciones de capitulares procedentes de la alta nobleza, estas no permitían a sus poseedores ejercer una gran actividad de mecenazgo, propia más de monarcas y

prelados. Y aunque el tesorero no ocupó ninguna mitra como su hermano, y tampoco, como decimos ejerció como bienhechor de artistas o instituciones benéficas, sí ha pasado a la historia del tesoro catedralicio hispalense por haber donado al templo una de las más preciadas reliquias de su tesoro. Nos referimos al conocido como “Lignum Crucis de Godoy” (Ver Apéndice de Ilustraciones), llamado en principio también “de Clemente XIV”, una reliquia que pasó por no pocas vicisitudes.

Propiedad del cardenal Fabio Ganganelli, sobrino y “nepote” del difunto papa Clemente XIV, que lo usaba montado en su pectoral, y de quien el purpurado italiano lo había recibido como legado testamentario a su muerte en 1774, este lo obsequiaría en 1778 al patriarca Delgado y Venegas, en ocasión de su venida a Madrid al objeto de entregarle al prelado hispalense *la birreta* cardenalicia. No el capelo, como algunos han escrito, pues nunca llegó a viajar a Roma para recibirlo, falleciendo como cardenal “in pectore”, ya no llegó a recibir el título de ninguna basílica romana. A la muerte de este, en 1781, pasó a su hermano don Juan por legado testamentario de aquel, y este lo donaría a su vez el 17 de agosto de 1785 al tesoro catedralicio, como atestiguan los correspondientes autos capitulares, que nos dan noticia de ello:

“Dadiva de un Lignum Cruzis  
de el S.<sup>r</sup> tesorero D.<sup>n</sup> Juan  
Delgado y Venegas

Despues hizo pres.<sup>te</sup> el S.<sup>r</sup> Canon<sup>o</sup> D.<sup>n</sup> Pedro de Castro que él S.<sup>r</sup> Canon<sup>o</sup> y tesorero D.<sup>n</sup> Juan Delgado le havía entregado un precioso Lignum Cruzis que p.<sup>r</sup> muerte del Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> Cardenal Arzobispo su hermano le havía quedado, y tenía el gusto de presentar a S.S.Y. juzgándole alaxa digna de colocar en su relicario no solo p.<sup>r</sup> el precio in estimable de ella, sino también p.<sup>r</sup> haver sido del Summo Pontifice Clemente Catorce de quien la havía eredado su sobrino Mon S.<sup>r</sup> Ganganeli, y sela havía regalado al expresado S.<sup>r</sup> Cardenal quando le havía traido la Purpura; y haviendo el Cavildo recibido con la mayor estimación el presente del S.<sup>r</sup> tesorero, mandó darle gracias, acordando que los S.<sup>res</sup> de Fabrica proveiesen colocarle con la correspondiente decencia para exponerle, en el Viril, o pie que se le hiciese, ala Venerac.<sup>n</sup> publica”<sup>1090</sup>.

El cabildo, montó posteriormente el trozo de la cruz, que formaba parte del pectoral del citado pontífice, en un relicario realizado ex profeso por Antonio Méndez en 1796, obsequiándoselo al favorito regio durante su estancia en Sevilla acompañando

<sup>1090</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC, 148, fol. 164.



a los reyes el 23 de febrero de 1796<sup>1091</sup>. El ostensorio para la reliquia, realizado en oro, costó 58.242 reales y 16 maravedís, pero sin embargo Godoy se deshizo pronto de él, obsequiándosela a un alto funcionario, don Patricio Martínez de Bustos, comisario general de Cruzada<sup>1092</sup>. Muchos años más tarde, en 1817, el cabildo acuerdaría recuperarlo, comprándosela al hermano de aquel y ordenando se le borrara el rótulo que tenía<sup>1093</sup>. Tras lo cual fue colocado— es uno de los *lignum crucis* mayor que posee la catedral hispalense — en la Sacristía Mayor, donde causaba tal admiración, que según el cronista coetáneo González de León llegó a figurar incluso en la procesión del Corpus<sup>1094</sup>.

En los inventarios de fábrica catedralicios podemos ver la descripción de la reliquia<sup>1095</sup>:

“Una cruz de plata sobredorada de molido, su altura como de media vara escasa, vaciada, hechura de mucho gusto que la hizo D.<sup>n</sup> Phelipe de Quesada, Artista platero de esta Ciudad a costa de la Fábrica de esta S.ta Yg.<sup>a</sup> en vrd de Auto Cap.<sup>r</sup> de 17 de agosto de 1785 y pesa todo ella sesenta onz.<sup>s</sup> y siete adarmes de plata, en cuió sentro está colocada otra Cruz con cerco de plata sobredorada con cristales p.<sup>r</sup> una cara y cubierta de oja de plata dorada por la espalda con una puertecita q.<sup>e</sup> cubre un sello de lacre encarnado que es authentica de ser Lignum Crucis verdadero, y sirvió de Pectoral al Summo Pontífice Clemente Catorze quien se lo dejó a un sobrino suio y éste se lo regaló quando trajo a Madrid la virreta cardenalicia al Em.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Franc.<sup>co</sup> Delgado Arzobispo q.<sup>e</sup> fue de esta S.<sup>ta</sup> Yg.<sup>a</sup> el año 1778 y por su fallecimiento haviendolo heredado su herm.<sup>o</sup> el S.<sup>r</sup> D. Juan Delgado y Venegas Dignidad de Thes.<sup>o</sup> y can.<sup>o</sup> desta S.<sup>ta</sup> Ygl.<sup>a</sup> se la donó a ella en dho día 17 de agosto de 1785; y además tiene authentica en Ydioma Latino q.<sup>e</sup> existe en las demás Reliquias en la Sacristía Ma.<sup>or</sup> que se entregó juntam.<sup>te</sup> con la Cruz a los Sachristanes mayores en 13 de Feb.<sup>o</sup> de en 1787 en vrd de Auto Cap.<sup>r</sup> de 9 de dho mes.

Nota al margen:

---

<sup>1091</sup> Ibid, Sección IX, *Fondo Hco. General*, legajo 117, docs. 22-23 (23/2): *Libros de Auténticas de reliquias*, apartado 26 “Lignum Crucis del S.<sup>or</sup> Clemente XIV”. En este librito, de color encarnado y estampado con el escudo del cabildo, podemos ver una pequeña historia y la descripción artística de la pieza.

<sup>1092</sup> Ibídem.

<sup>1093</sup> Ibid, I, *Secretaría*, LAC, 180 (año 1817), fols. 9v, 32v, 62v-63, y 65v.

<sup>1094</sup> Félix González de León: *Noticia artística, histórica y curiosa de todos los edificios públicos, sagrados y profanos de Sevilla*, 2 vols., II, Sevilla, 1844, pág. 102-103.

<sup>1095</sup> AGAS, Catedral, IV, *Fábrica*, “Inventarios”, libro 402, fols. 83 y ss.

De este Relicario de plata en vrd de Autos Cap.<sup>s</sup> de 10 de marzo y 17 y 18 de junio de 1796 se extrajo el S.<sup>to</sup> Lignum Cruzis y habiéndosele hecho un nuevo Relicario de oro de especial hechura y caja muy primorosa se regaló en n.<sup>re</sup> del Cav.<sup>do</sup> al Ex.<sup>mo</sup> S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Manuel de Godoy Principe de la Paz, primer Minrô de Estado de S.M. Embiándosela á Madrid p.<sup>r</sup> Julio de 1796 q.<sup>e</sup> tubo de costo 58.249 r.<sup>s</sup> y 16 mrs y se cargó p.<sup>r</sup> mitad al Cav.<sup>do</sup> y Fab.<sup>ca</sup> y dha Cruz de p.<sup>ta</sup> en q.<sup>e</sup> estaba incluso el S.<sup>to</sup> Lignum Cruzis expres.<sup>do</sup> se entregó a los Sacristanes ma.<sup>res</sup>.

Otra Nota:

La Cruz de plata dorada por no tener uso fue entregada el 18 de Xrê [diciembre] de 1797 al platero Vicente Gargallo con otras piezas de plata para hacer las nuevas ánforas de plata”.

Del ostensorio actual contamos también con una descripción detallada, que dice así:

“En efecto se hizo un relicario compuesto de pedestal con muchas piezas guarnecidas de festones de varios colores de oro de matices sobre el cual están dos angeles con vestidos matizados teniendo en sus manos el globo terrestre en que se demuestran las cuatro partes del mundo y las principales cortes de ellas y sus respectivos mares. De las manos de los Angeles penden una vanda con su inscripción y del centro del globo sale una cruz en que están colocados dos Angeles el uno incado de rodillas sobre el mundo con la mano derecha en la Cruz y en la otra manifiesta las cadenas de la cautividad de que por la Sta. Cruz se libertó el mundo y el otro angel en el aire en ademan de volar con la una mano cojida a la Cruz y la otra teniendo una palma significando su triunfo. Tiene 18 ½ pulgadas, peza 112 onzas y doce adarmes y el liquido de oro 99 con 12 que valen 32.500 reales. Su echura 21.000 que montan 55.000”<sup>1096</sup>.

Desgraciadamente no se conserva en Sevilla ningún retrato del personaje, tampoco en su villa natal, debiéndose destacar aquí el escaso conocimiento e interés de los encargados del patrimonio artístico eclesiástico por este tipo de patrimonio pictórico que podríamos llamar “secundario”. Esta categoría, formada por retratos de escasa valía quizás, pues no son obras de pintores renombrados, contiene en sí un gran valor sin embargo, pues nos permite conocer mejor la historia y los personajes que colaboraron con otros de mayor entidad en el gobierno y administración de las instituciones eclesiásticas de la época. Aunque es bastante factible que existiera algún tipo de retrato, pues era costumbre entre los personajes de cierta entidad verse inmortalizados para “feliz recordación” de su persona, ignoro si pueda existir alguno en colecciones o anticuarios fuera del entorno de Sevilla.

---

<sup>1096</sup> Ibid, IX, *Fondo Histórico General*, legajos 57, fols. 170-172; y 117, fols. 22-23: “Auténtico libro de reliquias de esta Santa Iglesia”.

*Don Francisco Vicente Venegas, arcediano de Niebla*

¡Viva el arcediano de Niebla! Con esa exclamación, recogida en un azulejo de 1789 aún existente en Villanueva el pueblo celebraba las gestiones de un personaje fundamental en el proceso de culminación de las obras del templo parroquial ariscaleño. Albacea testamentario como veremos de su primo el cardenal Delgado, sus gestiones lograron que de los espolios del prelado se sacasen las partidas suficientes para llevar a su fin la reconstrucción iniciada por aquel, supliendo el mismo algunas cantidades. Venegas nació también en Villanueva del Ariscal, siendo bautizado en la iglesia parroquial de aquella villa el 9 de abril de 1742, apadrinado por su tío don Tomás Venegas, presbítero, el mismo que también prohió al futuro cardenal Delgado. Fueron sus padres don Bernardo Venegas, o García Venegas en otra documentación, alcalde por el estado noble que fue de Villanueva y recibido como hijosdalgo en Bollullos de la Mitación el 12 de febrero de 1727<sup>1097</sup>, y doña María Josefa de la Fuente y Suárez Maldonado, natural de Olivares, quienes habían casado el 18 de octubre de 1723 en Huévar, localidad aljarafeña cercana. Su partida de bautismo dice así:

Fran.<sup>co</sup> Vicente      En Villanueva del Ariscal en nueve días del mes de Abril de mill settez.<sup>s</sup> quarenta y dos a.<sup>s</sup> Yo D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Sanchez Pinelo tth.<sup>e</sup> de Cura de dha Villa Baptize a un niño que se llama Fran.<sup>co</sup> Vicente, hijo lexítimo de Bernardo Benegas y de y de D.<sup>a</sup> María Maldonado su lexítima muger Vez.<sup>s</sup> de dha Villa fue su Padrino D.<sup>n</sup> Thomas Benegas presbítero Vez.<sup>no</sup> de esta dha Villa a quien advertí el parentesco espiritual y demas obligaciones, fueron testigos D.<sup>n</sup> Pedro Basquez y D.<sup>n</sup> Pedro de la Parra y Antonio Florencio, todos Vez.<sup>s</sup> de dha Villa Y lo firme ut supra= D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Sanchez Pinelo, Cura<sup>1098</sup>.

El futuro arcediano contaría con dos hermanos más: María José, y Tomás Venegas y Maldonado, quien sería alcalde mayor de Villanueva en 1779<sup>1099</sup>; siendo sus abuelos paternos, también ariscaleños, don Bernardo García Venegas, recibido como noble en Sanlúcar la Mayor en 1688 y alcalde por el estado noble en aquella ciudad al año siguiente<sup>1100</sup>, y doña María de Torres, hija de don Tomás de Torres y doña Catalina

---

<sup>1097</sup> AHN, *Estado*, Orden de Carlos III, expediente 117.

<sup>1098</sup> APVA, *Libros Sacramentales*, Bautismos, libro 3, fols. 78-78v..

<sup>1099</sup> Ver expediente de Carlos III.

de Vergara; los maternos, de Olivares, fueron don Juan Eugenio de la Fuente y Rosillo y doña María Suárez del Villar y Maldonado. El bisabuelo paterno, don Francisco Bernardo García Venegas, había sido también recibido noble en Sanlúcar la Mayor, en 1656, ocupando el cargo de alcalde de la Santa Hermandad en 1665. Originario del citado pueblo de Olivares, la familia quedó afincada sin embargo en Villanueva al casar este en esa villa en 1646 con doña Inés García Salvador y Guevara.

El padre del futuro canónigo y arcediano era el hermano mayor de la madre del cardenal Delgado, quien desde su vuelta a Sevilla lo tuvo siempre cerca como hombre de confianza, una consideración que también le brindaron otros miembros de la familia, como se aprecia de la lectura de los testamentos y otras escrituras similares reseñadas en los diferentes apartados de la tesis. De su educación poco podemos decir, salvo que debió ser la habitual que se requería para ser ordenado de presbítero: contar con un adecuado conocimiento del latín, rudimentos en teología, cánones, filosofía, gramática, y otras materias humanísticas. No consta en los libros de matrícula de Santa María de Jesús, en Sevilla, ni tampoco en los de Alcalá, Salamanca, o Granada, donde estudiaron sus parientes, no pudiendo asegurarse los hiciera en el también sevillano colegio mayor de Santo Tomás, pues no se conserva la documentación relativa a sus colegiales y demás alumnos. En todo caso no llegaría a graduarse en ninguna de dichas materias, ya de bachiller, licenciado o doctor, pues no se intitula nunca con ellos en ningún documento, como sí hacen el resto de parientes que los poseían.

Venegas había ingresado en el estado clerical en 1762, recibiendo de su primo al llegar este a Sevilla de arzobispo una media ración en el cabildo catedralicio hispalense, sustituyendo la prebenda que quedó vacante por fallecimiento de don Nicolás Penín el 25 de septiembre de 1776, tomando posesión el 15 de noviembre siguiente. Era esta una práctica común de los prelados, que solían gratificar con alguna prebenda a algún pariente cercano que perteneciera también al estado eclesiástico, tomándolo entre sus *familiares* y capellanes, cobrando en calidad de tal 3.150 reales al año<sup>1101</sup>. Al año siguiente, el 31 de marzo de 1777, sustituye a su propio primo el futuro tesorero y hermano del arzobispo, don Juan Delgado y Venegas, en la ración que este gozaba, siendo sustituido en la media ración por don Miguel Panduro y Villaseñor, natural de

---

<sup>1100</sup> *Ibídem*.

<sup>1101</sup> APVA, *Varios*, Órdenes Sagradas, leg. 34. Ver asimismo AGAS, Arzobispado, IV *Administración General*, Mesa Arzobispal, Libros de Ajustamiento General, 847, fol. 324.

Gerena<sup>1102</sup>. A la partida del arzobispo para la corte Venegas le acompañaría en calidad de *familiar*, siendo su hombre de confianza junto con su otro primo, el también capitular Jacinto Reinoso. Estando el arzobispo en Madrid conseguirá el ascenso a la canonjía, la dejada vacante por el fallecimiento de don Diego de Castañeda, para la que es presentado en 12 de septiembre de 1778, dándose la posesión en su nombre al también íntimo colaborador del cardenal y su tesorero personal el canónigo don José Rodríguez Bravo. Al ser promocionado a esta nueva prebenda Venegas mejoraba mucho sus rentas, percibiendo para 1780 la cantidad de 21.216 reales de vellón en concepto de su prebenda y asistencia a los cultos establecidos para los capitulares, y unos 8.442 en fanegas de trigo y cebada, como parte en especie de sus emolumento, y que le depararían de manera anual unos ingresos muy cercanos a los 30.000 reales<sup>1103</sup>. En 1782, poco después de la muerte de su primo, de cuyo fallecimiento informó por carta al cabildo, se le provee del arcedianato de Niebla, que comunica a los capitulares desde Madrid en misiva de fecha 26 de febrero, presentando a su llegada a Sevilla la Real Cédula fechada el 12 de marzo de ese año por la que sustituía la vacante producida por don Ignacio de Ceballos, que había sido promovido a deán, recibió la posesión el 15 de abril siguiente<sup>1104</sup>. En la curia arzobispal llegó a ocupar los cargos de examinador, juez sinodal, y visitador general del arzobispado, puesto para el que fue elegido por la sede vacante del arzobispo Llanes el 13 de enero de 1795, compartiendo dichas funciones con el obispo Ayestarán y con los canónigos Álvaro de Valcárcel y Antonio de Vargas, siendo sustituido a su muerte en la canonjía que gozaba por el racionero don Miguel de Vargas Fernández<sup>1105</sup>.

Es más que probable que también por indicación del cardenal Degado, el soberano premiara a Venegas con una cruz pensionada de la Orden de Carlos III, importante prebenda que aportaba a su beneficiario la cantidad de 4.000 reales al año, para la que fue provisto por decreto de fecha 1 de julio de 1781. Su expediente de nobleza y limpieza de sangre, una vez presentadas las correspondientes pruebas

---

<sup>1102</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, Libro de Entrada de Prebendados, 384, fols. 64 y 89. Misma sección: Limpieza de Sangre, expediente F-114, año 1776; y LAC 139 “Pleno”, fol. 307: Presentación de la Real Cédula para la media ración.

<sup>1103</sup> Ibid, II, Mesa Capitular, Libro de Mayordomía núm. 25.

<sup>1104</sup> Ibid, I, *Secretaría*, LAC, núm. 145, año 1782, fol. 59v: nombramiento de Francisco Vicente Venegas como arcediano de Niebla; y Libro de Entrada de Prebendados, 384, fol. 10; en la misma sección, Correspondencia, leg. 404.

<sup>1105</sup> Matute: *Anales*, III, págs. 155-156; *La Gaceta de Madrid*, jueves 15 de junio de 1815, pág. 658.

genealógicas fue aprobado el 7 de noviembre de ese mismo año<sup>1106</sup>. Sin embargo, el arcediano no podría acudir a la investidura de las insignias y al juramento de los estatutos de la Orden en vida de su primo el Cardenal-Patriarca, gran canciller de aquella, pues como vimos falleció en diciembre de ese mismo año, haciéndolo tres años más tarde, en julio de 1784. La ceremonia, oficiada por el nuevo patriarca don Antonio Sentmenat y Castellá se celebraría en la sede de aquella, la iglesia del ya desaparecido convento franciscano de San Gil, muy cerca del Palacio Real madrileño en los días 9 y 10 de julio del citado año 1785. Afortunadamente nos ha quedado el testimonio escrito de la que debió ser una brillante ceremonia, reflejada por el *Memorial literario instructivo y curioso de la Corte de Madrid*<sup>1107</sup>, publicación periódica aparecida por aquellos años y que informaba al público curioso de los diferentes eventos y sucesos acaecidos en la capital del reino.

Los nuevos caballeros que profesaron aquel año, tanto en la categoría de Pensionistas, como de Supernumerarios, eran los siguientes: D. José Diguja, el conde de Gálvez, el marqués de Villar de Ladrón, D. Francisco Vicente Venegas, D. Pedro Aparici, D. Joseph Anduaga, D. Sebastian Piñuela, D. Mariano Herran, D. Pedro Alonso Enriquez, D. Marcos Argaiz, D. Bernardo Cantero (por los Pensionados), D. Juan Francisco Gutierrez de Piñeres, D. Francisco Javier de Azpiroz, D. Mariano Domínguez y Longas, D. Juan Nieto, D. Francisco Javier de Larumbe, D. Gabriel Ortiz, D. Pedro Manuel de la Riva, y D. Fulgencio de la Riva Agüero (por los Supernumerarios). Si bien el acto fue presidido por el gran canciller de la Orden, el nuevo patriarca Antonio de Sentmenat, la misión de armar a los caballeros seculares – de lo que estaban exentos los eclesiásticos – correspondió al caballero gran cruz más antiguo entre los presentes, el marqués de Valdecarzana. Concluida la profesión de los caballeros, que fue el día 9 por la tarde, y tras cantarse las vísperas de difuntos por la Música de la Real Capilla, presidió una misa de pontifical el arzobispo de Toledo, cardenal Lorenzana, prelado gran cruz de la orden.

---

<sup>1106</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, Libro de Entrada de Prebendados, 384, fols. 53v y 101. Sobre la cruz pensionada: AHN, *Estado*, Orden de Carlos III, expediente núm. 117.

<sup>1107</sup> *Memorial literario instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, Madrid, Imprenta Real, Septiembre de 1784, vol.3, págs., 63 y ss: “Noticia de los Caballeros Pensionistas y Supernumerarios de la Real Distinguida Orden Española de Carlos III, que han profesado en este presente año; y Ceremonial que observan en el Acto de prestar el Juramento y hacer la Profesion”.

El día 10 a las nueve y media de la mañana, con la concurrencia del número competente de caballeros, ya grandes cruces, como pensionistas y supernumerarios, formaron estos en la Sacristía, presididos por el patriarca, dirigiéndose desde allí a la Iglesia, donde tras ocupar sus respectivos asientos, comenzó la ceremonia con una misa solemne de difuntos que celebró de pontifical el referido cardenal primado, que acompañó igualmente la Real Capilla, siendo asistentes del altar varios caballeros eclesiásticos de la Orden. Concluida la misa, se cantó un solemne responso, y después de acompañar los mencionados ministros al celebrante a su asiento se retiró el capítulo con la misma ceremonia con la que había entrado hacia la puerta del costado de la Iglesia, siguiendo con la “debida seriedad y pausa” al gran canciller, acompañado de algunos de sus capellanes y familiares, hasta hallarse frente al altar mayor. Tras una genuflexión, se sientan todos los caballeros presentes menos los novicios, indicando el gran canciller al secretario comience la lectura del decreto fundacional de la Orden, creada por el monarca ilustrado el 19 de septiembre de 1771 bajo el patrocinio del misterio de la Inmaculada Concepción de María, al que Carlos III había advocated sus dominios para conmemorar el nacimiento de su primer nieto el infante Carlos Clemente – que sin embargo fallecería muy poco después –, y premiar a los “*Sugetos beneméritos, aceptos á nuestra Persona, que nos hayan acreditado su zelo y amor á nuestro servicio; y distinguir el talento y virtud*”.

Concluidas las palabras del secretario de la Orden, y tras cortesía por parte de todos los caballeros novicios desde sus puestos al prelado, este ordenó que se llamase a los referidos nuevos caballeros al juramento, comenzando este por el más antiguo de entre ellos, al que va a buscar el maestro de ceremonias para presentarlo al gran canciller, saludándose ambos con una nueva reverencia, y tras dejar su espadín y sombrero pasa a ponerse de rodillas ante el caballero gran cruz secular más antiguo, que era quien debía armarle caballero, utilizando para ello un estoque ya bendecido y preparado para ese efecto. Esta ceremonia se entendía únicamente para los caballeros seculares, y no para los eclesiásticos, a los que sí afectaban el resto de particularidades establecidas por el protocolo de la Orden sobre cortesías y juramento.

Tras preguntarle el caballero gran cruz al novicio, hincado de rodillas, por tres veces con la fórmula: *¿Quereis ser Caballero de la Real Orden de Carlos III?* Y contestar este: *Sí quiero, y sí deseo*. El novicio recibía de aquel los tradicionales tres golpes de estoque sobre el hombro izquierdo, siendo nuevamente interrogado sobre el

conocimiento de los Estatutos de la Orden. Tras la respuesta afirmativa por parte del novicio, el caballero gran cruz procedía a hacer la señal de la cruz con el estoque sobre la cabeza del novicio dándole a besar el pomo del mismo, diciendo finalmente lo siguiente: “*Dios os haga buen Caballero, y la Virgen Inmaculada Patrona de la Orden*”, a lo que respondía el novicio con un amén.

A continuación, y puesto de nuevo de rodillas, esta vez ante la mesa en que estaban el crucifijo y los Evangelios, haciendo el siguiente juramento:

“Yo juro y prometo á Dios sobre mi fé y honor, de vivir y morir en nuestra Sagrada Religion Católica Apostólica Romana; de no emplearme jamás directa, ni indirectamente contra la Persona de S.M., ni contra su Real Familia y Estados; de servirle bien y fielmente en quanto sea su voluntad destinarme; de reconocerle por único Gefé y Soberano de esta Orden, y de cumplir exactamente todos sus Estatutos y Ordenanzas: en que se comprehende la defensa del Misterio de su Patrona”.

Concluido este, el nuevo caballero pasa a ponerse a los pies del gran canciller, del que recibe un abrazo, levantándose de inmediato para investirse del manto de la Orden, tras lo cual y tras hacer una genuflexion al altar, y una nueva cortesía al patriarca se retira hacia su puesto acompañado del maestro de ceremonias, despidiendose ambos con una nueva cortesía. Tras lo cual, una vez armados y vestidos con el hábito y manto capitular los novicios recién admitidos, pronuncia el gran canciller las siguientes palabras: *Exuat vos Deus veterem hominem cum actibus suis, et inducat vos novos homines, qui secundum Deum creati estis in justitia, et sanctitate, et veritate. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.* Alocución que finaliza con la siguiente admonición, dirigida también a los nuevos caballeros:

“Habeis recibido la Cruz de la Real Distinguida Orden Española de Carlos III, en premio de vuestra virtud y mérito, y llevareis siempre sus insignias como un público y permanente recuerdo de loque debeis á Dios, al Rey que tan altamente os ha honrado, y á la Orden que acaba de daros este nuevo lustre”.

Al retirarse el capítulo se observa el mismo orden que á la entrada, empezando la marcha los ugieres, seguidos de los caballeros, descubiertos, el gran canciller, los grandes cruces y demás ministros, y los caballeros pensionistas y supernumerarios. Las insignias que usaban estos caballeros consistían en una cruz pendiente de una cinta azul con los filetes plateados, que debían llevar prendida de los ojales de la casaca. Su



descripción es la siguiente: *“La Cruz es de oro quadrada, y vá pendiente de una Corona Imperial; su campo azul con llamas y filetes blancos; cada uno de los quatro brazos forma dos puntas, en cuyos extremos ván fixados ocho globos, y en los ángulos que forman los brazos quatro flores de Lis: en el centro forma un óbalo donde vá estampada la Imagen de la Purísima Concepcion, y en el reverso la cifra de Carlos III, y en su contorno esta inscripcion: Virtuti & Merito”*. El manto, el escapulario y el estoque únicamente debían vestirlos para las celebraciones de los capítulos y otras funciones públicas en las que participara la Orden. Por lo complejo de la indumentaria, merece la pena describir los detalles de la misma: *“El Manto y Escapulario son de grodetur blanco, guarnecidos todos sus contornos de una cenefa azul de seis dedos de ancha, bordada de plata á quadros, en los que alternan los Castillos, Leonos, y la cifra de Carlos III; y la Muceta azul, bordada con las mismas insignias: el Manto es talar que se prende á los hombros y baxa hasta la punta del pie rematando por la espalda en una cola semicircular de vara y media de larga; y el Escapulario, que también llega hata la punta del pie, remata en figura elíptica. El cinturon que es de grodetur azul bordado de plata, se ciñe por encima del Escapulario, y en él se mete el Estoque de puño de plata y bayna forrada de terciopelo azul, que tiene grabadas en la Cruz, empuñadura y pomo, la cifra de Carlos III, con la inscripcion: Virtuti et merito, el Leon y Castillo y las flores de Lis”*.

El arcediano de Niebla, muy querido en su pueblo, como lo demuestra el referido azulejo, ubicado hoy en una fachada aladaña al templo parroquial y al parecer proceden de la que se sospecha debió ser su casa, magnífico ejemplar del XVII o XVIII, debió disfrutar una activa vida social en la Sevilla de finales del setecientos. Así por ejemplo, y al igual que algunos de sus parientes fue hermano de la Santa Caridad, ingresando en ella el 21 el diciembre de 1782<sup>1108</sup>, en compañía de otros compañeros capitulares, también lo vemos representando a la célebre duquesa Cayetana de Alba en los funerales del marido de esta, fallecido el 9 de junio de 1796 víctima de las viruelas. El duque consorte, cabeza por derecho propio de la principalísima Casa de Medina Sidonia, fue enterrado en la noche siguiente en el monasterio jerónimo de San Isidoro del Campo, extramuros de Sevilla en la villa de Santiponce, del cual eran patronos los Guzmanes. En el cortejo fúnebre, formado por una carroza tirada por seis machos y alumbrado de hachas, acompañaron al arcediano Venegas en representación de la

---

<sup>1108</sup> AHSC, *Secretaría*, Libros de Actas de Cabildo, núm. 13, años 1772-1800, fol. 121.

duquesa viuda, el mayordomo mayor del finado y otros eclesiásticos vinculados a la Casa, quedando sepultado el duque, prototipo de aristócrata ilustrado, en el panteón situado bajo el altar mayor del referido monasterio<sup>1109</sup>.

Sobre él nos cuenta una jugosa anécdota J.F.M. en su corto publicado en ABC el 18 de agosto de 1987, que nos muestra como el tópico tradicional existente sobre la afición de los canónigos por el chocolate, los bizcochos, y otros refrigerios, pueden ser más de ciertos que inventados. El interesante artículo, titulado “El chocolate de los calonges”, nos muestra cómo debió ser el ambiente que reinaba en las bellas y lujosas estancias capitulares, pulidas de jaspes y exquisitos mármoles, produciéndose entre rezos y plegarias un trasiego de jícara y bandejas con estos y otros dulces, devorados con fruición por los prebendados en los momentos de asueto. Un necesario refrigerio que si bien atenuaba la jornada entre las frías naves catedralicias, causaba sin embargo no pocos desperfectos por las lujosas dependencias del antecabildo, convertido así en improvisado obrador chocolatero. Así, *“requirió después de esto el señor Arzediano de Niebla Don Francisco Vicente Venegas como Diputado de la Fábrica, que habiéndose compuesto el ante Cavildo con jaspes y caobas que se habían buscado primorosos, los criados de los S. que traían a sus amos el chocolate las iban perdiendo de manera que dava compasion ver una porcion considerable de dinero tan mal empleada y combertidos unos asientos tan primorosos en hogares de cozina; y que por lo mismo suplicava, y requería al Cavildo tomase providencia, porque sino a pocos días sería necesario reformarlo o tener con indecencia una pieza que en nada era inferior a la sala”*<sup>1110</sup>.

Junto a sus ocupaciones catedralicias, principalmente formadas por la asistencia a los oficios de coro, misas capitulares, procesiones y solemnidades establecidas a los prebendados, o como visitador del arzobispado, se ocupó también como muchos otros capitulares de ampliar su patrimonio, principalmente rústico, comprando diferentes suertes de tierra en Villanueva, donde poseía una espléndida casa que hoy se conserva – ya referida – y otros pueblos colindantes. En Sevilla habitaría otra muy cercana al templo mayor, en la calle Bayona, que quizás debió compartir o estar adjunta a las de su sobrino el penitenciario Vera y Delgado, si bien no sabemos si esta existe todavía en la

---

<sup>1109</sup> Joaquín Ezquerro del Bayo: *La duquesa de Alba y Goya: estudio biográfico y artístico*, Madrid, Aguilar, 1959, pág. 186.

<sup>1110</sup> Diario ABC de Sevilla, 18 de agosto de 1987, pág. 35.

referida calle. En vísperas de la caída de Sevilla, en 1810, huyó de la capital como otros muchos clérigos, siguiendo el cortejo de la ya moribunda Junta Central, presidida por su sobrino el coadministrador Vera y Delgado, puesto por los acontecimientos a su cabeza, debiendo residir los dos años que duró la ocupación francesa en Cádiz, pues no consta que acompañara a Ceuta a su pariente. Privado como aquel de sus bienes, confiscados por la administración josefina al no reconocer el nuevo régimen, y carente de sus emolumentos como canónigo y dignidad, y de los sustanciosos 4.000 reales que le reportaba anualmente su cruz pensionada, es de presuponer que viviera acogido por alguna comunidad religiosa, o en la casa de alguna familia notable allí refugiada. Así, y para aliviar sus penurias económicas, reclama de las Cortes alguna ayuda o puesto, concretamente una plaza en el Consejo de Hacienda, o una pensión de 1.500 reales de vellón mensuales. Petición que si bien fue puesta a la consideración de la Comisión de Justicia, y estudiada en la sesión del día 4 de mayo de 1811, fue desde luego rechazada en su primer aspecto, y transferida al Consejo de Regencia vista la desesperada situación financiera de la Resistencia española, apareciendo así en el *Diario de Sesiones*:

“Aprobaron las Cortes el dictamen de la comision de justicia, relativo á un recurso de D. Francisco Vicente Venegas, dignidad arcediano de Niebla de la santa iglesia de Sevilla, en que solicitando la asignacion mensual de 1500 rs. vn. á cuenta de las sumas que el general Ballesteros tomó en Ayamonte al cabildo de la referida catedral en calidad de reintegro, pedía que en atencion á haber sido despojado de su canongía y dignidad, y haber perdido su casa y bienes, se le concediese una plaza en el consejo de Hacienda. La comisión no juzgaba oportuna la provision de dicha plaza, y con respecto á la asignacion proponía que se dixese al consejo de Regencia que teniendo en consideracion las circunstancias del erario y la calidad del dinero sobre que se pretendía la asignacion, y oyendo á todos los interesados en él, determinase la que considerase justo”<sup>1111</sup>.

Francisco Vicente Venegas será fundamental en el cumplimiento del testamento de su primo el cardenal Delgado, consiguiendo tras no pocos esfuerzos que se cumpliese el principal legado dispuesto por aquel, la culminación de las obras de reconstrucción del templo parroquial de Villanueva. También, como hombre de confianza de la familia, fue autorizado por esta a los pocos días del fallecimiento del prelado, el 21 de diciembre, y junto con el arcediano Reinoso, a cobrar la posible herencia que les tocara por la muerte de aquel, si bien desconocemos el montante total

---

<sup>1111</sup> *Diario de las discusiones y actas de las Cortes*, tomo V, Cádiz, Imprenta Real, 1811, págs. 325-326.

que llegaron a recibir<sup>1112</sup>. Fallecería en Sevilla al poco de ser esta liberada por las tropas anglo-españolas, concretamente el 18 de julio de 1813, siendo asentada la defunción en su parroquia del Sagrario, la cual dice lo siguiente<sup>1113</sup>:

[Julio de 1813]

“Domingo 18

S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> En la Calle Nueva de la Laguna: El S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Vicente Venegas Prô: Dignidad de Arcediano de Niebla; y Canonigo de este S.<sup>ta</sup> Patriarchal Yglesia de Sevilla; y Cavallero Pensionado de la Real y distinguida Orden Española de Carlos tercero; testó en 13 del corriente, ante D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Josef Ascarza SS.<sup>no</sup> PP.<sup>co</sup> Albaceas: El S.<sup>r</sup> D.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Pedro de Vera y Delgado Prô su sobrino, Dignidad de Arcediano de Ecija, y Canonigo Penitenciario de esta misma S.<sup>ta</sup> Ygl.<sup>a</sup> D.<sup>n</sup> Rafael Brunengue Prô: primer Maestro de Seremonias de la referida S.<sup>ta</sup> Ygl.<sup>a</sup> y D.<sup>n</sup> Josef Barrera Prô vecino de la villa de Villanueva del Ariscal: Se enterró en la Capilla de Ntrâ. S.<sup>ra</sup> de Belen:

12: trasporte â S.ta Martha; de 18.....D€070

C€006”.

Venegas, debió ser un magnífico administrador, tanto de sus caudales, como de los ajenos, como lo demuestra el hecho de que buena parte de sus parientes le consignasen como principal supervisor de sus últimas voluntades, o depositaran bajo su cuidado importantes cantidades, como a continuación veremos. Su fortuna es sin embargo difícil de cuantificar, pues no poseemos ni sus libros de cuentas, ni un detalle completo del total de sus propiedades, rendimientos por explotación o arriendo de fincas, dedicadas a producciones tan rentables como la viña y el olivar. Tan solo conocemos el montante aproximado de sus ingresos devengados por las prebendas eclesiásticas que gozaba, y las de la cruz pensionada que poseía, cuya suma sobrepasaría los 2.000.000 de reales de vellón en el amplio periodo que va entre 1776, fecha en que entra al cabildo como medio racionero, y 1813, en que fallece como canónigo y dignidad de arcediano. Desconocemos en cambio los que pudiera obtener como visitador y juez sinodal en la curia diocesana, así como los que le correspondieran de las legítimas paternas y maternas, o por el rendimiento de las fincas que poseía, si

<sup>1112</sup> APNSM, *Protocolos de Villanueva*, leg. 1.656, fols. 100-101: Poder para cobrar de don Juan Delgado y Venegas y sus hermanos a don Jacinto Reinoso y don Francisco Vicente Venegas.

<sup>1113</sup> AGAS, Fondo Parroquial del Sagrario, *Libros Sacramentales*, Defunciones, libro 29, fols. 124-124v. APNS, *Protocolos de Sevilla*, Oficio 19, año 1813, escribano Francisco José Ascarza, leg. 13.240, fols. 291-293v (testamento), y 350-352 (memoria).

bien en los protocolos de Villanueva aparecen en las últimas décadas del siglo XVIII nueve compraventas de diversas suertes de tierras no especificadas a su favor<sup>1114</sup>. En su testamento, otorgado el 13 de julio de 1813 ante el escribano público de Sevilla don Francisco José Ascarza pocos días antes de morir, y del que fueron testigos el doctor don Pedro Peraza, cura del Sagrario, el presbítero don Juan de Morales, y don Cristóbal García Moreno, vecinos todos de Sevilla, podemos ver el considerable desembolso repartido entre las diferentes mandas y legados, pero que solo representarían un 12% del montante que podría haber acumulado en sus años como prebendado. Cantidad global de la que habría que descontar quizás los gastos de servidumbre, mantenimiento de sus casas, alimentos y ropa, caridad para con los necesitados, e imprevistos como la estancia de dos años en Cádiz desprovisto de cualquier ingreso, si bien estos conceptos quedarían compensados a su vez por los ingresos procedentes de sus explotaciones agrícolas, que no contabilizamos por falta de información. En su última voluntad pide ser enterrado como todo prebendado en la catedral hispalense, en la bóveda situada a los pies de la Capilla de Belén o bien en la de Santiago, ante la imagen del Santísimo Cristo de la Columna, insinuando al cabildo que la cantidad que les legaba se utilizase en levantar para ella una nueva reja. Esta estaba formada por 2.000 ducados de vellón entregados por una vez, su oratorio con todo su ajuar litúrgico y ornamental, y probablemente por el cuadro de más valor de los que poseía, que a continuación valoraremos, dejando al arbitrio de sus compañeros capitulares el empleo final de los mismos.

Aunque en el testamento no se detalla el contenido del oratorio, si podemos conocerlo a través de los inventarios de fábrica, que nos muestran a su vez cómo eran este tipo de legados, que los capitulares entregaban para uso de la fábrica catedralicia a imitación de los prelados, qué piezas y ornamentos litúrgicos lo conformaban, si estos eran ricos, si eran reutilizados, o por el contrario enagenados para obtener fondos. El del arcediano Venegas, entregado el 3 de agosto siguiente, estaba formado por las siguientes piezas:

- “Una Caja grande ó estante forrado de yndianilla y papel encarnado.
- Un Crucifijo con cantoneras y rotulo de metal y pedana [sic: peana] de piedra.

---

<sup>1114</sup> APNSM, *Protocolos de Villanueva*, legs. 1.655 y 1.657, fols. 70 y 50 respectivamente, testamentos de don Bernardo Venegas por su mujer doña María Suárez Maldonado, 5 de mayo de 1773; y poder para testar de esta última a su hijo Francisco Vicente Venegas, 11 de abril de 1788.

- Una Ara.
- La Mesa de Altar de madera y frontal de lienzo pintado de piedra.
- Un Atril, quatro candeleros, una Sacra, dos tablillas con cristales, todo dorado y de madera.
- Un lienzo vasto doble p<sup>a</sup> srê el Ara.
- Un quadro de N<sup>r</sup>â. S<sup>r</sup>â. del Populo.
- Dos vinageras y plato de cristal.
- Dos calizes uno dorado con caja de tafilete ambos de plata con sus patenas y cucharitas.
- Dos Manteles de Bretaña.
- Un Bestuario de tela morado, cazulla, estola, manípulo, paño, bolsa de cáliz é hijuela.
- Otro de tela blanca id.
- Otro negro bordado de seda blanca.
- Otro de tela completo blanco.
- Otro verde, morado, blanco y encarnado con galon de seda.
- Otro verde bordado de seda sin yjuela.
- Otro de tela encarnada sin yjuela.
- Dos tafetanes como toalla, morado y encarnado con puntas ambos de oro finas.
- Dos cingulos de seda encarnados.
- Otro yd. morado.
- Otro blanco de hilo.
- Quatro amitos, tres con cintas encarnadas, morada, blanca y uno sin ellas.
- Tres alvas de estopilla, dos con encajes anchos y usos y una con angosto.
- Otra yd. con encaje angosto.
- Tres corporales de estopilla.
- Cinco purificadores.
- Tres paños de mano ó toallitas.
- Un Misal.
- Y un cuadro grande que representa la huida à Egipto”<sup>1115</sup>.

No sabemos si como persona acaudalada que era poseería algún tipo de colección pictórica o librería, pues la ausencia de un inventario de bienes completo que detallase el número de bienes muebles, inmuebles, rústicos, semovientes, o suntuarios que poseyese, pero pensamos más bien que de existir esta sería más bien mediana. Y aunque entre los legados que podemos observar en sus últimas voluntades hace donación de algunos cuadros, se omite sobre ellos cualquier elemento identificador. Tan solo tenemos la certeza de uno mínimamente notable: *La Huida de Nuestro Señor a Egipto*, que como hemos ya visto lega a la catedral hispalense junto con los 2.000 ducados ya expresados y su oratorio, pintura que cuenta sin embargo una difícil

---

<sup>1115</sup> AGAS, Catedral, IV, *Fábrica*, Inventarios, libro 05130 ya citado.

localización. Y decimos esto porque aunque es muy posible que dicho lienzo se conserve actualmente entre los fondos pictóricos catedralicios, la existencia de otros dos lienzos representando el mismo motivo iconográfico hace compleja su identificación, ya que poco dicen los inventarios de fábrica sobre la procedencia de cada uno, que no ayudan a aclarar de cual se trata. De las tres pinturas, sin duda la de mayor entidad es la inventariada por el profesor Valdivieso en su *Catálogo de pinturas de la Catedral de Sevilla*<sup>1116</sup> como copia de principios del XIX del Murillo conservado en el Palacio Blanco de Génova, si bien de ninguna de las tres cita procedencia alguna. Este cuadro, de buena factura, y unas dimensiones de 212 x 166 cm., se encuentra ubicado en el pasillo de mayordomía de la catedral hispalense. Las otras dos, catalogadas como 183 y 200 en el referido inventario, son obras anónimas de principios y mediados del siglo XVIII, respectivamente, de escuela española, y cuentan unas dimensiones de 144 x 208 cm, y 170 x 117 cm, estando situadas la primera en la sacristía de la Capilla Real, y la segunda en la de San Francisco. En el despacho del Sr. Párroco de Villanueva se conserva un retrato original de Venegas de autor anónimo, situado junto a sus parientes el cardenal Delgado y el arzobispo de Laodicea. De este cuadro existe una copia en el Palacio Arzobispal de Sevilla de autor también anónimo y fechado en 1856, lo que indica que a más de treinta años de distancia de su muerte aún era recordado (Ver Apéndice de Ilustraciones). Este último está catalogado por Valdivieso, si bien erróneamente como: “183. Retrato del canónigo Francisco Vicente Caballero [sic]”, lienzo de 1,29 x 1,03 m, “de escasa calidad”<sup>1117</sup>.

Por la intención de su alma ordena la celebración de 1.000 misas rezadas, a 8 reales de vellón cada una – el estipendio habitual de este tipo de misas era de 4 reales –, las cuales debían ser cumplidas la cuarta parte en su parroquia del Sagrario y el resto donde les pareciere a sus albaceas, que fueron su propio sobrino don Pedro de Vera y Delgado, canónigo penitenciario de la catedral hispalense, don Rafael Brunengue, primer maestro de ceremonias del citado templo, y don José Barrera, cura párroco de Villanueva y su capellán en la hacienda que este poseía en dicho pueblo. Para ellos señalará de entre sus bienes el mueble o alhaja de los que existieren en su casa que más les gustare, asignándole además a cada uno la cantidad de 150 pesos, para que les sirva de memoria y le encomendasen asimismo a Dios en sus oraciones. Del potente caudal

---

<sup>1116</sup> Valdivieso: *Catálogo de las pinturas de la catedral de Sevilla*, opus cit., págs. 51, 64, y 86.

<sup>1117</sup> Ibid, 74.

controlado por Venegas, ya fruto de sus emolumentos y propiedades, o en depósitos dejados a su confianza por otras personas, nos da una idea el importante legado en metálico con que beneficia a su sobrino, el ya citado penitenciario, no siendo este además su heredero universal. Legado consistente en 100.000 reales de vellón impuestos en la Casa de Comercio de don José Pérez de Llera, otros 30.000, que debían deducirse de su caudal, y 50.000 más que Vera debía tomar de algunas de las fincas que el capitular poseía repartidas en Villanueva del Ariscal y sus inmediaciones. Lamentablemente, el testamento y la memoria posterior que a continuación veremos, muy detallados en relación a las diferentes mandas y legatarios del difunto, es sin embargo absolutamente escueto en lo tocante al montante principal de la herencia, la que debieron recibir sus herederas universales, que fueron sus sobrinas doña María del Socorro, doña Aniceta, y doña Inés Roman y Venegas, hijas de su hermana doña María Venegas, vecinas todas de la villa de Olivares. A ellas debió de tocar el remanente final de todos los caudales y propiedades una vez pagadas las deudas y las diferentes mandas, que superaban ampliamente los 250.000 reales de vellón sin contabilizar los valores del oratorio con sus ornamentos, el cuadro de *La Huida a Egipto*, o sus casas y tierras, compuestas de viñas y olivares. Así, y aunque tan solo vemos como legados directos a las mencionadas sobrinas los dos pedazos de arboleda adquiridos por 2.500 reales a doña Antonia Castillo, vecina de su pueblo pero situadas en término de Sanlúcar la Mayor, señaladas por vía de mejora a su sobrina doña Ines Roman y Venegas, o en su defecto a las hijas, es más que posible que estas recibieran una herencia valorada en cerca del millón de reales sumando todos los conceptos ya enunciados.

La memoria redactada por Venegas, con fecha 13 de julio de 1813, sería registrada por sus albaceas diez días después del fallecimiento del canónigo, el día 23, conteniendo un mayor detalle respecto al destino final de muchos de sus objetos personales y propiedades, obras de arte, legados en metálico o bienes inmuebles. Muy interesante para la historia del patrimonio artístico ariscaleño son las noticias que aporta sobre un depósito de 1.000 reales entregado a Venegas por un vecino ariscaleño, don Luis Miralles<sup>1118</sup>, cuyo destino era la ejecución de un retablo para la imagen de la Inmaculada, que se encontraba y encuentra aún en la ermita de San Miguel, a la entrada del pueblo desde el camino de Espartinas, propósito para el que él mismo añade 500

---

<sup>1118</sup> Testamento de Luis Miralles casado con Francisca Dávila, 23 de junio de 1796: APSM, *Protocolos de Villanueva*, leg. 1.658, fols. 117 y ss.



ducados “*para qe â dha imagen se le haga un camarín lo mayor y mas decente qe se pueda*”, rogando a sus albaceas que esto se verificase a la mayor brevedad posible. A la imagen de *la Pureza*, como es llamada esta advocación de forma popular, lega igualmente su cruz de diamantes de la Orden de Carlos III, para que se la pusieran “*en todas las Procesiones y fiestas qe a dha Señora le hagan: con prohibicion para qe jamas se enagene a no ser qe sea para concluir el camarín*”, insignia que no se conserva, es de suponer que por no alcanzar para el objeto requerido las cantidades citadas. Otra cantidad que tenía entregada en depósito pertenecía al también capitular don José Bravo, antiguo tesorero del cardenal Delgado, compuesto de 800 reales destinados a construir una capilla para Nuestra Señora de los Dolores, montante al que Venegas añade otros 1.500, aclarando que ciertas imágenes que aquel le entregó para el adorno de los altares colaterales de la capilla podrían enagenarse si con ello se agilizaba la culminación de la misma. Estas imágenes, descritas someramente en la Memoria, eran una “del Salvador del Mundo resucitado con pectoral morado, potencias de plata y cruz con cantoneras de la misma”, y otra “de Nra Señora de la Sede con pectoral cerco de estrellas de plata y piedras, con un Niño qe también tiene pectoral”, todas en ese momento en poder de su albacea don José Barrera, cura de Villanueva. Junto a estas, designa también para su venta seis candeleros de plata, los cuales estaban destinados por el citado Bravo para el culto de las imágenes, si bien había sido voluntad del donante que estos se enajenasen con tal de finalizar las obras previstas.

El resto de legados, nos dejan entrever las habituales costumbres testamentarias propias de los clérigos a lo largo del Antiguo Régimen, en las que constituye un elemento fundamental el de la caridad, ordenando a sus albaceas rompan los distintos vales o resguardos de las deudas que algunas personas pobres tenían con él contraído. Tan solo hace una excepción en esto, insistiendo a los albaceas en el cobro de la que le debía doña Josefa del Castillo, mujer del consejero de Estado Ranz Romanillos, por no serlo esta, recordando asimismo que uno de los vales está ya pagado y no lo ha roto por olvido. Otros legados en dinero, muebles o ropas, son los que reciben su pariente el clérigo ariscaleño don Juan Hervás, ordenado de menores y probablemente de estado viudo, hijo de otro clérigo casado que tomó las órdenes mayores al enviudar, costumbre muy presente entre las familias notables del pueblo, al cual se le consignan 400 ducados, doce sillas, uno de los cuadros colgados en las paredes de su Hacienda, y la cama que Hervás tenía en ella. A su albacea, el cura párroco de Villanueva, don José

Barrera, y su capellán en el oratorio que poseía, le otorga junto a la cantidad ya expresada otros 500 ducados, así como la mitad de sus hábitos, ropa de vestir y libros de rezo, y la cama que este también usaba en la referida hacienda, una docena de sillas, y otro cuadro, el que más le agradase. A un sobrino nieto, don José María Delgado, hijo de su sobrina Socorro y quizás también clérigo, le dona la otra mitad de los hábitos litúrgicos y libros de rezo, con la sola excepción de entregar algunos de ellos “que no sean los mejores”, al citado Hervás, y a otro clérigo del pueblo, miembro de una de las principales familias de allí, don José Izquierdo, hijo, nieto y bisnieto de los escribanos públicos y de cabildo de Villanueva, que continuarían en poder de dicha familia hasta su supresión a finales del siglo XIX, Venegas otorga 600 reales por una vez, pidiéndole como al resto de legatarios como única condición le encomienden a Dios en sus oraciones.

Todo buen cristiano debía ejercer el acto de la caridad y la limosna para con los necesitados, y no solo en vida, también a la hora de morir. Era costumbre pues, y obligación moral para las personas acomodadas su ejercicio, principalmente a conventos y centros benéficos tales como hospitales, casas de recogidas, de inocentes, u orfanatos. Dejando para ello consignado las cantidades siguientes:

A la comunidad del convento franciscano del Loreto, en la cercana Espartinas, al de Aguas Santas en Villaverde del Río, y al de San Antonio de Padua en Sevilla lega 50 ducados por una vez a cada uno. Al de religiosas de Santa María de Jesús, también en esta última ciudad les da 100 pesos por una vez, y a los hospitales del Amor de Dios, Santa Caridad, otros 100 pesos entregados por una vez. Para el convento de Nuestra Señora del Pópulo extramuros entonces de Sevilla, y en esos momentos cerrado por las medidas desamortizadoras de la Regencia liberal y una vez se verificase su restablecimiento la cantidad de 50 ducados por una vez.

Tampoco se olvida en esta relación de legatarios menores del religioso enfermero que desde el convento de San Antonio había venido a curarle, al que le entrega 200 reales para sus necesidades, o la de sus dos criados: un tal Antonio Delgado, llamado *el Cardenal*, quizás por ser pariente lejano de la familia o contar con un parecido cierto con aquel, a quien le recompensa con la mula que tenía para sus desplazamientos y 300 ducados y seis sillas junto con la cama de su uso “para q<sup>e</sup> me encomiende a Dios, y pueda ayudarse á ganar la vida”; o a Josefa Tirado, su sirviente

actual, a la que lega 100 ducados y su cama. Para con el hermano fray Fermin, religioso que hace dos meses le sirve, pide a sus Albaceas le condedan la limosna que estos quisieren, destinando 100 ducados para la viuda de un antiguo alcalde del pueblo, “para socorro de sus necesidades y las de sus hijos”, no olvidándose finalmente de personas probablemente en estado de marginalidad como un tal “Juan el inocente”, a quien pide se le siga vistiendo durante los dos años posteriores a su muerte, como él había venido haciendo hasta ese momento.

### *Don Pedro de Vera y Delgado, penitenciario del cabildo*

Don Pedro, que sería canónigo penitenciario, arcediano de Écija, hermano mayor de la prestigiosa Santa Caridad sevillana, y gobernador del arzobispado durante la sede vacante de Mon y Velarde, nació igualmente en Villanueva el 23 de abril de 1764, siendo bautizado pocos días más tarde, el 29, por su tío don Juan León Delgado y Venegas, en ese momento aún solamente presbítero y comisario de la Inquisición sevillana. Fue su padrino su otro tío, don Tomás Delgado y Venegas, hermano al igual que el primero del entonces obispo de Canarias y futuro cardenal y arzobispo de Sevilla. Su partida de bautismo dice así (Ver original en Apéndice Documental)<sup>1119</sup>:

“Pedro María Joseph Jorge      En la villa de Villanueva del Ariscal en veynte y nueve días del mes de Abril de mill setezientos sesenta y quatro años, yo D.<sup>n</sup> Ju<sup>o</sup> Leon Delgado y Venegas Comisario del SS.<sup>to</sup> Oficio de la Ynquisicion de la Ciu.<sup>d</sup> de Sevilla y theniente de Vicario de esta dha Villa de Orden y Comision del S.<sup>or</sup> Liz.<sup>do</sup> D.<sup>n</sup> Pedro Alvarez Ossorio del Orden de S.tiago Vicario Juez Ecc.<sup>co</sup> Ordinario de ella y su Partido Baptice Solemnemente a Pedro María Joseph Jorge que nació el día veynte y tres de dho mes, y año Hijo Lex.<sup>mo</sup> de D.<sup>n</sup> Joseph Ygnacio de Vera y Baena Natural de la Ciu.<sup>d</sup> de Sevilla y de D.<sup>a</sup> María Delgado y Venegas Natural de esta referida villa, y ambos vecinos de ella, son sus Abuelos Paternos D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Antonio de Bera Natural de dha Ciu.<sup>d</sup> de Sevilla, y D.<sup>a</sup> Geronima María de Baena Natural de la Villa de Luque, Obispado de Cordoba, Los Maternos D.<sup>n</sup> Juan Delgado de Luna Natural de la villa de Vmbrete, y D.<sup>a</sup> Catalina Venegas y Torres Natural de esta nominada Villa, fue su Padrino D.<sup>n</sup> Thomas Delgado y Benegas a quien advertí el parentesco spiritual y demas obligaciones; todos vecinos de esta villa y lo firme fho ut spra= D. Ju<sup>o</sup> Leon Delgado y Venegas”.

<sup>1119</sup> APVA, *Libros Sacramentales*, Bautismos, libro 4, fol. 22.

Iniciados sus estudios probablemente en Sevilla, los continuó en Madrid al amparo de su ilustre pariente, así en 1778 le vemos participando en unos ejercicios literarios como alumno de las Escuelas Pías de aquella corte, donde Vera fue alumno sobresaliente, encargándose de cerrar el certamen poético-literario recitando la *Anacreónica*, explicando previamente las reglas de la epopeya en la *Eneida* de Virgilio. Tras esta estancia madrileña parte nuevamente para Sevilla donde aparece como colegial de Santa María de Jesús, obteniendo aquí los grados de bachiller primero (6 de mayo de 1780), y luego de licenciado y maestro en filosofía en 1781<sup>1120</sup>. Ese mismo año decide ingresar en la vida clerical, recibiendo la corona por parte del auxiliar del Arzobispado el día 21 de enero de 1781, a título de uno de los beneficios de la entonces parroquia astigitana de Santa Bárbara<sup>1121</sup>. Al año siguiente formará parte del claustro de la Junta de Gobierno de la Universidad hispalense “reformada”, siendo diputado en Artes, y ostentando dicha cátedra<sup>1122</sup>. De aquí partirá para la Universidad alcalaína en 1783, donde fue colegial en San Pedro y San Pablo y en Santa María de Jesús, obteniendo los grados de bachiller en cánones y en leyes entre los años 1785-86, así como el de licenciado y doctor en esas mismas materias en el de 1789, ejerciendo como fiscal de esta última institución desde el año de 1787<sup>1123</sup>.

En 1790 solicita del Consejo de Castilla se le expidiera el título de abogado<sup>1124</sup>, y un año más tarde, en 1791, lo vemos como síndico fiscal de la Universidad fundada por Cisneros. Con ese puesto participará en los actos y procesión, que llevados a cabo el 22 de mayo del mismo año en honor de la Virgen del Val, patrona de aquella localidad madrileña y aparecida milagrosamente el 19 de abril anterior en el Colegio de San Ildefonso, motivó su nombramiento como doctora por la referida Universidad<sup>1125</sup>. El 22

---

<sup>1120</sup> Academia literaria sobre los principios de la retorica y poetica que ofrecen al publico los cavalleros colegiales de las Escuelas Pías de Lavapiés de este corte, Madrid, Imprenta de Pedro Marín, 1778, págs. 3-5. AHUS, Fondo Colegio de Santa María de Jesús, Expediente de Pruebas de Legitimidad y Limpieza de Sagre: Colegio de Santa María de Jesús, libro 716, fols. 262-272.

<sup>1121</sup> AGAS, Fondo Arzobispal, Instrumentos de Descripción, Registro de Órdenes Sagradas, libro 38.

<sup>1122</sup> Francisco Aguilar Piñal: *La Universidad de Sevilla en el siglo XVIII*, opus cit., pág. 527.

<sup>1123</sup> AHN, Universidades, Universidad de Alcalá: libros 533, fol. 57 (1783-1784); 410, fol. 149 (1785); y fol. 160 (1786); 532, fol. 6v (1787); 506, exp. 194 (1784-1788); 537, fol. 6 (1787-1788); 410, fol. 197 (1789); y 70, exp. 214 (1789). Rújula: *Índice de los colegiales del Mayor de San Ildefonso y Menores de Alcalá*, opus cit., III, pág. 867, años 1783-1789: Inf. Cánones, leg. 70-361, Academia de Santa María, libro 533, fol. 57; y libro 537, fol. 6.

<sup>1124</sup> AHN, Consejos, Consejo de Castilla: Inventario de abogados de los Reales Consejos, legajo 12.149, exp. 38.

de septiembre de 1792 se ordena finalmente de presbítero, poseyendo además del beneficio de Santa Bárbara de Écija otro en la villa de Gibraltón<sup>1126</sup>.

Abandona las prebendas obtenidas en Alcalá en 1796 para optar a la canonjía penitenciaria del cabildo burgalés, que en 1797 consigue<sup>1127</sup>, si bien la desempeñará tan solo poco más de un año, pues gana esa misma plaza en el cabildo hispalense, vacante por muerte de Rodrigo Bernaldo de Quirós, en la que es provisto en 24 de julio de 1798. Vuelto a Sevilla, toma posesión de la misma el 8 de agosto, jurando los estatutos capitulares, y desempeñando asimismo los cargo de examinador sinodal y una cátedra de artes en la Universidad de la capital andaluza<sup>1128</sup>. Las oposiciones para la plaza vacante de penitenciario quedan detalladas en su procedimiento en el correspondiente libro de autos capitulares, “canónico”<sup>1129</sup>, que sintetizamos a continuación por su gran interés, pues nos muestran como se proveían este tipo de plazas, el garantismo que se observaba, y otros detalles interesantes para el estudio del alto clero capitular en la época.

El proceso opositor comenzaba con el edicto del deán y cabildo anunciando la vacante producida, en este caso motivada por el fallecimiento de su titular y no por promoción o resigna, expedido el 27 de marzo de 1798 y que debía tener término en unos 60 días a partir del 16 de abril, cumpliéndose los edictos para el 14 de junio. Las condiciones que debían cumplir los interesados eran claras, estar graduados de doctor o licenciado en teología, derecho, o cánones, debiendo renunciar antes de tomar posesión de la misma a todo puesto en la Administración Real o de Justicia, o incluso en el Santo Oficio, haciendo juramento expreso de no ser religioso profeso o haber realizado siquiera votos simples en la extinta Compañía de Jesús<sup>1130</sup>.

---

<sup>1125</sup> *Sermón que en la solemne accion de gracias celebrada por la Real Universidad de Alcalá de Henares en su templo, a María Santísima Nuestra Señora de la Advocación del Val, con motivo de una copiosa lluvia conseguida después de habersele hecho rogativas públicas*, Alcalá de Henares, Oficina de la Universidad, 1791.

<sup>1126</sup> Así consta en el proceso de oposición a la penitenciaria catedralicia. AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, LAC “In Sacris” o “Canónico”, núm. 282, fols. 43-44.

<sup>1127</sup> Aparece en la *Guía del estado eclesiástico seglar y regular de España* de 1797 y 1798, pero no en la de 1796 como capitular del cabildo burgalés.

<sup>1128</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, Libro de Entrada de Prebendados, 384, fol. 25; y Limpieza de Sangre, leg. 57, expediente P-57, año 1798. Aguilar Piñal: *La Universidad de Sevilla en el siglo XVIII*, opus cit., pág. 527.

<sup>1129</sup> Ibid, I, LAC, “In Sacris”, núm. 282, fols. 7v-67: Desarrollo de todo el proceso de oposición a la penitenciaría, desde su convocatoria, exámenes, y colación y posesión de la vacante.

<sup>1130</sup> Ibid, LAC, 282, 7v.

Los edictos quedaron fijados para su conocimiento general en diferentes puntos: la “Puerta Colorada”, que da al Patio de los Naranjos, hoy llamada de la Concepción, uno de los postes situados en la Puerta de los Palos, junto a la torre de la Giralda, y en la Punta del Diamante, zona clave situada entre la calle Alemanes, las Gradass, y la calle Génova, es decir en lo que denominaba el “mentidero” de la ciudad. Asimismo debían remitirse copias a la Universidad y a los cabildos catedralicios y colegiales de todas las diócesis, determinándose por el cabildo (sesión de 23 de junio) los días hábiles para “exercitar”, los cuales no debían ser ni festivos ni de primera clase, ni de aparato, empezando las lecciones por el más moderno en grado y los argumentos por el más antiguo. Los llamados “puntos”, debían darse a cada aspirante la tarde antes de la lección, con 24 horas de antelación, al toque de la esquila y dentro de la Sala Capitular, utilizando para ello – como era tradicional – la “Secunda Secundae”<sup>1131</sup> de la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino, para los teólogos, y el *Decreto* de Graciano para los canonistas, debiendo resolver un asunto en tema de moral. Las lecciones debían empezar al acabar el coro por la tarde y tenían una duración de una hora, con dos argumentos en réplica de media hora por alguno de los contrincantes, los puntos para los sermones en cambio se daban 48 horas antes esperando a la finalización de “los ejercicios de cátedra y procesos”, tomando los puntos para estos 30 horas antes de la “relación” de los mismos, que debía tener lugar la tarde del día siguiente al acabar el coro. Una vez asignado el proceso a cada aspirante el secretario junto con el pertiguero debía llevar a cada uno de ellos al Hospital de Santa Marta y al Colegio de San Isidoro, ambos del cabildo, estancia costeada de la vacante que devengaba dicha plaza, prohibiéndose la entrada a cualquier persona sospechosa de acudir a ayudarles<sup>1132</sup>.

La toma de puntos se verificaba en la Sala Capitular, sentados los opositores en el lado derecho, o coro del Sr. Deán, y el que hubiere de tomarlos en el izquierdo, no debiendo sacar papel ni libro alguno, siendo el secretario quien se encargaba de entregarle por escrito el tema y las conclusiones que hubiese elegido defender, dando copia de ello al señor presidente, para sí mismo, y para los dos opositores encargados de arguirle (20v-21). El “teatro” para las lecciones y procesos se ponía junto a la Puerta Colorada, con adornos de paños y colgaduras, y el de los sermones entre los dos coros, poniéndosele al presidente “un bufete con sobremesa de tela de oro, reloj y campanilla”

---

<sup>1131</sup> Sobre las virtudes teologales y cardinales.

<sup>1132</sup> Ibid, LAC, 282, fols. 19-19v.

para señalar cuando debían comenzar o finalizar las lecciones, argumentos, y sermones los aspirantes. En caso de pasarse de hora el opositor el presidente debía hacerle señal para que diese la sentencia, pudiendo presenciar los ejercicios los canónigos y prebendados que quisieren, beneficiados de otras iglesias, caballeros y títulos, y otras personas notables de la ciudad, como diputados del teatro se nombraron a don Juan José Salcedo y a don José Rodríguez Bravo, y de pleitos a don Francisco Yáñez Bahamonde y don Antonio de Vargas<sup>1133</sup>.

Sin embargo hasta el 23 de junio no se habían presentado más que dos aspirantes, Pedro de Vera, y Francisco del Cerro, cuorum insuficiente para “principiar los actos literarios”, por lo que se decidió en cabildo de ese día mantener abiertos de momento los edictos, esperándose a un tercero para determinar el calendario de la oposición, que es señalado por fin el día 1 de julio en un cabildo presidido por el señor tesorero (pues el día 29 había “firmado un nuevo aspirante don Blas Timoteo Chiclana) para el día 3, en que los opositores deberían elegir puntos. Otro asunto de importancia que se trató en el cabildo del 1, fue el del parentesco de uno de los aspirantes con dos prebendados, es decir el de Vera y Delgado, sobrino carnal del tesorero Delgado y Venegas, y sobrino segundo del arcediano de Niebla Francisco Vicente Venegas, determinándose crear una comisión presidida por el entonces maestrescuela don Fabián Miranda para estudiar y proveer sobre ello, principalmente si estos debían votar o no en los escrutinios en que entrara su pariente<sup>1134</sup>.

Así, llegado el día 3 de julio tomaron puntos los siguientes candidatos:

- Dr. Don Pedro de Vera y Delgado, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Burgos, que “firma la oposición” el 11 de junio de 1798, y como ya sabemos era natural de Villanueva del Ariscal, nacido en 1764, doctorado en cánones por Alcalá de Henares en 23 de marzo de 1783, y presbítero desde el 22 de septiembre de 1792.
- Dr. Don Francisco del Cerro, nacido en Allendelagua (diócesis de Santander) en 1761, doctor en cánones por la Universidad de Orihuela desde 1796, clérigo de cuatro grados desde el 22 de diciembre de 1798. Se inscribió en la oposición el día 23 de junio.

---

<sup>1133</sup> Ibid. 21v.

<sup>1134</sup> Ibid, 19-23v.

- Dr. D. Blas Timoteo de Chiclana, nacido en la localidad giennense de Baeza en 1763, en cuya Universidad se doctoró en Sagrada Teología el 4 de octubre de 1784, presbítero desde el 17 de mayo de 1788, y en esos días magistral de la catedral de Guadix (Jaén). Inscrito en la oposición el día 29 de junio.
- Lic. Don José Álvarez Santullano, quien ya era racionero del cabildo hispalense, nacido en Badajoz en 1753, licenciado en teología por Sevilla el 23 de junio de 1798, ordenado de presbiterado en 15 de marzo de 1777. Se inscribió el 4 de julio.

Del Cerro, de las tres suertes eligió de la primera el canon 81, causa 1ª, cuestión 1ª, de la cual dedujo la conclusión: “in ecclesia igitur catholica adest facultes omnia ómnium remitendi peccata, que leería al día siguiente después de completas por espacio de una hora, siendo arguido en ella por Chiclana y Vera durante media hora cada uno. El día 5 le correspondió tomarlos a Álvarez Santullano, en cabildo presidido por el tesorero, tomando el pertiguero el libro de la *Summa*, “Secunda Secundae”, impreso en Amberes en 1568 por Cristóbal Plantino, picó el presidente con el puntero en tres partes, de las que el candidato escogió el artículo 7º, cuestión 64 de la primera suerte, deduciendo de ella la conclusión “agit doct. Ad litteram propugnabit”, igualmente arguida por Chiclana y Vera, que fue leída al día siguiente.

El domingo 8 le tocó el turno a Vera, efectuándolo tras el toque de la esquila en la Sala Capitular sobre el referido *Decreto* de Graciano, saliendo en la primera suerte los cánones desde el 8º que empieza “Nulla ratione”, hasta el 23, “Diaconis sunt”; en la segunda: desde el 17 de la causa 9, cuestión 3ª, que comienza “Cuncta per mundum”, hasta el 13, causa 10, cuestión 1ª, “Quia sacerdotes”; la última suerte a escoger comenzaba en el canon 9, causa 28, cuestión 19, “Sic enim”, hasta la 1ª causa, cuestión 2ª, “Si quis habuerit”. Vera elige defender el canon 20 de la distinción 93 de la primera suerte, de la que dedujo la conclusión: “In ecclesiastica hierarquia presbiteri diaconis superiores sunt”, que leyó al día siguiente tras completas, siendo arguido por Del Cerro y Álvarez Santullano, en presencia del señor obispo-gobernador, apoderado del prelado, Despuig y Dameto, ausente de la diócesis, manifestándose en los autos capitulares que refieren la ejecución del ejercicio que tras finalizar “todos dieron a conocer su mérito”.



Por último, esta primera fase de la oposición, finalizaba con la elección de puntos de Chiclana, que tuvo lugar el día 10, sobre la *Secunda Secundae*, escogiendo el artículo 7º, cuestión 17 “*Utrum spes procedat fidem*”, que defendió al día siguiente tras completas y con réplica de Álvarez y Del Cerro. Ese mismo día, en cabildo presidido por el señor arcediano de Jerez don Lorenzo Melgarejo, se acordó que los opositores juristas hicieran “relación” el viernes 13, tomando el proceso el día anterior; y los teólogos su sermón el jueves 19, tomando puntos el 17 y 18<sup>1135</sup>. El día 12, tras el toque de la esquila por la mañana, y presidido el coro por Rodríguez Bravo, se toman los puntos a Vera y Del Cerro como juristas para la relación de un proceso, cogiendo el señor presidente de una jarra de plata una papeleta de las seis que contenía, cada una con un caso escogido el día anterior para el examen. A Vera y Delgado correspondió el siguiente: “Autos ante el Señor Ordinario de Cádiz por parte de D.<sup>n</sup> Matías Gutiérrez, judío bautizado sobre disolución del matrimonio *quod vinculum* contraído con Raquel Doblas en el barrio de Santo Espíritu de Bayona (Francia)”; y a Del Cerro: “Autos en 1ª Instancia ante el Señor Provisor de esta ciudad por parte de D. Juan Ramírez de Avila, caballero profeso de San Juan sobre nulidad de su profesion, substanciada con el procurador de la Orden”. Para preparar el caso con el debido recogimiento, y evitar así posibles ayudas, Del Cerro fue llevado al Colegio San Isidoro, y Vera al Hospital de Santa Marta, advirtiéndose al rector del primero, y al mayordomo del segundo que nadie debía entrar a verlos en el tiempo que permaneciesen.

Mientras, el mismo día del examen, día 13, se procedió a dilucidar sobre el voto de los parientes de Vera y Delgado, presidiendo el maestrescuela Miranda, acordando el cabildo no “se les repartieran” votos el día de la provisión de la penitenciaria al primer excrutinio, y sí en el segundo siempre que su sobrino no entrase en él, igualmente se decidió sobre un pariente de Santulla, si bien este excedía del 4º grado de consanguineidad, si bien tres días más tarde, el 16, ante una reclamación de Del Cerro sobre los antecedentes en la votación de parientes se votó nuevamente, acordándose que solo por esta vacante se permitiría a los familiares votar en el segundo excrutinio. El mismo viernes, en la Sala del Cabildo presidida por el tesorero, hicieron su relación Vera y Del Cerro, por tres cuartos de hora cada uno en el pleito que les tocó a cada uno. Los días 17 y 18 tomaron sus puntos los teólogos, defendiendo Álvarez el capítulo 6 del Evangelio de San Mateo, que se iniciaba “*Nemo potest dicobur dominis serviré*”; y

---

<sup>1135</sup> Ibid, fols. 27-40.

Chiclana, con el 4º de San Juan, que empezaba “Ibat Jesus in civitatens Samariae”, predicando los sermones el jueves 19 y viernes 20<sup>1136</sup>.

El sábado 21 después de vísperas y presidiendo el tesorero se hicieron las relaciones de mérito, leyéndose las cartas de recomendación que traía cada cual, si bien solo se conservan las de Chiclana, del cabildo “sede vacante” de la catedral de Guadix, y de Vera, del burgalés y de su arzobispo, el flamante “favorito” del favorito, inquisidor general desde ese mismo año también, don Ramón José de Arce<sup>1137</sup>, tras lo cual se decide establecer la fecha para proveer el canonicato, el martes 24 de julio. Llegado el día, y después de prima, se habilitaron en la Sala Capitular dos urnas de plata, con asistencia del señor obispo-gobernador don Cayetano Muñoz y Benavente, que votaría en nombre del prelado, ausente de la diócesis por motivos políticos, y de sí mismo como capitular también que era. Tras una misa de Espíritu Santo oficiada por Cienfuegos y Jovellanos, muchos años más tarde titular de la diócesis, y ante la Virgen de la Sede y el Lignum Crucis, y despejar la sala de curiosos ajenos a la votación, se procedió a la elección, requiriéndose a los señores capitulares el secreto de la misma por espacio de treinta días. Inició la votación el señor arcediano titular, seguido del obispo-gobernador, las dignidades, y tras estos los canónigos por su antigüedad, finalizando el secretario, en total 26 votos. Todos antes de depositar su papeleta habían de jurar elegir “al sugeto más del agrado de Dios nuestro Señor, y de más utilidad a la Yglesia, sin atender a odio, amor, y favor”, dirigiéndose hacia el altar y haciendo una genuflexión ante el Lignum Crucis. Una de las jarras era para el determinar el candidato, y la otra para las papeletas sobrantes, como ya se dijo no se repartieron papeletas ni al tesorero ni al arcediano de Niebla, que salieron al ante cabildo, ofreciendo el primer escrutinio (fol. 47) el resultado siguiente: Chiclana 10 votos, Vera 9, y Chiclana 7; y el segundo, al que pasaron los dos primeros, este: Vera 14, y Chiclana 12, tras lo cual se quemaron las papeletas y se avisó por el pertiguero al canónigo electo<sup>1138</sup>.

Entre las obligaciones del penitenciario electo, según las propias actas capitulares – que nos hacen una breve relación –, estaban: “leer todos los días feriales

---

<sup>1136</sup> Ibid, fols. 30-34.

<sup>1137</sup> Ibid, fol. 41-44.

<sup>1138</sup> Ibid, fols. 44-47v.

una hora en materias morales, y oír en confesión a todos los fieles en los días y horas que se le señalase (Breve de Gregorio XV sobre la elección de canonicatos de oficio)”, rechazando las prebendas que le impidieran realizarlo, residiendo y sirviendo el canonicato. Tras ser felicitado por sus parientes, y agradecer estos al cabildo la elección, entró al cabildo, y tras pedir la venia y hacer una genuflexión ante el improvisado altar, y nueva venia a los dos coros, se le requirió por parte del chantre el juramento los estatutos capitulares ante un misal abierto. De inmediato se procedió a la colación, que fue conferida en nombre del cabildo entre el señor arcediano y el obispo-gobernador en nombre del prelado, quienes colocaron en sus sienes el bonete mientras el provisto permanecía hincado de rodillas ante el trono del arzobispo. Finalizando esto, el nuevo canónigo dio un abrazo al arcediano, otro al obispo, y también al resto de capitulares, manifestando el secretario la obligación de este de aportar genealogía jurada en los próximos quince días a esa fecha, para proceder así a las informaciones de limpieza de sangre que prevenían los estatutos, las cuales fueron presentadas por Vera el día 30, y aprobadas el día 8 de agosto, día en que se le da la posesión de la plaza.

Una vez en el coro, en el lado del arcediano, la posesión le sería dada por don Pedro de Castro, decano de los capitulares, siendo Vera acompañado hasta su escaño entre este, el secretario, y el presidente de turno, Sierra y Llanes, que proclamaron en voz alta la posesión, quedando registrada con estas palabras:

“El Cabildo de señores canónigos *in sacris* y en su nombre el señor D. Pedro de Castro, y yo como su secretario damos posesión al D.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Pedro de Vera y Delgado de la Canongia Penitenciaria que se halla vacante por fallecimiento del señor Lic.<sup>do</sup> D.<sup>n</sup> Rodrigo Bernaldo de Quiros; y en señal de que se le da quieta y pacíficamente, y sin contradicción de persona alguna el señor D.<sup>n</sup> D.<sup>n</sup> Pedro de Castro esparce y esparció monedas de plata al publico; siendo testigos D.<sup>n</sup> Antonio Gonzalez, D.<sup>n</sup> Antonio Rueda, y D.<sup>n</sup> Pedro Montes Naba, presbíteros zeladores de esta Santa Yglesia y otros muchos”.

De vuelta al cabildo y puesto nuevamente de rodillas ante la silla arzobispal, el chantre Riosoto, al no ser presbítero el señor arcediano, procedió a tomarle juramento ante los evangelios y los estatutos, de guardar aquellos y “los usos y loables costumbres de esta Santa Yglesia, defender el misterio de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora, no dar horas ganadas a ningun señor que no esté en actual servicio del cabildo, dar la media grosa a los señores capitulares difuntos, no admitir en esta Sta Yglesia

ningun hijo, nieto, o viznieto de moro, judío, herege, penitenciado, relaxado o condenado por el Sto. Oficio de la Ynquisicion, o que sea de otra sangre ó raza infecta y dixo sí juro; y luego dixo, y usted lo pide por testimonio para guarda de su derecho; y dixo sí pido; se levantó de donde estaba arrodillado, y luego lo conduxe al lugar de su antigüedad donde se sentó después del último y bolviendo yo al asiento de la secretaría dixe: V.S. mande que estas pruebas se coloquen en el Archivo de señores canónigos de el cajón y letra que le corresponde; y el Cab.<sup>o</sup> así lo acordó y con esto se acabó”<sup>1139</sup>. Curiosamente Pedro de Vera y Delgado alcanzaría su plaza como calonje antes que su propio hermano Juan Acisclo, futuro coadministrador de la archidiócesis, quien en 1798 era aún solamente racionero; consiguiendo la dignidad de arcediano de Écija el 26 de junio de 1802, en que sustituye la plaza dejada vacante por Sebastián de Gorbea, quien pasó acompañando al cardenal Borbón a la sede primada como arcediano de Calatrava<sup>1140</sup>. Durante los días de la ocupación napoleónica de Sevilla estuvo refugiado en Cádiz, como algunos otros capitulares, volviendo a Sevilla solo tras su liberación en el verano de 1812.

Ya vimos en el apartado dedicado a las rentas de los capitulares los ingresos que Pedro de Vera percibía en 1802 por las prebendas que gozaba en el cabildo hispalense:

Por la canonjía 78 fanegas de cebada y 156 de trigo con un valor aproximado en el mercado a los 9.828 reales de vellón, a ello hay que añadir los 26.823 por emolumentos fijos y variables devengados por su prebenda y asistencia a cultos dotados, que ofrecen un importe de 36.651 reales de vellón.

Como dignidad de arcediano de Écija recibía además otras 45 fanegas de cebada y 88 de trigo, por valor aproximado de 5.566 reales de vellón, así como otros 7.227 por los conceptos ya explicitados, que importarían asimismo 12.793 reales de vellón, que sumados a los 36.651 anteriores hacen un total anual bruto para ese año de 49.444. Una vez practicadas las deducciones por el Subsidio y Excusado por valor de 2.382 reales,

---

<sup>1139</sup> Ibid, 47v-49v.

<sup>1140</sup> Ibid, I, *Secretaría*, Libro de Entrada de Prebendados, 385, fol. 27; y LAC, libro 203, año, fol. 38. Cfr.: *Guía del Estado Eclesiástico Seglar y Regular de España*, año 1828, aparece erróneamente como arcediano de Reina, otra de las dignidades del cabildo catedral.

su renta líquida anual nos da un importe total de 47.062 reales de vellón, unos 3.921 reales de vellón al mes<sup>1141</sup>.

En 1799 presenta su solicitud de ingreso en la Santa Caridad, que es admitida con fecha 22 de diciembre junto con las del también capitular Francisco de Paula Bucareli y Bucareli, hijo de los condes de Gerena y marqueses de Vallehermoso, y de don Ramón Aldasoro, quien ocuparía años más tarde los cargos de intendente del Reino de Valencia y ministro honorario del Consejo de Guerra<sup>1142</sup>. En la Santa Caridad tendría una activa participación, llegando como veremos a presidirla, siendo por ejemplo en 1802 encargado de oficiar, en calidad de hermano eclesiástico y teniente 1º de hermano mayor, las solemnísimas honras fúnebres señaladas en cabildo de 29 de mayo de 1800 por el alma de don Antonio Herrera y Morón, anterior hermano mayor, y a las que la Hermandad intentó dar la máxima relevancia, solicitando del célebre Padre Cádiz predicase el sermón sobre el difunto<sup>1143</sup>. Honras que sin embargo tuvieron que posponerse, primero por la ausencia del beato fuera de la ciudad, y luego por el propio fallecimiento del mismo, contagiado en la epidemia de fiebre amarilla que azotó Andalucía esos años, circunstancia que vemos reflejada en las actas de cabildo de 19 de abril de 1801<sup>1144</sup>:

“Asimismo hizo presente dicho nuestro Hno Mº Presidente [el conde de Peñaflor en esas fechas] esta ya fuera de toda esperanza el que pueda predicar el M.R.F. Diego José de Cádiz las honras de nuestro difunto Hno Mº el Sr. Dº Antonio de Herrera por haber también muerto dicho R.P. Cádiz, y de conformidad se acordó dar Comisión à dicho Sr. Tte. 1º Dº. Pedro de Vera para que nombre otro Predicador, y señale el día en que puedan efectuarse dichas honras”.

La ceremonia se llevó a efecto finalmente “*con todo el aparato posible*” el 7 de abril de 1802, eligiendo Vera para sustituir a fray Diego en el sermón – el cual se determinó se publicase – al prebendado hispalense y hermano de la Santa Caridad, don Nicolás Maestre. Las actas de cabildo nos relatan el desarrollo de dichas honras, presididas por las máximas autoridades civiles y eclesiásticas, e incluso con el doble de

---

<sup>1141</sup> Ibid, II, *Mesa Capitular*, Libros de Mayordomía, núm. 36.

<sup>1142</sup> AHSCS, *Secretaría*: Solicitudes de Ingreso y Expedientes de Hermanos (1753-1840); y Actas de Cabildo, libro 13, 22 de diciembre de 1799.

<sup>1143</sup> Ibid, *Actas de Cabildo*, 13, 29 de mayo de 1800, fol 345.

<sup>1144</sup> Ibid, 14, fecha 19 abril de 1801, fol. 4.

las campanas de la propia Giralda, solicitado por el hermano mayor, marqués de Rivas del deán Miranda cuatro días antes:

“En el mismo día 3 pasó el Hno M<sup>o</sup> a suplicarle al Ilustrísimo Sr. Arzobispo de Laodisea el Sr. D.<sup>n</sup> Juan de Baena Gobernador y coadministrador de este Arzobispado se dignase autorizar la función, honrando a la Hdad con su asistencia; cuyo convite aceptó Su Ilustrísima y en aquella tarde se adorno nuestra Iglesia con el magnífico tren y aparato de primera clase que franqueó el Ilustrísimo Cabildo que es el mismo que había en las honras de los Sres. Capitulares Arzobispos y Pontífices”<sup>1145</sup>.

El protocolo y el desarrollo en la ceremonia – que nos ofrece una idea de la relevancia social que tenían los hermanos mayores de esta institución benéfica – fue el siguiente:

“En el lado del Evangelio se situó el reclinatorio del Illmo. S.<sup>r</sup> Coadministrador con un sillón de terciopelo carmesí, y tres taburetes de damasco del propio color sobre un floreado tapete: a la de Epístola sobre otro igual estaban tres sillones para los Sres. Capitulares que estaban de Altar; en la Sacristía había otro de la misma Clase con otros cuatro sillones para el S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Pedro de Baena Canónigo Penitenciario de la Metropolitana y Patriarcal Iglesia D.<sup>r</sup> y Colegial mayor en el de San Pedro y San Pablo de Alcalá de Henares, nuestro Hno Prioste; que era el que celebraba, y hacía de preste; y los otros para nuestros Hnos los Sres. D.<sup>n</sup> Francisco Cienfuegos donde esta nuestra universidad literaria en el de Sagrada Cánones, y el S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Francisco Chacon ambos canónigos de esta Metropolitana Iglesia los que servían de Diáconos; y el cuarto para nuestro Hno el S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Nicolás Maestre del claustro y gremio de esta Real Universidad en el Sagrado de teología y prebendado de esta Sta. Iglesia... a las doce del dicho día 6 empezó a doblar nuestra torre con dos campanas hasta la noche sin intermisión volviendo a ejecutarlo desde las 5 de la mañana del día 7 en el que empezó ha hacerlo también la torre de la Sta. Iglesia con cinco campanas que es el doble que se acostumbra echar a los Sres Consejeros de Castilla desde la citada hora 11.... A las 7 de la mañana pasó nuestro capellán D.<sup>n</sup> Ignacio Pérez Conde en nombre de nuestro Hno M<sup>o</sup> a visitar al Ilustrísimo S.<sup>r</sup> Coadministrador participándole que a las 9 y ½ estaba determinado dar principio, pero deseosa siempre la Hdad de complacerlo le sería de mucho agrado el que Su Ilustrísima determinase la hora que le acomodase si gustaba favorecerla desde el principio, a que respondió el S.<sup>r</sup> Ilustrísimo que a la hora acordada estaría en nuestra Iglesia como se verificó, pues a la hora dicha entró su Ilustrísima saliéndole a recibir a la puerta una diputación que se componía del S.<sup>r</sup> Dn Andrés de Coca nuestro Tte de Hno M<sup>o</sup>, y el S.<sup>r</sup> Conde del Aguila nuestro Hno celador con los dos padres Capellanes de la Sta. Casa y habiéndole dado a Su Ilustrísima el Hisopo le fueron acompañando hasta el presbiterio en donde estaba preparado un cojin para que hiciera oración al Santísimo, guardando ceremonia el cuerpo de Hdad que ya estaba formado hasta que

---

<sup>1145</sup> Ibid, cabildo de 9 de abril de 1802, fols. 23v-29.

ocupó su lugar el S.<sup>r</sup> Ilustrísimo con sus asistentes que lo eran el S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Antonio González Blanco; Srio; el S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Miguel Bargas, como su maestro de Ceremonias y el S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Vicente Sese su mayordomo; todos prebendados de la Sta. Iglesia ocupando sus asientos con los suya Hdad los Capellanes y familiares de su Ilustrísima”<sup>1146</sup>.

En 1821, era nombrado por parte del cabildo, con fecha 12 de mayo de ese año, como provisor, juez y vicario general del arzobispado en la sede vacante del arzobispo Mon y Velarde, fallecido en 1819<sup>1147</sup>, interregno que se mantuvo tras el fallido intento del gobierno salido del Trienio Liberal de imponer en 1820 la candidatura de José de Espiga, que había sido diputado en las Constituyentes de Cádiz, paralizada por Roma junto con la de Muñoz Torrero, que fue propuesto para la de Guadix. ¿Quiere esto decir que Vera y Delgado tenían algún tipo de veleidades liberales? No hay pruebas para ello, aunque su buen amigo el capitán Fuenmayor, que sería su albacea, y a cuya familia legaría todos sus bienes, era declaradamente liberal, llegando incluso a brindar una oda a Riego en un acto público. Incluso el propio Vera durante su gobernación diocesana llegó a expedir una carta dirigida al clero diocesano solicitando su cooperación con el sistema constitucional, algo verdaderamente sorprendente. De todas maneras no tenemos elementos ni pruebas de que sufriera algún tipo de reprensión oficial por esto, ni tampoco por parte del nuevo arzobispo el muy conservador Cienfuegos y Jovellanos, antiguo canónigo del cabildo sevillano y compañero en la Junta Central de su hermano Juan Acisclo, a quien había sustituido en la mitra gaditana en 1819 tras su muerte, y que fue nombrado para la mitra hispalense una vez restaurado Fernando VII en sus poderes absolutos con fecha 26 de octubre de 1824<sup>1148</sup>.

Importante propietario, poseyó además una importante cabaña ganadera, especialmente de toros de lidia<sup>1149</sup>, pero también lanar y yeguar, perteneciendo como otros muchos significados labradores, aristócratas y ganaderos de relevancia en la

---

<sup>1146</sup> *Ibídem*.

<sup>1147</sup> El nombramiento apareció en *La Gaceta de Madrid* del sábado 19 de mayo de dicho año. Ver de esta publicación la colección oficial, vol. I, Madrid, Imprenta Real, 1821, pág. 716.

<sup>1148</sup> BCC, *Impresos*, 64-7-127: Carta de D. Pedro de Vera y Delgado, vicario general de Sevilla a los vicarios, curas, etc., sobre cooperación del clero a consolidar el sistema constitucional, Sevilla, Imprenta Mayor, 1821, 2 hojas; y Estanislao de Kotska Vayo: *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España, con documentos justificativos, órdenes reservadas y numerosas cartas del mismo monarca, Pío VII, Carlos IV, María Luisa, Napoleón, Luis XVIII, el infante don Carlos y otros personajes*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1842, 3 vols., tomo II, págs. 300-301.

<sup>1149</sup> Sobre estos aspectos ver: *Ganaderías de lidia y ganaderos: historia y economía de los toros de lidia en España*, de Antonio Luis López Martínez, Sevilla, Universidad, 2002; Ricardo de Rojas y Solís: *Anales de la Plaza de Toros 1730-1835*, 2 vols., Sevilla, Oficina Tipográfica de la “Guía Oficial”, 1917; y María Parias Sáinz de Rozas: *El mercado de la Tierra Sevillana en el siglo XIX*, Sevilla, Universidad, 1989.

Sevilla de la época a la prestigiosa Santa Caridad sevillana, llegando a ser el sucesor número 25 del venerable Miguel de Mañara. Antes sin embargo, había ocupado diferentes puestos en la junta de esta benéfica institución: teniente 2º en 1800, teniente 1º en 1801, prioste 1802-1803, y finalmente hermano mayor desde el 10 de enero al 28 de diciembre de 1829<sup>1150</sup>, sucediendo y antecediendo en el cargo al conde de Guadalete, del que hablaremos brevemente.

La Santa Caridad, establecimiento benéfico emblemático del barroco sevillano, refugio de pobres y ancianos desvalidos principalmente, no era sin embargo el único centro de estas características en la ciudad durante el Antiguo Régimen, aunque sí una de las pocas que ha permanecido hasta nuestros días, gracias al apoyo de sus importantes protectores. Regida siempre por personajes de la más alta distinción y poderío económico, a ella dedicaban sus esfuerzos piadosos desde ricos labradores ennoblecidos, como el referido Vázquez, títulos de Castilla, maestranes, clérigos y presbíteros de la ciudad, y otros miembros del patriciado urbano hispalense.

Para servir a “*sus amos los pobres*”, la Casa, se mantenía principalmente de las limosnas, legados piadosos, y del arrendamiento o puesta en labor de diferentes cortijos, dehesas, o casas de las que era propietaria o beneficiaria esta institución. En los años que nos interesan para nuestro estudio (1800-1840), este asunto se muestra como una preocupación constante en el desarrollo de los cabildos, fuente incluso de alguna discordia entre los hermanos, apaciguada precisamente por el canónigo Vera y Delgado.

Estos primeros treinta años del siglo XIX están dominados exclusivamente por el mandato del ya citado conde de Guadalete, don Vicente José Vázquez, uno de sus más significados protectores y riquísimo ganadero, máximo mandatario de la hermandad desde el año 1812. Nuevamente hermano mayor desde el 28 de diciembre de 1829, falleció en el siguiente año, siendo sustituido por el marqués de Rivas, otro de los grandes propietarios agrícolas de la Sevilla del momento, con importantes tierras en el término de Dos Hermanas. Aunque Vázquez no perteneció a la Maestranza, sí fue uno de los más importantes ganaderos de su época, falleciendo soltero en 1830 sin descendencia directa y bajo un testamento en el que declaraba como única y universal

---

<sup>1150</sup> AHSCS, *Secretaría*, Libros de Actas de los Cabildos, núm. 14, (1800-1840): fols. 331v, 338, 343, 345rv, 348v, 358v-361-362v (año 1800); 4, 11, 13, 44v (año 1801-1802); 154v (años 1811-1812); 308v-309, 310, 311, 313-313v (año 1829).



heredera a su alma, por lo que resultan más que oportunas las observaciones realizadas por algunos hermanos en los prolegómenos de la elección de Vera y Delgado como mandatario de la hermandad.

Así, en el cabildo general extraordinario de elecciones celebrado el 10 de enero de 1829 para dilucidar entre las candidaturas de don Pedro de Vera y don Nicolás Maestre, también canónigo de la catedral hispalense, algunos de los hermanos alegaron sobre la conveniencia de votar primero la reelección del hermano mayor saliente, es decir de Vázquez, “por convenir a la Casa”. Finalmente salió elegido Vera, tras una larga y ardua discusión<sup>1151</sup>, y aunque nuestro canónigo era sin duda – tal y como se ve en las actas de esos años – una persona querida y respetada en la Santa Caridad, es más que lógico que algunos hermanos albergasen la esperanza de que Vázquez, quizás ya achacoso, dejara como legataria principal de su cuantiosa fortuna al hospital fundado por Mañara.

Una vez fallecido, los albaceas renunciaron a su complicada labor – se dice que por presiones del propio rey – por lo que en 1831 debió hacerse cargo de los autos de aquella el propio Capitán General de Andalucía, alegándose para esto la condición del fallecido de intendente honorario de los Reales Ejércitos. Su fortuna, considerable, ascendía a más de 16 millones de reales, estando muy diversificada: valores financieros, créditos a su favor, 2 millones en el Banco de Londres, fincas rústicas valoradas en más de 5 millones con alrededor de 9.000 hectáreas por toda la provincia, y una extensa ganadería. Esta, aunque heredada de su padre, había sido aumentada considerablemente por Vázquez, uno de los ejemplos más esclarecidos de labradores enriquecidos en la época anterior a la desamortización liberal, creando con ella uno de los encastes míticos de la tauromaquia española, siendo uno de los llamados encastes o raíces “fundacionales”, los llamados “vazqueños” en terminología taurina, origen de buena parte de las actuales ganaderías actuales de reses bravas. Dicha ganadería fue valorada en el momento de su muerte en nada menos que 1,8 millones de reales, siendo adquirida de inmediato por el propio Fernando VII, que la anhelaba, y tras los dos escasos años que el monarca la disfrutó, lo fue por los duques de Osuna y Veragua, constituyendo el grueso de la célebre vacada de Veragua<sup>1152</sup>.

---

<sup>1151</sup> Ibid, Actas de Cabildo de 1829, fol. 309.

Eclesiástico, y hombre de negocios, Vera y Delgado fue un notable agricultor y ganadero en la Sevilla del primer tercio del siglo XIX, y aunque desde luego no llegaba ni por asomo al potencial económico del conde de Guadalete, es decir de Vázquez, sí poseyó un importante patrimonio, y también una importante ganadería de toros de lidia de la que daremos algunos detalles a continuación. Así, el canónigo, aparece como propietario de 140 yeguas, 520 carneros, y 1.310 ovejas. en una relación dada por el Guarda de Ganados entrados en 1818 en Isla Mayor, junto a otros individuos documentados por haber lidiado toros en la Maestranza en diferentes años. Igualmente aparece hacia 1835 como colono arrendatario de las siguientes dehesas: La Corchuela, Atalaya, y Chaparral, en término de Dos Hermanas, unas 2.380 aranzadas, tierras que había disfrutado desde 1819 hasta su fallecimiento el ya referido Vicente José Vázquez, conde de Guadalete. Entre 1825 y 1831 aparece como colono de la de El Hornillo, también en la localidad nazarena, unas 1.000 fanegas de pastos cerrados con acebuches, y que habían sido explotadas con anterioridad por destacadas familias del patriciado sevillano, como p.ej. los Céspedes e Ibarburu. Desde 1822 poseía también en arrendamiento otras 176 hectáreas de monte alto y bajo, de acebuches, retama, palmar y tomillo. Por último, desde 1818 explotaba igualmente, esta vez en término de Bollullos de la Mitación, la dehesa llamada de Rianzuela, ya para esa época despoblada, en total unas 1.230 fanegas que más tarde arrendaría don Joaquín Concha y Sierra, origen de la célebre ganadería así llamada<sup>1153</sup>. Esta experiencia en asuntos agropecuarios le llevaron en al menos cinco ocasiones a ser comisionado por parte del cabildo catedralicio para que intermediara, o en su nombre efectuase diferentes ventas de tierra y propiedades, algunas en comisión junto con otros capitulares como Nicolás Maestre, transacciones que alcanzarían incluso los 3 millones de reales<sup>1154</sup>. También para la Santa Caridad realizó este tipo de asesoramientos, siendo comisionado por esta para estudiar la oferta de permuta que la duquesa de Alba realizó en 1800 sobre la dehesa de Los Carriles, propiedad del hospital fundado por Mañara, pero que no llegó a sustanciarse a pesar de reiterados intentos<sup>1155</sup>.

---

<sup>1152</sup> Ver los apuntes biográficos reseñados por López Martínez en: *Ganaderías de lidia y ganaderos: historia y economía de los toros de lidia en España*, opus. cit. pág. 317.

<sup>1153</sup> Ibid. págs. 79, 400, 412-413, 434-435.

<sup>1154</sup> Parias Sáinz de Rozas: *El mercado de la Tierra Sevillana en el siglo XIX*, opus cit., págs. 41 y 307.

Por desgracia en su testamento, otorgado el 19 de enero de 1828 ante el citado escribano Amoscotegui, también hermano de la Santa Caridad, poco podemos averiguar sobre el destino final de las tierras que poseía en propiedad o arrendamiento, o de la mencionada ganadería de toros de lidia, cuya divisa “azul turquí”, es decir celeste, actuó tanto en Sevilla como en Madrid, capital donde habría debutado según *El Cossío* el 11 de julio de 1825. En los *Anales de la Plaza de Toros de Sevilla* podemos ver descritas dos temporadas lidiadas con toros del canónigo, correspondiendo la primera también al año 1825, corridas que se celebraron los días 28 y 29 de abril, 3 y 9 de mayo, y 13 de junio, todas por cuenta de la Real Maestranza de Caballería más tres para las que se arrendó la plaza. En las cinco tardes se matarían cuarenta y cinco toros por un valor de 50.220 reales, lidiándose en las del 18 y 19 tres toros del capitular sevillano, otros tres de Vicente Vázquez, con divisa encarnada y blanca, que ya hemos visto fue también hermano mayor de la Santa Caridad y propietario del más célebre encaste de todo el siglo, y dos de Jacinto Martínez, con divisa pajiza, más uno embolado para “los aficionados”, actuarían de espadas Juan León, Antonio Ruiz, y Lorenzo Baden.

En 1832 aportó toros para las siete corridas que por cuenta de la Maestranza, institución propietaria de la Plaza, celebró los días 28 de abril, 15, 21, y 30 de mayo, 13 y 22 de junio, y 17 de septiembre, contando esta última tarde con la presencia del infante Francisco de Paula y de su esposa. En las seis primeras tardes se lidiaron cincuenta toros que se pagaron de la siguiente manera: canónigo Vera y Delgado 1.375 reales, Gutiérrez 713, marqués de Gandul 1.200, doña Isabel de Montemayor 1.500, don Francisco Taviel de Andrade a 1.200, Freire a 1.500, Prado 1.200, y Carrero 1.100; matadores: José León, primer espada, que cobró 2.800 reales por cada tarde, y sus tres banderilleros 400 cada uno; Lucas Blanco, 2.300; y Manuel Romero Carreto 1.500. En Madrid sabemos que aportó también diferentes reses bravas para algunas corridas, como las celebradas a beneficio de los Reales Hospitales de aquella villa y corte en el coso de la Puerta de Alcalá, que fueron los días 10 de junio de 1833, con un cartel encabezado por el célebre Francisco Montes, *Paquiro*, acompañado de Manuel Lucas Blanco, y Pedro Sánchez. Junto a Vera aparecen como ganaderos, cada uno aportando dos toros, a don Juan Domínguez Ortiz, el famoso *barbero de Utrera*; y don Manuel Bañuelos Rodríguez, de Colmenar Viejo. También aportará toros en la corrida que tuvo lugar el 2

---

<sup>1155</sup> AHSCS, *Secretaría*, Actas de Cabildo, libro 14, 29 de mayo de 1800, fol 343: Para estudiar la referida oferta se comisionó en el cabildo presidido por el conde de Peñafior a los hermanos Pedro de Vera, Joaquín Cavaleri, y José Morales Gallegos.

de octubre de 1837 con actuación de los espadas Juan León y los ya referidos *Paquiro* y Lucas, en la que junto a los toros del presbítero sevillano aportarían reses el duque de Veragua, de Madrid, con divisa encarnada y blanca; don Juan José de Fuentes, de Moral Zarzal, con morada; y del señor De Paz Silva, con divisa encarnada y amarilla, de Villarrubia de los Ojos del Guadiana<sup>1156</sup>.

Sobre el origen genealógico de la vacada propiedad de Vera y Delgado no hemos encontrado apenas referencias, todo en buena parte causado por el corto espacio de tiempo que dicha ganadería actuó, apenas algo más de una década, liquidándose a la muerte del canónigo. Así, en el *Registro de Ganaderías de 1932*, aún se hace referencia a dos con aportes principales de la fundada por Vera entre las ciento doce existentes, clasificándola entre las castas exentas no derivadas de las seis principales, las llamadas “raíces fundacionales del toro de lidia”, conformadas desde el siglo XVII y sobre todo en el XVIII: Navarra (en esa región), Morucha Castellana (zona de Valladolid), Jijona (zona de Villarrubia de los Ojos, Toledo, Madrid, y Ciudad Real), Cabrera-Gallardo (zona de Utrera, Sevilla), Vistahermosa (Dos Hermanas, Sevilla), y Vazqueña (Utrera, Sevilla). En alguna fuente por internet se dice que la de Vera tenía su origen en la raíz jijona, pero no se cita la fuente original. Sí parece claro en cambio que los toros del canónigo sevillano formaron parte importante en la que creó en Portugal en el siglo XIX don Rafael José da Cunha, luego fue aumentada con toros de la Real Vacada adquirida por Fernando VII de la testamentaría de Vázquez. Aun así, y desconociendo con certeza el origen y fecha de creación de la ganadería, pues carecemos de documentación suficiente en ese aspecto, si podemos afirmar que llegó a ser bastante reconocida, pues todavía en 1850, diez años después de disgregarse a causa del fallecimiento del canónigo, era todavía recordada en una historia del toreo publicada ese año: “Toros de D. Pedro de Vera (Sevilla). También las reses que proceden de esta acreditada ganadería, han sabido sostener su reputación en el terreno positivo de los hechos, alternando en todo tiempo con los toros de mas fama, y siempre dejaron el pabellón bien puesto: ignoramos en la época actual el estado de esta vacada, ni tampoco si ha variado de nombre, pero no hemos querido dejar sepultadas en el olvido á unas reses por tantos títulos dignas de hacer de ellas particular mención. Escusamos referir las

---

<sup>1156</sup> Ver la mencionada obra del marqués de Tablantes: *Anales de la Plaza de Toros de Sevilla*, opus cit., tomo I, págs. 210-211, 214. Para las de Madrid ver: *Los toros. Tratado técnico e histórico*, obra colectiva dirigida por José María de Cossío [El Cossío], Espasa-Calpe, 1943-1996, 12 vols., tomo I, pág. 321; *Diario de Avisos*, Madrid, año 1832, pág. 744; y la aportación de Rafael Cabrera Bonet: “Cuatro carteles en los inicios de Montes”, *Revista de Estudios Taurinos*, núm. 21, Sevilla, 2006, págs. 155-165, exponiéndose en el Apéndice Documental uno de los carteles.

cualidades que en otro tiempo se les concedían, puesto que es trabajo inútil en el concepto de haber sufrido variación, cuya salvedad baste para los que tengan de estos toros el conocimiento necesario para juzgarlos, y así como para los que se hallen en nuestro caso”<sup>1157</sup>.

Pedro de Vera fallecería en Sevilla el 15 de abril de 1840 a los setenta y seis años de edad, en su domicilio de la calle Bayona número 34, muy cercana al templo catedralicio, a cuyo cabildo como veremos a continuación legaría parte de sus bienes. Reproducimos a continuación su partida de defunción, registrada en la parroquia del Sagrario de Sevilla al libro 32 de defunciones, folio 52:

“F.º S.D. Pedro de Vera y Delgado, Prô.

Como Colector de la Parroquia del Sagrario de la S.ª Metropolitana y Patriarcal Iglesia de la Ciudad de Sevilla, Provincia, Capital de su nombre digo que el Yllmô. Cabildo Eclesiastico mandó dar sepultura en el día de la fecha al Cadaver del S. D.º D.º Pedro de Vera y Delgado: Prô Dignidad de Arsediano de Ecija y Canonigo Penitenciario de esta S.ta Yglesia, natural de Villanueva del Ariscal de edad de 78 años, hijo de d. Ygnacio y de D. María, mayorazgos, propietarios y naturales del dho Villanueva: testó ante D. Ygnacio Amoscotegui de Saavedra: falleció el día 15 de una pulmonía crónica segun simple papel del facultativo fueron testigos D. Pablo Hornillo, pbô, y D. José Fernandez, prô y para que conste firmo en Sevilla a diez y seis de abril de mil ochocientos cuarenta. D. Antonio Martín Nava, colector”.

En el testamento, cuyas disposiciones fueron confirmadas por codicilo posterior otorgado el 19 de marzo de 1830, modifica parcialmente algunas cláusulas, anunciando la existencia de una memoria que debía formar parte indispensable de las últimas voluntades, redactada finalmente el 7 de diciembre de 1839 y protocolada ante el mismo escribano el 6 de abril del año siguiente. Del contenido de dichos instrumentos resulta bien interesante el reparto de la herencia, siendo sus principales legatarios la Biblioteca Colombina, a la que entrega sus libros en uno de los principales legados recibidos por esta en aquel siglo<sup>1158</sup>; y la propia catedral a quien dona sus cuadros y su casa sevillana,

---

<sup>1157</sup> Fernando Gómez de Bedoya: *Historia del toreo y de las principales ganaderías de España. Obra curiosa, popular, e ilustrada*, Madrid, Imprenta de Anselmo Santa Coloma, 1850, pág. 333; Unión de Criadores de Toros de Lidia: *Registro de Ganaderías*, año 1932, Madrid, Papelería Madrileña, 1932, y José Campos González: *Ganaderías cordobesas de reses bravas: catálogo 1795-1995*, opus cit., pág. 107. Sobre el origen de los encastes y la evolución del toro de lidia pueden consultarse asimismo las obras de Filiberto Mira: *El toro bravo: hierros y encastes*, Sevilla, Guadalquivir, 1981; y de Fernando Carrasco y Miguel Criado: *El toro de lidia. Encastes y ganaderías: Finales del siglo XX, principios del siglo XXI*, Utrera, Ayuntamiento, 2003.

<sup>1158</sup> Juan Guillén Torralba: *Historia de las bibliotecas Capitul y Colombina*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2006, págs. 337 y 458.

si bien parece luego retractarse de esta última cláusula en la referida memoria<sup>1159</sup>. Llama poderosísimamente la atención sin embargo la ausencia de la identidad de los herederos universales, dejando sus bienes patrimoniales en Villanueva a las personas o persona que tiene comunicada a su principal albacea, el capitán retirado de artillería don Pedro de Fuenmayor, principal garante en el reparto de la herencia. Ni en el testamento, ni en el codicilo ni en la posterior memoria se menciona por su nombre a ningún familiar, no especificándose tampoco en el montante total de la que debía ser una cuantiosa fortuna, formada por dos inmuebles reconocidos, muebles y objeto de valor, diferentes propiedades rústicas y ganaderas, así como las cantidades acumuladas durante años procedentes de sus emolumentos como canónigo y otros ingresos. El motivo de esta exclusión no lo sabemos, pero con toda seguridad estos legatarios no eran parientes inmediatos, en todo caso primos segundos o terceros o sobrinos en los mismos grados, pues como ya se ha adelantado en varias ocasiones la dedicación casi exclusiva de buena parte de la familia al estado clerical la llevó al borde de la extinción.

Es curioso resaltar, como para supervisar el cumplimiento de sus últimas voluntades nombra por sus albaceas a los otros tres canónigos de oficio del cabildo catedralicio, y tan solo a un laico, siendo los primeros los doctores don Nicolas Brizeño, canonigo doctoral, don Nicolas Maestre y Tous de Monsalve, lectoral, don Diego Marquez, magistral del cabildo hispalense, y seglar el referido don Pedro Fuenmayor, capitán retirado de Artillería y principal ejecutor y beneficiario del testamento. En sustitución del puesto dejado vacante por el fallecimiento del canónigo Briceño Vera eligió al hermano de Fuenmayor, de nombre Jerónimo<sup>1160</sup>, teniente de Navio retirado y al igual que su hermano de estado soltero. Sobre el destino final de las propiedades en Villanueva hablaremos luego, deteniéndonos ahora en el detalle de las mandas y los legados contenidos en las disposiciones testamentarias, que es la siguiente: a la fabrica catedralicia entrega 1.000 ducados de vellón en lugar de oratorio, su casa de la calle Bayona, 34, y todas las pinturas y libros que en ella se contenían, advirtiéndolo al mayordomo catedralicio que: *“se escojan de las pinturas de mi casa las que crea y*

---

<sup>1159</sup> APNS, *Protocolos Notariales de Sevilla*, Oficio 5, escribano Ignacio Amoscotegui: Testamento en leg. 3.836, cuaderno 1º, fols. 111-115, año 1828; Codicilo leg. 3.847, fols. 680-681, año 1830; Memoria leg. 3.891, cuaderno 1º, fols. 586-588, año 1840.

<sup>1160</sup> Este don Jerónimo aparece fallecido en la parroquia de San Martín de Sevilla el 28 de octubre de 1865, a los noventa años (habría nacido hacia 1775), vivía en calle Cervantes 4, permaneciendo soltero. Archivo Parroquial de San Andrés y San Martín, Sevilla (APSASM), San Martín, *Libros Sacramentales*, Defunciones, libro núm. 13, fol. 6.

*juzgue dignas de colocarse en la Santa Yglesia y verificado se entregaran las que fuesen por mis Albaceas para el espresado objeto por ser así mi ultima voluntad”.*

De estas pinturas nos ofrece importantes noticias el cronista sevillano Félix González de León en su *Noticia artística*, publicada pocos años después de la muerte del canónigo, en 1844. Así, nos dice que en la Capilla de San José del templo catedralicio se habrían colocado los siguientes cuadros procedentes del legado del canónigo Vera: Un “Nacimiento” obra de Francisco Antolínez, importante discípulo de Murillo (1678), y que se trata de *La adoración de los pastores*, de ese mismo artista (114x195 cm); *Desposorios de la Virgen María*, de Lucas Valdés (1ª mitad siglo XVIII), 1,03x1,55 m; *La degollación de los inocentes*, cuadro de escuela italiana del siglo XVII atribuido últimamente a Jacopo Fardella (2,49x3,90 m); *Virgen de las Mercedes*, atribuida entonces a Zurbarán, y por Diego de Angulo a Roelas, que procedía del convento de la Merced Calzada; *El Salvador dándole la regla de la Compañía de Jesús a su fundador*, hoy inventariado como “Aparición de Cristo a San Ignacio de Loyola” (254x194 cm), obra asignada en principio (tanto por González de León como por Gestoso) al pincel de Roelas, lo ha sido últimamente con algún fundamento a Alonso Vázquez (ca. 1595) o quizás a Pablo de Céspedes, ubicado en la Sacristía Mayor; así como otros dos de Sebastián de Llanos Valdés sin ubicación entonces pero de los que daremos algunas notas a continuación. Sobre ellos y los ya mencionados nos dice González de León: “Estos cuadros los regaló por su muerte el canónigo D. Pedro de Vera, con los que van referidos en otras capillas, y otros dos más que aun no se han colocado, y representan pasajes de la Sagrada Escritura, y están firmados por D. Sebastián de Llanos y Valdés”. Uno de ellos se correspondería con *El sacrificio de Isaac*, aún en dicha capilla, obra de la segunda mitad del diecisiete<sup>1161</sup>. Igualmente lega para la capilla de San Antonio dos cuadros de la Concepción, uno con los atributos propios a este misterio muestra la serpiente a los pies de la nacida sin mancha, y representa a varios diablos tocando instrumentos, obra que González de León atribuye a Roelas, mientras que el otro, una Asunción, a Herrera el Mozo<sup>1162</sup>. De estas dos pinturas he podido localizar al menos una, actualmente en el coro (Ver Apéndice de Ilustraciones), y procedente de la referida Capilla de San Antonio (163 x 100 cm), de

---

<sup>1161</sup> González de León: *Noticia artística...*, II, opus cit., pág. 81. Para su localización actual ver de Valdivieso su *Catálogo de pinturas de la catedral de Sevilla*, también mencionado, págs. 67, 76, 99, 101, 106-107, 127,

<sup>1162</sup> Ibid, 62-63.

donde fue trasladada en los años 90. La atribución a Roelas es rechazada sin embargo por el profesor Valdivieso en su *Catálogo de Pinturas de la Catedral de Sevilla*, que la hace obra anónima sevillana pintada alrededor del año 1620, si bien no se observan en la pintura los diablillos tocando instrumentos, tan solo la serpiente a los pies de la Virgen<sup>1163</sup>. Su biblioteca la donará a la Capítular, constituyendo una de las más importantes aportaciones del siglo XIX, dejando a su encargado la iniciativa de vender los que este creyera convenientes, ya por estar duplicados o por otras razones.

Por la intención de su alma ordena la celebración de 1.000 misas rezadas a 8 reales de vellón, de las que una cuarta parte debían oficiarse en su parroquia del Sagrario, y el resto al criterio de sus albaceas. De las distintas instituciones benéficas y de caridad de la ciudad menciona dos, el hospital de la Santa Caridad, corporación de la que era uno de los más distinguidos hermanos, llegando incluso a presidirla, a la que deja 5.000 reales de vellón, y la Casa llamada de “Niños Toribios” a las que remunera con 10.000. En manos de su principal albacea pone la importante cantidad de 100.000 reales de vellón, si bien con un incierto destino, pues no lo aclara: *“Mando â D.º Pedro Fuenmayor Capitan Retirado del Real Cuerpo de Artillería y vecino de esta Ciudad cien mil r.º de vellon en moneda efectiva metalica contante y sonante de plata û oro y no otra especie para que los imbierta en los fines que le tengo comunidado sin que le quede obligacion de dar cuenta ni manifestación alguna de la imbercion de la prenotada suma pues en el extremo que â ello se le apremiase se entendera que le hago legado de los dichos cien mil reales sin cualidad alguna”*. En la memoria que había sido protocolizada el 6 de abril de 1840, que había sido compuesta por el capitular el 7 de diciembre anterior bajo el enunciado *Jesus Dulsisimo por vuestra Santisima muerte dadme Señor una buena muerte*, se modificaran parcialmente algunos aspectos de la escritura anterior, añadiéndose algunas nuevas. Entre estas el legado con el que recompensaba la fidelidad de los criados que tenía a su servicio, a los que premia con 100 ducados para el ama de llaves, y 50 para cada uno de los sirvientes, cantidad a la que hay que añadir sus camas, ropas, y demás efectos.

Sobre los bienes que poseía en su pueblo natal el testamento no deja claro el destino final, quedando en principio repartidos de manera incierta, siendo su único conocedor el referido capitán Fuenmayor, que es quien debe hacer efectiva la entrega:

---

<sup>1163</sup> Ibid, 101.



*“Así mismo es mi voluntad qe todos los bienes que poseo en la villa de Villanueva del Ariscal tanto raíces ó fincas como muebles de cualquier clase y denominacion que sean pasen en propiedad y uso fruto a la persona que tengo comunicada á D.<sup>n</sup> Pedro Fuen=Mayor Capitan retirado de Artillería, la cual los gozara como suyos propios y me encomendara á Dios: Y declaro que en estos vienes sean de comprender no solo todos los que siempre he tenido allí libres sino tambien la parte de los vinculados de que oi puedo disponer por las leyes vijentes”. Añadiendo: “Ygualmente es mi voluntad que goze en uso fruto durante su vida la persona que espresará el mismo D.<sup>n</sup> Pedro Fuen=Mayor, la casa de mi abitacion y en cuanto esto altera lo dispuesto en mi testamento, tengase este por rebocado”. Exactamente hace lo mismo con el oratorio que tenia en su casa, si bien no sabemos si se refería a la que se encuentra todavía en la Calle Cardenal Delgado número 7, donde nació dicho prelado, o en la que nació el mismo y su hermano Juan Acisclo, sita en la calle rotulada con el nombre de este último, ordenando se le entregara el usufructo del mismo a la persona referida que tenía comunicada a Fuenmayor. Finalmente, nada dice sobre las diversas explotaciones agrícolas y ganaderas, así dehesas como fincas dedicadas a cultivos que había poseído en propiedad o arrendamiento, ni sobre su ganadería de toros de lidia, determinando hacer tres bloques con el remanente que quedase de sus bienes una vez pagadas y cumplidas las diversas disposiciones recogidas en sus últimas voluntades (cláusula catorce de la memoria). El primero de dichos bloques debía invertirse en misas por su alma, el segundo, reducido igualmente a dinero debía ser repartido entre los pobres, y el último entregarse a Fuenmayor, al que eximia de rendir toda cuenta por el cumplimiento de sus últimas voluntades, para que este los utilizara en “los fines q<sup>e</sup> le tengo comunicado”.*

¿Pero quién era este Pedro de Fuenmayor?, personaje que gozaba de la absoluta confianza del canónigo Vera y Delgado, y que como veremos más adelante fue el principal beneficiario de la herencia. En los *Anales* de Velázquez y Sánchez<sup>1164</sup> aparece citado como procurador en Cortes y uno de los principales contribuyentes de la provincia de Sevilla, apareciendo aún en 1860 avecindado en Villanueva. El célebre bibliógrafo ilustrado Gallardo<sup>1165</sup>, que tantos problemas tuviera con la Inquisición, lo

---

<sup>1164</sup> Velázquez y Sánchez: *Anales...*, opus cit., 448.

<sup>1165</sup> Bartolomé José Gallardo: *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, 2 vols., tomo I, Madrid, Imprenta de M. Rivadeneira, 1863, pág. 1023.

cita como propietario en 1844 de un códice – ¿quizás proveniente del legado del canónigo? – conocido hoy como *Códice de Fuenmayor*, obra importante que es un auténtico muestrario de la poesía áurea que regaba aquella “república de las letras” que fue la Sevilla del Siglo de Oro. Aseguraba Gallardo haberlo consultado entre las colecciones atesoradas en la biblioteca del Palacio Arzobispal, conteniendo un muestrario de lo más granado de la poética hispalense, sobre todo de cariz religioso. Entre los autores del códice destacan: Rodrigo Calderón, el padre Francisco Medrano, Miguel del Cid – el célebre cantor de la Inmaculada, autor de *Todo el Mundo en General* –, el padre Hernando de Ávila, Bartolomé Leonardo Argensola, el hermano Bernardo del Toro – que pondría música a las famosas coplas inmaculistas ya citadas –, Juan de Arguijo, el padre Luis del Alcázar, L. Farfán, fray Luis de León, cúlmen de la, ascética hispana, y otros muchos, así como algún anónimo de la época.

Como se ha dicho ya, Vera llegó a ser uno de los mayores benefactores de la Biblioteca Capitul<sup>1166</sup>, y aunque no hemos podido confirmar si el mencionado códice procedía de sus manos, debido a la falta de inventarios sobre este tipo de legados, sí podemos aventurar en cambio el origen de la amistad entre ambos, y quien era este personaje, literato de cierta fama en la Sevilla del primer tercio del siglo XIX. Don Pedro de Fuenmayor y de la Fuente había nacido el 23 de marzo de 1783 en Sevilla, de familia noble, hijo de don Jerónimo Fernández de Fuenmayor y doña María de la Paz de la Fuente y Ponce de León – o Ramírez de Arellano en otros documentos –, los cuales le dieron una esmerada educación, ingresando en la carrera de las Armas como cadete el 5 de marzo de 1801 en el Regimiento del Príncipe. Militar de talante liberal, combinó su disposición para las matemáticas y otras ciencias aplicadas con la poesía y la literatura. El 17 de octubre de 1819 es ascendido al grado de capitán de Artillería, recibiendo al año siguiente ya durante el Trienio Liberal la cruz de la Orden de San Hermenegildo, este mismo año, el 30 de junio, ingresa en la Sociedad Patriótica de Sevilla. Autor prerromántico encuadrado en la renacida escuela sevillana, aún muy influida de neoclasicismo, coincidió con Lista, Arjona, Mármol, Navarro, y otros, siendo la poesía el género que más cultivó. Destaca en su obra una oda a Rafael del Riego, que le brindó personalmente en un banquete que le fue ofrecido al militar por el Cuerpo de Artillería en Sevilla el mismo año de 1820. Escribió asimismo tres tragedias: *María Stuard, reina*

---

<sup>1166</sup> Esta circunstancia es recogida en el *Anuario* de dicha biblioteca para el año 1877. Ver asimismo Guillén Torralba, opus cit., págs. 337, 356, 358, 458, y 546-47.

*de Escocia* (Sevilla, 1818), *Galería* (Sevilla, 1820), y *Adalguisa*, ambientada en la época de los lombardos y estrenada en el Teatro Principal de la capital andaluza el 5 de enero de 1821. Tras la caída del Trienio, y tras pasar por un proceso de purificación, se hallaba con licencia ilimitada por enfermedad (iscuria calculosa y artritis) en Villanueva del Ariscal, donde con toda seguridad trabó amistad con el canónigo Vera y Delgado. Se le concedió el retiro definitivo el 17 de diciembre de 1826, con sueldo de 450 reales de vellón mensuales, y una nueva mejora conseguida el 13 de marzo de 1844 al conseguir le fueran abonadas las cantidades por atrasos que le correspondían por los años 1820 y 1823<sup>1167</sup>. Fallecería soltero – al igual que su hermano Jerónimo – en Sevilla el 16 de noviembre de 1872 en su casa de la calle Cervantes número 7, collación de San Martín, a la avanzada edad de noventa y seis años, otorgando su testamento ante el notario público de esta ciudad Nicolás de Moliní el 19 de enero de 1868. En él dejaba por sus universales herederos a sus tres sobrinos: doña Rosa, don Estanislao, y don Manuel Lossa y Lossa (Loza en otros documentos), representados por su madre doña Jacinta Lossa y Herrera, viuda de su sobrino don José Lossa y Fuenmayor, hijo de una hermana suya llamada doña Rosa. En su interesante inventario de bienes, levantado el 22 de diciembre de 1872 se aclara finalmente el destino final de buena parte de la sustanciosa herencia del canónigo, que fue a parar según relata el documento a doña Josefa de Fuenmayor y Lafuente, hermana de don Pedro y don Jerónimo, y también soltera como estos<sup>1168</sup>. Aunque en su testamento, otorgado en 1850<sup>1169</sup>, año en que fallece, no se dice nada de dicha herencia, en el inventario expresado se detalla como la mayor parte de las propiedades rústicas o urbanas que poseía en Villanueva – en plena propiedad tras el fallecimiento de su hermano Jerónimo – habían sido recibidas por aquel de su hermana, que las había heredado del canónigo. El conjunto de bienes es el siguiente:

---

<sup>1167</sup> Sobre este personaje podemos obtener noticias en la serie publicada por el Archivo General Militar de Segovia: *Índice de expedientes personales*, Madrid, Hidalguía, 1959-1963, 9 vols., tomo III, pág.402; Mario Méndez Bejarano: *La literatura española en el siglo XIX (general, regional y americana)*, Apéndice de Pedro Sainz Rodríguez, Madrid, Gráfica Universal, 1921, pág. 35; y Alberto Gil Novales: *Las Sociedades Patrióticas (1820-1823): las libertades de expresión y de reunión en el origen de los partidos políticos*, Madrid, Tecnos, 1975.

<sup>1168</sup> Su partida de defunción en APSASM, San Martín, *Libros Sacramentales*, Defunciones, libro 13, fol. 157. El testamento y codicilos en APNS, Sevilla, Escribanía de Nicolás de Moliní, Oficio 21, legs. 14.937, fols. 199-204v; primer codicilo en mismo legajo, págs. 207-210; y segundo en págs. 452-455. El interesante inventario de bienes y distribución de la herencia en mismo notario, leg. 14.980, págs. 5.397-5.650.

<sup>1169</sup> Ibid, escribanía de Juan Fernández Santa Cruz, Oficio 23, leg. 16.535, págs. 508-510. En el documento se nombra por herederos universales a ambos hermanos, los cuales debían atender a su sobrino don José Loza y Fuenmayor, esposo de la citada doña Jacinta, y padre de los herederos de don Pedro: Rosa, Estanislao y Manuel Lossa y Lossa, vecinos de Sevilla en la Calle Cervantes número 7, feligresía de San Martín.

- Una casa en la calle de Arriba, número 1, hoy Cardenal Delgado, comprada a doña María Rico y Guzmán, y doña Isabel Butrón Rico y Guzmán el 24 de marzo de 1862 por valor de 1.000 pesetas (4.000 reales).
- Mitad de casa con oratorio, bodega, molino aceitero, corral, etc..., en esa misma calle al núm. 3, con 2.486 metros de superficie y puerta a calle Boquerón, que obtuvo su propietaria doña Josefa Fuenmayor por compra a su propietario el pbro. don Pedro de Vera y Delgado (escritura en Villanueva el 11 de febrero de 1828) valorada en 12.300 pesetas (49.200 reales).
- Mitad de otra casa en calle Boquerón 1, que formaba parte de la anterior, de 267 metros y un valor de 2.000 reales.
- Mitad de otra con bodega, lagar, etc., calle Arriba s/n, frente al Boquerón, con 13.546 metros, cuyo título es el mismo que la del número 3 ya citada, valor 36.000 reales.
- Mitad de otra casa, llamada de los Borregos, antigua calle Horno, entonces llamada del Vínculo, al número 1, y de 282 metros, la cual perteneció a don Antonio Borrego a quien se la compró D. José de Vera el 25 de mayo de 1763, y recayó luego en don Juan Acisclo de Vera y Delgado, y posteriormente en su hermano Pedro, de quien la heredó doña Josefa Fuenmayor, siendo su valor de 1.000 reales.
- Mitad de otra casa en dicha calle del Vínculo, número 3, con 1.453 metros de superficie, que perteneció al vínculo fundado en Villanueva por D. Pedro José de Vera y Baena por escritura otorgada por doña Josefa Coguen en su nombre en Cádiz el 6 de febrero de 1764 ante Nicolás de Alcalá, casa que luego perteneció al citado don Pedro de Vera, y de este a doña Josefa Fuenmayor, valor 20.120 reales (5.030 pesetas).
- Una suerte de olivar denominada “Mantequero”, valorada en 6.000 reales, herencia de P. Vera.
- Otra de la misma especie, llamada “La Huerta”, en 2.000.
- Media suerte de viña de 7 aranzadas, herencia de P. Vera, 4.000.
- Otra de olivar en el sitio llamado “Calvario” de 5 aranzadas que compró doña Josefa Fuenmayor por 2.500 reales.
- Suerte de tierra calma conocida por “El Tinto”, de 4 aranzadas en el camino que va al Loreto, herencia de P. Vera 800.

- Otra conocida por “El Majuelo Viejo”, con 17 aranzadas de lo mismo, originaria del vínculo de Pedro Vera y Baena procedente de la herencia de P. Vera, valor 10.000.
- Suerte de viña de 7 aranzadas bautizada “La Postura”, procedente del dicho vínculo de Vera, valor 4.000.
- Otras dos suertes de igual procedencia por valor 5.000 y 200 reales.
- Dos censos en Villanueva por valor de 1.660 y 1.500 reales, más 6 créditos a su favor a diferentes vecinos de Villanueva y Olivares por valor de 35.850 reales.

A estos bienes heredados en Villanueva, hay que añadir otras suertes de tierra en términos municipales aledaños:

- Sanlúcar la Mayor: 42 aranzadas compradas por don Pedro y don Jerónimo Fuenmayor; y la finca conocida por “Torbiscal”, de 46,5 aranzadas, herencia de P. Vera y valorada en 18.000 reales.
- Espartinas: Suerte de tierra de 5 aranzadas conocidas por “La Manca”, herencia de P. Vera, 2.000; otra llamada de “Espantagalanes”, de 4 aranzadas de viña, con el mismo origen, valor 1.000; viña de 2 aranzadas de extensión, valor 1.500 reales. Otras 12 aranzadas de lo mismo al sitio de Villalvilla, valor 8.000; 7 en Paternilla, valor 5.000; y 6 en el pago conocido por “Almargen”, valor 5.000 reales. Otras 24 aranzadas más en dicho término municipal fueron compradas por los hermanos citados.
- Salteras: ½ suerte tierra calma de 12 aranzadas de la herencia de P. Vera, valor 1.800 reales.

El montante total de la herencia de D. Pedro de Fuenmayor, contados los bienes arriba reseñados a los que habría que sumar otros comprados por él o heredados de su familia: como diferentes casas repartidas por Sevilla, o un cortijo en Écija, ascendió a 142.275 pesetas, que cantidad que traducida a reales ofrecía la cifra de 569. 103.

## *Otros miembros notables de la familia*

### Don Pedro de Vera y Baena, penitenciario de Cádiz, enemigo del teatro

Nacido en Sevilla el 13 de diciembre de 1709, fue bautizado en la parroquia de La Magdalena de dicha ciudad el día 24 de ese mes, tal y como podemos observar de la partida siguiente, traslado de la original y que presentó ante la Universidad hispalense en 1734 para acceder a los grados de licenciado y doctor en cánones:

“En Sevilla Lunes veinte y quatro de Diciembre de mil setecient.<sup>s</sup> y nueve a.<sup>s</sup> Yo el Maestro D.<sup>n</sup> Thomas Ygnacio de Reyna Cura desta Parroch.<sup>a</sup> de S. M.<sup>a</sup> Magd.<sup>na</sup> Bautize á Pedro Joseph hijo de D.<sup>n</sup> Francisco Antonio de Vera, y de D.<sup>a</sup> Geronima María de Baena su lexitima Mug.<sup>r</sup> : fue su Padrino el L.<sup>do</sup> D.<sup>n</sup> Pedro Rodrig.<sup>z</sup> de la Carrasca Presbyt.<sup>o</sup> vez.<sup>o</sup> de esta Collac.<sup>n</sup> á quien advertí el parentesco espiritual y obligacion de enseñar la doctrina xptiana aesta criatura la qual dixerón avía nacido el viernes treze de dho mes, y a<sup>o</sup>, y lo firme fecha ut sup.<sup>a</sup>= Mrô D.<sup>n</sup> Thomas Ygnacio de Reyna, Cura=”<sup>1170</sup>.

Hijo de don Francisco Antonio de Vera, también nacido en esta misma ciudad en 1677, y de doña Jerónima María de Baena y Valenzuela, que vio la luz en la población cordobesa de Luque en 1677, ambos habían casado en Sevilla el 10 de diciembre de 1698. De familia hidalga, la rama paterna era originaria de Villamanrique, en la actual provincia sevillana, siéndoles devuelta a sus abuelos la Blanca de la Carne, y el mismo don Francisco Antonio de Vera fue recibido de noble en Bollullos de la Mitación y Sanlúcar la Mayor en los días 12 de noviembre de 1699 y 26 de marzo de 1700 respectivamente<sup>1171</sup>. De un segundo matrimonio que contrajo con doña María de Rivero descendería la esposa de don Francisco Fernández del Pino, quien fue ministro de Gracia y Justicia en los últimos gobiernos de Fernando VII, agraciado por la regencia de María Cristina con el condado de Pinofiel. Don Pedro de Vera y Baena fue el tercer hijo nacido del primer enlace de su padre, tras María y Juan, y tras él vendrían José Ignacio, Francisco José y Leonor, decidiéndose como muchos otros segundones de las familias acomodadas por la carrera eclesiástica. Recibí la tonsura el 23 de septiembre de 1729, con 19 años y a título de una capellanía en la iglesia del Colegio de San Gregorio de la Compañía de Jesús de Sevilla, siéndole conferida por el obispo de

---

<sup>1170</sup> AHUS, Fondo Colegio Santa María de Jesús, *Pruebas de Limpieza de Sangre para la obtención de grados académicos*, libro 692, fols. 90-97. La partida original en Archivo Parroquial de Santa María Magdalena, Sevilla (APSM), *Bautismos*, libro 26, fol. 204v.

<sup>1171</sup> AHN, *Estado*, Orden de Carlos III, expediente 77.

Lycopolis, don José de Esquivel y Castillejos, dominico y entonces auxiliar del prelado hispalense<sup>1172</sup>. Los cuatro grados y el orden de epístola los recibiría a título de suficiencia el 20 de febrero de 1739 en el hoy desaparecido convento del Pópulo, también por el auxiliar de la diócesis el portuense don Manuel Tercero de Rozas, O.S.A., obispo de Icosio. Finalmente, fue ordenado de Evangelio y de Misa en una misma ceremonia el 24 de febrero del último año citado, siendo subdiácono, recibiendo el orden de manos del mismo prelado<sup>1173</sup>.

En 1737, cuando decide presentar su candidatura a la plaza de doctoral del cabildo catedralicio gaditano<sup>1174</sup>, vacante por el fallecimiento del doctor don Pedro de Guzmán Maldonado era ya doctor en cánones y catedrático de Volumen de la Universidad hispalense<sup>1175</sup>, habiendo concurrido para la misma canonjía de oficio en las oposiciones convocadas por los cabildos catedralicios de Almería y Sevilla. Nuevo intento en el que también fracasará a pesar de contar con un importante respaldo, nada menos que una carta de recomendación firmada por don Sebastián de la Cuadra y Llarena, marqués de Villarias y secretario de Estado y del Despacho de Felipe V entre 1736 y 1746, puesto en el que había sustituido a don José Patiño. Aunque cumplía con los altos méritos requeridos, ser graduado de doctor o licenciado en cualquiera de los dos derechos, y contaba con la experiencia de haber concurrido ya a otras dos oposiciones, es probable que no la alcanzara por su excesiva juventud, pues contaba en esos momentos tan solo veintisiete años. Una vez cerrado el plazo para que los candidatos justificasen sus títulos y méritos, que tuvo lugar entre los días 6 de enero y 6 de marzo de dicho año, comenzó el proceso selectivo, compuesto de dos pruebas: la lectura durante una hora del exto canónico que le tocare en suerte, y otro a su elección de las Decretales que debía defender durante otra hora, respondiendo las correspondientes preguntas y argumentos que le propusiera el tribunal. Por último, el

---

<sup>1172</sup> AGAS, Sección *Instrumentos de Descripción*, Registro de Órdenes Sagradas, libro 14, fol. 176. En dicho libro aparece igualmente como tonsurado de corona su hermano don José de Vera y Baena, el 19 de septiembre de 1727 en el oratorio privado del referido prelado, si bien no podemos afirmar se trate del padre de Juan Acisclo, don José Ignacio de Vera y Baena, pues varios de sus hermanos repiten nombre con alguna variación: María, Juan, Pedro, José Ignacio, Francisco José, Leonor (hijos del primer enlace), Francisco Luis, Antonio, Josefa, Ignacio, y de nuevo Luis (del segundo).

<sup>1173</sup> Ibid, Registro de Órdenes, libro 20, fol. 182v, y 185.

<sup>1174</sup> ACC, Sección I, *Secretaría*, Oposiciones, siglo XVIII, leg 68. En dicha caja se encuentra toda la documentación relativa a las dos oposiciones a las que se concurrió Vera y Baena en el cabildo gaditano.

<sup>1175</sup> AHUS, Fondo Colegio de Santa María de Jesús, *Limpieza de Sangre*, libro 692, fols. 90-97: Pruebas de limpieza de sangre para la obtención de los grados de licenciado y doctor en cánones, año 1734. Colegial de Santa María de Jesús, se había graduado de bachiller en esa misma materia el 28 de marzo de 1730.

opositor debía defender y sentenciar un caso propuesto por el tribunal en el plazo de cuarenta y ocho horas, no pudiendo detentar en caso de ganarlas cargos de inquisidor, provisor, comensal, o visitador, pues en caso de servirlos debía proveerse de nuevo la plaza<sup>1176</sup>. Unas incompatibilidades que debieron suavizarse, pues como veremos Vera y Baena ocuparía años más tarde del cargo de provisor, como también lo sería en Sevilla su sobrino Pedro de Vera y Delgado. La citada doctoralía la ganó don Juan Félix de Arjona, natural de Granada, quien recibió la posesión de la misma el 11 de julio de 1737 siendo entonces prebendado de la colegial de Antequera y doctor en cánones por la Universidad de Osuna<sup>1177</sup>.

La relación de títulos, ejercicios, grados y actos literarios presentada por Vera y Baena nos puede ofrecer una idea del currículum habitual y el itinerario seguido por los clérigos aspirantes a alcanzar una importante prebenda capitular, como era una canonjía de oficio, ambición que debía además complementarse con unas buenas recomendaciones y un brillante cursus académico. Así, en esta, fechada en 30 de junio de 1735 y siendo aún clérigo de menores y ya doctor en cánones y catedrático de Volumen, podemos ver como había cursado artes y la filosofía durante tres años en el Colegio de San Hermenegildo de la Compañía de Jesús, desde el que principió en septiembre de 1724, asistiendo a las lecciones y conferencias diarias, defensas y argumentos con “especial aplicación y conocido aprovechamiento”. Durante su curso de artes sustentó un acto de conclusiones sobre *Uno est principium intrinsecum compositi*, leyendo en dicho tiempo “de oposiciones” durante media hora “con puntos de veinte y cuatro” la conclusión *Ergo datur firma cadaverici*, en 10 de mayo de 1726.

Consta haber cursado igualmente cinco años en la facultade de Cánones y Leyes, por los que recibió los grados de bachiller en Sagrados Cánones el 28 de marzo de 1730, periodo en los que defendió los siguientes actos de conclusiones: en 1727 *Is, cui in utero concessa est libertas, nascitur ingenuus*; en 1728 *Adolescentes inviti extra litem curatores accipiunt*; otro en 1729 *Bonae fidei possessor facit fructus industriales preceptos et à solo separatos suos dominio irrevocabili*; y finalmente en 1730 *Creditur hypothecarius posterior ex causa onerosa erat praeferendus creditori hypothecario*

---

<sup>1176</sup> ACC, I, *Secretaría*, Oposiciones, siglo XVIII, leg 68: Edicto de concurso para proveer la canonjía doctoral del cabildo gaditano, 16 de diciembre de 1736.

<sup>1177</sup> Ibid, LAC núm. 27 (1733-1737), fols. 239v-240. Ver también Morgado García: *La diócesis de Cádiz: de Trento a la Desamortización*, opus cit. pág. 177.



*anteriori ex causa lucrativa*. En ese periodo, relata haber leído dos veces de oposiciones durante media hora, una en 1729: *Ergo servus proprius testatoris haeris institutus sine expressa datione liberatis, directam adipiscitur libertatem*; y otra en 1730 en que dedujo los puntos sobre: *Ergo pater fine justa causa emancipans filium impuberem adrogatum, non tenetur ex conferre quartam partem ómnium bonorum, sed tantum quartam portionis abintestato debitae*.

Durante los cursos 1731 y 1732 sustituiría la cátedra de código en la Universidad hispalense, presidiendo un acto en que se defendió la conclusión: *Fidejussor acceptus in majorem summam, quam reus principalis, non erat obligatus in summam etiam concurrentem à principali debitam*, sustituyendo asimismo la de Instituta para los años 1732 y 1733, en la que impartió la materia *Substitutionibus*. En 1733 y 1734 ya regenta la cátedra de Decreto, presidiendo en ese tiempo entre otras conclusiones una titulada: *Debitor sub juramento promittens usuras, tenebatur ad earum solutionem, et eas solutas, repetere poterat*. Presidió cuatro academias de letras, tres sobre Instituta, y una sobre las Leyes de Toro, y varias sobre cuestiones de Antonio Gómez, en los que se sustanciaron doce actos de conclusiones sobre la primera de las materias enunciadas, recibándose el 13 de julio de 1733 como abogado de la Real Audiencia de Sevilla. Finalmente, los grados de licenciado en Sagrados Cánones los obtuvo el 10 de febrero de 1734, precediendo un riguroso examen de hora y media sobre puntos de Decretales y Decreto, que obtuvieron la máxima calificación *unanimiter de nemineque prorsus discrepante*. Pocos días más tarde, el 21 de febrero, se le conferían las borlas de doctor por la referida facultad de Cánones, tras lo cual ocupó tras oposición en dicha Universidad la cátedra de Digesto Viejo, que ganó tras defender el 12 de enero de 1734 durante una hora y sobre veinticuatro puntos la conclusión: *Ergo ignorantis facti non impedit asucapionem*. También consta su asistencia a la oposición que para la cátedra de Volumen se convocó para el 27 de mayo de ese mismo año, arguyendo entonces sobre el tema: *Ergo infamia notatae personae ad honores, et dignitates ascenderé prohibentur; civilia tamen munera exercere non vetantur*, por lo que fue nombrado para catedrático de dicha materia, de la que tomó posesión el 1 de junio siguiente. En el curso académico siguiente (1734-1735) leyó las materias que le correspondían en su cátedra “con general aplauso de sus oyentes”, presidiendo ese mismo año un acto general de leyes sobre las conclusiones de derecho civil en el que arguyeron todos los doctores del claustro y abogados de la Real Audiencia.

Ya antes de su primera intentona para alcanzar la canonjía doctoral gaditana, lo había intentado con las vacantes producidas en las catedrales de Almería y Sevilla, que defendió brillantemente pero que no consiguió. En la primera leyó durante una hora sobre veinticuatro puntos, sustanciando el pleito que le tocó en suertes cuarenta y ocho horas más tarde del primer ejercicio, el día 1 de febrero de 1735, obteniendo de entre los seis opositores presentados cuatro votos para el primer lugar por parte de los diez capitulares presentes. En la segunda, presumiblemente mucho más compleja y menos accesible para un aún joven doctor debido a la riqueza del cabildo hispalense, fue arguido por dos opositores durante una hora, haciéndolo él mismo con otros dos durante media, tras lo cual se le asignaría el caso sobre un pleito vinculado al derecho entre partes, que sustanció en un plazo de treinta horas en presencia del deán y los capitulares presentes, concurriendo al poco de estas a la oposición que en la Universidad hispalense se convocaron para cubrir las cátedras de Prima y Vísperas de Cánones. Aunque no consiguió la propiedad de ninguna de las referidas plazas vacantes, en cambio, su elocuencia y erudición en el conocimiento de los asuntos legales llamaron bastante la atención, tanto del propio arzobispo de Sevilla, como del cabildo gaditano. Así, poco después de esto, el prelado hispalense lo nombra por “la suficiencia y legalidad” demostradas por el joven doctor para el cargo de fiscal general del Arzobispado, y el cabildo gaditano lo designa para velar por sus intereses en un pleito que este tenía con el hispalense tanto “*por la experiencia que tubo el cabildo de sus talentos*” en la dicha oposición, como por el consejo del contador de la mitra gaditana, quien lo recomendaba para ello en atención: “*a su literatura, prudencia, madurez y amables prendas que se conocieron en su persona en la referida oposiz.<sup>n</sup> a la canogía doctoral*”<sup>1178</sup>.

Poco después de esto, el 7 de marzo de 1739, sería nombrado provisor y vicario general de la diócesis por el dominico fray Tomás del Valle, de largo pontificado, obispo de Cádiz entre 1731 y 1776, puesto en el que cesaría por su promoción a la canonjía penitenciaria el 22 de octubre de 1755, gozando primero de una media ración en el cabildo para el que fue nombrado el 24 de abril de 1744, jurando los estatutos capitulares el 30, prebenda que fue ampliada posteriormente con la ración entera, y luego como ahora veremos con la canonjía que obtuvo por oposición, solicitando el 15 de septiembre de 1755 la licencia capitular para optar a la penitenciaría que dejaba vacante don Jacinto Aguado y Chacón, su titular, preconizado para el obispado de

---

<sup>1178</sup> Ibid, LAC 27 fols 226-227 y 239: nombramiento como abogado de la mitra gaditana y aceptación por Vera.

Arequipa<sup>1179</sup>. Los capitulares además tenían la facultad de proponer alguna doncella para las dotes de los diversos patronatos que administraba el cabildo, pidiendo ese mismo año Vera se le adelantase el turno para conceder la que le correspondía a una hermana suya, doña Leonor Vera y Baena, novicia entonces en el convento de las comendadoras de Santa Isabel de Sevilla, y que estaba ya por profesar, concediéndosele una de las dos que pertenecían al patronato de Rosas<sup>1180</sup>.

Vera y Baena sería igualmente designado rector del Colegio de San Bartolomé, el seminario de Cádiz, institución creada en 1589 por el obispo don Antonio Zapata y Cisneros, que llegaría a cardenal, y se encontraba ubicada en el edificio situado frente a la catedral actual, trasladándose en 1780 al cercano Colegio de Santiago, adjudicado para este fin de las temporalidades de los Jesuitas, situado precisamente en la calle Compañía, donde actualmente sigue, restaurado y ampliado en 1885 por el obispo Calvo y Valero. Por aquella época San Bartolomé contaba con 24 colegiales, número que recogían sus constituciones, reformadas por el obispo Del Valle, los cuales eran visitados por el prelado una vez al año por el mes de septiembre para *“no solo examinar el aprovechamiento en los estudios sino también inquirir y averiguar el modo como se les trataba”*<sup>1181</sup>, cuidando particularmente de su alimentación, que debía contar con un adecuado aporte de carne y pescado, y no solo de verduras o huevos, haciendo especial hincapié en la atención y cuidado de los colegiales enfermos. Igualmente para un mayor recogimiento de los mismos, se estipulaban las visitas que estos debían recibir, ceñidas a la madre y hermanas si estos estaban enfermos, o los días que podían salir, reducido al jueves siempre que en dicha semana no hubiera habido ya alguno festivo. Sus tareas y jornada lectiva serían distribuidas de la siguiente manera: entre cinco y cinco y media se levantarían y asearían, orando en la capilla desde esa hora hasta las seis, luego hasta las siete estudiarían en sus cuartos, desayunando entre siete y siete y cuarto, escuchando misa justo antes de bajar a las aulas. Los que estudiaban gramática permanecerían en las aulas entre ocho y once, y luego hasta las 12 en sus habitaciones con el mismo cometido, lo mismo los que estuviesen ya en las facultades mayores, que de diez y

---

<sup>1179</sup> Ibid, nº 29 fols 98v-99: Concesión de la media ración, juramento de estatutos en 101v; y 33, año 1755: Licencia para optar a dicha oposición, fols. 227v-228; toma de posesión de la plaza en 234v-235; y en la misma sección la serie de Oposiciones, siglo XVIII, leg 68: Documentación relativa a la plaza vacante de penitenciario que ganó Vera y Baena. Ver asimismo ADC, *Secretaría de Cámara*, Libro de Títulos y nombramientos, 7 de marzo de 1739.

<sup>1180</sup> Ibid, I *Secretaría*, LAC 33, 211.

<sup>1181</sup> Isabel de Azcárate Ristori: *El Seminario Conciliar de San Bartolomé de Cádiz, 1589-1800*, Cádiz, 2008, pág. 124.

media a once y media acudirían a las conferencias sobre moral y catecismo, bajando todos entre once y media y doce y media al refectorio para almorzar y tener algún momento de recreo. Una vez acabado este, y hasta la una, se tenía una “residencia” en la que sus profesores les preguntaban o pedían cuenta, de ahí el término, sobre alguna de las materias impartidas, como el Catecismo de Fleuri, rudimentos de Historia, o sobre cálculos y cronología eclesiástica, tiempo que sería ocupado los viernes y sábados en el aseo de sus cuartos.

La tarde era ocupada también principalmente por horas de estudio, que comenzaban tras la siesta, que tenían entre una y dos y media, manteniéndose estudiando en sus cuartos entre dos y media y tres, para comenzar de nuevo con las clases hasta las cinco, hora en que merendaban, descansaban, tomaban lecciones de canto llano, que tenían tres veces en semana, y acudían al toque de Oración a la capilla para rezar la Salve, tareas que los ocupaban hasta las siete y cuarto, en que nuevamente dedicaban un rato de estudio que finalizaba a las ocho, en que debían dedicarse a realizar los ejercicios de latinidad que les hubieran señalado sus maestros, ocupándose los estudiantes de mayores esta última hora en asistir a las conferencias de moral y catecismo. Tras cenar todos entre ocho y nueve de la noche, marchaban a la capilla para rezar el Rosario, realizar el examen de conciencia y preparar la oración del día siguiente, retirándose a descansar hacia las diez menos cuarto aproximadamente.

Como ya hemos visto, los colegiales únicamente gozaban de un día de asueto a la semana, el jueves por la tarde, acudiendo el sábado a una plática del vice-rector que les exhortaba e incentivaba al cumplimiento de sus obligaciones, a lo que seguían ciertas preguntas sobre catecismo, ritos, o ceremonias de la misa y otros oficios litúrgicos. En sus salidas debían acudir todos juntos acompañados del vice-rector o de algún maestro. Disfrutaban de las vacaciones veraniegas únicamente si el rector del seminario consideraba que el colegial había demostrado un buen aprovechamiento en sus estudios, negándoselas o limitándoselas si esto no era así. Estas se repartían de la siguiente manera: del 20 de diciembre al 1 de enero, desde el Domingo de Quincuagésima al Miércoles de Ceniza, desde el Domingo de Ramos al tercer día de Pascua de Resurrección, y ya en verano desde el 16 de julio al 8 de septiembre, comenzando de nuevo las clases el día 9. Tras la fiesta de San Bartolomé, patrono del colegio, y a la que asistían todos los colegiales, se iniciaba un periodo de diez días de ejercicios espirituales dirigidos por el vice-rector y en lo interior por los confesores de cada uno,

acudiendo a misa diaria y confesando y comulgando todos los domingos primeros de mes y en las principales festividades religiosas de Dios y la Santísima Virgen. Todos los domingos del año y fiestas de precepto, así como los que el obispo asistiere al templo catedralicio, estos acudirían a escuchar los oficios<sup>1182</sup>.

Atendiendo ahora a su adscripción ideológica y en materia de costumbres, podemos decir que al igual que otros miembros de la familia se mostró acérrimo adversario del teatro y otras distracciones similares tenidas por profanas y poco edificantes, por ser estas fuente de ideas pecaminosas que distraían al buen cristiano del cumplimiento de los Mandamientos y otros preceptos cristianos. Esta aprensión la manifestó claramente en el dictamen que redactó a propósito del libro del padre Gaspar Díaz, impreso en Cádiz en y titulado: *Consulta teológica acerca de lo ilícito de representar, y ver representar las comedias como se practican en el día de hoy en España*, enérgico ataque contra dicho arte al que dio además Vera en su calidad de provisor el *nihil obstat*, y que despertó las iras de comediantes y empresarios, que agraviados acudieron en amparo del juez protector de teatros, al igual que los de Madrid. La obra fue publicada en Cádiz hacia 1742, en la Imprenta de la Marina, siendo reimpressa en Córdoba en 1815 con la nueva efusión moralista que deparó en la sociedad española la vuelta del Absolutismo, en ella se define al teatro y a los sainetes como verdadera “escuela de vicio”, argumentos a los que se adhiere Vera en su respuesta, haciendo incapié en todo lo que pudiera haber de obscenidad no solo en sus textos, sino también en los propios cómicos y sus costumbres. Así por ejemplo, dice de estos:

“ensáyanse luego todos juntos, siéntanse promiscuamente, háblanse, y míranse cara a cara sin reparo, ni miedo alguno: en estos ensayos, como que son cada día, están las mujeres como de casa, y medio desnudas: concurren de todas clases mozos galanes, ellas agraciadas, muchas veces hermosas, y menos libres: exercitan allí sus habilidades, representan, cantan, baylan y tocan, no con descuydo, sí con todo el primor del arte, y aún con estudio, para dar mejor gusto al Pueblo, que le mira, y oye fuera de lo torpe, que tienen ilusiones del verso, añaden ellas en los bayles, y sainetes de propio Marte acciones impuras, ademanes, y requiebros livianos, puliendo la representación cada una conforme a su gusto... Salen, después estas fiestas al tablado, rozándose ellos con ellas al tiempo de entrar y salir en el vestuario; éste es común, allí se peynan, visten, y desnudan unos a otros; y muchas vezes la prissa de mudar vestidos (que es muy

---

<sup>1182</sup> Ibid, págs. 125-128, y 140-144: Desarrollo de los diferentes aspectos que sobre los colegiales estaban recogidos en los estatutos de la citada institución.

frecuente) por no detener el auditorio, obliga a que los hombres ayuden a desnudar, y vestir las mujeres, y al contrario”<sup>1183</sup>.

Falleció el día 21 de enero de 1763 en el citado Colegio de San Bartolomé, donde residía, otorgando ese mismo día un poder para testar ante el escribano Nicolás de Alcalá y Guerrero, en él nombraba como sus albaceas a doña Josefa Coguer y a don José Yrisarri, dejando a la voluntad de estos el número de misas y otras mandas piadosas que debían ser aplicadas por la intención de su alma. Su partida de defunción dice así:

“El S. <sup>r</sup> D. <sup>n</sup> Pedro Jph de Vera y Baena. Canonigo deesta S. <sup>ta</sup> Ygl. <sup>a</sup>	En Cadiz Veinte y dos de Enero de mill set <sup>s</sup> sesenta y tres a. <sup>s</sup> Se enterro por la tarde en esta S. <sup>ta</sup> Yg. <sup>a</sup> Cath. <sup>l</sup> por el S. <sup>or</sup> Dean y Cavildo della el S. <sup>or</sup> D. <sup>or</sup> D. <sup>n</sup> Pedro Joseph de Vera y Baena Presbítero Canonigo Penitenciario della rector que fue del Colegio de S. <sup>n</sup> Barth. <sup>e</sup> dedad de cinquenta y tres a. <sup>s</sup> nat. <sup>l</sup> dela Ciu. <sup>d</sup> de Sevilla vivía en dho Colegio Recibió los Santos Sacram. <sup>tos</sup> otorgo poder para testar y de Albaceazgo a D. <sup>a</sup> Josepha Coguer y à D. <sup>n</sup> Joseph Yrissarri el día veinte y uno del presente mes y año ante D. <sup>n</sup> Nicolás de Alcala y Guerrero ss. <sup>no</sup> pp. <sup>co</sup> no señalo numero de missas murió en veinte y uno lo firme como cura Sem. <sup>ro</sup> = entre renglones veinte y uno= vale. Ger. <sup>mo</sup> de Herrera y Gomez” <sup>1184</sup> .
---	---

### Fernando José Criado y Venegas

Hijo de don Francisco José Criado, familiar y alguacil del Santo Oficio y de doña Inés Venegas y Torres, hermana de la madre del futuro cardenal Delgado, fue bautizado en Villanueva el 10 de febrero de 1712<sup>1185</sup>. Pertenecía a una de las mejores familias del pueblo, emparentados como decimos con la familia del futuro prelado, quizás para sellar antiguas rivalidades por copar los principales cargos de regimiento, como ya vimos en el episodio ocurrido en el interior del templo ariscaleño entre el

---

<sup>1183</sup> Dicha respuesta es reproducida parcialmente por Emilio Prados Fernández en “La descalificación moral del sainete dieciochesco”, *El teatro menor en España a partir del siglo XVI*. Actas del coloquio celebrado en Madrid, 20-22 de mayo de 1982, edición del Instituto Miguel de Cervantes (CSIC), 1983, págs. 215-230, 221-222. Puede verse asimismo del mismo autor: *Historia del Teatro en España*, Siglo XVIII-XIX, 2 vols., tomo II, Taurus 1988. De Francisco Aguilar Piñal puede consultarse por su relación con Sevilla: *Sevilla y el Teatro en el siglo XVIII*, Oviedo, Catedra Feijóo de la Universidad de Oviedo, 1974; e *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, Trotta-CSIC, 1996.

<sup>1184</sup> ACC, Parroquia de Santa Cruz, *Libros Sacramentales*, Defunciones, libro 16, fol. 232.

<sup>1185</sup> APVA, *Libros Sacramentales*, Bautismos, núm. 2.

alcalde ordinario, Pedro Martín Sánchez Criado, y el alcalde mayor Bartolomé Delgado, enviado por el conde de Gelves.

La familia desde luego gozaba de buena posición, como puede observarse de la magnífica casa que esta familia poseyó en el pueblo, hoy Casa de Cultura, el enterramiento en el interior del templo parroquial, o la elegante pila bautismal rococó en jaspe rojo con leyenda alusiva a su donación por parte de uno de los miembros de la familia, prebendado de la catedral. Como buenos labradores acomodados con aspiraciones hidalgas, intentaban colocar a varios de sus miembros en instituciones notorias de la vida social, como el Santo Oficio, o la carrera eclesiástica, donde algunos de sus miembros fueron familiares y comisarios, entre ellos el propio padre del prebendado que nos ocupa, o llegaron a ordenarse de órdenes, tanto menores como mayores. Aunque el cargo de familiar o la posesión de una capellanía no constituían en sí mismas una prueba de nobleza, sí por ejemplo la de oratorio<sup>1186</sup>, eran sin duda importantes elementos de distinción en la sociedad española del Antiguo Régimen, llegando a devolverse a su hermano Pedro Criado y Venegas, alcalde mayor de la villa en 1778, la Blanca de la Carne. Y aunque su sobrino, hijo de este último, Fernando Criado y Lommaert, avecindado en Sanlúcar la Mayor, llegó a conseguir una Real Provisión de Hidalguía en la Real Chancillería de Granada en 1791<sup>1187</sup>, la familia se extinguiría por vía masculina en las primeras décadas del siglo XIX, desapareciendo de entre los apellidos del pueblo.

El 27 de septiembre de 1734, siendo aún clérigo diácono, solicita del vicario santiaguista se pidan al señor prior de la Orden las debidas “reverendas” para ser ordenado de presbítero, recibiendo cuatro años más tarde el adelanto de sus legítimas, lo que le permitió reforzar ampliamente su patrimonio junto a los que ya tenía por servir la capellanía familiar<sup>1188</sup>. En 1740 obtendrá una coadjutoría de media ración en el cabildo

---

<sup>1186</sup> En este sentido ver la obra de Fernando de Artacho y Pérez-Blázquez: *La nobleza sevillana a través del privilegio de oratorio: algunas consideraciones históricas sobre la nobleza sevillana*, opus cit.

<sup>1187</sup> Su hermano Francisco Criado Lommaert (Sevilla, 1760) obtuvo el grado bachiller en filosofía y letras en la Universidad de Sevilla (AHUS), Colegio de Santa María de Jesús, *Pruebas de Limpieza de Sangre*, año 1780, libro 715, fols. 137-141). A sus padres, Pedro Criado y Venegas, familiar del Sto y María Josefa Lommaert y Valenzuela se les devuelve en 1736 la Blanca de la Carne, reconocimiento implícito de nobleza por parte del cabildo municipal sevillano. Ver José Díaz de Noriega y Pubul: *La Blanca de la Carne en Sevilla*, 4 vols., Madrid, Hidalguía, 1976, tomo II, pág. 87.

<sup>1188</sup> APVA, *Varios*, Órdenes Sagradas, leg. 33: solicitud para acceder a las órdenes mayores. APNSM, Protocolos de Villanueva del Ariscal: Donación de legítimas en legajos 1.646, fols. 365-366, y 1.647, fols. 266-267; compraventa de viñas y traspaso de bodegas a su hermano, legs. 1.647 (457-458), 1.655 (235-236); redención de tributo a

hispalense, la cual no cabe desde luego atribuirla a una intervención directa de Delgado y Venegas, en esos años todavía culminando sus estudios en Alcalá. Si es posible en cambio que para conseguirla usara del propio pecunio familiar, y pensamos que desde luego con la ayuda e influencia del arcediano e inquisidor Curiel, cuya madre recordemos era ariscaleña, si bien no hay pruebas documentales que apoyen tal aseveración. Así, Criado y Venegas, entra al cabildo hispalense en 1740 como coadjutor del medio racionero Damián de Villoslada, consiguiendo la posesión de la misma solo después de muchos años, tras el fallecimiento de aquel, el día 13 de febrero de 1755<sup>1189</sup>. Sirviendo en esta prebenda fallecería, no haciendo más carrera en el cuerpo catedralicio probablemente por su exclusiva dedicación a la capellanía familiar y a los negocios agrícolas que poseía su familia en Villanueva, donde siempre residió. En los protocolos notariales de Villanueva podemos observar las diferentes escrituras de compraventa, principalmente viñas y bodegas, que Criado adquirió o traspasó a lo largo de los años, tanto en su nombre como en la de su hermano Pedro. Dicha capellanía, era la fundada en la parroquia de Villanueva en 1719 por su tío el licenciado don Pedro Criado y Quintanilla (curiosamente antepasado del autor de esta tesis), que había sido ordenado de menores antes de su matrimonio con doña Beatriz Delgado, y probablemente el personaje con mayor fortuna del pueblo, en 1716 había escriturado la construcción del altar dedicado a Nuestra Señora del Rosario en el templo parroquial, a cuyos pies había situado la bóveda de enterramiento familiar que había adquirido, y que aún permanece. Antes que Criado y Venegas había servido la capellanía otro clérigo de la familia, un hijo del fundador, don Francisco José Criado, el cual había sido ordenado de las órdenes menores por el obispo de Lacedemonia primero el 23 de febrero de 1714 en el oratorio privado de este, y un día más tarde en el convento de las Dueñas. Las de Epístola, que recibió a título de capellanía siendo acólito, le fueron conferidas el 10 de febrero de 1717, y la de Evangelio, extra témporas, el 11 de mayo de ese mismo año, junto al también ariscaleño Sebastián Limón. Finalmente, fue ordenado de Misa, siendo ya diácono, el 13 de junio de 1717, también junto a Limón<sup>1190</sup>.

---

Francisco Echegoyán, leg. 1.656, año 1781, fols. 16-18; tributo a censo por ciertas viñas en Villanueva del monasterio sevillano de San Clemente, año 1776, leg. 1.655, s/f. Su testamento en legajo 1.656, 2 de noviembre de 1781, fols. 82-86. Existe un codicilo anterior y no posterior como debiera ser normal en 14 de diciembre de 1775, legajo 1.655, 436-437.

<sup>1189</sup> AGAS, Catedral, I, *Secretaría*, Limpieza de Sangre, exp. F-95, año 1740.

<sup>1190</sup> Ibid, Arzobispado, *Instrumentos de Descripción*, Registros de Órdenes Sagradas, libros 14, fols. 27, 33, y 340.



Como ya vimos en el apartado dedicado a las rentas de los capitulares, Criado, percibía en el año 1780 unos ingresos líquidos anuales por la media ración que poseía en propiedad desde 1755 y como coadjutor desde 1740 algo superiores a los 20.000 reales de vellón, lo que le deparaba recibir de forma mensual una cantidad cercana a los 1.660. En 1762 costea para la parroquia de Villanueva la construcción de una elegante pila bautismal, en jaspe rojo, que en su pie conserva una leyenda alusiva a la donación: “Esta taza la dio el S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Ferna.<sup>do</sup> Criado Prebe<sup>o</sup> de la S.<sup>a</sup> Ygl<sup>a</sup> Patriar.<sup>l</sup> d Sevilla en memoria de aberse baup<sup>ti</sup> en esta Ygl<sup>a</sup>. Año de 1762” (Ver Apéndice de Ilustraciones). Es de hacer notar que el citado prebendado Criado falleció en su villa natal un día después que su primo el cardenal Delgado lo hacía en Madrid, el 12 de diciembre de 1781, conservándose aún su lápida sepulcral a los pies del antiguo altar del Rosario, espacio agrandado durante el siglo XX para construir una capilla sacramental pero que conserva a la entrada el altar de la referida advocación. En el asiento que a su muerte se inscribe en el Libro de Prebendados podemos comprobar su escasa asistencia a las horas de coro y otras ceremonias establecidas a los capitulares, como el mismo reconoce aumentando la cantidad de dinero que lega al cabildo, siendo sustituido en su media ración por don José Maestre:

“En Miercoles 12 de Diz.<sup>re</sup> de 1781 falleció dicho S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> Fern.<sup>do</sup> Criado en la villa de Villanueva del Ariscal su Patria, donde fue sepultado, textó ante Manuel Gonz.<sup>s</sup> de Sequeira SS.<sup>no</sup> de dha Villa: dejó a la Fabrica cinquenta ducados en lugar de oratorio, y otros 50 por la falta de residencia q<sup>e</sup> hubiera tenido, ganó en esta media razion hta dho día 12 todo el día por haber fallecido a las 4 ½ de el=”.

En su testamento, otorgado ante el expresado escribano, el prebendado dejó por su alma 2.000 misas, a 3 reales de estipendio cada una, decretando sus compañeros capitulares los sufragios estipulados que le correspondían: señal y doble de la torre por 24 horas, honras con su vigilia, que tendrían lugar los días 13 y 14 de enero de 1782, y misa de cuerpo presente para el 19 de diciembre “con pena” (pecuniaria) y sermón, que predicó el dominico del convento de San Pablo padre Barea, el mismo que fue encargado por el cabildo para realizarlo en los funerales de Delgado y Venegas<sup>1191</sup>.

---

<sup>1191</sup> Ibid, Catedral, III, *Liturgia*, Libro de la Diputación de Ceremonias, 86, fol. 220; y Arzobispal, *Gobierno*, Asuntos Despachados, leg. 50.

### Francisco Fernández del Pino, ministro de Fernando VII.

Don Francisco Fernández del Pino y Burgos León, nacería en Antequera (Málaga) el 13 de abril de 1768, llegando a ser con el tiempo consejero de Castilla, y ministro de Justicia en los últimos gobiernos del mencionado monarca. Agraciado con numerosas condecoraciones se le concederían por parte de la regencia de María Cristina los títulos de conde de Pinofiel y vizconde de Solís, finalizando con él las reseñas biográficas que componen esta tesis doctoral. Su enlace con las familias Vera y Delgado llegó a través de su matrimonio con doña María Dolores Osorio-Calvache y Vera, hija del coronel Manuel Osorio-Calvache y de doña Josefa de Vera y Rivero, quien hermanastra del padre del arzobispo de Laodicea, y por lo tanto tía carnal suya y de sus hermanos. Esta señora fue hermana entera de don Francisco de Vera y Rivero, antiguo colegial de Alcalá, donde fue electo en 15 de junio de 1758 para una beca “capellana” mayor que renunció al poco tiempo para ocupar el puesto de provisor y vicario general del arzobispado de Granada, en cuya catedral obtuvo una canonjía en 1764, siendo posteriormente dignidad de abad de Santa Fe, y finalmente deán en 1787<sup>1192</sup>.

Doña Josefa había nacido en Sevilla el 9 de mayo de 1743, siendo bautizada en la parroquia de San Pedro por su propio hermanastro don Pedro de Vera y Baena, provisor y vicario general del obispado de Cádiz, hija de don Francisco Antonio Vera, que había sido recibido noble en Bollullos en 1699 y en Sanlúcar en 1701, y de su segunda esposa doña María Rivero Torres y González Castillo. Casaría en Granada el 17 de enero de 1777 con el coronel don Manuel Osorio-Calvache y González-Merchante, maestrante de Granada y nacido en esa ciudad en 1748, si bien este en el momento del enlace era tan solo subteniente de granaderos. Osorio era hijo de don Carlos Osorio-Calvache y Moredas, igualmente maestrante, veinticuatro de la ciudad, y capitán de granaderos, y de doña Teresa Alfonsa González Merchante y Arroyo, granadina también de nacimiento. Fruto del matrimonio de doña Josefa de Vera con don Manuel Osorio

---

<sup>1192</sup> Datos genealógicos y sobre las diferentes distinciones y ocupaciones que desempeñó en AHN, *Estado*, Órdenes Civiles, Carlos III, exp. 1.729, año 1818; gran cruz de Isabel la Católica, Estado, 6.318, exp. 16, año 1830; y de su hijo Juan, Carlos III, exp. 2.099, año 1831. Sobre la estancia de Vera y Rivero en Alcalá ver AHN, *Universidades*, libros 1.078, fol. 411, 1.141, fol. 229, y 1.233, fol. 153v (Libro de Recepciones de Colegiales y Capellanes de San Ildefonso de Alcalá. Su nombramiento como deán en *Gaceta de Madrid* de 17 de julio de 1787, núm. 57 de la colección, págs.470-475.

nacería en 1769 doña María de los Dolores, quien contraería nupcias con el expresado Fernández del Pino, del que haremos una somera relación biográfica<sup>1193</sup>.

Nacido en Antequera como dijimos, cursó estudios de leyes en la Universidad de Granada, primero en el colegio de los Santos Apóstoles Bartolomé y Santiago, y luego en el de Santa Cruz, donde obtuvo el título de bachiller en 1787. Tras graduarse, Fernández del Pino ejercerá en ella como catedrático de Prima de Leyes, dando pronto el salto a la carrera judicial, desempeñando el puesto de alcalde del crimen primero en la Real Audiencia de Galicia (16 de agosto de 1803, *Gazeta* de 30 de agosto), y luego en la de Sevilla, obteniendo en 1805 el puesto de oidor en la Chancillería granadina. Aunque su padre ya había sido alistado como noble en diferentes padrones de Antequera, Francisco Fernández del Pino obtendría una Real Provisión ante la Chancillería granadina el 1 de diciembre de 1809, siendo recibido en su villa natal como hijosdalgo notorio el 16 de enero de 1810.

En 1817 se le designa para el cargo de regente de la Audiencia de Extremadura, y en 1821 para el de la Real Chancillería de Granada, siendo elevado en 1824 a una plaza en el Consejo de Castillo, acontecimiento que lleva a su villa natal a aclamarlo hijo predilecto, nombrándole además por regidor perpetuo. Nombrado por el rey gobernador de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, en 1832 será nombrado para el ministerio de Gracia y Justicia durante la presidencia de Cean Bermúdez, ejerciendo entre el 14 de diciembre de 1832 y el 25 de marzo de 1833 en sustitución de José Canfranga Costilla. En dicho puesto presidirá el 31 de diciembre de 1832 en calidad de notario mayor del Reino la retractación del monarca en la anulación a la que se había visto forzado durante su grave enfermedad de la Pragmática Sanción de Matrimonios Reales de 1789, hecha pública por Fernando el 29 de marzo de 1830 para asegurar el acceso al trono a su descendencia en detrimento de Carlos María Isidro, hasta entonces presunto heredero y líder del sector ultramontano, acontecimiento que marcó en gran medida el devenir inmediato del reinado y de buena parte del siglo.

Fue uno de los últimos presidentes del Consejo de Castilla en 1834, si bien de manera interina, sustituyendo a don Francisco Javier Castaños, el vencedor de Bailén, y antecediendo a don Pedro de Inguanzo, organismo que sería suprimido ese mismo año,

---

<sup>1193</sup> Archivo Parroquial de San Pedro, Sevilla (APSP), *Libros Sacramentales*, Bautismos, libro 10, fol. 138v; y Archivo Parroquial de los Santos Justo y Pastor, Granada (APSJYP), Matrimonios año 1777, fol. 274.

ocupando Fernández una plaza en el Tribunal Supremo de Hacienda, y luego entre 1838-1840 la presidencia del Tribunal Supremo de Justicia, puesto en el que sustituyó a Vicente Cano Manuel. Maestrante de Granada. Caballero de Carlos III, expediente 1.729, Real Decreto de 23 de agosto de 1817 aprobado 29 de enero de 1818. Gran Cruz de Isabel la Católica en 1830, comendador de la Legión de Honor en Francia (1832). Como premio a su trayectoria pública y a su fidelidad a la causa isabelina se le concedió por parte de la reina gobernadora los títulos de conde de Pinofiel, en 2 de febrero de 1834, y el vizcondado de Solís, 24 de marzo de 1834, solicitando el agraciado por los muchos gastos que había tenido en defensa de la joven reina, fuera este libre del impuesto de lanzas y media annata<sup>1194</sup>.

Integrado en el nuevo sistema seguido a la muerte del monarca, es designado prócer del Reino con fecha 23 de junio de 1834, siendo presidente de dicha cámara estamental. Senador por designación real por Málaga el 14-2-1840, actuaría durante las sucesivas legislaturas hasta su fallecimiento en 1843<sup>1195</sup>. Entre las comisiones que presidió o participó cabe mencionar las de Gracia y Justicia, Bienes Mostrencos, extinción de cargas y prestaciones de patronatos en los conventos suprimidos, en la creación de un Consejo de Estado, supresión del fuero de los maestrantes. En su discurso como presidente del máximo tribunal durante la apertura del año judicial de 1839 hizo una cerrada defensa de la legitimidad isabelina y de la Constitución como norma fundamental, bajo cuya sombra debían reunirse todos los españoles en defensa de los derechos de la joven reina. De su carácter nos ha quedado testimonio de su antiguo compañero José María Zuaznávar, recogido – de manera errónea en nuestra opinión – en el *Diccionario biográfico de parlamentarios de Andalucía*, si bien creemos reproducido de forma equívoca. Así en el dicho *Diccionario*, se observa que al ocupar Fernández “silla tan alta”, en referencia a la presidencia del Tribunal Supremo para el que fue designado, este se habría vuelto altivo e inconstante “como los vientos, al paso de las amistades con los Sres. Ministros”, siendo la cita original de Zuaznávar: “Yo, cuyos destinos y amistades con los Sres. Ministros de Gracia y Justicia, Calomarde y Fernández del Pino (que conocí ya hombres formados) sufrieron la inconstancia de los vientos, al paso que, las amistades con los Sres. Ministros, que conocí durante nuestra mozedad, los Canos Manueles, han sido, constantes y consiguientes”, de lo cual se

---

<sup>1194</sup> RAH, Archivo de Isabel II, *Correspondencia*, signatura: 9/6939, legajo I, núm. 8.

<sup>1195</sup> Archivo del Senado (AS): Expediente personal como prócer y senador: HIS-0348-05 (1834-1843).

colegiría más bien en la inconstancia y fluctuación en la amistad y conocimiento que este tenía con varios ministros de la época más que del carácter personal de alguno de ellos<sup>1196</sup>.

Don Francisco Fernández del Pino, primer conde de Pinofiel fallecería en Madrid el 26 de enero de 1843, su hijo Juan, le sucederá en el título nobiliario y en la carrera política, óbito comunicado a la soberana en carta reservada fechada el 10 de febrero. En ella se participaba al duque de Riansares la total fidelidad del difunto hacia la antigua reina gobernadora, manifestando que “sus postreros recuerdos de la augusta reina a quien tanto amó”, y que el hijo se encargaba de reiterar en su nombre hacía la exiliada reina y su hija doña Isabel<sup>1197</sup>.

---

<sup>1196</sup> Ver de José María Zuaznávar y Francia: *Memorias para la vida de D...* (él mismo), San Sebastián, Imprenta de Ignacio Ramón Baroja, 1834, pág. 92; y *Diccionario biográfico de parlamentarios de Andalucía, 1810-1869*, letras A-G, Centro de Estudios Andaluces, 2010, págs. 467-468. Dicho Diccionario equivoca su segundo apellido que no era Osorio-Calvache, siéndolo el de su hijo Juan, que aparece biografiado a continuación.

<sup>1197</sup> AHN, *Diversos-Títulos*, leg. 59, exp. 13.

## VIII. CONCLUSIONES

El principal propósito de este tesis doctoral que ahora se presenta al juicio del tribunal ha sido elaborar una biografía lo más completa posible sobre dos figuras principales en la historia de la Iglesia sevillana de los siglos XVIII y XIX: el cardenal Francisco Javier Delgado y Venegas, que rigió la sede hispalense entre 1776 y 1781; y su sobrino Juan Acisclo de Vera, arzobispo de Laodicea, coadministrador de esta misma sede por el segundo cardenal Borbón en los difíciles tiempos de la invasión napoleónica, quien por avatares de los acontecimientos acabó presidiendo la Junta Suprema Central e involucrado en todo el proceso político que antecedió al periodo constituyente gaditano. El estudio de sus vidas va además insertado en el marco de un estudio prosopográfico sobre las élites eclesiásticas hispalenses en dicho periodo, que ejemplificamos en los diferentes miembros de su familia que dedicaron su vida a la Iglesia desde los más importantes puestos de la curia o del cabildo catedralicio, los dos escenarios de poder principales en la vida clerical de la diócesis, de ellos incluimos una serie de reseñas biográficas más breves que más adelante serán comentadas. Sin duda habrán quedado aspectos por detallar, fuentes importantes por investigar, y teorías expuestas por refutar, pero por la amplia gama de los temas abarcados pensamos que se ofrece un ancho panorama biográfico inédito sobre la vida de estos personajes, en los que personificamos el comportamiento de los sectores más tradicionales de la Iglesia y la alta burocracia española – caso de los Curiel – en aquellos años en que agonizaba el Antiguo Régimen.

Desde luego el cardenal Delgado merecía una amplía investigación, y no solo por la faceta que más ha interesado a los investigadores, el de su destacada labor como mecenas, que volcó sobre todo en el ajuar litúrgico y exorno de los templos de las diócesis que gobernó, proceder justificado por el alto sentido teológico que tenía un adecuado e incluso esplendente adorno de estos como “Casa de Dios”; también por su acción pastoral o por sus reacciones ante los fenómenos sociales y políticos que dominaron el siglo: su relación con los ilustrados, la problemática jesuita, el regalismo, las relaciones con Roma... Creemos que estos y otros aspectos reseñados van ampliamente documentados y justificados, pudiendo ofrecernos una buena panorámica sociográfica del comportamiento general del episcopado moderno ejemplificados en su vida. Así por ejemplo no solo se han rectificado datos erróneos o idealizados de su

biografía personal, caso de sus estudios académicos – que quedan clarificados – o sobre su origen familiar (ver por ejemplo la idealizada creencia que aún recogía Mingüella en su episcopologio sobre un pobre chico huérfano), también su opinión favorable por poner un ejemplo significativo a la expulsión de la Compañía de Jesús, que algunos como Vicente de la Fuente expusieron como una de las pocas respuestas negativas que recibió el monarca; o la falsa atribución a su munificencia de importantes piezas artísticas, tales como un cáliz y un copón de oro y piedras preciosas que aún puede contemplarse en la catedral hispalense como donación suya. Igualmente y abundando en este sentido se aportan nuevos datos sobre el origen y localización de otras muchas piezas, como algunos de los retratos que nos han quedado del purpurado, identificados erróneamente, caso de dos retratos calificados de copias de los que hizo Espinal del prelado pero que lo son de un Bayeu que ha pasado desapercibido para la bibliografía sevillana. De todo ello y de cada una de las piezas donadas por el cardenal durante su vida se ofrece detallada cuenta, tanto de su origen, descripción, o localización actual, quedando buena parte de ellas reproducidas en un apéndice de ilustraciones final, pudiendo deducirse de las conclusiones generales de la tesis que su figura debe contarse entre los principales mecenas de la Iglesia en todo el siglo XVIII español, y no solo por su custodia de Sigüenza, ensalzada ampliamente en sus días y posteriormente, su mayor aportación al arte español, sino por la magnitud, valía, y diversidad de su conjunto. Ejemplo de ello serían las amplias inversiones con que benefició al templo catedralicio hispalense, manifestados en costosos vasos sagrados y ornamentos litúrgicos, el losado del coro y del crucero, el dorado de sus rejas, las obras de embellecimiento que llevó a cabo en su palacio arzobispal, que reformó ampliamente y cuyo testimonio más palpable fue el magnífico exorno pictórico de su escalera principal y cúpula, que encargó a Espinal, la Capilla del mismo, o en la reconstrucción de otros templos señalados como el de San Bernardo y San Bartolomé en Sevilla.

Analizando otros importantes aspectos de su acción pastoral, se puede concluir que sus posiciones fueron similares a las de sus hermanos en el episcopado, definidas por la profusión de limosnas, como ya vimos en el capítulo anterior, y por un vigilante celo en la adecuación de la moral pública a la ortodoxia, por lo que puede y debe ser calificado como obispo tradicional, si bien es necesario reconocer que una postura muy distinta a ello hubiera constituido un comportamiento bastante extemporáneo. Las cifras estudiadas en lo que a caridad y beneficencia se refieren son similares a los de sus

inmediatos predecesores y sucesores, si bien es verdad se observa en algunas partidas una cierta merma respecto a las cantidades aportadas en otros pontificados, algo que se podría achacar a los grandes proyectos suntuarios que abordó o a los ingentes gastos que debió también afrontar en la corte, a donde fue llamado por el monarca. Aún así las ayudas a pobres necesitados, instituciones benéficas, conventos, sobre todo femeninos, curas necesitados, doncellas para contraer matrimonio (en un solo año concedió 350 que importaron cantidades cercanas a los 800.000 reales), o a todo aquel que se acercara a Palacio o por donde este fuera le hacen equipararse bastante a las conferidas por arzobispos como Solís o Llanes, cuyos pontificados son hasta el momento los más estudiados en este sentido junto con Delgado.

De su relación con la sociedad de su tiempo y el fenómeno ilustrado ya hemos visto que fue un prelado tradicional, contrario a las novedades que venían del extranjero, principalmente en materia filosófica y de costumbres, como se vio en los ejemplos expuestos de su reticencia al trabajo de las religiosas – ver la correspondencia con Jovellanos –, en la erradicación del teatro de Sevilla, y en la convicción de reevangelizar a la población, para lo cual usó de las misiones que sobre todo los capuchinos iban realizando por todo el reino, contando para ello con la colaboración del más celebrado orador del siglo, fray Diego José de Cádiz. Sin embargo, y a pesar de todo esto podemos englobarlo en el apartado de los prelados reformistas, pues apoyó decididamente el fomento de la industriosisdad y la agricultura a través del impulso que dispensó a nuevas instituciones creadas al efecto, como la Real Sociedad Patriótica por ejemplo, germen de la de Amigos del País, o mediante diferentes medidas conducentes a conseguir una mayor racionalización de la práctica religiosa, como ya se vio en el caso de los disciplinantes o del curanderismo en Canarias.

El estudio sobre Juan Acisclo ha sido si cabe más placentero desde el punto de vista del investigador, pues su figura, absolutamente desconocida, estaba además cargada de prejuicios o exageraciones en las pocas líneas que hasta ahora habían reparado en su figura. En este sentido se ha detallado con rigor y de manera documental todos los aspectos de su acción de gobierno, tanto como coadministrador del Arzobispado de Sevilla, cargo que desempeñó entre los años 1800 y 1815, y de su circunstancial actuación política durante los primeros años de la invasión napoleónica, poniendo en su sitio el alcance de sus actuaciones, que hasta ahora como decimos eran o



minusvaloradas o sobredimensionadas. Se detallan tanto las que le cupieron realizar en la Junta de Sevilla como en la Junta Central, donde fue vocal por Sevilla primero y luego su último presidente, y también durante todo el proceso pre-constituyente, ya desde las comisiones que integró, donde acaudilló la facción más reacia al alcance que debían tener las Cortes, o desde la presidencia de la citada Junta Central. Precisamente a santo de esta última etapa ha sido más necesario clarificar en detalle el alcance de sus actuaciones, distorsionadas en algunas aportaciones publicadas estos últimos años con motivo de los diferentes bicentenarios acaecidos sobre la Guerra de Independencia y la Constitución de Cádiz, en los que se sobredimensionaba su papel por el solo hecho de haber firmado el decreto de convocatoria a Cortes, adjudicándole alguno una adscripción liberal que nunca tuvo, y que por otra parte además le hubiera horrorizado. Por otro lado una de las principales aportaciones a la biografía de Vera y de su mandato en la Junta Central ha sido el desentrañar su decisivo protagonismo en el final de esta, zanjando el debate que dividía a sus miembros entre mantener el poder o resignarlo en una regencia nueva, adelantándose a reconocer a esta jurándole fidelidad y conminando al resto a seguirle, hecho que se llevó finalmente a efecto el 31 de enero de 1810 en el Colegio de María de la gaditana Isla de León, hoy San Fernando<sup>1198</sup>.

Vera, típico elemento del alto clero conservador de la época, Ronald Fraser lo define de “conservador bastante moderado”<sup>1199</sup>, si bien yo diría más bien conservador de talante personal moderado, más erudito que ilustrado – aunque ya vimos por el contenido de su biblioteca que conocía perfectamente el fenómeno –, se mostró reacio como la mayor parte de sus colegas a aceptar cualquier novedad ideológica heterodoxa al dogma o a la moral establecidas, afirmándose en todo caso partidario del tradicional reformismo dirigido por el trono en armoniosa colaboración con el altar. Sin embargo ante los turbulentos acontecimientos que tocó vivir a su generación actuaría bajo dos perspectivas. En la primera se muestra severo con el enemigo y sus seguidores, a los que considera la propia encarnación del mal – como vimos en su *Exhortación* a los españoles –, coincidiendo plenamente con la posición que venían avisando los clérigos

---

<sup>1198</sup> Actuación decisiva que quedó recogida en el propio *Diario de Sesiones de las Cortes* del 19 de marzo de 1813, primer aniversario de la Constitución, donde se exponen los motivos por los que la Regencia le había concedido una plaza de consejero de Estado que ahora se confirmaba por el Legislativo particularmente por: “el acto de conferir la posesión al Consejo de Regencia y prestar el juramento, cortando con tesón y premura las diferentes contestaciones impertinentes e intempestivas que se suscitaron y pudieron dilatarla, y aun invalidarla”.

<sup>1199</sup> Ver su obra *La maldita guerra de España: historia social de la Guerra de Independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2006, pág. 512.

apologistas durante toda la centuria anterior, y no solo por la alteración del orden establecido en Europa, sino principalmente por considerarlos enemigos de la religión, cuyos bárbaros actos confirmaban las noticias que llegaban desde todos los puntos de España. La otra perspectiva tiene relación con el alcance y los objetivos que el reformismo afianzado en Cádiz perseguía, y de los que siempre desconfió al igual que buena parte del clero: ver por ejemplo el plan que se achaca al arzobispo de instaurar un sistema bicameral en el que una cámara alta mediatizara la labor del legislador, o la ya citada sanción del decreto de convocatoria a Cortes a pesar de haber sido uno de los principales enemigos de esta idea.

¿Pero era esta actitud complaciente fruto del oportunismo, o más bien de un sentido tomista del legalismo? Pensamos que más bien lo segundo, recordemos que Vera era doctor *in utroque iure*, y como muchos otros prelados o laicos del momento más que al propio alcance de dichas reformas lo que temían verdaderamente era al caos y a la anarquía que podría sobrevenir del derrumbamiento de la resistencia patriótica, en situación desesperada en esos días, apoyando de manera disciplinada las diferentes decisiones de los nuevos poderes constituidos, considerados legítimos en ausencia del monarca. Además en el caso de Vera y Delgado este se encontraba muy supeditado en su autonomía, sobre todo tras la disolución de la Junta Central, por el acatamiento que debía a su prelado, el cardenal Borbón, del que era coadministrador para la sede hispalense, quien sí se había identificado plenamente con la toda la obra liberal planteada en Cádiz, y que Vera acató de manera escrupulosa. En la correspondencia entre ambos y en otros documentos que se aportan se puede comprobar perfectamente el verdadero tira y afloja que supusieron esos años entre una y otra facción en la Iglesia sevillana.

¿Podría definirse a Vera entonces como reaccionario? Yo opino que no, o no al menos si tomamos los criterios de la mayoría de la población en la sociedad en la que vivió y murió, en la que la minoría ilustrada era eso mismo una minoría. Debemos recordar además que el divorcio entre clero y reformismo se inició tras las injerencias de estos últimos en materia religiosa aprovechando la mayoría que tenían entre los constituyentes gaditanos, quienes legislaron para el pueblo pero sin el pueblo, siendo el término fruto de la dialéctica política acalorada de aquellos días luego consolidada durante el breve lapso del Trienio Liberal. En todo caso, Vera falleció mucho antes de

consolidarse el sistema liberal, con lo que dicho apelativo utilizado desde una connotación negativa y opresora no sería del todo propio, pues cabría más para definir a los nostálgicos y defensores del “viejo orden” una vez consolidado el “nuevo”, cosa que no era, y no debería ser aplicado a las generaciones que vivieron de primera mano el choque tremendo que supuso el fenómeno de la revolución y su sangrienta difusión por Europa. Así por ejemplo Vera, prelado humilde y generoso en tantos aspectos, falleció entre el respeto y el cariño de su rebaño, como muchos otros eclesiásticos de su época, y el propio Fernando VII, verdadero demonio de la historiografía liberal hasta hoy día, reinó y falleció entre el cariño y el respeto de la mayor parte de la sociedad que aún no se identificaba aún con los postulados liberales, creándose el célebre mito del “monarca felón” – en el que no entramos – desde la disidencia política, extendiéndose tras su muerte.

De su pontificado en Sevilla podemos decir que se mostró un pastor celoso y amable, dejando entre sus contemporáneos un buen recuerdo. Sin embargo, la mencionada falta de autonomía en materia pastoral o de gobierno, pues como coadministrador debía consultar cualquier decisión de relevancia al prelado, le llevó a mantener un comportamiento cauto, casi indolente en algunos puntos susceptibles de polémica, como se observó por alguno de los testimonios aportados. En su etapa como obispo de Cádiz, una vez restaurado el absolutismo, se dedicaría principalmente a paliar la calamitosa situación económica en la que quedó la diócesis, privada ahora de los ricos recursos americanos, y devastada por el expolio a que fue sometida en los años del cerco francés; mediando además las enormes fricciones que las tensiones políticas desarrolladas en Cádiz durante el proceso constituyente habían creado en el seno de su propio cabildo catedralicio, muy dividido ideológicamente a raíz del intervencionismo que ejercieron las autoridades gaditanas contra la mayoría conservadora observada en él, una división que perduraría aún a la muerte del obispo en 1818. Por último, no quisiéramos cerrar este apartado sin hacer una breve mención a los diferentes procesos de depuración que tuvieron lugar sobre religiosos comprometidos tras la restauración fernandina. El uso inadecuado que aún tras la vuelta del absolutismo hacían algunos clérigos desde el púlpito motivó las quejas del gobierno de Madrid, irritado por una postura que consideraba desagradecida ante la política favorable con que el monarca favorecía a la Iglesia, a la que había devuelto todos sus bienes y potestades. En estas quejas que llegaban se instaba a las autoridades eclesiásticas a reprender severamente a

los clérigos contraventores, mandando el obispo diferentes circulares a todas las parroquias y conventos de la diócesis para que los superiores reprendiesen de manera discreta dicho acaloramiento oratorio. Por lo que se observa de la documentación examinada parece que la sangre tampoco llegó al río pues solo aparecen algunas peticiones de restitución de licencias, y alguna de secularización, no encontrándose ningún expediente que dictaminará castigos más severos o la reducción del eclesiástico al estado laico para ser entregado a la justicia. Sí conocemos en cambio la opinión que el obispo tuvo ante la conocida amnistía de 1817, siendo su posicionamiento similar al de resto de obispos consultados, es decir perdón general a los que hubieran manifestado un sincero arrepentimiento, y ya medidas más duras a los más refractarios y contumaces, a los que califica de “severos dogmatizantes” o “seductores de incautos”<sup>1200</sup>.

En cuanto al estudio de prosopografía eclesiástica y familiar que hacemos, centrado primero en las características socio-económicas del cabildo catedralicio hispalense, y la importancia del elemento familiar en su composición durante la centuria dieciochesca, vimos este seguía siendo un factor muy relevante, siendo muchas como ya se demostró las familias que lo integraban, coincidiendo entre sus capitulares en una misma época numerosos hermanos, primos, tíos, o sobrinos. Así por ejemplo se estudiaron las diferentes “dinastías” conformadas a lo largo del siglo por diferentes familias, siendo la que más prebendados aportó esta que nos ocupa, la formada por las familias Delgado, Vera, o Curiel, a la que seguía la no menos importante estructurada en torno al que fuera deán y coadministrador del primer cardenal Borbón don Gabriel Torres de Navarra, arzobispo de Mitilene, en cuya familia, una de las principales del patriciado hispalense se transmitió incluso el deanato en los siguientes años con su sobrino Luis Ignacio Chacón. En el apartado dedicado a este aspecto en el primer capítulo de la tesis: “Las élites eclesiásticas, elemento de poder social (S. XVIII-XIX)”, se hace una exhaustiva relación de todas las familias que aportaron más de un pariente cercano al cabildo, que en total fueron 35 familias, coexistiendo de manera más o menos simultánea al menos: 55 hermanos, 19 primos, 15 tíos y 21 sobrinos en grado cercano.

---

<sup>1200</sup> Si bien Pedro Antonio Perlado, que estudió ampliamente este asunto y las respuestas de todos los obispos, considera la de Vera entre las más duras enviadas, postura en la que tras leer detenidamente la respuesta no coincidimos del todo, debiendo ser matizada.

Asimismo, y junto a todo lo expuesto ya sobre las características sociográficas del cabildo capitular como máximo órgano de poder en la Iglesia sevillana junto a la curia diocesana, e incluso casi se diría por encima de esta pues recordemos que hasta los diezmos que recibía el cabildo superaban a los de la propia mitra, se aportan también importantes datos sobre las rentas y emolumentos que podía percibir un capitular en todo el periodo que abarca el siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX. Hasta ahora este aspecto tan solo había sido estudiado de forma exhaustiva y para el siglo XVII por el profesor Hernández Borreguero<sup>1201</sup>, teniéndose en cuenta en esta tesis para su conformación no solo las rentas recibidas por cada prebenda, sino también las de sus bienes patrimoniales, negocios seculares, o hábitos empresariales y culturales que pudieran tener. En este sentido es paradigmático el caso expuesto del interesante canónigo Pedro de Vera y Delgado, penitenciario de la Santa Iglesia Catedral, pero también hermano mayor de la elitística – en cuanto al poder económico de sus integrantes – Santa Caridad, y notable empresario agrícola y ganadero, pues sus toros llegaron a lidiarse en la Maestranza sevillana y en la corte. Por último se incluyen también interesantes datos – en mi opinión – sobre las formas de piedad y legados testamentarios del alto clero sevillano, comportamiento que puede ser extensible a otras zonas del país, examinándose en detalle las diferentes mandas pías dispensadas: cuáles iban a parar a su familia, a sufragios por su alma, a la servidumbre, a instituciones benéficas, o jugosas noticias – para los historiadores del Arte – sobre el destino de sus bienes suntuarios, dándose noticia del paradero final de buena parte de estas piezas, muchas de ellas inéditas para la bibliografía especializada.

De la familia Curiel, importante familia de la burocracia borbónica ennoblecida, salida de las élites letradas locales con pretensiones hidalgas, podemos decir otro tanto, pues se ha conformado una adecuada aportación biográfica para el primer personaje notorio del linaje: Luis Francisco Curiel y Tejada, quien dio el salto desde esas élites citadas a la alta burocracia de los Consejos y a la nobleza de las órdenes militares, interesantísimo personaje situado en el contexto del primer reformismo dieciochesco, marcado por los inicios del regalismo, la pugna entre colegiales y manteístas, o la uniformidad legislativa tras la Guerra de Sucesión, no existiendo sobre él ninguna reseña de tipo biográfico. De su hijo, el célebre censor Juan Antonio Curiel,

---

<sup>1201</sup> José Julián Hernández Borreguero: *La catedral de Sevilla: economía y esplendor (Siglos XVI y XVII)*, Sevilla, Ayuntamiento-ICAS, 2010. Para las rentas de la mitra hispalense ya se refirieron las aportaciones más importantes, sobre todo las del profesor Martín Riego.

enemigo de los ilustrados, sí existía ya una aportación obra de Ángel González Palencia publicada en 1945, y una breve pero correcta reseña introductoria ya en nuestros días con motivo de la edición de una obra inédita de Curiel sobre los orígenes de la Universidad de Salamanca<sup>1202</sup>. Del personaje, prototipo del servidor público austero y tradicional, antipático a ilustrados e intelectuales tales como Roda, Mayans, o Campomanes, se ha ampliado la información ya existente, analizando sus actos y escritos públicos en el contexto de pugna existente entonces: Tradición-Ilustración, intentando cubrir los huecos biográficos no recogidos en los referidos estudios anteriores, y en la bibliografía especializada sobre este interesante periodo que lo menciona ya de manera positiva como negativa.

Por todo ello pensamos que esta tesis constituye una buena aportación a los estudios biográficos y sociográficos de las élites eclesiásticas o vinculadas a estas durante la última fase del Antiguo Régimen, contribuyendo de manera notable en nuestra opinión al escaso género biográfico sobre el episcopado hispalense y al estudio socioeconómico del alto clero en esa misma diócesis, comportamientos y hábitos que pueden ser extendidos a los de otras diócesis. Hemos analizado igualmente las ideologías conformadas en la Iglesia en los estertores de aquel periodo, fundamental para entender nuestra historia, fijando el punto de atención en el estudio del elemento más tradicional o conservador de la pugna política e intelectual que se estableció en la España ilustrada, la cual adolecía de un cierto abandono o menosprecio de carácter ideológico por parte de la historiografía, intentando en todo momento entrar en el detalle de los acontecimientos sin apasionamiento ni criterios de presentismo que puedan enjuiciar aquellos comportamientos desde un punto de vista actual, abundando creemos desde un punto de vista del estudio particular al conocimiento general de una época. En este sentido creemos que los resultados expuestos en la tesis han cumplido con los objetivos propuestos en su día, aportando novedades al panorama historiográfico que sobre las materias expuestas existe, dando a la luz aspectos inéditos sobre los principales aspectos de las vidas de los personajes incluidos en el estudio, hoy prácticamente ignorados pero que su momento gozaron de una importante notoriedad.

---

<sup>1202</sup> Ángel Gómez Palencia: *El sevillano don Juan Curiel, juez de Imprentas*, Sevilla, Diputación, 1945. Se trata del *Compendio de los felices progresos de la Universidad de Salamanca* (1717); estudio y transcripción de Margarita Torremocha Hernández y María Ángeles Soballer Seco, Salamanca, Ediciones de la Universidad, 2012.

## IX

### ÁRBOLES GENEALÓGICOS



Armas del cardenal Delgado y Venegas (escudo 1º), de su sobrinos Juan Acisclo y Pedro de Vera y Delgado (2º), del hijo de Juan Antonio Curiel, primer conde de San Rafael (3º), y del pariente de todos los anteriores Jacinto Reinoso (4).

INSERTAR UNA VEZ IMPRESA LA TESIS LOS 3 ÁRBOLES APAISADOS  
SIGUIENTES:

FAMILIAS DELGADO, LUNA, Y TORRES



FAMILIA VERA

## FAMILIA CURIEL

X

ILUSTRACIONES



Retrato del cardenal don Francisco Javier Delgado y Venegas, obra de Juan de Espinal (1778-1779). Oleo sobre lienzo de 1,26 x 1,00 cm, hoy día ubicado en las dependencias anexas al despacho del Sr. Arzobispo de Sevilla. Es probable copia del realizado por Joaquín Inza para la Santa Caridad, apareciendo el prelado, en esta típica pintura “de aparato”, en posición sedente, llevando en la mano un papel en el que se pueden leer algunas de las dignidades que ostentó durante su vida: “[El] Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> D. [F.J.] Delgado y Venegas [g<sup>de</sup>. D.<sup>s</sup>] M<sup>s</sup>. A<sup>s</sup>. Presb. Cardenal Patriarca de las Ydias y Arpo. de Sevilla & Madrid”. Fotografía del estado del cuadro antes de su última restauración. Fuente Teodoro Falcón: *El Palacio Arzobispal de Sevilla*.



El mismo retrato tras su restauración con el detalle del pequeño billete que porta en la mano. Fotografías tomadas por el autor.



Miniatura del cardenal Delgado sobre los retratos de Inza y Espinal atribuida a Vicente López (1817). Fuente: *La Miniatura retrato en España*, de Mariano Tomás (1953). Se ignora su ubicación actual.





Iglesia parroquial de Santa María la Blanca, hoy llamada de Nuestra Señora de las Nieves, reconstruida sobre un anterior templo mudéjar del siglo XVI, las obras fueron costeadas por el arzobispo Delgado y Venegas, ilustre hijo de la localidad junto con su sobrino Juan Acisclo de Vera y Delgado. Debajo vistas de la nave central y coro.



En la ermita de San Miguel (S. XVIII), también reconstruida gracias a la munificencia de Delgado para con su pueblo, y las gestiones que para ello hiciera su primo y albacea Francisco Vicente Venegas a la muerte de este, en ella se custodia todo el año a la patrona del pueblo, la Inmaculada Concepción, *La Pureza*, interesante talla anónima de la misma centuria, cuyo ajuar fue favorecido por distintos personajes de la familia. Todas las fotografías tomadas por el autor.



Escudo de armas del cardenal Delgado y Venegas mandado esculpir por los actuales propietarios de su casa natal, situada precisamente en la calle llamada *Cardenal Delgado*, número siete, que podemos observar debajo, y que sustituye un azulejo original con dichas armas desaparecido hace décadas. En su primer cuartel se encuentran las armas de los Delgado, en el segundo las de Torres, y en la posición de honor un escudete jaquelado de plata y gules, propio de los colegiales de Alcalá, todo va timbrado de capelo episcopal. A la derecha su escudo episcopal en Canarias.



El mismo escudo esta vez timbrado de capelo cardenalicio y orlado de la gran cruz de Carlos III apreciada en su losa sepulcral en la catedral de Sevilla, realizada en finos mármoles de colores.



Sobre estas líneas fachada de la casa y remate de hierro en forma de cruz patriarcal procedente de un viejo lagar propiedad en su día del cardenal, colocada en el primer patio de la referida casa, mucho más amplia en aquellos días. Todas las fotos tomadas por el autor.





Delgado y Venegas pintado en Madrid por Francisco Casas (ca. 1778), catedral de Las Palmas. De este retrato se conserva copia fotográfica en Sigüenza, ignorándose si del original de Casas se hizo copia para esta última ciudad o si existieron allí retratos de algún otro autor, que en todo caso se perdieron durante los días de la Guerra Civil española durante el saqueo a que los milicianos del Frente Popular sometieron a la catedral y al palacio episcopal seguntino. A la derecha copia de medio cuerpo del primero que se halla en el Palacio Episcopal canario. Fuente del primero: *Obispos de Canarias y Rubicón*, de Santiago Cazorla y Julio Sánchez, 1997. La fotografía del segundo me fue proporcionada por el sacristán de la parroquia de Villanueva don Francisco La O, a quien agradezco toda su paciencia en las horas que pasé investigando los ricos fondos de la antigua vicaría santiaguista, y proviene del material acopiado por un erudito local.



Arriba panorámica de la catedral de Las Palmas, principal templo de la diócesis canaria, cuyas obras fueron reactivadas durante el pontificado de Delgado y Venegas en la segunda mitad del siglo XVIII. A la derecha el palacio episcopal, situado en la misma plaza de Santa Ana de la capital isleña, misma devoción a la que se encuentra dedicada el templo catedralicio. Origen de las fotos: internet.

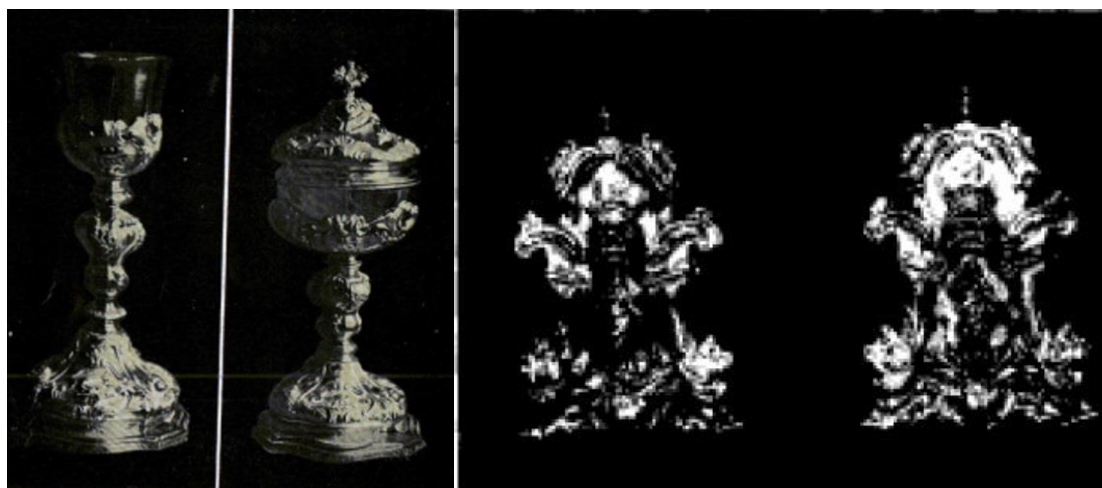




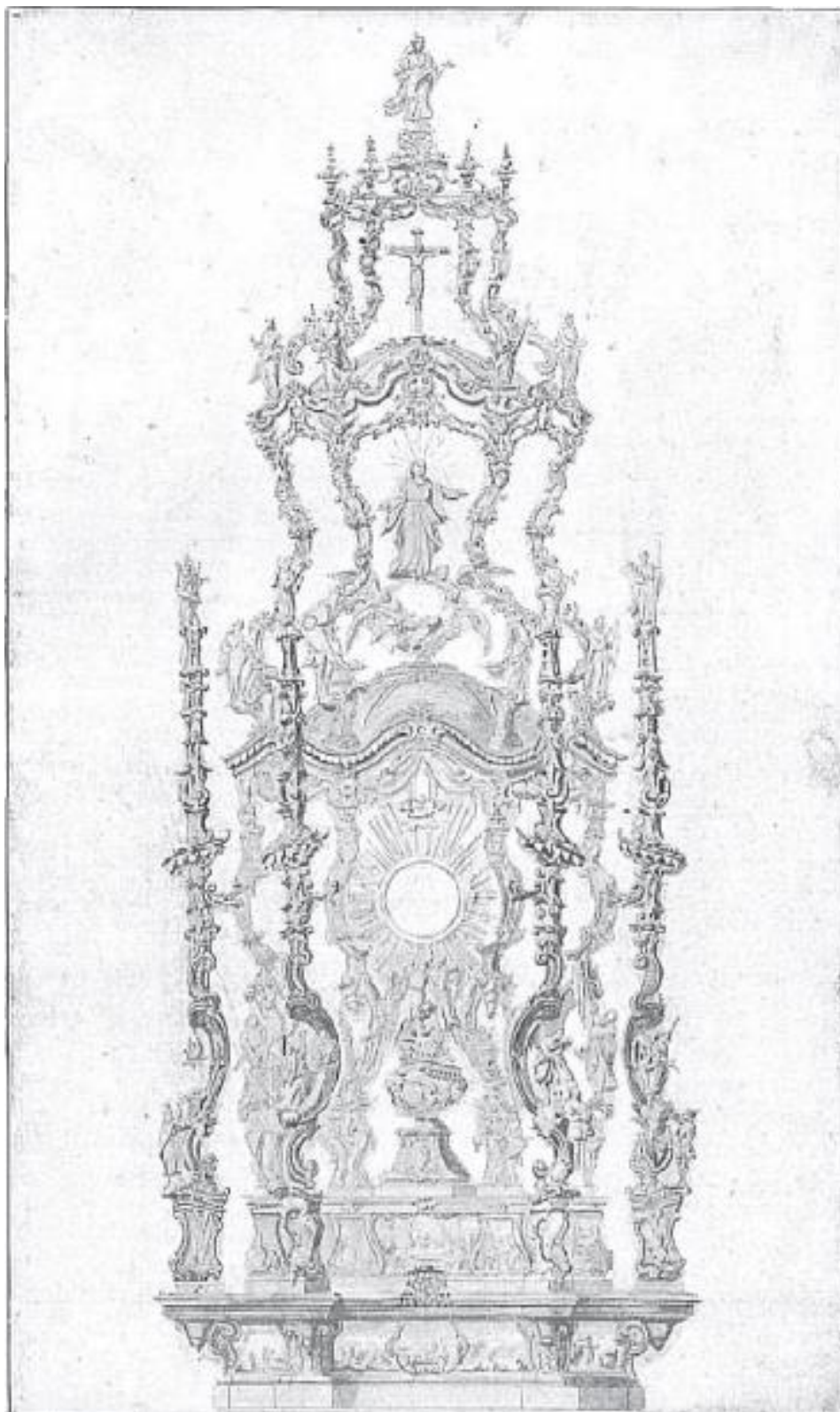
Basílica e imagen de Nuestra Señora del Pino, en la villa de Teror (Gran Canaria). La venerada imagen, patrona de la diócesis, luce en la fotografía el manto rojo regalado por Delgado y Venegas. Fuente: internet.



Cuadro devocional de la Virgen del Pino procedente del legado del cardenal Delgado, y que se encuentra situado bajo el retrato del prelado existente en el despacho parroquial del templo ariscaleño. Fotografía tomada por el autor.

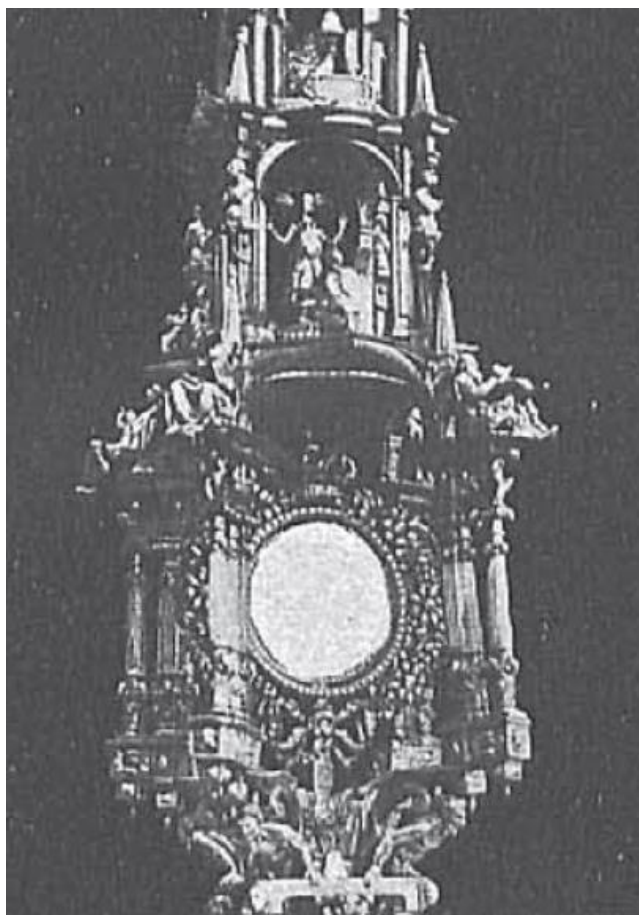
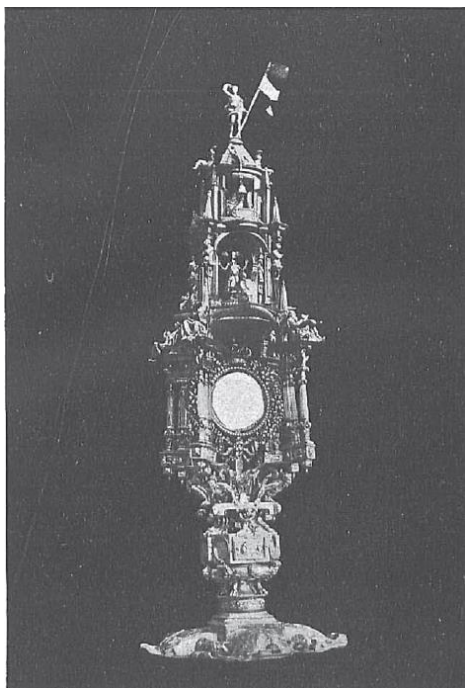


Sobre estas líneas las principales piezas de orfebrería donadas por Delgado y Venegas, ya siendo obispo o después de abandonar las Islas a diferentes templos canarios. Arriba de izquierda a derecha: cáliz y copón en oro, obra madrileña probables obras de Manuel Rodríguez (1776). A la derecha dos portapaces de plata dorada donadas por el prelado a la iglesia de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife. Debajo, custodia de plata sobredorada con viril de oro guarnecido de brillantes, rubies, y esmeraldas, para el templo de La Concepcion de La Orotava (1768), descrito por Hernández Perera como la obra más ostentosa y rica de Damián de Castro en aquellas islas. Fuente J. Hernández Perera: *Orfebrería de Canarias*, CSIC, 1955.



La gran aportación de Delgado al arte español como mecenas fue la soberbia custodia rococó ejecutada por el artífice cordobés Damián de Castro, cuyo único testimonio es este dibujo “a plumilla y aguada”, pues desapareció durante la invasión napoleónica. Donada por el prelado hispalense a su anterior diócesis de Sigüenza, fue entregada en 1780. Obra sobresaliente a decir del estudioso Pérez Villamil, quien encontró el magnífico dibujo, constituyó en su opinión “el relámpago que cerraba el arte barroco en España”. Fuente Manuel Pérez Villamil: “Joya inédita y desconocida de la orfebrería española”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXVI, año 1912.





Custodia del siglo XVI que sustituyó a la donada por Delgado y Venegas, desaparecida en 1809 durante la invasión napoleónica, y en la que se integró el rico viril de aquella (sobre estas líneas en detalle), único elemento que se salvó de la rapiña francesa. Engarzado de 1.667 diamantes entre ambas caras, acabó perdiéndose finalmente durante el saqueo de la catedral seguntina por los milicianos del Frente Popular durante la Guerra Civil Española (1936-1936). Fuente el citado trabajo de Pérez Villamil.

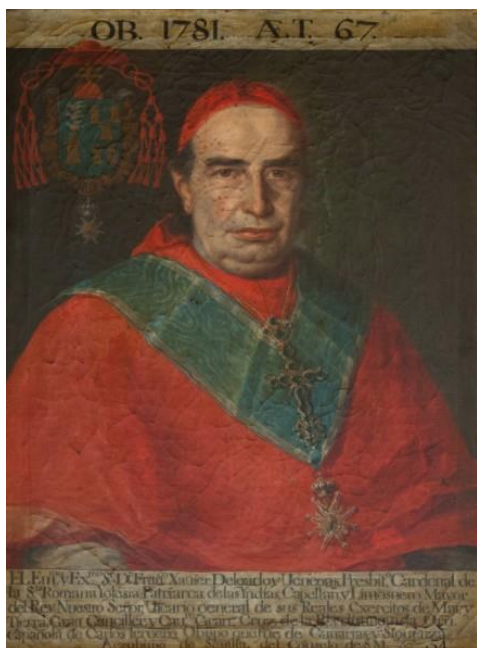


Arriba perspectiva del antiguo palacio de los obispos-señores de Sigüenza, y de la catedral seguntina. Debajo detalles del atrio de la fachada principal (1536). El cerco está formado por 21 columnas de piedra caliza, rematadas de leones cincelados por Francisco Baeza (S. XVI). En 1783 se finalizarían las rejas, obra del artesano Manuel Sánchez, y las dos puertas, dispuestas ya en 1775 fueron sufragadas por el entonces obispo Delgado y Venegas (1769-1776), aunque no se terminaron hasta después de su fallecimiento. En el remate de la cancela – a la derecha de las imágenes – se observan las armas del referido prelado, con la fecha de ejecución y firma del maestro rejero que las ejecutó.



Imágenes de Nuestra Señora de la Mayor, talla románica del siglo XII patrona de Sigüenza. Traída probablemente por el primer obispo de aquella sede Bernardo de Agén, conserva aún en su rostro (ver detalle a la derecha) la huella de un sablazo que recibió de un soldado francés durante la invasión napoleónica. Fuentes fotográficas: *La Catedral de Sigüenza*, de Aurelio de Federico, e internet.

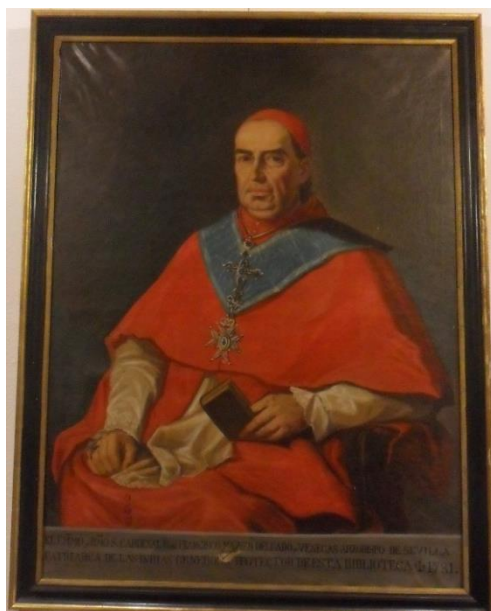




Dos retratos del cardenal Delgado, el primero se encuentra en la Galería del Prelado del Palacio Arzobispal, y es obra documentada de Juan de Espinal (1778-1781), un modelo del que se sacaron diversas copias como esta situada a la derecha, ubicada en la Biblioteca Colombina (primera mitad del siglo XIX) o las que se aprecian bajo estas líneas. Al no contar con la licencia del Delegado de Patrimonio Arzobispal para tomar una fotografía del primer retrato me he visto en la necesidad de reproducir la imagen que aparece en la página oficial del Arzobispado: ArchiSevilla.Org. La copia de la derecha me fue facilitada por la Institución Colombina.

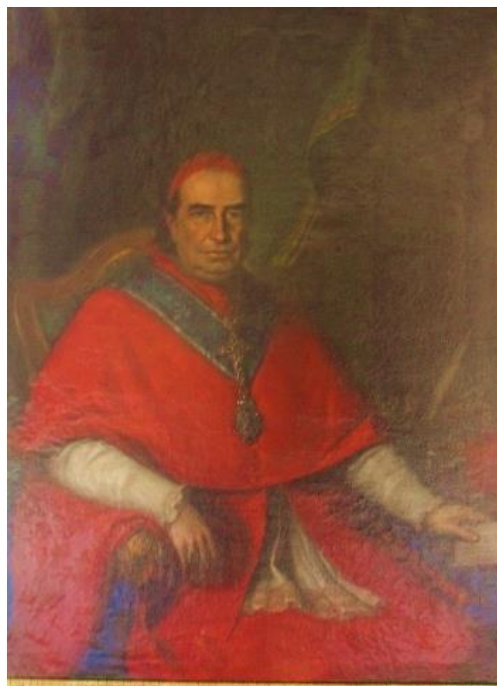


Sobre estas líneas retrato que se halla Convento de Capuchinos de Sevilla, también de Espinal o su taller, y a su derecha el que se encuentra en el Palacio de la Condesa de Lebrija, de inferior calidad. Ambas fotografías tomadas por el autor.



Arriba, original de Francisco Bayeu realizado hacia 1780-1781 en Madrid, hoy en una colección particular y que no llegó a ser entregado al cardenal debido a su fallecimiento. Este retrato estaba atribuido a Goya hasta principios del siglo XX pero aparece claramente reseñado en el inventario de bienes de Bayeu. Sobre estas líneas dos copias evidentes de él, siendo la situada a la izquierda, que se encuentra en el despacho del párroco de Villanueva, patria chica del prelado, y es copia coetánea, por lo que bien pudiera tratarse de la que sacó su propio hermano Ramón por las mismas fechas, desde entonces en paradero desconocido. El situado a la derecha, de inferior calidad, es copia del XIX, erróneamente atribuida al círculo de Espinal por Valdivieso y otros, está ubicada hoy en las dependencias del Archivo del Arzobispado de Sevilla, pero proveniente de la Biblioteca Arzobispal, como reza la leyenda que cuenta al pie. Fuente del original de Bayeu: *Catálogo* de la exposición que sobre el pintor aragonés patrocinó Cajalón en 2007; las otras dos fotografías tomadas por el autor.



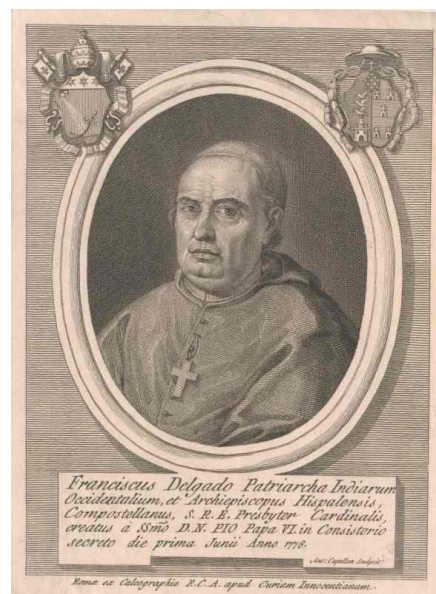


Aquí vemos al prelado pintado por Joaquín Ynza (Madrid, 1780), cuadro situado en el “Cabildo Alto” del Hospital de la Santa Caridad de Sevilla, del que el Delgado fue generoso benefactor, recientemente restaurado al igual que el de Espinal. Fotografías realizadas antes y después de la restauración por el autor de esta tesis.

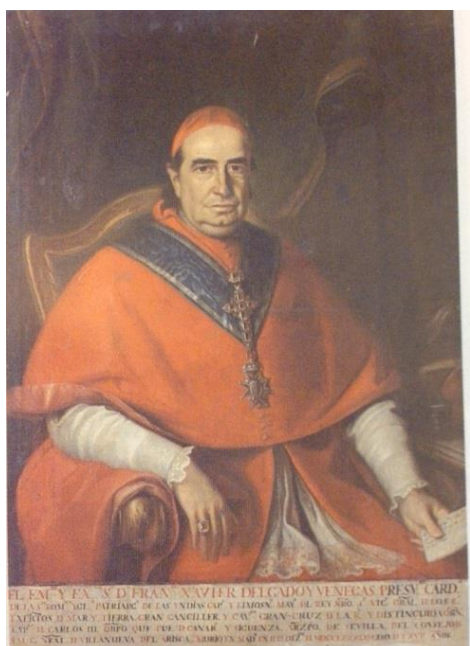


La pintura tiene la misma leyenda que el realizado por Espinal: “[El] Em.<sup>mo</sup> y Ex.<sup>mo</sup> D. F.J. Delgado y Venegas gde. m.<sup>s</sup> a.<sup>s</sup>. Presb.<sup>to</sup> Cardenal Patriarca de las Yndias y Arzobispo de Sevilla & Madrid”. Ambas fotografías tomadas por el autor.





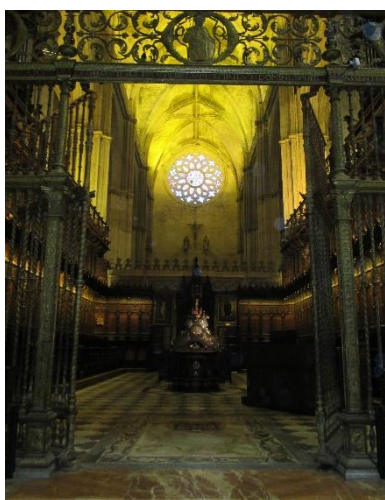
Retrato de autor anónimo encargado por la Hermandad de los Negritos (Sevilla), de la que los prelados hispalenses eran protectores. Realizado en 1784, está ubicado en su sala de cabildos. Fotografía tomada por el autor. Derecha, calcografía conservada en la Biblioteca Nacional, *Sección de Estampas*, cuya leyenda latina es la siguiente leyenda: *Franciscus Delgado, Patriarcha Indiarum Occidentalium et Archiepiscopus Hispalensis, Compostellanus, S. R. E. Presbyter Cardinalis, creatus á SSmo. D. N. Pio Papa VI in Consistorio secreto die prima Junii Anno 1778. Obiit die 10 Decembris 1781. B. ov. Card. Hisp.*



Por último, otras dos copias existentes de los retratos de Inza y Espinal. La primera con leyenda en la parte inferior para diferenciarla de los originales, que carecen de ella, fue sacada a subasta en julio de 2001 por la prestigiosa casa madrileña *Duran Arte y Subastas* (óleo sobre lienzo de 119 x 83.5 cm). La segunda está actualmente en paradero desconocido, contando como elemento diferenciador con el escudo de armas del prelado sobre los paramentos y cortinajes. Fue reproducida en 1925 por José María González Nandín, fotografía propiedad de la Universidad de Sevilla.



A la izquierda el cardenal Solís antecesor de Delgado en la silla hispalense, en un cuadro, obra de fray Jerónimo de Espinosa, conservado en el Palacio Episcopal de Córdoba, ciudad de la que fue obispo. A su lado don Agustín Ayestarán y Landa, obispo de Botra, título *in partibus* sobre una antigua sede de Tiro, en Fenicia, auxiliar de Solís desde 1772, y “obispo-gobernador” durante la ausencia de Delgado y Venegas, residente en la corte. Ocuparía la sede cordobesa entre 1796 y 1805. Retrato anónimo situado en la galería de prelados del referido palacio. Fotografías tomadas por el autor.



Coro de la catedral de Sevilla en cuya solería, costeada por el prelado, se encuentra la losa sepulcral que este tenía preparada para su entierro, en la cual campean sus armas en mármol de colores y timbradas de capelo cardenalicio. Enterrado provisionalmente en Madrid, sus restos desaparecieron durante *la francesada*, aprovechándose durante la ocupación napoleónica de Sevilla por parte del cabildo para enterrar en ella al célebre fray Sebastián de Jesús Sillero, pero sin inscripción alguna. Está adornada con motivos alegóricos alusivos a su condición eclesiástica y a la futilidad humana frente a la muerte, representándose en la parte de arriba la palmatoria, la mitra, y un reloj de arena, dos calaveras laureadas a los lados, y dos huesos cruzados, un báculo, y lo que parece un amito en la inferior. Todas las fotografías tomadas por el autor.





*Carlos III comiendo ante su corte*, por Luis Paret (ca.1775), Museo del Prado, Madrid. Retrato colectivo verdaderamente interesante pues fue pintado muy pocos años antes del nombramiento de Delgado como patriarca de las Indias, por lo que no es el prelado que aparece junto al monarca, que el es cardenal Buenaventura de la Cerdá. Nos muestra una de las principales funciones palatinas del patriarca, la asistencia permanente a la real persona y su familia como su capellán mayor, limosnero mayor.



Sobre estas líneas tres de los más importantes eclesiásticos de la segunda mitad del siglo XVIII. En primer lugar el padre Eleta, también llamado “Padre Osma”, confesor de Carlos III y uno de los personajes con más influencia en la corte, aquí retratado por Mengs, Museo del Prado. Como confesor real gozó de gran ascendente sobre el monarca en asuntos como la provisión de los obispos. En el centro el obispo Diego de Rojas y Contreras por Antonio González Ruiz, Museo de Vitoria, quien fue presidente del Consejo de Castilla hasta el Motín de Esquilache (1766) que deparó su caída. A la derecha estatua de don Manuel Ventura Figueroa en Santiago de Compostela. Este importante eclesiástico fue entre otros asuntos artífice del concordato de 1753, ocupando la presidencia del Consejo entre 1773 y 1783.

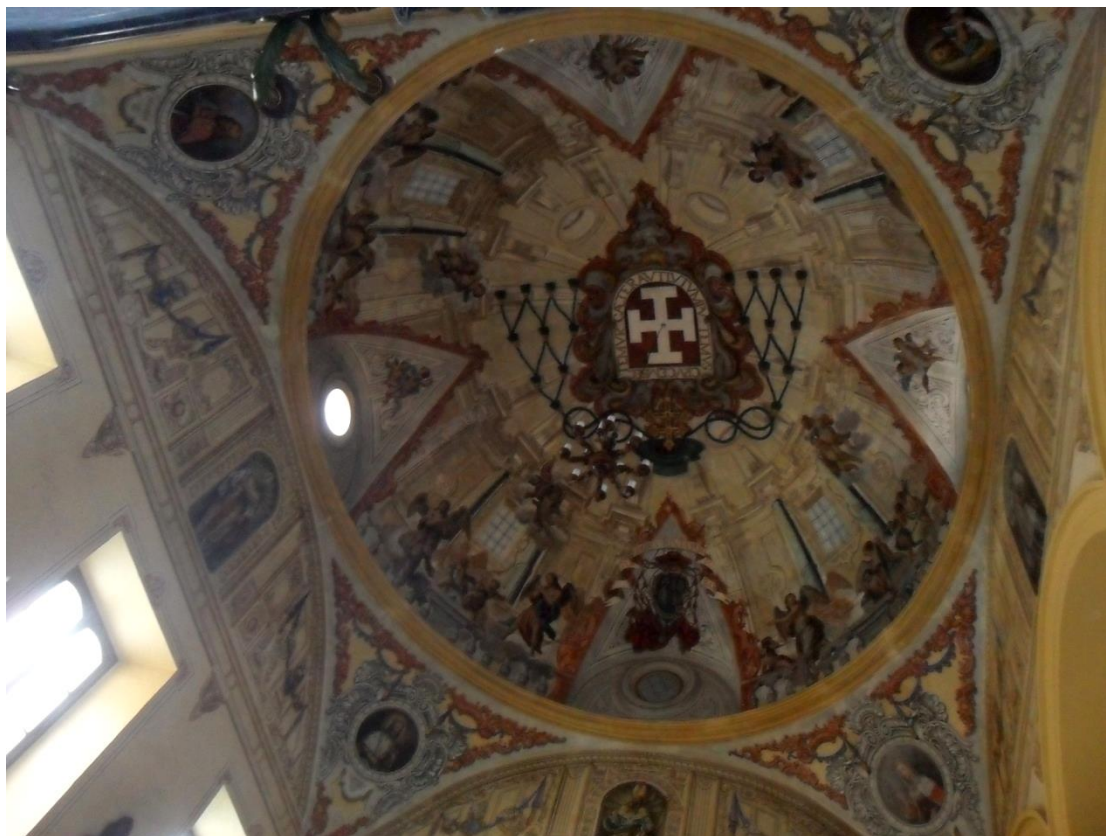


Fray Diego José de Cádiz fue el predicador más importante de toda la segunda mitad del siglo XVIII. Renombrado moralista, fue eficaz colaborador de la obra de Delgado y Venegas, misionando por toda la archidiócesis hispalense e incluso en la corte. Falleció en 1801 víctima de la fiebre amarilla, epidemia que causó verdaderos estragos en buena parte de Andalucía. Retrato anónimo ubicado a los pies de la iglesia del convento capuchino de Sevilla. Fotografía realizada por el autor. A su lado, fray Sebastián de Jesús Sillero, la gran devoción personal de Carlos III, quien le habría profetizado su acceso al trono. Años más tarde el monarca hizo lo imposible para verlo elevado a los altares, aunque no llegaría a conseguirlo. El ilustrado monarca contaba una religiosidad que paradójicamente rozaba lo supersticioso, rezada todas las noches las oraciones que este humilde lego, donado del convento Casa Grande de San Francisco le había enseñado durante la estancia real en Sevilla. En 1810 fue enterrado bajo la bóveda del coro, ocupando la sepultura en la que debían descansar los restos del cardenal Delgado, profanados y dispersos por las tropas francesas. Grabado en cobre por Manuel Salvador Carmona (442x345mm.) sobre diseño de Gregorio Ferro (1782), copia de un retrato original del venerable. Fuente *Catálogo de Estampas* del Museo Municipal de Madrid, tomo II.



Celeberrimo cuadro de José Jiménez Aranda titulado: "Sermón en el Patio de los Naranjos", Museo de Bellas Artes de Sevilla. En él, vemos reflejado perfectamente el ambiente que rodeaba aquellas demostraciones, entre místicas y multitudinarias, muy seguidas por todas las clases sociales, principalmente las más populares. Los sermones de algunos predicadores, como el citado fray Diego de Cádiz, fueron muy solicitadas por los prelados desde siglos atrás, su objeto reafirmar al pueblo en la fe, en la caridad, y en una moral acorde con los principios de la Iglesia.

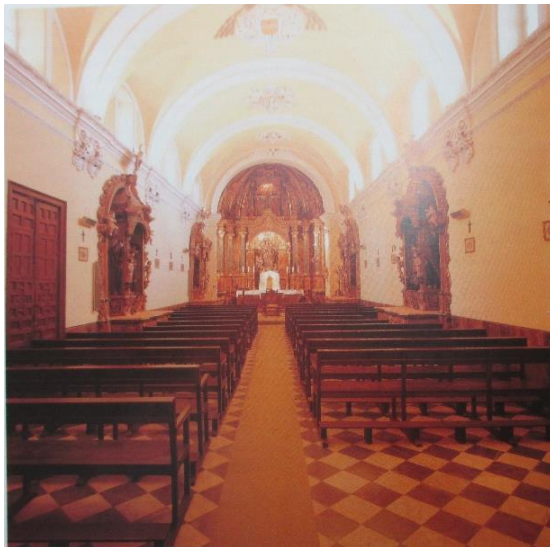




Frescos en la cúpula de la escalera monumental del Palacio Arzobispal de Sevilla, obra de Juan de Espinal por encargo de Delgado y Venegas. Pueden observarse los escudos heráldicos del arzobispo Paino en la clave, y de Delgado justo sobre estas líneas. Fotografías tomadas por el autor.



Este San Miguel obra de Juan de Espinal, fue encargado junto a otras pinturas de tema religioso o alegórico por Delgado y Venegas para el adorno del hueco de la escalera principal del Palacio Arzobispal sevillano. Fuente gráfica: Teodoro Falcón, *El Palacio Arzobispal de Sevilla*.



“Mater Inviolata”, imagen tallada por Cayetano de Acosta en 1776 y dorada y estofada por Espinal para la Hermandad Sacramental del Sagrario. Los problemas derivados de su gran tamaño llevaron a aquella corporación a deshacerse de ella, siendo adquirida de manera secreta en 1777 por el nuevo prelado, colocándola en la Capilla del Palacio Arzobispal donde permanece (a la izquierda de la imagen). Igualmente fueron sufragados durante el pontificado del cardenal Delgado el retablo central y los dos laterales, obras de Francisco de Acosta. Ante la imposibilidad de hacer las fotos de manera personal tomamos las imágenes del libro citado arriba.





Altar mayor de la catedral de Sevilla, sus rejas junto con las del coro fueron nuevamente doradas a expensas del nuevo arzobispo. Debajo uno de los atriles de los púlpitos, también costeados por el prelado sevillano junto con el losado del coro, la gradería jaspeada que da acceso a dicho recinto por uno de los lados (1779), y el trayecto entre el propio coro y el altar mayor bajo el crucero, denominado como “vía sacra” (1780).



Sobre estas líneas primer plano de uno de los púlpitos con su atrilera, ejecutada en estilo rococó por José Alejandre en plata sobredorada (1777-1778). Fotografías tomadas por el autor.



Juego de bandejas en plata sobredorada y sinuosos perfiles que constituye a juicio de los expertos uno de los mejores exponentes de orfebrería rococó conservado en Sevilla, la primera, arriba, junto con otra idéntica no expuesta fue donada por Delgado con motivo de su primer pontifical en la catedral, el Jueves Santo de 1777, obra insigne de Damián de Castro, el “Arfe Cordobés” (1776-1777); la segunda, sobre estas líneas, cuenta una atribución más problemática, aunque obra madrileña (hacia 1781). Ambas cuentan en su centro, bellamente cinceladas, las armas del prelado oferente, Delgado y Venegas. Fotografías tomadas por el autor.





Punzones observados en las dos bandejas representadas en la página anterior. En la primera de ellas se pueden ver las marcas de Damián de Castro, como artífice y contraste: CAS/tRO, embutido en una cartela cuadrada, y CASTRO superado de flor de lis en una cartela rectangular, así como el de los plateros cordobeses: un león rampante inscrito en cartela ovalada. La bandeja de campo liso en cambio cuenta con la marca de autoría muy desgastada o frustrada en su punzonado: J·B/Z, o J·B/7, embutido en una cartela cuadrangular trilobulada. Solo se puede afirmar que es obra madrileña, como se demuestra por la marca propia de Madrid-Corte, y la del contraste Félix Leonardo Nieva, activo en aquella capital. Fotografías tomadas por el autor.



Tal fue la impresión que causaron las bandejas de Castro, impactantes a la vista por su refulgente brillo y atrevido diseño, a base de aristas helicoidales que parten desde el centro a los bordes y rocallas en todo su contorno, que le dan un sentido de movimiento muy acusado, que años más tarde el platero Vicente Gargallo repitió el modelo en una nueva pareja de bandejas, esta vez para el ajuar litúrgico de la Capilla de la Antigua (1796), portando esta vez en su centro las armas propias del cabildo: la Giralda flanqueada de dos jarros de azúzenas. Todas las fotografías tomadas por el autor.



Calíz y copón de oro y pedrería, atribuidos erróneamente al mecenazgo del cardenal Delgado. En esta tesis se demuestra documentalmente como el primero es obra del platero aragonés afincado en Sevilla, José de Alexandre y Ezquerro, fruto del legado piadoso de un sacerdote ampliado por varios capitulares (1776 y 1777); el segundo fue donado por el cabildo catedralicio para sustituir otro anterior en 1772. Fotografías tomadas por el autor.

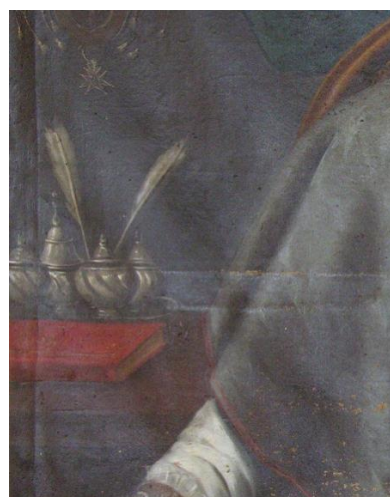




Vista y detalle del pie del magnífico cáliz donado por el cardenal Delgado y Venegas para su primer pontifical en la catedral hispalense, celebrado el Jueves Santo de 1777, obra de su “platero de cámara” el cordobés Damián de Castro. Fotografías tomadas por el autor.



Arriba, juego de vinajeras, campanilla y bandejita en oro; debajo, dos vistas de una jarra de plata sobredorada, ambas piezas ejecutadas por Damián de Castro por encargo del referido prelado (1776-1777) para su primer pontifical en la catedral hispalense. Fotografías tomadas por el autor.



Escribanía de plata rococó encargada por el cardenal Delgado a José Alexandre. Actualmente en una colección particular, como puede verse es la misma que aparece en el cuadro de su sobrino Juan Acisclo, conservado en la parroquia de Villanueva del Ariscal (Ver). Foto de la escribanía reproducida en: Catálogo de la exposición “Cinco siglos de platería sevillana” (1992), comisariada por el profesor Cruz Valdovinos.





El cardenal Delgado no olvidaría a las que fueron sus anteriores esposas, Badajoz, Córdoba, Canarias, o Sigüenza, ya como magistral o como obispo, enviando a cada una de dichas iglesias valiosos presentes en forma de cálices, copones, u otros objetos para el culto divino. Sobre estas líneas el cáliz y copón conservados en la catedral cordobesa (1776), cincelados de manera magistral por Damián de Castro, quien labró en ellos diferentes escenas bíblicas y de la Pasión. En el interior del pie, fuera de la vista, se hallan primorosamente labradas las armas del donante y la conocida torre campanario de la catedral cordobesa junto con la jarra de azúenas propias del cabildo. Fotografías tomadas por el autor.



Del cáliz de oro entregado a la Iglesia de Badajoz se perdió noticia. Para Sigüenza, ciudad de la que fue obispo entre 1768 y 1776, donó diferentes piezas, entre las que destacan dos cálices de oro y un copón en mismo metal. Sobre estas líneas vemos dos de ellos que no conservan marcas pero que son obra documentada de Manuel Rodríguez. Ambos tienen al pie una inscripción prácticamente idéntica, de la que reproducimos la del cáliz: “ESTE CALIZ DE ORO DIO EL YLLMO SEÑOR DON FRANCISCO DELGADO A ESTA SANTA YGLESLIA DIGNISIMO OBISPO QE FUE DE ELLA”. Fuentes: Francisco Tejada Vizuete: *La plata en la catedral de Badajoz*, Badajoz, Secretaría Diocesana de Patrimonio, 1988; los de Sigüenza nos fueron gentilmente cedidas por el señor conservador del patrimonio catedralicio D. Julián García Sánchez y por el archivero diocesano D. Pedro Simón Carrascoso.



También para Sigüenza fue este cáliz de oro donado por Delgado y Venegas a su catedral, atribuido a Damián de Castro (1775-1779), muy similar al que hizo para la villa de La Laguna (Tenerife). Fotografía gentilmente cedida por don Julián García Sánchez, delegado del patrimonio diocesano seguntino.

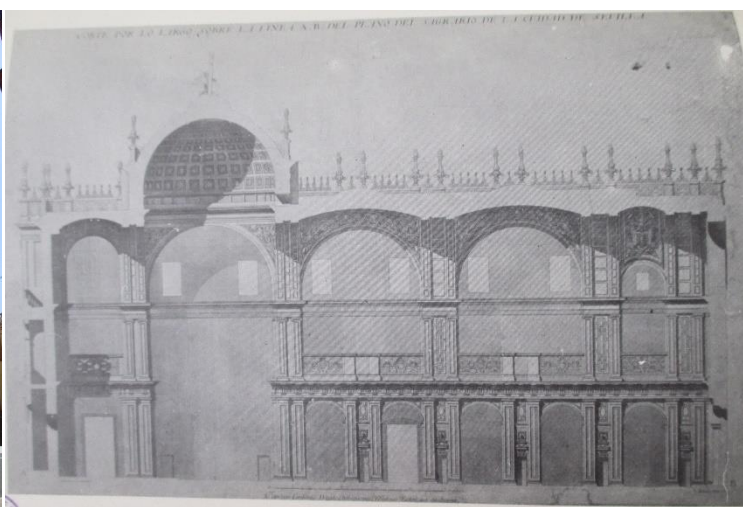




Arriba otros dos cálices atribuidos en los años veinte a Damián de Castro como donación del cardenal Delgado y Venegas. El primero, en plata sobredorada, tiene unas medidas de 28 x 15,5 dm, y está catalogado como anónimo, si bien es casi idéntico al documentado como obra de J. Alexandre que se encuentra en Lora del Río. El segundo muestra una tipología bastante rara en el artífice cordobés, con una subcopa muy pequeña en relación a la copa, desproporcionadamente grande y con pie conopial carente de abullonaduras y festoneados. Sobre estas líneas ambos en una fotografía de los años veinte propiedad de la Fototeca de la Universidad de Sevilla. Las fotografías actuales están tomadas por el autor de esta tesis.

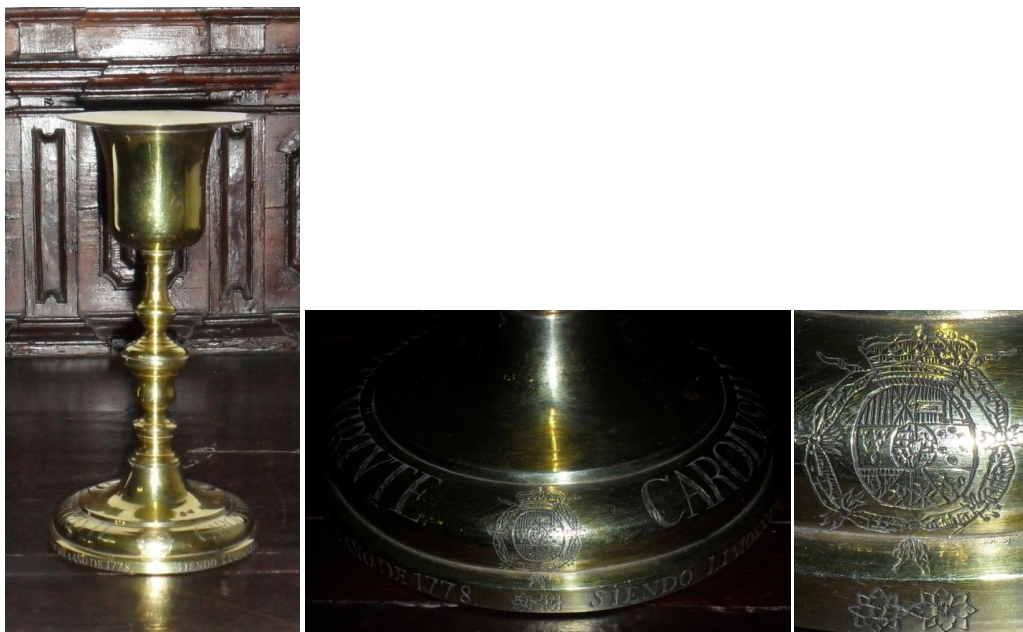


Dos vistas de la iglesia de San Bartolomé en Sevilla. El templo, situado en la antigua Judería sevillana, junto al palacio de los Mañara, se levanta sobre una antigua sinagoga. Demolido el primitivo edificio en 1779 durante el pontificado de Delgado y Venegas, este apoyó financieramente el proyecto de reconstrucción. Las obras se desarrollaron entre 1780 y 1796, consagrándose el nuevo edificio en el año 1800. Fotografía tomada por el autor.



Otro de los templos que más apoyo recibió por parte del arzobispado hispalense durante el pontificado del cardenal Delgado fue el de San Bernardo, reconstruido entre 1780-1785 por José Álvarez, maestro de obras de la Dignidad Arzobispal. Las semejanzas en su estructura, portadas, y cuerpo de campanas con el de San Roque, finalizado poco tiempo antes son evidentes, diferenciándose en el campanario únicamente en el remate, aquí en forma de linternilla y en el otro de chapitel, modelo que Álvarez utilizó también para el remate del campanario de la parroquia ariscaleña. A la derecha plano de la parroquia del Sagrario de la catedral de Sevilla levantado a instancias del cardenal Delgado con motivo de las intervenciones que realizaron en el templo Francisco Sabatini y Miguel Fernández (1778-1779), el grabado es obra de Joaquín Ballester (Madrid, 1781). Fotografía de San Bernardo tomada por el autor de la tesis, el plano del Sagrario está tomado de: T. Falcón en *El Sagrario de la Catedral de Sevilla*, 1977.





Arriba cáliz “limosnero” en plata sobredorada donado por el cardenal Delgado a la parroquia de su pueblo natal. De líneas estilizadas, es obra madrileña fechada en 1778. Este tipo de cálices, utilizados como ofrenda regia en la festividad de la Epifanía eran luego entregados por el patriarca a diferentes parroquias, ya de su especial devoción o a petición de otros empleados palatinos. Junto al de Villanueva, Delgado donó otros similares a las parroquias de Espartinas, Umbrete, y Villaverde del Río, existiendo además otro idéntico en la localidad de Olvés (Zaragoza). La leyenda inscrita en la basamenta junto al escudo real reza: “CAROLVS III D.G. HISPANIARVM REX VIRTUTE, mientras que en el pie: SIENDO LIMOSNERO MAYOR DE S.M. EX.<sup>MO</sup> S.<sup>OR</sup> D.<sup>N</sup> FRAN.<sup>CO</sup> DELGADO ARZOBISPO DE SEVILLA. AÑO DE 1778”.



Magnífica lámpara de plata mandada realizar por el futuro cardenal, siendo aún obispo de Canarias, a Damián de Castro (1764), la pieza combina sinuosas cartelas formando rocallas que alternan diferentes motivos e inscripciones: sus armas, alusión a su nacimiento en Villanueva, y la fecha de la donación propiamente dicha (1764). Fotografía tomada por el autor.



Aunque la residencia privada del cardenal Delgado en Madrid se encontraba frente al convento de Santo Domingo el Real, hoy desaparecido, y que estaba en la plaza y cuesta homónima, que vemos en este interesante grabado del siglo XVIII, el prelado sevillano fallecería en los aposentos que tenía para su uso en el Palacio Real madrileño tras una breve enfermedad de catorce días de evolución.



Vista de la desaparecida parroquia madrileña del Buen Suceso, adscrita a la jurisdicción palatina, en el centro de la imagen), lugar donde se ofició el entierro del prelado sevillano. Se encontraba en la Puerta del Sol, junto al convento de mínimas de Las Victorias y la Casa de Correos, edificios que vemos representados aquí en esta célebre estampa grabada por Tomás López Enguidamos en 1813: *Pelean los patriotas con los franceses en la Puerta del Sol.*

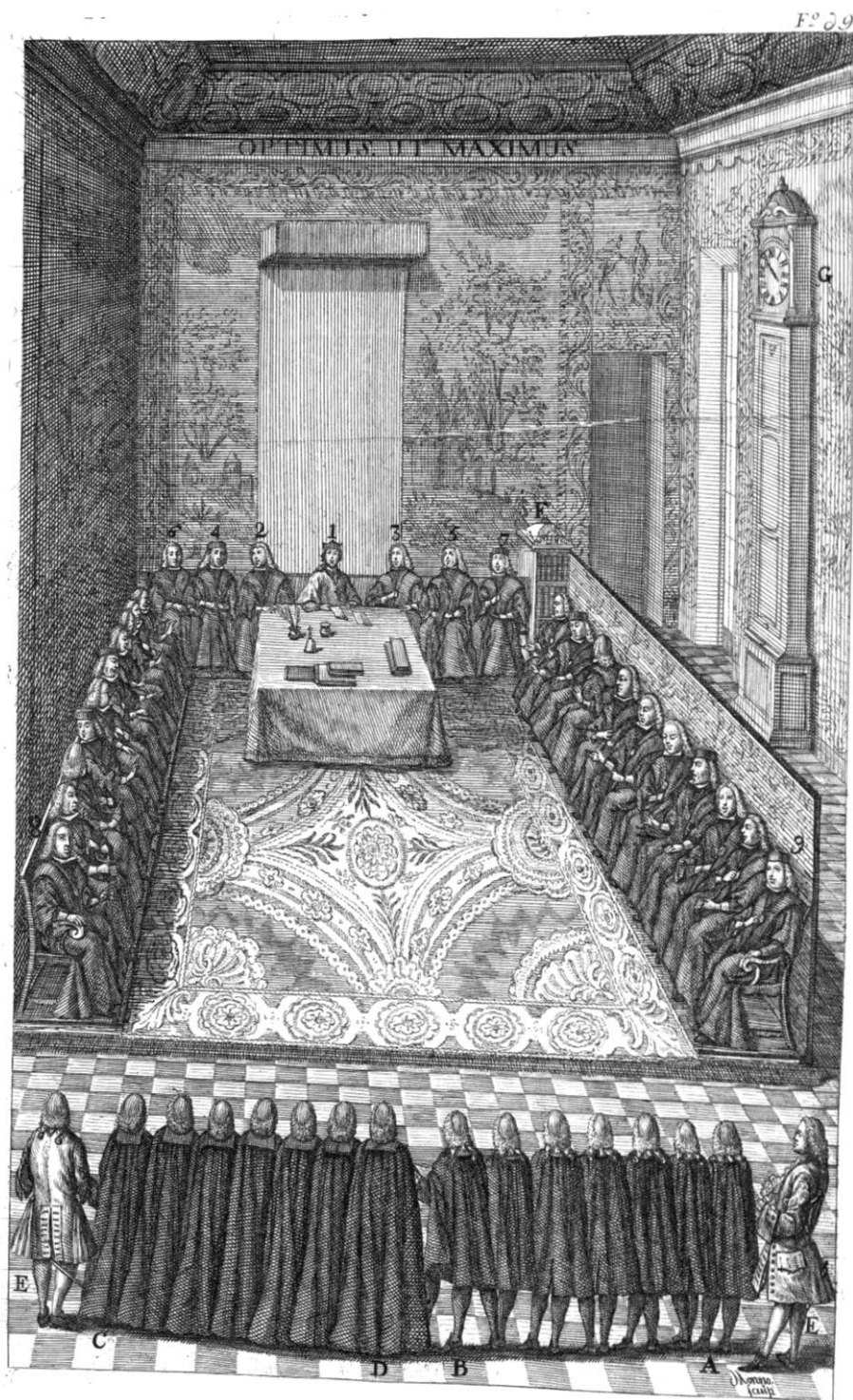




Convento de Nuestra Señora de Copacabana, de los Agustinos Recoletos, en cuyo solar se levantan hoy la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico. Delgado y Venegas tenía carta de hermandad con esta Orden, siendo el lugar elegido para su entierro provisional a la espera del traslado a la catedral hispalense. Sus restos se perderían sin embargo al ser profanado y saqueado el templo por los franceses en 1809. Litografía de E. Lettre tomada de la *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, 4 vols., de Amador de los Ríos, tomo IV, Madrid, Establecimiento Tipográfico de M. de la Hoya, 1864.



Una de las formas preferidas por los obispos para estimular la religiosidad de los fieles era la concesión de indulgencias, las cuales ya no se vendían sino que se adquirían a base de oración y actos píos. Esta estampa española de San Guillermo de Aguitania (1778-1781), vinculada al citado convento agustino, estaba agraciada con doscientos veinte días por el rezo de un padrenuestro y un avemaría por el cardenal Delgado, arzobispo de Sevilla, por el cardenal Lorenzana, primado de Toledo, y por el obispo de Pamplona. Fuente: *Catálogo del Gabinete de Estampas del Museo Municipal de Madrid*, Juan Carrete, Estrella de Diego, y Jesusa Vega, Madrid, Museo Municipal, vol. II, núm. 325.



En este grabado coetáneo a don Juan Curiel (1764), se nos ofrece una imagen de como se desarrollaban las sesiones plenarias del Consejo de Castilla. En la estampa figurada vemos en la presidencia al gobernador del Consejo, acompañado por todos los ministros en orden de antigüedad, correspondiendo a Curiel la figura señalada con el número. Frente a estos, de pie, los escribanos de cámara y los relatores, acompañados de los dos porteros del Consejo. Fuente: *Colección de memorias, y noticias del gobierno general, y político del Consejo...*, por D. Antonio Martínez Salazar, Madrid, Oficina de Antonio Sanz, 1764.





Grabado de 1758 (coetáneo a Juan Antonio Curiel) de la iglesia y convento de San Martín de Madrid, desaparecidos en el siglo XIX. En la capilla del Cristo de los Milagros serían enterrados los restos del célebre censor.



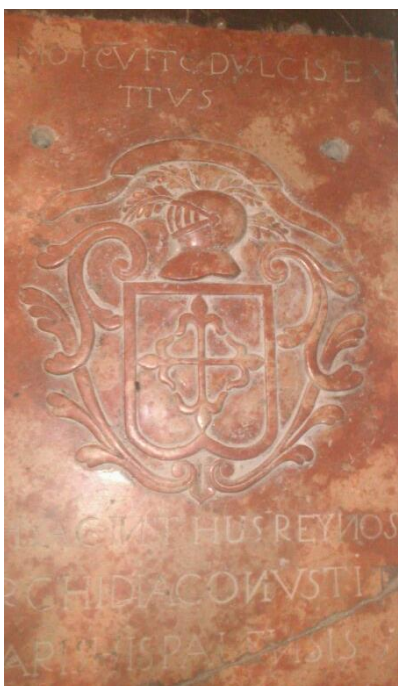
Hoy el único recuerdo de Curiel en su ciudad natal lo constituye una calle rotulada en 1952 con su nombre: *Juan Curiel*, situada en el barrio de Nervión entre las de Leonardo de Figueroa y Rico Cejudo. A la derecha, restos de la hacienda que perteneciera a los condes de San Rafael en Villanueva. En los azulejos sobre la encalada pared se puede observar la cifra “Año 1924” y el nombre de la misma “San Rafael”. Fotografías tomadas por el autor.



Fragmento de un árbol genealógico cedido gentilmente por don Enrique Becerril Bustamante con las armas del primer conde de San Rafael don Luis Curiel Álamos de la Serna, hijo de don Juan Curiel. A la derecha, vista del llamado *Palacio de los Condes de San Rafael*, en la villa alcarreña de Almonacid de Zorita, junto a Zorita de los Canes, señorío adquirido por matrimonio por el hijo de Juan Curiel. Es propiedad del expresado señor Becerril, descendiente del consejero de Castilla.



A la izquierda *San Juan Bautista en el desierto*, de Francisco de Zurbarán (ca. 1650), Catedral de Sevilla. Junto a una Virgen de Belén de Murillo hoy en paradero desconocido, son las únicas piezas artísticas de relieve de las que hay referencias ciertas perteneciesen a la familia Curiel, siendo donada al referido templo por el arcediano Pedro Curiel y Luna. A la derecha retablo de San Antonio costeado por don Luis Curiel y su esposa doña Inés Delgado de Luna para la parroquia de Villanueva del Ariscal (autor desconocido, finales siglo XVII). Fotografías tomadas por el autor.



Aunque el arcediano Jacinto Reinoso dispuso como la mayoría de capitulares sevillanos su entierro en alguna de las bóvedas que para enterramiento existían bajos las naves catedralicias, existe sin embargo una lápida sepulcral – en la imagen – sin fecha pero con su nombre y armas en la iglesia del Espíritu Santo de Ronda, de donde la familia Reinoso era feligresa en la célebre Casa del Gigante. Fotografía gentilmente cedida por don Salvador, párroco de dicho templo. Todas las pesquisas realizadas para encontrar un retrato de Juan Curiel y Luna o de su padre han resultado infructuosas entre sus descendientes, sí localicé este que vemos, que supuestamente corresponde a doña Sinforosa Corona y Curiel (¿Escuela rondeña o granadina?), madre del arcediano Reinoso, propiedad hoy día de don José de Martos y Avilés-Casco, vecino de Ronda, y antes de la familia Fernández de Loaisa, también de aquella ciudad serrana, parientes de los Reinoso. Fotografía cedida gentilmente por don José Martos.





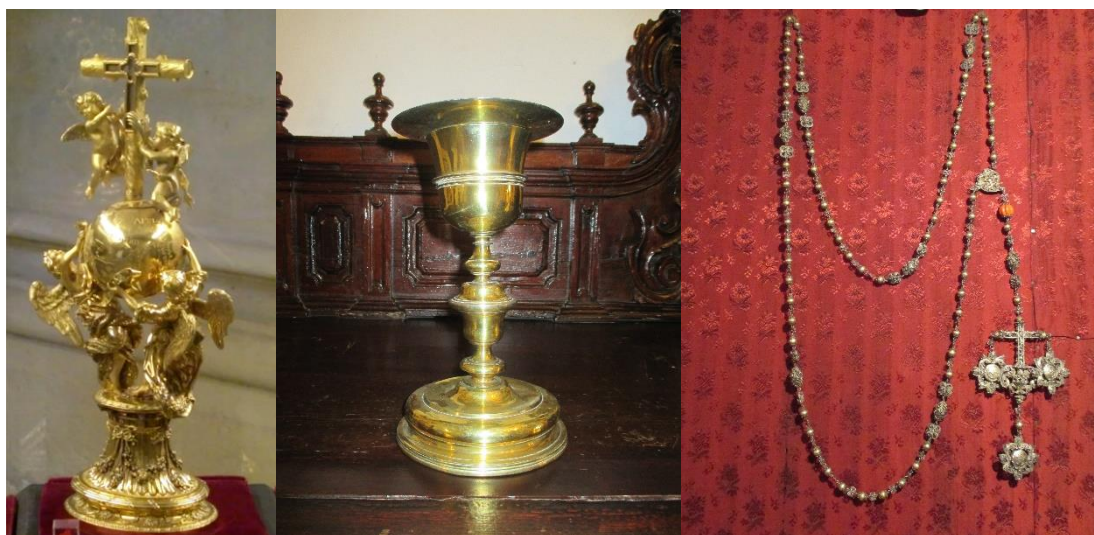
*EL S.<sup>r</sup> D.<sup>n</sup> FRAN.<sup>co</sup> VICENTE VENEGAS CAVALLERO PENSIONADO DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE CARLOS III CANONIGO Y DIGNIDAD D ARC.<sup>no</sup> D NIEBLA D LA S.<sup>ta</sup> YGL.<sup>a</sup> PAT.<sup>al</sup> DE SEV.<sup>a</sup> EXAM.<sup>or</sup> JUEZ SINODAL Y VISITADOR GENER.<sup>al</sup> DE DICHO ARZOBISPADO. NATURAL DE VILLANUEVA DEL ARISCAL. C.A.D. 1859.* Este retrato, anónimo, ubicado en dependencias del Arzobispado hispalense, es copia del que se encuentra en el despacho parroquial del citado pueblo, situado junto a los de su primo el cardenal Delgado y sobrino el arzobispo de Laodicea. A la derecha naveta de plata donada por el arcediano a la parroquia de su pueblo natal, Villanueva del Ariscal. Cuenta la siguiente inscripción: “LA DIO EL S.R ARCEDIANO D NIEBLA Y CANONIGO D.N FRANCISCO VICENTE VENEGAS NATURAL D ESTA VILLA. AÑO 1803”. Fotografías tomadas por el autor.



“Viva el Señor Accediano de Niebla”, con esta efusiva salutación el pueblo reconocía el tesón de Venegas como albacea testamentario del cardenal Delgado, consiguiendo se culminasen las obras de la iglesia parroquial, una de las últimas voluntades de aquel. El azulejo fechado en 1789, rematado por otro de la misma época con las armas del prelado, aunque de una factura algo tosca, estaba situado en la casa del canónigo en Villanueva, y ahora en unas casas parroquiales junto a la iglesia.



Con toda probabilidad uno de estos dos cuadros, conservados en la catedral hispalense, y que representan el pasaje de la Huida a Egipto, fue legado a dicho templo por el arcediano de Niebla don Francisco Vicente Venegas en sus disposiciones testamentarias. Ambas obras están catalogadas como anónimas, de la escuela española de la primera mitad del siglo XVIII, el primero cuenta unas dimensiones de 1,44 x 2,08 m; y el segundo 1,72 x 1,19 m. Fuente gráfica: IAPH.

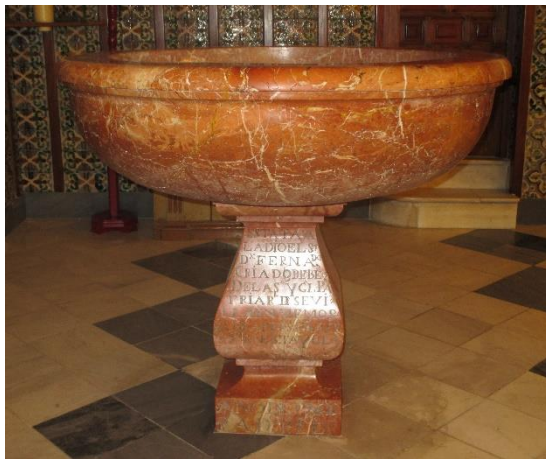


Sobre estas líneas a la izquierda el célebre Lignum Crucis llamado de “Clemente XIV” o “de Godoy”, en el tesoro de la Catedral de Sevilla, uno de los varios que posee. La preciada reliquia fue obsequio de monseñor Fabrizio Ganganelli (sobrino del mencionado pontífice) con motivo de traerle la birreta al arzobispo Delgado tras su elevación al cardenalato. A la muerte de este lo recibió como legado testamentario su hermano Juan, tesorero del Cabildo, quien lo donó al templo catedralicio en 1785. Regalado por los capitulares al todopoderoso favorito de los reyes Carlos IV y María Luisa, Godoy, sería recuperado por el cabildo años más tarde mediante compra efectuada a un particular. El ostensorio actual fue ejecutado en 1796 por el orfebre Antonio González. En el centro cáliz de plata sobredorada con punzón de Damián de Castro y contraste de Taramás, probable donación del mismo tesorero a la parroquia ariscaleña, y a la derecha, también en el tesoro de dicho templo, magnífico rosario de plata donado a la misma por la madre del prelado (S. XVII-XVIII). Fotografías tomadas por el autor. Todas las fotografías tomadas por el autor.





Enterramiento del prebendado don Fernando Criado y Venegas, primo hermano del cardenal Delgado, y representante de otra de las familias más importantes del pueblo de Villanueva, antaño enemigas. Se da la circunstancia de que dicho señor falleció tan solo un día después que su ilustre pariente. La desgastada leyenda dice: “D.O.M. Aquí Yaze D. Fernando Criado, Prebendado que fue de la Catedral de Sevilla, que mandó hazer esta losa. Año de 1782”. Dicha losa va adornada con las armas de la familia: En campo de azur una banda de oro (puesta aquí en barra). Bordura de gules con ocho aspas de oro. Fotografía tomada por el autor.



Pila bautismal donada por el prebendado Fernando Criado y Venegas al templo parroquial de su villa natal, Villanueva del Ariscal (1762).



Retrato anónimo (ca. 1801) de Juan Acisclo de Vera y Delgado, nombrado ese año coadministrador de la archidiócesis hispalense por el cardenal Borbón (20 de julio de 1801). Se encuentra situado en el despacho del párroco del templo de su localidad natal, junto al de su tío el cardenal Delgado, siendo probablemente encargado para conmemorar su elección. Cuenta al pie la siguiente leyenda, probablemente posterior: *[Retrato del Exc.]<sup>mo</sup> Sr. Dn. Juan Acisclo de Vera y Delgado, Pro Arzobispo de Laodicea Coadministrador del Arzobispado de Sevilla Caballero Gran [Cruz de la R.<sup>l</sup> y Dis]tinguida Orden Española de Carlos III, Grande de España de 1.<sup>a</sup> clase, del Consejo de S.M. y Obispo de Cadix donde falleció día 22 de Julio de 1818 a los 57 años de su edad. Natural de Villanueva del Ariscal*". Sobre la mesa se puede observar la escribanía realizada por el platero José Alexandre para el cardenal Delgado (Ver). Vera portó el título *in partibus* de arzobispo de Laodicea, siendo coadministrador hasta 1810, fecha en la que abandonó Sevilla como presidente de la Junta Central ante la llegada inminente de los franceses, una huida que casi le costó la vida ante la soliviantada población. Tras la liberación de la metrópoli andaluza gobernaría nuevamente la diócesis entre 1812 y 1815, fecha última en que tomó posesión de la mitra gaditana, para el que había sido provisto por la Junta Central en 1809. Fallecerá en Cádiz el 22 de julio de 1818 ocupado en tareas de reconstrucción de la diócesis, arruinada por dos años de duro cerco francés. Tercer y último presidente de la Junta Suprema Central desde el 1 de noviembre de 1809 hasta el 31 de enero de 1810, sancionaría entre otros importantes decretos los que convocaban a Cortes Extraordinarias, o el de la disolución de la propia Central, subrogada en sus facultades por el nuevo Consejo de Regencia, que le nombró consejero de Estado. Fotografía tomada por el autor.



Arriba el cardenal Luis María de Borbón, quien tras abandonar Sevilla para tomar posesión de la sede primada de Toledo nombro a Vera y Delgado como su coadministrador en la archidiócesis hispalense (aquí en un retrato copia de otro anterior, pintado por José María de Arlegui en 1856 para la Santa Caridad). A su lado Vera en una pintura propiedad de la Hermandad de los Negritos (Sevilla), de la que los prelados sevillanos eran protectores. El cuadro de autor anónimo fue realizado probablemente hacia 1802, fecha de su ingreso en la mencionada cofradía. Fotografías tomadas por el autor.

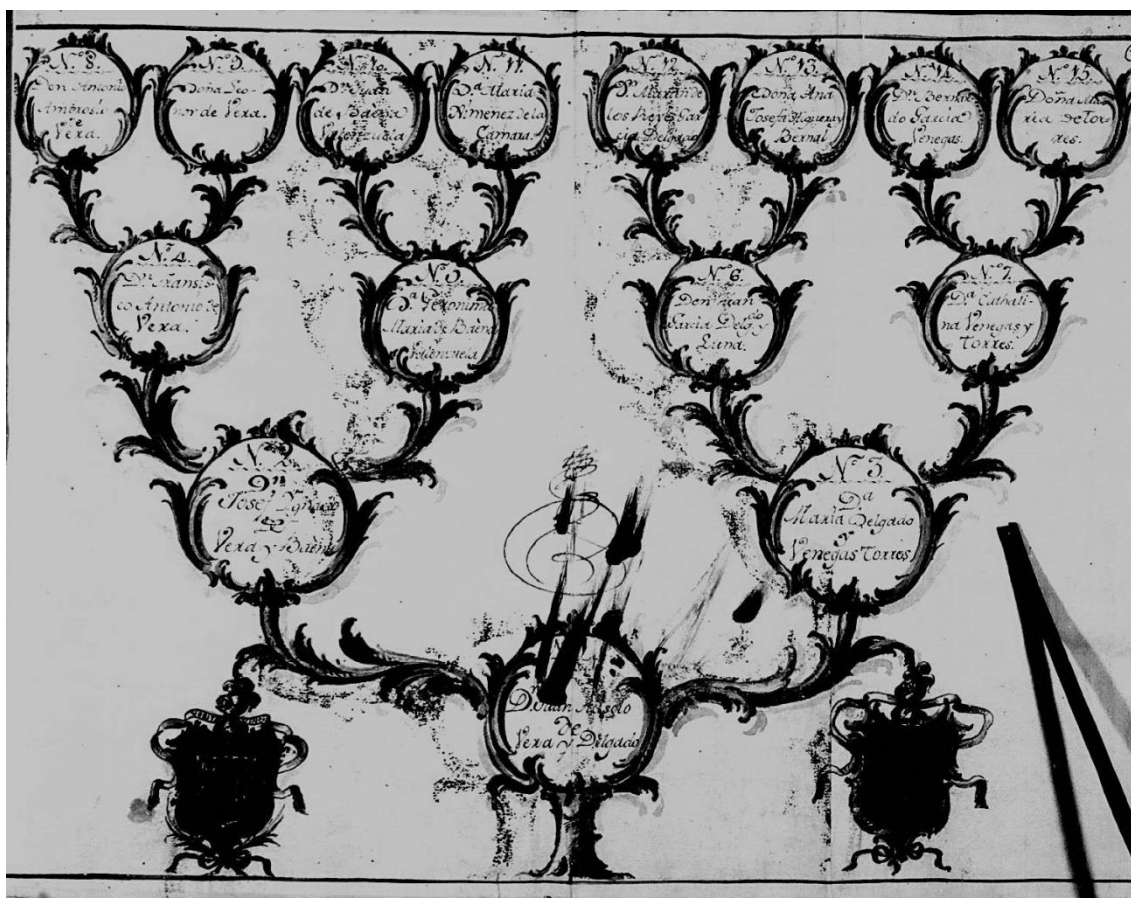


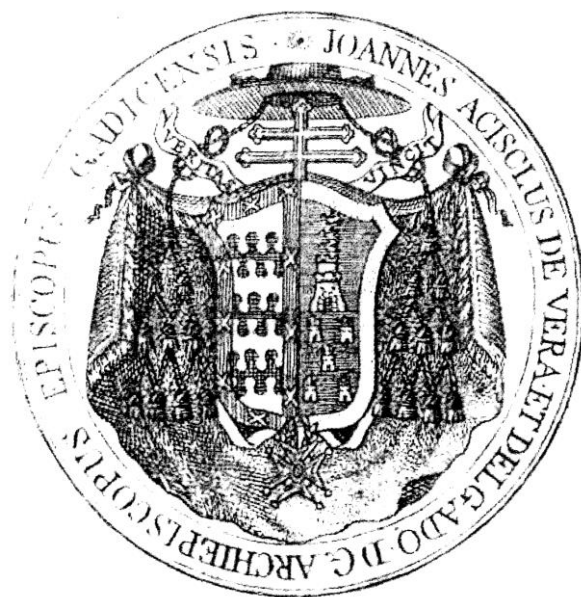
El arzobispo aparece aquí pintado por José Arango (1820), afamado retratista de la época, en un cuadro encargado por la Universidad hispalense para su galería de ilustres ex alumnos. Se encuentra situado en el edificio del Rectorado. Al pie del retrato se encuentra la siguiente inscripción: “Ioannes Acisclus a Vera et Delgado in Ecclesiastico et civili iuribus hispaniensis Academiae/ doctor. Supremi regii ordinis Caroli III insigniis decoratus, comitorum Hispaniae cen/ tralium praefectus, praelatus romani pontificis domesticus ad ejus solium assistens,/ regis hispaniarum a consiliis, laodicensis archiepiscopus, archiepiscopatus/ hispalensis co-administer, gadicensis episcopus”. Oleo sobre lienzo de 81x100 cm. Es probable copia del conservado en los Negritos, pues está ejecutado después de su muerte, y como se puede observar, porta al cuello la banda propia de eclesiásticos de la Gran Cruz de Carlos III (es decir en “echarpe”), que no exhibe en el retrato anterior.





Casa natal de don Juan Acisclo situada en el número tres de la calle de su mismo nombre, afortunadamente rescatado hace unos años por el callejero local (fotografía del autor). Abajo su árbol genealógico, inserto en el expediente que se le formó para la concesión de la Orden de Carlos III.





Escudo episcopal de don Juan Acisclo de Vera y Delgado, quien conservó en Cádiz a título personal la dignidad arzobispal, por lo que utilizó el título de “arzobispo-obispo” con tratamiento de excelencia e ilustrísima. En el escudo, timbrado de capelo arzobispal y de cruz patriarcal, podemos observar dos cuarteles, en el primero aparecen las armas del linaje Vera, cuya divisa “Veritas vincit” (la verdad vence) aparece a la cabeza del mismo; en el segundo las de Delgado y Torres. Tiene acolada la Gran Cruz de Carlos III y se superpone sobre el manto propio de la dignidad de Grande de España personal.



Retratos de Vera y Delgado. El primero es obra coetánea, de Manuel Roca, académico de las Bellas Artes de Cádiz, en Museo de las Cortes de Cádiz; el segundo, realizado por Ricardo Escribano de orden del obispo Calvo y Valero para la colección episcopal del Seminario gaditano es posterior a su muerte y de inferior calidad, siendo restaurado con motivo del Bicentenario (2012), pasando de la galería alta del citado Seminario a la Sala Doceañista nueva del Museo Catedralicio. Fotografías tomadas por el autor.



Los principales prelados del bando patriótico durante la invasión napoleónica fueron don Juan Acisclo de Vera y Delgado, ya representado en la página anterior; el cardenal don Luis de Borbón y Vallabriga, primado de España pero también administrador del arzobispado de Sevilla por especial privilegio de sus primos los reyes Carlos IV y María Luisa, y cuñado de Godoy, aquí en un conocido cuadro de Goya (Museo de Sao Paulo, Brasil, 1800); el nuncio Pietro Gravina (pintado por Izquierdo, 1807, Museo Catedralicio de Cádiz), principal abanderado durante la Regencia de las posturas más conservadoras, el cual protagonizó con Borbón una agria polémica causada por el asunto de la asunción por parte de los obispos de las “facultades pontificias” durante el cautiverio del papa, preso de Napoleón, que finalizó de manera abrupta con el extrañamiento del napolitano de la zona controlada por los patriotas españoles; y finalmente el obispo de Orense, Pedro de Quevedo y Quintano (retratado por Vicente López, 1833), primer presidente del Consejo de Regencia, también enfrentado a la labor legislativa de las Cortes, quien se vio forzado a renunciar bajo enormes presiones y amenazas de los constituyentes, exiliándose a Portugal hasta la vuelta de Fernando VII. En la conocidísima litografía sobre estas líneas vemos a este último prelado inaugurando las sesiones constituyentes en el Teatro Cómico de la Isla de León, las cuales se iniciaron el 24 de septiembre de 1810. Autor F. Pérez, ca. 1810, Museo de las Cortes de Cádiz. Fotografías de Gravina y litografía tomadas por el autor.





## PRESIDENTES DE LA JUNTA SUPREMA CENTRAL GUBERNATIVA DEL REINO

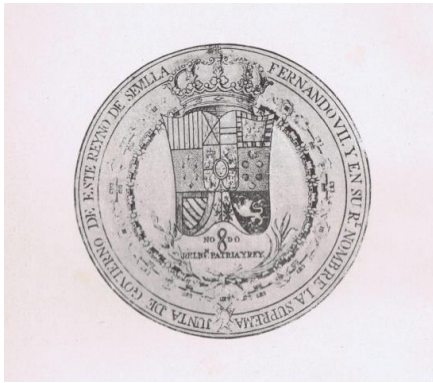
(1808-1810)



Don José Moñino y Redondo (Murcia, 21 de octubre de 1728 - Sevilla, 30 de diciembre de 1808), conde de Floridablanca, caballero del Toisón de Oro y gran cruz de la de Carlos III. Confinado en su Murcia natal desde su caída en desgracia, era aún reputado hombre de estado, por lo que fue designado para presidir la Junta Central, con tratamiento de “Alteza Serenísima” y honores propios de infante de España. Enterrado en la Capilla Real de la catedral hispalense bajo la tumba de San Fernando, sus restos descansan actualmente en la iglesia de San Juan de su ciudad natal. Retratado aquí hacia 1783 (Museo del Prado).



A la izquierda, don Vicente Isabel Ossorio de Moscoso y Álvarez de Toledo, que por su corta estatura era motejado por el pueblo como *el rey chico* (Madrid, 19 de noviembre de 1777 - Íd. 31 de agosto de 1837), XVII marqués de Astorga, XII conde de Altamira, y XVII de Trastámara, y de un sinfín de estados, títulos y señoríos, era cabeza de uno de los más poderosos linajes de la nobleza española inmemorial. Vicepresidente y posteriormente presidente interino de la Junta Central desde el 30 de diciembre de 1808 al 1 de mayo de 1809, fue su segundo presidente desde el 1 de mayo hasta el 1 de noviembre de dicho año. Aquí aparece retratado por Agustín Esteve y Márquez hacia 1790, en un cuadro propiedad de la Universidad de Granada. A la derecha, el arzobispo de Laodicea, último presidente entre el 1 de noviembre de 1809 y el 31 de enero de 1810.



A la izquierda el sello de la Junta sevillana. A la derecha el Palacio Real de Aranjuez, primera sede de la Junta Suprema Gubernativa del Reino, donde quedó instalada por los delegados de las juntas provinciales venidos de los diversos reinos de España el día 25 de septiembre de 1808. De allí, tras la llegada a España de Napoleón al frente de la *Grande Armée* en noviembre de ese año, partieron para Sevilla, donde llegaron el día 16 de diciembre.



Fachada del León del Real Alcázar de Sevilla, y Salón de Embajadores, sede y principal aposento de la Junta de Sevilla, y posteriormente de la Suprema Central, donde se instalaría el 16 de diciembre de 1808.



A la izquierda, el general Castaños – con uniforme blanco en el célebre cuadro de Casado del Alisal *La rendición de Bailén* (Museo del Prado) –, artífice de la victoria de las tropas españolas en Bailén, primera derrota en campo abierto de las invencibles armas napoleónicas. Tras la disolución de la Junta Central ocupó de forma interina la presidencia de la nueva Regencia hasta la llegada del obispo de Orense. A la derecha, el Colegio de la Compañía de María, en la localidad gaditana de San Fernando, entonces Isla de León, última sede de la Junta Suprema Central, donde quedaría disuelta la noche del 31 de enero de 1810 tras no pocas discusiones entre partidarios de mantener el poder y los de resignarlo en un organismo nuevo, dudas que quedaron zanjadas ante la postura firme del arzobispo de Laodicea quien se adelantó a reconocer al nuevo Consejo de Regencia.





¿Se promulgó la Constitución de 1812 sobre esta mesa? Existe una tradición oral en Cádiz que dice que sobre dicho mueble, realizado en madera de cahoba y labor de taracea, propiedad del obispo Vera y Delgado, estamparon su rúbrica los diputados gaditanos. El citado mueble, o uno muy similar aparece detallado en el inventario de bienes realizado a la muerte del prelado, y desde luego cuenta diferentes elementos alegóricos: las iniciales del prelado enlazadas en forma de jeroglífico, una invocación al Espíritu Santo situada al centro que dice: “Que el Espíritu Santo ilumine nuestras mentes y nuestros corazones”, o los símbolos tetramórficos de los evangelistas en sus ángulos. Aunque Vera y Delgado no estuvo en Cádiz si no en Ceuta durante todo el periodo constituyente, es posible que parte de su equipaje quedara allí depositado por la precipitación de los acontecimientos, siendo elegida para que el nuevo texto fundamental que veía la luz contase con la bendición de los cielos. Dicha mesa de encontraba en las dependencias del Sr. Obispo de Cádiz, siendo trasladada con motivo del Bicentenario de aquellos acontecimientos a su ubicación actual, la nueva Sala Doceañista del Museo Catedralicio de Cádiz. Sobre su tapete aparecen situados un ejemplar de la Constitución y una escribanía de plata. Fotografías tomadas por el autor.



Entre los escasos objetos personales del arzobispo Vera conservados destaca este soberbio crucifijo de marfil, atribuido por el Museo Catedralicio gaditano, donde se conserva, a José Pedro Muñoz (Sevilla, fines del siglo XVIII). La magnífica pieza procede de la herencia de su tío el cardenal Delgado, tal y como se detalla en los espolios de aquel prelado. Fotografía tomada por el autor.



Reliquia de Santa Victoria, hermana de San Acisclo, obsequiada en 1815 por Pío VII al nuevo obispo de Cádiz Vera y Delgado. Fotografía tomada por el autor.



Los personajes más ilustres que el arzobispo de Laodicea unió en matrimonio fueron sin duda Fernando VII, aquí por Vicente López (ca. 1814-15), y su hermano don Carlos María Isidro, casados en una misma ceremonia con las infantas portuguesas doña Isabel de Braganza (fallecida en 1818), y doña María Francisca, también hermanas, en una ceremonia celebrada en Cádiz en la que los esposos quedaron representados por el duque del Infantado.





Nicho colectivo de algunos de los prelados titulares de la mitra gaditana fallecidos en aquella ciudad, se encuentra situado a la izquierda del Crucificado llamado de *Las Aguas*, que preside el panteón de los obispos, ubicado en la cripta bajo el altar mayor de la “Catedral Nueva”. El traslado de los restos de los obispos cuyo óbito se produjo antes de la inauguración del nuevo templo, fue realizado el 6 de noviembre de 1862 desde la “Catedral Vieja”, hoy Parroquia de Santa Cruz. Fotografía realizada por el autor.

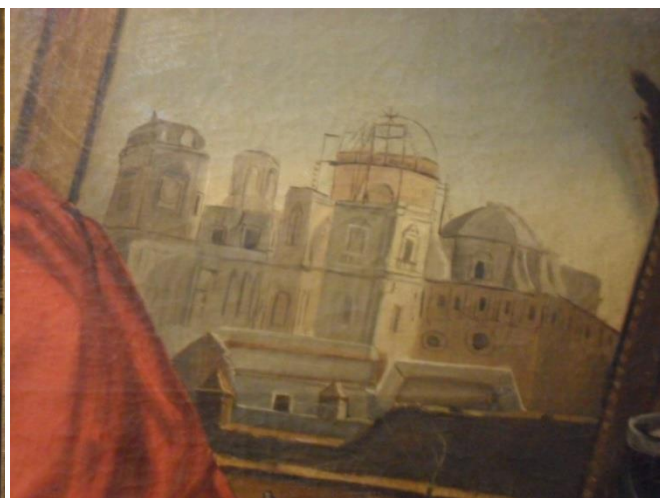


Vista general de la mencionada cripta de los obispos bajo el altar mayor de la “Catedral Nueva”. Fotografía realizada por el autor.





Arriba la “Catedral Vieja” de Cádiz, hoy parroquia de Santa Cruz, flanqueada de la antigua Contaduría y del edificio levantado sobre la “Casa del Obispo”, humilde caserón que hacía las veces de palacio episcopal, uno de los lugares más misteriosos y antiguos de aquella milenaria ciudad. Debajo, vista de la “Catedral Nueva”, aún sin terminar (Museo Municipal y de las Cortes), y a la derecha su fachada una vez ya culminada, magnífico ejemplo de eclecticismo arquitectónico, entre barroco y neoclásico. Fotografías tomadas por el autor.



El obispo fray Domingo de Silos Moreno, sobre estas líneas, impulsó la última fase de las obras, paralizadas desde las últimas décadas del siglo XVIII hasta que en 1832 el referido prelado las reinició, inaugurándose en 1838. Retrato de Fernández Cruzado, Museo Catedralicio de Cádiz. Fotografías tomadas por el autor.



Tarjeta de visita del arzobispo-obispo de Cádiz, grabada en cobre en Sevilla por José María Martín hacia 1815-1818 (94x70 mm.). Fuente: Museo Municipal de Madrid, Sección *Estampas Españolas*, núm. 96



Confesionario del Sr. Penitenciario de la Catedral de Sevilla. Magnífico mueble realizado en caoba en estilo tardobarroco (primera mitad siglo XVIII), se encuentra situado en una de las naves laterales junto al altar mayor, frente a la Puerta de la Concepción, queda rematado por los símbolos del Cabildo: la Giralda y las jarras de azúenas. Fotografía realizada por el autor.



*Degollación de los inocentes*, Escuela Italiana, siglo XVII, Catedral de Sevilla. Fuente IAPH.



*Adoración de los pastores*, Francisco Antolínez, discípulo de Murillo, siglo XVII, Catedral de Sevilla. Fuente IAPH.



A la izquierda *Nuestra Señora de las Mercedes*, atribuida en principio a Zurbarán, y actualmente por Valdivieso a Roelas, siglo XVII; a la derecha *Desposorios de la Virgen*, de Lucas Valdés, obras todas donadas a la Catedral de Sevilla por el canónigo Pedro de Vera y Delgado. Fuente IAPH.





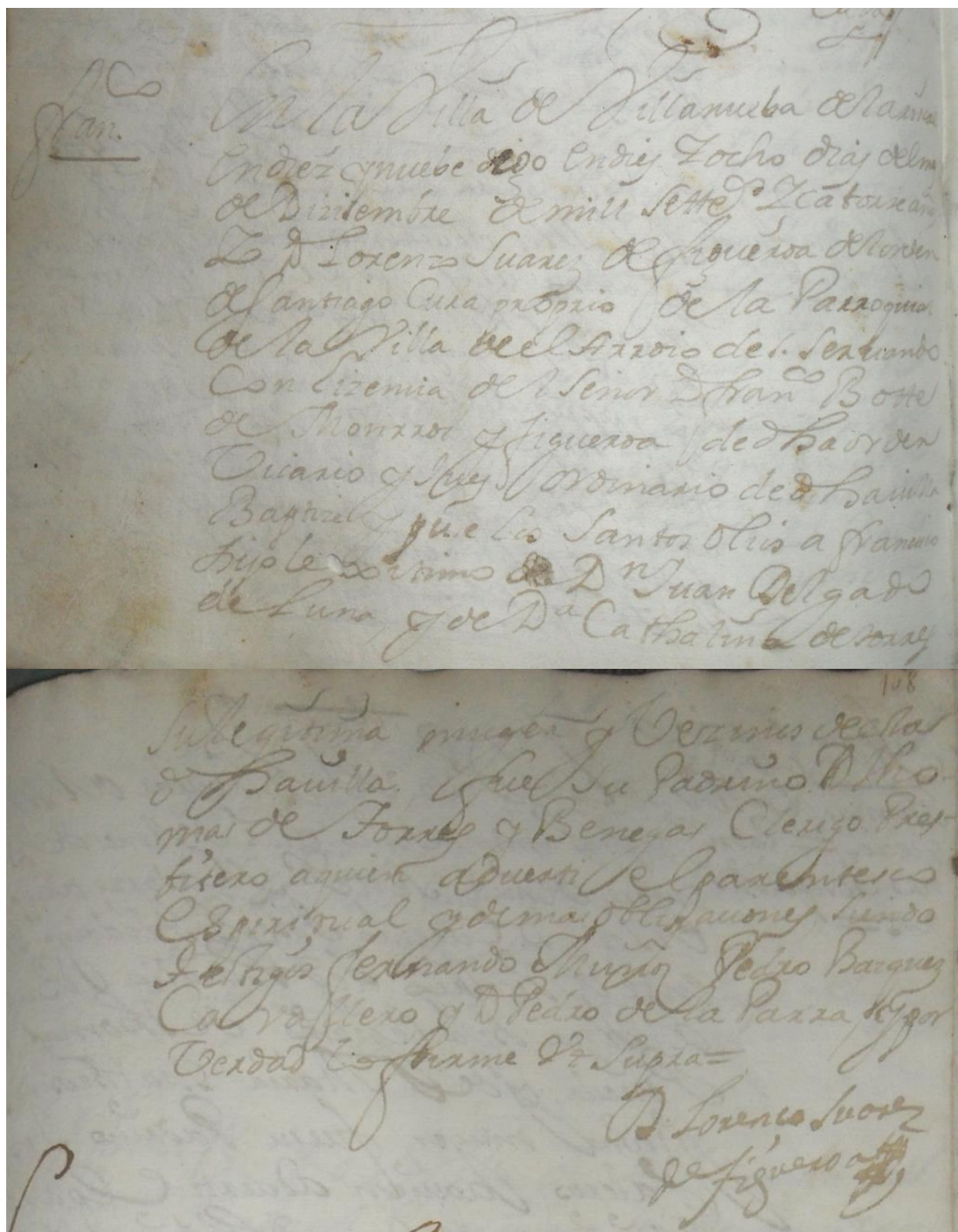
*Aparición de Cristo a San Ignacio de Loyola* (254x194 cm), lienzo que se corresponde con casi toda seguridad con el inventariado por González de León como: “El Salvador dando la Regla a San Ignacio”, atribuido en la centuria decimonónica tanto por González como por Gestoso a Roelas, y hoy día a Alonso Vázquez (ca. 1595), o quizás a Pablo de Céspedes, se encuentra en la Sacristía Mayor. A la derecha Inmaculada posiblemente donada por el canónigo Vera y Delgado a la catedral hispalense poco antes de su muerte, atribuida ya en esa época a Roelas y hoy obra anónima del XVII, se encuentra en el coro catedralicio procedente de la Capilla de San Antonio, donde fue ubicada inicialmente. Fuente: fotografía de la Inmaculada por el autor de la tesis, *Aparición a San Ignacio* tomada del IAPH.



Francisco Fernández del Pino (1768-1843) detentó importantes cargos en la Administración judicial y gubernamental tras la restauración absolutista, era primo político del arzobispo de Laodicea, y fue ministro de Gracia y Justicia en los últimos gobiernos de Fernando VII. Tras la muerte de este ocuparía un puesto en el estamento de próceres y luego en el Senado, siendo nombrado presidente del Tribunal Supremo de Justicia (1838-1840), fue agraciado en 1834 por la regencia de María Cristina con el título nobiliario de Conde de Pinofiel. Fuente: Internet.

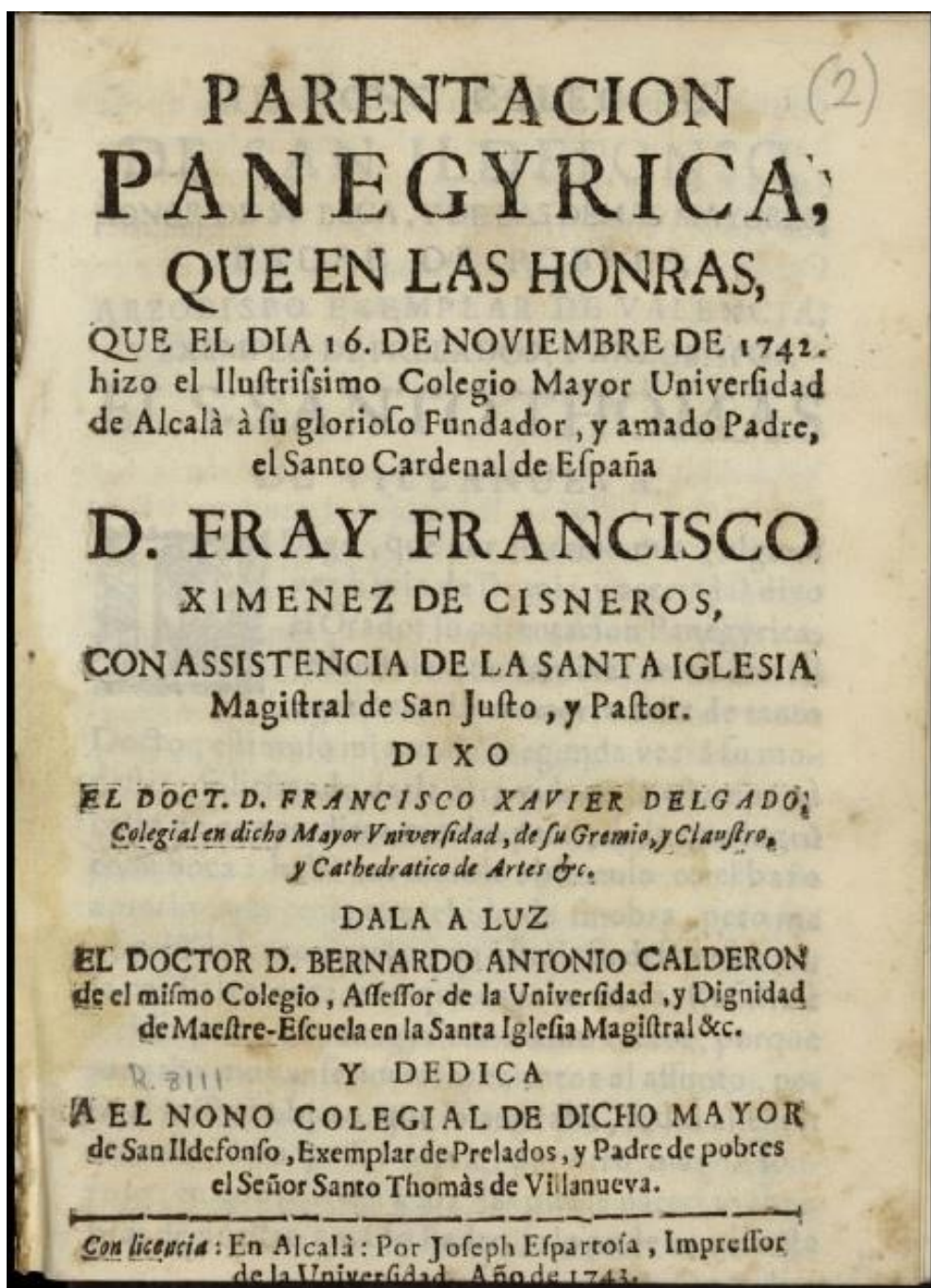
XI

APÉNDICE DOCUMENTAL



Original de la partida de bautismo del cardenal Delgado y Venegas, conservada en la parroquia de Villanueva del Ariscal, su pueblo natal. Entonces la localidad era vicaría del priorato de San Marcos de León, de la Orden de Santiago, cuya sede administrativa estaba en la localidad extremeña de Llerena. Fotografía tomada por el autor. APVA, *Libros Sacramentales*, Bautismos, núm. 2, fols. 107v-108.





Primera obra impresa del futuro cardenal Delgado de la que tenemos constancia. Se trata de un sermón predicado con motivo de las exequias anuales que la Universidad de Alcalá ofrecía por el alma de su fundador el cardenal Cisneros. Fuente: Archivo Municipal de Murcia, *Impresos Siglo XVIII*.

✠  
**DON FRANCISCO DELGADO, Y VENEGAS.**  
 OR LA GRACIA DE DIOS, Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA,  
 Obispo de Sevilla, del Consejo de Su Magestad, &c.

A los Alcaldes, Mayordomos, Oficiales, y demás Hermanos de las Cofradías de Penitencia, que suelen salir en la Semana Santa, así en esta Ciudad de Sevilla, como en las demás Ciudades, Villas, y Lugares de este nuestro obispado, y à las demás Personas de qualquier estado, y condicion, que sean; salud en nuestro Señor Jesu-Christo.



Acemos saber, que haviendo lastimado el piadoso corazon de nuestro Catholico Monarcha el Señor Don Carlos Tercero (que Dios guarde) las bien fundadas quejas de el abuso introducido en todo el Reyno de haber Penitentes de Sangre, ò Disciplinantes, y Empalados en las Processiones de Semana Santa, en las de la Cruz de Mayo, y en algunas otras de Rogativas; cuyas penitencias no las dicta por lo comun el espíritu de compuncion, sino es (quando no sean otros fines menos edificativos) la costumbre, y mal entendida piedad: como asimismo de los inconvenientes, que traen consigo las Processiones de noche por la concurrencia, y obscuridad; por su Real Cedula dada en el Real Sitio del Pardo à veinte de Febrero de este año, entre otras Providencias dignas, y propias de su Religioso ánimo, se hà servido mandar, y en la parte, que Nos toca encomendarlos, que no se permitan Disciplinantes, Empalados, ni otros Espectaculos semejantes, que no sirven de edificacion, y puedan servir à la indevotion, y al desorden en las Processiones de Semana Santa, Cruz de Mayo, Rogativas, ni en otras algunas, debiendo los que tuvieren verdadero afecto de penitencia, elegir otras mas racionales, y secretas, y menos expuestas, con consejo, y direccion de sus Confessores: Que no se consientan Processiones de noche, haciendose las que fuere costumbre, y saliendo à tiempo, que estèn recogidas, y finalizadas antes de ponerse el Sol, para evitar los perjuicios, que pueden resultar de lo contrario. Y para que por lo que respecta à nuestra Jurisdiccion, tengan el mas puntual, y exacto cumplimiento las loables intenciones de Su Magestad, y las oportunas, y Y para que se execute, y cumpla así, ordenamos à nuestro Provisor, y Vicario General, y demás nuestros Juezes, y Miembros de nuestras Audiencias, y à nuestros Vicarios, Curas, y Beneficiados, y demás Personas, à quienes incumba, soliciten su mas puntual, y debida observancia; y por lo que à cada vno toque, les damos competente facultad, con la de prestar, ò impertir respectivamente el auxilio de la misma Real Jurisdiccion, cuyo piadoso zelo esperamos ver continuado, para el logro de tan santo fin. mandamos, que este nuestro Edicto se publique, y fixe, como es costumbre. Dado en nuestro Palacio Arzobispal de Sevilla en dia diez y siete del mes de Marzo del año de mil setecientos setenta y siete.

*Francisco, Arzobispo de Sevilla.*

Por mandado de su Exc.<sup>a</sup> el Arzobispo, mi Sr.

*D. Joseph Gonzalez de Tavera.*  
 Secretario.

Institución Colombina  
 A.C.S.

Firma autógrafa habitual del cardenal Delgado, estampada en un documento fechado en Aranjuez en mayo de 1780, y enviada a su tesorero general el canónigo José Rodríguez Bravo. Fuente: AGAS, IV, "Mesa Arzobispal", 850, 170.





Veinte manuscritos.

SELLO CUARTO, VEINTE  
TEMARAVEDIS, AÑO DE  
MIL SETECIENTOS Y SE-  
SENTA Y SEIS.

Salve Dolorosa i Maria Santissima  
de los Dolores compuesta por el Exmo y Ex.  
Señor D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Delgado y Venegas por la Gracia  
de Dios, y de la Santa Sede Apostolica Prior  
Cardenal de la S.<sup>ta</sup> Iglesia de Roma, Patriar-  
cha de las Indias, Arzobispo de Sevilla y su  
Arzobispado, Capellan, y Limosnero mayor del  
Rey Nuestras Señores Vicario General de sus  
reales Escriptos de Mar, y tierra, Excmo Canci-  
ller, y Excmo Cruz de la Real distinguida Or-  
den Española de Carlos tercero del Consejo de  
S. M. C. cuyo tenor es el siguiente

Salve Virgen Dolorosa,  
Salve de Martires Reyna,  
Madre de Misericordia  
Entre Espinas Arucena:

Vida y dulzura derramas,  
en vuestras lagrimas tiernas,  
y en esas perlas nois dais,  
prendas de Esperanza nuestra:

Salve dedicada por el cardenal Delgado y Venegas a la Virgen de los Dolores, una de las escasas muestras conservadas de la capacidad eucológica del prelado. Esta copia se trasladó en 12 de febrero de 1782. Archivo de la Hdad. de la Carretería, Sevilla, *Diversos*, "Fondo Cuéllar", leg. 51.

Dios te salve, así llamamos  
 tus hijos, los hijos de Eva,  
 pues en la Cruz vuestras hijos,  
 à Vos p.<sup>a</sup> Madre no dexa.

A ti tirote suprimamos,  
 uolando culpas y ofensas,  
 q.<sup>a</sup> à tu Hijo fueron clavo,  
 y à tu pecho agudas flechas:

Abogada en el Calvario,  
 o tiron vuestra clemencia;  
 Volvemos, pues, esos ofen,  
 que, ellos son vuestras defensas.

Z à vuestras frutos Terras,  
 Exano muertos à ca en la tierra  
 haced, que en el Parayso,  
 Abol de Vida nos sea.

Ô, Madre toda piedades!

Ô, Madre toda Clemencia!

Ô, Madre toda Dolores!

Ô, Maria, Mar de Penas!

tu Compasion dulce Madre,

à blan de nra Duxera;

i tu Martirio non logre

la Alma, y Corona Eterna.

Con cuidado con su original à el que me se ha  
 scilla 12 de febrero de mil setecientos ochenta y dos



## CORRESPONDENCIA ENTRE EL CARDENAL DELGADO Y GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

De Gaspar de Jovellanos a Francisco Delgado, arzobispo de Sevilla, Sevilla, 8 de abril de 1778.

“Excelentísimo señor: Muy señor mío y mi venerado amigo: Desde que V.E. se halla rodeado de los graves cuidados de su nuevo ministerio, no he querido importunarle ni distraerle con mis cartas. Lo hago ahora para incluir a V.E. el adjunto impreso. Nuestra Sociedad ha formado el establecimiento que contiene con la idea de promover la industria en uno de sus principales ramos. Las escuelas fijas se dotarán luego que logremos descubrir otras tres maestras que las dirijan, y esperamos que todo produzca los más saludables efectos si las personas poderosas y caritativas nos ayudan.

V.E. sabe mejor que nadie, pues las ha socorrido tantas veces, la pobreza en que viven muchas religiosas de esta ciudad, cuyos conventos apenas tienen lo preciso para proveer a sus primeras necesidades. Las más de ellas libran en el trabajo de sus manos, en hacer dulces, flores y otras ocupaciones inocentes y poco provechosas, la esperanza de satisfacer a sus necesidades privadas. Creemos que las hilanzas podrían darles una ocupación tanto más útil y segura, cuanto su propia habilidad y delicadeza las proporciona para trabajos más finos.

Las proporciones de esta ciudad para establecer con ventajas los tejidos de lienzos son admirables, y pudiéramos estorbar la salida de inmensos caudales al extranjero, sólo con que se fabricaran aquí los lienzos que llaman caseros, que son los de mayor consumo. Pero si hilaren las personas delicadas se pudiera aspirar también a tejer lienzos que compitiesen con los mejores de Flandes, y que pudiesen servir algún día hasta en los altares y ornamentos sagrados.

Con esta idea hemos buscado dos maestras hábiles, honradas y de la mejor conducta, según el informe de sus propios párrocos, y las hemos asalariado, con el fin de que den gratuitamente esta enseñanza en la forma que contiene el impreso. Pero como el medio más seguro de que las religiosas conozcan su utilidad y la reciban con gusto, será el beneplácito de sus prelados, y a nosotros nos serviría de tanto consuelo el que hubiese en esta ciudad una persona que a nombre de V.E. nos ayudare a promover tan piadoso designio, me he determinado a dirigir ésta a V.E. para suplicarle rendidamente se digne recomendar este asunto al ilustrísimo señor obispo gobernador, a fin de que facilite las licencias necesarias y contribuya con su notorio celo y caridad a la ejecución de este objeto.

Al mismo tiempo debo hacer presente a V.E. que la casa de niñas huérfanas está reducida en el día al número de cuatro o cinco por su escasa dotación, y aun dos de estas niñas andan todo el día por la ciudad recogiendo limosnas para mantenerse; y aunque sean de corta edad, es preciso que la falta de recogimiento les sea perniciosa. Por tanto sería muy conveniente que se dotasen provisionalmente algunas plazas, lo que pudiera hacerse a bien poca costa, así porque estas inocentes, recogidas a vivir retiradas y en común, podrían pasar con poco, como porque el sacerdote que las cuida y dirige es un varón piadoso y de notorio celo y caridad. Por este medio se las libraría de la distracción y peligros a que las expone la necesidad de mendigar; vivirían todas recogidas, y su aplicación a las hilanzas (que cuidaría la Sociedad no les faltaran nunca) podría producirles algunas ganancias, con las cuales se aumentase la proporción de mantener a otras muchas niñas. V.E. sabe cuántos bienes produciría en Sevilla un establecimiento de esta clase. Yo me acuerdo de haberle oído quejarse algunas veces del abandono con que muchas niñas desamparadas andan mendigando por esta ciudad, expuestas a mil peligros, y que después de perder su inocencia, son una ocasión de corrupción y escándalo en el



público. Recogerlas con tiempo a la casa de las Huérfanas o a la de Recogidas, sería la obra más meritoria que pudiera hacerse en un país donde la corrupción de costumbres pende de este y otros semejantes principios. ¿Qué mejor destino se pudiera dar a una parte de los fondos de la última vacante de esta mitra, que van a distribuirse? Yo ruego encarecidamente a V.E. se digne recomendar este asunto al ilustrísimo señor juez de Espolios, para que no le olvide en las aplicaciones que se han de hacer de dichos fondos, y entre tanto espero que la notoria caridad de V.E. no dejará de atenderle, ni de contribuir por su parte a promover un intento tan piadoso.

Bien sé que esta casa está mandada reunir al hospicio por el Consejo; pero sobre ser preciso que pase largo tiempo antes de que se verifique este establecimiento, yo juzgo que sería más conveniente el dotarla con separación. Por más celo y vigilancia que haya en la dirección de los hospicios, nunca se podría lograr en ellos toda la seguridad y recogimiento que necesitan estas inocentes para recibir una educación honesta y laboriosa.

Yo pudiera también recomendar a V.E. el establecimiento de los Niños Toribios como uno de los más importantes al bien público; pero sé que V.E. es el principal apoyo que tienen en el día estos infelices, y que su celo no omitirá ocasión alguna de promover los deseos del público en cuanto a su dotación y arreglo.

Disimúleme V.E. que me haya dilatado tanto en esta carta, que me animó a escribir el conocimiento en que estoy de su generosa caridad. Y ya que tenemos el disgusto de no poder lograr su presencia, dénos al menos el consuelo de saber que aun desde lejos nada olvida V.E. de cuanto puede contribuir a la felicidad del pueblo que la providencia del Altísimo ha puesto a su cuidado.

Con este motivo reitero a V.E. las seguridades de mi constante afecto, con el que quedo rogando a nuestro Señor conserve feliz la digna persona de V.E. por dilatados años.

B. l. m. de V.E. su más reconocido amigo y fino servidor”

*Don Gaspar de Jovellanos.*

De Francisco Delgado y Venegas, arzobispo de Sevilla a Gaspar de Jovellanos, Aranjuez, 25 de abril de 1778.

Muy señor mío y amigo: V.S. puede escribirme siempre que guste, en la inteligencia de que no me importuna y de que mis cuidados sabrán hacer una pausa para entender en sus órdenes.

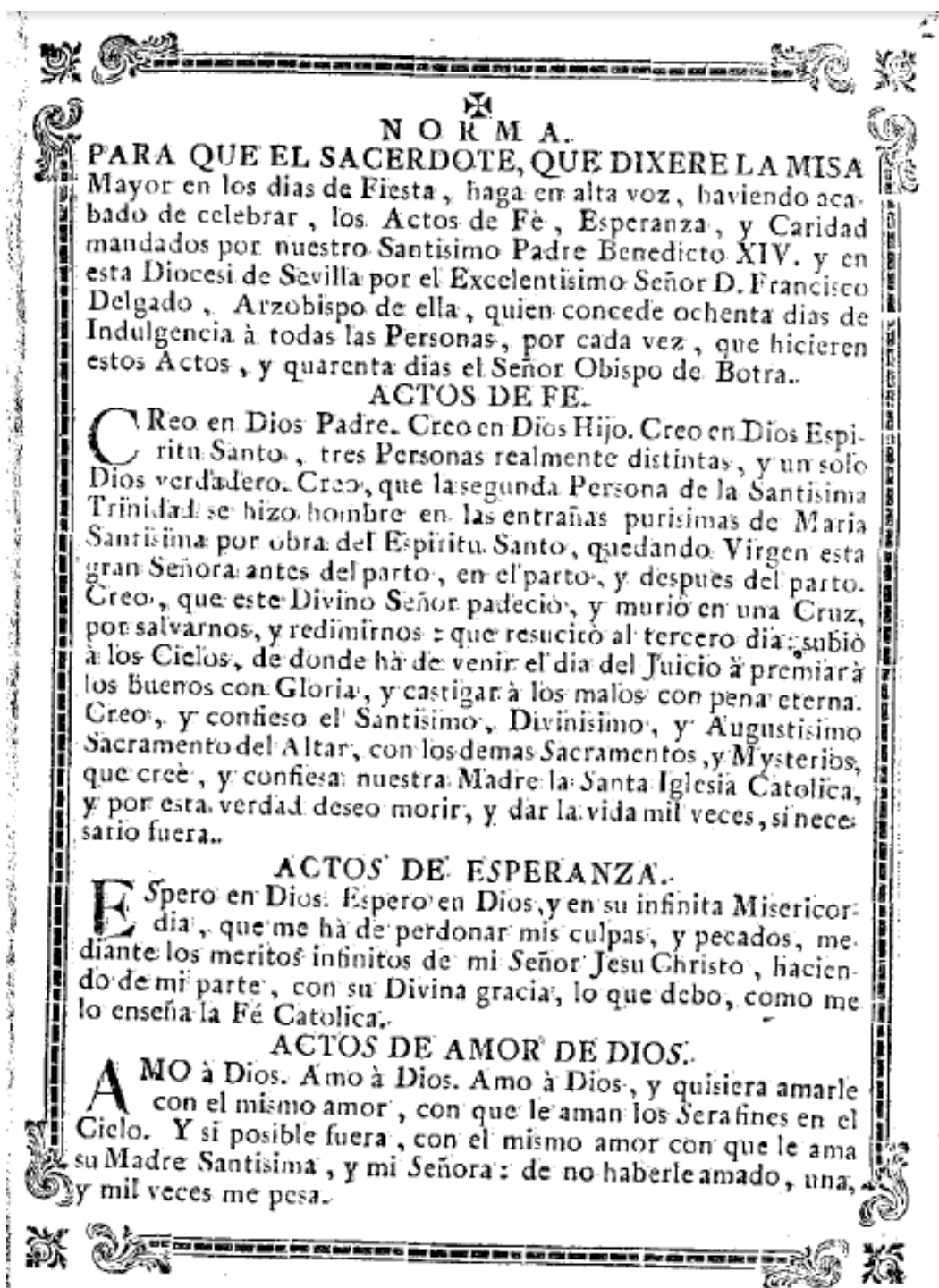
Comprendo por la de V.S. lo dedicado que está a los objetos de la Sociedad y a todo lo que conviene al bien público en que debe interesarse cualquiera buen patricio o ciudadano, y comprendo también el pensamiento de introducir en los conventos de religiosas las hilanzas, para que puedan aliviarse en las estrecheces que padecen por sus cortas rentas, subrogando esta ocupación en lugar de la de los dulces, flores y otras habilidades en que se ejercitan, cuando y como se lo permite la distribución y obligaciones de su estado; pero ni aun éstas, que son menos arriesgadas por no tener que versarse diariamente con seglares, porque su despacho lo encomiendan a una de las sirvientes, las podría disimular ningún prelado, si no contemplase que eran precisas en el estado actual para su subsistencia; mucho menos autorizar y condescender a otros ejercicios y ocupaciones distintas, que tienen alguna mayor disonancia con el retiro y la abstracción, por la diaria y fácil fracción del claustro para la entrada de las maestras, cuya comunicación alguna vez puede ser dañosa y siempre es arriesgada. Desde luego que conocí la miseria de los más de los conventos de mi filiación, he puesto, y continuaré, el mayor conato en solicitar su alivio por los medios más propios y más conformes con su instituto, y espero con el favor de Dios verlos sin tanta angustia y aflicción.

De la obra pía o fundación de las niñas huérfanas no tengo conocimiento suficiente por no estar debajo de mi patronato, y sí alguna cosa de los Toribios, y me consta que anteriormente se ha tocado el medio que V.S. propone, y que sin duda era muy oportuno, y hasta hoy nada ha resultado; con todo, si se me ofreciese ocasión de corroborar este pensamiento y solicitud, lo haré de muy buena voluntad, por ser una fundación muy útil y recomendable. Y en cualquiera providencia deseo acreditar a V.S. mi estimación y prontitud para servirle.

Nuestro Señor guarde a V.S. muchos años. Besa la mano de V.S. su muy afecto amigo y servidor

*Francisco, arzobispo de Sevilla.*

Fuente: Gaspar Melchor de Jovellanos: *Obras completas: estudios económicos*, estudio de José M. Caso González, Colección de Autories Españoles del Siglo XVIII, vol. 10, Gijón, Centro de Estudios del Siglo XVIII, 2006, págs. 123-125: Carta de Jovellanos a Delgado, arzobispo de Sevilla (8 de abril de 1778; y de Delgado a Jovellanos (25 de abril de 1778), págs. 126-127.



Entre las medidas dictadas para favorecer la piedad de las gentes figura esta concesión de ochenta días de indulgencia por parte del cardenal Delgado, a los que deben añadirse otros cuarenta de su auxiliar el obispo de Botra por rezar una vez acabada la misa en voz alta los actos de Fe, Esperanza y Caridad reseñados en el documento que va reproducido sobre estas líneas. Fuente: BNE, *Impresos*, R/60015 (1).

2

Del Oro del Caliz Patena y cucharita, 28. onz. 12.  
 a 20. m. y 10 granos, y el g. lleva la peseria pesada 2. onz.  
 y 4. adaxm. quetoso compone 31. onz. y 10. granos de  
 Oro de monedas sea 22. quilates, porque vale a 16. pes.  
 fuer. casa onza, g. acen 17. de vellon ————— 32926. <sup>12</sup>

De Plata en la Chapa Canon y Tornillo lleva 10. onz.  
 y 1. adaxm. g. a 21. 1/2. casa una valen ————— 2213.... 25.

De diam. <sup>tes</sup> tiene 10. g. 2. g. 1/16. y 1/32. que a 22. pes. quil.  
 valen 17. ————— 62522.... 12.

Rubies abillant. 14. g. <sup>tes</sup> 2. g. 1/16. y 1/32. g. a 10. p. valen 17. — 20184.... 12.

Comersal. abillant. 3. g. <sup>tes</sup> y 1. grano a 8. p. y v. 17. — 4330.

Topaz. nueve a 21. 1/2. casa uno y valen ————— 4062.... 12.

Por la Chupa de 805. piedras que llevan los sobrep. en  
 tre diam. <sup>tes</sup> Rubies Comersal. y Topaz. a 4. 17. casa una. 30580.

De oro de la chapa y Vesta ————— 4026.

Chupar del Caliz ————— 2000

Casa y oro de sella ————— 4105.

Monta el oro del Caliz veinte y cinco mill quince  
 17. y tres mas. de vellon. Sevilla nueve de Agosto de mill setecientos  
 setenta y siete años. *Alexandre*

{ 252015... 3. 8.

Institución Colombiana  
 A.C.S.

Factura del cáliz de oro y piedras preciosas atribuido hasta este momento al mecenazgo de Delgado y del cual no se conocía su autor. Como se demuestra en esta tesis, es obra del platero José Alexandre y Ezquerro, y fue donado por el cabildo catedralicio hispalense para sustituir a otro anterior menos vistoso. AGAS, Catedral, IV, *Fábrica*, Inventarios, leg. 05131.

Cuenta del artífice Damián de Castro por la custodia de Sigüenza. AGAS, IV, *Administración General*, “Mesa Arzobispal”, libro 850, fols. 347-350:

Cuenta q.<sup>e</sup> yo D.<sup>n</sup> Damian de Castro Vecino de la Ciudad de Cordova y Argentario del Emmô. y Exc.<sup>mo</sup> Señor Cardenal Delgado doy á Su Em.<sup>a</sup> del valor de la plata oro y hechuras q.<sup>e</sup> según las cuentas particulares q.<sup>e</sup> he llevado de los Modelistas Cinzeladores Baciadores y demas operarios resulta haver tenido de costo la execucion de una Custodia de plata de tres cuerpos sobre dorada á mates, con su Viril de oro guarnecido de Diamantes su alto dos varas y tres quartas q.<sup>e</sup> de orden de Su Em.<sup>a</sup> y con aprobacion del dibuxo q.<sup>e</sup> le remití he fabricado para la S.<sup>ta</sup> Yglesia de Sigüenza; á la que se dio principio en 1 de Noviembre de 1774 y se finalizó en 15 del mismo mes del año pasado de 1779= la que es en esta forma

Pesan todas las piezas de plata de q.<sup>e</sup> se compone dha Custodia inclusa la medida para cortar las formas q.<sup>e</sup> va dentro del formulario en el Viril Dos mil novecientos tres on.<sup>s</sup> q.<sup>e</sup> valen sesenta y un mil seiscientos ochenta y ocho r.<sup>s</sup> .....61€688

Costó el dorado de molido q.<sup>e</sup> lleva quarenta y nueve mil novecientos cincuenta r.<sup>s</sup> .....49€950

Pesa el Viril de oro treinta onzas y un adarme que á trescientos y veinte r.<sup>s</sup> la onza importan nueve mil seiscientos veinte r.<sup>s</sup> ..... 9€620

Se han engastado en dho Viril Mil seiscientos sesenta y siete diam.<sup>tes</sup> q.<sup>e</sup> pesan ciento veinte y quatro quilates y medio: en esta forma = 33 quil.<sup>s</sup> de los medios á 40 p.<sup>s</sup> = de los entremedios á 30 p.<sup>s</sup> = 30 de los medianos á 26 p.<sup>s</sup> = y 32 ½ de los menudos á 22 p.<sup>s</sup> = q.<sup>e</sup> á dos precios importan p.<sup>r</sup> maior cincuenta y cinco mil doscientos setenta y cinco r.<sup>s</sup> .....55€275

Por las hechuras del expresado Viril y engastado de los diam.<sup>tes</sup> catorce mil y trescientos r.<sup>s</sup> .....14€300

Del dibujo de la Custodia y de los trasos y borrones que se hicieron antes p.<sup>a</sup> ponerlo en limpio dos mil y quinientos r.<sup>s</sup> ..... 2€500

Por el modelo sacado de hembras baciado de trogeles estampado y cinzelado de las seis chapas del zoclo 1º como igualm.<sup>te</sup> p.<sup>r</sup> el modelo baciado cinzelado y valor del metal de q.<sup>e</sup> son las asas con sus visagras sobre doradas de molido q.<sup>e</sup> lleva el citado zoclo dos mil quatrocientos r.<sup>s</sup> ..... 2€400

Por el modelo, hembras baciado y cinzelado de las molduras del banco 1º donde van las armas de Su Em.<sup>a</sup> y por el abierto de el rotulo q.<sup>e</sup> lleva y esmaltado de las letras, como así mismo por el historiado y cinzelado de las seis chapas ó laminas q.<sup>e</sup> lleva del testamento viejo, quince mil novecientos cincuenta r.<sup>s</sup> ..... 15€950

Por el modelo, hembras baciado de trogeles, estampado y cinzelado de los seis Piramides y sus basas, como p.<sup>r</sup> el modelo hembras, baciado y cinzelado de los seis Apostoles q.<sup>e</sup> lleva á el fin, y los 18 Angelitos con sus atributos y pomas, y las 18 laminitas q.<sup>e</sup> van en dhas basas de los martirios de los expresados Apostoles veinte y tres mil doscientos treinta r.<sup>s</sup> .....20€230

Por el modelo hembras baciado y cinzelado de las molduras del banco seg.<sup>do</sup> de los adornitos q.<sup>e</sup> lleva y las 12 laminas de la Pasion de Christo quince mil y quarenta r.<sup>s</sup> .....15€040

Por los modelos de los ocho Angeles del ostensorio con sus nubes hembras baciado de trogeles, su estampado y cinzelado, y el del sol y serafines, el Pedestal y dos laminas de la Ascension y venida del Espiritu S.<sup>to</sup> q.<sup>e</sup> lleva diez mil seiscientos cincuenta r.<sup>s</sup> .....10€650

Por el modelo, hembras, baciado y cinzelado de los seis Argotantes y Pedestales del 1º cuerpo, los seis Apostoles y 18 laminas de sus martitios en los Pedestales diez y ocho mil doscientos quarenta r.<sup>s</sup> .....18€240

Por el modelo, hembras, baciado de trogeles estampado y cinzelado de la 1ª cornisa como igualm.<sup>te</sup> p.<sup>r</sup> los modelos, hembras baciado y cinzelado de los Angeles y atributos q.<sup>e</sup> llevan y las Palmas q.<sup>e</sup> sugetan los Piramides nueve mil novecientos veinte y cinco r.<sup>s</sup> ..... 9€925

Por el cinzelado de la media naranja del 1º cuerpo p.<sup>r</sup> dentro y fuera dos mil seiscientos veinte r.<sup>s</sup> ..... 2€620

Por el modelo hembras baciado y cinzelado de la Virgen su nube Angeles y peana seis mil quatrocientos cincuenta y dos r. <sup>s</sup> .....	6€452
Por el modelo hembras baciado y cinzelado de los Argotantes, Pedestales y seis Doctores q. <sup>e</sup> van en el 2º Cuerpo, como igualm. <sup>te</sup> por el historiado y cinzelado de las 18 laminitas de la vida de la Virgen q. <sup>e</sup> van en dos Pedestales diez mil seiscientos ochenta r. <sup>s</sup> .....	10€680
Por el modelo hembras baciado de la seg. <sup>da</sup> cornisa y su cinzelado y el de los seis Angelitos y targetas q. <sup>e</sup> van al pie de los Profetas tres mil setecientos sesenta y seis r. <sup>s</sup> .....	3€766
Por el modelo hembras baciado y cinzelado de los 6 Profetas q. <sup>e</sup> van sobre dha cornisa mil ochocien. <sup>s</sup> noventa dos .....	1€892
Por el cinzelado de la media naranja 2ª quinient. <sup>s</sup> veinte .....	€520
Por el modelo hembras baciado y cinzelado de los Argotantes y Pedestales del 3º cuerpo dos mil ciento cinq. <sup>ta</sup> y cinco r. <sup>s</sup> .....	2€155
Por el modelo hembras baciado y cinzelado de la cornisa del tercer cuerpo y las targetitas q. <sup>e</sup> lleva encima novecientos quarenta r. <sup>s</sup> .....	€940
Por el modelo hembras baciado y cinzelado de las seis sibilas mil y quarenta y cinco r. <sup>s</sup> .....	1€045
Por el modelo hembras baciado y cinzelado de los cartelones q. <sup>e</sup> reciben la Fe, esta, y su peana mil ochocientos cincuenta r. <sup>s</sup> .....	1€850
Por los modelos, baciado y cinzelado de los Colgantes floreros q. <sup>e</sup> van en el 1º 2º y 3º cuerpo tres mil doscientos noventa y seis r. <sup>s</sup> .....	3€296
Y haviendose gastado en la execucion de esta alaja setenta meses y medio; han trabajado en treinta de ellos doce oficiales diariam. <sup>te</sup> en las correspondientes maniobras de forjar, limar, sacar de fuego & <sup>a</sup> q. <sup>e</sup> á cinco r. <sup>s</sup> de jornal son sesenta r. <sup>s</sup> cada día q. <sup>e</sup> por veinte y quatro q. <sup>e</sup> han trabajado cada mes son mil quatrocientos quarenta r. <sup>s</sup> q. <sup>e</sup> multiplicado p. <sup>r</sup> los 30 mes. <sup>s</sup> dos importan quarenta y tres mil doscientos r. <sup>s</sup> .....	43.200
Ygualm. <sup>te</sup> en 10 m. <sup>s</sup> han trabajado diez oficiales q. <sup>e</sup> á los mismos cinco r. <sup>s</sup> de jornal p. <sup>r</sup> 28 días de cada mes los dos meses imp. <sup>n</sup> doce mil r. <sup>s</sup>	
Mas 12 meses han trabajado siete oficiales q. <sup>e</sup> al mismo respecto y modo de los anter. <sup>s</sup> imp. <sup>n</sup> diez mil y ochenta .....	10€080
Los 8 ½ ,mes. <sup>s</sup> restantes han trabajado cinco oficiales q. <sup>e</sup> al mismo resp. <sup>to</sup> de los dos imp. <sup>n</sup> cinco mil y cien r. <sup>s</sup> .....	5€100
Por las mermas de pl. <sup>ta</sup> q. <sup>e</sup> ha havido en obra tan grande y dilatada doce mil r. <sup>s</sup> .....	12€000
De las herramientas y materiales q. <sup>e</sup> se han gastado doce mil ciento veinte y dos r. <sup>s</sup> .....	12€122
Por mi direccion y vigilancia á sesenta r. <sup>s</sup> cada dia q. <sup>e</sup> p. <sup>r</sup> 24 cada mes son mil quatrocientos quarenta r. <sup>s</sup> q. <sup>e</sup> multiplicados p. <sup>r</sup> los 60 ½ mes. <sup>s</sup> imp. <sup>n</sup> ochenta y siete mil ciento y veinte r. <sup>s</sup> .....	87€120
De 8 cristales p. <sup>a</sup> el viril y de su viselado sesenta y quatro r. <sup>s</sup> .....	€064
De 12 tornillos de fierro q. <sup>e</sup> van 6 en el primer cuerpo y 6 en el seg. <sup>do</sup> ciento y dos r. <sup>s</sup> .....	€102
De 3 dhos con sus tuercas p. <sup>a</sup> sujetar los tres bancos unos con otros treinta y tres r. <sup>s</sup> .....	€033
De 4 dhos p. <sup>a</sup> sugetar la Custodia á las Pariguelas quarenta y ocho r. <sup>s</sup> .....	€048

De 6 dhos p. <sup>a</sup> sugetar los Piram. <sup>des</sup> al 1º banco sesenta r. <sup>s</sup> .....	€060
Del fierro p. <sup>a</sup> apretar las tuercas q. <sup>e</sup> quedó en Sig. <sup>za</sup> .....	€020
Por las 3 ormas de madera q. <sup>e</sup> lleva el zoclo el primero y seg. <sup>do</sup> banco ciento y veinte r. <sup>s</sup> .....	€120
De las 6 ormas q. <sup>e</sup> llevan los Pedestales de los Argotantes del primer cuerpo diez r. <sup>s</sup> .....	€010
De otras que estan en la primera cornisa veinte y cinco r. <sup>s</sup> .....	€025
De las 6 ormas de los Piramides q. <sup>e</sup> van plateadas y las de las bars ochenta y quatro r. <sup>s</sup> .....	€084
Por la caxa del Viril ochenta y cinco r. <sup>s</sup> .....	€085
De 16 var. <sup>s</sup> de tafetán doblete p. <sup>a</sup> el Pavellon del flueco, borla hechura y armazón de la Cabeza trescientos sesenta r. <sup>s</sup> .....	
Por los caxones en q. <sup>e</sup> se conduxo la Custodia y tres var. <sup>s</sup> de ule q. <sup>e</sup> faltó del q. <sup>e</sup> embiaron de Sev. <sup>a</sup> doscientos sesenta r. <sup>s</sup> .....	€260
Por los 21 días q. <sup>e</sup> se ocuparon en el viaje de Cordova á Mad. <sup>d</sup> de venida y buelta los 6 hombres escoteros al respecto de diez r. <sup>s</sup> cada día de salario y su manutencion mil doscientos r. <sup>s</sup> .....	1€260
Por los dos Arrieros q. <sup>e</sup> vinieron cada uno con dos Mulas por lo q. <sup>e</sup> hace á sus personas al mismo resp. <sup>to</sup> que los anteriores quatrocientos y veinte r. <sup>s</sup> .....	€420
Por el arquiler de dhas quatro Mulas á cinco r. <sup>s</sup> cada una los mismos 21 dias quatrocientos veinte r. <sup>s</sup> .....	€420
Por la manutencion de las quatro Mulas p. <sup>r</sup> las Posadas de venida y buelta á diez r. <sup>s</sup> cada una los dos 21 dias ochocientos quarenta r. <sup>s</sup> .....	€840
Según parece p. <sup>r</sup> la cuanta de D. <sup>n</sup> Victorio Gomez tubo de costo la Urna, Pariguelas, Mesa y demas dos mil trescientos treinta y nueve r. <sup>s</sup> .....	2€339
Por la pintura y dorado de dha Urna y Pariguelas como consta de la cuenta del Pintor Sebastián Millan novecientos r. <sup>s</sup> .....	€900
Del herraje q. <sup>e</sup> lleva la Urna y Pariguelas según la cuenta de Juan Leirado trescientos diez y nueve .....	€319
Costaron las 19 var. <sup>s</sup> de tisú de q. <sup>e</sup> se hicieron las caidas de las Pariguelas como se ve p. <sup>r</sup> la cuenta de Mr. Bouhebent y Daudinot .....	6€270
De la hechura de dhas caidas flueco galon & <sup>a</sup> como consta de la cuenta de D. <sup>n</sup> Eugenio Diaz Serrano .....	2€682 <sup>3</sup> / <sub>4</sub>
Por las Mulas q. <sup>e</sup> vinieron de Siguenza y se bolvieron de bacio p. <sup>r</sup> haverme puesto malo setenta r. <sup>s</sup> .....	€070
Perdida de la señal del coche q. <sup>e</sup> estaba ya ajustado cien r. <sup>s</sup> .....	€100
Por la Galera q. <sup>e</sup> llevo la Urna á Siguenza quinientos quarenta r. <sup>s</sup> .....	€540
Por el coche q. <sup>e</sup> gastó 18 días á cinco p. <sup>s</sup> cada uno mil trescientos cincuenta r. <sup>s</sup> .....	1€350
Regalía á los Cocheros y á los de la Galera treinta y seis r. <sup>s</sup> .....	€036

Costó el avierto de la ventana en el Sagrario de Sig.<sup>za</sup> y el hacer la repisa de material p.<sup>a</sup> colocar sobre ella la Urna y Custodia, como tambien el dorado del marco q.<sup>e</sup> se puso en dha ventana según parece p.<sup>r</sup> las cuentas de Pasqual Santomera, Juan de la Cuadra, Tadeo Linacero y otras sin rubrica mil doscientos once r.<sup>s</sup> y medio .....1€211 ½

Por los balaustres de fierro p.<sup>a</sup> dha ventana q.<sup>e</sup> pesan veinte arroba.<sup>s</sup> y diez lib.<sup>s</sup> á cincuenta r.<sup>s</sup> la arroba mil y veinte r.<sup>s</sup> ..... 1€020

Por la vidriera y Pied de alambre p.<sup>a</sup> dha ventana según papeleta sin firma seiscientos treinta r.<sup>s</sup> ..... €630

De la costa causada con los soldados los días q.<sup>e</sup> estuvieron en Sig.<sup>za</sup> doscientos veinte y quatro r.<sup>s</sup> ..... €224

Regalía á dos soldados doscientos..... €200

Al arriero q.<sup>e</sup> llevó los Caxones y Mozo q.<sup>e</sup> fue sosteniendo el grande doscientos veinte y dos r.<sup>s</sup> ..... €222

Se gastaron en las costas del viaje de Mad.<sup>d</sup> a Sig.<sup>za</sup> de ida y buelta con los Arrieros, Caleseros &<sup>a</sup> ochocientos tres r.<sup>s</sup>

Del arquiler de los 4 colchones en q.<sup>e</sup> fue enbuelta la Urna cincuenta r.<sup>s</sup> ..... €050

De ciento quarenta y quatro días q.<sup>e</sup> han gastado los dos oficiales desde que salieron de Cordova á 17 de Noviembre y bolvieron en 8 de Abril á seis r.<sup>s</sup> de jornal cada uno mil setecientos veinte y ocho r.<sup>s</sup> ..... 1€728

De su manutencion ecepto 6 dias gastados en ida y buelta de Sig.<sup>za</sup> pues en la partida de costas de viaje se halla inclusa; ni 12 de la estada allá pues estuvieron tambien en casa de D.<sup>n</sup> Ygnacio Garro á diez r.<sup>s</sup> cada dia los dos, mil doscientos sesenta r.<sup>s</sup> ..... 1€260

Por las Caballerias en q.<sup>e</sup> vinieron y fueron á Cordova quatrocientos r.<sup>s</sup> ..... €400

Parece importan dhas partidas quinientos treinta y un mil novecientos dos r.<sup>s</sup> de V.<sup>on</sup> (salva hierro) y para q.<sup>e</sup> conste doy la presente en Madrid en treinta de Marzo de Mil setecientos ochenta años.

Damián de Castro (rubricado)

Recibí de d.<sup>n</sup> Jph Brabo Maiordomo maior del Emmo. S.<sup>or</sup> Cardenal Patriarca y Arzobispo de Sev.<sup>a</sup> la cantidad q.<sup>e</sup> expresa esta cuenta de quinientos treinta y un mil novecientos dos r.<sup>s</sup> y mas ocho mil y noventa y ocho r.<sup>s</sup> q.<sup>e</sup> mandó dho S.<sup>or</sup> Emmo. y acen quinientos quarenta mil r.<sup>s</sup> de V.<sup>on</sup> Cor.<sup>va</sup> y Julio 2 de 1780.

Damian de Castro

**Son por may.<sup>or</sup> 540€000 r.<sup>s</sup>**

*El card.<sup>l</sup> (rúbrica)*



El Lmo. y Exmo. Señor D.º Fran.<sup>co</sup>  
 Delgado, y Venegas Patriarca  
 de las Indias, y Arzobispo de  
 Sevilla &c. &c.

En once de Diciembre de mil setecien-  
 ta ochenta, y uno falleció en el R.º Pa-  
 lacio nuevo en el quarto de su habitación  
 el Lmo. y Exmo. Señor D.º Fran.<sup>co</sup> Delga-  
 do, y Venegas, Cardenal de la Santa Igle-  
 sia Romana, Patriarca de las Indias,  
 Arzobispo de Sevilla, Capp.º y Limos-  
 nero mayor de S.ª M.º. Viceroy General  
 de sus R.ºs Exercitos de Mar, y Tierra,  
 Gran Canciller, y Cavallero Gran Cruz  
 de la R.º distinguida Orden Española de  
 Carlos tercero, del Consejo de S.ª M.º. &c.  
 Recivio los S.ºs Sacram.ºs de la Penitencia,  
 Eucharistia, y Extrema Uncion, los que se  
 le administraron de la R.º Capilla por el  
 D.º Fr. Miguel de Juevedo Cuxa del R.º  
 Palacio: Utorgó su testam.º dho. por Em.º  
 ante Juan de Repide Em.º del Rey nro.  
 Señor, del Colegio de esta V.ª y del numero  
 de ella, en dho. dia once, nombrando por  
 sus testamentarios al V.º Fr.º por Arzobis-  
 po de Tobar D.º Fr.º Joaquin de Cleta Confe-  
 sor del Rey nro. Señor, á D.º Jacinto Rey-  
 noso Antediano Titular de la V.ª Cate-  
 dral de Sevilla, á D.º Fran.<sup>co</sup> Vicente Vene-  
 gas, y á D.º Josef Rodriguez Canonigos de  
 dha. V.ª y por herederos á D.º Juan del  
 gado, D.º Josef, D.º Thomas, y D.ª Maria  
 Delgado todos hermanos de S.ª Em.ª.  
 Halliendose puesto de Cuerpo presente en  
 la Casa q.º tenia dho. S.ª Em.ª frente de las

Partida de defunción del cardenal Delgado y Venegas, fallecido el 11 de diciembre de 1781 en Madrid, y  
 asentada en los libros de la desaparecida parroquia del Buen Suceso, sita entonces en la Puerta del Sol.  
 AGP. Real Capilla, Libros Parroquiales, Parroquia del Buen Suceso, Defunciones, libro 81, fols. 9v-10.



Monjas de S.<sup>to</sup> Domingo el R.<sup>o</sup> arca y el  
fratres de S.<sup>to</sup> Joseph del Castillo, Cavallero  
penitenciado de la R.<sup>o</sup> distinguida Orden  
Española de Carlos Sexto Cap.<sup>to</sup> D.<sup>to</sup>  
Jeron de S.<sup>to</sup> Juan de su R.<sup>o</sup> Capilla Ca-  
non y Contador, then. Vicario, y Auditor Peni-  
de los R.<sup>os</sup> Ejercitos hoy dia de la fecha a  
las tres de la tarde llevando la Capa,  
y acompañandome el Clero, y Cruz Ca-  
viense de la R.<sup>o</sup> Iglesia de n.<sup>ra</sup> Señora  
del P.<sup>o</sup> Succo a arriar el Cadaver ha-  
ra la Iglesia de Padres Agustinos Re-  
coletos, en donde se deposito. Y se comi-  
do para oficiar al V.<sup>to</sup> Señor D.<sup>to</sup> J.<sup>to</sup>  
cillo Aguiriano Obispo de Tlaxcala, y Obi-  
sillo de este Arzobispado. Cantó el  
oficio la Musica de la Capilla R.<sup>o</sup> y a-  
ristio la Comunidad de Capellanes de  
Honra con sobrepelliz, baxo de la gra-  
das del Altar mayor al lado de la Ca-  
pitula, segun, y en la forma, q.<sup>l</sup> tiene  
de costumbre en semejantes actos: Et  
cuyo deposito concurre la tropa que  
se hallaba de guarnicion en esta Plaza  
a hacerle de Orden del Rey n.<sup>ro</sup>. Señor los  
honores militares, q.<sup>l</sup> se hacen a los Capi-  
tanes Generales sin mando, por Vicario  
General de los R.<sup>os</sup> Ejercitos de S.<sup>to</sup> M. y  
para q.<sup>l</sup> conste la fimo en Madrid a  
vece de Diciembre de mil setecientos, y  
ochenta, y uno:

J.<sup>to</sup> Joseph del Castillo 2 Año de 1782

D. J. del Castillo



✠

Enero de 1782 a.

---

Martes 1.<sup>o</sup>

Misa de Animas. . . . . Do. 7

---

Miercoles 2

---

Jueves 3

Viernes 4

Misa del SS<sup>mo</sup> xp<sup>to</sup> de la Corona . . . Do. 3

---

Oy se cumplió la Misa de Cuerpo Presente  
 del Co. Em. Sr. Patriarca de las Indias  
 y Arzobispo de esta Cui. de Sevilla D. Juan  
 David Delgado y Benegas Jan. canónigo,  
 Cavallero de la Concepcion de la Distinguida  
 Orden del Sr. D. Carlos tercero q. Dios gu-  
 arde: Muxio en la Villa y Corte de Ma-  
 drid Onel día 13 de Diciembre de  
 1781, Pido L<sup>ra</sup> au. Mag. para testar  
 le fue concedida, se depositó en el Cont.  
 de los RR. Recaudos de mi Padre y Sr.  
 Martin; y despues trasladada los Bueros  
 del Coxo de esta S<sup>ta</sup> Metrop. y de se-  
 villa: a el fin esta hecha la Copia --

C O P I A

Asiento de las honras fúnebres que se realizaron en la catedral hispalense por el alma del difunto cardenal Delgado y Venegas, celebradas los días 3 y 4 de enero de 1782, que ascendieron a 1.425 reales. Fuente: AGAS, Catedral, Fondo Parroquial del Sagrario, Defunciones, libro 27, fol. 183vto.



copia del Co. y En. mo 5.<sup>a</sup> Patriar-  
 cha D. Fr. Delgado y Jenezar  
 Obispo de esta P. Meha. y Patri. ag.  
 de Sevilla, Manó en la Villa Real  
 de Madrid en 13 de Diz. de 1788  
 se celebró las Exco. en el día 3 por  
 la tarde y quatro por la Mañana 7.<sup>a</sup>  
 se halló esta Partida el 1.<sup>o</sup> del año del 1782

De rechos Parroquiales - - - - -	300
Quenda, Capa y Codalet. - - - - -	533
De 12 Acamp. - - - - -	120
Del oficio de Obispo. - - - - -	150
Del Comite. - - - - -	150
Del Doble. y - - - - -	50
De Anuncios. - - - - -	24
Capas y Vestuarios. - - - - -	40
Mozos del Coro. - - - - -	24
De tomar la Razon - - - - -	12
Frontal - - - - -	12
De el que lleva la Cruz - - - - -	10
	<u>1025</u>

Importa toda la Copia mill quatrocientos  
 veinte y cinco rs. de vn lo qual vele  
 pago por mandado de la. Ex. de Exco.

al Colector de este Cap. que es el Obispo  
 y por que Conste lo fuere tho. v. e. supra  
 D. Fr. Joseph de Campos  
 J. m. e.



251

En la Villa de Villanueva del Arzobispado en veinte y dos dias  
 del mes de Nov<sup>bre</sup> año mil setecientos sesenta y una. el  
 Illmo. Sr. D. Juan Co. Delgado y Benegas, del Consejo de Su  
 Mage. D. D. Obispo de Canarias con consentimiento del Sr.  
 Vicario desta dha. Villa bautizo solemnem<sup>te</sup> en la Igle.  
 Parroquial de ella a Juan Aciselo, q. nació el dia diez y seis  
 de este mes hisp. lex<sup>no</sup> a D. J. Ignacio de Vera y Viena  
 natural de la Ciudad de Sevilla, y a D. Maria Delgado y  
 Benegas natural desta dha. Villa, y ambos leg. de ella,  
 sus Abuelos paternos D. Juan Co. Antonio de Vera nat.  
 de esta Ciu. de Sevilla, y D. Leonima Maria de Viena  
 natural de la Villa de Luque obispado de Cordova;  
 los Maternos D. Juan Delgado de alima nat. de la Villa  
 de Imbiete, y D. Catalina Benegas, y Trazes nat. de  
 esta expuerada Villa. fue su Padrino el Sr. D. Pedro  
 J. de Vera y Viena Canonigo Penitenciario de la Igle.  
 Cath. de Cádiz Tuez App. y D. de la Igle. Cruzada en ella  
 Examt. y Tuez Synodal de su obispado. De todo fueron  
 Testes el Sr. D. Agustín Alvarado Abad de S. Marcos,  
 a J. D. Juan Inocencio de Castilla de el dñ. de Santiago  
 Vicario Tuez Eclesiastico desta Villa, y su Parroco, D.  
 Juan Delgado y Benegas Parroco, y otras mu. Personas,  
 y lo firmo dho. Illmo. Sr. y yo el infra escrito cura then.  
 m. supia =

Juan, Obispo de Can<sup>as</sup>  
 J. Juan de la Piedad  
 then. pagado.

Nota.

El dho. Sr. Illmo. sus dho. Bautizante es hermano carnal de la  
 Madre del Bautizado, el qual dho. Sr. fue Colegial de S. Magdomo,  
 Magistral en Badajoz, y tambien Magistral en la dha. Villa de  
 Cordova. = El Padrino es hermano carnal de la madre del Bautizado.

J. Juan de la Piedad  
 then. pagado.

Partida de bautismo de don Juan Aciselo de Vera y Delgado, futuro coadministrador de la archidiócesis hispalense y obispo de Cádiz, último presidente que sería de la Junta Central. APVA, Libros Sacramentales, Bautismos, núm. 3, folio 251.

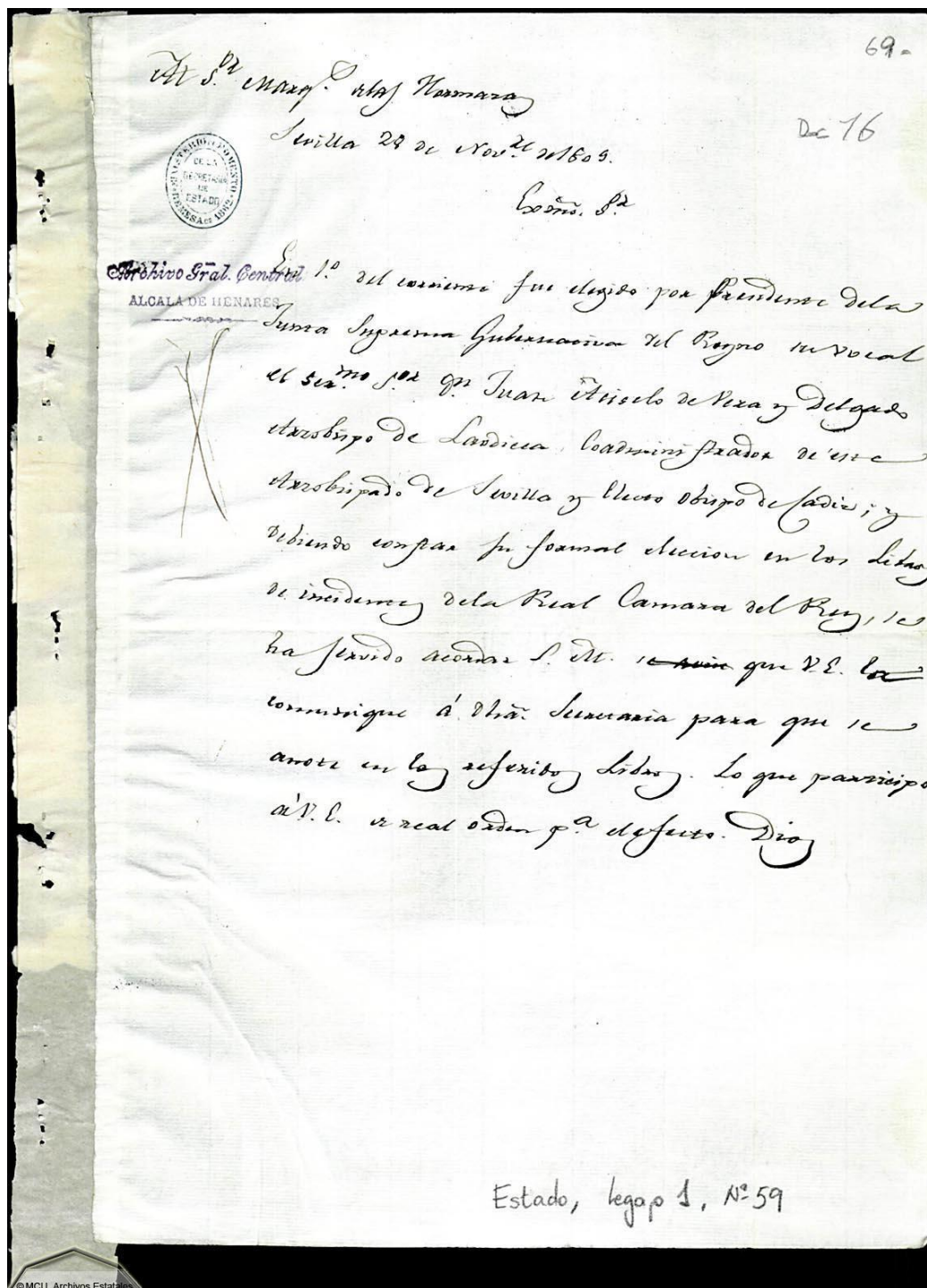
Juan Acisclo Arzobispo.  
Coadm. de Sev.

Autógrafo de Juan Acisclo sacado de una carta a don Pedro Ceballos, fechada en Sevilla en 1809. [AHN, ...](#)

*Yo el Sr. D. Juan Acisclo de Vasa y Delgado Arzobispo de Laodicea concede ochenta dias de Indulgencia, a los Fieles que devota<sup>te</sup> rezaren una Salve o Ave Maria a Nra. S.<sup>ta</sup> del Rosario. El mismo Señor, concede otras ochenta, a los que rezan el Santísimo Rosario, y oran delante del Sant.<sup>mo</sup> Sacramento, y otros ochenta, por cada Padre Nuestro y Ave Maria de los siete que rezan en cada día, de los dos septenarios de Dolores, y S.<sup>r</sup> San Josef. El Sr. D. Manuel Cayetano Muñoz Obispo de Licopolis, y Auxiliar del Arzobispado de Sevilla, concede quarenta dias de Indulgencia a todos los Fieles, que rezan las mismas devociones. Nada de tener la Cula de la Santa Cruzada, y rezar por los Santos finas de la Iglesia.*

Tabla en la que se conceden ochenta días de indulgencias por el arzobispo de Laodicea a todos los fieles que rezaren una salve o un avemaría ante el altar de la Virgen del Rosario de la parroquia de Villanueva del Ariscal, y otros tantos días a los que hicieren lo mismo ante el Santísimo Sacramento así como por cada padrenuestro y avemaría de los siete estipulados en los septenarios de los Dolores y San José, los cuales serían aumentados con otros cuarenta más por parte del obispo de Licopolis, auxiliar del Arzobispado por los mismos ejercicios piadosos referidos.





Comunicación al marqués de las Hormazas de la elección como presidente de la Junta Central el primero de noviembre de 1809 del Serenísimo señor don Juan Acisclo de Vera y Delgado, arzobispo de Laodicea, para su anotación por parte de la Secretaría de esta en los Libros de Incidentes de la Real Cámara del Rey. Fuente: AHN, Estado, leg. 1, núm. 59.

## GAZETA DEL GOBIERNO

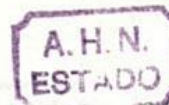
DEL JUEVES 30 DE NOVIEMBRE DE 1809.

Sevilla 29 de noviembre. S. M. se ha servido publicar el siguiente manifiesto con motivo de la paz ajustada entre Austria y Francia.

ESPAÑOLES: nuestros enemigos anuncian como positiva su paz en Alemania, y las circunstancias que acompañan á esta noticia la dan un carácter de certeza, que dexa poco ó ningún lugar á la duda. Ya nos amagan con los poderosos refuerzos que suponen marchando para consumir nuestra ruina; ya fieros y soberbios con el aspecto favorable que han tomado para ellos las cosas del septentrion, se atreven á llamar á nuestro pecho para ver si hay en él entrada á la vileza; y pérfidamente humanos nos exhortan á que nos salvemos recurriendo á la clemencia del vencedor, y doblando la garganta á su coyunda.

¡Insolencia de hombres nunca vista; descaro sin igual que no hallará crédito en la posteridad á despecho de los monumentos públicos que llegarán hasta ella! Osan todavía esos bárbaros imputarnos los males que sufre esta region por su agresion escandalosa, y nos hacen responsables de los que nuevamente van á caer sobre ella, si prolongamos nuestra resistencia. ¡Mas de quando acá se acusa á las victimas inocentes de la ferocidad con que el sacrificador inhumano las martiriza? Muy pronto han olvidado estos declamadores quando entraron sus exércitos en España, como entraron, que puestos ocuparon, qual fué la señal de combate que dieron, y toda esa série de atrocidades gratuitas y sin exemplo que han cometido con nosotros. Ellos piensan que porque en sus corazones degradados no hay mas que villanía quando son débiles, y atrocidad quando fuertes, los ánimos españoles decaerán de sus justas y altas esperanzas porque les falte aquel apoyo. ¿Quién les ha dicho que nuestra virtud es de tan pocos quilates? ¿Nos pone la fortuna obstáculos mayores? Redoblarémos nuestros esfuerzos. ¿Hay mas trabajos y mas peligros? Adquirirémos mas gloria.

No, siervos de Bonaparte, no perdais el tiempo en vanas soñerías, que ya no engañan á nadie. Decid francamente, quere-



ESTADO, 12, 76



Proclama de la Junta Central a los españoles firmada por el arzobispo de Laodicea en calidad de presidente de la misma, pero probable obra de Manuel José Quintana, habitual redactor de este tipo de manifiestos por parte de la Junta, está fechado en el Real Alcázar de Sevilla el 21 de noviembre de 1809. Fuente: *Gazeta del Gobierno*, núm. 52, 30 de noviembre de 1809, Sevilla, Imprenta Real.



mos ser los mas iniquos de los hombres, porque creemos ser los mas fuertes: este language, aunque bárbaro, es consiguiente y se entiende: mas no intenteis persuadirnos, que el olvido de los derechos propios es saber, y la cobardía prudencia. Puesto que vuestra perversidad nos ha puesto entre la ignominia y la muerte, ¿que quereis que una nacion magnánima resuelva, sino defenderse hasta morir, primero que consentir en una sumision tan afrentosa? Robad, matad, talad y destruid: veinte meses ha que estais haciendo lo mismo. ¿Con qué fruto? Vosotros lo sabeis: lo saben las provincias que ocupais, donde á proporcion de las plagas que derramais sobre ellas crece la aversion insuperable con que os miran, el rencor vengativo y eterno que á cada momento os juran.

¡Ceder! ¿Saben bien esos sofistas lo que aconsejan al pueblo mas púndonoroso de la tierra? Mengua fuera sin exemplo en los annales de nuestra historia, que despues de tan admirables esfuerzos y de sucesos tan increíbles, cayésemos á los pies del esclavo coronado que Bonaparte nos envia por rey. ¿Y para qué? Para que desde el seno de sus festines impíos, de entre los rufianes viles que le adulan, y de las inmundas prostitutas que le acompañan, señale con el dedo los templos que se han de abrasar, las heredades que han de repartirse entre sus odiosos satélites, las vírgenes y matronas que han de llevarse á su serallo, los jóvenes que se han de enviar en tributo al minotauro frances. No ha nacido, no, para mandarnos este hombre impotente y nulo, que se dexa apellidar filósofo, y consiente que á su nombre y á su vista se cometan tan inauditas atrocidades; que pretende sin pudor, á costa de la sangre de hombres que le desprecian, dominar sobre pueblos que unánimemente le detestan.

No penseis, españoles, que la Junta os habla así para excitar vuestro valor con expresiones artificiosas. ¿Qué necesidad hay de palabras, quando las cosas hablan por sí mismas con tan poderosa energia? Vuestras casas estan demolidas, vuestros templos deshechos, vuestros campos talados, vuestras familias ó errando dispersas por los campos ó precipitadas al sepulcro. ¿Habremos hecho tantos sacrificios; habrá la llama de la guerra devorado la mitad de España; para que vergonzosamente abandonemos la otra mitad á la paz mucho mas mortífera que los enemigos la preparan? Porque no hay que lisonjearse con el aparato impostor de las mejoras que los franceses propalan. El Tártaro que los manda ha decretado que España no tenga ni industria, ni comercio, ni colonias, ni poblacion, ni representacion política ninguna. Vasta y solitaria dehesa donde se crien ganados que surtan los talleres franceses de nuestras preciosas lanas; plantel de hombres para llevarlos al matadero; miseria, ruina, degradacion en todos los

términos de la península; tal es el destino que se quiere dar al país mas favorecido del cielo. Y aun quando llegase á tanto nuestra indiferencia que abandonásemos tan preciosos intereses, ¿podríamos consentir la destruccion total de la religion santa en que nacimos, y que en todos nuestros actos civiles y políticos hemos jurado mantener? ¿Abandonaríamos por ventura el interes del cielo y la fe de nuestros padres á la irrisión sacrílega de esos foragidos frenéticos; y la nacion española, conocida por su piedad acendrada en todo el mundo, desamparará el santuario, que siete siglos continuos, y á costa de mil y mil combates defendieron nuestros mayores de la impía ferocidad de los sarracenos? Si tal hiciésemos, las víctimas que han perecido en esta memorable contienda levantarían la cabeza y nos dirían: pérfidos! ingratos! ¿Será en vano nuestro sacrificio? ¿Malvaratareis nuestra sangre?

No, bizarros patriotas: descansad en paz, y que este temor amargo no perturbe el sosiego de vuestros sepulcros. Vosotros con vuestro glorioso exemplo nos enseñasteis nuestra obligacion primera, y estamos bien convencidos de que la paz á que debemos aspirar no está detrás, está delante de nosotros. A fuerza de guerra y de combates; á fuerza de valor y osadía se ha de conseguir aquella tranquilidad, aquel sosiego de que esos alevosos nos despojaron. ¿Tememos acaso morir? Ya han muerto otros primero, y con su fin han sellado el grande juramento que todos hicimos. ¿Quién nos ha libertado de él? ¿Quién ha deshecho aquella alianza igual de gloria y de peligros á que todos nos sujetamos? Nuestra patria está devastada, nosotros insultados, y tratados como un rebaño que se compra, se vende y se deguella quando se quiere, nuestro rey... Españoles, ¿quereis que en vuestros pechos hiervan el ardor y la energía que conducen á la victoria? Recordad el modo alevoso y vil con que ese abominable usurpador le arrancó de vuestras manos. Aliado se llamaba, protector suyo, su amigo; y al darle el beso de paz, sus abrazos son lazos de serpiente que encadenan la inocente víctima, y la arrebatan á la caberna del cautiverio. Semejante perfidia, desconocida en la civilizacion moderna y apenas usada entre bárbaros, estaba reservada en daño de nuestro monarca. Allá está gimiendo en la soledad, devorando pesares, rodeado de satélites y espías el objeto idolatrado de vuestras esperanzas, aquel que destinasteis á la gloria del trono, para que os mandase inspirado de la beneficencia y la justicia. Védelo á todas horas volviendo los dolientes ojos á su patria, sola madre que el infeliz ha conocido en el mundo: oídle en su tribulacion implorar el valor de sus queridos españoles, y demandarles ó libertad ó venganza. No hay paz, no puede haberla mientras que

A. H. N.  
ESTADO

A E  
ARCHIVOS



las cosas así subsistan. Que España sea libre, fué el voto universal de entónces : que España sea libre es el voto nacional de ahora : si al fin no lo consigue , quede hecha al ménos un inmenso desierto , un vasto sepulcro , donde amontonados los cadáveres franceses y españoles ostenten á los siglos venideros nuestra gloria y su escarmiento.

Mas no es la suerte tan enemiga de la virtud , que no dexé á sus defensores mas que este término funesto. Escrito está en el cielo , y la historia de los siglos lo manifiesta , que el pueblo que decididamente ama su libertad y su independencia acaba por conseguir las á despecho de todas las artes y de toda la violencia de la tiranía. La victoria que tantas veces es un don de la fortuna , es tarde ó temprano la recompensa de la constancia. ¿ Quién defendió á las pequeñas repúblicas de Grecia de la bárbara invasion de Xerxes ? ¿ Quién reconstruyó el capitolio casi despedazado por los galos ? ¿ Quién le salvó del fulminante brazo de Anibal ? ¿ Quién en tiempos mas cercanos escudó á los suizos de la tiranía germánica , y dió la independencia á la Holanda á despecho del poder de nuestros abuelos ? ¿ Quién en fin es el que ahora ha inspirado al pueblo tirolés esa resolucion heroica , con que rodeado por todas partes de enemigos , abandonado de sus protectores , y escuchando solo su horror á los tiranos , ha sabido desgajar los peñascos y los árboles de los montañas , y deshacer con ellos los batallones del vencedor de Dancik ? Sigamos impávidos su exemplo : la misma situacion es la nuestra , el mismo ardor nos anima , iguales esperanzas deben asistirnos. El Dios de los exércitos por quien lidiamos nos cubrirá con sus alas , y agradado del ademan firme y entero con que hemos arrostrado la adversidad , nos llevará por entre los peligros y los precipicios al sojio de la independencia.

Españoles : la Junta os hace este anuncio francamente , porque no quiere que ignoreis un momento el nuevo riesgo que amenaza á la patria : os lo anuncia con la confianza de que en vez de desmayar , como nuestros enemigos presumen , vais á cobrar nuevas fuerzas , y á haceros mas dignos de la causa que defendeis , y de la admiracion del universo : os lo anuncia , porque constituida en la sagrada obligacion de salvar el estado , y segura de que el voto unanime de los españoles es ser libres á toda costa , ningun medio por violento , ningun recurso por extraordinario , ningun auxilio por privilegiado dexará de ponerse en movimiento para rechazar al enemigo. Lánzanse al mar los tesoros para aligerar los navios en la tormenta y salvarlos del naufragio : los muebles mas preciosos , las ropas mas ricas se entregan á la voracidad de las llamas para pasar por encima de ellas , y escapar de los incendios. Así nos hallamos nosotros : arde el estado , la patria zozobra : fuer-

zas, riqueza, vida, saber, consejo, quanto tenemos es suyo; ¿y podriamos dudar un momento en ponerlo todo á sus plantas para la salvacion y la gloria? ¿Perezca el egoista vil que transige con su deber, y esconde lo que debe á sus hermanos para la defensa comun! ¿Perezca mil veces el perverso que abuse por interes particular suyo de este desprendimiento universal! El estado los perseguirá como traidores, y donde no prenda la llama del entusiasmo, fuerza es que haga prodigios la guadaña del terror. ¿Pues qué? Nuestro enemigo no omite medio ninguno para destruirnos, ¿y nosotros respetariamos alguno para defendernos? Hay provincias que han sabido arrojar á los enemigos de su seno; y las que han tenido la fortuna de no haber sufrido semejante azote, no lo aventurarán todo por eximirse de él? Nuestros valientes soldados á la inclemencia del cielo, sufriendo el rigor del invierno, los ardores del estío, y careciendo hasta de lo mas necesario para la vida, habrán ya sostenido dos campañas arrostrando los peligros y la muerte en cien batallas que han dado, se prepararán á dar otras sin intimidarse, ni por el número, ni por la pericia, ni por la fortuna de nuestros enemigos; ¿y nosotros quietos en nuestros hogares, nosotros que debemos á su consagracion heroica y á sus impponderables fatigas nuestra seguridad y defensa; nosotros aspiraremos á guardar nuestras riquezas, á no disminuir ni el menor de nuestros regalos?

Nuestra es la victoria, nuestra, si sabemos poner en la continuacion y conclusion de esta empresa aquel entusiasmo sublime con que la empezamos. De los esfuerzos de todos, de los sacrificios de todos se debe componer esta masa colosal de fuerza y resistencia que hemos de oponer al embate de nuestro enemigo. ¿Qué importa en tal caso que él precipite de nuevo sobre nosotros las legiones que le sobran en Alemania, ó el enxambre de conscriptos que trata de arrancar ahora á la Francia? Con ochenta mil hombres ménos comenzamos la guerra: con doscientos mil mas la empezó él. Que los reponga si puede, que los envíe ó los traiga á esta region de muerte, tan funesta á los opresores como á los oprimidos. Nosotros añadiendo á la experiencia de dos campañas las fuerzas de la desesperacion y de la rabia, daremos á esas falanges de vandidos el destino que han tenido las primeras, y los terrones abonados con su sangre nos pagarán con usura los frutos que nos han talado.

Si los monarcas del norte, olvidados de lo que son y de lo que pueden, consienten en quedar siervos del nuevo Tamerlan: si compran á tanta costa la tranquilidad de un momento hasta que les llegue el turno de ser devorados tambien; ¿qué nos importa á nosotros, que somos un pueblo grande, y estamos

A. H. N.  
ESTADO

A E  
ARCHIVOS



resueltos á perecer ó triunfar? ¿Por ventura quando alzamos veinte meses ha el brazo contra la tiranía, les fuimos á pedir su consentimiento á ellos? ¿No entramos en la lucha solos? ¿No hemos sostenido una campaña solos? Negóse á creerlo la Europa quando lo oyó; quando lo vió lo juzgó una llamarada efímera y temeraria; y al considerar ahora los efectos de nuestra constancia y nuestra magnanimidad en medio de los reveses que nos han atribulado, lo considera como un fenómeno prodigioso en la serie de los acontecimientos políticos. Síguenos contemplando con admiración como debe, ó si quiere con terror. Ninguno de los apoyos esenciales á nuestra defensa nos falta. Cada día se estrecha mas nuestro enlace con la América, á cuyos auxilios tan oportunos como generosos, debe tanto la metrópoli, y en cuya lealtad y zelo está cifrada una gran parte de nuestras esperanzas. Dura y durará la alianza que hemos pactado con la nación británica; que prodigando por nosotros su sangre y sus tesoros, se hizo acreedora á nuestra gratitud y al reconocimiento de los siglos. Hallen pues cabida las maquinaciones de la intriga, ó las sugerencias del miedo en gobiernos débiles, ó en gabinetes estragados: ajústense en buen hora unas paces ilusorias para el que las dá, vergonzosas para el que las recibe: desamparen en buen hora esos grandes potentados la causa pública de las naciones civilizadas, y abandonen inhumanamente á sus aliados. El pueblo, el pueblo español se mantendrá solo en pie en medio de las ruinas del continente europeo. Aquí es donde se desenvaynó, para no esconderse nunca, la espada del rencor contra el exécrable tirano: aquí es donde está alzado para no abatirse jamas el estandarte de la independencian y de la justicia. Acudid todos á él quantos en Europa quereis vivir exentos de tan abominable yugo. Los que no podeis hacer pacto con la iniquidad, y os indignais de la desercion mortífera y cobarde de esos príncipes ilusos, venid entre nosotros: aquí el valiente tendrá ocasiones de adquirir verdadera honra; el sábio y el virtuoso tendrán respetos, los afligidos asilo. Una es nuestra causa; una la recompensa. Venid, y á despecho de todas las artes, y de todo el poder de este déspota inhumano, vereis como contrastamos su estrella; y sabemos hacernos nuestro destino. Real alcázar de Sevilla 21 de noviembre de 1809. — *El arzobispo de Laodicea*, presidente. — *Pedro de Rívera*, vocal secretario general.

EXHORTACION  
DEL SERENISIMO SEÑOR  
*D. JUAN ACISCLO DE VERA Y DELGADO*  
ARZOBISPO DE LAODICEA,  
PRESIDENTE  
DE LA SUPREMA JUNTA CENTRAL  
GUBERNATIVA DEL REYNO,  
Á SUS AMADOS ESPAÑOLES,  
Sobre el modo de santificar la presente guerra, y de  
asegurar el triunfo que se apetece.

SEVILLA:  
EN LA IMPRENTA REAL.

1809.

Estado, legajo 13, N=14



Manifiesto del arzobispo de Laodicea en calidad de presidente de la Junta Suprema Central a los españoles, 20 de diciembre de 1809. En él, el prelado exhorta a santificar la guerra resistiendo con fe los embates del enemigo, en una “guerra santa” contra los impíos, enemigos de Dios, utilizados por Este para castigar los pecados de un pueblo que había abandonado a su creador deslumbrado por las novedades extranjeras inculcadas por los filósofos, atentatorias contra la moral y contra el recato públicos. Fuente: AHN, *Estado*, Papeles de la Junta Central, leg. 13-B, pieza 14, 18 págs.



## ESPAÑÓLES DE MI CORAZÓN.



El Dios omnipotente que dispensa todas las cosas á su arbitrio, valiéndose para los designios de su soberana voluntad, aun de los medios mas inútiles, me ha constituido en la precision de hablaros, y de que ocupado en vuestro bien sin la menor intermision, os exhorte á que continueis en vuestros heroicos designios, afianzándoos mas y mas en vuestra fe, y en la esperanza de ver cumplido nuestro santo deseo. Asi pues, el amor de la patria sublimado en mí por la dignidad á que me elevó Dios sin mérito mio, y por la confianza que ha hecho de mí la Nacion, colocándome al frente de su gobierno, me obliga á ayudar por mi parte á las sabias disposiciones de la Suprema Junta, exhortándoos á que coope- reis á la salud de la patria por un medio que nos ha de hacer á todos prudentes, esforzados, constantes en nuestra digna empresa, hasta conducirnos á la deseada victoria.

Mientras el Soberano, fomentando el espíritu público, y mirando por el decoro del reyno, dice á la Nacion: Armense los robustos, salgan al campo los guerreros; me toca á mí decir *Santificad esta guerra* para obligar á Dios á que favorezca nuestra justicia: sed valientes segun Dios, guardando las leyes de la fortaleza evangélica, y vereis renovarse y exáltarse el decoro de España, al paso que decae la pujanza de su enemigo. No permita el cielo que á los sublimes sentimientos de la religion, substituya yo nunca, y ménos en este lance, el language de la prudencia terrena, ni que use de expresiones que alejen de nosotros la benignidad del cielo, y nos atraigan de nuevo su ira.



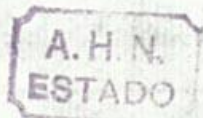
Quando el rey de los Asirios intentó sojuzgar la Judea, los sacerdotes y el pueblo de Israel ayunando y vistiéndose de cilicio, clamaron al Señor que no los entregase en manos de aquel extranjero, alcanzando por este medio lo que les habia ofrecido Eliacim en nombre de Dios, que si así lo hacian serian vencedores. Matatías al levantar á Israel contra otro invasor no ménos iniquo, protestando con todo su pueblo que reconocian en él un azote de la divina justicia, se prepararon para vencerle rasgando sus vestidos, que era señal de gran dolor entre los Hebreos, cubriéndose de cilicio, y haciendo otras públicas demostraciones de penitencia. Judas, el caudillo de Israel, acometido por el numeroso ejército de Timoteo, invocó con sus tropas el auxilio del Señor, y cubriéndose todos la cabeza con polvo, y ciñéndose de cilicio, clamaron al pie del altar, alcanzando del Señor que les cumpliese la promesa que hizo en la Ley de serles propicio, y de humillar á los enemigos de su pueblo. Con estas armas derrotó tambien Moyses á los soberbios Amalecitas, derribó Josué los muros de Jericó, y se facilitó á los Macabeos la repentina conquista de Casfin y Carmon, y otras plazas que se creian inexpugnables. A este tenor ofrece varios exemplos la historia sagrada que acreditan, que el Pueblo de Dios invadido varias veces por enemigos aguerridos y poderosos, nunca fué vencido de ellos, sino quando endurecido en sus culpas, y fiado en sus propias fuerzas no acudia á implorar el auxilio de Dios, ni trataba de aplacarle con el arrepentimiento de sus pecados; y al contrario, que fué vencedor en todas las ocasiones en que á los armamentos y á los demas recursos humanos, añadió el clamor al cielo, y la reforma de sus costumbres. Tan evidente era esta verdad aun á los mismos Gentiles, que



5  
uno de ellos llamado á consejo por Holofernes en el cerco de Betulia , tuvo ánimo para decirle : A los Hebreos mientras se conservan sin pecado , les colma el cielo de bienes , porque su Dios detesta toda iniquidad : averigua si han cometido algun pecado delante de su Dios , y siendo así acomételes , que él mismo los pondrá en tus manos , y quedarán sujetos al yugo de tu poder ; mas si perseveran sirviéndole , en vano intentas resistirles , porque su mismo Dios los defiende ; y si nos empeñásemos en continuar esta guerra , vendremos á ser escarnio de todo el mundo.

De esta confianza religiosa , fundada en el oráculo de Dios , y nunca desmentida por la experiencia , nació la práctica comun en los estados católicos de recurrir á Dios en los tiempos de guerra , y de promover en ellos la penitencia y la reforma de costumbres , como medios necesarios para coger el fruto de las empresas militares , y frustrar los planes y abatir las fuerzas del enemigo. Porque enseñándonos la fe , que la guerra es uno de los mayores azotes de la divina justicia , y que esta no se aplaca sino con la oracion y la penitencia , los pueblos que han sido prudentes segun la religion , por estos medios han conseguido aplacar al que como rey de toda la tierra , y árbitro de los sucesos públicos , tiene en su mano dar ó negar las victorias.

Muchas veces han triunfado en España estos sentimientos de la piedad , con motivo de las repetidas invasiones de enemigos que han padecido sus provincias. Zaragoza sitiada por el ejército de Childeberto , rey de Francia , se preservó de este riesgo echando mano del ayuno , del cilicio y de otras demostraciones públicas de penitencia. El rey D. Alfonso el Noble , con motivo del peligro que amenazaba á sus estados la coalicion de va-



rios reyes moros , entre otras disposiciones piadosas , trató de contener la ira de Dios , mandando en un edicto que los nobles y los plebeyos , dexando los vestidos superfluos , los recamados de oro , y otros adornos no necesarios , se proveyesen de armas , con las cuales peleando agradasen á Dios , tanto como le habian desagradado ántes con las ropas de luxo. Y habiendo obedecido todos al rey , alcanzaron la gloriosa victoria de las Navas. Con cuyo motivo dice un grave historiador nuestro : Siempre se ha tenido por medio eficacísimo para aplacar la ira de Dios , y obligar su inmensa misericordia á que favorezca con especial auxilio semejantes empresas piadosas , la reformation de los trages superfluos. A esto añadió el Papa Inocencio III en Roma por la misma causa , procesiones públicas de penitencia , ayuno general á pan y agua los que pudieren , y exhortando al socorro de los pobres , para que por medio de la oracion , dice , del ayuno y de la limosna , atrayga sobre sí el pueblo cristiano la misericordia del criador.

Si deseamos pues de veras la libertad de nuestra Nacion , y que no pasen adelante los desacatos , los sacrilegios y los demas atentados que cometen en ella el tirano y sus huestes : si nos duele el atropellamiento de la religion , el vilipendio de la patria , el ultraje de la honestidad , la burla de nuestras antiguas leyes y costumbres : mirando estos males con ojos de fe , y reconociendo en ellos la mano de Dios , que ha hecho azote de su furor para nuestra enmienda á esta Nacion inquieta , ligera é impía , al paso que nos armamos para batir al enemigo , hagamos cierta nuestra victoria por medio de la oracion y de la penitencia. No se diga que para vencer bastan los armamentos y la multitud de las tropas. Este es language de impíos , que no debe hallar ca-



7

bida en pechos católicos. Sabemos que la misma religión exige en un pueblo invadido los preparativos necesarios para resistir al que intenta tiranizarle: que en todas las guerras justas prescribe y autoriza los medios prudentes para acometer y rebatir al enemigo; condenando aun á los que sin malicia solo por indolencia ó por falsa piedad, tentando á Dios, descuidan de prepararse militarmente. Mas estas obligaciones que impone la piedad tienen íntima conexi6n con otras verdades que nos enseña ella misma, esto es, que las guerras para todos los pueblos beligerantes son un azote de la ira del cielo: que el éxito de las batallas pende de Dios y no de los hombres: que las victorias las da Dios por misericordia á los ejércitos que pelean en defensa de la justicia, y por ira algunas veces á los iníquos, para castigo de los vencidos y de los vencedores: que Dios no necesita de muchos soldados para derrotar á pecos; que con ciertos ejércitos fiados en su divina proteccion, desbarata y humilla huestes numerosas que ponen la esperanza en su multitud y en su fuerza.

Hallándose pues ya preparada militarmente la Nacion, y dispuesta á valerse ahora y en adelante de los medios mas fuertes y eficaces para derrotar á nuestro enemigo, ¿qué resta sino que invoquemos todos el auxilio del cielo, haciéndonos acreedores á el por medio de la penitencia? Temiendo el juicio de Dios contra Israel por la parte que tuvo en las abominaciones de Jeroboam, y reconociendo las graves culpas de nuestra patria en el reynado anterior; confesémonos reos delante de Dios de la parte que puede haber tenido cada uno de nosotros en aquellos escándalos, adoptándolos, cooperando á ellos, ó influyendo de alguna manera en la general corrupcion de nuestras costumbres. ¿Quién no advierte la justicia

A. H. N.  
ESTADO

A E  
ARCHIVOS

con que por medio de esta guerra castiga Dios en nosotros el triunfo con que hace muchos años se está presentando en todos los pueblos de nuestra península la inmodestia y la desenvoltura, no perdonando los lugares mas dignos de respeto ni aun el santo templo de Dios? Este solo pecado público bastó para traer en otro tiempo sobre Israel una guerra funestísima que lo desoló todo, viniendo á ser pasados á cuchillo los mancebos mas valientes y gallardos de aquel invicto pueblo, por haber irritado la ira del Señor la loca liviandad de ciertas mugeres. „Por que se envanecieron las hijas de Sion, dice Dios, y andaban á compás con el cuello erguido insinuándose con los ojos, les quitará el Señor el cabello y los rizos y el atavío de su calzado, y las axorcas y los demas adornos; y trocárá en hedor sus perfúmes, y en calva su rizado, y la faja de su pecho en cilicio. Y tras esto verán degollados á sus varones, y á sus fuertes en el campo de batalla. Y habrá llanto y luto en sus ciudades, y desolacion en toda aquella tierra. (*Isai. III. 16. seq.*)

¿Como no temblamos al ver dibuxado en estas palabras el estado de nuestra disolucion y el principio de su castigo? ¿Y qué digo el estado de nuestra disolucion? Como si fuera poco imitar á las mugeres orgullosas de Israel, algunas de las españolas al ayre soberbio de la desenvoltura, añaden la desnudez agena del decoro y de la modestia cristiana. ¿Qué dirá de vosotras la piedad, sino que provocando la ira del cielo con los caprichos de vuestra luxuria, atraeis para vuestras personas, para vuestras familias y para vuestra patria la deshonor, la orfandad, el luto y último exterminio? Haced llanto sobre vuestros pechos, os diré con Isaías (*Isai. XXXII. 12.*), viendo en su desnudez la leña con que cebais la llama del divino furor. Despojaos, no ya de la ropa que conserva el





9  
pudor, sino de la liviandad que os hace abominables á Dios y enemigos de la patria. Doleos de haber degenerado de la decencia española, adoptando en los trages el corte y el ayre de esa nacion novelera é impía por cuya mano castiga Dios en nosotros el delito de haberla imitado. Reducios en los trages al plan del Apóstol que dice: vistan las mugeres con modestia y templanza, de suerte que su buena conducta y su exterior adorno sea testimonio de su piedad (1. *Timoth. II. 9. 10.*)

Y pasando de este escandalo á los demas que cunden entre nosotros, conozcamos que Dios nos azota por medio de este Tirano con tanta justicia como castigó á los Israelitas por mano del impio Sennacherib, el qual decia: no he venido contra Israel sin la voluntad de Dios: lloremos nuestra ingratitud á los beneficios del Señor, nuestra dureza, el poco caso que hemos hecho de la peste, del hambre de los terremotos, y de las otras calamidades con que ántes de esta última habia procurado el Señor la reforma de nuestros desórdenes. Lloremos la insensibilidad con que aun ahora en medio de los ultrajes de nuestra santa religion, de la desolacion de nuestros pueblos, de la opresion de nuestras provincias, y de la ruina que amenaza á todo el reyno, no se advierte la debida enmienda de nuestras costumbres, que es el fruto que por medio de esta nueva y extraordinaria tribulacion, intenta Dios sacar de nosotros. Lloremos el descrédito que aun ahora tiene entre nosotros la piedad cristiana y la observancia de la santa ley del Señor, que en muchas personas incautas, ha llegado al extremo de tener por santo al que no es muy vicioso, y en otras débiles á inspirarles un cierto rubor aun la práctica de las virtudes comunes. Y pues justamente nos gloriamos de ser Cristianos, y de que España es conocida en todo el mundo con el título de Reyno Católico, procuremos que no sea nues-



tra fe como la de los Demonios los quales creyendo en Dios no cesan de obrar mal ; y avergonzémonos de que al paso que ellos creen y tiemblan , nosotros creyendo tal vez de un modo infructuoso , no miramos á Dios con el debido temor y respeto.

El remedio de este mal es hacer fructuosa nuestra fe con la correccion de la vida. Este es el recurso único que nos queda para aplacar al Cielo : recurso noble y digno de una Católica y piadosa Nacion que á todo debe preferir la reconciliacion con Dios , cuya gracia al paso que nos haga triunfar del pecado , nos dará fortaleza para vencer á los enemigos exteriores , y mas á Napoleon , no ménos odiado por Dios que nuestros mismos vicios. Esta deseada victoria la conseguiremos , amados Españoles , por medio de la penitencia , viéndonos libres de este enemigo , y mostrando con nuestro exemplo á las demas Naciones oprimidas el camino seguro de la libertad.

No os amilanen , ni os arredren , ni os inspiren el menor recelo los reveses que durante esta guerra ha experimentado la nacion , á pesar de sus grandes esfuerzos. Estas derrotas , y el mal éxito de algunos planes militares , y otros sucesos adversos no son indicios de ira irrevocable de Dios , ni de que es imprudente nuestra constancia , ni ménos de que hubiese sido ageno del espíritu del Señor el impulso con que á un tiempo nos movimos todos á nuestra defensa. Contra los prudentes del siglo y los emisarios del Tirano que intenten sugeriros estos vanos temores , armaos de las verdades de la fe , y decidles lo que en un apuro semejante respondió Judit á los tímidos sábios de su pueblo : ¿ Quien sois vosotros para tentar á Dios , poniendo tasa á su piedad , y definiendo á vuestro antojo si nós ha de entregar ó no á nuestros enemigos ? No es buena esta timidez para aplacar al Cielo , sino para irritarle y despertar mas su furor. Mas por quanto Dios

A. H. N.  
ESTADO

A E  
ARCHIVOS



II  
tiene larga espera, aprovechémonos de ella para implorar su auxilio con nuestras lágrimas. Y por quanto no es el enojo de Dios duradero como el nuestro, humillándonos en su presencia, esperemos que así como nos ha turbado con la soberbia del enemigo, así nos llenará de regocijo con su humillacion. El éxito demostró quan prudente fué esta confianza de la santa muger, y quan vano el temor de los que sin acordarse del auxilio de Dios, contando los dias, querian entregar á Betulia.

Fuera de esto, quien ignora que por ocultos juicios del cielo aun en guerras santas han sido vencidos muchas veces los defensores de la justicia, que al cabo perseverando quedaron victoriosos? y que exércitos formados por el mismo Dios perdieron jornadas emprendidas por su consejo, para que probada así su fe mereciesen por ella la total derrota de sus enemigos? Injurio Benjamin á Israel abusando de la muger del Levita que se había guarecido en Gabaa: muévense las demas tribus por inspiracion de Dios á vengar aquella enorme injuria: dales el mismo Dios caudillo de los 400 hombres que se habian armado. Salen al campo de batalla confiados en su mayor número, en la justicia de su causa, y lo que es mas, en la aprobacion del cielo. Mas ¡quan impenetrables son los consejos del Señor! Son vencidos el mayor número por el menor, los vengadores de la maldad por los malvados, perdiendo los Israelitas en este encuentro 220 hombres. Recurren á Dios, y les manda pelear otra vez: pelean obedientes y vuelven á ser derrotados con pérdida de 180. ¿Veis como en una guerra justa y emprendida por consejo y mandato de Dios, cabe en el orden de la providencia que sean vencidos alguna vez por los iniquos los defensores de la justicia? Mas en medio de esta aparente contradiccion de la providencia, que la impiedad graduaria de engaño, no desmayaron los Israelitas, ni

A E

ARCHIVOS



perdieron la fe. Si en semejante conflicto me pidierais á mí consejo, dice S. Bernardo, y os respondiese: volved á la batalla; ¿quién sabe si este nuevo aliento se me imputaria á temeridad? Pudiera oponérseme: perdida la fuerza del ejército ¿qué ventaja nos podemos ya prometer de estas miserables reliquias? Sin embargo los Israelitas avivando mas su esperanza, acuden de nuevo al templo, ayunan y ofrecen sacrificios; y obedeciendo tercera vez al Señor, no sirviéndoles de obstáculo la primera y segunda derrota, vencen á sus enemigos cogiendo en esta completa victoria el fruto de su constante fe acompañada del fervor de su penitencia.

Este milagro que hizo la penitencia en los Israelitas, le obrará tambien en nosotros dexándose obligar Dios de nuestras lágrimas, como se dexó obligar de las de Acab, y de los moradores de Nínive, hasta revocar el decreto de nuestra esclavitud, aun en el caso que por nuestras culpas estuviese dado. Convirtámonos al Señor, y experimentarán nuestros ejércitos lo que va del justo al pecador, como dice un profeta, y del que sirve á Dios al que no le sirve. Tarde en hora buena el Señor en auxiliar nuestra causa: nuestro Señor es, haga en todo lo que sea su voluntad; mas no por eso nos es lícito desistir de la empresa, ni ménos persuadirnos que quiere entregarnos á nuestro enemigo. Traigamos á la memoria las maravillas que ha obrado el cielo y está obrando á nuestro favor desde que por inspiracion suya emprendimos esta grande obra; y consolados con la visible proteccion del Señor, en medio de nuestras adversidades, digamos siempre con nuevo aliento: sufriré con paciencia la ira del Señor pues pequé contra él, hasta que llegue el dia en que juzgue mi causa (*Michae VII. 9*). Y este dia llegará, y acaso mas pronto de lo que juzgamos nosotros; pues estrechado el Señor con nuestros ruegos, y con la





enmienda de nuestra vida ; aun quando se disminuyese el número de nuestros soldados , enviaria ángeles que derrotasen el ejército de Napoleon , como los envió para acabar en un momento con el de Senacherib , ó haria que pelease visiblemente el cielo por nosotros , como en tiempo de los Jueces pelearon las estrellas contra Sisara para suplir el corto número de las huestes de Israel.

Mas no necesita Dios de sucesos extraordinarios para mostrar los maravillosos efectos de la penitencia , ocultando sus milagros baxo el orden de los afectos de nuestro corazon. Convirtámonos todos , y experimentaremos éxito con grande admiracion y consuelo de nuestra Patria. La penitencia , sujetando nuestra voluntad á la de Dios , facilitará los sacrificios que deben hacer nuestros pueblos por la salud del Reyno , nos inspirará desprendimiento de los bienes particulares por la causa comun ; desterrará de entre nosotros el espíritu de ambicion , disipará hasta la sombra de las discordias fomentadas tal vez dolosamente por el enemigo de nuestra felicidad , y allanará los demas medios de la independendencia nacional que se presentan como difíciles y ásperos á la humana flaqueza. La penitencia dará esfuerzos á los guerreros , inspirándoles desprecio de la vida temporal , y ansia de sacrificarla por la religion : ahuyentará de los ejércitos el temor y la cobardía , criará en los ánimos horror á la dispersion y á la fuga , pondrá en pocos valor para vencer á muchos , dará aliento á uno para perseguir á mil , y á ciento para derrotar á diez mil. Porque una nacion humilde y contrita , atrae para los defensores de su causa , union , fortaleza del cielo , y aquel valor constante que abre las puertas á la victoria , obligando á Dios á que trate como enemigo al que hasta entónces habia sido instrumento de su furor. Al clamor de nuestra oracion y de nuestras lágrimas , caerán esos gigantes que se glorian aho-





ra en su fuerza, y veremos hechos polvo á esos impíos soberbios, cuya ambicion trata de tragarse el mundo, y cuya impiedad los lleva hasta competir como Luzbel con el poder del Altísimo. Entónces aparecerá con todo su horror la necia locura de ese miserable que se atreve á usurpar los dictados de la divinidad, quedando toda su gloria reducida á gusanos y basura. A nuestra vista se hundirá con estrépito ese monte soberbio en medio del mar de la ira divina, disipándose sus proyectos como humo para escarnio y escarmiento de toda la tierra. Acorrándonos de que Dios ha escogido nuestro Reyno para morada suya, y para que sea en él invocado y alabado su santo Nombre; atraigamos con nuestras lágrimas la proteccion que él mismo desea dispensarnos: obliguémosle á que con los ojos de su furor exterminie los exércitos de este enemigo suyo, tomando por su cuenta la venganza de su perfidia y de las injurias que ha hecho en nuestros pueblos á la santa Iglesia. Napoleon orgulloso como Nabucodonosor, y ciego como Antioco, no considera que esta momentánea prosperidad de sus empresas es efecto de un terrible juicio de Dios que le he hecho vara de su furor para nuestro castigo: y que á no ser así en el mismo momento en que fraguó la iniqua usurpacion de España, y la torpe profanacion de sus santuarios, hubieran llovido sobre él y sus generales los azotes que llovieron sobre Heliodoro, quando de orden de Seleuco entró á robar el templo de Jerusalem. Mas el Señor que protexta no haber elegido la gente por el lugar, sino el lugar por la gente, ha permitido que alcancen tambien á su santuario la desolacion y la devastacion que merecia el territorio de nuestra península, para que atendiendo nosotros por este medio tan terrible quanto habia provocado la ira divina nuestra falta de respeto á la casa de Dios, la tropelía en el santo Sacrificio, el abuso de los



sacramentos , la desenvoltura , el juego de los brazos desnudos , y el ayre provocativo con que aun en medio de este azote se presentan en el templo las mugeres cristianas como quien declara guerra á la mas fuerte y acendrada honestidad : expiemos tan enormes delitos con una pronta y total enmienda , y con un vivo dolor que alcance para nuestros templos ultrajados y desolados , la reparacion , el decoro y la gloria que deseamos y debemos procurar á la patria. Nuestra modestia , nuestra compuncion y el fervor de nuestros gemidos pondran á este malvado en las manos del Omnipotente de quien ahora se burla , como pusieron las lágrimas del pueblo de Israel al impío Antioco ; el qual en lo mas alto de su orgullo , quando estaba hinchado como el mar , y se jactaba de pesar los montes en su balanza , y tocar las estrellas del firmamento ; quando ya se acercaba á la santa ciudad , resuelto á convertirla en sepulcro de sus moradores ; fué acometido de una infernal dolencia que le acabó la vida , muriendo lleno de dolores , podrido de gusanos , y exhalando un feter , que ni él mismo podia sufrir ; arrancándole Dios del pecho aquella terrible verdad que no habia querido confesar en medio de su vana exáltacion : „Justo es que el hombre esté sujeto á Dios, „y que el mortal no se atreva á igualársele.” Quando tengamos delante de los ojos el espantoso juicio que aguarda á este otro Antioco , compararemos la justicia pública que hará Dios de él á la faz del mundo , con la benignidad con que nos trata á nosotros , atrayéndonos á sí para que seamos en adelante verdadero pueblo suyo y templo vivo consagrado á su gloria. Y así como el impío Nicanor , general de aquel tirano , que sin temor á la venganza de Dios habia cooperado á sus impíos designios afligiendo á Israel , atropellando á los pueblos indefensos , vendiendo á los Israelitas como esclavos , y

A.H.N.  
ESTADO

A E  
ARCHIVOS



vexándolos con mil invenciones de su crueldad; al cabo tuvo que huir afrentado y miserable, publicando en todas partes la gloria del verdadero Dios; así los que quedaren de los generales y secuaces de este otro malvado, llevando á todas partes el sello del furor de Dios, serán viva estampa de su justicia y de la proteccion que dispensa á sus siervos. Viendo á esta luz la íntima conexión que tiene nuestra penitencia con nuestra victoria, alabaremos perpetuamente á Dios que estaba en medio de nosotros como padre quando nos affligía; y que habiendo logrado el fin de su castigo, que era nuestra enemenda, volvió de improviso su furor contra la vara con que habia azotado á sus hijos.

Al paso pues que la suprema Junta arma exércitos y hace todos los preparativos que exige el arte militar para la vigorosa y enérgica defensa de la patria, persuadido yo, como debeis estarlo vosotros, por la doctrina de nuestra santa religion, de que estos medios por otra parte necesarios, serán inútiles sino los bendice y protege el Dios de las batallas, y de que con su bendicion y proteccion serán acertados nuestros planes, esforzados y constantes nuestros exércitos, y cierta nuestra victoria: os exhorto con el mayor encarecimiento en el nombre de Dios, á que os acelereis á implorar su auxilio, aplacando con una pronta y sincera penitencia el justo enojo que está manifestando contra nosotros. Para esto os ruego que desde luego apartéis de vuestro corazon, de vuestras familias y de vuestros pueblos las diversiones pecaminosas privadas y públicas, las enemistades y discordias, la inmodestia en los trages, y todo lo demas que pueda ser ofensa de Dios: que purifiqueis vuestras conciencias con la confesion sacramental, ayudando á que se propague entre nosotros la digna frecuencia de sacramentos: que atraygais la misericordia del Señor





con la oracion continua, con ayúnes y otras mortificaciones, con la práctica de obras buenas, y los ricos además con sus limosnas.

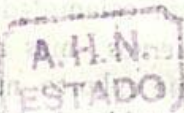
Espero que nuestro clero secular y regular en el confesonario y en el púlpito, y en todas las demas ocasiones que ofrece el trato humano, por escrito, de palabra, y mas con su exemplo, fomenten en el pueblo fiel estos mismos afectos, sosteniendo y promoviendo como delegados de Dios el valor nacional junto con el espíritu de penitencia, y demostrando la seguridad con que haciéndolo así, debemos prometernos del auxilio del Señor el mas glorioso triunfo. Pues á nosotros van dirigidas aquellas palabras que en otro conflicto semejante al nuestro dixo Judit á los Sacerdotes de Israel: Hermanos, vosotros que sois los ancianos del pueblo de Dios; pues veis que los ánimos de todos estan como colgados de vuestros labios, alentadlos con santas exhortaciones, recordándoles que esta calamidad es azote de Dios para correccion de sus siervos, mas no para su exterminio.

Al paso pues que exhorto nuevamente en el nombre de Dios, á mis venerables hermanos los **Eclesiásticos seculares y regulares de toda la nacion**, á que por quantos medios les inspire su zelo; sigan contribuyendo al alistamiento de tropas, y á la formacion de Cruzadas y de partidas de guerrilla, inflamando contra la perfidia del invasor la religiosa lealtad de la patria; espero que de esta misma ocasion saquen partido para desvanecer las quejas de los tibios y la turbacion de los débiles, persuadiendo á todos que esta guerra es para España azote de misericordia mas que de ira, y que con la penitencia nacional y la reforma de costumbres, amanecerán para nosotros, como dice San Pedro, los dias serenos y alegres prometidos por Dios á los que de veras se convierten á él y le sirven. (*I. Petr. III. 10. seq.*)

En cuya atencion os ruego encarecidamente, mis amados Españoles, por las entrañas de nuestro Señor Jesucristo, que lejos de desmayar en vuestros anteriores propósitos, aumenteis mas y mas el patriotismo de que habeis dado hasta aquí tan ilustres pruebas, seguros de vuestro triunfo, y de que preparándoos así para la victoria habreis cumplido las obligaciones de verdaderos cristianos, de esforzados patriotas y dignos Españoles, cuyo premio será inmortalizaros en este mundo, y en las eternas mansiones de la gloria.

Sevilla 20 de Diciembre de 1809.

*Juan Acisclo, Arzobispo de Laodicea,  
Presidente.*







EL REY NUESTRO SEÑOR DON FERNANDO VII,  
y en su Real nombre la Junta Suprema Central Gu-  
bernativa del Reyno se ha servido dirigirme el Real  
Decreto siguiente:

SEÑORES VOCALES.

»Al reunirse la Junta Suprema Cen-  
tral Gubernativa de España é Indias en  
la Real Isla de León, segun lo acordó  
en el Real Decreto de 13 del presente  
mes, el peligro del Estado se ha acre-  
centado excesivamente, ménos todavía  
por los progresos del enemigo, que por  
las convulsiones que interiormente ame-  
nazan. La mudanza del Gobierno anun-  
ciada ya como necesaria por la misma  
Junta Suprema, y reservada á las  
Cortes, no puede dilatarse por mas  
tiempo sin riesgo mortal de la Patria.  
Pero esta mudanza no puede, ni debe  
ser hecha por un solo Cuerpo, un solo  
Pueblo, un solo individuo. Seria en  
tal caso obra de la agitacion y del  
tumulto lo que debe ser obra de la  
prudencia y de la ley; y una faccion  
haría lo que solo puede hacerse por la Nacion entera,  
ó por el Cuerpo que legítimamente la representa. Es-  
tremeen las consecuencias terribles que nacerian de  
tal desórden, y no hay Ciudadano prudente que  
no las vea, ni francés alguno que no las desee.”  
»Si la urgencia de los males que nos afligen, y la  
opinion pública que se regula por ellos, exigen el  
establecimiento de un Consejo de Regencia y lo pi-  
den para el momento, á nadie toca hacer esto, sino  
á la Autoridad Suprema establecida por la voluntad  
nacional, obedecida por ella, y reconocida por las

Estado, legajo 8, N.º 179 AE

Circular decretada en la Isla de León el 29 de enero de 1810 por la que se anuncia por la Junta Central la próxima instalación de un Consejo de Regencia como máximo organismo de gobierno nacional hasta la apertura de las Cortes anunciadas. AHN, Estado, Papeles de la Junta Central, leg. 8, pieza 179.

Provincias, por los Ejércitos, por los Aliados, por las Américas. Sola la autoridad que ella confie, será la legítima, la verdadera, la que represente la unidad del poder de la Monarquía."

"Penetrada de estos sentimientos la Junta Suprema Gubernativa de España é Indias, ha resuelto á nombre del Rey nuestro Señor DON FERNANDO SÉPTIMO lo que sigue."

"Que se establezca un Consejo de Regencia compuesto de cinco personas, una de ellas por las Américas, nombradas todas fuera de los individuos que componen la Junta."

"Que estas cinco personas sean el Reverendo Obispo de Orense Don Pedro de Quevedo y Quintano: El Consejero de Estado y Secretario de Estado y del Despacho Universal Don Francisco de Saavedra: El Capitan General de los Reales Ejércitos Don Francisco Xavier Castaños: El Consejero de Estado y Secretario del Despacho Universal de Marina Don Antonio de Escaño; y el Ministro del Consejo de España é Indias Don Estevan Fernandez de Leon, por consideracion á las Américas."

"Toda la autoridad y el poder que exerce la Junta Suprema se transfiere á este Consejo de Regencia sin limitacion alguna."

"Los Individuos nombrados para él permanecerán en este Supremo encargo hasta la celebracion de las próximas Cortes, las quales determinarán la clase de Gobierno que ha de subsistir."

"Á fin de que no se malogren las medidas tomadas para la prosperidad ulterior de la Nacion; al tiempo de prestar en las manos de la Junta el debido juramento, jurarán tambien los Regentes verificar la celebracion de las Cortes para el tiempo, convenido, y si las circunstancias lo impidieren para quando los enemigos hayan evacuado la mayor parte del Reyno."

"El Consejo de Regencia se instalará el dia 2 de Febrero próximo en la Isla de Leon."



„Tendreislo entendido y dispondreis quanto convenga á su cumplimiento.=El Arzobispo de Laodicea, Presidente.=En la Real Isla de Leon á 29 de Enero de 1810.=Á Don Pedro de Rivero.”

Cuyo Real Decreto comunico á V. de Real órden para su inteligencia , gobierno y demas efectos que convengan. Dios guarde á V. muchos años. Real Isla de Leon 29 de Enero de 1810.

*Pedro de Rivero.*



AE



# Y Instalacion del Consejo de Regencia de España é Indias.



En la Real Isla de León á treinta y un día del mes de Enero de mil ochocientos diez, juntos los señores que componen la Junta Suprema Central Gubernativa de España é Indias y á la sazón se hallan en la dha. Real Isla á saber el Sr. Sr. Presidente, Sr. Sr. Vice-Presidente, Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Antonio Valdés, Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Miguel Balanza, Sr. Sr. Vizconde de Quintanilla, Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Rodrigo Biquelme, Sr. Sr. Marques de la Puebla, Sr. Sr. Conde de Timonde, Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Juan<sup>to</sup> Xavier Caxo, Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Gaspar Melchor de Sorellang, Sr. Sr. D.<sup>no</sup> José García de la Torre, Sr. Sr. Marques de Villas, Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Martín de Garay, Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Lorenzo Calvo, Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Félix Ovalle, Sr. Sr. Conde de Eilli, Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Pedro de Rivas, Sr. Sr. Marques de Villanueva del Prado, Sr. Sr. Marques de Vilhel, Sr. Sr. Marques de Campo Sagrado, Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Lorenzo Bonifaz y Quintano, Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Sebastian de Tocano y Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Fran.<sup>to</sup> Castanedo y hallandose también en la misma sala de sus sesiones el Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Fran.<sup>to</sup> Xavier Castañón, el Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Antonio de Escamó y el Sr. Sr. D.<sup>no</sup> Esteban Fernandez de León, tres de los cinco señores que componen el Consejo de Regencia de España é Indias, nombrado por Decreto de R.D. del corriente y numero bastante para ejercer sus funciones conforme al Capitulo tercero del Reglamento, y presente también á este acto el Sr. Sr. Marques de las Hormazas de



Acta de instalación y juramento de los miembros del nuevo Consejo de Regencia de España, que tuvo lugar en la Isla de León el 31 de enero de 1810, con ello finalizaba el controvertido y agitado gobierno de la Junta Central. El documento estipula entre las condiciones para la resigna del poder la obligatoriedad del nuevo órgano de convocar las anunciadas Cortes. AHN, Estado, Papeles de la Junta Central, leg. 84 B, pieza 1.



secretaria y del Despacho Universal de Hacienda particularmente nombrado para certificar de él, hicieron los referidos tres Señores el juramento que previene el mismo en manos del Señor Presidente y á la letra dice así = Jurais á Dios y á Jeruchristo crucificado, cuya imagen tenéis presente, que en el desempeño de la Regencia de España e Indias para que habeis sido nombrados por la Representación nacional legitimamente congregada en esta Isla de León, hareis quanto esté de vtra. parte para conservar en España la Religión Católica Apostólica Romana sin mezcla de otra alguna, expeler á los franceses de nro. territorio y volver al trono de sus mayores al Rey nuestro Señor D.<sup>no</sup> Fernando Septimo y en su defecto sus habientes derecho segun las leyes fundamentales de la Monarquia, no perdonando medio ninguno de quantos puede practicar la industria humana para conseguir estos sagrados fines aun á costa de vtra. propia vida, salud y bienes?

¿Jurais no reconocer en España otro Gobierno que el que ahora se instala, hasta que la legitima congregacion de la Nacion en sus Cortes G.<sup>rales</sup>. determine el que sea mas conveniente para la felicidad de la Patria y conservacion de la Monarquia?

¿Jurais contribuir por vtra. parte á la celebracion de aquel augusto congreso en la forma establecida por la Suprema Junta, y en el tpo. designado en el Decreto de creacion de la Regencia?

¿Jurais no quebrantar, ni permitir que en manera alguna se quebranten, antes si que religiosamente se observen las leyes, usos y costumbres de la Monarquia, especialmente las que se dirigen á la seguridad y propiedad de los Ciudadanos, y sobre todo las que se dirigen á conservar en la familia





A. H. N.  
ESTADO

Navier de Carrières Art. de l'Académie

[illegible]



Pedro de Buena & Miguel a Nalanco

Josef Garcia de la  
Torre

José de Orilla

El Conde de Ely

El Marq. de la Puebla

Alonso de Montañilla

Alonso de la Torre

Juan. Castaneda

Bastion de Nalanco

El Marq. de Villar Presente fui

El Marq. de las Noemaras

# DIARIO DE SESIONES

## DE LAS

# CORTES GENERALES Y EXTRAORDINARIAS.

SESION DEL DIA 19 DE MARZO DE 1813.

Se mandaron agregar á las Actas el voto particular del Sr. Zorraquin, contrario á la resolucion que tomó ayer el Congreso, desaprobando la sentencia del tribunal de Córtes contra el Sr. Diputado Ros. Suscribieron á él los Sres. Llarona, Torres Machi, Rocafull, Dueñas y Zumalacárregui.

Entraron á jurar, y tomaron asiento en el Congreso, los Sres. Diputados por Jaen D. Tomás Tauste, D. Juan Manuel Subrie y D. Diego Marín. (*Véanse las sesiones de 24 del pasado y 16 del corriente.*)

Admitieron las Córtes con especial agrado tres ejemplares del primer tomo de la obra titulada: *Pensamientos sobre táctica y sobre algunas otras partes de la guerra*, del Marqués de Silva, traducida del francés por el teniente coronel del segundo regimiento de infantería de Mérida, D. Melchor de Sas, quien la ofrecia al soberano Congreso.

Aprobaron las Córtes la siguiente propuesta de la Regencia, que hizo á consecuencia de lo resuelto en la sesion de 2 del corriente:

«El Consejo de Regencia nombró en 6 de Febrero de 1810 consejero de Estado al Arzobispo de Laodicea, y en el mismo dia se le comunicó el nombramiento, segun consta del decreto original y notas de la Secretaría del Despacho de Estado, de las que resulta que en 12 de Febrero de 1811 se suspendió la publicacion de estos decretos y el aviso al Consejo de Estado y al tesoro general, sin que conste la causa de esta suspension.

En 10 de Setiembre de 1811 se hizo presente á las Córtes generales y extraordinarias del Reino para su resolucion, que cuando se estableció el Consejo de Regencia habian solicitado algunos individuos de la Central que se les nombrase consejeros de Estado, á lo que se accedió

en aquellos momentos por justas consideraciones, mandando se expidieran los decretos; pero que no se pasasen al Consejo de Estado, ni al tesoro general, quedando en suspenso dichas gracias; que uno de los agraciados habia sido el Arzobispo de Laodicea, el cual, hallándose en Ceuta en la mayor miseria, habia solicitado que se le señalase algun sueldo con que vivir, y que la Regencia, creyéndose sin facultades para determinar, lo proponia á S. M., siendo de dictámen que se le señalasen 20.000 rs. anuales mientras no percibiese sus rentas; á lo que pareció accederon las Córtes generales y extraordinarias; pero sin contestar nada acerca de la suspension del decreto de consejero de Estado.

Posteriormente ha recurrido este interesado á la Regencia del Reino, pidiendo se le ponga corriente esta gracia y se le pase el oficio de la jubilacion que se ha pasado á los demás individuos del extinguido Consejo de Estado, limitándose á los honores y preeminencias correspondientes, pues no apetece sueldo, en atencion á que se ve comprometido su honor por haber usado del dictado de consejero de Estado.

En su consecuencia, deseosa la Regencia del Reino del mayor acierto, mandó en 11 de Diciembre último que informase el Marqués de las Hormazas, como encargado en aquella época de la Secretaría de Estado, quien dijo que tomando en consideracion el primer Consejo de Regencia las calificadas prendas que concurrían en el Arzobispo de Laodicea, su celo patriótico, notorio desinterés y suma eficacia que habia acreditado en el desempeño de varias é importantes comisiones durante su presidencia de la Central, y particularmente en el acto de conferir la posesion al Consejo de Regencia y prestar el juramento, cortando con tison y premura las diferentes contestaciones impertinentes é intempestivas que se suscitaron y pudieron dilatarla, y aun invalidarla, con las sensibiles resultas que tan críticas circunstancias presagiaban; no solo movieron al Consejo de Regencia á conferirle plaza efectiva del Consejo de Estado, sino atender á su subsistencia; por todo lo cual juzgó debia accederse á la solicitud de este interesado.

*Diario de Sesiones* del 19 de marzo de 1813. Confirmación de la plaza de consejero de Estado al arzobispo de Laodicea por parte de las Cortes a propuesta de la Regencia.

Pasado todo el expediente á informe del Marqués de las Hormazas en 23 de Diciembre último al Consejo de Estado, para que consultase su parecer, manifestó en 23 de Enero siguiente que resultando de todo lo referido que existe la gracia de consejero de Estado legítimamente hecha en favor del Arzobispo de Laodicea, era de dictámen que se debía deferir á esta solicitud.

Hubo dos votos particulares, que aunque se conformaron con el dictámen del Consejo, añadieron que habiéndose dado cuenta á las Cortes generales y extraordinarias en los términos referidos, debía remitirse el expediente á las mismas para que lo determinasen, y alguno fué de parecer que no se podía dar dictámen por hallarse pendiente en el Congreso. Enterado de todo S. A., resolvió se esperase la resolución de S. M.

En este estado, habiendo acudido el Arzobispo de Laodicea á las Cortes generales y extraordinarias con la misma solicitud y resolución que en su vista había recaído, y queda expresada, se sirvió mandar S. M. en orden de 4 del que rige que S. A. informase lo que hubiese y se le ofreciese en el particular; y en su cumplimiento, manifestó á V. SS., de orden de la Regencia provisional del Reino, cuanto hay en la materia, y que S. A. opina que debe confirmarse esta gracia, pero que S. M. se servirá determinar lo que le parezca, que siempre será lo más acertado.

Dios guarde á V. SS. muchos años.—Cádiz 17 de Marzo de 1813.—Antonio Cano Manuel.—Sres. Secretarios de las Cortes generales extraordinarias del Reino.»

A las comisiones reunidas Eclesiástica, Especial y de Arreglo de tribunales, pasó un oficio del Secretario de Gracia y Justicia con un expediente sobre el restablecimiento del Tribunal de la Rota.

Oyeron las Cortes con especial agrado, y mandaron insertar en este *Diario de sus sesiones*, las exposiciones siguientes:

«Señor, el ayuntamiento constitucional de Mérida de Yucatan, lleno del más sumiso respeto, expone á V. M., que habiéndose jurado y publicado en esta capital el día 14 del mes de Octubre la Constitución política que la sabiduría de V. M. ha sancionado para establecer el Gobierno de la Monarquía española sobre sólidos fundamentos, que la harán elevarse á la cumbre de la gloria, se procedió en su consecuencia, y en virtud de los decretos de V. M. de 23 de Mayo, á la elección de regidores con arreglo á lo que previene la misma Constitución, congregándose los ciudadanos con el mayor orden y tranquilidad en juntas parroquiales para el nombramiento de electores. No puede el ayuntamiento, Señor, expresar á V. M. el júbilo con que estos súbditos, después de la madura y diuturna opresión se vieron repentinamente reintegrados en sus derechos por una Constitución liberal. La verdad es, Señor, que elevados momentáneamente de la degradación á la libertad, no creían aun en las actas mismas lo que les aseguraba el testimonio de sus sentidos; y aunque las anteriores noticias de las filantrópicas disposiciones del Congreso les hacían concebir esperanzas lisonjeras; pero envejecidos en el arbitrario sistema del Gobierno pasado, concebían imposible una transformación que las hiciese mudar enteramente de condición.

Si V. M., Señor, ha concedido á los pueblos, como es cierto, el mayor beneficio que puede hacerse á los mortá-

les declarándolos libres, V. M. sabrá calcular el grado á que había llegado el entusiasmo de la gratitud más tierna y sincera. Las aclamaciones, nacidas, no de una alegría momentánea, ni de aquel júbilo pasajero que tiene su origen en la superficial condición humana, sino del convencimiento más acendrado de que V. M. los había redimido de la servidumbre á que un monstruoso sistema los tenía reducidos; los nombres de los más célebres y ambiciosos conquistadores; los monumentos magníficos de las naciones más poderosas; la memoria de los más ilustres personajes tendrán fin quizá en los anales de los hombres; pero la gratitud con que los españoles deben mirar al augusto Congreso que los hizo de esclavos, libres; de ignorantes, ilustrados; de indolentes, enérgicos y activos; de cadáveres, finalmente, hombres vivos... durará mientras existan racionales que sepan respetar la virtud y apreciar el verdadero mérito. La ciudad de Mérida, Señor, por medio de su ayuntamiento, penetrado de los sentimientos de la mayor gratitud, de la fidelidad menos equívoca, del más sumiso respeto, ofrece á V. M. sus ardientes votos, y felicita al augusto Congreso de las Cortes generales y extraordinarias por la sabiduría, humanidad y entereza con que supo hacer felices á tantos millones de almas, sacrificando su comodidad entre el tumultuoso estruendo de las armas, dando á sus pueblos una tan liberal, tan admirable Constitución. Si, Señor, cimentando sobre las bases más sólidas y principios de la más sana filosofía los eternos derechos del hombre, atropellados por la destructora arbitrariedad.

El ayuntamiento y la ciudad reconocen y admiran de V. M. el origen de su libertad, el centro de la Nación, la suprema autoridad y fundamento de su gloria. Por tanto, Señor, ruegan al Omnipotente conserve á V. M. para siempre, como el brazo benéfico, que habiendo redimido á las Españas de su antigua esclavitud, ha sabido oponer un muro inexpugnable á la injusta y formidable agresión del mayor tirano que haya existido jamás.

Nuestro Señor guarde la importante vida de V. M. muchos años, como incesantemente se lo ruegan sus más leales súbditos. Sala capitular de Mérida 4 de Diciembre de 1812.—Señor.—Manuel Artazo.—Miguel Gonzalez y Lastiri.—Agustín Domingo Gonzalez.—Antonio Félix de Torre.—Juan José Trujillo.—José Francisco de Cicero.—Pantaleón Canton.—Francisco Vallado.—Pedro José Guzman.—Buenaventura Castillo.—José Matías Quintana.—José Francisco Bates.—Lorenzo Zavala, secretario.»

«Señor, por una de aquellas casualidades, hijas de la enorme distancia que nos divide, aun no ha llegado de oficio á esta Península española la Constitución política que V. M. sancionó en medio de unas angustias sin tamaño, de que no hay ejemplar en la época de los siglos; pero como V. M., superior siempre en su constancia á su situación y riesgos, solo suspiraba por aquel deseado y feliz momento de dar á su Nación, grande y heroica, un Código que pudiese garantizar para siempre su posterior felicidad, y ponerla á cubierto de las desgracias horribles á que la condujo su anterior sistema, logró ver concluida, obedecida y proclamada con un entusiasmo digno de la envidia de las naciones cultas y civilizadas esa grande obra de sus desvelos, que derramando beneficios establecidos con la más alta sabiduría, es la columna que hará respetable el nombre español, y que llevará la soberana memoria de V. M., de generación en generación, hasta que el último de los hombres acabe con sus días, la profunda gratitud con que todos deben tributar á V. M. la más firme, constante y obligatoria consideración y reconocimiento.



**E**l Excmo. Señor Ministro de Gracia y Justicia me ha dirigido la Real orden siguiente:

Excmo. Señor: Por el Ministerio de la Gobernacion de la Península se me ha dirigido el siguiente Decreto:

D. Fernando VII, por la gracia de Dios, y por la Constitucion de la Monarquía Española, Rey de las Españas, y en su ausencia y cautividad la Regencia provisional del Reyno, nombrada por las Córtes generales y extraordinarias, á todos los que las presentes vieren y entendieren, sabed: Que las Córtes han decretado lo siguiente:

» Las Córtes generales y extraordinarias, considerando que el aniversario del diez y nueve de Marzo, en que se publicó la Constitucion política de la Monarquía Española, es el recuerdo mas digno del aprecio y consideracion de los buenos y leales Españoles, por haber recibido en aquel dia el Código sagrado de su libertad y de sus derechos; cercioradas tambien de que estos sentimientos son los mismos de que está penetrada toda la Nacion; para fixar mas y mas la memoria de tan fausto dia, avivando el espíritu público, y exáltando el entusiasmo nacional; y accediendo á lo que la Regencia provisional del Reyno, animada de los mas saludables deseos, les ha propuesto, han tenido á bien decretar lo siguiente: En el dia diez y nueve de Marzo se vestirá la Corte de gala todos los años, habrá besamanos é iluminacion general; se cantará un solemne *Te Deum* en todas las Iglesias; y se harán salvas de artillería en todos los exércitos y plazas de la Monarquía. Lo tendrá entendido la Regencia provisional del Reyno, y dispondrá lo necesario á su cumplimiento, haciendolo imprimir, publicar y circular. — Joaquin Maniau, Presidente. — Juan Maria Herrera, Diputado Secretario. — José Maria Couto, Diputado Secretario. — Dado en Cádiz á 15 de Marzo de 1813. — A la Regencia provisional del Reyno.»

Por tanto mandamos á todos los Tribunales, Justicias, Gefes, Gobernadores y demas Autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, de qualquiera clase y dignidad, que guarden y hagan guardar, cumplir y executar el presente Decreto en todas sus partes. Tendréislo entendido para su cumplimiento, y dispondreis se imprima, publique y circule. — L. de Borbon, Cardenal de Scala, Arzobispo de Toledo, Presidente. — Pedro de Agar. — Gabriel Ciscar. — En Cádiz á 16 de Marzo de 1813. — A D. Pedro Labrador.

De órden de S. A. lo comunico á V. E. para su noticia y cumplimiento en la parte que le toque, y á fin de que lo circule á los Curas párrocos, y demas á quienes corresponda. Dios guarde á V. E. muchos años. Cádiz 22 de Marzo de 1813. — Antonio Cano Manuel, — Señor Arzobispo Coadministrador de Sevilla.

Y lo participo á Vm. para su puntual cumplimiento.

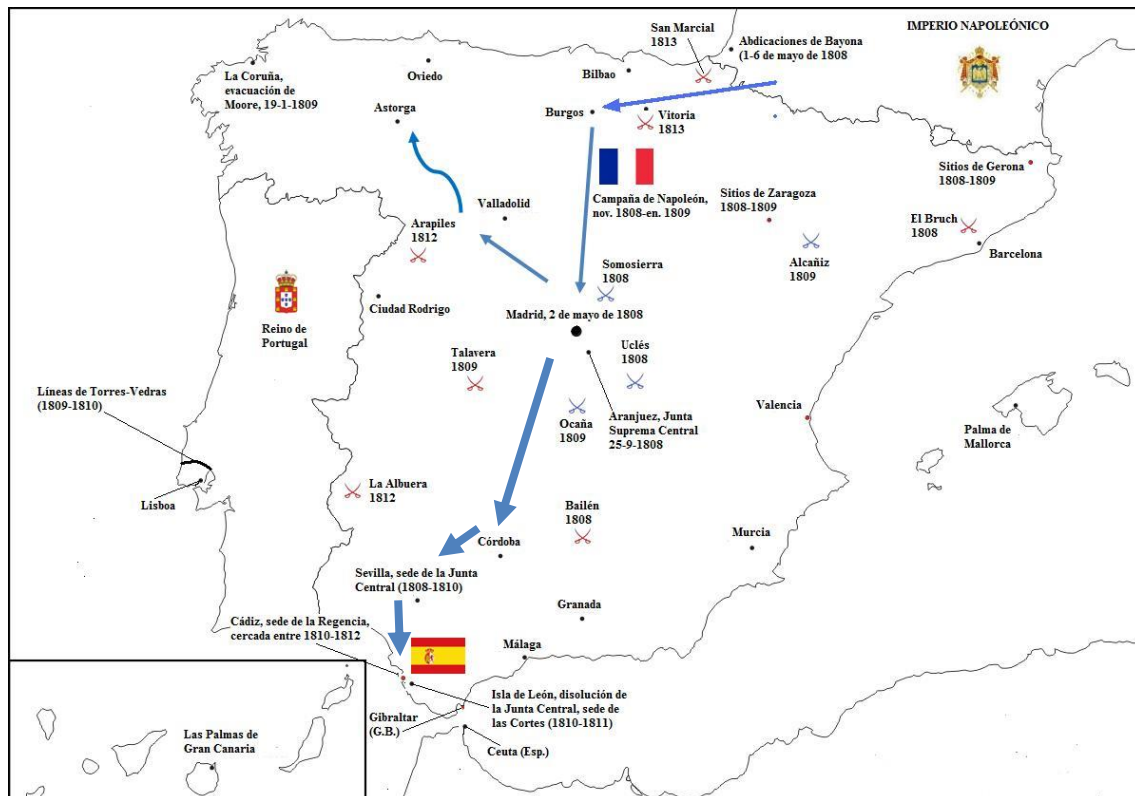
Dios guarde á Vm. muchos años. Sevilla 4 de Abril de 1813.

*Juan Acisclo Arzobispo Coadministrador de Sevilla.*

*Sr. Cura*

Circular gubernamental enviada por Vera como coadministrador del arzobispado a todos los curas de la diócesis hispalense, en ella se ordena la celebración del primer aniversario de la promulgación de la Constitución de 1812 en todas las parroquias de la zona liberada de la ocupación francesa. El documento dispone la realización de besamanos oficiales en la corte, luminarias, salvas de honor y el canto del *Te Deum* en todas las parroquias del reino. Reproducción por gentileza de don Fernando de Artacho y Pérez Blázquez.





Mapa de algunos de los principales hitos de la Guerra de la Independencia española (1808-1814). Elaborado por el autor de esta tesis.

En el veinte y dos de Julio de mil ochocientos diez y ocho años, falleció el Excmo. e Illmo. Sr. D. Juan Acisclo de Vera y Delgado, Arzobispo y Obispo de esta Diócesis de edad de cincuenta y siete años, Prelado Doméstico de Su Santidad, asistente al Sacro Solio Pontificio, Cavallero gran Cruz de la M. y Distinguida Orden Española de Carlos Tercero, del Consejo de S. M. natural de Villanueva del Arenal, Arzobispado de Sevilla, hijo de los Sres. D. Joseph de Vera y Baena y de D.ª María Delgado y Venegas. Recibió los Sacramentos y en dicho día veinte y dos fue sepultado en la Capilla de las Reliquias de esta Santa Iglesia Catedral por el Illmo. Cavildo de ella, con asistencia del Ayuntamiento de esta Plaza y Comunidades de la misma. Otorgó su testamento ante Don Juan María Martínez, escribano público y del número de esta ciudad el día veinte y uno de dicho mes y año, y nombró por su albacea y único heredero al Sr. D. Vicente Ferrer García, racionero de la Santa Iglesia Patriarcal de Sevilla y Capellán de honor de S. M. y lo firmé.

D. Joseph María Facio, (Rubricó).



Archivo Catedralicio Histórico de Cádiz

Casa de la Contaduría

LUIS LORENZO PALOMINO MILLÁN, PBRO.

Canónigo Archivero de la Santa y Apostólica Iglesia Catedral de Cádiz, y encargado de su archivo.

#### CERTIFICO

Que en el Libro 26 de Defunciones de la Parroquia de Santa Cruz, folio 126º, literalmente dice así:

"En Cádiz, veinte y dos de Julio de mil ochocientos diez y ocho años, falleció el Excmo. e Illmo. Sr. D. Juan Acisclo de Vera y Delgado, Arzobispo y Obispo de esta Diócesis de edad de cincuenta y siete años. Prelado Doméstico de Su Santidad, asistente al Sacro Solio Pontificio, Cavallero de la Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III, del Consejo de S.M., natural de Villanueva del Arenal, Arzobispado de Sevilla, hijo de los Sres. D. Joseph de Vera y Baena y de D.ª María Delgado y Venegas. Recibió los Sacramentos y en dicho día veinte y dos fue sepultado en la Capilla de las Reliquias de esta Santa Iglesia Catedral por el Illmo. Cavildo de ella, con asistencia del Ayuntamiento de esta Plaza y Comunidades de la misma. Otorgó su testamento ante Don Juan María Martínez, escribano público y del número de esta ciudad el día veinte y uno de dicho mes y año, y nombró por su albacea y único heredero al Sr. D. Vicente Ferrer García, racionero de la Santa Iglesia Patriarcal de Sevilla y Capellán de Honor de S.M. y lo firmé.

D. Joseph María Facio, (Rubricó)."

Y para que así conste, expido, firmo y sello el presente en Cádiz a los cuatro días del mes de Diciembre del año dos mil diez.



*Luis Palomino*

Plaza de Fray Félix, s/n. - Teléfono: 956 25 98 12 - 11005 Cádiz

Acta de defunción original del arzobispo-obispo de Cádiz don Juan Acisclo de Vera y Delgado, coadministrador que fue de la diócesis hispalense y presidente de la Junta Suprema Central. ACC, Parroquia de Santa Cruz de Cádiz, Libros Sacramentales, Defunciones, libro 26, fol. 126. Debajo la transcripción literal.

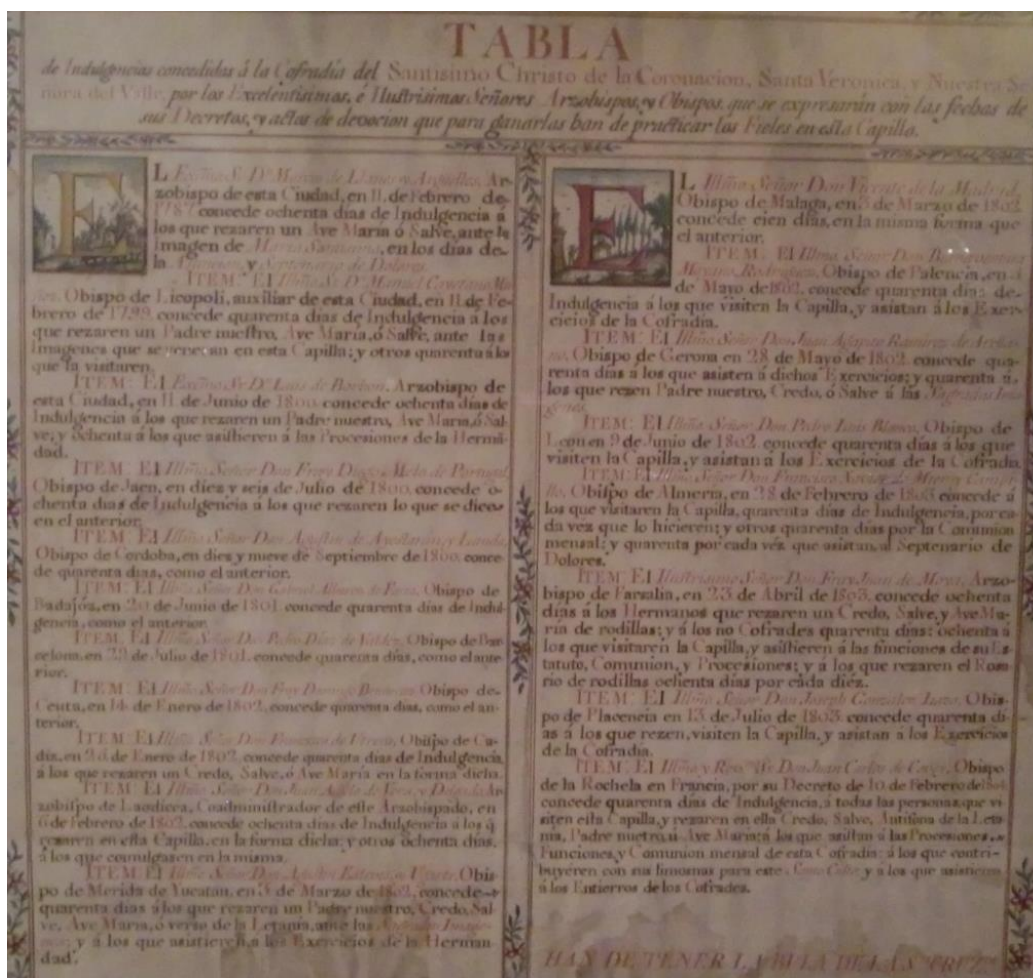


Tabla de Indulgencias concedidas á la Cofradía del Santísimo Christo de la Coronacion, Santa Veronica y Nuestra Señora del Valle por los Excelentísimos é Ilustrísimos Señores Arzobispos y Obispos que se expresarán con las fechas de sus Decretos y actos de devocion que para ganarlas han de practicar los Fieles en esta Capilla (Fotografía tomada por el autor). A modo de curiosidad transcribimos la lista de prelados que las conceden:

Marcos de Llanes y Argüelles, arzobispo de Sevilla, en 11 de febrero de 1787 80 dias a los que rezaren un Ave María o Salve ante la imagen de la Virgen en los días de la Asunción y Septenario de Dolores.

Manuel Cayetano Muñoz, obispo de Licopoli, auxiliar de Sevilla en 11 de febrero de 1799 concede 40 por un Padrenuestro, Ave María, o Salve a quienes rezaren ante las imágenes de dicha capilla, y otros 40 si la visitaren.

Luis de Borbón, arzobispo de Sevilla, 11 de junio de 1800, ochenta por un padrenuestro, ave maria o salve a los que asistiesen a las procesiones de dicha Hermandad.

Fray Diego de Melo de Portugal obispo de Jaén, 16-7-1800 ochenta dias a los que rezaren lo que se dice en el anterior.

Agustín de Ayestarán, obispo de Córdoba en 19 de septiembre de 1800 40 dias como el anterior.

Gabriel Alvarez de Faria, obispo de Badajoz 20 de junio de 1801 40 como lo anterior.

Pedro Díaz de Valdez, obispo de Barcelona 29 de julio de 1801 40 por lo anterior.

Frey Domingo de Benaocaz, obispo de Ceuta 14 de enero de 1802 40 pr lo anterior.

Francisco de Utrera, obispo de Cádiz en 3 de enero de 1803, 40 días a quien rezare el Credo, Salve o Ave María en la forma dicha.

Item. El Illmô. Señor Don Juan Acisclo de Vera y Delgado Arzobifpo de Laodicea, Coadminifrador de efte Arzobispado, en 6 de febrero de 1803, concede ochenta días de Indulgencia á los q<sup>e</sup> rezaren en ehta Capilla, en la forma dicha, y otros ochenta días á los que comulgaren en la misma.

Agustín Estevez y Ugarte, obispo de Mérida de Yucatán, 3 de marzo de 1803, 40 días á los que rezaren un Padrenuestro, Credo, Salve, Ave María, o verso de Letanía ante las Sagradas Imágenes, y a los que asistieren a los Ejercicios de la Hermandad.

Vicente de la Madrid, obispo de Málaga, 3 de maro de 1803 concede cien días en la misma que la anterior.

Buenaventura Moyano Rodríguez, obispo de Palencia, 3 de mayo de 1802, concede 40 a los que visiten la Capilla y asistan a los Ejercicios de la Cofradía.

Don Juan Agapito Ramírez de Arellano obispo de Gerona, 28 de mayo de 1802 concede 40 a los que asistan a dichos ejercicios, y 40 a los que recen padrenuestro, credo o salve a las Sagradas Imágenes.

Don Pedro Luis Blanco, obispo de León, 9 junio 1802 40 días visiten la capilla y asistan a ejercicios cofradía.

Francisco Javier de Mier y Campillo, obispo de Almería, 28 de febrero de 1803, a los que visitaren la capilla 40 días por cada vez que lo hicieren, y otros 40 por la comunión mensual, y 40 por cada vez que asistan al Septenario de Dolores.

Fray Juan de Moya, Arzobispo de Farsalia, 23 de abril de 1803, 80 a los hermanos que rezaren el Credo, Salve y Ave María de rodillas, y a los no cofrades 40; 80 a los que visitren la Capilla y asistiesen a las funciones de su estatuto, comunión y procesiones; y a los que rezaren el Rosario de rodillas 80 días por cada diez.


Don José González Laso, Obispo de Placencia en 13 de Julio de 1803 concede quarenta días á los que rezen, visiten la Capilla y asistan á los Exercicios de la Cofradía.

Item: El Illmô y Rev.mo S.r Don Juan Carlos de Coucy, Obispo de la Rochela en Francia, por su Decreto de 10 de Febrero de 1804 concede quarenta días de Indulgencia á todas las personas que visiten ehta Capilla, y rezaren en ella Credo, Salve, Antifona de la Letanía, Padre nuetro ú Ave María; á los que asifan á las Procesiones, Funciones y Comunion mensal de esta Cofradía: á los que contribuyéren con sus limosnas para este Santo Culto y á los que asistieren á los Entierros de los Cofrades.

Han de tener la Bula de la S.<sup>ta</sup> Cruz.<sup>da</sup>



Jhs


En el día del S.<sup>to</sup> San Juan Bautista,  
à su Ex.<sup>ta</sup> el S.<sup>to</sup> D.<sup>no</sup>  
 Juan Acisclo de Vera y Delgado,  
Arzobispo, Obispo de Cadiz, &c.  
&c. Octava.

Ambas Toleras llenas de placér  
la de Cadiz, y Sevilla, lauro dan;  
ésta à su Governador amado Juan,  
y aquella, que lo llega à porcérr:  
Flusnadas de un puro Vocidén  
con tal Pastor al Cielo llegaxán;  
Por qué basta à las dos D.<sup>nas</sup> Juan de Vera  
para formarlas Celestial exfena!

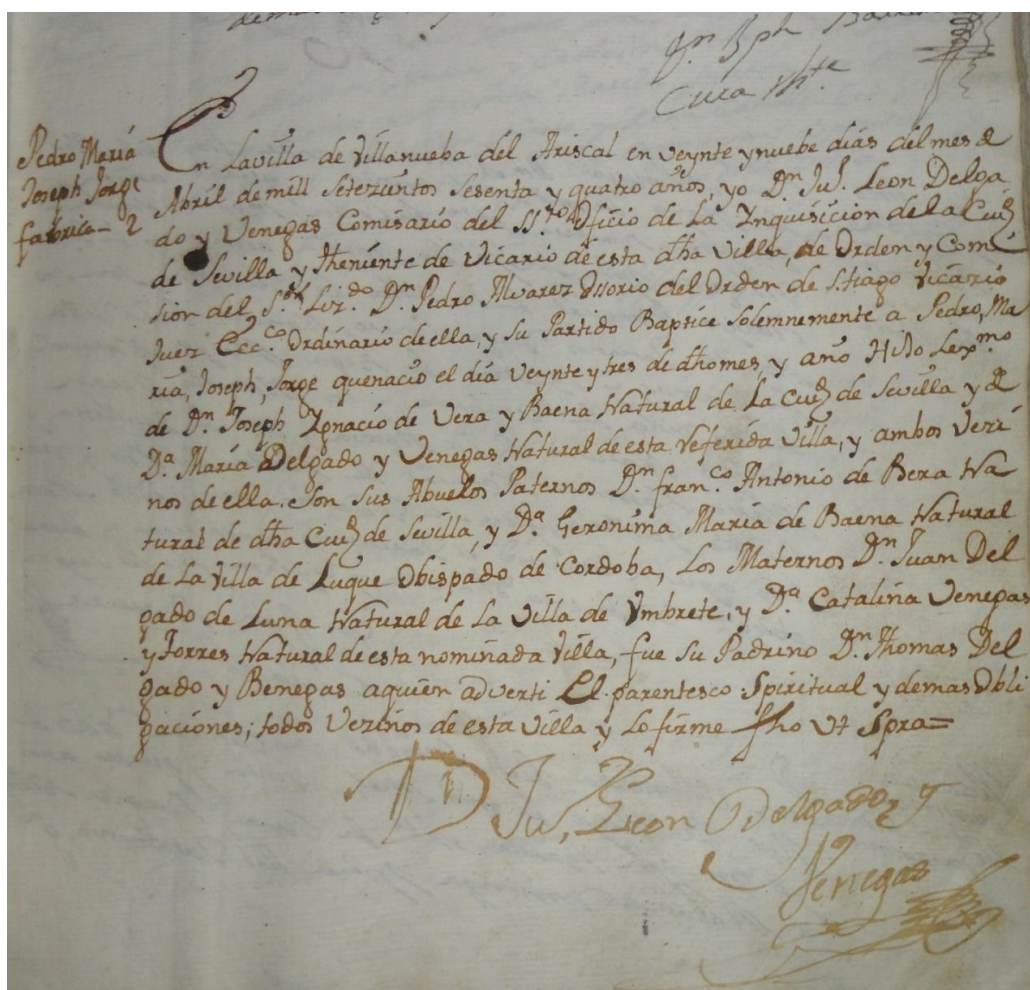
Queda à los p. de V. Ex.<sup>ta</sup>

Manantigo affmo Manuel Arias Gon.<sup>do</sup>

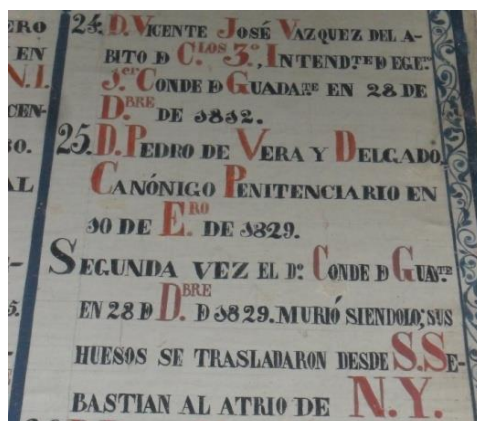
año de 1818.

de Gamarra 

Curiosa octava compuesta por un tal Manuel Arias González de Gamarra en honor de Vera con motivo de su santo, año 1818. Fuente: ADC, *Episcopologio*, Obispo Vera, leg. 1.



Partida de bautismo del Dr. D. Pedro de Vera y Delgado, hermano de Juan Acisclo, y canónigo penitenciario del cabildo hispalense. Poseyó una importante ganadería de toros, que llegó a lidiar en la Real Maestranza, así como diferentes tierras de labor. Durante la vacante del arzobispo Mon llegaría a gobernar la diócesis como provisor y vicario capitular. APVA, *Libros Sacramentales*, Bautismos, núm. 4, fol. 22. La partida va firmada por su propio tío, el tesorero Juan Delgado y Venegas.



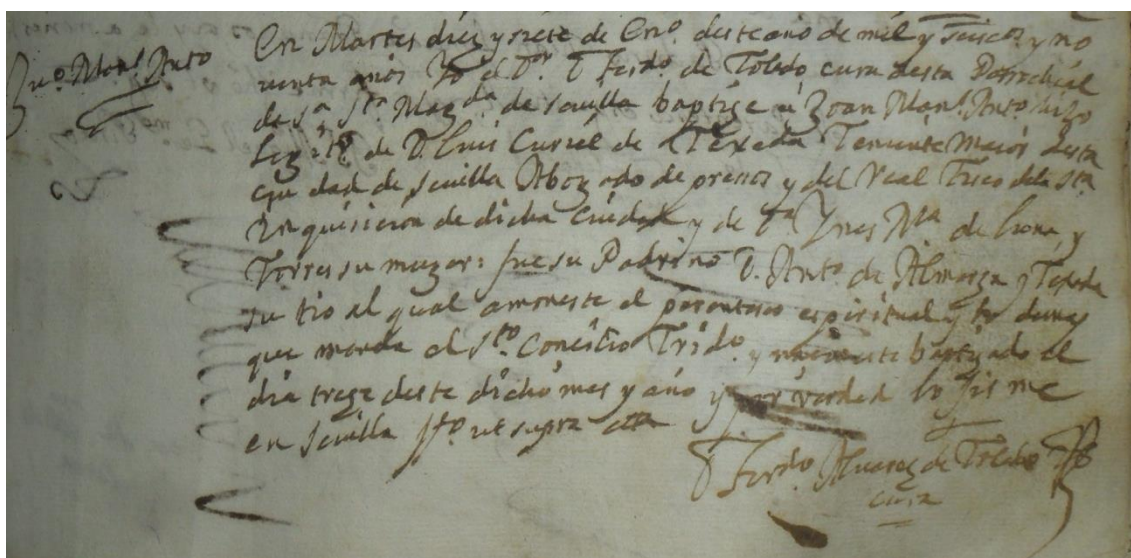
Detalle de una tabla situada en el Cabildo Alto del Hospital de la Santa Caridad en la que se enumeran los hermanos mayores de aquella benéfica institución, entre los que se encuentra don Pedro de Vera y Delgado sucesor número 25 del venerable Miguel de Mañara. Su mandato se extendió desde el 10 de enero al 28 de diciembre de 1829, sucediendo y antecediendo al conde de Guadalete, hermano mayor desde 1812 e importante benefactor de aquella.







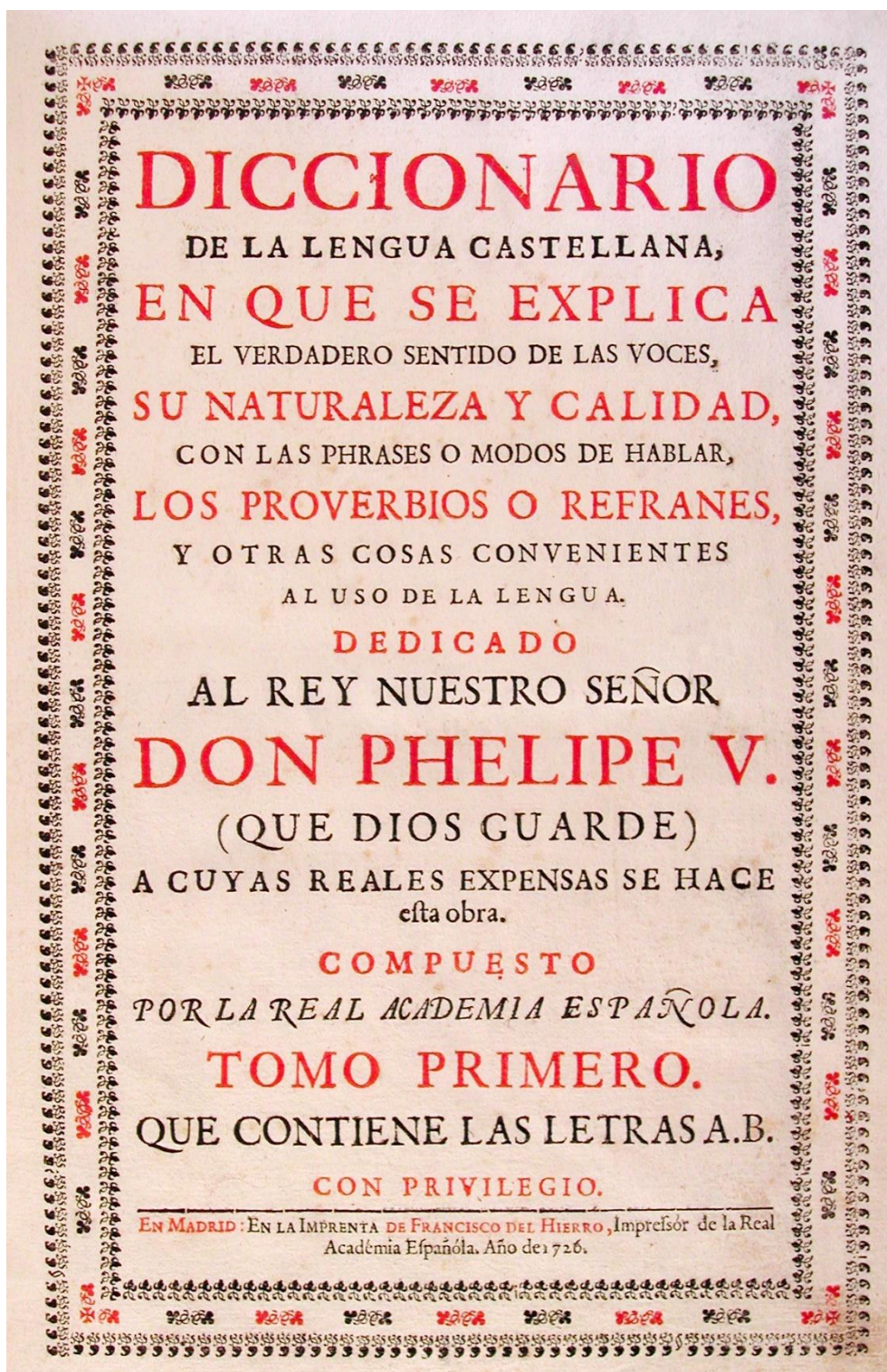




Partida de bautismo de don Juan Curiel y Luna, consejero de Castilla y de la Suprema Inquisición, juez de Imprentas Reales durante los reinados de Fernando VI y Carlos III, uno de los más destacados representantes de la facción reformista tradicional, claramente anti-enciclopedista. Fuente: Archivo Parroquial de La Magdalena, Sevilla, *Matrimonios*, libro 25, fol. 54. Fotografía tomada por el autor.

Transcripción:

“Juan Man.<sup>l</sup> Ant.<sup>o</sup> En Martes diez y siete de En.<sup>o</sup> deste año de mil y seisc.<sup>as</sup> y noventa años Yo el D.<sup>or</sup> D. Fer.<sup>do</sup> de Toledo, cura desta Parrochial de S.<sup>a</sup> S.<sup>ta</sup> Mag.<sup>da</sup> de Sevilla baptise á Juan Man.<sup>l</sup> Ant.<sup>o</sup> hijo legit.<sup>o</sup> de D. Luis Curiel de Texada Teniente maior desta ciudad de Sevilla Abogado de pressos y del Real Fisco de la S.<sup>ta</sup> Inquisicion de dicha ciudad y de D.<sup>a</sup> Ynes M.<sup>a</sup> de Luna y Torres su muger: fue su Padrino D. Ant.<sup>o</sup> de Almarza y Texada su tio al qual amoneste el parentesco espiritual y las demas que manda el S.<sup>to</sup> Conçilio Trid.<sup>o</sup> y nacio este baptizado el día treze deste dicho mes y año y por verdad lo firme en Sevilla ff.<sup>o</sup> ut supra # D. Fer.<sup>do</sup> Alvarez de Toledo, cura”.



Portada del primer tomo del conocido como *Diccionario de Autoridades*, llamado así por contener citas de autores que justificaban las definiciones expuestas en cada artículo o voz. Elaborado por la Real Academia Española de la Lengua entre 1726 y 1739, constituye su primer repertorio lexicográfico, siguiendo la mejor tradición española iniciada por Nebrija, o en la centuria anterior por el *Tesoro de la Lengua castellana* de Sebastián de Covarrubias, 1661. En 1717 les sería encargada su revisión tanto a don Luis Curiel como a su hijo Juan Antonio, ambos académicos fundadores de la corporación recientemente constituida.



Nov.<sup>te</sup> de 1776 106

Por D.<sup>o</sup> Juan Curiel, Cavallero del Orden de Calatrava del  
 R.<sup>o</sup> y Supremo Consejo de Castilla, Panes de esta V.<sup>ta</sup>  
 Calle de la Sarten, Casar del Duque del Parque. Otorgò su  
 Testam.<sup>to</sup> y un Cobdizilo, el primero en quatro de Abril de  
 mil veter.<sup>os</sup> veventa y nueve; y el segundo, à onze de Julio  
 del proximo pasado de mil veter.<sup>os</sup> veventa y quatro, ambos  
 ante Mathias Culcbrav y Azero Scr.<sup>os</sup> P.<sup>os</sup> y de Probir  
 zia, en los quales mandava rezebrer por su Alma mil  
 y quatrocientas chivas xeradas, vu Limovna, à quatro  
 Nombrando por Testamentarios, al Sr. Conde de S.<sup>o</sup> Raphaël  
 vu Hijo (ya difunto) al Sr. D.<sup>o</sup> Epifanio Curiel, Señor de la  
 Villa de Zurita, vu Nieto, à los S.<sup>os</sup> Condes de la Villa de S.<sup>o</sup>  
 Ana, Marqués de la Ribera, Marqués de S.<sup>o</sup> Amicò vu Her  
 mano, y Sobrinos, à los S.<sup>os</sup> Marqués de Pefas, D.<sup>o</sup> Andres  
 de Maxabex y Texa (ya difunto) al Sr. D.<sup>o</sup> Rodrigo de la Co  
 rre Marin, del Consejo de S.<sup>o</sup> M. en el Supremo de Castilla, y  
 D.<sup>o</sup> Alonso Gonzalez Valparayro. Y por Heredero y instituyó  
 al referido Sr. D.<sup>o</sup> Juan Curiel y Alamor, Conde de S.<sup>o</sup> Raphaël,  
 vu Hijo leg.<sup>o</sup> y por vu fallecim.<sup>to</sup> al mencionado Sr. D.<sup>o</sup> Epifa  
 nio Maria Curiel, Conde de S.<sup>o</sup> mismo Título, y S.<sup>o</sup> de Zurita  
 vu Nieto. Rezibio los S.<sup>os</sup> Sacram.<sup>tos</sup> murio en veinte y nue  
 ve de Nov.<sup>te</sup> de mil veter.<sup>os</sup> veventa y cinco. Enterrado en  
 S.<sup>o</sup> Martin, en la Capilla del S.<sup>o</sup> Cristo de los Milagros  
 de secreto con Siremia del Sr. Vicario —

Partida original de defunción del consejero de Castilla e Inquisición don Juan Antonio Curiel, representante del ala más tradicional del reformismo borbónico. Fue enterrado “en secreto” en la capilla del Cristo de los Milagros de la desaparecida iglesia de San Martín de Madrid, siendo asentado el fallecimiento en el Libro 22 al folio 106.

justas providencias ; siendo Juez Superintendente General de Imprentas el Señor Don Juan Curiel , en 22. de Noviembre de 1752. proveyò un Auto , recopilando en el todo lo perteneciente à Impresores, y Libreros, y quanto deben observar , y guardar en la impresion de Libros , y Papeles, en la venta , y despacho de ellos en estos Reynos, con las penas impuestas por Leyes à los transgresores , lo que mandò notificar à los Impresores, y Tratantes de Libros en todo el Reyno ; cuya providencia , aunque por entonces tuvo diferentes contradicciones, ultimamente à Consulta del Consejo pleno, se sirvió S. M. aprobar el referido Auto , y los Capítulos que comprehendia , con las notas , y declaraciones , que sobre ellos hizo presentes el Consejo, como consta de Certificacion , que diò Don Joseph Antonio de Yarza, Escribano de Camara , y de Gobierno, en 12. de Agosto de 1754, con insercion à la letra del citado Auto , ù Ordenanza , reducida à los diez y nueve Capítulos siguientes.

I. Que ningun Impresor pueda imprimir Libro, Memorial, ù otro algun Papel suelto, de qualquier calidad, y tamaño , aunque sea de pocos renglones, sin que le conste , y tenga licencia del Consejo para ello, ò del Señor Juez privativo , y Superintendente General de Imprentas, pena de dos mil ducados, y seis años de destierro.

II. Que sin embargo de la referida licencia, no pasen à la impresion , ò reimpression, sin que se les entregue el original, que en el Consejo se huviere presentado, visto , y examinado, y sin que por su Escribano de Camara , y de Gobierno se hallen rubricadas cada plana , y hoja de la Obra , y à el fin de ella exprese el referido Escribano el numero, y cuenta de las hojas, y lo haya firmado de su nombre, y rubricado, y señalado las enmiendas, que en el original huviere, salvandolas al fin, arreglándose el Impresor al dicho original asi corregido, sin exceder en cosa alguna ; y egecutada la impresion, sea obligado el que imprimiere , à traer al Consejo el original que se le diò , con

X

uno,

Texto íntegro del Reglamento de Imprentas presentado al Consejo por Juan Curiel el 22 de noviembre de 1752 (19 artículos). El texto causó un importante rechazo en los impresores y tratantes de libros, principalmente extranjeros, que presionaron para retirarlo. Finalmente el reglamento salió adelante pero con diferentes enmiendas, siendo aprobado en 12 de agosto de 1754. Fuente: *Colección de memorias y noticias del bobierno general y político del Consejo: lo que observa en el despacho de los negocios que le competen: los que corresponden a cada una de sus salas, regalías, preeminencias, y autoridad de este supremo tribunal, y las pertenecientes a la sala de señores alcaides de Casa y Corte*, por Antonio Martínez de Salazar, Madrid, Oficina de Antonio Sanz, impresor del rey y del Consejo, 1764, págs. 241-247.

uno, ò dos volúmenes de los impresos, para que se vea si están conformes con el original; y lo mismo se entienda con los Libros, que impresos una vez, ò mas con dichas licencias, se bolvieren à reimprimir, lo que no pueda hacerse (aun durando el tiempo del Privilegio, si le huviese) sin nueva licencia, y sin que el Libro de donde se huviere de hacer, sea visto, rubricado, y señalado, en la manera, y forma, que dicha es en las Obras, y Libros nuevos, so pena al que imprimiere, diere à imprimir, ò vendiere Libro, ò Papel impreso, ò reimpresso en otra manera, de perdimiento de bienes, y destierro perpetuo de estos Reynos.

III. Que las Impresiones, ò Reimpresiones, que se hiciesen con licencia del Consejo, ò por los que tuvieren Privilegio para ello, no se puedan repartir, ni vender, ni entregarlas el Impresor hasta que se tasen por el Consejo, y se corrijan por el Corrector General, à cuyo fin solo entregará à la Parte uno, ò dos egemplares con el original, para efecto de dicha correccion, y tasa; y hasta que estén evacuadas estas diligencias, y se haya dado la licencia para su venta, retendrá en sí el Impresor toda la Obra, so las penas contenidas en las Leyes.

IV. Que en el principio de cada Libro, que así se imprimiere, ò reimprimiere, se ponga la Licencia, Tasa, y Privilegio, (si le huviere) y el nombre del Autor, y del Impresor, y Lugar donde se imprimió, ò reimprimió, con fecha, y data verdadera del tiempo de la impresion, sin mudarla, ni anticiparla, ni suponer nombres, ni hacer otros fraudes, ni usar de trazas, ni cautelas contra lo contenido en este Capitulo, bajo de la misma pena de perdimiento de bienes, y destierro perpetuo de estos Reynos, y demás contenidas en las Leyes. Y el Librero, Mercader de Libros, ò Enquadrador, que divulgare, vendiere, ò encuadernare Libro, ò Papel impreso en otra forma, que la prevenida, incurra en pena de cincuenta mil maravedis por la primera vez, y destierro de estos Reynos por dos años; y por la segunda

sc

se duplique esta pena ; y por la tercera pierda , y se le confiscuen todos sus bienes , y el destierro sea perpetuo.

V. Que si los Libros , ò Papeles , que se imprimieren , ò reimprimieren sin la referida licencia , fuesen de materia de Doctrina , de Sagrada Escritura , y de cosas concernientes à la Religion de nuestra Santa Fè Catholica , se entienda la pena de muerte , y perdimiento de bienes , y que los tales Libros , y Obras sean publicamente quemadas ; y en la misma pena incurra el que imprimiere , ò reimprimiere , vendiere , ò tuviere en su poder , ò entrase en estos Reynos Libro , ò Obra impresa , ò por imprimir , de las que estàn vedadas , y prohibidas por el Santo Oficio de la Inquisicion , en qualquier Lengua , y de qualquier calidad , y materia , que el tal Libro , ò Obra sea.

VI. Que sin embargo de que antes se podian imprimir sin licencia del Consejo las Informaciones en Derecho , Manifestos , y Defensas legales , estando firmadas por los Abogados ; de aqui adelante , arreglado al ultimo Decreto de S. M. de 12. de Diciembre de 1749 , ningun Impresor pueda imprimir dichos Papeles en Derecho , Manifestos , ò Defensas legales , ni otros semejantes , sin que presentado antes el original al Consejo , ò Tribunal en que estè pendiente el negocio de que trata , y examinado por èl , se conceda à su continuacion la licencia necesaria para imprimirle , de la que se ha de dar Certificacion à la Parte para entregarla al Impresor , pena de doscientos ducados , y privacion perpetua de Oficio à los Impresores , que egecutaren la impresion de los referidos Papeles , por pequeños que sean , sin que antes les hayan entregado la Certificacion con la licencia arriba expresada ; y en la misma multa incurra el Autor , y demàs Personas , que soliciten la impresion , y concurren à formar los Papeles , para cuya justificacion será bastante la prueba privilegiada.

VII. Que los Impresores no tengan Prensas ocultas,  
X 2 ni

ni embarazen en sus casas la entrada al Corrector, para su reconocimiento, y registro.

VIII. Que en las fees de Tasas, que deben poner al principio de los Libros, no solo expresen (como hasta aqui lo han egecutado) el precio de cada pliego, sino el monto, y precio à que se ha de vender el Libro, arreglandose à la Certificacion del Escribano de Camara, à cuya tasa se arreglen los que vendieren.

IX. Que no puedan imprimir Bulas, Gracias, Perdones, Indulgencias, ni Jubileos, sin que preceda la forma dada en la Ley doce, titulo diez del libro primero de la Recopilacion.

X. Que en las reimpresiones que se hagan de Cartillas para enseñar Niños, Flos Sanctorum, Constituciones Sinodales, Artes de Gramatica, Vocabularios, y otros Libros de Latinidad, no siendo Obras nuevas, sino de las que otra vez están impresas en estos Reynos, aunque se puedan reimprimir sin presentarse en el Consejo, ni preceder su licencia; sin embargo no se reimpriman sin la de los Prelados, y Ordinarios en sus Distritos, y Diocesis; y las licencias, que asi se diesen, se pongan en los principios de cada Libro, so pena de perdimiento de bienes, y destierro perpetuo del Reyno al que de otra manera lo hiciere, ò imprimiere, ò vendiere.

XI. Que lo mismo egecuten los Impresores con las licencias que diese el Señor Inquisidor General, y los del Consejo de la Santa, y General Inquisicion, por lo perteneciente à las cosas tocantes al Santo Oficio, y las que diere el Señor Comisario General de la Santa Cruzada por lo tocante à Bulas, y demás cosas pertenecientes à aquel Consejo, poniendolas al principio del Libro.

XII. Que todas las impresiones de Libros, Gacetas, y qualesquiera otras, se hagan en papel fino, semejante al de las Fabricas de Capelladas, y de ningun modo en papel ordinario, que comunmente se llama de Imprenta, bajo de la

pe-

pena de perdimiento de las Obras, y de cinquenta ducados à los que contravinieren por la primera vez, y de otras mas graves à esta proporcion por las reincidencias.

XIII. Que asimismo ningun Librero, ò Tratante de Libros, ni otra alguna persona, pueda vender, ò meter en estos Reynos Libros, ni Obras compuestas por los Naturales de estos Reynos, impresos fuera de ellos, sin especial licencia de S. M. so pena de muerte, y de perdimiento de bienes.

XIV. Que dichos-Tratantes, y Libreros, asi Naturales de estos Reynos, como Estrangeros, no puedan vender los Libros impresos, que trageren, ò metieren en ellos, sin que primero sean tasados por el Consejo, para lo qual embien à èl uno de dichos Libros, so pena de cien mil maravedis, y de haver perdido los Libros que metieren, y vendieren, sin preceder la dicha tasa.

XV. Que tampoco puedan vender Libros escritos por Estrangeros de primera impresion, y por Naturales de segunda fuera del Reyno, sin preceder las diligencias prevenidas por las Leyes cerca de esto, bajo de la misma pena.

XVI. Que ningun Impresor, Librero, ò Tratante en Libros, natural, ò estrangero de estos Reynos, se escuse, ni ponga embarazo, ni dilacion, en que sus casas sean visitadas por el Superintendente de Imprentas, ò sus Subdelegados, con pretexto de Privilegio de fuero, por no deberse entender, ni valerles en lo tocante à sus Oficios.

XVII. Que los Libreros de esta Corte, y Tratantes en Libros, no puedan comprar por junto para revender Libreria alguna, de qualquiera facultad, que haya quedado por fallecimiento de la Persona que la tenia, hasta pasados cinquenta dias de su muerte, pena de doscientos ducados.

XVIII. Que no se puedan reimprimir, ni meter, ni vender en estos Reynos Misales, Diurnos, Pontificales, Manuales, Breviarios en Latin, ni en Romance, ni otro algun Libro de Coro, impresos fuera de estos Reynos, aunque lo estèn en el de Navarra, sin que primero se traygan al Consejo, y



246 *Del Señor Ministro Superintendente*

se examinen por las Personas à quien dicho Consejo lo cometiere, y se les dè licencia firmada de el Real nombre de S. M. para que en ellos no pueda haver ningun vicio contra lo ordenado por su Santidad : Y si los Impresores, Libreros, ù otras qualesquier Personas, de qualesquier calidad que sean, contravinieren à ello, incurran en pena de perdimiento de bienes, y destierro perpetuo del Reyno ; y las Justicias Ordinarias, donde no huviere Subdelegados de Imprentas, embarguen los tales Libros, y no consientan venderlos, ni usar de ellos, y procedan contra los que lo contrario hicieren, so pena de privacion perpetua de sus Oficios, y de cinquenta mil maravedis por cada vez ; y so la dicha pena las Justicias embien relacion al Consejo, ò al Superintendente de Imprentas dentro de veinte dias, de los Libros que asi hallaren.

XIX. Que todos los referidos Capítulos se entiendan, no solo con los Reynos de la Corona de Castilla, sino igualmente con los de la de Aragon, à excepcion de que en estos la correccion de los Libros se ha de hacer por las Personas, que à este fin nombraren las Audiencias respectivamente ; con cuya relacion jurada de los pliegos, y expresion de las erratas, las ha de pasar à Papel sellado el Corrector General de esta Corte, y en su Certificacion se darà la de la tasa por la Escribania de Gobierno de dichos Reynos.

Los Mercaderes de Libros se agraviaron de este Auto, è hicieron Recurso ; y visto en el Consejo, con lo que expusieron los Señores Fiscales, se acordò hacerlo presente à S. M. para que se sirviese aprobar el citado Auto, y sus Capítulos, con que en la disposicion del primero se entendiesen exceptuadas las Esquelas para combites, y otros semejantes : Que en el quinto se añadiese, por via de declaracion, que la pena en èl contenida, solo debia tener lugar en el caso de que los Impresores, Libreros, ò Tratantes en Libros, con depravada intencion, y como Factores, y auxiliares de los Hereges, imprimiesen, entrasen, ò vendiesen

sen

sen en estos Reynos los referidos Libros, ò Papeles; pero que no justificada esta malicia, se entendiese la pena de seis años de Presidio, y doscientos ducados de multa à los Contraventores.

Que al septimo Capitulo se le añadiese: excepto si manifestase orden Superior, para impedir en sus casas la entrada del Corrector al reconocimiento, y registro.

Que en el Capitulo trece se explique, que los Libros, y Obras de que trata, se entienden de Romance, y que la pena de muerte que impone la Ley, se conmute en quatro años de Presidio, y se aumente conforme la contumacia.

Que en lo respectivo à la disposicion del Capitulo catorce, siendo de su Real agrado, se sirviese S. M. mandar, que por aora se suspendiese la practica de la Ley, que prevenia su contexto, quedando en su fuerza, y vigor para el caso en que reconociendose exceso, y abuso en los precios de los Libros, tuviese el Consejo por conveniente la practica de la referida Ley, y que el Juez de Imprentas zelase en su asunto, dando cuenta al Consejo para ponerlo en la Real noticia de S. M.

Que el Capitulo diez y seis se entendiese con excepcion de los casos, en que los Impresores manifestasen orden Superior para embarazar las visitas de que trata.

Que en el Capitulo diez y nueve se entendiese su disposicion conforme al Auto acordado, que trata en su asunto; y habiendo pasado todo à las Reales manos de S. M. aprobò el Auto del Señor Juez de Imprentas, y los Capítulos que comprehende, con las notas, y declaraciones, que sobre ellos hacia presentes el Consejo.

En observancia de lo que se halla dispuesto por las Leyes del Reyno, Autos acordados, Reales Resoluciones de S. M. y Providencias del Consejo, el Señor Juez Superintendente General de Imprentas procede contra los Impresores, que imprimen Libros, Memoriales, ò otro algun Papel suelto, de qualquier calidad, y tamaño, aunque sea de po-

co,

## XII

### FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

## Fuentes primarias consultadas:

### **ABC de Sevilla**

18 de agosto de 1987.

### **ACADEMIA DE LA HISTORIA, Real (RAH)**

Archivo de Isabel II, *Correspondencia*, signatura: 9/6939.

Biblioteca: 9-9-6-1510.

Biblioteca Digital, *Manuscritos*: 9/3549, piezas 12-13, 15, 18-21.

Colección Pellicer, *Manuscritos*: tomo IV, fols. 192-203; y VIII, fols. 371-396.

*Manuscritos*: 9/1510.

### **ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA, Archivo de la Real Academia (ARAE)**

Archivo de la Real Academia, Fondo de la Real Academia, *Libros de Actas*: núm. 1 (1713-1721).

### **ACIALCÁZAR, Archivo de los Marqueses de**

Sección *Las Palmas de Gran Canaria*, “Obispado”: legajo 4.

### **ARCHIVO GENERAL DE ANDALUCÍA (AGA)**

Archivos y Colecciones Depositadas, *Condado de San Rafael y Villaoquina*: legs. 121, 122, 123, 124, y 126.

Fondo Histórico de la Real Audiencia de Sevilla, *Pleitos*: leg. 29.331/1 (Ant. 266).

### **ARCHIVO GENERAL DE PALACIO (AGP), Madrid**

*Administrativa*: leg. 1.133.

*Carlos III*: legs. 237 (I y II), y 247.

*Real Capilla*: leg. 6.804; Parroquia de Palacio, *Libros Sacramentales*: Bautismos, libro núm. 2; y Matrimonios, año 1816; Parroquia Castrense del Buen Suceso, *Libros Sacramentales*, Defunciones, núm. 81.

*Varios*, *Cedulares*: leg. 26.

### **ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN), Madrid**

*Consejo de Castilla*: Imprentas y sus agregados, leg. 11.275; e Inventario de Abogados de los RR.CC., leg. 12.149.

*Consejos* (Cámara de Castilla y Real Patronato): legs. 7.090, 7.097, 15.360, 15.374, 15.389, 15.392, 15.478, 15.506, 15.755-15.763, 16.202-16.235, 16.898, 16.924-16.926. Libros de Iglesia núms. 97, 113, y 115. Libros de Plazas, núm. 734-737.

*Diversos-Títulos*: leg. 59, exp. 13.

*Estado*, Órdenes Civiles, Carlos III: expedientes núms. 51, 65, 77, 117, 1.729 y 2.099; Isabel la Católica, leg. 6.318, exp. 16.

*Ibid*. Papeles de la Junta Central: legs. 1-A (docs. 1-13, y 58-59), 1-G (docs. 57-59), 2 (docs. 3.116 y 5.774), 2-B, 8 (docs. 174 y 179), 9-K, 10-C (doc. 5), 12 (docs. 65 y 76), 13-B (doc. 14), 14-A, 17-A, 27-D (doc. 255), 28 (doc. 27), 70 (doc. 166), 70-H, 84-A, 84-B, 855 (docs. 5-6), 3.116, 3.566 (doc. 6), y 5.774.

*Ibid*, leg. 3185/2.

*Inquisición*: legs. 1.559, y 3.697.

*Nobleza*, Fondo Ducado de Baena: legs. 67D, y 84D-85D.

*Órdenes Militares*, Santiago: expedientes 2.300-2.301; y Calatrava: 20, 703-704.

*Universidades*, Universidad de Alcalá: libros núms. 29, 32, 37, 70, 400, 408, 410, 506, 516, 532-533, 537, 711, 1.078, 1.084, 1.141, y 1.233; y Colegio de San Antonio de Portacoeli de Sigüenza: libro 1.269.

#### **ARCHIVO PERSONAL DE DON FERNANDO DE ARTACHO Y PÉREZ-BLÁZQUEZ:**

*Impresos sueltos*: doc. sin numerar.

#### **ARZOBISPADO DE SEVILLA, Archivo General del (AGAS)**

##### Fondo Arzobispal. Secciones:

0, *Instrumentos de Descripción*, Índice de Capellanías: leg. 5; y Registros de Órdenes Sagradas: libros 11, 14, 20, 25, 31, 38 y 39.

I, *Vicaría General*, Matrimonios Ordinarios: leg. 552.

II, *Gobierno*, Asuntos Despachados: legs. 42,105-107, 122-131, y 134-145; Capellanías: leg. 2.049; y Visitas Pastorales: legs. 1399 y 1524.

IV, *Administración General*, Espolios y Vacantes: legs. 901-903, 15.587 y 15.761; y Mesa Arzobispal: libros 815, 847-856, 883, 1.008, 1.060-F, 1013-A.

VIII, *Varios*, Cedularios: libro 26.

##### Fondo Catedral. Secciones:

I, *Secretaría*, Serie Correspondencia: legs. 403-404; Estatutos y Constituciones: leg. 07429; Libros de Autos Capitulares (LAC) “Pleno”: núms. 135, 139-146, 148-149, 161, 164-178, y 180; “In Sacris”: 203, 276, 282-284; y “Sede Vacante”, núms. 309, y 311; Libros de Entrada de Prebendados: núms. 384-385; y Limpieza de Sangre, Expedientes: F-95, F-114, J-149, J-158, J-167, J-159, P-57/58, y P-67.

II, *Mesa Capitular*, Libros de Mayordomía del Cabildo: núms. 25 y 36.

III, *Liturgia*, Libros Diarios de la Diputación de Ceremonias: núms. 86-87.

IV, *Fábrica*, Inventarios: legs. 402, 05130-05131, y 06944 A y B.

VIII, *Varios*, Reales Órdenes: libros 26, 28-30.

IX, *Fondo Histórico General*: legs. 57, 117, 209 (pieza 5), 11.265 (27), 11.271 (24), 11.286 (22), 11.296-B (21-22).

Biblioteca Arzobispal: *Impresos*, 9/155 y 9/156; y *Manuscritos*, 20/211.

Biblioteca Capitular y Colombina (BCC): signaturas 2-3-1 (doc. 95); 28-8-36 (14); 28-8-36 (15); 53-9-20, 53-9-21; 52-9-22; 52-9-23; 57-1-19; 63-3-34, y 64-7-127.

Fondo Capilla Musical Catedralicia, signaturas: 30-1-2 (docs. 643-650); 30-1-1 (docs. 651-658); y 91-10-1.

Fondo Hermandad de las Doncellas, *Recepción de Hermanos y Libros de Actas*: cajas 17, 62, y 104.

Fondo Parroquial del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral, *Libros Sacramentales*, Defunciones: núms. 26-30.

#### **BIBLIOTECA DE CASTILLA-LA MANCHA (BC-LM)**

Fondo Lorenzana-Borbón, *Papeles Varios*, Caja 2.

#### **BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA (BULLA), Tenerife**

*Papeles Varios*, signaturas: 82-2-21; 99 (17), y (18).

#### **BIBLIOTECA MUNICIPAL DE BOLONIA, Italia**

*Estampas*: Caja 19, Doc. 1.

#### **BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA (BNE)**

Biblioteca Digital Hispánica, *Impresos*: R/60015 (1); y *Manuscritos*, Papeles Varios (1701-1800): Mss/17871.

*Estampas*: núm. 537.

*Impresos*, firmas: M/762; y R-62715.

*Inventario General de Manuscritos*, II: núm. 722,3.

#### **BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA, (BUBAR)**

*Archivo Universidad de Cervera*: Caja 130, doc. 1.173, 3.

#### **BUENAS LETRAS, Real Academia Sevillana de (RASBL)**

*Libros de Actas*: núm. 2 (1751-1790).

#### **CAPUCHINOS, Archivo del Convento de, Sevilla** (en proceso de reorganización y catalogación)

Libros (impresos y manuscritos): núms. 369, 516, 673, 717-718, 723, 730-731, 737-738, 740, 752, 755, 761, 923, 938, 1.069.

Cajas: 19, 78, 135, 542, 566, y 752.

#### **CARRETERÍA, La, Archivo de la Hermandad de (AHC), Sevilla**

*Secretaría*, Actas de Cabildo, años 1733-1780: caja 4; y 1780-1790: caja 5. Registros de Entrada de Hermanos (1616-1790): caja 15; Limosnas: caja 17; Inventarios de Alhajas, Papeles, Libros y Bulas: caja 38.

*Varios*: S. XVIII: caja 14; y Diversos, "Fondo Cuéllar": leg. 51.

#### **CATEDRALICIO DE CÁDIZ, Archivo (ACC)**

*Secretaría*, Autos Capitulares del Cabildo: libros núms. 27, 29, 33, 45-50; Documentos Varios: legs. 33-34 (1815-1818); y Oposiciones (siglo XVIII): leg. 68.

Fondo Parroquial de Santa Cruz (Catedral Vieja), *Libros Sacramentales*, Bautismos: núm. 30; y Defunciones: núms. 16, y 26.

#### **CATEDRALICIO DE CÓRDOBA, Archivo (ACCOR)**

Sección I, *Libros de Autos Capitulares*: núms. 77 (1744), y 86 (1776).

Sección IV, *Secretaría*, Expedientes de Limpieza de Sangre: leg. 5.054, núm. 445; Mesa Capitular: doc. 2147; y Provisión de Magistralías, leg. s/n. (3/3).

#### **CATEDRALICIO DE SIGÜENZA-GUADALAJARA, Archivo (ACSG)**

Sección *Libros-Documentos*, Actas Capitulares, libros 88, 93-98, 100-101.

Sección *Legajos*, Personal, Limpieza de Sangre, año 1773.

#### **CONGRESO DE LOS DIPUTADOS, Archivo del (ACONDIP), Madrid**

*Diarios de Sesiones de las Cortes*, años de 1810 a 1813. Consulta disponible en red en: [www.congreso.es/serviciosdocumentales/diariodesesiones](http://www.congreso.es/serviciosdocumentales/diariodesesiones).

Serie General: leg. 11.

#### **CHANCILLERÍA DE GRANADA, Archivo de la Real (ARCHGR)**

*Sala de los Hijosdalgo*: Cajas 04631, pieza 007; 04676, piezas 271, 351, 364, 367, 383, 387, 388, 395; 04678, pieza 439; 04686, pieza 159; 04850, piezas 027, 077, y 134; 04854, pieza 030; 14.431, piezas 004-005, 038, 049, 061, 069, 071, y 072; y 14.432, pieza 012.

#### **CHANCILLERÍA DE VALLADOLID, Archivo de la Real (ARCHVA)**

*Sala de los Hijosdalgo*: Caja 376, pieza 4.

**DIOCESANO DE CÁDIZ, Archivo (ADC)**

*Colección Doceañista*: leg. 1-2.

*Episcopologio*, Obispo Vera y Delgado: leg. 1.

*Secretaría de Cámara*, Despachos: legs. 961-967, y 981; Reales Órdenes: legs. 20, 25-28; Registro de Títulos y Nombramientos: Año 1739; y Visitas Pastorales: legs. 806-808 (años 1803-1823).

Varios: Espolios y Vacantes: leg. 871 (Ver ahora en *Episcopologio*, Vera, 1); y 2.304.

**DIOCESANO DE CEUTA, Archivo (ADCE)**

*Secretaría de Cámara*, Despachos: leg. 602.

Varios: Año 1810.

**DIOCESANO DE MADRID, Archivo (ADM)**

Fondo Parroquial de San Martín (Madrid), *Libros Sacramentales*, Defunciones: libro 22.

**DIOCESANO DEL OBISPADO DE CANARIAS, Archivo Histórico (AHDIC), Gran Canaria**

VII, *Capitular*: Autos Capitulares, libros años 1762-1769; Libros de Cuentas de Fábrica (1769-1813); Secretaría, leg. 73.

IX, *De Statu Dioecesis*: Archivo Secreto: leg. 51; Pontificados, Obispo Delgado y Venegas, s/n; Varios: leg. 19.

**DIOCESANO DE SIGÜENZA-GUADALAJARA, Archivo (ADSG)**

Manuscrito original del obispo Mingüella para su episcopologio seguntino: Caja-Archivador sobre Obispos de Sigüenza, siglos XVIII-XIX, leg. 7 (Noticias históricas de D. Andrés Román de la Pastora).

**DIOCESANO DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO, Archivo General (AGDAT)**

*Pontificados*, “Borbón-Sevilla”, Correspondencia del arzobispo de Laodicea con Rafael Antón, Sebastián de Gorbea y Nicasio Tomás, secretarios del cardenal Borbón: legs. 25, 27, 28-30, 34, 83, y s/n.

**GACETA DE MADRID**, años: 1716-1717, 1724, 1774, 1781, 1787, 1800-1801, 1814-1816, 1819, 1821, 1837, y 1865.

**GAZETA MINISTERIAL DE SEVILLA**, año 1808.

**GAZETA DEL GOBIERNO**, año 1809.

**JUSTICIA, Archivo General del Ministerio de (AGMJ), Madrid**

*Armario Reservado*: leg. 00013, expedientes 2.347 y 2.352.

*Títulos Nobiliarios*, Condado de San Rafael: leg. 93, expediente 824.

**MAGDALENA, Archivo Parroquial de Santa María, Sevilla (APSMM)**

*Libros Sacramentales*, Bautismos: libros 25-26.

**MUNICIPAL DE MADRID, Museo (MMM)**

Sección *Estampas Españolas*: núm. 96.

**MUNICIPAL DE MURCIA, Archivo (AMMUR)**

*Impresos*, Siglo XVIII: 10-B-1 (2).

#### **MUNICIPAL DE SEVILLA, Archivo (AMS)**

Secciones:

II, *Libros de Contaduría y Junta de Propios* (S. XVI-XIX): carpeta 77, núms. 155 y 164.

IV, *Libros de Escribanía de Cabildo* (S. XVII): tomo 91, núm. 34 (1689-1693).

V, *Libros de Escribanía de Cabildo* (Siglo XVIII): tomos 249, expediente 58; y 307 y 311, núms. 74-75.

VI, *Libros de Escribanía de Cabildo* (Siglo XIX): tomo 92.

VII, *Libros de Escribanía del Cabildo* (Siglo XIX-Invasión francesa): año 1812.

X, *Actas Capitulares*: libros de los años 1687, 1689, 1693, 1701, 1704, 1720, 1722, 1740, 1808-1812.

XI, *Especial* o del Conde del Águila: tomos 6, pieza 92; y 62, piezas 66, 70, 71.

XIV, Crónica de Félix González de León: *Diario de las ocurrencias públicas y sucesos históricos y curiosos ordinarios y extraordinarios, así eclesiásticos, religiosos y sagrados, como seculares, políticos y profanos, acaecidos en esta ciudad de Sevilla en todos y cada uno de los días de 1800, en que da comienzo, y se prolonga hasta 1847*, tomos IV (1800-1808), V (1809-1810), VI (1811-1812).

#### **NEGRITOS, Archivo de la Hermandad de los (AHLN), Sevilla**

Sección I, *Secretaría*: Libros de Acuerdos, núm. 2; y Libro en que se asienta los hermanos, núm. 4.

#### **PROTOCOLOS NOTARIALES DE CÁDIZ, Archivo de (APNC)**

*Cádiz capital*: leg. 445 B.

#### **PROTOCOLOS NOTARIALES DE MADRID, Archivo Histórico de (AHPNM)**

*Madrid*: legs. 16.614, 16.616, 18.618, 18.694, 20.282, y 20.372.

#### **PROTOCOLOS NOTARIALES DE SANLÚCAR LA MAYOR, Archivo de (APNSM)**

*Villanueva del Ariscal*: legs. 1.633, 1.638-1.639, 1.645-1.647, 1.650, 1.653, 1.655-1.658.

#### **PROTOCOLOS NOTARIALES DE SEVILLA, Archivo de (APNS)**

*Sevilla*: legs. 2.879, 3.836, 3.847, 3.891, 13.194, 13.240, 13.264, y 14.723, 14.937, 14.980, 16.535.

#### **SACRAMENTAL DE VILLANUEVA DEL ARISCAL, Archivo de la Hermandad**

*Registro Histórico de Hermanos*, Libro del año 1798.

#### **SAN ANDRÉS Y SAN MARTÍN, Archivo Parroquial de, Sevilla (APSASM)**

Parroquia de San Martín, Sevilla, *Libros Sacramentales*, Defunciones, núm. 13.

#### **SAN PEDRO, Archivo Parroquial de (APSP)**

*Libros Sacramentales*, Bautismos: libro 10.

#### **SANTA CARIDAD, Archivo del Hospital de la (AHSC), Sevilla**

*Secretaría*, *Actas de Cabildo*: libros núms. 13 (1772-1800), y 14 (1800 a 1840); y *Solicitudes de Ingreso de Hermanos* (1753-1840).

#### **SANTIAGO DE COMPOSTELA, Archivo Capitular de (ACSC)**

*Actas Capitulares*: IG. 492-493, núms. 49-50.

#### **SANTOS JUSTO Y PASTOR, Archivo Parroquial de los, Granada (APSJYP)**

*Libros Sacramentales*, Matrimonios, libro de 1777.



**SENADO, Archivo del (AS)**

*Expedientes Personales*: HIS-0348-05.

**SIMANCAS, Archivo General de (AGS), Valladolid**

*Catastro de Ensenada*, “Respuestas Generales”: libro 563 (Villanueva del Ariscal).

*Gracia y Justicia*: legs. 557, 623-624, 686, 942, y 959.

**UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, Archivo de la (AUSA)**

*Libros de Matrículas*: libros 414-433 (1707-1726).

*Manuscritos*: II, 8-f.38r-39r; II, 9-f. 40r-46r; II, 21-f. 162r-204r; y II, 22-f. 158r-161r.

*Registros de Pruebas Testificales de Cursos y Lecciones de las Facultades de Cánones y Leyes*: libros núms. 675, 677, 678, 680 (años 1707-1727).

**UNIVERSIDAD DE SEVILLA, Archivo Histórico de la (AHUS)**

Biblioteca General, *Fondo Histórico*, Impresos: A 112/105 (03); A 113/080 (25); y A 109/033 (07); A 063(286)/154(4)-155 (*Gazeta Ministerial de Sevilla*, año 1808); y Manuscritos: A 333/181.

*Libros de Cuentas de la Universidad Literaria*, núm. 1.098.

Fondo Colegio Mayor de Santa María de Jesús, *Expedientes de colegiales*, Expedientes de Pruebas de legitimidad y limpieza de sangre para la obtención de grados en las distintas facultades, libros: 692, 713, 715, y 716; *Libros de Certificaciones de Estudio*: libro 767 (1700-1743); y *Libros de Graduados de Bachiller*: libro 595 (1596-1870).

Fototeca del Laboratorio de Arte, núms. de registro: 000364, y 4-3247.

**VALLADOLID, Archivo Histórico Provincial de (AHPVALL)**

*Manuscritos*: S.H., C-290.

**VATICANO, Archivo Secreto (ASV), Roma**

*Fondos Consistoriales*: Atti Camerii núms. 35-39, 49 y 51; y Consistoriali años 1760-1761; 1778. Procesos Consistoriales 211.

*Secretaría de Breves*, Registro: leg. 4.360.

*Secretaría di Stato*: leg. 249.

**VILLANUEVA DEL ARISCAL, Archivo Parroquial de (APVA)**

*Libros Sacramentales*: Bautismos 1-4; Matrimonios 1-4, Defunciones, 1-5.

*Fábrica*: legs. 40-41.

*Judicatura Eclesiástica*: leg. 16.

*Órdenes Sagradas*: legs. 33-34.

*Varios*: leg. 37, 44.

### Bibliografía coetánea:

- *Academia literaria sobre los principios de la retorica y poetica que ofrecen al publico los cavalleros colegiales de las Escuelas Pías de Lavapies de este corte*, Madrid, Imprenta de Pedro Marín, 1778.
- ALCOBER, Padre Juan José, publicadas por don Joaquín Torres Asensio: *Historia de la vida interior y exterior del bienaventurado fray Diego J. de Cádiz*, Madrid, Edición de Torres Asensio, 1894
- ÁLVAREZ DE SILVA, Diego: *Descripción de las fiestas de la Dedicación del magnífico Templo del Pino de Teror, siendo obispo de estas Islas el Ilmo. Sr. D. Francisco Xavier Delgado y Venegas, del Consejo de Su Majestad, por D. Diego Alvarez de Silva, Prebendado de esta Santa Iglesia Catedral y Examinador Sinodal de este Obispado*, 1767.
- ANGUIA TELLEZ, Manuel (Padre Vélez): *Apología del Altar y del Trono ó historia de las reformas hechas en España en tiempos de las llamadas Cortes, e impugnacion de algunas doctrinas publicadas en la Constitucion, Diarios, y otros escritos contra la Religion y el Estado*, tomo I: *Apología del Altar y del Trono*, Madrid, Imprenta de Cano, 1818; y *Preservativo contra la irreligión o los planes de la filosofía contra la religión y el Estado, realizados en Francia para subyugar a la Europa, seguidos por Napoleón en la conquista de España* (Impreso en Cádiz), Madrid, Imprenta Repullés, 1812.
- ANÓNIMO: *Catecismo civil de España* (Publicado de orden de la Junta Suprema), Sevilla, Imprenta de la Viuda de Hidalgo, 1808.
- ANÓNIMO: *Profecía política verificada en lo que está sucediendo a los portugueses por su ciega afición a los ingleses: Escrita despues del Terremoto del año 1755, y publicada de orden superior en el año de 1762*, obra reimpressa en Madrid en la imprenta de Tomás Albán en 1808, 161 págs.
- ARBOLÍ, Juan: *In adventu Excellentissimi e Illustrisimi D. D. Joannis de Vera et Delgado, Archiepiscopi, Episcopi Gadicensis, oratio gratulationem pro ecclesiastico Collegio Cathedrali Sanctae Crucis*, Cádiz, 1815, 6 págs.
- ARGÜELLES, Juan Manuel de: *Disertación histórico-theológica sobre los obispos titulares y auxiliares*, Madrid, Imprenta de La Gaceta, 1765.
- AYERBE, Marqués de [Pedro Jordán de Urriés]: *Memorias del Marqués de Ayerbe sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay y el principio de la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, Publicado por su hijo don Juan Jordán de Urriés, 1893.
- AZARA, José Nicolás: *Epistolario (1784-1804)*, edición de María Dolores Gimeno Puyol, Colección Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, vol. 30, Barcelona, Castalia, 2009; Azara y Manuel de Roda: *El espíritu de D. José Nicolás de Azara, descubierto en su correspondencia epistolar con don Manuel de Roda*, vol. 3, Madrid, Imprenta de J. Martín Alegría, 1846.
- BACALLAR Y SANNA, Vicente de, marqués de San Felipe: *Comentarios de la guerra de España e historia de Felipe V*, Génova, s.a., 2 vols.
- BEDOYA, Juan Manuel: *Retrato histórico del Emmo. Excmo. e Ilmo. Señor Don Pedro de Quevedo y Quintano*, Madrid, Imprenta que fue de Fuentenebro, 1835.
- BENEDICTO XIV, papa: *Breve de N.M. Santo Padre Benedicto XIV expedido en 27 de junio de 1753 por el que se erige la Real Capilla en iglesia parrochial, se declara la jurisdiccion omnímota, privativa, ordinaria, episcopal, ó quasi episcopal del Capellan, ó Pro-Capellan Mayor de S.M. con territorio propio y separado, vere nullius: y se confirman, amplian y condecen de nuevo varios privilegios a favor de la misma Real Capilla: impetrado por el Señor Don Fernando Sexto., Rey Catholico de las Españas, siendo su Pro-Capellan y Limosnero Mayor el Emmo. Señor D. Alvaro de Mendoza Caamaño y Sotomayor, Pbro. Card. De la S.I. de Roma, Patriarca de las Indias*, Madrid, Oficina de Antonio Sanz, 1754.
- BERMEJO Y CARBALLO, José: *Glorias religiosas de Sevilla ó noticia histórico-descriptiva de todas las cofradías de penitencia, sangre y luz fundadas en esta ciudad*, Sevilla, Imprenta y Librería del Salvador, 1882.
- BISSO, José: *Crónica de la Provincia de Sevilla*, Madrid, 1869.
- BORBÓN Y VALLABRIGA, Luis María de, cardenal arzobispo de Toledo y administrador de la de Sevilla: *Exhortación pastoral del Cardenal Borbón, arzobispo de Toledo y administrador de Sevilla a todos los fieles de los dos arzobispados*. Cádiz, Imprenta Tormentaria, 1813.

- CABILDO CATEDRAL DE CÁDIZ, ILMO.: *Ereccion de la Santa Iglesia Cathedral de Cadiz y Estatutos del Cabildo de dicha Iglesia mandados imprimir por los Señores Dean y Cabildo de ella*, Cádiz, G. de Peralta, s.a.; *Reglas de Altar y Coro para el gobierno de los Señores Dean y Cabildo de la Sta. Iglesia de Cadiz*, Cádiz, Cabildo Catedralicio, 1778; *Discurso de los señores comisionados del Ilmo. Cabildo de la S.I.C. de esta ciudad de Cádiz pronunciado en presencia de don Fernando VII*, Cádiz, 1814; y *Memoria interesante para la historia de las persecuciones de la Iglesia Católica y sus ministros en España en los últimos tiempos de cautividad del señor don Fernando VII, el Deseado, consignada en la defensa que hizo el licenciado don Bernabé Josef Cabeza, relator del Consejo Supremo de Guerra y Marina, por los comisionados del Ilustrísimo Cabildo de Cádiz D. Pedro Juan Cervera, arcediano de Medinasidonia; Dr. D. Matías de Elejaburu y Urrutia; y Dr. D. Manuel de Cos, prebendados de aquella Santa Iglesia, en la causa que de orden de la Regencia provisional, comunicada por el secretario de Gracia y Justicia D. Antonio Cano Manuel al Juez de primera instancia D. Joaquín Josef de Aguilar en 24 de abril de 1813, se formó á éstos y al Vicario capitular de la misma diócesis D. Mariano Martín de Esperanza por el delito de haber consultado á diferentes RR. Obispos y santos Iglesias sobre lo contenido en los decretos de abolicion del santo tribunal de la Inquisicion, y haber representado que el manifiesto hecho por las Cortes extraordinarias no se podía leer en los templos sin quebrantar las disposiciones de la Iglesia. Fueron acusados de traycion, liga, y bando, y se pidió que se les impusiera la pena de expatriacion y ocupacion de sus temporalidades; añadiendo que merecerían la de muerte si no desvanecían los graves cargos que contra ellos resultaban*, Impreso de Orden del Ilmo. Cabildo Ecc.<sup>co</sup> de Cádiz, Madrid, Imprenta de la Compañía, 1814, 259 págs. más apéndice de otras 35.
- CABILDO CATEDRAL DE SEVILLA, EXCMO.: *Estatutos de la Santa Yglesia de Sevilla. Recopilados*, [Sevilla], 1826; *Regla de Coro y Cabildo de la S. Iglesia Patriarchal de Sevilla. Y Memoria de las Procefsiones y Manuales que son a cargo de los Señores Dean y Cabildo de ella*, Sevilla, 1760; y *Constituciones del Arzobispado de Sevilla hechas y ordenadas por Fernando Niño de Guevara, cardenal y arzobispo de la Santa Iglesia de Sevilla, en el sínodo que celebró en su catedral, año de 1604, y mandadas imprimir por el deán y cabildo, canónigos in sacris, sede vacante, en Sevilla, año de 1609. Se reimprimen de orden del Emmo. Sr. Cardenal Tarancón, arzobispo de esta diócesis*, 2 vols., Sevilla, Librería Española y Extranjera, 1862-1864.
- CÁDIZ, Fray Diego José de: *El soldado católico en guerra de religión. Carta instructiva ascético-histórico-política, en que se propone a un soldado católico la necesidad de prepararse, el modo con que lo ha de hacer, y con que debe manejarse en la actual guerra contra el impío partido de la infiel, sediciosa y regicida asamblea de la Francia*, Madrid, Imprenta de Francisco de la Parte, 1814; *Copia de la carta al Ilmo. P. Confesor D. Fray Joaquín de Eleta, Arzobispo de Tebas y Confesor de S.M. sobre los inconvenientes y perjuicios que se le pueden ocasionar al estado eclesiástico de gravarle con contribuciones. Se dirigió por el M.R.P. Fr. Diego José de Cádiz, Misionero Apostólico Capuchino de la Provincia de Andalucía*, Sevilla, Imprenta del Correo Político, 1814; *Obligaciones de un canónigo para morir bien y salvarse. Sermón fúnebre histórico canónico moral en sufragio del alma del señor doctor don Miguel Carrillo, deán y canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla*, Sevilla, Imprenta de Manuel Nicolás Vázquez, ¿1781?; *Afectos de un pecador arrepentido en místicas décimas formadas con los soliloquios que ante Jesús Crucificado acostumbra a hacer en sus misiones, Dictado sobre asuntos de comedias y bailes*, 24 págs., contó ediciones en 1784, 1791, y 1836; *Colección de las obras del R.P.Fr. Diego Josef de Cádiz, misionero apostólico del orden de menores capuchinos de N.S.P. S. Francisco*, Madrid, Pacheco, 6 vols., 1796-1799; *Sermon panegirico-dogmatico-moral, que en la funcion celebrada en obsequio de la gloriosa Santa María Magdalena por un especial devoto suyo en el Sagrario de la Santa Patriarcal Metropolitana Iglesia de Sevilla dixo el P. Fr. Diego Joseph de Cadiz, misionero apostolico del Orden de Menores Capuchinos de N.S.P.S. Francisco de la Provincia de Andalucía*, Sevilla, Oficina de D. Manuel Nicolás Vázquez, 1783; o la célebre *Novena de el Santissimo Christo de el Gran Poder, para mover las almas al fanto Exercicio de la oracion mental*, Sevilla, Imprenta de Josef Padrino, 1786 (1ª edición de 1768).
- CAMACHO Y CABALLERO, Juan: *Oracion funebre que en las solemnes exequias celebradas en siete de febrero de MDCCLXXXII en la Iglesia mayor de Sra. Sta. María de la Ciudad de Arcos de la Frontera por el alma del Sr. Don Francisco Delgado y Venegas, Arzobispo de Sevilla, dixo Don Juan Camacho Caballero; y lo saca a la luz el venerable clero de la misma Iglesia*. En Sevilla: en la oficina de Don Manuel Nicolás Vázquez y Compañía, 1782.
- CARBONERO Y SOL, León: *Vida del venerable siervo de Dios fray Sebastián de Jesús Sillero*, Sevilla, Imprenta de J. Moyano, 1855.
- CEAN BERMÚDEZ, Juan Agustín: *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de Bellas Artes en España*, 2 vols., Madrid, Real Academia de San Fernando, 1800.
- CEBALLOS, Padre Fernando de: *La falsa filosofía ò el ateísmo, deísmo, materialismo y demás nuevas sectas convencidas de crimen de Estado contra los soberanos y sus regalías, contra los magistrados y potestades legítimas*, Madrid, Imprenta de Antonio Fernández, 1775.

- CLEMENTE VIII: *Caeremoniale episcoporum iussu Clemens VIII Pont. Max, novissimae reformatum omnibus ecclesiis, praecipue autem Metropolitanis, Cathedralibus, et Collegiatis, perutile, ac necessarium*. Romae ex Typographia linguarum externarum, 1600.
- CORTES GENERALES DE ESPAÑA: *Colección de los Decretos y Órdenes que han expedido las Cortes Generales y Extraordinarias, tomo I: desde su instalación en 24 de septiembre de 1810 hasta igual fecha de 1811. Mandada publicar de orden de las mismas*. Cádiz, Imprenta Real, 1811; misma colección tomo III, Cádiz, 1813; *Diarios de Sesiones de las Cortes*, años de 1810 a 1813. Consulta disponible en: [www.congreso.es/serviciosdocumentales/diariodesesiones](http://www.congreso.es/serviciosdocumentales/diariodesesiones); y *Diario de las discusiones y actas de las Cortes*, tomo V, Cádiz, Imprenta Real, 1811.
- *Colección de proclamas, bandos, órdenes, discursos, estados de exercitos, y relaciones de batallas publicadas por las Juntas de Gobierno, o por algunos particulares en las actuales circunstancias*, tomo V, Cádiz, por Don Manuel Ximénez Carreño, 1808.
- *Continuación de las Memorias de la Real Sociedad Patriótica*, tomo II, Sevilla, Impresores de dicha Real Sociedad, 1779.
- *Constituciones de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III*, Madrid, Imprenta Real de La Gazeta, 1804; y publicada en Valencia, Oficina de don Benito Monfort, 1811.
- CÓRDOVA Y LEIVA, Juan José, obispo de Guadix-Baza: *Arenga que en la recepción y primera entrada en su matriz del Excmo. e Ilmo. Sr. Doctor Don Juan Acisclo de Vera y Delgado, pronunció el 27 de septiembre de 1815 en esta ciudad de Cádiz, el Señor Dr. Don Juan José Cordón, deán y gobernador de este obispado, en que expresa los sentimientos de su cabildo, clero y pueblo. / Se da a la prensa de orden y a expensas del Ilmo. Cabildo*. Oficina de Nicolás Gómez de Requena. Cádiz, 1815. 7 págs.
- CURIEL Y LUNA, Juan Antonio: *Compendio de los felices progresos de la Universidad de Salamanca* (1717); estudio y transcripción de Margarita Torremocha Hernández y María Ángeles Soballer Seco, Salamanca, Ediciones de la Universidad, 2012. Para los dictámenes y consultas evacuadas por Curiel en desempeño de sus puestos de responsabilidad ver el contenido de la tesis y notas a pie de página.
- CURIEL Y TEJADA, Luis Francisco: *Por el Lic. Don Luis Francisco Curiel y Texada, Abogado del Fisco de su Magestad en la Inquisicion de la ciudad de Seuilla, y de la Real Audiencia della ... en el pleyto, que contra el sigue el Concejo, Justicia, y Regimiento de Villanueva del Ariscal, sobre la paga de los derechos de Alcaualas, y quatro vnos por ciento del vino, que dicho Concejo considera vendido de la cosecha del dicho D. LuisCuriel; quien pretende por Abogado del Real Fisco ser exempto de pagar estos derechos, como los demás Ministros Titulares del Santo Oficio, cuyo priuilegio se fundará en este informe por todo el Gremio*, Sevilla 1684. Para los dictámenes y consultas evacuadas por Curiel en desempeño de sus puestos de responsabilidad ver el contenido de la tesis y notas a pie de página.
- DÁNvila Y COLLADO, Manuel: “Reinado de Carlos III”, volúmenes III y IV de la *Historia General de España*, dirigida por don Antonio Cánovas del Castillo, Madrid, El Progreso Editorial, 1894.
- DELGADO Y VENEGAS, Francisco Javier: *Parentacion panegírica que en las honras que el día 16 de noviembre de 1742 hizo el Ilustrísimo Colegio Mayor Universidad de Alcalá a fu gloriofo fundador y amado Padre el Santo Cardenal de España D. Fray Francisco Ximénez de Cisneros, con asistencia de la Santa Iglesia Magiftral de San Justo y Paftor. Dixo el Doct. D. Francisco Xavier Delgado, colegial en dicho Mayor Univerfidad, de su gremio y clauftro, y cathedratico de Artes &c.*, Alcalá, José Espartosa, 1743, 3 hs. + 47 págs. Para los diferentes dictámenes, consultas, o edictos evacuados por el cardenal Delgado a petición del Consejo, o en desempeño de actividad pontifical ver el contenido de la tesis y notas a pie de página.
- *Demostración de lealtad española: Colección de proclamas, bandos, órdenes, discursos, estados de exércitos, y relaciones de batallas publicadas por las Juntas de Gobierno, o por algunos particulares en las actuales circunstancias*, Cádiz, por Don Manuel Ximénez Carreño, Calle Ancha, 1808.
- *Descripción del adorno y demás festivos obsequios que el Colegio Mayor de Santo Thomás previno para celebrar a su dignísimo Patrono el Excmo. Señor Don Francisco Delgado y Venegas, Arzobispo de Sevilla y del Consejo de su Magestad, el día 24 de octubre del año de 1776, en que Su Excelencia honró a dicho Mayor Colegio, correspondiendo a su visita*. Sevilla, Gerónimo de Castilla [1776], 54 págs.
- *Diario de Avisos*, Madrid, año 1832.
- *Diario Curioso, Erudito, Económico, y Comercial*, Madrid, Imprenta de Manuel González, 1787.

- *Diario Eclesiástico, Necrológico y Social en la Iglesia Mayor de Santa Cruz (1623-1835)*, editado por la Asociación de Amigos de Écija, 2000.
- ECHARRI, Francisco (O.F.M.): *Directorio Moral del Reverendo Padre Fr. Francisco Echarri, del orden de N.P.S. Francisco, de la Regular Observancia*, tomo II, Madrid, Imprenta Real, 1799.
- *España dividida en provincias e intendencias, y subdividida en partidos, corregimientos, alcaldías mayores, gobiernos políticos y militares, así realengos como de órdenes, abadengo y señorío*, tomo I, De Orden Superior en la Imprenta Real. Madrid, 1789.
- ESTADO ESPAÑOL-SANTA SEDE: *Concordato de 1851, celebrado entre la Santidad de Pío IX, y la Majestad Católica de Doña Isabel II* (46 artículos), Roma-Madrid, 1851.
- *Estado Militar de España*, Madrid, Imprenta Real de la Gazeta, 1778.
- *Estatutos y privilegios apostólicos y reales de la Universidad y Estudio General de Cervera*, Cervera, Imprenta de la Universidad, 1750.
- FEIJÓO, Fray Benito Jerónimo (O.S.B.): *Cartas eruditas y curiosas*, Madrid, Imprenta del Supremo Consejo de la Inquisición, 1759.
- FERRER DEL RÍO, Antonio: *Apuntaciones para la historia de Carlos III. Correspondencia con Tanucci, Aranda y Floridablanca*, 1849 (Manuscrito de la Biblioteca Nacional); *Historia del reinado de Carlos III*, 7 volúmenes, Madrid, Imprenta de Matute y Cía., 1856; y *La oratoria sagrada española en el siglo XVIII. Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción de D. Antonio Ferrer del Río*, Madrid, Imprenta y Librería de V. Matute, 1853.
- FLÓREZ, Padre Enrique: *España sagrada, theatro geographico-historico de la Iglesia de España: origen, divisiones y limites de todas sus provincias, antigüedad, traslaciones y estado antiguo y presente de sus sillas en todos los dominios de España y Portugal, con varias dissertaciones críticas para ilustrar la Historia Eclesiastica de España. De las iglesias sufraganeas antiguas de Sevilla: Abdera, Asido, Astigi y Cordoba, dedicado a los santos de estas Diecesis*, Madrid, Oficina de Antonio Marín, 1753, vols. X, y XI. Flórez dejó incompleta la obra, que sólo sería culminada a finales del siglo XIX, 56 tomos.
- FORT, Carlos Ramón: *El Concordato de 1851. Comentado y seguido de un resumen de las disposiciones adoptadas por el Gobierno de S.M. sobre materias eclesiásticas, desde la celebración de aquel convenio hasta enero de 1853*, Madrid, Imprenta de Eusebio Aguado, 1853; junto a Vicente de la Fuente y Pedro Sainz de Baranda, Eduardo Jusué, y Ángel Custodio Vega: *Continuación de la España Sagrada*, 9 vols., Madrid, 1879.
- FUENTE, Vicente de la: *Historia de las universidades, colegios, y demás establecimientos de enseñanza en España*, 4 vols., Madrid, Vda. e Hija de Fuentenebro (1884-1889); e *Historia eclesiástica de España o adiciones a la Historia General de la Iglesia escrita por Alzog y publicada por la Librería Religiosa*, 4 vols., Barcelona, Imprenta de Pablo Riera, 1855-1859.
- GALLARDO, Bartolomé José: *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, 2 vols., Madrid, Imprenta de M. Rivadeneira, 1863.
- GEBHARDT, Víctor: *Historia general de España y de sus Indias desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Tomada de las principales historias, crónicas y anales que acerca de los sucesos ocurridos en nuestra patria se han escrito*, 7 vols., Madrid, Librería Española, 1863.
- GÓMEZ DE BEDOYA, Fernando: *Historia del toreo y de las principales ganaderías de España. Obra curiosa, popular, e ilustrada*, Madrid, Imprenta de Anselmo Santa Coloma, 1850.
- GÓMEZ BRAVO, Juan: *Catálogo de los obispos de Córdoba, y breve noticia histórica de su iglesia catedral y obispado: escrito por el Doct. D. Juan Gómez Bravo, colegial que fue del Mayor de Cuenca en Salamanca, canónigo lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Badajoz, y magistral de esta de Córdoba*. Reimpresión de la primera parte, 2 vols., tomo II, Córdoba, Oficina de D. Juan Rodríguez, 1778. Edición aumentada de la primera.
- GONZÁLEZ DE LEÓN, Félix: *Noticia artística, histórica y curiosa de todos los edificios públicos, sagrados y profanos de Sevilla*, 2 vols., Sevilla, Imprenta de J. Hidalgo, 1844; e *Historia crítica y descriptiva de las cofradías de penitencia, sangre y luz, fundadas en la ciudad de Sevilla; con noticias del origen, progresos y estado actual de cada una, y otros sucesos y curiosidades notables*, Sevilla, Imprenta de D. Antonio Álvarez, 1852.

- GONZÁLEZ DE LEÓN, Juan Nepomuceno: *Inscripciones sepulcrales de la Santa Iglesia de Sevilla, continuacion de los que recogió hasta el año de 1701 el canónigo D. Juan de Loaisa, recopiladas hasta el de 1778 por D. Juan Nepomuceno González de León, uno de los treinta individuos de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla* (Manuscrito existente en la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla).
- *Guía del estado eclesiástico seglar y regular, de España en particular, y de toda la Iglesia católica en general*, Madrid, Imprenta Real, años 1796-1798, 1802, 1808, 1815 y 1828.
- HARDALES, Fray Serafín de: *El misionero capuchino: compendio histórico de la vida del venerable siervo de Dios el M.R.P. Fr. Diego Josef de Cadiz, misionero apostólico de Propaganda Fide, ex lector de teología, y padre de Provincia del orden de menores capuchinos de N.P.S. Francisco, é hijo de la santa provincia de Andalucía* (Escrito en Cádiz en 1811), Manresa, por Martín de Trullás, 1813.
- HOLLAND, Lady Elizabeth: *The Spanish Journal*, Londres, Longman, Green and Co., 1910.
- ILLANES, Juan José: *Vida abreviada de la Ven. Madre Sor Francisca Dorotea*, Sevilla, Imprenta de Juan Francisco Blas de Quesada, 1734.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: *Obras completas*, vol. 10 (Estudios Económicos), estudio de José María Caso González, Gijón, Centro de Estudios del siglo XVIII, 2008; *D. Gaspar de Jovellanos a sus compatriotas: memoria en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la junta central, y se dá razon de la conducta y opiniones del autor desde que recobró su libertad: con notas y apéndices*, La Coruña, En la Oficina de D. Francisco Cándido Perez Prieto, 1811. Puede verse asimismo la edición de la BAC: *Memoria en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la Junta Central del Reino, y se da razón de la conducta y opiniones del autor desde que recobró su libertad*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1951; *Cartas de Jovellanos a lord Holland sobre la forma de reunión de las Cortes de Cádiz*, 8 de junio de 1809, publicada por la Biblioteca Virtual “Miguel de Cervantes”.
- *Kalendario Manual y Guía de Forasteros en Madrid*, Madrid, Imprenta Real de La Gazeta, ediciones para los años 1744-1769, 1777 y 1781.
- LABORDE, Alexandre: *A View of Spain*, 5 vols., Londres, 1809.
- LAFUENTE, Modesto: *Historia General de España*, 6 tomos, 30 vols., Madrid, Establecimiento tipográfico de Mellado, 1850-1867.
- LORENZO DE VILLANUEVA, Joaquín: *Mi viaje a las Cortes*, Madrid, Editado por el Congreso de los Diputados, Imprenta Real, 1860; y *Vida literaria de don Joaquín Lorenzo Villanueva: o memoria de sus escritos y de sus opiniones eclesiásticas y políticas, y de algunos sucesos notables de su tiempo*, 2 vols., Londres, 1825.
- LLANES Y ARGÜELLES, Agustín: *Plan y Decreto de Erección y Dotación de Curatos del Arzobispado de Sevilla*, Sevilla, Imprenta Mayor de la Ciudad y Dignidad Arzobispal, 1791, 154 págs.
- MACANAZ, Melchor de (edición póstuma): *Pedimento del fiscal general don Melchor de Macanaz sobre abusos de la Dataria; provisión de Beneficios; pensiones; coadjutorías; dispensas matrimoniales; espolios i vacantes; juicios posesorios y otros asuntos gravísimos*, [23 de diciembre de 1713] Madrid, Imprenta Nacional, 1841.
- MADOZ, Pascual: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, 16 vols., Madrid 1845-1850.
- MARTÍNEZ DE SALAZAR, Antonio: *Coleccion de memorias, y noticias del Gobierno general, y politico del Consejo: lo que observa en el despacho de los Negocios que le competen: los que corresponden à cada una de sus Salas, Regalías, Preeminencias, y Autoridad de este Supremo Tribunal, y pertenecientes à la Sala de Señores Alcaldes de Casa y Corte*, Madrid, Oficina de Antonio Sanz, 1764.
- MATUTE Y GAVIRIA, Justino de: *Anales Eclesiásticos y Seculares de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Sevilla*, 3 vols., Sevilla, Ediciones Guadalquivir (2ª ed.) 1997.
- *Memoria sobre la constitución de la Junta Central de Gobierno que se trata de formar en España*, Madrid, [s.a.]. Imprenta de Gómez Fuentenebro y Compañía, 1808.
- *Memorial literario instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, Madrid, Imprenta Real, Septiembre de 1784.

- *Mercurio Histórico y Político*, Madrid, Imprenta de La Gazeta, años 1769-1770, 1777, 1780-1781, 1783.
- MINGÜELLA Y ARNEDO, Fray Toribio de, Obispo de Sigüenza: *Historia de la Diócesis de Sigüenza y de sus Obispos*, 3 vols., Madrid, Tipografía de la “Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos”, 1913.
- MONACELLI, Francesco: *Formularium legale practicum fori ecclesiastici, in quo formulae expeditionum ufufrequentieum de his, quae pertinent ad Officium Judicis nobile continentur. Cum Appendice plurium Constitutionum Apostolicarum*, Venecia, Typographia Balleoniana, 1764.
- MOÑINO, José. Conde de Floridablanca: *Papel que el Exceléntísimo señor conde de Floridablanca, vocal de la suprema junta, y nombrado por votos unánimes, por primero de la Central, presentó en la celebrada, en la ciudad de Murcia, en la mañana del 23 de agosto de 1808*, Murcia [s.n.], 1808.
- MORETI, Juan José: *Historia de L.M.N.Y.M.L. Ciudad de Ronda*, Ronda, Establecimiento Tipográfico del autor, 1867.
- MUÑIZ MIRANDA, Juan: *Colección oficial de las Leyes, Reales disposiciones y Circulares de interés general expedidas por el rey don Fernando VII y por las Cortes en el año de 1820*, Madrid, Imprenta de D. José Morale, 1853.
- *Novísima Recopilación de las Leyes de España dividida en XII libros*, 6 vols., Madrid, 1805.
- OBISPADO DE CÁDIZ: *Constituciones Synodales del Obispado de Cadiz*, Madrid, Viuda de A. Gómez, 1594.
- PÍO VI, papa: *Breve de Nuestro Muy Santo Padre Pío VI, en que se determinan los límites del territorio parroquial, y jurisdiccional que comprehenden la Parroquia del Real Palacio, la del Buen Retiro, Casa de Campo, El Pardo, Aranjuez, El Escorial, y San Ildefonso, con otras declaraciones para los demás Sitios Reales, y parages en que viage, ó resida accidentalmente la Corte, ó alguna Persona Real, y demás que expresa*, Madrid, Imprenta de Pedro Marín, 1777.
- PLÁCIDO VICENTE, Fray: *Vida en compendio de la prodigiosa virgen santa Gertrudis la Magna. Con una nueva novena, y puntos análogos para predicar sus glorias, imitar sus virtudes, y merecer su patrocinio*. Madrid, imprenta de Espinosa, 1807.
- PETRA, Vincenzo, cardenal-obispo de Palestrina: *Commentaria ad constitutiones apostolicas seu Bullas singulas Summorum Pontificum contentas in Bullario Romano*, Venecia, Typographia Balleoniana, 1741.
- *Plan o método con que debe procederse a la extinción de los frailes y secuestro de sus bienes*, Sevilla, 26 de febrero de 1810.
- PONZ, Antonio: *Viage de España, en que se da noticia de las cosas mas apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*, 19 vols., Madrid, Viuda de Ibarra e hijos, 1788.
- *Pragmática sanción de su Magestad en fuerza de ley para el estrañamiento de estos Reynos a los Regulares de la Compañía, ocupación de sus Temporalidades, y prohibición de su restablecimiento en tiempo alguno, con las demás prevenciones que expresa*, 2 de abril de 1767.
- *Prontuario de las leyes y decretos del Rey nuestro Señor Don José Napoleon I*, Madrid, Imprenta Real, 1810.
- RAMÍREZ Y DE LAS CASAS DEZA, L.M.: “Bienhechores de la Humanidad: El Venerable Padre Cristóbal de Santa Catalina, presbítero”, en *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, Imprenta de D. Baltasar González, 1855, págs. 377-378.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA: *Diccionario de la lengua castellana en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las phrases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua* (Diccionario de Autoridades), 6 vols., tomo I, letras A-B, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726. El resto de los siguientes tomos verían la luz en: 1729 (letra C), 1732 (D-F), 1734 (G-N), 1737 (O-R), 1739 (S-Z).
- REAL CAPILLA, Palacio Real de Madrid: *Constitución de la Real Capilla del Rey Nuestro Señor*, Buen Retiro 21 de diciembre de 1756. Adición de 1757; *Bulas y Breves Pontificios relativos a la jurisdicción privilegiada de la Real Capilla*, Madrid, Imprenta de la Real Casa, 1878; *El Ceremonial de la Real Capilla de Su Magestad. Formada de orden superior y dedicado a la Reyna Nuestra Señora D<sup>a</sup> María Luisa de Borbon*, Madrid, 1802; *Tabla de las festividades á las que el Rey N. Señor (Que Dios guarde) asiste así á la cortina como á la tribuna de su Real Capilla de Palacio, y de las que se celebran anualmente en la*

*misma y en otras varias de Madrid, previas algunas advertencias acerca de las horas en que deben empezar los divinos Oficios diariamente, y el Ceremonial que debe observarse en el culto mensual de las Cuarenta Horas, y en otras fiestas solemnes que no tienen día fijo*, Madrid, por D. Eusebio Aguado, impresor de Cámara de S.M., 1832.

- REAL CONGREGACIÓN DE LUZ Y VELA: *Estatutos de la Real Congregación llamada de Luz y Vela, erigida en la ciudad de Sevilla con objeto a hacer oración continua ante el augusto Sacramento del Altar*, Sevilla, Imprenta Mayor, 1793.
- *Relación de las solemnes Exequias hechas al Rey N.S.D. Carlos III, por la Real Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla. Con sermón predicado en ellas por su socio de erudición el P. M. Manuel Gil, de los clérigos menores*. Madrid, Benito Cano, 1789.
- SAAVEDRA Y SANGRONIZ, Francisco de /Manuel Moreno Alonso (Edición): *La rebelión de las provincias en España. Los grandes días de la Junta Suprema de Sevilla, 1808-1810*, Sevilla, Alfar, 2011.
- SEMPERE Y GUARINOS, Juan: *Historia de las rentas eclesiásticas de España*. Madrid, Imprenta de Sancha, 1822.
- *Sermón que en la solemne accion de gracias celebrada por la Real Universidad de Alcalá de Henares en su templo, a María Santísima Nuestra Señora de la Advocación del Val, con motivo de una copiosa lluvia conseguida después de habérsele hecho rogativas públicas*, Alcalá de Henares, Oficina de la Universidad, 1791.
- SERRANO ORTEGA, Manuel: *Bibliografía de la Catedral de Sevilla*, Sevilla, Escuela Tipográfica y Librerías Salesianas, 1901.
- SEVILLA, Fray Luis Antonio de: *Verdadero retrato de un misionero perfecto: animado en la vida del V. P. Fray Diego José de Cádiz, sacerdote profeso del orden de menores capuchinos de N.P.S. Francisco, hijo de la Sta. Provincia de los Reinos de Andalucía* (escrito en Málaga en 1806), Sevilla, Imprenta de A. Izquierdo, 1862.
- SOLANO DE FIGUEROA, Juan: *Historia eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz: Continuación de lo escrito por D. Juan Solano de Figueroa* (Preámbulo de Antonio del Solar Taboada), 2 vols., Badajoz, Tipografía de la Viuda de Antonio Arqueros, 1945.
- *Sucesos en la Corte de Madrid durante el reinado de Carlos III* (Manuscrito existente en la Biblioteca Arzobispal de Sevilla, signatura: 20/211).
- TEJADA Y RAMIRO, Juan de; y Francisco Antonio González: *Colección de cánones y de todos los concilios de la Iglesia española*, 6 vols., Madrid, Imprenta de Santa Coloma y Cía. y Pedro Montero, 1849-1859.
- TORRES AMAT, Félix: *Vida del Ilmo. Señor Don Félix Amat, arzobispo de Palmyra, abad de San Ildefonso, confesor del señor don Carlos IV, del Consejo de S.M. &*, Madrid, Imprenta de Fuentenebro, 1835.
- TOWNSEND, Joseph: *A Journey through Spain in the Years 1786 and 1787*, 3 vols., Londres, 1791.
- TORENO, Conde de. José María Queipo de Llano y Ruiz de Saravia: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Madrid, Imprenta de Tomás Jordán, 5 vols. 1835-1838.
- VALDEMOROS, Francisco de [pseudónimo de Francisco Martínez Moles]: *El Piscator Complutense. Conclusiones de los colegiales chofistas. Diario de quartos de luna y juicio de los acontecimientos naturales y políticos de toda la Europa, para este año de 1756*. Existe ejemplar en Archivo Histórico Nacional.
- VAREA, Fray Antonio (O.P): *Oración fúnebre que en las solemnes exequias celebradas en la Santa Metropolitana Patriarcal Iglesia de Sevilla el día 4 de enero de 1782 por el alma del Emmo. y Excmo. Sr. D. Francisco Delgado y Venegas.../Dixo el M.R.P. Fr. Antonio Varea, del Sagrado Orden de Predicadores, lector habitual de Teología en el Real Convento de San Pablo, Doctor teólogo del Gremio y Claustro de la Real Universidad de Sevilla, y Examinador sinodal del Arzobispado*. Sevilla, Imprenta Mayor, 1782. 57 págs.
- VARFLORA, Fray Fermín Arana de: *Hijos de Sevilla ilustres en santidad, letras, armas, artes, o dignidad*, Sevilla, Imprenta de Vázquez e Hidalgo, 1791; y *Compendio histórico-descriptivo de la M.N. y M.L. Ciudad de Sevilla, metrópoli de Andalucía*, Sevilla, Imprenta de Vázquez Hidalgo, 1789.



- VAYO, Estanislao de Kotska: *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España, con documentos justificativos, órdenes reservadas y numerosas cartas del mismo monarca, Pío VII, Carlos IV, María Luisa, Napoleón, Luis XVIII, el infante don Carlos y otros personajes*, 3 vols., Madrid, Imprenta de Repullés, 1842.
- VELÁZQUEZ SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla de 1800 a 1850*, Sevilla, 1872, reedición en Colección Clásicos sevillanos, Sevilla, Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayto. de Sevilla, 1994.
- VERA Y DELGADO, Juan Acisclo: *Proclama de la Junta Suprema del Reino a la Nación española*, Sevilla, Imprenta Real, 1809; *Exhortacion del serenísimo señor D. Juan Acisclo de Vera y Delgado Arzobispo de Laodicea, presidente de la Suprema Junta Central Gubernativa del reyno, a sus amados españoles, sobre el modo de santificar la presente guerra, y de asegurar el triunfo que se apetece*, Sevilla, en la Imprenta Real, 1809; y *Sermón predicado en la festividad de Santa María Magdalena*, Sevilla, 1775. Para los diferentes dictámenes, consultas, o edictos evacuados por el obispo a petición del Consejo, o en desempeño de actividad pontifical ver el contenido de la tesis y notas a pie de página.
- VIERA Y CLAVIJO, José de: *Noticia de la historia general de las islas de Canaria*, 4 vols., Madrid, Imprenta de Blas Román, 1772-1773; *Extractos de las actas del cabildo de la catedral de Canarias (1514-1791)*, editada por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria en 2007 y transcritas y estudiadas por Esteban Alemán Ruiz y Alexis Brito González; y *Vos estis Sol: epistolografía íntima, 1770-1783*. Epistolario. Edición crítica de Rafael Padrón Fernández, CSIC, 2008.
- XIQUE, José: “Episcopologio de Ceuta”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 18, Madrid, 1891.
- ZAMORA, Fray Juan de: *Ceremonial Romano nuevamente reformado. El qual la Beatitud del señor Papa Clemente VIII en toda la universal Yglesia manda guardar*, Burgos, Imprenta de Juan Bautista Varesio, 1603.
- ZARAGOZA, Fray Bruno de: *Descripcion del fenómeno de los tres soles, que aparecieron en el hemisferio oriental de la villa de Caspe en Aragon, la mañana del día 19 de enero de 1787, y en la hora de partir el siervo de Dios Fray Diego Josef de Cadiz para otros Reynos; con un discurso físico-astronómico*, Madrid, Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, 1801.
- ZUAZNÁVAR Y FRANCIA, José María: *Memorias para la vida de D...* (él mismo), San Sebastián, Imprenta de Ignacio Ramón Baroja, 1834.

### Bibliografía consultada contemporánea y actual:

- AGUILAR PIÑAL, Francisco: *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, 10 vols., Madrid, CSIC, 1981-2002; *Historia de la literatura española. Introducción al siglo XVIII*, Colección dirigida por R. de la Fuente, vol. 25, Madrid, Ediciones Júcar, 1991; *La biblioteca de Jovellanos*, Madrid, CSIC, 1984; *Historia de Sevilla. Siglo XVIII*, Colección Historia de Sevilla, vol. 6, Sevilla, Universidad Hispalense, 1982; *Sevilla y el teatro en el siglo XVIII*, Oviedo, Universidad, 1974; *La Universidad de Sevilla en el siglo XVIII: estudio sobre la primera reforma universitaria moderna*, Sevilla, Universidad Hispalense, 1969; *La Sevilla de Olavide*, Sevilla, Excmo. Ayuntamiento, 1966; y *La Real Academia Sevillana de Buenas Letras en el siglo XVIII*, “Premio Francisco Franco 1962”, Madrid, Instituto “Miguel de Cervantes” (CSIC), 1966.
- ALONSO GARCÉS, Nuria: “Noticia del archivo de Martín de Garay”, en *Trienio*, 14, 1989, págs. 69-82; “Ideas y pensamiento político de Martín de Garay”, *Revista de Historia Constitucional*, núm. 7, Universidad de Oviedo, 2006, págs. 11-90; y “Martín de Garay: un político relevante en la Guerra de la Independencia”, *Congreso internacional Guerra, sociedad y política (1808-1814)* coord. por Francisco Miranda Rubio, vol. 2, 2008, págs. 799-816.
- ALONSO DE MORGADO, José: *Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla: con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia*. Sevilla, Tipografía de Agapito López, 1906.
- ALONSO SORIANO, Anselmo; Bernardino Marrero del Toro; y José Luis Sancho: “El órgano de la Real Capilla del Palacio Nuevo de Madrid: Noticias documentales”, en *Revista de Musicología*, vol. 12, julio-octubre de 1989, págs. 535-566.
- ALONSO ZAMORA, Vicente: *La Real Academia Española*, Madrid, Espasa, 1999.
- AMORES MARTÍNEZ, Francisco: “Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción”, y “Santuario de Nuestra Señora de Loreto”, capítulos de: *Espartinas. Historia. Arte. Religiosidad popular* (obra colectiva), Espartinas, Excmo. Ayuntamiento, 2006; “La platería rococó en la catedral de Sevilla”, en *El comportamiento de las catedrales españolas: del barroco a los historicismos*, Murcia, 2003, págs. 515-524; y “Piedad y gusto por el lujo en la Iglesia española de la época ilustrada, el cardenal Delgado y la custodia de la catedral de Sigüenza”, en *Iglesia y religiosidad en España: historia y archivos*, actas de las V Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos, Guadalajara, 2001, vol. 3, págs. 1609-1624.
- ANAYA HERNÁNDEZ, Alberto: “Los problemas de don Josef de Viera y Clavijo con la Iglesia y la Inquisición canaria” en *Anuario de Estudios Atlánticos*, 43 (1997), págs.165-196.
- ANGULO, Diego de: *Murillo*, Sevilla, Diputación Provincial, 1999.
- ANSÓN NAVARRO, Arturo, et al.: *Francisco Bayeu y sus discípulos*, catálogo de la exposición celebrada en Zaragoza patrocinada por la Obra Social de Cajalón del 19 de abril al 15 de junio de 2007; y “Bayeu y el retrato”, en *Francisco Bayeu, 1734-1795*, catálogo de la exposición celebrada en la misma capital entre el 18 de abril y el 19 mayo de 1996 en el Centro de Exposiciones y Congresos, Museo e Instituto de Humanidades “Camón Aznar”, págs. 101-108.
- ANTEQUERA LUENGO, Juan José: *Memorias sepulcrales de la catedral de Sevilla. Los manuscritos de Loaysa y González de León*, Sevilla, Facediciones, sin fecha.
- ARANDA DONCEL, Juan: “El culto al apóstol Santiago en Córdoba (y II)”, *ABC de Córdoba*, 23 de julio de 2007, pág. 34; y “Francisco J. Delgado y Venegas, prelado de la diócesis canaria (1714-1781)”, en *V Coloquio de Historia Canario-Americana* (1982), vol. II, 1985, págs. 771-791.
- ARCHIVO GENERAL MILITAR DE SEGOVIA: *Índice de expedientes personales*, 9 vols., Madrid, Hidalguía, 1959-1963.
- ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN): *Consejo de Castilla. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Catálogo por materias*, Madrid, 1925.
- ARCHIVO DE LA REAL CHANCILLERÍA DE GRANADA: *Sección de Hidalguía. Inventario*, 2 vols., Granada, Real Maestranza de Caballería de Granada, 1985.
- ARRESE, José Luis: *Antonio González Ruiz: pintor de cámara de S.M. y director general de la Academia de Bellas Artes de San Fernando*, Madrid, CSIC, 1973.

- ARTACHO Y PÉREZ-BLÁZQUEZ, Fernando de: *La hermandad de la Anunciación de Sevilla, vulgo de las Doncellas. Siglos XVI-XIX* (tesis doctoral inédita), Universidad de Sevilla, 2013; *La nobleza sevillana a través del privilegio de oratorio: algunas consideraciones históricas sobre la nobleza sevillana*, Sevilla, Fabiola de Publicaciones Hispalenses, 2002; y *Manuscrito sevillano. "Crónica general de cofradías, festejos, sucesos y hechos curiosos acaecidos entre 1713 y 1775"*, Sevilla, Ediciones Guadalquivir, 1997.
- ARTOLA GALLEGO, Miguel: (ed.) y otros: *Las Cortes de Cádiz*, Madrid, Editorial Marcial Pons, 1991; y *Los orígenes de la España Contemporánea* (2ª ed.), vol. II, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1976. Junto con Antonio Miguel Bernal: *Antiguo régimen y liberalismo: Política y cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- AVELLA CHÁFER, Francisco: *Historia eclesiástica de Sevilla*, Sevilla, edición de José María Vázquez Soto, Biblioteca Arzobispal, 1986; y "*La ocupación francesa de la ciudad y arzobispado de Sevilla, a la luz de nuevos documentos (1810-1812)*", Separata de *Archivo Hispalense* núm. 175, Sevilla, 1974, págs. 35-86.
- AYARRA JARNE, José Enrique: *Historia de los grandes órganos de coro de la catedral de Sevilla*, Madrid, Dirección General de Bellas Artes, 1974.
- AZCÁRATE RISTORI, Isabel de: *El Seminario Conciliar de San Bartolomé de Cádiz, 1589-1800*, Cádiz, 2008.
- AZCONA, Tarsicio de; José Luis González Novalín (coord.); y Melquiades Andrés: *Historia de la Iglesia en España. La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, tomo III, Colección Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, Editorial Católica, 1980.
- BALIBREA GIL, María Ángeles: *La imposición extraordinaria de guerra en España*, Murcia, Universidad de Murcia, 1997.
- BARCIA, Ángel M.: *Catálogo de los retratos de personajes españoles que se conservan en la Sección de Estampas de la Biblioteca Nacional*, Madrid, Viuda e Hijo de M. Tello, 1901.
- BAREA LÓPEZ, Óscar: *Heráldica y Genealogía de Cabra de Córdoba, Doña Mencia y Monturque y de sus enlaces (ss. XV-XIX)*, 2 vols., Bubok, 2012.
- BARIDON, Michel: *Echanges internationaux idéologiques et culturels dans la mouvance de la Révolution française*, Institut d'Études Comtoises et Jurassiennes, Université de Besançon, 1987.
- BARRIO GOZALO, Maximiliano: *El clero en la España Moderna*, Córdoba, Cajasur, Obra social y cultural-CSIC, 2010; *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004; *El sistema benefical de la Iglesia española en el Antiguo Régimen (1475-1834)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad, 2010; "Los eclesiásticos afrancesados durante la Guerra de la Independencia", en *Las élites y la "revolución" de España (1808-1814). Estudios en homenaje al profesor Gérard Dufour*, Alicante, Publicaciones de la Universidad, 2010; y "Aspectos socioeconómicos de un grupo privilegiado del Antiguo Régimen. Los obispos de Cádiz (1556-1833)", en *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*, núms. 12-13, 2000-2001, págs. 99-121.
- BARRIO MOYA, José Luis: "Notas biográficas sobre el mallorquín Jorge Bosch, maestro organero de los reyes Carlos III y Carlos IV", en *BSAL*, 58, año 2002, págs. 337-350.
- BLÁZQUEZ GARBAJOSA, Adrián: "Sigüenza: una ciudad de señorío episcopal en la Edad Moderna. Instituciones, demografía, economía", en *Studia Historica*, núm. 5, año 1987, págs. 199-218.
- CABALLERO MÚJICA, Francisco: *Documentos Episcopales Canarios*, vol. 3, Las Palmas de Gran Canaria, Real Sociedad Económica de Amigos del País, 2001; y con María Jesús Riquelme Pérez: *Guía para visitar los santuarios marianos de Canarias*, Serie: María en los pueblos de España. Fe, Historia, Antropología, Devoción, Arte, Madrid, Ediciones Encuentro, 1999.
- CABRERA BONET, Rafael: "Cuatro carteles en los inicios de Montes", *Revista de Estudios Taurinos*, núm. 21, Sevilla, 2006, págs. 155-165.
- CABRERA BOSCH, María Isabel: *El Consejo Real de Castilla y la Ley*, Madrid, CSIC, 1993.
- CADENAS Y VICENT, Vicente de: *Extracto de los expedientes de la Orden de Carlos III (1771-1847)*, 13 vols., tomo IV, Editorial Hidalguía. Madrid, Instituto Luis de Salazar y Castro, 1982.

- CALLAHAN, William James: *Iglesia, poder y sociedad en España (1750-1874)*, Harvard University Press, 1984; edición española, Madrid, Nerea, 1989.
- CAMPOS GONZÁLEZ, José: *Ganaderías cordobesas de reses bravas: catálogo 1795-1995*, Córdoba, Publicaciones de Cajasur, 1998.
- CANDAU CHACÓN, María Luisa: *La carrera eclesiástica en el siglo XVIII. Modelos, cauces y formas de promoción en la Sevilla rural*, Sevilla, Universidad, 1993; y *Los delitos y las penas en el mundo eclesiástico sevillano del XVIII*, Sevilla, Diputación, 1993.
- CAÑAS MURILLO, Jesús: "Inquisición y censura de libros en la España de Carlos III: la Real Cédula de junio de 1768", en *Anuario de Estudios Filológicos*, vol. XXVII (2004), págs. 5-11.
- CAPDEPÓN VERDÚ, Paulino: "Maestros de la Real Capilla madrileña, III: Francisco Corselli (1737-1778)", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, núm. 53, 2013, págs. 243-276.
- CARRIAZO, Juan de Mata: "Correspondencia de D. Antonio Ponz con el conde del Águila", en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, núm. 14, págs. 157-183, Madrid, 1929 (Separata).
- CASTEL, Jorge: *La Junta Central Suprema y Gubernativa de España e Indias*, Colección Cuadernos de Historia de las Relaciones Internacionales y Política Exterior de España, Madrid, Marto, 1950.
- CAZORLA LEÓN, Santiago, y Julio Sánchez Rodríguez: *Obispos de Canarias y Rubicón*, Madrid, Eypasa, 1997; (Solo Cazorla) *Historia de la catedral de Canarias*, Leganés, Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas, 1992; y *Conferencias Morales del Obispo Delgado y Venegas*, trabajo inédito, Secretaría de la Catedral de Las Palmas, legajo 73.
- COLLANTES DE TERÁN, Antonio; et al.: *Diccionario histórico de las calles de Sevilla*, 2 vols., Sevilla, Consejería de Obras Públicas y Transportes y Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, 1993.
- COLLANTES DE TERÁN, Francisco: *Memorias históricas de los establecimientos de caridad de Sevilla y descripción artística de los mismos*, Sevilla, Imprenta de José María Ariza, 1884.
- COMELLA, Beatriz: "La jurisdicción eclesiástica de la Real Capilla de Madrid (1753-1931)", en *Hispania Sacra*, núm. 58, enero-junio de 2006, págs. 145-170.
- COMÍN, Francisco; Mauro Hernández, y Enrique Llopis (Eds.): *Historia económica de España. Siglos X-XX*, Madrid, Crítica, 2002.
- CORONA GONZÁLEZ, Santos M.: *Ilustración y Derecho. Los fiscales del Consejo de Castilla en el siglo XVIII*, Madrid, Ministerio de Administraciones Públicas, 1991.
- CRUZ Y SAAVEDRA, Antonio J.: *Relación cronológica de los feligreses enterrados en el monasterio de San Antonio de Padua de la villa de Gáldar y de sus lugares (1520-1835)*, Gáldar, InfoNorte, 2005 (recurso electrónico).
- CRUZ VALDOVINOS, José María (coordinador): *Cinco siglos de platería sevillana*, catálogo de la exposición organizada por la Comisaría de Sevilla en el monasterio de San Clemente con motivo de la Expo 92 y coordinada por José María Cruz Valdovinos, (7 de abril-30 de mayo de 1992), Ayuntamiento de Sevilla, 1992.
- CUENCA TORIBIO, José Manuel: *Del Antiguo al Nuevo Régimen. Sevilla en el siglo XIX*. Colección Historia de Sevilla, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1991; y *La Iglesia española ante la revolución liberal*, Madrid, Rialp, 1971.
- DELENDÁ, Odile: *Francisco de Zurbarán (1598-1664). Catálogo razonado y crítico*, Madrid, Fundación de Arte Hispánico, 2009.
- DEROZIER, Albert: *Manuel José Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, Madrid, Ediciones Turner, 1978; y "Martin de Garay ou le libéralisme des compromissions", en *Annales Littéraires de l'Université de Besançon*, vol. 100, París, 1968.
- DÍAZ DE CERIO, Francisco: *Noticias sobre España en el Fondo de la Secretaría de Estado del Archivo Vaticano (1800-1817)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1988.
- DÍAZ DE NORIEGA Y PUBUL, José: *La Blanca de la Carne en Sevilla*, 4 vols., Madrid, Hidalguía, 1976.

- DÍEZ, José Luis: *Vicente López (1772-1850): Vida y obra. Catálogo razonado*, Madrid, Doce Calles, 1999.
- DÍAZ DE ESCOBAR, Narciso: *Anales del teatro español*, 3 vols., Madrid, Impr. Helénica, 1910-1917.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid, 1985; *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Barcelona, Ariel, 1990; “Aspectos sociales de la vida eclesiástica en los siglos XVII y XVIII”, en *Historia de la Iglesia en España, IV. La Iglesia en la España de los siglos XVII y XVIII*, dirigida por R. García Villoslada, Madrid, BAC, 1979, págs. 5-72; *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, Istmo, 1973, págs. 229-231; *La sociedad española en el siglo XVIII*, Madrid, Instituto Balmes de Sociología, 1955; Domínguez junto con J.M. Pita Andrade y José Fradejas Lebrero: *El Barroco*, Madrid, Ministerio de Cultura. Dirección General de Difusión Cultural, 1978.
- EGIDO, Teófanos: “Actitudes regalistas de los obispos de Carlos III”, en *Actas del I Symposium Internacional: Estado y Fiscalidad en el Antiguo Régimen*, Murcia, 1988, págs. 67-83; y junto con Isidoro Pinedo: *Las causas “gravísimas” y secretas de la expulsión de los jesuitas por Carlos III*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1994.
- *Elenco de grandezas y títulos nobiliarios españoles*, Madrid, Hidalguía, Instituto Salazar y Castro, 2011.
- ESTEBAN LÓPEZ, Natividad: “Platería cordobesa del siglo XVIII en tierras de Sigüenza y Atienza”, en *Boletín de la Real Academia de Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*, núm. 136, 1999, págs. 125-150; y *Orfebrería de Sigüenza y Atienza*, tesis doctoral presentada en la Universidad Complutense de Madrid, septiembre de 1992, 2 vols.
- ESTELLA MARCOS, M.: *La escultura barroca de marfil en España: las escuelas europeas y coloniales*, 2 vols. Madrid, Instituto Diego Velázquez, 1984.
- ETAYO GORDEJUELA, José Javier; Francisco Galino Nieto; y Francisco Portela Sandoval: *Universidad Complutense de Madrid: de la edad media al III milenio*, Madrid, Editorial Complutense, 2002.
- EZQUERRA DEL BAYO, Joaquín: *La duquesa de Alba y Goya: estudio biográfico y artístico*, Madrid, Aguilar, 1959.
- FALCÓN MÁRQUEZ, Teodoro: *El Palacio Arzobispal de Sevilla*, Córdoba, Obra Social y Cultural de Cajasur, 1997; “Documentación de las pinturas de Juan de Espinal en la escalera del Palacio Arzobispal de Sevilla”, en *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, nº 23, Granada, 1992, págs. 385-392; y *El Sagrario de la catedral de Sevilla*, Sevilla, Diputación, 1977.
- FAYARD, Janine: *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, 1982.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *La Constitución de Cádiz, 1812*, Madrid, Castalia, 2002.
- FEDERICO, Aurelio de: “Inventario de expedientes sobre legitimidad y pureza de sangre para obtener beneficios en la Santa Iglesia Catedral Basílica de Sigüenza”, en *Hispania Sacra*, núms. 8, Madrid, 1955, págs. 209-223; 20 (1967), págs. 439-483; y 23 (1970), 403-470; e *Historia de la diócesis de Sigüenza, hoy Sigüenza-Guadalajara y sus obispos*, Sigüenza, 1967.
- FEO Y RAMOS, José: “Apuntes para la historia de la Catedral de Canarias”, en *El Defensor de Canarias*, Las Palmas 24, 25, y 27 de febrero, y 2, 6, 9, 11, y 13 de marzo de 1926.
- FERRER BENIMELI, José Antonio: “El conde Aranda: mito y realidad de un político aragonés”, en *El conde de Aranda y su tiempo*, Actas del Congreso Internacional celebrado en Zaragoza los días 1-5 de diciembre de 1998, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998, 2 vols, tomo II, págs. 247-258; y *Masonería, Iglesia, e Ilustración*, 4 vols., Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976-1977.
- FRANCISCO OLMOS, José María de: *Los Miembros del Consejo de Hacienda (1722-1838) y Organismos Económico-Monetarios*, Madrid, Castellum, 1997.
- FRASER, Ronald: *La maldita guerra de España: historia social de la Guerra de Independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2006.
- GARCÍA BUERO, Marta; y María Soledad Buero Martínez: “El epitafio del conde de Floridablanca (1728-1828) en el Museo Arqueológico de Sevilla”, en *Archivo Hispalense*, núm. 279-281, año 2009, págs. 55-64.

- GARCÍA LEÓN, José María: *En torno a las Cortes de Cádiz: anécdotas, curiosidades, hechos y gentes de aquella magna asamblea*, Madrid, Quorum, 2007.
- GARCÍA MARTÍN, Juan: *El Juzgado de Imprentas y la utilidad pública. Cuerpo y alma de una monarquía vicarial*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2003.
- GARCÍA ORTEGA, José: *Nuestra Señora del Pino. Historia del culto a la venerada imagen de la Patrona de Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, 1936.
- GELÁN, Fernando: Diario *ABC* de Sevilla de 25 de mayo de 1983, Sección “Mayo Mariano”.
- GESTOSO Y PÉREZ, José: *Sevilla monumental y artística. Historia y descripción de todos los edificios notables, religiosos, y civiles que existen actualmente en esta ciudad, y noticia de las preciosidades artísticas y arqueológicas que en ellos se conservan*, 3 vols., Sevilla, El Conservador, 1889-1892.
- GIL PINEDA, Francisco Manuel: “Trescientos años del cardenal Delgado y Venegas: el arzobispo que no sabía dar poco”, en *Anuario de Historia de la Iglesia Andaluza*, vol. VII, 2014, págs. 267-294; “El edicto de disciplinantes de 1777 y la consolidación del moderno cortejo penitencial”, en *Boletín de las Cofradías de Sevilla*, núm. 662, “Especial Semana Santa”, año 2014, Sevilla, Consejo General de Hermandades y Cofradías, págs. 315-319; “Nuevas precisiones artísticas sobre el tesoro catedralicio hispalense: Las dos grandes bandejas rococó donadas por el cardenal Delgado (y II)”, en *Revista Isidorianum*, núm. 44, Sevilla, Centro de Estudios Teológicos, 2013, págs. 485-498; “Nuevas precisiones artísticas sobre el tesoro catedralicio hispalense (I): el cáliz y el copón de oro y piedras preciosas”, en *Revista Isidorianum*, núm. 42, Sevilla, Centro de Estudios Teológicos, 2012, págs. 473-483; “El episcopado español en la Guerra de la Independencia. El caso del arzobispo de Laodicea”, en *Anuario de Historia de la Iglesia Andaluza*, vol. V, Sevilla, Centro de Estudios Teológicos, 2012, págs. 165-187; “El relámpago que cerró el arte barroco en España. La gran custodia del cardenal Delgado y Venegas”, en *Archivo Hispalense*, núms. 288-290, Sevilla, Excma. Diputación Provincial, 2012, págs. 241-257; y “Don Juan Acisclo de Vera y Delgado, Arzobispo de Laodicea y Presidente de la Junta Suprema Central. Una aportación biográfica”, en *La Guerra de la Independencia en la provincia de Sevilla. Actas de las V Jornadas de Historia sobre la provincia de Sevilla*, Mairena del Alcor, ASCIL, 7 y 8 de marzo de 2008, págs. 203-215.
- GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique: “Gregorio Mayans y la Compañía de Jesús. Razones de un desencuentro”, en *Actas del Congreso Internacional sobre Gregorio Mayans*, Valencia, 1999, págs. 529-558.
- GÓMEZ BARCELÓ, José Luis: “El obispado de Ceuta en los siglos XIX y XX”, IV Jornadas de Historia de Ceuta, Ceuta, 2001, actas: *Ceuta en los siglos XIX y XX*, Ceuta, 2004, págs. 113-152; y “San Juan de Dios. Su estancia en Ceuta”, en actas del *Simpósio Religiosidad popular en España*, celebrado en San Lorenzo del Escorial del 1-4 de septiembre de 1997, edita Real Centro Universitario María Cristina, págs. 557-580.
- GÓMEZ GARCÍA, Manuel: *Diccionario del Teatro*, Madrid, Akal, 1997.
- GÓMEZ IMAZ, Manuel: *Los periódicos durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1910; y *Sevilla en 1808: servicios patrióticos de la Suprema Junta en 1808 y relaciones hasta ahora inéditas de los regimientos creados por ella, escritos por sus coroneles*, Sevilla, Imprenta de Francisco de Paz Díaz, 1908.
- GÓMEZ RIVERO, Ricardo: “Los consejeros de la Suprema en el siglo XVIII”, en *Revista de la Inquisición*, núm. 7, año 1998, págs. 165-224.
- GONZÁLEZ, Benigno: Diario *ABC* de Sevilla, fecha 15 de marzo de 1974, Sección “Antiguallas sevillanas”.
- GONZÁLEZ BELTRÁN, Jesús Manuel: “Precios y salarios agrícolas en Jerez de la Frontera a fines del siglo XVIII”, en *El mundo rural en la España Moderna*, coord. Francisco Aranda Pérez, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2004.
- GONZÁLEZ CRISTÓBAL, Margarita: “Archivo General de Palacio”, en *Arbor*, mayo 2001, págs., 267-286.
- GONZÁLEZ MENA, María Ángeles: “Ornamentos sagrados en la catedral de Sevilla” en *La Catedral de Sevilla*, obra colectiva, Sevilla, Ediciones Guadalquivir 1991.

- GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel: *El sevillano don Juan Curiel, Juez de Imprentas*, Sevilla, Diputación Provincial, 1945.
- GONZÁLEZ SOSA, Pedro: *Canónigo Gordillo: un genio de la discordia*, Cabildo Insular de Gran Canaria, 2001.
- GOÑI GAZTAMBIDE, José: *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, 4 vols y Suplemento, dirigido por Quintín Aldea Vaquero, Tomás Marín Martínez, José Vives Gatell, Madrid, Instituto “Enrique Flórez”, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1972-1975, Suplemento (1987).
- GUILLÉN TORRALBA, Juan: *Historia de las bibliotecas Capitular y Colombina*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2006.
- HEREDIA MORENO, María del Carmen, y Amelia López-Yarto Elizalde: *La edad de oro de la platería complutense, 1500-1650*, Madrid, CSIC, Instituto de Historia, Colección Biblioteca de Historia del Arte, 3, 2001.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel: *Fiestas y creencias en Canarias en la Edad Moderna*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2007; y *Enfermedad y muerte en Canarias en el siglo XVIII*, 2 vols., tomo I, Ediciones Idea, 2004.
- HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, Vicente: *La villa de Teror*, Las Palmas de Gran Canaria, Imprenta Pérez Galdós, 1984.
- HERNÁNDEZ PERERA, Jesús: *Orfebrería en Canarias*, Madrid, CSIC, Instituto Diego de Velázquez, 1955; y “La obra del platero cordobés Damián de Castro en Canarias”, en *Archivo Español de Arte*, nº 98, año 1952, págs. 111-128.
- HERRANZ PALAZUELOS, Epifanio: *Guía para visitar los santuarios marianos de Castilla-La Mancha*, serie: *María en los pueblos de España. Fe, Historia, Antropología, Devoción, Arte*, Encuentro, 1995.
- HERRERA CASADO, Antonio: *Heráldica seguntina: La Catedral de Sigüenza*, Colección Archivo Heráldico de Guadalajara, 5, Guadalajara, AACHE Ediciones, 1990; y *Sigüenza, una ciudad medieval: una guía para conocerla y visitarla*, Guadalajara, AACHE, 2000.
- HERRERA GARCÍA, Antonio: *Escrituras públicas del siglo XVIII: Villanueva del Ariscal*. Sevilla, Asociación de Profesores Hespérides, 2012. 1 CD; “La santificación de una guerra por un prelado sevillano en 1809”, Separata de *Hespérides: Anuario de Investigaciones*, núm. 12, 2004, págs. 173-186; *Villanueva del Ariscal. Historia de mi pueblo*, Villanueva del Ariscal, Excmo. Ayuntamiento, 1995; “Las ventas de las jurisdicciones de tolerancia en el XVII. Análisis de un caso concreto”. *Revista de Estudios de la Administración Local y Autonómica*, núm. 235-236, Madrid, Instituto Nacional de la Administración Pública, 1987, págs. 733-747; “Los pleitos de doña Isabel Colón y sus sucesores con el concejo de Villanueva del Ariscal” (I y II), en *Hidalguía*, 33, Madrid, 1985, págs. 225-254, y 749-775; “La venta de Villanueva del Ariscal al conde de Gelves (1537)”, revista *Archivo Hispalense*, núm. 206, tomo LXVII, Sevilla, 1984, págs. 3-22; *El Aljarafe durante el Antiguo Régimen*. Sevilla, Publicaciones de la Excmo. Diputación de Sevilla. Serie Colecciones Paralelas, 1981; y “Riña de alcaldes en 1677 en la iglesia de Villanueva del Ariscal”, separata de la revista *Archivo Hispalense*, núm. 98, tomo XXXI, Sevilla, 1959, págs. 333-338.
- HERRERA GUILLÉN, Rafael: *Floridablanca en la Guerra de la Independencia*, Murcia, Ediciones Tres Fronteras, 2009.
- JACOB, William: *Viajes por el sur: cartas escritas entre 1809 y 1810*, introducción y traducción por Rocío Plaza Orellana, Dos Hermanas (Sevilla), Portada, D.L., 2002.
- JIMÉNEZ DE GREGORIO, Fernando: “Martirio y asesinato por los franceses del obispo de Coria Dr. Álvarez de Castro”. *Revista Toletum*, núm. 33, año 1995.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, Sebastián: *Sucinta historia de la devoción del pueblo canario a Nuestra Señora del Pino, patrona de Gran Canaria*, Las Palmas, 1955.
- JOVELLANOS, Melchor Gaspar de: *Memoria en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la Junta Central del Reino, y se da razón de la conducta y opiniones del autor desde que recobró su libertad*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1951.
- LACOSTE, J.: *Referencias fotográficas de las obras de Arte en España. Pintura, II, Colección Marqués de Casa Torres*, Madrid, 1914.

- LA PARRA LÓPEZ, Emilio: *El primer liberalismo y la Iglesia: Las Cortes de Cádiz*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985; y *La Iglesia española en el siglo XIX: desafíos y respuestas*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2005.
- LARRAÑAGA, Victoriano, S.J.: *Beato Fr. Diego José de Cádiz*, Colección “Grandezas Españolas”, Madrid, Editorial “Razón y Fe”, 1923.
- LEÓN NAVARRO, Vicente: “La élite eclesiástica ante la política: Joaquín Lorenzo Villanueva y Miguel Cortés”, en *Las élites y la “revolución” de España (1808-1814). Estudios en homenaje al profesor Gérard Dufour*, Armando Alberola y Elisabel Larriba (Eds.), Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2010.
- LUNA Y FERNÁNDEZ ARAMBURU, Rocio; y Concha Serrano Barberán: *Planos y dibujos del Archivo de la Catedral de Sevilla*, Sevilla, Diputación, 1986.
- LYNCH, John: *El siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, 1991.
- LÓPEZ, Emilio: “Un mueble con una inscripción”, *Diario de Cádiz*, 4 de abril de 2008.
- MARCO DORTA, Enrique: *Planos y dibujos del Archivo de la Catedral de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, El Museo Canario, 1964.
- MARTÍ GILABERT, Francisco: *Carlos III y la política religiosa*, Madrid, Rialp, 2004.
- MARTÍN RIEGO, Manuel: *Diezmos eclesiásticos: rentas y gastos de la mesa arzobispal hispalense (1750-1800)*, Sevilla, Caja Rural, 1990; “Ofertas de estudios en la Archidiócesis hispalense en el siglo XVIII”, en *Communio*, Sevilla, 1990, págs. 77-96; “Las capellanías de la Archidiócesis de Sevilla”, *Isidorianum*, 1, año 1992, págs. 171-204; “El Plan de Erección y Dotación de Curatos de 1791. Una reforma de la Archidiócesis hispalense”, Separata de *Isidorianum*, n° 4, Sevilla, Centro de Estudios Teológicos (CET), 1993, págs. 199-248; “La formación intelectual del clero parroquial de la diócesis de Sevilla: 1750-1931”, Separata del Anuario de investigaciones *Hespérides*, 3, 1995, págs. 393-415 PRIMERA 26; *Las conferencias morales y la formación permanente del clero en la archidiócesis de Sevilla: siglos XVIII-XX*, Sevilla, Fundación Infanta María Luisa, 1997; “La Visita Pastoral de las parroquias”, en *Memoria Ecclesiae*, 14, año 1999, págs. 157-203; *Los concursos a parroquias en la Archidiócesis de Sevilla (1611-1926)*, Obra Social y Cutural Cajasur, 1999; “Nivel moral del clero parroquial en la Archidiócesis hispalense en la segunda mitad del siglo XVIII”, Comunicación en el *Coloquio Internacional de Estudios Sobre África y Asia*, 1999, págs. 479-490; “Limosna y Caridad en los Arzobispos de Sevilla (1755-1795)”, en Revista *Isidorianum*, núm. 21-22, año 2002, vol. 11, págs. 415-476; “Organización interna de la archidiócesis hispalense: arcedianos, vicarías foráneas y arciprestazgos”, *Archivos de la Iglesia de Sevilla: Homenaje al archivero D. Pedro Rubio Merino*, Córdoba, Obra Social y Cultural de Cajasur, 2006, págs. 429-462; “La Iglesia y el clero de Sevilla durante la ocupación francesa (1810-1812)”, en *Anuario de Historia de la Iglesia andaluza*, vol. 3, 2010; “Sevilla entre el Liberalismo y la Restauración (1800-1900)”, en *Historia de las diócesis españolas*, volumen 10, coord. José Sánchez Herrero, año 2002; “Regalismo y liberalismo: relación Iglesia-Estado en la Iglesia española (Siglos XVIII y XIX)”, en *Iglesia y poder público*, Actas del VII Simposio de Historia de la Iglesia en España y América, Sevilla, 13 de mayo de 1996; y “Sevilla de las luces”, capítulo de *Historia de la Iglesia de Sevilla*, obra colectiva dirigida por Carlos Ros, Sevilla, Editorial Castillejo, 1992, págs. 517-607.
- MARTÍNEZ BUENO, Rafael: “Obras y reformas en la iglesia parroquial de Villanueva del Ariscal durante el siglo XVIII”, en revista *Santiago*, núm. 10, Villanueva del Ariscal, 1993.
- MARTÍNEZ PEÑAS, Leandro: *El confesor del rey en el Antiguo Régimen*, Madrid, Editorial Complutense, 2007.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: *Diccionario de Historia Moderna de España: la Administración*, Madrid, Ediciones Istmo, 2007.
- MARTÍNEZ DE VELASCO, Ángel: *La formación de la Junta Central*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1972.
- MATILLA TASCÓN, Antonio: *Catálogo de documentos notariales de nobles*, Madrid, Ediciones Hidalguía, 1987.
- MATUTE Y GAVIRIA, Justino de: *Anales Eclesiásticos y Seculares de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Sevilla* (2ª Ed.), 3 vols., Sevilla, Ediciones Guadalquivir, 1997.



- MENA, José María de: *Curiosidades históricas de Sevilla* (2ª Ed.), Sevilla, Rodríguez Castillejo, 1989.
- MÉNDEZ BEJARANO, Mario: *Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales de Sevilla y su actual provincia*, 3 vols., Sevilla, Tipografía Gironés, 1922-1925; y *La literatura española en el siglo XIX (general, regional y americana)*, Apéndice de Pedro Sainz Rodríguez, Madrid, Gráfica Universal, 1921.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino: *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882), 3 vols., Madrid, Editorial Católica (3ª Ed.), 1978; también en 2 vols. con estudio preliminar del Dr. Rafael García y García de Castro, Madrid, BAC, 2000.
- MERCHÁN CORNELLÁ, María del Monte: *Historia de la Capilla Real de Sevilla*, Biblioteca del Palacio Arzobispal, Sevilla, Tesis inédita.
- MESTRE SANCHÍS, Antonio: “Francisco Manuel de Mena: La ascensión social de un mercader de libros proveedor de la élite ilustrada”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, núm. 4, Alicante, 1984, págs. 47-72; y *El mundo intelectual de Mayans*, Valencia, Ayuntamiento de Oliva, 1978.
- MOLAS RIBALTA, Pedro: *Del absolutismo a la Constitución: la adaptación de la clase política al cambio de régimen*, Madrid, Sílex Ediciones, 2008.
- MOLINA PIÑEDO, Ramón, O.S.B.: *Las señoras de Valfermoso: datos para la biografía de una comunidad*, Guadalajara, AACHE, 1996.
- MORALES Y MARÍN, José Luis: *Los Bayeu*, Zaragoza, Caja de Ahorros, 1979; y *Francisco Bayeu: vida y obra*, Zaragoza, Ediciones Moncayo, 1995.
- MORALES PADRÓN, Francisco: *La ciudad del Quinientos: historia de Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1977.
- MORÁN ORTÍ, Manuel: “La formación de las Cortes (1808-1810)”, en *Las Cortes de Cádiz*, coordinado por Miguel Artola, Madrid, Marcial Pons, 2003, págs. 13-36; y *Revolución y reforma religiosa en las Cortes de Cádiz*, Madrid, Actas, 1994.
- MORANGE, Claude: *Paleobiografía (1779-1819) del “Pobrecito holgazán” Sebastián de Miaño y Bedoya*, Salamanca, Universidad, 2002.
- MORENO ALONSO, Manuel: *La verdadera historia del asedio napoleónico de Cádiz, 1810-1812. Una historia humana de la Guerra de la Independencia*. Madrid, Sílex, 2011; edición del diario de Francisco Saavedra: *La rebelión de las provincias en España. Los grandes días de la Junta Suprema de Sevilla, 1808-1810*, Sevilla, Alfar, 2011; *El nacimiento de una nación: Sevilla 1808-1810. La capital de una nación en guerra*, Madrid, Cátedra, 2010; *La Junta Suprema de Sevilla*, Sevilla, Alfar, 2001; *Blanco White: la obsesión de España*, Sevilla, Alfar, 1998; *La Revolución “Santa” de Sevilla. La revuelta popular de 1808*, Sevilla, Publicaciones de la Caja San Fernando de Sevilla y Jerez, 1997; *Memorias inéditas de un ministro ilustrado*, Colección ideas y creencias, Sevilla, Editorial Castillejo, 1992; *Sevilla napoleónica*, Sevilla, Alfar, 1995; “Sevilla de la Ilustración al Liberalismo”, en *Historia de la Iglesia de Sevilla* (obra colectiva), Sevilla, Editorial Castillejo, 1992, págs. 611-661; *La generación española de 1808*, Madrid, Alianza, 1989; y “Lord Holland y los orígenes del liberalismo español”, en *Revista de Estudios Políticos*, nº 36, año 1983, págs. 181-218.
- MORENO CUADRO, Fernando: *Platería cordobesa*, Córdoba, Fundación Cajasur, Colección “Temas Andaluces”, 2006.
- MORENO NAVARRO, Isidoro: *La antigua hermandad de los negros de Sevilla: etnicidad, poder y sociedad en 600 años de historia*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1997.
- MORGADO GARCÍA, Arturo: *La diócesis de Cádiz: de Trento a la Desamortización*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2008; “El obispado de Cádiz en la época contemporánea”, en *Historia de las diócesis españolas: Iglesias de Sevilla, Huelva, Jaén, Cádiz y Ceuta*, José Sánchez Herrero, coord., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2002, págs. 693-723.
- MORTERERO, Conrado: *Archivo General del Palacio Real de Madrid (Inventario-Guía del fondo documental)*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1977.
- MOYA ULLDEMOLINS, Joaquín: *El clero cordobés, potencial económico, hacienda, renta y bienes (s. XVIII-XIX)*, Córdoba, Universidad, 1986; y “Aspecto económicos de la Mesa Capitular del cabildo de la catedral de Córdoba”, en *Actas I Coloquio de Historia de Andalucía Moderna (S. XVIII)*, Córdoba, 1978, II, págs. 243-254.

- MUSEO MUNICIPAL DE MADRID: *Catálogo del Gabinete de Estampas del Museo Municipal de Madrid*, por Juan Carrete, Estrella de Diego y Jesusa Vega, 2 vols., Madrid, Museo Municipal, 1985.
- OCHOA DEL CARMEN, Fray Gregorio: *Historia General de la Orden de Agustinos Recoletos*, tomo IX, 1797-1835, Zaragoza, Editorial Gambón, 1929, págs. 115-116.
- ORTEGA GATO, Eusebio: “Nobiliario del partido judicial de Baltanás”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, núm. 19, año 1959 (5-191).
- ORTIZ GARCÍA, Antonio; y Manuel Rubio Fuentes: *Historia de la villa de Mandayona*, Guadalajara, AACHE Ediciones, 2000.
- PALOMERO, Jesús: “La plata en la Catedral de Sevilla”, en *La Catedral de Sevilla*, 1984, págs. 624-625; y *El fulgor de la plata*. Catálogo de la exposición celebrada en la iglesia de San Agustín de Córdoba entre el 24 de septiembre y el 30 de diciembre de 2007, Rafael Sánchez Lafuente (coord.), Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 2007.
- PARIAS SÁINZ DE ROZAS, María: *El mercado de la Tierra Sevillana en el siglo XIX*, Sevilla, Universidad, 1989.
- *Paseo histórico-artístico por Cádiz* [Autor J.N.G.], Cádiz, Establecimiento tipográfico a cargo de F. Arjona, 1843.
- PERALES, Rosa María: *Juan de Espinal*, Sevilla, Diputación Provincial, 1981.
- PÉREZ VILLAMIL, Manuel: “Joya inédita y desconocida de la orfebrería española”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo XXVI, año XVI, enero-febrero de 1912, núms. 1 y 2, Madrid, 1913; y *La catedral de Sigüenza*, Madrid, Tipografía Herrés, 1899, reedición facsímil de Editorial Maxtor, 2001.
- PERLADO, Pedro Antonio: *Los obispos españoles ante la amnistía de 1817*, Pamplona, Ediciones de la Universidad de Navarra, 1971.
- PLANEDAS, Pablo (OAR): “María Rosa de Jesús, una agustina recoleta muy activa en las Cortes de Cádiz”, artículo publicado en la página oficial de la Orden de los Agustinos Recoletos, 6 de junio de 2012.
- PLAZA ORELLANA, Rocío: *Los espectáculos escénicos en Sevilla bajo el gobierno de Godoy (1795-1808)*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 2007.
- PLEGUEZUELO, Alfonso: *Cayetano de Acosta*, Colección Arte Hispalense, núm. 80, Sevilla, Diputación, 2007.
- POSAC MON, Carlos: “Ceuta baluarte de España en la Guerra de la Independencia”, Separata de *La Guerra de la Independencia: estudios*, vol. I, José Antonio Armillas (coord.), Zaragoza, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2001, págs. 535-548.
- PRADOS FERNÁNDEZ, Emilio: “La descalificación moral del sainete dieciochesco”, *El teatro menor en España a partir del siglo XVI*. Actas del coloquio celebrado en Madrid, 20-22 de mayo de 1982, edición del Instituto Miguel de Cervantes (CSIC), 1983, págs. 215-230; e *Historia del Teatro en España*, Siglo XVIII-XIX, 2 vols., Taurus 1988.
- PRATS, Joaquín: “La experiencia cerverina y las fluctuaciones reformistas en las facultades jurídicas de la Universidad de Cervera”, *Ivs Fugit*, 13-14, año 2004-2006, págs. 61-75; *La Universitat de Cervera i el Reformisme borbònic*, Lleida, Pagés Editors, 1993; e “Historiografía y publicismo sobre la Universidad de Cervera: entre el mito y el sambenito”, *Manuscr. Revista d’Història Moderna*, núm. 6, Barcelona, Universidad Autònoma, 1987.
- PUGA, María Teresa: *Fernando VII*, Barcelona, Ariel, 2004.
- RAMÍREZ DE VILLAU RRUTIA, Wenceslao, marqués de Villaurrutia: *Relaciones entre España e Inglaterra durante la Guerra de la Independencia: 1809-1812. Desde la batalla de Talavera hasta la de Arapiles*, Madrid, Francisco Beltrán, 1912.
- RECIO MIR, Álvaro: “Mentalidad suntuaria y ornato del templo: el mecenazgo del cardenal Delgado y Venegas”, en *El comportamiento de las catedrales españolas del Barroco a los Historicismos*, Universidad de Murcia, Murcia 2003, págs.411-423.

- REVUELTA GONZÁLEZ, Manuel: “La Iglesia española ante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)”, en *Historia de la Iglesia en España*, tomo V: *La Iglesia en la España Contemporánea*, Ricardo García Villoslada (ed.), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1979.
- RITZLER, Remigium, y Pirminum Sefrin: *Hierarchia Catholica et Medii Aevi Recientoris*, 8 vols., tomos VI (1730-1799); y VII (1800-1846), Patavii, Typis et Sumptibus Domus Editorialis “Il Messaggero di S. Antonio” apud S. Antonii Basilicam, 1958. Se trata de la continuación de la obra iniciada por Conrado Eubel.
- RODRÍGUEZ CASADO, Vicente: *Iglesia y Estado en el reinado de Carlos III*, Sevilla, Hispalensis, 1948.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA, Carlos: *Don Luis de Borbón, el cardenal de los liberales (1777-1823)*, Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2002; *Dos Borbones, cardenales primados de España*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001; y “La Iglesia española entre 1808-1810: un cruce de viejos y nuevos problemas”, *Revista de Historia Militar*, 2006, Extraordinario 1, Madrid, Instituto de Historia y Cultura Militar, págs. 183-207.
- ROJAS Y SOLÍS, Ricardo de: *Anales de la Plaza de Toros 1730-1835*, 2 vols., Sevilla, Oficina Tipográfica de la “Guía Oficial”, 1917.
- RUBIO Y BORRÁS, Manuel: *Historia de la Real y Pontifica Universidad de Cervera*, Barcelona, Librería Verdager, 1915
- RUMEU DE ARMAS, A: *Historia de la censura literaria gubernativa en España*, Madrid, 1940.
- ROS, Carlos: *Los Arzobispos de Sevilla: luces y sombras en la sede hispalense*, Sevilla, edición del autor, 1986; e *Historia de la Iglesia de Sevilla* (coord.), Sevilla, Editorial Castillejo, 1992.
- RUIZ SÁNCHEZ, José-Leonardo: “La intromisión francesa de 1808 y las secuelas para la Iglesia”, en *Anuario de Historia de la Iglesia Andaluza*, vol. 3, año 2010, págs. 67-81.
- RÚJULA Y OCHOTORENA, José de, Marqués de Ciadoncha: *Índice de los colegiales del Mayor de San Ildefonso y Menores de Alcalá*. Madrid, 3 vols., tomo III, CSIC, Instituto “Jerónimo Zurita”, 1946.
- SAAVEDRA Y SANGRONIZ, Francisco de /Manuel Moreno Alonso (Edición): *La rebelión de las provincias en España. Los grandes días de la Junta Suprema de Sevilla, 1808-1810*, Sevilla, Alfar, 2011.
- SAAVEDRA ZAPATER, Juan Carlos: “Evolución de la Capilla Real de Palacio en la segunda mitad del siglo XVIII”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 2003, Anejo II, 241-267.
- SALAS BALUST, Luis de: *Reales reformas de los antiguos colegios de Salamanca anteriores a las del reinado de Carlos III*, Colección Estudios y Documentos, núm. 10, Cuadernos de Historia Moderna, Valladolid, Universidad, 1956.
- SALAZAR Y ACHA, Jaime de: *Estudio histórico sobre una familia extremeña, los Sánchez-Arjona*, Madrid, Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, 2000.
- SALAZAR MIR, Adolfo: *Los expedientes de limpieza de sangre de la Catedral de Sevilla*, 3 vols., Madrid, Editorial Hidalguía, Instituto Luis de Salazar y Castro, 1995-1998.
- SÁNCHEZ BLANCO, Francisco: *El absolutismo y las luces en el reinado de Carlos III*, Madrid, Marcial Pons, 2002.
- SÁNCHEZ HERRERO, José (coord.): *Historia de las diócesis españolas; Iglesias de Sevilla, Huelva, Jerez y Cádiz y Ceuta*, Madrid-Córdoba, Biblioteca de Autores Cristianos, 2002.
- SÁNCHEZ PÉREZ, Agustín: “El Seminario de Canarias”, en *Almogaren*, núm. 35, diciembre de 2004.
- SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Julio: *Las iglesias de Nuestra Señora del Pino y las ermitas de Teror*, edición del autor, 2008; junto con CAZORLA LEÓN, Santiago: *Obispos de Canarias y Rubicón*, Madrid, Eypasa, 1997.
- SANZ SERRANO, María Jesús: “Vicisitudes del ajuar de plata de la Capilla de la Antigua de la Catedral de Sevilla”, en *Laboratorio de Arte. Revista del Departamento de Historia del Arte*, nº 22, año 2010, págs. 185-215; “Un original modelo de bandejas rococó”, en *Estudios de Platería San Eloy*, Murcia, 2007, coordinado por Jesús Rivas Carmona, págs. 347-356; *El fulgor de la plata*. Catálogo de la exposición que tuvo lugar entre el 24 de septiembre y el 30 de diciembre de 2007, Junta de Andalucía, 2007, págs. 364-

- 354; “Orfebrería cordobesa en la catedral de Sevilla”, en *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*, tomo VII: Andalucía Moderna, vol. II (siglo XVIII), págs. 275-288, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1982; y *La orfebrería sevillana del Barroco*, 2 vols., Sevilla, Diputación Provincial, 1976.
- SARRAILH, Jean: *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1992.
  - SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Guerra de la Independencia, 1808-1814*, vol. V, “Campana de 1810”, ponente: Coronel de Estado Mayor, Juan Priego López, Madrid, Editorial San Martín, 1981.
  - SOLANO DE FIGUEROA, Juan: *Historia eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz: continuación de lo escrito por D. Juan Solano de Figueroa*. Preámbulo de Antonio del Solar Taboada, 2 vols., Badajoz, Tipografía Viuda de Antonio Arqueros, 1945.
  - SOLÉ, Pablo Antón: *La Iglesia gaditana en el siglo XVIII*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad, 1994; *La catedral nueva de Cádiz*, Caja San Fernando de Sevilla y Jerez, 1993; y “El mecenazgo artístico de los obispos de Cádiz: Lorenzo Armengual, Tomás del Valle y José Escalzo”, *Anales de la Real Academia de Bellas Artes de Cádiz*, núm. 10, año 1992.
  - SOLÍS, Ramón: *El Cádiz de las Cortes: la vida en la ciudad en los años de 1810 a 1813*, Madrid, Sílex Ediciones, 2000.
  - SUÁREZ, Federico: *El proceso de convocatoria a Cortes (1808-1810)*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1982; y *Las Cortes de Cádiz*, Madrid, Rialp, 2002.
  - TEJADA VIZUETE, Francisco: *La plata en la catedral de Badajoz*, Los Santos de Maimona, Edita Secretariado Diocesano del Obispado de Badajoz, 1988.
  - TOMÁS, Mariano: *La miniatura retrato en España*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1953.
  - TURMO, Isabel: *Bordado y bordadores sevillanos (Siglos XVI al XVIII)*, Sevilla, Laboratorio de Arte de la Universidad de Sevilla, 1955.
  - UBRIQUE, Fray Sebastián de: *Vida del beato Diego José de Cádiz, misionero apostólico capuchino*, 2 vols., Sevilla, Imprenta de la Divina Pastora, 1926.
  - UNIÓN DE CRIADORES DE TOROS DE LIDIA (UTCL): *Registro de Ganaderías*, año 1932, Madrid, Papelería Madrileña, 1932.
  - VACA DE OSMA, José Antonio: *Carlos III*, Madrid, Rialp, 2005.
  - VALDIVIESO, Enrique: *Murillo. Catálogo razonado de pinturas*, Madrid, El Viso, 2010; “Una Inmaculada inédita de Cayetano de Acosta”, *Archivo Hispalense*, tomo LXIV, nº 196, año 1981, págs. 143-145; *Catálogo de las pinturas de la Catedral de Sevilla*, Sevilla, edición del autor, 1978; *Juan de Roelas*, Colección Arte Hispalense, núm. XVIII, Sevilla, Diputación, 1978; y con Juan Manuel Serrera: *El Hospital de la Caridad de Sevilla*. Sevilla, edición de los autores, 1980; y *Catálogo de las pinturas del Palacio Arzobispal de Sevilla*, Sevilla, edición de los autores, 1979.
  - VALENCINA, Fray Diego de: *Cartas íntimas del beato fray Diego José de Cádiz dirigidas al P. Fray Eusebio de Sevilla, su primer maestro de novicios. Coleccionadas y anotadas por el P. Fray Diego de Valencina*, Cádiz, 1943; *Cartas interesantes que el beato fray Diego José de Cádiz dirigió a su amigo y confidente el R.P. Fr. Francisco de Asís González*, Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1909; y *Cartas de conciencia que el beato Diego José de Cádiz dirigió a su director espiritual D. Juan José Alcover e Higuera, abad de la Colegiata del Salvador de Granada. Anotadas por el M.R.P. Diego de Valencina. Con un prólogo-censura de D. Juan F. Muñoz y Pavón*, Sevilla, 1904.
  - VALVERDE MADRID, José: “El platero Damián de Castro”, en *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, número 86, año 1964, págs. 31-126.
  - VELÁZQUEZ SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla de 1800 a 1850*. Sevilla, 1872. Colección Clásicos sevillanos. Sevilla, Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayto. de Sevilla, 1994.
  - VILLAPADIERNA, Fray Isidoro de: “El conflicto entre el cardenal primado y el nuncio monseñor Gravina (1809-1814)”, en *Anthologica Annua*, nº 5, Roma (Italia), Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1957, págs. 261-313; y “El episcopado español y las Cortes de Cádiz”, en *Hispania Sacra*, nº 8. Barcelona, Instituto P. Enrique Flórez, 1955, págs. 275-335.

- VV.AA.: *Catálogo de libros de polifonía de la catedral de Sevilla*, coordinador por Herminio González Barrionuevo, José Enrique Ayarra Jarne, y Manuel Vázquez Vázquez, Sevilla, Centro de Documentación Musical de Andalucía, 1994.
- VV.AA.: *Diccionario bibliográfico de la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)*, Madrid, Publicaciones del Servicio Geográfico del Ejército, 1944-1952.
- VV.AA.: *Diccionario de la Guerra de la Independencia*, 2 vols., Emilio de Diego y José Sánchez-Arcilla (dirección), Madrid, Actas, 2012.
- VV.AA.: *Diccionario biográfico de parlamentarios de Andalucía, 1810-1869*, letras A-G, Centro de Estudios Andaluces, 2010.
- VV.AA.: *El órgano de la Capilla del Palacio Real de Madrid*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1994.
- VV.AA.: *Guía artística de Sevilla y su provincia*, 2 vols., Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004.
- VV.AA.: *Historia General de España y América*, 19 vols., Madrid, Editorial Rialp, 1981.
- VV.AA.: *Iglesias de Canarias y Tenerife*, coord. Juan María Laboa Gallego, Biblioteca de Autores Cristianos, 2007.
- VV.AA.: *La catedral guía mental y espiritual de la Europa Barroca Católica*. Germán Ramallo Asensio (Coord.), Murcia, Editum, 2010.
- VV.AA.: *Los toros. Tratado técnico e histórico [El Cossío]*, obra colectiva dirigida por José María de Cossío, 12 vols., Madrid, Espasa-Calpe, 1943-1996.
- ZARAGOZA PASCUAL, Ernesto: *Història de la Congregació Benedictina Claustral Tarraconense i Cesaraugustiana (1215-1835)*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 2004.
- ZAVALA, Iris María: "Clandestinidad y literatura en el Setecientos", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, núm. 24, México, Colegio de México, 1975, págs. 398-418.

### Bibliografía recomendada:

- ALDEA VAQUERO, Quintín, Tomás Marín Martínez, y José Vives Gatell: *Diccionario de historia eclesiástica de España*, 4 vols., Madrid, Instituto Enrique Flórez-CSIC, 1972-1975, Suplemento, 1987.
- ALONSO DE LA SIERRA, Juan: *Guía artística de Cádiz y su Provincia*, 2 vols., Cádiz, Fundación José Manuel Lara-Diputación Provincial de Cádiz, 2005.
- ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater Dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2003; *Las historias de España: visiones del pasado y construcción de identidad*, Colección Historia de España, tomo XII, Barcelona, Crítica-Marcial Pons, 2013; “España el peso del estereotipo”, en *Claves de razón práctica*, núm. 48, 1994, págs. 2-11; o “La construcción de España”, en *El siglo de Carlos V y Felipe II: la construcción de los mitos en el siglo XIX*, congreso internacional celebrado en Valladolid en 1995, las actas en vol. I, año 2000, págs. 31-48;
- ÁLVAREZ DE MORALES, Antonio: *Inquisición e ilustración, 1700-1834*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982; y *La Ilustración y la reforma de la Universidad en la España del siglo XVIII*, Madrid, INAP, 1988.
- AMORES MARTÍNEZ, Francisco: *El mecenazgo artístico en el Aljarafe sevillano durante la Edad Moderna*, Tesis doctoral presentada en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Sevilla, 1999.
- ÁLVAREZ SANTALÓ, León C.: *Marginación social y mentalidad en Andalucía Occidental: Expósitos en Sevilla (1683-1910)*, Sevilla, Junta de Andalucía, 1980.
- BENNASAR, Bartolomé: *Inquisición española: poder político y control social*; con la colaboración de Catherine Brault-Noble et al., Barcelona, Crítica, 1984.
- CADENAS Y VICENT, Vicente de, y Emilio de Cárdenas Piera: *Caballeros de la Orden de Santiago, siglo XVIII*, 9 vols., Madrid, Ediciones Hidalguía, 1977-1996; y *Extracto de los expedientes de la orden de Carlos III, 1771-1847*, 8 vols., Madrid, Ediciones Hidalguía, 1979-1986.
- CAMPESE GALLEGU, Fernando Javier: *Los comuneros sevillanos del siglo XVIII: estudio social, prosopográfico y genealógico*, Sevilla, Fabiola, 2004.
- CARMONA, Juan Ignacio: *El sistema de la hospitalidad pública en la Sevilla del Antiguo Régimen*, Sevilla, Diputación, 1979.
- CARRASCO, Fernando; y Miguel Criado: *El toro de lidia. Encastes y ganaderías: Finales del siglo XX, principios del siglo XXI*, Utrera, Ayuntamiento, 2003.
- CARTAYA BAÑOS, Juan: *Para ejercitar la maestría de los caballos: la nobleza sevillana y la fundación de la Real Maestranza de Caballería en 1670*, Sevilla, Diputación, 2012.
- CASQUETE DE PRADO, Nuria, y Nuria Prados Torres: “Bibliotecas y Bibliotecarios en el Palacio Arzobispal de Sevilla”, *Archivos de la Iglesia de Sevilla. Homenaje a don Pedro Rubio Merino*, Córdoba, Obra Social Cajasur, 2006, págs. 103-125.
- CONDE MORA, Francisco Glicerio: “El eclesiástico que convocó las Cortes de 1810: D. Juan Acislo Vera Delgado, arzobispo de Laodicea, obispo de Cádiz”, *Aportes. Revista de historia contemporánea*, núm. 21, Madrid, 2006.
- CONTRERAS, Jaime: *Historia de la Inquisición española (1478-1834): herejías, delitos y representación*, Madrid, Arco Libros, 1997; y “La Inquisición a debat”, en *Manuscrits: Revista d’Història Moderna*, núm. 13, año 1995, págs. 61-78; (con Bartolomé Escandell) “Fuentes y técnicas del conocimiento histórico del Santo Oficio: metodología y técnicas de la investigación inquisitorial”, en *Historia de la Inquisición en España y América*, vol. I, año 1984, págs. 169-175; y “Estructura de la actividad procesal del Santo Oficio”, en misma publicación, año 1993, vol. 2, págs. 588-632.
- CORTÉS PEÑA, Antonio Luis y Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz: *La Iglesia española en la Edad Moderna: balance y perspectivas*, Madrid, Abadía, 2007.
- CUADRA Y GIBAJA, Enrique de la: *Historia del Colegio Mayor de Sto. Tomás de Sevilla*, 2 vols., Sevilla, Imprenta de E. Rasco, 1890.

- CUART MONER, Baltasar: *Colegiales mayores y limpieza de sangre durante la Edad Moderna. El estatuto de San Clemente de Bolonia (ss. XV-XIX)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1991.
- CUENCA TORIBIO, José Manuel: *Sociología de una élite de poder de España e Hispanoamérica contemporáneas: La jerarquía eclesiástica 1789-1965*, Ediciones Escudero, 1976.
- DAVARA Y RODRÍGUEZ, Francisco Javier: “Sigüenza en el Siglo XVIII”, en Revista *Wad-Al-Hayara*, núm. 9, año 1982, Guadalajara, págs. 183-193.
- [www.diocesisdecanarias.es](http://www.diocesisdecanarias.es)
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *Estudios de la Inquisición española*; estudio preliminar de Ricardo García Cárcel, Granada, Comares, 2010; *Autos de fe de la Inquisición de Sevilla, siglo XVII*, Sevilla, 1981.
- ESCUDERO, José Antonio: *Estudios sobre la Inquisición*, Madrid, Marcial Pons, 2005.
- ESTERAS MARTÍN, Cristina: *Marcas de platería hispano-americana*, Madrid, Tuero, 1992.
- *Estudios de Platería “San Eloy”*, coord. por Jesús Rivas Carmona, Universidad de Murcia, años 2001-2012.
- FERNÁNDEZ, Alejandro, Rafael Munoa, y Jorge Rabasc: *Enciclopedia de la plata española y virreinal americana*, Madrid, edición de los autores, 1984; y *Suplemento* de la obra anterior, edición de los autores, 1985. Del primero de los autores: *Marcas de plata española y virreinal*, Madrid, Ediciones Antiquaria, 1992.
- GÓMEZ DE TERREROS GUARDIOLA, Pedro: “Mediciones y presupuestos del siglo XVIII: la solería de la Catedral de Sevilla”, en *Actas del III Congreso de Historia de la Construcción*, 2 vols., tomo I, Madrid, 2000, págs. 417-424.
- GONZÁLEZ DE CALDAS MÉNDEZ, María Victoria: “El Santo Oficio en Sevilla”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, año 1991, vol. 27, núm. 27-2, págs. 59-114.
- HERNÁNDEZ BORREGUERO, José Julián: *La catedral de Sevilla: economía y esplendor (Siglos XVI y XVII)*, Sevilla, Ayuntamiento-ICAS, 2010.
- GÁMEZ MARTÍN, José: “La promoción de las artes en tiempos de crisis y cambios de mentalidad: fábrica, iconografía y fundición de la custodia de oro de la catedral de Sevilla”, publicado en *El Arte en tiempos de cambio y crisis y otros estudios sobre Extremadura*, XI Jornadas de Historia en Llerena, Llerena, Sociedad Extremeña de Historia, 2010, págs. 143-157; y “Los Lignum Crucis de la Santa Iglesia Catedral. Aproximación a una histórica devoción sevillana”, *Boletín de las Cofradías*, nº 494, Sevilla, 2000.
- GARCÍA BERNAL, Jaime: “El ritual funerario de los arzobispos de Sevilla según los cuadernos manuscritos de los maestros de ceremonias de la catedral hispalense (Siglos XVII-XVIII)”, en *e-Spania*, Revue Interdisciplinaire d’Etudes hispaniques Medievales et Modernes, año 2014, sin pág.
- GARCÍA OLMO, Miguel Ángel: *Las razones de la Inquisición española: una respuesta a la leyenda negra*, Córdoba, Almuzara, 2009.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo: *La Inquisición*, Madrid, Compañía Europea de Comunicación e Información, 1991.
- GARCÍA DE VALDEAVELLANO, Luis: *El feudalismo hispánico*, Barcelona, reedición de Editorial Crítica, 2000.
- GIL, Juan: *Los conversos y la Inquisición sevillana*, 8 vols., Sevilla, Universidad, 2000-2003.
- GIL NOVALES, Alberto: *Las Sociedades Patrióticas (1820-1823): las libertades de expresión y de reunión en el origen de los partidos políticos*, Madrid, Tecnos, 1975.
- GUITARTE IZQUIERDO, Vidal: *Episcopologio Español (1700-1867). Obispos españoles en España, América, Filipinas y otros países*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1994.
- HERNÁNDEZ MONTALBÁN, Francisco: *La abolición de los señoríos en España (1811-1837)*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1999.

- JIMÉNEZ BLASCO, Julio: *José María Bueno Monreal, cardenal-arzobispo de Sevilla*, tesis doctoral, Universidad de Sevilla, 2012.
- KAMEN, Henry: *La Inquisición española: una revisión histórica*, Barcelona, Crítica, 2011; *Del Imperio a la Decadencia. Los mitos que forjaron la España Moderna*, Ediciones Temas de Hoy, 2006; o “¿Cómo fue la Inquisición?”, en *Revista de la Inquisición: intolerancia y derechos humanos*, núm. 2, año 1992, págs. 11-22.
- LA PARRA LÓPEZ, Emilio *La Inquisición en España: agonía y abolición*, Madrid, Libros de la Catarata, 2013.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Antonio Luis: *Ganaderías de lidia y ganaderos: historia y economía de los toros de lidia en España*, Sevilla, Universidad, 2002.
- MARÍN, P. Hilario, S.J.: *Documentos marianos*, Madrid, BAC, 1954.
- MARTÍ GILABERT, Francisco: *La abolición de la Inquisición en España*, Pamplona, Eunsu, 1975.
- MARTÍN GAITE, Carmen: *Macanaz, otro paciente de la Inquisición*, Madrid, Booket, 1982.
- MARTÍNEZ DE LA TORRE, Fausto, y José Asensio: *Plano de la Villa y Corte de Madrid en sesenta y cuatro láminas....* Madrid, Imprenta de José Doblado, 1800.
- MIRA, Filiberto: *El toro bravo: hierros y encastes*, Sevilla, Guadalquivir, 1981.
- MONACELLI, Francesco: *Formularium legale practicum fori ecclesiastici, in quo formulae expeditionum ufufrequentieum de his, quae pertinent ad Officium Judicis nobile continentur. Cum Appendice plurium Constitutionum Apostolicarum*, Venecia, Typographia Balleoniana, 1764.
- MONTÓYA RODRÍGUEZ, María del Carmen: *La polémica científico-filosófica de la Universidad contra los tomistas en la Sevilla de 1789*, tesis doctoral, Universidad de Sevilla, Facultad de Comunicación, 2009.
- MORALES, Alfredo: *Guía artística de Sevilla y su provincia*, Sevilla, Excma. Diputación Provincial, 1981; e *Inventario artístico de Sevilla y su provincia*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982.
- MORENO, Doris: *La invención de la Inquisición*, Madrid, Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, Marcial Pons Historia, 2004.
- MOXÓ, Salvador de: *La disolución del régimen señorial en España*, Madrid, CSIC, 1965; “Los señoríos. En torno a una problemática para el estudio del régimen señorial”, revista *Hispania*, 64, Madrid, 1964; “Los señoríos: cuestiones metodológicas que plantea su estudio”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, núm. 43, 1973, págs. 271-309; *Feudalismo, señorío y nobleza en la Castilla Medieval*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2000.
- MUÑOZ SEMPERE, Daniel: *La Inquisición española como tema literario: política, historia y ficción en la crisis del Antiguo Régimen*, Woodbridge, Tamesis, 2008.
- NETANYAHU, Benzion: *Los orígenes de la Inquisición en el siglo XV*, Barcelona, Crítica, 2000.
- NIETO CUMPLIDO, Padre Manuel: *La catedral de Córdoba*, Córdoba, Obra Social de Cajasur, 1998; y “Medina y Corella y su legado fundacional”, en *Historia del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba*, Córdoba, 1979.
- NIETO GONZÁLEZ, J.R., y E. Azofra Agustín: *Inventario artístico de bienes muebles de la Universidad de Salamanca*, Salamanca, edición de la Universidad, 2002.
- OLAECHEA, Rafael: *Las relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del XVIII; la agencia de preces*, 2 vols., Zaragoza, Imprnta de “El Noticiero”, 1965.
- ORTIZ JUÁREZ, Dionisio: *Exposición de orfebrería cordobesa*, Córdoba, Diputación Provincial, 1973; “La platería cordobesa en el siglo XVIII”, en *Curso de Verano de la Universidad de Córdoba sobre el Barroco en Andalucía*, vol. II, 1984; y *Punzones de platería cordobesa*, Córdoba, 1980.
- PALACIO ATARD, Vicente: *Razón de la Inquisición*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1954.
- PASTOR TORRES, Álvaro: “Una salve del cardenal Delgado y Venegas a la Virgen de los Dolores”, en *Boletín de las Cofradías de Sevilla*, nº 475, año 1998, págs. 42-44.

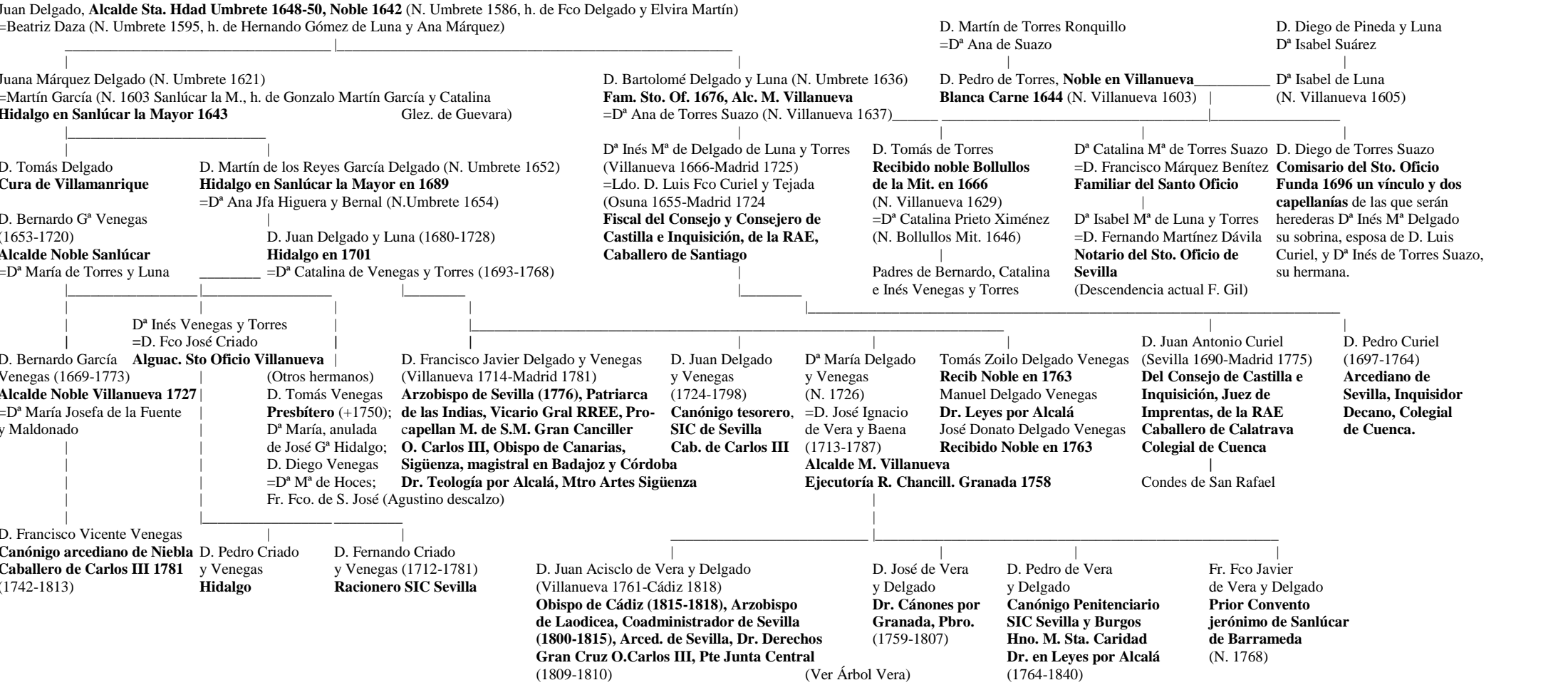


- PÉREZ, Joseph: *La leyenda negra*, [traducción de Carlos Manzano], Madrid, Gadir, 2012; y *Mitos y tópicos de la historia de España y América*, Algaba Ediciones, 2006.
- PETRA, cardenal Vincenzo: *Commentaria ad constitutiones apostolicas seu Bullas singulas Summorum Pontificum contentas in Bullario Romano*, Venecia, Typographia Balleoniana, 1741.
- POSADAS, Francisco, Beato, O.P.: *Vida y virtudes del venerable siervo de Dios el padre Cristóbal de S. Catalina, presbítero, natural de la Ciudad de Merida, fundador del Hospital de Jesus Nazareno de Cordoba*, Córdoba, Diego de Valverde y Acisclo de Cortés, 1691; y *Sermón predicado en las honras fúnebres que hizo la ciudad de Córdoba al V. Padre Cristóbal de Santa Catalina, fundador del Hospital de Jesús Nazareno de dicha ciudad*, Córdoba 1691.
- QUILES GARCÍA, Fernando: “El venerable Fernando Contreras, un santo para la catedral de Sevilla”, en *Boletín de Arte*, 20, Málaga 1999, págs. 141-154; junto con Ana Aranda Bernal: “El valor de la imagen en el proceso de beatificación y canonización de Sor Francisca Dorotea”, *Laboratorio de Arte*, 13, año 2000, págs. 363-370.
- REYES DARIAS, Alfredo: *Las Canarias occidentales: Tenerife, La Palma, La Gomera, El Hierro*, 1969.
- RODRÍGUEZ CASADO, Vicente: *La política y los políticos en el reinado de Carlos III*, Madrid, Rialp, 1962.
- SAINT CLAIR SEGURADO, Eva María: “Las misiones jesuíticas en el Extremo Oriente en los dictámenes de los obispos españoles (1769-1770)”, en *Revista de Historia Moderna*, núm. 18 (2000), págs. 341-384.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *En torno a los orígenes del feudalismo*, Mendoza (Argentina), Universidad de Cuyo, 1942; *España un enigma histórico*, 4 vols., Madrid, reedición de Edhasa, 1991; y “Los hombres libres en el reino asturleonés hace mil años”, *Cuadernos de Historia de España*, 59-60 (1976), págs. 5-140.
- SUÁREZ VERDEGUER, Federico: “Conservadores, innovadores y renovadores en las postrimerías del Antiguo Régimen” (Separata), en *Publicaciones del Estudio General de Navarra*, vol. 5, Pamplona, Studium Generale, 1955, págs. 29-45.
- *The Myth of the Spanish Inquisition* (El mito de la Inquisición española), Documental televisivo, coproducción de la BBC y A&E, 1994.
- URRUTIA, Javier: *Descripción histórico-artística de la catedral de Cádiz*, Cádiz, 1843.
- VICENS VIVÉS, Jaime: *Manual de Historia Económica de España*, Barcelona, Vicens Vivés, 1965.
- VV.AA.: *Catálogo artístico y monumental de la provincia de Córdoba*, Junta de Andalucía, Diputación Provincial y Caja de Ahorros de Córdoba, 1993.
- VV.AA.: *Catedrales de España*, vol. 4: *Sigüenza, Ávila, Tarragona, Sevilla*, León, Everest, 1986.
- VV.AA.: *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, 4 vols. dirigido por Quintín Aldea y Vaquero, Madrid, Instituto Enrique Flórez, CSIC, 1972-1975, Suplemento (1987).
- VV.AA.: *El fulgor de la plata*, Catálogo de la Exposición “Andalucía Barroca”, coordinado por Rafael Sánchez Lafuente, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2007.
- VV.AA.: *Guía de los archivos y las bibliotecas de la Iglesia en España*, Asociación Española de Archiveros Eclesiásticos, 1985.
- VV.AA.: *Inquisición española: nuevas aproximaciones*, prólogo de Jaime Contreras Contreras, Madrid, Centro de Estudios Inquisitoriales, 1987.
- VV.AA.: *Sociedad y élites eclesiásticas en la España Moderna*, coord. por Francisco J. Aranda Pérez, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000.



FAMILIAS DELGADO, LUNA, Y TORRES

Ejecutoria en 1487 al capitán Juan Martín García y Bartolomé García, hermanos, padre de Gonzalo Martín y tatarabuelo de Bernardo García Venegas respectivamente.



FAMILIA VERA

D. Antonio Ambrosio Romero de Vera (N.1625)  
**Caballero hijodalgo, alcalde Sta. Hermandad**  
= Dª Leonor de Vera y Guzmán (N.1647)

D. Bernardo García Venegas, **noble** (N.1653)  
=Dª María de Torres y Luna (N.1666)

D. Francisco Antonio de Vera (N.1675), **hidalgo en Bollullos 1699, y Sanlúcar 1700**  
=(1) Dª Jerónima de Baena y Valenzuela (N.1677)  
=(2) Dª María Rivero de Torres

Dr. D. Fco Antonio Vera y Rivera  
**Deán de Granada en 1787**

Dª Catalina Venegas y Torres (1693-1768)  
=D. Juan García Delgado, **Hidalgo**

D. Bernardo García Venegas  
(N. 1680)**Alcalde Noble de Villanueva**  
=Dª Mª Josefa de la Fuente

(2) Dª Josefa de Vera y Rivero (N.1743)  
=D. Manuel Osorio-Calvache (N. 1748)  
**Coronel de los RR.EE., Hidalgo**

(1) Dr. D. Pedro José de Vera  
y Baena (1709-1763)  
**Penitenciario SIC Cádiz**  
**Vicario Gral Obispado**  
**Rector del Seminario**

(1) D. José Ignacio de Vera y Baena  
**Ejecutoria hidalguía en 1758**  
(N.1713)

Dª María Delgado  
y Venegas (N.1726)

D. Francisco Javier  
Delgado y Venegas  
**Arzobispo de Sevilla (1776)**  
**Cardenal, Patriarca de las Indias**  
**(1777) Gran Cruz de Carlos III,**  
**Obispo de Canarias y Sigüenza, etc.**  
(1714-1781)

D. Juan Delgado y Venegas  
**Canónigo y tesorero de la**  
**S.I.C. de Sevilla**  
**Caballero de Carlos III**  
(1724-1798)

D. Francisco Vicente Venegas  
(1742-1813)  
**Canónigo y arcediano de Niebla**  
**Caballero Carlos III (1781)**

D. Fernando  
Osorio-Calvache  
**Maestrante de**  
**Granada, Caballero Carlos III, Ministro de Gracia y Justicia**  
**de Santiago, Regidor**  
**Perp. de Guadix**  
(Granada 1767-)

Dª María Dolores Osorio-Calvache  
= D. Francisco Fernández del Pino  
**I Conde de Pinofiel, Caballero de**  
(1768-1843)

Con sucesión  
hoy día

D. Juan Fdez. del Pino (1804-1855)  
**II Conde de Pinofiel, Maestrante de Granada**  
**Caballero de Carlos III e Isabel la Católica, Diputado a Cortes**  
**Director Gral de Rentas**  
Con sucesión hoy día

D. Juan Acisclo de Vera  
**Obispo de Cádiz (1815-1818)**  
**Arzobispo de Laodicea, Coad-**  
**ministrador de Sevilla (1800-**  
**1815), Pte. Junta Central**  
**(1809-1810), Gran Cruz de Carlos III,**  
**Canon. Arcediano de Sevilla, Dr. Derechos**  
(1761-1818)

D. Pedro de Vera  
**Can. penitenciario de la S.I.C.**  
**de Sevilla. Cab. Carlos III**  
**Dr. Leyes, Hno.Mayor de**  
**la Sta. Caridad (1764-1840)**

Fr. Fco Javier Vera  
**Prior Convento Jer.**  
**Sanlúcar.**  
Dr. José de Vera  
**Pbro.**

Dr D. Pedro Curiel y Luna  
(1697-1764)  
**Arcediano de Sevilla, Inquisidor decano**  
**del Santo Oficio de Sevilla, Subdelegado**  
**de Imprentas para Sevilla**

Otros primos:  
Don Fernando Criado y Venegas,  
**prebendado de la S.I.C.**

D. Juan Antonio Curiel y Luna (1690-1775)  
**Caballero de Calatrava, Consejero de Castilla,**  
**y de la Inquisición, de la RAE., Juez de Imprentas**  
**del Reino.**

FAMILIA CUIREL

Juan Curiel (N. Palenzuela)  
**Ejecutoria en la Chancillería de Valladolid en 1557**  
= María Rodríguez de Pedraza

Don Juan Rodríguez de Pedraza Vega y Curiel (N. 1574 Osuna)  
= Dª Catalina del Mármol y Fdez. de Tejada

Don Agustín Curiel de la Vega, **Recib. Noble en Gines 1680** (N. 1622 Osuna)  
=Dª Catalina de Tejada y Cañete (N. 1627 Marchena)  
(hija de Luis Díaz Cañete y María de Tejada)

D. José Antonio Curiel y Tejada (+1718)  
**Ganó ejecutoria en Granada junto con su hermano en 1689.** Pasó a Indias a Tierra Firme en 1706

Don Luis Fco. de Curiel y Tejada (Osuna 1655-Madrid 1724)  
**Caballero de Santiago, Alcalde de Casa y Corte, Consejero de Castilla e Inquisición, de la RAE.**  
=Dª Inés Mª de Luna y Torres (Villanueva del Ariscal 1666-Madrid 1725)  
(hija de D. Bartolomé Delgado de Luna y Dª Ana de Torres Suazo)

Fr. Juan Curiel  
**Franciscano**  
**Calificador del Sto. Oficio**  
en 8-1-1697

Don Juan Antonio de Curiel y Luna (Sevilla 1690-Madrid 1775)  
**Caballero de Calatrava, del Consejo de Castilla, de la R.A.E., Juez de las Imprentas Reales, Superintendente de Rentas**  
=(1) Dª Mª Josefa de Álamos y Miranda (N. 1701 Sevilla)  
(hija de D. José de Álamos Atienza y Quiñones, **regidor perpetuo de León** y de Dª Manuel de Miranda y Gamboa, **marquesa de Villasinda**)  
=(2) Dª María Bárbara de León Santos, **hna. del I Conde de Santa Ana**

D. Francisco Curiel  
**Presbítero**  
(Sevilla 1687- Cádiz 1707)

Dª Rosa Mª Curiel  
(Sevilla 1688-Granada 1745)  
=D. Marcos Corona y Rojas (N.1663)  
**Oidor R. Chancillería de Granada**

Dª María Jacoba Curiel  
(Sevilla 1689- Madrid 1710)

D.José Agustín Curiel y Luna,  
**Cab. Calatrava**  
(Sevilla 1694-a.1724)

Dr. Pedro Curiel y Luna  
**Arcediano de Sev. Inquisidor decano**  
(Cádiz 1697- Sevilla 1764)

D. Miguel Curiel y Luna  
**Cab. Santiago**  
(Cádiz 1699- Madrid 1729)

Fr. Agustín Curiel y Luna  
**Franciscano**  
(Sevilla 1701- 1774)

Sor Catalina Curiel y Luna  
**Monja en Santa Inés**  
(Sevilla)

(1) Don Luis Curiel y Álamos (Sevilla 1725-Id. 1773)  
**I Conde de San Rafael (1760). Vizconde previo de Torre del Aguila, Maestrante de Sevilla** (1738)  
= Dª Mª Josefa Pérez de la Torre y Maldonado, **Señora de Zorita de los Canes**  
(hija de D. Gregorio P.de la T. y Zúñiga, señor de Zorita y Dª Isabel P. de la T. y Maldonado, su sobrina).  
= (2) Dª Mª Andrea de los Ríos y Thous de Monsalve  
(hija de D. José de los Ríos Gil de Córdoba y Roelas y Dª Elvira Tous de Monsalve e Hinestrosa)

Dª Josefa Corona y Curiel  
=Granada 1732  
D. Fco López Cetina  
**Regidor Perp. Murcia**

Dª Mª Sinforosa Corona y Curiel  
(N. Granada, 1715)  
= Jacinto Reinoso y Guzmán  
**Maestrante de Ronda** (N.1692)

D. José Corona y Curiel  
**Deán de Granada en 1774**

D. Bartolomé Corona y Curiel  
= Dª María Mansilla Chacón Lasso de Castilla  
(hija **II Conde de Castillo de Tajo**)

**D. Fco de Paula Corona y Mansilla**  
=Dª María Atanasia de Cisneros

(1) Don Epifanio Curiel y Pérez de la Torre (1750-1812)  
**II Conde de San Rafael, señor de Zorita de los Canes**  
= Dª Antonia de Tabares y Salvatierra (+ 1804)  
(hija del Marqués de Casa Tabares)  
= (2), 1808 Dª María Petra Mon y Velarde

D. Jacinto Reinoso y Corona  
**Arcediano de Sevilla**  
**Caballero de Carlos III 1780**  
(Ronda 1750-Sevilla 1794)

D. Fernando Reinoso Reinoso y Corona  
**Maestrante de Ronda**  
(Cañete la Real)  
=Dª Josefa Roldán Valera y Galiano  
(N. Doña Mencia, Córdoba)

Dª María Reinoso y Corona

Sor Manuel Corona y Curiel  
**Monja carmelita en Granada**  
Sor María Secundina de Sta. Clara y Sor Rosa, en capuchinas de San Miguel de Granada.

Con sucesión actual: Condes de San Rafael, Marqueses de la Floresta, Condes de Villaoquina, Familias Martos, Becerril Bustamante, Becerril Roca, Miralles, Grassa, Melgarejo, etc.

Con sucesión hoy día